LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

R.31035

VII-429

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 1.º

EL BANDIDO CUCALA.—ORGÍA DE VINO Y SANGRE EN SAGUNTO.—ASESINATOS EN BECHÍ,—FUSILAMIENTOS EN VINAROZ Y SEGORBE.—*El Requeté.* ASALTO Y SAQUO DE CUENCA.—ASESINO Y MARQUES DEL PAPA.—TIGRE TONSURADO.

435

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

EL BANDIDO CUCALA

Carácter, figura y acciones de aquel bandido defensor de la religión que se llamó Cucala, por quien ha elevado preces la Iglesia en el mes de Marzo.

Era de baja estatura, grueso, de pescuezo estremadamente abultado, é iba siempre afeitado á estilo de cura. Vestía generalmente pantalón ancho, alpargatas y boina No sabía leer ni escribir; su ignorancia era absoluta. Cruel, vengativo y rebelde, se negaba á obedecer las órdenes de su jefe, si no se concretaban á actos de pillaje ó de sangre.

Nunca miraba fijamente á nadie. Casi siempre llevaba la cabeza algo inclinada sobre el pecho, la vista fija en tierra, y cuando más, levantaba los párpados un poco para mirar de soslayo y luego volver á velar los ojos, cual si temiera que por ellos se viese lo que pasaba en su interior.

Hablaba poco y bruscamente, pues ni aún en su dialecto se atrevía á pronunciar, por carecer de voces para expresar sus ideas, dado caso de que las tuviera, pues en él todo era instintivo.

Receloso, taimado y testarudo, debemos decir, sin embargo, que siempre obró instigado por ciertos curas y por su hermano, que lo dominaba por completo. Si sus consejeros, entre los cuales se contaba ese sacerdote criminal entre los criminales, no le hubieran inducido por tan funesto camino, su nombre sería ignorado. Conocieron en él una materia dispuesta para todo, y le explotaron de tal manera que

llegó á ser un autómata, obedeciendo sus indicaciones con la misma precisión y exactitud que un sonámbulo.

A medida que iba avanzando en la senda del crimen, sentía gran satisfacción en aumentar cada día la negra lista de sus infamias. Fusilaba, robaba, cometía todo género de atropellos, y siempre repetía su frase sacramental: «tengo sed de sangre liberal».

No pagaba nunca á la fuerza á sus órdenes, pero la autorizaba para que se proporcionase robando cuanto necesitaba. Siempre tenía con licencia á las dos terceras partes de su gente, con el objeto de que se mantuviese en sus casas durante los periodos qne disfrutaban de ella.

Para reclutar gente extendió una red de hombres por todos los pueblos que más frecuentaba, con el título de comandantes de armas, sin saber ninguno de ellos firmar. Estos comandantes tenían el encargo de proteger á todos los curas, alistar la gente que quisiera ir con Cucala y dar aviso de los movimientos de las columnas; tambien debían agenciar fondos y remitirlos al *amo*, como le llamaban.

De la protección que dispensaba á los curas le viene á Cucala la fama de religioso y que la gente del país, esencialmente carlista, al verle siempre cabizbajo, lleno de escapularios y tan amigo de los sacerdotes, lo creyesen bajado del cielo para defender á don Carlos.

Como la gente de Cucala gozaba de amplia libertad para cometer toda clase de excesos y en las demás columnas carlistas había bastante organización, de aqui que muchos desertasen para irse con Cucala y que la desmoralización fuera cundiendo.

Todo lo peor del carlismo quería irse con él.

Allí se asesinaba con entera libertad, se robaba sin miedo y no había que temer reprimendas, pues el tal cabecilla era el más apreciado por los hermanos de D. Carlos. Por esto la pillería del *requeté* y los

brutos de los batallones hordas del Maestrazgo, decían con orgullo hablando de su jefe:

—*Dona gust anar en D. Pascual. Tot lo que veus tot es teu, y cuant haben fet bon reparto mos deixa uns dies pera anar á buida.*

Y mientras esto decían de él, Cucala no se acostaba tranquilo si no había robado ó asesinado á alguien durante el día.

Los fusilamientos y los saqueos eran continuos, y el castigo de 200 palos que imponía tenía aterradas á las honradas familias que, careciendo de recursos para emigrar á otras provincias, se veían obligados á continuar residiendo en el territorio dom nado por aquella fiera.

Cuando penetraba con su partida en un pueblo, al principio de la campaña, la primera visita era al cura, no se sabe si por miedo ó por simpatía. Preguntábale el cura qué se le ofrecía y en qué podía servirle, y Cucala solía contestar:

—No quiero nada, capellán, nada. Bacalao, arroz y vino á los muchachos; que lo guisen y á comer á escape.—Pero luego decía por lo bajo á cualquiera de sus sicarios:—Anda, *ché*; vete al cura y dile, como cosa tuya, que te dé fusiles ó dinero para comprarlos.

Que no era por fé ni por adhesión á la causa por lo que Cucala era jefe de una partida carlista, lo prueban muchos hechos, entre ellos el siguiente: En 1873, un hijo que se hallaba en Dax, le escribió diciéndole que necesitaba dinero, porque se iba á casar. Cucala contestó á su hijo que en un pinar de Calig, en la provincia de Castellón, hallaría, siguiendo las instrucciones que le daba para encontrar un pino señalado, la cantidad de 10.000 duros, que le regalaba. En otros puntos tenía enterradas muchas sumas importantes, pues fué el cabecilla que más dinero sacó esquilmando los pueblos.

Pocos días después de las horribles escenas ocrridas en Sagunto, se dirigió á Segorbe, donde después

de rendida la ciudad se apoderó de todas las armas de los voluntarios, saqueó la población, asesinando y violando su hueste á infinidad de mujeres... Mandó prender al cura Galcerán, y sin formación de causa lo entregó á la partida del *requeté* para que lo fusilara.

Sería imposible referir los actos de ferocidad de este infame asesino, baldón del género humano. Sus actos de crueldad y de salvajismo sembraron el terror en el Maestrazgo, recordando con espanto todavía los habitantes de aquellas desvastadas comarcas los sanguinarios bandos que publicaba en el territorio que tenía dominado, bandos que cruelmente y al pie de la letra hacían cumplir sus inmediatos jefes el *Arbolero*, el *Tintoreret*, y otros asesinos y ladrones por el estilo.

Entre los muchos crímenes que llevó á cabo Cucala, se cita el que cometió con un soldado de cazadores, por cuyo inícuo asesinato lo reclamaron los tribunales durante mucho tiempo, pidiendo su extradición como comprendido en el número de los criminales vulgares.

Desde Valencia al Ebro no permitió jamás que transitara el ferrocarril. Había declarado guerra á muerte á este adelanto moderno, y no dejaba rail sobre la vía, ni veía estación que no incendiase ni vagón que no destruyera inmediatamente.

En Septiembre de 1874 efectuó Cucala una excursión por los riberas del Fucar. Su marcha fué, como siempre, una serie no interrumpida de crímenes.

Descarrilamiento de trenes de mercancías en Carcagente con violaciones y robos.

Saqueo en Játiva dejando sin nada las casas de los señores Devesa, Eduardo Diego, Antonio Mata, la viuda del Sr. Llandes, el señor Cuevas, D. Miguel Albalat y otros que sería prolijo enumerar.

Desde Manuel hasta el barranco de Ayelo dos hombres inocentes, cuyo único delito consistía en ser

dependientes del ayuntamiento liberal de Carcagente, sufrieron el más cruento de los martirios. Atados codo con codo, tenían que marchar con la misma rapidez que los carlistas montados en excelentes caballos. A cada momento recibían terribles golpes para que avivasen la marcha. Les pinchaban con sables y bayonetas, y cuando el cansancio les hacia caer, una lluvia de golpes los reanimaba, haciéndoles exhalar grandes alaridos.

Cuando pasaron por la Ollería iban con los brazos hinchados, el cuerpo acardenalado y las ropas rotas, dejando en el camino dos regueros de sangre. Las lesiones, el polvo sanguinolento que cubría sus rostros y su debilidad que les hacía caminar tambaleantes, dábanles el mas lastimoso aspecto. Uno de ellos llevaba la nariz atravesada con un punzón, pues aquella canalla se entretenía en mutilar á los prisioneros. El otro tenía una ancha herida en el cuello, de la que manaba abundante sangre.

En la Ollería á uno de ellos se le administraron los Sacramentos, y á pesar de estar moribundo, á la mañana siguiente le hicieron continuar la marcha. Le era imposible dar un paso; mas los carlistas, sin respetar su agonía, le echaron una cuerda al cuello y le llevaron arrastrando por el barranco de Ayelo, hasta que dejó la vida entre los agudos peñascos que, penetrando en sus heridas, le arrancaban á girones la carne. El otro prisionero cayó para no levantarse más, y los granujas del *requeté* se dieron un rato de fiesta machacándole la cabeza con piedras, hasta que lo remataron.

El 25 de Septiembre entró en Elda la horda carlista y quemó la estación del ferrocarril y el puente de Vinalopa, y publicó un bando condenando á *ser fusilado* á todo vecino que no pagase la contribución, que señaló. *Mientras tanto los carlistas saqueaban el* cuartel de la guardia civil y robaban las casas de los principales vecinos.

Un comerciante de vinos, D. Lorenzo Rico Satorres, que había servido en el ejército y era de opiniones liberales, recibió una descarga de un grupo de caballería carlista cuando por sus ocupaciones salió á las afueras de la población. Cayó el infeliz bañado en sangre, y un jinete echó el caballo sobre él, levantando el sable para rematarle.

El Sr. Rico, en su agonía, queriendo librarse del golpe, se abrazó á las piernas delantaras del caballo, y entonces otros carlistas recogieron el herido y lo llevaron en muy mal estado á presencia del hijo de Cucala.

Este cachorro de tigre, por toda contestación dijo á uno de sus esbirros: «Clávale el puñal hasta el puño y que no respire más.»

El carlista desenvainó su puñal, dirigiéndose á la camilla donde estaba el herido, el que, al verlo, comprendió en su agonía que iba á ser rematado, y abriendo los brazos con ademán suplicante, gimió en el estertor del moribundo: «No es menester; voy á morir.» Y cerró los ojos para siempre. No contentos con este crimen, cometieron los carlistas otros, entre ellos el de martirizar á varias mujeres para que dijeran donde tenían oculto el dinero.

¿Está justificado el llamar bandido á ese defensor del trono y del altar por quien la iglesia elevó preces en Marzo?

ORGÍA DE VINO Y SANGRE EN SAGUNTO

—

El 21 de Diciembre de 1873 entraron los carlistas en Sagunto, celebrando, como de costumbre, su fácil victoria con asesinatos y robos.

La primera víctima fué don Eduardo García Matosas, escribiente del ayuntamiento; iba á cumplir con

su deber, lo conoció el *requeté*, (que así llamaban á los aprendices de bandido que los carlistas llevaban en sus filas), y acosándolo con sus bayonetas, cubriéndole de heridas, lo llevó hasta las inmediaciones de la ermita de la Sangre, frente á su misma casa, y allí, en presencia de sus dos hijos pequeños y de su esposa en cinta, fué, no fusilado, muerto lentamente á tiros para que se prolongase su agonía. Después le despojaron de sus ropas, hasta de las interiores, y uno de aquellos canallas defensores de Carlos VII y la religión, hizo sus necesidades sobre el rostro del cadáver aún caliente.

A Enrique Vives, joven ebanista, lo asesinaron á bayonetazos cuando huía hacia el castillo para reunirse con su padre. Este, que era sargento de la compañía de *Guías de Sagunto*, de guarnición en el castillo, estuvo contemplando durante tres días el cadáver de su hijo tendido en el camino de la fortaleza y destrozado á bayonetazos. Nadie podía enterrarlo, pues el *requeté* amenazaba con asesinar á todo el que lo intentase, y se reía del dolor que experimentaba el pobre padre viendo á todas horas el cadáver de su hijo, ya casi putrefacto.

Manuel Torres y Pascual Segovia también fueron asesinados cuando se dirigían al castillo.

El robo, el pillaje y los apaleamientos dominaron la ciudad durante tres días. Los granujas del *requeté* iban con latas de petróleo rociando las puertas y paredes de los edificios públicos, amenazando con incendiar también las casas de los liberales. La casa de la ciudad lo fué por completo; también fueron quemados el teatro, el juzgado y la escuela con todo su mobiliario y documentos.

El archivo municipal, que contenía documentos importantísimos para la historia del antiguo reino de Aragón, fué rociado con petróleo y entregado á las llamas. La cárcel también fué incendiada, pero la pillería carlista, influída por las simpatías de clase,

puso antes en libertad á todos los criminales que estaban en ella. Con petróleo fueron también incendiadas las puertas del recinto.

Y mientras el incendio rugía en muchos puntos de la ciudad y torbellinos de llamas se alzaban sobre los tejados, los carlistas, completamente borrachos, bailaban en las plazas con la mayor desvergüenza agarrados á impúdicas mozuelas muy conocidas por su beatería, con las que rodaban libinidosamente por el suelo, y...

La bacanal monstruosa de incendios, robos y sangre, duró todo el tiempo que los carlistas permanecieron en Sagunto. Las mujeres honradas se ocultaban en sus casas, temiendo á aquella horda de sátiros borrachos.

Las puertas de las casas ricas eran destruídas á hachazos, y los ladrones se esparcían por el interior: los objetos de oro y plata, los de bronce y latón, las prendas de ropa, los comestibles en conserva, todo, absolutamente todo era robado por los carlistas. Lo que no les gustaba lo vendían ó lo cambiaban entre si, pegándose algunas veces por cuestiones relacionadas con el saqueo. La familia que intentaba quejarse era apaleada. En casa del alcalde D. Ramón López, antiguo y probo liberal que había ido á Valencia para solicitar auxilio de la autoridad militar, no dejaron los carlistas mas que las paredes. De la de un voluntario llamado el *Rullo* también se llevaron todo.

Entraban en las bodegas, y no contentos con hartarse de vino, rompían á culatazos los toneles y tinajas, para quedar al fin en el suelo roncando como cerdos, revolcándose en un lago de vino y aceite. La riqueza de muchas honradas familias quedó destruída en menos de una hora por aquellos cafres.

A Cucala le estorbaba que la ciudad tuviese murallas, y dió un pregón amenazando con fusilar á todo vecino que á las tres de la tarde no se presentase con

las herramientas necesarias para derribar el recinto. Hombres de todas edades y clases, hacendados poco acostumbrados á tan rudo trabajo, jóvenes ilustrados de escaso vigor físico, respetables ancianos, todos, formando lastimero cordón de esclavos y entre dos filas de facinerosos con boina y garrote en mano, tuvieron que ir á derribar las murallas.

Toda la noche duró la pesada tarea. Golpes sin compasión caían sobre aquel que vencido por la debilidad y el cansancio se detenía un instante, y al amanecer estaban ya por el suelo aquellas murallas que los mismos saguntinos levantaron para su defensa.

Cucala, ávido como siempre de recoger dinero, cobró al vecindario *cuatro trimestres de contribución*, amenazando con fusilar á todo el que no satisfaciera aquel tributo al bandidaje.

Ya tenía cuanto deseaba: dinero para su rapacidad insaciable, sangre derramada por adelantado y la que pensaba derramar, pues tenía en su poder muchos prisioneros. ¿Combatir?... No. Sólo los soldados, los hombres honrados que abrazan una causa por entusiasmo, se baten y dan su sangre. Los bandidos únicamente saben robar, asesinar y echar á correr.

Por esto Cucala, apenas vió las avanzadas de la brigada Golfín, salida de Valencia en socorro de Sagunto, echó á correr. Estaba en la mesa cuando supo que los liberales se aproximaban, y montó á caballo abandonando el almuerzo.

Su gente salió á la desbandada; todos aquellos asesinos borrachos pusieron pies en polvorosa, huyendo sin orden ni concierto, siendo tal su miedo que, á pesar de ser ladrones de arraigada vocación, abandonaron gran parte del botín. Con la gente que juntó durante la fuga fué Cucala á Gilet, á donde con anticipación había enviado los rehenes y prisioneros.

Para apreciar lo que los carlistas robaron en Sagunto, baste decir que en su huída abandonaron dos acémilas cargadas de plata, y en el molino de Gilet

un gran saco de dinero. ¡Si habrían robado de firme!

Cucala se llevó de Sagunto 40 personas; 23 contribuyentes en rehenes para el pago del resto de la contribucion que había impuesto, procedimiento de secuestradores, y 17 voluntarios liberales.

Su suerte estaba ya echada. En Gilet quiso Cucala fusilarles, y lo hubiera hecho á no ser por que el jefe de los carlistas de dicho pueblo protestó de tal crimen. Cucala, discutiendo con él, le dijo que él sólo reconocía como carlista al que deseara beberse la sangre de todos los liberales.

Ladrones, asesinos, incendiarios, lujuriosos, borrachos y cobardes, los carlistas que entraron en Sagunto no desmintieron el juicio que España tiene formado de los genuinos defensores de la religión.

ASESINATOS EN BECHÍ

El 23 de Diciembre de 1873 llegó Cucala á la Vall de Uxó con los voluntarios liberales prisioneros en Sagunto y los contribuyentes secuestrados. El 24 salió para Onda, pero al llegar al *Pla de los garroferes* donde está la pequeña aldea de Bechí, se detuvo, y avanzó hacia los prisioneros al frente de los bandidos que le acompañaban.

Mandó que se colocasen á un lado los contribuyentes de Sagunto y á otro los voluntarios, y hecha esta separación, volviose hacia los últimos y les dijo:

—*El que vullga confesió que la demane.*

Momento supremo. Los contribuyentes y los voluntarios, separados en dos grupos, miráronse asombrados, atónitos; sabian que Cucala era un asesino, pero jamás creyeron que con tanta frialdad pudiera disponer de sus vidas. Preguntábanse si habrían oído mal, pero la actitud de Cucala no daba lugar á du-

das. Con más frialdad aún, como quien dice la cosa más natural, añadió:

—*Ya lo sabeu. Vos vaig á f... El que vullga confesió qne la demane.*

No había que dudar; iban á ser vilmente fusilados; un pelotón de carlistas preparaba ya las armas para hacerles fuego.

Uno de los voluntarios, hombre animoso, quiso interceder por sus compañeros y se levantó. No había momento que perder, pues el cura de Cucala, que iba con sable, revolver y capa blanca como el cabecilla, se aproximaba ya hipócritamente al grupo de los prisioneros, preguntando áspera y despreciativamente si alguno quería confesarse.

El voluntario se acercó á Cucala y comenzó á hablarle, haciéndole ver que era un infame asesinato fusilar hombres honrados sin formación de causa ni el menor simulacro de justicia, únicamente por ser liberales. A las pocas palabras se detuvo asombrado: acababa de sonar á su espalda una descarga cerrada.

Volvió la cabeza y vió á sus infelices compañeros en el suelo, revolcándose en un gran charco de sangre y lanzando ayes de agonía.

El grupo de contribuyentes secuestrados estaba á pocos pasos de las víctimas y presenció el horroroso cuadro. Algunos, pálidos de terror, volvieron la cabeza y los carlistas les gritaron que mirasen á los caídos, pues de lo contrario sufrirían igual suerte. Uno iba á desmayarse, cuando un defensor de la religión, al ver que perdía el color y sus piernas flaqueaban, le atravesó el brazo de un bayonetazo para que se fijara en la ejecución.

Los voluntarios yacían en el suelo, cadáveres los unos, mortalmente heridos los otros. El uno se despedía con lastimera voz de su esposa y sus hijos, el otro consagraba á sus pobres padres las últimas lágrimas de dolor, y todos morían maldiciendo al infame que presenciaba impasible escena tan horripilante

Por fin, cansado de oir sus lamentos, Cucala se volvió á su gente diciéndola.

—*¡Acabeu á estos piltos!*

Y uniendo la acción á la palabra, espoleó su caballo y pasó por encima de sus cuerpos ensangrentados.

Todas las fuerzas de infantería y caballería le imitaron; las herraduras de los caballos y las alpargatas de aquellos bárbaros se hundían en los cuerpos palpitantes, triturando los destrozados miembros.

Tres veces pasó toda la partida por encima de aquel montón de cadáveres, convirtiéndolo en amasijo de carne y sangre. Los granujas del *requeté* celebraban la diversión con grandes risotadas, y las lanzas y las bayonetas se hundían en el montón de carne destrozada: algunos jugaban á la pelota con los miembros. La mutilación fué horrible.

El voluntario, que logró escapar porque Cucala ya no se acordó de él, y que se llamaba José Moros, se escondió, y de allí á largo rato, no viendo facciosos por ninguna parte, volvió al sitio de la carnicería, donde encontró estupefacto el alcalde de Bechí.

Cuando el alcalde supo quién era Moros, pidió que le ayudase á identificar los cadáveres, mas no le fué posible conocer á todos en el primer momento; se habían cebado de tal manera en ellos, que había muchas cabezas separadas de sus troncos y muchos cuerpos de que era imposible encontrar los restos.

Hé aquí los nombres de aquellas víctimas: Ramón García Estopiñá, José Baquero Lluesma, Ignacio Rangel García, Bautista Sansano Palanca, Antonio Alcázar Abril, Vicente Mateu Antonino, Castor Muñoz Gómez, Baltasar Masiá Lluesma, Vicente Gómez Roca, Ramón Vicent Andreu, José Martínez Beltrán, Andrés Vitoria Rius, José Aleixandre Ferrer, José Maties García, Ramón Gascó Mora, el Carabinero, natural de Algar. ¡Entre los muertos había un niño de 14 años!

El cura que acompañaba á Cucala se llamaba Fer-

nando Rodríguez Blasco, reside en Francia, y todos los veranos visita á Navajas, su pueblo natal. En los asesinatos de Bechí alentó á su jefe para que rematase sin compasión á los *negros*.

A los contribuyentes secuestrados les manifestó Cucala que si dentro de tres días no le entregaban en Onda 8.000 duros, los fusilaría, y que para hacerselo comprender les había obligado á presenciar el martirio de los voluntarios en Bechí. Los ocho mil duros le fueron entregados.

De esta manera tan horrible como cobarde terminó Cucala su campaña de 1873.

Un historiador de la última guerra dice de aquel bandido que confesaba y comulgaba:

«Una atmósfera de sangre rodea á este cabecilla, lo mismo que á varios miembros de su familia; sangre que hace repulsivo su nombre y que la sociedad mire á los Cucalas como caines marcados por el dedo de Dios, negándoles patria, familia y hasta condición humana.»

Epílogo de los asesinatos de Bechí:

Cuando hablaron á don Alfonso y doña Blanca del espantoso crimen de Cucala, ésta contestó:

—Aun ha hecho poco.

Se necesita haber frecuentado mucho los templos para adquirir ese grado de ferocidad.

FUSILAMIENTOS EN VINAROZ Y SEGORBE

Reseñaremos uno de los hechos más inauditos cometidos por los carlistas.

La brutalidad de las hordas había ya contagiado á sus jefes, y el llamado general Palacios, director de todas las fuerzas carlistas del Centro, dió un bando sentenciando á ser fusilado á *todo el que viajara sin*

salvoconducto firmado por él. A consecuencia de esta orden monstruosa murió asesinado D. Sandalio Fortea, empleado de correos.

El 26 de Mayo de 1874 se apoderaron los carlistas de la lancha conductora de la correspondencia de Peñíscola á Castellón, y de su conductor el ya citado D. Sandalio Fortea, hijo de Segorbe, conduciéndole entre bayonetas desde Oropesa hasta Alcalá, donde el comandante carlista de aquel punto le dijo que iba á ser fusilado. De aquí lo trasladaron á Vinaroz, donde estaba Cucala.

Era inútil esperar piedad ni justicia de este criminal, que inmediatamente dió órden de fusilarlo.

La población de Vinaroz asombrada por tal monstruosidad, se interesó vivamente por aquel desgraciado, cuyo único delito consistía en desempeñar honradamente su empleo, pero Cucala se negó rotundamente á toda proposición de clemencia, y el Sr. Fortea fué fusilado el día 28 de Mayo en las afueras de la población.

Momentos antes de morir envió esta carta sencilla y desgarradora á su jefe, el administrador de Correos de Castellón:

«Señor administrador: Sabe usted en la desgracia que me encuentro por cumplir con mi deber en el empleo. ¡Ojalá nunca lo hubiera aceptado, aunque me hubiera muerto de hambre! El amor á mi familia me ha perdido, pues no me vería en el caso que me encuentro; pero Dios nuestro Señor sabe los fines; cúmplase su voluntad.

No sé si habrá llegado una carta tranquilizando á mi familia; á usted le digo que vea á ver si puede hacer algo por esos desgraciados que se quedan sin poder comer ni poderlo ganar; mi despedida á todos mis compañeros de oficina.—Adiós,—*Fortea.*

Haga lo que pueda para colocar á mi niño en un colegio y en donde pueda instruirse y seguír una carrera.—Adiós...»

De esa manera infame se aplicaba la orden del titulado general Palacios contra hombres como el señor Fortea, sin más armas ni más opinión que su modesto destino.

Un dato sobre la muerte del Sr. Fortea, facilitado por su hijo, actualmente empleado en telégrafos:

Cucala lo hizo desnudar antes del asesinato, y le dijo con acento imperativo:

—*Negre*; *digues ¡viva Carlos VII!*

Aquel infeliz padre que moría pensando en sus pobres hijos que quedaban sin pan, se mantuvo firme y altivo en el trance supremo, y como servía al gobierno republicano que imperaba entonces, contestó:

—¡Viva la República!

Los carlistas dispararon.

Cucala le contempló, murmurando terribles amenazas, y diciendo que si algún día entraba en Castellón fusilaría á los hijos de Fortea, el mayor de los cuales tenía nueve años, pues había que acabar con el liberalismo matando la simiente.

¡Cuántos crímenes cometidos en una guerra que no tuvo ningún fin noble ni patriótico! ¡Cuántas violencias y cuanta sangre, por defender la aspiración de un imbécil á ceñirse una corona á costa del infortunio y la ruina de una nación!

Terrible resultó la dominación de los carlistas en las poblaciones donde llegaron á constituir autoridades.

Los titulados comandantes de armas eran unos bárbaros que trataban á los pueblos con el mayor despotismo y no tenían otra preocupación que sacar dinero á los esquilmados vecinos y asesinar liberales.

En Segorbe la autoridad carlista cometió mnchos atropellos y crímenes.

A principios de Mayo de 1874 el comandante de armas ordenó el asesinato del cabo de serenos conocido por *Cotoli*, sólo por ser liberal.

Murió en medio de la calle acribillado á bayoneta-

zos. Después le ataron una cuerda al cuello y le arrastraron por la población abandonando el cadáver en un muladar, cubierto de sangre y barro. Los que lo recogieron para enterrarlo contaron en él *cuarenta y seis bayonetazos.*

El infeliz mártir liberal dejaba una viuda con cinco hijos, el mayor de once años.

Pocos días después, el 11 de Mayo, ocurrió otro asesinato.

Por orden del mismo comandante de armas fué asesinado D. Honorio Aparicio, honrado liberal, muy conocido y apreciado en los pueblos del río de Segorbe. Le mataron también en medio de la calle, y con su cadáver cometieron horribles profanaciones.

Al ocurrir estos horrendos crímenes, débil anuncio de otros que se preparaban, todos los liberales abandonaron sus casas, sus haciendas, hasta sus hijos, para verse libres de la ferocidad de los carlistas.

EL REQUETE

A la pillería de 10 á 15 años que acompañaba á los defensores de la religión le llamaban el *requeté* (*flor buena* en vascuence). Su entrada en las poblaciones causaba hondo espanto; gritaban ¡viva la religión! y acto seguido se ensuciaban en Dios, insultaban á los ancianos, atentaban en medio de la calle al pudor de las mujeres. Nadie caía en sus manos sin verse despojado de dinero y reloj; quitaban las prendas de vestir á los prisioneros, dejándoles casi en cueros; á los cadáveres de los fusilados los despojaban hasta de sus ropas interiores, después de hacer con ellos las más repugnantes atrocidades.

Allá va una de las fusilables hazañas que el *requeté* realizó á las órdenes de aquel gran canalla que se

llamó Cucala, y de quién la prensa clerical dijo al morir que había muerto como un santo, confesando y comulgando como acostumbran todos los bandidos.

En el combate de Játiva, sostenido por la columna Arrando contra las fracciones de Santés y Cucala, un destacamento de tropas liberales apostado en una ermita se vió envuelto por los carlistas y separado de los suyos. A pesar de su aislamiento, aquellos valerosos soldados resolvieron morir gloriosamente, y siguieron haciendo fuego.

Esta resistencia desesperada dió miedo á Cucala, que los atacaba, y apeló á la traición y la mentira para vencerlos. Dijo al jefe que cesase el fuego, pues los dejaría partir en libertad para incorporarse á los suyos, y se comprometió bajo palabra de honor á cumplir la capitulación. Pero así que los soldados depusieron las armas, los maniató y se los llevó prisioneros.

El miserable recorrió la provincia de Castellón, llevando á retaguardia de su partida aquella compañía de soldados liberales vencidos por la traición, siendo el *requeté* el encargado de guardarlos: inútil es decir lo que sufrirían.

En Nules, y al salir la partida para Onda, mataron á bayonetazos á uno de los soldados porque tardó en acudir al toque de llamada. En el camino asesinaron á otro porque tenía los pies entumecidos y andaba con dificultad.

En Onda los prisioneros fueron encerrados en la casadel ayuntamiento. Corrió la noticia de que Vallés iba á llegar de un momento á otro y los pondría en libertad respetando aquella capitulación de la que se burlaba Cucala.

Esto bastó para que por la noche la granujería del *requeté* entrase en la casa consistorial y acabase el despojo de los prisioneros sable en mano, golpeando á los soldados, y robando á los oficiales las levitas y los relojes. Al frente de aquella gavilla de ladrones

iban el hermano del canalla Cucala y un sobrino.

Y todo esto se hacía en honra y gloria del carlismo, que se preparaba á gobernar el pais corrompiendo la juventud y avezándola al latrocinio, el asesinato, la violación y el incendio.

¡Cuántos infames del *requeté* habrá ahora por esos conventos soñando con reanudar, de hombres ya maduros, los crímenes que comenzaron de niños!

ASALTO Y SAQUEO DE CUENCA

Con 700 defensores contaba Cuenca cuando la atacaron 14.000 carlistas á las órdenes de D. Alfonso y doña Blanca. Después de tres días de una defensa heroica, se rindió.

Los carlistas penetraron en la ciudad al toque de degüello, cometiendo toda clase de atentados, dando gritos y exclamando: «¡Para nadie hay cuartel!» Las puertas de las casas fueron destrozadas á tiros y hachazos; los muebles arrojados por ventanas y balcones; las alhajas y el dinero, arrebatados á golpes, ocultábanlas inmediamente los ladrones en sus fajas y morrales; las provisiones de las despensas eran devoradas, y después de ahitos destrozaban por gusto las que restaban y desfondaban los toneles; apoderábanse de la ropa blanca y se la ponían, dejando en cambio á los robados sus harapos llenos de sangre, y parásitos; rompían en los casinos espejos, mesas y botellas, y en los templos robaban las imágenes en nombre de la religión, que aclamaban, llevándose un costoso pectoral de Jesús de piedras preciosas, dos mantos de terciopelo de San Juan, y una corona, rosarios y diadema de pesada plata de la Virgen del Puente.

Tres días duraron el saqueo y la anarquía carlista,

pues los jefes, en vez de contener á la chusma, sólo se ocupaban en buscar dinero. Insultos, golpes y asesinatos eran el acompañamiento de hazañas tan heroicas. Los mismos carlistas se robaban unos á otros. Cambiaban entre sí por objetos de campaña los relojes, cubiertos y sortijas recién robados, ó los vendían por insignificantes cantidades á las beatas más ó menos jóvenes que por fanatismo se prostituían y les acompañaban, animándoles en su rapiña y atropellos.

Hay que pasar por alto los atentados al pudor, las infames violaciones... Sería repugnante consignar aquellos crímenes sobre los cuales las infelices víctimas guardan un silencio que debe respetarse.

Mezclados con una turba de beatas desharrapadas, invadieron los carlistas el edificio del Instituto, pues odiaban los centros de enseñanza; incendiaron el mobiliario de las aulas, desgarraron los libros de la biblioteca, arrojaron por la ventana los objetos coleccionados en los gabinetes de Historia Natural y Geografía, y en el gabinete de Física se ensañaron con los aparatos eléctricos, los rompieron á culatazos, los patearon gritando con estúpida convicción: «rompamos esto que sirve para dar los partes al gobierno.»

Una de sus primeras víctimas fué el comandante de la reserva D. Enrique Escobar. Se hallaba enfermo en su casa, y penetró en ella una turba desenfrenada que, después de asestarle multitud de bayonetazos le arrojó por el balcón, pisoteándole y escarneciéndole, sin atender las súplicas de su infeliz madre, á quien derribaron hiriéndola en un brazo.

Acababa de caer el cadáver á la calle cuando pasó por allí doña Blanca. Aquella furia ebria de sangre contempló con feroz sonrisa el inanimado cuerpo, y después hizo pasar su caballo varias veces sobre él, gozándose en destrozar sus restos. La chusma lo celebraba con risotadas y aplausos.

Divididos en grupos marchaban los facciosos por las calles, entraban en las casas so pretexto de buscar

armas, las saqueaban, violaban á las mujeres y apaleaban á los niños.

A la una de la noche obligaron á todos los habitantes no carlistas á demoler las fortificaciones. Los que, poco acostumbrados, no sabían manejar el pico, eran degollados al pie de las murallas.

La población, aterrada por tales horrores y viendo que seguían los fusilamientos contra seres indefensos, convino en que una comisión de señoras se acercase con el clero á la catedral, donde los titulados príncipes se hallaban recibiendo la comunión de manos del obispo, para suplicarles que cesaran los fusilamientos y se rebajara la cuota de dos millones de contribución que habían impuesto. La súplica obtuvo esta respuesta: «que los soldados carlistas necesitaban un rato de expansión.»

Aquel día se publicó un bando prometiendo indulto á cuantos voluntarios se presentaran en el término de siete horas; los que cayeron en el lazo fueron presos en el claustro de la catedral.

Mataron en su casa á un alpargatero en presencia de su mujer y de sus hijos. Al interponerse recibió ella un sablazo en la mano; y obedeciendo una orden feroz, la infeliz fué obligada *á echar por la ventana los sesos de su esposo.*

También dieron muerte á un alguacil del ayuntamiento traspasándole el pecho con una bayoneta; los asesinos se reían al ver los borbotones de sangre que salían de las heridas.

Otro grupo de asesinos penetró en una casa donde se hallaba un joven de 18 años postrado con viruelas, y porque no se levantó tan pronto como se lo ordenaron, le dieron muerte en los brazos de su madre.

Un infeliz idiota llamado Anico de la Ventosa y que vivía de pedir limosna, fue destrozado porque á una beata se le ocurrió decir que era liberal.

Un inofensivo vendedor de frutas, de quién se sospechaba haber tomado parte en la defensa de la ciu-

dad, fué arrastrado por varias calles; le mutilaron, lo ensartaron con las bayonetas, y todavía vivo, junto al cuartel de San Francisco le rociaron la cara con petróleo y le prendieron fuego.

Degollaron á un zapatero, y después, con infernal refinamiento, llevaron como recuerdo un pañuelo tinto en su sangre á la infeliz viuda y cinco hijos pequeños.

A un empleado de orden público le cortaron la cabeza, y después presentaron á su esposa el mismo sable que sirvió para la decapitación, queriendo obligarla á que besase la hoja teñida con su sangre. Se resistió, y de un golpe le cortaron los labios.

A un pobre cartero lo ataron en las inmediaciones de la puerta del Postigo, le pincharon, le cubrieron de heridas, y cuando el infeliz agonizaba, una beata de las que acompañaban del brazo á los verdugos le lavó la cara con un pepino, lo que celebró la canalla.

Por asesinar, hasta asesinaron á dos carlistas, al uno porque no abrió pronto la puerta de su casa, al otro por negarse á cargar con un cadáver. Al jefe del partido en Cuenca le abrieron la cabeza de un sablazo.

Los asesinatos no les impedían cometer otras hazañas criminales: incendiaron el Gobierno civil, los archivos de la Diputación, Tesorería y Hacienda, la Plaza de toros, con varias casas vecinas, y muchos edificios en la carretería y barrio del Castillo.

Un detalle que retrata á tales bárbaros. En la Plaza de toros se apoderaron de varios fajos de banderillas de fuego y se las clavaron á los caballos que por enfermos ó débiles habían desechado. Los pobres animales, enloquecidos por el dolor y las quemaduras en el lomo, corrían locos por las calles, con grande algazara de la canalla con boína.

En medio de tantos horrores salieron los titulados infantes á recorrer las calles entre músicas y banderas. Doña Blanca iba á caballo con una bandera en

la mano y conduciendo prisionero al brigadier Iglesias, gobernador militar de la ciudad, atado á la cola de su caballo.

¡Qué días de horror aquellos! Nada se respetó.—La senetud fué atropellada; el puñal se hundió en los pechos de todo ser indefenso que encontraban; las mujeres de cualquier edad, ante sus hijos, padres ó esposos, eran violadas, luego degolladas, ó hacían que á la fuerza arrojasen por sí mismas á la calle el palpitante cadáver de sus pequeñuelos, los destrozados miembros de sus esposos.

El mismo obispo Sr. Payá fué insultado porque acogió en su palacio á varios voluntarios que cuando entraron las facciones no tuvieron tiempo de esconderse en otra parte.

Además de la comisión de señoras, otra del ayuntamiento visitó á los infantes para suplicarles que cesaran aquellos horrores, sin resultado alguno; al entrar en el palacio vió al obispo Sr. Payá en la banqueta del portero aguardando á que los miserables aquellos lo recibieran. Cuando lo logró, y se enteraron de que había ido á rogarles que se conservase la vida á los prisioneros, la tía aquella le contestó colérica: «Da gracias á Dios porque no hacemos contigo lo mismo que con ellos,» á lo que Payá, poniendo término á sus gestiones infructuosas, y con tono de enérgica censura contestó: «*¡De ese modo, señora, ni se conquistan tronos en la tierra, ni coronas para el cielo!*», frase hermosa y valiente que ha quedado en la historia para oprobio de la cuadrilla de criminales que se llama carlismo.

El último día de los que estuvieron en Cuenca, dióse orden de que todos aquellos que deseasen indulto y no fuesen considerados como prisioneros, se presentaran en la catedral antes del término de cuatro horas, transcurridas las cuales serían pasados por las armas cuantos se encontrasen en los registros domiciliarios que al efecto se iban á practicar.

En vista de esto acudieron á los claustros de la catedral multitud de individuos, los que, formados de dos en dos y en medio de bayonetas fueron sacados y conducidos á la plaza, animando con sendos culatazos á los que volvían la vista atrás.

Después de pasar D. Alfonso revista á sus fuerzas, éstas desfilaron, y detrás los prisioneros, yendo á retaguardia algunos batallones.

Los prisioneros abrigaban la esperanza de que el cabecilla Monet, que había estado en Cuenca de comandante de la guardia civil, los trataría con benevolencia, pero su ánimo decayó cuando éste les dijo «que si alguno se desmandaba ó trataba de huir, sería despachado al otro mundo de un balazo.»

Comenzó la marcha, donde sufrieron toda clase de vejámenes. A pie, sin dejar montar á los que, no acostumbrados, llevaban los pies chorreando sangre; sin permitirles beber para calmar la abrasadora sed que sentían ni menos llevar á la boca un pedazo de pan, eran muertos á bayonetazos ó á tiros; muchos hubo que, no pudiendo dar un paso más, se dejaban caer en el suelo prefiriendo morir á sobrellevar por más tiempo tan cruento martirio. Uno de ellos fué D. Lorenzo Vela, que murió después de haber sido llevado en hombros durante mucho tiempo por su cuñado D. Ramón Torralba. Cinco voluntarios, por no poder andar, fueron asesinados en el camino.

Como se ve, los horrores del saqueo de Cuenca fueron superados por los que sufrieron los prisioneros que no tuvieron la suerte de ser salvados en Salvacañete por el entonces coronel D. José Lasso. Maltratados á cada instante, muertos de sed, y rechazados á culatazos cuando trataron de beber en el río Moscas, caminando casi descalzos por terrenos pedregosos, rendidos por el calor y la fatiga, viendo á los cinco voluntarios de que he hablado asesinados en el camino, sólo así se explica que al llegar á Cañete, desesperados, se negaran á seguir adelante, pidiendo

que los fusilaran allí. ¡Qué no sufrirían, cuando hasta los mismos carlistas hijos de Cuenca intercedieron por ellos!

Aun cuando el carlismo sólo tuviera el sáqueo de Cuenca en las páginas sengrientas de su criminal historia, él bastaría para calificarle de horda de violadores, ladrones y asesinos, y para justificar cualquiera medida, por dura que fuese, que tomaran los gobiernos liberales para exterminarlo.

ASESINO Y MARQUÉS DEL PAPA

Otro miserable del jaez de Cucala fué un tal Segarra, á quien después de la guerra le concedieron en el Vaticano un título de marqués, y del que hoy vamos á relatar sólo una *hazaña*.

Don Salvador Vidal era un honrado y prestigioso liberal de la provincia de Tarragona.

En Marzo de 1873 lo eligieron diputado provincial y tuvo que trasladarse de Tortosa á la capital para tomar posesión del cargo.

Segarra había sido criado del Sr. Vidal, le debía mil atenciones y favores, y aprovechó la ocasión para corresponder á ellos encargando á un tal Moset, jefe de una partida volante, que detuviera á su antiguo amo.

El Sr. Vidal, en unión de un fiel criado, fué hecho prisionero por Moset en las inmediaciones de Tortosa, y ambos, maniatados y á pie, fueron conducidos á Culla, *donde estaba Segarra*.

El antiguo doméstico insultó brutalmente á su amo por ser liberal, y *después dispuso su asesinato*.

Llamado por Vallés, su jefe, salió para Uldecona, dejando antes de partir orden á sus sayones para que ejecutasen su venganza.

Su esbirro Moset, con un grupo de foragidos con boina, sacó de Culla al Sr. Vidal con su criado.

Al poco rato hizo desmontar del bagaje al Sr. Vidal, y arrastrándole fuera del camino, lo asesinó á bayonetazos después de robarle tres mil reales en oro que llevaba y el reloj.

El criado, que vió tal felonía, no pudo contenerse y apostrofó á los verdugos, después de haberles suplicado en vano: sus palabras sólo sirvieron para que el jefe de aquella horda dijese á sus satélites:

—*A este lo mismo, para que no cante.*

¡Y la sangre del criado se mezcló en la muerte con la de su señor, como en vida los unió el mismo cariño y afecto!

¿Y habrá aún quien niegue que el carlismo es un partido de asesinos?

TIGRE TONSURADO

¿Quién era José Agramunt, cura de Flix? Un monstruo digno del carlismo, un émulo de su correligionario en tonsura Santacruz y del bandido Rosas Samaniego; un tipo ahorcable de esos que solo puede incubar el fanatismo religioso en dulce consorcio con el crimen. Un dato que lo retrata:

En una acción de Cataluña, las fuerzas del cabecilla Vallés tuvieron que declararse precipitadamente en retirada.

Un pelotón de caballería liberal, entusiasmado, sin mirar el peligro ni considerar la inferioridad de su arma en terreno montañoso, se lanzó temerariamente á perseguir á los carlistas por quebraduras y barrancos.

Componíase aquel pelotón de valientes de doce jinetes mandados por un joven oficial, hijo del general Moreno del Villar.

El enemigo les cortó la retirada, el terreno quebrado no les permitía defenderse, y uno á uno fueron cayendo, no sin matar al cabecilla Tallada y á otros muchos facciosos.

Los mismos carlistas admiraban el valor de aquellos héroes que murieron antes que rendirse.

Uno de los soldados moribundos pedía confesión con débil voz. El cura de Flix salió de entre los carlistas:

—En ninguna ocasión mejor, dijo, pues que soy sacerdote.

Y riendo cínicamente hizo sobre el moribundo una bendición grotesca... y acto seguido le hundió el sable en el pecho, repitiendo los golpes hasta que se convenció de que estaba bien muerto.

¡Y este miserable que decía pelear por la religión amenazada, era un cura, y se burlaba de los actos de su ministerio, mezclándolos con el asesinato y acelerando cobardemente los últimos momentos de un moribundo!

Otros hechos de este canalla:

Sorprendido el valiente coronel de caballería, señor Maturana, por la partida de Agramunt, se resistió á entregarse, defendiéndose, solo, de sus adversarios. Después de caer atravesado de un balazo, fué despojado de sus ropas, su dinero y sus cruces, poniéndose el cura la levita militar que llevaba el coronel mientras era asesinado inhumanamente. Dicha levita, con las condecoraciones ganadas por Maturana, la llevó durante toda la campaña.

En Belmonte, pueblo insignificante donde entró con su partida, cometió todo género de exacciones, robos, asesinatos y violaciones; se apoderó de siete voluntarios liberales que no habían hecho armas contra él y después de darles un trato inhumano, los destrozó á balazos.

En el Marroch realizó otro acto execrable: habiendo encontrado á un pacífico labrador, que nunca ha-

bía tomado parte en cuestiones políticas, lo mandó prender y acuchillar con una bayoneta, sólo por tener el pobre anciano en el ejército liberal un hijo á quien la quinta le había llevado hacía algún tiempo.

En Alforja realizó otro hecho infame. Había allí una pequeña fuerza de voluntarios liberales, y no atreviéndose á presentar un combate franco y leal, entró por sorpresa una noche ocultándose en las casas de sus correligionarios, donde estuvo acechando durante tres días. Cuando los confiados voluntarios se encontraban bien agenos de la celada que se les preparaba, los carlistas cayeron sobre ellos haciendo una horrible matanza. Treinta y tres fueron hechos prisioneros al ir á buscar sus armas, siendo conducidos á las afueras del pueblo, y fusilados. ¡Un niño de 10 años de edad, que lloraba abrazado á las piernas de su padre, fué fusilado también!

Ese mismo cura de Flix, para animar á su gente cuando atacaban las poblaciones, les dirigía los discursos más infames y desmoralizadores. En vez de hablarles del honor militar y de los intereses del partido, juzgando á los demás por sus propios sentimientos les decía que dentro de la población encontrarían mucho dinero para llenarse los bolsillos y muchachas guapas.

¿No es este el lenguaje de un perfecto bandido?

—

La entrada de las hordas carlistas en Catarroja se señaló por multitud de robos, y por el terrible sablazo que Cucala dió en la cabeza al jefe de estación, á pesar de ser carlista, para escarmiento, dijo, de los *ojalateros* que se estaban tranquilos en sus casas sin tomar las armas.

—

En Villarreal, pueblo carlista de la provincia de Castellón, huyeron muchos vecinos al saber que se aproximaba Cucala.

Los defensores de la religión robaron y violaron, como de costumbre, y además asesinaron á tiros y bayonetazos á un infeliz voluntario liberal de Castellón.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 2.º

FUSILAMIENTOS EN OLOT.—SENTENCIA CONTRA *Jergón*, SEGUNDO DE ROSA SAMANIEGO.—SALVAJES DE BOINA.—HORRORES EN CHELVA.—BOHEMIOS DE LA REALEZA.—EXTRACTO DEL PROCESO FORMADO CONTRA ROSA SAMANIEGO Y CONSORTES.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

FUSILAMIENTOS EN OLOT

El 17 de Julio del año 1874 *ciento noventa y tres* soldados liberales inermes, desarmados, aprisionados en una emboscada, fueron asesinados á sangre fría después de larga y penosa prisión.

Estaban en Olot, y al saber los carlistas que los liberales se acercaban, dispuso el bandido y religioso Saballs trasladarlos á Vallfogona para fusilarlos allí.

Descalzos, medio desnudos, descubierta la cabeza y atados por parejas, emprendieron la marcha camino de Llayers, escoltados por 50 héroes de escapulario y patíbulo.

Durante la marcha, un pobre carabinero se hirió el pié en una piedra, y porque no podía seguir al paso de sus compañeros, el defensor de la religión Narciso Bosch mandó desatarle é inmolarle allí.

Otro desdichado preguntó que adónde se les conducía, y se le contestó entre burlas y blasfemias: *Al infern de ahon abeu surtid, y ahont fá temps deurian está.*

A las nueve de la mañana llegaron á Llayers, aumentada la fúnebre comitiva con un *cura* que se les agregó en el camino; encerraron á los prisioneros en la iglesia y los carlistas se pusieron á almorzar.

Terminado el almuerzo, el miserable Boch mandó al canalla Brú fusilar á aquellos hombres, que esta-

ban tendidos sobre las losas, extenuados por el hambre y la sed.

Mandó Brú redoblar las ligaduras, y al preguntarle el porqué de tanto rigor, riéndose irónicamente, contestó: «La verdad es que nuestro general se ha compadecido de vosotros, y, cansado de tanto estorbo, manda que se os fusile en el acto.»

La escena que siguió á estas terribles palabras, no puede describirse. «¡Brú, piedad! ¡compadeceos de nosotros, somos padres de familia casi todos! ¡compasión!» Las lágrimas y los sollozos formaban contraste terrible con la feroz tranquilidad de los verdugos.

Todos querían despedirse de sus hijos y sus esposas, y algunos lápices y un pedazo de papel corrían de mano en mano. Los que no sabían escribir se agrupaban á sus compañeros y encargaban un beso para sus hijos, un abrazo para su esposa. Apenas podía leerse el escrito regado por lágrimas de aquellos mártires.

Abrazábanse unos á otros y se besaban con el ardor del que se despide para siempre. Pidieron al cura párroco, reverendo D. Jaime Campás, que les extendiera su testamento, que consistía en estas palabras:

«Adiós, esposa mía; muero pensando en ti y en nuestros hijos: implora una limosna para que no les falte el pan.»

La primera pareja fué sacada de la iglesia arrastrando. «¡Adiós, compañeros! Si escapa alguno, que dé un beso á nuestros hijos.»

Sonó una descarga, y aquellos dos desventurados cayeron en un charco de sangre, destrozados los cráneos. Algunos carlistas se ensañaron horriblemente en sus cadáveres mutilándolos á bayonetazos.

El alférez D. Saturnino García, en un arranque de indignación rompe sus ligaduras, y, encarándose con sus asesinos, sublime de emoción, exclama:

—Carlistas, vamos al suplicio; pero este suplicio será nuestra corona y vuestra deshonra á la vez: no sois partido político; sois miserables asesinos, y nuestra sangre caerá sobre vuestras cabezas...

—¡Matadle, matadle! aullaron algunos carlistas.

—No, dijo Brú—*se explica bé pel radé cop que canti.*

—¡Miserables!—replica García—matadme; mejor; así deshonráis, si honrada pudiera ser, vuestra bandera. Así Europa verá quiénes son los soldados de ese imbécil que en el Norte se rodea de seres como vosotros. ¡Matadme! Muero contento, y os escupo al rostro como á hombres sin vergüenza, sin fe, sin honor y sin palabra.

Una descarga selló sus labios, y cayó el sin ventura Garcia encima de la primera pareja.

Trascurrió media hora de una horrorosa carnicería: un lago de sangre cubría la tierra, y un montón de cadáveres destrozados y mutilados daba á aquel lugar un aspecto aterrador.

Quedaron 20 en la iglesia, que, creyendo ya harto de sangre al tigre, imploraron perdón. Brú por toda respuesta hizo una seña y continuó la matanza. Todos fueron inmolados menos el sargento Pedro Arolas, á quien concedió el perdón Bosch por ser paisano suyo.

Una hora después todo había concluído. Se abrió una zanja, inmediata á la iglesia, donde se amontonaron los cadáveres de aquellos mártires y se entregaron á las llamas los restos esparcidos sobre el terreno.

Sus desconsoladas viudas á hijos visitaron poco después aquel triste lugar, y hasta hoy nadie ha levantado un pequeño monumento allí donde reposan 80 infelices que dieron su sangre por la patria.

Al partir de Vallfogona Bosch y Brú con los infelices carabineros, habían quedado cien carlistas al mando de Salvador Casademunt encargados de ha-

cer cumplir la misma sentencia respecto de los jefes, oficiales y soldados destinados al sacrificio.

Salieron de Vallfogona camino de San Juan de las Abadesas, y al llegar á media hora de esta población, en una hondonada por donde atraviesa un pequeño arroyo, mandó Casademunt hacer alto, y, sin más ceremonia, les notificó que iban á ser todos fusilados en el acto, y que se preparasen para la última confesión.

Ninguno de aquellos desgraciados clamó venganza; ninguno se acordó de sus verdugos. Sólo los nombres de «¡madre mía! ¡hijos míos!» formaban coro con los lamentos y lágrimas de tanto desventurado. Sus matadores respondían con inmunda chacota á sus tristes invocaciones.

Sentados al pie del arroyo y debajo de una pequeña roca, iban los curas confesando á aquellos infelices, y después los hacían subir á un campo sobre el arroyo, donde los fusilaban y remataban á bayonetazos y culatazos.

Algunos de ellos entregaban llorando á sus verdugos alguna prenda, algún recuerdo para sus familias. Un sólo carlista cumplió con tan sagrado encargo.

Continuaban las descargas cuando llegó el turno al jóven médico D. Braulio Ruiz. Este, que ni prisionero era, pues voluntariamente después de la catástrofe de Castellfullit se quedó en Olot para asistir á los heridos, sufrió tres descargas sucesivas á quemarropa. Levantóse después de la tercera, ileso, pálido como un cadáver y con las lágrimas en los ojos, exclamó: «¡Hermanos, perdón! Soy el único sostén de mi pobre madre y hermanas, á quienes mantengo con mi paga. ¡Por vuestra madre que os dió el ser, concededme la vida!»

Los carlistas titubearon, pero un bárbaro sin corazón se opuso, pidiendo á gritos su muerte.

Ruiz, levantando las manos al cielo, exclamó: «¡Madre mía, hermanas mías! no os veré más; Dios

conoce que mi vida os hace falta. ¡Perdón, hermanos míos; no me fusiléis! En nombre de las heridas que os he curado os lo pido: ya veis que en tres descargas no me habéis muerto: la Virgen quiere que no muera!»

Entonces, ¡horror! dos muchachos que no tendrían quince años, le apuntaron diciendo: «A ver, pues, si yo te mato;» y el mártir Ruiz cayó para no levantarse más. Con el ejemplo de aquellos asesinos, un grupo de muchachos *requetés* se echó sobre la víctima y en ella se cebó horriblemente. A pesar de esto, Ruiz no había muerto, y, señalando con la mano su corazón, puedo articular algunas palabras: «No me hagáis sufrir más; aquí está la vida; quitádmela y Dios os perdone.» Entonces una bala le atravesó el corazón y Ruiz dejó de existir.

El soldado Antonio Moreno, del regimiento de Cádiz, al subir confesado del barranco á la pequeña explanada, encontróse con su comandante D. José Muñoz, que, confesado también, iba con lágrimas en los ojos al suplicio, y con la calma de un mártir, le dijo: «Mi comandante, ánimo: la muerte nos iguala; apóyese V. en mí, y que vean esos tunantes cómo mueren los valientes.» Secáronse las lágrimas del comandante, y abrazando y besando al soldado, le dijo: «Gracias, hijo mío; tú me devuelves la calma que había perdido.» Y abrazados cayeron de una descarga para unirse con sus compañeros de martirio.

Quedó aquel pequeño campo cubierto de cadáveres, formando un charco de sangre que ya la tierra no quería absorber. Algunos de los carlistas, en tono de mofa, pidieron irse á comer, «pues el trabajo había sido duro y la cacería había dado resultado».

Después, por pregón, se obligó á los vecinos de San Juan de las Abadesas á ir con parihuelas, escaleras de mano y cuanto pudiera servir para el caso, el sitio de los fusilamientos, para dar sepultura á los cadáveres. El desalmado cabecilla Casademunt decía

que bastaba abrir allí mismo una zanja, pero los vecinos de San Juan tomaron á su cargo transportarlos á todos y darles sepultura en el cementerio de la villa. La operación duró hasta muy entrada noche y daba horror ver aquella procesión de cadáveres, alumbrada por las linternas de los vecinos, desde el sitio del desastre al cementerio de la villa.

Allí fueron sepultados y allí descansan los restos de tantos mártires.

Mártires que, si levantaran hoy la cabeza y vieran á algunos de sus verdugos vistiendo el honroso uniforme que ellos llevaron, volverían á desplomarse avergonzados en la fosa.

SENTENCIA

CONTRA *Jergón*, SEGUNDO DE ROSA SAMANIEGO

Párrafos de la petición fiscal hecha en 10 de Diciembre de 1876 contra Rosa Samaniego y Ezequiel Llorente (a) *Jergón,* carlistas selectos que oían misa diariamente y llevaban al cuello escapularios de *¡detente, bala!* fabricados en los dulces asilos de las castas esposas del Señor.

El manso, humilde y caritativo clero que hoy se desgañita fulminando anatemas contra los liberales, no tuvo una palabra de censura contra tan espantosos hechos, sin duda porque se cometían á la sombra de la bandera del absolutismo, que tan simpática le es. He aquí los párrafos:

«D. Luciano Sánchez y Sáenz, caballero gran cruz, etcétera, y fiscal de la presente causa, á este ilustrado Consejo, dice: Que la lectura de este proceso impresiona, porque de ella resulta patente lo horroroso de los crímenes que se persiguen.

Un hombre, ó mejor dicho, una hiena, abrigado con el manto de un partido político que se titulaba

defensor de la religión, creyendo sin duda que á la sombra de él quedarían impunnes, asesina sin compasión, piedad, ni temor de Dios á jóvenes de quince y dieciocho años, hombres en la mejor edad de su vida, ancianos casi decrépitos y á doncellas de veinte á veintidós años, sepultándolos en los profundos é insondables abismos de las simas de Igúzquiza y Ecala, unas veces después de muertos, y otras mal heridos, y otras vivos, sin más motivos que el de leves sospechas de que eran de opinión liberal, ó que habían conducido algún parte para las columnas del ejército constitucional; sin que le detenga ni espante el derramar la sangre de tantas inocentes víctimas, ni le conmuevan los ayes de las mismas al implorar compasión. Al contrario, lejos de conmoverse, hace este criminal estúpido cínico alarde de los horrendos crímenes que había cometido, alabándose de *haberse comido una sartén llena de orejas fritas cortadas á personas vivas, que después tiraba á la Sima*; lamentándose cuando no tenía inocentes en quienes ejercer sus fieros instintos, con las expresiones de, *hoy no hemos tenido nada que hacer, hoy no hemos hecho nada*, teniendo por costumbre remangarse un lado del pantalón, y decir, como en son de triunfo y alegría: *cada vuelta que me doy en el pantalón que me remango, es uno que aquel dia he tirado á la Sima.*

Veamos ahora, ilustre Consejo, el verdadero resultado que arroja el proceso contra Ezequiel Llorente Aguirre (a) *Jergon*, para estimarlo en todo su valor.

Por las declaraciones de los cuarenta y dos testigos que han sido examinados en este proceso, que principian con la de Pedro Echevarría, folio siete, y concluyen con la de D. Agustín Jarauta, folio sesenta y siete vuelto, y por las dieciocho que, copiadas de la otra causa, que por separado y por los mismos delitos se sigue contra Rosa Samaniego, ausente, y otros presentes, obran por testimonio, folio ciento

diez al ciento treinta, resulta plenamente justificado que el día diez de Abril de mil ochocientos setenta y tres, se capturó en el pueblo de Murieta al vecino del mismo, llamado Pedro Muneta, hombre honrado, cojo é inútil, el cual fué asesinado.

Que el mismo día, mes y año, dió muerte á Juan Urra Ruiz de Larramendi, de oficio albañil, casado en Ancín, natural de Ecala, tirándolo á la sima de este pueblo.

Que el día segundo de Pascua de Pentecostés de dicho año de setenta y tres pegó una fuerte paliza en el pueblo de Zufía á un curtidor de Estella, y mal herido y casi agonizando lo llevó á la sima de Igúzquiza y lo tiró á su fondo.

Que el veintitrés de Junio del indicado año asesinó al joven de quince años Felix Chavarri, natural de Villatuerta, tirándolo á la sima de Ecala.

Que junto con este joven mató á Mariano Carín y Caro, de dieciocho años de edad, natural de Cirauqui, que servía de mozo de labranza en Lorca, tirándolo tambien á la misma sima.

Que el ocho de Julio del expresado año pegó una paliza á Hipólito Sanz, natural y vecino de Villatuerta, disparándole dos tiros, arojándolo después á la sima de Ecala.

Que el veinte de Agosto del mismo año capturó á Luis Pesado, vecino de Estella, asesinándolo el veintiuno.

Que igualmente asesinó á dos mujeres como de veinte á veintidós años, de las que gozó antes de matarlas, tirándolas después á la sima de Ecala.

Que cogió en el ya citado pueblo de Murieta á un peón caminero, anciano de sesenta años, y después de robarle la ropa que tenía puesta, lo tiró vivo á la sima de Igúzquiza.

Que ató fuertemente á un gitano que le entregaron otros carlistas que no pertenecían á la partida de Rosa Samaniego, y acompañado de otros cuatro ó cin-

co carlistas, lo asesinó y tiró á la sima de Igúzquiza.

Que al día siguiente de este asesinato sacó de Estella á dos paisanos que eran de Castilla, cerca de Madrid, y los condujo hacia la misma sima, á la que indudablemente los tiraría; porque ya era sabido que todos los que él cogía ó se le entregaban era para matarlos.

Que por sospecha de si era confidente, colgó vivo á un hombre, teniéndole en una viga con los pies arriba y la cabeza hacia bajo hasta que le ahogaba la sangre; echándolo después desnudo sobre unas aliagas para martirizarlo, y, bañado en su propia sangre, lo tiró á la sima.

Que en el pueblo de Villatuerta cogió á una joven que parecía una señorita, y, después de gozarse de ella, la mató de un tiro y la sepultó en la sima de Igúzquiza.

Que habiendo intentado tirar á la sima á un hombre vivo, se resistió éste, y agarrándose á brazo partido con uno de la pareja que le acompañaba, lo mataron á bayonetazos *Jergón* y el otro de dicha pareja, tirándolo á la sima de Igúzquiza.

Que en compañía de otros de la partida de Rosa cogió á un hombre que vendia churros, y lo mató, asesinando también junto con éste á otro desconocido.

Que asesinó á Francisco Lasa, vecino de Estella, tirándolo á la sima de Igúzquiza, dándole de palos antes de matarlo.

Que en Valdelana cogió y mató á Leandro del Rey, joven de diecisiete años, natural de Estella, asesinando también al padre de ese joven, llamado Ramon, cuando iba á buscar á su hijo.

Que en el pueblo de Aramendia martirizó á otro castellano, colgándolo, dándole antes de palos, diciendo Rosa que estaba presente: «*c..... traer una gavilla de aliagas, que lo hemos de quemar vivo:*» cuyas aliagas llevó *Jergón*, tirándolo desnudo sobre ellas, y al anochecer lo acabó de matar, retirándolo un

poco del pueblo hacia el monte, y abriendo un hoyo con unas layas, lo enterró en él; cuyos huesos y calavera recogió el fiscal actuario el día 3 de Abril último del mismo hoyo en que fué enterrado, y lo mandó depositar en el cementerio de dicho pueblo de Aramendia, donde se conservan, segun consta y se acredita por la diligencia del folio cincuenta y cuatro.

Que el día cinco de Enero del año sesenta y cinco, cerca del pueblo de Arruiz, cogió á Bernardo Cestona, vecino de Lecumberri, á quien Rosa Samaniego acababa de robar en cuadrilla y en despoblado treinta y tres duros, ó sean ciento sesenta cinco pesetas que llevaba para su tráfico de arriero de vinos, y, robándole también *Jergón* la alforja y la merienda, le dió de palos, concluyendo de matarlo á bayonetazos, dejándole en un hoyo cerca de la carretera.

Que en el mes de Diciembre del mismo año tiró vivo á la sima de Igúzquiza á Eugenio Arrieta, soldado carlista, porque, arrepentido de estar entre ellos, que lo habían sacado á la fuerza, trataba de presentarse á las autoridades.....»

¿No es cierto que parece esa relación, más que un hecho real, producto de una pesadilla espantosa?

Pues hay todavía algo más horrible, y es que el espíritu que animaba á aquellas honradas masas (?) domine hoy en España, y nos veamos perseguidos y acorralados los hombres que hicimos toda clase de sacrificios por aniquilarlas.

SALVAJES DE BOINA

Los *héroes* que en Cuenca desgarraban los libros en las bibliotecas y destruían los aparatos eléctricos dei gabinete de Física, no es de extrañar que se ensañasen con los ferrocarriles, manifestación la más visible y asombrosa del progreso.

El ideal del carlismo ha sido siempre volvernos á los tiempos de Carlos II, cuando España era un desierto y la población no pasaba de ocho millones, no había carreteras ni vías de comunicación, apenas si algún fraile montado en su mula iba de un pueblo á otro para predicar sermones, y los españoles eran modelos de santidad, pues se los comian los piojos, miraban con horror el trabajo y engañaban su hambre crónica con las sobras de los conventos.

El instinto de destrucción que sienten los pueblos salvajes ante las obras del progreso, se reveló en los carlistas apenas se echaron al campo; y así como el piel roja ó el beduino no podian ver en los primeros tiempos el ferrocarril sin tentaciones de cortar la vía y disparar sobre los viajeros, los carlistas cifraron su anhelo en destruir puentes, cortar vías y quemar trenes. Era el salvajismo que, en vez de adornarse con la cimera de plumas ó el blanco jaique, abrigaba su chato y duro cráneo bajo la boina, emblema de bandidaje.

Y no vale decir que tales atentados fueron obra individual y espontánea de los cabecillas rudos y sus partidas de foragidos. La destrucción de los ferrocarriles, de los puentes, de los acueductos, la ruina de costosas obras públicas llevadas á cabo con grandes esfuerzos, la prohibición á tiros de que las personas pacíficas pudiesen viajar, todo fué obra de D. Carlos, animal feroz y obtuso que ordenó y consintió cuantos crímenes realizaron sus fanáticos partidarios.

He aquí el bando inaudito, absurdo y salvaje que dió el santurrón hipócrita general en jefe del Pretendiente, Lizárraga, quien, después de fusilar á los liberales, rezaba el rosario por sus almas.

«D. Antonio Lizárraga y Esquiros, mariscal de campo de los reales ejércitos del señor don Carlos VII, etc...

Ordeno y mando.

Art. 1.°—A partir del 15 de Enero pararán por

completo su circulación los trenes que desde Madrid desembocan á Valencia, Alicante, Cartagena y Zaragoza.

Art. 2.°—Todos los empleados y dependientes de las vías férreas, de cualquiera categoría que sean, que al partir de la fecha que marca el artículo anterior sean encontrados á una legua por derecha é izquierda de la vía, *serán fusilados irremisiblemente*, identificado que sea su empleo, sin darles más tiempo que una hora para que mueran cristianamente.

Art. 3.°—*Todos los trenes* de mercancías que sean apresados por fuerzas reales, *serán acto continuo incendiados.*

Art. 4.°—Los trenes de pasajeros serán detenidos, y después de recoger cada viajero su equipaje, serán incendiados. Desde 1.° del próximo Febrero serán los viajeros todos, sin distinción de clase, sexo y edad, conducidos por la fuerza opresora *dos jornadas distantes de la vía* y allí serán puestos en libertad».

No es preciso comentar este infame documento.

El pobre padre de familia que por dar de comer á los suyos desempeñaba un empleo en ferrocarriles, si caía en poder de los carlistas *era fusilado* por el delito de ser honrado, de trabajar y de no ir como los granujas con boina y trabuco robando é incendiando.

El comerciante que enviaba sus mercancías de un punto á otro, ya sabía que si el tren era detenido por los carlistas, los géneros que representaban su fortuna serían destruídos.

El pacífico viajero (aunque fuese una señora) tenía que sufrir los insultos de la horda carlista, y á pie, llevando á la espalda el equipage si no se lo robaban, tenía que andar dos jornadas hasta que, ¡oh magnanidad!, lo dejaban libre, pero derrengado por la fatiga y los palos.

¿Merece respeto ni consideración alguna, una idea política que así pretende imponerse? ¿No hay razón

de sobra para afirmar que el carlismo no es un partido, sino una partida de bandidos?

*
* *

He aquí á la ligera los daños causados por el carlismo en 1873.

Enero. Incendiaron un tren de mercancías en Valencia y cortaron en Guipúzcoa la vía y varios trozos de la línea telegráfica.

Febrero. Incendiaron las estaciones de Villafranca y Caparroso en el ferrocarril de Pamplona, y las de Amurrio, Areta, Elodio y Lezama, en el de Bilbao. Cortaron el ferrocarril en Alcázar, destruyendo los aparatos telegráficos en la estación de Villacañas, y cortaron varios trozos de vía en Benicarló y Arbós, línea de Valencia á Barcelona.

Marzo. Incendiaron las estaciones de Santa Olaya, Olazagoitia, en la línea del Norte, la de Echarri en la de Pamplona á Alsasua, y destruyeron varias obras en la de Bilbao.

Abril. Incendiaron la estación de Monasterio, en la línea del Norte, y la de Vinaixa en la de Tarragona á Lérida.

Mayo. Lo mismo en las de Villageran y Quintanilla en el Norte; otras varias en Bilbao; la de Venta Baños, Torredembarra, Monistrol y Selva. Además cortaron la vía del Norte y la telegráfica entre Miranda y Manzano, dos kilómetros en Tarragona y lo mismo en Quintanilla.

Junio. Incendian las estaciones de Berosoin y de Irurzum, en el Norte. También incendiaron todos los carruajes que había en la estación de Berosoin, que constituían un considerable material que podía formar tres grandes trenes; cortaron la vía cerca de Vitoria y los puentes de Luchana y Burcena, en las carreteras próximas á Bilbao, así como el ferrocarril.

Agosto. Incendio de las estaciones de Nules, Burriana, Villareal, Torreblanca, Vinaroz, Benicarló, Santa Bárbara y otras dos en la línea de Valencia y

Tarragona, y las de Lodosa y Alsasua en el Norte. En la estación de Alsasua destruyeron 26 carruajes y dos locomotoras; en Vinaroz incendiaron los edificios pertenecientes á las obras del puerto; en Valencia el puente de Mogente, varias casillas y cinco coches; en la línea de Valencia á Tarragona los puentes de Pineda y Río Seco, cortando once kilómetros de vía y el telégrafo del ferrocarril de Tarragona á Barcelona.

Septiembre. Queman las estaciones de Escatrón, Játiva y la Encina. En las cercanías de Bilbao cortan la carretera, y entre Tolosa y Villabona un puente, y en la línea de Valencia la vía entre La Encina y Fuente la Higuera.

Octubre y Noviembre. Incendian la estación de Cazalla en la línea de Palencia; la de Breda en la de Gerona; la de Sardoni, La Granada y Gélida, en la de Tarragona; la de Milagro en la de Pamplona. En estos dos meses destruyeron un puente de hierro en el ferrocarril de Pamplona, el de Barcelona á Gerona, y cortaron la vía entre Villarreal y Nules.

Diciembre. Incendian las estaciones de Recajo, Alcanadre y Cenicero, en la línea de Tudela á Bilbao; las de Tordera, Empalme, Sils, Riudellots, Fornells y Mogente, en las líneas de Cataluña y Valencia. Cortaron la vía y telégrafo en Catarroja, el puente de Boquilla, el de Montalvo en la línea de Tudela á Pamplona, y el de Agostallo.

En 1874 fueron aun mayores los destrozos causados por el bandidaje carlista.

Enero. Cortan la acequía de abastecimiento de aguas de Castellón. Cerca de Ayerve, en la línea de Tarragona, destruyen un pontón. En la de Tudela á Pamplona queman dos estaciones, y en Cataluña la de Malgrat.

Febrero. Incendian la estación de Alcanadre en el ferrocarril de Tudela á Bilbao y hacen descarrilar un tren de mercancías cortando la vía. Entre Olesa y Monistrol destruyen un pontón, cortan la línea tele-

gráfica y precipitan al río un tren de mercancías.

Marzo. Cortan el ferrocarril y telégrafo entre Vendrell y Valls, y el tranvía de Gandía. En Almansa destruyen la estación telegráfica y cortan la vía, causan deterioros en varios puentes de la línea de Alicante y Valencia y cortan la telegráfica entre Almansa y Mogente, entre Oviedo y Campomanes, así como cerca de Teruel, y repetidas veces entre Laredo y Castro.

Junio. Destruyen varias estaciones entre Tarragona y Vendrell, y para evitar el paso de las tropas á Berga, varias obras en la carretera. En el ferrocarril de Santander causan grandes desperfectos, como en obras de la carretera también.

Julio. Queman la estación de Rincón de Soto, en el ferrocarril de Tudela á Bilbao, y destruyen varios trozos de línea telegráfica en el de Valencia.

Agosto. Incendian una estación y un puente de madera en el ferrocarril de Barcelona á Tarragona; un tren y la estación de Mollet y puente de Ripollet; la estación de Vinaixa y casilla del guarda en el de Lérida á Tarragona, inutilizando seis kilómetros de vía. En el de Madrid á Zaragoza, entre Medinaceli y Arcos, detienen un tren, hacen bajar á los viajeros, enganchan otras máquinas y lo hacen descarrilar, cayendo al río cuatro de estas; destrozan cuatro puentes de hierro de 20 metros de luz sobre el Jalón y otro de más consideración, y en la estación de Arcos inutilizan la plataforma, y queman la fonda y gabinetes telegráficos de Arcos y Medinaceli. En el de Alicante levantan carriles y maderas del puente de Sumidores, de 8 y medio metros de altura, y cae al río un tren de mercancías. Saquean además la estación de Venta la Encina. En el de Santander incendian la de Quintanilla, destruyen la línea telegráfica de Miranda hasta Haro, la estación de Calat, la de Quinto en Aragón; saquean y queman la de Calahorra y cortan otra vez la línea de Arcos.

Septiembre. Queman la estación de Espinosa de los Monteros en la línea de Santander; en Santuño destruyen el gabinete telegráfico; una descarga hecha á un tren de mercancías mata al fogonero y hiere al maquinista. Destruyen varias veces el telégrafo entre Nules y Castellón. En la línea de Alicante roban un tren de mercancías, y atando los hilos del telégrafo al último vagón, llega sin personal hasta Albacete. Queman las estaciones de Pozo-Cañada, Monóvar y Novelda, y cortan la vía de Cartagena, tres puentes y queman las estaciones de Tobarra y Agramont, destruyen las puertas y ventanas de la de Hellín, sueltan dos trenes en sentido contrario, después de saqueados é incendiados, habiendo hecho bajar antes á los viajeros; dichos trenes chocaron con otros de servicio y salieron heridos varios empleados. En Murcia destruyen 80 coches y vagones, 6 máquinas, 4 puentes, 3 estaciones y 8 edificios accesorios; destruyen la línea telegráfica entre San Vicente y Llanes.

Octubre. Queman la estación de Cetino y tres casillas, destruyen el telégrafo y cortan la vía, estropean 6 máquinas entre este puuto y Bubierco en el ferrocarril de Madrid á Zaragoza; cortan el telégrafo entre Pajares y Vega de Ciezo (Asturias) y también entre Tafalla y Zaragoza, entre Villena y Alicante, y entre Hellín y Murcia, y lo mismo entre Mieres y Pajares; queman la estación de Blanca, la de la Encina en el ferrocarril de Valencia á Alicante, y en la línea de Tarragona á Lérida concluyen de destruir 11 puentes y 2 pontones.

Noviembre. Incendian la estación de Benlloch y destruyen los aparatos de un faro en Guipúzcoa.

Diciembre. Cortan cuatro puentes sobre el Zadorra.

*
* *

¿Y aún se extrañan los carlistas de que todo el país les odie y desee su exterminio sin compasión?

Merece iguales respetos como partido político, que la cuadrilla de José María ó la de Jaime el Barbudo.

HORRORES EN CHELVA

Cuadro que ofrecía Chelva durante la dominación del cabecilla Santés.

El número de curas trabucaires que llevaban una vida de facinerosos era grande.

El mismo Santés, irritado un día al ver que en su columna iban *más de doce curas por compañía*, les apostrofó en el rudo lenguaje que le era habitual, diciendo que él quería soldados para combatir, pues la guerra no se ganaba cantando misas.

En Chelva se rezaba el rosario por las calles tres veces al día, y era de ver el afán espiritual de cierto fraile exclaustrado que marchaba al frente de la turba de fanáticos con un enorme rosario en una mano y la boina y el sable en la otra.

Este fraile era el encargado de entusiasmar diariamente á las hordas carlistas predicándoles sermones grotescos al par que horribles. Véase la muestra:

«Hijos mios, quien mate á un *negro* ha ganado el cielo; esos *pillos fracmasones* tienen perdida la sociedad y sólo nuestra sagrada bandera y la santa causa que defendemos puede salvarla.

¡No temáis; ni vaciléis; Dios nos protege, pues su Hijo, *que en la cruz ya llevaba boina*, os ha dado su corazón para que las balas os respeten.»

Y tan brutos y feroces como ese exclaustrado eran todos los clérigos que en Chelva predicaban el triunfo del cristianismo á trabucazos.

Los voluntarios carlistas, en especial los jefes y oficiales que mayor acatamiento prestaban á las cosas de la Iglesia y más vivas daban á la religión, eran los que llevaban la vida más crapulosa con las prostitutas que en gran número habian acudido á Chelva.

Santés veía todo esto y se cruzaba de brazos. Lo que le importaba era agenciar oro y más oro.

Se aparentaba luchar por la religión, y en ninguna

parte había más irreverencia; defender la causa de Dios y se escuchaban blasfemias horribles... Y se robaba, y se jugaba, y se cometía todo género de atropellos, y se vivía en orgía perpetua.

Con la acumulación de gente en un pueblo reducido, la falta de policía y la abundancia de rameras, pronto se desarrollaron enfermedades epidémicas y otras muchas originadas por la falta de aseo.

Al referir estos detalles un carlista *enragé*, sacerdote, decía:

«Sólo al ver el espectáculo que ofrecía Chelva comprendí la justicia de Jehová en mandar el sagrado fuego contra las dos ciudades malditas de Sodoma y Gomorra.»

Estos males tomaron incremento cuando los titulados infantes penetraron en la población al frente de sus famosos zuavos, receptáculos de todos los vicios.

Del jefe, de Santés, no podía decirse menos que de sus subordinados. Hacía las cosas con más *finura* que Cucala, pero hasta los mismos carlistas le llamaban ladrón en todos los tonos.

El autor de *El Diario de un carlista* dice de él, que arreglaba las cuentas como si pagase á trece mil voluntarios y nunca tuvo en filas más que seis mil.

Se burlaba de los oficiales que no eran sanguinarios, despreciaba á los hombres honrados que por entusiasmo ó fanatismo habían tomado las armas, y apreciaba y distinguía mucho á los ladrones y foragidos, suponiendo que eran más valientes.

Cuanto á su religiosidad, hay que oír á los mismos carlistas. Trataba á los curas poco menos que á palos, se burlaba de ellos, y les prohibió que instruyesen y moralizasen al *requeté*, diciendo que aquellos chicos, para matar liberales y hacer daño en los pueblos no necesitaban saber doctrina. Su manera de dar cuentas era sencilla. Necesitó justificar ante una comisión la inversión de fondos y escribió en su libro de caja:

«*Salida:*

Perdido en la acción de Bocairente por caer en manos de la tropa; tres millones de reales... 3.000.000.»

Los tres millones no los encontró la tropa, porque se habían *perdido* mucho antes.

Esto lo explicaban los mismos carlistas comentando los viajes que la esposa de Santés, arrostrando peligros sin cuento, hacía á Chelva, embarcándose después para Marsella.

Además, cuando los cabecillas Palacios y Vallés le formaron sumaria, encontráronle á Santés respetables cantidades que tenía escondidas en espera de ocasión para enviarlas á Marsella.

La inmoralidad administrativa era indescriptible: aquello era una cueva de ladrones; todos robaban imitando al jefe; los administradores de fondos, los abastecedores de armas, alpargatas, caballos, etc.

La categoría del sujeto á quien en nombre de don Carlos se confió el gobierno militar y civil de Chelva, hasta para apreciar lo que hubiera sido España reinando el Pretendiente: un carnicero apodado *Chulla*, licenciado del presidio de Valencia y hermano de un criminal ajusticiado en Sevilla. Se le acusaba públicamente de haber muerto á su primera mujer en connivencia con la que tuvo siendo gobernador, y á la cual apodaban *la Mistera*.

Chulla y su egregia esposa se rodearon de un ridículo aparato para representar dignamente la autoridad divina delegada en ellos por D. Carlos. Formáronse una guardia ó escolta de honor con todo lo peorcito del carlismo y llegaron á tratar á Santés de potencia á potencia.

Como era carnicero, tomo á su cargo abastecer el hospital militar, y los robos que cometió sublevaron el ánimo de los suyos. Depositario general de los cuantiosos robos que los carlistas hicieron, como el verificado en Albacete, se le vió vender en poco tiempo los ricos y variados efectos que se le confiaron, sin dar cuenta á nadie.

Su ilustre consorte y gobernadora la Mistera, observaba una conducta lo mas escandalosa é irritante, viéndosela desempeñar los oficios de su marido, desvalijar la correspondencia pública, recibir y dar curso á la oficial de los carlistas, utilizar en provecho propio los bagajes de los retenes, amenazar de continuo á particulares sin distinción de personas, y conducir de aquí para allá, á horas intempestivas, en diferentes ocasiones y por diversos caminos, acémilas cargadas con objetos robados.

Si D. Carlos llega á triunfar, no le habrían faltado *Chullas* y *Misteras* para gobernar todas las provincias. A tal amo tales criados.

BOHEMIOS DE LA REALEZA

Cuando el vicioso é imbécil Pretendiente llamó á España á su hermano para encargarle de las gavillas de perdidos que asolaban el Centro, tenía D. Alfonso 24 años de edad, la poca parte de inteligencia que distinguió siempre á su familia, y estaba de zuavo en el ejército del Papa.

Su mujer, doña Blanca, era portuguesa, hija de aquel infante D. Miguel, fanático y corrompido, que disputó la corona á la reina liberal doña María de la Gloria; y, convencida de lo escaso del meollo de su manso compañero, lo trataba muchas veces al modo que los chulos tratan á sus señoras.

Ella era el verdadero jefe, la que todo lo disponía; el esposo era lo que vulgarmente se llama un cero á la izquierda; ella la que más gozaba en el derramamiento de sangre, la que incitaba con sus gestos, palabras y acciones al asesinato, la que negaba la vida al indefenso prisionero, la que contemplaba sin palidecer retorcerse al moribundo en su agonía; ella la que protegía á bandidos como Cucala y el cura Flix y

odiaba y perseguia á los que, como Vallés, no se olvidaban de que eran caballeros á pesar de ser carlistas.

Aparte la sangre y la matanza, lo que más amaba eran sus zuavos, aquellos batallones de perdidos compuestos en su mayoría de franceses, italianos y alemanes, gente escapada de los presidios, espuma del mal recogida en los puertos donde instintivamente se agrupa la granujería de todo el mundo.

Su paso por las provincias del Centro fué una tempestad de inmoralidades y crímenes. Doña Blanca no sabía ya qué hacer para halagar á aquellos granujas universales, cuya ferocidad tanto le placía.

Era la única fuerza bien vestida y equipada que había en el Centro. Llevaban pantalón bombacho encarnado, chaquetilla turca, capote gris, boina y fusil Remington. Tenían dos pesetas de haber, ración, y manos libres para apoderarse de lo ageno. Los demás carlistas, valencianos ó catalanes, nada eran al lado de aquella pillería. Doña Blanca les autorizaba para que quitasen á los demás batallones carlistas lo que mejor les pareciera; así es que se llevaron las mejores partes de las músicas, lo mismo que las cornetas, armas, fornituras y cuanto quisieron.

Semejante proceder introdujo una desmoralización é indisciplina tan grande, que cualquier individuo de los batallones del Maestrazgo ó valencianos que cometía una falta, para eludir la responsabilidad se pasaba al cuerpo de zuavos.

Todo lo más selecto en el mal fué inmediatamente á incorporarse con los célebres zuavos, y de este modo quedaron reforzados y completos sus batallones Entre sus varios fueros se contaba el de ir en las marchas como les diera la gana, sin atender á ningún orden de formación, detenerse cuando les pareciera oportuno, é incorporarse y pasar revista cuando lo tuvieran por conveniente. Tenían en los alojamientos la preferencia; si al entrar en una casa había otros alojados carlistas que no fuesen zuavos, á

palos los echaban, aun cuando fuesen oficiales y aun jefes. Llegó uno hasta el extremo de apalear á un anciano coronel carlista, el cual dió el oportuno parte; y en vez de formar al zuazo consejo de guerra, contestó doña Blanca:

—*Yo no castigar á ningún bravo; mi zuavo ser un bravo; coronel sea arrestado...*

Los zuavos fueron causa de la destitución y el procesamiento de Vallés, el más decente, quizás el único decente, de los carlistas del Centro.

Al pasar los titulados infantes de Cataluña á Valencia, los zuavos quedáronse atrás con el convoy. Varias columnas liberales les cerraron el paso, y Vallés creyó que era mejor esperar que entablar un combate de éxito problemático.

Al presentarse Vallés ante aquel par de infames, les expuso detalladamente lo ocurrido y los inconvenientes con que había tenido que luchar para replegarse, evitando el encuentro de las tropas y sin poder traer al convoy y los zuavos hasta tanto que las columnas liberales fraccionadas dejasen el camino expedito.

Doña Blanca, enfurecida, crispados los nervios y presa de una excitación tal que la hacía contraer el rostro de una manera feroz, levántose de su asiento y exclamó á grandes voces:

—*¡Miz zuavos! ¡Miz zuavos! ¡il son perdu! ¡oh mon Dieu! ¡que feron nous!* Tú tienes lo culpa, imbécil, mal jefe, que no te has atrevido á traer el convoy para *mis zuavos. ¿Qué será de ellos ahora?*

—Señora,—le contestó Vallés;—he creído prudente no comprometer la vida de muchos hombres por traer un convoy que las peripecias de la guerra impiden que llegue con la premura debida. El enemigo nos tiene circunvalados, y todo paso que se dé con ese objeto costará una sangre que será irreemplazable en el día de mañana.

—¡Eres un cobarde!—continuó Doña Blanca en el

paroxísmo de su ira;—quedas destituído desde este momento, y no te presentes ya ante nuestra vista: ¡vete!

Y Vallés, que tenía el cuerpo cubierto de heridas, por ser de los cabecillas que mejor se había batido en las dos guerras, se oyó llamar cobarde por aquella tía, y fué procesado.

¡Los *zuavos!* Jamás se ha visto pillería tan infame ni mujer tan depravada.

En el saqueo de Cuenca, aquellos racimos de horca, defensores del rey legítimo y de la religión, se arrojaron como sátiros sobre las indefensas mujeres, violándolas en medio del incendio y algunas á la vista de sus parientes heridos.

Una comisión de señoras respetables, con lágrimas en los ojos y palabra trémula fué á visitar á doña Blanca para hablar, no á la fiera, sino á la mujer, rogándole terminasen aquellas monstruosidades; y la heroina del carlismo, sonriendo con cinismo espantable, contestó con su vocecita de niña:

—*¡Oh! Miz zuavos zon bravos y nada querro decirles. Debo permitirles una ezpanzión.*

Búsquese en los más inmundos lupanares, donde la mujer pierde hasta la última noción de su dignidad, entre las infelices harapientas que pululan por las rondas y en torno de los cuarteles, y de seguro que ni una de ellas, ante la doncella atropellada y casi agonizante, la matrona que llora presa de vergüenza y de dolor, y el pobre niño que abre sus ojos con inmenso asombro, adivinando vagamente el crimen que acaba de cometerse en su madre violada, es capaz de reirse ni de dar el nombre de *expanzión* á tales infamias y tales monstruosidades.

EXTRACTO DEL PROCESO
FORMADO CONTRA ROSA SAMANIEGO Y CONSORTES (1)

«Mandadas formar estas diligencias en 26 de Octubre de 1874 por disposición del Excmo. Sr. Teniente general D. Manuel Laserna, que mandaba en jefe el Ejército del Norte, dió principio su instrucción en el mismo día, actuando como fiscal el teniente coronel D. Juan Florán, y como secretario el teniente del regimiento Infantería de Castrejana (hoy Reina) D. Claudio Alonso y Gutiérrez.

»La voz pública, que con insistencia acusaba á Rosa y á los individuos de su partida de haber arrojado á muchas personas de ambos sexos y de distintas edades, muertas ó vivas, á una sima llamada de Igúzquiza, sita en las cercanías de Estella, movió al Excmo. Sr. General nombrado á ordenar la instrucción de este sumario.

»Desde luego se comprende, y de los autos resulta, que hallándose los carlistas posesionados de Estella y de los demás pueblos de su vecindad, no había de ser empresa muy fácil poder encontrar un número crecido de personas que declarasen como testigos presenciales de unos hechos que por su índole especial han debido pasar, en la mayor parte de los casos, entre las víctimas y sus verdugos, sin que hubiera más espectadores. Pero, si bien es cierto que la mayor parte de los testigos lo son de referencia, también lo es que existen entre ellos algunas víctimas, como don Gonzalo Pereira y Carasa, Eleuterio Sanz, Andrés Balín, María Santos, José María Amado y Paulino Osés; individuos que han servido en la partida de

(1) *Historia Contemporánea.*—Pirala, tomo V. página 637.—*Apéndice: documentos.*

Rosa, como Melchor Agucaz, Nemesio Maestre y Pedro Echevarría; ó han presenciado algunos hechos, como D. Ramón Moneo; y, por último, otros que, sin presenciar las ejecuciones, han recogido de Rosa, *Jergón*, *Ratón* y otros partidarios la confesión de diferentes crímenes cometidos por ellos, vanagloriándose por sus horribles hazañas; tales son, entre otros, D. Juan Ucaz y Jiménez, Babil, Vicente Lizalde, Ramón Cabero, Juan Chavarri y doña Dolores Aramendia.

»Cuarenta y dos personas han declarado, y todas ellas, excepción hecha de D. Andrés Salito y Juan García Ochoa, manifiestan haber oído referir hechos diferentes ó iguales, atribuyendo la comisión de crímenes sin cuento á Rosa Samaniego y su gente.

»Doña Francisca Bustamente, al folio 2, acusa á Rosa de la muerte de Sebastián Zubeldía, su marido, á quien arrojó á la sima, y Pedro Clasco, al núm 35, dice que así sucedió. Eleuterio Sanz y Andrés Balín, folios 16 y 19, ambos vueltos, presos en Estella, han oído hablar á sus compañeros de cárcel de la muerte (en la sima) de un alguacil de Pamplona.

»José María Amado, preso como los anteriores, oyó referir que á un soldado de Cazadores prisionero le arrojaron á la sima.

»*Ramón Carizo, al folio 33, sabe de voz pública que los arrojados á la sima pasan de ciento cincuenta.*

»D. Joaquin Pastor, folio 37, recuerda la muerte de dos vecinos de Lumbier que fueron arrojados vivos por Rosa al río Bragón, con piedras atadas al cuerpo, y que, habiendo hecho preso el mismo Rosa á un amigo suyo, diciéndole éste que ya sabía la suerte que le esperaba en sus manos, pero que como amigo le suplicaba que no le hiciese padecer mucho, le contestó: «Voy á darte gusto»; y asestándole una puñalada en el pecho, lo dejó cadáver.

. . . . . .

. . . . . .

»...Que Rosa y su partida son el terror de la gente del país, por los horrorosos hechos que cometen, sirviéndose de la ya citada sima para arrojar en ella á sus víctimas.

«María Santos y Paulina Osés, á los folios 66 y 67, ambos vueltos, declaran que, detenidas por el cabecilla, recibieron cincuenta palos por llevar aguardiente á las tropas, *habiéndolas forzado antes de apalearlas.*

. . . . . .

. . . . . .

»Las deposiciones de Melchor Agucaz, Nemesio Maestre y Pedro Echevarría, obrantes á los folios 105, 108 y 112, dan cuenta de un crecido número de crímenes por haber asistido á su ejecución, como individuos de la partida de Rosa, hallándose entre las víctimas, cuyos nombres en muchos casos desconocen, dos muchachos aragoneses, á los que mandó fusilar Rosa; un anciano, al cual, después de maltratado, lo mató de un tiro un partidario llamado Demetrio; un vecino de Estella, á quien apalearon hasta dejarlo muerto; cinco individuos que fueron arrojados al Ega atados con cuerdas, y cuyos cadáveres salieron á flor de agua algunos días más tarde; un hombre de edad arrojado también al mismo río y rematado á tiros después de caer en el agua; un paisano de la Améscoa muerto á tiros por los partidarios Joaquín Sanz y Aniceto, y precipitado después á la sima de Loguir; dos muchachas jóvenes, después de cortarles el pelo y de violadas, fueron muertas á tiros por *Jergón* y otros partidarios, y arrojados sus cadáveres á la sima; dos paisanos de Genevilla y uno de Villatuerta, llamado Hipólito, que sufrieron la misma suerte; dos muchachos, uno de Villatuerta y otro de Cirauqui, arrojados también á la sima; un paisano de Aldeanueva y cinco más, entre ellos el pregonero de Estella, que recibieron parecida muerte, y otros muchos más de que han oído hablar.

»Los mismos acusados Rosa, *Jergón*, el *Ratón* y otros han confesado algunos de sus crimenes á presencia de los testigos D. Juan Ucaz, Babil, Vicent, Juan Echevarría y otros que declaran en estas diligencias, diciendo Rosa: *Yo soy Rosa, pero huelo muy mal, especialmente para los liberales, que he de matar todos*»; jactándose los segundos de sus crímenes, que decían cometidos por orden del primero, y manifestando *Jergón* que las manchas de sangre que veían en su manta eran de tres *guiris*, á quienes había degollado.

. . . . . .

. . . . . .

»Unidos á las referidas diligencias corren también los antecedentes penales y la filiación de Felix Domingo Rosa Samaniego Sáez, de los cuales aparece que á la fecha tiene veintiséis años, y que en Septiembre de 1876 fué condenado por la Audiencia de Pamplona á cuatro años y cuatro meses de presidio menor por un hurto, y á veinte meses de presidio correccional por otro, habiendo sido licenciado en 2 de Diciembre de 1870, por alcanzarle los beneficios del Código Penal reformado de dicho año, hoy vigente.

»Vitoria 9 de Enero de 1875.—*Joaquín Roncal.*—Conforme con lo que resulta de las diligencias originales.—El coronel, segundo jefe de E. M. G., *Manuel de Lezcano.*»

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 3.º

PRISIONEROS MUERTOS DE HAMBRE.—EL PRIOR DE LA CALZADA DE CALATRAVA.—UN CURA INFAME.—EL CANÓNIGO TRISTANY.—ASESINATOS EN PUERTOLLANO.—SAQUEO DE LIRIA Y ASESINATOS.—SAQUEO DE CHIVA Y ASESINATOS.—SAQUEO É INCENDIO DE ALCORISA.—ROBO Y DESTRUCCIÓN DE MONTALBÁN.—DESTRUCCIÓN DE SONEJA, ROBOS Y ASESINATOS.—ENVENENAMIENTOS EN PINOS.—PAU MAÑÉ. — TORRES. — JARA.— MÁS CRÍMENES.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

PRISIONEROS MUERTOS DE HAMBRE

Tendremos otra guerra civil; esto ya nadie lo duda. Es el resultado lógico y natural de la política que desde los comienzos de la restauración vienen haciendo *nuestros* gobiernos.

El clero, digan lo que quieran los ilusos, los que pretenden conciliar lo inconciliable, es, ha sido y será absolutista. En España, quien dice clericalismo dice carlismo.

No ya los monárquicos de la restauracion, sino muchos que de demócratas y republicanos blasonan, han olvidado esto que la historia de nuestras contiendas civiles demuestra en todas y en cada una de sus *páginas; lo que llaman gloriosa* revolución de Septiembre *lo olvidó también* y pagó caro su olvidó. La revolución próxima, si es tal revolución, no debe olvidarlo, que harta sangre nos cuesta torpeza tanta y tanto olvido.

Ahora, mientras los carlistas se preparan para echarse al monte y celebran fiestas que son un insulto á la humana especie; mientras llega la hora de exterminarlos con el hierro y el fuego y la confiscación, á ellos y á todos sus aliados, bueno será ir recordando sus crímenes, sus infamias, sus crueldades, sus asesinatos, que son casi infinitos, que avergonzarían á las hienas, que no debemos olvidar nunca, y que deben borrar de nuestros pechos, cuando sea llegado el momento supremo, todo sentimiento de piedad de conmiseración, de lástima.

Frente al carlismo no cabe más que una cosa: EXTERMINIO. Eso no es un partido político ni tan siquiera una gavilla de bandidos Es una manada de lobos rabiosos; los dinamiteros son mil veces preferibles á ellos. Que hable la historia.

El 24 de Agosto de 1837, el brigadier Solano, 84 oficiales, 60 sargentos y 1.500 soldados fueron hechos prisioneros por los carlistas en la llamada acción de Herrera. Aquella misma noche, al ser conducidos á Herrera y al Villar de los Navarros, en mitad del camino fueron despojados de ropa y dinero por los defensores del altar y el trono, quedando completamente en cueros.

El 28, al llegar á Villarluengo, la junta facciosa, en la que no faltaban curas, llenó de insultos é improperios á los prisioneros. Llegaron á Cantavieja el 30, fueron trasladados de nuevo á Villarluengo, donde durante nueve días no se les dió más comida que media ración diaria de pan á los oficiales y á los soldados ni aun esto, ni más cama que el duro suelo.

El 10 de Septiembre regresaron á Cantavieja, siendo encerrados en la cárcel pública, como los malhechores; y el 15 de Octubre, creyendo los carlistas que el general Oráa iba á sitiar la plaza, fueron conducidos á Alacas y á Luco, dónde después de tanta fatiga se les dió media ración de pan. Allí enfermaron muchos del tifus, y el 10 de Noviembre, sin consideración á los enfermos, se les obligó á salir en dirección á Horta, Valderrobles y Beceite, robando y asesinando en el camino á un teniente y á D. Ramón Alcalde, juez de Hijar. También fué robada y maltratada la esposa de uno de los oficiales prisioneros que había fallecido; D. Luis Mediero se llamaba este oficial.

El 11 de Noviembre fueron sacados á unas masadas cuarenta de los prisioneros que no habían comido en muchos días; desfallecidos de hambre y de fatiga se rezagan un poco, no pueden caminar tan de prisa

como sus verdugos, y... son asesinados. Al regresar á Beceite también se rezagan unos cuantos, y también son asesinados.

El 13, los oficiales no reciben ración; el 14 media de pan; los soldados no reciben socorro alguno; murieron diez de hambre. Desde 15 al 20, los soldados no reciben ración, y mueren diariamente diez. Del 25 al uno de Diciembre mueren de hambre catorce soldados cada día. El 4 hacía doce días que no se daba á los prisioneros más que libra y media de patatas que tenían que comer crudas; la mortandad fué horrorosa este día; para colmo de desgracia se aglomeran los pobres prisioneros al balcón de la casucha que les sirvió de cárcel, para demandar algún socorro; se hunde el balcón y mueren quince. El 7 sigue el hambre haciendo estragos y se hunde la casa, y entre muertos y heridos hay cincuenta víctimas de los prisioneros.

Desde el 19 al 27, los oficiales están á media ración y los soldados siguen muriéndose de hambre.

El 28 no se dió ración alguna y murieron de hambre veintidos prisioneros.

Obligados á trabajar en las obras de fortificación aquellos desgraciados, recogen los huesos que encuentran por la calle, los machacan y se los comen, Después ocultan los cadáveres de sus compañeros y comen *sus carnes asadas á la luz de los candiles.*

El 29 mueren veintidós y se da á los oficiales una quinta parte de ración; el 30 siguen muriendo soldados y se da á los oficiales una cuarta parte de ración; el 31 no hay ración y mueren trece soldados HABÍAN MUERTO YA SEISCIENTOS.

El 1.° de Enero reciben los oficiales media ración y mueren de hambre veinticinco soldados; el día 2 no hay ración y continúa la mortandad; el 3 mueren veintidós soldados y los oficiales reciben la cuarta parte de ración; el 4 no hay ración, el hambre hace estragos, los soldados comen cruda la carne de sus

compañeros muertos; el 5 mueren catorce soldados y se encuentran dos cadáveres completamente descarnados; dieciseis días que no se daba ración á los soldados; el día 6 mueren á palos treinta soldados que pedían de comer; se encuentran dos cadáveres descarnados, los carlistas se indignan, indagan, averiguan y descubren dos pucheros puestos á la lumbre con agua y carne humana. ¡Profanación, sacrilegio! exclaman. ¡Horrible atentado contra las enseñanzas de la Iglesia!

Se reunen en junta, á la que asiste como teólogo un capellán, y nueve prisieneros son condenados á muerte. A las once de la mañana son llevados al lugar del suplicio; el hambre y el desfallecimiento no permite á los infelices condenados estar de pie y se les sienta en el suelo; se juega á la pelota con sus cabezas, se tira al blanco, se ensayan mil maneras de torturar, y después de tres horas de cruel martirio, son rematados á bayonetazos.

Llenos de horror los prisioneros que habían presenciado la *ejecución*, intentan escapar aquella misma noche.

Agujereando la pared de la casa que les sirve de cárcel, se arrojan por el boquete abierto sin medir ni calcular la distancia; al caer son muchos los que se rompen brazos y piernas; acuden los carlistas y allí quedan treinta y dos cadáveres.

El día 7 son llevados al convento de Benifat ciento sesenta de los prisioneros; obligados á trabajar sin descanso en obras de fortificación, no se les da alimento alguno, comen las raices que encuentran, y á los ocho días casi todos han muerto ya.

Desde el 7 al 1.° de Febrero mueren de hambre diariamente de ocho á diez prisioneros. El 2, al ser conducidos á Peñarroja para ser canjeados, se asesina á veinte rezagados.

El 27 son canjeados en Segorbe los que pudieron resistir tanta infamia, ingresaron en el hospital de

esta ciudad, y á las pocas horas habían fallecido casi todos. (1)

¿Comentarios? Falta la paciencia, la sangre se enciende, la mano busca un arma, una tea, cualquier cosa que sirva para destruir, para aniquilar, para acabar de una vez con esa raza maldita de víboras.

Es una vergüenza, es una infamia que hayamos consentido la celebración de funerales por las almas de aquellos viles. Es otra infamia y otra vergüenza que en España existan carlistas, y que ayudados descaradamente por curas y frailes se organicen más descaradamente para proseguir su obra de destrucción, de saqueo, de sangre y de exterminio.

Nos imponemos la ingrata tarea de ir recordando, sacándolos de la historia, los crímenes cometidos por esos miserables.

Eso, ahora; después, cuando salgan, toda nuestra sangre es para ellos.

EL PRIOR DE LA CALZADA DE CALATRAVA

Si al levantarse en armas la primera partida carlista los liberales hubieran demolido hasta los cimientos todos los conventos, incluso los de monjas, cuidando de poner á buen recaudo á sus moradores, y en vez de buscar á los carlistas en la montaña los hubieran cazado en las sacristías y en los ricos salones de los palacios episcopales; si en lugar de humillarse ante Roma y hacer política de atracción para el clero, los gobiernos hubieran procedido con más dignidad y energía, siguiendo una política completamente opuesta á la que han venido siguiendo desde

(1) Pirala. *Historia de la guerra civil*, tomo 2.º de la primera parte, cap. 53; y *Galería militar contemporánea.*

la muerte de Fernando VII, á buen seguro que á estas fechas sería España nación rica é ilustrada, y á buen seguro también que, cortado el mal en su raíz, esos crímenes que hielan la sangre, que espantan y que indignan al propio tiempo, esos crímenes de que está llena la historia del carlismo, no se hubieran perpetrado.

Nadie, nadie puede negar que nuestras guerras civiles fueron alentadas y sostenidas exclusivamente por el clero; y con la historia en la mano estamos dispuestos á demostrar, sin que nadie nos desmienta, con hechos, que los crímenes más horribles cometidos en esas guerras tuvieron por instigadores, cuando no por autores materiales, á individuos del clero, como ocurrió en la sangrienta hecatombe de la Calzada de Calatrava. De esta población, defendida valientemente de los carlistas por un puñado de héroes y mártires, era prior D. Valeriano López de Torrubia, gran Cruz de Calatrava y doctor en teología, de quien no hay que decir era carlista, por más que no lo aparentará, como hace la mayoría de su clase.

Mil contra uno, sobre seguro, á mansalva, á traición, los carlistas han sido siempre, y ahora también, muy valientes; por eso, á las invitaciones de los *ojalateros* de la Calzada, para que fueran allí, habían contestado haciéndose los desentendidos, ya que los liberales de la población no estaban decididos á dejarles entrar impunemente.

Entonces, para obligar á los carlistas, para encender más y más el fanatismo de aquellas hordas salvajes, y despertar su sed de sangre, representaron el prior Valeriano López y otro cura, una comedia indigna que terminó en sangriento drama. Mientras los liberales vigilaban desde la torre de la iglesia para no ser sorprendidos por los carlistas, el prior y su compañero hicieron desaparecer las hostias del sagrario, arrojándolas en un sitio llamado la carbonera, hecho lo cual dijeron que las sagradas formas habían

desaparecido é hicieron que las sospechas del *sacrilegio* recayeran en los liberales.

Las hostias fueron encontradas, y se abrió un proceso que desapareció al mismo tiempo que el compañero del prior se iba á la facción.

. . . . . .

«Aquel crímen tan horrendo, aquel atentado contra la religión, aquel insulto contra Jesús sacramentado» vociferaba D. Valeriano en las reuniones secretas que por la noche celebraban los carlistas de la Calzada en casa de cierta viuda—no podía quedar impunne; debía vengarse y vengarse pronto.

Se convino así por todos, y resultado de aquellas reuniones secretas fué enviar un emisario que con el mayor sigilo salió del pueblo en busca del cabecilla D. Basilio, el cual cabecilla era feroz, cruel y sanguinario, como buen carlista. Enterado éste del *sacrilegio cometido por los liberales*, no se atrevió, sin embargo, á atacarles de frente, y puesto de acuerdo con el prior Valeriano López y con otros carlistas de la Calzada, convínose un plan ruin é hipócrita para sacrificar á los liberales.

Mediante promesas falaces y mentiras indignas; apelando á los buenos sentimientos de los liberales, á quienes D. Basilio por medio del prior Valeriano hace creer que sus *soldados* están rendidos de cansancio y que sólo quieren reposo; prometiendo de una manera solemne que á nadie se ofendería, consiguen los carlistas entrar en la población, mientras los liberales, sus familias y otros vecinos se refugian en la iglesia por un resto de confianza.

Dueños del pueblo y después de haber descansado, procuran por medio de halagos y promesas hacer que los liberales dejen las armas y salgan de la iglesia, y no pudiendo conseguir engañarles, deciden el ataque. *Empezado éste, los defensores de la religión destrozan* á cañonazos las puertas de la iglesia, se aproximan para entrar, pero retroceden al advertir que los

liberales han horadado la bóveda del edificio y pueden hacer disparos muy certeros...

Se suspende el ataque, se celebra un conciliábulo, y el prior Valeriano se presenta en el templo como mediador; y mientras él pronuncia un discurso para distraer la atención de los liberales, los carlistas, ejecutando el plan convenido, llenan la iglesia de leña y de cargas de guindillas, hecho lo cual se retira el prior y se prende fuego á los combustibles.

Una densa humareda llenó por completo el templo á los pocos momentos, y cuando más ensordecedores son los gritos de angustia y de dolor que lanzan las pobres víctimas, el sacerdote D. Valeriano, haciendo burla y escarnio de todo sentimiento honrado, exclama lleno de satisfacción: «¡Qué bien templado está el órgano!»

El fuego del templo se comunica á las bóvedas; los que no se resignan á morir tostados ó por asfixia intentan huir por los tejados y son muertos á tiros; un miliciano se arroja desde una altura considerable; en la caída se rompe una pierna, y haciendo esfuerzos sobrehumanos, arrastrándose como puede, intenta escapar aprovechando un descuido.—«A ese conejo que se escapa, cazarle»—dice el prior. Y el miliciano es muerto á tiros.

Pasando entre la humareda, abrasándose los pies, medio asfixiadas, consiguen las mujeres de los liberales llegar hasta la puerta del templo. Muchas de ellas llevan en brazos á sus hijos; los carlistas con sus bayonetas impiden que nadie salga y procuran prolongar la agonía de aquellas desgraciadas; y cuando ven que la bóveda del templo va á derrumbarse, á bayonetazos primero y á descargas cerradas después, obligan á aquellos seres inocentes á entrar en el templo. Derrúmbase con estrépito la bóveda, y entre los escombros y las llamas quedan sepultados CIENTO SETENTA CADÁVERES, DE MUJERES Y NIÑOS LA MAYOR PARTE.

. . . . . .

Ni una palabra de condenación tuvo la Iglesia para estos crímenes, y miestras la sangre corría á torrentes en España y se hacía interminable el catálogo de asesinatos, robos, incendios y violaciones perpetrados por los carlistas á nombre de la religión, en la guía oficial de Roma se reconocía por rey de España al imbécil hermano de Fernando, y el Papa publicaba alocuciones contra los gobiernos liberales á quienes acusaba de usurpadores y de atentadores á los fueros de la religión y de la Iglesia.

«Enterado Narvaez—dice un historiador—de los horribles sucesos de la Calzada, fué allí, saliendo á recibirle el clero guiado por el tristemente célebre prior, quien, llevando la voz, dijo: «Excmo. señor: amantes del trono de la reina constitucional, felicitamos á V. E., y le pedimos que deseando defenderla nos dé armas, y á todo el pueblo, para batir á los enemigos.»

Indignado Narvaez de tanto cinismo, hipocresía y perversidad, no pudo contener su enojo, hizo prender al prior, y, probados sus crímenes, fué condenado á morir al pié de las ruinas que había causado.»

¡Que no se hiciera así con todos los causantes de la guerra!

UN CURA INFAME

Cuando resonaban todavía en las cárceles lúgubres acentos de dolor lanzados por millares de inocentes, víctimas de la ferocidad de aquella hiena coronada á quien la historia designa con el nombre de Fernando VII; cuando el verdugo se había hartado de matar liberales y la horca apenas había descansado y Europa nos miraba avergonzada; cuando los campeones más ilustres de la causa liberal habían sido asesinados, ó

llevados al presidio, ó estaban emigrados, y en todos los púlpitos se había predicado el asesinato y exterminio de los *negros hasta la quinta generación*; no contentos con tanta sangre y tantísimas víctimas, hambrientos de carne liberal, de saqueo, de destrucción, *los apostólicos*, aquella turba de asesinos, imbéciles y degenerados que la clerecía había reclutado en las cofradías, acusa de débil á Fernando, dice que los masones le han secuestrado, propala las mentiras más risibles y estúpidas; se fabrican milagros, se fingen revelaciones, se presenta á Cárlos, el hermano de Fernando, como un príncipe destinado por Dios para exterminar la raza liberal y limpiar á España de herejes, y... surge en seguida la llamada guerra *dels descontens*.

Verdaderamente aquellos miserables, ciego instrumento del clericalismo, estaban descontentos porque no se restablecía la odiosa Inquisición y se acababa de una vez con todo lo que oliera á liberal.

Recordamos todo esto, para que la verdad quede en el lugar que le corresponde, ya que historiadores de nota han señalado como causa de nuestras guerras civiles la cuestión de derecho entre las dos ramas borbónicas. No; el origen, la causa de esas guerras, es, (y esto hay que decirlo y repetirlo muy á menudo para que el pueblo lo tenga presente y no lo olvide nunca,) el origen y causa de esas guerras, repetimos, es una cuestión de principios, no una cuestión de *derecho*. El alma de esas guerras, el nervio, la cabeza, es, ha sido y será el clero.

Todas las proclamas carlistas, todos los documentos, más que de los *derechos* de Carlos, hablan de opresores de la Iglesia, del pobrecito clero perseguido, y todos terminan con el consabido grito de ¡viva la santa Inquisición! ¡viva la religión! ¡mueran los negros!

Sin que Roma protestara, muerto Zumalacarregui y no contento con haber puesto el nombre de Dios en

la bandera de aquellos asesinos, Carlos nombró generalísima del ejército carlista á *María Santísima*. Y leyendo la historia de nuestras guerras civiles, parece que se está leyendo la de la Iglesia, tantísisimas veces encuentra uno allí las palabras: *cura*, *fraile*, *abad*, *prior*, *hermano guardián*, *doctoral*, *cabildo*, *rector*, *magistral*, *mosen*, *canónigo*, *obispo*, *arzobispo*, etcétera, etc.

Sin el clero no hubieran existido aquí guerras carlistas, ni la historia tendría que registrar los horrendos crímenes cometidos en ellas; sin las instigaciones y el apoyo de los curas *pacíficos*, la guerra hubiera durado muy poco; sin curas de boina, sable y trabuco, la guerra no hubiera adquirido ese carácter de ferocidad que espanta, propio de las *guerras religiosas* únicamente.

Los cabecillas más sanguinarios habían salido del seminario; dígalo Cabrera; los más crueles é inhumanos eran curas; que hable la historia.

El Royo de Nogueruelas y Peinado, cabecillas carlistas, en una de sus excursiones por la provincia de Teruel, sorprenden á la guarnición de Arcos, cerca de Ademuz, compuesta de cien hombres del regimiento de Extremadura; se guarecen los liberales en la iglesia, donde se disponen á vender caras sus vidas, mas engañados con promesas falaces, capitulan á condición de que sus vidas serían respetadas.

Conducidos á Alventosa, el cura José Lorente, que pertenecía á una de las partidas, se empeña en que los prisioneros fueran fusilados *incontinenti*. El Royo y Peinado no se muestran conformes al principio y hasta llegan á sostener un fuerte altercado con el cura Lorente; pero al marcharse del pueblo los carlistas (20 de Octubre de 1836), hacen alto en una altura cercana, el cura Lorente se impone á sus dignos compañeros, y la muerte de aquellos prisioneros queda decretada.

Por orden de dicho cura se ordena al de Alvento-

sa que suba á confesar á las víctimas, y se pide al ayuntamiento aguardiente en abundancia para mejor solemnizar al acto.

Llega el confesor acompañado del ayuntamiento y casi todo el vecindario. Se suplica, se ruega con lágrimas en los ojos por la vida de aquellos desgraciados; todo en vano; el feroz cura, después de repartido el aguardiente, hace que sean desnudados veinticinco de los prisioneros; sobre un palo coloca una inscripción obscena é insultante, manda hacer fuego y allí quedan en informe montón veinticinco cadáveres.

Horrorizados los vecinos de Alventosa, tratan de ablandar al feroz cura, y á cambio de las vidas de los prisioneros, que mudos de terror esperan la muerte contemplando los restos de sus compañeros, ofrecen cuanto dinero y objetos de valor haya en el pueblo. Lorente no accede, y mofándose de todo sentimiento honrado, propone rescatar la vida de cada prisionero por la de un vecino del pueblo; en seguida ordena que sean desnudados los cincuenta y cinco prisioneros restantes, los coloca en sitio conveniente y manda apuntar...

Uno de los oficiales que van á ser asesinados, resignado á morir, se levanta sin embargo para pedir que no fusilen á su hijo, niño de once años que desnudo está allí entre los que van á ser inmolados. Los vecinos de Alventosa y el ayuntamiento ofrecen al cura Lorente cuanto dinero quiera á cambio de la vida de aquella pobre criatura.—Si usted—dicen—no tiene bastante con el que hay en el pueblo, iremos á los pueblos vecinos, pediremos prestado y todo se arreglará.

El cura no accede; lejos de ello, manda sacar al pobre niño, hace que le peguen cuatro tiros y arroja después su cadáver ensangrentado á los pies de su padre, D. Domingo Sibrú, que muere en seguida juntamente con sus compañeros. Setenta y siete cadáve

res quedan allí, desnudos, ensangrentados, mutilados, echados en montón.

Consumado el sacrificio, el cura Lorente exige á los vecinos de Alventosa le entreguen el dinero y objetos de valor que habían ofrecido por salvar la vida á los prisioneros, á lo que tuvieron que acceder; después les prohibió enterrar aquellas pobres víctimas. (1). . . . . .

. . . . . .

Pero, ¿se trata de un hombre ó de una fiera? ¿Pertenecía Lorente á una raza humana ó á la de los felinos? Lorente, respondemos nosotros á estas preguntas que pudiera formular algún lector, era cura, era carlista, y como el cura Lorente hubo otros de cuyas hazañas nos ocuparemos.

Los asesinatos, los crímenes cometidos por el cura Lorente, indignan; pero la indignación pasa á convertirse en furor, cuando se sabe que terminada aquella guerra civil, aquel bandido vivió tranquilamente muchos años siendo cura de un pueblo del arzobispado de Burgos y cobrando sueldo de gobiernos que se llamaban liberales. (2) Todos los días aquel infame, cuya ferocidad pinta bien la hazaña que hemos relatado, elevaba en el altar la hostia consagrada, y según la doctrina de la Iglesia, Dios en cuerpo y sangre descendía á sus manos atendiendo la invocación. El Papa y los obispos no consideraron necesario recoger las licencias á hombre tan malvado.

¡Qué honra para el clero católico, qué honra para el carlismo y qué honra para los gobiernos de Isabel II!

---

(1) Pirala. *Historia de la Guerra carlista*, t. II, capítulo 50 de la primera parte.

(2) *Historia de la Guerra de Aragón, Valencia y Murcia*, por Santa Cruz, Cabello y Temprado.

EL CANÓNIGO TRISTANY

—

...Había nacido en una casa de campo en las inmediaciones de Ardebol y tuvo por maestro en sus primeros años al párroco de este pueblo. No hay que decir, pues, que fué educado en el santo temor de Dios.

Ya talludito, huyendo de la esteva y el azadón, como hacen muchos, la gran mayoria, siguió *la carrera de cura*, y á los veinticinco años de edad fué ordenado, á pesar de su escasa inteligencia.

Tres años después, en 1822, fué uno de los realistas más furibundos y exaltados que aclamaban á la Inquisición y á Fernando rey absoluto; reclutó gente, se echó á las matas, y á la cabeza de una de aquellas partidas de bandoleros cometió tantos crímenes, crueldades y excesos, que á instancia del barón de Eroles fué procesado y preso.

Vencidos los constitucionales y entronizada aquella reacción que no tuvo más medios de gobierno que el patíbulo y el puñal, fué Tristany puesto en libertad; se le devolvieron las licencias para celebrar, y sus manos, tintas en sangre de inocentes víctimas, volvieron á elevar en los altares la hostia consagrada; y aquel rey infame, el peor de los reyes y el más perverso de los hombres, Fernando VII, recompensó los crímenes de Tristany dándole una canongía en Guisona y ascendiéndole después, en 1826, á otra en la catedral de Gerona.

¿Qué le faltaba á este canónigo para ser un buen cabecilla carlista? Muerto el rey chulapo, fué de los primeros en alistarse en las filas carlistas; y Carlos, atendidos los méritos que había contraido asesinando liberales, y á su dignidad de canónigo, le nombró mariscal nada menos.

Desde entonces, la vida de Tristany fué una serie no interrumpida de crímenes; su historia la de una hiena; sus hazañas las del peor de los monstruos que pudiera encontrarse en los presidios, si el más malo de los presidiarios no fuera un angel modelo de inocencia y de candor al lado de este buen canónigo.

Allá van algunas de sus hazañas.

Con sus hordas de asesinos, ataca á Monistrol de Monserrat, y porque no puede apoderarse de los liberales que se habían hecho fuertes en la iglesia á pesar de haberla hecho incendiar, enfurecido, hace degollar sin piedad alguna á desvalidos y débiles ancianos, á pobres é indefensas mujeres que llorando tratan en vano de ablandarle, á inocentes niños que ningún mal le habían hecho. No satisfecho con tanta sangre, anima á los suyos para el saqueo y la destrucción, *autorizándoles para todo*, y allí se cometen los crímenes más horrorosos, la violación y el asesinato van juntos, y en pos de ellos el robo y el incendio.

Pide desde Monistrol raciones en gran cantidad al pueblo de Caldas, y cuando llega á esta población, porque aquel pobre vecindario por falta de medios no había podido prepararle todas las que pidió, lo entrega al saqueo más feroz y se reproducen en Caldas los horrores de Monistrol. El robo, la violación y el asesinato primero; después el incendio, del cual únicamente se salvan cinco casas defendidas por los liberales.

Perseguido por las tropas liberales huye de Caldas, incendia más tarde á Arebós, y asesina en Castellfullit á ocho liberales de Igualada que tenía prisioneros.

Enterado de que parte de la guarnición de Solsona ha ido por el correo á Cardona, logra sorprenderla y no da cuartel á nadie; cincuenta de aquellos infelices fueron acuchillados en mitad del camino, y aun tuvieron suerte, porque los otros, refugiados en una

casa, fueron quemados, pues Tristany la incendió y allí perecieron. No contento todavía, ávido de más sangre, hace acuchillar á cincuenta soldados de la legión extranjera, belgas la mayor parte, y á muchos quintos de Zamora que juntamente con los belgas habían caido en su poder.

En Cardona degüella á los guardadores de las salinas y hace asesinar después á cincuenta y un hombres que custodiaban el correo de Cervera á Tarragona.

Allí donde pone los pies deja Tristany huellas sangrientas, lágrimas, luto, desolación y ruinas. Es el azote de los pueblos, el nuncio de la muerte.

En los montes de Panadella hace prisioneros á trescientos soldados mediante capitulación, en la cual se estipula que sus vidas serán respetadas; pero, ¡horror causa el pensarlo! aquel miserable hace al día siguiente encender una gran hoguera, y los pobres soldados son llevados de quince en quince junto á ella, y allí se fusila; en seguida, cuando muchos están agonizando todavía, son arrojados á la hoguera.

Había jurado la ruina y destrucción de Calaf, porque esta población era liberal y no quiso nunca abrir sus puertas á los carlistas. Valiéndose de la perfidia, y puesto de acuerdo con un matrimonio que habitaba cerca de la muralla, consigue introducir cincuenta de sus esbirros en dicho pueblo; pero no puede lograr el canónigo sus propósitos, pues advertidos á tiempo los liberales, se aprestan á la defensa. Entonces aquel bandido, dando de una vez más rienda suelta á sus feroces instintos, saquea é incendia setenta casas que tenía en su poder, y después de las más repugnantes escenas de violación, hace que sean asesinadas muchas infelices mujeres, por el enorme delito de ser esposas, madres ó hijas de los liberales.

También era Solsona una población liberal y bien defendida contra los carlistas. Pero en Solsona ha

bía obispo, que tenía lo que llaman familiares y un buen palacio, para mortificarse mejor sin duda.

Los familiares de este santo obispo sobornaron á un guardia nacional, desertor carlista, que estaba de centinela en dicho palacio convertido en fuerte, y de acuerdo con Tristany abrió aquél una noche una de las puertas, entrando los carlistas con mucho sigilo.

Sorprendido el cuerpo de guardia y asesinados casi todos los liberales, los que pudieron escapar dieron la voz de alarma y corrieron con sus compañeros, mujeres é hijos á refugiarse en un convento de monjas, donde se hicieron fuertes. Abrióse después otra puerta junto al palacio episcopal, y entró Tristany al frente de sus bandidos dispuesto á llevarlo todo á sangre y fuego.

Sin comida, sin agua y viéndose reducidos á la más extrema necesidad hasta el punto de tener que beber sus propios orines, los liberales lo resisten todo y todo lo prefieren á caer en manos de los carlistas; hasta que después de once terribles días de estar sitiados, medio desfallecidos ya, fueron librados de una muerte horrorosa por tropas liberales al mando de Meer, que llegaron cuando la resistencia era ya imposible.

Ni el obispo ni sus familiares fueron fusilados....

Queriendo vengar anteriores desastres, se entrega este canónigo en el Ampurdan á los actos más brutales y repugnantes; el robo, el saqueo, las violaciones, el incendio, cuantas crueldades y violencias se conocen—dice un historiador—eran practicadas por aquellos vándalos sedientos siempre de sangre. Sólo puede comprenderse el exceso de sus horrorosos crímenes, al ver que los mismos que simpatizaban con la causa carlista se tuvieron que armar, y todo el país, para defenderse de aquella manada de fieras.

Del producto de los robos hacía Tristany una parte para la junta carlista que en Cataluña representaba á Carlos, y esta junta, que llegó á contar en su seno

á arzobispos, canónigos y otras dignidades, lejos de desaprobar, «dispensaba, alababa y toleraba» las infamias de aquel bandido. En cambio, esta santa junta hizo cargos al general carlista Urbiztondo, porque éste, en dos alocuciones dirigidas á los carlistas que peleaban á sus órdenes, «no nombraba á Dios ni á su adorable providencia—textual—palabras muy gratas al más católico de los reyes y á su religioso ejército, y en cambio se hablaba de derechos sagrados y sociales».

Urbiztondo, que era todo lo bueno que puede ser un carlista; Urbiztondo, que no degollaba á inocentes niños ni quería hacerse cómplice de las infamias de Tristany, fué destituído por intrigas de dicha religiosa y escrupulosa junta, mientras Tristany recibía de ella toda clase de auxilios y apoyo, y seguía impunemente cometiendo toda suerte de crímenes, infamias y horrores, envenenando trece pellejos de vino en cierta ocasión, como ya dijimos, recurriendo tan pronto al puñal como al incendio, tan pronto á la violación como al robo, degollando vivos mujeres y ancianos y arrojando agonizantes á las llamas á pobres soldados asesinados de su orden.

Tristany no fué nunca excomulgado por ningún obispo ni arzobispo. Era muy religioso.

ASESINATOS EN PUERTOLLANO

—

Después de la sangrienta catástrofe de la Calzada de Calatrava, el feroz D. Basilio y su cuadrilla de bandoleros se dirigieron por Almodóvar del Campo á Puertollano. Esta población estaba defendida por una compañía de francos y varios nacionales, quienes á la llegada de los carlistas se refugiaron é hicieron fuertes en la iglesia y en el campanario ó torre. In-

timóseles la rendición, no accedieron las fuerzas liberales y empezó el ataque.

Apagado el fuego que desde la torre hacían los liberales por la artilleria, y abiertas á cañonazos las puertas del templo, llenaron éste de leña y cargas de guindillas, como habían hecho en la Calzada, y prendieron fuego á los combustibles.

Medio asfixiados por el humo, perdido casi el sentido, por salvar de una muerte terrible y angustiosa á una porción de mujeres y niños que se habían refugiado en el templo con los liberales, capitulan éstos y se entregan.

Pocos momentos después son llevados en dos grupos á las afueras de la población, suenan varias descargas, y los atemorizados vecinos de Puertollano pueden contemplar llenos de espanto los ensangrentados y palpitantes restos de ciento veinte mártires de la libertad.

SAQUEO DE LIRIA Y ASESINATOS

Uno de aquellos sanguinarios cabecillas que á las órdenes de Cabrera llevaron la desolación y el espanto á todas partes, Pertegaz, recibió orden para apoderarse de Liria.

Protegido por la oscuridad de la noche, llega con sus hordas á las puertas de dicha ciudad y espera con el mayor silencio; al ser abiertas se introduce con su gente, invade la población y empiezan en seguida los asesinatos.

Siete liberales sorprendidos en la calle, son muertos á bayonetazos. Otros nueve que habían huído, son alcanzados fuera de la población y muertos á tiros.

Después del asesinato, el robo. La ciudad es saqueada; los defensores de la religión rompen á culatazos cuantos muebles encuentran; buscan dinero, alha

jas y otros objetos de valor hasta entre los colchones, y cuando no encuentran lo que esperaban, enfurecidos apalean, insultan, maltratan y amenazan de muerte á los consternados vecinos de la ciudad, destrozan lo que no les sirve y cogen todo lo que tiene algún valor.

Cargados de botín y después de cometer toda clase de atropellos, abandonan la población, llevándose presos á ventisiete liberales.

SAQUEO DE CHIVA Y ASESINATOS

Devastándolo todo á su paso y dejando huellas sangrientas por doquiera, se dirige el mismo Pertegaz á Cheste y Chiva.

Al aproximarse á esta población, el vecindario todo, menos veinte personas, la abandona, huyendo de los defensores de la religión.

Entre los veinte vecinos que no quisieron huir, había unos cuantos nacionales que, harto confiados, creyeron que no se les molestaría; pero dueños de Chiva los carlistas, después de entregarse á la rapiña y otros excesos, llevaron los veintisiete prisioneros de Liria al convento, y juntamente con los confiados nacionales de Chiva, les atormentaron y mutilaron horriblemente y después les dieron muerte.

Al entrar en Chiva las tropas liberales—dice un historiador (1)—les hicieron ver las mujeres de la población, desesperadas y llorosas, el cuadro que ofrecía el convento, donde se habían perpetrado los asesinatos.

Causaba horror la vista de los cadáveres que se hallaban en dicho sitio; en particular los de doce nacionales *se encontraron que tenían cortadas las partes*

(1) Dámaso Calvo y Rochina de Castro. *Historia de la guerra carlista*. Citado por Pirala.

más sensibles del cuerpo, un balazo en las rótulas y los bigotes quemados. . . . . . .
. . . . . .

SAQUEO É INCENDIO DE ALCORISA

El cabecilla Quilez, otra gloria de los carlistas, tan vil, cruel y sanguinario como todos sus compañeros y *correligionarios*, intenta apoderarse de Alcorisa.

Los liberales, parapetados en la iglesia y casas contiguas, haciendo disparos muy certeros y dando continuas muestras de valor y heroismo, impiden que las hordas se apoderen de todo el pueblo.

Saquean los carlistas la parte del pueblo que consiguen ocupar, y se retiran incendiando ciento sesenta y tres casas.

ROBO Y DESTRUCCIÓN DE MONTALBAN

Dejando á sus espaldas el incendío y la destrucción, se dirige Quilez con su *ejército* á Montalban. También los liberales se refugian en la iglesia, pero á pesar de su heroismo, los carlistas consiguen hacerse dueños de la población.

Fingiendo Quilez interesarse por los habitantes del pueblo, publica un bando autorizando á los vecinos para sacar en una hora lo mejor que tuvieran en sus casas, anunciando las iba á quemar luego; y cuando los consternados vecinos salían cargados con los objetos de más valor, los carlistas se apoderaron de todo, incendiando en seguida el pueblo, que quedó destruído, dejando sin hogar y sin bienes á aquellos infelices.

DESTRUCCION DE SONEJA. ROBOS Y ASESINATOS

—

El Serrador, otro de los cabecillas carlistas, perverso y cruel como todos ellos, huyendo de las tropas liberales buscó refugio con su partida en Soneja. Era esta población eminentemente liberal, como hoy lo es republicana, y allí no encontraron los carlistas más que ancianos, mujeres y niños, pues los hombre útiles habían huido todos.

Fieles á su sistema cometieron los carlistas en este pueblo toda clase de brutalidades y atropellos; robaron, insultaron, vejaron, apalearon, oprimieron, y no contentos con esto, meditaron y ejecutaron un plan digno de ellos.

Pretextando que las raciones les habían sido envenenadas, cerraron las salidas del pueblo con guerrillas, prendieron fuego á las mieses amontonadas en las eras y después incendiaron el pueblo.

Corrían por las calles desoladas y despavoridas las pobres mujeres llevando en brazos á sus tiernos pequeñuelos, buscando escapar de las llamas, y tenían que retroceder llenas de espanto ó caían cubiertas de sangre á las descargas cerradas de aquellos defensores del altar y el trono. Venerables ancianos con la cabeza cubierta de canas y encorvados con el peso de los años, buscaban también librarse de una muerte horrorosa huyendo del incendio; pero del pueblo no podía salirse, pues los carlistas habían tomado muy bien todas las salidas, y aquellos pobres viejos tenían que optar entre morir achicharrados ó víctimas del plomo asesino...

Soneja quedó destruída, y entre sus humeantes escombros y cenizas, medio tostados, aplastados ó

muertos á tiros, cadáveres de mujeres, ancianos y niños á montón.

ENVENENAMIENTOS EN PINOS

Ladrones, asesinos, violadores, incendiarios, crueles, sanguinarios, calumniadores de sus víctimas como en Soneja, y también envenenadores.

Las mujeres de Soneja no envenenaron las raciones á los carlistas. En primer lugar, porque para envenenar tantas raciones se necesita una gran cantidad de veneno de que las infelices aquellas no podían disponer; en segundo, porque de envenenarlas, no hubieran tenido la candidez de esperarse allí exponiéndose al furor carlista.

La historia prueba con hechos que no hubo tal envenenamiento en Soneja; lo que sí es verdad, y prueba la historia también, es el siguiente hecho:

El cabecilla Tristany, viéndose perseguido muy de cerca por fuerzas del ejército liberal, *envenenó trece pellejos de vino*, y los dejó en sitio á propósito —entre el santuario y el pueblo de Pinos—para que sus perseguidores encontraran dicho vino y bebieran de él. Así sucedió en efecto; al encontrar las tropas liberales el vino envenenado, no sospechando que lo estuviera, empezaron á beberlo celebrando entre risas el feliz hallazgo.

Por fortuna, un oficial que debía conocer muy bien á los carlistas, concibió sospechas y dió la voz de alarma, pero cuando ya habían bebido cincuenta cazadores y empezaban á sentir los efectos del veneno. Gracias al avisado oficial se acudió á tiempo y pudo salvarse á los envenenados (1).

---

(1) Pirala. *Historia de la guerra carlista.*

PAU MAÑÉ

Maravillábase Urbiztondo de que el cabecilla carlista apellidado el Llarc de Copons no pidiera nunca ninguna clase de recursos á la Junta, y no acertaba á comprender cómo se las arreglaba para vivir independiente de dicha Junta tocante á la cuestión económica.

Oyendo continuamente ponderar el sistema administrativo de Llarc, quiso cerciorarse de ello personalmente y se dirigió á Labisbal cuando el famoso Llarc reunía sus batallones para una de aquellas correrías que siempre iban acompañadas de los robos, incendios, violaciones y asesinatos correspondientes.

Urbiztondo quedó maravillado al averiguar lo siguiente:

El milagro no lo realizaba el Llarc, sino uu titulado comandante á quien el Llarc y sus subalternos encomiaban y respetaban en grado sumo, pues de él recibían las raciones, los utensilios y todo lo referente á la administración. Este titulado comandante llamábase Pau Mañé, y él sólo atendía á todas las necesidades, recaudaba, distribuía, llevaba las cuentas etc. etc. El procedimiento—dice un historiador—era el siguiente:

Pau Mañé tenía una cueva de más de veinte varas de profundidad, á la cual era preciso descender atado por una cuerda que iban soltando los ayudantes de Pau; esta cueva, cuyo secreto poseían pocos, únicamente los más íntimos, había recibido de él el nombre de *cárcel de Carlos V.*

Cuantas personas pudientes podían secuestrar los batallones del Llarc, y cuantas podía coger una cuadrilla de mozos destinados á ello, siempre en acecho de los pueblos liberales, eran entregadas á Mañé

que las metía en la cueva, donde sufrían un trato tanto más duro cuanto más tardaban en presentar la cantidad exigida.

La cuota de rescate era resultado de una rápida ojeada que al recibirles á su presencia dirigía á su rostro, su traje y su porte; el mínimum, sin embargo, estaba señalado en dieciseis onzas de oro. Cuando el prisionero por imposibilidad á otro motivo se resistía al pago, bien crueles apremios iban á estrecharle, ó bien se le dejaba ó pan y agua durmiendo sobre aquel suelo húmedo é inmundo, ó bien se le atormentaba á palos y con aceite hirviendo...

El mismo Pau Mañé refería muy lisa y llanamente todas estas escenas que á sus ojos le acreditaban de carlista más puro y decidido. Refería también que al bajar á uno de aquellos infelices se rompió la cuerda estrellándose contra el suelo, y que luego servía su aspecto para aterrar á los demás, porque sus miembros destrozados no fueron recogidos...

Horrorizado Urbiztondo de estas infamias, las prohibió en absoluto y dió parte de ellas al cuartel general del Pretendiente, pidiendo fueran castigados los culpables; pero el castigado fué Urbiztondo, pues se le puso una nota en su hoja de servicios afeándole que en Ripoll y Berga, poblaciones que se le rindieron, dejara en libertad á los liberales y respetara sus bienes; y últimamente se le destituyó, mientras Pau Mañé continuaba sumiendo en *la cárcel de Cárlos V* á cuantos infelices eran aprendidos, y oyendo misa muy devotamente, porque, lo que es eso sí, Pau Mañé era muy católico.

TORRES

Huyendo de las tropas liberales, invade Torres con sus hordas la Cerdeña, donde comete los más horribles actos de vandalismo. Incendia, saquea y destruye el pueblo de Martinet; saquea y quema todas las casas de campo que encuentra á su paso; roba ganados, arrasa y tala las cosechas, destruye los sembrados, secuestra á las mujeres é hijas de los liberales y comete con ellas los actos más repugnantes: violadas primero, se asesina después á las que no entregan el rescate exigido.

¡Horrible! ¡Horrible! ¡Horrible!

Aquel bandido, peor mil veces que las fieras, aquel miserable que confesaba y comulgaba y era muy devoto como buen carlista, hizo quemar vivo en la sierra de Tivesa á un pobre niño de doce años por el enorme delito de ser su padre liberal.

JARA

Otro bandido de figurar al frente de una partida carlista.

A la cabeza de su cuadrilla de bandoleros y al grito de ¡viva la religión!, el robo, el asesinato y la violación le seguía á todas partes.

En Castilblanco de Extremadura, intentó inútilmente apoderarse de treinta y seis hombres que componían el destacamento y que se habían hecho fuertes en la casa-pósito situada en la plaza. Cobarde y ruin, no atreviéndose á atacar á aquel puñado de héroes, mandó prender fuego á la plaza en toda su circunferencia.

Rodeados de llamas por todas partes y reducidos á un pequeño recinto, aquellos valientes pudieron librarse de caer en manos de Jara y sus asesinos.

Entregada la población al saqueo más feroz, asesinaron al diputado provincial don Pedro Galán, maltrataron á su esposa de la manera más villana, violaron como de costumbre, y se llevaron presos á muchos vecinos.

La mayor parte de la población quedó reducida á cenizas.

MÁS CRIMENES

Gracias á la traición de algunos miserables *ojalateros*, pudo el Llarc entrar en el pueblo de Rivas, y allí cometieron él y su cuadrilla de bandoleros los crímenes más espantosos. Robaron, saquearon, violaron y atropellaron á diestro y siniestro sin respetar edad, sin mirar condición, sin distinguir de sexo, y cuando se saciaron de cometer infamias, abandonaron la población.

Y *era inútil querer impedir* tantas y tantos crímenes.

Si á Urbiztondo se le formaba expediente y se le destituía *por ser persona*, á Manuel Tell, que había ido á Montpeller á exponer á Cárlos los efectos deplorables de tantas infamias, se le hacía regresar á Cataluña y se le ordenaba callar.

Si Miralles pedía la destitución del cabecilla Trempat cuyos crímenes y excesos no tienen nombre por lo horrorosos, su petición era desestimada, y Trempat seguía al frente de su partida cometiendo los hechos más vandálicos.

Si el titulado comandante Manuel Feliu trata de impedir que los llamados oficiales abandonen las filas para ir á vender los objetos que han robado, el

batallón n.° 12 se subleva en masa y no muere Feliu porque transije.

Si se destituye y forma sumaria al titulado brigadier Sobrevias, á consecuencia de no haberse portado bien en la acción de Capsa-Costa, en ese proceso aparece una carta en la que se pedían quinientas onzas de oro al *comandante* José Grau á cambio de que el llamado general Royo le librara de las muchas acusaciones que sobre él pesaban.

Si se hablaba á Carlos de normalizar la guerra y destituir á los cabecillas sanguinarios, el santo obispo de León, uno de sus *ministros* y su principal consejero, en plena Junta le decía estas famosas palabras que la historia nos ha conservado:

Señor, la causa de V. M., es la de Dios; facciosamente quiere que se consiga la victoria. Es necesario que vuestra majestad se desengañe: ningun hombre que sepa leer ni escribir, ni esos generales de carta y compás, quieren el triunfo de la religión y de V. M; sólo desean quitar á Cabrera é inutilizar á D. Basilio y á Balmaseda, porque estos obran de buena fe y son los únicos que aman á V. M. con la efusión de una acrisolada lealtad.» (1)

---

(1) **Pirala.** *Historia de la guerra carlista.*

PERIS MORA.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 4.º

PRIMEROS CHISPAZOS.—ROBOS Y SECUESTROS.—FUSILAMIENTOS Y ASESINATOS EN DIVERSOS PUNTOS.—INCIDENTES VARIOS

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

ADVERTENCIA

Comencé la publicación de estos folletos en la seguridad de que el público acogería bien la idea. Confieso, no obstante, que el éxito ha superado con mucho á mis esperanzas.

Dato elocuentísimo es la extraordinaria venta que los tres primeros han alcanzado; pero es mayor aún el de las cartas de felicitación que recibo. Para muestra, copio dos párrafos de la que me ha dirigido uno de los periodistas verdaderamente notables (para mí el más notable) de España, al acusarme recibo del primer folleto:

«Recibí el folleto con el cual levanta usted un dique á la ola carlista.

La publicación es oportunísima. La decadencia de nuestra nación es visiblemente la decadencia por vejez, y, como los viejos, tenemos muy débil la memoria. Así se explica que haya mucha gente no política, pero tampoco mojigata ni hipócrita, la cual mira al carlismo como una esperanza. A esa gente le refresca usted los recuerdos de las ferocidades carlistas, y eso es un bien. Porque á la verdad y merced á la estupidez ó la degradación de la inmensa mayoría de los republicanos, el carlismo es lo único que ha quedado con cierta cohesión fuera de lo presente, cuya podredumbre es horrible; y sería muy triste, querido Nakens, tener á nuestra edad por toda salida la emigra-

ción á alguna república hispano-americana. ¡Si siquiera nos encontrase esto con quince años de menos, casi se podía uno alegrar!»

Tiene mucha razón ese amigo queridísimo; *hay que refrescar los recuerdos de las ferocidades carlistas, para poner un dique á la ola.* Yo tomo á mi cargo la tarea, y la llevaré á cabo hasta terminarla.

Los folletos se publicarán, no por el orden correlativo de fechas, sino agrupando los sucesos de índole parecida; únicamente los de menos importancia (dentro de la mucha que tienen todos), aparecerán relatados por meses, empezando desde Abril de 1872 en que se echaron los carlistas al campo en la guerra última. La cuestión no está en que los hechos se relaten por orden, sino en que no quede por relatar ninguno.

Dicho esto, prosigo.

CUATRO PALABRAS

Al buscar datos para escribir estos folletos, he sentido una gran indignación al ver que nunca han estado los liberales á la altura que debían para combatir al carlismo: mucho entusiasmo, mucha bravura, desprecio heróico de la vida... ¡oh, esto hasta un punto inconcebible!; pero pasada la lucha, restablecida la calma, les ha faltado la previsión necesaria para evitar nuevas guerras y la energía indispensable para oponerse al renacimiento de nuevas esperanzas en los carlistas.

Por esto nos hallamos hoy en vísperas de la tercera guerra, que será más terrible que las anteriores, si un sacudimiento de la nación en masa no lo impide.

¿Quién tiene la culpa de que las cosas hayan llegado á este punto? Todos, especialmente los restauradores, que han permitido que el carlismo se desarrolle en odio á la revolución; mas como ésta no ha estallado tan pronto como debía, se les ha echado encima á ellos el problema carlista.

Creen que, contando con el Papa y algunos obispos, podrán contrarrestarlos el día que se lancen al campo. Error. A los curas y frailes montaraces les tienen sin cuidado las mitras y la tiara cuando del carlismo se trata.

Los liberales que, ciegos ó hipócritas, han aparentado escandalizarse por la campaña contra el clericalismo, sinónimo aquí de carlismo, ahora verán claro.

El cura en España es carlista, con pocas excepcio-

nes, y tiene gran influencia sobre la masa ignorante y fanática. Por lo tanto, todo el que contribuya á quitársela encerrándolo en el marco de sus deberes religiosos, sirve á la civilización y ahorra ríos de sangre y lágrimas.

¡Valiente cosa me importaría á mí que los curas tuviesen ama é hijos, ni cometieran muchas de las faltas que en ellos censuro! No por odio los ataco, sino porque veo en ellos la causa de todas nuestras desdichas pasadas, presentes y futuras; porque preveo para España días sangrientos, si no se merma la autoridad que ejercen.

Por esto los he combatido, los combato y los combatiré, y por esto aplaudí la idea que apuntó hace años *El Liberal*, de echar abajo el convento donde se conspirase y proceder contra el cura que encendiese la guerra civil.

Sólo que en vez de aguardar á vernos cogidos en sus redes para ir tomando medidas aisladas, aconsejo, y si pudiese lo ordenaría, que en el instante que se levantan los carlistas en armas, se proceda contra los carlistas de corona y cerquillo en la forma más eficaz posible.

A un lado, pues, sensiblerías indignas de pueblos viriles, y á ello en cuanto el carlismo se alce en armas. Hay que ir acostumbrándonos á esta idea.

Vengo temiendo la guerra desde muchos años; desde el incremento del clericalismo, que es quien la incuba: sin su ayuda, el carlismo habría muerto ya. El que lo dude, fíjese en que en los comienzos de la guerra en 1872 se echaron al campo en pocos días *¡ciento setenta y siete curas y frailes!* y eso que entonces no estaba España plagada de los últimos, como lo está ahora.

*
* *

Hace quince años, en vista de ese incremento que tomaba la reacción clerical, escribí:

«Hay que decirles á las madres:

»Ese niño que lleváis en vuestros brazos á la iglesia, morirá de un tiro disparado por un hombre á quien las palabras del cura fanatizarán.»

Y á los jóvenes:

«El llanto de vuestras madres correrá en abundancia, y sus días serán largos y sin pan, y sus noches tristes y dolorosas, porque el cura que predica en nombre del cielo hará que el fuego de la discordia abrase la tierra.»

Y á los pequeñuelos:

«Pasaréis hambre y frío, moriréis abandonados la mayor parte, y los que resistáis, iréis, los varones á presidio y las hembras á las casas de prostitución, que á tales sitios conduce la miseria, y todo porque el hombre negro esparce palabras de odio que llevarán una bala al pecho de vuestros padres.»

Y á los ancianos:

«Sucumbiréis entre sollozos de angustia, sin tener al lado una mano querida que cierre vuestros ojos, ni unos ojos que derramen después una lágrima sobre vuestra olvidada fosa, porque el cura barrió con huracan de maldición los seres que alegraban vuestro hogar.»

Y á los liberales:

«No lo sois, ni sentis en vuestro pecho un átomo de amor á la libertad en cuya defensa vertieron su sangre nuestros padres, si ante esta borrachera de fanatismo no declaráis guerra al bando clerical, negación de la idea regeneradora que á la humanidad impulsa: la ciencia y el trabajo; si no enseñáis á vuestros hijos que los templos son hoy grandes retortas donde el alquimista clérigo funde cantidades enormes de odio, ignorancia, ambición, soberbia, avaricia y cuantas malas pasiones alberga el corazón humano, para buscar este resultado horrible: la guerra civil que acabe con todos nosotros. Y esto deberéis enseñarlo con el ejemplo, y, en caso necesario, imponerlo con la autoridad del mandato; que al jefe de

familia le está encomendada la educación de los seres que la componen.»

Así hay que hablar á todos, por abrigar la firme convicción de que mientras la levadura clerical fermente en el pecho de los liberales españoles, y éstos, por estupidez, cálculo ó hipocresía acudan al templo á la voz de la campana que toca el cura, ni aquí habrá paz, ni prosperidad, ni hombres, sino que seremos un pueblo de religiosos sin religión, de valientes sin valor y de liberales sin libertad; un pueblo que merecerá tener, no estos gobiernos de la restauración, demasiado dignos para él todavía, sino otro de presidarios tonsurados que le lleve á puntapiés á barrer con la lengua las iglesias; un pueblo de histriones que representará con descaro sin igual toda clase de farsas, y que, imitando al noble que pára en mendigo, se consolará en el infecto tugurio donde muerda el pan que le arrojen desdeñosamente, recordando la gloria y la riqueza de sus antepasados.

Que eso, y sólo eso seremos si, pese á nuestra ridícula vanidad y á nuestros alardes de independencia, consentimos por más tiempo que la reacción clerical se desarrolle.»

Han pasado los años, y hoy está la guerra carlista en puerta, guerra que hay que tener esto en cuenta para juzgarla.

Las insurrecciones carlistas, que aparecen siempre con carácter político, toman desde los primeros instantes el aspecto de un feroz bandolerismo.

Puñados de bandidos asaltan los pueblos, y roban y saquean las propiedades, y castigan con la muerte al que no las sigue ó no se doblega á sus exacciones; y asesinan á seres indefensos, y violan mujeres, y cometen, en fin, toda suerte de actos criminales.

Por donde quiera que esos *pieles rojas* europeos pasan, reducen los pueblos á la miseria, desvalijan á los viajeros en los caminos, destruyen el telégrafo y los ferrocarriles, asesinan á maquinistas y fogone-

ros, incendiando las estaciones, levantando la vía haciendo descarrilar trenes enteros de mercancías; y todo al grito de ¡viva la religión!

Por esto no es posible dar el nombre de partidarios de una idea á esos vándalos que lo mismo hacen lo que acabo de indicar, que asaltan las iglesias robando cuanto en ella encuentran y destruyendo las imágenes.

Semejantes seres se colocan fuera del derecho de gentes; y pues que son poderosos para practicar el mal, ellos mismos señalan la conducta que debe adoptarse para concluir de una vez con esa raza maldita de boina, escapulario, sotana y trabuco.

ABRIL DE 1872

Primeros chispazos.

Asaltan el día 8 los curas y los carlistas, *trabuco en mano*, la casa ayuntamiento de Agreda para apoderarse de las actas electorales.

Levanta una partida carlista el cura de Beriain (Navarra).

Ramon Odesa (a) *el Cordonero*, levanta una partida en Monteagudo, llega á Tarazona, mata á un sereno de tres puñaladas y dos tiros, saquea el estanco y roba varios caballos.

Los curas de Portugalete, Arrutia y Santurce levantan partidas y se dirigen con ellas á las Encartaciones.

El cura de Elcano se agrega á la partida del cabecilla Miranda.

Desaparece el cura de Onrubia para unirse á una partida.

El presbítero Abarrátegui se pone al frente de una partida de 200 carlistas.

Aparece en Santurce otra partida en que iban dos curas.

La facción Cuevillas prende en Sopuerta á todos los individuos del ayuntamiento, los ata codo con codo, y roba en el pueblo caballos, relojes y otros efectos, imponiéndole además 40.000 reales de contribución.

Los criminales presos en la cárcel de Amurrio son puestos en libertad por sus colegas los carlistas.

Se alza en armas el vicario de la parroquia de San Pedro, en Estella, habiendo dado aquella mañana la comunión á los vecinos que se marcharon á la facción con él.

Los carlistas arrancan á viva fuerza al tribunal la causa que estaba instruyendo contra el presbítero don Joaquín Rebollar.

Se sublevan los curas Sierra y Llanos.

Lo mismo hace el de Orio.

El cabecilla Gamundi roba 37.000 reales en Albalate y en Hijar 7.000, llevándose además los efectos del aparato telegráfico.

MAYO DE 1872.

—

Roban los carlistas 4.000 reales y varios caballos en Villar del Rey.

El cabecilla Torres roba en Balaguer los fondos de

la administración de Rentas Estancadas, varios caballos y armas.

Los carlistas destrozan dos puentes en la línea de Andalucía é inutilizan una máquina á la entrada de un tunel.

Auséntase el cura de Gabasa con los efectos de más valor de la iglesia, para formar una partida en Peralta de la Sal.

Mosen Ferragut se pone al frente de unos jóvenes carlistas en la provincia de Gerona.

El cura de Alcabón entra en Noves y roba nueve caballos.

La partida Muñoz roba en Carrocera todos los fondos al recaudador del Banco.

El cura de Quintanilla comete varios escesos con su partida, hasta que cae prisionero.

Alzase por los carlistas el cura del Valle, pueblo próximo á Manzanares.

Celébranse durante varios días en Guernica misas y rosarios públicos para implorar el triunfo de los carlistas.

Varios carlistas roban en Malagón los fondos públicos, y algunos particulares.

Lo mismo hace Saballs en San Jordi.

Una partida roba en Sitges 30.000 reales.

Otra saquea á Valdezarza.

Otra comete en Cabañaquinta todo género de excesos.

El cabecilla Farre roba 1.819 duros al delegado del Banco de España en Tremp.

En la iglesia del pueblo de Calders ocurrió una escena de las más escandalosas.

Un cura subió al púlpito, y en la mitad del sermón salió de sus casillas, metiéndose en política, diciendo todo lo peor que puede decirse contra los pícaros liberales, elogiando todo lo posible á su rey y señor D. Carlos, y excitando al público á que se levantara en armas en favor de la santa causa. A este efecto díjoles no tuviesen miedo á las balas, pues que él poseía unos escapularios de tales virtudes, que el que los llevara podía estar seguro de que ninguna le tocaría, y que él mismo, con colgarse uno, se dejaría tirar tantas cuantas balas quisiesen, en la seguridad de que ninguna le haría el menor daño.

En esto uno de los oyentes contestóle que aguardara un poco, que iba por su fusil para hacer la prueba.

Al oirlo, muchos de los asistentes tomaron parte en la cuestión, insultándose con dureza predicador y oyentes, hasta el punto de que algunos ya se dirigían al púlpito con objeto de evitarle bajar por la escalera, cuando, conociendo el cura sus propósitos, arremangóse la sotana y huyó á todo escape.

Esto justifica plenamente los que en las *Cuatro palabras* digo; esto es, que entre los curas están los principales auxiliares del carlismo; que ellos son sus agentes y espías, los que avisan á los cabecillas de la proximidad de la tropa, los que les envían contingentes, los que exaltan los ánimos, no siendo menos temibles los que se quedan en sus parroquias que los que se echan al campo á combatir, robar y asesinar. De aquí mi guerra constante al clericalismo representado por tales curas.

Para que se vea con cuanta razón he dicho que nunca hemos estado á la altura que debíamos los liberales en nuestra lucha con el carlismo, léase despacio el *Convenio de Amorevieta*, que firmó nada menos que el Capitan general D. Francisco Serrano Domínguez.

Convenio de Amorevieta.

EJÉRCITO DE OPERACIONES DEL NORTE

«Habiendo conferenciado con los señores D. Fausto de Urquizu, D. Juan E. de Urue, que lo hacían también en nombre del Sr. D. Antonio Arguinsonis, miembro de la diputación á guerra del señorío de Vizcaya, acerca de los medios más honrosos de dar la paz á este país, víctima hoy de la más desastrosa guerra civil, y atendiendo á la proclama publicada al tomar el mando de este ejército de operaciones, bandos posteriores, y haciendo uso de las facultades extraordinarias de que me hallo investido, vengo en conceder:

1.° Indulto de toda pena á los que se han levantado en armas en Vizcaya. Los entregados podrán volver á sus casas exentos de toda responsabilidad, y recibirán de los alcaldes respectivos, debidamente autorizados por este cuartel general, los correspondientes certificados de indulto.

2.° Quedan comprendidos en el indulto expresado los miembros de la diputación á guerra, sus empleados, dependientes y cualquiera otra persona que haya ejercido autoridad, cargo ó funciones, ó hubieran intervenido ó contribuído directa é indirectamente al alzamiento, aunque hayan entrado en campaña procedentes de la emigración, y lo mismo los que hubieran abandonado su puesto ó destino. Los que quieran pasar á país extranjero serán garantidos en sus personas hasta la frontera.

3.° Respecto á las exacciones de fondos públicos

que pertenezcan ó se relacionen con el Señorío, las juntas generales de Guernica, que se celebrarán con arreglo á fuero, uso y costumbre, resolverán lo que proceda.

4.° Indultados todos los que tienen las armas en la mano y las entreguen, lo serán igualmente los jefes, oficiales si los hubiese, y la clase de tropa que se hayan unido á las partidas, aunque procedan de la emigración. Los jefes y oficiales podrán volver á las filas del ejército en los empleos que disfrutaban antes de unirse al levantamiento. Las clases de tropa quedan á disposición del Gobierno libres de las penas á que se hayan hecho acreedores.

5.° Los efectos de estas disposiciones se entenderán aplicados desde el momento que se entreguen las armas en los puntos que se marquen por mi autoridad, de acuerdo con la diputación á guerra.

6.° Se comprometen los señores de la diputación á guerra y demás representantes, á evitar para lo sucesivo, en cuanto de ellos dependa, nuevos disturbios, insurrecciones ó levantamientos qne alteren la paz pública de la provincia.

Amorevieta (Zornoza) 24 de Mayo de 1872.—*Firmado*, Francisco Serrano.»

¿Se quiere mejor prueba de que se cortan las ramas del carlismo, pero se deja siempre sano y con savia vigorosa el tronco?

Bien supo lo que se dijo, refiriéndose al convenio, el diputado á guerra Belantegui: «Hemos conseguido todo cuanto queríamos, menos colocar en el trono á Carlos VII.»

JUNIO DE 1872

—

Saballs roba en San Feliú de Guixols 530 duros y los fondos de la Aduana.

Roba el cura de Alcabón 3.000 reales en Siruela.

Igual hace Tristany en San Feliú de Pallarols, llevándose 16.000 reales.

Preséntase el jesuíta Goiriena en la botica de don Vicente la Calle (Guernica), donde se hallaban el señor Goiri, primer teniente del ayuntamiento, el señor Lecanda, juez municipal, y el Sr. Natichituve síndico.

Acompañábanle algunos hombres armados, que los prendieron y llevaron á la casa de la Villa, así como á otras personas de ideas liberales, y allí exigió Goiriena 5.000 duros al Sr. Goiri, 1.000 á cada uno de los señores Calle, Lecanda y alcalde de Luno, debiendo entregárselos en el improrrogable término de una hora.

No habiendo podido dárselos, reunieron entre ellos y otros unos 5.000 duros, y salió el cura del pueblo con unos 50 hombres á los gritos de ¡viva la religión! ¡viva Carlos VII! ¡mueran los negros!

Se encierran 42 voluntarios en la iglesia de La Guardia para defenderse de los carlistas, y éstos apresan á varias mujeres de sus familias y las colocan delante de la torre, amenazándoles con fusilarlas si no se rendían.

El jesuíta Goiriena se lleva preso al alcalde de Gatica, Sr. Zugazaga, y exige á la esposa del de Gamiz, á quien llevaba atada bárbaramente, 1.000 ducados por su libertad.

Este bandido tonsurado puso en pocos días en salvo un capital de muchos miles de duros exigidos en pago de su rescate á las personas que secuestraba.

A todos los que tenían que perder los colocaba en la alternativa de arruinarse ó ser sacrificados en el término de una hora.

Las infelices señoras, que tampoco respetaba aquel canalla, huían despavoridas y á pie por las montañas buscando las lanchas de la costa para emigrar.

Roba 10.000 reales en Moyá el cabecilla Tristany.

Los frailes de un convento de escolapios digeron á los niños que educaban el día que los carlistas entraron en la población:

«Queridos niños: Hoy no habrá escuela; fiesta general entre nosotros, porque hoy han entrado los defensores de la religión y su buen jefe.»

El jesuíta Goiriena comete varios actos vandálicos en Munguía.

Una partida roba 1.600 reales en Anglés.

Otra 8.000 reales en Selva y 16.000 en Tivisa.

Otra 3.600 en Darnius.

El cabecilla Velasco fusila al peatón de Santa Cruz de Campezu, con gran ensañamiento y crueldad.

Documento como pocos para apreciar las manos en que había caído la defensa de la religión, es esta carta que Castells envió al alcalde de Tarrasa:

«Ejército Real de Cataluña. Comandancia general de la provincia de Barcelona. Todos los hidalgos y patrióticos hijos de está tierra priviliegada, atodos los individuos eréos de la provincia que me tiene confiados S. M. nuestro legítimo Rey D. Carlos 7.° Q. D. G. al dirigirme mi paternal palabra para recordaros la paternal voz en estos dignos llamados soberanos de su augusto hermano el serenísimo don Alfonso General en Gefe del Ejército del Principado mostrándoos en dos palabras nuestra honrrosa historia y la de cadencia y vileza con que ham empeñado

nuestra hidalgía y filicidad, esa pandilla de hijos espúrios sin honor, sin conciencia, que ala sombra de ese trono enbelecido, querían empañar la hermosa bandera cuyo lema de dios Patria Rey en Ardece la sangre del homrrado y laboroso catalán pero Dios míos, quien lo crehiera que la fabril villa de Tarrasa perteneciese, á la clase de hijos espurios luzbeles de su Dios, Caines de sus hermanos y robespieres de su Rey.

Se corría presuroso buestro compatricio General a librar de ese puñado de infilices, oprovio de Españoles que no tien más dios que el oro, sin otras miras que ambiciones bastardos y cuyo lema de su bandera es la impiedad. La benalidad y las impudicias: llegado para librarros de tal canalla, y recoger las armas por que algun dia los despotas que los imbilecen y esclavizan no os obligaran a pelear bajo tan bil bandera, pero no quiero que en vuestras venas Ya, no corre Sangre Catalana y por lo mismo ni católica ni espolaña por nuestros ojos nos hemos podido combencer de tan amarga verdad; ni valor habies tenido para batiros cuerpo á cuerpo sino que escondidos como cobardes asisinaisteis á los que asta ayer, fueron buestros hermanos.

De hoy más no contad con nosotros: Aquella voz de bronce que se regocijaba cuando hacias que lloraba, cuando os, perdía, Ya nos anunció vuestro perjulio, y vuestro empeder nido corazon llamando alas armas a hombres ya ancianos en una palabra atodos los vecinos para matar asus libertadores á buestros propios hermanos, en ora buena, hermanos los habeis arrojado el Guante, la sangre pura que nos hiciste derramar clamando nuestro dios verdadero y misericordioso, justicia, estan prevenidos pues, a esto se dirigue la presente comunicación, os declaramos hijos espurios de nuestra querida cataluña— por lo mismo todo havitante de nuestra villa, sin distinción de seso ni edad será tratado como enemigo

de nuestro dios, nuestra Patria y nuestro Rey, tenerlo pues entendido que á si sera y lo hara ejecutar el general.—Juan Castells.—San Lorenzo 30 de junio de 1872.—Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Tarrasa.»

Seis carlistas armados de fusiles y enormes cuchillos, de la facción Soliva, entran en Tordera lanzando gritos desaforados de ¡alto, alto! y ¡fuego!

Hallábanse el notario D. Tomás Comellas y los alcaldes tercero y segundo en el portal de la casa de éste, y al ver la actitud de los carlistas trataron de ponerse en salvo dentro de la casa.

Entonces disparan al balcón aquellos foragidos, y matan de tres balazos á una niña de diez años, hija del alcalde segundo, que allí vivía.

Entran, registran, y se van después de robar las armas que encuentran en el pueblo, llevándose secuestrado al notario.

JULIO DE 1872

Una partida saca de su propia casa al estanquero de Villanueva de Alcolea, apodado el *Sec*, y conocido por sus ideas liberales, fusilándolo en el acto con ensañamiento feroz.

En Puebla de Tornesa encontraron á un jóven con una escopeta, se la quitaron, y le dispararon por la espalda, dejándole muerto.

Preséntase una partida en el valle de Araiz, roba 3.000 duros y se lleva secuestrado al alcalde y dos personas más para exigirles rescate.

Entra el cabecilla Marconell en la villa de Balles-

teros, y asesinan los suyos á un vecino indefenso, y la emprenden á tiros y sablazos contra los pacíficos labradores ocupados en las eras, de cuya infame acción resultaron 5 heridos de bala y mas de 40 de golpes.

El cabecilla Tristany exige 10.000 duros á la Compañia del ferrocarril de Barcelona á Zaragoza, despues de quemar en Rajadell cuatro vagones cargados de mercancías valuadas en 5.000 duros, destruir todos los efectos del servicio y hacer chocar dos locomotoras, robando además á la empresa y á los particulares 64.000 reales, 11 relojes, 10 cadenas y 6 sortijas.

Es secuestrado el alcalde de San Hilario por una partida carlista, exigiéndole una gran cantidad por dejarle libre.

Varios facciosos secuestran en Vilardida al liberal D. José Tudó y le exigen 60.000 reales por el rescate, amenazándole con la muerte si no se los entrega en plazo breve.

Roban otros 4.000 reales al municipio de Salt.

Idem otros 2.216 reales en Cornellá.

Secuestran un niño de un propietario en una casa de recreo situada cerca de la estación de Argamasilla, amenazando á su madre con matarlo si no les entrega todo el dinero que tenía.
La pobre madre les da 4.000 reales.

Secuestra el cabecilla Camats al médico de Tora, D. Pedro Rivas, con la idea de sacarle por el rescate una fuerte cantidad.

Idem al jefe de la estación de Monistrol, al telegrafista de Olesa y á los jefes y maquinistas de los trenes 2 y 51.

Tristany y Sanz roban en Tous 9.000 reales.

Castells roba 4.000 en Villada.

AGOSTO DE 1872

En Llinás nna partida saquea la casa de D José Bardoy, llevándose alhajas y dinero, y previniendo que en el término de tres días le habían de entregar, bajo pena de la vida, 16.000 reales más.

El cabecilla Guiu exige 8.000 reales en San Lorenzo y 12.000 en Castelltersol.

Castells, al verse perseguido por las tropas, y creer que tendría que repasar la frontera, porque la guerra tocaba á su término, roba en los pueblos por donde pasa cantidades de consideración.
En Sallent impone una multa de 40.000 reales y en Altés otra de 20.000.

Roba Saballs 10.000 reales en Arbucias.

Una casa de campo llamada *Camp Majó*, cerca de Llinás, es saqueada por los carlistas, llevándose todo y entreteniéndose además en dar de puñaladas al amo, dejándole en gravísimo estado.

El carlista D. J. de la Cruz Corrales reparte una hoja que produce gran sensación en el campo carlista, hablando de millares de fusiles que se habían engullido las anchas tragaderas de los partidarios

del derecho divino, y de que hasta el caballo que debía montar al entrar en España D. Cárlos, y que había costado 40.000 reales, había sido vendido por el jinete.

Estas eran las gentes santas; confesaban, comulgaban, cogian el trabuco, se echaban al campo, robaban, asesinaban, violaban, y...

Si esto hacían en estado de merecer, ¡qué no hubieran hecho si llegan á triunfar!

A los prelados de Pamplona, Sigüenza, Palencia, Segorbe, Toledo, Tortosa, Tarazona, Vitoria y Tarragona, se les remitió por el ministerio de Gracia y Justicia nota de los eclesiásticos de sus respectivas diócesis que se habían ido á la facción, «á fin de que, sin perder tiempo, iniciasen los oportunos espedientes canónicos sobre abandonos de oficio é irregularidades en que hubieran podido incurrir.»

No eran flojas las tales irregularidades; andar trabuco en mano por los campos alojando balas en el cuerpo del prójimo y todo por el amor de Dios.

¡Y pensar que la mayor parte de aquellos bandidos con tonsura han medrado grandemente dentro de la restauración!

SEPTIEMBRE DE 1872.

—

Roban en Bañolas un trimestre de contribución.

Igual hacen en Plera.

Lo mismo en Castellfullit de Boix.

Idem en Toral.

Idem en Pineda.

El cabecilla Miret pide 4.000 duros á la villa de Igualada.

Farré detiene en concepto de rehenes á la esposa, una hija y un hijo del administrador de Rentas de Sort, por no haberlo encontrado en su casa para robarle.

De Ralp se llevó 3.000 reales.

El voluntario de la libertad Martirian Vila (a) *Cansalada*, tuvo que emigrar de San Esteban, de donde era vecino, para que no lo matasen los carlistas de la población.

Cuando llegó á Gerona se alistó en el batallón de voluntarios que allí habia, donde prestó cuantos servicios le fueron reclamados, con voluntad, valor y acierto, viviendo con su mujer y dos hijos merced á la peseta que el ayuntamiento le pasaba.

Al regresar de conducir un pliego á la villa de Amer, le sorprende una partida poco antes de llegar á Bascano, es reconocido, lo atan fuertemente y comienzan á maltratarle.

Nadie presenció su muerte, pero al siguiente dia fué encontrado su cadáver sobre unas piedras con una porción de puñaladas que debieron darle antes de matarlo; un trabucazo en el cráneo, que le destrozó parte del cerebro dejándole horriblemente desfigurado, y el otro en el pecho, cuya bala atravesóle la aurícula derecha del corazón.

A este proceder infame le llamaba el periódico carlista *La Verdad*, *escribir con su sangre una sublime epopeya*.

Y lo decía, sin que se reunieran unos cuantos liberales, fueran á la redacción y clavaran en la mesa la mano del canalla que tal escribía.

Porque no sólo se publicaban periódicos carlistas, sino que se les toleraba que incitasen á la rebelión y pusieran el grito en el cielo porque el gobierno en-

viaba los prisioneros á Cádiz y Canarias, lo que calificaban de infracciones constitucionales, ellos, los que aplaudían á los suyos porque fusilaban nuestros prisioneros y á cuantos liberales caían en sus manos.

¡Oh, no ocurriría ahora lo propio! ¡Qué había de ocurrir, aunque hubiese que saltar por cima de doscientas leyes!

D. Joaquín María Múzquiz, exdiputado carlista, dirige una carta á sus correligionarios, en que hay párrafos tan significativos como estos:

«Vascongados y navarros: es preciso romper las cadenas de los falsos ídolos, que impiden y destruyen vuestros generosos esfuerzos. *Caiga en cien pedazos deshecho ese ídolo de barro*, que no tiene ojos para ver, ni oídos para oir. En cuatro años de obediencia sin límites, tras de cruentos sacrificios, á la vista de humillaciones sin cuento que aquejan á la patria, no ha llegado *á ese Cárlos VII el momento de mostrar una acción digna de la majestad que presume.* Tan poco os conoce, que vuestra frente, soldados de la abnegación y del heroismo, ha sido manchada ante el país, cuando pide remedio, con sus profusiones de grados, honores y empleos.

¿Y para qué? Para daros el día del conflicto *público ejemplo de deserción*. Tuvísteis armas en el último movimiento, pero debidas á una Junta espontánea, á vuestro dinero, y á que, á pesar de sus vivas instancias, no se le dijo nunca dónde estaban *por temor de que en el acto se perdiesen*. Al cabo de tres desastres, *os ha dado un Oroquieta donde era menester un Covadonga*. Es la noche de un día pasado para no volver, noche que se desvanece á la aurora del nuevo y grande día.»

Y sin embargo de esto, miles de españoles mataban y se dejaban matar por el imbécil y cobarde pretendiente, que en su vida tuvo un rasgo de valor ni un arranque de dignidad.

Trata la Asociación Juventud Católica de Barcelona de celebrar una manifestación en favor de los carlistas á pretexto de celebrar las fiestas de su patrona, y lo hace con tal descaro y cinismo, que los concejales republicanos se ven obligados á dar para impedirlo el siguiente Manifiesto:

«Republicanos: Vuestros elegidos para representaros en el democrático ayuntamiento de Barcelona protestan de la manifestación carlo-religiosa que saldrá esta tarde de la iglesia de la Merced.

Con motivo de la citada manifestación, la Juventud Católica, representante genuina de las hordas carlistas que asolan nuestros campos y poblaciones, que destruyen nuestras vías férreas, que incendian y hacen descarrilar los trenes que las recorren, y que al grito de ¡viva la religión! descargan sus fusiles contra los indefensos pasajeros; que dejan atrás en sus actos de barbarie á los más sanguinarios salvajes del centro de Africa; esta Juventud Católica, que á raíz de la Revolución no encontraba covachas donde esconderse, esta Juventud Católica osa ya levantar su voz en esta republicana ciudad, y con pública convocatoria reunir bajo su pendón á sus secuaces para insultaros á mansalva bajo el manto de la religión.

Ante tamaño insulto, si por quien corresponda no se pone el debido correctivo, «republicanos, cumplamos todos con nuestro deber.»

Barcelona 24 de Septiembre de 1872.—Siguen las firmas.

Una demostración más de que la capa de la religión sirve de abrigo al carlismo, y de que las prácticas devotas encubren casi siempre los planes inícuos de los enemigos de la libertad.

OCTUBRE DE 1872.

El cabecilla Ferré saquea los pueblos de Mourés, Pobleta y Malpons.

Secuestran en Solans á un propietario haciéndole pagar 1.800 duros por el rescate.

Asesinan y mutilan horriblemente á un hombre en las inmediaciones de la casa solariega *l' Ubalch*, clavándole por el cuello á un árbol con una bayoneta.

El cabecilla Chicot de Sablent roba 4.000 reales al ayuntamiento de Mollá.

Asesinan al propietario del manso de Serrallonga de Asis, descendiente del célebre D. Juan Serrallonga.

Permanecía muy tranquilo en su casa, cuando le fué preciso ir á San Hilario, y en Coll de Carós se encontró con una partida carlista que lo detuvo, llevándole preso á Saqueda. Allí le dieron de comer y le avisaron que al día siguiente lo fusilarían.

Y en efecto, después de algunos días de ignorarse su paradero, fué encontrado su cadáver en un bosque cercano á la casa llamada Sabatés, destrozado á bayonetazos.

El cabecilla Guiu roba un trimestre de contribución en Aiguafreda.

Ferré hace lo mismo en Cuenca de Tremp.

Barrancot exige á un propietario que secuestra, cien onzas de oro por su rescate.

Secuestran al rico propietario llamado Tort del Alós, y los ladrones (suple carlistas) exigen 256.000 reales por darle libertad.

El cabecilla Rull de Alcalá entra en la población de San Mateo, recoge armas, suelta á los presos de la cárcel y apalea á los jóvenes que no quieren seguir á la partida.

NOVIEMBRE DE 1872.

Roban los carlistas en el distrito de las Ordéjenes (Burgos) 22.000 reales.

En Caldas de Mombuy secuestran á los dueños de los baños.

El cabecilla Cadiraire (hijo) roba todos los fondos que había en San Vicente dels Hort.

Secuestra el cabecilla Castells á tres vecinos pacíficos de Tárrega y les exige 60.000 reales por su rescate.

Cucala roba en Portadilla 3.000 reales al recaudador de contribuciones, y los talones no cobrados todavía.

Hacen dimisión 36 ayuntamientos de la provincia de Gerona por no poder resistir ya los saqueos de los carlistas.

Roban los carlistas la estación de Ruidellots, engándose á un desenfrenado saqueo y destrozando lo que no podían llevarse.

DICIEMBRE DE 1872

Roban los partidarios de *la santa causa* 4.000 reales en una casa de campo del término de Esparraguera.

Idem 6.000 reales á los viajeros en la estación de la Cañada.

Hacen fuego sobre el tren de mercancías entre Irurzuzu y Huarte-Araquil, hiriendo á un fogonero.

El cabecilla Miret secuestra al jefe de la estación de Sagués y á todo el personal que iba en los trenes entre Manresa y Calaff.

Las partidas de Tristany, Espolet y Quico secuestran nueve personas en Pont de la Armentera.

Castells exige á la ciudad de Manresa 18.000 duros por soltar á los rehenes que se llevó.

El cabecilla Coca de Calaya roba un trimestre de contribución al pueblo de Canet de Mar.

Roban los carlistas en Alforja 4.000 reales.

Idem un trimestre de contribución en Sarreal.

Entra Cucala en Alcalá de Chisvert, y manda prender al Sr. Segarra, persona respetable y pacífica, pero que tenía para aquel bandido y su cuadrilla la tacha de ser liberal honrado y consecuente.

Conducido á presencia del defensor de la religión, éste le anuncia que va á fusilarlo inmediatamente.

En vano el infeliz dirige al infame asesino las más ardientes súplicas, se arrodilla, le besa las manos y los pies, le dice que es padre de tres inocentes criaturas, estando próximo á serlo de cuatro, todos los cuales, con su esposa en cinta, no tienen más apoyo ni protector en el mundo que él.

Inutilmente todo. El desdichado Segarra fué encerrado en un cuadro formado por aquellos bandoleros, que dispararon sobre él, y cayó atravesado por varias balas.

Hierve la sangre, no sólo de todo liberal sino de todo español, al recordar estos asesinatos horribles cometido á sangre fría con hombres indefensos, por los facinerosos que se decían defensores de la religión.

Así terminaron los bandidos carlistas la campaña del 72.

Lo que hicieron el 73 llegó al colmo del horror.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 5.º

ASESINATOS, FUSILAMIENTOS, SUPLICIOS, ROBOS, SECUESTROS, INCENDIOS, SAQUEOS, BANDOS SANGUINARIOS.—INFAMIAS DE SAVALLS Y DE LOS TITULADOS INFANTES DON ALFONSO Y DOÑA BLANCA.

ADMINISTRACION: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Los clericales (léase carlistas), se creen omnipotentes, y no hay atropello que no cometan ni vengan za que no realicen.

Se juzgan ya dueños y señores de España, pero no lo serán nunca; que hay aún en el bando liberal poderosas energías adormecidas que despertarán cuanto ellos se echen al campo.

No, no lo serán mientras haya quien sienta agolparse á sus ojos lágrimas de amargura al recordar á tanto pobre anciano llorando en el rincón de su apagado hogar al hijo muerto en lucha fratricida; á tanto huérfano que ha contado los días por las privaciones desde que las hordas carlistas asesinaron á su padre; á tanto hombre robusto inválido para el trabajo por herida de arma comprada con el producto de cuestaciones religiosas; y á tanta mujer deshonrada y á tanta familia arruinada por los miserables que robaban, degollaban é incendiaban en nombre de Dios.

No lo serán, no, mientras quede siquiera un español que se ponga rojo de vergüenza al pensar que, á despecho de los sacrificios de todas clases que nuestros valientes padres hicieron por darnos libertad, pueda triunfar el absolutismo.

No, no lo serán; porque si lo fueran, si pudiese llegar un momento en que nadie protestara y ante el desbordamiento ultramontano bajásemos todos la cabeza; si callásemos al ver morir de hambre á los hijos del trabajo mientras levantan soberbios conventos los hombres de la holganza, y enmudeciéramos

ante los insultos y las amenazas y las calumnias que las sombras del pasado arrojan sobre los hombres del presente, seríamos unos cobardes, indignos de tomar en boca los nombres de los héroes de la libertad, é incapaces de sentir los nobles impulsos de la cólera, última de las pasiones qun exigen corazón.

Aquí existe y debe existir siempre un odio á muerte entre la tradición, que es la esclavitud, la hoguera, el cadalso; y la libertad, que es la dignidad, el honor, la vida.

Aquí no hay quien consienta que los descendientes del imbécil y sanguinario hermano de Fernando VII manchen las calles de las grandes poblaciones españolas con sus botas llenas de sangre liberal.

Porque aquí podremos estar divididos para todo los verdaderos liberales, y hasta censurarnos y tirarnos al degüello; pero cuando se trate de combatir al carlismo, las divisiones cesarán por completo.

Y que podemos mucho, lo saben ya las hordas de los Saballs, Santa Cruz y demás asesinos teocráticos. Si el año 73, con dos guerras civiles heredadas de la monarquía, y luego la cantonal, en lucha unos con otros, sin recursos y cercados de emboscadas y traiciones, no pudieron, sin embargo, los carlistas pasar el Ebro, ¿qué habían de hacer en el momento que lanzáramos al pueblo sobre ellos?

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

ASESINATOS, ROBOS, INCENDIOS, SAQUEOS, SECUESTROS, INDIDENTES VARIOS DESDE ENERO Á MAYO DE 1873.

ENERO DE 1873

El jesuita Goiriena, que aparece con 27 hombres en Mundaca, se corre por Bermeo, Guernica, Elanchone, Ea y Lequeitio, robando en estas municipalidades cerca de 7.000 duros.

Entra Cucala en Cuevas de Vinromá y exige 20.000 reales, que le son entregados.

En Agramunt varios carlistas se apoderan de 200 duros que había en el municipio.

El cabecilla Mendizábal roba en Orcoyen (Navarra) 1.063 reales.

Aguerrita se lleva 13.000 de Puente la Reina.

Justo Aldea, de la misma promocion en bandidaje, roba 1.320 en Moratin.

En Estella los carlistas comandados por Ullot roban 30.000 reales y saquean las tiendas para proveerse de ropas.

El cabecilla Quico exige al ayuntamiento de Catilar el pago de un trimestre de contribución, tomando

en rehenes, hasta que se le entregó el importe, cuatro señoras, esposas de otros tantos contribuyentes.

Las partidas de Vallés y Tallada roban en Alforja á los vecinos lo que debían satisfacer por el trimestre vencido de contribución, recaudándolo de casa en casa cuatro individuos con bayoneta calada, de once á doce de la noche.

Una partida roba en Aguaviva y las Parras todo el dinero que encuentra.

Quema Cucala la estación del ferrocarril de Vinromá, varios vagones cargados de mercancías, y el registro civil.

Piden los carlistas al ayuntamiento de Pamplona 12.000 duros, amenazando si no los reciben con privar de aguas potables al vecindario.
Sistema de secuestradores.

El cura Santa Cruz asesina á sangre fría á un infeliz casero de Etenueta y á otro de Oyo, ambos pacíficos é indefensos, sin poder precisar por qué y sólo por el gusto de derramar sangre humana.

Entran los carlistas en Taradell, y fusilan á tres jóvenes que se resisten á seguirlos, prefiriendo morir á convertirse en criminales como ellos.

El cabecilla Maló se lleva y asesina al jefe de la estación de Glesa, únicamente porque, fiel á su obligación, permite la circulación de trenes.

El cabecilla Hermoso de Mendoza, hermano del cura de Beriain, secuestra en Noain al alcalde, al jefe de estación del ferrocarril y al guarda agujas,

saliendo con ellos en dirección de Monreal despues de prender fuego á la caseta del guarda.

Pasa un oficio al jefe de la estación de Pamplona previniéndole que los fusilará en cuanto circule una sola locomotora.

Y comete la crueldad inaudita de suministrar á los secuestrados los auxilios espirituales, *para que al menos no mueran sin confesión en el caso de que tenga que quitarles la vida.*

Entran los carlistas en Tremp (Cataluña), y se entregan á los mayores excesos, incendiando con petróleo varias casas, haciendo prisioneras á las familias de los liberales, destruyendo los instrumentos de física del Instituto libre y todos los enseres de un café, robando camisas en las tiendas y asesinando á puñaladas después de la lucha al joven republicano Francisco Domingo, que había resultado herido en la refriega.

Exigen *mil* onzas de oro á un propietario de los alrededores de Tremp. Las da, y le exigen otras 500. Como se negase á ello, le cuelgan de los hierros de la chimenea, aplicándole fuego lento á los pies hasta que el infeliz no tuvo otro remedio que entregárselas.

Una partida detiene el coche correo de Logroño, roba cuanto encuentra, y maltrata con saña inaudita á su conductor, dejándole completamente desnudo. Después quema unos carros que iban cargados de paja á Estella.

El cabecilla Mendizábal roba 8.949 reales de Arteta, pertenecientes á los que se habían asociado para librarse de las quintas. Dias después saquea los pueblos de Lagarda, Belascoain, Echalar y Barrán.

Cucala roba en Valderrobles 2.500 reales y quema el registro civil y el árbol de la libertad.

El cabecilla Mendoza roba en Beire y Pilillas todo el dinero que encuentra.

El de su clase y mañas, llamado Aranza, roba 9.000 reales en Echarri-Aranaz.

Roban 18.000 duros en Estella entre fondos municipales y recaudación para redimir quintos.

Exigen 60.000 duros á la población de Puente la Reina.

El cabecilla *Quico* dirige un oficio al ayuntamiento de Vendrell, pidiéndole un trimestre de contribución en el término de 24 horas, «en la inteligencia que, de no verificarlo, se quedarían con todo lo que entrara y saliese de la población, quemarían los carros, secuestrarían los mulos y pasarían por las armas á cualquiera que intentase el cultivo de los terrenos de los contribuyentes.»

Roba un caballo el cura de Guerardian, y con 18 feligreses, que cometen toda clase de excesos, se va á engrosar la facción.

El cabecilla Aranguren roba en Lagarda 1.834 reales.

Una partida carlista roba los fondos del ayuntamiento en Villalba, pueblo á media legua de Pamplona.

Igual hace otra en Navata.

El jesuita y bandido Goiriena fija un bando en

Elorrio amenazando con fusilar al que dé noticias á las tropas, al que tenga un arma blanca ó de fuego y no la presente, con otras barbaridades encaminadas á no dejar á un liberal con vida.

Aplican el suplicio del fuego á un infeliz vecino de San Juan de Ramis, quemándole todo el cuerpo lentamente.

La sangre de inquisidor que todos esos miserables tienen en las venas, se manifiesta siempre que halla ocasión favorable.

Sorprenden los carlistas á la columna del regimiento de Luchana que mandaba el coronel Sr. Osta, éste cae mortalmente herido á la primera descarga

No siendo entre salvajes, todo prisionero es hoy respetado; pero los carlistas, sin duda para hacer alardes de que lo son, desnudan al infortunado coronel después de robarle cuanto lleva, y lo dejan abandonando en el campo, donde espira al poco tiempo.

Y todo esto lo consiente el beato Lizárraga que iba al frente de aquella horda de bandidos, y que había sido amigo y compañero de Osta cuando éste mandaba en Madrid un batallón del regimiento del Príncipe y aquél el de Arapiles.

Es asesinado á sangre fría el inofensivo alcalde de Anoeta (Guipúzcoa). El periódico carlista *La Reconquista* sólo considera el vil asesinato como un *hecho lamentable*.

¡Y cómo no sería de cruel é infame, cuando el mismo cura Santa Cruz, asesino de profesión, se disculpó de no haberlo realizado, diciendo que él no era el jefe, sino el capellán de la partida de Soroeta, que fué la que cometió el crimen!

Asesinan, colgándolo antes de un árbol al presi-

dente del Comité republicano de San Pedro de Ossor, escena que horroriza á algunos de los mismos bandidos que la presencian, y que produce una indignación terrible en la comarca.

El rector de Tortellá incita brutalmente desde el púlpito á sus feligreses para que se levanten en armas contra los liberales.

Entran en la iglesia de Santa Cruz de Campezu doce carlistas, deshacen el palio y utilizan las varas para hacer lanzas.

Para juzgar de la cultura del asesino Saballs, léase esta orden que dió, escrita de su puño y letra:

«RESERVADU.—Primer es apoderarse de Olot. De órden del serenísimo D. Alfonso de Borbón y de Este, el día 26 dieciembra que es despres de Nadal á las cinco de la matinada se ha tocar á sematen y pena de la vida se han de alsar todos les pobles y homas y con armas de todas clases ¡Abajo el extranjero!—El general *Saballs.*»

El jesuíta Goiriena manda apalear á dos peones camineros. He aquí lo que le escribió uno de ellos á su capataz, desde Guernica:

«A las dos de la mañana del viernes dos carlistas me llevaron á la Casa Consistorial, donde se encontraba el jesuíta. A las cinco de la mañana, después de haberme atado bien, me hicieron ir con toda la partida hasta Ispaster, y en esta anteiglesia, previa una farsa de sumaria (¡!), colocáronme tendido en camisa y boca abajo sobre una mesa, y me dieron de palos.

El intenso dolor y la falta de fuerzas hicieron que, á consecuencia de la paliza, me cayese desmayado. Aún sufro de las espaldas y la cintura, y no sé cuándo podré empezar á trabajar. Los palos de que aque-

llos cafres se sirvieron para apalearme miden seis piés de largo y una pulgada de grueso. Mi compañero fué también apaleado, y se encuentra aún peor que yo.

El haber cumplido con nuestro deber, permaneciendo en esa ilustre villa armados durante la insurrección de Abril por orden de nuestros jefes, ha servido de pretexto para apalearnos.

Las cantidades exigidas por Goiriena en los pueblos durante nuestra prisión ascienden á 70.000 reales.

Estoy triste y malo, y no puedo continuar.»

Ante los atropellos é infamias cometidos por los carlistas, exclamaba un vecino del pueblo de Lladoy:

«Este es el pago que hemos recibido de esas hordas salvajes, después que nos quedamos sin comer para dárselo, y les albergamos en nuestras casas, dándoles nuestras camas y las de nuestros hijos para que descansasen. ¿Podemos preguntar ahora al señor rector de Tortellá si es decoroso y decente en un ministro del Señor incitar á los feligreses en el púlpito para que se levanten en armas en contra de sus hermanos, y si sus consejos de sangre y exterminio los dió Jesucristo á los que le crucificaron? ¿Estos son los procederes del padre encargado de la educación moral y religiosa de sus feligreses? ¿Qué diría su pueblo cuando vió que todo un sacerdote se ponía boina y cogía un trabuco para derramar sangre inocente tal vez?

Había en el somatén unos veintiseis curas de lo más furibundo, y lo más sensible es que no habrá castigo para el que tan mal cumple su misión de paz.

El primer día que nos levantamos en somatén recibimos cuatro reales que nos entregó el Sr. Casamor de Navata, única retribución que hemos recibido, si bien el muy célebre Barrancot dió á algunos

un pedazo de pan, como se da á los perros de caza. Ofrecimientos nos hicieron muchos; realidades, sólo vimos la del plomo de los fusiles, si nos descuidábamos.»

FEBRERO DE 1873

Una partida carlista roba el tren de Alicante á Madrid entre las estaciones de Socuéllamos y Záncara.

La partida de bandoleros de Tallada roba en Espluga de Francolí 294 duros al recaudador de contribuciones.

Entran los religiosos carlistas en Lerín y roban mil duros.

Imponen en Gordijuela una contribución de 30.000 reales, llevándose en rehenes á cuatro contribuyentes liberales.

El cabecilla Ariño roba en Lledo el dinero que encuentra y destruye de paso entre los aullidos salvajes, de sus partidarios, la lápida de la Constitución.

Reunidas varias pequeñas partidas carlistas entran en Adzaneta á las seis de la mañana, llaman á la puerta del alcalde, que aun dormía, en nombre del patrón que le llevaba la correspondencia, y le disparan varios tiros á quemaropa dejándole muerto en el acto.

Pacunias, de la partida de Barrancot, entra en la casa del maestro de escuela de Benda con el propósito de asesinarlo, y no hallándole, le roba cuanto tiene, le vierte el vino de una cuba, y da de puñaladas á una chaqueta suya que encuentra.

El infame cura Santa Cruz comete el horrible atentado de asesinar en Arechavaleta á una infeliz mujer, cuyo marido había dado, según él decía, una noticia ó confidencia á las autoridades.

El mismo hace apalear en Ochandino á dos pobres canteros, tan cruelmente, que uno de ellos murió á las pocas horas y el otro ofrecía pocas esperanzas de vida.

Es asesinado el honrado vecino padre de numerosa familia, D. José Xarrabia, por el bandido *Pacunias*.

Fusilan villanamente en San Feliu de Pallarols, al republicano Simòn Padragosa.

El feroz Cucala destruye la estación de Santa Bárbara y se lleva prisioneros al jefe de ella, al del tren, á un maquinista y á un capataz.

Entra una fracción en Abanilla y quema los archivos municipales.

Incendia el cura Santa Cruz el casino de voluntarios en Arechavaleta.

Queman en medio de la plaza de Alfaz todos los papeles y documentos del archivo.

Sirva de modelo el siguiente bando que el bandido Bernaola pasó á los voluntarios de Orduña, para apreciar la barbarie y crueldad del carlismo:

«*Comandancia militar del distrito de Orduña.*—Si en el improrrogable término de *diez minutos* no se entrega usted con toda la fuerza de que dispone, con armas, municiones y todos los pertrechos que existen en la casa-cuartel, entraré á sangre y fuego

con toda la fuerza, y serán pasados por las armas cuantos las pavesas dejen en mi poder, juntamente con las familias, por duro y sensible que me sea este ejemplar.

Dios guarde á usted muchos años.—Campo del Honor 22 de Febrero 1873.—*Casiano de Bernaola.*

Señor comandante de la fuerza de la milicia ciudadana de Orduña.»

MARZO DE 1873

Prepara la partida del cura Santa Cruz el descarrilamiento del tren número 15, en el kilómetro 590 y mueren en 12 de Marzo el maquinista, el fogonero y otros varios empleados.

Otro descarrilamiento entre Villafranca y Tolosa por haber cortado la vía los carlistas. Muchas desgracias personales.

El cura Santa Cruz amenaza fusilar á tres secuestrados en Elduayen y dos en Verástegui, si no se le entregan 5.000 pesetas y ponen en libertad á su hermano, cura del primer punto, y á un paisano preso en Tolosa por el juez.

Días después fusila en Astigarraga á uno de los individuos secuestrados en Elduayen.

Tristany asesina á un miliciano de edad avanzada en la Pobla de Segur.

El bandido Cucala, no habiendo podido lograr que volviera á tomar las armas un carlista retirado en el pueblo de Cuevas, se lleva prisionera á su mujer, que se hallaba en cinta de algunos meses, y sólo cuando ya, fatigada y casi exánime no pudo absolu-

tamente dar un paso, la dejó abandonada en medio del camino, donde abortó la desgraciada con grave peligro su vida.

Fusila el cura Santa Cruz al honrado alcalde de Aldovani.

En Vera es fusilado por el cura Santa Cruz Mateo Urtizverra, voluntario que secuestró en Irún y padre de siete hijos.

Igual suerte cupo á otro desgraciado cuyo nombre se ignora.

El cabecilla Vicuña roba 3000 duros en Urrestilla, barrio de Azpeitia, secuestrando á un carlista que no tenía disponibles otros 3000, sin atender á los ruegos de su hijo y de varias personas influyentes.

Como la bandera del carlismo es el robo, le importa bien poco la opinión del robado.

Lleva su osadía el cura de Pozo Cañada hasta el extremo de ir á arengar á los trabajadores del ferrocarril exhortándoles á aumentar las filas del carlismo.

Una espantosa silba y si no se retira pronto alguna pedrada, fué la contestación que los trabajadores dieron á la belicosa arenga del émulo de Santa Cruz.

Y, sin embargo, el gobierno, sabiendo dónde el mal radicaba, no tomó medida alguna para impedir que cada palacio episcopal estuviera convertido en un club, y cada iglesia en un comité de auxilio de los trabucaires que asolaban á España.

Es preciso que esto no vuelva á ocurrir.

Pretestando que en el campo no podía comer de vigilia, fué el cura Santa Cruz á cumplir con el precepto en casa de un compañero de Navarra. Pidióle á los postres 8000 reales por no haberse levantado en armas; el otro le entregó 2000 que tenía Santa

Cruz hizo registrar la casa, y no hallando más, le ofreció volver por los 6000 restantes á los ocho días. El cura del pueblo, conocedor de los buenos sentimientos de su colega, emigró á Hendaya.

Roban varias cantidades en Astigarraga los bandidos á las órdenes del cura Santa Cruz.

Los fondos de la contribución, los de la sisa y el Ayuntamiento son robados en Cicujano, y quemados los libros del registro civil.

Ollo y Dorregaray roban en Artajona 2.500 duros, y 6000 reales y cinco caballos en Lárraga.

El cabecilla Tristany quema en Garsé la casilla de los carabineros, y en Sort los archivos del registro civil y juzgado de primera instancia.

La cuadrilla de facinerosos capitaneada por Caperochipi y Zubiaurre entran en Zarauz, donde nacieron ambos cabecillas, y cometen toda clase de excesos y tropelías.

Un infeliz padre de familia, enfermo y achacoso, portero de la fábrica linera, y que vivía en el establecimiento, sin otro delito que el de la honradez y fidelidad con que servía años hacia á sus amos, fué inhumana y ferozmente apaleado; lo mismo hicieron con el maquinista del establecimiento, Jaime Forns, á quien dejaron casi sin vida. También fué apaleado el peatón de Guetaria á Zarauz; y á una joven de Guetaria la pusieron en cueros y se gozaron en su vergüenza y sus lágrimas. El apaleador fué el mismo Hilario Zubiaurre.

Los primeros apaleados recibieron al día siguiente los auxilios espirituales, ya en la agonía. Eran casados y tenía cada uno dos niños de corta edad, y las mujeres en cinta.

No hay palabras bastantes á condenar á los miserable, autores de tamaños crímenes, cometidos á sangre fría en personas indefensas, y que la misma tranquilidad en que vivían, probaba sobradamente su condición inofensiva y su alejamiento de toda lucha política.

Los bandidos Cucala y Polo hacen matar á palos á algunos liberales de los que habían ido secuestrando por los pueblos en concepto de rehenes.

Llega á tal extremo la insolencia de los carlistas y la tolerancia de los liberales, que el periódico *La Regeneración* se permite escribir en Madrid:

«Nada nos importaría, lo decimos de todo corazón, ver hundirse á España entera en un abismo, con tal de que al hundirse gritara como un solo hombre: ¡Creo en Dios, creo en Jesucristo, creo en la santa Iglesia católica!»

Y esto lo decía cuando las gavillas de criminales carlistas anegaban á España en sangre y lágrimas.

¡Miserables un millón de veces!

Dos circulares que un diario carlista de Madrid insertó, llevando su cinismo hasta decir que lo hacía con el *mayor gusto*:

«Ejército real de D. Carlos.—Columna de operaciones del Maestrazgo.—Circular.—Señor alcalde...: En vista de que la mayor parte de los alcaldes dan parte diario de las entradas y salidas de las tropas reales á las columnas republicanas, he dispuesto poner en conocimiento de los ayuntamientos de la provincia, que los que den parte de las entradas y salidas de las tropas reales, serán puestos á mi disposición y fusilados. Lo que comunico á usted para su conocimiento y los demás de las provincias, esperando que me acuse el recibo. Dios guarde á usted mu-

chos años.—Useras 16 de Marzo de 1873.—P. O.—Francisco Bernabé.»

«Señor alcalde de la Sierra y demás de la provincia:—Habiendo llegado á mi noticia de que el gobierno republicano ha mantenido la orden del radical para que todos los ayuntamientos tengan retenes de paisanos para la conducción de pliegos, dando parte urgente de las entradas y salidas de las tropas reales, ordeno y mando que, tanto dichas autoridades como los pliegueros que sean aprehendidos, serán fusilados.—Lo que comunico á usted y demás ayuntamientos y pliegueros, para que no aleguen ignorancia, acusándome recibo de esta mi circular.

Dios guarde á usted muchos años.—Sierra Engarcerán 18 de Marzo de 1873.—El jefe Pascual Cucala.—Señor alcalde de Sierra Engarcerán y demás de la provincia.»

Y para que se vea que este vandalismo está en todos ellos, reproducimos el siguiente párrafo de un parte que dió Tristany, del combate en que, con una cuádruple fuerza, atacó á los pocos voluntarios que defendían á Pobla de Segur, y que obligados por el mayor número de los enemigos, tuvieron que encerrarse en una torre, negándose bravamente á capitular:

«...dispuse, dice Tristany, que con toda rapidez se procediera al incendio, que se realizó á eso de las cinco y media de esta tarde, tomando tan colosales proporciones, que entre seis y siete de la misma quedó el referido edificio convertido en una horrible hoguera.

Apagados los fuegos del enemigo, se retiró éste á lo más elevado de la torre, donde quedó reducido, y en la que se abrió una brecha con toda velocidad al efecto que el humo y el fuego pudiese propagar en la misma, y cuando creía que todos habían ya perecido sino abrasados asfixiados, se me dió aviso de que se oían conmovedores lamentos.»

Indigna y subleva á todo el que tiene entrañas humanas esta horrible descripción hecha por el mismo facineroso que perpetró el crimen. ¡Y éstos son los que nos insultan, y hacen esto en nombre de Dios!

Los que obran de esa suerte no pertenecen á un partido político que merezca consideraciones de ningún género; son simplemente miserables bandidos y asesinos de la peor especie; y los que los apoyan y simpatizan, son sus cómplices, y tan criminales y execrables como ellos.

Después de la guerra de merodeo y de matanza á sangre fría que hicieron los petroleros del legitimismo, ningún hombre de bien, ninguna persona honrada debía ser carlista en este pais.

Eso no es un partido, eso no es una comunión, sino una tropa de desalmados bandoleros, cobardes con el fuerte, fugitivos siempre ante nuestro ejército y emprendedores no más que con el debil y con la gente indefensa. Su valor no alcanza más que á saquear pueblos desarmados, á saciar su crueldad con las fuerzas insignificantes á quienes sorprenden, y á fusilar mujeres y ancianos.

ABRIL DEL 1873

—

El cura Santa Cruz trata de justificarse en la prensa de los asesinatos é infames atentados que había cometido, diciendo que los hizo por orden de Lizarraga, beato indigno y cobarde que D. Carlos tenía al frente del ejército.

Con respecto al bárbaro fusilamiento de una mujer, el canalla lo disculpa y hasta intenta justificarlo tachándola de espía, como si esto, aun en el caso de ser cierto, que no lo fué, justificase el hecho de asesinar á una mujer.

El cabecilla Bosch fusila al alcalde de Boadella y quema después su casa.

Entre Guisona y Cervera sorprenden los bandidos mandados por Miret y otros cabecillas á seis liberales, disponiendo fusilar á tres y dejando á la suerte designar las víctimas. Estas fueron dos hermanos conocidos por *Bombi*, y otro individuo llamado Gabriel. Este, atado á un arbol, presenció antes de morir el sacrificio de los dos hermanos.

El cura Santa Cruz asesina al anciano regidor que hacía las veces de alcalde en Vidaria (Guipúzcoa) y su partida apalea á dos pastores, de los cuales uno muere á las pocas horas y el otro queda en estado gravísimo.

Sorprenden las facciones de Tristany y Piñol (a) *Panera*, un destacamento de voluntarios republicanos movilizados cerca de Batea, y destrozan sin piedad á los que hacen prisioneros, encarnizándose en sus cadáveres y cosiéndolos á puñaladas.

Ni los tigres se ceban con tanto encarnizamiento en su presa como los carlistas en los liberales. No satisfechos con asesinarlos sin razón y villanamente, rodean los asesinatos de circunstancias tales, que no parecen hombres, sino fieras.

Cogen al pobre aldeano Francisco Zabala, y después de insultarle, abofetearle y darle culatazos, condúcenlo á Villaro, donde estaba el cabecilla Velasco, y éste le condena, *por sospecha* de espionaje, á recibir cien palos, que le aplican con la más salvaje buena voluntad los defensores de la religión.

Viendo que aún vivía le condenaron á recibir otros ciento, mas no los pudo recibir, porque espiró en la más terrible de las agonías.

Un tio y un primo del desdichado, que iban en la

partida, presencian el suplicio con la satisfacción más viva; lo que prueba una vez más que el fanatismo convierte al hombre en hiena.

El cura Ayala, al frente de su partida, entra en el pueblo de Villa Roba (Burgos), y maltrata, hasta herirlos gravemente, al alcalde y al secretario. Después corta el telégrafo en Quintanapalla y quema la estación de Monasterio.

Es brutalmente asesinado por las hordas carlistas en Ascó un vecino de ideas liberales, hallándose trabajando en el campo.

Un zapatero que iba á Bilbao con un niño de pocos años en busca de trabajo, es cogido por los carlistas cerca de Abadiano y bárbaramente apaleado delante de la infelíz criatura, que miraba el hecho con ojos espantados sin atreverse ni á llorar.

A la horrible fama de incendiarios y asesinos que tienen justamente conquistada los carlistas, se esfuerzan por añadir la de salteadores ó ladrones en cuadrilla, saliendo á los caminos á sorprender trenes para robar el dinero, no sólo del Estado, sino de los particulares, causando la ruina de las familias honradas y laboriosas; y haciéndolo, ¡oh poder de la costumbre! con más aplomo, desvergüenza y perfección que los mismos célebres bandidos de Sierra Morena.

Detienen el tren en Calaf, reclaman las hojas de ruta, las examinan, se enteran de lo que conduce y se dirigen al furgón, donde se apoderan de 19.000 duros, pertenecientes 12.000 á una casa de comercio de Barcelona y los restantes 7.000 á otra, amén de otras cantidades pequeñas.

Después, y ayudados los sesenta y cuatro carlistas ocupados en tan santa faena por las hordas de Tristany y Camats, que en aquel instante llegaron, mul-

tiplican su tarea de devastación, abriendo á bayonetazos las balijas de la correspondencia pública, apoderándose de la oficial y haciendo un auto de fe con los periódicos.

Después de estas hazañas entraron en Calaf, robaron cuanto pudieron y quemaron el arbol de la libertad.

El cabecilla Pina entra en el pueblo de Lilla, á cuatro kilómetros de Montblanch, robando cuatro mulas al conocido republicano Alejo Magriñá, y llevándose en rehenes á cuatro individuos del ayuntamiento y tres propietarios porque no habían satisfecho aun las cantidades que les había exigido.

Quema Cucala los libros y destruye el telégrafo en la estación de Benicarló, y se lleva consigo tres individuos del ayuntamiento para fusilarlos, lo que hubiera efectuado si en el pueblo no reunen perentoriamente 3.000 duros y se los entregan.

El cabecilla Vallés quema la estación y el registro civil en Vinaixa y roba el ganado de labranza de todo el pueblo, inutilizando de paso el telégrafo.

Queman los carlistas la correspondencia particular y oficial en las cercanías de Manresa.

El ladrón de Saballs impone á los carreteros y demás conductores de transportes que hacen el servicio por la alta montaña (Cataluña) de 500 á 1.000 reales de multa por conducir periódicos liberales, amenazando con fusilarlos á todos en caso de reincidencia.

Es cogido prisionero un capitán de la partida de Lizarraga y se le encuentran mil duros de los que había robado en los últimos días.

El hijo del cabecilla Dorronsoro, acompañado de *tres ladrones como él, se presenta en la casería del* guardamonte del marqués de Valmediano, exigiéndole que inmediatamente le entregara 12.000 reales y un mulo. Contéstale que no tenía tal cantidad, y entonces lo atan y lo llevan con los ojos vendados hacía la casería llamada Belmarás, donde le obligan á arrodillarse para fusilarle si no les entregaba la cantidad pedida. Algunos vecinos interceden por él, y gracias á 6.000 reales que el cabecilla recibió pudo salvarse el infeliz, que á consecuencia del susto estuvo durante largo tiempo entre la vida y la muerte.

Bando publicado por Saballs:

«D. Francisco Saballs, mariscal de campo de los reales ejércitos españoles y comandante general de las provincias de Barcelona y Gerona:

En atención á los obstáculos incalificables que el *llamado Gobierno de la República opone á la impre*sión y circulación de los periódicos *legitimistas* en escarnio de la ley, que se ha forzado, medio empleado para falsear la opinión pública que afrenta con su conducta, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.° Quedan desde hoy terminantemente prohibidas en toda la demarcación de mi mando la impresión, condución y circulación de todos los periódicos liberales, cualesquiera que sea la denominación ó matiz político que tengan ó representen.

Art. 2.° A los contraventores del anterior artículo se les cargará de la multa y en la forma que sigue: por la primera vez á los impresores les serán inutilizadas y quemadas sus imprentas; á los peatones y conductores en carruaje se les exigirá una multa de ciento á quinientos reales según las condiciones. La reincidencia se castigará en todos los casos con pena de muerte.

Cuartel general de San Quirico de Besora 7 de Abril de 1873.—Saballs.»

A este miserable le llamaba *Cruzado de la fe*, como al cura Santa Cruz, el procaz y canallesco periódico *La Reconquista*.

Otro nuevo crimen que añadir á la interminable historia de ellos que cuenta el partido carlista.

Las facciones de Tristany y Piñol entran en Flix donde roban una gran cantidad de dinero.

De allí salen para Batea, hallan un pequeño destacamento de voluntarios, logran cogerle algunos prisioneros y los acuchillan sin piedad, tarea santa que prosiguen aun después de ver que están muertos.

MAYO DE 1873

Apalean y martirizan en el concejo de Güeñes á una infeliz mujer, acusada sin motivo de espionaje, hasta que muere á manos de los cristianos bandidos carlistas.

Casi espirante dejaron las facciones de Cucala y Vallés al jefe de la estación de la Selva; de tal modo lo maltrataron después de quemar el edificio.

Se apoderan en Morera los carlistas de un voluntario de la República.

Su anciano padre, llorando, se presenta á ellos pidiendo su libertad y ofreciéndoles 60 onzas de oro. Sus súplicas no hallan eco en el podrido corazón de semejantes bandoleros, quienes desnudan al joven y lo cosen á bayonetazos y puñaladas.

Patrullas de bandidos, turba de asesinos indignos del nombre de españoles, eso, y sólo eso han sido, son y serán los carlistas.

Llega el cabecilla Miret á Calaf llevando atados á

dos infelices niños á quienes había encontrado con dos partes dirigidos á una de las próximas columnas liberales.

Después de un pregón ordenando que antes de media hora le entregasen el cuarto trimestre de contribución, llama al alcalde y le dice que va á fusilar en la plaza á uno de aquellos dos desventurados.

Para salvarle la vida piden gracia á Miret el ayuntamiento, la comunidad, comisiones de particulares, y de señoras, distinguiéndose uno de los vicarios de la villa por la energía con que abogó por salvar al muchacho.

Pero todo inútil; lo único que consiguieron de aquel cabecilla (que después ha vestido el honroso uniforme del ejército español), fué que lo fusilase fuera de la población colocándole sobre el cuerpo un papel que decía: «fusilado por haber llevado un parte contra los carlistas.»

Su infeliz compañero fué fusilado en San Pedro.

Otra prueba de la cultura de los cabecillas carlistas.

«En virtud del vandálico bando del cabecilla Nubilas, titulado Capitan general de Navarra y Provincias Vascongadas, intimidando con órdenes de este jaez á los Ayuntamientos, conminando con graves penas á éstos y al pueblo entero si no se le comunican noticias de los movimientos de las tropas reales, y para que no se dejen los pueblos alucinar por pomposas promesas ni amenazas de semejantes caribes, discípulos de Bolter, Rusó y Merabó, dignos imitadores (en la ejecución) de los Maestros de la antigua revolución francesa, como Robespierre, Dantton y Marrat, en oposición á dicho bando ú otra cualquiera que en lo sucesivo diesen tales revolucionarios; como Jefe superior militar de este distrito de las Encartaciones, ordeno:

Todo miembro de justicia que expidiese tanto por

escrito como verbal con dirección á las autoridades revolucionarias parte de los movimientos, entrada, estancia y salida de los pueblos de las tropas reales, serán castigados con las penas que siguen: Toda persona que fuere aprendida ó se le justifique llevar ó haber llevado partes ó avisos, por escrito ó verbal á las autoridades revolucionarias, por mandado de las justicias de los pueblos, será castigada por primera vez con cien palos, y por la segunda con pena de la vida. El miembro de justicia que hubiese mandado tales partes ó avisos, se le impondrá por primera vez quinientos duros de multa, por la segunda pena de la vida.—*Cecilio del Campo.*—Hay un sello azul que dice: Comandancia militar del distrito de Valmaseda.»

Tan bruto como sanguinario.

Era lo único en que coincidian los cabecillas; en robar y asesinar.

Quinta el bandolero Cucala á los voluntarios republicanos que tiene en su poder, fusilando á cuatro de aquellos desgraciados.

Es fusilado en San Martin, cerca de Tafalla, un voluntario de la República que marchaba á unirse con una de las columnas que operaban contra los carlistas.

Fusilan los cabecillas Miret y Masachs á cinco individuos por creer que llevaban partes á las tropas liberales, confesando á tres más para hacer lo mismo con ellos.

Después de la acción de Ulldemolins, los carlistas se llevaron preso á un joven de 22 años que estaba trabajando tranquilamente en el campo, sin otro motivo que el de ser liberal.

Encontraron á otros labradores, y el desdichado,

que iba muerto de sed, les pidió por Dios que se la calmasen, á lo que contestaron los carlistas echándole al suelo á empujones, puntapiés y golpes de fusil.

A los dos dias recibió el alcalde del citado pueblo un oficio del cabecilla que mandaba aquellos foragidos, anunciándole que habia fusilado al joven.

Los carlistas que vagan por las inmediaciones de Reus fusilan á cuantos liberales de la comarca tienen la desgracia de caer en sus manos.

Una partida carlista que entra en Maspujols asesina á puñaladas al vecino Manuel Sansó, teniente que había sido de miqueletes y único liberal que habia quedado en el pueblo.

También asesinó inhumanamente á un labrador que trabajaba en el campo cerca de Momtbrió.

Dos voluntarios de San Sebastián sorprendidos por los carlistas en las afueras de la población, son sacrificados sin piedad.

Los voluntarios de Rosas prenden á un cura que al marcharse á la facción robó los libros de aquella parroquia.

Incendian las facciones de Cucala, Vallés y Cercós, la estación de Torredembarra y secuestran una señora y trece propietarios de los más pudientes para exigirles rescate, amen de apoderarse de armas, caballos y otros efectos.

Saballs publica un bando el 23 de Mayo imponiendo pena de la vida á todo individuo ó corporación que levantase somatén contra sus hordas de trabucaires.

Santa Cruz fusila á su correligionario en alzacuello y carlismo que gravitaba sobre Portuechе.

Los carlistas quemaron en Morera el registro civil, y se llevaron secuestrados al alcalde, al juez municipal y á uno de los primeros contribuyentes, exigiendo mil duros por su rescate.

La partida de Tristany fusila á un vecino de Solsona.

El cabecilla Cisco asesina en las cercanías de Castellfort á un carlista que se había acogido á indulto, y manda pegar 25 palos á un pobre anciano, que fallece de sus resultas.

Es bárbaramente maltratado el peaton de Cornudella á Arbolí, después de quemar los carlistas la correspondencia y periódicos que conducía.

Espolet, el célebre bandido tonsurado, pide 18.000 duros á la población de Valls, amenazando con el bloqueo en caso de que no se los entreguen.

Tres individuos, dos de Elgueta y el tercero de Mondragón son cogidos por la partida de Santa Cruz, y por orden de este ministro del Señor les dieron *un baño de petróleo y después les prendieron fuego;* y por si la eficaz medicina no bastaba, *los cosieron á bayonetazos después de tostados.*

Sus cadáveres fueron recogidos en el camino de Elgueta á Eibar.

En una carta publicada por *El Diario de San Sebastián* se dieron los siguientes pormenores acerca del hecho:

«Mondragón 1.° de Mayo de 1873.—Muy señor mío: El alcalde pedáneo del barrio de Campanzar dió conocimiento al comandante de este destacamento,

capitán D. Leonardo Vals, de que en su barrio y próximo á la antigua Aduana había dos hombres muertos, al parecer fusilados y quemados. El comandante Vals púsose de acuerdo con el señor juez municipal, quienes, protegidos por una parte de la fuerza aquí existente, se presentaron en el sitio del suceso, hallando un hombre, que resultó después ser rematante y tabernero de Elgueta, con varios tiros en el cráneo, y otro casi totalmente carbonizado y con la cabeza aplastada y varios pinchazos de bayoneta en el vientre.

Como no se hallasen indicios de fuego, se ha supuesto haya sido quemado con petróleo; y por el estado del cadáver se comprende que fué quemado vivo; éste, también de Elgueta, viudo y de unos sesenta años, había sido preso por Iturbe el día de Ramos y lo ha traído con él en varios asuntos: el otro, joven aún y casado, deja dos hijos de corta edad y esta noche ha sido reconocido por sus esposa y su padre, llamados al efecto por la autoridad.

Pintar á usted el estado de esos dos cadáveres, me es imposible, y sólo sé decirle que horrorizaban.

Recogidos en un carro de bueyes fueron conducidos á esta villa, que ante espectáculo tan horroroso prorumpió en exclamaciones contra los carlistas, excitación que fué creciendo por momentos, llegando á su colmo al detenerse en la plaza pública.

Entonces el capitán Vals, aprovechándose de la oportunidad, se dirigió al público poniendo en breves palabras en su conocimiento lo pernicioso y perjudicial que es á todos el prestar ningún género de apoyo á esa horda de salvajes que quieren cubrir todos sus crímenes con el manto de la religión; después de lo cual fueron los cadáveres conducidos á la capilla, donde un fotógrafo los retrató, previo permiso de las autoridades civil y militar. Adjunto una de las fotografías para que usted pueda formarse una idea del triste estado de los cadáveres, pues la pluma no sabe trazar cuadros tan terribles.

Me olvidaba decir que al lado del difunto quemado se halló un papel, que contenía escrito con lapiz este nombre «Ramón Alday» cuya letra y nombre son idénticos á la firma con que autoriza sus recibos un cabecilla; al lado del otro se hallaron tres ó cuatro cápsulas de cartón, sistema Berdan, lo cual hace creer que el autor del crimen haya sido éste, en nombre ó autorizado por Iturbe. En este momento acaban de decirme que en jurisdicción de Aramayona se han hallado otros dos hombres fusilados.

Parece que la causa de tales desmanes ha sido el haber ejercido las funciones de cartero forzoso, el quemado; y el haberse aproximado los voluntarios de Elbar á la casa del otro en el momento en que Iturbe le exigía 1.700 reales de derechos del aguardiente.»

Saballs y doña Blanca frente á Puigcerdá:

«Vamos á entrar en una población de las más ricas de Cataluña. Dentro hallaréis oro, alhajas y ropa en abundancia. Todo es para vosotros. Defienden la villa cincuenta ó sesenta soldados no más. Los paisanos armados no tienen municiones, y á los primeros tiros se esconderán. La población está temblando, sin ánimo para resistiros. Acometed sin temor y matad é incendiad sin reparo, que nadie os pedirá cuenta. Tesoros y mujeres: todo es vuestro.»

Doña Blanca, que estaba en una casa distante media hora de Puigcerdá, apenas notó señales de incendio en la población, salió alborozada al portal de la casa diciendo: «Bien por los voluntarios; ánimo, ya entraremos; petróleoy aguarrás.»

¡Qué tía y qué tío!

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 6.°

El conde de España.—4.000 liberales asesinados y 1.700 condenados á muerte.—Junta de asesinos.—Primera insurrección carlista —Represiones sangrientas.—Martirios horrendos.—Ahorcados y fusilados.—La entrada del tigre.—Saqueo é incendio de Viella; asesinatos.—A robar tocan.—Incendio y saqueo de Manlleu; asesinatos.—Incendio de Camprodón; asesinatos.—Saqueo é incendio de Pons.—Destrucción de Ripoll.—Incendio de Moyá; horrorosa matanza.—Incendios de Gironella, Olbán, caseríos, molinos, iglesias y otros edificios.—Incendio de Copons.—A caza de curas.—Lobos entre lobos.—La exclusiva en el robo.—Más crueldades del Conde.—La hiena y los chacales.—Muerte del Conde.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

El Conde de España es el tipo más acabadamente monstruoso que ha enjendrado el fanatismo. El novelista de más imaginación no habría podido concebir un ser humano tan brutalmente feroz, y que tanta complacencia hallara en las escenas de destrucción y muerte.

Por sus venas corría la sangre de todas las generaciones de inquisidores que despoblaron á España en nombre de Dios; de tal modo se complacía en derramar la ajena.

Al leer el índice de sus crímenes, (pues para relatarlos aun á la ligera se necesitarían volúmenes enteros), se cree estar bajo el dominio de una horrible pesadilla; tantos son y tan horrorosos, tan inconcebibles.

Pues bien; ese hombre, baldón de la especie humana, fué el primer carlista; el que encarnó el odio que el absolutismo siente hacia la libertad; el que dió la pauta y trazó la línea de conducta al carlismo. El tiempo no ha conseguido quitarle á esa cuadrilla de foragidos el carácter que él le imprimiera.

El robo, el asesinato, el secuestro, el incenpio, fueron las principales bases del programa que el Conde de España dió al carlismo, cum-

pliéndolo fielmente por su parte; el incendio, el secuestro, el asesinato y el robo constituyeron el programa de los que, á los cuarenta años de la primera guerra, se lanzaron á la segunda. Y ese mismo programa es el que mantendrán mientras existan, porque no está en su mano el evitarlo. Cuando el hombre echa sobre sus más brutales pasiones el manto religioso con el único fin de satisfacerlas impunemente, no hay crueldad que le parezca reprobable, crimen que le haga sentir remordimientos.

El Conde de España llevaba en la primera sobre su corazón de tigre la imagen de la Virgen del Pilar y otras reliquias; en la pasada guerra fueron curas los que más actos infames cometieron.

Y dicho esto por vía de introducción, relatemos ahora sucintamente el cuadro horrible de los crímenes del primer carlista; crímenes que, como ya he dicho, y á juzgar por lo que vemos, serán superados en la guerra que tiene preparada ese bando, si los liberales todos, sin distinción de partidos y de matices, no tomamos al primer chispazo medidas que la ahoguen al nacer.

EL CONDE DE ESPAÑA

4.000 LIBERALES ASESINADOS Y 1.700 CONDENADOS Á MUERTE

En el corto período de dos años, la sociedad secreta *El Angel Exterminador*, organizada, sostenida y dirigida por arzobispos, obispos, curas y frailes, había asesinado en los caminos y pueblos de Cataluña, según consta en los partes dados á la Audiencia de Barcelona, MIL OCHOCIENTOS VEINTICINCO LIBERALES. La mayor parte de éstos habían pertenecido al ejército constitucional, que fué disuelto con el santo fin de diseminar á los que lo componían, para poder asesinarlos más comodamente y con menos ruido.

A fines de 1825, pasaban de CUATRO MIL LOS LIBERALES ASESINADOS, Y DE MIL SETECIENTOS LOS CONDENADOS Á MUERTE por los tribunales de *justicia*.

La hiena clerical, los lobos de cogulla, querían más sangre; no les bastaba con la derramada; querían más asesinatos, querían exterminar á toda la raza liberal.

JUNTA DE ASESINOS

En Septiembre de dicho año se celebró una junta en el monasterio de Poblet, á la cual asistieron ciento veintisiete prelados y dignidades eclesiásticas, bajo la presidencia del arzobispo Creus y del obispo elec-

to de Ceuta. Aquellos santos varones acordaron interponer todas sus influencias para que más de 600 oficiales, llamados *indefinidos* (sospechosos por tanto de liberalismo) refugiados en Barcelona al amparo de los franceses, fuesen obligados á salir de allí y pasar á sus respectivos pueblos, para asesinarlos con más facilidad, contando para esto con los piadosos voluntarios realistas.

Dos ricos labriegos que, invitados por los frailes del monasterio habían asistido á la reunión, horrorizados del crimen que se tramaba, lo pusieron en conocimiento de la policía de Barcelona; dió ésta cuenta al gobierno disponiéndose á perseguir á los devotos asesinos, pero recibió de aquél orden terminante para protegerlos.

El clericalismo necesitaba más víctimas, el puñal era ya insuficiente para saciar su sed de sangre; la hoguera de la Inquisición era su ensueño más acariciado, su ideal mas hermoso, su anhelo más constante. Ver restablecido el Santo Oficio, celebrar á diario autos de fe, aplicar el tormento á los sospechosos y después sacarlos de allí descoyuntados, chorreando sangre, y vestirles luego el sambenito para llevarlos á la hoguera, todo esto aparecía á sus ojos deslumbrador, magnífico, sublime.

Dada la consigna, de todas partes salieron exposiciones pidiendo al rey el restablecimiento de la Inquisición; entre las más notables, se cuenta la suscrita por el santo cabildo de Manresa, documento que respira sangre, odio, venganza y exterminio y que no ha sido puesto en el *Indice* porque es sin duda muy ortodoxo.

No quiso, ó, mejor dicho, *no pudo* Fernando restablecer el Santo Oficio; se le acusó de masón, de comunero, de estar vendido á los liberales y de otras cosas por el estilo, y desde entonces las esperanzas de la gente clerical y de los realistas más exaltados se fundaron ó cifraron en Carlos, el devoto hermano

de aquél, empezando los trabajos de conspiración para proclamarle rey, y destronar á Fernando.

PRIMERA INSURRECCION CARLISTA

El clero y los principales jefes de la conjura engañaron á los voluntarios realistas haciéndoles creer que Fernando estaba secuestrado por los liberales, y estalló por fin la insurrección á los gritos de ¡viva el rey absoluto! ¡viva la santa Inquisición! ¡mueran los negros! Se vitoreó á Carlos V., se imprimieron proclamas en las que, acusando de débil y de liberalismo á Fernando, se incitaba á los buenos católicos á reconocer por rey á Carlos, quien restableciendo el Santo Oficio y acabando con todos los liberales, comuneros y masones, había de hacer la felicidad del pueblo católico español.

El Conde de España, aquel mónstruo indigno cuya vida está manchada con los crímenes más horrorosos, instigador y cómplice de aquella insurrección carlista, marchó al frente del ejército á sofocarla, fusiló á unos cuantos rebeldes, y hallándose un día en Vich, metió en un saco la correspondencia que les cogió, los papeles en que estaban las delaciones y las pruebas de los procesos y lo redujo todo á cenizas, prestando así un gran servicio á la causa carlista que más tarde defendió cometiendo los crímenes más horrendos.

REPRESIONES SANGRIENTAS

Dominada la insurrección y nombrado capitán general de Cataluña, cuando los franceses evacuaron la capital empezó una era terrible de persecuciones

contra los liberales y los sospechosos de serlo; y como para dar satisfacción á los que podían acusarle de traidor, no hubo martirio, no hubo infamia, no hubo crueldad que no hiciera sufrir á los desgraciados liberales que caían en su poder. «A los realistas que se habían levantado en armas—dice Lafuente,—condenados á presidio muchos de ellos, los protegió organizando de nuevo sus batallones. Contra los libeles que le habían ayudado á sofocar la insurrección carlista, inventó que conspiraban.»

Organizada la policía secreta, compuesta de lo más vil y bajo de la sociedad y de muchos carlistas condenados á presidio, iban sus individuos por los cafés y sitios públicos hablando contra el tiránico gobierno de Fernando; una débil muestra de aprobación á las censuras de aquellos esbirros, una palabra, un comentario, eran lo suficiente para que los incautos cayeran en las redes yendo á parar á la cárcel donde bien triste suerte les esperaba.

Con las listas confeccionadas por un miserable llamado Simó, que se fingía liberal, llenó materialmente el Conde todas las cárceles de Barcelona; hacíanse las prisiones—escribe un historiador—á la luz del día ó en el secreto y misterio de la noche, y los calabozos llenábanse de infelices prisioneros llevados allí por aquellos esbirros, ya individualmente, ya en grupos de veinte, treinta y cuarenta.

MARTIRIOS HORRENDOS

Presos sin saber por qué; incomunicados hasta con sus familias á las que ni se permitía llevarles la comida, teniendo que comprarla en una cantina donde les hacían pagar diez por uno; llenos de piojos; revueltos y confundidos con los ladrones y asesinos; cargados de grillos; hacinados en fétidos y hediondos

calabozos donde la respiración era casi imposible, gemían miles de inocentes ciudadanos, víctimas de la saña de aquel carlista, de aquel Conde de España que oía misa todos los días, arrodillado muy devotamente y con los brazos estendidos en cruz; de aquel bandido, cubierto siempre de escapularios y reliquias, que obligaba á cuantos encontraba en la calle á que le enseñasen el rosario y enviaba á pudrirse en la cárcel á los que no lo llevaban; de aquel miserable, que hacía poner unos grillos de veintisiete libras á una infeliz señora que se negó á declarar contra su esposo, la señora Fabregasi; de aquel tirano sanguinario, que ante los cadáveres, pendientes en la horca, de infelices mandados por él asesinar, vestido de capitán general, al frente de las tropas, reía y bailaba.

En las crudísimas noches de un invierno extremadamente frío, como no se ha conocido otro en Barcelona, aquella fiera devota hacía desnudar á los presos y ordenaba que encueros completamente salieran de los calabozos á los patios, y allí permanecían los infelices al raso horas y más horas, sobre la helada nieve endurecida por las escarchas... En verano les hacía tomar el sol y los metía hacinados en calabozos donde el calor era insoportable.

Con pretexto de que los presos se hacían señas, ordenó tapiar las ventanas y hasta las más pequeñas rendijas de las puertas, y muchos de aquellos mártires murieron asfixiados. Uno de los presos, llamado Pedro Mestre, abrió un pequeño agujerito para poder respirar; descubierto tamaño crimen por los esbirros del Conde, gente toda muy devota, se desnudó al preso, se le dieron veinticinco palos, le descargaron un golpe terrible en la cabeza con un manojo de llaves, y fué luego condenado por aquel á diez años de presidio, mientras á su familia se le ordenaba cerrar un café, único medio de subsistencia con que contaba, y salir desterrada de Barcelona.

Llenos de desesperación, no pudiendo resistir tantas privaciones y martirios, se suicidaron *diecisiete* de los presos en pocos días. Uno de ellos, cabo de artillería, se colgó en la ciudadela con una sábana; otro, llamado Cantos, se agujereó el cráneo con un clavo que encontró en la pared; otro, llamado Sabater afilò un hueso contra los ladrillos y con él se abrió los venas; otro se tragó un hueso para ahogarse con él; y cuán terrible no sería la desesperación de otro de los presos, cuando con un vidrio se hizo un agujero en la garganta, y metiendo en él los dedos, lo desgarró hasta desangrarse.

Estos horribles hechos, que llenan de pavura el corazón, que indignan y que aterran, no son una fábula por desgracia; están plenamente comprobados por la historia; nadie puede negarlos.

Lejos de ablandarse ni conmoverse el Conde al tener noticia de estos suicidios y otras muchas tentativas, exclamaba: *¡Malvados! aunque no fuera más que por atentar contra su existencia, deberían ser ahorcados, por el gran pecado que cometen contra Dios.»*

AHORCADOS Y FUSILADOS

Auxiliado por el conde de Villemur, gobernador militar de la plaza, carlista como él y que luego llegó nada menos que á *ministro de Carlos V*, organizó el de España un *tribunal militar* para *juzgar* á los presos, nombró fiscales á Chaparro, Cuello y á otro miserable llamado Francisco Cantillón, que comerciaba con la vida de aquellos desgraciados, y defensor á D. José Segarra, también carlista y de triste memoria.

Se multiplicaban los cargos y las acusaciones por parte de los fiscales, y el *defensor* negaba á los acu-

sados la admisión de sus pruebas y se burlaba con el mayor cinismo de los datos que presentaban en demostración de su inocencia. Sin pruebas, sin testigos, sin careos, sin garantías ni formalidades de ninguna clase, fueron juzgados y enviados á los presidios de Ultramar, con la cabeza afeitada para mayor escarnio, más de *cuatrocientos* de los presos, sin que pudieran dar un abrazo de despedida á sus familias; y más de *mil ochocientos parientes* de los presos salieron desterrados de Barcelona por el delito de *parentesco* con los encarcelados.

Por si no bastaban tantas infamias, con la mayor reserva y sigilo, el 18 de Noviembre de 1828, fueron puestos en capilla y fusilados al día siguiente, D. José Ortega, coronel graduado, el teniente coronel Caballero, los tenientes Jacques y Domínguez, los sargengentos Mestre, Vituri y Ramonet, los cabos Llorca y Rodríguez, el empleado de rentas Coto, el paisano D. Domingo Ortega, el profesor Fidalgo, y el pintor Porta, puesto en capilla para sustituir á otro que compró la vida á peso de oro, y para completar el número 13, pues el Conde quiso que fueran 13 los condenados.

«El horrísono cañón—escribe el historiador don Joaquín del Castillo, testigo presencial,—anunció su desastrosa muerte, y presto se vieron los tristes troncos de las víctimas conducidos por presidiarios á la horca de antemano levantada en medio de la explanada, frente de la Ciudadela, sitio de la ejecución. La sangre, los destrozos de sus cráneos, se veían con horror derramados por acá y acullá; los perros acudían á comerse los sesos que se desprendían de la cabeza de aquellos desgraciados; el verdugo se apoderaba de los cadáveres que, arrastrados por la escalera de la afrentosa horca, teñían con sangre inocente sus escalones: ceñía la tosca soga la garganta de aquellos infortunados que formaban pendientes de la horca un cuadro horroroso y que excitaba la indigna-

ción contra el infame asesino... Los semblantes de los buenos se veían transmudados; el amigo no se atrevía á saludar al amigo... La ciudad parecía enlutada, las puertas cerradas, los paseos desiertos.»

«El Conde de España—dice Lafuente,—que acompañado de sus fiscales fué á recrear la vista con tan horrible cuadro, en una especie de manifiesto en el que se habla de la divina providencia y de la sacrosanta religión, decía que, con arreglo á las leyes, *habian sido lanzados á la eternidad* aquellos mártires á quienes trataba de criminales.

Tres meses después, el 26 de Febrero de 1829, el estampido del cañón de la Ciudadela—escribe el precitado historiador—anunció que otros desgraciados habían sido lanzados á la eternidad. Enarbolóse en seguida el negro pendón, y *cuatro* troncos humanos aparecieron luego colgados en la horca. Con mortal ansiedad y congoja esperaban multitud de familias la publicación del Diario Oficial, temerosas de leer en la lista de los ejecutados el nombre del esposo, del padre, del hermano...

Diez fueron este día las víctimas; Sanz, que tenía una real orden para no ser condenado á muerte; el teniente coronel D. José Rovira; el coronel D. José Soler; Villar, escribiente; Nadal, corredor; Clavell, Medrano, Peza, y un presidiario que por gusto mezcló el Conde con estos mártires.

El 30 de Julio del mismo año se repitieron las ejecuciones; 9 fueron los fusilados, y 4 los cuerpos mutilados que el Conde hizo colgar en la horca. Los nombres eran: D. Pedro Mir, D. Antonio de Haro, D. Juan Cirlot, Prast, López, Mata, Sangh, Latorre y Vendrell.....

.....

.....

¿Nerón? ¿Calígula? ¿Hiena? ¿Chacal? No, el Conde de España era mil veces peor. Y, sin embargo, ese gran maestro de asesinos, que á la muerte de Fernan-

do logró fugarse á Francia; ese monstruo de crueldad que fusilaba por el gusto de fusilar, pues cuando se levantaba de mal humor decía á sus esbirros: «á ver, que se ponga en capilla á tantos ó cuantos pillos de esos (liberales), que vengan frailes á confesarlos y mañana que sean fusilados»; ese gran malvado, á pesar de sus crímenes horrorosos y *tal vez por haberlos cometido*, fué nombrado general en jefe de las hordas carlistas de Cataluña, para sustituir á Urbiztondo, por aquel *Carlos V* tan devoto, tan religioso, que confesaba y comulgaba todos los días, y cuya corte y consejeros eran en su mayoría obispos y arzobispos, curas y frailes.

A tal rey, tal general.

LA ENTRADA DEL TIGRE

Iluminaciones, salvas, paradas, campaneo y suntuosas funciones de iglesia, que no podía faltar, fueron débiles muestras del entusiasmo con que fué recibido por los carlistas el Conde de España, al pasar la frontera y hacer su entrada triunfal en Berga y otras poblaciones ocupadas por ellos.

Aquella manada de lobos hambrientos, ávidos siempre de sangre, exterminio y destrucción, aquellas turbas de asesinos con boina y escapulario, insaciables en el robo y en toda clase de crímenes los más horrorosos, no podían tener por jefe á un Urbiztondo que perdonaba á los vencidos y era enemigo de crueldades. Necesitaban un tigre ó una hiena por jefe; por eso recibieron al Conde con muestras del más delirante entusiasmo, olvidando que en Tarragona, después de traicionar la causa carlista cuando ocurrió la primera insurrección, había hecho asesinar en los sombríos calabozos del palacio del Pilatos y del fuerte Real, á cuantos jefes podían hacer reve-

laciones que le comprometieran á los ojos de Fernando.

El hombre que en Barcelona se había hartado de asesinar liberales; el santurrón que por las faltas más leves arrestaba á su propia mujer dando las órdenes más severas á los oficiales para que el arresto se cumpliera como si se tratara del último recluta; el devoto que en ocasiones diversas había hecho estar de centinela con una escoba al brazo, en los balcones de la Capitanía, á una de sus hijas, por si había empleado más tiempo del debido en los quehaceres domésticos; el rezador contrito y feroz verdugo de tantas y tantas víctimas, después de haber sido recibido bajo pálio y tomar posesión de los cargos de presidente interino de la junta del Principado y de comandante general del *ejército* de Cataluña, publicó é hizo circular entre los catalanes la siguiente alocución:

«Catalanes: al encargarme del mando del ejército y de la presidencia de la real junta superior gubernativa del Principado, obedeciendo á la voluntad del rey nuestro señor (Q. D. G.), quisiera poder anunciar el fin de vuestros sufrimientos, el término de esta guerra fratricida. Si en este momento me es imposible presentaros tan halagüeña perspectiva, no dudeis, catalanes, que el proporcionaros cuanto antes la suspirada paz será el objeto constante de mis deseos, si seguís la senda que la religión os manda, que el deber de fieles vasallos os prescribe. Al contemplar los templos del Altísimo profanados, sus ministros bárbaramente asesinados, los asilos de la virtud violados, todos los hombres de bien vilmente perseguidos, vuestros campos talados, vuestras fábricas incendiadas, vuestra industria aniquilada, vuestro comercio abatido, mi corazón se oprime y gime. Reparar tantas desgracias, aliviar en lo posible vuestros males, reconciliar los ánimos que se hallan divididos, y abrir las puertas de riqueza y prosperidad á vues-

tro ingenio, es todo mi anhelo. Para lograr cuanto antes tan apetecidos bienes, dos circunstancias son absolutamente indispensables; subordinación y disciplina en el ejército; docilidad y buena fe en los habitantes pacíficos. La lealtad y el valor heróico del soldado me aseguran las primeras; vuestras virtudes y vuestro propio interés me garantizan las segundas.

Bajo estas sólidas bases y con el auxilio del cielo, voy á emprender tan útil y santa obra, secundado por los beneméritos individuos de la real junta que tengo el honor de presidir, por los valientes jefes del ejército, por vosotros todos. Harta sangre española se ha vertido; hartos laureles regados con tan precioso abono ostentan su lozanía. De vosotros depende el que nos dediquemos exclusivamente á cultivarlos de un modo más útil y glorioso uniéndolos al frondoso olivo. Olvidemos pasados errores. Convenzámonos que sólo bajo el suave y paternal cetro de nuestro adorado y magnánimo soberano podemos hallar nuestra felicidad; su recta justicia da seguridad y esperanzas lisonjeras á los leales; su innata clemencia á los incautos. Hagamos un común esfuerzo, y dentro de muy breves días podremos llenar de gozo el corazón de S. M. diciéndole: Señor, en Cataluña no existe ya la discordia revolucionaria. La constancia de los fieles, la vuelta á la razón de los seducidos y el sincero arrepentimiento de los obstinados, la han destruído para siempre.

Catalanes: Séame permitido derramar con vosotros este bálsamo consolador en el alma del más virtuoso de los reyes, y acabaré con placer mi anciana carrera.—Berga, 4 de Julio de 1838.—*El Conde de España.*

En otra alocución dirigida á las turbas de asesinos, violadores, ladrones é incendiarios que componían el ejército del Pretendiente, decía:

«Voluntarios: La Divina Providencia, libertándome de mil peligros, y la real piedad del rey nuestro se-

ñor, nombrándome vuestro comandante general, me proporcionan poder cumplir el más ardiente voto de mi corazón; triunfar ó perecer con vosotros defendiendo la más justa y *santa de las causas.*»

¿Verdad que el Conde hablaba como un bendito? Veamos sus obras y cómo servía la más *santa y justa de las causas.*

SAQUEO É INCENDIO DE VIELLA
ASESINATOS

Atacada esta población por los carlistas y tomada al asalto, fueron bárbaramente asesinados cuantos liberales no pudieron refugiarse en la iglesia, donde parte de la guarnición se hizo fuerte resistiendo el ataque de aquellos foragidos.

No satisfecho el Conde con las brutales infamias que allí se cometieron al dar la orden de saqueo, enfurecido por la resistencia que los liberales hacían desde la iglesia, y no pudiendo apoderarse de ellos, ordenó á Porredón que Viella fuese incendiada, como así lo hizo éste, quedando convertida en un montón de escombros y cenizas, mientras el puñado de valientes refugiados en el templo y rodeados de llamas por todas partes, escaparon de una muerte horrorosa gracias á la aproximación de una columna.

A ROBAR TOCAN

Mucho rezar el rosario, mucha devoción, mucha medallita; pero á robar tocan.

Mientras Viella era reducida á cenizas, un batallón de aquellos seráficos fué enviado á hacer *exacciones* (robos); y llenó su cometido tan religiosamen-

te, que se presentó poco después con cuarenta y dos mulos cargados, veinte de ellos con campanas, más de doscientos bueyes y un gran rebaño de carneros.

Millares de familias quedaron sumidas en la miseria más espantosa; pero esto importaba poco al piadoso Conde y á sus no menos piadosos soldados.

INCENDIO Y SAQUEO DE MANLLEU
ASESINATOS

—

De esta población hicieron los liberales una defensa brillante, empeñada; pero asaltado por las hordas del Conde y viéndose obligados á refugiarse en el segundo recinto, no pudieron impedir que los bandidos aquellos se enseñoreasen de la villa, donde asesinaron sin piedad á muchas personas indefensas é inocentes criaturas.

Después de las mayores brutalidades y del saqueo más desenfrenado, Manlleu fué incendiada quedando todas sus fábricas y la mayoría de las casas completamente destruídas.

INCENDIO DE CAMPRODÓN
ASESINATOS

—

Da órdenes el Conde para atacar á Camprodón y se encarga Brujó de verificar el ataque. Consigue después de muchos esfuerzos apoderarse de una parte del pueblo, y no pudiendo reducir á los defensores, después de vengar su impotencia asesinando á pobres y débiles criaturitas y á personas indefensas, después de robar cuanto pudo, incendió la población, siguiendo las instrucciones del Conde, y el voraz elemento consumió muchos edificios.

SAQUEO É INCENDIO DE PONS

Un *ojalatero* facilitó la entrada á las hordas en la villa de Pons, atacada también por orden del Conde. Sorprendida la guarnición pudo refugiarse en la iglesia, después de haberse defendido en las calles y plazas con gran denuedo y bizarría.

Dueños de la villa los bandidos aquellos, después del saqueo y de las brutalidades en ellos acostumbradas, la incendiaron.

DESTRUCCIÓN DE RIPOLL

Transcurridos varios días de sitio, y luego de haber rechazado tres asaltos de los foragidos de la boina, defendiendo el terreno palmo á palmo, acorralados por todas partes, diezmados por las balas enemigas, convertidos sus fuertes en ruinas y escombros sembrados de cadáveres, los defensores de la fabril y liberal Ripoll se refugiaron en la iglesia de San Pedro mientras las hordas salvajes se entregaban con el mayor desenfreno al saqueo y al vandalismo.

No encontrando en las casas ni fábricas las riquezas que creían encontrar, intentaron introducirse violentamente en los templos donde el vecindario pacífico se había refugiado, y no costó poco trabajo convencerles de que en los templos no había tales riquezas.

En tanto esto ocurría, conminaba el Conde á los refugiados en la iglesia de San Pedro, diciendo que si no se rendían haría que todos fueran pasados á degüello, sin exceptuar niños, mujeres ni ancianos.

Por salvar de una muerte segura á tantos y tantos

inocentes y siendo ya completamente inútil é imposible toda resistencia, firmó el gobernador una capitulación honrosa, de la que únicamente él se excluía, pnes antes que entregarse á los carlistas prefirió matarse de un pistoletazo.

Prisionera de guerra la guarnición, robado cuanto en Ripoll había de valor, hizo el Conde que el vecindario todo saliera escoltado á otras poblaciones, y desalojada la heróica villa, la incendió. Al día siguiente hizo derribar lo que las llamas habían dejado en pié, y en el sitio que fué plaza, sobre una pequeña pirámide levantada al efecto, puso esta inscripción: *Aqui fué Ripoll*. . . . . .
. . . . . .

INCENDIO DE MOYA. HORROROSA MATANZA

—

Asaltada esta villa por los bandoleros al mando del Conde, se replegaron los nacionales á la iglesia parroquial y á la de los escolapios, donde hicieron una resistencia empeñada.

Tomada la última por las hordas, comienza allí una de las matanzas más terribles que registra la historia. Allí no se dió cuartel; corría la sangre por el templo como verdadero arroyo y la matanza continuaba cada vez con más furor entre los lastimeros ayes de las víctimas y las burlas de sus verdugos. Los claustros estaban atestados de ensangrentados cadáveres y la iglesia también.

Fueron tantos los asesinatos allí cometidos—escribe un historiador,—fué tal la carnicería, que los mismos verdugos salían de allí pasmados y sobrecogidos de tanta mortandad.

La guarnición refugiada en la iglesia parroquial, capituló, y el conde no respetó después lo convenido.

Tras los horrores del degüello, los del saqueo; y

por si tantos crímenes eran pocos, el incendio vino á coronar la obra de aquellos infames asesinos.

Las llamas consumieron casi toda la población, y el Conde y sus hordas se alejaron de aquel lugar manchado con tantas infamias, para proseguir en otras partes su obra de muerte y exterminio.

INCENDIOS DE GIRONELLA, OLBAN, CASERÍOS, MOLINOS, IGLESIAS Y OTROS EDIFICIOS.

Estos dos pueblos fueron también incendiados y destruídos por orden del católico Conde, como igualmente todas las casas de campo, molinos y cuantos edificios había desde la sierra de Buiré hasta los dos pueblos mencionados.

El Conde—escribe Pirala,—lejos de hacer frente á las tropas que le perseguían, acudió á recrearse con tan infame obra, y ordenó el incendio de otros lugares, iglesias etc., etc.

Centenares de familias quedaron sumidas en la miseria más espantosa; el hambre causó numerosas víctimas, y, en aquellos tristes parages, sólo ruinas y escombros quedaron, escombros y ruinas y el silencio de la muerte.

INCENDIO DE COPONS

Parece una leyenda de salvajes, una fábula de monstruos; pero no hay por desgracia tal fábula ni tal novela; son hechos históricos, son hazañas carlistas.

De orden del Conde atacan éstos al mando de Ibañez el pueblo de Copons, y no pudiendo vencer la resistencia de los nacionales acogidos en los puntos fortificados, después de saquear la parte de pueblo que habían conseguido ocupar, la incendiaron.

ENTRETENIMIENTOS DEL CONDE

—

No era cosa de aburrirse cuando faltaba ocasión de degollar liberales, incendiar pueblos, villas y caseríos y practicar otras virtudes del catecismo carlista.

Para evitar, pues, los ratos de tedio, el Conde, á quien sus compañeros de infamias habían apodado *Trenca-caps* (rompe cabezas), después de cumplir con la mayor unción sus deberes religiosos, se dedicaba con gran fervor á su afición más decidida y constante: la horca. Era esta su diversión favorita, su debilidad suprema. Ella y el verdugo, bien elegido y mejor pagado, constituían el mayor encanto de aquella alma devota.

Atestadas las prisiones de Berga y Caserras, iba sacando de allí por tandas á los presos, y la horca, que había hecho levantar frente á las espaldas de su casa para tenerla más cerquita, siempre estaba ocupada y el verdugo no tenía momento de reposo.

Como el piadoso espectáculo en fuerza de repetirlo se hacía monótono, discurrió el Conde poner un tajo al pie de la horca, donde el verdugo cortaba la mano derecha á los que iban á ser colgados, resultando así mucho más divertido.

Para solemnizar la boda de Carlos, dispuso grandes festejos; hubo gran revista y *Te Deum*, y para mayor brillo y esplendor de la santa causa, después de oir misa con una unción que edificaba á propios y extraños, hizo sacar los presos de que estaban repletas las cárceles, los sometió á un breve juicio, y unos fueron fusilados, otros apaleados, y pocos—escribe Pirala—los que escaparon sin castigo.

A CAZA DE CURAS

Otro de los placeres del Conde consistía en organizar verdaderas cacerías de reverendos, morosos en el pago del diezmo á los carlistas. Valíase de mil ingeniosos medios para apoderarse de dichos curas, y cuando conseguía dar caza á alguno, su alegría no tenía límites.

El vicario general Sort y el famoso canónigo Torrebadella, eran los encargados de juzgar á sus cofrades que el Conde prendía. El cura de Balsareny fué condenado por ellos, *constituidos en tribunal eclesiástico*, á pagar cuanto debía en concepto de atrasos y además una multa para hacer doscientas camisas y otras tantas blusas á los de la boina.

LOBOS ENTRE LOBOS

Si robaban, si violaban, si asesinaban é incendiaban aquellas honradas masas, ¿qué inconveniente podía haber ni como oponerse á que de vez en cuando, en los días de asueto y descanso se emborracharan cual unos benditos? Si uno de los *ministros* de Carlos y su consejero y favorito principal, el santo y bondadoso obispo de León, comiendo un día con Arias Teijeiro, empinaba el codo algo más de lo debido, y se emborrachaba (1) y revelaba secretos que le convenía guardar ¿por qué no habían de emborracharse también de vez en cuando los correligionarios del respetable prelado? . . . . . .

. . . . . .

(1) Pirala. *Historia de la guerra carlista.* Primera parte, tomo 3.º pág. 151.

Un trompeta á quien sus compañeros sobrenombraban *Batalla*, porque era muy valiente, y otros carlistas, se emborracharon una noche, y fingiéndose ronda, se acercaron á una guardia.

Al salir el cabo con su escolta á reconocer la fingida ronda, *Batalla* lo degolló de un sablazo, huyendo después con los que le acompañaban.

En sitio seguro, pasada la borrachera y cuando el Conde había enviado patrullas en todas direcciones para prenderlos, *Batalla* y sus amigos deliberaron y discutieron qué partido les convendría adoptar para librarse de los furores de aquél.

No dudando que *Trenca caps* les haría ahorcar, decidió la mayoría pasarse á las tropas liberales; sólo *Batalla* se opuso y sólo él regresó al campo carlista á pedir al Conde que en vez de ahorcarle le fusilara. No quiso éste oirle y le mandó poner en capilla inmediatamente.

«Al medio día—dice un historiador—ya las tropas formaban el cuadro fatal en cuyo centro se veían tres objetos á cual más horrible: el pilón, el verdugo y el Conde.

Al acercarse el reo al infernal suplicio, empezó en vano á implorar la protección de la Virgen. España repitió sus órdenes, el infeliz alargó su mano y bien pronto la cuchilla se la separó del brazo.

Esto no era bastante. La pluma se resiste á estampar la escena siguiente:

La víctima rogaba la gracia de ser fusilado... El Conde le mandaba presentar la cabeza al verdugo... Este se resistía y era amenazado...

Batalla colocó su cuello en el pilón, y diez ó doce golpes, prolongando su martirio, consiguieron separar la cabeza dei tronco.

Y, sin embargo, no nos horroriza tanto este castigo como nos admira que centenares de hombres lo presenciasen sin lanzarse sobre aquella hiena hambrienta.

Hubo desmayos, unos cayeron al suelo con sus fusiles, otros se desplomaron de sus caballos. Sólo un semblante no estaba pálido: ¡el del Conde de España!

Batalla estaba ya castigado; pero su cadáver no hizo todavía descuartizarlo y colocar sus cuartos en todas las avenidas del pueblo».....

.....

LA EXCLUSIVA EN EL ROBO

Tres devotos *oficiales* carlistas tenían la piadosa costumbre de entrar enmascarados en las casas de campo de gentes afectas al carlismo, y robar cuanto podían.

Denunciados al Conde por unos campesinos, fueron fusilados; pero después, antes de desfilar el piquete, el Conde rezó é hizo rezar unos cuantos padrenuestros por el alma de los difuntos.

Sin perjuicio todo esto de secuestrar luego á los señores Pitarca y Peralta, de Zaragoza, y exigirles doscientos mil y pico de reales, que tuvieron que aprontarle.

MÁS CRUELDADES DEL CONDE

Se jactaba de tigre y no le faltaban motivos para ello.

Por encontrar á uno de aquellos bandidos un cuchillo dentado, le condena á pasar diez veces por baquetas. A las dos primeras vueltas cae sin sentido; entonces hace el Conde que el médico cure y cuide al baqueteado, y cuando está ya restablecido le hace fusilar.

Un día hace comer un pan de munición y beber

una tinaja de agua á un panadero, capitán de realistas, al mismo tiempo que le daba latigazos.

Después resultó que dicho panadero no era el asentista del hospital de donde se habían quejado al Conde de la mala calidad del pan.

LA HIENA Y LOS CHACALES
MUERTE DEL CONDE

Cómplice siempre y coautora muchas veces de todos los crímenes é infamias del Conde, la junta carlista que componían dignidades eclesiásticas y otros varones *eminentes* que hacían alarde de religiosidad, con el misterio, hipocresía y disimulo únicamente propios de jesuítas, resolvieron destituir y asesinar á aquel miserable, no por sus maldades, no por sus infames asesinatos ni por los incendios y devastaciones que había ordenado, sino por creer que estaba en vías de arreglo con los gobiernos de Isabel II para hacer en Cataluña lo que Maroto había hecho en el Norte.

¡Sarcasmo de la suerte! ¡Burlas del destino! ¡El, el Conde de España, implacable verdugo de los liberales; él, que tanta sangre había hecho derramar por la causa absolutista; él, que en su odio á la libertad llevó á todas partes la muerte, la ruina, el llanto, la devastación y el exterminio; él, acusado ahora de liberal y de transaccionista y de traidor á la causa del altar y el trono!...

¡Si al menos se le hubiese acusado cara á cara! Pero no; la junta no se atrevió á tanto y obró con arreglo á lo que era.

Cuando tenía bien madurado su plan y hubo tomado toda clase de precauciones para descargar el golpe á mansalva, á lo carlista; mientras se le sujetaba fuertemente de los brazos, en plena junta, y un pu-

ñal se levantaba amenazador sobre su cabeza y le apuntaban con dos carabinas al pecho, leyóse al absorto Conde una *real orden* en virtud de la cual se le ordenaba dejar el mando del *ejército* y del Principado y salir de la provincia.

En dicha *real orden* no se mentaban para nada ni mucho menos se condenaban los horrorosos crímenes cometidos por el Conde. ¡Y cómo habían de condenarse, si todos, desde Carlos hasta el último individuo de la junta, eran cómplices ó coautores de tantas infamias!

Tampoco se le acusaba de traidor; pero la historia afirma con pruebas irrecusables, que el motivo de la destitución era el creer que el Conde iba á imitar la conducta de Maroto. Ni más ni menos.

Fué inútil que pidiera explicaciones; no se le dió ninguna, mas sí seguridades y garantías de que ningún mal se le causaría y de que su vida sería respetada, comprometiéndose la católica junta á escoltarle hasta Andorra, punto por él elegido para residencia.

¡Falsas y engañosas promesas, pues ya se tenía bien resuelto asesinarle!

El cura Ferrer y el cabecilla Porredón combinaron el plan, buscaron á los asesinos encargados de llevarlo á la práctica, y el mismo cura dicho entregó á uno de éstos, llamado Baltá, una soga muy gruesa dándole además las instrucciones que creyó oportunas.

Ultimado el complot hasta en sus menores detalles, en una noche tenebrosa se hizo montar al Conde, despojado de su uniforme, sobre una mula, y salió de Casellas convenientemente escoltado *para ir á Andorra*.

En el sitio convenido de antemano le esperaban sus asesinos, uno de los cuales, Baltá, al llegar el Conde le dió un palo tremendo en la cabeza y le hizo caer al suelo.

Al preguntar que por qué se le agredía y quienes eran, fingiéronse liberales tomando el nombre de Sil-

vestre de la Seu, famoso liberal jefe de una patrulla, y entonces suplicó el Conde no se le hiciera daño, pues él era un comerciante francés...

Atado de los brazos con la soga facilitada por el cura Ferrer, y hecho un lazo con la que sobraba, que le anudaron al cuello, fué el Conde ahorcado, tendido en el suelo, sujetándole la cabeza con el pie uno de sus correligionarios mientras otro tiraba con fuerza de la cuerda.

Desnudado el cadáver, sus asesinos le encontraron colgada al cuello una bolsa de seda encarnada y dentro de ella dos medallas de plata, una de la Virgen del Pilar de Zaragoza, dos ó tres cruces, y pasta de *Agnus* (*1*).

Aquellos piadosos asesinos guardaron para sí con gran recogimiento tan preciosas reliquias, los tirantes y la capa del Conde, arrojando el resto de las ropas juntamente con el cadáver, al río Segre.

Los chacales habían devorado á la hiena.

Un tigre devoró después á algunos de aquellos chacales.

PERIS MORA

---

(1) **Pirala, obra citada.**

OTROS CRIMINALES CARLISTAS
AUNQUE DE MENOR CUANTÍA COMPARADOS CON EL CONDE DE ESPAÑA.

ALTIMIR

Buen católico y de la madera de los buenos cabecillas. Ayunaba, rezaba el rosario con gran unción y al frente de su partida practicaba estas cuatro virtudes del catecismo carlista: robar, asesinar, violar é incendiar.

En Caldas de Mombuy asesinó á seis paisanos que estaban trabajando en un campo, llevándose prisioneros á otros para exigirles después un fuerte rescate.

TORNER

Otro de los ilustres.

En Pobla, Villalba y Cervera, después de robar y cometer toda clase de infamias, se llevó prisioneras á las madres, esposas y hermanas de los nacionales. Los insultos, los atropellos que sufrieron aquellas infelices puede adivinarlos el lector. No fueron asesinadas, como de costumbre, porque los liberales prendieron á una porción de parientes de los cabecillas y esto contuvo ó Torner.

En Mora de Ebro saqueó é incendió diez casas, y con la amenaza de que volvería á incendiar todo el pueblo, marchó de allí llevándose treinta prisioneros, los más ricos de la población, entre ellos varias mujeres.

En Benisanet, después de robar cuanto pudo de-

jando en la mayor miseria al vecindario, apresó á las mujeres, las madres, hijas y hermanas de los nacionales; en Miravet hizo otro tanto, y las pobres mujeres sufrieron la misma suerte que cuantas tenían la desgracia de caer en manos de aquellos monstruos.

De la partida de este miserable formaba parte Fray Julián Mollá, de la Trapa, que pagó con la vida sus crímenes y su sed de sangre liberal, pues fué fusilado.

ZORRILLA

Compañero del canónigo Tristany, tan cruel, feroz y sanguinario como éste, hace que en Bergus sean degollados treinta nacionales.

Consigue sorprender después á sesenta liberales que escoltaban el correo de Francia á Gerona y al ser sorprendidos se encierran en una casa; prende fuego á ésta, se entregan, y menos siete que consiguen escaparse, los restantes son asesinados de la manera más bárbara y cruel.

En la casa de Redorta, cerca de San Pedro, quema vivos á veintiocho nacionales de San Feliu, y gracias á una feliz casualidad se libraron de morir en las llamas los dueños de la casa.

El capuchino Fray Ignacio Cambrils, que siempre llevaba colgando al cuello un santo muy grande, formaba parte de la partida de Zorrilla, y excitaba continuamente á aquellos bandidos al asesinato, al exterminio, á la destrucción, dando ejemplo de ferocidad, de cinismo y dureza de sentimientos.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 6.º

¿Quién es D. Carlos?.—La educación de D. Carlos.—D. Carlos y Cabrera.—Las primeras intentonas.—La fuga de Oroquieta.—Nueva entrada.—Libertinaje.—Una monja.—Protección á Rosa Samaniego.—Las bromitas del rey.—Las velas de sebo.—El lobo de S. M.—Cobardía ante Bilbao.—La retirada.—Cuadros horribles.—Despedida cobarde y grotesca.—Huida á Francia.

ADMINISTRACION: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Se nos quiere presentar á D. Carlos como un salvador. Destruyamos la leyenda.

Ni por su educación, ni por su inteligencia, ni por su valor, ni por su carácter, ni por ninguna de las demás cualidades que distinguen á los hombres superiores, es digno de que se derrame una sola gota de sangre por él.

La causa absolutista está ya juzgada y condenada en el tribunal de la Historia; pero si, en vez de imbéciles ó malvados, hubiera tenido ó tuviese al frente un hombre de condiciones escepcionales, podría disculparse á los que lo presentaran como una solución; se engañarían, pero honradamente. Mas ¿qué pensar de unos seres que llenan á su patria de luto y ruinas á sabiendas de lo que es y lo que vale ese tagarote de feria á quien llaman pomposamente su rey?

Aun suponiendo que el carlismo hubiera en algún momento parecido viable (que no lo ha parecido, ni lo parece, ni lo parecerá), la figura grotesca y estúpida del que lo simboliza bastaría para desarraigar esa creencia.

Pero como muchos la abrigan aún, y otros fingen abrigarla, creemos un deber contribuir á que la abandonen los que de buena fe la

mantienen, recordándoles, no solamente los crímenes cometidos por los carlistas, sino lo qne es y vale ese hombre imbécil y despreciable, por quien se han encharcado de sangre los valles y se han empedrado de huesos de españoles las montañas; ese hombre de quien ha dicho un escritor ilustrado é imparcial, después de leer su repugnante historia:

«Si, el héroe del *As de oros* con sus trasnochadas ideas absolutistas, con su excepticismo y superstición, con su sandez y fatuidad, con su grosería, su corrupción y brutalidad, es el tipo mas completo, mas extraordinario y destacado que haya producido modernamente la Naturaleza, ayudada de una idea política anticuada como el despotismo, de una pésima educación, y de esa coincidencia de circunstancias y costumbres actuales que deforma inevitablemente á aquellos hombres que tienen un concepto falso de si mismos, de la humanidad y del siglo.

No sería extraño que algunos lectores cavilosos se preguntaran si los vicios de D. Carlos son verdaderamente hijos del despotismo y del carácter personal, ó tan sólo de este. A ello contestaré que la historia demuestra que provienen de ambas cosas, pues por buen carácter que haya tenido un hombre, el poder absoluto lo ha siempre desmoralizado y corrompido. Aunque la Naturaleza y la educación contribuyeran mucho á hacer de D. Carlos una figura monstruosa de bellaquería y ridiculez, la causa mas eficaz han sido los principios absolutistas de que está empapado, los cuales, trastornándole la cabeza, le han convertido en un delirante de fatuidad y corrupción. Sin las ideas políticas, D. Carlos hubiera sido un tronera cursi que hubiera hastiado á los hombres mas crapulosos; pero la representación del despotismo lo ha elevado á una figura odiosa y grotesca, que no es posible mirar sin aversión y carcajadas.

D. Carlos es el absolutismo con sus pretensiones sobrenaturales, con sus ínfulas de genio superior é infalible, con su trato orgulloso y duro, con sus ideas de avasallamiento humano, con sus principios de derecho divino, y con todas las necedades, con todas las ridiculeces, vicios, brutalidades y vilezas que infaman y cubren de vis cómica la vida de la gente que, creyéndose de origen divino, vive como superior á los demás hombres.

D. Carlos, que no sólo carece de genio, sino hasta de sentido comun, no ha podido encubrirse como los déspotas de genio; y habiendo nacido y vivido en el destierro, no ha sabido evitar que su necedad y crapulosas costumbres se desarrollaran extraordinariamente, haciendo de su personal el tipo cómico por excelencia de los absurdos, de las groserías, ridículeces y cenagosos vicios del absolutismo político.

En toda la edad moderna no hay un príncipe que ofrezca, como él, un cúmulo tan grande de imbecilidades, de bajezas, de rasgos grotescos, de actos corrompidos y de bufonadas extraordinarias; y es necesario bajar hasta la decadencia del imperio romano para hallar quien le iguale en todos estos conceptos. D. Carlos es la imágen mas grandiosa y sublime de la insensatez, de la inhumanidad, de la cobardía, de la impudencia, de la ridiculez, de la inmoralidad y de la infamia del absolutismo.»

Leyendo lo que sigue, se verá que ese juicio, si de algo peca, es de suave y excesivamente benévolo.

¿QUIÉN ES DON CARLOS?

Si; como decimos en las líneas que anteceden, al retratar al partido carlista tal como es, nada más justo y necesario que decir algunas palabras sobre el hombre que representa todas sus aspiraciones.

Al hablar de los partidos democráticos, donde la fuerza y bondad de las ideas lo es todo y el mérito de sus representantes casi nada, resulta injusto é improcedente discutir las personalidades.

Pero el carlismo no se halla en este caso.

No es un partido político: es una aglomeración de fanáticos, impulsados únicamente por la simpatía personal que les inspira el eterno pretendiente.

Muchos de ellos se llaman absolutistas y truenan y se rebelan apenas sus superiores pretenden imponerles su autoridad. Otros carlistas son en el fondo antirreligiosos y se burlan del clero y le aborrecen, á pesar de que se llaman defensores de la religión.

¿Qué es, pues, lo que unifica á toda esa grey carlista, que en el fondo profesa tan discordantes pensamientos? Unicamente el afecto personal á D. Carlos, el deseo de que triunfen los que ellos llaman *sagrados derechos de su rey*; el anhelo de que se siente en el trono un hombre al que unos adoran porque es buen mozo, y otros porque están influídos por la leyenda falsa de caballerosidad y valor que en las tertulias de sacristía le han fabricado á ese bohemio d la realeza.

Hay, pues, derecho á hablar de su personalidad; á

describirla tal cual es; á pintar con crudeza naturalista propia de la verdad cómo es ese hombre por cuyos *derechos* tantas veces se han ensangrentado los campos españoles, tantas crueles heridas se han abierto á la patria, y que aún es posible vuelva á originar una nueva guerra civil.

Así como hemos descrito algunos de los innumerables crímenes del carlismo, describiremos al sér en cuyo nombre se cometieron aquéllos.

Sabida es de muchos la vida de D. Carlos, pero no la conoce toda la nación, y nosotros nos proponemos, aunque sea á grandes rasgos, relatar los principales actos de la existencia del Pretendiente, sus ridiculeces y sus actos execrables que, cometidos por otro, seguramente le habrían conducido á un presidio.

No nos mueve el deseo de ensañarnos con una personalidad odiada.

Si D. Carlos no constituyera un peligro para la libertad y la tranquilidad españolas, no nos acordaríamos de él; constituyéndolo, hay que pintarlo tal cual es.

De su vida de tahur y disoluto; de los abusos de libertino cometidos en Navarra durante la guerra civil; del robo que fingió del Toisón de oro achacándolo después á un servidor adicto con la más repugnante ingratitud; de su cobardía en Rumania; de sus escandalosas relaciones con bailarinas húngaras recogidas en los cafetines de la chulería de Viena, y de otros hechos de su existencia igualmente reprobables, de todo eso hemos de ocuparnos.

*
* *

Don Carlos nació en Austria el 30 de Marzo de 1848.

Los padres de D. Carlos fueron D. Juan de Borbón, hijo del pretendiente Carlos V y hermano del conde de Montemolín, y María Beatriz, archiduquesa de Este, segunda hija del duque Francisco, soberano del diminuto estado de Módena.

Su padre, por no faltar á las tradiciones de la familia, era muy calavera, pero á la vez muy despreocupado en materias políticas y religiosas, por lo cual sus parientes le miraban con prevención.

La madre era una pobre mujer devota y fanática, hasta el punto de que todos la tenían por medio mentecata.

En efecto, doña María Beatriz se entregó á la Iglecia con tanto abandono, que rayaba en manía. Disipaba las rentas de la familia en misas, funciones religiosas de gran aparato y limosnas á monjas y frailes; no se cuidaba para nada de los asuntos de su casa, y una mañana su marido sorprendió al confesor de ella, que era un sacerdote fanático y tan simple como su señora, oculto tras un cortinaje de la alcoba nupcial.

Aquella imbécil, impulsada por su fanatismo y pobreza de inteligencia, llevaba tan lejos los escrúpulos, que ocultaba al confesor en la alcoba para que, presenciando las intimidades que tenía que sufrir de su marido, le diese inmediatamente la absolución de ellas.

D. Juan tuvo por fin que intervenir en los despilfarros devotos de su mujer, lo que la irritó mucho. Además, la familia de ella murmuraba mucho de don Juan por sus tendencias liberales y el desparpajo con que hablaba del clero y del catolicismo.

D. Juan tenía queridas como todos los varones de su familia, pero los parientes de su mujer, que se hallaban en igual caso, hacían hipócritamente un crímen de esto, porque no unía á la disipación de sus costumbres las ideas absolutistas.

Irritado por la hostilidad de la familia, determinó D. Juan retirarse á Inglaterra con su esposa; mas ésta se negó á seguirlo con pretexto de que, siendo tierra de protestantes, su celo católico padecería viviendo allí.

Los cónyuges se separaron. D. Juan fué á establecerse en Londres y doña María Beatriz se quedó en

Módena con los dos hijos que había tenido: Carlos, el mayor, y Alfonso, el que después fué marido de doña María de las Nieves, conocida vulgarmente por doña Blanca.

LA EDUCACIÓN DE D. CARLOS

El duque de Módena, en odio á su yerno, aisló á los dos nietos de todo trato con gente española. Dióles por preceptor á un tal Molsa, aristócrata corrompido que ocultaba sus vicios bajo una religiosidad fanática y un furor absolutista; rodeólos de frailes y curas de celo vehemente, encomendándoles sobre todo que desarraigaran en los dos muchachos todo lo que oliese á las tendencias expansivas y liberales del padre.

El preceptor y los eclesiásticos enseñaron á los chicos á ser absolutistas, disimulados, holgazanes, voluntariosos, ignorantes, pérfidos, hipócritas y soberanamente orgullosos.

Como ya hemos dicho, el duque de Módena sujetó á D. Carlos á un sistema de educación propio para fabricar príncipes tan fanáticos como crueles, y él mostró desde el principio que era un aventajado discípulo para recibir tal educación.

Era más ignorante que su hermano D. Alfonso, pero le aventajaba en todo lo referente á soberbia y malas pasiones.

Así como en Alfonso, por su pasividad de carácter se observaba alguna aplicación al estudio, cierta moderación en el trato y alguna convicción religiosa, D. Carlos era un chicuelo holgazán por temperamento, farsante por naturaleza, ateo por carácter, hipócrita por malicia, malvado por gusto, cobarde por mezquindad, y vicioso por voluptuosidad hereditaria. Engañaba con mucha sutileza á su ayo y á su di-

rector espiritual; tiraba los juguetes y libros á la cabeza de los personajes que le servían, aunque fuesen eclesiásticos; se burlaba y se mofaba de ellos sin ningún recato, y les hacía otras mil afrentas de lo más brutal que se le ocurría y de lo más insolente que cabe imaginar.

Y ellos, no sólo se lo toleraban con la mayor paciencia, sino que hasta se enorgullecían de ello, ponderando el talento y despejo que S. A. demostraba en aquellos entretenimientos. A sus golpes, á sus insultos, dicharachos é injurias contestaban con cortesanas sonrisas, aparentando darse por honrados con aquel trato.

Un día D. Carlos arrojó un vaso de vino á la camisa de uno de los eclesiásticos encargados de su instrucción, lo que el eclesiástico celebró como una de las ocurrencias más felices de un príncipe.

Aunque Alfonso se penetraba de las mismas ideas y en el fondo era tan buena pieza como su hermano, se abstenía de aquellas indecencias y se portaba mejor con sus maestros. D. Carlos se lo reprobaba crudamente y lo trataba de asno y mentecato, diciéndole que nunca sería nada ni sabría divertirse y vivir.

Tenía D. Juan alguna noticia de lo que se hacía con sus hijos, pero tan vaga, que más bien adivinaba que sabía lo que pasaba; y deseoso de conocerlo con exactitud, procuró que algún emisario suyo los viese y hablase; pero tal era el cuidado con que se les recataba de su padre, que no lefué posible lograrlo.

Su madre no se cuidaba un momento de ellos, dándose por tranquila al verlos en manos de tantos y tan ortodoxos sacerdotes católicos. Atenta á sus devociones, no se ocupaba sino en orar y proteger al clero.

Los demás de la familia hallaban muy conforme aquella educación, por haber sido todos criados del mismo modo y creer que los hombres han sido crea-

dos para sufrir todas las impertinencias de la gente de sangre real.

Los sucesos de San Carlos de la Rápita y la abdicación del conde de Montemolín pusieron en evidencia á D. Juan, que hasta entonces había sido una figura insignificante en la política, y empezaron á destacar á D. Cárlos, dándole á entrever esperanzas halagüeñas.

D. Juan quedó por aquella renuncia como jefe del partido carlista y heredero de los derechos que se arrogaba su familia sobre la nación española; y aunque Montemolín se condolió de pasar á la vida privada y se retractó de su abdicación, el conde de Chambord no lo quiso reconocer, y el derecho de D. Juan quedó firme.

D. Carlos, que sólo contaba entonces doce años, supo con alborozo lo que ocurría entre su tío y su padre; y por mucho que le hubiesen enseñado á odiar á éste, y no le hiciese caso, y lo despreciase por liberal y tonto, le dió la razón y se puso de su parte, viendo que de su rebeldía dependía su propia elevación á pretendiente y jefe del partido carlista.

Los primeros actos de D. Juan le alentaron extraordinariamente; pues éste, cediendo á su carácter poco absolutista, en 2 de Junio del 60 envió una comunición á las Cortes españolas, renunciando á adquirir el trono por medio de la guerra y mostrándose partidario de soluciones liberales; y el 4 de Julio del mismo año dió un manifiesto, donde se declaraba partidario de las reformas materiales y políticas, y de una libertad omnímoda.

Estas declaraciones produjeron malísimo efecto entre los carlistas y los extranjeros que los apoyaban, los cuales dieron á entender á D. Carlos que sería tal vez causa de que fuese elevado á cabeza del carlismo antes de la muerte de D. Juan, lo cual causó al ambicioso y corrompido muchacho una gran alegría.

Mientras el conde de Montemolín vivió, la cosa es-

tuvo indecisa; pero habiendo muerto aquel mismo año, quedó D. Juan como representante indiscutible, y D. Carlos fué ya tratado definitiva y terminantemente como heredero de un rey.

A consecuencia de la formación de la nacionalidad italiana, los soberanos de Módena cayeron del poder, la madre de D. Carlos fué á vivir á Gratz, y los chicos trasladados á Venecia, que aún se hallaba en poder de Austria.

D. Juan, que era ambicioso y necesitaba dinero, se puso á trabajar activamente para destronar á Isabel de Borbón y apoderarse de la corona de España; pero viéndose débil, conociendo que los trabajos serían lentos, y no pudiendo, por su vida galante, esperar el resultado á causa de la pobreza en que se hallaba, resolvió deshacerse de todo, adquirir la posición de infante de España y vivir bien. Así es que el 26 de Julio del 62 escribió dos cartas á doña Isabel, reconociéndola por reina en nombre de él y de su familia, y renunciando á todos los derechos que pretendían tener.

Viendo los carlistas la conducta de su jefe, volvieron los ojos á D. Carlos, quien reventaba de gozo de ver que la muerte de su tío Montemolín y la conducta de su padre lo ponían tan pronto en el pedestal político. Se hizo ya tratar como rey por los que le rodeaban, y se daba aires de tal con una pompa é insolencia que hubiera hecho reir á cualquiera que no fuesen los corrompidos y vagos cortesanos que lo educaban.

A pesar de no tener más que diecisiete años, era ya un tipo de fatuo, necio y calavera corrompidísimo y procaz. Su ignorancia era grande, su vanidad ilimitada; su hipocresía extensa; su carácter falso y malicioso; su desprecio hacia los hombres arraigado; su temperamento vicioso; su capricho y volubilidad infinitos.

Tenía una ciega pasión por las mujeres, y cuanto

más corrompidas y prostitutas, más le gustaban; huía de las honestas ó de las que había que conquistar porque le fastidiaban y cansaban, y no sabía hacerles la corte; prefería las que se entregaban por dinero, las cuales no requerían tanta retórica; se burlaba del catolicismo y del clero católico, como del de todas las religiones; se tenía por un grande hombre y por un genio; despreciaba las ciencias y las artes, no veía en la industria y el comercio sino medios de hacer dinero, y desechaba la carrera militar por los peligros y quebrantos que á veces produce.

Sentíase abrasado por una inmensa ambición, quería ardientemente ser rey y estaba dispuesto á todo para lograrlo, tomando el camino que fuese más corto y más rapido.

Le atormentaba la falta de dinero, y al entregarse á sus vicios, siempre luchaba con esta necesidad; se lamentaba de ella y juraba resarcirse si un día subía al trono.

Mas como era tan inepto, no sabía cómo componérselas para llegar, y sólo pensaba en que aprovecharía la primera ocasión que se le presentase, cualquiera que fuese ella.

Pero si estaba dispuesto á valerse del auxilio de todos, no lo estaba á ser rey constitucional. Le habían enseñado á ser absoluto, y no sólo lo había aprendido bien, siuo que su naturaleza se hallaba conforme con aquella enseñanza.

Era un verdadero niño despótico; un verdadero monarca absoluto; un verdadero tipo de patrón de negros. No podía transigir ni en lo más mínimo con le menor idea de libertad política; quería la corona para mandar, ser rico, gozar, atormentar, divertirse, abusar, en fin, para oprimir á una nación y disfrutar con el mal que hiciese. Pocas veces se ha visto un conjunto más acabado de malas cualidades.

Aunque la educación hubiese dado los frutos que se propusieron los parientes de D. Carlos, éstos ha-

llaron que el discípulo se había excedido, y tanto los paternos como los maternos temieron que aquel chico les daría muchos y grandes disgustos. La misma pasión por el vicio que tan precozmente demostraba, la alevosía de todos sus actos, la cínica desfachatez de sus palabras, la grosería y destemplanza de su trato, la completa falta de condiciones caballerescas y decentes, el desprecio que mostraba por el decoro personal y social, el desprecio á la amistad, el parentesco y hasta la familia, le enagenaron todas las simpatías de sus parientes, y le tuvieron por mil veces peor que su padre D. Juan.

El duque de Módena, su tío, que había hecho con él de padre, le tuvo por uno de los niños más perversos que había conocido. Este juicio era de gran importancia, porque como el duque de Módena era viejo y poseía una de las más grandes fortunas de Europa, D. Carlos parecía destinado á heredarle, no sólo por el parentesco, sino también por la posición política que ocupaba; y aquellas opiniones no podrían menos de ser un obstáculo para alcanzar la herencia.

Previolo vagamente el chico, y desde entonces empezó á odiar á su tío y á murmurar de él, mostrándole la aversión y el desprecio que más tarde resumió en aquellas indecentes palabras de que el Toisón de oro heredado de él, era el *As de oros de su tío.*

La familia imperial austriaca, que, aunque absolutista, estaba educada más austeramente que las familias reales de Italia, juzgó todavía con más severidad á D. Carlos; pues además de considerarlo como un muchacho malísimamente criado y profundamente pervertido, lo tuvo por ignorante, tonto, malo y bellaco.

La voz de que era un perdulario en toda la acepción de esta palabra se extendió rápidamente en la corte austriaca, y se procuró impedir que los jóvenes de la familia imperial se tratasen y rozasen con él por miedo á que les comunicase su corrupción y perver-

sidad. De aquel tiempo data la indiferencia, la fría hostilidad y aparente desconocimiento que los archiduques austriacos le muestran siempre que le encuentran.

También afectaron aquellas costumbres al conde de Chambord, jefe de la casa de Borbón, quien siendo un caballero, estaba indignado de tener un sobrino tan anticaballeresco. Quejábase de sus escandalosas costumbres, se condolía de sus modales ordinarios, y se indignaba al saber que en materias religiosas era un ateo ó cosa parecida, que hacía mofa del catolicismo y de sus ministros, que insultaba á los sacerdotes de su casa y ponia en ridículo las cosas más santas ante las mujerzuelas de Venecia, con las cuales pasaba gran parte del día.

Pero quien había formado peor concepto de don Carlos era Cabrera, á pesar de hallarse en Londres: había logrado saber punto por punto todos los detalles del carácter y educación de D. Carlos, y se había imaginado un retrato tan malo, pero tan exacto de él, que estaba seguro de que si reinaba sería peor que Nerón y Calígula. Le había medido matemáticamente, y le tenía por ignorante, soberbio, vano, ridículo, egoista, libidinoso, sediento de dinero y de voluptuosidades groseras y corrompidas; le tenía por neciamente despótico, por ingrato, despreciador de favores y servicios, embustero, sin dignidad ni patriotismo, incapaz de ser jefe de partido, y mucho menos rey de una nación. Así es que, no sólo no estaba dispuesto á ayudarle á alcanzar la corona de España, sino que le desacreditaba cuanto podía entre sus familiares, á fin de impedir que los carlistas le hiciesen caso.

Este era D. Carlos antes de entrar en la escena política.

DON CARLOS Y CABRERA.—LAS PRIMERAS INTENTONAS. LA FUGA DE OROQUIETA.—LIBERTINAJE.—UNA MONJA.—PROTECCIÓN Á ROSA SAMANIEGO.—LAS BROMITAS DEL REY—LAS VELAS DE SEBO.—EL LOBO DE S. M.—COBARDÍA ANTE BILBAO.

Al iniciarse la caída de Isabel II, creyó D. Carlos que todos los enemigos de la revolución se pondrían al lado de sus pretensiones, y comenzó á darse el título de rey.

Como su familia era la que mejor le conocía, en su seno es donde tuvo que batallar más para lograr su reconocimiento.

Su tío el duque de Módena reprobaba enérgicamente el título que se daba al joven pretendiente, y su otro tío el conde de Chambord burlábase de sus absurdas pretensiones. Esta oposición de la familia contrariaba mucho á D. Carlos por el gran daño que le hacía entre los austriacos y los legitimistas franceses; mas no por esto se contuvo, pues le animaba el fanatismo y la ciega adhesión de los partidarios que tenía en España.

Intentó D. Carlos atraerse á Cabrera, que vivía en Londres desengañado del carlismo y contagiado de liberalismo por la cultura y el espíritu democrático del pueblo ingés. Pero Cabrera, con su buen golpe de vista, adivinó la escasa capacidad intelectual de aquel mozuelo, su fatuidad y su corrupción, y después de algunas negociaciones acabó por negarse á reconocerle, haciendo los más terribles comentarios sobre su personalidad, y asegurando que *con tal mentecato no podía ir ningún hombre serio y con dignidad.*

Privado del auxilio del hombre más famoso por sus crímenes y buena estrella que ha tenido el carlismo, formó D. Carlos una junta de notables para

emprender la guerra civil y recaudar fondos. Su mujer doña Margarita, que siempre tuvo á su marido por un botarate, se reía de sus pretensiones; pero al fin, para conservar la paz del hogar, accedió á empeñar en París todas sus joyas, lo que le produjo unos 100.000 francos.

El conde de Chambord no se dejó sablecear por su sobrino, presintiendo que el dinero recogido para sostener la bandera absolutista se lo comerian las *cocottes* de París; y el duque Módena, de quien se esperaba un millón, se contentó con dar doscientos mil francos, diciendo que aún hacía demasiado tratándose de un pretendiente que inspiraba tan poca confianza. Los carlistas de España recaudaron 150.000 francos, y por fin D. Carlos se vió dueño absoluto de una suma de 450.000 francos, cantidad que jamás había poseído.

Todas las noches, en los restaurants elegantes de París, las *cocottes* más famosas y los calaveras más conocidos aclamaban al nuevo rey de España, que presidía y pagaba cenas costosísimas, finalizadas en grandes orgías.

A esto y á mantener con boato de princesas varias bailarinas averiadas, se limitaron sus trabajos de conspiración. Los 450.000 francos se consumieron pronto en este dulce y crapuloso sistema de conspirar.

Los dos hechos siguientes demuestran su desconocimiento de las cosas de España.

Le dijo un desconocido que el castillo de Figueras iba á sublevarse por él, y el majadero lo creyó á ojos cerrados, añadiendo por su parte á todos sus amigos que la cosa estaba ya hecha y era asunto de una semana volar de Figueras á Barcelona y de esta ciudad á Madrid para sentarse en el trono.

Corrió á la frontera, cometió un sinnúmero de ridiculeces, y al fin, convencido de que todo era mentira, tuvo que volverse á Paris.

Pero no escarmentó. Apenas de regreso le dijeron que la cosa iba de veras, y que ahora era Pamplona la que iba á sublevarse. Volvió á la frontera para retroceder á los pocos días á París cubierto de ridículo y haciendo reir hasta á su mujer, que se burlaba de su candidez y se arrepentía de haber empeñado sus diamantes.

D. Carlos necesitaba dinero: las *cocottes* de París se negaban á recibirle á pesar de su pretendida condición de rey, viendo que carecía de él.

Entonces, abandonado definitivamente por Cabrera, echóse en brazos de los neocatólicos, y éstos le proporcionaron una suscripción de algunos millones de reales, á condición de que se lanzase á una intentona belicosa.

En 1872 se hizo el levantamiento, y D. Carlos entró en España imaginando que en pocos días llegaría á Madrid; pero Moriones le sorprendió en Oroquieta, y cogió tanto miedo que no paró hasta Francia, abandonando á los que se comprometieron por él.

Cuando el levantamiento se repitió poco después, D. Carlos, que aún no se había curado del susto de Oroquieta, se resistió á entrar hasta Julio del 73, en vista de que sus partidarios habían logrado grandes ventajas en el Norte.

Entonces comenzó el periodo más ridículo de su vida, á la par que el más cruel.

Abandonó el título de duque de Madrid que él mismo se había adjudicado, para tomar el de rey de España, y comenzó á obrar como soberano absoluto.

Su primera idea fué satisfacer sus vicios crapulosos. Dedicaba algunos de sus cortesanos á descubrir mujeres bonitas y corromperlas; tendía asechanzas á muchas en su mismo alojamiento, y si las cogía en sus habitaciones, las deshonraba ó violaba.

No respetaba casadas ni solteras, aunque fuesen esposas ó hijas de los hombres que le defendían con las armas en la mano.

Su desenvoltura llegó á tal extremo, que cuando se alojaba en casas particulares, el patrón se apresuraba á esconder á su mujer é hijas; á veces las enviaba á otras partes.

Una vez en Puente la Reina ocurrieron tales escándalos, que produjeron indignación general.

Alla van dos, entre los muchos hechos de esta clase que podrían citarse:

En una de las escursiones que hacía por las Vascongadas y Navarra se le presentó un anciano labrador acompañado de su hija, casi una niña, á pedirle que le perdonase un impuesto que no podía pagar.

D. Carlos deshonró á la hija abusando de la candidez del padre; éste se enteró de todos los pormenores desde luego, mas se abstuvo de quejarse mientras duró la guerra, por temor á un atropello.

Una vez ésta acabada, presentóse al marqués de Valdespina un individuo que había sido cocinero de D. Carlos en Estella, le descubrió el hecho y le enteró de que el padre de la joven forzada iba á dar un escándalo presentándose á los tribunales de París.

Alarmado el marqués escribió á D. Carlos, que en aquellos días había salido para Grecia. D. Carlos recibió la noticia en Caserta, y se negó al principio á todo arreglo, diciendo que eso de tener bastardos los reyes antes era honra que mengua, como lo probaba Luis XIV, y ufanándose de que con este motivo iba á hablar la prensa de él.

Costó gran trabajo convencerle de que los tiempos han cambiado mucho desde Luis XIV acá, mas por fin consistió en que el asunto se arreglase por miedo al escándalo judicial.

El siguiente hecho supera en infamia al anterior.

Antojósele una señora, esposa de un comandante carlista en el Norte, y dió al esposo una comisión.

Una vez lejos éste, llamó la señora á su casa, y le planteó la cuestión sin reserva ni miramiento.

Negóse la señora y le pidió permiso para retirar-

se antes que los de la casa comenzasen á murmurar de su larga entrevista con el rey.

El Pretendiente la entretuvo hasta que, viéndola entera y decidida, rompió por todo, y cerrando la puerta, le dijo que de allí no salía sino rendida ó deshonrada.

Invocó su derecho como rey á hacer cuanto se le antojase, habló de la honra que hacía á cualquier vasalla en quien se dignara poner los ojos; ofreció protejer al marido; pero la señora se mantuvo firme y digna.

Al ver esto, cerró D. Carlos brutalmente la puerta, y ella se creyó salvada, mas pronto se convenció de su pérdida al ver que llamaba y nadie acudía á abrir la puerta.

Entonces, cediendo la entereza su puesto al miedo, aquella pobre señora rompió á llorar.

Pasaban las horas... la sed la atormentaba... Y en vano golpeaba una y cien veces la puerta, y en vano lanzaba ayes de angustia. Dieron las nueve, las diez, las once, las doce, y nadie abría.

Por fin, á eso de la una entró D. Carlos con una luz; cerró la puerta, y abusó de aquella infeliz, llorosa inmóvil, inanimada casi, muerta de cansancio, miedo, debilidad y terror.....

.....

La chusma que formaba su corte de teatro por horas, celebró su *conquista*.....

.....

Entérase el esposo de todo al regresar, y D. Carlos encarga al anciano general D. Ignacio Plana evitar un escándalo...

El general se niega, mas por fin accede á los ruegos de la esposa deshonrada, y trata de dar una explicación plausible al marido acerca de la visita de su mujer...

El marido finge quedar convencido, pero, hombre de honor, desesperado al ver que sus leales servicios

habían sido pagados con la deshonra más sangrienta, se hace matar á los pocos días en un combate.....

.....

Encaprichóse después por una joven monja de un convento de enseñanza de Estella y la persiguió con tanto tesón, que las autoridades eclesiásticas ordenaron que se cerrasen al regio garañón las puertas del convento para evitar una violencia. De aquí vino, andando los tiempos, la desgracia de Dorregaray, pues creyó D. Carlos que, si la monja no le hizo caso, fué porque se había enamorado de aquél; lo cual no parece que resultó cierto.

Se burlaba del clero, á quien debía todo, de la manera más cínica. Al obispo de Urgel lo ponía constantemente en berlina; le obligaba á hacer grandes antesalas, mientras cualquier quidam entraba en la cámara del rey sin avisar; todos los sinvergüenzas que formaban la ridícula corte carlista se mofaban de él en sus barbas con el mayor descaro.

Unicamente transigía D. Carlos con Santa Cruz, á quien acabó por echar lejos, no por sus crueldades y asesinatos, sino por celos de la popularidad que tenía entre los carlistas más salvajes.

En cambio Rosa Samaniego, aquel tuno á quien D. Carlos convirtió en fiera, pues aprobaba y aplaudía todos sus asesinatos, cuando no se los ordenaba, gozaba á su lado de gran favor; era uno de los personajes más importantes del carlismo y señor de vidas y haciendas. Dependía directamente de D. Carlos; mataba á quien éste le ordenaba; (en una ocasión echó á la sima de Igúzquiza á un matrimonio, porque la mujer no había querido acceder á los deseos de su amo); así es que todos le ponían buen semblante por no comprometer el pellejo.

Cuando alguien hacía tímidas observaciones á don Carlos sobre las crueldades de Rosa Samaniego, le tapaba la boca diciendo que aquél era uno de sus más fieles servidores.

Una de las cualidades distintivas de D Carlos es la de todo hombre vulgar que ocupa altos puestos: dar bromas pesadas á los que de él dependen.

Cuando la echaba de gracioso había para darle de bofetadas.

Divertíase convidando á comer á los carlistas que no conocían sus costumbres, y á los postres les hacía tragar pedazos de vela de sebo, aparentando que él los comía. Para esto valíase de la siguiente estratagema. Mandaba traer un plato de manzanas mondadas y cortadas en forma de cilindro, como si fuesen cachos de vela, y ponía entre aquellas manzanas pedazos de vela verdadera, ya señalados. El se comía las manzanas como si fuesen velas, y dando las verdaderas velas á los convidados, les rogaba que en obsequio suyo las comiesen para acompañarle. Casi todos le complacían tragándose los pedazos de sebo, y el Pretendiente se divertía contemplando los visajes grotescos, el sudor de angustia y los gestos ridículos de los que se esforzaban en comer aquella asquerosidad para parecer buenos carlistas.

Llevó su cinismo hasta dar el repugnante postre de las velas á Mr. Laborde, legitimista francés y exalcalde de Biarritz, que le había prestado grandes servicios, y que, por consecuencia de la broma, adquirió una larga enfermedad gástrica.

Otra de sus bromas:

Adquirió un lobo desdentado y domesticado, con el cual se divertía como si fuese un perro. Salía con él á paseo, y lo azuzaba contra las cuadrillas de chicos que jugaban en las calles de Estella ó Durango, donde solía residir.

También espantaba con él á las mujeres que hallaba al paso, y le hacía entrar en las casas donde oía cacarear gallinas, á fin de que las degollase y se las comiese.

A los postres de las comidas, cuando estaba alegre, le hacía salir inesperadamente y saltar sobre la mesa,

Una de las cualidades distintivas de D Carlos es la de todo hombre vulgar que ocupa altos puestos: dar bromas pesadas á los que de él dependen.

Cuando la echaba de gracioso había para darle de bofetadas.

Divertíase convidando á comer á los carlistas que no conocían sus costumbres, y á los postres les hacía tragar pedazos de vela de sebo, aparentando que él los comía. Para esto valíase de la siguiente estratagema. Mandaba traer un plato de manzanas mondadas y cortadas en forma de cilindro, como si fuesen cachos de vela, y ponía entre aquellas manzanas pedazos de vela verdadera, ya señalados. El se comía las manzanas como si fuesen velas, y dando las verdaderas velas á los convidados, les rogaba que en obsequio suyo las comiesen para acompañarle. Casi todos le complacían tragándose los pedazos de sebo, y el Pretendiente se divertía contemplando los visajes grotescos, el sudor de angustia y los gestos ridículos de los que se esforzaban en comer aquella asquerosidad para parecer buenos carlistas.

Llevó su cinismo hasta dar el repugnante postre de las velas á Mr. Laborde, legitimista francés y exalcalde de Biarritz, que le había prestado grandes servicios, y que, por consecuencia de la broma, adquirió una larga enfermedad gástrica.

Otra de sus bromas:

Adquirió un lobo desdentado y domesticado, con el cual se divertía como si fuese un perro. Salía con él á paseo, y lo azuzaba contra las cuadrillas de chicos que jugaban en las calles de Estella ó Durango, donde solía residir.

También espantaba con él á las mujeres que hallaba al paso, y le hacía entrar en las casas donde oía cacarear gallinas, á fin de que las degollase y se las comiese.

A los postres de las comidas, cuando estaba alegre, le hacía salir inesperadamente y saltar sobre la mesa,

donde producía una gran confusión, espantando á los convidados, derribando cuanto estaba en pie y rompiendo la loza y la cristalería. D. Carlos se reía como un loco y decía que el lobo era su bufón.

Estas fechorías duraron mucho, hasta que, irritados algunos carlistas, sorprendieron al lobo en las calles de Durango y lo mataron á golpes.

El Pretendiente montó en cólera y dió orden al asesino Rosa Samaniego de buscar á los autores y echarlos á la sima de Igúzquiza. «Me la pagarán, exclamaba, porque es una falta de respeto á mi persona, que llega á crimen de lesa majestad; y yo no perdono, ni debo, ni puedo perdonar estas cosas.»

Afortunadamente no se descubrió á nadie.

Otra de las diversiones que le encantaban era asistir á las parodias, (donde él estaba no había más que parodias; de realeza, de corte, de valor, de dignidad), á las parodias de corridas de toros que se celebraban en la plaza Mayor de Estella, sirviendo de palcos y tendidos los balcones y tejados de las casas.

Los toreros salían de la cuadrilla de bandidos capitaneada por Rosa Samaniego, que hacía de primer espada, é iban todos vestidos de oropeles, lo que les daba un aire de payasos como esos que hacen piruetas al aire libre en los barrios extremos de las poblaciones importantes.

D. Carlos presidía con la mayor fatuidad é impertinencia posibles, miraba la corrida con interés, y á cada incidente, tomando en serio aquella farsa, se movía, gesticulaba y aprobaba. Cuando su asesino de cámara degollaba al toro del modo más brutal, se envanecía de ello visiblemente.

¡Y se entregaba á estas distracciones, mientras el plomo, el hierro y el fuego arrancaban por su causa la vida á millares de españoles, y en toda la nación, llena de ruinas, sólo se oían ayes de dolor y se vertían lágrimas de duelo! Y sólo se cuidaba de divertirse, mientras los suyos sufrían todo género de ma-

les y contratiempos, y uno de sus generales escribía hablando de la retirada de los carlistas del Centro á Cataluña:

«Los padecimientos de nuestros soldados eran tan grandes, que hubieran inspirado compasión al hombre de entrañas más empedernidas. Todos íbamos medio muertos de cansancio, de hambre y sueño. Había que ver á los infantes caminar dormidos con el fusil maquinalmente en el hombro; si de repente alguien se les interponía, caían dormidos en el suelo, donde se quedaban largas horas si no se les despertaba y se les ayudaba á levantarse. Los ginetes cabalgaban también dormidos, y las pobres bestias caían á lo mejor rendidas de fatiga. El hambre era espantosa; había hombres que no lograban comer en 24, 48 y más horas, los pueblos por donde pasábamos estaban exhaustos, y, apretados á veces por las columnas enemigas, apenas teníamos tiempo de recoger lo poco que nos ofrecían.»

En un alto que hicieron, al ver la alegría de algunos soldados que comían un poco de arroz, las lágrimas asomaron a los ojos de Dorregaray, y al ser interrogado por otro general, esclamó con honda tristeza: «¡Lloro de ver á tanta gente honrada sufriendo por una causa tan infame!» Después, reponiéndose, añadió: «¡Qué cuenta no ha de pedir Dios al hombre que nos ha engañado y perdido, al hombre que ha sido causa de tanta desgracia inútil, de tanto dolor, de tantos horrores. La guerra es justa cuando se hace por una idea santa y son héroes los que la inician y sostienen; pero es vil cuando se hace por un hombre sin entrañas, sin convicciones, por un hombre que juega con la vida y la patria de los españoles, como si éstos fuesen un rebaño de animales inmundos; y los que, engañándonos, la han encendido, son dignos de los últimos suplicios en la tierra y del castigo más terrible en la eternidad.»

*
* *

En cuanto hemos dicho ócosas parecidas pasó don Carlos el tiempo durante la guerra, sin haber tenido una idea decente, ni unrasgo de valor; antes, por el contrario dando muchas muestras de ineptitud bajeza, y de cobardía sobre todo.

Cuando el sitio de Bilbao estrañóse mucho sus gente de que en los precisos momentos en que Serrano y Concha acometían, él celebrase un consejo de guerra con sus principales caudillos á la distancia de cuatro leguas de los campamentos carlistas, por miedo á los cañones de aquella plaza y de Somorrostro. Aunque se trató de ocultar en lo posible esta cobardía, se hizo pública, causando el consiguiente deplorablo efecto.

No extrañóse su gente menos de que, al avanzar Concha sobre Estella, el Pretendiente hubiese corrido á la frontera, lo cual indicaba que, en caso de derrota, se habría refugiado *heróicamente* en Francia, dejando á los suyos abandonados á su suerte.

Todo el mundo murmuraba en voz baja de la incapacidad de D. Carlos, y más aun de sus hechos vergonzosos; y en los últimos tiempos se hablaba ya casi públicamente entre los suyos de sus vicios, de sus entrevistas secretas con tales ó cuales mujeres, de escándalos en los alojamientos, de la ayuda que para estos actos le prestaban sus degradados cortesanos-guardándole las espaldas ó ayudándole á preparar em, boscadas.

La retirada.—Cuadros horribles.—Despedida cobarde y grotesca.—Huida á Francia.

Cuando todo se perdió para el carlismo, cuando llegó el fin de la guerra, D. Cárlos se mostró el de siemu pr.e, en miserable egoista y un cobardeinfame-

Mientras en Navarra y las Vascongadassó lose oian

rugidos y gemidos de los naturales, temerosos de lo que se les iba á ir encima; mientras algunos grupos se batían con desesperación aunque sin éxito; mientras grandes bandas de vascos y navarros, furiosos por los repetidos desastres asaltaban los pueblos y los caseríos, robando y destruyendo y maltratando á sus habitantes de un modo feroz, aunque fueran sacerdotes, ya echándolos vivos por las ventanas, ya matándolos á tiros y bayonetazos entre las imprecaciones y gritos más horribles; mientras el general Egaña, que quiso contener aquellos desórdenes, moría á manos de su propia gente, y el incendio se enseñoreaba de todo, y los caminos y las calles estaban llenos de hombres asesinados, y hombres y mujeres lloraban y pedían favor al cielo contra sus propios compatriotas, locos de rabia y venganza; mientras todo eso pasaba, ¿qué hacía D. Carlos?

D. Carlos se preocupaba sólo de salvarse sin tener en cuenta para nada lo que ocurría, sin conmoverse ante aquel gran número de jefes y oficiales de las fuerzas presentadas que recorrían los caminos estraviados que conducían á la frontera, cabizbajos, silenciosos, abatidos y con grave peligro de su vida.

Tropezó con un núcleo de fuerzas medio disciplinadas y dispuestas á combatir, y hubo quien creyó que, á pesar de su imbecilidad, el Pretendiente se colocaría por un momento á la altura de la situación; más ¡ay! que llegó con una especie de abigarrada plana mayor, y en vez de dirigirse inmediatamente á los soldados para animarles, se puso á hablar sosegadamente con los ginetes que le acompañaban: después, en lugar de arengarlos, sacó un papel del bolsillo, lo desplegó tranquilamente, puso los ojos en blanco, escupió dos ó tres veces, y leyó todo perturbado y confuso una arenga que llevaba escrita.

Los que le oían no se daban perfecta cuenta de aquello. La proclama era tan disparatada como ridícula: decía en ella «que todo iba bien, que no se asus-

taran sus partidarios, que él no los abandonaría, etcétera. En cierto pasaje levantó la voz y la cabeza, perdió el punto, lo buscó turbado y comenzó un párrafo que ya había leido, todo lo cual produjo un efecto grotesco y triste.

Terminada esta escena, D. Carlos prosiguió su camino, sin fijarse en las bandas de campesinos que huían despavoridos de los carlistas desbandados, ni en las casas incendiadas, ni en todos los horrores de una retirada como aquella, y entró en Francia después de haber ensangrentado y arruinado á España, maldecido por los unos, despreciado por los otros, y sin poder ofrecer á sus fanáticos un hecho que admirar, una medida que aplaudir, un rasgo que enaltecer.

. . . . . .

En folletos sucesivos describiremos la borrascosa é inolvidable vida de D. Carlos en la emigración; sus crapulosos viajes por Europa y América; el juicio que formaba de los hombres que por él se sacrificaron, y el que éstos tenían de él; los incidentes del célebre *Robo del Toisón*, y todo aquello que pueda contribuir á que se tenga una idea exacta de lo que es esa personalidad estúpida, cruel y siniestra que se nos quiere presentar ahora como llamada á sacar á España de la postración en que se encuentra.

Advertencia.—Por una errata de imprenta se ha puesto en la portada de esta edición *Folleto 6.º* siendo 7.º En la cubierta va como debe ir: *Folleto 7.º*

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 8.º

Maquiavelismo torpe.—Desprecio de don Carlos á sus partidarios.—Proceder de carretero.—Baladronadas en Londres.—Crápula en América.—Jugador y borracho en Méjico.—Orgías en París.—Las mentiras de don Carlos.—Su viaje á Oriente.—Libertinaje en Rumania.—Desafío del coronel Petrovano.—D. Carlos huye.—Sus ridiculeces en Italia.—Se cree envenenado por los jesuitas en Rusia.—Regreso á París.—El Día de carlistas.—La muerte de Aparisi Guijarro.—Dos canalladas.

ADMINISTRACION: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

MAQUIAVELISMO TORPE.—DESPRECIO DE D. CARLOS Á SUS PARTIDARIOS.—PROCEDER DE CARRETERO.—BALADRONADAS EN LONDRES.—CRÁPULA EN AMÉRICA.—JUGADOR Y BORRACHO EN MÉJICO.—ORGÍAS EN PARÍS.—LAS MENTIRAS DE D. CARLOS.—SU VIAJE Á ORIENTE.—LIBERTINAJE EN RUMANIA.—DESAFÍO DEL CORONEL PETROVANO.—D. CARLOS HUYE.—SUS RIDICULECES EN ITALIA.—SE CREE ENVENENADO POR LOS JESUÍTAS EN RUSIA.—REGRESO Á PARÍS.—EL DÍA DE CARLISTAS.—LA MUERTE DE APARISI GUIJARRO.—CANALLADA Á CALDERÓN.—IDEM Á ROSA SAMANIEGO.

D. Carlos resulta el mayor enemigo del carlismo. Este jamás hubiese triunfado ni triunfará nunca, pero atendidos sus medios y la ciega fe de muchos de sus partidarios, éxitos mayores hubiese logrado á no tener al frente á un mentecato cuyo valor únicamente se distinguió en las guerras de Venus.

Siempre fué para su partido un gran infame. Durante la última guerra pasaba el tiempo maquinando violencias contra los fueros del pais vascongado que tantos sacrificios hacía por él, fomentando intrigas contra sus mejores generales y poniendo de punta á su hermano D. Alfonso con los principales cabecillas de Cataluña y el Centro. Temía que su hermano y su cuñada le suplantasen haciéndose populares entre los carlistas, y para evitarlo fomentaba las rencillas y la indisciplina en sus propias fuerzas.

Sentía recelos y envidia ante todos los carlistas distinguidos. Maldecía los fueros vascongados porque

le impedían saquear el pais como dueño absoluto, y juraba suprimirlos así que triunfase. Cuando Elío era su general en jefe, odiaba á éste y protegía á Dorregaray; cuando, hundido ya Elío, encumbró á Dorregaray, se dedicó á combatirlo por medio de Mendiri; así que acabó con aquél, se entretuvo en hacer pedazos á Mendiri, valiéndose del conde de Caserta y de Perula, y apenas éstos se hallaron en auge, los sacrificó por iguales medios.

De este modo derribó á todos sus generales, perdió su crédito entre los hombres que le vieron de cerca, esterilizó los esfuerzos de sus partidarios y se hizo odioso hasta el punto de que sus fuerzas, cansadas de defenderle, se convinieron con el gobierno liberal.

*
* *

Volvió D. Carlos á Francia vencido y desacreditado.

Al llegar á la hermosa quinta que ocupaba Doña Margarita con sus seminaristas, estaba despechado, nervioso, colérico; los que le acompañaban no se atrevían á hablarle por miedo de alguna mala respuesta.

Al ver la suntuosidad de aquella casa, aquellos jardines, aquel lujo y opulencia, el Pretendiente se detuvo un momento, y entró luego con los ojos airados, los labios temblorosos y el cuerpo agitado.

Salió su mujer á recibirle, se encerraron ambos, y según refirió ella después, á las primeras palabras le dió un gran bofetón, hazaña digna de un carretero ébrio.

La arremetió después como un loco sobrexitado, maltratándola de mil maneras, golpeándola en el rostro, en el pecho, en la espalda, tirándole puntapiés al vientre, cogiéndola por el cuello, y diciéndole las palabras más insultantes y soeces que se pueden dirigir á una mujer honrada.

Doña Margarita lloraba, gritaba, pedía socorro, invocaba el nombre de sus hijos; pero nada le valía. La gente de la casa y la comitiva del Pretendiente

oían esta escena, mas ninguno se atrevía á moverse por no incurrir en la cólera de D. Carlos.

Por fin, cuando éste se hubo cebado en su víctima, abrió la puerta, y salió con los ojos sanguinolentos, el rostro pálido y las manos temblorosas.

Entraron entonces dentro algunas mujeres, y hallaron á Doña Margarita casi desmayada, con el rostro hinchado, los ojos saliéndole de las órbitas y sin fuerzas para moverse. Desnudáronla en seguida, y viendo que su cuerpo estaba lleno de grandes contusiones, mandaron por un médico y la llevaron á la cama, de donde no pudo levantarse hasta pasados muchos días. Ella misma, contando un día aquel suceso, dijo que, aunque había recibido muchas palizas de D. Carlos, esta fué la más cruel y bárbara.

Creían algunos que habría entre ambos una separación, mas Doña Margarita no sólo no la pidió, sino que cometió la mayor ligereza que cabe imaginar: apenas repuesta, escribió á otra señora punto por punto lo que había pasado, describiendo la conducta de su marido con toda la odiosidad natural. La carta bastaba para matar, no á D. Carlos, sino al hombre más virtuoso.

Estaba dicha señora casada con Arjona, el antiguo secretario de confianza del Pretendiente, á quien Doña Margarita, con sus exigencias, hizo quitar el empleo á pesar de la oposición de D. Carlos; y apenas el marido vió aquella carta, fué á enseñarla por todos los cafés y casas carlistas y legitimistas, para vengarse del agravio.

El efecto fué fulminante.

*
* *

Con la derrota y la emigración aparecieron claramente y á la luz del día todas las llagas y miserias que corroían y mataban al partido carlista, dando el espectáculo más triste y repugnante. No se veían sino grupos qne se odiaban á muerte; gentes que pasaban el día maldiciendo las unas de las otras; indi-

viduos y jefes que acusaban de las cosas más aviesas á sus superiores; personajes que maldecían á don Carlos con las imprecaciones más enérgicas y crudas, y una infinidad de mujeres y niños que lloraban, encerrados en su hogar, por la desnudez y desemparo en que habían quedado.

D. Carlos dejó plantadas á todas aquellas víctimas de su ambición y fatuidad, y embarcándose para Londres fué á divertirse en aquella capital, donde entre placeres y bellaquerías nombró la Junta reorganizora, ordenándole la infamia del art. 8.° de las instrucciones secretas.

En el buque se puso á hablar con un inglés acerca de sus campañas, jactándose de ser la espada del catolicismo.

«Si me han vencido, decía, no ha sido por la fuerza sino por la traición; pero nadie me quitará la gloria de haber peleado hasta el último trance, con un heroismo insuperable. ¿Ve usted el puño de este bastón? Todos estos nombres grabados son las victorias que alcancé. Habrá oido usted hablar de las grandes batallas de Bilbao... Allí había usted de verme. Yo en persona mandaba mis tropas... Eramos unos 50.000 contra 100.000 que mandaba Serrano. Pero entre los míos estaba yo, y los míos no temían la desigualdad. Montado en un brioso caballo blanco, me arrojé sobre el enemigo al frente de mis leales; y al uno cortándole la cabeza de un sablazo, al otro haciéndole saltar los sesos de un tiro de pistola, á este pasándole de parte á parte de una estocada, á aquél derribándole mal herido de un revés; aquí acorralando y arremolinando con mi ímpetu batallones enteros, allí espantando y poniendo en fuga con mis ataques á diversos regimientos, produje un terror tan grande, que puse al enemigo en vergonzosa derrota »

El inglés, después de toda aquella retahila inmensa de disparates, comprendió el tipo con quien se las

había, y, saludando, lo dejó con la palabra en la boca

*
**

En Londres siguió el mismo sistema de hablar de sus hazañas en todas partes, costumbre que le quedó tan arraigada, que la siguió después donde quiera que llegó, parando en bufo las más de las veces.

Un día al salir del Banco Nacional se encontró rodeado de una multitud de comerciantes é industriales de la *Cité*, que habían corrido á esperarle, así que supieron que estaba allí.

Al reconocerle prorrumpieron en una silba tan espantosa, que parecía una tempestad de gritos y amenazas. «¡Bandido, ladrón, pillo, incendiario, asesino, hipócrita, miserable! exclamaban... ¡Fuera! ¡fuera ese mónstruo! ¡fuera ese bellaco!» Y le enseñaban los puños, y gritaban con violento furor.

D. Carlos estaba pálido, temblaba, y no sabía por dónde dirigirse, ante aquel inesperado motín.

Empújole un servidor hacia el coche, y éste partió corriendo.

«¡Bandido, ladrón, incendiario, hipócrita!» gritaban los ingleses. «¡Fuera ese miserable! ¡fuera ese perdido!»

Entonces D. Carlos exclamó: «Esto es obra de la embajada, pero aquí me las den todas. Ahora ya estoy seguro, y no se me da nada de sus gritos, porque ellos prueban la rabia de mis enemigos y la importancia que tengo.» Y haciendo un ademán indecente, añadió: «Señores ingleses; para vosotros y para los que os han dicho que me silbeis. Me río de vuestro pais y de vuestras libras esterlinas.» Y dado este testimonio de heroicidad, que los ingleses no entendieron, ordenó al cochero apretar más aún.

De Londres se dirigió á América, en compañía de un espía que los conservadores españoles habían tenido la habilidad de colocar á su lado, para que les revelase sus costumbres. Este servicio dió por resultado una serie de confidencias, que publicó *La Epoca.*

*
* *

D. Carlos hizo en América lo que en todas partes, obrando como un tipo de corrupción, procacidad y majadería. Véase un número de la *Epoca*, el del día 11 de Abril de 1877, firmado por D. Alfredo Escobar:

«Ya en Filadelfia habiamos visto al Pretendiente fumándose una inmensa pipa en el café Turco, y nos había costado trabajo creer que aquel hombre de modales vulgares, de traje cursi y plebeyo porte, fuera un príncipe, siquiera rebelde... Y como si su retrato fuera el espejo de su conducta, cierta lady, digo mal, cierta *cocotte* que aguardaba, nos hizo comprender que, si aquel era D. Carlos, éste era indigno de representar á un partido de personas honradas...

Los periódicos americanos empezaron á referir sus aventuras, vergonzosas las más: y como consecuencia natural de sus excursiones nocturnas, el noble Pretendiente se veía aquejado de un mal que se curó en el secreto de un hotel....

Nada quiero añadir á los hechos conocidos de todo el mundo que han señalado el viaje de D. Carlos á los Estados-Unidos; el Pretendiente, tanto en New-Port como en Nueva York y en Filadelfia, conoce mejor los garitos y burdeles que los Museos y establecimientos de Caridad....

Cierta noche D. Carlos estaba entregado á todos los delirios del amor y de la orgía. A la mañana siguiente, al despedirse de su lady, se quita una sortija en la cual se leía *Margarita-Carlos*, 4, 2—1867, lo cual significaba que el 4 de Febrero era la fecha de su enlace con Doña Margarita; la coloca en el dedo de la lady, y con voz majestuosa le dice en mal inglés: «Presentaos en el palacio de Madrid cuando yo sea rey de España, y se os concederá lo que pidais...

Cuando contó el caso á sus ayudantes, le hicieron éstos ver la grave imprudencia que había cometido, y le preguntaron las señas de la casa para recuperar la sortija.

Su nueva propietaria se negó al principio á la devolución de la joya; pero como no era carlista, consistió en devolverla á cambio de 100 duros. *¡Cien duros!* Si con ellos creyó D. Carlos haber pagado la noche que pasó, nos parece muy caro; si con ellos creyó rescatar su honor, nos parece muy caro también.»

Desde los Estados Unidos pasó á Méjico y desde allí regresó á París completamente arruinado por las empresas amorosas y su mala suerte como tahur.

En Méjico pasó una noche jugando con los jóvenes más distinguidos y ricos de la capital, los cuales, burlándose finamente de sus pretensiones de rey, le ganaron cuarenta mil duros en una sola sesión. Aún se acuerdan de esto allí.

*
* *

Al regresar á París murió su tío el duque de Módena, y gracias á un legado que le dejó, pudo continuar su vida de vicios y de crápula.

Aquel fué el periodo en que dió mayores escándalos, siendo la comidilla de la prensa del *boulevard* y el héroe en todos los tocadores de las *cocottes*, donde dejaba regueros de oro.

Pasaba las noches en los restaurants de peor fama, se emborrachaba hablando á su corte de perdidas y calaveras de sus derechos reales y de los muchos imbéciles que le adoraban en España, con aquella *voz grotesca de niño llorón* de que habló Boet en el proceso del Toisón de oro; y para animar su sensualidad, apagada con tales excesos, organizaba cuadros y representaciones indecentes, impropios de un hombre viril y digno.

Tal era el ser por quien España se ensangrentó durante cinco años.

*
* *

Al surgir la guerra turco-rusa, D. Carlos, indignado por la indiferencia y el silencio que se habían hecho en torno de su nombre, juzgó la ocasión oportuna para darse importancia, y partió para Oriente, lle-

vando como secretario al exgeneral carlista Boet. Decía que iba á estudiar de cerca la guerra y sus nuevos inventos, como si realmente se interesase por adquirir nuevos conocimientos y no fuese proverbial su ignorancia.

D. Carlos no se ha sentado á mesa alguna sin asombrar á los convidados, al hablarles á los postres de todas las cuestiones del modo más disparatado, conforme le hacía efecto el champagne.

Boet, que tanto le conocía, pues más que su secretario era su mentor, decía de él:

«Sus mentiras son tremendas. No es solamente que miente, sino que en su ignorancia, sobre todo cuando trata de cosas militares, cuando habla, por ejemplo, del alcance de un cañón, etc., dice enormidades que dejan estupefactos á sus oyentes por poco versados que estén en la materia y aunque sean señoras.

En la mesa de su tío el conde de Chambord contó D. Carlos uno de sus embustes tan mayúsculos y tan estúpidos, que los comensales se mordieron los labios para no soltar la risa, y doña Margarita, con su carácter vivaracho é imprudente, no pudo aguantarse y se burló de su marido llamándole embustero, por lo que se originó entre los cónyuges una cuestión que hubo de apaciguar el conde de Chambord.»

Pues bien: este Manolito Gázquez del derecho divino, embustero como un gitano é ignorante como un lego, se fué á Oriente á honrar y dar importancia á aquella guerra con su prestigiosa persona y dispuesto á salvar á Rusia, ofreciéndola su invencible espada de Oroquieta.

Aquel viaje fué una serie continuada de triunfos.

En el campo ruso el czar le convidó á almorzar, regla de etiqueta que tenía establecida para todos los visitantes de sangre real. Pero apenas le llenó el estómago al *futuro rey de España*, el emperador, con una claridad propia de ruso, le dijo que ya estaba

listo, que allí no se le había perdido nada, que era un estorbo, que en la guerra, cuanto menos curiosos mejor, y que sentiría mucho no hiciera uso del permiso que le daba para irse á escape.

En fin, que D. Carlos, con su pequeña escolta de tres servidores tuvo que emprender la retirada después de las expresivas muestras de cariño del czar.

Pero se había empeñado en ser héroe en cualquier parte, y pasó á Rumania, á cuyo pequeño ejército agregóse nominalmente, pues lo más del tiempo lo pasaba cómodamente en Bucharest contando á las damas sus portentosas hazañas en Navarra.

También allí fué héroe, ¡vaya si lo fué!... Atentó contra el honor del coronel Petrovano, seduciendo á su esposa; el coronel quiso cortarle las orejas, provocándole á un duelo, y D. Carlos, después de aceptarlo... huyó á última hora, pero antes ofreció á su secretario darle 40.000 francos, cuando tuviera dinero, si quería batirse por él ó arreglaba el asunto.

Los recuerdos que dejó en Rumania no pudieron ser más detestables.

Partidario del amor fácil, como todos los seres degradados, se pasaba en aquellos tiempos la noche en los burdeles, y contrajo de nuevo una enfermedad contagiosa y vergonzosa.

El aparato de rey destronado de que se rodeaba y las mentiras que contaba de la guerra en el Norte, pintándose como un héroe, lograron interesar á varias damas ligeras y casquivanas de la aristocracia rumana, las cuales cedieron á sus zafias seducciones. El resultado fué que las tales damas se sintieron contagiadas de la dolencia de aquel chulo aspirante á una corona, transmitieron la peste á sus esposos, y en un año gran parte de la aristocracia de Bucharest no se vió libre de aquel contagio que había llevado Don Carlos.

Por todo esto y porque el coronel Petrovano no le ajustase las cuentas, el Borbón huyó cobardemente.

Lo que hizo en Italia excede los límites de la mentecatez.

*
* *

Su afán de hablar siempre como rey, y de sus derechos, y de su valor y de su genio militar; los proyectos descabellados, ridículos é impracticables que desarrollaba ante todo el que le oía para cuando ocupase el trono; su falta absoluta de tacto y educación con las señoras; su entrevista cómica con Pío IX que se burló de él donosamente y que le hizo salir furioso del Vaticano, ofreciendo no devolverle ya el poder temporal; su ignorancia completa ante las obras de arte antiguas y modernas, todo esto es propio para ser representado en una ópera bufa, en que no faltara el indispensable coro de mujeres fáciles, ni las noches de orgía, etc., etc.

*
* *

Una aventura, de las muchas parecidas que le ocurrieron en su escursión hemos de referir, porque excede en ridiculez á todas.

D. Carlos no podía ver á los jesuítas (ignoramos si ha cambiado), y al mismo tiempo les tenía un miedo terrible.

Estando en un convento de Constantinopla donde había tres frailes franciscanos de la Comisaría de los Santos Lugares, entró un jesuíta procedente de Marsella, que no manifestó gran gusto al verle; y sin razón ninguna, tal vez por haber bebido en demasía, se le antojó que tenía el aspecto de un emisario siniestro y entró en recelos y desconfianzas, sospechando que iba detrás de él con propósito de envenenarle.

De Constantinopla partió para San Petersburgo, y uno de los días que salía de un café en que había pasado largas horas charlando de lo de siempre y bebiendo como siempre, dió de bruces con un transeunte, y al mirarle parecióle que tenía gran semejanza con el jesuíta dicho.

Continuó el camino preocupado un poco con el en-

cuentro, cuando le salió al paso una joven aventurera, que le invitó en francés á acompañarla á su casa. D Carlos le dió el brazo y á poco llamaron á la puerta de una casa de regular aspecto y entraron, al tiempo que salía un joven que, según D. Carlos, le saludó con cierta intención y malicia.

Pasaron después á un salón muy confortable y muy adornado en que había seis jóvenes más y una dueña; casi todas hablaban ruso y francés.

Copa va, copa viene, nuestro hombre se puso en un estado deplorable, y entonces, entre el delirio de la borrachera recordó al jesuíta de Constantinopla, el encuentro que había tenido al salir del café, el joven que se había sonreido al entrar, y de todo esto sacó en turbio, porque en claro no podía, que el jesuíta le había seguido á San Petersburgo, y, preparándole un complot con la aventurera y el joven, afiliados á la Compañía, lo habían metido en aquella casa para envenenarlo.

Desesperado, se levanta gritando y empieza á correr por la sala diciendo en francés que lo habían envenenado, que aquella casa era un nido de jesuítas, y que era preciso que la justicia acudiese, porque de un momento á otro iba á morirse.

Al principio la comedia hizo gracia á aquellas mujeres, que se ahogaban de risa viendo una *turca* tan extraordinaria; pero al oir el ama hablar tanto de veneno y de jesuitas, entró en sospechas de que allí hubiese algun misterio, y temerosa de la policía, mandó callar á sus colegialas y rogó á D. Carlos que pagara y se fuese. En lugar de hacerlo, él, que no sabía lo que se pescaba, se insolentó con ella acusándola de cómplice de los jesuitas, y prorrumpiendo en mayores gritos, intentó á pegarle ó le pegó.

Levantó entonces la voz el ama, alborotáronse las chicas, y saliendo un hombron armado de un palo, dió por detrás un garrotazo tan tremebundo á D. Carlos, que le hizo caer al suelo.

Restablecido el orden, levantaron al Pretendiente, quitáronle del portamonedas el dinero que había gastado, pusiéronle la gorra y la pelliza, que se había quitado, y el hombre aquel, cogiéndole del brazo, lo acompañó á la puerta y lo empujó escalera abajo.

Salió D. Carlos de la casa medio aturdido y tomó por cualquier calle, haciendo unas eses descomunales, y murmurando que estaba envenenado por los jesuitas, y que éstos habían intentado rematarle de un gran garrotazo.

En esto un polizonte que le divisó, conociendo que era un forastero de posición, le preguntó, medio en ruso, medio en francés, por su nombre y domicilio: «Soy el duque de Madrid, contestó el Pretendiente, á estoy envenenado por los jesuitas...» El polizonte no le comprendió, ó conoció de qué veneno se trataba, y volvió á preguntarle que dónde se hospedaba. Afortunadamente D. Carlos pudo aun atinar con el nombre del hotel, y entonces el polizonte detuvo un coche desocupado, ayudó á que entrase en él y ordenó al cochero que le condujese á donde decía.

Durante el camino D. Carlos imaginó que los jesuitas le habían cogido y le llevaban á sepultar en algun espantoso subterráneo, y, presa de esta idea, y trastornado por el traqueteo de una marcha rápida, entró en gran agitación y en unas ansias que le parecía que se iba á morir, y comenzó á gritar.

Al llegar al hotel acudieron los criados, y al verlo en aquel estado avisaron á la persona que con él iba; llegó, y entonces D. Carlos redobló sus gritos y se echó á llorar diciendo que estaba envenenado por los jesuitas, que no había remedio para él y que avisaran á un médico.

Mandaron hacer té y procuraron calmarle, pues pedía á voces un cura católico para confesarse; y fué el caso que al entrar el camarero con el té, como lo vió de negro creyó que era el cura, le habló como á tal y comenzó á confesarse en voz alta.

En esto el español que le acompañaba, no sabiendo cómo influir algo en un hombre que obraba á impulsos de una borrachera tan espantosa, le dijo que no tuviese temor alguno, porque iba provisto de un contraveneno eficaz comprado en Constantinopla. Y hablando y haciendo entró en el tocador, cogió una botella de agua de Colonia, salió, echó una poca en el té, lo tomó D. Carlos, vomitó barbaramente y se quedó dormido como un leño

Al otro día recordaba vagamente algo de lo ocurrido y se quejaba de un gran dolor en las espaldas sin saber á qué atribuirlo, hasta que acabó por achacarlo al palo monumental que aquel chulo ruso le administró.

*
* *

De vuelta á París, y á fin de evitarse el que lo importunaran á diario, D. Carlos señaló un día á la semana para recibir á hora fija á todos los carlistas que deseaban visitarle, lo cual se llamaba el *Dia de carlistas* Se estableció esta costumbre, tanto por comodidad del Pretendiente, cuanto para satisfacción del partido.

Los carlistas acudían de todas partes, y muchas veces de muy lejos, por pobres y desgraciados que fuesén, vestido cada cual del mejor modo posible; algunos eran tan indigentes, que á pesar de pertenecer á buenas familias, apenas podían presentarse con la camisa limpia. Había gente que en fe de su entusiasmo llegaba á sacrificar el jornal de un día para poder asistir á la recepción.

Pero no cabe imaginar en qué términos hablaban de esta ceremonia D. Carlos y su esposa, bien que cada uno en diferente sentido. El Pretendiente se mostraba cargadísimo de la fiesta, y D.ª Margarita se burlaba de ella como de una escena digna del teatro del *Palais Royal*, ó de los *Bufos parisienses*. D. Carlos exclamaba á veces suspirando: «¡Ah! ¡Mañana es *Dia de carlistas*! ¡Quisiera que nunca llegase este

maldito día, porque siempre es el más fastidioso de toda la semana. Por esto me gusta viajar; cuando estoy lejos de París, no veo carlistas ni llega nunca el día de recibirlos. Verdaderamente hice un gran disparate estableciendo esta costumbre.

Tanto por esto, como porque á veces sus orgías le tenían fuera de casa ó tendido en la cama, se pasaban con frecuencia varias semanas sin celebrarse la recepción, y los carlistas que se presentaban habían de volverse en ayunas de la visita de su gracioso monarca. Disgustados de esta contrariedad, se marchaban descontentos, y cuando olían los motivos, había una murmuración que perjudicaba mucho al partido. «Si no quiere sacrificarnos un solo día de sus placeres, exclamaban, que lo diga, y al menos no dejaremos nuestras ocupaciones ni haremos un largo viaje inútil. Así nos paga ahora la sangre que hemos derramado por él, las privaciones que sufrimos en una emigración voluntaria, y la fidelidad que le guardamos."

Le avisaron de esto á D. Carlos por medio de Doña Margarita, pero éste no se dió por convencido.

—Bien, dijo; en el fondo esto no es malo, sino bueno, porque así los carlistas, dejando de verme, me atribuirán más prestigio y creerán que estoy ocupado en grandes trabajos políticos. Mira, Margarita; el *Día de carlistas* que yo no esté, contesta á los que vengan que estoy hablando con el embajador de Rusia ó con el Nuncio del Papa, ó con un enviado del Cojo de Frhorsdoff, y los mentecatos saldrán á propagarlo por la ciudad, reventando de gozo.

En vano D.ª Margarita le dió á entender que no había ya tanta lana, y que se sabía la causa de su ausencia; el Pretendiente no se convenció.

—¡Qué disparate! exclamó. Mi partido es el más lanudo que existe; y si le dijesen que el emperador de China venía con doscientos mil sarracenos á ponerme en el trono, se lo creerían. No conoces como yo.

En cambio la Pretendienta se lucía el día que se celebraba la ceremonia. Marido y mujer recibían más ó menos atentamente á los bonifacios, mas ella los inspeccionaba detenidamente de pies á cabeza, y cuando terminaba la fiesta y quedaba sólo la gente de confianza, los pasaba por lengua con sátira implacable.

Los carlistas se presentaban, besaban la mano á SS. MM., ó á D. Carlos tan solo si ella no asistía al acto; hablaban de sus cosas, de las del partido y de política española y europea, y después de un rato de visita, se retiraban con el mayor respeto y contento.

Apenas daba la hora de cerrar la audiencia, Don Carlos decía.

—¡Gracias á Dios que quedo libre de esos tipos! ¡Señor! ¡qué mal rato! ¡qué breva! ¡qué posmas! ¡no sé qué daría porque nunca fuese *Día de carlistas*!

--En verdad, exclamaba D.ª Margarita, que no eres justo; porque además de darnos esto una gran importancia á los ojos del mundo, que lo ve de lejos, nos ofrece ocasión de divertirnos, dejándonos contemplar á nuestro sabor una galería de personajes que serían capaces de inspirar cosas deliciosas á Offenbach. En una palabra, Carlos; ya pagaría algo nuestro tío Chambord por poder recibir esta gente; yo te aseguro que si te fijases en aquellas caras y aquellos vestidos, pasarías un día delicioso.

—Tú lo ves todo por el lado ridículo, decía don Carlos. Pues yo todo lo veo por el lado cargante.

—Mal hecho, insistía ella, porque así no sabrás nunca vivir. ¿Verdad, señores? añadía dirigiéndose á los cortesanos. Estos se sonreían.

—Uno de los tipos más salados de la audiencia de hoy, decía D.ª Margarita, era sin duda fulano de tal. Me admiro de que, por la nariz de que Dios le dotó, los liberales no le hayan llamado *el cabecilla Alcachofa*. Los cortesanos se sonreían de nuevo.

—Yo no he visto en mi vida, continuaba, una nariz más estrafalaria; y apuesto que cuando mandaba, más

terror debía infundir con ella que con su gente. Si ganó algun combate, debió ser sonándose las narices.

Las risas redoblaban, y los cortesanos decían:

—Muy agudamente dicho. ¡Qué graciosa es S. M.!

Don Carlos se sonreía, y exclamaba:

—Con tal que después de haber jabonado á los carlistas, no jabones á su rey...

Doña Margarita contestaba toda envanecida:

—No, hijo; hoy saldrás de aquí limpio de polvo y paja. Harto tengo que hacer con nuestros fieles vasallos. A ti te reservo para las grandes solemnidades.

Los cortesanos miraban sonriendo á D. Carlos, que no replicaba. D.ª Margarita proseguía:

—¿Habéis observado las botas del comandante zutano? ¡Pobre hombre, y qué figura hacía! Las dos eran del pie izquierdo. He aquí un hombre que ya no podrá morir de necesidad, porque poniéndose esas botas y la boina, y enseñándose en los boulevares por diez céntimos, hará un dineral en este París tan lleno de curiosos. ¡Cuántos ingleses llegarían á pasar la Mancha para ver un monstruo tan raro!

Había sonrisas, y un cortesano tomaba la palabra:

—Nada, señora; ¿sabe V. M. qué habrá sido? Que tendría dos calzados con las botas de la derecha estropeadas, y para presentarse sin demasiada inconveniencia, habría echado mano de las del mismo pie.

—Te engañas, reponía D.ª Margarita, porque la una era más larga y ancha que la otra.

Risa general, de que el mismo Pretendiente no se defendía. D.ª Margarita continuaba:

—Pero todavía he hecho una observación más curiosa. ¿Habéis notado que el coronel fulano llevaba la camisa tapada y el cuello limpio y blanco, como si lo acabasen de planchar? Pues bien, sospechando el secreto de esto, lo he llamado, y moríos de risa, señores, moríos de risa; he visto al través de la levita, que no llevaba camisa.

Este descubrimiento se recibía con una carcajada.

—Pero, decía la Señora; la averiguación más importante que hoy he hecho es la siguiente: Hace tiempo había observado qne cuando venía el capitán zutano, no se presentaba el comandante mengano, que es tan amigo suyo; y vice-versa; y queriendo averiguar la verdadera causa, después de mucho pensar, me fijé en una cosa, que hasta hoy no he comprobado completamente. Los dos no tienen sino un vestido y unas botas para salir á la calle; y cuando el uno se viste, el otro ha de quedar en casa medio desnudo. Pero no es esto lo bueno; sino que como el vestido no ha sido hecho para ninguno de los dos, al capitán, que es alto y grueso, le viene corto y estrecho, y al comandante, que es chico y delgado, le viene largo y ancho excesivamente.

Todo el mundo se echaba á reir.

—Vamos, Cárlos, añadía D.ª Margarita; que tenemos unos vasallos que son una flor de esquisitez. El que no está medio muerto de hambre, no tiene traje; el que posee unas botas, carece de levita; el que lleva camisa, no se la puede cambiar. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué partido tan brillante es el nuestro! ¡qué colección de cursis, de míseros y danzantes son los carlistas, salvo algunas excepciones! Bien que, á decir la verdad, tratándose de españoles y de España, no me admiro; porque, señores, hay que reconocer que vuestro país está tan atrasado, que viene á ser una especie de pequeña Africa. ¡Jesús! Cuando yo estuve allí, creí morirme de susto, de malestar y asco. ¡Veía unos tipos por los caminos, con unas caras tan estúpidas y fieras! Y luego las mujeres ¡qué puercas y desaseadas y faltas de gracia son! La cocina es también detestable. Temí caer enferma del hastío que me causaron aquellos manjares tan estrafalariamente condimentados. Alguno me dijo que esto sólo pasaba en Navarra; pero me he convencido de que era general, porque los españoles no sabéis más que tocar la guitarra y el pandero, excepto algunos, que por

haber estado mucho tiempo en Francia habéis aprendido á ser hombres civilizados.

—V. M. tiene mucha razón, contestaban los cortesanos; la pobre España está muy atrasada.

Pues los cortesanos, no sólo aprobaban por galantería estas brutalidades, sino que á veces las ampliaban: únicamente D. Carlos se mostraba un poco descontento.

*
* *

Espantaba el cinismo con que se jactaba el inmoral D. Carlos de su criminal comportamiento con los hombres más ilustres de su partido que, cerrando los ojos á sus desvarios, su ignorancia y sus malas pasiones, y hasta haciendo sacrificios de conciencia y delicadeza, trataban de reformar y salvar el carlismo. Todos lucharon más ó menos tiempo de este modo hasta caer en el abismo del descrédito, recibir una despedida ignominiosa, ó verse obligados á renegar de él. Hablando del bondadoso y honrado Aparisi Guijarro, decía el miserable:

«También se creía Aparisi un gigante, también imaginaba que no podría prescindirse de él, y no sólo le demostré que no lo necesitaba para nada, sino que le probé que, comparado conmigo, era un pigmeo, matándolo por su mal comportamiento sin necesidad de verdugos ni suplicios.

Al principio de la revolución de Septiembre se formaron en mi partido dos bandos, uno que quería tomar la corona seduciendo á los españoles por medio de la propaganda, y otro que quería conquistarla con las armas en la mano: al frente del primero estaba Aparisi, y yo capitaneaba el segundo.

Cargado, irritado y reventado ya de la oposición tenaz y hasta temeraria que el primer bando me hacía, resolví deshacerme de su jefe Aparisi, y como sabía que éste tenía mucho amor propio, y estaba achacoso, una vez que debía presentárseme formé el plan de darle un disgusto tan fuerte, que no tuviese lugar

de sufrir otro. Con este objeto ordené á uno de mis cortesanos que estuviese presente á la audiencia, y cada vez que yo le mirase sonriendo, soltase la más estrepitosa carcajada.

Dicho y hecho. Llega Aparisi todo grave, todo sério y pomposo; le recibo yo á la ligera, medio atento é irónico, y le invito á explicarse. El pobre diablo venía á arengarme para que no encendiese la guerra y llegaba provisto de todos sus argumentos y retóricas más formidables. Toma la palabra, y me espeta media docena de periodos, que escucho sin pestañear. Luego me sonrío y miro intencionadamente á mi cortesano, quien, siguiendo mi consigna, se echa á reir con una hilaridad tan deshecha, que Aparisi queda cortado, pálido y asombrado. «Prosigue, hombre, prosigue, le digo yo.» Y él recoge todo sorprendido el hilo de su discurso, y dale que dale en favor de la paz. Vuelto yo á mirar sonriendo al otro, y éste suelta una carcajada tan bien figurada, que parecía no poderse contener.

Aparisi no sabía lo que le pasaba; había perdido la brújula, y ya ponía un color, ya otro; ya tenía la cara verde, ya amoratada. Sin embargo, continúa hablando; pero á una seña mía el cortesano prosigue riendo, y entonces aquel abrevia y se retira con la muerte en el corazón. En efecto, aquella afrenta se le clavó en el alma, y algun tiempo después le mató.

Tal es el secreto de la muerte de Aparisi, y tal es el trato que yo doy á los hombres de mi partido que se creen necesarios. En el carlismo no hay más hombre necesario que yo.»

Otro hecho incalificable.

En tiempo de la guerra se había afiliado al carlismo un andaluz, joven, hijo de una distinguidísima familia, y dueño de una fortuna de muchos millones, D. Carlos Calderón, figurando en las últimas operaciones de Estella.

Terminada la guerra, no queriendo reconocer á D. Alfonso XII emigró á Francia y se estableció en París, donde se le abrieron los salones de la alta sociedad francesa.

Entró en relaciones, por sus costumbres alegres y su mucho dinero, con la juventud dorada de la ciudad, y era socio de los clubs mas renombrados.

D. Carlos lo trataba familiarmente, llevándolo muchas veces consigo, y hasta echando mano de su bolsa en algun caso de apuro. Pero un día le cogió envidia, y no pudiendo sufrir que fuese tan bien visto y tan cordialmente recibido, empezò á dar la voz de alerta contra él, murmurando entre los perdularios de que solía rodearse, que había entregado las trincheras de Estella á los liberales.

La camarilla se apoderó de aquella acusación, aunque supiera su falsedad, y la propagó solapadamente por los salones del barrio de San German. Rehusó creerlo la antigua nobleza francesa, pero como los calumniadores no cejaron, al fin le pareció oportuno tomar informes; y un día un importante legitimista preguntó al Pretendiente qué debían pensar de aquello.

D. Carlos, que no esperaba otra cosa, tomó un aspecto misterioso, aparentó balbucear y contestó:

—Sí; también he oido yo algo; y aunque no digo que Calderón haya sido traidor, sin embargo, su conducta ante Estella es muy oscura; y si no fuese porque el partido se halla ahora en una de esas situaciones en que importa disimular y ser tolerante, no sé, no sé qué sesgo tomaría la cuestión.

Estas palabras, que en boca del Pretendiente daban una gravedad extraordinaria á aquellos rumores, confirmándolos hasta cierto punto, impresionaron profundamente á aquel legitimista, quien se apresuró á avisar á todas las personas que recibían á Calderón de que, segun indicaciones de D. Carlos, era cierto que había sido traidor y entregado al enemigo

las líneas de Estella. Inmediatamente cada cual decidió expulsar de su casa al jóven, y comenzaron á recibirlo con frialdad.

Calderón, que nada sabía, quedó asombrado de este cambio, y conociendo que era víctima de alguna intriga, procuró activamente averiguar lo que habia pasado. Su ira y desesperación fueron grandes al saber que el autor de aquel conflicto era cabalmente el mismo hombre por cuya causa había dado dinero, sangre y porvenir, y á quien acompañaba por París más como amigo que como partidario. No lo acababa de creer; y aunque una y otra vez se le asegurase, lo dudaba, de puro villano y monstruoso que le parecía.

Convencido al fin de que era cierto, decidió exigir de D. Carlos una retractación terminante; y como éste en aquellos momentos había salido para Austria, le escribió y le telegrafió, contándole lo que había pasado, lo que se decía, y lo que quería.

Así que el Pretendiente vió los telegramas, los tiró con desden, y le dijo á Boet, con quien viajaba:

—Calderón es un danzante de quien estoy más que medianamente cargado: hazme el favor de no hablarme más de tal tipo.

—V. M., contestóle Boet, es un hombre muy particular; deshonra á un caballero, y si el perjudicado reclama, cree salir del paso tratándole de esto ó aquello. Cuando V. M. esté en el trono será posible que se zafe así de estos conflictos; pero ahora no hay más remedio que hablar de ellos.

En aquel momento llegó otro telegrama de Calderón pidiendo explicaciones, y exigiéndolas con vehemente energía. Estaba furioso, y pedía una respuesta por telégrafo, y pronto.

—Ya ve V. M. cómo anda el negocio, dijo Boet á D. Cárlos. V. M. ha ofendido á un hombre de honor, y ahora tiene que retractarse.

—Yo no he dicho nada que no fuera, contestó D. Carlos.

—¿Y qué ha dicho V. M?

—No lo recuerdo literalmente, pero no desmentí lo que se susurraba.

—Pues ahora debe desmentirlo, porque harto sabe que no es verdad.

—A mí no me consta realmente, porque no lo ví. Además de esto yo puedo hacer contra mis vasallos todo lo que crea conveniente, porque soy el señor y ellos los servidores; y quien no esté conforme, que se vaya. Calderón es un simple, un presumido, un tipo cargante; está siempre lleno de pretensiones; no sabe hablar sino de sus conquistas y galanterías, y no lo quiero sufrir más. Dicen que me vendió en Estella. Ignoro si el hecho es cierto, pero á mí me lo parece, y esto me basta... Soy el rey, opino como me cuadra, y no necesito de testigos ni de papelotes para formar mis juicios. Yo estoy convencido de que Calderón es capaz de haberse entregado al enemigo, y le expulso de mi partido. Váyase enhoramala... Los que le compraron son sus señores, no yo. ¿Quién sabe si está á mi lado para comunicarles cuanto digo y hago, revelándoles mis ideas, mis propósitos, relaciones y planes? Así, acabemos de una vez. No le quiero más, y desde ahora le echo de mis filas. Telegrafíale esto.

—Señor, le contestó Boet; V. M. tiene, según ya he dicho, ideas que en la emigración es muy difícil plantear y sostener. Segun se desprende de estos telegramas, Calderón está fuera de sí, y si no le damos una respuesta satisfactoria, tomará el tren y se pondrá en seguimiento nuestro. Exigirá á V. M. la retractación, y si no la obtiene... Dios sabe lo que puede pasar.

D. Cárlos palideció, y atemorizado, dijo:

—¿Qué hará, qué hará?

—V. M. no ignora que Calderón es valiente, y no sería extraño que se atreviese á poner de firme las manos en V. M...

—¡El! exclamó D. Carlos.

—Sin duda, repuso Boet; ó quizá á levantarle á V. M. la tapa de los sesos de un pistoletazo. V. M., que lo conoce, sabe que es hombre para hacer esto.

El Pretendiente estaba asustado y balbuceó:

—¿Pero tú crees que Calderón sea capaz de ponerse en camino?

—Lea V. M. los telegramas, y juzgue: son telegramas de un hombre indignado dispuesto á todas las violencias.

—Pero si él viene, dijo D. Carlos, tú puedes y debes defenderme, porque yo ataco á Calderón por motivos políticos.

—Ni puedo ni debo, contestó Boet, porque V. M. le deshonra sin pruebas; y si yo estuviera en lugar de él, haría lo mismo.

El Pretendiente le miró asombrado, y contestó después de una gran pausa:

—Bien; ya verás; en esto de Calderón hay lo siguiente: yo no sé de cierto si él se entregó, y así, no tengo inconveniente en declararlo, con tal que mis declaraciones no sean humillantes. Haz un borrador, y si me gusta, lo firmaré.

Cogióle Boet la palabra, hizo una declaración lo más satisfactoria posible para ambas partes, aprobóla D. Cárlos, la firmó, enviósele á Calderón, y éste se rehabilitó presentándola á sus detractores y á los que habían sospechado de de su lealtad.

Pero el mal estaba ya hecho. Aquel joven conoció desde entonces que D. Carlos era peor de lo que se había figurado, y se entibió con él, aunque no se separase del partido.

*
* *

¿Resulta incomprensible la conducta de D. Carlos con Calderón? Pues es hasta correcta comparada con la que siguió con Rosa Samaniego, teniendo en cuenta que había sido su asesino de cámara.

El gobierno español había pedido la extradición

de Rosa Samaniego, como reo de delitos comunes.

Súpolo él, y se presentó con una carta de recomendación á doña Margarita; y ésta, por temor á que lo prendieran y revelase algún secreto importante que comprometiese á D. Carlos, á la sazón en América, le dió una cantidad, ordenándole que se refugiase en Bélgica con otro nombre y se presentase al comité católico de Bruselas, al que escribió una carta recomendándole mucho.

Establecióse el sicario en dicha ciudad con el nombre de Antonio Sánchez, y viendo que el comité le socorría poco y empezaban á cansarse de él, escribió varias veces quejándose de esto y otras cosas.

Entretanto don Carlos había ya regresado y establecidose en París. Un día, viendo una oportunidad, un general habló al Pretendiente de la situación de Rosa.

—Señor, le dijo; es necesario que se auxilie á este hombre, porque si cayese en manos del gobierno español podría perjudicar mucho á V. M. revelando las comisiones que V. M. le encomendó. El no tiene dinero ni puede ganarlo, y urge darle alguna cosa, porque se conoce que los belgas le abandonan.

El Pretendiente, que desde las primeras palabras había hecho un movimiento de displicencia, se mostró muy disgustado al oir las últimas.

—No veo la necesidad, contestó friamente, de proteger á Rosa Samaniego. Si no puede vivir en Bélgica, que regrese á Francia. Probablemente nadie le molestará ahora; y si le molestan será cuenta suya, porque no estoy obligado á ocuparme de seres tan insignificantes.

—Observe V. M. que el gobierno español no tira contra Rosa, aunque lo parezca, sino contra V. M. en persona, pues harto sabe que Rosa no era mas que un súbdito que recibía las órdenes directas de V. M.

—¿Qué importa? repuso D. Carlos. Tire cuanto quiera contra mí, con tal que tome por blanco á Sa-

maniego, que estos tiros me tienen sin cuidado. Pero dejemos esto, y hablemos de otras cosas.

Indignada de tal frialdad la persona que hablaba á D. Carlos. exclamó con exaltación:

—Muy al contrario; dejemos otras cosas, y hablemos de esta, que es muy importante. Los tiros del gobierno de Madrid á Rosa Samaniego son capaces de matar á V. M. y al partido, porque, como me decían muy bien tiempo atrás al reverendo señor Urra, ex-diputado de la Junta de Navarra, y otras personas no menos respetables: «Rosa Samaniego se halla en tal situación, que no es S. M. ni el partido quienes pueden acusarlo á él, sino él quien puede acusar á S. M. y al partido.» La conducta, pues, que V. M. sigue con Rosa Samaniego, es gravísima; cualquiera diría que quiere hacer asesinar á un hombre de quien se sirvió como instrumento. Yo no defiendo á Rosa; me quejo de que V. M. lo haya utilizado. Si un día Rosa cae en manos del gobierno de Madrid, y éste lo mata, no crea V. M. que la tumba sepulte los secretos del ajusticiado, porque éste no vacilará en revelarlos antes de morir. Y el público dirá que si lo que Rosa Samaniego hizo no pertenece al derecho de la guerra, sino al ramo criminal, V. M. debe ser juzgado como jefe que ordenó actos que fueron delitos comunes.

D. Carlos se encogió de hombros.

—¿El público? exclamó. ¡Qué ignorante eres de las cosas del mundo! El público dirá que Rosa era un asesino, y que yo soy un príncipe; que era un patán despreciable, y que yo soy un hombre á la moda; que él ha nacido de gente villana, y que yo soy un Pretendiente de derecho divino. ¿No pasa ya así? Todo el mundo sabe que Rosa Samaniego no movía un pie en Estella sin orden mía; que no despeñaba á nadie en la Sima, sin mi consentimiento; y á pesar de esto, todo el mundo clama contra él y me respeta á mí; los diarios lo atacan á él y me dejan á mí en paz;

el gobierno de Madrid pide su extradición y no se atreve á pedir la mía. Las cosas del mundo van así. Hay millares de hombres que se apartarían con horror de la presencia de Rosa Samaniego, y que en cambio se creerían honradísimos de que yo les apretase la mano. A un personaje como yo todo le está permitido en el mundo. La gente lo considera como un ser superior á las leyes ordinarias de la sociedad, y lo venera rendidamente, cualquiera que sea su conducta. Si me hallase en Berlin con el oficial y el piquete que fusilaron por orden mía á aquel oficial alemán que hicimos prisionero en la batalla de Monte-Muru, ¿qué crees que pasaría? ¿que nos fusilarían á todos? Ni por pienso. Los fusilados serían el oficial y el piquete, y yo continuaría tranquilamente mi viaje. Así, pues, dejemos que Rosa Samaniego se las arregle como pueda y ocupémonos de otras cosas.

Una mañana se hallaba la persona que tuvo esta conversación con D. Carlos en el *hotel de la Terrasse* en París, cuando oye llamar á la puerta. Da permiso, y entra Rosa Samaniego.

—Mi general, le dijo; buenos días nos dé Dios. Me he marchado de Bélgica, porque me moría de hambre, y conocía que aquellos señores del comité no me querían mantener más; y he venido aquí á ponerme á las órdenes del Señor.

—Usted está loco, sin duda, le contestó. ¿Ignora que la policía le busca, y que si le encuentra y entrega á los liberales está usted despachado?

—Mi general, contestó, ya lo sé; pero yo no soy reo de nada; yo no he tirado á la Sima de Igúzquiza sino á las personas que el Señor me mandaba; y si esto son asesinatos, pídase la responsabilidad al Señor, que yo no hacía mas que cumplir sus órdenes. Es verdad que odio á los liberales; pero si S. M. no me hubiese dicho, despeña á fulano, ó á zutano ó mengano, yo no lo hubiera hecho.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—Me he presentado á S. M. y me ha ordenado que fuese á Bayona, que buscara gente á propósito, y entrara con ella en Navarra y proclamase la República. Con este objeto me ha dicho que fuera á ver al Sr. Ruiz Zorrilla, para ponerme de acuerdo con él...

El general se incorporó como un rayo.

—¿Qué dice usted? exclamó.

—Lo que usted oye, mi general; y he ido ya, solo que no ha querido recibirme. A pesar de esto, yo parto en seguida, á fin de estar en Navarra antes de tres días.

El general no comprendía tanta perfidia de parte de uno, ni tanta bestialidad de parte de otro.

—Haga usted lo que quiera, le contestó, pero tenga entendido que si va á Bayona, está usted perdido.

A pesar de esto, Rosa Samaniego emprendió el viaje. Fué el general á ver á D. Carlos, y hallóle radiante de júbilo. Apenas lo vió, le cogió de la solapa, y le dijo:

—Hoy he dado un golpe maestro, que sin duda producirá gran resultado. Y le contó la visita de Rosa Samaniego con los mismos detalles que éste se la había referido. Así, añadió, me deshago de un tipo tan molesto como Rosa, porque sin duda será cogido y ahorcado, y desacredito á Ruiz Zorrilla y á los republicanos, haciendo ver que se han aliado con hombres como él. ¿Qué te parece? ¿no lo hallas magistral?

El general se marchó despechado, diciéndole:...

—Mañana contestaré á V. M.

Aquella misma noche leyó en un diario de París el telegrama siguiente:

«Bayona... Rosa Samaniego acaba de ser preso al bajar del tren de París.»

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 9.º

EL CARLISMO POR DENTRO.—HORRORES QUE DECÍA DON CARLOS DE LOS SUYOS.—HORRORES QUE LOS SUYOS DECÍAN DE ÉL.—DON CARLOS MALDICIENTE, CHISMOSO É INTRIGANTE.—LOS JEFES UNOS CONTRA OTROS.—DESCOMPOSICIÓN Y PODREDUMBRE

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

El carlismo debe desaparecer, no sólo porque lo capitanea una familia indigna de estar al frente de cualquier partido, sino porque es una rémora de nuestra civilización y de nuestro desenvolvimiento político.

Mientras haya carlismo, habrá en España masas ignorantes, eclesiásticos batalladores, aventureros latro políticos, conspiraciones fanáticas, y guerras civiles prolongadas, estériles é inhumanas. El carlismo dificultará siempre todo adelanto político, económico y social, malcará el régimen parlamentario, enturbiará la libertad religiosa, perturbará el desenvolvimiento de la vida municipal y provincial, atrasará el vuelo de nuestra agricultura, industria y comercio; envenenará el estado de nuestra marcha científica, literaria y artística; nos impedirá fortalecernos y desarrollarnos, y nos tendrá relegados á esa categoría de nación decaída, débil, inerme, que por su causa ahora tenemos, debiendo mirar en silencio lo que en Europa se hace.

Si el carlismo fuese verdaderamente un partido de ideas, un partido nuevo, un partido de intereses nacionales, se haría mal en destruirlo, por no privar á España de un ele-

mento que la animase y robusteciese. Pero el carlismo no es más que una agregación de intereses egoistas, de vanidades repugnantes y de rutinas seculares que nos debilitan y empobrecen.

¿Y qué se proponen hoy en día los carlistas? ¿qué idea ni qué programa tienen? ¿qué esperan, ó en qué confian? Lo único que hacen es dar importancia al mentecato y cobarde don Carlos, que se adorna con su adhesión, ayer para lucirla en las orgías de baronesas falsas y de *cocottes* reales, y hoy para halagar á su segunda mujer, que le ha llevado una fortuna, por la esperanza de alcanzar una corona que no ha de ver en sns sienes.

Si alguien pregunta á los carlistas por la idea que defienden, no pueden contestar sino que siguen á don Carlos, sin justificar su vocación ni siquiera diciendo que el carlismo representa una idea nacional.

¿Qué son los carlistas en sí mismos? No son mas que hombres de armas tomar, sin recursos propios, ni dirección. Los que discurren algo en política, saben que sus ideas son impracticables.

¿Tienen siquiera programa, saben á donde van, ó los mueve una idea común? El que lea este folleto se convencerá de lo contrario y de que se odian entre sí, y odian la libertad, y los fueros, y la religión, y todo lo que aparentan defender.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

El carlismo por dentro.—Horrores que decía don Carlos de los suyos.—Horrores que los suyos decían de él.—D. Carlos maldiciente, chismoso é intrigante.—Los jefes unos contra otros.—Descomposición y podredumbre.

La ingratitud, única virtud de los Borbones, alcanza en D. Carlos proporciones colosales. Respetarle ó sacrificarse por él, equivale á incitarlo á cometer una canallada.

Los duros juicios que formulaba contra su partido y sus jefes, llenarían un volumen; nos limitaremos á indicar algo de lo que, ayudado á veces por su familia, decía de sus generales:

«Yo no soy rey de España por no haberlo sabido ser de mis partidarios. Si cada vez que mis generales perdían una batalla los hubiese mandado fusilar; si después de lo de Bilbao hubiese matado á Elio, á Valdespina y Dorregaray; despues de lo de Irún á Cevallos; á Mendiri después de lo del Carrascal y á Savalls después de lo de la Seo, ya reinaría. Pero no tenía la experiencia que ahora y no supe hacer lo que convenía. Me habían dado á entender que necesitaba generales, que sin ellos no ganaría la guerra, que sus talentos me habían de llevar á Madrid, y como me lo creía á medias, pues el corazón ya me avisaba de que me engañaban, esto me perdió. Si yo, cuando era hora, hubiese castigado á mis generales, no me hallaría ahora en la emigración. Pero no lo he echado en saco roto, y así que volvamos á levantarnos, aplicaré mis principios.»

«¡Cuánto tipo hay en mi partido! Bien puede decirse que el más típico y pintoresco de todos los de España y que ninguno le iguala en hombres raros y bufos. ¿Quién era capaz de contener la risa ante Velasco, aquel extraordinario sombrerero de Burgos, elevado á la categoría de general carlista? Lleno siempre de pomadas y cosméticos, creía tener un gran aspecto militar atusándose las guías del bigote.»

«Gamundi sirve para llamarlo á París, comprarle un coche simón y colocarle en el pescante, porque ya tiene la cara de los del oficio, no le costará nada aprenderlo, y aunque le costase, la gente al verle lo tomaría por un simón de toda la vida.»

«Tristany es un danzante que no sirve para el cargo que le había dado en Estella, que era decirme cada día las mayores pestes posibles de todos los carlistas que conocía. Como militar es tonto y cobarde, como político imbécil; sólo como maldiciente vale alguna cosa, no mucho, pues aunque tiene mala lengua, como es tan zopenco, la maneja sin gracia y de un modo muy burdo.»

«¡Castells! Es un viejo que no sirve para nada; un tuno que no hace más que embarracharse, jugar, pedirme dinero y quejarse de lo que hago por sus compañeros; un miserable envidioso que no puede sufrir que nadie prospere sino él, y que varias veces me ha fastidiado enviándome memoriales que he destinado siempre al lugar común».

«Valdespina no sirve más que para ir vestido de general y pedirme cruces.»

«Algarra, con su hotel, sus riquezas y los treinta cuentos que aprende cada mes para recitar uno al día, es tan típico como Valdespina. Lo bueno es

verlo el último día de los meses de 31, porque, como ya se le han acabado, ha de repetir el primero.»

«¿Y Mogrovejo? Al principio de la guerra imaginábamos que este general se había de comer al mundo; después se vió que no servía más que para comer sopas y calentarse.»

«No hablemos del general La Plana, porque en mi vida he visto un viejo más hipocondríaco, más inútil y chillado. ¡Qué posma! ¡qué roedor! ¡qué cargante! No creo que se hallase en el resto del mundo un ser más abrumador. Le di la dirección de la artillería y mejor hubiera desempeñado la del fastidio y aburrimiento universales.»

«Lizárraga es un charlatán hipocritón más cobarde que un conejo; tiene mucha envidia y mala baba; emboba á los curas comiendo atrozmente y hablando de los milagros que la virgen de los Dolores le ha hecho; no vacila en mentir cínicamente para calumniar á sus enemigos y envuelve á quien le estorba en unos enredos que pasma.»

«Argonz, el que vendía casullas antes de ser general carlista, es el hombre más alto, más delgado y más gallina que he visto en mi vida. Su cobardía sólo se puede comparar con su estatura.»

«Dorregaray es un traidor, y cada día me arrepiento más de no haberlo mandado fusilar antes de salir de España.»

Por su parte, don Alfonso decía:

«Cataluña estaba llena de bandoleros, y el Centro de ladrones y traidores. ¡Cuánto sufrimos! Savalls nos atormentó mucho. ¡Qué malo es! ¡qué perverso! A pesar de esto, más nos hizo sufrir Lazárra-

ga en el Centro. ¡Qué cobarde é hipócrita era aquel hombre! ¡Qué antipático y danzante! Ciertamente no se puede aguantar á Savalls, porque es el más grosero é insolente de los hombres; pero, al menos, mientras anduvimos con él nos hería de frente. Lizárraga atacaba á traición.»

Y el Pretendiente añadía:.

«Lizárraga era un imbécil.»

«Dios me libre, agregaba don Alfonso, de verme nunca más rodeado de aquel atajo de perdidos que hacían la guerra en el Centro y Cataluña; hombres sin escrúpulos, sin educación, sin talento, sin probidad, sin valor ni convicciones, y que sólo se ocupaban en recoger dinero y comer buenos bocados.»

La opinión que doña Blanca y don Alfonso tenían de Lizárraga, lo indica claramente este hecho.

Cuando se marcharon á Francia, dando él una proclama en que atacaba vehemente y solapadamente á don Carlos y destituyendo del mando del Centro á Lizárraga, éste, á pesar de la vergüenza que debería sentir al verse destituído y humillado, se presentó á despedirse de los infantes; pero al llegar á la puerta se le acercó un ayudante de ellos, y con gran vehemencia le lanzó estos apóstrofes sangrientos:

«Judas hipócrita, Judas pillo, Judas ladrón, Judas inepto, Judas cobarde, ¿aun tiene usted la impudencia de venir aquí? Usted es el causante de todas las desgracias del Centro; usted lo ha dividido y perturbado todo; usted ha matado al ejército y al partido en esta región.»

*
* *

Don Carlos juzgaba duramente á sus generales durante la guerra; en la emigración llegó al colmo, como acabamos de ver.

Sus generales y el elemento eclesiástico y el civil no fueron tampoco blandos con él; con mucho más justicia, por supuesto.

El carlismo dirigido por un hombre de tan escasas condiciones morales é intelectuales como el Pretendiente, llegó á ser, sobre todo en los últimos tiempos, un caos de chismes é intrigas, habiendo profunda división en las planas mayores. Cada general y sus partidarios criticaban y difamaban á los demás; de aquí rabias frenéticas entre ellos é indignaciones violentas que lo envenenaban todo, intrigas infernales que roían las honras y reputaciones más sólidas, y alegrías malvadas que celebraban hasta sus mismas derrotas.

¿Cual era la conducta de don Carlos ante aquellos conflictos que promovían sus generales? Fomentar la división, política en que se hallaron al punto de acuerdo el rey y sus degradados cortesanos: todos cultivaban las rivalidades del Estado Mayor, dando á cada uno la razón y echándole á cada uno la culpa, á fin de rebajar á unos y otros.

El Pretendiente hablaba con frialdad y desdén de sus generales delante de sus cortesanos, y éstos, en presencia de aquél, criticaban fuertemente las operaciones, diciendo, si eran de Dorregaray, que Elío lo hubiera hecho mejor; si de Elío, que Mendiri hubiera estado más acertado; y si de éste, que el marqués de Valdespina hubiera hecho otra cosa más eficaz. D. Carlos lo aprobaba, y si los cortesanos le exponían la conveniencia de que se supiese, no lo contradecía, ó lo prohibía muy flojamente para indicar que lo hiciesen sin comprometerle. Entonces los cortesanos se dispersaban por los cafés, alojamientos y oficinas de Estella, ó del sitio donde la corte bufa se hallaba, y referían en voz baja las opiniones del Pretendiente.

Corría en seguida la voz, sacaban de ella armas los adversarios y quejas los amigos del censurado, se encarnizaban unos contra otros, llegaba la cosa á oídos de la víctima, y no sólo producía gran descontento, sino que á veces daba lugar á que aquella se

quejase amargamente al rey de las habladurías de sus cortesanos.

Entonces, si el ofendido estaba ausente, D. Carlos le escribía una tierna carta, protestando del profundo afecto que tenía por él, asegurándole que despreciaba á sus calumniadores y prometiéndole grandes recompensas.

Si el calumniador estaba cerca, lo llamaba, lo estrechaba las manos, le rogaba que no hiciese caso de los envidiosos, le recordaba sus grandes servicios, y le aseguraba que podía contar con su afecto y protección. Pero apenas había mandado la carta ó despedido al general, llamaba á sus cortesanos para rebajar y desprestigiar otra vez al mismo á quien acababa de alabar.

Así las provincias Vascongadas y Navarra, que en apariencia parecían un cielo, eran en el fondo un horrible infierno, donde los unos atormentaban cruelmente á los otros; donde algunos centenares de zánganos inutilizaban y malbarataban la riqueza del país; donde la canalla más vil se burlaba de la sencillez, la buena fe y el entusiasmo de la gente; donde se manchaban villanamente las honras más brillantes y las reputaciones más justas se derribaban y cubrían de cieno; donde se jugaba con millares de vidas, sin escrúpulo ni remordimiento; todo, en último resultado, para que un mozalvete necio, fátuo y ridículo, descollase rodeado de algunas nulidades grotescas que pasaban el día incensándolo y llamándole *hombre sobrenatural.*

D. Carlos estaba rodeado de una corte de jovencitos de condiciones impropias del cargo, y cuya conducta era muy censurada por el ejército y el pueblo. Aunque mereciesen esta reprobación, el Pretendiente era el único culpable de lo que hacían, pues la mayor parte de las veces se limitaban á cumplir sus órdenes. Se susurraba también que desmoralizaban á don Carlos, halagando sus pasiones; mas era todo lo

contrario; el Pretendiente no nesesitaba que lo corrompiese nadie.

El héroe de Oroquieta pasaba divinamente el tiempo en las Vascongadas y Navarra, entre murmurar, maldecir, intrigar, desunir, corromper y seducir, en tanto que sns parciales llanaban de sangre á España. Lo único que le cargaba era el tener que asistir á funciones religiosas, menos cuando se celebraban en algún convento de monjas y podía después entrar dentro y acompañarlas un rato.

Una de sus ocupaciones ordinarias era la maledicencia; le causaba un placer inefable saber que los militares andaban divididos y recelosos unos de otros, que los cortesanos y políticos no podían verse entre si, y que los eclesiásticos se despedazaban mútuamente. Apenas despuntaba un general, un escritor, cualquiera, en fin, que valiese, se dedicaba cuidadosamente á derribarlo, abrumándole de intrigas, burlas y desprecios. El clero sobre todo era objeto de sus desaires y humillaciones; como no le inspiraba el temor que la gente de espada y pluma, le hostilizaba y mordía sin ningún miramiento. A esto se atribuyó una violentísima pastoral que el Obispo de Urgel publicó en Estella quejándose de la corrupción del campo carlista y de la irreverencia de éste al catolicismo, y diciendo, en un arranque amenazador, que Maroto fué en otra época el instrumento de que Dios se sirvió para castigar faltas semejantes.

La maledicencia de don Carlos llegaba frecuentemente á lo más rastrero imaginable. Si sabía que dos militares de importancia se querían, llamaba á uno, y después de hablarle de cualquier cosa; le decía: «Fulano, guárdate, porque tienes enemigos».—«Señor, contestaba el otro; sin duda los tengo, pero como nada pueden alegar contra mí, no los temo.»—«Sin embargo... ¿Conoces á zutano? añadía, nombrándole al amigo.»—«Señor, sí; es íntimo mío.»—«¿Íntimo, eh? exclamaba él sonriendo. Buena mano

tienes para elegir á tus amigos de confianza.»—«Señor... decía el otro cortado.»—Mira, proseguía don Carlos, si me prometes no revelarle nada, te referiré lo que me ha contado. No quiero que riñas con él, sino que te prevengas. Alarmábase el otro, y prometía al Pretendiente callar. «Sabe, pues, continuaba don Carlos, que la última vez que estuvo aquí, me dijo que eres un ladrón, que habías robado tanto en tal ó cual punto, y que sólo me sirves para hacer tu negocio.»

El acusado se exasperaba, y creyendo que aquellas revelaciones eran ciertas, protestaba de su inocencia, y atacaba violentamente á sn pretendido contrario. «Señor, es una calumnia, es una bellaquería, es una infamia, exclamaba: y si no hubiese dado á V. M. palabra de callarme, correría á arrancar el corazón á ese bellaco.

Don Carlos se aprovechaba de su exasperación para decirle: «Yo no he creido nada, porque harto conozco tus sentimientos; tan sólo me he figurado que era uno de esos enredadores que, temiendo que tú contases sus líos, te los colgaba á ti, para desautorizarte.» Casi siempre la víctima caía en el lazo, y descubría todos los secretos de su amigo.

Entonces el Pretendiente lo despedía, dándole algunos tirones de solapa, y hacía comparecer al otro, y le contaba en las mismas formas hipócritas lo que su amigo acababa de referir; indignado aquél, se vengaba descubriendo todos los chismes del otro. «Has hecho bien avisándome, decía al Pretendiente; como ya sabía que eres leal y honrado, he supuesto en seguida que quien te desacreditaba no podía ser bueno.» Don Carlos creía que de este modo se hacía superior á todos, porque era el único que quedaba entero, sin ver que lo que realmente lograba era atraerse el odio secreto de muchísimos.

¿Qué había de resultar con este sistema? Que como don Carlos era incapaz de pensar, de gobernar y de

dirigir, al desprestigiar á sus hombres los anulaba para toda acción provechosa á su causa. De aquí que el descontento cundiese, y que cuando iban emisarios, como fueron varios de Dorregaray desde el Centro á Estella, volvieran tan alicaídos, tan pesimistas, que sembraban el desaliento por donde quiera que iban al contar el mal resultado de su viaje, declarar que no se esperase nada, y al mismo tiempo describir lo que pasaba en el Norte, donde todo eran rencillas en la corte y el campo carlista, todo divisiones, todo liviandades, vicios y hasta crímenes, y que el Pretendiente vivía en la crápula y la intriga, el ejército vasco-navarro se desmoralizaba, y el pais se apartaba rápidamente de la guerra y del carlismo.

Después de saber esto, parecerán menos duros, con serlo tanto, estos juicios que se emitían acerca de don Carlos y de su corte y de sus generales.

***

Decía Castells, hablando con Dorregaray de lo que ocurría en Cataluña:

«Aquí no hay ejército, ni armamento, ni municiones, ni dinero, sino gente que lleva malos fusiles, ladrones y asesinos que se llaman jefes, y saqueos á granel que tienen el nombre de operaciones. Si don Carlos fuese otro se hubiera hecho algo, pues al principio había elementos. Pero como es un tuno, un imbécil, un miserable, un canalla, que no tiene de príncipe sino el nacimiento y de rey el título, las cosas de Cataluña están perdidas.

El mando ha estado hasta ahora dividido principalmente entre Tristany y Savalls. Tristany es un vividor, un hipocritón, un cobarde y holgazán, más bien nacido para canónigo que para militar; se hace llamar conde de Aviñón, y hasta los perros se mean en él. Toda su guerra consiste de ir de pueblo en pueblo y de masía en masía, alojarse en las mejores casas, comer bien, charlar con las patronas, echar re-

quiebros á las chicas, y estar lo más lejos posible de las columnas. ¡Qué tipo! Así que entró en la Seo no se movió más de ella, y perdía el tiempo recibiendo á los curas, aceptando comilonas, y dándose tono por las calles con la faja á cuestas. Ahora lo han llamado al Norte, donde nos perjudicará cuanto pueda. Es un envidioso y maldiciente, que en Estella no parará un momento de hablar contra los que hemos quedado aquí pintándonos como traidores, cobardes, ladrones, ineptos. De un puntapié lo echaría á la calle otro que no fuese don Carlos, pero este danzante se complace en oir murmurar de los que mejor le sirven.

Nos ha caído un rey, que ni para las ranas vale. ¡Y pensar que queremos regalárselo á España para hacerla feliz! Mil veces prefiero la demagogia más desenfrenada. Y no digo esto porque ahora esté lejos, pues del mismo modo se lo espeté un día por escrito. Al principio de la guerra le mandé un papel donde le cantaba las verdades más duras. Crean ustedes que es una mala vergüenza tener por rey á don Carlos.

He tomado parte en esta guerra sin fe, sin esperanzas, ni entusiasmo, y á pesar de ello, me he batido de veras, prescindiendo de todo. Ahora haré lo mismo.

Si se acuerda que avance, y me rompa la cabeza, lo haré con toda mi alma, porque soy perro viejo, y lo mismo me da caer de un balazo, que de una calentura. A mi edad se ríe uno de todo. Ahora tengo cifrada toda mi dicha en tomar un polvo. Aspirando el tabaco me olvido del tunante de don Carlos, de las majaderías de Tristany, de las perrerías de Savalls, en fin, de todo; y tanto se me da de lo blanco, como de lo negro. Cuando estoy más cargado, saco mi cajita y mi pañuelo de cuadros, aspiro mi toma, me sueno, y ya está el hombre tan tranquilo como un canónigo. ¡Pardiez, á mi edad ya no se hace caso de nada!»

«En mi vida he visto un foragido de calibre igual que Savalls. ¡Qué *murri*, qué farsante, que pillas-

tre, qué *barret de riallas*, qué danzante! Toda su reputación es una comedia grotesca. No hablemos de sus títulos de nobleza, porque si el rey continua ennobleciendo á la gente de aquella estampa, cuando reine, los licenciados de presidio esconderán la bolsa al ver pasar á los nuevos condes y marqueses.

¡Ese Savalls! Desde que está aquí, no se ha ocupado sino en robar. La tercera parte de lo que ha cobrado la ha retenido para sus negocios particulares; con esto ha pagado á los que le daban bombo en los diarios, ha comprado á los que tenían influencia en la corte, y se ha hecho un fondo de reserva para cuando haya de emigrar. Lo sé de cierto... Por esto ha llegado á ser célebre y á obtener los títulos de conde, marques, teniente general y capitán general de Cataluña. Aunque sea un borrico, en estas cosas no es tonto. Ha mandado, dejando hacer á cada cual lo que le daba la gana, lo mismo á los jefes que á los individuos, y así está ello. Cada jefe tiene un rey en el cuerpo y toman por donde mejor le cuadra; y los voluntarios roban, asesinan, violan, incendian, y cuando no saben de dónde sacar dinero, venden el fusil. Voluntario ha habido que ha vendido su magnífico remigthon por veinte y hasta por diez reales. ¿Qué le importa á Savalls? Su teoría es; robad y dejadme robar sin meteros conmigo.»

Opinión del coronel carlista Guiu sobre lo que pasaba en Cataluña:

«La guerra por nuestra parte está agotada. Casi todos los jefes no piensan más que en robar y adular á los poderosos. No se hacen movimientos ni combinaciones. El favoritismo y la intriga dominan. No se paga á la gente, y para que calle y aguante, se le deja cometer tropelías. Yo tengo sobre esto una disciplina severa. Pago tan exactamente como puedo, no me meto un cuarto en el bolsillo, y llevo las cuentas limpias. No le perdono á mi brigada el menor desmán, y

¡vive Dios! que si me dijeran de mi mejor voluntario que había asesinado á alguien, ó violado á una mujer, lo hacía en seguida matar á palos. Conmigo no pasan estas cosas, porque quiero volver en la paz á cualquier parte donde haya estado en la guerra. Pero los otros jefes piensan y obran diferentemente, y en el ejército de Cataluña hay un *robatorio* tan escandaloso, que pasa de la medida. Nadie piensa ya en la guerra, sino en holgar y divertirse; nuestro ejército baila más que se bate, y parece creer que los enemigos han de venir á rogarnos que tomemos sus armas y nos dignemos ocupar sus plazas fuertes; de modo, que si el gobierno liberal hubiera seguido los impulsos de las poblaciones, ya habríamos tenido todos que huir á Francia.»

Gamundi se expresaba de este modo:

«Los de Maella no podemos guardar en la boca lo que nos sale del corazón, y allá tenemos que echarlo, aunque produzca un terremoto. Además ¿por qué he de callarme al tratarse de don Carlos? ¿qué tipo es ese para tenerle respeto? ¿no habla él también mal de mí? ¿no pronuncia mi nombre con las palabras más depresivas? Pintándolo tal cual es, hago al menos favor á los españoles, porque pruebo que si muchos somos bastante estúpidos para defenderle, al menos tenemos el tupé de desacreditarlo.

No hay muchos que conozcan bien á don Carlos... Don Carlos es tanto, bestia, animal, majadero, fatuo, deslenguado, imbécil, cobarde, envidioso, lujurioso, glotón, vanidoso, traidor, bajo, ridículo, bárbaro, tuno, hipócrita, desleal, embustero, miserable... ¿qaésé yo todo lo que es? En un año no acabaría si quisiese contar todos sus defectos y malas cualidades, y antes me faltarían las palabras que la materia ¿Y los que le rodean? ¡Qué corte la de Estella, y qué tipos y qué atajo de perdidos! Si yo no me hubiese puesto la boina en la primera guerra, á fe que ya hubiera plan-

tado esto y vuelto á Francia donde paso divinamente el tiempo repicando al fandango y pescando con caña. Pero hice la primera trastada y ahora la honra exige que continue disparando. Pues ¡viva Carlos VII, y caiga Carlos VII en el descrédito!

D. Carlos es capaz de todos los vicios, de todos los crímenes, de todas las maldades, de todas las ingratitudes, de todas las necedades, de todas las infamias, de todas las ridiculeces, de todas las canalladas que se pueden imaginar, y aun de muchisimas más. Desde que despierta hasta que se duerme no piensa sino en cómo hará daño á uno ó á otro; qué mal dirá de éste; qué partida serrana podrá hacer á aquél; cómo se deshará de uno; de que modo convertirá al otro en perro rabioso; si podrá deshonrar pronto á fulano; qué emboscada tenderá á zutana y mengana; y así siguiendo. No se ocupa de política, ni le importa mucho subir al trono; se divierte con nosotros como con las mujeres y los cortesanos; nos tiene por muñecas suyas, y se entretiene en vestirnos y desnudarnos, mimarnos, rompernos y tirarnos sucesivamente. Esto lo sabemos todos los carlistas; pero yo lo digo, porque soy de Maella; y tanto se me dá que Don Carlos lo sepa, como que lo ignore. Al fin y al cabo, ¿no dice él de mí que tengo facha de cochero? Pues el mismo derecho tengo yo para decir el alma que él tiene. Si no fuese carlista desde la primera guerra, no militara en sus filas; pero la consecuencia me obliga á continuar, y siga la broma; me río del resultado, porque tengo tres propiedades que me ponen á cubierto de todo, y son la cárcel, el hospital y el cementerio.»

Cuando hablaba con carlistas jóvenes, decía Gamundi:

«Si yo tuviese vuestra edad ¿qué había de ser carlista? Vale más estar como un cura en los infiernos (era su frase favorita) que llevar boina. Esto era bueno allá el año 37 que la mayor parte de los espa-

ñoles éramos unos lanudos; hoy es un gran disparate. ¿Qué demonios esperáis de esos tunantes de Estella y sobre todo del que los proteje? Ni triunfaréis, ni aun cuando triunfárais aquel memo haría caso de vosotros, que le habríais dado la victoria. No extrañéis, chichos, que os hable así el brigadier Gamundi, porque, como de Maella, es franco y cordial.»

Gamundi era apasionadismo por Cabrera (había sido su capitán de miñones); sentía por él verdadero fanatismo.

«Si él nos mandase, decía, ¿á dónde hubiéramos ya ido á parar? Creo que ya nos hubiéramos comido todo el mundo, *cuanto más á los liberales*. Pero bien considerado, ha sido mejor; pues en último resultado sólo aprovecharía á Don Carlos, quien á estas horas se hallaría en Madrid haciendo de las suyas; y aunque yo me bata por la causa, he de confesar que el triunfo de ese tunante sería el peor azote de España. ¡Pardiez! D. Ramon no ha querido tomar las armas por el rey, y ha hecho bien. Un tipo como don Carlos no merece tanto de un grande hombre como Cabrera. Además, ¡si lo ha tratado tan mal!... ¿A quién se le ocurre imaginar que Cabrera sea un carlista como cualquier otro y que no merezca la mayor veneración? Francamente, me alegraría de ver á Don Ramón mandándome de nuevo; pero lo sentiría por el favor que haría á aquel imbécil.»

Dorregaray, á pesar del cariño que profesaba á don Carlos, al verse abandonado en el Centro y calumniado por él y su asquerosa camarilla, no podía por menos de exclamar en el seno de la confianza:

«No espero nada, porque conozco las cosas. Mi trabajo y fortuna ne han hecho en el Norte muchos enemigos acérrimos, y entre ellos uno de quien lo temo todo, á pesar de lo que me debe; sin éstas, las demás enemistades me tendrian sin cuidado; pero esta es terrible, es disimulada, es implacable, es san-

grienta, es feroz; y aunque no la temo, porque con la razón no temo nada ni á nadie, confieso que puede echarme á perder.

Y queriendo disculpar al Pretendiente, añadía:

«Don Carlos no ha sido educado cual convenía, y ahora los que le servimos lo pagamos. Apenas un carlista se distingue, el rey toma celos de él; imagina que hace poca figura á su lado; le teme, le observa y hace espiar; pesa sus palabras, desconfía de sus expresiones y actos más inocentes; supone que quiere imponérsele; le coge odio, lo detesta, lo aborrece; le declara sordamente una guerra á muerte; lo compromete de mil modos; fomenta contra él todas las envidias, todas las contrariedades y obstáculos, y no sólo lo hunde, sino que, al verle caído, lo insulta y deshonra. Pero esto no se puede decir en voz alta, porque los liberales lo aprovecharían. Esto debemos saberlo nosotros, para nuestro gobierno.»

Al decirle el amigo á quien se confiaba, que quizás el mal se remediaría, porque don Carlos le haría justicia pasada la época de mala voluntad, Dorregaray le contestó tristemente:

«No lo creo; los odios de esta familia real son eternos y se trasmiten de padres é hijos. ¿No sabe usted cómo hablan del ilustre Zumalacárregui, que tanto hizo por ella, y que murió por culpa suya? Del mismo modo que el don Carlos del año 35. Todavía le odian á muerte, todavía dicen que era muy orgulloso, que quería mandarlo todo, que no respetaba ni al rey; y no contentos con esto, hacen chacota de su genio militar, despreciándolo como una cosa exajerada y supuesta. ¡Pobre don Tomás! ¡Si oyera lo que dicen esos jovencitos que, porque han nacido de una princesa, se tienen por hombres superiores! ¡Si viese cómo lo maltratan, cómo ni su memoria respetan.... ellos que deberían venerarla y hablar de él como de un héroe!...

Pues lo mismo empieza á pasar conmigo, aunque

yo no sea un Zumalacárregui; don Carlos ha dicho que quería imponerme á él, y al instante los ecos de su corte lo han repetido á coro; la frase ha llegado á oídos de don Alfonso y doña María, quienes se han apresurado á adoptarla, pronunciarla y extenderla; y hoy es ya general en la familia que yo quería imponerme, ser el verdadero rey, y convertir en pantalla á don Carlos. Verá usted cómo dentro de algunos años los hijos de éste lo repetirán como la cosa mas corriente del mundo.»

Parecer del general Mendiri sobre la prisión y causa formada á Dorregaray de orden de don Carlos:

«La calaverada del carlismo ha terminado y quizá no sobreviva á su vencimiento. Los que hemos peleado por él de buena fe, nos hemos lucido; después de sufrir en disgustos y privaciones lo que cada cual se sabe, ahora nos toca pagar aquella locura. Así no hubiésemos salido nunca de nuestras filas. Creíamos que don Carlos era un hombre, y hemos hallado que ni tiene sombra de tal. Todos somos víctimas de su carácter perverso. Lo peor que podemos desear contra nuestros enemigos, es que se hagan carlistas.

¡Pobre Dorregaray! ¿Quién se lo había de decir? ¡Un hombre tan digno, tan leal y desinteresado, verse ahora preso como un malhechor, encerrado, incomunicado y corriendo peligro de morir en un cadalso, acusado de una traición absurda y ridícula! ¡Qué escarmientos! Si, lo repito; la peor verganza que podríamos tomar de un enemigo, sería persuadirle á que se hiciese carlista, En cuanto á los adversarios que tengo en estas filas, no me preocupo del desquite: don Carlos se encargará irremisiblemente de vengarme de ellos.»

Reflexiones de un alto jefe carlista al ver el villano proceder de don Carlos con Dorregaray:

«Hé aquí un cuadro, me decía yo, en el cual hay mucho que aprender. Este hombre lo ha hecho todo por don Carlos, y ahora recibe tal paga, que sólo un villano se la daría. Toda la importancia del carlismo deriva de sus talentos, de su actividad, de su valor y pericia, lo cual, lejos de salvarle, lo ha precipitado en un abismo, donde debate con el descrédito y la muerte. Es un gran ejemplo que no debo olvidar.»

Juicio que al beato Lizárraga merecían don Alfonso y doña María de las Nieves, vulgarmente conocida por doña Blanca:

«Sus Altezas se han portado indignamente conmigo, me han arrinconado, me han burlado, me han desacreditado, me han puesto en ridículo. Sobre todo aquella mujercita Doña María, se ha ensañado con una crueldad de hiena. No se ha seguido ningún plan de los que propuse, no se me ha dado cuenta de nada, y cualquiera de aquellos masones de la corte sabía y dirigía más que yo; que yo, que soy tan católico y carlista; que yo, que he hecho tantos sacrificios por el partido; que yo, que soy el único que ha de llevar á S. M. á Madrid. ¡Ah, el corazón me brama al recordarlo!

Nadie sabe qué mala alma tiene aquel cachito de mujer. Imagina ser un general, hace planes de campaña, dirige operaciones, se mete en el bolsillo á su marido, distribuye las censuras y los elogios, niega y concede recompensas, estiende nombramientos... Valdría más que fuese á cuidar de la vajilla de su casa, ó á aprenderlo, si no lo sabe.

Esto es una babel. Y de todo tienen la culpa Sus Altezas. ¡Qué calamidad! Son peores que los liberales. Don Alfonso es un presumido, y su mujer una marisabidilla que le lleva los pantalones y lo ridiculiza delante del ejército. El Centro sería un baluarte inexpugnable si hubiera estado dos meses en

dos de juicio y una sombra de vergüenza, no tolera estas cosas por ridículas, impropias y peligrosas.»

Savalls, á su vez, juzgaba así á la pareja:

«¡Qué par de tipos! Como don Alfonso no ha tenido el talento de hacer que doña María le diese hijos, vinieron á Cataluña para distraerse y divertirse, y yo pagué la esterilidad de la señora. Aquel tipejo de mujer nos tenía cargados con sus pretensiones de heroina andante. ¡Y el avestruz de su marido admirándola como á un serafin guerrero!

Son dos muñecas que sólo sirven para hacer cortesias y tutear á la gente. Ellos fueron la causa de los grandes fusilamientos de Ripoll y Berga, que los liberales me cuelgan á mí, como si yo hubiera sido entonces el general en jefe. No, todo se hizo por orden de don Alfonso y consejo de doña María; yo sólo fuí el instrumento de que se valieron. Don Alfonso propuso los fusilamientos á su mujer; ésta los aprobó como medida de buen efecto contra los liberales; él vaciló en el momento de dar la orden, y ella le instó con tanta energía, que al fin cedió, y me mandó pasar por las armas á los 140 ó 150 carabineros y voluntarios que habían capitulado bajo promesa de salvarles la vida.

Doña María es una mujer sin corazón. En los campos de batalla y ante el cadalso se complace en ver la sangre humana, y mira los cadáveres con sonrisa irónica. Cuando atacamos á Puigcerdá, gritaba con su vocecita: ¡*Petroleo, voluntarios, petróleo, petróleo*! Después del combate de Alens, al pasar por delante del cadáver de Cabrinety, que estaba tendido en calzoncillos cerca de un muladar, doña María lo miró atentamente, y soltó una pequeña carcajada. Mas adelante, en el ataque de Caldas de Montbuy, decía que en entrando dentro haría echar á los diputados provinciales que la defendían al agua hirviente de las termas, y después tomaría un baño.

Es un pequeño tigre. Considera á los hombres como una distracción para su real espíritu, y los sufrimientos y la sangre agenos le deleitan y ayudan á pasar bien el tiempo. Cuando ve un combate, no sólo se interesa por las vicisitudes de la lucha, sino que también se complace en observar los gestos de los que caen muertos, las quejas de los heridos, y el aspecto de los difuntos. Varias veces noté que al ver doña María bambolearse á un carlista herido, se sonreía como si le hiciera gracia, y que al pasar por donde había cadáveres, se entretenía en mirar las posiciones y actitudes diciendo: «¡Qué ridícula facha tiene aquél! ¡éste me da gana de reir! ¡aquél está mejor! ¡qué arrogante ha quedado estotro! ¡es curioso ver un campo de batalla!» Yo he visto pasar por delante de ella á más de dos que iban á ser fusilados, y ella, en vez de compadecerse, se divertía estudiándoles la cara, para conocer «cómo tendrían las tripas en aquellos momentos.

He conocido muchas personas crueles, porque en tantas guerras é intentonas, ve uno de todo, en lo bueno y lo malo. Pues aseguro que hasta ahora no había hallado un tipo tan odioso como doña María. Y repugna más, porque es una mujer sanguinaria y cruel en un tipo pequeñito, delicadito, frío, finito, que habla con una vocecita agradable, que se sonríe con amabilidad y tiene aficiones artísticas. Al principio se cree que aquella damita, aquella señorita tan delgadita y vaporosa, ha de desmayarse á la primera gota de sangre que vea, y luego se ve que no sólo no se desmaya, sino que se distrae y divierte viéndola salir á borbotones de un herido, ó de un muerto que acaba de caer. Y es que, como se cree de un linaje superior al de los demás mortales, toma á la humanidad como un juguete, y cuanto más fastidiados estamos nosotros, más gracia le hacemos, más la distraemos y más interesantes le parecemos.

Don Alfonso es tan memo como don Carlos; sólo

que no es tan vicioso porque tiene menos temperamento. El príncipe está completamente supeditado por su mujer, que hace de él lo que quiere, disimulándolo un poco. Donde estén don Alfonso y doña María, no hay que preocuparse de don Alfonso, porque el general en jefe es ella. El marido hace todo lo que le dice la mujer. Son dos tipos que parecen nacidos y criados para vivir unidos. Don Alfonso tonto y bobo, y ella presumida y de malas entrañas; el marido con una boca que apesta, (no hay quien pueda aguantar de cerca ni de lejos aquel aliento asqueroso,) y ella medio tísica, delgada y raquítica.

Esta familia está dejada de la mano de Dios. A mí me hicieron sufrir mucho, porque al llegar imaginaban ir á la Granja á pasar un verano delicioso entre diversiones y entretenimientos; y como entonces teníamos encima aquel brutazo de Cabrinety, que nos amolaba de día y de noche, sin dejar dormir ni parar á nadie, calcúlese cómo estaría yo llevando conmigo á aquel par de títeres. Así es que hice cuanto pude para deshacerme de ellos.

Con la misma tranquilidad ve doña María fusilar á una docena de prisioneros, ó desafectos, que violar á dos docenas de mujeres. A mí me han cargado los liberales todos los excesos que nuestras tropas cometían, mas sin razón; quien me echó á perder la gente fueron los príncipes. ¿A qué no se atreve la soldadesca al ver que el general en jefe y su esposa, hermanos del rey, mandan degollar á la gente á quien se ha prometido la vida en una capitulación, y tomar las poblaciones incendiándolas con petróleo? Pues he aquí el origen de todos los desmanes de mis tropas. La prueba está en que, apenas aquel par de fantasmones fueron al Centro, pasó allí lo mismo, como se ha visto sobre todo en la entrada de Cuenca, donde se robó, asesinó y violó en presencia de don Alfonso y doña María, que lo estuvieron mirando con mucha frescura y tranquilidad. ¡Buen par son ambos!

Bien mirado, esto no tiene nada de particular: son cosas de la familia. El mismo don Carlos, ¿no es tan malo como ellos? Y doña Margarita ¿vale algo más por ventura? Es enfermedad de raza; Dios los ha hecho á todos así, y no pueden ser otra cosa. ¡Qué tipo don Carlos! ¡qué necio! ¡qué tonto! ¡qué presumido! ¡qué vicioso! ¡qué pérfido y majadero! En mi vida he visto cosa igual. Don Alfonso es tan memo como él, pero como tiene menos fatuidad, no choca tanto. ¿Pero don Carlos?.... ¡Si este hombre no es más que una pícara caricatura del género humano! Cuando ahora lo ví en Estella, no abría laiboca que no rebuznase ó hiciese *¡mu! ¡mu! ¡mu!* Si le hablaba de mis operaciones, contestaba *glorificat en maitines*, como decimos los catalanes.

¿Y qué diremos de los tipos de su corte? ¡Jesús, qué caras y qué holgazanes se ven allí! ¡Ah, cuánto zurriagazo les hubiera dado yo, á mandar! Siempre atisbando quien les echa dinero, porque entre todos juntos no pueden reunir una peseta; siempre murmurando de quien entra y sale, de quien habla y de lo que dice; muertos de hambre, de rencor, de envidia; escuálidos, sucios, tontos y pillastrones. Con dinero se alcanza en la corte todo lo que se quiera, por absurdo que sea: basta distrubuir entre aquellos famélicos un pseo de *cumquibus*. El que quiera ser Patriarca de las Indias, aunque sea casado le mandarán la Real orden.

Yo, la verdad, ya me he desengañado y cansado de todos; don Carlos, don Alfonso y su mujer me dan asco y estoy convencido de que la guerra está perdida. No me voy, porque el honor es honor, y habiendo entrado y seguido, me toca acabar; que si no fuera el honor, Savalls ya estaría tranquilo en su casa. De todo modos esta es la última guerra carlista en que tomo parte. No salgo mas, aunque el triunfo dependa de mi aparición.»

Cuando Savalls fué relevado por Castells, después de la toma de la Seo, habló de esta manera:

«D. Carlos me ha relevado, dando el mundo á Castells. Yo le quedo muy reconocido por este favor. No creo que Castells se envanezca de su nombramiento, porque ahí queda como el sepulturero del carlismo catalán. Que lo entierre bien, y que se vuelva á casa. El pobre Castells será la última víctima de la corte de Estella.

En cuanto á mi, me voy á Francia; y no sólo no volveré jamás á tomar las armas por esa imbécil é ingrata familia, sino que de hoy en adelante enseñaré á mis hijos á odiarla y despreciarla. Además pienso dar un Manifiesto diciendo quién es don Carlos, explicando mil cosas escandalosas de la corte de Estella, y exhortando á los carlistas á abandonar á aquel tipo renunciando para siempre á la guerra. No quiero que don Carlos engañe más al mundo y á mi patria.

En el mundo no se sabe aún quien es don Carlos; y yo creo que cuantos le conocemos debiéramos unirnos para darlo á conocer, á fin de que todos los cándidos y los ignorantes perdiesen la ilusión, y no se desquiciaran por un tipo que es indigno del más ligero sacrificio y del más insignificante favor. Opino que debe matarse cuanto antes á don Carlos á fin de que nuestro partido se divorcie de él, y tome otro rumbo, ó se disuelva. Los carlistas no pedemos ni debemos ya vivir de los recuerdos del 35, de los delirios de una familia ambiciosa y degradada, y del fanatismo de un clero que no piensa más que en la Inquisición.»

Savalls no publicó al fin su anunciando Manifiesto gracias á los consejos de algunos generales y á las súplicas de su hijo.

Juicio acerca del carlismo que emitió ante un general del partido, un caracterizado carlista de Gerona;

«La mayor parte de nuestras tropas y de sus jefes son prototipos de escándalo é impiedad. Los voluntarios blasfeman como carreteros, hacen por la calle los gestos más indecentes á las mujeres que pasan, juegan como perdidos, y dicen pestes de la religión misma; y los jefes... entre los jefes no hay uno, uno sólo, que crea en nada. ¡Si al menos lo ocultaran!... Pero hacen alarde de ello, mofándose del catolicismo y del clero, sin recatarse de nadie. Auguet es ateo y socialista. Es verdad que no da escándalo con sus opiniones, pregonándolas como los otros; pero al fin, ello es que no cree en Dios, ni en la sociedad; y ya ve usted si es grave que quien defiende la religión, sea de este modo de pensar.»

Estas miserias, estas rencillas, estos odios, este conjunto acabado de malas pasiones agitaba el campo carlista en los momentos en que las exigencias, los peligros y las necesidades de la lucha demandaban unión, seriedad y alteza de miras. ¿Qué no hubiera ocurrido si el triunfo llega por casualidad, y aquella chusma y aquel miserable se ven al frente de los destinos de España?

Las degradaciones, las infamias y los crímenes del periodo decadente en Grecia y Roma, hubiesen parecido virtudes elevadas y sacrificios sublimes comparados con los crímenes, las infamias y las degradaciones que España hubiera presenciado.

¡Y que haya aún quien hable del carlismo sino para maldecirlo y execrarlo!

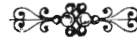
LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 10

El carlismo contra el clero.—Quejas de éste.—Don Carlos contra los fueros.—Pintura del pretendiente por varios jefes.—Odio á Cabrera y propósito de cortarle la cabeza.—Infame conducta de don Carlos con su hija doña Elvira.—Lo que hace hoy en Venecia.



ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

La procacidad de los diarios carlistas no reconocía límites durante la guerra.

Pedían á sus correligionarios «fusiles, cañones, lanzas, y al que no pudiese facilitar esos instrumentos de guerra, mil reales, cinco duros, una peseta y hasta dos cuartos, si á más no alcanzaban sus recursos, para Dios, para la patria y para el rey, amenazándoles con que no luciría para ellos la misericordia divina si no contribuían en la medida de sus fuerzas á sostener la causa de Don Carlos.»

¡Dinero! Este era para los asesinos aquellos el objeto primordial. Lo sacaban de todas partes, con peticiones, con amenazas, á mano armada... Y lo hacían, cuando les interesaba hacerse gratos á la opinión. ¿A qué no se hubieran atrevido si llegan á triunfar?

Con las subvenciones de ferrocarriles, los robos al Estado y á particulares, lo que les producían los secuestros y lo que el clericalismo les daba, los carlistas eran entonces los que más dinero tenían en España. Las casas de Banca alemanas é inglesas saben bien el dinero que se les enviaba de Filipinas.

Por estas razones, ya que el dinero lo es todo para los carlistas, mestizos é integristas adyacentes, en el bolsillo hay que castigarlos.

Sientan ellos el dolor ahí, y la guerra terminará por sí sola. Lo que todos ellos tienen, vale menos que la vida de un soldado.

No se comete al hacerlo ninguna injusticia. Es ya ley que el vencido pague los gastos de la guerra: cinco mil millones de francos le costó á Francia el ser derrotada por Prusia.

Apliquemos este sistema á los carlistas, pero desde que disparen el primer tiro, pues que tenemos la seguridad de vencerlos; decrétese el embargo de sus bienes, y véndanse tras breve tramitación. Así tendremos para los gastos de la guerra sin sacrificar al país.

Y no haya cuidado entonces de que la guerra dure mucho: el día que los carlistas, con careta ó sin ella, vean que tienen que pagar los vidrios que rompan, no romperán más vidrios.

Hay hombres que sufren resignados, y hasta orgullosos la cárcel, el presidio, el destierro; padecer *personalmente* por una causa política, se considera hasta una gloria.

Pero tóqueseles al bolsillo, embárgueseles sus bienes, vean pasar sus fincas á otros, sus enemigos quizás, y ¡adiós valor, idea del sacrificio, abnegaciones!... Los leones se vuelven corderos. Dar la vida, bien; pero el dinero... ¡oh! esto es superior á las fuerzas humanas... ¡Verse deposeídos, pobres!... No hay convición que resista á tan desoladora idea.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

EL CARLISMO CONTRA EL CLERO.--QUEJAS DE ÉSTE.--D. CARLOS CONTRA LOS FUEROS.--PINTURA DEL PRETENDIENTE POR VARIOS JEFES.—ODIO Á CABRERA Y PROPÓSITOS DE CORTARLE LA CABEZA.--INFAME CONDUCTA DE D. CARLOS CON SU HIJA DOÑA ELVIRA.--LO QUE HACE HOY EN VENECIA.

Siempre que los carlistas se han lanzado al campo, lo han hecho tomando por pretexto la defensa de la religión.

¡Hipócritas! ¡Embusteros! Desde don Carlos hasta el último oficial, salvo algún farsante como Lizárraga, se burlaban del clero; y si no rompían abiertamente con él, era porque entonces les hubiera faltado su primero y más valioso auxiliar.

Ya hemos hablado de la befa y el escarnio que don Carlos y los suyos hacían del obispo de Urgel, hasta el punto de qne, aun siendo hombre poco avisado y muy fanático, llegó por fin á comprender lo falso de su situación y en cuanto cayó La Seo en poder de los carlistas en 1874 corrió á su diócesis, no sin haberles lanzado duros cargos en un documento público.

Lo que don Carlos opinaba del clero, bien sabido es; lo que ya no trascendió tanto, fué lo que opinaban sus generales.

El más franco y simpático de ellos, Gamundi, se expresaba así:

«¡Los curas gobernando á España! Qniera Dios que no veamos tal calamidad. ¡Pardiez! todo es preferible al gobierno y política de los curas: la peste, *el cólera, la guerra, el hambre, la sequía, nada son* comparadas con la Inquisición religiosa y política.

Yo conozco á los curas, y sé lo que me digo. Si España ha de prosperar, es necesario que relegue los curas á la iglesia, que digan misa, que sermoneen, que confiesen, que beban y coman, y... Pero que no gobiernen ni puedan meterse con nadie, porque todo lo oprimen, todo lo malean, todo lo corrompen y echan á perder.

Los curas son peores que la fiebre amarilla, que Satanás, que el infierno y todo lo malo que se puede imaginar. Donde hay curas no hay ni puede haber cosa buena, no se hace ni puede hacerse nada á derechas, no fructifica nada, no adelanta cosa alguna y todo se pudre y carcome.

Al oirlo, le decían algunos sonriéndose:

—D. Pascual, ¿qué demonio de carlista es usted?

—Ustedes lo han dicho: *un demonio de carlista*, respondía él; pero un demonio particular, pues sobre los diablos y los curas hay mucho que decir. ¡Pardiez! Figúrense ustedes lo que debe pasar cuando un cura llega al infierno. ¡Qué baraunda! ¡que jaleo! ¡qué risas y algazara entre los diablos! ¡con qué gozo deben cogerle y echarlo á las calderas de Pero Botero, mientras el cura, todo sofocado y aterrorizado, pide misericordia y perdón á aquellas negras y espeluznantes figuras! Yo estoy persuadido de que ningún cura se escapa de ir al infierno.»

Savalls, indignado porque el clero queria prohibir los bailes que de acuerdo con don Carlos se celebraban en Cataluña y á los que él y los suyos eran tan aficionados, se expresaba en estos términos hablando con otros carlistas en San Quirse de Besora:

«Los curas hacen mucho daño á nuestro partido. Hay quien cree que nos dan vida, siendo así que son el elemento más pestífero que tenemos. Nos ha hecho el clero tanto mal, tanto, que quizás no exagero diciendo que él tiene la culpa de que no hayamos entrado en Madrid.

Estamos ya cargados de los curas hasta la pared de enfrente, porque los generales y jefes de este ejército, cuál más, cuál menos, no creen en nada de todas las cosas que enseñan; somos gente despreocupada, experimentada y corrida, que le hemos ya perdido el miedo al diablo y al fuego del infierno; y desde el *estudiant murri* de Miret, ese dandy presumido que, después de colgar los hábitos de la higuera se ha venido aqui á hacer el pollo y el guerrero, hasta Auguet, que es hombre que vale mucho, no somos más que un atajo de incrédulos y enemigos de las sotanas: Auguet ni siquiera cree en Dios. Así, pues, ninguno de nosotros puede sufrir á esta gente; yo soy el primero en mofarme de ella y cantarle las verdades más amargas.

No parece si no que esos señores curas nos han tomado por memos y doctrinos. Pues bonita es la gente del bronce que llevamos para andarse con rezos y puñetazos en el pecho.

Lo mismo ha pasado con la majadería de hacernos llevar eso que llaman corazones de Jesús. ¿Se ha visto nada más tonto y animal que un hombre muerto de un balazo y con una reliquia en el pecho que dice: *detente bala, que el Corazón de Jesús me acompaña*? Pues los curas son quienes han inventado esa mojiganga.

Si, digo que nos han matado, haciéndonos odiosos y cubriéndonos de ridículo ante toda España. ¿Cómo hemos de ir á Madrid, si hasta los perros de las calles nos ladran al vernos con esa animalada del *Corazón de Jesús*? Yo he hecho mucha propaganda en las filas contra esto; otros me han imitado, y ya vamos logrando que los mismos voluntarios se arranquen esa baratija y la tiren con mofa y escarnio.

Como toda reacción acarrea una revolución, en Estella propuse á don Carlos el remedio de la mala política del clero, que era fomentar bailes y hasta consentir el *cancán* para desvanecer las aprensiones

clericales del país: y como el rey lo aprobó como una gran idea, desde que volví á Cataluña sigo esta política, y no bien entro en una población, mando á los músicos que *cancaneen* del modo más infernal; y así que hay una fiesta mayor, corremos á ella, y no sólo permitimos los bailes, sino que nosotros mismos bailamos como alegres diablos.

De este modo he logrado contener un poco el daño que nos hacían las exageraciones del clero; y si éste no dijese en voz baja que lo hacemos para engañar á los tontos, y que cuando mandemos se prohibirá bailar, mejor nos iría. ¡Qué amor propio tienen esos hombres que nunca, ni por nada, quieren parecer vencidos! Si no fuese por esto hubiéramos logrado conquistar á la gente.

A nosotros nos han hecho más daño los curas que el mismo don Alfonso y su mujer; á los carlistas de Cataluña, pues de los demás no hablo. Con esos tipos de párrocos que hay por aquí no se puede hacer carrera, porque son tan despóticos, tan duros y tan chocantes, que lo que nosotros ganábamos á tiros, ellos lo echaban á perder desde el púlpito. No había párroco que desde que nos levantamos no amenazase con castigos á los vecinos del pueblo que le habían ofendido, ó de quienes estaba cargado; pues para hacerse enemigo de esta gente no hay siempre necesidad de ofenderles propiamente, sino que con frecuencia basta cualquier nonada.

Ellos amenazaban á sus agraviadores con la mayor frescura, y con no menor severidad. ¿Ha visto usted nada más tonto y absurdo? Así es que se puede bien decir que, dada la índole de estos párrocos, si el partido triunfase, un gran número de vecinos habrían de emigrar corriendo de sus pueblos, so pena de tener serios disgustos. Esos párrocos huelen todavía á inquisidores de aquel tiempo.

Nos han hecho mucho daño enagenándonos á gran número de personas que nos hubieran ayudado mu-

cho. Por la montaña circula ya el mismo grito que por las ciudades: *todo, todo, cualquier cosa que sea, menos el gobierno de los curas.* De modo que los curas van haciéndose tan poco simpáticos como los frailes del año 35, y si no cambian de modo de pensar y proceder, no les arriendo la ganancia,

Me hace muy poca gracia que los curas salgan á victorearme, y si pudiese, les contestaría mandándolos á sus iglesias con el plano del sable. Cuando en esta guerra ví que los PP. Escolapios se declaraban franca y abiertamente por D. Carlos, no pude menos de decir: ¡malo! Había benditos que se alegraban, creyendo que las Escuelas Pías eran un buen elemento de propaganda; pero yo ví de lejos lo que había de suceder, y no me equivoqué. Las opiniones de aquella gente se volvieron contra ellos mismos, los desprestigiaron, y encendieron más la rabia contra nosotros.

Cuando fuí á Estella hablé de todo esto á Don Carlos, quien me dijo también mil pesetas de los curas, asegurándome que desfiguraban su causa, pues él no defendía ésta ó aquella religión, sino sus derechos dinásticos, y, por lo tanto, que la cuestión de los curas le era indiferente

Entonces le propuse mi plan de revolución contra ellos, que le gustó mucho. «Ellos no quieren bailes, le decía yo, pues toquemos el *cancán*. Ellos no pueden sufrir las comedias; pues en cogiendo una compañía de cómicos se le hace representar las comedias más verdes.»—¡Magnifico! exclamaba Don Carlos entusiasmado. Así, así; al que no quiere caldo, dos tazas.»

Y así lo he hecho, porque, lo que yo decía: es necesario persuadir al pueblo que cuando nosotros mandemos, no sólo no gobernárán los curas ní habrá Inquisición, sino que hasta se podrá bailar el *cancán* en los cafés. Si yo hubiese entrado en Barcelona, ya lo tenía pensado de largo tiempo, entro

precedido de todas las músicas tocando el *cancán* más popular. El efecto que esto hubiera hecho en la ciudad hubiera reacionado á los barceloneses en favor nuestro.»

Lo que decía del clero el general Boet:

«Los curas no se proponen más que sujetar la nación á un despotismo teocrático, á fin de renovar aquellas épocas fetichistas donde mandaban como soberanos en la familia y los municipios pequeños, y tener la hinchada satisfacción de que, al pasar por la calle, los chicos corran á besarles la mano, los ciudadanos se les quiten el sombrero con una sonrisa servil, los alcaldes de monterilla se dejen gobernar por ellos, los padres y madres les consulten sus asuntos domésticos y sigan docilmente su parecer, y los moribundos ricos les distribuyan parte de su hacienda. No es la libertad de cultos y el régimen constitucional en sí mismos lo que les haya irritado, pues en otras épocas toleró la primera, y en general la ha tolerado muy campechanamente siempre que lo ha creído prudente ó necesario; y muchas veces defendió con gran tenacidad la libertad constitucional, en una ú otra forma, demostrando que es más pertidario de ella que del absolutismo.

Lo que los curas han atacado en la libertad de cultos y en el constitucionalismo, es el peligro de perder la influencia de que gozaban, sin ver que de este modo la han perdido inevitablemente, poniéndose en frente de la sociedad, que no sólo se ha disgustado de su couducta, sino que se ha divorciado de ellos. Por esto no son los curas de los españoles católicos, sino los curas de los carlistas, y cuanto más hacen por el carlismo, más pierden como ministros sagrados.

Hay sin duda eclesiásticos que no se dan cuenta de aquella diferencia y que, penetrados de un temor infundado sobre los destinos de su culto, buscan en

el triunfo del Pretendiente una verdadera defensa re*ligiosa; pero no sé cómo pueden conservar estas* ilusiones después de los rudos desengaños que han llevado durante las luchas carlistas. ¿A qué eclesiástico de buena fe se le puede ocurrir, por ejemplo, que las hordas de Savalls defendían el catolicismo? Allí no había más que una turbamulta de blasfemos, que de lo que menos se ocupaban era de religión. ¿Qué eclesiástico sincero puede imaginar que hombres como Cucala eran defensores del catolicismo, ni de otro culto? Y Dorregaray, y yo mismo, ¿cuándo hemos dado algún indicio de tal desvarío, ni la han dado nuestras huestes del Centro? No hablemos de don Carlos, porque éste es más enemigo de la religión que los materialistas más apasionados... Los carlistas que en la última guerra defendieron el catolicismo, hoy se han separado del partido, todos desengañados y tristes.

Sean francos los curas intransigentes, y digan con llaneza lo que verdaderamente piensan y quieren; manifiesten sin rebozo que su objeto no es religioso, sino profano; que no se preocupan de los intereses del culto, sino de los suyos propios; que no anhelan que luzca el catolicismo, sino resplandecer ellos; y que, á trueque de alcanzarlo, están dispuestos á apoyar eternamente á un hombre tan descreído como el Pretendiente, y á alistarle la canalla más corrompida é inmunda del país. Pero los desinteresados, los piadosos, háganse superiores á esa preocupación; miren á su alrededor, vean lo que han logrado, y salgan á toda prisa de un camino por el cual conducen á la ruina la institución que anhelan salvar. ¿Qué sacó el clero de la guerra del 35? La pérfida de los conventos y de gran parte de su prestigio social. ¿Qué ha sacado de la del 72? La pérdida del respeto que aun inspiraba, pues hoy el país desconfía de los curas como de enemigos encarnizados.»

El clero que había llegado á conocer á D. Carlos, deploraba en voz baja lo que ocurría, reconociendo que le faltaban condiciones para defender ó representar una causa religiosa, se escandalizaba del trato que recibían en la corte el obispo de Urgel y otros eclesiásticos, y declaraba que el Pretendiente no era digno de su apoyo. Decían los curas entre sí:

«Debemos confesar que las cosas van muy mal. El rey es un tunante que nada respeta, ni aun los claustros de religiosas. ¿Qué visitas son esas que hace á los conventos de Estella con su corte de mozalvetes sin pudor, bailando allí ellos y ellas al son de una guitarra? ¿Qué comportamiento es el suyo, que ni las doncellas ni las casadas están seguras de su lujuria? ¿No es hora ya de poner coto á este y otros escándalos? Así no se defiende la religión, si no que se la desacredita y derriba.»

«¿Cuándo nos ha respetado? decían otros; ¿cuándo nos ha atendido? ¿cuándo nos ha elevado? ¡Ah! todos hemos visto cómo se mofa de un hombre como el Sr. Obispo de Urgel que tanto le quiere y tan adicto le es, y con qué desdén nos mira á los demás sacerdotes, desde los más eminentes hasta los más humildes. Don Carlos es una gran calamidad, que siembra la impiedad y el vicio por nuestro país.»

Para que el desencanto llegase á todos, se le metió á D. Carlos en la cabeza que los fueros vascos eran uno de los primeros obstáculos para triunfar, que las Diputaciones y Juntas impedían el gobierno y administración de sus Estados, que por culpa de ellas no se sacaba de la riqueza territorial todo el fruto que podía dar, que eran culpables de la inercia que había en el ejército, y que convendría suspender el régimen foral durante la guerra, sustituyéndolo por una administrrción politica y militar que dependiese de él y que estuviese centralizada en manos de gente de su confianza. «Si yo, exclamaba, fuese aquí ver-

dadero rey, si pudiese mandar como tengo derecho, ya estaría en Madrid. ¿Pero quién hace nada, aprisionado entre esos fueros, Diputaciones y Juntas?» Y los cortesanos le decían que tenía mucha razón, porque los fueros eran una antigualla odiosa.

Ya desde el principio había hecho establecer unas *oficinas centrales de la guerra, con el objeto de introducirlas* en el régimen foral, concederles atribuciones, y organizar un dualismo que, produciendo confusion, le permitiese sobreponerlas á las de las autoridades provinciales; y aunque no lo alcanzó, y los vascos-navarros se burlaron de su proyecto, no lo abandonó, esperando ocasión de realizar sus intentos.

Más adelante, en París, don Carlos decía, haciendo una relación de su plan:

«Yo no podía sufrir el régimen de los fueros. Con esta clase de gobiernos me hallaba allí á ración, como los soldados; no sacaba un cuarto de las Provincias y de Navarra; vivia en la mayor escasez; si quería dinero, había de pedirlo al duque de Módena ó á Margarita, y muchas veces me hallé en grandes apuros para disponer de alguna cantidad. Si hubiese persuadido á aquellos brutos de que por algún tiempo me dejasen mandar de veras, ó si al menos hubiese podido imponerles mis ideas, otro gallo me cantara.»

Opinión de los oficiales superiores del ejército carlistas, poco antes de terminarse la guerra:

«No hay nadie capaz de salvar la situación, decían; todos estamos agotados, porque el rey nos ha esterilizado, si dejarnos hacer nada. Aquí había muy buena voluntad y muchos recursos, pero se han malogrado, impidiendo que se beneficiaran. Las operaciones se han hecho sin ton ni son; ningún jefe ha podido estar seguro en su puesto veinticuatro horas seguidas; hemos tropezado á cada paso; hemos tenido que luchar mucho más unos contra otros, que juntos contra los liberales; nada se ha estimado en lo que

valía, ni la buena voluntad, ni los buenos deseos, ni la bizarría, ni el talento; hemos sido todos víctimas de la intriga y de la imbecilidad de media docena de pillos, y hoy no hay un solo general que no sea impotente para poner algún orden en este caos.»

«Si á mí me diesen esto, murmuraban los ambiciosos, lo aceptaría por cumplir con un deber, pero sin esperanzas de ser mucho más afortunado que los que ahora lo dirigen. Las dificultades no residen en la guerra, sino en esa gentuza de la corte.»

«Si me quitasen el mando, decían los que lo tenían, lo dejaría con muy poco sentimiento, porque ya estoy cansado de estas luchas sordas que me enervan y abruman. Mandar en estas condiciones, es una fatalidad.»

Ultimos detalles para conocer á ese imbécil por quien tanta sangre han vertido los españoles.

Un jefe del ejército liberal, que se marchó al carlismo creyendo que efectivamente don Carlos reunía condiciones excepcionales, quedó sorprendido en la primera entrevista que tuvo con él, al verle á cada instante estirándose los puños de la camisa, al oir las estupendas preguntas que le hacía y las ideas estúpidas que lanzaba acerca de Cuba, de donde aquel jefe acababa de llegar, y al enterarse de que había propuesto una alianza á los insurrectos de la isla. Persona ilustrada el jefe, no podía volver de su asombro y se decía mentalmente:

«¿Qué tipo es éste? ¿Qué mezcla de payaso y monstruo ofrece este hombre? ¿Qué confusión de majadería, de perversidad y groseria? ¿A qué vienen esos gestos con los brazos, esos movimientos de piernas y esos erguimientos ridículos de cabeza? ¿Este es don Carlos? ¿Este ha de ser rey?»

Cuando le preguntó si era cabrerista ó carlista, y el jefe le dijo que lo último, oyó al Pretendiente expresarse así:

«Así me gustas. Sé de mi partido y vive divorciado de todo bando, pues en el carlismo no debe haber más partido ni más fracción que yo. Los carlistas no podéis ser como los liberales. Todos, desde los más altos hasta los más bajos, debéis tenerme á mí por único partido, por vuestro rey, vuestro padre, vuestro árbitro, vuestro amparo, vuestro juez, vuestro Dios; y cuando yo hablo, todos debéis inclinaros.

Estiróse los puños de la camisa, y prosiguió:

«Tomar por jefe á uno de mis vasallos es menospreciarme é injuriarme á mí; es cometer un crimen de lesa majestad. En mi debéis tener puestos siempre los ojos. Por D. Carlos debéis vivir y por D. Carlos morir. D. Carlos es el soberano de vuestras vidas, de vuestras haciendas, de vuestra libertad, de vuestro presente y de vuestro futuro. D. Carlos puede despojaros, encarcelaros, desterraros, mataros, porque ha nacido por disposición de Dios para representar la religión, la moral, la patria, la justicia, la familia, la propiedad, la industria, la ciencia, el arte, la agricultura y la táctica militar. Con que trabaja como bueno, y deja tu suerte en mis manos. Vaya, adiós.»

Y dicho esto, le dió un tirón de la solapa.

El jefe aludido salió medio loco, y fué á dar una vuelta por las calles más desiertas para recobrarse algún tanto: «Señor, se decía; ¿que vendabal me ha caído encima? ¿Es esto un rey, ó una caricatura de rey? ¡Qué manera tan extraña de expresarse! Los insurrectos, los peninsulares, Cabrera, los decretos divinos ¿quien sería capaz de poner orden en este caso? Este hombre es tonto, y más malo aún que tonto. ¿Decirme á mí, á quien no conoce, que hizo proposiciones de alianza á los insurrectos cubanos? No he oído en mi vida mayor simpleza política.

A los pocos días tropezó el jefe aludido con un amigo, procedente también del ejército liberal, el que, al enterarse de su conversación con D. Carlos, le dijo:

—Ve con cuidado, porque no puede darse aquí peor nota que la de cabrerista, sobre todo si el que la da es oficial pasado. El rey no puede ver á Cabrera ni sufre que se hable de él en su presencia. Si cometiese Cabrera el disparate de venir, quizás sería fusilado en 24 horas.

—¿Qué tiene D. Carlos contra él para odiarle tanto?

—Cada cual lo cuenta á su manera, pero ve á saber la verdad. Lo que positivamente hay es que el Pretendiente odia profundamente á Creras y que éste desprecia á aquel con toda su alma. El origen de esto parece muy antiguo, pero se asegura que hace pocos años hubo entre ambos un choque, que inflamó á D. Carlos. Cabrera tuvo una entrevista con el Pretendiente, quien le trató como á un cualquiera, llamándole de tú, y hablándole sin la menor educación. El tortosino no lo toleró, y le dió una lección dura.

«Sé, le dijo, que se ha educado muy mal á V. A., que no le han enseñado nada útil, que nadie se ha cuidado de hacerle un príncipe digno de pretender el trono de España, y que hasta se han acostumbrado á llamarle majestad, como si ya fuese rey. Tenga, pues, ante todo entendido V. A., que el señor conde de Montemolín, que sabía y valía mucho, y sobre todo era nn príncipe de mucha urbanidad, en atención á mis servicios me trataba de usted y me consultaba como á un igual; y que yo, no sólo no daré á V. A. el tratamiento de majestad mientras no esté en el trono sino que no toleraré que V. A. me vuelva jamás á tutear.

Después de haber añadido Cabrera algo más que le pareció bien, ambos se separaron, quedando don Carlos hecho un trapo.

Un día que se hallaba en su jardín, alguno habló halagüeñamente de Cabrera, y él todo colérico cortó de un arbol una rama, y tirándola con furor, exclamó:

«Si un día entro en Madrid, lo primero que haré será cortar la cabeza de Cabrera, como he cortado esta rama.»

Algún cabrerista que lo oyó recogió la rama y se la mandó á la señora de Cabrera, con una carta donde le explicaba la escena. La señora la refirió á su marido, rogándole que abandonase el partido de semejante malvado; y viendo que no podía convencerle, plantó la rama en una maceta, y cada vez que llegaban comisiones carlistas á su casa, á la hora de comer mandaba sacar la maceta, y delante de todos decía:

«Ramón; acuérdate que D. Carlos ha jurado cortarte la cabeza como cortó esta rama.»

—

¿Qué ha hecho después ese hombre que tenga alguua resonancia? Sólo esto: arrojar un padrón de ignominia sobre la frente de su hija doña Elvira, que ya por estravío, ya por ejemplos que él le ha dado, ya por impulso de la pasión se olvidó de sí misma y se escapó con un pintor italiano.

He aquí el infame documento que, por exhibirse, lanzó á la publicidad su padre, haciendo que se trocara en asco y desprecio el impulso de compasión que inspiró su desgracia:

Á LOS CARLISTAS

Sois mi familia, mis hijos queridísimos, y me considero en el deber de anunciaros que otra hija mía, la que fué infanta doña Elvira, ha muerto para todos nosotros.

¡Que Dios, en su infinita misericordia, se apiade de aquella alma infeliz!

En este golpe terrible, que parte el corazón, me siento fortalecido por dos consuelos supremos: la gracia de estado, que pido con el fervor de siempre, y la seguridad de que no han de faltarme ni vuestras oraciones ni vuestro cariño, que de todo me compensa.

Carlos.»

¡Cuanta maldad y cuanta hipocresía! ¡Qué desverguenza y qué cinismo! Absuelta quedó la hija en la conciencia de todo hombre honrado, desde que le lanzó su padre ese estigma.

La prensa de toda Europa trató como se merecía al digno jefe de los Savalls, los Santa Cruz, los Rosa Samaniego, los *Jergones* y otros asesinos de ese jaez, en el momento que vió que deshonraba de tan villana manera á su hija. E hizo perfectamente; no tenía ese hombre derecho á que ninguno bien nacido tomase por desgracia lo que á él le servía para una exhibición personal.

Hasta León XIII lanzó una frase terrible contra D. Carlos.

Para muestra de lo que la prensa dijo, basta copiar unos párrafos de un colega, que no se distinguió ciertamente por su dureza al juzgar el acto:

«Si las fieras supiesen escribir, jamás hubieran suscripto documento semejante, porque por encima de todas las fierezas estará siempre en el corazón de los padres una debildad sublime: la de los hijos. El que no la sienta no es padre, uo es siquiera hombre; es una *cosa*.

La lectura de ese documento nos ha inspirado repugnancia y desprecio hacia ese hombre sin corazón, sin alma, sin conciencia, que invoca el nombre de Díos para mancharlo con una infamia.

Sí; porque infamia, y grande, es el renegar de una hija que, si cometió una falta, quizá fuera inspirada en la conducta licenciosa que observó siempre su padre.

Díganlo si no las húngaras aquellas de antaño, dígalo la virtuosa dama doña Margarita, que bajó al sepulcro ahogada, tal vez, por el rubor que le producía el libertinaje de su esposo; dígalo... pero ¿á qué citar más ejemplos? No son menester.

Porque aunque D. Carlos fuera el hombre más casto y virtuoso del mundo, aunque pudiera arrojar «la

primera piedra», esto no le daría derecho jamás á tener entrañas de Nerón.

¿Qué opinan los carlistas del documento de su amo? No lo sabemos.

Pero seguramente lo habrán encontrado de perlas.

Al leerlo se extremecerían de placer, pasando por sus cerebros, como «hermosa visión de horrores y de sangre,» las carnicerías de Cuenca, de Olot... Sí; sentirían hondo placer, porque al fin y al cabo ese documento es alma de su alma; no es humano, es carlista»

Si hechos anteriores no hubieran demostrado cumplidamente lo que es el rey de los carlistas, lo que ha hecho con su hija Elvira bastaría para colocarle entre los hombres de nivel moral más bajo, de menos sentido común y de ignorancia más supina.

¿Qué hace hoy y qué representa?

El siguiente trabajo del notable escritor Blasco Ibañez, que estuvo en Venecia el año anterior, nos lo va á decir claramente:

EL ABURRIDO DE VENECIA

Eran las cuatro de la tarde en el monumental reloj de la *Procuraduría Vechia* cuando entré en la plaza de San Marcos.

El sol de primavera, tamizado por la sutil neblina de las lagunas, coloreaba con suave tinte anaranjado las tres alas de la plaza, con sus soberbias columnatas de mármol, y en el fondo, cerrando como muralla de oro el gigantesco cuadrilátero, alzábase la basílica de San Marcos, dorada, afiligranada, casi aérea, cual maravilloso relicario digno de ostentarse sobre el pecho de la esposa de Micromegas.

La banda municipal de Venecia, una de las mejores del mundo, conmovía los ecos de esa plaza, jamás despertados por el rodar de un coche ni el trotar de un caballo, con la arrebatadora *cabalgata* de la *Walkiria*; la valiente página de Wagner, que des-

pierta extremecimientos de asombro y entusiasmo, parecía hacer palpitar con momentánea vida los cuatro corceles de bronce pataleantes sobre la portada de la basílica; volteaban en el espacio como tromba de plumas los mil palomos de San Marcos, cubriendo tan pronto, cual mantos de reflejos metálicos, las mesas de los cafés al aire libre, como arrojándose con arrullador impulso sobre los grupos de niños que les presentaban granos de trigo en sus manecitas; y por debajo de los pórticos, ante las deslumbrantes joyerías y las tiendas de azulados espejos, paseaba esa población cosmopolita y bizarra, que la hermosura de Venecia atrae de todos los extremos del mundo: americanas morenas de ojos soñadores y varonil andar; austriacas esculturales, macizas, con la rubia cabellera suelta como bandera de oro, y esbeltas inglesas ostentando bajo el hombruno sombrero de paja los bucles cenicientos y los ojos azules, profundos y melancólicos, que parecen reflejar la suave y tranquila belleza de los lagos de Escocia.

La primavera veneciana acariciaba la plaza con su hálito tibio, en el que se confunden la salitrosa y vivificante emanación de la laguna con los perfumes de los jardines del Lido. Brillaba al sol la decoración policroma de la plaza; parecían arder los muros pintados de ese rojo obscuro que domina en toda la ciudad y los artistas llaman *rojo veneciano*, y el aspecto de la animada muchedumbre traía á la memoria los recuerdos gloriosos del arte en Venecia, como si al mágico conjuro de la música de Wagner resucitasen todas las esplendideces fijadas en el lienzo por Ticiano, el Veronesse y Tiépolo.

Algunas palabras españolas que sonaron á mi espalda, hiciéronme volver rápidamente la cabeza. Salían indudablemente de labios poco acostumbrados á pronunciarlas; las *erres* se arrastraban trabajosamente, sin lograr despojarse de su envoltura de *ges*, y las *jotas* acababan por no salir después de trabajosas

intentonas de evasión... Eran sin duda comisionistas de comercio ó *turistas* que, preparando su viaje á España, ejercitábanse en el castellano.

Pero cuando al volver la mirada me encontré con un matrimonio que marchaba lentamente, cogido del brazo, parándose ante los escaparates, reconocí inmediatamente sus rostros, muchas veces vistos en ciertos periódicos, y no pude contener una exclamación de asombro.

Esto último requiere explicación. ¡Extráñense los curas belicosos, los energúmenos de seminario, los aventureros que sufren la nostalgia del monte y al abrir el periódico del partido buscan inmediatamente la noticia de que el *Señor* sigue sin novedad en su importante salud, allá en el palacio de Loredan! Inconvenientes de las malditas creencias liberales é impías. Yo, tan español como ellos, estaba en Venecia cuatro dias, y subyugado por la belleza de la ciudad, los esplendores de San Marcos y el palacio de los Dogas, ni remotamente había cruzado por mi memoria el recuerdo de que en el mismo sitio vive el hombre destinado por la Providencia para hacer la felicidad de España.

Por esto al verme repentinamente en presencia de don Carlos y doña Berta, no puede contener el asombro que me causaban, no sus regias personas, sino mi falta de memoria y de respeto á la majestad.

La ví á ella, pequeñita, delicada, con la tez amarillenta, de insignificante belleza, los ojos menudos pero vivos, con cierta altivez imperiosa que delata ambición y tenacidad. Los años pasados en el convento se revelan aún por cierto encogimiento, por falta de costumbre en llevar las modas modernas, hasta el punto de que el elegante vestido de luto parecía quererse huir de su cuerpo moldeado por el hábito.

El era el de siempre: pero no impunemente pasan los años y se adquiere fama de atleta en los juegos olímpicos del placer. Aún está en pie aquel buen mo-

zo que no dejó á una sola de las guapas muchachas de Navarra sin conocer á qué sabe la carne de rey; pero se sostiene como torre arruinada, con retoques y falseamientos interiores; la barba gris con más pelos blancos que negros, los ojos empequeñecidos por las profundas arrugas de la pata de gallo, y el andar inseguro y pesado del que siente que los placeres se vengan cosquilleándole dolorosamente la médula.

Apoyábase en el brazo de su mujer, y á pesar de su alta estatura, que aún parece mayor al lado de la pequeña doña Berta, notábase la superioridad de ésta. Se adivinaba el imperio de la mujer que, por ser dueña de los millones domina al marido arruinado, y poco segura de él, lo tiene á todas horas bien sujeto, imponiéndole su voluntad.

Aún recuerdo con todos sus detalles aquel encuentro. Cuando se pasea por el vacío de un país extranjero la irrisoria majestad de un trono fantástico, cuando se sufre el aburrimiento de la soledad lejos de una nación en la que se tiene partidarios y de los cuales se habla á todas horas á la mujer que ha entregado mano y fortuna esperando sacar del negocio una corona de reina, se siente la necesidad de tener noticias de allá que no sean las frías y concisas de los periódicos, se desea recibir todos los días la visita de un fiel cuyo fanático entusiasmo avive la fe de los que languidecen en el aislamiento de una ciudad liberal é indiferente.

Por esto don Carlos, al notar mi exclamación ó más bien dicho mi interjección española de sorpresa, seguida de curiosas miradas, debió tomarme por uno de sus vasallos, por alguno de los que hacen el viaje coc la esperanza de admirar al Señor, y pasó junto á mí sonriendo benévolamente.

A pocos pasos detuviéronse ante un escaparate. No miraban nada. Hablábanse en voz baja y por ciertos movimientos de él adivinábase lo que decía:

—Ahí detrás hay un español. ¡Pobrecillo! Debe

ser uno de los nuestros que habrá hecho el viaje sólo por vernos.

Y los dos volviéronse lentamente para ver al vasallo que estaba á pocos pasos. Ella sonreía maternalmente, como animándome con ensayada bondad á que me aproximase. Hermoso momento para haber reproducido una escena de la Edad Media, arrodillándome á sus pies, pidiéndoles las regias manos para besarlas y acogiendo como un gran honor el que su egregia majestad se dignase hablarme de tú.

Pero no sé qué demonios vieron en mí, no sé si reí ó hice alguna mueca, lo cierto es que repentinamente recobraron su gravedad de reyes cesantes alejándose como si nada hubiera pasado.

Después volví á encontrarlos. La plaza de San Marcos es el único paseo de Venecia, y aunque grande, se cruza uno en una tarde más de cincuenta veces con las mismas personas. Siete ú ocho días estuve en Venecia, y en este tiempo perdí de cuenta los encuentros con el regio matrimonio, el cual parecía multiplicarse, como si tuviera don de ubicuidad: unas veces paseando en el Lido, otras en góndola en el Gran Canal, y hasta una noche en las mesas del café Florián. Acabé por sabérmelos de memoria.

Y siempre al verle á él, asaltaba mi imaginación el mismo recuerdo. Me transportaba á los tiempos de mi niñez; la juventud en masa arrancada de los campos y talleres para reforzar el ejército; el movimiento de producción paralizado; el progreso detenido; las ciudades convertidas en cuarteles con las trompetas siempre resonando en las calles y las casas repletas de alojados; las columnas pasando y repasando por los mismos sitios con sus soldados andrajosos, polvorientos, tostados, ceñudos, con luengas barbas y mirada fosca, siempre en busca de un enemigo que sólo se mostraba cuando era cien contra uno; las sangrientas luchas de kábila reproduciéndose en Cataluña y el Maestrazgo; el hermano matando al hermano; el pa-

dre fanático reconociendo el rostro del hijo en el recluta que acaba de tender á sus pies; el cura Santa Cruz resucitando la guerra de horda, luchando á impulsos de la barbarie hereditaria como pudiera luchar una tropa de hunos; los bandidos con boina cegando las simas con carne humana; inermes prisioneros con los pantalones caídos y obligados á huir tambaleantes ante la caballería que los acuchilla, mientras los canallejas del *requeté* celebran con carcajadas esta broma macabra; los pueblos viendo horrorizados en sus plazas, donde antes se celebraban alegres fiestas, los fusilamientos de hombres á los que se arranca de los brazos de su esposa y de los pequeñuelos que se agarran á sus piernas; viejos sacerdotes, odiados por ser liberales, con una cuerda al cuello, de la que tiran los chicos de la partida, paseados como perros rabiosos por montes y barrancos hasta que caen al fin acribillados á tiros y bayonetazos; las vías férreas cortadas; las estaciones derrumbadas entre llamas; los trenes rotos y desvalijados mientras los viajeros se alejan, á pie, formando un rosario de prisioneros, entre culatazos y palos, como una caravana sorprendida por los beduinos; Cuenca coronada de chispas y nubes de denso humo, con las calles empedradas de cadáveres y muebles descerrajados, y las casas desplomándose para ocultar entre sus escombros los horrores del robo y la violencia; y todo esto cúmulo de crímenes... fueron por este hombre que pasea tranquilo, satisfecho de lo que él llama sus derechos, convencido de que mientras cuente con el apoyo de unos cuantos miles de imbéciles ó de desalmados, su única obligación en la tierra es desangrar y deshonrar á un pueblo infeliz.

Nunca como al ver de cerca á ese hombre que tan tristes recuerdos evoca, al rozarme con él en medio del gentío, he comprendido la sublimidad de esos medios violentos del regicidio que, vistos en la historia á través del tiempo y lejos de las circunstan-

cias, resultan muchas veces odiosos. Entonces comprendí que hay tiros ó puñaladas pueden resultar santos si libran á toda una nación de la guerra civil y evitan que el comerciante se arruine, el agricultor perezca de hambre y centenares de miles de madres se vistan de luto, todo por culpa de un solo hombre.

Por desgracia en el mundo el mal retoña siempre. Entre gentes que aspiran á un trono, suprimir al padre es hacerle un favor al hijo, que desea la desaparición de aquél para ver saciadas sus ambiciones; y el peligro no está en el Pretendiente, sino en la barbarie nacional, en el fanatismo de esa gran masa ignorante que cree como artículo de fe lo que dice el cura guerrillero, se entusiasma con la leyenda sangrienta de Cabrera, semejante á la de Atila, y sueña en resucitar lo más deshonroso y muerto de las tradiciones.

Cuando se trata de una régimen político basado únicamente en la bondad de las ideas, es inútil hablar de las personalidades que lo representan; pero el carlismo es un partido puramente personal; lucha por encumbrar á un individuo, al que cree despojado; y yo, mirando á D. Carlos, me preguntaba: «Qué hay de extraordinario en este hombre, en este veterano de Afrodita, que guarda en su médula enferma y su espalda encorvada el recuerdo de vergonzosas campañas? Le siguen ciegamente miles de españoles como representante de la tradición nacional, á pesar de haberse educado en todas partes menos en España, y de que todo su españolismo consiste en enseñar el castellano á su mujer, á pesar de hablarlo tan mal como ella,

Nada hay en D. Carlos que revele al hombre intelectual. Tiene buena presencia; es brutalmente guapote como un antiguo granadero; su gallardía es la de un semental poderoso que no pierde golpe. Su rostro moreno y barbudo tiene el perfil arrogante del

pueblo donde nació y á cuya raza tal vez pertenezca. Trae á la memoria esos húngaros bizarros que acampan á las puertas de nuestras ciudades en busca de calderos que remendar; pero cuando se quita el sombrero, la frente estrecha y deprimida y la cabeza exageradamente pequeña, revelan al hombre de materiales apetitos, en el cual el irresistible impulso hacia el placer no ha dejado lugar á otras aspiraciones.

El hecho de haber nacido nieto del titulado Carlos V, le ha proporcionado el cómodo oficio de Pretendiente; pero la Naturaleza le creó guapote, voraz y sin seso, para ser *groupier* en Monte Carlo ó un *monsieur Alphonse* de los que viven mantenidos por cualquier *cocotte* parisién.

En Italia la indiferencia ó el desprecio le rodean.

Se fué de Milán porque los periódicos de esta ciudad, que están á la altura de los primeros del mundo, le dijeron tremendas verdades cuando el ruidoso pleito del Toisón de Oro y á raiz de la muerte de doña Margarita, á la que hicieron justicia como resignada víctima de la infidelidad conyugal. En Roma le es imposible vivir, porque el Papa no le quiere cerca, temeroso de que supongan le apoya el Vaticano: y por esto tiene que aburrirse en Venecia, la ciudad de tradiciones republicanas, que rinde fervoroso culto al revolucionario Mazzini, y, cansada de burlarse de D. Carlos, al que llama *re di mazo de carte*, ó sea rey de baraja, ha acabado por no acordarse de él.

El más absoluto vacío reina en torno de su persona. Yo le he visto pasear toda una tarde por la Riva de los Esclavones, donde estaba lo mejorcito de Venecia, y sólo le saludaban los gondoleros, los mismos que por media lira de propina se quitan el sombrero media docena de veces y llaman á cualquier *excellenza ó egregio padrone* otras tantas.

¡Los gondoleros! Estos son los únicos admiradores y partidarios que D. Carlos tiene en Venecia. Recuerdo lo que uno de ellos me decía una noche de luna,

encorbado sobre el largo remo con que iba batiendo las sombrías aguas que corren bajo el puente de la Paja, al internarnos en las tortuosas callejuelas:

—¿Conque el señor es español? Yo conozco mucho al rey del señor.

Y á esta introducción siguió un largo silencio, hasta que, animado por repentina confianza, «ya que el señor era español,» consideró oportuno hacer el elogio de *mi* rey.

«Un completo caballero. Ese sabía vivir. Y como divertirse... *¡Maddona!*, ¡quién pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita á la que no conociese, y una verdadera corte de rufianes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen genio tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien á *mi* rey. Más de una noche le había llevado en su barca á la casa de cierta rubia, ya algo ajada, que él me podía enseñar cuando yo quisiera. Y hablaba á continuación de noches tormentosas, pasadas por *mi* rey con otros príncipes extranjeros; de bromas estrepitosas en la camareta de la góndola con muchachas de las que revolotean después de media noche por la plaza de San Marcos; de *juergas* que milagrosamente no fueron á terminar en el fondo fangoso de los canales: y yo notaba en todo el relato de aquel alcahuete cierto fondo de ironía, como si por mi nacionalidad me creyera de una raza inferior.

Sentíame molestado en aquel instante por ser español. Aquel bellaco que conocía bien á *mi* rey, compadecíame y tal vez pensaba que los de mi país de-

ben ser muy brutos, cuando se rompen la cabeza por un hombre que mil veces había conducido desde las casas peores de Venecia al palacio de Loredán.

¡El palacio de Loredán!... ¡Qué ilusiones despiertan estas palabras en la imaginación de los fieles carlistas! El rústico de las Vascongadas, el *payés* de las montañas catalanas, el cura del Maestrazgo, se imaginan un palacio portentoso, un alcázar de las *Mil y una noches*, un santuario donde reside el ídolo de la legitimidad y de la tradición.

Y la realidad no puede ser más triste. El tal edificio es una casuca pintada de amarillo, con grietas revocadas, tres ventanas por piso en la fachada que da al Gran Canal, y sin otro adorno artístico que dos pilotes hundidos en el agua, pintados con los colores de nuestra bandera y rematados con una corona dorada, que sirven para amarrar las góndolas de los visitantes. Si le llaman palacio es porque en esta ciudad todos los edificios antiguos tienen tal título, aun los que sirven de casas de vecindad.

Los españoles residentes en Venecia conocen bien el interior de Loredán, y de sus relatos se desprende que la casa es siempre fiel reflejo del hombre.

Ese don Carlos, al que sus fieles ensalzan como hombre ilustradísimo porque ha corrido mundo, sin considerar que también las maletas viajan, reside muchísimos años en Italia, patria de las artes, ha derrochado herencia tras herencia un sinnúmero de millones, y sin embargo ningún artista famoso ha visto adquirida por él ninguna de sus obras.

Para echarla de Mecenas y aficionado á las artes, le basta con mantener como un lacayo á un infeliz pintamonas navarro, que embadurna retratos del Señor para que éste los regale á los casinos del partido, y cuando se siente inspirado plagia las batallas napoleónicas de Messonier, pintando cuadros que representan á don Carlos á caballo, soberbio como Bonaparte y desfilando ante él confusos y avergonzados

los prisioneros liberales. Por algo se inventó el refrán «pintar como querer».

Mas no por esto carece Loredán de un museo. Pero es con arreglo á los gustos de su dueño. En lujosas vitrinas están los trabucos de los cabecillas, muestras de los capotes y boinas que gastaban los batallones navarros, sables oxidados por la sangre, lámparas formadas con manojos de bayonetas, recuerdos de muerte y de violencia que evocan un pasado tristísimo; un museo, en fin, digno de aquellos señores feudales que vivían de la rapiña, aislados en su alto castillo, á donde sólo llegaban los cuervos, ó que hubiera hecho furor en la hermosa cabaña de algún bárbaro de las selvas célticas.

Y justamente esto es lo que D. Carlos se apresura á enseñar á cuantos personajes le visitan en su aburrido destierro, y con mal disimulada complacencia explica la historia de cada arma, los liberales que acuchilló este sable, los soldados que mató aquél trabuco.

Recuerdo una noche en que hablando de D. Carlos paseaba por frente al palacio de los Dogas con un ilustre artista español que hace muchos años reside en París, donde ha alcanzado triunfos gloriosísimos.

—Yo no tengo ideas políticas—me decía.—En París visitaba á Ruiz Zorrilla, porque era un español ilustre, y cuando voy á Madrid trato á Cánovas y Sagasta. Pero en el extranjero me domina el patriotismo, y aunque todos los años resido una temporada en Venecia, me he negado siempre á ir á Loredán, á pesar de las invitaciones y de que D. Carlos manifiesta deseos de conocerme. No; jamás entraré en una casa donde un hombre que quiere ser amo de España, enseña á los extranjeros como museo de preciosidades unas armas que sólo han servido para asesinar soldados españoles.

BLASCO IBÁÑEZ.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

«Queremos la libertad para todos, hasta para nuestros adversarios;» así decían aquellos inocentes cuanto calumniados republicanos del 73. Y, consecuentes con este absurdo principio, permitían que el absolutismo, representado por un Pretendiente imbécil, una cohorte de aventureros y una turba de fanáticos, se aprovechase de esa libertad para crecer y desarrollarse. No comprendían que la guerra tiene exigencias terribles, y que el rigor más extremo y la responsabilidad de toda la sangre vertida debían caer sobre los facciosos que venían ensangrentando en todo lo que iba de siglo el suelo de la patria, asolándolo y despoblándolo además.

Libertad para todos pedían, en vez de oponer la violencia á la violencia, el extrago al extrago, el terror al terror, declarando á los carlistas fuera de la ley que ultrajaban y escarnecían, y privándolos de todos los medios directos é indirectos de hacer la guerra, aunque hubiera sido preciso para ello pasar por cima de esa misma ley que ellos no respetaban y á cuyo amparo nos combatían alevosamente y á mansalva.

Los carlistas le prodigaban el cobarde insulto, el violento despojo, el feroz martirio, el vil asesinato, al grito, en sus labios mentido y asqueroso, de ¡viva la religión!

Y ellos, los liberales, meticulosos, mentecatos, imbuidos en ideas falsas sobre el deber y el derecho, seguían pidiendo libertad para todos, y lo que era peor aún, concediéndola.

¡Dar libertades á los que mataban la libertad á cañonazos! ¡conceder á los rebeldes las mismas garantías que á los defensores del derecho! Parece mentira que se proclamase tal insensatez, y, lo que es peor, que se llevase á la práctica. Y se llevaba hasta tal punto, que se toleraba que los periódicos carlistas de Madrid digesen, con tanta desvergüenza como impunidad, «que tomarían á San Sebastián y Bilbao porque no había un liberal que se atreviese á hacer frente á los carlistas ni que supiera lo que era el honor militar,» y que lo que entonces les interesaba á ellos, era coger al general Loma ó cualquiera otro *de los valientes galgos que, como alma que lleva el diablo, corrían por las vertientes del Norte en cuanto veían asomar una boina.*

Irrita el pensar, más que en el procaz descaro y la impudente audacia de la prensa carlista, en la *ejemplarísima tolerancia é inconcebible longanimidad* que permitía á los facciosos fomentar directamente la insurrección publicando los partes oficiales de los cabecillas, y las noticias, falsas casi siempre, que á sus miras convenía, insultar al ejército, los voluntarios y los liberales todos, cosa nunca vista

en ningún tiempo ni en ningún pais, y que era como abofetear al pueblo y al ejército que se batían casi siempre en la proporción de uno contra diez, en Estella, Cirauqui, Puigcerdá, Berga, Oñate, Igualada, y cien puntos más.

Sí, hay que repetirlo muchas veces para que no vuelva á olvidarse jamás: los carlistas engrosaron sus huestes, únicamente porque los liberales se lo permitieron, consintiendo que ellos, enemigos implacables de la democracia, utilizasen los derechos individuales para acabar con ella.

Esto no puede volver á ocurrir, y para ello es preciso acostumbrarnos de antemano á la idea de que hay que hacer al carlismo una guerra de exterminio desde los primeros momentos, y que saltar por todo, las leyes democráticas lo primero, para acabar con él de tan radical manera, que podamos decir á las madres españolas:

«Criad tranquilamente vuestros hijos; el carlismo, que os los asesinaba periódicamente, ha desaparecido, y para siempre.»

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

INCENDIOS Y FUSILAMIENTOS DE PRISIONEROS EN RIPOLL. —ASESINATOS É INCENDIOS EN BERGA.—IDEM EN MATARÓ, VILLAPLANA, SANAHUJA, ESPLUGA DE FRANCOLÍ Y OTRAS POBLACIONES.—SACRIFICIO DE LOS HERMANOS ARRUTI.—ROBOS Y HORRORES EN VARIOS PUNTOS. —MONEDEROS FALSOS.—MORRALLA SOCIAL.—ENTRADA EN ESPAÑA DEL DIGNO REY DE TALES BANDIDOS.

Unos 500 carlistas entraron en Ripoll al amanecer del 22 de Marzo mandados por el capitán de bandoleros Savalls, y el D. Alfonso y la doña Blanca.

Nueve carabineros se hicieron fuertes en la iglesia de San Eudaldo y combatieron ferozmente, mas por fin tuvieron que rendirse al número, después de haber prendido los cafres fuego á la iglesia, que quedó completamente quemada. También se rindieron los que estaban en el fuerte.

Admitida por los carlistas la rendición, comenzaron los del campanario á arrojar las armas y capotes; y como no podian pasar por la escalera, que estaba ardiendo, descolgaron con las cuerdas de las campanas á una pobre mujer que había con ellos, descolgándose después hasta ocho, que fueron conducidos presos á la torre de Illa.

A dos que quedaron dentro de la iglesia los obligaron á salir quemando azufre y pimientos picantes, cuyo humo casi les hizo perder la vista.

D. Alfonso manifestó deseos de ver á los prisioneros, y con su mujer salió á su encuentro, sin duda para gozarse en contemplar á los que en su fuero interno tenían ya condenados á muerte, pues unos en Capdevanol y otros cerca de Cumbrény, todos aquellos infeli cesfueron inhumanamente sacrificados.

De los prisioneros lograron evadirse un oficial y un individuo de carabineros, á los cuales habían encerrado en una fábrica de hilados de Capdevanol.

Estos infelices, después de haber presenciado el fusilamiento de 15 compañeros, se refugiaron debajo de las calderas de la máquina, y metiéndose en la cloaca por donde salen las aguas que alimentan las calderas, lograron salir á las afueras y volver á Ripoll, donde se unieron á una columna del ejército que había llegado. El estado de ambos era lastimoso.

Referían cosas horribles de las horas infernales que pasaron en aquella villa, entre ellas el fusilamiento de dos soldados de San Fernando y uno de Saboya que se habían quedado en la población por enfermos.

El respeto á lo ageno fué llevado al colmo de la rapiña en Ripoll. El importante *cuerpo facultativo* de incendiarios, perfectamente montado, con sus aparatos y jeringas para rociar científica é inmediatamente de petróleo los edificios condenados al incendio, cumplió su cometido con celo digno de la horca.

Fué tan horrososo el fuego que hicieron los bravos carabineros bárbaramente asesinados por Savalls, que en las 26 horas que duró la lucha dispararon más de 13.000 tiros. Esta bravura, que á cualquiera que no fuese carlista le hubiera infundido admiración y respeto, sirvió para que los bandidos al mando de los hermanos del Pretendiente saciaran en ellos sus feroces instintos.

Eso si, los miserables que en Ripoll quedaron, oyeron misa á la mañana siguiente; y cuando, estando en ella, oyeron decir que llegaba tropa para rescatar los prisioneros, huyeron á la desbandada.

Siempre y en todas partes se distinguieron por su cobardía las hordas de asesinos.

Los carlistas que entraron en Berga, no sólo repitieron los actos vandálicos que señalaron su paso

por Ripoll, sino que se excedieron á sí mismos en toda clase de crímenes y horrores.

La pluma se resiste á estampar lo que aquellos infames, deshonra de la raza humana, ejecutaron. Probaremos, no obstante, á describir pálidamente algunas de las escenas de sangre y pillaje.

A la una y media de la madrugada del 27 de Marzo se rompió el fuego entre las fuerzas acantonadas en Berga, consistentes en voluntarios y tropas, total 500 hombres, y las hordas de Savalls, Camps, Miret y otros.

El fuego duró sin interrupción hasta las seis de la tarde, hora en que el comandante militar, Sr. Morales, parlamentó con los cabecillas Camps y Miret, desde cuyo instante no se separó de su lado.

A poco, dirigiéndose los tres al cuartel donde estaba la fuerza de voluntarios, ordenó el comandante militar formar la fuerza en la plazoleta frente al edificio, y después de mandar á los oficiales que entregasen sus espadas y revolvers, hízose pasar entre filas á los individuos hasta llegar á *Casa Antig*, en cuyo punto se les mandó entregar las armas.

Los prisioneros fueron sacados de dicha casa á las dos de la mañana por Savalls, que no se había presentado hasta entonces, y los encaminaron en dirección de Cerchs y Blancaflor.

El resto de la fuerza, después de batirse heróicamente durante algunas horas en el punto conocido por el *Fort*, hasta que fué incendiado por los carlistas con petróleo, pasaron por unos tablones á la casa vecina conocida por el *Hostal*, y continuaron desde ella la lucha; pero incendiada también la casa, oído el toque de ¡alto el fuego! dado por la fuerza del cuartel y agotadas las municiones, no tuvieron más remedio que entregarse.

Para formarse una pálida idea de lo ocurrido, debemos añadir que la fuerza del *Fort* no pudo lograr del comandante militar ni una luz ni *un solo cartu-*

cho antes de comenzar el fuego, de modo que tuvo que batirse sin otro auxilio que su valor y las municiones que cada cual tenía en la cartuchera; que á la fuerza del castillo le ocurrió otro tanto, y que los voluntarios se resistieron á rendirse, pues el capitán que los mandaba, al oir la voz de ¡alto el fuego!, en un arranque de valor y de fiereza gritó á sus subordinados: «¡fuego, muchachos! ¡aquí no debe rendirse nadie mientras quede vivo un sólo hombre!»

Después de rendidos los que hemos dicho, faltaba que lo efectuasen tres soldados y un voluntario que, situados en la torre, desobedecieron el toque de alto, y desafiando la muerte continuaron disparando sobre los carlistas.

Estos, á pesar de su superioridad numérica, rociaron con petróleo la iglesia y le prendieron fuego para acabar con aquéllos. Y sólo entonces, cuando ya no había medio humano de defensa, extenuados, axfisiados y sin municiones, se entregaron.

Admiración hubiera producido á cualesquiera que no fuese carlista el acto heróico de aquellos cuatro hombres, y se les hubiera concedido la rendición con todos los honores de la guerra. Aquella patulea, en vez de esto, fusiló al voluntario apenas se entregó, delante de sus tres compañeros, y no sólo á él, sino á cinco más; hazaña digna de esos bandoleros para quienes la matanza y el exterminio son tan naturales como la cobardía y vileza que imprimen á todos sus actos. Y cometieron esta iniquidad, después que los defensores de Berga se rindieron bajo promesa de libertad; y la cometieron ellos, los muy cobardes, que durante el ataque no se dejaron ver en ninguna calle donde había peligro, y que sólo cuando desapareció del todo comenzaron á cometer desmanes y atropellos.

La casa conocida por la *Caseta* fué saqueada, como igualmente la conocida por *Casa Negre*, y la del farmacéutico; el *Hostal* lo fué también y quemado des-

pués. Entre aquellos infames iba un capellán armado de revolver y sediento de fusilamientos, y otro que se decía mariscal de campo.

¿Y el comandante militar, Sr. Morales? Su conducta fué la de un traidor aleve, pues se le vió al poco rato de efectuarse tales horrores, conversar y pasear muy placentero con los cabecillas.

Su traición, sin la cual no hubieran entrado en Berga los carlistas, entregó su nombre á la execración pública.

«Berga no ha sido tomada por las armas, ha sido comprada, decía un jefe liberal en una carta que publicó la prensa. Su comandante militar, capitán Morales, ha entregado todo sin resistencia, marchándose después con los carlistas.

La tropa y voluntarios de Targarona van presos, siendo fusilados en todo el trayecto por pelotones de ocho y diez. Las últimas noticias son, que lo han sido ya todos los voluntarios (excepto diez ó doce que se les han unido) y algunos soldados y paisanos.

Los defensores de Dios han quemado la iglesia principal y una fábrica, saqueándolas, asi como la mayor parte de las casas de los liberales de ésta. Entre todos ellos se ha distinguido un cura que, sable en mano, confesaba á los que iban á ser fusilados.

Al aproximarse los carlistas se armaron todos los de ideas liberales, y con ellos algunos que, aunque se les conocía como carlistas, lucharon contra ellos. Mientras los bandidos avanzaban, el comandante militar tocó retirada y encerró la fuerza en el cuartel para después entregarla sin disparar un tiro; los que hicieron resistencia han sido fusilados por el camino, á pesar de la palabra empeñada por el titulado infante D. Enrique, de perdonarles la vida.

Ayer trajeron á ésta desde una casa de campo inmediata cuatro cadáveres de los de Targarona, muertos á bayonetazos.

Esta es la triste verdad, y no los pomposos partes que en esa publicarán los defensores de estos salteadores de caminos y asesinos, apellidados carlistas.»

El alcalde de Berga publicó también en la prensa una carta confirmando la traición del capitán Morales y formulando contra él duros cargos.

Y el capitán general de Cataluña, D. Juan Contreras, en el parte oficial que dió el 30 desde Berga, confirmó lo de la traición y dió la noticia de que se instruía sumaria, de la que resultaba que solamente los voluntarios francos y los del pueblo, con unos cuantos soldados, habían hecho la defensa; que Morales tuvo la tropa encerrada en el cuartel, sin mandar socorro á ninguna parte, por más que los puestos del recinto lo reclamaron varias veces; y por último, que cuando unos cuantos oficiales trataban de apoderarse de él para proveer por su parte á la defensa, abrió á las facciones la puerta del cuartel, en donde ya se habían reconcentrado todas las tropas, que desmoralizadas por la conducta de su jefe, fueron desfilando entregando las armas antes que aquellos pudieran evitarlo.

El simulacro de capitulación que ajustaron fué confiarse por completo á la palabra de honor de los cabecillas y del llamado infante D. Enrique, que después de eludir, con el auxilio del comandante militar el firmar un acta, les ofrecieron, sin embargo, ya prisioneros, la conservación de la vida á todos, promesa formal que no han cumplido; pues desgraciadamento á estas horas Savalls ha fusilado, mejor dicho, ha asesinado á bayonetazos y puñaladas, 67 voluntarios de los que de francos se llevó.»

Después de leído ese documento, se supo que no fueron 67, sino 85 las víctimas de aquellos caribes, sacrificadas á su furor salvaje, faltando á una solemne capitulación; y no fusiladas, sino bárbaramente asesinadas en su marcha, por sorpresa, á tiros y bayonetazos, sin ninguna intimación, aviso ni preparación,

precisamente cuando creían que se les iba á dejar en libertad como se les había ofrecido. Aquello fué una matanza, una horrible carnicería de la que no hay ejemplo, en tales términos, que algunos jefes carlistas, luego que tuvieron noticia de lo ocurrido, desaprobaron aquella infamia y se quejaron á D. Alfonso, con quien se disculpó Savalls inventando una calumnia, pues supuso que había hecho fusilar á los infelices prisioneros, (lo cual no era cierto, pues casi todos murieron á bayonetazos), no en calidad de enemigos, sino porque habían proferido frases ó palabras altamente ofensivas á doña Blanca, lo cual era una miserable impostura de aquel jefe faccioso y defensor de la religión para cohonestar el más alevoso de todos los crímenes.

Más tarde se disculpaba de estos infames asesinatos diciendo que se los habían ordenado D. Alfonso y doña Blanca. Tales para cuales.

¿Fué horroroso todo eso, no es cierto? Pues lo fué más aún que los republicanos de Madrid consintieran, sin haber arrastrado por las calles á la redacción en masa, que el canallesco periódico *La Verdad*, hablando de los sucesos de Berga, tachase al gobierno de hipócrita, ilegítimo y faccioso; declarara traidores á los infelices tan bárbaramente asesinados por Savalls; dijese que estuvieron bien fusilados, y comentara con frases laudatorias la traición de Berga, escribiendo además:

«Tan extraordinario acontecimiento ha consternado de tal modo á los liberales de todos matices, que ya el nombre de Savalls causa terror y espanto entre las bandas republicanas.

Esperamos detalles de tan glorioso acontecimiento, que basta por sí solo para mostrar á España y á Europa la pujanza y valentía de *los cruzados* catalanes.»

¡Y después de insultar de tan villana manera al país y de excitar constantemente á los bandidos de sotana y á los petroleros del catolicismo, se lamentaban

los periodistas trabucaires de que no había libertad de imprenta!

¡Y el farsante que acataban como rey los carlistas, resolvió después perpetuar en medallas de bronce los inicuos fusilamientos de Berga!

Para que sus medallas hubieran sido fiel recuerdo de la horrible hazaña, debieran haber representado un horroroso incendio, y á los carlistas persiguiendo á niños y mujeres entre las llamas; y no hubiese holgado tampoco, para que el dibujo representase exactamente las heroicidades carlistas, una ganzúa y un trabuco, atributos de su vida de bandoleros, y una careta entre ropas sacerdotales para representar la hipócrita perfidia.

Al saberse en Barcelona los vandálicos actos de Ripoll y Berga, una sobrexcitación inmensa se apoderó de las masas; poseidas de un vértigo agitabánse por las calles y formaban numerosos grupos comentando los sucesos y presentando una actitud hostil.

La lástima fué que no hubieran aquel día acabado con todos los carlistas de la capital, y con sus cómplices y auxiliares. Por mucho que hubieran hecho, no habrían vengado á las víctimas de Berga y Ripoll.

Una partida de bandoleros (carlistas) roba en Irasondo 15.000 reales á dos curas y un vecino.

Garmendia (el estudiante de Lazcano) roba en Legazpia 12.000 reales y se lleva los libros del registro civil.

A los pocos días hace descarrilar al tren de Beasain en el kilómetro 385, deteniendo al anciano maquinista Mr. Drau y al jefe suplementario Sr. Echevarría.

Para añadir el escarnio al crimen, á los dos meses envió Lizarraga al Sr. Ugalde á ponerlos en libertad;

y aunque no averiguó nada, regresó convencido de que no existían.

Los habían fusilado, después de hacerles presenciar el horrible descarrilamiento de Icazteguieta. Aún no saben sus familias dónde los enterraron.

Hacen descarrilar el tren en el kilómetro 591 cerca del túnel de Icazteguieta, muriendo el maquinista y dos guardafrenos.

MAYO DE 1873

—

En Mataró, donde, como en casi todos los puntos, entraron por sorpresa los carlistas, prendieron en un café al médico Sr. Esquerra, al fabricante señor Sala y otros vecinos, y en el ayuntamiento á varias personas, entre ellas al secretario Sr. Simal, y al juez de primera instancia, cazando además á tiros por las calles á voluntarios de la República completamente desarmados, asesinando á dos, é hiriendo gravemente á otros dos.

¡Y toda esta hazaña la realizaron para que pudiera exigir el secuestrador Savalls 40.000 duros á la población!

Nunca llegarán á la altura de los bandidos por convicción, los bandidos por necesidad.

Cuarenta voluntarios de Secuita hacen retroceder á más de 600 perdidos de la fracción Cucala, Vallés y Cercós, y al huir éstos en cobarde desbandada, encuentran á un pobre pastor que regresaba de oir misa y se dirigía á una masía cercana, y por si era vecino de Secuita, lo fusilan inmediatamente y siguen su camino.

El desdichado, que no quedó muerto aunque una de las balas le atravesó el vientre, fué recogido y

trasladado á una casa de campo inmediata, donde falleció en medio de los más atroces sùfrimientos.

Probablemente mientras él agonizaba, sus piadosos asesinos estarían rezando el rosario, como los de algunas partidas acostumbraban á hacerlo.

Cogen los carlistas á un voluntario que se habia quedado en una casa de campo cerca de Osor dejando adelantar la columna, en el momento que corría á alcanzarla, y le asesinan, cebándose en él como fieras y colgándole de un arbol después de haber mutilado horrorosamente su cuerpo.

En un encuentro verificado al día siguiente cayó prisionero uno de los asesinos, y los voluntarios le perdonaron la vida.

Las gentes honradas no se parecen en nada á los canallas, ni aun en la guerra.

Sorprenden las facciones de Cucala, Cercós y cura de Flix, fuertes de 500 hombres, á los voluntarios de Villaplana, que se defienden valerosamente y consiguen rechazarlas, mas no sin haber logrado secuestrar los carlistas á cuatro individuos en un café y á un niño con ellos.

El cafetero, Tomás Carre, pudo saltar por una ventana, y emprendió una rápida carrera hacia el campo siendo blanco de las descargas de los carlistas, hasta que una bala le hirió gravemente en un pie, tendiéndole en el suelo.

Echáronse sobre él los defensores de la religión y lo destrozaron con furia. El mismo cabecilla Cercós partióle el cuello de un sablazo, y uno de sus satélites le descargó á boca de jarro un trabucazo en el pecho; otros, después de acuchillar el cadáver, lo desnudaron, prendiéndole fuego.

Dos horas hacía que los carlistas se entregaban en Villaplana á los vándalicos actos de costumbre, cuando llegaron 28 voluntarios de Alforja, que habían

oído los tiros, y penetrando valerosamente en la población, los desalojaron completamente de ella.

Al huir los asesinos llevároнse los cuatro liberales y el niño que sorprendieron en el café, habiéndose agregado á su partida el miserable que les preparó la entrada por sorpresa, llamado Juan Rabascall, (a) *Pigat*, y otros dos más; también se fué con ellos el cura.

Al día siguiente, y sin tener en cuenta que los voluntarios habían puesto en libertad á los rehenes carlistas que cogieron en los primeros momentos de la lucha, fusilaron los facciosos en el pueblo de Albiol á los cuatro infelices que habían secuestrado en Villaplana, á pesar de los ruegos y súplicas que la mayoría de los vecinos hizo á Cucala para que los perdonase, dado que ninguno de ellos había tenido las armas en la mano.

La sangre de esas víctimas, como la de todas las que el carlismo inmoló, debe salpicar el rostro de los liberales que han consentido que el carlismo crezca y se desarrolle en estos últimos tiempos, para que pueda más pronto ó más tarde causar otras nuevas.

Entran por sorpresa los bandidos que mandaba Tristany en Sanahuja el 17 de Mayo, prendiendo fuego á diestro y siniestro, y cazando como conejos y sacrificando á los liberales que se rendían bajo palabra de indulto.

El jefe de una pequeña fuerza de caballería liberal alojada en la población, se arrojó por una ventana para no caer en manos de aquellos facinerosos, rompiéndose piernas y brazos, y en tal estado recibió una descarga cerrada.

Posesionados de Sanahuja, y no hartos con la sangre derramada en las once horas que duró el combate, y de las víctimas que habían sacrificado, aún fusilaron á 24 de los prisioneros, entre ellos un capitán, que *bajo palabra de honor* de salvarles la vida se

rindieron á los carlistas en los primeros momentos de la sorpresa, cebándose en ellos de tal manera, que ni figura humana dejaron á los cadáveres.

Presenciaron los fusilamientos y los destrozos de los cadáveres el D. Alfonso, la doña Blanca, Tristany, Camats, Gargallo y tres ministros del Señor que animaban, en vez de contenerlos, á los asesinos.

Tal indignación causaron en Barcelona estos fusilamientos, que una comisión de voluntarios se presentó al segundo Cabo pidiendo la adopción de medidas extraordinarias, entre ellas el arresto de algunas personas conocidamente carlistas; improvisóse una manifestación imponente que afirmaba la necesidad de tomar contra los bandidos carlistas medidas enérgicas y decisivas; y sólo la prudencia y el poderoso ascendiente de algunos renombrados republicanos, pudieron contener la ira popular.

Hicieron mal, pero muy mal aquellos republicanos en contenerla.

Son cogidos por una partida carlista los hermanos Arruti, cerca de Rentería, cuando iban á visitar á su madre, y los asesinan, después de maltratarlos cruelmente.

Eran ambos voluntarios móviles, personas ilustradas, muy bien relacionadas, de honradez suma, y que habían sufrido muchas persecuciones y atropellos de los gobiernos pasados por la propaganda valiente de la República que hicieron en la prensa.

A la proclamación de la República se les quiso nombrar para importantes puestos, mas se negaron á aceptarlos, por que su único deseo, decían, era formar como simples individuos en los batallones de voluntarios.

Su muerte causó gran impresión en cuantos los conocían, y arrancó un potente grito de indignación en todo el pais.

El capitán de la compañía á que pertenecían los in-

fortunados hermanos, hizo publicar en varios periódicos esta sentida carta:

«*A los jefes de las hordas carlistas.*—Contra todo sentimiento humanitario, sin tener en cuenta consideración alguna de dignidad, habéis asesinado vil y cobardemente á Dionisio Arruti y Pola, sargento de la tercera compañía de móviles y á su hermano Nicanor; á esos dos hombres que, sorprendidos indefensos por algunos de vuestros bárbaros sicarios, habéis hecho morir, no fusilados, sino á palos y bayonetazos, dándoles un verdadero y horrible martirio.

Todos sois igualmente culpables; todos estais manchados con la infamia, porque todos habéis autorizado un crímen repugnante y digno de los defensores de la Inquisición.

Los que suponían que había entre vosotros un general Lizarraga, que por haber pertenecido al digno ejército español podía ser á vuestro lado otra cosa que un asesino miserable; los que le juzgaban capaz de hacer algo que no fuera una indigna cobardía, habrán abierto los ojos y lo habrán conocido; sabrán ya que Lizárraga, como Dorregaray, Ollo y Marnanz, no valen más que el salvaje Belcha y el feroz Santa Crruz. Todos iguales, porque todos sois asesinos y porque todos sois cobardes, que en lugar de buscarnos frente á frente, matáis á los que por sorpresa y además desarmados habéis cogido; porque no sois capaces de poneros á tiros de nuestros fusiles.

Vuestra conducta ha determinado la nuestra. No os imitaremos derramando sangre inocente, pero no espereís vosotros de hoy en adelante lástima ni perdón cuando se realicen nuestros vehementes deseos de encontrarnos; nos habéis enseñado que hay que trataron como á bestias feroces, y no olvidaremos la lección.

Venid á buscarnos, si á tanto os atreveis, al frente de vuestras hordas, ya que no ha de haber entre vos-

otros quien tenga el valor de buscarme sólo; venid, para que con vuestra sangre podamos vengar la inhumana muerte de nuestros amigos.

¡¡¡Venid, cobardes, asesinos!!! Os reto con fuerzas iguales, uno á uno, de todos modos; quiero probaros, y os lo probaré temprano ó tarde, la diferencia que hay entre los caballeros y los asesinos.

Mientras conserve un átomo de vida, será vuestro mortal enemigo

El capitán de la compañía de Arruti, tercera de voluntarios móviles de la Republica.—*J. Cantillo.*—Oyárzun 23 de Mayo de 1873.»

JUNIO DE 1873

Incendian los carlistas la iglesia de Espluga de Francolí y las casas inmediatas y asesinan á tres voluntarios indefensos el día 5.

El corresponsal del periódico *La Redención del Pueblo,* de Reus, á quien también cogieron, al ver en las afueras del pueblo que los trabucaires montaban sus armas, echó á correr á vida ó á muerte. Le hicieron varias descargas, que por fortuna solamente le agujerearon la levita.

Refugiado en una casa fué de nuevo perseguido, hiriéndole de algunos bayonetazos; tiróse por el balcón, le hicieron otra descarga, no le tocaron, y al fin pudo escapar, aunque herido de bastante gravedad.

Desesperados, por el relativo mal éxito de aquella horrible cacería, asesinaron á un joven, vecino de aquel pueblo, á quien encontraron trabajando en el bosque.

Su cobardía corrió pareja con su infamia, pues siendo 1.500 no pudieron rendir á los 14 voluntarios que se encerraron en la abadía y que hicieron una defensa como pocas.

Les intimidaron la rendición con promesa de prender si no fuego á la abadía, haciendo lo mismo con la iglesia y dos pisos de la torre en que por último se habían refugiado los valerosos voluntarios.

Por cuatro veces se les intimó la rendición con la misma promesa de la vida bajo la fe del infante de guardarropía D. Alfonso que, con su *sensible* esposa doña Blanca, contemplaba el incendio; más sabiendo los voluntarios los efectos de la fe de aquel par de bribones, prefirieron morir antes que rendirse.

Ni el fuego que les hacían ni las llamas de petróleo, espíritu de vino y aguarrás que los abrasaban, debilitaron el valor de aquellos héroes; por el contrario, cuando creyendo los carlistas agotadas sus fuerzas pusieron andamios para llegar á la torre, fueron recibidos á bayonetazos y ni uno solo logró escapar.

Viendo, por fin, lo inútil de su ataque, se retiraron á las tres de la tarde del día 5, no sin saquear el pueblo, y llevarse muchos objetos de valor y 38.000 reales de contribución que impusieron al vecindario.

Una defensa de 20 horas de 14 liberales contra 1.500 carlistas que no escrupulizaron medios de ataque y que dejaron 10 muertos y retiraron gran número de heridos, bien merece que honremos estas columnas publicando los nombres de los primeros.

Ramón Vernes, Jaime Vila y Domingo Garell, asesinados en las calles.

Capitán, Pablo Miquel y Lladó, herido grave—Francisco Martí, ídem—Pablo Llauredó, Juan Vernet, Miguel Saperas, Juan Amigó, Isidro Tarias, otro Miguel Saperas, Francisco Ferrer, Ramón Domingo, Antonio odina, Miguel Vidal, José Domingo, Pablo Poca, todos heridos, ó contusos, ó quemados.

Detalle digno de mención.

Entre los miserables que asesinaron á los tres primeros, hallábanse tres ministros del Señor.

¡Y se atrevían á escribir los periódicos carlistas que

los pueblos tenían que bendecir á las partidas *por lo que no hacian*, es decir, porque no cometían más crímenes, *pudiendo cometerlos*!

¡Y seguían elogiando el *heroismo y las virtudes* de aquellas cuadrillas de facciosos!

El cabecilla Segarra, á quien más tarde hizo marqués el Papa, prendió al alcalde y secretario de Torre de Arcas, y los fusiló en términos de Peñarroya, oyendo misa al día siguiente con la mayor devoción.

Tristany secuestró tres propietarios de Sarreal, exigiéndoles 4.000 duros por su rescate.

Varios trabucaires pertenecientes á la partida de un tal Cecilio, entraron en la casa de Don Justo Salcedo, situada en el barrio del Villar inmediato á Santurce, y después de cenar opiparamente, golpearon al dueño de la casa y á su anciana madre hasta tal punto, que la señora quedó con pocas esperanzas de vida.

No contentos con esto, y con robarle 11.000 reales, obligaron al Sr. Salcedo á acompañarlos á la casa de D. Pedro Mendicate, á quien igualmente apalearon, así como á su esposa, robándole de paso cuanto dinero tenía.

José María se hubiera avergonzado de dar la mano á tales bandidos.

El titulado Comandante de armas de Orduña mandó dar 50 palos á dos infelices vecinos, *por poco afectos á la causa carlista*.

Asaltan á Canellas unos sesenta facciosos, y *carlistean* (roban) cuanto encuentran en las casas de los vecinos mejor acomodados.

La partida del cura de Flix secuestra en las inme-

diaciones de la Figuera (Falset), á siete liberales.

Los republicanos prenden á su vez cinco carlistas para hacer con ellos lo que el sanguinario ministtro del Señor hiciera con los otros.

Si en todos los casos se hubiera hecho lo propio, los facinerosos de boina no habrían cometido tantos crímenes.

Tengámoslo presente para cuando se echen de nuevo al campo.

El cabecilla Francisco Sanchez roba en Barruelo (Palencia) 7.000 reales, después de inutilizar la vía férrea y la telegráfica.

Una partida carlista roba en Castroverde 52.271 reales.

Pidió el cura de Flix tres trimestres de contribución al pueblo de Tivisa previniéndole que, si no los recibía en el término de tres horas, arrasaría todo el campo.

Y con efecto, espirado el plazo, empezó la desenfrenada turba que capitaneaba á incendiar las casas de campo, cortar árboles, pegar fuego á las gavillas de trigo dispuestas para la trilla y destrozar los viñedos, con tanta furia, que se calcularon en 50.000 duros los destrozos causados en un pueblo tan pequeño, destrozos que hundieron en la miseria á muchas familias.

No se puede llevar el salvajismo á mayor grado de perfección.

Al capturar en las inmediaciones de Alcalá de Chisvert una compañía de movilizados mandada por el Sr. Bové, al cabecilla Bou y cinco ladrones que le acompañaban, les encontraron 8.000 duros en oro y 90 en plata.

¡Si habrían robado por aquellos días!

Fallece en Bayona el cura de Begoña, víctima de la enfermedad que contrajo al escapar de las garras de su amigo íntimo Santa Cruz.

Exigen los carlistas cuatro trimestres de contribución á los pueblos de Vilavest, Barberá y los comarcanos, amenazando en caso de insolvencia con fusilar á todos los vecinos que encontrasen en el campo.

Todas las partidas de Cataluña aprovechaban el tiempo que les dejaba libre la tarea de incendiar y asesinar, exigiendo á los pueblos crecidísimas cantidades.

Fusilan los carlistas á un viajero entre Reus y Falset, únicamente por encontrarle un kepis de capitán de móviles que llevaba por encargo de otra persona.

Porque no encontraron al alcalde de Elgueta para fusilarlo, quisieron los carlistas apoderarse de un hijo suyo; y no lográndolo tampoco, secuestraron á su hermana.

Con tal de asesinar, lo mismo les daba padre, que hijo, que espíritu santo, que hermana, que hombre, que mujer.

En pocos días roban las partidas de Tarragona más de 10.000 duros en los pueblos por donde pasan.

El cura Iriarte, envidioso sin duda de la gloria y honor alcanzados por el ínclito facineroso Santa Cruz, destruye las pocas mercancías que se salvaron del incendio en la estación de Beasain.

Al registrar á un carlista de la partida de Santa Cruz, muerto en la acción de Lizarza, se le encontraron 70 onzas de oro.

Nueva prueba de que el lema del carlismo no es el

que dicen, sino el de «robar, matar, y no hacer mal á nadie.»

Roba y quema la cuadrilla de Gañet la estación de Bell-Lloc, inmediata á Lérida.

Detiene una partida un coche de camino cerca de Vitoria y roba cuanto llevan los viajeros.

El cabecilla Vallés exije 19.000 duros al ayuntamiento de Montblanch, á que asciende el importe de la contribución que *su soberana voluntad le ha impuesto*, amenazando con el bloqueo y el ataque si no los entrega.

Secuestra la partida de Caschas á tres propietarios de Armentera, que tienen que rescatarse por dinero como los que cogían los secuestradores andaluces y llevaban á la huerta del tío Martín.

El bandolero de solideo que deshonró la parroquia de Flix, incendia las gavillas de trigo en la Figuera y destruye las cepas de olivo.

Apalea el cabecilla Belcha á una mujer y á un oven en Arichulegui.

El facineroso Segarra robó 2.000 reales en Castel de Cabra á dos vecinos, pero les dió en cambio 50 palos á cada uno.

Los cabecillas Iturbe, Sierra y Alcorta se apoderan del paisano Besauri en Elgueta, y lo asesinan y después lo queman.

Fusilan los carlistas á un capitán de nacionales que cogieron prisionero en el monte Auranza.

JULIO DE 1873

En este mes, como en los anteriores y en los siguientes, los carlistas se llevan de los pueblos á viva fuerza los mozos de 18 á 30 años, empleando todo género de violencias, imponiendo pena de la vida al que no se presente, y amenazando á sus padres y familias con incendiar y saquear los caserios ó haciendas, imponiéndoles multas enormes y causándoles todo género de vejaciones.

En algunos pueblos de las provincias Vascongadas, no sólo se llevan presos á los padres de los mozos hasta que éstos se presentan, sino que los apalean bárbaramente; y á falta de los padres, llévanse á las madres, haciéndolas objeto de amenazas, insultos y malos tratamientos.

Quema una partida de bandoleros (vulgo carlistas), el registro civil en Huertavero.

Savalls, no contento con fusilar liberales, elimina de los registros del crimen los nombres de los cabecillas Fontova, Barnés y otros varios, inventando diferentes pretextos, pero en el fondo por cuestión de ochavos.

No quería que, donde estuviera, robase nadie más que él.

Poco después fusila á tres carlistas, uno de ellos capitán, por no llevar limpias las cuentas de los robos.

No es el primer bandido *que ha tenido* escrúpulos de esta clase.

Secuestran los carlistas 28 individuos en Coll de Mayá, para exigirles rescate.

Tan furioso campaneo decretaron y tales demostraciones de alegría hicieron los curas de Guernica para celebrar una supuesta victoria de los carlistas, que al saber á los pocos días la llegada de las columnas de Pino y Costa, del ejército liberal, no quedó un cura para un mal remedio en la población.

El día que la nueva guerra civil estalle, no hay que olvidar estas enseñanzas.

Las partidas de los hermanos Bastarricas, Chaqueta-Gorri y otros, se dedican, en las horas que les dejan libres el robo y el pillaje, á reclutar á la fuerza hombres para la santa causa, pasando á vías de hecho con los que se resisten.

Presentóse á las doce de la noche el asesino Savalls, con su cuadrilla, en el pueblo de Alpelaguer, y mandó echar un oficio por debajo de la puerta de uno de los alcaldes, ordenándole que pasara á recoger los cadáveres de dos individuos del ayuntamiento.

En seguida se dirigieron á la morada de los republicanos Esteban Unós y Sebastián Corta, que eran las personas á quienes el oficio aludía, logrando apoderarse del último, pues el otro había escapado.

Sin perder tiempo lo llevaron fuera del pueblo y lo fusilaron en el mismo sitio donde intentaron asesinar poco antes al alcalde Jerónimo Santaló.

Párrafos de la *Gaceta Internacional* de Bruselas, que dicen claramente la opinión que tenían en el extranjero del imbécil por quien corría tanta sangre en España:

«En París se han reunido algunos carlistas para firmar un artículo contra D. Carlos, indignados de la ingratitud de éste contra Dorregaray, que se bate en campaña, mientras el *rey*, digno de Offenbach, rey de zarzuela, galantea por los contornos de Bayona. De la carta en que le da permiso para retirarse á curar

sus heridas, es notable este párrafo: «Yo, que soy soldado por mis inclinaciones, por amor, por deber, hablo este lenguaje al dirigirme á ti, que también lo eres.» ¡Cómo! ¿Esto lo dice D. Carlos? ¿El, que al primer tiro huyó en Oroquieta y no paró hasta Francia? ¡Valiente... gallina!»

La prensa carlista que representa al partido en que figuran como jefes ó personas influyentes bandidos, asesinos, ladrones é incendiarios como el cura Santa Cruz, el jesuíta Goiriena, Savalls, Cucala, Tristany etc., y cabecillas como *Cucaracha, Merendón, El Tremendo, Quico*, el *Chato* y otros ilustres *Macabeos*, centuplica sus insultos y sus groseras manifestaciones contra el gobierno y los liberales, y éstos continuan sin barrer tal inmundicia.

No pasará así en la guerra que se avecina. Si el gobierno nada hace para impedir que los carlistas publiquen periódicos, nos encargaremos de esa misión unos cuantos.

Libertad, bueno, mas para los que la aman y defienden, en mayor ó menor grado; no para los que se aprovechan de ella para quitárnosla á los demás.

Mucha sangre se hubiera ahorrado en la pasada guerra si se cierran los nidos de víboras llamados redacciones de periódicos carlistas.

Muchos de los eminentes ladrones encargados de robar á los liberales, y que en la jerga del carlismo se apodan recaudadores de fondos, desaparecen con gruesas cantidades, según confesión de sus mismos correligionarios.

Habrian oido lo de «quien roba á un ladrón, há cien años de perdón.»

Es sorprendida en Barcelona una fábrica de moneda falsa que tenian montada los carlistas, y donde se acuñaban libras esterlinas, doblones de cinco duros,

y piezas de dos pesetas, encontrándose unos 5.000 duros acuñados.

El Sr. Castella, jefe de orden público, cogió máquina, cuños y pasta, prendiendo á cinco personas, y apoderándose de escapularios, rosarios, documentos carlistas de gran importancia y una carta dirigida á un tal Altimira, de Manresa, «para que procurara que las partidas de la montaña hicieron circular, como otras veces, mucha cantidad de aquella moneda falsa entre la gente liberal, que debería tomarlas, si no de grado, por fuerza.»

Nombres y profesiones de los principales cabecillas que vagaban en Julio de 1873 por el señorío de Vizcaya, para que veamos dónde reclutaba el carlismo su gentuza:

Gerardo Martínez de Velasco, comandante general de Vizcaya, ex-empleado de Doña Isabel II; Beláustegui, jefe de estado mayor á las órdenes de Velasco, carpintero; Isasi, jefe de una partida volante de Velasco, perito agrimensor y secretario del ayuntamiento de Cenauri; Aspe, agregado al estado mayor de Velasco, perito agrimensor; *Chimpas*, jefe de una partida volante, tabernero; *El Artillero*, jefe de una partida volante, carretero; Rabadan, sargento desertor del ejército; Iriarte, comandante de las fuerzas del distrito de Guernica, cura; Sarasola, comandante del distrito de Marquina, maestro de obras; Bernaola, comandante del distrito de Orduña, capataz de los caminos de Vizcaya; Aboitir, jefe del distrito de Durango, casero de Mañaria, capitán del Convenio; Gorordo (a) *Bastián*, jefe del distrito de Murguía, traficante y rematante de arbitrios, capitán del Convenio; Gutiérrez (a) el *Cervecero*, jefe de una partida volante; San Vicente, jefe de una partida que trabajaba por su cuenta, vago de profesión; maestro de Santa Lucía, jefe de una partida que trabajaba también por su cuenta, maestro de escuela sin título; sacris-

tán de Baracaldo, jefe de una partida volante; el *Pinche* de Baracaldo, vago por costumbre; Mateo, recaudador de derechos señoriales y ex-capataz de carreteras; Maya, jefe de caballería, recaudador de arbitrios municipales; Marcelo, secretario del ayuntamiento de Rigoitia; Garaita, Echevarría el Sillero, su hermano, Castell, Urrutia y el estudiante, eran secretarios y ayudantes del jefe Aboítir y el célebre Santa Cruz.

Había, pues, un ex-empleado de Isabel II, un carpintero, dos peritos agrimensores, dos secretarios de ayuntamiento, un tabernero, un desertor del ejército, dos curas, un maestro de obras, dos capataces, un casero, un traficante de arbitrios, un cervecero, dos vagos, un casi maestro de escuela, un sacristan, dos recaudadores de contribuciones, dos silleros y un estudiante.

¡Valiente pillería!

Asesinos, monederos falsos, ladrones, morralla social... ¿Quién resistía la tentación?

Así es que el 15 entró D. Carlos en España, vencido en parte el miedo que sentía desde la fuga de Oroquieta, y cuando ya habían corrido torrentes de sangre por su causa.

¡El rey era digno de sus súbditos!

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 12

Proposición de Dorregaray á los voluntarios de Cirauqui.—Respuesta digna de su jefe.—Defensa heróica.—Capitulación honrosa.—Horribles asesinatos de 36 voluntarios en la iglesia faltando á la capitulación.—Robos y atropellos.—Mujer valerosa.—19 viudas, 36 huérfanos y 10 padres sin amparo.—Robos, incendios, asesinatos.—Muerte del bravo brigadier Cabrinetty.—Profanación de su cadáver.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

El carlismo vive de la farsa y de la mentira como ningún otro partido en España.

Se titulan sus partidarios defensores de la religión, y profanan las iglesias asesinando en ellas á los liberales, incendiándolas cuando no pueden tomarlas y robando los objetos de valor que contienen; fundiendo las campanas para hacer cañones; mofándose de los eclesiásticos que van en su filas y robando y asesinando á los que no se les unen.

Se proclaman guardadores de la propiedad, y despojan y saquean las poblaciones, queman las casas, talan los campos, destruyen el ferrocarril y el telégrafo, y los puentes, y las estaciones, y los coches de viajeros, y las mercancías, y todo lo que les viene á mano.

Se dicen paladines de la moralidad, y blasfeman, fuerzan, violan sin respetar edad ni condición, siguiendo en esto el ejemplo del que jamás se detuvo ante respeto alguno para saciar sus brutales instintos, sus apetitos groseros: el que llaman su rey.

Hablan de patria, y convierten la suya en un montón de ruinas, matando á la vez su riqueza, impidiendo su prosperidad al para-

lizar la industria, el comercio y la agricultura, llevándola á la miseria por la despoblación, al aniquilamiento por la devastación, á la bancarrota por los enormes gastos que para combatirlos se ve obligada á hacer.

Ofrecen leyes descentralizadoras, y se revelan contra los fueros de las provincias Vascongadas y Navarra, porque les impiden saquearlas á sus anchas.

Truenan contra las perturbaciones del liberalismo, y estando en guerra, donde la unión se impone, se calumnian, se destrozan, viven en constante intriga, y se odian como enemigos encarnizados.

En suma, que no practican nada de aquello en cuyo nombre se lanzan á la lucha, y agravan los males que España lamenta bajo la monarquía constitucional.

Y en cuanto á la conducta que siguen, nada pueden echarle en cara al partido monárquico que más haya prevaricado dentro del régimen liberal en lo de cometer exacciones, agios ó robos; tales han sido los suyos.

Por no tener los carlistas, ni siquiera tienen convicciones. Los más de ellos no han sabido nunca, ni lo saben hoy, por qué lo fueron y lo son. Unos, porque les gustaba la vida del guerrillero; otros, porque estaban descontentos del gobierno que mandaba; otros, porque lo eran desde el 35, época de positivas convicciones; otros, porque esperaban hacer más carrera; otros, porque su mala índole hallaba campo en las perturbaciones de la guerra; y si muchos continúan en el partido, es tan sólo

por rutina, por amor propio, por compromiso, y algunos por especulación.

Porque, en definitiva, ¿puede esperar España algo bueno, útil ni patriótico del carlismo? ¿Nuevas formas políticas? ¿Poder? ¿Honra? ¿Gloria? ¿Ciencia? ¿Arte? ¿Industria? ¿Comercio? ¿Agricultura? ¿Influencia internacional? No. Lo único que puede esperar son venganzas, suplicios, asesinatos, robos, incendios, violencias y saqueos, dentro de España; descrédito, deshonra y horror, fuera.

Y siendo así, y estando convencidos todos de que no puede ser de otra manera ¿cómo se explica el que la prensa liberal ayude á esas hordas, contándonos casi á diario lo que piensan, lo que proyectan, lo que D. Carlos dice, extraviando así la opinión, y dando pretesto para que se crea que vivimos de la misericordia de esos trabucaires?

Duro es declararlo, pero sin el ausilio que les prestan los periódicos liberales, no se atreverían los carlistas á lanzar amenazas contra lo que todos amamos, ni á prepararse públicamente para la guerra.

Hora es ya de que esto acabe, y de pensar en que las diferencias entre la gran familia liberal pueden desaparecer ante próximos acontecimientos; pero que ante el carlismo no debemos honrada y dignamente lanzar otro grito que éste:

¡Guerra de esterminio!

PROPOSICIÓN DE DORREGARAY Á LOS VOLUNTARIOS DE CIRAUQUI.—RESPUESTA DIGNA DE SU JEFE.—DEFENSA HERÓICA.—CAPITULACIÓN HONROSA.—HORRIBLES ASESINATOS DE 36 VOLUNTARIOS EN LA IGLESIA FALTANDO Á LA CAPITULACIÓN.--ROBOS Y ATROPELLOS.—MUJER VALEROSA.—19 VIUDAS, 36 HUÉRFANOS Y 10 PADRES SIN AMPARO.—ROBOS, INCENDIOS, ASESINATOS.--MUERTE DEL BRAVO BRIGADIER CABRINETTY.—PROFANACIÓN DE SU CADÁVER.

El 27 de Marzo de 1873 pasó Dorregaray una comunicación, fechada en Abarzuza, al jefe de los voluntarios de la República en Cirauqui, para que influyese con éstos á fin de que hicieran entrega del armamento y municiones que tenían, ofreciendo en este caso no molestar á ninguno, pero amenazando con terribles castigos en el contrario.

D. Joaquin Iriarte, que así se llamaba el jefe, contestó aquel mismo día:

Que los voluntarios, como él, estaban dispuestos á no entregar sus armas y municiones á quienes trataban de robarles lo que más amaban, su libertad é independencia, conquistadas á fuerza de sacrificios y derramando torrentes de sangre española.

Que comprendían muy bien sus deberes, y preferían antes mil veces la muerte peleando por su prenda más cara, la libertad, que la deshonra y la maldición eternas que sobre ellos caería justamente entregando las armas por fútiles y falaces promesas ó por amenazas cobardes.

Que todos los liberales de Cirauqui tenían la obli-

gación sagrada de empuñar las armas, si en algo estimaban su ideal político y sus intereses, y que continuarían con ellas hasta su muerte, á menos que un gobierno legítimamente constituído, por razones poderosas de alta conveniencia y justicia no decretara su desarme.

Que su bienestar y el de sus familias dependía de tener esas armas, y que esta idea y la de cooperar al sostenimiento de la libertad, eran móviles que les harían tenerlas, pesara á quien pesase.

Que era inútil que se insistiera en que los voluntarios entregasen las armas y municiones, que no eran suyas sino de la patria, y sólo á ésta, en el caso indicado, las devolverían; y que ni las promesas ni las amenazas les harían desistir de sus inquebrantables propósitos.

Que habían pensado en su situación, y sólo anhelaban el momento de la lucha, para probar á sus enemigos, si ya no lo sabían, lo que eran.

Y que, si lo que no esperaban, pero pudiera suceder, á algún individuo de las familias de los voluntarios se le perjudicaba en su persona ó intereses, la misma suerte cabría á los carlistas de posición ó parientes de los que estuviesen en armas.»

Ante esta digna y patriótica contestación no se atrevió Dorregaray á acometer á Cirauqui, pero más tarde, el 13 de Julio, al ver el abandono en que estaba la población, como otras muchas, respecto á fuerzas, se presentó ante ella con su cuadrilla de asesinos.

Cirauqui estaba defendido sólo por sesenta voluntarios, que se hicieron en los primeros momentos fuertes en la iglesia, resistiendo bizarramente varias horas de nutrido fuego de cañón y fusilería. Los sitiadores, viendo que no podían vencerlos, acudieron á las minas y al criminal y villano uso del petróleo, en que tan maestros eran.

Prendió el fuego voraz; los sitiados, careciendo

de agua suficiente y de los útiles necesarios para combatirlo, capitularon bajo solemne promesa de quedar libres, prévia entrega de armas y municiones, para trasladarse al punto que les conviniese.

Mas apenas aquellos infelices entregaron sus fusiles, penetró en la iglesia la cuadrilla de bandidos carlistas y una chusma asquerosa de paisanos, hombres y mujeres, y comenzó una horrible carnicería, muriendo treinta y seis de aquellos bravos y salvándose por milagro veintitrés.

¿Quién podría describir aquellos horrores con los acentos de indignación que merecen? Ninguno mejor que un testigo presencial, que se batió tan bravamente como todos, y que se libró por milagro de la matanza, cual si estuviese destinado, como más tarde lo hizo, á realizar sorpresas y hazañas inconcebibles contra los miserables que asesinaron á sus heróicos compañeros. Me refiero á D. Tirso Lacalle, conocido por el *Cojo de Cirauqui*, que tan célebre se hizo después como guerrillero.

He aquí el parte detallado que pasó al Gobernador civil de la provincia de Pamplona sobre los horribles asesinatos perpetrados por los facciosos en Cirauqui, parte que es un padrón de ignominia para el carlismo:

Parte detallado que el Jefe de la fuerza de voluntarios de la República de Cirauqui pasa al Sr. Gobernador civil de la provincia, sobre los horribles asesinatos perpetrados por el grueso de las facciones el dia 13 de la fecha.

«Honda y tristemente impresionado ante el recuerdo de los horribles sucesos ocurridos en Cirauqui el día 13 del que rije, con motivo de la rendición de la compañía de voluntarios de la República, á la que he tenido la alta honra de pertenecer, tomo la pluma para hacer á V. S. la historia de tales acontecimientos en todos sus detalles, á fin de que pueda apreciarlos convenientemente.

Eran sobre las seis de la tarde del día 11, cuando de súbito aparecieron coronadas de carlistas las crestas de unas alturas situadas al Norte de Cirauqui, observándose además que las facciones de Elío, Dorregaray, Ollo, etc., etc., descendían hacia Mañeru. Este movimiento me indicó que, ó bien los carlistas ocuparían el segundo punto (Mañeru), en cuyo caso era problable intentasen un ataque separado ó simultáneo á los destacamentos de Puente y Cirauqui, ó que, perseguidos de cerca por nuestras columnas, se verían obligados á vadear el Arga junto á Mendigorría con dirección al Carrascal.

Apresuréme á mandar varios propios á Larraga y otros puntos, con objeto de que llegase á noticia de los jefes de destacamentos, autoridades y jefes de columna la situación de la facción, y mientras ésta verificaba su descenso hacia Mañeru, ocupé con una fuerza de 15 voluntarios algunas alturas entre Cirauqui y la expresada villa de Mañeru, desde las que observé sin riesgo sus movimientos, retirándome al Fuerte al anochecer.

Ocupado Mañeru por los carlistas, y en vista de que éstos tenían distraídas fuerzas en el término municipal de Cirauqui, comprendí que se nos había puesto sitio y la necesidad de tomar las precauciones convenientes á combinar un plan de defensa para el caso de ser atacados.

Sin que nada importante y que merezca reseñarse sucediera por espacio de cuatro horas, á la una de la madrugada del 12 recibió mi amigo y capitán don Joaquín Iriarte, una carta de D. Antonio Dorregaray, fechada y firmada en Mañeru, intimándonos la rendición, y á la que en nombre de la compañía contestóse que estábamos resueltos á morir antes que capitular, y que podía atenerse á la carta que en 27 de Febrero le dirigió dicho D. Joaquín Iriarte, de la que acompaño á V. S. un ejemplar.

Al amanecer de este día, advirtieron nuestros cen-

tinelas que la facción se hallaba diseminada en los alrededores de Cirauqui, y me propuse molestarla con frecuentes salidas, consiguiéndolo en efecto, pues varias veces viéronse retirar las avanzadas hasta ponerse á cubierto de nuestros tiros.

A las seis y media de la tarde hubo un armisticio de una hora solicitado por Dorregaray, y durante el cual los cabecillas Rosas y Miguel Urra trataron con D. Joaquín Iriarte y D. Benito Vera acerca de la capitulación, á la que no se accedió, después de consultar á la compañía de voluntarios.

A las doce de la noche, avisados por los centinelas que dentro del pueblo se oían fuertes rumores y golpes en las puertas, cada voluntario ocupó su puesto, según de antemano se tenía previsto, bajo las órdenes de sus jefes respectivos.

No habría pasado media hora y á distancia de unos cien metros, se oyeron claramente las voces de «¡han de morir esos herejes, ladrones, infames!» Se contestó en adecuadas frases, y creyendo el voluntario Román Apesteguia divisar un bulto en una esquina, le hizo fuego.

Esta fué la señal para que por ambas partes se rompiese con igual energía. Muy pronto se oyó la voz del liberal D. Agustín Jarauta, en cuya casa se hallaba Dorregaray, que decía: «¡Román!, ¡Román! no hagáis fuego, que voy á pasar ahí por orden del general.»

Se suspendió el fuego, y efectivamente, se personó en el fuerte Jarauta, quien de parte de dicho cabecilla dijo al que suscribe, comisionado para recibirle: «De parte del general...» «¿De qué general?,» le pregunté. «De Dorregaray, contestó; que por última vez os entreguéis, que aún hay perdón.» «Diga usted á Dorregaray, le contesté, que nos va ya fastidiando, que no sea tan molesto, y que estamos decididos á morir.»

Esta contestación fué aplaudida por todos los voluntarios.

Jarauta se retiró, y haciéndose por ambas partes algunos disparos de fusil, y por la del enemigo muchos y groseros insultos, que no quedaban sin contestación, si bien en frases más decentes, continuamos hasta las cuatro de la mañana, sin otro incidente que haber sentido en las casas inmediatas al Fuerte *ruidos, golpes como* para horadar la pared; y efectivamente, no nos engañamos, puesto que ya amanecido se nos hizo un disparo de cañón, que vimos procedió de una tronera que al efecto habían construído en un pajar, á distancia de cien metros.

Inmediatamente dispusimos que cuatro voluntarios se ocupasen en apagar los fuegos de la mencionada tronera, lo que se consiguió, no sin haber sufrido el Fuerte hasta seis disparos en el tiempo de una hora, poco más ó menos, durante la cual siguió haciéndose fuego de fusilería por ambas partes.

En la imposibilidad de continuar ofendiéndonos desde el mencionado pajar y con el referido cañón, por los certeros disparos que á la tronera se les dirigían, trataron de formar á la izquierda del pajar, y á cuerpo descubierto, una barricada con sacos de tierra, lo que tampoco pudieron conseguir por los certeros fuegos del Fuerte, habiendo, sí, tomado posiciones en varias ventanas, desde las que seguía el fuego de fusilería y utilizando al efecto los colchones de nuestras casas.

Entre siete y media y ocho de la mañana se presentaron nuestras familias de orden de Dorregaray cerca del Fuerte, intimándonos á nombre de aquél que nos rindiésemos. No habían concluído de hacernos la proposición, cuando las intimamos á que se retirasen, viéndonos en la dolorosa necesidad de preparar nuestras armas contra seres tan queridos para conseguirlo.

A las ocho principió el enemigo á arrojar botellas de petróleo, paja y otras materias combustibles, empapadas en dicho líquido, á un tejado: viendo no pro-

ducían el efecto que deseaban, las arrojaron también por dos ventanas del Fuerte.

En tan apurada situación procedimos á destruir el altar mayor, tribunas de la iglesia y entarimado. ¡Vano empeño! Pues si fácil nos fué destruir las tribunas y parte del altar mayor, nos fué imposible de todo punto destruirlo todo, y mucho menos el entarimado de la iglesia, puesto que, careciendo de útiles, siendo corto el número de hombres y muchos los puntos que cubrir para contestar á los fuegos que á distancia ya de dos metros, y desde troneras, se nos hacía de las casas que casi tocaban al Fuerte, continuando la lluvia de petróleo que de un momento á otro iba á hacer que ardiese el edificio, sintiendo además un ruido sordo casi bajo nuestras plantas, señal inequívoca de que había tres minas, una en dirección á la torre, otra al centro de la iglesia, y la tercera á la derecha; y para que nuestra desdicha fuese mayor, se volvieron á presentar por dos ó tres veces nuestras madres, hijos, esposas y hermanas, una de ellas acompañada de Dorregaray, quien desde un balcón nos mostró un pañuelo blanco, sin descubrir el cuerpo, sin duda por *prudencia*.

Entonces, Ilmo. Sr., ante seres tan queridos y en la seguridad de morir *sin poder matar*, entró el desaliento entre algunos, y sonó la palabra *capitulación*.

¡Era la una de la tarde! A esta hora se principió á discutir si se habían apurado ó no todos los medios de defensa: la mayor parte convino en que sí; pero en lo que hubo variedad de pareceres, fué en la muerte que debíamos de elegir, si quemados en la iglesia, ó sepultados al reventar las minas, ó fusilados como irremisiblemente lo esperábamos, puesto que jamás creímos en la palabra del infame Dorregaray. Tan grave cuestión se fió á la ley de la mayoría, se procedió á solemne votación, y siendo 62 los votantes, 32 optaron por rendirse, y 30 por morir quemados.

Nuestro corneta dió la señal de ¡alto el fuego!,

que repetida por otros del enemigo, cesó por ambas partes. Entonces el que suscribe, oyó voces en el Fuerte que le indicaban fuese á conferenciar con Dorregaray, y cumplí tan doloroso deber.

Sin darme cuenta de lo que me hacía, sin levita ni kepis y descalzo, me presenté al cabecilla Dorregaray; sé que al entrar lo hice muy excitado y faltando á la educación. Entonces Dorregaray, con risa sarcástica me excitó á que tomase asiento y me calmase; y no habían transcurrido dos minutos, cuando entraron en la misma habitación nuestro jefe D. Joaquín Iriarte y el cabo Bartolomé Apesteguia y su hermano el voluntario Román Apesteguia, contuso en un pie de bastante gravedad por haberle caído un trozo de madero al querer derribar el altar.

Dorregaray, dirigiéndose al que suscribe, á pesar de ser Iriarte jefe superior, le dijo expusiese el objeto de la entrevista; le manifesté que, aunque muchos, y yo entre ellos, habían optado por seguir defendiéndose, una mayoría de votos había acordado lo contrario, y que íbamos á pedir condiciones para rendirnos.

Me mandó formulase las que queríamos, y lo hice en los términos siguientes:

1.° Respeto á nuestra vida y libertad.

2.° Igual respeto á nuestra propiedad y familias, incluso los efectos que en el Fuerte teníamos.

3.° Que teniendo 60 armas del Gobierno, las entregaríamos con las municiones que en el Fuerte había; pero que esperábamos dejase algunas escopetas de caza.

4.° Que á un soldado de infantería del regimiento de Sevilla, y otro que había desertado de las filas carlistas y se hallaba en el Fuerte, se les había de incluir en la capitulación.

5.° Que comprendiendo la predisposición que contra mí había en el pueblo, como igualmente contra mis amigos D. Joaquín Iriarte y D. Justo Cerio,

tanto los tres, como cualquiera otro de los voluntarios, debían ser acompañados por fuerza suficiente hasta puerto seguro, eligiendo el que suscribe el puerlo de Larraga, para desde allí pasar á Tafalla.

Estas fueron las condiciones que formulé; y como añadiese el voluntario Román Apesteguia que algunos tenían necesidad de quedar en su casa para mantener las familias, y que temían fuesen insultados, le contestó Dorregaray: «Nada tema usted; daré órdenes oportunas y castigaré severamente al que siquiera de palabra se atreva á molestar á ustedes.»

Todo esto, Ilmo. Sr., ocurrió á presencia de varios cabecillas carlistas, entre ellos D. Jesús María Iribas, de Tafalla, amigo y pariente de Iriarte.

El infame Dorregaray, con una condescendencia que me hizo mucho daño por lo mismo que tanto me extrañaba, accedió á ello sin la menor objeción, diciéndome sólo que su soldado desertor tenía que sujetarse á un Consejo de guerra, pero que él se comprometía á interceder con el Ministro de la Guerra, para que no fuese castigado con el rigor de la ordenanza. No se habló más de capitulación.

Iribas dijo á Iriarte que había visitado y consolado á su familia; Dorregaray expresó su sentimiento por los robos que en nuestras casas se habían cometido, manifestando que, más que á sus soldados, culpaba á los muchos paisanos que de los pueblos circunvecinos, en particular de Mañeru y Puente, habían llegado aquel día; que Cirauqui parecía celebraba una gran feria; más que feria, una romería de San Isidro.

Evacuado nuestro cometido, nos dirigimos al Fuerte á excepción de Román Apesteguia, que por hallarse casi imposibilitado para andar, quedó en la casa que habita su madre política.

Al llegar á la puerta, comunicamos á nuestros compañeros las condiciones de capitulación, que aceptaron sin vacilar; les dije entonces que fuesen dándome las armas con las fornituras y municiones, y vien-

do á mi derecha á Dorregaray con tres ó cuatro jefes, entre ellos D. Jesús María Iribas, de Tafalla, las fuí recibiendo una por una y entregándolas en el acto al mismo Dorregaray, quien por medio de un oficial las distribuía á los soldados que tenía desarmados, y que me consta eran del 4.° batallón.

Hecha la entrega, y retirado Dorregaray con los jefes, vinieron otros con Miguel Urra, de Cirauqui, y el cobarde Idoy, de Mañeru, y un tal Gulina, quien me manifestó de orden del general venía á hacerse cargo de las municiones, escopetas, rewolvers y cuantas armas hubiese de nuestra propiedad; y al objetarle que, según la capitulación, aquellas armas eran nuestras, me dijo que tenía que cumplir con su deber.

Entonces las entregué, si bien procurando ocultar los sables y rewólvers bajo una colcha de cama; pero como de ello se apercibiese Idoy, se apoderó de ellos. En este momento, viendo que tan inicuamente se faltaba á lo pactado, extraje con disimulo de mi maleta el dinero que tenía de mi propiedad y de fondos municipales.

En este estado, y en medio de una horrible gritería, llenóse el Fuerte de gente y principió el saqueo, pero saqueo en que no se perdonó ni el uniforme de los voluntarios, llevándose por consiguiente camas, ropas y cuantos muebles había, sin perdonar los cubiertos de plata, alhajas y dinero. Todo esto, y el habérseme reclamado y obligado á presentar, de orden de Dorregaray, á tres subalternos suyos, 30.000 reales que guardaba en mi bolsillo, me vino á demostrar que la capitulación era letra muerta y que muertos también seríamos nosotros; pero impotentes para intentar nueva defensa, nos resignamos, si resignación cabía contra tal infamia.

Serían las tres de la tarde, y todo quedó al parecer en calma, si bien notando una nueva infracción de lo estipulado, puesto que Dorregaray nos prometió poner guardia de confianza, y sólo vimos gente

de las partidas á quienes más habíamos perseguido siempre de frente y en campo abierto.

No habrían transcurrido diez minutos, cuando oímos una gritería espantosa, que con una confusión infernal pedían nuestras muertes, muy en particular la de *el Cojo*, nombre que dan al que suscribe, porque desgraciadamente lo es, demoliendo mientras tanto los tambores y demás obras de fortificación.

Durante estas ocurrencias, entró en el fuerte el cabecilla Romero, excanónigo de Pamplona, quien después de haberme saludado, habló á solas con el teniente de la compañía D. Cipriano Seminario, á quien á mi presencia y la de D. Joaquín Iriarte le dijo que deseaba conocer su hija y ver su casa, para lo cual deseaba le acompañase. Dicho Seminario á su salida prometió volver, pero no lo hizo así. Me permito llamar la atención de V. E. sobre esta circunstancia. ¿Qué hablaron en secreto Romero y Seminario? No lo sé, pero sí que éste ha marchado ó se dispone á marchar á Francia.

Al propio tiempo se presentó el tristemente célebre cabecilla Rosa Samaniego, é instó repetidas veces al cabo segundo de voluntarios, Angel González, á que saliera con él, mas éste se negó rudamente, diciéndole quería seguir la suerte de sus compañeros. Es de advertir que Rosa y González se trataban de hermanos, y al retirarse aquél, todos creímos ver en su cara la indignación que le había causado la contestación de su hermano.

Serían las cuatro poco más, y creció el tumulto, llamándonos la atencion que uno de los centinelas tirase la escalera de mano, que para comunicarnos con el coro estaba colocada en la habitación donde nos encontrábamos, y que en el mismo instante se presentara un jefe diciendo en frase dura, que allí faltaban voluntarios.

Satisfecho al parecer dicho jefe con las contestaciones que se le dieron, salió de la habitación, y no

habría pasado un minuto cuando oímos aumentar terriblemente la gritería, percibiéndose claramente los gritos: «*¡A ellos! ¡A ellos! ¡No ha de quedar uno! ¡A la bayoneta! ¡Fuego! ¡No quede ni raza!*», y otras mil frases repugnantes.

A la vez que vimos un grupo en la puerta, sentimos unas detonaciones que se confundieron con los ayes de los voluntarios; presencié que algunos caían heridos ó muertos, y por un agujero que el día anterior habíamos abierto en la habitación para facilitar la comunicación con el piso de abajo, nos tiramos algunos, ocultándonos entre y dentro de las cubas, y alguno en el lugar excusado, donde sufríamos una agonía peor cien veces que la muerte oyendo los lastimosos gritos de nuestros desgraciados compañeros.

Aquello fué horrible, Ilmo. Sr.; disparos y gritos de parte de los carlistas; terribles maldiciones de los que asesinaban en nombre de la religión; amenazas é insultos que avergonzarían al hombre más avezado al crimen; las voces de «*¡no tirarles, que más padecerán muertos á bayonetazos! ¡Cortadles las orejas! ¡Cortadles los...! ¡Arrastradlos! ¡Entregadlos al pueblo!*» Todo esto, Ilmo. Sr., unido á que, con algún intervalo, se oían voces casi apagadas que decían: *¡Por Dios, matadme!*, nos horrorizó en términos, que de todo corazón hubiéramos deseado la muerte.

Muy pronto comprendimos que estábamos perdidos, pues vimos á la misma puerta de la bodega á un grupo que decía: *¡Aquí! ¡Aquí están estos herejes!* cuyo grupo entró en el local matando á todo el que encontraba.

Saciados sin duda de tanta sangre, y sin esperanza de encontrar más que derramar, se retiraron los grupos al toque de llamada á la carrera, oyendo entonces una voz que en la habitación de arriba les apostrofaba, tratándoles de cobardes y asesinos y diciéndoles que habían deshonrado su partido, y que

nunca podrían lavar la mancha que sobre el mismo acababan de echar.

A las fuertes exclamaciones siguió un rezo en latín, que el que suscribe comprendió perfectamente; era el responso de difuntos. Entonces animé á mis compañeros diciéndoles: «*¡Nos hemos salvado por el momento!*» Y efectivamente, oímos la voz de uno que ante esta escena fatídica, gritaba desconsolado: «¡Si hay alguno que se haya salvado, que salga!» y protestaba contra la matanza que se había hecho con personas indefensas.

Las reiteradas protestas contra tan vandálicos hechos, los repetidos y generosos llamamientos que algunos hacían, por si alguno se había salvado, y las promesas, oídos en el lugar donde con otros compañeros me encontraba, así como la calma que renació en aquellos momentos en el cuartel, me significaron que nada debiamos temer, y saliendo de donde estábamos ocultos, nos recibieron entre sus brazos varios sujetos que dijeron ser del Estado Mayor de Dorregaray, diciéndonos que quedábamos en completa libertad y protestando de nuevo contra el inaudito crimen.

Sin demora ¡ah, horror causa decirlo! me condujeron por la habitación en que lo menos treinta cadáveres de mis compañeros permanecían tendidos y hacinados, á muchos de los cuales di la última prueba del cariño que les profesaba, abrazándolos y besándolos. Viéronse mis acompañantes obligados á molestarme, á veces, para separarme de mis compañeros muertos; si á la verdad trabajaban con sana intención por calmar mi corazón traspasado de dolor, era imposible.

Al fin tuve la dicha de abrazar á 13 compañeros que, como yo, se habían salvado, y se me dijo que tres más, saltando por encima de las turbas, la muchedumbre y un batallón carlista, habían logrado fugarse, habiendo, por consiguiente, probabilidades de ha-

berse tambien salvado; circunstancias que vinieron á mitigar mi dolor en algún tanto. Se me hicieron, lo mismo que á todos los compañeros, nuevas y enérgicas protestas contra tamaña infamia, y se nos dió palabra de que al momento íbamos á quedar en libertad; pero, ¡oh dolor! á la media hora nos encontramos bajo una guardia cuyos individuos vestían los pantalones teñidos en sangre de nuestros hermanos.

En este estado continuamos dieciocho horas, esperando por momentos la muerte, cuando á las doce de la noche del 14, se nos manifestó que con toda seguridad, pero sin que los paisanos ni las partidas se apercibiesen, íbamos á ser conducidos á Puente la Reina por ocho muchachos de confianza, dejándonos aquí en libertad. En efecto, así se hizo, y el 15 á las tres de la tarde me encontraba en Pamplona con 16 compañeros.

Ahora, Ilmo. Sr., me veo en la necesidad de relatar lo que ocurrió fuera del cuartel el día 13 y siguiente, y cuyos hechos se me han comunicado por las viudas y huérfanas que han llegado á esta Plaza huyendo de los atropellos de que eran víctimas en Cirauqui, y cuyo relato es verídico.

A la vez que se entretenían los asesinos en hacer padecer á sus víctimas, otros, que gustaban más del robo que del asesinato, saqueaban nuestras casas; y no era un saqueo á la ligera, puesto que en casa de Iriarte, nuestro capitán, no solamente robaron cuanto había, si no que destrozaron tabiques y todos los muebles de lujo á balazos, temerosos de que fuesen reconocidos si los llevaban á sus casas. Igual conducta observaron en la mayor parte ó todas las casas de los voluntarios, y hoy mismo han llegado viudas de éstos, asegurándome que lo poco que habían respetado el día 13, lo han robado en los días 17 y 18, y que tienen la convicción de que destruirán cuanto queda, si es que queda algo, y que se ven muy amenazadas las viudas de todas las familias.

Las mismas me dan parte de que muchos cadáveres fueron despojados de toda su ropa, que estaban horriblemente mutilados unos, y otros cubiertos de heridas de balas y bayonetazos. Esta noticia me fué ya comunicada en mi prisión por personas carlistas y el médico que los reconoció. También se dió el inhumano caso de negarse los paisanos á conducir al cementerio los cadáveres, y hasta arrastrar alguno que otro por las calles.

Esto es lo ocurrido, Ilmo. Sr.; que se me caiga la mano con que lo firmo, si en lo más mínimo falto á la verdad, y si en algo falto, será en dejar de relatar alguna que otra escena que me es desconocida.

Tengo el sentimiento de acompañar á V. S. la relación marcada con el núm. 1.°, que contiene los nombres de los 36 muertos; otra con el núm. 2.°, de los que sobrevivieron á tanta desgracia.

No debo hacer, Ilmo. Sr., mención especial de ninguno de los voluntarios; todos, todos cumplieron como buenos, batiéndose con el mayor heroismo; pero no puedo menos de hacerlo de la mujer del voluntario José Apesteguia, muerto á la vez que el hermano de éste Martín José.

Esta mujer, de mejor instinto, de más penetración que los que optaban por rendirse, y sobre todo, de un valor poco común en su sexo, suplicó mil y mil veces que muriésemos quemados y abrasados como buenos hermanos antes que rendirnos. Al ir á entregar las armas, con lágrimas de sangre y puesta de rodillas, reiteró la súplica; pero el pacto estaba hecho, y tan pronto sacaron las armas del cuartel, maldijo al enemigo y cayó desmayada.

A tan heróica mujer la salvó el cabecilla Miguel Urra, sacándola del cuartel y ocultándola en una casa, siendo inútiles cuantas diligencias practicaron los carlistas para encontrarla.

Uno de los voluntarios que huyeron al principiar los asesinatos, y á pesar de haber sido herido de bala

en un brazo, salió al campo, y cojido por dos bandidos de á caballo, le echaron una soga al cuello, y atado á la cola de uno de ellos recibió fuertes contusiones de sable que hoy muestra al que quiera verlas, conduciéndole en este estado á distancia de un kilómetro. Entonces pasaron la soga del cuello al brazo, y haciendo que el caballo galopase, cuando le veían casi arrastrando, le decían: «¿Pensabas que no corrían los caballos de los carlistas?»

Así le llevaron hasta Lorca, presentándolo á Dorregaray en un estado lastimoso, quién dispuso que, con arreglo á lo estipulado en la capitulación, quedara en libertad. Este voluntario, llamado Felipe Escurra, llegó ayer á esta plaza con la columna del brigadier Sr. Gardín.

Nada más resta que decir, Ilmo. Sr., sino que la inmensa mayoría ha quedado en la miseria; casi todos propietarios en grande, ó por lo menos labradores bien acomodados, reciben hoy de sus amigos y correligionarios el pan para no morirse de hambre y ropas para cubrir sus carnes.

Mis bravos voluntarios, sin embargo, no piden venganza; piden justicia, Ilmo. Sr.; piden represalias, esas represalias autorizadas por las leyes de la guerra; y al no pedir venganza, no crea V. S., no, porque no la sienten en su pechos: tienen pasiones, Ilustrísimo Sr., pero son republicanos y sólo quieren ¡Justicia! ¡¡Justicia!! ¡¡¡Justicia!!! Quieren ojo por ojo, diente por diente, y hombre por hombre, casa por casa, muebles por muebles, dinero igual al que se les ha quitado. Quieren, ya lo he dicho, justicia; pero justicia pronta y enérgica.

Mi dolor por un lado, y la falta de algunos detalles por otro, han motivado que V. S. no haya recibido antes este parte, al escribir el cual me he cuidado tan sólo decir la verdad clara y desnuda, sin reparar en las formas del escrito, que á nada conducen en los de esta clase, ni en el orden de los hechos.

Lo que tengo el honor, al par que el sentimiento de comunicar á V. S. para su superior conocimiento; restándome tan solo impetrar de su benevolencia, me dispense haya sido algo difuso en la esplanación de los hechos, puesto que no siendo, ni habiendo sido militar, carezco en absoluto de aquellos conocimientos que el arte de la guerra podría tal vez suministrarme para poder decirlos en rasgos más sucintos.—*Pamplona 19 de Julio de 1873.*—TIRSO LACALLE.

«¡Voluntarios de la República de Navarra! ¡Soldados del Norte! ¡Voluntarios republicanos de España! ¡Españoles todos!

Ya veis cómo cumplen los carlistas sus solemnes compromisos. La memoria de nuestros queridos compañeros sacrificados tan vil y cobardemente por esos hijos de Satanás, nos da nuevos bríos, nos infunde nuevo valor y nos obliga á empuñar otra vez las armas, como mañana lo haremos, para batirnos contra esos secuaces de la Inquisición y morir en defensa de las libertades patrias.

Tirso Lacalle.—Miguel Caro.—Román Apesteguia.—Cruz Apesteguia.—Bartolomé Apesteguia.—Francisco Apesteguia.—Dionisio Urbe.—Bernabé Saldini.—Victoriano Irigoyen.—Nazario Esparza.—Anselmo Iriarte.—Ruperto Sainz.—Deogracias Imaz.—Felipe Ezcurra.—Angel Lázaro.—Florencio Hernández.—José María Arraiza.—Julián Arraiza.—Tiburcio Pardo.—Inocencio Esparza.

RELACIÓN NÚMERO 1.—MUERTOS

Cándido Tabar, (deja tres huérfanos).—*Angel Vergara*, (viuda y tres hijos).—*Joaquín Arizaleta y Eugenio Arizaleta*, (hermanos solteros).—*Germán Apesteguia*, (soltero, madre, hermanos).—*Raimundo Apesteguia*, (deja una viuda).—*Hermenegildo Mendigacha.*—*Angel González*, (viuda y madre).—*Tadeo*

Apesteguia, (viuda é hijo).—*Antonio Pérez*, (viuda). —*Joaquín Iriarte*, (viuda y seis hijos).—*Cristobal Tarazona*, (viuda é hija).—*Domingo Mugueiro*, (hermana).—*Justo Cerio*, (viuda).—*Bernardo Larre*, (viuda é hija).—*Laureano Irigoyen*, (viuda y padre). —*Florencio Iriarte*, (viuda y cinco hijos).—*Martín Echevarría*, (viuda é hijo).—*Juan Azcárate*, (padres y tres hermanos).—*José Apesteguia*, (viuda).—*Martín José Apesteguia*, (madre é hijo).—*Severino Ramirez*, (viuda, dos hijos y madre).—*Ramos Echarri*, (dos hermanos).—*Santiago Jarauta*, (sobrina).—*Patricio Goñi*, (viuda y tres hijos).—*Angel Yabar*, (viuda y dos hijos).—*Policarpo Manso y Matías Manso*, (padre y hermana).—*Juan Moreno*.—*Matías Urra*, (viuda y dos hijos).—*Trifon Aróstegui*, (viuda y cuatro hijos).—*Matías Urmeneta*, (viuda y tres hijos).—*Toribio Andueza*, (padres y hermano).—*Benito Vera, alcalde de Estella*, (viuda é hija).—*Agustín Raura*, (soldado del regimiento de Sevilla).—*Esteban Garraza*, (viuda).

RELACIÓN NÚMERO 2.—VIVOS

Tirso Lacalle.—*Miguel Caro*, (herido).—*Cruz Apesteguia*.—*Bartolomé Apesteguia*.—*Román Apesteguia*, (herido).—*Francisco Apesteguia*.—*Nazario Esparza*. — *Ruperto Sainz*. — *Inocencio Esparza*. — *Angel Lázaro*.—*Deogracias Imaz*.—*Felipe Ezcurra*, (herido).—*Bernabé Saldin*. — *José María Arraiza*, (herido).—*Victoriano Irigoyen*.—*Narciso Abarzuza*, (herido).—*Cipriano Seminario*.—*Anselmo Iriarte*.— *Tiburcio Pardo*.—*Deogracias Espila*. (herido).—*Dionisio Urbe*. — *Julián Arraiza*.—*Martín Vidaurre*, (herido).—*Florencio Hernández*, (herido).—*Benito Goñi*, (herido).—*Miguel Lorsal*.

Hasta aquí el parte del que, después de asistir á esa horrible matanza, llegó á ser el guerrillero más

célebre de la guerra pasada. Sus bravos compañeros de Cirauqui fueron bien vengados por él.

Cuando los carlistas vieron el grito de indignación y horror que lanzó España ante hazaña tan salvaje, trataron de atribuírsela á las turbas de Cirauqui y pueblos circunvecinos. Empeño inútil y táctica conocida. Ya sabemos que D. Carlos había ordenado que «se hiciera guerra sin cuartel, y que, aparentando que era contra su voluntad y la de los jefes que mandaban las fuerzas, se asesinase á todos los *acinerosos* liberales.»

Los asesinatos de Cirauqui caen sobre la frente de Dorregaray, que, á pesar de proceder del ejército, se colocó al nivel de Santa Cruz y Rosa Samaniego.

JULIO DE 1873

—

El cabecilla Barrancot debía desde largo tiempo una crecida suma á un regidor de Argelaguet. Cayó éste en sus manos, y cuando esperaba ser tratado con la consideración debida á los favores hechos, se encontró con que el defensor de la religión ordenó fusilarle, como así se verificó.

Es una manera fácil, cómoda, económica y segura de solventar deudas.

El bandido Calvo roba mil reales y varios caballos en Alcorisa.

Entra una partida en Villaviciosa (Oviedo) exigiendo 100.000 reales, quemando el registro civil y llevándose en rehenes al alcalde, el administrador de Rentas y varios contribuyentes.

La partida de Nuñez Saavedra roba en Fonsagra-

da 2.000 reales de sellos de correos, tabaco y papel sellado.

La facción Esteban López apalea á D. José Antonio Orueta, después de secuestrarlo en Arrechavaleta, y le exige una fuerte suma por su rescate.

Por conspirar en sentido carlista fueron presos el párroco y demás curas de San Feliu de Guixols, juntamente con otros vecinos.

El cabecilla Segarra roba 6.560 en Santolea.

Una partida de asesinos cumple su misión inmolando á dos liberales en San Esteban del Más.

Tan procaces estaban ya los carlistas, que en Barcelona se atrevió un clérigo á pronunciar un sermón tan ardiente contra los liberales, que el público, entusiasmado, hizo que por largo tiempo resonasen en las bóvedas atronadores y brutales vivas al imbécil y cobarde Carlos VII, como los carlistas llamaban á su rey de baraja.

El pueblo, que se enteró, agolpóse á la puerta del templo con ánimo de colgar al presunto émulo de Santa Cruz, siendo preciso que intervinieran los voluntarios para que no llevara á cabo su justa é higiénica pretensión. ¡Qué lástima!

Los carlistas destruyen la presa que, para alimentar su fábrica de papel, tenían en Besalú los señores Surós y Granger.

Vallés secuestra los siete mayores contribuyentes de Mariá, exigiéndoles un fuerte rescate.

La Lucha, de Gerona, da horrorosos detalles acerca del atropello cometido por una horda carlista con

un honrado ciudadano y excelente padre de familia, á pesar de las súplicas que el infeliz hizo. A las pocas horas falleció, dejando una viuda con cuatro hijos sumidos en la mayor miseria.

Hacen fuego sobre el tren cerca de Almoster los bandidos de Vallés, Cercós y Pino, hiriendo al fogogonero, que cayó exánime en la vía.

El cabecilla Vallés secuestra á varios propietarios de Mavals (Lérida) para robarles cuanto dinero tenían á título de rescate.

Fusilan los carlistas en la Sellera á un liberal y queman un puente.

Se subleva el cura de Beas, y es hecho prisionero, llevándolo á Granada.

Cucala roba 16000 reales en Alcora.

Cercós le imlta, llevándose 2.000 reales de Capafona, asesinando de paso á un infeliz payés porque se resistió á entregarle una carabina.

El cabecilla Esteban López condena á recibir 40 palos á una persona de muy buena posición, por ser liberal y no haberles entregado á su hijo, refugiado en Oñate. Quedó expirante de sus resultas, y el bárbaro defensor de la religión le amenazó, después de imponerle una multa de 80.000 reales, con darle á los pocos días otros 40 palos si no se les unía su hijo.

Tres voluntarios de Cassá de las Selvas se hallaban pescando. Pasó una partida carlista, los reconoció y fueron asesinados de un modo horrible.

Pidieron los carlistas dinero á la población de Ba-

ñolas, no lo recibieron y la bloquearon, amenazando con la muerte al vecino que cogieran.

Y, en efecto, tan *religiosamente* cumplieron su amenaza, que hirieron á varios y mataron á dos que no pudieron huir.

Los escolapios y los curas desaparecieron de Sabadell al enterarse de que se aproximaban tropas; tanto se habían comprometido con el carlismo.

Los regidores de Oyarzun que fueron secuestrados por los carlistas, quedaron en libertad mediante mil duros de rescate cada uno.

Exige el cabecilla Vallés 24.000 reales al pueblo de Vandellós.

MUERTE DE CABRINETTY

—

El infatigable y bravo brigadier Cabrinetty, terror de los carlistas en Cataluña, operaba con una tropa insubordinada; y creyendo que, á fuerza de foguearla volvería á la disciplina, no cesaba de día ni de noche en su persecución al enemigo.

Supo que éste se hallaba en Alpens y allá se dirigió el 9 de Julio, haciendo alto á una hora del pueblo, para hablar á sus tropas de que iban á rescatar á dos compañías de América que los carlistas llevaban prisioneras.

Recibe un parte del alcalde de Alpens, de que Saballs había salido del pueblo, y prosigue su marcha con ánimo de pernoctar en él.

Al entrar la vanguardia, es recibida con una descarga. Cabrinetty comprende la emboscada que se le había preparado, divide su gente en tres columnas, manda atacar, y se encuentra con que parte de la

fuerza no le secunda. Pónese á la cabeza de algunos soldados, y á pesar de la terrible resistencia que le opusieron, entra, se parapeta y se defiende.

Necesitando apoderarse de la plaza, manda salir de las casas á los que en ellas se guarecían; hácenlo solamente de 12 á 15; pónese á su frente para estimularlos, mas apenas asoma á la plaza, cae muerto de un balazo.

Después de un desesperado esfuerzo del comandante Sr. Pastor, que murió también, la columna se entregó, y les carlistas celebraron su victoria cometiendo toda clase de excesos, fusilando parte de los individuos de artillería, de la oficialidad y de la fuerza prisionera.

Terminada la acción, aquellos bárbaros colocaron el cadaver del heróico brigadier en una escalera de mano y lo llevaron á donde estaban D. Alfonso y doña Blanca, que hicieron grandes demostraciones de alegría, ponderando la satisfacción que experimentaban al ver muerto al que tanto temían.

En seguida fué paseado por las calles de la población, y los carlistas y los habitantes del pueblo prorrumpían en alaridos de gozo acompañados de befas é insultos al cadáver. Unos le abofeteaban, otros le daban con las culatas de los fusiles, otros le escupían á la cara y otros se apresuraban á desnudarle para que nada faltase á la escena de la profanación. ¡Aquellos miserables se olvidaban de que Cabrinetty daba 20 reales al soldado que le presentaba un carlista á quien hubiese librado de la muerte!

Cabrinetty llevaba consigo en la vanguardia una sección de voluntarios de Solsona mandada por el sargento Boix, valiente á toda prueba. Pudo éste ocultarse en una casa de Alpens después de recibir dos balazos, se enteraron los carlistas, entraron en ella y le acuchillaron en el mismo lecho en que yacía.

Los demás voluntarios prisioneros fueron inhumanamente fusilados; sólo se salvaron tres.

Como todo lo que se relaciona con Cabrinetty, el hombre á quien más temían los facciosos en la última guerra, tiene interés grandísimo, séame permitido consagrarle aquí un recuerdo, tomando datos de lo que escribió uno de sus ayudantes. Ya que fué el que más trabajó contra el carlismo, justo es contribuir á honrar su memoria.

Cabrinetty tenía las verdaderas condiciones del guerrillero; hacía cosas increíbles, física y moralmente. Era hombre verdaderamente de una constitución de hierro; no había fatiga capaz de doblegar aquel cuerpo; resistía las marchas más largas y penosas, los fríos más intensos y los calores más insufribles.

No era lo que se dice un militar de estudio ni de ciencia, pero tenía un talento y un ingenio naturales que le servían admirablemente, y una memoria, que le bastaba pasar una sola vez por una localidad para recordar el menor accidente topográfico.

Las marchas las hacía siempre á pie yendo su asistente montado en su caballo, pero apenas se rompía el fuego montaba; al revés de otros jefes.

En las marchas, con las que fatigaba las facciones, era donde más brillaba el talento de Cabrinetty; marchaba velozmente y la tropa le seguía sin darse cuenta de la fatiga. Sus marchas, que desconcertaban á Savalls y á Huguet, maestros también en ellas, daban vértigo por la rapidez y la duración, pero maravillaban por el ingenio y la travesura.

¡Y al cadáver de un hombre de estas condiciones, que jamás se ensañó con el vencido, que premiaba al soldado que salvaba la vida á un carlista, lo insultaron y lo profanaron!

Para miserables de ese jaez escribió Ercilla:

«*La muerte de un contrario poderoso*
solamente el que es vil la solemniza.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 13

CORTE DE CHUSMA.—PROPÓSITOS CRIMIMALES —CARTA EDIFICANTE.—BANDIDOS EN AUGE.—MAMARRACHO, LADRÓN Y ASESINO.—¡VIVA LA RELIGION, ME....!—PROCESOS Á GRANEL — CARLISTAS INDIGNADOS.—CUADRO DE HORRORES —CRUCIFICADOS, NO CRUZADOS.—IMPIEDAD CARRETERIL.—SARCASMO TERRIBLE.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

CORTE DE CHUSMA. —PROPÓSITOS CRIMINALES.—CARTA EDIFICANTE.—BANDIDOS EN AUGE.—MAMARRACHO, LADRÓN Y ASESINO.—¡VIVA LA RELIGIÓN ME .....!—PROCESOS Á GRANEL.—CARLISTAS INDIGNADOS.—CUADRO DE HORRORES. CRUCIFICADOS, NO CRUZADOS.—IMPIEDAD CARRETERIL.—SARCASMO TERRIBLE.

CORTE DE CHUSMA

A partir del día en que D. Carlos entró en Francia á uña de caballo por consecuencia del susto en Oroquieta, se rodeó siempre de cobardes, ineptos y difamadores, alcanzando con él mayor predicamento los que más inmorales é incapaces eran, y convirtiendo aquella parodia de Corte de opereta bufa, en patio de casa de vecindad ó en comedor de burdel.

Cuando, venciendo en parte el miedo que lo demarras le produjo y al año de estar sus parciales en el campo, se atrevió el héroe á volver á España, comenzó, más que antes fátuo y majadero, á desempeñar el papel de rey en lo que de aparatoso é inmoral tiene; pues en cuanto á los riesgos, dejaba generosamente esta honra á los demás, que no se descuidaban en cometer de paso las mayores infamias y los mayores crímenes, seguros de que su rey no había de condenarlos. Porque bien mirado ¿qué le importaba á él bañar en sangre el camino que podía conducirle al trono? ¿Qué el levantar montones de ruinas y de cadáveres para ver si podía alcanzarlo irguiéndose sobre ellos? ¿Qué el que España se per-

diese y se arruinara, si él no había nacido en ella, si no en Módena?

Y á los bandidos que le seguían ¿qué se les daba del sobresalto, la desolación y la muerte que llevaban á todas partes, si hacían su negocio, satisfacían sus perversos instintos y se enriquecían con el fruto de sus robos?

PROPÓSITOS CRIMINALES

Y que D. Carlos entró en España con el propósito de aniquilarla, pruébalo el que, en carta fechada el 14 de Diciembre de 1872 y escrita de *su puño y letra*, decía á Dorregaray al darle instrucciones para el levantamiento del día siguiente:

«*Entre tanto no debe descuidarse un punto el cortar los ferrocarriles é interrumpir los trenes, inutilizar las líneas y aparatos telegráficos, destruir la correspondencia oficial, apoderarse de los caudales y efectos públicos...*»

Estas palabras dieron la consigna. Cuanto los bandidos de boina hicieron de criminal é infame, está contenido en ellas, y en lo que ese mismo tipo dijo á su hermano D. Alfonso en Julio del 72, de que «*debía dejar hacerse la guerra sin cuartel.*» (Pirala t II. p. 554).

Y que esto fué para él un sistema, demuéstralo el que, á los dos años y medio, el 31 de Julio de 1875, recibió Pérula estas líneas del Cuartel real. (Pirala, t, III., p. 757).

«*Completamente autorizado* te digo que de un modo verbal y por medio de ayudantes de toda tu confianza, comuniques las órdenes secretas de que en el combate *no haya cuartel*; *que se maten cuantos enemigos se encuentren. Son facinerosos.* No publiques en manera alguna la guerra sin cuartel, *pero hazla*,

y únicamente *ten consideración con las clases y tropa heridos.* Esto no excluye las capitulaciones, que se observarán religiosamente; pero en el combate deja sentir todo el rigor de nuestra justa indignación.»

Y añadía la carta:

«En todos los documentos oficiales firmados por ti, *que resalte la generosidad* y se atribuyan los atropellos á causas ajenas á la voluntad decidida *de S. M. y á la tuya,* aparentando en ocasiones determinados castigos, y que aparezca por todos los medios imaginables *se procura* la guerra humana y civilizada.»

De esta manera cobarde, hipócrita y malvada se iba al exterminio del valiente ejército liberal; este proceder solapado, jesuítico, se recomendaba por don Carlos contra los que peleaban noblemente y cara á cara. ¡Y gentes de esta estofa se atreven á presentarse ahora como honradas, morales y en condiciones de gobernar en España! ¡Y por causa de un hombre tan imbécil como inmoral se va á derramar más sangre!

Los que, sabiendo esto, porque es histórico, siguen al lado de ese hombre y le proporcionan medios para que repita tan ahorcables hazañas, son.... dignos de estar á su lado.

CARTA EDIFICANTE

Ya hemos hablado en los folletos 7, 8, 9 y 10 de sus liviandades y malas pasiones; completemos en éste el juicio, copiando varios párrafos de la carta que un ilustrado jefe carlista, pasado del ejército liberal, escribió á otro, amigo suyo, que había hecho lo mismo; carta que retrata á lo vivo á los miserables que asolaban á España al grito de ¡viva el rey y la religión!

«Viendo que estabas en el Centro, le decía, y que en estas buenas y leales tierras del Norte ocurren cosas que se relacionan con tu distrito, quería escribirte para avisarte de ellas; mas lo suspendí por temor de que la carta cayera en manos de la policía de D. Carlos, quien, como hace abrir y leer todas, y entrega al brazo poderoso de Rosa Samaniego á los que dan noticias desagradables ó que puedan interpretarse en sentido de infidelidad, me pareció mejor que la pluma se quedase en el tintero, á fin de que la policía no tuviese tanto trabajo, el rey no se distrajese de sus galanterías y devociones, y sobre todo el señor Rosa Samaniego no se cansase otra vez subiendo en mi compañía á la cumbre de cierta montaña de Estella.

Si ahora te escribo, es porque me das la seguridad de que no molestaré á estos señores. Pero en verdad tengo á mano tanta materia, que no sé por donde empezar; suceden aquí tantas y tan nuevas cosas, que estamos mejor que quisiéramos; y el que no se distrae y se ríe, no es por falta de espectáculos variados y escenas divertidas, sino porque malditas las ganas que tiene de reir y distraerse. El rey por sí solo es un espectáculo capaz de causar el pasmo y la hilaridad, no digo de estas tierras, sino del orbe entero, y de algo más. Fortuna que ésta no tendrá el honor de ir á sus manos, porque redundaría en daño de las piernas del señor Rosa Samaniego, quien se vería obligado, muy á pesar mío, á encumbrarme más de lo que conviene á mi santa y católica humildad.

No te digo nada de lo que me has contado de Cataluña y del Centro, y sólo me reduzco á preguntarte: «¿Crees que todavía duraremos ocho días?... Yo tengo algunas dudas, y no apostaría ni un duro en favor de esta fecha. Lo arriesgaría tan sólo si se apostase por cuatro días; y aún tendría remordimientos de no haber tomado bastantes precauciones. En prueba debo decirte que ya tengo la maleta prepara-

da, y que cada día, al levantarme, me admiro de que mi asistente no me diga que ya ha llegado la hora de meterse en Francia. Yo creo que, por sí ó por no, tú harás muy santamente preparando el hatillo, á fin de que la noticia de este desagradable viaje no te coja desprevenido, pues ya sabes que á última hora siempre se hace mal la maleta.

S. M. está bueno, aunque ha tenido un disgusto con su hermano Alfonso, de resultas del cual temimos que todavía iban á crecerle más los brazos y las piernas, lo cual nos hacía temblar por el suelo de sus alojamientos, y, sobre todo, por las solapas de sus interlocutores. Pero la divina Providencia se ha apiadado de nosotros, y todos los carlistas bien intencionados le quedamos muy obligados por su infinita misericordia. Así, pues, el rey continúa con los mismos brazos y las mismas piernas á donde estaba pegada su persona cuando tú residías acá, y aquellos miembros no han tomado por ahora mayores proporciones, sin duda porque son bastante largos para competir con las aspas de los más portentosos molinos de viento.

S. M. rabió mucho del torniscón que le pegó su hermano al marcharse, y dijo que, si lo cogiese, le haría desdecirse de su orden del día so pena de fusilarle. Aunque esto sería pura y simplemente un fratricidio entre nosotros los mortales, carece de gravedad tratándose de un hombre sobrenatural como don Carlos, quien al nacer recibió del cielo todas las facultades imaginables, menos el talento, el sentido común y la vergüenza, que son vulgaridades incompatibles con los pretendientes de derecho divino.

Ahora ha llegado del Centro un personaje llamado el P. Bonifacio, de quien se dice que ha venido á solicitar que se anule el nombramiento del sombrerero Velasco, y se dé el empleo al *divino Lizarraga*, que, si es un pobre militar, en cambio es un intrépido glotón. Ese señor Bonifacio es un tipo muy origi-

nal, de quien se cuentan sublimidades, asegurándose que se marchó de su diócesis porque el obispo había recibido contra él ciertas quejas del bello sexo, y que dicho obispo, al saber su paradero, escribió al brigadier Gamundi retratándole al pelo el pájaro fugitivo, y encargándole que le dejara volar lo menos posible, porque tenía las alas demasiado atrevidas. Tú dirás si es ó no cierto. Aquí el tal Bonifacio ha traído grandes noticias, entre las cuales sobresale la de que el emperador de Rusia nos enviará pronto cien mil hombres, pues sabe de cierto que las potencias del Norte de Europa van á concertarse para ayudarnos eficazmente.

La única dificultad en que, según parece, Rusia tropieza, es el medio de transportar aquella gente; y por mi parte creo que ahora va á darse un gran impulso al descubrimiento de la dirección de los globos aereostáticos, á fin de que nos lleguen por el aire con toda facilidad y en buen estado de salud. Si ahí, en tu distrito, hay alguno de esos genios incomprendidos que se dedican á este descubrimiento, aconséjale que se apresure, para que sus competidores no le quiten el privilegio de la invención y la ganancia que ha de producir.

No sé en definitiva si el P. Bonifacio obtendrá el nombramiento de Lizarraga, aunque intriga mucho con este objeto. Los cortesanos lo han tomado en broma, y se ríen de él, como si fuese un bufón; cada vez que habla de las potencias del Norte, le disparan un tiroteo de chistes que lo abrasan. D. Carlos se divierte mucho con ello, y dice que es el mejor embajador que podía enviarle Lizarraga. Ya sabes tú que S. M. sobrenatural detesta á éste, á quien tiene por un pedazo de animal que no sabe sino comer sopas y ver la Virgen de los Dolores; pero como el sobrenaturalismo inspira á S. M. cosas tan peregrinas, no hay que fundar nada en estos antecedentes.

El rey de las piernas largas y de los brazos inter-

minables... (¡ay, Rosa Samaniego, qué trabajo te quiero dar!), el rey no creo que diga de Lizarraga todo lo que piensa, porque si por tan bruto lo tuviese, no le hubiera concedido cargos importantes. La verdad es que Lizarraga, aunque inepto, es un envidioso capaz de todas las coartadas para derribar al que le estorbe; y como nuestro rey, en virtud de su sobrenaturalidad, es tan aficionado á divertirse con los mentecatos que cometimos la bestialidad de ayudarle, no me extrañaría que pensase de Lizarraga mejor de lo que se supone. En fin, por ahora nada se sabe, y si al cerrar esta carta, dentro de dos ó tres dias, hay alguna novedad, te la diré. Lo único positivo es que destituirá á Velasco, por odio á su hermano, que lo nombró, y por lo cargado que está de aquel exsombrerero, á quien envió al Centro para echarlo del Norte y desacreditar más á D. Alfonso.

Supongo que habrás sabido la caída de nuestro general en jefe Dorregaray. Sí, amigo mío; el héroe de cantos combates ha perdido el favor y el mando, acutado de masón, liberal y traidor. Era uno de los oficiales pasados, y con este motivo se han hecho entre nosotros muy tristes consideraciones; porque, cuando la barba del vecino veas afeitar, pon la tuya á remojar. Así imagina cuán amolados y cabizbajos andaremos por aquí, temiendo que de un momento á otro nos honren con los mismos adjetivos y con la misma despedida... Yo entre ellos soy el más tranquilo y quien anima á los demás, porque, como estoy convencido de que los liberales no darán tiempo á S. M. sobrenatutural de hacernos tanta honra, espero el chubasco riendo.

Sobre la caída de Dorregaray circulan muchas noticias, atribuyéndola unos á los cortesanos, otros á Mogrovejo y muchos á Mendiry. Sin negar que éstos han contribuído al suceso, puedo asegurarte que no son la causa.

Ya sabes que S. M. sobrenatural es muy aficiona-

do á visitar cierto convento de monjas de Estella, donde suele pasar muchos ratos, y que alguna vez lo ha hecho acompañado de Dorregaray. Parece que de algún tiempo á esta parte S. M. no era allí recibido del modo que él deseaba, y que había distracciones, palabras secas, hocico, indiferencia y otras frioleras de la misma índole. Se observó entonces que cada vez que el rey visitaba á los monjas el termómetro de Dorregaray en la Corte bajaba. S. M. tomó la precaución de ir allí sin el general, y vió con gran disgusto que crecía el hocico que crecía el mal humor, la distracción y el resto. Con esto el termómetro de Dorregaray bajó á menos de cero, y los que conocían la situación preveían un verdadero alud.

En efecto, S. M. dió rienda suelta á la Corte, á Mogrovejo, Mendiry y otros para que se cebasen sin rebozo en Dorregaray, lo cual hicieron con tal encarnizamiento, que éste pidió el desempleo de varios cortesanos. El rey lo negó, por una parte, y azuzó por otra á toda aquella trailla. Cuando supo que por circunstancias independientes, su general en jefe no había podido impedir que Moriones introdujese un convoy en Pamplona, lo despidió del modo más ignominioso, haciendo correr la voz de que se había vendido al gobierno de Madrid.

Lo bueno es que, habiendo temido S. M. que no lo recibiesen bien en el convento por la ilustre fama de inepto y cobarde que ha adquirido, deseoso de volver allí con la reputación restablecida, se propuso eclipsar á Dorregaray, que entraba en aquella casa rodeado de una aureola de héroe, y declaró que quería ponerse al frente de sus fuerzas y llevar á cabo una hazaña que demostrase su valor y genio militar.

Pensóse, pues, en sitiar á Irún, que era una empresa bastante fácil, y acopiadas muchas fuerzas nos presentamos ante la plaza, que atacamos en seguida, teniendo D. Carlos la precaución de colocar-

se fuera del alcance de los cañones enemigos, á fin de no exponer su sacra y sobrenatural persona á tocar casualmente con alguna de las inmundas balas liberales que habían de pasar por los sitios menos lejanos.

Pero, hijo, gracias á la presencia y dirección de S. M., los liberales nos dieron una paliza tan sobrenatural, que hubo un escape maravilloso, y S. M. corrió tanto, que el caballo se le reventó: y á pesar de que su escolta volaba como un águila, fué el primero en llegar á Santesteban, donde se apeó solo, jadeante, despavorido, ansioso, temiendo ser seguido de los liberales, que aun no habían salido de Irún.

Las risas que este heroismo ha producido nos han llegado á divertir á los mismos que tomamos parte en la empresa, aunque te aseguro que escapamos de allí tan molidos y con tanto rabo entre piernas, que ninguno creía volver á reirse en la vida.

De resultas de esto, S. M. sobrenatural ha sido aún peor recibido en el convento, y el termómetro de Dorregaray ha seguido bajando tanto, que á ser yo éste, me retiraría á Francia, pues el señor Rosa Samaniego continúa frecuentando aquella profunda sima de Iguzquiza que está en los contornos de Estella».....

»Hoy cierro esta carta, dándote una fausta noticia. El Padre Bonifacio ha obtenido al fin la destitución de Velasco y el nombramiento de Lizarraga. Te doy la enhorabuena, por que en adelante vas á tener la honra de operar bajo el generalato de la Virgen de los Dolores. Felíz tú, que estarás en comunicación con las potencias celestes, y que tendrás la gloria de llevar á cabo las divinas operaciones que inspiran al gran Lizarraga. Por mucha que sea la fama que hemos cobrado nosotros al pie de las murallas de Irún, me parece que será superior la que vosotros adquiriréis á las órdenes del teniente de la Virgen de los Dolores.

Prepara la maleta, amigo, prepárala sin perder tiempo, porque conceptúo que si mi carta no te coge ya en Francia, te cogerá muy cerca del camino.»

Esta carta debería ser aprendida de memoria, para recitársela á todo el imbécil ó el tunante (porque sólo puede ser una de ambas cosas), que nos venga presentando ahora á D. Carlos como el hombre llamado á sacarnos de la postración en que hemos caído. Asusta el pensar lo que sería España en manos suyas y en las de los que, conociéndole, llevan su poca... aprensión hasta el extremo de seguírle.

BANDIDOS EN AUGE

—

¿Y qué había de resultar en la guerra teniendo al frente un hombre así? Lo que resultaba; que la inmoralidad más grosera guiaba á todos; que los tipos criminales, como Santa Cruz primero, Savalls después, Cucala más tarde, y últimamente Rosa Samaniego, eran los que alcanzaban favor é influencia, porque representaban en más alto grado el espíritu carlista; que el secuestro, el robo y el juego se consideraban medios lícitos de adquirir. Recordaremos un detalle á propósito del último.

En el verano de 1874 estableció una partida carlista una ruleta en la frontera española por la parte de la Seo de Urgel, en comandita con algunos franceses, y en la que desplumaban á los incautos, dando lugar á que las personas sensatas del carlismo exclamasen:

«Ladrones y barateros impudentes; hablan de religión y moralidad, y fomentan un juego inmoral que es la ruina de centenares de familias honradas. He ahí, prácticamente, á esos hombres funestos, que han encendido la guerra civil; dicen con el mayor descaro que se han levantado para exterminar la demago-

gia, y ellos son los demagogos más desenfrenados.»

Las mujeres, más indignadas, se distinguían por la vehemencia de sus apóstrofes.

«Los carlistas son la desgracia de esta tierra, exclamaban; ellos tienen la culpa de que tanta gente se pierda; ellos nos seducen á los maridos para que vayan allí á hacerse robar. Así mal rayo les aniquilara á todos, sin dejar á uno solo con vida. Si aquí qubiese justicia, ya les hubiera dado á todos garrote vil.»

MAMARRACHO, LADRÓN Y ASESINO

Las prácticas de la Corte, donde sólo se pensaba en diversiones, se extendieron á todas partes. Los jefes , unos se entretenían en banquetes, bailes y orgías, y en ostentar entorchados; otros, en hacerse la guerra por celos y rivalidades; resultando de esto la desorganización más completa en todos los ramos, y odios, rencores, venganzas, ambición y pretensiones indebidas.

Compruébalo esta carta de lo *Mestre Titas*, seudónimo de D. Francisco Segarra, al presbítero don Mateo B., que inserta Pirala en la página 377 del tomo III.

«A Savalls déjale pasear su garbo por las calles de Olot á lo carnavalesco; déjale hacerse dar serenatas todos los días y hasta las diez de la noche; déjale ir del brazo con su señora, que ostenta un lujo insultante; déjale que permita pavonearse á sus hijas y las mande su música siempre que quieran bailar en un prado; déjale bailar él mismo en medio de la plaza deshonrando su uniforme; déjale hacer gala de sus entorchados que jamás olvida; déjale llevar los voluntarios al matadero como en Puigcerdá; déjale retirarse á dos horas del fuego como en la acción de

Castellar de Nuch; déjale fusilar á centenares de infelices prisioneros como en Vallfogona, con horror de todas las almas cristianas y del país entero; déjale ir á gozar de las delicias de Olot, que es la Capua de los carlistas».

Manifiesta haber visto todo esto y otras cosas que *calla, pide el relevo de Savalls, y continúa:*

«Mi lealtad y el amor que tengo á la causa me impulsan á expresarme con tanta claridad como energía, y si usted tiene medios para hacer llegar á los oídos de S. M. la voz de este español, que, como usted sabe, bastante ha hecho para la defensa de Dios, Patria y Rey, pronto estoy á redactar una memoria exponiendo, amén de todo lo indicado, la desorganización de las intendencias, el despilfarro en los gastos, la falta de política en atraerse al país, el desbarajuste en las filas, la inmoralidad de jefes y voluntarios.»

En otra carta del mismo D. Francisco Segarra (no confundirlo con el canallesco cabecilla del mismo apellido que más tarde compró un título de marqués con el producto de su rapiñas), fechada en Barcelo- el 26 de Noviembre de 1874, se decía, entre varias cosas:

«Cuando la columna de Cirlot estuvo en Olot en Julio último, había en el hospital de dicha villa cinco carlistas enfermos, los tres muy graves, y Cirlot luego de llegado fué á visitarles, les animó y les ofreció toda clase de seguridades, y se lamentó de que hubiesen retirado los demás heridos, diciendo que los hubiera respetado como respetaba los cinco ya referidos. Para mayor seguridad de éstos hizo colocar una guardia en el hospital.»

.....

«Desgraciadamente aquí vemos repetirse lo mismo que pasa con el hombre tronera, que al verse hundido en la bancarota toma un billete y tiene la suerte de sacar un premio gordo de la lotería; en vez de

utilizar el dinero lo derrocha en francachelas y holgazanerías.

Perdónenme ustedes la comparación, pues es exactísima. Cuando el sujeto que aludo (Savalls), se ve hundido en el abismo del descrédito, toma el billete de emprender una acción; hace lo que el jugador, pues se dirá: «si gano, me rehabilito por una temporada más; y si una bala me lleva la crisma, entonces todo se acabó». No obstante, quiere la veleidosa fortuna agraciarlo con el premio gordo de la victoria, y él exclama: «ya estoy salvado»; vengan piruetas en las plazas de los pueblos; vengan algazaras con los camaradas; venga coronarnos de rosas; vengan meses y más meses de descanso.

Habráse advertido que he tratado de *casualidad* el que obtenga victorias, y no se dude que mera casualidad es, pues en los actos no hay plan preconcebido, ni medidas estudiadas, ni consecuencias calculadas; allá vamos porque sí. Si sale, bien; no sale, Cristo con todos. ¡Y no hay para abatirse al considerar que á un hombre de cascos tan lijeros está confiada la suerte de importantes provincias!

También me hago cargo de la religiosidad. Si tomar parte activa en bailes fuese rezar el rosario; si pavonearse por los pueblos fuese edificar al público; si protejer y rodearse de calaveras y canallas fuese mostrarse piadoso; si hablar á lo escandaloso fuese glorificar á Dios; si sólo oir una misa los domingos, y á las doce, y con un aparato sobradamente ridículo por no decir carnavalesco, fuese muy devoto; si hacer fusilar cerca de dos centenares de infelices prisioneros fuese una acción cristiana, entonces comprendería que fuera estimado como hombre religioso el sujeto en cuestión, y cuya conducta podrá ser todo lo que se quiera, pero para ser digna de un católico, y no más que algo mediano, tiene que reformarse mucho.

¡Ah! ahí precisamente está la grave causa de todo.

Por algunos no se ha querido ó no se ha sabido ver que la presente lucha es una lucha de religión; que nuestros voluntarios no sólo son soldados del Rey, sí que principalmente adalides de la Iglesia; que nuestra causa ante todo es la causa de Dios; verdad es que banderas y proclamas ostentan el digno lema de Dios, Patria y Rey; empero no es menos cierto que con tales palabras no concuerdan las obras; se llaman católicos, y sus hechos son de liberales; como éstos blasfeman; como éstos se abandonan al juego; como éstos permiten cundir la corrupción; como éstos esquilman los pueblos; como éstos se entregan á los vicios. ¡Oh, cuánto es de temer que Dios nos abandone!

Perdónenme ustedes tanta libertad como me he permitido; son desahogos de un corazón oprimido al ver cómo se malogran los medios de salvación para nuestra patria. Podrá ser una preocupación mía; empero mientras vea al frente un hombre de corazón nada cristiano, un hombre manchado con la sangre de 184 indefensas víctimas sacrificadas á sus sanguinarios instintos, nada de bueno espero; porque sé que Dios no puede bendecir á los caines, á los asesinos. Ya ve usted que se me acaba el papel, y así tengo que concluir manifestando que abrigo muy tristes pensamientos, que quizás le exponga otro día. Por hoy me despido de usted, repitiéndome su siempre affmo. amigo y pronto á servirle en lo poco que es y en lo menos que vale lo

Mestre Titas.

Barcelona y Noviembre 26, 1874.

P. D. Tal vez me he expresado con un poco de demasiada energía, si bien tengo datos para probar todo cuanto digo. Ver al frente un hombre inepto y orgulloso; ver que no se ha hecho nada para reprobar unos asesinatos que han manchado de sangre a todo el partido carlista y llenado de horror á todos los verdaderos legitimistas de acá, ¡ah! esto sublevá

é irrita. No obstante, usted solo traslade al Sr. Estrada los datos pedidos sobre Olot, que harto llenan de confusión, demostrándome la humanidad en Cirlot y la barbarie en Savalls».

¡VIVA LA RELIGIÓN, ME .....!

—

Cuanto á la decantada religiosidad de los carlistas, algo hemos dicho ya en el *Folleto 10*; nos limitaremos, pues, en este á consignar que, personas de importancia en el carlismo se escandalizaban y quejaban de la carencia completa de espíritu religioso en la mayoría de sus correligionarios, diciendo que únicamente lo fingían en contadas ocasiones, y esto muy tibiamente, no tomándose algunos ni siquiera esta molestia, antes bien haciendo á cada paso alardes de impiedad.

«Evidentes pruebas van presentándose, dice Pirala, en el curso de esta obra. Podíamos reproducir algunos de los documentos que tenemos á la vista de respetables sacerdotes y seglares, mas sólo reproduciremos el párrafo de una carta de D. Pedro Pujador, que tenía motivos para estar bien enterado y decía así:

«Sabido es que la falta de catolicismo práctico es la causa de todos nuestros males; de aquí la ambición desmesurada de nuestros jefes, y de ésta el fatal desacuerdo entre ellos. Quien sea amigo de Tristany ya no lo es de Savalls, y así de todos los jefes.»

Aunque, en este punto, nada tan elocuente, ni de más autoridad que la pastoral que dió en Estella el obispo de Urgel, escandalizado por lo que oía y veía. Decía Caixal:

«¡Qué contradicción tan monstruosa habría entre vuestros sentimientos y vuestras obras, si imitáseis ahora á vuestros enemigos y profanáseis la ley del

Señor con reniegos, con blasfemias, con maldiciones, con impurezas ó palabras y bailes obscenos, ó con cualquiera clase de pecados! ¡Si gritando ¡viva la religión! é improperando á los liberales el haberla abandonado y perseguido, vosotros os mostrarais poco religiosos; si estuviérais distraídos, disipados ó menos respetuosos en el santo templo; si no frecuentárais con devoción los santos sacramentos, ó tratárais con menos respeto á los sacerdotes y á las cosas santas!»

¡Qué contradicción, si luchando con tanto heroismo porque Dios reine en nosotros como en los días de nuestros padres católicos, le echáis de vuestros corazones por el pecado mortal y de vuestros campamentos por los escándalos!»

Para que la irónica excitación encaminada á supriprimir el pecado y el escándalo en el campo carlista fuese más eficaz, el obispo trabucaire, lanzó esta pulla á los jefes, oficiales y soldados:

«Dios se retiraría de vosotros, y por vuestros pecados y abominaciones nos echaría, como lo hizo el 40 y el 49. Maroto, el traidor Maroto, sólo fué el instrumento de la ira de Dios, instrumento por cierto detestable; mas la verdadera causa de aquella ruína no fué, no lo dudéis, sino el pecado, á que se habían abandonado los defensores de S. M. el rey D. Carlos V.

¡Ah! ¡Cuántos gemidos arrancó el pecado de los siete años á nuestro afligido corazón! ¡cuánto clamamos contra él en el púlpito de Berga, llegando á veces hasta amenazarlos con el abandono de Dios! Y este abandono vino, por desgracia, y el soplo de la ira de Dios, más bien que los batallones de Espartero, nos arrojó sobre las fronteras francesas.

Y no haya quien diga que peores eran los liberales. Es verdad que lo eran; pero eran también el azote de la ira de Dios, quien para esto se sirve de los malos.»

La pastoral del de Urgel prueba lo que tantas veces hemos dicho: que el robo, el asesinato, el incen-

dio y la violación se reputaban actos dignos y quizás meritorios en el carlismo, cuando, como se ve, no tuvo el prelado una palabra de condenación para ellos.

PROCESOS Á GRANEL

Los procesos llegaron á constituir una verdadera monomanía en D. Carlos en las postrimerías de la guerra; procesaba á todos los hombres importantes, sin fijarse en la deshonra que sobre ellos arrojaba ni importarle el descrédito en que la causa caía.

A unos, como Dorregaray, su ayudante Oliver, Morera y Mendiry, los acusaba de ineptos ó traidores; á otros, como Savalls, el barón de Sangarrén, D. José María Herrán, D. Carlos Cardona, y varios más, por inmorales. Todos estos procesos terminaron con la guerra; pero la intención de aquel mamarracho, cobarde y difamador de los hombres que mejor le habían servido, bien conocida estaba.

En la emigración se acentuaron más los odios y rivalidades del carlismo. Entre los que mostraron su disgusto, (casi todos) sobresalió Dorregaray. Protestó nuevamente de la acusación que lanzaron contra él, recordó sus servicios, que no consideraba debidamente estimados, y terminó diciendo:

«Y como si algun día el partido vuelve á figurar seguirán señalándome con el dedo, por lo cual no se ha terminado (ni se termina) el sumario; y puesto que es público que V. M. acogía la idea de traición en mí, yo no quiero, señor, ser un obstáculo para ese día, por lo que yo renuncio á todo, y sólo quiero me autorice á marchar al humilde pero honrado rincón de mi casa, desde donde me procuraré mi subsistencia, pues no puedo continuar deshonrado por las envidias del partido y viviendo de la caridad pública: yo no puedo vivir con el boato que otras per-

sonas que en el partido han hallado herencias, pero me iré á mi casa donde me esperan los brazos cariñosos de mi única hija abandonada, y con los que estaré compensado de la falta de consideración y malos tratamientos que de Real orden he sido objeto durante el curso de mi sumario.»

CARLISTAS INDIGNADOS

Y en tanto que se procesaba por intrigas, por emulaciones, por celos de D. Carlos ¿qué pasaba en aquella Corte de facinerosos?

Un carlista, indignado de que se dijera, hablando de D. Carlos, que él «sabía que la misión del Rey que ha de conquistar su corona *es trabajoso y aterrador calvario*», exclamaba en 1874:

«¡Qué burla sacrílega! Mientras los voluntarios se baten en Somorrostro y en Estella, el rey se divierte en Durango y en Puente; mientras que el pueblo gime, el rey se baña; los duelos se celebran con regatas; cerca del hospital de sangre, la orgía: un sinnúmero de tarjetas tiradas acá y allá viene á decir que el *Señorío de Vizcaya está cansado de ver las liviandades de Lequeitio;* y al pensar en el triunfo se ocurren tales ideas, que un joven militar se ve obligado á decir: «Señor, en llegando á Madrid tendrá V. M. cosas más serias en que ocuparse».

Otra persona decente que se había separado de aquella basura, añadía:

«Un general, nada menos que un general esclavo del sagrado dogma escrito en su bandera, después de tomar una plaza fuerte, proponía á las hijas y esposas de los prisioneros, de la clase de paisanos por cierto, y que iban á interceder por seres tan queridos á su corazón, concederles la libertad á cambio de recibir sus favores.»

Y comentaba otro la noticia en esta forma:

«No lo he visto, pero lo creo; porque allí no se respeta ni el pudor natural entre las hijas de una misma madre, ni á las jóvenes que dan guardia á doña Margarita, ni á la viuda del oficial carlista ¡pobre viuda, que donde viene á pedir consuelo, ve insultada y atropellada su honra!, ni el honor del caballero cuya hospitalidad se paga haciendo pública su afrenta, é imponiéndole después una fuerte contribución por liberal, para aplicarle con fruición villana aquel proverbio ¡que no se dice jamás entre personas bien nacidas.

Con tales ideas, con tales hábitos, con este modo de comprender la hidalguía, ¿qué orden ni concierto puede haber? Gracias á las diputaciones; gracias al orden foral que está allí sólidamente establecido; gracias á un resto de costumbres patriarcales, que sino, el país estaría ya desierto y ocupado solamente por forajidos; porque los hijos de familias honradas alternan con estafadores de Madrid, con salteadores y hasta con federales de Cartagena, ¡ que juegan y se divierten con la sagrada imágen de Dios crucificado!

Y si hace algunos meses había moralidad en las masas, hoy el que rezaba, ya no reza; el que no maldecía, ya maldice; el fusil hizo odioso el arado; el que no fumaba siquiera, ya se embriaga; el que abrazaba al carabinero padre de familia cuando rendido le pedía por Dios, hoy le da muerte; y el que antes no replicaba á un jefe, le asesina. Y ¿cómo podía suceder otra cosa, si el mal ejemplo entró insolente hasta en los monasterios de enseñanza, y bajo el sagrado techo de la castidad se ejecutaron los nefandos recuerdos de Mabille y del Chateau des Fleurs?

Católicos, ahí tenéis la Tierra Santa conquistada... para Satanás. ¿No lo creeis? Id á verlo.»

«Allí había un sacerdote italiano que sin más arma que un crucifijo, se colocaba siempre en vanguardía, donde más arreciaban las balas; y un lord protestante,

al parecer pasmado de ver por una parte tanta fe y por la otra tanta relajación. Yo me encontré en aquellas provincias con franceses, con ingleses, belgas y hasta prusianos; y entre tantos extranjeros no he visto cuatro españoles que fueran allí por estudio. Los liberales no se atrevían; á los carlistas les bastaba leer *El Cuartel Real*, adulador *autógrafo* de D. Carlos; y con este abandono y con tal negligencia, ¿piensan los pacíficos y los mansos incitadores de la guerra, que no han de ser responsables de tanta sangre inocente como allí se derrama, para dejar por mucho tiempo un rastro de profunda inmoralidad?

Y siendo tal la dirección suprema y tales las condiciones del ejército modelo, ¡qué había de suceder en Aragón, Valencia y Cataluña bajo el mando de D. Alfonso públicamente dirigido y gobernado por la que el ex carlista anónimo llama, y con razón, *diablo con faldas*, y que lejos de intervenir y de mezclarse en todo para templar los rigores de la guerra, llegó á ser el terror de los vencidos! Secuestradores de oficio, salteadores de pueblos y ciudades, sin otro plan que el saqueo, entraron á sangre y fuego en todas partes, y al retirarse con el botín ¿qué recuerdo dejaron? No volverán á preguntarlo.

¡Y es esta, cielo santo, la causa de la religión! ¡Desdichados los que aún seguís peleando de buena fe! Se comprende que os duela en el alma renunciar á una empresa acometida con tanto ardimiento; pero ved que ya defendéis lo contrario de lo que defendíais; ved que luchando justamente indignados contra la bandera de la libertad, estáis combatiendo por la mil veces más odiosa bandera del libertinaje, en todo y para todo lo que constituye el orden social; ved que hace falta, mucha falta vuestro valor y vuestra fe religiosa, para resistir á los enemigos de todo principio santo.

Lo que es para vosotros un sacrificio inmenso, para los principales no es más que uua especulación

impía y sanguinaria. ¿Por ventura no aceptaban ellos al general Cabrera regente ó dictador? ¿Acaso no le instaron para que se pusiera al frente de una rebelión contra el mismo rey á quien aclaman? ¿Dónde está, pues, el monarquismo y la tan ponderada fe religiosa de vuestros instigadores? Ambición de mando, sed de venganza y nada más.

¡Oh! Meditadlo, y en la sinceridad y pureza de vuestra intención daréis gracias al cielo por no haber acertado á elevar tanta bajeza.»

CUADRO DE HORRORES

En el capítulo XX de su obra, titulado *Yo le he visto*, dice entre cosas interesantes el que fué siempre consecuente é ilustrado carlista D. Indalecio de Caso:

«Los campos y los pueblos del país vasco-navarro presentan hoy un repetido panorama de puentes cortados, paredes ennegrecidas por el incendio, fábricas derruidas, talleres desiertos, y tantas otras huellas como suele dejar el monstruo de la guerra.

Cerca de los hospitales, y en las plazas y sitios públicos, relativamente hay pocos inválidos: los proyectiles modernos que al matar descuartizan, hasta con lesiones al parecer muy leves también matan; la viruela, el tifus y la inclemencia casi acaban con los heridos; los que salvan, suelen ser víctimas de su impaciencia, cuando apenas convalecientes vuelven á tomar las armas; y más de una vez se ha visto cundir el pánico en un hospital, salir medio desnudos y despavoridos los enfermos, y tener que recogerlos aterilos ó muertos en el campo.

En los alegres caseríos de otro tiempo falta la juventud y con ella la vida; las mujeres y los ancianos cultivan tristes y en silencio la tierra, sin que ni el

hijo muerto ni el hermano en campaña les libre de fuertes impuestos ó de rudas prestaciones personales. Y entretanto los infelices jóvenes, sin el preciso alimento y sin descanso, recorren en Noviembre, con la misma blusa que llevaban en Agosto, sierras como las de Urbasa y Andía, ocurriendo que en un solo movimiento militar cayeron hasta veintidos hombres helados.

Cierto que quien dijo guerra dijo muerte; pero es que allí se muere por lo regular sin asistencia, cuando es fuerza recurrir al albeitar, y hay riesgo de perecer arrastrado, sorprendido en el interior de un edificio ardiendo, ó confundido por precipitación con los cadáveres... y ¡todavía otra desgracia que pone terror y espanto en el corazón del hombre más entero!

(D. Antonio Alvarez del Manzano, comandante de caballería, habiendo quedado como muerto, pasó una noche del mes de Enero en el cementerio de Villasante, en completo estado de desnudez, confundido entre cadáveres, hasta que al día siguiente, cuando le cogieron para echarlo á la zanja dió señales de vida. Curó y volvió á pelear.)

Así como hemos visto la hacienda malversada y la política reducida á un juego grotesco, así la guerra parece allí deliberadamente dirigida á un continuo fracaso. Unos lo llaman iueptitud y otros perfidia; pero la fatalidad es un hecho; y en vano el voluntario hace prodigios de valor, y en vano sufre privaciones sin cuento; porque una larga serie de combates encarnizados, y meses y meses de fortificación ó de sitio, no sirven en definitiva para nada, y el carlista se bate siempre con la idea y el temor de estar vendido.»

CRUCIFICADOS, NO CRUZADOS

Refiriéndose á los voluntarios castellanos, añadía: «¡A dónde llegará su penuria! Verlos bajar de donde acamparon agrupados para resistir á la intemperie, como rebaño envuelto por el torbellino; verlos marchar azotados por el agua y la nieve, casi descalzos, harapientos y mal cubiertos hasta con prendas de mujer; verlos pedir al paso, tiritando y rendidos de fatiga, algo con que reanimar sus fuerzas, y pensar que aquellos mismos son los voluntarios en quienes reconocen los navarros un gran ímpetu, los alaveses gran serenidad, y todos el espíritu guerrero de los antiguos tercios de Castilla, es cosa que hace saltar las lágrimas de pena y de indignación; de pena, por tanta lástima; de indignación, pensando para qué sirve tanto sacrificio.

«*No los llame V. M. cruzados, sino crucificados.*» Así, así expresaba el general Mogrovejo la situación de los voluntarios que procedentes de varias provincias van á guerrear al abrigo de las montañas; pero es preciso verlo para comprender hasta qué punto castellanos, vascos y navarros afrontan con serenidad la muerte que parece llevan ya estampada en sus rostros macilentos.

Al leer estos detalles no faltará quien me suponga mal informado; pero se equivoca, porque... *yo lo he visto.*

Yo ví heridos y enfermos ardiendo en fiebre, azotados por una lluvia glacial; familias que huyendo por las crestas nevadas, veían la casa de sus padres arder en el valle, y criaturas que pedían limosna cerca de su hogar destruído, donde el enemigo cazaba á tiros entre las ruinas los animales domésticos.

Yo ví madres que lloraban á la vez por sus bienes puestos en almoneda para pagar contribuciones, y por sus hijos arrebatados á viva fuerza para hacerlos pasar por *¡voluntarios!*

Yo ví las hordas de huérfanos que salen gritando á los caminos, y los inválidos que imploran la caridad donde ayer trabajaban, y el hambre y la miseria donde ayer florecía la abundancia, y... (formé empeño en averiguarlo), hablé con labradores y hombres de letras, con soldados y generales, y muchas veces con el mismo D. Carlos, y nadie, nadie supo decirme para qué es la guerra!

A los vascos se les habló de sus fueros, precisamente cuando España casi volvía al régimen foral; á los catalanes se les ofreció restablecer otros fueros que el pueblo ya no conoce; á los valencianos se les habló de D. Jaime; á los astures de D. Pelayo, y para todos hubo proclamas y manifiestos conformes en el motivo, pero tan discordes en el objeto, que no dan ni la seguridad ni la esperanza de una sola reforma positiva. ¡Revolución! ¡Escándalos! ¡Sacrilegios! Sí, razón había para pelear; más ¿acaso un pueblo, por justos motivos indignado, no puede ser juguete de malas artes, y donde busca la salvación, hallar su ruina?

Si al fin la contienda fuera en realidad un duelo á muerte entre la revolución y el orden, entre la impiedad y la fe católica, eu buen hora, y dichoso entonces el que hubiera sufrido por la causa de Dioé todas las tribulaciones de San Pablo. Mas ¿en qus consiste la revolución? ¿En palabras? ¿En ideas?

Basta reunir los manifiestos y cartas políticas de D. Carlos y de su gente favorita, para ver mezclado el poder absoluto y la soberanía popular, las Cortea de Procuradores y las Constituyentes, la monarquís cristiana y el cesarismo... ¿Dónde, ni cuando se ha visto más revuelta confusión de ideas? Lo que hace quince años dije de Carlos VI, y que seguramente

pasó por una exageración, hoy es un hecho: Carlos VII acepta *hasta el sufragio universal, ó como si dijéramos, cualquier cosa.*»

IMPIEDAD CARRETERIL

«Y de otras ideas ¿qué decís, lo mismo los creyentes partidarios de las cargas á la bayoneta y de las arremetidas á navaja, que los incrédulos empeñados en culpar de todos estos males á la Iglesia, si en el centro de todo aquel ejército no hay sacerdote que á los cuatro días no se marche horrorizado de oir en la misma casa del rey, negar ó desconocer el *Syllabus*, y discutir si el sexto mandamiento es ó no es de institución divina?

Pues si de las ideas y de las palabras pasamos á los hechos, basta de mentiras, basta ya de pérfidas sugestiones; estáis engañando al pueblo católico; lo he visto. Se habla de que D. Carlos representa el catolicismo...

¡Catolicismo, y el único jefe á quien oí hablar de la causa catótica fué Elío, para lamentarse de que, por no ser Roma bastante explícita, no vinieran más recursos del exterior!

¡Catolicismo, y aún está entre los *buenos* el cura de Santa Cruz, que en la plaza pública de un pueblo hizo colocar sobre un tambor y dar *quinientos palos* á un señor coronel, dejándole por muerto!

¡Catolicismo, y Pérula, de visita en casa de una señora, derriba de un golpe al joven é ilustrado magistral de Córdoba, recibiendo de su Rey un castigo nominal, y al poco tiempo un ascenso!

¡Catolicismo, en fin, y tiene que marchar de allí un prelado, por haber dicho que los jóvenes habían cogido las armas, ante todo, para defender la causa de la religión!

Y ¿es ese, como decía la revista *Altar y Trono*, el nuevo Godofredo que «se pone á la cabeza de los héroes cristianos que van á reconquistar la tierra profanada por los sarracenos modernos?»

SARCASMO TERRIBLE

«Si queréis admirar todo el sarcasmo en una escena, yo la he visto. Era el entierro de un joven capitán herido algunos días antes; cuatro soldados llevaban el ataud; sobre el ataud la boina y la espada; á los lados larga procesión de gente con velas encendidas; detrás el clero; luego el coronel y los oficiales del batallón; luego una banda militar que ejecutaba la marcha fúnebre más desgarradora; luego la compañía que había mandado el pobre capitán, y en último término la multitud agrupada con ejemplar recogimiento.

Un prusiano católico, redactor de *La Germania* de Berlín, me decía profundamente afectado, que jamás había visto tan bien expresado el presentimiento de la otra vida.

Pasó todo el cortejo por delante de la casa de don Carlos, y... ¡yo lo he visto! ¡La guardia se formó en la acera, como para dar al desgraciado oficial el último adiós pero los balcones de la regia morada no se abrieron!

¿Saldrá el rey al balcón? decían algunos. ¡Inocencia! ¡No eran más que las once, y aquel rey cristiano en campaña se levanta siempre á medio día!

¡Qué tiene, pues, de extraño que allí dominara en política, en administración y en costumbres, toda la barbarie que se necesitaba para tener representada la justicia por el célebre Rosa Samaniego!»

(Habla á continuación el Sr. Caso de un excarlis-

ta, á quien no tiene el gusto de conocer, que acaba de publicar un folleto, y copia lo que dice acerca de los crímenes de Rosa Samaniego y de las relaciones de D. Carlos con él. (Esto irá en el *Folleto* dedicado á Rosa)

Y con esto cierro éste, exclamando:

¡Valiente ensayo de monarquía el que se hizo en el Norte en la última guerra! Un titulado rey que ni dirije ni se bate, que corrompe cuanto toca, que se entrega sin pudor á satisfacer sus brutales apetitos; que se rodea de imbéciles ó malvados, que proteje ladrones y asesinos, que se burla de la religión, de que se dice defensor, y que atenta á los fueros de las provincias que lo sostienen.

Y unos súbditos, mezcla monstruosa de rezadores y bandidos, que roban y secuestran, asesinan y talan, incendian y violan, que riñen entre sí por repartirse el producto de las rapiñas, que envían fondos á los perdidos que alcanzan influencia con D. Carlos para tener á éste propicio, y que viven, lo mismo que los que están en Estella, entregados al chisme, la mentira, la difamación, y la calumnia...

¡Pobre España, si por cambiar de postura como el enfermo de gravedad, se hubiese vuelto del lado de tales gentes!

A estas fechas no existiría como nación, porque se la habrían repartido las demás para evitar que les alcanzara una chispa del incendio de inmoralidad y crímenes en que se hubiera inevitablemente consumido.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 14

Cabrera.—Asesinatos en Rubielos y Noguerueles.—Saqueo de Caspe. Asesinatos.—Asesinatos en la Galera.—Bando sanguinario. Asesinato de tres alcaldes.—Otro bando del Tigre.—Horrores.—Asesinato en Alcotas.—Robos y asesinatos.—Suplicios horrorosos. Alardes de crueldad.—Saqueo de Corbera de Alcira. Secuestros. Asesinato del Secretario.—Orgia sangrienta en Burjasot.—Más sangre.—Noventa y seis sargentos asesinados.—Toma de Calanda. Asesinatos.—Saqueo de Benicarló. Más víctimas.—Horribles asesinatos.—Más sacrificados.—Balance de sangre, incendios y robos.—Contraste edificante.—La muerte del Tigre.

ADMINISTRACION: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Cada folleto de estos debería caer como plomo derretido sobre el corazón de los que, llamándose liberales, han consentido que en España vuelva á dominar el clericalismo, causante de las dos guerras civiles anteriores y de la que estallará en breve.

Ellos, que han permitido lo que ni los mismos moderados permitieron, que España se llene de conventos, algunos con honores de fortaleza, y que sus moradores trabajen en todas las formas para ahogar el espíritu liberal.

Ellos, hipócritas ó malvados que, á trueque de que les dejaran encanallar y saquear al país, han tolerado que los eternos enemigos del progreso tomen nuevamente posiciones para combatir lo que tanta sangre costó á nuestros padres conquistar para nosotros.

Una de las cosas que el pueblo debe hacer en cuanto los carlistas lanzen el grito, es dar uno poderoso y terrible pidiendo que en el acto se decrete el servicio militar obligatorio, para que vayan á la guerra los hijos de los que han contribuido á que estalle, y que paguen allí con sus vidas, como sus madres después con sus

lágrimas, el crimen que sus padres cometieron.

Una de las principales razones de que las guerras civiles duren entre nosotros, es este: que las clases privilegiadas salvan á sus hijos por un puñado de oro. Fueran todos á batirse, y muchas familias dejarían de prestar apoyo directo ó indirecto al carlismo, por temor á que sus hijos ó deudos pereciesen en la contienda.

Téngase esto muy presente en cuanto la guerra estalle, no sólo por ser justo, sino porque contribuirá cual ninguna otra medida á que la guerra termine.

CABRERA

Díscolo, envidioso, mal hijo, buen católico, de alma mezquina, incapaz de todo sentimiento noble y honrado, sanguinario, feroz como él solo y apellidado por sus horribles crímenes el *Tigre del Maestrazgo*, los tigres protestarían de ser comparados con mónstruo semejante si los tigres supieran quién fué Cabrera.

Verdugo implacable de los liberales, llevó á todas partes la muerte y el estrago, la devastación y la ruina, el luto y la orfandad, y sediento siempre de sangre no respetó ni á los niños, ni á los ancianos, ni á las mujeres, ni á su propia madre, de cuya desastrosa muerte él y solo él fue el causante, después de haber hecho pasar á la pobre toda una vida de sinsabores, amarguras y disgustos.

Fué valiente, eso sí, muy valiente; pero no á la manera de los grandes caudillos, intrépidos en el combate, magnánimos y generosos después de la victoria para con el vencido; ni tan siquiera al modo que lo fueron Diego Corrientes, Pedro Becerra y otros famosos capitanes de bandoleros; sino como lo es el más vulgar salteador de caminos que despoja y asesina con la mayor sangre fría al desconocido viajero; como lo son los bravucones de los presidios, aunque estos bravucones conserven en alguna ocasión un resto de nobleza y humanidad que no se descubre en Cabrera, que Cabrera no tenía...

En el seminario donde cursó la *carrera de cura* llegando á recibir lo que llaman órdenes menores, se afilió, como no podía menos, por las enseñanzas allí

recibidas, al partido apostólico, cuyo lema era el exterminio de los liberales hasta la quinta generación; partido que enseñaba públicamente que el asesinato era una gran virtud tratándose de liberales, y que había convertido los púlpitos en cátedras donde se defendía con entusiasmo tan piadosa doctrina; y pronto Cabrera se distinguió por ser uno de los más intransigentes y furibundos de los afiliados á dicho partido, llamando la atención del gobierno que por justa causa le desterró á Barcelona, cuando ya había estallado aquella guerra infame y tomado incremento.

En vez de marchar al destierro, marchó Cabrera á Morella, presentándose á la junta carlista, compuesta casi toda de eclesiásticos, entre los que se contaban el guardián de San Francisco, el prior de San Agustín y otros reverendos, donde se le dió una carabina para asesinar liberales y fué agregado á la partida del cabecilla Covarsí.

Bien pronto demostró sus instintos de hiena, su crueldad salvaje, ya apaleando ayuntamientos, ya asesinando á los vencidos, llegando en Castejoncillo á sublevarse contra sus jefes porque no se fusilaba á todos los prisioneros, y eso después de haber conseguido que lo fueran nueve soldados y nacionales, sacrificados para darle gusto, para aplacarle, para satisfacer su sed de sangre.

Tan corroído por la envidia como grandes eran su ambición y crueldad, conspiró contra el cabecilla Quilez, desertó de la facción de Gomez, persiguió á muerte al cabecilla Cabañero á quien debía la vida y que le ofreció la entrada y posesión de Cantavieja; y no reparando en los medios para conseguir encumbrarse, traicionó al cabecilla Carnicer cuando éste se dirigía disfrazado á Navarra á consultar con el Pretendiente, avisando á las autoridades del gobierno la ruta que aquel seguía, siendo Carnicer cogido y fusilado mientras Cabrera se disponia á he-

redarle en el mando y no osaba defenderse cuando, enterado de infamia tan grande, Cabañero le acusaba ante testigos de traidor y asesino.

No vamos á seguir punto por punto la historia del infame mónstruo; vamos á reseñar sus horribles crímenes muy á la ligera. Son tantos y tan grandes, que si fuéramos á referirlos todos y con todos sus detalles, tendríamos que escribir un libro muy voluminoso.

ASESINATOS EN RUBIELOS Y NOGUERUELAS

—

Siendo la villa de Rubielos obstáculo de importancia para las correrías de Cabrera por aquel país, decidió atacarla con sus hordas de miserables asesinos.

Los nacionales y una compañía del provincial de Ciudad Real, después de una defensa heróica y desesperada en cada calle y en cada casa, se refugiaron en un pequeño fuerte establecido en el convento, decididos á defenderse hasta lo último. Apuró Cabrera todos los medios para apoderarse de aquellos valientes, é intentó derribar una pared del convento por medio de una casa contigua; conocen los sitiados que su suerte va á ser desesperada si se consigue derribar la pared y prenden fuego á la casa para impedirlo. Sopla viento contrario, se comunica el fuego al convento, que es presa de las llamas, pero, envueltos por densa humareda donde la respiración es casi imposible á no ser á los héroes, y rodeados del devorador elemento, aun luchan, aun pelean aquellos valientes.

Agotados todos los recursos y medios de resistencia, el hambre, la sed, el cansancio y las llamas del incendiado edificio que amenazan abrasarles, hacen que enarbolen un pañuelo blanco en señal de capitu-

lación, y FIRMAN CABRERA y FORCADELL LA CONDICIÓN DE RESPETARLES LA VIDA.

Confiados, se entregan los liberales; mas apenas salieron del fuerte, el religioso Cabrera, faltando con el mayor cinismo á lo pactado y mofándose de los prisioneros, al pie de la torre misma que con tanto valor defendieron, hizo fusilar ante sus mujeres, hijos, parientes ó amigos á muchos de aquellos infelices, gozándose ante el horroroso espectáculo que ofrecían después los ensangrentados cadáveres de las pobres víctimas.

Conducidos los restantes al término de Nogueruelas, mandó hacer alto en el campo de la Dehesa, é hizo que comieran todos el rancho.

Aterrorizados recordaban el suplicio de sus compañeros, y abrigaban la esperanza de que Cabrera respetaría sus vidas, creyéndole aplacado con los asesinatos cometidos; pero no sabían los infelices que aquel borracho de sangre humana tenía premeditado y resuelto asesinarles haciendo que al propio tiempo sirvieran de juguete y entretenimiento á los bandoleros de boina y escapulario que *militaban* á sus órdenes.

Después que hubieron comido el rancho, el tigre tonsurado hizo desnudar á los prisioneros y ordenó que se colocaran en el centro de un cerco formado de foragidos, invitando en tono de zumba y burla á las pobres víctimas á que se salvaran corriendo. Al intentar éstas hacerlo, comenzó una matanza cruel, horrorosa, por demás inhumana, digna de carlistas. Allí no se gastó pólvora, se empleó sólo el arma blanca; no se limitaron tampoco los asesinos á despachar cuanto antes á las víctimas, sino que prolongaron su martirio, extremaron la crueldad, se gozaron haciendo lo más lenta posible la agonía de los infortunados mártires, y se cebaron y ensañaron después con los cadáveres ensangrentados y cubiertos de heridas, mientras Cabrera se divertía en la

contemplación del sangriento espectáculo, oyendo los dolorosos ayes de los moribundos, dejando asomar á su rostro esa alegría siniestra de bestia satisfecha, propia únicamente de hienas y chacales, en sus repugnantes festines...

¡SESENTA Y CINCO FUERON LOS MÁRTIRES!

El Ayuntamiento de Nogueruelas recogió y dió sepultura á los sesenta y cinco cadáveres ensangrentados: uno de ellos tenía veintiseis heridas.

En 1844 los nacionales de Rubielos obtuvieron permiso para trasladar á esta villa los restos de las víctimas, y allí descansan.

SAQUEO DE CASPE—ASESINATOS

Por sorpresa intentó Cabrera apoderarse de la importante y liberal población de Caspe, consiguiendo hacerse dueño de un puesto avanzado cuyos defensores estaban descuidados, y de algunas calles importantes que los liberales tuvieron que abandonar retirándose á los puntos fortificados.

No pudiendo apoderarse del resto de la villa por la tenaz resistencia de sus defensores, Cabrera ordenó el saqueo de la parte ocupada por sus *soldados* y allí se repitieron las escenas de pillaje y desenfreno de siempre.

Después de robar como unos benditos cuanto encontraron y entregarse á actos del más repugnante vandalismo, por orden del *tigre* asesinaron á cinco nacionales aquellas gavillas de devotos bandoleros.

Al saber que el general Nogueras acudía en auxilio de Caspe, Cabrera huyó vergonzosamente hacia los puertos de Beceite, dejando á su paso huellas sangrientas por todas partes, cargado de botín, sin hartarse nunca de matar á personas indefensas.

ASESINATOS EN LA GALERA

Reunidas al mando del felino tonsurado las facciones comandadas por Quilez, el Serrador, el Organista y Llangostera, intentaron dar un golpe decisivo á la columna de Iriarte, á la que atacaron confiados en exterminarla porque contaban con fuerzas seis veces mayores.

Empeñado el combate, y después de cinco horas de lucha en la que los soldados peleaban como leones en terreno desventajoso y contra una caballería diez veces mayor, dos compañías de movilizados, envueltas por todas partes, tuvieron la desgracia de caer prisioneras, excepto cuarenta y cinco individuos que pudieron escaparse.

Llevados á la Galera todos los demás, en número de CIENTO CINCUENTA Y PICO, CASADOS Y CON HIJOS, ni lágrimas ni súplicas ni ruegos conmovieron á Cabrera, cuyo principal placer consistía en derramar la sangre de los vencidos.

Todos fueron asesinados de la manera más infame y cruel. No hubo piedad para nadie. Pudo aquel día la hiena hartarse de sangre, mientras quedaban huérfanos una porción de niños, sin esposos una porción de mujeres, en la miseria y faltos de todo sostén numerosas familias.

BANDO SANGUINARIO.

ASESINATO DE TRES ALCALDES

Queriendo imponerse por el terror á los pacíficos habitantes de los pueblos cansados de las exacciones y violencias de aquellas feroces turbas, publicó Ca-

brera é hizo circular el siguiente bando, que después le sirvió de pretexto para entregarse á sus instintos de fiera, perpetrando las tropelías, infamias y asesinatos que poco á poco iremos narrando. Dice así:

«Ejército real de Aragón y confines de Valencia y Cataluña.—Las amenazas y penas temerarias con que los jefes de las tropas del gobierno usurpador han llegado á intimidar á las justicias de los pueblos, para que se retraigan del cumplimiento de las órdenes que se les comunican, ridiculizando las de los que dirigen las divisiones y columnas del ejército del rey nuestro señor y legítimo soberano D. Carlos V, me imponen el deber de circular los siguientes artículos para su más exacta observancia:

1.° Las justicias y ayuntamientos de los pueblos auxiliarán á las tropas del rey con la puntualidad que se reclame en los pedidos de noticias, raciones y demás que se les pasen por los jefes que con autorización las mandan. El menor entorpecimiento ó retraso en este servicio tan importante, será castigado con duras penas ó multas sin contemplación alguna.

2.° Las mismas autoridades que se atrevan á dar cuenta á los enemigos por escrito ó verbalmente de los movimientos de las tropas, sus operaciones, ó cualquiera otra noticia que ocasione el más leve perjuicio al real servicio, serán castigadas con pena de la vida, y los conductores de semejantes noticias recibirán cien palos por la primera vez y á la segunda fusilados.

3.° Los pueblos que opongan resistencia á las tropas del ejército de la legitimidad, serán ocupados conforme establecen las leyes de la guerra, y entregados al triste espectáculo del incendio y estragos consiguientes.

Serán responsables los vecindarios que desobedezcan las disposiciones de su rey y defensores.

4.° Deben saber los ayuntamientos y hacerlo publicar para conocimiento de todos, que los urbanos

y demás individuos de tropa, si se presentan á las autoridades y jefes del ejército del rey, están perdonados entregando el armamento y efectos militares que obtengan, y que, de no verificarlo, sufrirán las mismas penas que la inhumanidad de los contrarios (*se necesita todo el cinismo de un Cabrera*) aplica á los nuestros.

5.° Todos los vecinos de los pueblos por donde transiten los fuerzas militares (*de ladrones, asesinos, debió decir*) de S. M., deben permanecer tranquilos en sus moradas, en cuyo concepto se invita no varíen de residencia instados por engaños, y en caso de serles preciso, dejen el cuidado de su casa á personas que los representen y asistan en lo necesario de alojamientos y la parte de pedidos que les corresponda, pues entonces serán bien tratados y respetados, y de otro modo reputados rebeldes con lo demás consiguiente.

6.° Los dispersos serán dirigidos á las divisiones, para que se juzguen por la comisión de guerra que se establece en ellas, dándoles en este mismo caso raciones de subsistencia.

7.° Sólo en caso de dirigirse fuerzas gruesas á los pueblos, se permitirá extraigan los caudales de contribución y demás, pues estas corresponden al rey; y si se advierten ó descubren remesas por letras ó conducciones que hagan los pueblos, serán sus justicias responsables de las sumas, y juzgados por la citada comisión de guerra, con aplicación de las penas que merezcan.

8.° Son responsables de estas medidas los individuos de ayuntamiento en pleno; y del recibo de esta circular con la copia que extraerán para conservarla, se me dará el oportuno aviso. Mosqueruela 3 de Diciembre de 1835.—Ramón Cabrera.»

La cosa era clara: para librarse de los furores de aquella bestia feroz, había que dejarse robar; sufrir con resignación los ultrajes de aquellas manadas de

lobos rabiosos sin más ley que el pillaje; aguardar tranquilamente en casa la llegada de las turbas de violadores, incendiarios y asesinos; no pagar la contribución sino á la fuerza guardando todo el dinero á los partidarios del Pretendiente; declararse en rebelión contra el gobierno ó convertirse en espías al servicio del Tigre, y hasta tener mucho cuidado de recoger á los dispersos, no fuera que desertaran.

Para todo el que no fuera carlista, la vida era imposible en los pueblos; los ayuntamientos no podían subsistir; ninguna autoridad estaba segura.

A pesar de los horribles asesinatos que llevaba cometidos, la misma monstruosidad del famoso bando que hemos transcrito, hizo creer á algunos infelices que Cabrera no lo llevaría á la práctica; pero se equivocaron por desgracia. No conocían bien al Judas de Carnicer, al asesino de tantos y tantos inocentes.

Los alcaldes de Valdealgorfa, Torrecilla y las Parras fueron asesinados por orden de Cabrera.

El de Valdealgorfa por haber tratado de impedir que una columna liberal fuese copada y destrozada por los carlistas; los otros dos por obedecer las órdenes del gobierno.

OTRO BANDO DEL TIGRE

Tan cruentas ejecuciones, escribe un historiador, llenaron de consternación al país, y para aumentarla, para difundir el mayor terror, para hacer temblar al solo nombre de Cabrera, publicó un nuevo bando que hizo circular, y cuyo terrorismo obligó á la mayor parte de los alcaldes y ayuntamientos de los pueblos á abandonarlos y refugiarse en las poblaciones guarnecidas.

Dice así:

«Comandancia general del Bajo Aragón.—Habién-

dose declarado en estado de bloqueo el distrito de mi mando, y fortificado algunos pueblos, demostrando con esto su decisión y rebeldía á los mandatos del rey nuestro señor, desentendiéndose de mis instrucciones anteriores... ordeno y mando:

1.° De todos los pueblos que se conserven con fuertes en este reino, serán apresados todos los víveres que se conduzcan á ellos en una legua de circuite, sino hubiese otro abierto dentro del mismo, pues en este caso se extenderá la incomunicación absoluta, en que los declaro, desde la distancia de doscientas varas hacia la parte del pueblo enemigo. Todos los bagajes, ganados y cuanto se halle dentro del citado radio, serán declarados decomisos, y apresados por las partidas de aduaneros ó las que destinen, á cuyos conductores ó contraventores se les castigará con pena capital si se averigua ó encuentran papeles ó noticias que perjudiquen al servicio del rey.

2.° Serán todavía perdonados los nacionales que, entregando las armas y equipos, se presenten á indulto.

3.° A las mujeres de los llamados nacionales, se les obligará en el término de veinticuatro horas á salir de las poblaciones y á residir en las que se hallen sus maridos, con tal responsabilidad, que encontrándose en otro paraje, serán multadas hasta las justicias que lo toleren, y castigadas con arreglo á ordenanza *si se sospecha confidencia.*

4.° Los ayuntamientos formarán y me remitirán inmediatamente una lista que comprenda todos los sujetos que se encuentren en las filas del gobierno usurpador, bien sean urbanos ó empleados en cualquier otro ramo, con distinción de los puntos en que se hallen, incluyendo en ella hasta los quintos que sirvan en el ejército enemigo, y al márgen, si es casado, el nombre de su consorte, ó el de los padres en su defecto.

5.° Prohibo absolutamente la comunicación de

noticias que acostumbran facilitar los individuos de justicia de los movimientos, posiciones y operaciones de la tropa del rey, á los cabecillas de las del enemigo, sirviéndoles de escarmiento el que se ha hecho en esta villa, fusilando por este crimen á los alcaldes de Torrecilla y Valdealgorta, encargando también la puntualidad en el cumplimiento de los pedidos de raciones á donde se reclamen, pues por haberse experimentado esta falta en los citados pueblos, sufrirán también por primera vez cien palos cada uno de los individuos del ayuntamiento.

6.° Los dispersos que acaso se encuentren todavía, deben reunirse inmediatamente á sus cuerpos, y el que no lo verifique será fusilado, debiendo darme parte las justicias de los que sepan su paradero.

Se dará la mayor publicidad á estas disposiciones á fin de evitar perjuicios consiguientes por la ignorancia que pudieran alegar; y serán responsables de ello y del más exacto cumplimiento de cuanto se ha expresado, los individuos de ayuntamiento, incluso el secretario, debiendo hallarse en mi poder las relaciones que se citan al día siguiente de haber recibido esta circular, de que se quedarán copia.—Fresneda 6 Febrero de 1836.—*Ramón Cabrera.*»

Haga los comentarios el lector.

HORRORES

A consecuencia de los asesinatos cometidos en las personas de dichos alcaldes y del terrible bando publicado después, los pueblos quedaron aterrorizados, los ayuntamientos emigraban en masa á refugiarse en las poblaciones fortificadas porque la vida era imposible en las que no lo estaban.

Las columnas liberales, al quedar los pueblos huérfanos de toda autoridad, ni encontraban racio-

nes en ninguna parte ni podían comunicarse ni saber el paradero de las hordas que huían cargadas de botín, mientras nuestros soldados, extenuados, hambrientos, descalzos, sin una confidencia, veían en la mayor miseria á los habitantes del país totalmente asolado, encontraban en todas partes rastros sangrientos de la fiera, tenían que escuchar el doloroso y contínuo clamoreo de muchas infortunadas viudas, afligidas madres y pobres huerfanitos que pedían venganza contra el mónstruo Cabrera, quien á sangre fría y por el gusto de asesinar les había privado del padre, del hijo ó del esposo...

Para contener al sanguinario cabecilla, habíase preso á su desgraciada madre; pero Cabrera, hijo infame, no se contuvo, siguió cometiendo las mayores iniquidades, robando hasta dejarlos en la miseria á los hacendados de los pueblos, apaleando á los ayuntamientos, asesinando á los que se atrevían á conducir pliegos á las fuerzas liberales, cortando las orejas á un sinnúmero de niños de 12 á 14 años pretextando que eran espías, derramando con ferocidad inaudita la sangre de los vencidos, aun la de aquellos que se le rendían á condición de que sus vidas serían respetadas.

Desoyendo cuantas amenazas y advertencias se le hicieron y burlándose de todo, á las conminaciones respondía con nuevos y más repugnantes asesinatos, á los avisos con mayores crueldades.

La indignación llegó á convertirse en furor, y cuando ya humanamente era imposible contenerse, cuando de un país convertido en ruínas y sembrado de cadáveres no salían más que voces clamando venganza, cuando Cabrera hubo asesinado Á CIENTO OCHENTA Y DOS NACIONALES Y SOLDADOS, SIN CONTAR LOS SESENTA QUE SIN CUARTEL MURIERON EN ALCANAR, NI LOS CUARENTA ALANCEADOS DESPUÉS DE HABERSE RENDIDO EN EL CARRASCAL DE LA GESA, ni los tres alcaldes citados, se fusiló á su infortunada madre, á la misma

hora que él asesinaba al hermano de Carnicer que había osado tirarle en cara la traición de que había hecho víctima á éste.

Caiga la sangre de aquella pobre mujer sobre la memoria de su hijo que provocó con sus crímenes tan gran tempestad de odios.

A los inculpadores de Nogueras, pudo éste haberles contestado lo que el Convencional de *Los Miserables* á monseñor Bienvenido: «Durante mil y quinientos años se ha estado formando una nube; al cabo de quince siglos ha estallado la tormenta, y vos formáis causa al rayo.»

Cabrera hizo fusilar á María Roqui y á tres señoras más, no en seguida que supo la muerte de su madre y en un momento de arrebato, como han dicho algunos historiadores, sino siete días después, cuando había transcurrido tiempo suficiente para la reflexión y la calma, cuando ya no existía la ofuscación de los primeros momentos.

ASESINATOS EN ALCOTAS

Un espía comunicó á Cabrera que en el pueblo de Alcotas había fuerzas del regimiento de Ceuta; corre en su busca el Tigre, sabedor de que eran en pequeño número, da alcance á los soldados que habían ya salido del pueblo, se defienden éstos en una pequeña altura hasta agotar las municiones y después se rinden mediante capitulación y prometiendo Cabrera respetarles la vida.

¡Pobres prisioneros! Hombre sin honor, hizo Cabrera traición á la palabra empeñada, y con pretexto de que habían profanado las imágenes de la iglesia del pueblo y hecho una parodia de entierro del feroz cabecilla, los mandó asesinar á todos, en número de CIENTO CUARENTA Y CINCO, y hasta no permitió que se

confesaran, excepto los oficiales, que tuvieron precisión de hacerlo con el sanguinario *padre* Escorihuela, autor de punibles excesos y fechorías repugnantes.

Ni hubo tal profanación de imágenes ni tal parodia de entierro; hubo sí mucha perfidia y mucha crueldad por parte del Tigre.

Llevados al suplicio los infortunados mártires, fueron muertos á tiros, á bayonetazos, á golpes. El horroroso espectáculo que ofrecían los ciento cuarenta y cinco cadáveres de las pobres víctimas con los cráneos destrozados y todo el cuerpo cubierto de heridas, que hubiera contristado al criminal más salvaje y hecho lanzar una exclamación de horror al más feroz, hizo aparecer en los labios de Cabrera una sonrisa de alegría, de placer, de satisfacción, como de hiena que nada en sangre, como de lobo que después de harto se revuelca entre cadáveres y despojos.

ROBOS Y ASESINATOS

Al frente de sus hordas invadió el Tigre los pueblos de Buñol, Yátova, Macastre y otros, donde las piadosas hordas se hartaron de robar, no dejando ni camisa á los infortunados habitantes de los pueblos, particularmente á los de Buñol, donde después del saqueo más desenfrenado y de cometer toda clase de abusos é infamias, hicieron prisioneros á cinco nacionales, que Cabrera mandó asesinar.

Poco tiempo después, Fayos, Meliana, Campanar y otras muchas poblaciones de la fértil vega valenciana sufrían todos los horrores de la devastación y el saqueo, y siete nacionales sorprendidos en la venta del Plá del Pou morían asesinados en cumplimiento de una orden de aquella hiena hambrienta.

SUPLICIOS HORROROSOS.

ALARDES DE CRUELDAD

Mientras Cabrera atacaba infructuosamente á Castellón, cuyos habitantes hicieron una heroica resistencia obligándole á retirarse, veintitrés nacionales fueron hechos prisioneros después de haberse defendido con el mayor denuedo en el campanario de la villa de Burriana.

Llevados á Cantavieja, fueron víctimas del trato más soez y brutal por parte de los santos defensores del altar y el trono; hambrientos, pues apenas se les daba comida; medio desnudos (sus ropas les habían sido robadas;) insultados, apaleados, escarnecidos, con el grillete puesto fueron obligados á trabajar en las obras públicas.

Y cuando ya no quedaba de ellos más que armazones de huesos cubiertos de piel, cuando más parecían espectros que hombres, cuando apenas si tenían fuerzas para tenerse en pie, Cabrera dispuso el sacrificio; dió las órdenes oportunas para consumarle no omitiendo ninguna clase de pormenores y detalles para que la muerte de los infortunados fuese lenta, terrible, desesperada, como él tenía costumbre de darla á los vencidos, á lo pantera, á lo chacal, á lo inquisidor.

Todo dispuesto, los veintitrés nacionales de Burriana y otros de Silla, hasta el número de cuarenta y dos, fueron sacados en dirección al barranco de Villafranca, donde debían ser asesinados. Una de las víctimas, el padre del capitán D. Joaquín Monfort, anciano respetable, no podía caminar tan deprisa como sus verdugos pretendían; profundamente apenado el hijo, ahogando en su garganta los sollozos y haciendo esfuerzos sobrehumanos para que no

se le saltaran las lágrimas, suplicó con voz conmovida montasen á su padre en una caballería, en atención á su mucha edad y estado verdaderamente decrépito. Aparentaron acceder los carlistas á tan humana pretensión, hecha por un hijo enternecido y contristado ante los sufrimientos y desgracias del autor de sus días, y trajeron una acémila, atravesaron al anciano sobre ella, le ataron una soga al cuello y tiraron con fuerza hasta formar un arco, juntando los pies y la cabeza del desventurado anciano bajo la barriga del bruto... Indignado el capitán, pidió desesperado á los bandidos aquellos que fusilaran al anciano, en vez de martirizarle de manera tan cruel.

El anciano fué desatado con una complacencia y sangre fría verdaderamente espantosas, se le bajó de la caballería, fué depositado en el suelo, asesinado, y su cadaver arrojado entre burlas y risas á los pies de su hijo. Pidió éste entonces que se le matara también, y aquella gente devota ató á la garganta del hijo la misma soga que á su padre, fué suspendido luego de una roca, y desde enfrente se entretuvieron mucho tiempo los miserables asesinos haciendo disparos, hasta que después de una agonía verdaderamente cruel y desesperada, murió el pobre martir desangrado, despedazado, hecho una criba.

Los cuarenta prisioneros restantes tuvieron también una muerte bárbara, cruel, verdaderamente horrible; después de martirizarles pinchándoles con las bayonetas las partes más sensibles del cuerpo, agotado el repertorio de crueles tormentos, vivos aún, después de tantas infamias, fueron arrojados á una sima, y dos días después se oían todavía los gemidos de las víctimas, jactándose públicamente de ello sus cínicos verdugos.

Horroriza pensar en los espantosos sufrimientos, en la amargura, en la terrible desesperación de aquellos pobres mártires, y en la infinita maldad de sus miserables asesinos.

SAQUEO DE CORBERA DE ALCIRA.

—SECUESTROS.—ASESINATO DEL SECRETARIO

Muchos, muchísimos crímenes de los carlistas han sido ignorados por los historiadores ó no han querido éstos consignarlos por creerlo tarea demasiado ingrata. Los cometidos por las hordas en Corbera de Alcira, no los hemos encontrado en ninguno de los autores que nos ha sido preciso consultar para emprender la publicación de estos folletos; mas habiéndolos oído referir á las mismas víctimas, con algunas de cuyas familias estamos unidos por los vínculos de la amistad, como existen testigos que pueden comprobar cuanto vamos á decir, no vacilamos en sacar á la luz hechos que quedarían en el olvido y de cuya autenticidad respondemos.

En una de las escursiones que hizo Cabrera á los pueblos situados en la ribera baja del Jucar, penetró con sus hordas de bandidos en la villa de Corbera, y con pretexto de que les habían dirigido unos disparos, antes de entrar en la población, desla montaña llamada de Cadlos, ordenó el Tigre á sus sicarios que fuese saqueada, como así se hizo.

No contentos con robarlo todo, con inutilizar y destruir cuanto no podían llevarse y con hacer otras cosas peores que las víctimas tuvieron buen cuidado de callar y nosotros no hemos de decir por respetos á sus hijos y familias, maltrataron de palabra y obra á María Rosa Rubio Rosell que el día antes había parido una niña, á la que los carlistas estuvieron á punto de asesinar juntamente con su madre; colmaron de insultos á doña Vicenta Rubio Serra, en cuya casa no dejaron ni los clavos; atropellaron con la brutalidad en ellos acostumbrada á la esposa de Miguel Giménez Caballero, é hicieron sufrir los suplicios más

espantosos al secretario del ayuntamiento, á quien asesinaron atándole á un algarrobo.

Después la recien parida fué sacada de la cama á viva fuerza, y juntamente con las dos señoras nombradas, descalzas, con los pies ensangrentados, amenazadas con la muerte á cada paso, se las llevó el Tigre á Morella, donde por espacio de dos meses sufrieron el trato brutal de aquella canalla, hasta que á peso de oro consiguieron la libertad.

Así procedía la chusma con las esposas, madres ó hijas de las liberales.

ORGIA SANGRIENTA EN BURJASOT

Era el cumpleaños del Pretendiente...

Cabrera, gracias á los numerosos espías que tenia en todas partes (lo eran todos ó casi todos los curas rurales), habia sorprendido en el Pla del Pou á mil doscientos infantes y un escuadrón de lanceros, logrando tras breve combate apoderarse de casi todos, pues fueron muy pocos los que pudieron escapar, marchando el Tigre luego á Burjasot con los prisioneros.

Para celebrar el cumpleaños de Carlos y la victoria obtenida, dispuso Cabrera un festín para los suyos, festín que degeneró en orgía de bestias, en borrachera asquerosa de sangre y vino.

Dispuestas las mesas en la explanada ó plaza de los Silos de dicho pueblo, bien provistas de manjares y mejor provistas de licores, rodeado el jefe—escribe un historiador—de sus oficiales más adictos, dió principio la fiesta con vítores y aclamaciones, comiendo y bebiendo hasta el exceso. Confundianse los alegres ecos con los de una música marcial, y menudeándose los brindis, se prodigaron los licores hasta el extremo de convertir aquel festín en un lago de sangre.

Ebrios los jefes, y no menos fuera de su razón los subalternos, se acordaron por desgracia de que muchas víctimas dependían de su voluntad, y resolvieron concluir el festín con los terribles ayes de aquellos infelices. Por tanto, desnudos algunos, fueron fusilados por tandas los desgraciados prisioneros...

«Al sonar las descargas—escribe otro—entre los estampidos de los fusilazos y los gemidos de los moribundos, resonaban en infernal armonía los brindis facciosos, el estruendo de las botellas, las libaciones impuras y *las báquicas canciones de aquellos tigres*. La sangre corría á sus piés mientras el vino saltaba en sus copas».

Aun se entretuvieron después aquellos miserables formando con los ensangrentados cadáveres de las víctimas una enorme pirámide.

Así celebraban las hordas sus victorias y el cumpleaños de su rey, sin perjuicio de oir misa con el mayor recogimiento, rezar el rosario con la devoción más grande y llevar colgadas al cuello medallitas, reliquias y escapularios á montón.

MÁS SANGRE

Al apoderarse Cabañero de Cantavieja, hizo doscientos cincuenta prisioneros, cuyas vidas respetó. Cabrera ordenó después que fueron sacrificadas; no se hartaba nunca de asesinar.

Sesenta y ocho nacionales defendiéronse contra el monstruo infame en las calles de San Mateo; capitularon al fin cuando ya no les quedaba otro recurso; se estipuló que sus vidas serían respetadas; pero el Tigre quería más sangre, y faltando una vez más á sus juramentos y promesas, ordenó en la Cenia prepararse á morir á los infortunados prisioneros, que fueron asesinados á bayonetazos, de una manera len-

ta, cruel, como le gustaba al sanguinario cabecilla.

No respetaba nada, no se cansaba nunca de destruir, su sed de sangre y desvastación jamás se veían satisfechas, el exterminio le acompañaba á todas partes, á sus espaldas quedaban siempre la ruina y la muerte.

Obligado á levantar el sitio de Gandesa, tala los campos destruyendo las cosechas como asolador pedrisco, arrasa los caseríos y se complace en la miseria, en la desgracia de millares de familias.

Intenta inutilmente apoderarse de Requena, y no pudiendo conseguir sus propósitos, se venga devastando los alrededores de la población y haciendo asesinar á nueve nacionales que habían tenido la desgracia de caer en poder de aquel verdugo.

NOVENTA Y SEIS SARGENTOS ASESINADOS

Victorioso en la acción de Maella, no contento con la sangre derramada en el combate que fué verdaderamente terrible, estando todavía en el campo de batalla, envió á uno de sus *ayudantes* mandando al titulado comandante Espinosa que matara cincuenta prisioneros que tenía en su poder. La contestación de Espinosa fué digna, honrada, propia de un hombre de bien: *«No tengo lanza después del combate.»*

Irritado Cabrera, buscó quien ejecutara sus órdenes, y CIENTO SESENTA Y UN soldados fueron acuchillados á sangre fría. Avido de más carnicería, aquella misma tarde hizo el rabioso Tigre sacar del hospital á veintisiete heridos y fueron también asesinados juntamente con el capitán D. Joaquín de Urquizu.

Espinosa, por haber desobedecido, fué enviado á Chelva, donde vivió menospreciado por aquellos santos defensores de la buena causa.

Encerrados en lóbrego calabozo y sufriendo los malos tratos que eran de rigor en las piadosas hordas, noventa y seis sargentos prisioneros en Maella fueron invitados á formar parte en las filas carlistas. Todos, absolutamente todos se negaron; ni uno solo quiso hacer traición á sus juramentos. «*Primero la muerte que tomar parte con ladrones*» contestó un valiente de aquellos.

Quiso averiguar Cabrera quien había sido el que profirió estas palabras, y conminando con la muerte á los prisioneros, los iuvitó á que descubrieran al culpable.

Todos sabían quién era; nadie quiso delatar al amigo, al compañero de armas é infortunios; sellaron los labios, y entre noventa y cinco, ni uno flaqueó.

El Tigre cumplió su promesa y los noventa y seis sargentos murieron asesinados en el Horcajo.

TOMA DE CALANDA.—ASESINATOS

Sitiada esta población por las hordas, una compañía de soldados y sesenta nacionales que la guarnecían rivalizaron en actos de valor y heroismo. Estrechados por todas partes y cuando ya no les quedaba otro recurso, capitularon á condición de que sus vidas le serían respetadas, quedando prisioneros de guerra.

Llevados á Morella, hizo el Tigre asesinar en la plaza del Estudio á veintidos de aquellos valientes, y los restantes, ciento y pico, después de sufrir los más crueles martirios, fueron arrojados por orden del feroz cabecilla al río Ebro, en Mora, donde perecieron ahogados, sirviendo de espectáculo divertido á las piadosas cuadrillas de asesinos del monstruo Cabrera.

SAQUEO DE BENICARLÓ.—MAS VÍCTIMAS

Después de apoderarse de esta rica villa, hizo Cabrera que fuera saqueada. Todo fué robado por los defensores de la santa causa, hasta las cubas y vasijas donde se guardaban vinos y aguardientes. Los habitantes de Vinaroz quedaron en la más extrema indigencia.

Luego que los bandoleros robaron cuanto había que robar, salieron de la población llevándose prisioneros á sesenta nacionales, algunas familias de éstos y dos compañías del provincial de León.

Encerrados en los calabozos de Morella y Benifasá, recibieron los infortunados prisioneros trato tan bárbaro y cruel, que al poco tiempo habian fallecido casi todos.

HORRIBLES ASESINATOS

Un cura que merecia no serlo (también hay mirlos blancos) llamado D. Mariano Renau, mandaba las fuerzas de nacionales de los pueblos de Cortes, la Puebla y Zucaina que guarnecían el castillo de Villafamela.

Robar y violar, asesinar á pobres y débiles ancianos, á inocentes niños y á indefensos prisioneros, era, ha sido y será cosa muy corriente, y hasta muy santa y muy buena, para esas fieras que componen el carlismo. *Todo eso no es pecado, ni indigna, ni subleva*, ni escandaliza á gente tan amiga de la religión; pero ¡un cura liberal! ¡Un cura enemigo de la santa causa! ¡Un cura con morrión de miliciano!

¡Horror, escándalo, abominación, sacrilegio!

Las hordas juraron vengar lo que creian un ultraje á la religión y hasta al *sentido común*, y como todos los medios son buenos cuando se trata de servir la causa de Dios, buscaron y hallaron los necesarios para apoderarse de dicho castillo, con el auxilio de tres nacionales, parientes del titulado capitán carlista Gazque, carlistas cubiertos con la careta liberal, los cuales desempeñaron con respecto al cura Renau el mismo infame papel que se atribuye á Judas con Cristo.

Gracias á estos Judas, mientras D. Mariano Renau estaba diciendo misa, las hordas penetraron en el castillo, y dueñas del principal baluarte dispararon un tiro, señal convenida con el cabecilla la Coba que estaba emboscado en las cercanías y entró en seguida en el pueblo, asesinando á muchos nacionales que sin armas y descuidados encontró en las calles.

Pasada la sorpresa de los primeros momentos, se refugiaron los liberales en el fuerte de Santa Lucía y en la casa abadía, donde acudió el referido cura, y en ambos puntos se peleó con denuedo; mas desarmados muchos, dominados por el castillo, siendo imposible toda resistencia y después de muchas horas de rudo pelear, con repugnancia escucharon las proposiciones de capitulación que les hicieron los seráficos bandoleros, hasta que al fin, persuadidos por el cabecilla Forcadell, aceptaron los liberales, con las siguientes bases:

1.ª Que serían cangeados á los quince días.

2.ª Que no recibirían daño en sus personas y bienes.

Y 3.ª Que después de cangeados podian quedarse en sus casas ó tomar parte con los carlistas.

A la mañana siguiente intimóseles la orden de confesarse para morir, por disposición de Cabrera, y *cincuenta y ocho* de los prisioneros, padres, hijos, hermanos, parientes y amigos fueron asesinados juntos en Villahermosa por aquellos miserables, peores

mil veces que todos los dinamiteros habidos y por haber.

Los ensangrentados cadáveres de los pobres mártires hacían extremecer de horror é indignación...

Quedaban todavía prisioneros SEIS NIÑOS DE DIEZ Á CATORCE AÑOS Y UN ANCIANO DE SETENTA. Aquellos lobos rabiosos acostumbrados á las mayores infamias, vacilaron ante la inocencia y se contuvieron ante las canas venerables del pobre anciano, y preguntaron á Cabrera qué se hacía de los pobres niños y del anciano desvalido. El Tigre mandó *que fueran fusilados sin excepción de clases, sexos ni edades*, y las criaturitas y el viejo fueron asesinados.

La indignación nos impide hacer comentarios. Hágalos el lector si es que tiene calma para ello.

El cura Renau fué llevado á Onda, donde Cabrera le hizo proposiciones que ningún hombre honrado podía aceptar, y que fueron rechazadas desde luego. El Tigre mandó asesinar al desgraciado D. Mariano, y al ruido de los tiros y en presencia del cadáver, prorrumpió en gritos y risas descompasadas, excitando á los espectadores á hacer lo mismo.

MÁS SACRIFICADOS

En Borriol 17 soldados, un cabo, un sargento y un oficial, rendidos mediante capitulación en la que se estipula respetarles la vida, son asesinados. En Urrea, se roba é incendia la población y se asesina á todos los nacionales, y hasta dos pobres dementes y un mutilado mueren á manos de la infame chusma.

BALANCE DE SANGRE, INCENDIOS Y ROBOS

En poco menos de dieciseis meses, mueren asesi-

nados por Cabrera MIL CIENTO UN PRISIONEROS, SON INCENDIADOS POR EL MISMO MÁS DE VEINTE PUEBLOS, Y SECUESTRADOS LOS BIENES Á MÁS DE DOCE MIL FAMILIAS, QUE QUEDAN EN LA MISERIA.

Al internarse en Francia, prende en Berga á muchos individuos de la junta carlista de Cataluña para averiguar quienes eran los asesinos del Conde de España, y fusila á una porción.

CONTRASTE EDIFICANTE

Mientras á nombre de la santa religión (como dicen los carcas) se cometían crimenes tan abominables como los que hemos referido, la Iglesia excomulgaba ó pocos menos á los gobiernos de Isabel II, trataba de impíos á los pocos eclesiásticos que no reconocían públicamente á Carlos por rey de España, y con aprobación del papa Gregorio XVI hizo Cabrera instalar en Morella un cabildo, y allí se conferían órdenes, se cobraba el diezmo, se imprimían y *confeccionaban* bulas, etc., etc.

Ni una palabra de condenación para tantas y tantas infamias, ni la más leve protesta contra crímenes de que no hay ejemplo en la historia, ni el reproche más ligero tuvo Roma para Cabrera y sus esbirros. Lejos de ello, cuando el mundo civilizado se extremeció poseído de horror al tener noticia de los asesinatos, incendios, violaciones y demás del programa carlista; cnando en Tortosa y en Granada y en cien partes más se descubrían conspiraciones carlistas en las cuales los principales comprometidos eran obispos, canónigos, curas, frailes y demás; cuando el cura Meriuo mataba á palos á los hacendados de los pueblos y fray Saturnino llevaba el asesinato á todas partes, como el cura Feijóo, el fraile Taboada y el fraile Fariñas y otros muchísimos curas y frailes, en el *Bo-*

letin Oficial carlista publicado en Morella el 13 de Octubre de 1838, se decía lo siguiente:

«El rey nuestro señor, solícito siempre por el bien espiritual de los fieles vasallos que la Divina Providencia ha sometido á su cuidado, HA PEDIDO Y OBTENIDO DE LA SANTA SEDE, POR BREVE EXPEDIDO EN ROMA Á 30 DE MAYO ÚLTIMO, LA PRÓRROGA DE DOS AÑOS MÁS DE LAS GRACIAS DE CRUZADA É INDULTO CUADRAGESIMAL QUE EMPIEZAN EN EL AÑO PRÓXIMO Y CONCLUYEN EN EL 1840 (1).

¿Comentarios? Debemos hacerlos en cuanto estalle la guerra que se está tramando, todos los amantes de la libertad.

LA MUERTE DEL TIGRE

Si diez mil vidas hubiera tenido Cabrera y todas las pierde en la horca, no habría comenzado á saldar sus cuentas con la justicia. Y, sin embargo, ese hombre infame y sanguinario, afrenta de la raza humana, murió figurando en el escalafón de los capitanes generales del honrado ejército español, y ostentando legalmente el título de conde de Morella que le concedió el imbécil Carlos V, en premio de los horrorosos crímenes que hemos relatado.

¡Caiga la maldición eterna de la historia sobre los que le reconocieron título y empleo!

PERIS MORA.

Pirala, *Historia de la guerra carlista*, **tomo III, página 102.**

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 15

Antecedentes. — Primeros asesinatos. — Proposición indigna, digna respuesta.—Primer sitio de Estella. —Detalle horrible.— Recursos de bandidos.— Una heroina.—Varios héroes. — Fieras que aullan.—La mecha en el polvorin.—Retirada de las hordas.—Elogio de Castelar.— Segundo sitio de Estetla. Horrorosa rendición.—Escándalo carlo-inmundo-clerical.—El obispo de Urgel. Quién era y cómo era.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Al leerse en el Congreso los partes telegráficos en que se decía que desde la madrugada del lunes 15 de Julio de 1873 hasta las nueve de la mañana del miércoles se defendieron en Estella 200 voluntarios contra las facciones Dorregaray, Ollo, Pérula, Rosas y Aldea, en total 1.200 hombres con cuatro cañones, y que intimada que les fué la rendición y próximo el asalto del Fuerte, el voluntario Celestino Garamundi se encerró en la habitación que servía de polvorín decidido á prender fuego á la pólvora en cuanto un carlista intentase el asalto, permaneciendo durante todo el tiempo que duró el ataque con la mecha encendida aguardando el momento oportuno, y que la señora del capitán permaneció en el fuerte todos aquellos días curando heridos y animando á los combatientes, el Sr. Ríos Rosas, aquel gran tribuno, aquel gran carácter y aquel gran corazón, comenzó un discurso con este párrafo valiente:

«Cuando he oído el último parte leído por el Sr. Ministro de la Gobernación en que se refieren los actos heróicos de Estella, me he electrizado al ver que la España de 1873 es la España de 1834 y 1837. Cuando he oído ese

parte, he adquirido la completa seguridad de que el tercer Pretendiente será confuudido como lo fueron sus antecesores. *(Grandes aplausos)*. Esta España desgraciada ha sufrido mucho; puede sufcir hasta la anarquía por un período de tiempo; *lo que no sufrirá nunca es el despotismo de don Carlos ni de sus descendientes; lo que no sufrirá jamás es la teocracia, la Inquisición. (Aplausos prolongados)*. Es menester decirlo muy alto para que lo sepa la nación y para que lo sepa la Europa entera: *¡Jamás, jamás sucumbiremos ni á don Carlos ni á los satélites de la antigua tiranía!* (*Delirantes aplausos*). ¡TODO MENOS ESO!»

Al cuarto de siglo de haber pronunciado Ríos Rosas esas palabras, y á pesar de que hemos caído muy bajo, y que la teocracia ha levantado la cabeza, y que los caracteres se han perdido, y que la fe está amortiguada, y que estamos sosteniendo dos guerras coloniales, una de ellas promovida por los frailes auxiliadores del carlismo, y que las fuerzas están agotadas, y que nos vemos sin recursos, todavía podemos llegar á la tumba del orador enérgico y decirle:

«No valemos lo que la generación á que tú perteneciste; mas si para otras empresas no, para la de combatir al carlismo aún nos quez dan alientos que nos permiten repetir con voatronadora tu hermosa frase, é impedir que pueda ser por nadie desmentida.

¡TODO MENOS ESO!»

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

ANTECEDENTES

A la entrada del invierno de 1872 se inició la segunda rebelión carlista (la primera fué ahogada en Oroquieta fugándose cobardemente don Carlos) apareciendo al frente de la chusma en los primeros días Oscariz, el asesino del brigadier carlista Cabañas en 1839; Rosa Samaniego, educado en los presidios, y Aldea, fugado del de Cartagena.

La flojedad en la persecución, dice el escritor y patriota don Cesareo Montoya, autor de un notable folleto publicado en Junio del 74 en Tafalla, y del cual hemos tomado para éste datos é ideas, los desaciertos y el abandono de las autoridades liberales suplieron los defectos de que la insurrección adolecía y envalentonaron á sus promovedores, induciéndoles á inaugurar un sistema de feroz agresión y latrocinio, y fusilando ya á algunos conductores de pliegos en los últimos días de Diciembre.

PRIMEROS ASESINATOS

Los portadores de la comunicación oficial más insignificante, aunque lo fueran por inexcusable cargo vecinal, eran, las menos veces fusilados, las más apaleados ferozmente hasta que exhalaban el último suspiro; personas desconocidas que encontraban los carlistas en los caminos, desaparecían para siempre; los

sospechosos de espionaje (y bastaba que por tales los tuviesen la suspicacia de un fanático ó el deseo de venganza de un enemigo personal), morían lapidados, después de horrible agonía, en simas de tan terrible renombre como la de Igúzquiza; los ríos escupían cadáveres putrefactos; débiles mujeres aparecieron asesinadas, y á muchas les cortaron la cabellera por delitos tales como el de visitar á sus hijos ó sus maridos refugiados en puntos ocupados por los liberales; llegando á ser tan usual esta salvaje mutilación, que antes se encontraba en las encrucijadas á un bandido de Rosa Samaniego, Aldea, Idoy, Latasa ó Zugasti sin fusil, que sin descomunal tijera en el cinto.

Añádanse á esto amenazas terroríficas, exacciones violentísimas en metálico, caballerías y frutos, cuantiosas multas impuestas por un gesto desabrido ó una frase equívoca, y se comprenderá que dominaran pronto por el terror en toda la parte del suelo navarro que no estaba amparado por las bayonetas liberales; y como las guarniciones y las columnas de éstas observaban conducta opuesta, se explicará también el por qué carecían de confidencias, apenas encontraban raciones y tropezaban á cada paso con dificultades para perseguir á los facciosos.

Por esto consiguió el carlismo convertir á su devoción, de grado ó por fuerza, toda Navarra; exterminar, anonadar ó impeler á ruinosa emigración al que no secundase sus intentos, encallecer hasta la barbarie el corazón de sus secuaces, avivar hasta la ferocidad su fanatismo haciéndoles creer que era propicio á Dios el asesinato de un liberal, consiguiendo, en fin, con cadáveres y ruinas, con lágrimas y *sangre, levantar el pedestal de su funesta dominación* y criminal poderío.

PROPOSICIÓN INDIGNA--DIGNA RESPUESTA

Así las cosas, el 7 de Marzo de 1873 dirigió Dorregaray desde Muneta una carta al comandante militar de Estella, don Francisco Sanz, indicándole que levantara pendón por Carlos VII; y Sanz, liberal á prueba de martirios, héroe en tiempo de Mina, y con un corazón cerrado á la flaqueza, encendido en noble ira al ver que alguien lo juzgaba capaz de una cobarde felonía en el hecho de proponérsela, dió la siguiente digna y enérgica contestación:

«Estella 9 de Marzo de 1873.

Sr. D. Antonio Dorregaray.—Muy señor mío: A la insultante carta que me dirige usted desde Muneta con fecha 7 de los corrientes, y que en este instante acabo de recibir, voy á contestar con ruda y militar franqueza.

Si, segun espresa usted, las noticias que ha procurado adquirir de mi persona le prueban que soy un caballero, debían probarle que soy ageno á toda villanía, y que sólo el proponérmela, como usted me la propone insidiosamente, había de herir la fibra de mi honradez acrisolada.

Juzgando sin duda mis sentimientos por los suyos, me ha creído capaz de vender mi honra; pero sepa usted que la aprecio en lo que vale y la guardo para mi sudario. Me ha creído usted de la madera que se fabrican los traidores, y ¡vive Dios! que este es el insulto más sangriento entre los muchos que, desde mi niñez, debo al odiado bando absolutista.

Viejo soy, pero á poco que viva he de probar, y no con palabras, que mi temple es de acero, y que rejuvenezco al chocar con mis eternos enemigos, con los que combatí durante la guerra de los siete años.

Omita usted, por lo tanto, nuevas insinuaciones, pues en mi acendrado liberalismo, si por un milagro del cielo recobrara su luz el apagado astro de la tiranía, no quisiera el calor de sus rayos sino para que me calcinase.

Las apreciaciones que hace usted respeto al estado del valiente ejército de la República, no pueden ser más gratuítas é injuriosas; su disciplina es la de siempre, su entusiasmo centuplicado; de su valor puede usted preguntar á las bandas que acaudilla y que huyen despavoridas al lejano reflejo de las bayonetas de los soldados.

En conclusión; seré lo que siempre he sido; no mancharé mis canas ni de pensamiento con negra traición, y si de ella fuera capaz, no la cometería ciertamente en pro de un partido que está desgarrando las entrañas de la patria; en pro de un partido que con mentido manto religioso, y sobre montones de cadáveres, quiere levantar un trono para que desde él ahogue en sangre todo suspiro de libertad el más imbécil y odiado de los Borbones.»

Así piensan, así escriben, y pronto veremos que así obran los verdaderos liberales como Sanz.

PRIMER SITIO DE ESTELLA

Deshonradas y teñidas sus canas con la sangre de los voluntarios de Cirauqui, el 13 de Julio salió Elío á recibir á don Carlos, que se decidía á entrar en España después de la vergonzosa fuga de Oroquieta, y sus bandas de facinerosos, repletas, pero sedientas aun de sangre liberal, marcharon sobre Estella mandadas por Dorregaray, el miserable que ofreció la libertad á los cirauqueses y consintió, si es que no lo ordenó, que los asesinasen después.

La guarnición de Estella se componía de 80 soldados del regimiento de Tetuan, 160 convalecientes y 60 voluntarios de la República, quienes se aprestaron á la defensa en el convento de San Francisco en cuanto vieron que á la una de la madrugada del día 14 algunos carlistas atravesaban á la carrera la anchura de la calle del Pilar.

Omitimos los detalles de la heroíca defensa, porque no caben en el plan que nos hemos trazado; únicamente diremos que los carlistas apelaron á medios reprobados hasta en la guerra para conseguir la rendición; que el vecindario en pleno, exceptuando las contadas familias liberales, se lanzó frenético á la calle; que se improvisaron bailes y comilonas en honor de los carlistas; que las mujeres los compelían, ya con energía, ya con terneza, ora con obsequios, ora con desdenes á repetir en Estella la matanza del día anterior en Cirauqui; que causaron una porción de destrozos cubriendo en un instante de escombros la población, invadida por espantoso desorden y atronada por infernal ruído y gritos de muerte contra los liberales.

DETALLE HORRIBLE

Un grupo de paisanos carlistas adquirió la blusa de don Benito Vera, alcalde de Estella y teniente de voluntarios asesinado con los de Cirauqui; llegaron á la casa de la viuda, que aún ignoraba su desgracia, y mostrándole los sangrientos girones, gritó uno de aquellos bandidos: «*Mira, Petra; esto es lo que queda de tu marido.*»

¡Y celebraron todos con bárbaras carcajadas la congoja de que fué presa la infeliz al recibir tan terrible golpe!

RECURSOS DE BANDIDOS

A las ocho de la mañana llegó Dorregaray, aumentándose con esto el tumulto y los gritos de muerte del feroz populacho. A las ocho y media intimó el cabecilla la rendición en el preciso término de una hora, amenazando con repetir lo de Cirauqui en caso contrario. A los cinco minutos había recibido ya la contestación, reducida en resumen, á esto:

«*Los defensores del Fuerte están dispuestos á pegar fuego á las 200 arrobas de pólvora en grano que tienen consigo.*»

Durante este pequeño armisticio supo la guarnición de Estella el espantoso desenlace del drama de Cirauqui. Un estremecimiento de horror corrió por el Fuerte, y relámpagos de ira y de venganza rasgaron aquella atmósfera preñada hasta entonces de peligros al par que de nobleza y valor.

En el cuartel había ocho prisioneros carlistas, y hubo mente que acarició la idea de represalias, manos crispadas que empuñaron el fusil y bocas que pidieron venganza para aquellos mártires; pero todo fué instantáneo: en los corazones nobles la ira es pasajera. Lo único verdadero, salvo el dolor que produjo en los defensores de Estella la pérdida de tantos y tan bravos amigos, fué el de aumentar, en lo poco que era ya posible, su valor y su decisión de morir matando antes que caer vivos en las manos de aquellos criminales. Tomaron medidas para hacer la defensa más larga, enardecieron su entusiasmo cantando himnos liberales y lanzando enérgicos apóstrofes á los carlistas por su perfidia y ferocidad. Estos, en tanto recogían todo el petróleo que había en la ciudad, imponiendo al vecindario 12.000 duros de contribución.

Pasada con creces la hora concedida para capitular, á eso de las once de la mañana aparecieron en las casas más próximas al Fuerte las familias de los voluntarios y muchas de los militares de la guarnición, llevadas villanamente por los carlistas después de aterrorizarlas exagerando los medios de destrucción de que disponían.

La escena que siguió fué desgarradora. Las madres, las esposas llamaban á sus esposos y á sus hijos con los acentos vibrantes de los dolores supremos; ora rogaban de rodillas, ora con voces empapadas en lágrimas; ya exigían frenéticas, amenazadoras, que se rindiesen...

Era irresistible la atracción de aquellos pálidos y desencajados semblantes envueltos en destrenzadas cabelleras húmedas por el llanto, de aquellos crispados brazos extendidos hacia el convento en ademán de estrechar prendas adoradas...

Pero nada hizo mella en aquellos valientes. Los voluntarios y soldados que aparecieron en las ventanas respondieron con enérgicos signos negativos, ya que la emoción les embargaba la voz; sus ojos relampagueaban de ira y de entusiasmo, hasta que rebeldes lágrimas se los empañaban al distinguir la rubia cabecita del hijo ó los blancos cabellos de la anciana madre; y queriendo ocultar su enternecimiento se despedían agitando los kepis y trazando con ellos el último signo de su resuelta negativa.

Ellas, tenaces, creyeron que, acercándose, podrían vencer tanta entereza, llegaron á las minas arpilleradas, hicieron terribles descripciones de las bombas de petróleo, de los cañones, de las monstruosas máquinas de que les habían dicho que disponían. Todo inútil. «Más quiero que seas la viuda de un valiente, que la mujer de un cobarde», dijo el sargento 1.° de la compañía de Tetuán á su joven esposa. Y frases del mismo espartano corte obtenían todas aquellas infelices. También se acercaron algunos an-

cianos venerables enviados para que inclinaran á sus hijos á la rendición; pero ellos, acercando sus labios temblorosos á las estrechas arpilleras, y recatándose de los oficiales enemigos, decian en voz baja y con enérgica acentuación: «¡morid como valientes!»

Para concluir aquella lucha violentísima, los del Fuerte dispararon al aire, y aun después de esto, ¡cuánto no tardaron los grupos de mujeres en separarse de aquel sitio que miraban como sepulcro de los seres queridos!

Cuatro horas duró tan cruel martirio.

UNA HEROÍNA

Rompióse por fin el fuego, logrando los del Fuerte apagar el de la fusilería enemiga. A las cuatro de la tarde se convino en que salieran los heridos y las mujeres; de ellos salieron sólo cuatro graves, sacando además el cadaver de un soldado; los heridos leves se negaron á salir. Las mujeres todas abandonaron el Fuerte excepto doña Pancracia Ibarra de Cintora, esposa del capitán de voluntarios. Desoyendo toda clase de ruegos, quiso correr la suerte de su marido y de sus compañeros de armas. ¡Heróico sacrificio y heróico valor el que desplegó en aquellos días tan terribles! Ella recogía y cuidaba los heridos, improvisaba hilas y vendajes, caldos y refrescos, prodigaba consuelos de madre y de hermana; cuando el peligro arreciaba, ella volaba de los tambores á las cuadras, del patio á la torre, comunicando su entusiasmo contagioso, electrizando con su palabra arrebatadora. Su rostro hermoso encendido, sus negros ojos chispeantes contribuían á que los sitiados la tomasen por la personificación de la libertad, idea porque luchaban.

VARIOS HEROES

A las seis de la tarde Dorregaray solicitó conferenciar con el capitán de voluntarios. Este se asomó á una ventana y aquél á un balcón de la casa fronteriza rodeado de la hija de Cintora y de la esposa é hija de Sanz.

Las ventanas del Fuerte se cuajaron de liberales; los balcones de la calle Mayor de carlistas... Reinaba un silencio sepulcral...

Dorregaray habló largamente, brindó paz y completo olvido y mostró con trágicos ademanes su hermosa hija al severo capitán.

Cintora contestó con admirable laconismo, «que no consideraba su honor á cubierto sino muriendo en su puesto ó rechazando al enemigo, y que hacía suyo y repetía para siempre lo que el comandante militar había contestado por escrito á la intimación de la mañana». Despidió á su hija, que le contestó pálida y serena, saludó y retiróse.

Rogó entonces Dorregaray que saliera don Francisco Sanz, quien apareció de mal talante y con arrugado entrecejo. El carlista comenzó á repetir lo que había dicho á Cintora, pero Sanz lo atajó, dando por terminada la conferencia con estas palabras:

«Ya he dicho que no me rindo, ni me rendiré; que he de quemar la pólvora, y la quemaré. No quiero más parlamentos. Voy á dar la orden de hacer fuego á todo el que se acerque al Fuerte; y si vienen mi mujer y mi hija, y los soldados no quieren disparar, las mataré por mi propia mano.»

Al oir este rasgo sublime, los aplausos y vivas á Sanz atronaron el espacio. Dorregaray se descubrió y saludó profundamente, y hasta hubo carlistas que aplaudieron en acatamiento á la majestad del heroísmo.

Apenas se hubo retirado Dorregaray, apareció en el mismo balcón un fraile de larga barba y con un enorme crucifijo en las manos; encaró el crucifijo al Fuerte, moviólo repetidas veces en sentido vertical y horizontal, masculló una oración y se retiró pausadamente, episodio fúnebre burlesco preparado para infundir terror en los sitiados, y que produjo el efecto contrario.

FIERAS QUE AULLAN

A partir de aquí, los carlistas apelaron á todos los medios para rendir el Fuerte: bombas incendiarias cañones, fusiles. Inutilmente todo. Los liberales no cedían.

Durante la noche del 14 al 15 el fuego fué poco vivo, pero espantoso el estruendo en la ciudad. Producíanlo millares de aldeanos de la comarca y hasta de la Ribera, que habían acudido ansiando con ferocidad inaudita presenciar el degüello de los voluntarios de Estella.

En aquella barahunda infernal dominaban los acentos femeninos, acentos de sangre y de odio lanzados por pechos repletos de religión.

LA MECHA EN EL POLVORÍN

Espoleados por aquellos gritos de muerte, los liberales no desperdiciaron aquella noche, tomando entre otras medidas la de colocar pesos enormes sobre las 200 arrobas de pólvora después de vaciar un cajón y comunicar los restantes con mecha para que la explosión fuese instantánea y el estrago más terrible. En el almacén de pólvora quedó encerrado bajo

llave el cabo de voluntarios Celestino Garamundi, después de haber jurado á su capitán y al gobernador que, á la señal con ambos convenida, prendería fuego.

Todo el día 15 duró la lucha, apurándose los medios de ataque y defensa por unos y otros, y llegó la noche, en que el incendio cercó á los liberales, que creyeron morir por axfisia, sin dejar por esto de luchar con rabia frenética y de manejar las bombas para apagar el fuego, consiguiendo por fin inutilizar á tiros las chapas del blindaje de los aparatos para lanzar petróleo, romper las mangas y matar ó ahuyentar á los petroleros.

Las cuatro de la mañana serían, cuando el sargento de voluntarios gritó: «¡Animo, que en el Fuerte no queda ya ni una chispa, y arde la casa desde donde nos han arrojado el petróleo!» Y en efecto; la casa de enfrente despedía columnas de humo, mientras dentro del Fuerte sólo ardía la mecha de Garamundi, cuyo rostro bronceado y desnudo y robusto pecho se distinguían á través de los hierros de una estrecha claraboya, desde la que atisbaba los movimientos de sus jefes para, á su orden, convertir el convento en ruinas carbonizadas.

RETIRADA DE LAS HORDAS

A las seis y media de la mañana del 16, y después de varios intentos infructuosos, los carlistas levantaron el sitio retirándose por la carretera de Abarzuza, oculta á la vista del Fuerte; el feroz paisanaje huía en todas direcciones llevándose sus objetos de algún valor y los que había robado en los saqueos.

Vivas frenéticos á la libertad, á la república y al gobernador rasgaron los aires, y en el libro de la historia patria se escribió una de las páginas que más la honran.

El asedio había durado 54 horas; los carlistas tuvieron 70 muertos y heridos, entre los primeros el presidiario Aldea, mostraron su impotencia al no poder forzar un convento vetusto y de pésimas condiciones de defensa, y arrojaron nuevas manchas sobre su ya sucia bandera, apelando á medios reprobados en toda guerra noble, permitiendo el saqueo, la amenaza, el cobarde insulto y el vil asesinato, pues, para que éste no faltara, un infeliz apellidado Bardoji fué cosido á bayonetazos.

ELOGIO HERMOSO DE CASTELAR

Gran entusiasmo despertó en la España liberal la heróica defensa de Estella, y Castelar le dedicó estos párrafos en uno de los mejores discursos que ha pronunciado, párrafos que copiamos para gloria eterna de aquellos valientes.

Hablaba así en el Congreso el 30 de Julio de 1873:

«Decía el Sr. Rios Rosas con esa magna elocuencia que es uno de los timbres de esta Cámara, en la cual, cuando él no está, parece que faltan el Sinai y la tempestad; decía el señor Rios Rosas: «Yo no creo que sea posible la restauración carlista,» y la Cámara le aplaudía con un grande entusiasmo. Tampoco yo lo puedo creer. No es posible que se levante la Inqtisición sobre la conciencia, la censura sobre el pensamiento, el silencio sobre la tribuna, la mordaza sobre la prensa, la amortización sobre la tierra libre por la sangre de nuestros padres, el convento del ocio sobre el taller del trabajo. (*Grandes aplausos.*) No, no es posible que el rey restaurado por tantas hordas y surgido por la herencia de tantos tiranos, venga, como sus antecesores, entre dos hileras de patíbulos, de los cuales pendan las cabezas lívidas de los patriotas asesinados, y entre aquellas muche-

dumbres fanáticas que pedían, estirando sus brazos, cadenas, y que lanzaban de sus gargantas el grito de *¡muera la nación!* Eso está tan lejos como los horrores de Tiberio y de Nerón; porque antes que consentir á don Carlos, en el fondo del mar se hundiría España. (*Frenéticos aplausos que se repiten y se prolongan.*)

Una sola cosa puede hacer, sin embargo, que eso suceda, transitoriamente, pero que suceda. Puede haber un paréntesis de algunos días, de algunos meses; puede llegar el Pretendiente á ese palacio de Madrid, como llegó el rey José al palacio de Madrid á pesar del heroismo de nuestros padres. ¿Y sabéis cómo se puede hacer esto? Pues no lo puede hacer más que una cosa: la insensatez de los republicanos, la demencia de los republicanos.»

«El movimiento cantonal es una amenaza insensata á la integridad de la patria, al porvenir de la libertad. Mientras unos de esos cantones toman las naves, mientras otros piratean, mientras aquellos dividen y fraccionan la unidad nacional, mientras los de más allá indisciplinan al ejército, mientras todos cometen tropelías sin número, los carlistas avanzan hacia Bilbao, el baluarte de la libertad; avanzan hacia Logroño, el asilo del héroe de toda nuestra epopeya de la guerra civil; perturban á Cataluña, tierra de la República; y nosotros, generación infortunada que hemos tenido nuestra cuna mecida en el oleaje sangriento de una guerra civil, vamos á tener por otra guerra civil deshonrado nuestro sepulcro. (*Gran sensación*).

¡Ah! Yo no veo al patriota en el diputado que se va de aquí á sublevar las provincias, que rompe la patria, que pone una bandera odiosa y odiada sobre el tope de las naves de don Juan de Austria y del marqués de Santa Cruz; yo no veo ahí á España. Yo la veo en el voluntario de Estella, que con su mujer al lado, sobre cien quintales de pólvora, (*deliran-*

tes aplausos), con la mecha encendida aguarda á que llegue el facineroso carlista, para morir como bueno. (*Aplausos prolongados*). Sí; allí está la patria de Viriato, allí está la patria de Pelayo, allí está la patria del Cid, allí está la patria de Daoiz y Velarde, allí está la patria de la mártir Gerona y de la santa Zaragoza.» (*Aplausos entusiastas*).

SEGUNDO SITIO DE ESTELLA.

HONROSA RENDICIÓN

Al mes escaso cayó Estella en poder de los carlistas, después de ocho días de sitio, de recibir el Fuerte 800 cañonazos y de reproducirse todos los horrores del primer sitio en incendios, falta de agua, voladuras de minas, etc.

Los rasgos de valor individual y colectivo llegaron, si no excedieron, á los del primer sitio; baste decir que los sitiados reunieron más de 80 granadas en varios pozales: cuanto caían, se abalanzaban á ellas y las sumergían en el agua.

Camisas embreadas, cohetes, botellas con aguarrás y otros líquidos inflamables, petróleo, todo lo emplearon los carlistas para incendiar el Fuerte. Únase á esto que no había ya lugar seguro donde colocar los heridos; que el sol canicular, el insomnio, las privaciones y el aire enrarecido produjeron graves y numerosas enfermedades, entre ellas la viruela, que se desarrolló de un modo alarmante, que la mitad de los fusiles estaban inservibles, y se comprenderá que aquellos bravos se rindiesen, perdida la esperanza de recibir socorro de fuera.

Desde el día 21 hasta el 24 en que se rindieron, las campanas no dejaron un momento de hacer oir el toque de agonía y marchas fúnebres la banda de música, mientras un canalla de aquellos gritaba á inter-

valos á los del Fuerte: «*matad al gobernador y habrá cuartel.*»

El día 24 estalló una mina que envolvió al Fuerte cual fúnebre sudario y arrojó sobre sus débiles techumbres y anchos patios una verdadera avalancha de escombros, piedras enormes y árboles enteros.

Agotados todos los recursos, habiendo ya voluntarios que hablaban de capitulación, asomaron las lágrimas á los ojos del valeroso Sanz; mas cumpliendo el triste deber que su cargo le imponía, pidió parlamento y trasladóse al alojamiento de Dorregaray, donde le expuso con ruda y militar franqueza los motivos que le impelian á dar aquel paso, mostrándose, no obstante, resuelto á perecer entre los escombros del convento si no se les permitía marchar en libertad á Pamplona con armas y bagajes.

Conociendo Dorregaray el férreo temple de Sanz, y concediéndole que su bizarra defensa le daba derecho á formular tales pretensiones, accedió á todas ellas, exceptuando las armas, que deberían quedar en poder de los carlistas, conservando las suyas los oficiales; alegando en pro de su exigencia, que puso el sitio precisamente por la necesidad que de armas tenía.

Sanz convino en la capitulación, y al día siguiente, las autoridades y el pueblo de Pamplona recibían á los defensores de Estella con las aclamaciones entusiastas á que se habían hecho acreedores.

La amargura del bravo Sanz se mitigó algún tanto con aquellas muestras de confianza y de cariño, mucho más al ver que se le confió la guarda de la ciudadela de Pamplona; mas ¡ay! que poco tiempo desempeñó tan honroso cargo, porque una violenta enfermedad, que tal vez germinara con el trabajo abrumador y los terribles sinsabores de Estella, lo llevó al sepulcro el 12 de Febrero de 1874. Le cerró los ojos y veló su cadáver Celestino Garamundi, el más digno de tan alta honra.

Terminemos la epopeya de Estella arrojando sobre la chusma carlista una afrenta más.

Apoderáronse de don Luis Pesado, sexagenario que por sus achaques había dejado de pertenecer á la compañía de voluntarios después del primer sitio, y lo sujetaron al terrible martirio de sufrir con la cabeza descubierta durante largas horas al sol canicular, sirviendo de befa y chacota al populacho, asesinándolo después á tiros y cuchilladas y arrojando al Ega su cadáver.

No lo pueden remediar; lo llevan en la masa de la sangre. Son ladrones y asesinos por instinto.

ESCANDALO CARLO-INMUNDO-CLERICAL

El ocurrido en el Centro entre unas religiosas y unos carlistas, retrata al vivo los sentimientos piadosos de los pretendidos defensores del catolicismo.

Los hospitales carlistas del Centro eran al principio de la guerra unos antros de suciedad, de asco, de horror. Los heridos y enfermos yacían sobre montones de paja en el suelo, en un local fétido, negro y repugnante. No había ropa blanca que darles, ni loza para servirles, ni gente que los cuidase. Los gusanos é insectos más inmundos los devoraban, y no eran las heridas ni las calenturas los peores males que los afligían. Mil veces más valía morir en el campo de batalla, que quedar herido ó caer enfermo.

Santés, comandante general de Valencia, envió una comunicación á unas hermanas de la Caridad carlistas, para que fueran á encargarse de algunas de aquellas pocilgas, y ellas, á las órdenes de sor Amalia de Quiñones, se apresuraron á hacerlo.

Viendo que faltaba todo, mendigaron por las poblaciones lo necesario; y á costa de muchos esfuerzos lograron cambiar la situación, poniendo unos hospi-

tales muy decentes, donde cualquiera podía ir á curarse.

En el hospital de Mora de Rubielos se trabó una lucha intrigas, tan baja é inmoral, que escandalizaba sobremanera. Había allí un médico que resumía cuanto malo puede haber en el partido carlista, y algunos otros perdidos que adolecían de sus mismos defectos; llamábanse dos de ellos Mariano González y Manuel Rebolledo.

El médico y sus camaradas empezaron á mirar á las religiosas con desenvoltura y se descompusieron con ellas hasta un punto alarmante, que ofendió su pudor. Indignadas, amonestaron á los atrevidos; y viendo que nada alcanzaban, la superiora, sor Adelina Crobat, los amenazó con dar parte de su comportamiento al general en jefe. «Ustedes se han olvidado sin duda, les dijo, de que no sólo somos mujeres de honor, sino también religiosas; y si no se reprimen de palabras y obras, nos veremos obligadas á pedir auxilio á la superioridad, que es la encargada de protegernos. Nosotras hemos venido aquí para asistir á los desgraciados, y deseamos que los que mañana pueden necesitarnos sean los primeros en tenernos respeto.»

Era entonces general en jefe Lizarraga; y como aquellos descomedidos eran hechuras suyas, contestaron á las hermanas con amenazas más fuertes.

El médico tomó la defensa de todos sus cómplices y encarándose con las religiosas, les habló con la franqueza más cínica, demostrándoles que allí eran árbitros de todo:

—Sepan ustedes, les dijo, que en el hospital yo soy el amo; y que si están aquí es por mi tolerancia, pues cuando quiera las echaré á puntapiés y pondré en su lugar á las mujeres que me dé la gana.

Sor Adelina contestó dignamente:

—Nosotras estamos aquí á ruegos del general en jefe, y sólo nos iremos si éste lo manda. Entre tanto

pondremos lo ocurrido en su conocimiento, para que sepa quién es usted y sus compañeros.

El médico se echó á reir.

—El general Lizarraga, dijo, es buen católico; sabe que yo y mis camaradas también lo somos, puesto que vamos á misa cada día, y confesamos y comulgamos con frecuencia, y no creerá una palabra de lo que digan ustedes. En cambio yo iré á su cuartel general, asistiré en su presencia á la misa que cotidianamente oye, me daré un par de docenas de grandes puñetazos en el pecho, y después le hablaré de ustedes en tal sentido, que ya verán el resultado.

La réplica indignó á la religiosa.

—Me extraña mucho, repuso, que un hombre como usted figure en nuestro partido, porque estas palabras tan impropias son de un cristiano como de un caballero. A mí me parece que está usted fuera de su sitio.

—Yo estoy donde tengo por conveniente, ó me da la gana, dijo el médico, y las expulsaré á ustedes de aquí, ó cederán en lo que quiero. No soy un chicuelo á quien se engaña con tocas, rosarios y gazmoñerías. Las conozco á ustedes, y sé que son como las demás mujeres; esas resistencias no son más que puras hipocresías. Tengamos, pues, la fiesta en paz, y renuncien á esos alardes, porque les aseguro que la guerra conmigo les será fatal, pues tengo medios de acabar en breve con la reputación de todas y echarlas de aquí por escandalosas.

La hermana entonces le replicó:

—Bien podrá ser que, engañando al general con su hipocresía, salgamos de aquí infamadas; pero tenga usted entendido que, sean cuales fueren sus intrigas y esfuerzos, nos iremos con la misma honra que hemos llegado, seguras de que el tiempo, que da lugar á todo, nos ofrecerá ocasión de justificarnos y descubrir la mala conducta de usted y de sus compañeros.

Por desgracia de aquellas hermanas había allí un coronel de caballería carlista, llamado Monet, hombre de alguna edad, de malísima catadura y corrompidos sentimientos, que por orgullo hizo causa común con los empleados. Tenía relaciones con una mujer de costumbres descompuestas, y la había presentado á las religiosas, indicándoles que debían tratarla como á la señora del hospital.

Tanto por los celos naturales de quien dirige un establecimiento, como por las condiciones de aquella mujer, las monjas la recibieron con mucha frialdad é indiferencia, mostrándole un desdén que la irritó furiosamente.

La mujer salió de allí trinando y pateando; y como vió colérico también á su amigo, lo excitó, persuadiéndole que habían injuriado y despreciado á ambos.

—¿Quiénes son ellas, exclamaba, para tratar de ese modo á una mujer como yo? ¿Imaginan que porque no soy casada contigo me tengo en menos que ellas, ó sufro que ninguna cenicienta de su oficio me tosa? ¡Como si ellas fuesen alguien! ¡como si todo el mundo no conociese la farsa que todo eso es! ¡como si no viéramos cada día que son peor que yo! ¡Hipócritas y mogigatas! ¿Se han figurado engañarme con sus miradas humildes, su voz gangosa y su aparente dulzura? Esa conducta, Monet, es un bochorno para ti lo mismo que para mí; y si no te vengas, y no sacas las tripas á esas lechuzas, no eres hombre ni capaz de nada. Ahora correrá por todas partes la noticia, y no podremos presentarnos sin que nos señalen con el dedo y se burlen de nosotros.

—¿Yo tolerar esto? replicó el coronel; ¿yo tragarme ese mico? Esas brujas me las pagarán, y verás cómo nadie repetirá lo que han hecho. ¡Voto á!... O la gente te acatará como si fueses mi legítima mujer, ó habrá la de San Quintín... Déjame hacer. Yo tomaré por mi cuenta á ese monjío de palomar; yo lo

meteré en cintura y le daré tal meneo, que las mismas que hoy te han desdeñado vengan á pedirte de rodillas que te dignes perdonarlas y visitar su casa.

—Así, así, véngate, no dejes pasar ésta, exclamaba ella. Si me faltan á mí al respeto, luego se reirán de ti, y los que hoy tiemblan al verte fruncir las cejas, se atreverán á darte azotes. Esas monjas son mala gente, créeme; no las tengas respeto, ni consideración; trátalas peor que ellas á mí, y luego déjame el resto; que si tú quieres vengarte, yo también.

Monet se unió con los conjurados del hospital, y á fin de matar la reputación de las hermanas, imaginaron celebrar allí de noche unas orgías, para dar á entender al público que aquellas señoras lo consentían y hasta formaban parte de ellas. Comían y bebían como bárbaros; alborotaban y cantaban como energúmenos, y hablaban en alta voz de las hermanas en términos que no se pueden reproducir, acompañándolo de carcajadas significativas. Luego á media noche se ponían en camisa, y saliendo por el hospital, embestían á aquellas señoras, que huían dando gritos y pidiendo socorro.

Estas infames escenas se repitieron, y como á pesar de las quejas que las agraviadas dieron el general Lizarraga no las reprimió, tuvieron que tomar muchas precauciones para no ser cogidas por aquellas fieras inmundas.

Figuraba también entre los conjurados un presbítero llamado Alejo Sánchez, que desempeñaba el empleo de secretario del subdelegado castrense, del cual era superior el obispo de Urgel, como delegado castrense de todos los ejércitos carlistas. Aquel presbítero procedía del clero del ejército liberal, donde siempre fué mal considerado por ciertas costumbres demasiado libres. En el Centro hacía de las suyas en tal escala, que exitaba un desprecio general; se había fijado también en las hermanas, y al ver que tampoco era afortunado, se unió con los demás.

Aquellas pobres mujeres no podían vivir en el hospital, más no se decidían á marcharse por no dejar abandonados á los enfermos y heridos que tanto necesitaban de sus cuidados.

Los conjurados, á fin de hundirlas mejor, hacían correr contra ellas toda suerte de calumnias, acusándolas abiertamente de ladronas y otras cosas que se callan.

Se puso tan intolerable la situación, que las desgraciadas iban perdiendo la reputación, y como el general en jefe no las defendía, resolvieron abandonar el hospital. La calumnia se había ya extendido tanto, que la mayor parte de los carlistas del Centro murmuraban de ellas.

Así las cosas, llegan Gamundi y Boet á Mora de Rubielos y se enteran de lo que pasa. Se indignan, prenden al médico y toman todas las disposiciones necesarias para impedir que continuaran aquellas infamias, lo cual alcanzaron.

Viendo los conjurados desvanecidas sus tramas, urdieron otras para echar á aquellas mujeres del hospital. El que las desenvolvió fué el presbítero. He aquí cómo.

Mostróse manso y resignado, y de repente pidió á las hermanas los documentos de la autoridad eclesiástica carlista que convalidaban su institución; y como no los tenían, les advirtió que, no pudiendo consentir la subdelegación castrense que funcionase allí una institución religiosa que no estaba reconocida, se veía en el triste y desagradable caso de prevenirlas que debían retirarse.

—Yo siento mucho, les dijo, que unas siervas de Jesucristo tan venerables como ustedes, no puedan continuar en este distrito, y Dios sabe cuánto he luchado y sufrido antes de decírselo. Pero Nuestro Señor quiere que antepongamos el deber al amor, y me veo obligado á manifestarles que deben marcharse cuanto antes.

Comprendió la idea sor Adelina, y tomando una resolución viril se despidió de sus compañeras, encargándolas que por nada abandonaran el hospital mientras estuviese ausente; y se fué á Urgel, donde se presentó al obispo, refiriéndole al detalle todo lo que pasaba.

Caixal conoció perfectamente la razón, y como sabía quién era el presbítero dicho, aprobó la conducta de las hermanas, reconoció su orden, y prometió escribir al subdelegado castrense y castigar al secretario por su escandaloso comportamiento.

Cualquiera creería que, tratándose del obispo más católico é intransigente de España, destituiría al presbítero y lo llamaría á su tribunal, pero no fué así. Como era un carlista acérrimo, el prelado fué indulgente y hasta piadoso con aquel bandido.

En efecto, remitió al subdelegado castrense del Centro una carta, cuyo extracto es el siguiente:

«He sabido, por personas dignas de fe, que don Alejo Sánchez, usando el nombre de usted, obra como si fuera el subdelegado, y no siempre acertadamente.

Se me ha hablado de cierta intriga que maquinó para hacer que las jóvenes que con sor Amalia de Quiñones dejaron sus casas para arreglar los hospitales militares, desistieran de tan santa obra.

Se me ha dicho también que, *segun opinión de muchos, su conducta no fué cuando estaba en el ejército liberal, ni es ahora, cual debiera ser la de un secretario de la subdelegación.*

También se me ha dicho que usa un traje, notable por las borlas moradas del sombrero, y por un cinturon del mismo color.

Sírvase usted averiguar lo que haya de verdad en cuanto dejo indicado, *proveer todo lo conveniente, y cortar todos los abusos.*»

Tal fué el terrible castigo que recibió el presbítero de parte del feroz obispo de Urgel: *proveer lo conveniente, y cortar todos los abusos.*

Sor Adelina volvió al Centro, y en una carta que dirigió á Dorregaray, que ya entonces era general en jefe, le resumió lo que había pasado, como puede verse en las siguientes palabras:

«No creíamos hubiese hombres tan *bajos y miserables* que fuesen á cebarse con unas infelices mujeres, cuyo único delito consistía *en no encubrir sus infamias*, llegando á formarse contra nosotras una cruzada, capitaneada por don Manuel Monet, quien se ofendió de que *á su concubina no la recibiésemos* como á su legítima esposa; por don Manuel González, don Manuel Rebolledo, y don Alejo Sánchez, presbítero.

Ante tan *bajas* y *viles calumnias* nos hubiéramos retirado, pues si bien nuestras familias nos autorizaron para hacer hasta el sacrificio de nuestra vida, no así *el de la honra*; pero nos contuvo el que dos caballeros, los brigadieres señores Gamundi y Boet, salieran á nuestra defensa, con lo cual se acalló algo la murmuración. Sólo el presbítero don Alejo Sánchez continuó la guerra en otra esfera...

Sor Adelina Crobat.»

Este cuadro de las costumbres religiosas del carlismo, es una prueba más de que la religión sólo les sirve de pretexto para perturbar y arruinar á España. El 72 dijeron que se habían echado al campo por ver la religión ultrajada. ¡Embusteros! ¿Y el 33? ¿Y el 48 y el 49 en Cataluña, mandando Narvaez? ¿Y lo de San Carlos de la Rápita el 60, estando la nación empeñada en la guerra de Africa? La religión sirve únicamente á los carlistas de careta para cometer crímenes.

Por otra parte, estaban bien representados en la parte clerical; Santa Cruz, Goiriena, el de Flix, el de Portueche y demás tonsurados hasta el número de quinientos y pico, representados por el obispo de Urgel, que se marchó á la facción en Agosto del 73.

EL OBISPO DE URGEL

QUIÉN ERA Y CÓMO ERA

¿Quién era y cómo era Caixal y Estradé?

Como cabecilla de la primera guerra legó un nombre harto funesto; algunos pueblos de Cataluña recuerdan los infames asesinatos cometidos bajo su responsabilidad.

Como presbítero, había hecho una vida sobre la que corrían deshonrosos rumores; como canónigo, concitó en contra suya el odio de sus compañeros; como obispo, comenzó por levantar una violenta insurrección en el cabildo, que terminó con el destierro de los canónigos más virtuosos é ilustrados; continuó siendo el blanco de las iras de los párrocos y cayó en al desprecio y el odio general de sus diocesanos.

Petulante é insufrible hasta el extremo, nadie podía tratar con él quince días seguidos; brusco en todo, nunca concibió la templanza ni en sus palabras ni en sus actos. En el púlpito usaba un lenguaje insultante y grosero, y llegó en el Senado á decir «que no sabía cómo no había abofeteado al gobernador de Lérida.»

Violento en todo, maltrataba y atropellaba bárbaramente á sus domésticos, y en sus momentos de mal humor andaba á puntapiés y bofetadas con los mismos párrocos; á uno lo abofeteó en público y en acto solemne.

Una anécdota. Había prohibido que la música recorriese las calles, y al regresar un día á su palacio de oir misa de pontifical, oyó el sonido de los instrumentos á lo lejos y encolerizóse de tal modo, que fué preciso contenerle casi á viva fuerza, pues se empeñaba en ír á dar de puñetazos á los músicos, vestido como estaba aún con el traje de coro.

Poco antes de la revolución de Septiembre un crimen horrible acabó de hacer odioso su nombre. Un sacerdote fué infamemente asesinado en la torre de su mismo palacio, hallándosele arrancada la piel del antebrazo, sacado un ojo y (¡vergüenza y horror causa decirlo!) cortadas las partes genitales... Cuando se descubrió el crimen, hacía más de un día, segun declaración facultativa, que el infeliz era cadáver. Se formó al obispo causa criminal y *sub judice* estaba cuando, por temor á sus resultas, amén de su natural sanguinario, se marchó á la facción.

Y á un hombre así era al que llamaban los periódicos carlistas *digno sucesor de los apóstoles* y *gran Macabeo*.

¡Bien representada estaba la religión entre los carlistas, lo mismo por el elemento clerical que por el profano! ¡Sin Cristos que se habrían necesitado para redimirlo, si cada Cristo hubiera tenido que morir entre dos ladrones de aquelleos!

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 16

LOS CARLISTAS PINTADOS POR SÍ MISMOS.—A ROBAR TOCAN.—DON CARLOS SIN DINERO Y SIN CRÉDITO.—MALVERSACIÓN DE FONDOS.—AGENCIA DE TIMOS.—CARTUCHO DE PERDIGONES.—COBRA Y NO PAGUES...—VIVIR DE LA CAUSA.—LATROCINIOS.—QUEJAS DE LAS DIPUTACIONES.—DINERO Á TODA COSTA.—REY DE BARAJA, ORDENADOR DE PAGOS Y TESORERO.—EL PUERTO DE ARREBATACAPAS.—LADRONES ESTAFÁNDOSE.—ESCRÚPULOS DE MONJA.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

Se nos quiere presentar ahora á ese Carlos que ha ensangrentado á España, como el hombre destinado á salvarla. Vamos á juzgarle, no dejándonos llevar por la pasión de partido, sino apoyándonos en los hechos auténticos é irrebatibles que nos suministra su historia.

¿Hijo? Procuró destronar á su padre, de acuerdo con su abuela, del reino imaginario que la familia persigue encharcándose las botas en sangre española.

¿Esposo? Nadie ignora la vida que dió á doña Margarita, maltratándola de palabra y obra en muchas ocasiones.

¿Padre? Dígalo doña Elvira, esa hija cuya deshonra difundió por todo el mundo hace apenas un año.

¿Hermano? D. Alfonso tuvo que abandonarle antes de terminarse la guerra, lanzando un manifiesto en que veladamente lo acusaba de inepto, cobarde é inmoral.

¿Amigo? A los que distinguió con su confianza, procuró deshonrarlos. Que hablen Calderón, Boet, Dorregaray, Elío, Mogrovejo, Valdespina, Díaz de Rada, Mendiry y cien más.

¿Valiente? Corriendo desalado en Oroquieta, huyendo ante Irún, no acercándose á Bilbao sino á distancia de cuatro leguas, entran-

do el primero en Francia al terminar la guerra, es como únicamente dió muestras de serlo.

¿Traidor? Se comprometió el 16 de Junio de 1869 á no dar ningún paso ni tomar iniciativa alguna, condición que impuso Cabrera para ponerse al frente de los negocios militares, y al día siguiente, 17, envió en secreto á Barcelona á D. Francisco Sala, para que sus partidarios, poniéndose de acuerdo con los comprometidos de Valencia y Madrid, combinaran los elementos é iniciaran la sublevación *sin esperar nueva orden* ni avisar *á nadie* más que á él.

Y no sólo era traidor, sino que obligaba á los suyos á serlo. Cuando D. Amadeo dió el 71 una ámplia amnistía á los carlistas, expidió una Real orden (?) fechada en Bayona el 16 de Septiembre, ordenando á los sargentos, cabos y soldados residentes en Francia que se acogiesen á la amnistía y se presentaran á los jefes carlistas de los pueblos donde iban á residir, para prestar en ellos los servicios que se les ordenase. Que no concedía permiso, pero que tampoco lo negaba, para que los jefes y oficiales entrasen al servicio del gobierno de España, y que su deseo era que fuese el mayor número posible, *porque allí podían ser sus servicios más eficaces*. De esta manera inculcaba ideas de hidalguía y lealtad en sus parciales; de este modo les ordenaba sentar plaza de traidores.

¿Embustero? Lanza á Polo el 69 al movimiento de la Mancha; sale mal, y niega que él se lo haya ordenado.

¿Leal? Inutilizó á todos aquellos á quienes

manifestó afecto; sembró la desconfianza entre ellos; los enzarzó; y por no ser leal, hasta no lo fué con Rosa Samaniego, asesino á quien utilizó, cuando éste demandaba protección para huir de la justicia.

¿Moral? Como dijo un poeta, no conoció nunca más moral *que el árbol que cría moras.*

¿Caballero? De industria lo fué siempre; lo mismo cuando trataba de *sablacear* á Cabrera, que cuando se lamentaba de que los fueros de las provincias vascongadas le impidieran arruinar por completo aquel país.

¿Religioso? Sus burlas al obispo de Urgel, sus escarceos libidinosos en un convento en Estella, nos ahorran de dar detalles edificantes sobre este punto.

¿Rey? Si el serlo consiste en no saber nada de nada, en inutilizar á los hombres que sirven lealmente, en distinguir á los asesinos y á los rufianes, en sacar dinero en todas partes y á cualquier costa, en no cumplir palabra empeñada, en deshonrar en sus mujeres á los vasallos, ó en divertirse mientras sus partidarios derraman su sangre, en este caso ¡oh! en este caso reconocemos y proclamamos que ese imbécil, ese mentecato, ese vicioso, ese cobarde é inmoral, cruel y vengativo, á quien llaman los suyos Carlos VII, es un modelo acabado de reyes, por más que en lo desleal, en lo sanguinario no pase de ser... ¡una mala caricatura del infame Fernando VII!

¡Pobre España si cayera en manos de un hombre así! Desaparecería del mapa.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CARLISTAS PINTADOS POR SÍ MISMOS

Una vez de vuelta en Francia el 72, después de la fuga de Oroquieta, y mientras los suyos se las arreglaban en España como podían, buscó don Carlos asilo cómodo y seguro y se rodeó de tales perdidos, que ya en 20 de aquel mes decía el general Diaz de Rada desde Tolosa, respondiendo á los que le acusaban de aquel fracaso:

«La verdad es que mientras yo he vivido y sigo viviendo sufriendo todo género de privaciones, alguno de mis detractores ha vivido á lo príncipe, manejando á manos llenas el oro de la causa, *de cuya buena y legal* inversión tengo el derecho de dudar por los comprobantes oficiales que obran en mi poder, y que algún día se publicarán.

Todo esto es verdad, y también lo es que entre los ocho ó diez personajes que componen la consabida kabila, la mitad no son ni fueron jamás carlistas; que han hecho y siguen haciendo cuanto pueden para impedir el triunfo de nuestra causa, porque temen, con razón, que llegue para ellos el día de la gran liquidación, y que, como saben que yo no he de consentir jamás sus infamias y desmanes, intentan contra mí todo lo malo que les sugiere su dañada y perversa intención.

Capaces de todo son esos nobles y honradísimos caballeros. Capaces de todo son, menos... de ser honrados y caballeros.»

Es decir, que desde antes que don Carlos pisara

por primera vez el suelo español, las cuestiones de dinero traían ya revuelto al partido que ofrece arreglar nuestra Hacienda y moralizar la administración. Si cuando había poca lana y entre zarzas, ocurrían tales cosazas entre ellos, ¿cuáles no hubieran hecho á verse instalados en Madrid y con la sarten por el mango?

A ROBAR TOCAN

La cuestión del dinero fué siempre la primordial entre los carlistas: antes de la guerra, durante la guerra y después de la guerra. Por esto dijo uno de ellos el año 74:

«Apenas, encendida la guerra, hubo espacio y medios para la conveniente seguridad de sus personas, don Alfonso primero y don Carlos unos meses después, vinieron á España á jugar con el infortunio y *remediarse con el dinero* de los españoles.

El perdido que, por confesión propia, *no podía vivir como príncipe*, vivió desde entonces *como rey.*»

Pintándole más adelante, y refiriéndose en parte á Cabrera, añadió:

«Ni una sola frase de afecto que no quiera decir, *te necesito*; ni un sólo paso de atención dado más que *por dinero*; faltar por sistema á la palabra empeñada; fingir arrepentimiento para engañar mejor; tomar á juego la buena fe del que se sacrifica, y la del hombre humilde que se deja matar por una idea, y las ideas mismas, que son la esperanza y el consuelo de esta sociedad conturbada; ofrecer constantemente recursos propios *para apoderarse mejor de los ajenos*; y tanta doblez sin ingenio, y tanta vanidad fundada en un apellido, ni siquiera adornado con una regular educación, y *tanta barbarie para atizar la discordia entre hermanos, y ver de lejos la matanza, y celebrarla un día y otro con festines*»...

DON CARLOS SIN DINERO Y SIN CRÉDITO

Para hacer populares al *Chapa* y á su mujer, se dijo en prosa y verso por aduladores carlistas «que eran dos príncipes opulentos que gastaban su inmensa fortuna en hacer la felicidad de España. Mentira todo: las riquezas de ambos y la decidida protección del duque de Módena, eran dos filfas monumentales, lo mismo que los cacareados auxilios del conde de Chambord. Don Carlos y doña Margarita eran un par de peleles que ni tenían para vivir con el decoro correspondiente á su rango. El duque de Módena, por no darles, ni les daba la firma, y hay que convenir en que sabía por dónde se andaba.

Tan excelente opinión de ambos tenían en el mundo financiero, que en el mes de Marzo de 1869, tomando por pretexto que doña Margarita acababa de llegar á la mayor edad, firmó con su esposo y varias personas unos pagarés á que se recurrió *á fines de Abril ó á principios de Mayo del mismo año*, y los pagarés fueron tan desdichados, que tuvieron que quemarlos por no HABER ENCONTRADO QUIEN DIESE UNA PESETA SOBRE ELLOS. El conde del Pinar *dixit*. Y eso que el muy pelgar de Carlitos ofrecía nada menos *que una conversión de la Deuda* á gusto del que diera los ansiados metales, y un privilegio *para la acuñación de la moneda por cinco años*, el día que fuese rey de España. Porque eso sí; ya en 1869 disponía de la hacienda de la nación.

«¡Pobres carlistas! exclama un correligionario suyo: y decir que entonces aquellos príncipes se empeñaron por la causa! Pero lo extraño, lo increible, no es que así lo manifestaran á personas mal enteradas, sino que el mismo don Carlos se atreviera á dar tales noticias á Cabrera, que sabía perfectamente la verdad, empezando por constarle que el primogénito de don

Juan, *ni tenía ni había tenido jamás fortuna* de ninguna clase, ni otro medio de vivir que una pensión modesta y desde luego insuficiente cuando con el ejercicio de régias prerogativas había don Carlos adquirido régias necesidades.»

Véase la carta que en 7 de Enero de 1870 dirigió á Cabrera:

«Sabiendo como sabes que *todo cuanto yo tenía* lo he dado por la causa; que Margarita ha empeñado por ella no sólo *sus rentas* sino sus joyas...»

Y la siguiente del 10 de Enero, donde añadía:

«Yo, al desprenderme de *mi fortuna personal*, al comprometer la de Margarita, no he hecho más que cumplir mi deber de rey.»

¿Y quién es capaz de compaginar estas afirmaciones con la circunstancia de que doña Margarita, *decorosa y honradamente no podía firmar*, y sobre todo con aquello de encontrarse recién llegados á París, *sin una peseta* y sin saber *cómo ni de dónde sacarla?*»

Y lo más gracioso es que el Terso decía haberlo gastado todo, cuando no había hecho absolutamente nada, sino alguno que otro viaje, celebrado muchas conferencias, expedido varios decretos, concedido gracias, honores y algún título del reino, disparado un tiro de revolver en la frontera de Cataluña, fraguado sublevaciones *sin un cuarto* en Azcain y... pare usted de contar; lo que prueba que si en esto se habían agotado los recursos, *cuanto tenía* el matrimonio no valía tres pitoches. Y eso que en 1868 y 69 se vendieron en París al precio de las patatas grados, empleos y condecoraciones, cuyo dinero sirvió para que el aspirante á rey católico hiciese la vida alegre, *demasiado alegre*, que todos sabemos, resultando que los primeros desembolsos del partido sirvieron para hacer sospechar á los honrados y previsores, *que los sacrificios hechos por Dios y por la patria*, sirvieron *para locuras y devaneos poco edificantes*, del rey.»

MALVERSACIÓN DE FONDOS

Cuando Calderón, á quien don Carlos pagó sus servicios de la manera que se relata en el *Folleto 8.°* vió en Mayo de 1869 en Baden-Baden á Cabrera, habló ya éste de la *misteriosa inversión de los fondos* que hasta entonces se habían recaudado, y que, á pesar de ascender *á una respetable cantidad*, aún no habían comprado ni un fusil, cuando de todas las provincias de España los reclamaban; inversión desconocida que *había dado lugar al recelo*, primero de los contribuyentes, y como consecuencia, *al descrédito de los gobernantes*, en términos de no conseguir realizar suma alguna, *á pesar de andar vergonzasamente arrastrando el nombre de don Carlos de puerta en puerta* »

AGENCIA DE TIMOS

En una Memoria firmada en Enero de 1870 por el conde del Pinar, que llegó á triple ministro de don Carlos, pues lo fué á la vez de Hacienda, Gobernación y Fomento, y á más corregidor de Vizcaya, se decía:

Que al abandonar él su casa de Cádiz en Diciembre de 1868, era tan general, tan unánime la opinión entre los carlistas de que el movimiento iba á ser tan inmediato y de que se contaba para unificarlo con asombrosos recursos, (millones de duros) que él se lo creyó, porque *todas aquellas noticias las daban personas que se hallaban al lado de don Carlos y disfrutaban de su mayor confianza.*

Que fué grande su sorpresa, cuando al ver al rey el 9 de Diciembre, le dijo éste que se alegraba mu-

cho de su llegada á París para que se ocupase en la realización de un empréstito.

Que al día siguiente comió con don Carlos, y que tanto insistió sobre este punto, que se convenció de *que no había una peseta, ni se sabía cómo ni de dónde sacarla,* y de que las personas que hasta entonces se habían ocupado de Hacienda, buscaban un compañero que les ayudase por lo menos *á sacar el muerto.*

Que supo á las 24 horas que *varios legitimistas habían abiérto ya sus bolsas,* y que muchos más las abrirían facilmente á no estar disgustados de *l'entourage* de don Carlos.

Y que al dar pasos para buscar dinero, se encontró, aunque le habían dicho que la cuestión estaba *completamente virgen,* con que habían intentado *sablacear* á todo el mundo.

Hace luego una historia edificante de todos los empréstitos intentados hasta el de Cramer y Breda, donde todo se vuelven líos, mentiras, inmoralidades y desplume de tontos, sin que nadie sepa en qué se invirtieron los millones que se timaron.

CARTUCHO DE PERDIGONES

De toda la correspondencia de don Carlos con Cabrera, lo único que resulta claro, es que cuando aquel necesitaba de su firma ó su prestigio para realizar un empréstito ó sacarles cuartos á los leales lilas, lo adulaba, le daba la dirección absoluta del partido, el mando en jefe del ejército y depositaba en él toda su confianza. Cuando Cabrera se hacía el sueco, ó don Carlos pensaba que podía conseguir los suspirados cuartos sin su ayuda, se burlaba de él, lo llamaba despreciativamente el *hijo de María Griñó,* inventaba que era partidario de la libertad de cultos, y prometía fusilarle cuanto entrara en España.

Sabiendo que su padre don Juan dió durante mucho tiempo al de Tortosa cada *sablazo* que lo dividió, todo su empeño era demostrarle que él manejaba *el sable* mejor que su papá, llegando á tal punto el empeño, que el súbdito escribió esta carta á su rey en 13 de Enero de 1870:

«Olvidando los *millones* que á consecuencia de la causa llevo gastados, con el aditamento de los desembolsos que en la actualidad estoy haciendo...»

Don Carlos, al contestarle, lejos de poner el hecho en duda, lo confirmó y dió por ello las gracias á Cabrera, quien justificaba con libros y cartas, que había gastado en la causa *cerca de ocho millones*, la mayor parte en *prestar dinero* á los Borbones proscriptos.

Y mientras estas cartas se cruzaban entre ellos, don Carlos esquilmaba á los contribuyentes de un modo casi oficial, engañándoles con la falsa noticia de que Cabrera estaba encargado de la dirección del partido, único medio entonces de hacer que soltasen la mosca.

Los salvadores de España, decía un carlista, *comenzando por don Carlos*, no sabían hacer más que deudas. Jamás pedían que se les facilitaran armas, ó municiones, ó vestuario, ó tantas y tantas cosas como son necesarias en la guerra; no pedían más que dinero; y este dinero no habían de gastarlo los que lo daban, sino que se había de invertir en pagar deudas anteriores, ó se había de entregar para que don Carlos y sus consejeros lo invirtieran á su gusto; y en esta fiebre por hacer fondos, dirección absoluta, autoridad política, mando militar, principios de gobierno, la causa misma, todo se empeñó á trueque de lograr el objeto; hasta que, no sabiendo ya qué empeñar, el mismo don Carlos cogió el Toison de oro de su ilustre abuelo y lo mandó á Cabrera como pudiera mandarlo al Monte de Piedad.

¿Y cómo no había de creer Cabrera lo que se decía

respecto á venta de insignias y condecoraciones en París, si á él mismo se le presentaba como cebo la primera condecoración de España, que para el nieto de Carlos V. era, segun decía, una verdadera *reliquia?* Y aunque estuviera resuelto á dar más millones, ¿podía darlos dignamente cuando se recibían como precio de tan honrosa distinción?»

Mal le salió este conato de *timo* al *Chapa*. El hijo *de María Griñó* le devolvió el Toisón, porque vió claramente la entruchada, que era pedirle, como le pidió el 7 de Noviembre, *medio millón de reales* á pretexto de comprar fusiles, diciéndole: «*el honor de mi palabra y el de la causa están comprometidos.*»

El Tigre del Maestrazgo, convertido por los años en zorro viejo, se hizo el tonto, renunciando al honor que su rey le hacía tratando de elevarle á la categoría de *primer contribuyente*; y no hallándose dispuesto á sacrificarse por librarle de acreedores, ni agradándole que con su dinero se propinase bailarinas, le devolvió la joya con mil excusas; y don Carlos, sin manifestar el menor enojo, dijo *que conservaría en depósito aquella joya hasta ponerla al cuello del general en Madrid.*

Fuerza es conocer, aunque nos duela, que cuando se trataba de dar *un sablazo*, Carlitos no era el niño *abobado* que Cabrera creyó ver en 1861.

COBRA Y NO PAGUES...

Eso sí, como todo el que debe mucho, don Carlos era terrible para exigir que todo el mundo rindiera cuentas.

Muzquiz, diputado por Estella, apremiado para rendir las suyas, contestó, entre otras cosas:

«Porque la verdad es que, habiéndose creado desde un principio una Tesorería central ó general y de la

cual además han salido valores de mucha consideración, *no ha ingresado jamás un céntimo*, hecho insólito de que apenas puede la imaginación tener cabal idea.

La verdad es, que habiendo en su consecuencia manejado *sin intervención alguna* los fondos de la causa el señor secretario del Despacho de Hacienda, no se ha hecho cargo de cantidades, ni de su data ó inversión: de modo que los datos reunidos se deben á la solicitud de los condes de Fuentes y de Orgaz y á la diligente iniciativa del que fué Tesorero general y á la mía...

Nómbrese la comisión de personas respetables y autorizadas para pedir cuentas á los demás carlistas y para recibir, *sin excusa alguna*, como lo dicta la justicia, todo género de secretos; *empiece el ministro de la Guerra dando las suyas*, pues ese ejemplo será el mandato más eficaz para sus subordinados; *presente sin reserva alguna el señor secretario del Despacho de Hacienda las cuentas* de todo lo por él recaudado ó en su nombre distribuido, establézcase regla para el caso en que hubiere alguna omisión en las declaraciones, y yo seguiré inmediatamente en ese camino.

Esta es la única manera de proceder y este el único lenguaje posible cuando autoridades como las citadas comunican por tres veces en un año la orden de rendir cuentas *y no se dan por aludidas*, y cuando la exquisita prudencia y delicadeza de mi proceder con ellas y con todos, no sirve para que se arranquen de raíz los males que afligen al partido legitimista.

Cuando ese momento llegue y yo presente mi informe á la comisión, consideraré terminado el tiempo de dar ejemplo y enseñanza de los deberes de buena educación, y llegada la oportunidad de desempeñar *friamente el cargo de fiscal del manejo de los caudales arrancados en nombre de la fe y del patriotismo á los soldados empobrecidos de la bandera tradicional de la patria.*

Bayona 23 de Octubre de 1870.—JOAQUIN MARIA MUZQUIZ.—Al Centro Gubernativo del partido carlista (al que actualmente reside en Biarritz.)

VIVIR DE LA CAUSA

«Hay en el partido carlista (escribía uno que pertenecía á él), una entidad magnífica y sublime que se apellida *¡la causa!* Muchos son los que por ella mueren, *y no pocos los que viven de ella*; y como la corrupción de lo mejor es siempre lo peor, bien se puede asegurar *que en ningun otro partido* hay gente como la que en el carlismo *se dedica á vivir del sudor y de la sangre* de sus queridos correligionarios.

Entre *la causa y sus inmediatos administradores* existe una identidad tal de miras y de intereses, que generalmente no se lleva siquiera contabilidad; lo que ellos reciben, por lo regular sin recibo, *se gasta sin cuenta ni razón*; porque ¿cómo revelar el importe de trabajos *que siempre están en vísperas* de un éxito seguro, ni los nombres *de personas gravemente comprometidas*? Esto no es posible; ante todo el secreto, *y vengan fondos*, para lo que el señor penitenciario de Burgos llamaba y con razón *pozo sin fondo.*»

LATROCINIOS

Aunque para hablar de esta cuestión de dinero, nada más convincente que lo que dijo el señor Caso, hombre honrado, serio y carlista de toda su vida:

«Sea como quiera, en situación tan ocasionada á críticas y disgustos ¿qué aconsejaba á don Carlos la prudencia? Librarse mucho de parecer impaciente, no se fuera á creer *que la necesidad de vivir á lo prin-*

cipe hablaba en su corazón más alto que el amor á la patria, y sobre todo, *no recibir ni tocar por sí, ni por medio de ningún allegado,* un solo céntimo destinado á esa noble causa, objeto de tantos afanes, fin supremo de tantas aspiraciones *é inocente encubridora de tanto latrocinio.*

Pues bien: en punto á moderación, basta recordar los hechos principales: aquello no era impaciencia, *era locura.* La patria peligraba, es verdad, y un *genio fogoso*... mas no se hable siquiera de ardor bélico, porque, si prescindimos por un momento del orden cronológico ¿cuándo ni dónde se ha batido don Carlos? Rectificó la puntería de aquel cañón que asomaba por un agujero frente al fuerte de Estella, y estando separado del combate de Montejurra por una montaña, una granada que vino por lo alto reventó cerca de él, ó cerca de la casa donde él se guarecía, y aquí empieza y acaba la historia de sus proezas.

¿Para que se daba, pues, tanta prisa? ¿Para ocupar, como de costumbre, en posición casi horizontal, *fuera del alcance de la artillería,* un palco muy elevado, y ver desde allí con el telescopio cómo se matan los españoles? ¿*Para fugir*, como don Carlos *fugió* tantas veces, y especialmente cuando el sitio de Irún, donde *corrió hasta reventar aquel hermoso caballo* que por su color y bellísima estampa iba á ser de tan buen efecto en la entrada triunfal?

Pues si la impaciencia le devoraba sin que pudiera ser atribuida á verdadero entusiasmo militar, ya sabemos cómo guardó la segunda precaución, indispensable en su estado de penuria.

Hubo un tiempo (la Memoria de Pinar lo confirma) *en que de todas partes se mandaba dinero* al gran pontífice de la causa; y el gran pontífice, joven de poco más de veinte años, que abandonado á sí mismo hacia en París vida de *boulevard*, no sólo recibía *los cinco y los diez mil francos*, convirtiéndolos luego *en deuda del Estado*, sino que, segun hemos visto, formaba

empeño en que el dinero había de estar *en su poder*, y por recibirlo firmaba el compromiso de obedecer á Cabrera *en todo y para todo*, y porque no lo recibió hizo gala de despreciar al que tenía reconocido por general en jefe.»

Cuando la guerra tomó vuelo, cuando el dinero llegaba de todas partes á los carlistas, uno de éstos, que ya conocía bien á su rey, escribió en 1874:

«Periódicos falaces, pintándole como un segundo Godofredo al frente de sus huestes, le facilitaron en París y en Londres y en Bruselas *cuantiosos recursos que la piedad católica podía destinar á mejores empresas;* tuvo por alcázares y sitios reales palacios y posesiones pertenecientes al *pérfido liberalismo*, y así logró amenizar más la campaña, que para él fué una continuada cacería.»

QUEJAS DE LAS DIPUTACIONES

De cómo se empleaba todo ese dineral, va á darnos idea la exposición que en 15 de Enero de 1875 dirigieron á don Carlos los representantes carlistas de las provincias vasco-navarras. En ella decían:

«Que se llevaban dos años de guerra sin escasear sacrificios para sostenerla, y «como se hacía con lujo, como los elementos que exigía en sólo lo principal y necesario eran de por sí costosísimos, y como lo supérfluo que se pedía, que se arrancaba y que se consumía, montaba aún casi más, había llegado prematuramente el cansancio, la miseria y el ahogo de los pueblos.

Que la guerra no era ciertamente la guerra del 33; el armamento, el municionamiento, el uso repetido de la artillería, y las necesidades sin duda de la época, han disipado en la actual, y en sólo dos años, más cantidades que el total de las invertidas en los siete,

en la que por cierto el país jamás presupuestó capítulo alguno de gastos por razón de *prest.*»

Se quejaban además: de la multitud de gentes que residían en los pueblos viviendo á su costa, con asistentes soldados, molestando con alojamientos é irritando con sus exigencias; de la profusión del personal en los altos centros, Estados Mayores, direcciones, y el que seguía al Cuartel Real, todo lo cual, no sólo imposibilitaba el sostenimiento de la guerra y el triunfo de la causa, sino que producía un abatimiento doloroso en el contribuyente, que perdía su energía y su fe ante el convencimiento que nadie disimulaba, de «que era inminente una catástrofe, si muy pronto no se adoptaban reformas muy serias y radicales. El país no puede sostener ya la guerra por mucho tiempo con sólo sus agotados recursos, y si no se le ayuda, no será él el responsable de las consecuencias que sobrevengan.»

Proponían como único remedío:

Constituir el consejo de don Carlos con las eminencias del partido; no crear gastos sin el concurso del centro vasco-navarro, que debía asistir á los consejos en que se tratasen asuntos administrativo-económicos; reducir los ministerios y direcciones á lo preciso, y sin haber alguno el personal, «porque los recursos de los pobres pueblos de un territorio microscópico de España, no pueden sobrellevar los gastos centrales de un Estado que se constituye en frente del que gobierna y manda en la casi totalidad de ellos;» reducir también en lo posible los guardias de á caballo de don Carlos, que no necesitaba en aquel país; suprimir las secciones de Sanidad y administración militar, los ayudantes y oficiales de órdenes de los generales y brigadieres que no desempeñasen mando, los agregados y supernumerarios de los centros directivos, Estados Mayores y batallones, formando uno ó dos batallones de todos los excedentes, y fueran á operaciones, destinando los ancianos á

guarnecer Estella ú otra población, presentando ejemplos de lo que sobre esto hizo Zumalacarregui, y ordenó D. Carlos el 28 de Enero de 1835; no dar paga á los que no estuviesen con las armas en operaciones, y sí sólo ración; suprimir los caballos de los oficiales de infantería que no llegasen á comandantes, y ninguno que no fuese brigadier ó general tuviese más de un asistente, y dos á lo sumo los de esta última categoría»; y acababan pidiendo otras medidas de buena administración.

Lo que se decía en la anterior exposición, lo decía y lo pedía el país vasco-navarro, y era la demostración palpable de que el carlismo parodiaba ridículamente al liberalismo, escepto en triunfar y gastar á costa de los pueblos, en lo que le escedió portentosamente.

¿Se quieren más pruebas de cómo andaba el asunto de la moralidad entre los que ofrecen implantarla hoy en España? Allá va otra.

Solicitó la diputación de Guipúzcoa en Junio del 75 que los jefes, oficiales y voluntarios de la provincia cedieran la paga de un mes para la compra de los cañones, y se negaron, fundándose en que antes había sido reducida la paga á la mitad con el mismo objeto y *aún no se habían liquidado las cuentas*; que se les descontó medio sueldo para socorrer á los castellanos y aragoneses, *y éstos no cobraron*, etc. etcétera. ¡Cómo andaría aquello en punto al arte de José María!

DINERO Á TODA COSTA

Llenaríamos veinte folletos si á enumerar fuéramos lijeramente las inmoralidades del carlismo. Renunciemos á ello y entremos ahora en las medidas salvajes que adoptaba la Corte para tener dinero.

El 16 de Junio de 1875 se dió en Estella un bando, por el que se embargaban los bienes de los liberales que radicaban en el país dominado por los carlistas, pasando á ser propiedad de las provincias en que radicaban; los que consistían en montes y plantíos se explotarían para el corte de maderas y elaboración de carbones, destinándose una parte á la indemnización de los perjuicios que sufriesen las familias carlistas por las medidas tomadas por el gobierno, y repartiéndose la otra entre los voluntarios que hubiesen servido con lealtad en el ejército; imponiéndose á los carlistas que por librarse de las contribuciones se hubieran liberalizado, el reintegro á los carlistas fieles del total de las cantidades que por aquel concepto se hubiesen pagado, los recargos, desperfectos y daños, y 30 reales por cada día que á causa de la imposibilidad de pago hubiesen estado presos.

Se dispuso la expulsión del territorio ocupado por los carlistas, de personas y familias liberales, ocupándose sus bienes; considerándose á los administradores ó compradores de los bienes de carlistas como ladrones en cuadrilla y fusilados en cuanto fuesen aprehendidos, sin más tiempo que el necesario para prepararse á morir cristianamente, confiscándoles además sus bienes: los funcionarios judiciales y cuantos auxiliasen al gobierno, eran considerados como cómplices de robo en cuadrilla, aplicándoles la pena de 200 palos y confiscándoles sus bienes; mandándose el cumplimiento de estas disposiciones á los jefes de las partidas volantes.

Estas disposiciones bárbaras obligaron al ministro de la Gobernación á decretar el 29 de Junio otras para contrarrestarlas. y que, como siempre, se aplicaron tarde y mal, en tanto que los carlistas cumplieron las suyas con la premura y ferocidad en ellos proverbiales.

REY DE BARAJA, ORDENADOR DE PAGOS Y TESORERO

¿De qué modo no andaría el asunto de ochavos en la Corte de don Carlos, el que, cual si fueran anejas á las funciones de rey, *se afanaba por desempeñar las de ordenador de pagos y tesorero;* de qué modo no andaría, repetimos, cuando hasta su mismo secretario, don Emilio Arjona, tan adulador con aquél, escribió á un amigo?

«Por supuesto, que si logra usted hacer luz en los *peregrinos asuntos del partido*, merece usted una estátua.»

Ahora se comprende la verdad de aquella frase de otro carlista, que calificaba á don Carlos y su camarilla, de *gentes que al orar estienden la mano para pedir*.

Y ocurriendo en la Corte esto, siendo el *Chapa* el primer dilapidador ¿cómo extrañar que los cabecillas, desde Savalls hasta el cura de Flix, pasando por el ladronazo Cucala, robasen á todo bicho viviente?

EL PUERTO DE ARREBATACAPAS

Y no vaya á creerse que estos escandalosos robos, estas dilapidaciones ocurrían sólo en el Norte y Cataluña, no. En el Centro, donde doña Blanca y don Alfonso imperaban, ocurría lo propio. Allí, como en todas partes, los más perdidos, los más canallas, la chusma, el detritus social, eran los que alcanzaban mayor predicamento.

Ya á hablar Lizarraga en documentos oficiales.

Lizarraga sería (era) mentecato, cobarde, mamarracho, devoto ridículo, todo, en fin, lo que don Carlos decía de él; pero fué muy leal á la causa y respetuoso siempre, llegando en ocasiones á las fronteras del servilismo, con el que la representaba.

Nombrado jefe de Estado Mayor del ejército del Centro, á las órdenes *del general* doña María de las Nieves y *de su esposa* don Alfonso, halló aquello en tal estado, que se dirigió en una exposición á don Carlos, firmada en Segorbe el 16 de Septiembre de 1874, hablándole de las causas de aquel desbarajuste.

«Estas causas, señor, son el poco acierto y carácter que han tenido unos jefes; *la conducta escandalosa é inmoral* que han seguido otros, y la debilidad de algunos, que han producido *grandes escándalos, muchos agios*, no poca *dilapidación de la riqueza pública*, y de aquí la natural desconfianza y descontento de los pueblos.»

Al poco tiempo, se vió tan contrariado, tan preterido, tan humillado, que presentó su dimisión fundada en motivos de salud, y «para evitar el más leve asomo de escándalo, se quedó en cama.»

A la hora próximamente se presentó en su casa un tal Lazarini, titulado gentil-hombre de cámara de aquella ahorcable pareja, con una sección de la escolta y la orden de que lo llevaran á presencia de don Alfonso, *estuviese ó no enfermo.*

Llegó Lizarraga á Gandesa, y allí le dijo don Alfonso que admitía su dimisión y que le entregara el mando interino á Velasco; anunciándole que él, con su señora, se retiraba á Francia, y ordenándole que fuera á despedirle á la puerta de su casa en el momento de marcharse.

Acudió, y...

Pero dejemos la palabra á Lizarrraga en la exposición que dirigió á don Carlos desde Bot en 20 de Octubre de 1874, dándole cuenta de aquellos sucesos:

«Llegado éste (el momento) fuí, como se me había mandado, y al ir á entrar, el gentil-hombre de cámara me cerró el paso diciéndome que era inútil que pasara, que S. A. no me recibiría, y dió orden á la guardia civil para que no dejara pasar á nadie.

Volvió á dirigirse á mí, y con tono destemplado, aquel criado de S. A., llamado Lazarini, oscuro extranjero hecho capitan hace poco, lanzóme á mí, general español, la ofensa de llamarme *Judas y traidor* delante de soldados y sirvientes. Volvió la espalda aquel mal caballero que así insultó mis canas, cuando le increpaba como se merecía, y me dejó en la calle.»

Dice después que un criado español lo condujo á presencia de don Alfonso, á quien se quejó de aquel insulto, rogándole que se le hiciera justicia, y que don Alfonso disculpó al ayuda de cámara, y le acusó á su vez.

Las causas de la inquina que la parejita le tenía, eran estas, según consignaba Lizarraga en su exposición.

«Pero lo que no sabe V. M, porque quería ahorrarle la pena de saberlo, y mi respeto no encontraba forma de decírselo, es que me creí en el deber de hacer presente á S. A. que estaba ordinariamente rodeado y admitía en su confianza personas cuya poca edad y ligereza de pensar en unas, y *manchados antecedentes en otras*, no convenian ni podían satisfacer la solicitud con que los pueblos miran las personas de sus príncipes.

Los señores hijos de don Enrique de Borbón, cuya ligereza conoce V. M., dos ó tres extranjeros oscuros en su patria y algunos de ellos conocido en el ejército real *por sus malas costumbres*, y un par de españoles, de los cuales, uno (perdón mil veces, Señor), *ha sido condenado en época anterior por delito común á veintitres años de cadena*, y el otro, *cuyos vicios me impide el respeto nombrar* á V. M., han formado el más frecuente trato de SS. AA.»

«Al verme inutilizado como jefe de E. M.; al ver también que S. A., no siguiendo mi consejo, devolvió á V. M. el nombramiento de capitan general de ejército; al ver que por los de las personas que rodeaban á los señores Infantes se encargaban el mando de las brigadas á Cucala, el cura de Flix, Pancheta y *sujetos aun más indignos*, y eran separados los jefes dignos y entendidos, resolví escribir á V. M. y esperar sufriendo su soberana decisión, pues sabía que había de ser como siempre justa y acertada.

Pero llegó la ocasión en que Cucala se permitió, atropellando la justicia, poner en libertad *á un su hermano y dos criminales más*, que estaban procesados; llegó también el caso en que se me ordenó poner en libertad á don José Santes, precisamente cuando el fiscal acababa de encerrarle en un calabozo, dando cuenta de que su proceso arrojaba contra él el crimen de alta traición y *desfalco de enormes sumas*; en que se me mandó reponer en su batallón al comandante don Evaristo Aliaga, *procesado por malversador de fondos públicos*; llegó el caso en que el capitan de zuavos don Julio Godoy dió de sablazos en medio de la calle al coronel don José de la Nava, y quedó ese delito impune; me pareció, Señor, que no debia ni directa ni indirectamente contribuir á estas injusticias, que los pueblos creían obra mía, ni tener participación tampoco en medidas que, según mi conciencia, tanto perjudicaban á la causa de V. M., y por estas razones presente mi dimisión.»

Creo que no cabrá á nadie duda después de leer esto, de lo que era aquella pillería.

LADRONES ESTAFÁNDOSE

Si, hay que repetirlo muchas veces; aparte los desdichados que el clero fanatizó y que se batían por una

causa que creían la de Dios, el carlismo no ha sido más que una banda de ladrones y asesinos diseminada por el Norte, el Centro y Cataluña, con el casi exclusivo propósito de robar impunemente. Por esto ni don Carlos tenía autoridad para reprimir á los cabecillas, ni éstos á sus soldados.

Cuando el mal ejemplo parte de arriba, no hay medio que baste á contener á los de abajo. Por algo decía Savalls á un brigadier carlista:

«Algunas alhajas he distribuído en la Corte de Estella; aquellos señores son muy aficionados á los objetos de oro y plata.

Cuando el rey me nombró conde, marqués, general y teniente general, envié algo allí en celebridad del suceso; y de ahí que tanta gente diga en Estella mucho bien de Savalls.

En aquella Corte no hay más que muertos de hambre, que se quedan pasmados al ver el color de una onza amarilla... Si en todas las cuestiones que tuve con don Alfonso, y en todas las cosas que he solicitado, no hubiese untado con bálsamo de oro á cierta gente, no sé si habría quedado limpio y ganancioso.»

ESCRÚPULOS DE MONJA

Sólo por incidencia alguna vez y para acumular cargos sobre el que querían perder por otras causas, se tocaba el punto de los robos en el campo carlista.

Esta, por ejemplo.

En unio del 75 fué acusado Mendiry de andar en trato con los liberales para entregarse con ocho batallones de la división Navarra. Don Carlos, según su costumbre, prestó insidiosamente oídos á la versión.

Un incidente trágico-cómico. Se presentó en Muez un cura á Mendiry, se encerró con él en una habitación, sacó un Cristo de metal y le pidió que jurase

sobre él guardar secreto de lo que iba á decirle. Mendiry lo juró, y entonces le manifestó el cura que bajo secreto de confesión le habían dicho que iba á vender á los carlistas. Mendiry se exasperó y pensó en prender al cura, mas se contentó con exigirle la presentación en Estella del calumniador.

Participó Mendiry á don Carlos cuanto le sucedía, y aun le añadió que otro se le presentó á denunciarle una conjuración militar contra él tramada, designando á un general, un brigadier y jefes de brigadas y de batallón, paisanos de Puente y Valle de Ilzarbe; dándole cuenta además de tres reuniones celebradas en Guirguillano, donde se convino en asesinarle, si por los medios que ponían en juego no conseguían quitarle el mando.

Nada de esto le sirvió y fué decretado su relevo. Habían empleado contra él las armas indignas que él había esgrimido antes contra Dorregaray.

Una vez relevado se acentuó la persecución, azuzada solapadamente por don Carlos, por lo cual determinó Mendiry irse á Francia. Se enteraron y salieron fuerzas á prenderle.

El segundo de Navarra recorrió las calles de Santesteban pidiendo la cabeza de Mendiry, y saliendo en su persecución el coronel Romero, un punto filipino en esto de apoderarse de lo ageno.

El escándalo llegó á un extremo, que el mismo perseguido escribió después:

«Salió en nuestra persecución con la partida que le acompañaba, escandalizando los pueblos, gritando por las calles, ¡dónde están esos traidores, que los voy á fusilar!, llegando á Zugarramurdi momentos después de nuestro paso; y conociendo que ya estaríamos en territorio francés, se trasladó á Dancharinea, desde donde dirigió aquella misma tarde al comisario de policía de Añoa cuatro partes, poniendo en su conocimiento nuestra entrada en Francia, la casa donde nos ocultábamos, y que los pasa-

portes que habíamos presentado eran con nombre supuesto.»

A los pocos días de refugiado en Francia recibió Mendiry la extraña orden de que, por haberse marchado sin real licencia del campo carlista (¿real licencia cuando trataban de asesinarle los protegidos por don Carlos?; esto era tan risible como canallesco), se presentara en las provincias á responder á los cargos que se le hicieran.

Mendiry contestó manifestando los poderosos, (¡y tan poderosos!) motivos que le habían obligado á entrar en Francia después de la renuncia de sus títulos, etc., y preguntaba al firmante de la real orden:

«¿Puedo esperar extricta justicia, en el juicio á que se me va á sujetar, cuando denunciada oportunamente la conspiración más abominable en contra del mando que ejercía, *fueron llamados los principales conspiradores á ocupar los primeros puestos del ejército?* ¿Puedo esperar buena fe, cuando justificada la infame calumnia que contra mí levantó... no se le ha exigido la menor responsabilidad? ¿Puedo esperar seguridad personal, cuando se ha hecho circular en los batallones y pueblos las noticias *más infamantes á mi honra*, sin que se haya pronunciado ni una *sola palabra*, (allá va ese puñado de honra para el *Chapa*,) que me rehabilitara en la extraviada opinión? Reflexione V. E. sobre mi situación difícil, y dígame si puedo esperar las garantías que conceden las leyes á los criminales al someterse al tribunal que los ha de juzgar.»

Reiteróse la orden de presentación, y se mandó instruir sumaria en averiguación de los hechos que Mendiry denunciaba. A buena hora. Mendiry expuso que el estado de su salud no le permitía ponerse en camino, pero ofreció hacerlo en cuanto pudiese.

No se formó la sumaria sobre los hechos denunciados por Mendiry (¿qué había de formarse, si el más comprometido era don Carlos?), pero en cambio

se le procesó por la inversión de unos bonos de que Mendiry había dado cuenta detallada, y hasta minuciosa, en 16 de Junio, y que había sido aprobada *por orden de don Carlos. Se trataba de 22.542 reales.* ¡Vaya una cantidad para despertar los escrúpulos de un partido que se dedicaba al robo en grande escala!

Para molestar y ofender más á Mendiry, se le envió un interrogatorio por conducto del conde de Barrés, director militar de la frontera, y únicamente se consiguió con él evidenciar escándalos cometidos por otros y demostrar que el carlismo era una sucursal del célebre puerto de Arrebatacapas, un gran conjunto de chismosos, intrigantes, calumniadores, malvados y sobre todo ladrones.

No pudiendo, por más de haberlo pretendido con insistencia, obtener Mendiry de don Carlos «un autógrafo en que manifestara que nunca dudó de su lealtad, y que las difamaciones de que fué objeto, con detrimento de su honra y reputación militar, fueron otras tantas calumnias inventadas y propaladas por sus enemigos, que fueron también los que más contribuyeron á la terminación de la guerra de la manera desastrosa que tuvo lugar», reconoció á don Alfonso XII y se retiró á Behovia.

Lo ocurrido con Mendiry, y con algunos otros (pocos en número), prueba que en el carlismo se sigue al pie de la letra esta máxima:

«La sociedad necesita ahorcar de cuando en cuando á alguno de sus miembros, para que los demás puedan pasar por honrados.»

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 17

El cura Santa Cruz.—Lo salva un liberal.—La vida que hacía.—Asesinatos, robos, incendios, emplumamientos, apaleamientos.—Los fusilamientos de Endarlaza.—Cincuenta y cuatro huérfanos.—Recuerdo á los mártires.—El lobo mordiendo á los lobos.—Sentenciado á muerte.—Los suyos anatematizándole.—Don Carlos protegiéndole.-Se burla de todos.—Falta á su palabra.—Se va á Francia y vuelve.—Su retrato.—El ideal carlista.-Conclusión.

ADMINISTRACION: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

¿Fué Santa Cruz uno de los hombres más criminales que han existido? Sí; como que compendiaba y encarnaba la idea del carlismo.

En vano tratan sus correligionarios de rehuir su complicidad con esa figura siniestra: Santa Cruz es una gloria suya, como el conde de España, como Cabrera, como Savalls, como Cucala, como tantos otros. En la inmensa galería de bandidos que pueden con justicia exhibir, Santa Cruz tiene perfectísimo derecho á ocupar un puesto.

¿Que últimamente lo combatieron y anularon? Sí, mas no fué por ladrón, incendiario y asesino; fué porque no obedecía á D. Carlos ni á sus generales, y hacía la guerra por su cuenta; fué porque temieron, vista la creciente influencia que alcanzaba entre las hordas del Norte, que se sobrepusiera á todos.

Mientras se limitó á cometer sus crímenes en indefensos liberales, ó en soldados prisioneros, ninguno de los suyos tuvo para él una palabra dura, ni de suave reproche siquiera. La prensa carlista llevó su cinismo hasta calificarle de moderno *Cruzado*, de nuevo *Macabeo*. Pero amplió su esfera de acción, y enton-

ces cayeron en la cuenta de que era un bandido. Lo era, sí, mas no estaban los suyos autorizados para calificarle de tal; los cómplices no pueden juzgar en ningún caso duramente á los autores; éstos á aquéllos, sí.

Todo cuanto Santa Cruz hizo encajaba perfectamente en el credo carlista; mejor sería decir que era el credo entero, y la tradición además. Desde el 27 acá el carlismo ha obrado siempre como ese cura.

Hay que repetirlo; se inutilizó á Santa Cruz por desobedecer las órdenes de D. Carlos. Injusticia á la altura de sus maldades. Pero sus émulos lo calumniaron. Ninguno tan fiel cumplidor de la voluntad real. ¿Pruebas? Allá van.

El 1.º de Agosto de 1872 escribía D. Alfonso al titulado general Cevallos:

«Carlos escribe que, respecto á la *guerra sin cuartel*, si el caso la hace necesaria, *se debe dejar hacer*.»

¿Y quién mejor que Santa Cruz secundó este deseo de D. Carlos? ¿Qué voz se puso más al unísono con la voz de su rey?

Ningún carlista puede tirarle á Santa Cruz la primera piedra; cuál más, cuál menos, todos tienen responsabilidad en sus crímenes. El mismo Lizárraga, devoto antes que militar, que tanto se indignó contra él cuando le negó la obediencia, ¿podía ni debía hacerlo? Mil veces no. El documento siguiente, incubado por aquella fecha, se lo impedía:

(1) **Dios, Patria y Rey.**—COMANDANCIA GENERAL

---

(1) **Pirala**, *Historia de la guerra civil*, p. 80, t. III.

DE NAVARRA Y PROVINCIAS VASCONGADAS—*Instrucciones que para el levantamiento de Castilla la Vieja en favor de S. M. el Rey (q. D. g.) y de nuestra santa Religión, deberá seguir el Excmo. Sr. Comandante general de Palencia, Zamora, Salamanca y Avila.*

1.° Llevar á debido efecto la recluta de los mozos de los pueblos pequeños, según la relación dada por los señores Párrocos con fecha 15 del pasado Junio, remitida y visada por esta comandancia: mandándoles acudir secretamente á los puntos designados, y especialmente en los inmediatos á aquellos que hubiere armados un corto número de voluntarios de la república.

. . . . . .

5.° Podéis contar entre el número de los conspiradores, por haber resultado de sus antecedentes aptitud para ello, á los individuos que expresa la adjunta relación. Del resto de los de la que remitió V. E. no han llegado antecedentes.

6.° Conviniendo á los intereses del Rey nuestro señor (q. D. g.) obrar con actividad y energía, llevará V. E. á debido efecto, en cuanto sea posible, la secuestración de los jefes rebeldes y liberales sacrílegos incluídos en las relaciones que están en poder del Ilmo. Sr. D..... y la de los malditos fracmasones que entregará á V. E. la comisión interina de Inquisición, compuesta de los Ilustrísimos señores (aquí los nombres.)

7.° Debiendo juzgarse las ofensas hechas al Altísimo, á nuestra Santa Religión, y al humilde siervo del Señor, S. M. nuestro amado Rey D. Carlos VII, la sangre y el exterminio de los herejes y enemigos nuestros será recomendable á nuestro servicio.

V. E. quedará encargado como jefe supremo en cuanto me comunique la ejecución de los actos preparatorios tan necesarios para nuestro objeto.

Campo del honor 11 de Setiembre, 1873 de N. S. J. — De O. de S. M. — El secretario general,

R.†o. 2†19 II.—Hay una rúbrica.—El comandante general de Navarra y Provincias vascongadas, Antonio Lizarraga.—Hay una rúbrica.

Ese documento, que desmiente á los que niegan que el carlismo sea la Inquisición, justifica completamente á Santa Cruz. Publicado por D. Carlos y refrendado por Lizarraga, ¿qué carlista podrá negarle autoridad?

¿Y qué se dice en tal documento, revelador inconcuso de que los párrocos están á la devoción del carlismo? Que debe secuestrarse á los *jefes rebeldes y liberales sacrílegos*, (lo que hacía Santa Cruz); que había Inquisición y que tenía ya la relación de los malditos fracmasones (para asesinarlos como Santa Cruz); *y que la sangre y el exterminio de los herejes y enemigos* era *recomendable al servicio* de D. Carlos; (que era, en suma, lo que realizaba Santa Cruz.)

Ese documento, por emanar de D. Carlos y autorizarlo Lizarraga, es mil veces más infame, más cruel y más inhumano que todos los actos de Santa Cruz, pues ordenaba á los demás carlistas imitar á éste; siendo á la vez ese documento demostración clara de que el carlismo resucitaría, superándolos, los horrores de la terrible década del 23 al 33.

Fíjense en ese documento los liberales que andan hoy en contemplaciones con el carlismo.

Para concluir: que Santa Cruz representaba cual ninguno el espíritu carlista, lo dice el que, no solamente sus jefes callaron hasta que se atrevió con ellos, sino el que ni un obispo siquiera condenó su conducta ni un clérigo protestó contra ella; lo consideraban dentro

de la más pura ortodoxia absolutista. No se hubiera sublevado, y habría podido hacerse *recomendable* á D. Carlos, Lizarraga y demás asesinos de abolengo, *vertiendo la sangre* y procurando *el exterminio* de los herejes.

Reconozcan, pues, los carlistas como gloria suya, legítima é indiscutible, al incendiario, ladrón y asesino Santa Cruz. Sus infamias, sus crueldades y sus crímenes no le pertenecen; pertenecen por completo á su partido.

EL CURA SANTA CRUZ

En la noche del 3 al 4 de Diciembre de 1872 se presentó una partida de 40 á 50 carlistas en el monte Oyarzun. El que la mandaba era un cura, destinado á adquirir celebridad terrible: don Manuel Santa Cruz.

Nació en Elduayen el 25 de Marzo de 1842 de padres humildes, y un tío suyo, después de darle algunas lecciones de latín, lo colocó en el seminario de Vitoria, donde á la vez estudió la carrera de cura.

Cantó su primera misa en 1866, y ocupó interinamente el curato de Hernialde, villa rural de 350 habitantes desparramados en caseríos de labranza.

Como la mayoría de los curas vascongados, tomó parte en la conspiración carlista; le denunciaron, y lo prendieron el 6 de Septiembre de 1870, en el momento de terminar la misa.

Sus aprehensores le concedieron el permiso que les pidió para hacer una necesidad, y se fugó disfrazado de campesino.

LO SALVA UN LIBERAL

Llegó á Zarauz, y acompañado de su colega Ormaechea, se presentó al alcalde señor Vea-Murguia, y con las manos cruzadas y el aire humilde, le dijo que había llegado huyendo de las tropas, y que sus

amigos le habían aconsejado se presentase á él, porque, aun cuando liberal, tenía buenos sentimientos.

Vea-Murguía lo amparó y le facilitó la marcha á Francia, obrando como liberal y caballero; ¡ojalá no lo hubiera sido! La máxima de «haz bien y no mires á quien» quedó desacreditada aquel día. ¡Cuántas víctimas costó aquella generosidad del alcalde!

El 21 de Abril de 1872, en que Dorronsoro efectuó el movimiento carlista en Ataun, presentóse al señor Vea-Murguía un individuo, diciéndole:

—Soy el cura Santa Cruz, que vengo á darle á usted las gracias personalmente por el favor que me hizo en 1870.

Al contestarle que le agradecía la atención, pero que mirase lo que hacía, pues no siempre encontraría alcaldes como él, Santa Cruz le contestó:

—Descuide usted; pienso vivir sin mezclarme en nada; he sufrido mucho en la emigración.

A los pocos días mandaba una partida.

Más tarde pudo el señor Vea Murguía convencerse de que hay que mirar á quien se le hace el bien, pues entró Santa Cruz en Zarauz, y le demostró su agradecimiento saqueando sus almacenes y casa de campo. Poco después, sorprendiendo unos carros que conducían fardos de lencería de la fábrica de aquel señor, le dijo al carretero: «Baja todo lo que lleves de ese bribón, que con ese quiero yo entenderme», y dejando intactos los fardos de otros dueños, abrió los de Vea-Murguía, tomó lo que le pareció utilizable, y en seguida despachó al carretero, encargándole que contase el caso al dueño.

En otra ocasión volvió á Zarauz, y, según referimos en el *Folleto 5.°*, ordenó á sus segundos Caperochipi y Zubiaurre que apresasen á dos dependientes de la fábrica de Vea-Murguía, que la cuidaban por estar cerrada, Jaime Forns, maquinista catalán, y José Larrañaga, de Zarauz, los que en la plaza pública, y

entre los aplausos y la rechifla de una multitud tan soez como fanática, fueron inhumana y cruelmente apaleados, sucumbiendo uno en Guetaria donde había logrado refugiarse, y el otro en la misma fábrica en que vivía.

Pero retrocedamos en la relación de los hechos.

Después del convenio de Amorevieta, fué Santa Cruz preso y conducido á Aramayona por orden del jefe militar de la provincia de Vizcaya, pero se fugó también y entró en Francia.

El 2 de Diciembre repasó la frontera con unos 50 hombres, pernoctando en el caserío de Portuverri.

El 6 entró en Elduayen, llevándose preso al alcalde después de haberle quitado la mejor vaca que tenía y dádole veinte palos y varios sablazos, ofreciendo fusilarle si daba parte de lo ocurrido, y volviendo con él al pueblo para sacarle 2.000 reales.

Y á partir de este día fueron tantos los atropellos, robos y asesinatos que cometió, que para indicarlos solamente se necesitarían varios volúmenes.

LA VIDA QUE HACIA

¿Era un criminal ó un fanático? Ambas cosas, sin que pueda decirse cuál era la que más predominaba.

Decía que los liberales eran herejes, y como buen inquisidor, mataba del modo más piadoso á cuantos caían en sus manos, ya fuesen soldados, ya paisanos; anunciábales que había llegado su última hora, les invitaba elocuentemente á confesarse, y él mismo se ofrecía á hacerlo, después de lo cual, decía á su gente: *Ahora matadlos, porque ya están bien preparados.*

No contento con asesinar á sus prisioneros, iba en busca de los que tenían otros jefes; se apoderaba de ellos á las buenas ó á las malas, y después de la confesioncita de costumbre, los mataba.

Don Carlos aprobaba su conducta y decía que si todos sus jefes fuesen tan activos y rigurosos, sería juego de pocas tablas ir á Madrid.

Santa Cruz, sin embargo, no se fiaba de nadie; llevaba una guardia de 40 hombres, únicos que le inspiraban alguna confianza. Cuando dormía, que era muy poco, colocaba á su lado dos centinelas de su guardia; no comía jamás viandas preparadas para él sólo; cuando en una sección habían comido ocho ó diez hombres, entonces los mandaba á otro grupo, y él y sus allegados concluían aquél rancho, seguro ya de que no había sido envenenado. Pan no comía nunca; en su lugar consumía unas tortas que amasaba uno de la partida y las cuales eran del tamaño de la palma de la mano.

Tal era la vida de aquel gran criminal, siempre receloso, en guardia siempre y sin fiarse ni aun de su misma sombra.

Y tal era el hombre que simbolizó el carlismo en la última guerra, y al que únicamente persiguieron los suyos cuando comenzó á hacer con ellos lo que con los liberales.

ASESINATOS, ROBOS, INCENDIOS

EMPLUMAMIENTOS, APALEAMIENTOS

En el *Folleto 5.º* hemos hablado de algunos de sus muchos crímenes: de los asesinatos de dos caseros de Etenueta y Oyo; del alcalde de Anoeta; de una mujer en Arechavaleta; de dos canteros en Ochandino, á palos; del incendio del casino de voluntarios de Arechavaleta; del descarrilamiento del tren número 15 en el kilómetro 590, muriendo el maquinista, el fogonero y otros empleados; del fusilamiento en Astigarraga de un vecino de Elduayen y del alcalde de Aldovani; del robo de 2.000 reales al cura de

un pueblo de Navarra, que murió al poco tiempo del susto en Hendaya; del robo al pueblo de Astigarraga; del asesinato del anciano regidor que hacía las veces de alcalde en Vidania, del fusilamiento del cura de Portueche, su colega en bandidaje; del asesinato por medio del fuego de tres individuos, dos de Elgueta y el tercero de Mondragón.

Después de éstos cometió los siguientes crímenes:

Robó á dos curas en Astigarraga 9.000 reales y dos relojes, más 2.000 reales al pueblo y otros 2.000 en Elduayen, prendiendo al secretario del ayuntamiento de Goizueta y al señor Arizmendi, al que exigió 3.000 duros de rescate.

Ordenó el fusilamiento del vecino de Vidania, Bartolomé Zeiza, que se salvó porque al ir á fusilarle en Astigarraga, cuyo vicario le confesó, echó á correr; y aunque en la descarga que le hicieron recibió un balazo en un muslo y otro en una mano, como era joven, de veintitrés años, robusto y ágil, pudo llegar á Hernani, aunque en deplorable estado.

Llevóse varios presos de Berástegui, fusilando á los tres cuartos de legua al regidor don Andrés Alducin, y apaleando brutalmente á cuatro de los ocho guías que sacó de aquella villa. Asesinó tres nacionales de Tortosa y á un propio en Salinas. Caperochipi se apoderó por orden suya de un pastor, padre de un voluntario de Lizarza, y lo fusiló cerca de Ilarraza.

Yendo juntas las partidas de Egozcue y la suya, después de racionarse salieron en dirección á Leiza, conversando largo trecho los dos cabecillas. Separóse Santa Cruz, distrihuyó diez reales á cada individuo de la partida del primero, y les preguntó si le seguirían. Respondieronle que sí, y entonces les mandó atar á Egozcue é hizo fusilarle en jurisdición de Ezcurra. El cadáver fué trasladado á Goizueta.

Dió 150 palos al anciano comandante carlista Amilivia, poniéndole sobre la cabeza un soldado y otro á los pies para que no se moviese. Quemó el correo del

Norte, sin respetar ni los sacos de la correspondencia particular y robó 36.000 reales á varios viajeros. Detuvo cerca de Vera á una señora que viajaba con sus hijos, y únicamente se dignó ponerla en libertad cuando recibió 20.000 reales por su rescate; se apoderó además de todos los relojes que llevaban los otros viajeros. Apaleó de tal modo á un liberal en Beasain, que murió de sus resultas á los tres días.

Los marqueses de la Granja, Amézaga y Zabala fueron detenidos por Santa Cruz, teniendo que entregar por vía de rescate lo que llevaban, 16.000 reales en billetes y 4.000 en metálico. Robó todas las alhajas de la iglesia de Zaldivia, entre ellas un Cristo de plata maciza, dando de propina al sacristán 25 palos, y llevándose secuestrado al alcalde, al que á los pocos días fusiló.

No encontrando Santa Cruz al jefe de los voluntarios de Alegría, que buscaba con el piadoso objeto de fusilarle, cebóse con ensañamiento salvaje en su esposa, en sus hijos y en sus bienes, maltratando á los primeros, destrozando el mobiliario de la casa, y robando metálico, alhajas, plata y ropas, dejando á la desgraciada familia hasta sin vestidos para cubrirse.

Ordenó fusilar inmediatamente que los cogiera á carabineros, guardias civiles, voluntarios de la Republica y voluntarios francos, así como también á todo el que, de palabra ó por escrito, informase á los jefes de las columnas del ejército de la situación de las partidas facciosas, lo mismo que á los alcaldes que no suministrasen las raciones en el brevísimo plazo que al efecto se les señalase.

El material quemado por Santa Cruz en la estación de Beasain se componía de 130 vagones cargados de mercancías, de las que se apropiaron sus bandidos lo mejor, y 27 coches para viajeros. Con seguridad que lo único que sintió el buen cura fué que aquellos coches no estuviesen en aquel momento llenos de liberales. Varios vecinos presenciaron la que-

ma sin chistar, y ya supieron lo que se hacían, pues un inglés que se permitió el lujo de reprobarlo, llevó una paliza que lo dejó en muy mal estado.

No satisfecho con volar túneles, incendiar estaciones, asesinar liberales cada dia y permitir que su cuadrilla robase cuanto encontraba á mano, organizó el oficio de ladrón, creando salvoconductos de cuatro clases, é imponiendo á los que no los llevasen (pagando por supuesto) multas que variaban entre 1.000, 2.000, 4.000 y 10.000 reales.

También creó permisos de circulación para los vehículos y caballerías al precio de 100 reales por carruaje y 20 por animal, imponiendo á los que no se proveyesen de ellos la pena de quedarse sin carros, ganado y mercancías.

En una ocasión detuvo á una pobre mujer embarazada, y suponiéndola expía del ejército liberal, le dijo que se preparase á morir. Vanos fueron los lamentos y las súplicas de aquella madre infeliz; inútiles las protestas de inculpabilidad que entre gritos desgarradores hacía; en balde invocaba la caridad y la compasión del desalmado sacerdote, jurando, por el hijo que llevaba en las entrañas, que era inocente. El cura cabecilla, insensible, feroz, la hizo arrodillar y mandó á sus secuaces que la fusilaran.

Entre los tormentos que daba á sus víctimas, figuraba éste: mandaba que desnudasen á las mujeres de medio cuerpo arriba, y ya con las carnes descubiertas, hacía que les untasen perfectamente con miel el pecho y las espaldas, llenándolas después de plumas; castigo bochornoso y denigrante para cualquiera mujer, y que no se aplicaba desde antiguos tiempos.

A otras les mandaba cortar el cabello hasta dejárselo dos dedos de largo, y después disponía que les llenasen la cabeza de pez; á otras no les cortaba el pelo, sino que se lo dejaba caer en melena tendida y después con brea se lo pegaba á las espaldas.

A los pocos hombres que en su concepto no debían

ser fusilados, los mandaba poner boca abajo sobre un cesto, y ya en aquella actitud las víctimas, mandaba darles tantos y tan fuertes palos, que desde el cesto iban al hospital con pocas esperanzas de vida.

En una ocasión dividió por la cintura á un desdichado con una sierra de carpintero.

LOS FUSILAMIENTOS DE ENDARLAZA

Narremos ahora uno de los mayores crímenes de quien tantos y tan horribles cometió, y contra el cual no tuvieron una palabra de reprobación los que más tarde persiguieron á Santa Cruz por rebelde.

El 4 de Junio atacó con 400 hombres, y llevando un cañón, una casa arpillerada que había en el puente de Endarlaza sobre el Bidasoa, defendida por 36 carabineros al mando del teniente García.

Durante seis horas defendiéronse heróicamente; y cuando ya tenían agotadas las municiones y habían muerto seis, se les ofreció salvarles la vida si se rendían. No pudiendo prolongar la resistencia, y sin esperanza de socorro, aceptaron la proposición.

Seis de los carabineros trataron de salvarse echando á correr sin hacer disparo alguno, y se tiraron al río; dos de ellos encontraron allí la muerte; otros tres ganaron la orilla opuesta á pesar del fuego que les hacían los carlistas, y á uno que llegaba también á la orilla y no podía ganarla, se le hizo una descarga. Unos franceses fueron á prestarle socorro, y tuvieron que tirarse al suelo para no servir de blanco, ahogándose también aquel desgraciado.

Los demás, 23 con el teniente, se entregaron y fueron al punto inhumanamente fusilados sin recibir los auxilios espirituales, lo cual, según el beato Lizarraga, «era trabajar en favor del infierno».

El testimonio de cinco desgraciadas mujeres de los carabineros difuntos fué terrible.

Refirieron que ellas mismas suplicaron al feroz Santa Cruz que perdonase la vida á aquellos desgraciados veteranos, casi todos padres de numerosa familia, y que les contestó que sólo quedarían prisioneros en Peña Plata, á donde los llevaban, pero las intimó á que inmediatamente se marchasen.

Desconsoladas partieron para Irún, y á los pocos minutos oyeron dos descargas de fusilería, volvieron apresuradas, y se encontraron sobre la carretera una línea de cadáveres y dos ó tres grupos de entre ellos abrazados. A sus gritos y ayes los carlistas contestaron que si no se marchaban de allí inmediatamente, harían otro tanto con ellas.

CINCUENTA Y CUATRO HUERFANOS

Los diarios católicos aplaudieron la horrible hecatombe, proclamaron la guerra santa, y pidieron el exterminio de los liberales, sin que éstos quemasen las redacciones con las alimañas que las poblaban.

Según ellos, el ladrón Savalls, el asesino Santa Cruz, el bandido Cucala y otros salteadores de caminos, eran los *nuevos Macabeos* encargados de salvar la causa de Israel ahogando en sangre la España liberal; y doña Blanca, aquel pendoncillo que asistía impasible á los frecuentes asesinatos que perpetraban los facinerosos que formaban la partida en que iba, era *la nueva Judit* que esperaba encontrar un Holofernes para tener el gusto de cortarle la cabeza.

Y decían esto, cuando por consecuencia del fusilamiento de los 27 carabineros de Endarlaza habían quedado 54 hijos sin padre y sus familias sumidas en el más acerbo dolor y la más estremada miseria.

RECUERDO A LOS MARTIRES

Hoy el viajero que pasa por Endarlaza, al fijarse en un recodo que hace la carretera en la agreste montaña, recodo donde fueron colocados los prisioneros y fusilados á boca de jarro, no ve ni pequeño monumento ni modesta cruz que recuerde el sacrificio de aquellas heróicas y oscuras víctimas del deber y de la libertad.

Sólo un pobre individuo del cuerpo, un desconocido carabinero, ha subsanado la falta, y en el tronco de un hermoso castaño que desde algunos metros arriba en la falda de la montaña parece extender sus ramas sobre el lugar de la ejecución, ha grabado una sencilla memoria del triste fin de sus compañeros.

La inscripción se ve desde la carretera, forma un cuadro como de media vara en el tronco, y por el grueso de la corteza arrancada, hace el efecto de un nicho antiguo cuyas letras hubiere medio borrado el tiempo. Dice así:

FUSILAMIENTO
DE
CARABINEROS
DÍA 4 DE JUNIO
AÑO 1873
R. I. P.

EL LOBO MORDIENDO A LOS LOBOS

Mientras Santa Cruz se limitó á asesinar liberales y fusilar prisioneros, sus correligionarios no dijeron

una palabra; mas cuando se rebeló contra ellos, desobedeció á los jefes del carlismo y campó por sus respetos; cuando aplicó á los carlistas que le molestaban los mismos procedimientos que usaba con aquéllos, todos pusieron el grito en el cielo y comenzaron á llover quejas contra él.

Llegó á tal punto el miedo de sus correligionarios, que decía Dorronsorro: «Preferiría, y lo mismo mis compañeros, caer en manos de una columna republicana, que en la de Santa Cruz.» El miedo, pues hizo lo que debieron haber dictado el deber, el honor y la idea de humanidad.

SENTENCIADO Á MUERTE

Todas las personas importantes del carlismo se pusieron contra el bandido, no por lo que hacía con los liberales, sino por lo que pudiera hacerles á ellos, y consiguieron por fin que en consejo de guerra se le sentenciase á muerte, lo que aprobó Lizarraga.

Tratóse después de una avenencia, y á pesar de que Lizarraga estaba dispuesto á aceptarla ¡tal pavor les infundía Santa Cruz!, escribía el 24 de Abril á Dononsoro desde Bairrabar: «Estoy dispuesto á todo menos á admitir á mis órdenes sacerdote cuya cabeza está pregonada con sobrados motivos.»

El único que se atrevió á defenderle fué el exdiputado á Cortes don Cruz Ochoa, disculpando los fusilamientos, la desobediencia y la insubordinación del cura, á quien consideraba (y en esto votamos con él) como *el tipo acabado del jefe carlista*, por lo cual había sentado plaza á sus órdenes.

El cura en tanto se rebelaba con más furia cuanto más anatematizado se veía, y con mayor desprecio recibía las órdenes de sus jefes, cómplices suyos hasta aquel momento.

LOS SUYOS ANATEMATIZÁNDOLE.

—

Lizarraga, á quien el clérigo no podía ver, sobre todo desde que aprobó su sentencia de muerte; Lizarraga, el autor y firmante del documento inquisitorial que hemos insertado en la *Introducción*, desesperado al ver que don Carlos no atendía las quejas del Estado Mayor carlista, dirigió con fecha 8 de Junio dos alocuciones á los guipuzcoanos. Decía:

«¿Cómo ha de defender la religión, quien, como Santa Cruz, desprecia de tal modo sus deberes de sacerdote y de católico, que no da tiempo de recibir los Santos Sacramentos á los infelices que sacrifica en su saña?

¿Cómo ha de merecer el título de cristiano, quien, como Santa Cruz, despreciando los preceptos divinos que mandan obedecer á las potestades legítimas, se declara en abierta rebelión contra todas?

¿Cómo ha de merecer el título de carlista, quien, como Santa Cruz, ni obedece al comandante general de su provincia, ni al general en jefe, ni al ministro de la Guerra, y hasta se atreve á hacer una política contraria á la del rey, diciendo públicamente que tampoco le obedecerá por ahora?»

«Si un ministro del altar, olvidando su evangélica misión, descendiera de su altura y se lanzara á la arena del combate, convirtiendo la más noble de las luchas en cruda liza de enconos y venganzas personales, ¿creeríais que ese indigno sacerdote, que trueca la sagrada forma por la espada, sería nunca el verdadero jefe á cuyas órdenes deberíais servir para salvar los más caros objetos de vuestra veneración y vuestro amor, que yacen hoy en el mayor peligro?

¡Ah, no, mis queridos hermanos! que ese intruso de corazón de hiena, no podría simbolizar la pureza

de nuestras intenciones; que ese ambicioso vulgar no tremolaría jamás el pendón de la fe que defendemos, ni nunca el rebelde de sacristía podría invocar los dulces nombres de la patria y la justicia cuando siembra el terror por todas partes y en todas ocasiones á la ley la burla y escarnece.

¡Desengañáos! Todo aquel que ligado por el voto de mansedumbre lo rompe, hasta el extremo de no escuchar á Dios en sus santísimos preceptos, no es ni puede ser católico; todo aquel que, debiendo predicar el perdón de las injurias, se ensaña en el indefenso ó en el vencido, no es ni puede ser católico, ni español, ni menos guipuzcoano; y, por último, todo el que desconozca á las legítimas autoridades nombradas por el rey, no puede ser con razón apellidarse carlista, y vosotros que sois católicos, españoles y carlistas debéis huir de él como se huye de la lepra, para que el bien y la verdad lleguen á brillar algún día.»

A los pocos días, el 13 de Junio, escribía el mismo Lizarraga á Dorronsoro:

«El (Santa Cruz) ahuyenta de Arichulegui al bravo jefe del puesto don Pedro Lasarte, que con razón teme por su vida; amenaza de muerte, tan sólo por pedirle un voluntario, al heroico don Isidro Uria, que conmigo hizo el alzamiento; tiene en capilla á mi delegado don Antonio Monserrat, cuando exhibiéndole un nombramiento mío va á San Sebastián á encargarse del mando de las partidas; fusila sin confesión al bizarro señor Egozcue, segundo jefe de Lasarte; hace dar 150 palos al venerable septuagenario comandante Amilivia; impone y le dan otros 50 al señor Vicuña, el más valiente de mis capitanes, y lo conmina con la muerte tan sólo por pedirle explicación de su castigo. ¿No es ésta por ventura la más acabada prueba de que emplea perfectamente ese talento supremo que en él ha descubierto su segundo y amigo don Cruz Ochoa?

Y ese heroísmo, ¿dónde está? ¿En el fusilamiento sin formación de causa de mi prisionero Osta y sus dos compañeros, á quienes cumpliendo con la real clemencia les había yo dado palabra de perdón y cange, en la muerte dada á los vencidos de Endarlaza, en la bárbara sentencia que dictó y llevó á ejecución en una mujer embarazada, y en la funesta suerte de los que en sus manos sucumbieron en Anoeta, Tolosa, Aya y Regil?»

Ahora, al verse él amenazado, advertía Lizarraga que Santa Cruz era un infame asesino; ahora anatematizaba los fusilamientos de Endarlaza... ¡Canallas y miserables todos!

En otra carta fechada en Lecumberri, decía:

«Días atrás mandó á un muchacho para que matase á cierta persona, y fué muerto su hermano al mandar al muchacho para que matase á la persona que se le había designado... Se presentó adonde mí... y le hice las reflexiones que mi conciencia me dictaba como católico y caballero; me contestó el pobre chico aterrorizado, que si no cumplía lo que le mandaba serían fusilados sus padres, y que en esta triste alternativa no tenía más remedio que obedecer al funesto Santa Cruz».

Dorronsoro por su parte escribió desde Peña Plata el 12 de Junio una larga comunicación á don José María Berzosa, compañero de diputación, historiando lo sucedido con Santa Cruz, diciendo que éste «había olvidado los deberes de sacerdote católico, apaleando sin piedad á *amigos* y enemigos, y matando sin confesión á los vencidos.»

«Es llegada la hora de hablar, añadía; diga usted á los amigos que Santa Cruz es en el campo carlista un faccioso, un rebelde á toda autoridad; dígales que vean en las crueldades de Santa Cruz el sistema que ha adoptado para llegar, imponiéndose por el terror, adonde nunca pudieron aspirar sus dotes».

«Santa Cruz no tiene la travesura del guerrillero

ni el valor personal del cabecilla, como estoy de ello convencido y se lo demostraré á usted con nuevas pruebas... Santa Cruz es, en fin, un miembro podrido de la comunión católico-monárquica».

DON CARLOS PROTEGIÉNDOLE

Y á todo esto, don Carlos haciéndose el sordo. Era natural en el hombre que había dicho: «*debe dejarse hacer* la guerra sin cuartel».

Santa Cruz encantaba á don Carlos; era su tipo para hacer la guerra; cuatro ó seis hombres como aquél, y su triunfo era seguro. Tal decía.

Esta conducta estuvo á punto de acarrearle un gran conflicto. Sus gentes comenzaban á ver con malos ojos aquella inusitada protección á un bandido.

En una carta dirigida al marqués de Valdespina, y que fué interceptada, decía un jefe carlista:

«Comprenda usted, marqués, que los procedimientos de ese inícuo sacerdote están desacreditando nuestra causa y contribuyendo con sus fechorías inauditas á que los liberales, y los que no lo son, midan al clero con un mismo rasero. Usted, que tendrá ocasión de escribir á S. M., encarezca la necesidad que hay de que este mal sacerdote desaparezca, de lo cual se encargará Lizarraga, que le tiene ganas, y me ha dicho *que ya lo habría fusilado* SI NO TEMIERA DISGUSTAR CON ELLO Á S. M.»

Como se ve, todos sabían que don Carlos protegía á Santa Cruz.

Aquella situación no podía prolongarse. Algunos carlistas importantes hablaron de irse á sus casas.

Lizarraga presentó la dimisión dos veces por esta causa. No se le hizo caso y la reiteró por tercera vez, diciendo en ella á don Carlos:

«O Santa Cruz, ó Lizarraga; la causa se perjudica

con ese hombre, la autoridad se deprime, la religión no puede brillar con su pureza.»

A pesar de esto, don Carlos no procedía contra Santa Cruz. La sangre de bandido tira más que la de hermano Es verdad que en esto era más lógico que sus súbditos, por cuanto que Santa Cruz encarnaba *mejor que ningún otro* el espíritu del carlismo.

Tantas fueron por fin las quejas, tal cuerpo tomaron las murmuraciones, tales amenazas comenzaron á formularse, que don Carlos no tuvo otro remedio que resignarse á permitir que se procediese contra Santa Cruz.

Y ya era tiempo, porque los suyos comenzaban á decir, en vista de la protección indirecta que prestaba al asesino, que si se empeñaba la lucha entre los carlistas, «no serían pocos los que dijeran que *sólo el silencio* de S. M. había hecho posible el derramamiento de sangre entre los carlistas». En su consecuencia, se dirigió al comandante general de Guipúzcoa, diciéndole que, «agotados los medios de persuasión para llevar á Santa Cruz al camino de la obediencia, declaraba que sería rebelde y tratado como tal si volvía á ponerse al frente de algunas fuerzas carlistas; consideraba también rebeldes, y se les juzgaría como reos de lesa majestad, á cuantos sirviesen á sus órdenes ó en sus filas le admitiesen; los que ocultasen armas, municiones, etc.; que aplicara todo el rigor de la ordenanza á cuantos faltaran á la disciplina, y que se diera lectura de este documento, y después la mayor publicidad posible».

SE BURLA DE TODOS

Pocos días después celebró el marqués de Valdespina una entrevista con Santa Cruz, y en ella, siempre hipócrita y solapado, el ministro del Señor se

comprometió á entregar toda su fuerza y la plaza de Arichulegui, manifestándose arrepentido de su rebelión y haciendo reiteradas y solemnes promesas, *llorando á lágrima viva*, de que al día siguiente ratificaría por escrito sus protestas en forma de sumisión explícita y franca.

Esto no obstante, al día siguiente, no se negó á cumplir sus promesas, pero sí dilató su cumplimiento con vanos pretestos. Le fué concedido un nuevo plazo, y al expirar y ver que tampoco las cumplía, se vió obligado Valdespina á ocupar militarmente á Arichulegui, concediéndole tres horas para someterse, y advirtiéndole que, transcurrido este tiempo sin ratificar la sumisión, sería declarado rebelde en armas, astuto y sin honor. Sólo entonces se sometió Santa Cruz, optando por resignar el mando y marcharse al extranjero, y comprometiéndose bajo palabra de honor (?) autorizada con su firma, á no salir de España hasta verificar la entrega de toda la fuerza y de la fortaleza de Arichulegui, con la artillería, pertrechos de guerra y cuanto perteneciera á la causa.

Incidente sangriento.

Uno de sus parciales, jóven y valiente, se acercó á Santa Cruz y le dijo que si no se cumplía lo pactado con Valdespina, no quería continuar siendo subordinado suyo.

El cura lo oyó con sospechosa calma y después le preguntó:—¿No tienes más qué decirme?

A la respuesta negativa del jóven, replicó Santa Cruz:—Estoy acostumbrado á que nadie se oponga á mis mandatos. Esas observaciones son un acto de indisciplina que castigaré severamente, y por lo tanto ponte bien con Dios, porque vas á morir arcabuceado como mueren los que faltan á la disciplina militar y se atreven á responder á sus jefes.

El desdichado jóven fué fusilado cuatro horas después.

FALTA Á SU PALABRA

¿Cumplió su palabra el protegido por don Carlos?

Oigamos á Valdespina en la comunicación que sobre lo ocurrido pasó á su rey:

«En consideración á la garantía del referido documento, y de la entrega que aquella misma tarde hizo de las dos compañías que tenía aquí, permití al señor Santa Cruz y sus adláteres don Felix Caperochipi, don Francisco Arbelaiz y don Esteban Indart pasar la noche en su alojamiento; mas abusando de nuevo villanamente de mi conducta, fundada en el documento y hecho que cito, y si bien no muy en armonía con la ordenanza, si caballerosa y honrada, y faltando otra vez más á su palabra de honor, se fugó el señor Santa Cruz en unión de sus adláteres referidos; y según noticias fidedignas, y dato tan irrecusable como la desaparición sucesiva de varios oficiales suyos, desde el lugar de su refugio ha empleado todos los amaños posibles para subvertir á las tres compañías suyas unidas á mis fuerzas, y para que Arichulegui no solamente no se someta, sino que también nos haga víctimas de la más indigna de las celadas.»

Detalla después Valdespina las medidas que tomó para evitar nuevos conflictos, y termina pidiendo á don Carlos *que haga una declaración* EXPLÍCITA *que evite los daños que un silencio más prolongado podría ocasionar.*

Como se ve, hasta en documentos oficiales se censura el apoyo y protección que el rey de las selvas dispensaba al asesino Santa Cruz, callando ante sus desmanes y sus crímenes.

SE VA A FRANCIA Y VUELVE

El cura y los de su cuadrilla se marcharon al extranjero y los generales carlistas respiraron. Mas ¡ay! que á los cuatro meses (el 7 de Diciembre de 1873) se presentó al frente de 18 compañías en Asteazu para apoderarse de Lizarraga, de quien quería vengarse, y sólo á su presencia de ánimo debió éste su salvación.

Santa Cruz demostró en esta nueva tentativa su maldad y falta de valor personal, y que era sólo un ser vulgar é ignorante al que dieron celebridad sus crímenes. Volvió á entrar en Francia con algunos de los facinerosos á sus órdenes, y en mucho tiempo no se les pasó el nuevo susto á los Lizarragas, Donrosoros, Valdespinas y demás carlistas de alguna significación.

SU RETRATO

Copiamos al pié de la letra el juicio que formó en Junio del 73 un jefe carlista que vió por vez primera á Santa Cruz cuando fué á buscarle á Lecumberri Lizarraga:

«Durante aquella escena no quité la vista de Santa Cruz, y hallé que era hombre de mediana estatura, más bien bajo que alto, de robusto cuerpo, facciones pronunciadas, frente estrecha, pelo castaño, barba rubia, desgarbado porte y maneras rudas y vulgares. Su mirada vaga y extraviada prestaba á su fisonomía un marcado tinte de desconfianza y recelo, y la expresión seca y dura de su semblante acababa de darle un carácter sombrío y nada simpático á primera vista.

Santa Cruz vestía un traje que no era sacerdotal ni guerrero; componíase de boina azul oscura, muy pequeña, chaqueta de paño del mismo color, calzón corto y ancho, gruesas medias azules que cubrían sus robustas piernas, y alpargatas por todo calzado. Como de costumbre, no llevaba arma ni insignia ninguna, sino un grueso palo en el que se apoyaba durante las marchas.»

EL IDEAL CARLISTA

Ya lo hemos dicho: Santa Cruz lo encarnaba completamente.

Cobarde como todos los malvados, nunca atacaba sino sobre seguro; evitaba todo combate, pero no perdía la ocasión de caer sobre algún destacamento pequeño y aislado como la fiera carnívora sobre el rebaño indefenso.

Su sed de sangre era la sed que han sentido todos los que han tomado en todos los tiempos la defensa de la religión como pretexto para satisfacer sus instintos perversos.

Con el tonsurado Santa Cruz se vió el crimen elevado á institución, como lo estuvo en la primera guerra con el conde de España, Cabrera y casi todos los cabecillas que pelearon á la sombra de la sangrienta bandera de *Dios, Patria y Rey*, como lo había estado antes, desde el 14 al 20, y del 23 al 33, épocas que también reseñaremos, no sólo para que la generación presente ame, respete y conserve la libertad sabiendo lo mucho que ha costado conquistarla, sino porque son iguales la tendencia, el procedimiento y los fines que la reacción perseguía en las luchas citadas, á las del 33 al 39 y el 72 al 76; la misma que ahora persigue.

Al reseñar los hechos de los grandes malvados que

se llamaron Fernando VII, Calomarde, los ya citados conde de España y Cabrera, Savalls, Rosa Samaniego, Santa Cruz y tantos y tantos otros que adquirieron terrible renombre en sus luchas contra la libertad, patentizamos el espíritu de la reacción que ellos y sólo ellos encarnan *lógicamente*, por más que sus partidarios propalen que sus crímenes fueron puramente personales. No; los crímenes de la reacción cométalos quien los cometa, son la reacción misma.

Santa Cruz fué un bandido, que si de mil vidas hubiera dispuesto, y todas las pierde en la horca, no habría comenzado aún á saldar sus cuentas con la justicia; y no obstante, resulta un hombre casi honrado, si se le compara con don Carlos.

Perturbado, loco, empañadas en él todas las cualidades nobles del hombre por el vapor de la sangre, con sus ferocidades de tigre y sus instintos de hiena, resultaba grande en lo monstruoso al lado de aquel Pretendiente infame y corrompido, y aquella corte de aventureros que hacía de la inmoralidad un medio de vivir y del rebajamiento una profesión.

Otra ventaja tiene Santa Cruz sobre don Carlos. Bien porque se haga cargo de su situación, sea porque sienta remordimientos de sus crímenes, parece haber caído en la tumba; en tanto que su congénere, no sólo se ha exhibido en todas partes y se ha jactado *de haber derramado sangre española, sino que se* prepara á verter mucha más. Por esto el aventurero de tronos es más execrable que el cura sanguinario: éste es el efecto; aquél la causa.

CONCLUSIÓN

¿Que á dónde fué después de la guerra este canalla, este asesino, deshonra de la especie humana? Se acogió en un convento de jesuítas en Lille ¿dónde mejor? Desde allí pasó á América.

Hace unos diez años se dijo que se había presentado á nuestro cónsul en la Jamáica, donde residía, suplicándole que preguntase al gobierno si estaba él comprendido en el decreto de indulto de Diciembre de 1885, y que la consulta había pasado al ministerio de Gracia y Justicia. Entonces escribimos:

«¿Volver á España ese asesino? No, no hay gobierno que pueda autorizarlo. Ni el más reaccionario; ni el más inmoral. Sería escupir inicuamente sobre la tumba de las innumerables víctimas de ese bandido, insultarlas, escarnecerlas; dar un bofetón terrible á todos los que se batieron contra las hordas carlistas.

¿Cómo? Aquí, donde se ha fusilado por cuestiones políticas á hombres cuyas manos estaban limpias de sangre, honrados y dignos, ¿se iba á consentir que ese miserable viviera bajo el amparo de la ley?

Imposible: hasta las piedras se alzarían contra el que se atreviese á proponerlo. Entre ese criminal tonsurado y España hay una montaña de huesos humanos y un mar de lágrimas y sangre.»

.....

Desde la fecha en que esto decíamos no hemos vuelto á saber de ese tipo ideal del carlismo, protegido por don Carlos y admirado por la mayoría de sus correligionarios.

No desconfiamos de leer algún día la noticia de que ha muerto cual murió hace poco el cura de Flix, su correligionario en profesión, carlismo y asesinatos: *como un santo.*

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 18

PRÍNCIPES DE OPERETA BUFA.—REBAJAMIENTO LACAYUNO.—LIBERALES ACARLISTADOS.—MAMARRACHADA SOBRE MAMARRACHADA.—PRIMERA HAZAÑA.—UN CALAINOS CARGA.—DEL DICHO AL HECHO...—AUTÓCRATA DE GUARDARROPÍA.—EL IDEAL DEL *Chapa*.—LO CÓMICO EN LO INFAME.—VOTO DE CALIDAD.—PASILLO RÉGIO-BURLESCO-FOTOGRÁFICO.—MOFARSE DE LO MÁS SANTO.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

PRINCIPES DE OPERETA BUFA

En el *Folleto 7.°* digimos algo acerca de la educación de don Carlos. Nuevos y autorizados datos nos permiten comenzar éste hablando de lo mismo.

¿Cómo educaron á él y á su hermanito? Oigamos á uno de sus panegiristas:

«Dos centinelas húngaros estaban día y noche á la puerta del cuarto de los príncipes; los guardias de palacio los acompañaban por los corredores, una escolta por las calles, etc.»

De escasa inteligencia ellos y acostumbrados desde niños á tales mojigangas, ¿cómo extrañar que no se cuidaran de instruirse? ¿Para qué, si ya tenían señalada su misión en la tierra?

«Guardaditos como dos joyas de inestimable precio, llenos de prevención y de verdadero encono contra su padre, privados de todo trato social y de toda emulación, separados del resto de la humanidad por una escolta de húngaros, y llevados en procesion de la cama á la mesa y de la mesa á paseo para renovar el apetito, bien se puede asegurar, dice un escritor carlista, que, salvo un milagro de la Gracia, el mismo San Luis Gonzaga y el mismísimo San Estanislao de Kotska, educados de este modo, hubieran sido un excelente par de alhajas. Añádase que se educaron sin carrera científica ni literaria; teniendo por maestro al Padre Ramón, que *ayudaba á hurtadillas los primeros trabajos de propaganda*, viendo á su misma abuela

conspirar contra el jefe de la familia, vislumbrando en lontananza nada menos que un trono, y ¿qué había de resultar?»

Un par de zambombos como ellos, fátuos, insoportables, crueles, siendo, como dicen del infierno, un conjunto de males sin mezcla de bien alguno.

Cuando Cabrera visitó en 1861 á aquella familia de gitanos con corona de talco, le pareció el primogénito un muchacho *abobado*. Ocultóse entonces á su penetración lo que aprendió más tarde á su costa: que el *Terso* era un ser de malos instintos incapaz de ningún sentimiento noble.

Para que todo resultara bufo en aquella familia, en 1867 nombraron á un Sr. Marichalar *caballero de compañia* de don Carlos, es decir, *dame de compagnie* del género masculino. Aquello dió mucho que reir á las personas de buen humor.

Y en aquel ambiente, de aquella manera se educó al mentecato que había de hacer correr tanta sangre española y tantas lágrimas.

REBAJAMIENTO LACAYUNO

Aunque á decir verdad, no tenian él ni su familia toda la culpa, sino algunos españoles mamarrachos y serviles que iban á verle y le trataban ya de majestad, equiparándose con los húngaros que le conducian de la cama á la mesa, y con la prensa que desde aquí le adulaba.

Había periódicos, como *La Esperanza*, que llevaba su desvergüenza hasta escribir:

«Don Carlos al derecho absoluto *une vasta inteligencia á la que nada se oculta, y una resolución que sólo la prudencia contiene*, estando *seguros todos* de que posee, *con todas las dotes del soberano y las prendas del héroe, las grandes cualidades del hombre poli-*

tico que todo lo prevé y todo lo pesa, dirigiéndose derechamente á un altísimo fin.»

«En el rey *hay un hombre de condiciones excepcionales, un estadista consumado y prudente, un capitán tan previsor como* VALEROSO. El rey *es el hombre que España necesita.»*

No puede llevarse á más la degradación. Si aplicadas á un ser superior, á un Napoleón, por ejemplo, hubieran resultado aun esas frases indignas y exageradas ¿cómo no resultarían al dirigirlas á un ser tan estúpido y tan abyecto, tan perverso y tan ignorante?

El Pensamiento Español no le iba en zaga á *La Esperanza* en lo de levantar falsos testimonios al mequetrefe:

«Somos monárquicos, pues digamos al rey:

Señor, tú eres digno de reinar en España, porque además del derecho, *tienes la virtud, el valor y el talento de los reyes.* Tuyas son nuestras haciendas y nuestras vidas.»

De este modo bajo y lacayuno deificaban á aquel mastuerzo, incapaz y vicioso, y preparaban las horribles matanzas de la guerra civil. Más víctimas causaron esos aduladores con sus escritos, que los cañones Krupp.

LIBERALES ACARLISTADOS

Lo mismo sucede ahora, pero con una agravante: que no son únicamente los periódicos carlistas los que lo ponen en las nubes, sino que hay algunos liberales, y de los de más circulación, que trasladan á sus columnas cuanto puede favorecerle, bajo el miserable pretexto de enterar á sus lectores de cuanto ocurre. Estos periódicos serán, en primer término, los responsables de cuanto ocurra, y á ellos debe el pueblo exigir en su día las consiguientes responsabilidades.

Porque aquí no cabe engaño. Antes de la primera guerra, podría algún liberal de buena fe creer que don Carlos reunía las cualidades que sus partidarios le colgaban. Pero hoy, después de lo que hizo en ella, y lo que prepara, el que contribuya á difundir lo que piensa, lo que dice ó lo que hace, ese, hombre ó periódico, es un carlista disfrazado, un traidor á la causa de la libertad, un trabajador consciente de la ruina de España; uno que tiene menos patriotismo y menos amor á la verdad que el abogado carlista que exclamaba ante el cuadro que la familia de don Carlos presentó ante sus ojos:

«¡Qué fatalidad la de España! Los hombres más sensatos esperando su salvación de una familia proscrita, y en esa familia el esposo divorciado de su esposa, la madre conspirando contra el hijo, los hijos sin demostrar siquiera interés por la salud de su padre, y el padre, que al fin lo era, lamentando que á sus hijos no se les diera la correspondiente educación.»

Tal andaba aquella familia y tan rastreras y tan infames fueron las intrigas que el Carlitos puso para derribar á su padre que, como se ve, escandalizaron á algunos de sus mismos partidarios. Y si obró así tratándose de un trono imaginario ¿de qué no hubiera sido capaz ese tipejo si efectivamente el padre hubiera ocupado el trono de España? No es aventurado suponer que hubiese llegado hasta al crimen.

MAMARRACHADA SOBRE MAMARRACHADA

Hecha la revolución de Septiembre, creyóse ya el majadero rey de España, y en su virtud *comunicó á las Cortes extranjeras* la abdicación de don Juan, su padre, aquel otro perdido que rifó una vez en Londres el Retiro de Madrid; nombró comandantes generales y comisarios régios en España, escribió al Papa,

pidió dinero al duque de Módena, al conde de Chambord y á los obispos, ninguno de los cuales le dió un ochavo.

Pero el colmo de la imbecilidad fué nombrar gobernador civil de la Isla de Cuba á don Miguel de Aldama, en carta fechada en París el 30 de Octubre de 1868 y al general Lersundi virey de las Antillas españolas. Ambos, como era consiguiente, declinaron la *alta honra*.

Como hay mamarrachadas que no se creen sino se ven, copiamos parte de la carta que dirigió á Lersundi, hablándole como rey de España:

«Conociendo, general, vuestro valor y vuestras dotes de hombre de Estado, cuento con una eficaz cooperación en el puesto que ocupáis, no dejándoos relevar por general alguno de la revolución.

Si creeis necesario enviarme una comisión proponiéndome las reformas que deben introducirse en la Isla en lugar de las absurdas proclamadas por la revolución, hacedlo.»

«Tomad el título de virey de las Antillas españolas que yo os confiero solemnemente por esta mi real carta autógrafa. Reunid mi consejo con el título de secretarios del virey que deberán serlo en cada ramo el jefe del mismo; destituyendo al que no mereciere vuestra confianza y nombrando otro en su lugar. Asumid el mando de Puerto Rico, cuya capitanía general deberá derivar en lo sucesivo de ese vireinato. Tomad, en fin, cuantas medidas creáis oportunas al buen gobierno y conservación de esas Islas á la corona de España.

Creería mancillar vuestro buen nombre, y ofender vuestros delicados sentimientos, si os ofreciera recompensas anticipadas.

Conservad la Isla á la corona de España, libre de la participación y los manejos revolucionarios; y además de la recompensa, que os reservará la historia en sus páginas de oro, habréis merecido bien de la pa-

tria; habréis servido digna y lealmente á vuestro legítimo rey.—*Carlos de Borbón*.—Dada en mi residencia de París á los 30 de Octubre de 1868.»

A la anterior carta acompañaba la siguiente confirmación:

«General:

Os confirmo plenamente cuantos poderes os tengo ados, como virey de las Antillas españolas; y os participo que he tenido por conveniente nombrar gobernador civil de la Isla de Cuba á don Miguel de Aldama.»

¿Puede darse nada más estúpido y más bufo?

No contento con esto, comenzó á dar ascensos cual si estuviera ya en guerra, y á dárselos á los más intrigantes y osados, nombrando un capitán general, cinco tenientes generales, catorce mariscales de campo, veinte brigadieres, y los demás empleos en proporción. A qué extremo no llegaría, lo dice el que don José Masgoret, carlista conocido y probado, que habia sido mariscal de campo en la primera guerra, publicó un folleto terrible contra don Carlos y personas que le rodeaban, lleno de verdades como estas:

«¡Pobres incautos! Sabed que si llegara á realizarse el plan diabólico de ciertos carlistas *de la víspera*, os encontraríais *al dia siguiente*, no sólo con un cruel desengaño más, sino también con una probabilidad menos de que nuestro muy amado soberano pudiera ser proclamado y aclamado en Madrid por rey *de veras*, después de haberlo sido por rey *de burlas*.

Alerta, pues, antiguos y fieles partidarios de Carlos V y de Carlos VI, de esas dos víctimas augustas de nuestra desunión en los instantes supremos, y más que todo, de los amaños y hábiles maquinaciones de muchos falsos liberales con boina y capote de verdaderos carlistas...»

También concedió don Carlos por la festividad de su santo cuatro títulos de Castilla y grandes cruces y bandas de María Luisa; el colmo de lo bufo; no sa-

biéndose quién quedó más en ridículo, si él al concederlas, ó los imbéciles que aceptaron tales gracias.

PRIMERA HAZAÑA

Sonó por fin la hora de cumplirse las profecías, de justificarse los elogios, de realizarse las esperanzas, y el futuro héroe de tantas fugas se dirigió á la frontera de la patria que el cielo, en sus altos designios, había tenido la previsión de crear para que él se dignase salvarla.

La plaza de Figueras, impaciente por anticiparse á todas las de España en lo de ver su suelo hollado por la planta del gran rey, sólo aguardaba su venida para entregarle las llaves.

En Julio de 1869 se instaló Carlitos cerca de Perpiñan en casa de Mad. Villanova, y allí aguardó entre obsequios y distracciones á que de Figueras saliesen, con palio ó sin él, (en esto no reparaba) á depositar las llaves en sus reales manos.

Mientras tanto, y para que el tiempo no se hiciese el remolón ante su natural impaciencia, salió un día con varios acompañantes de paseo por un sitio enteramente solitario, y al decirle uno de aquéllos: «este es ya territorio español,» conmovióse su temperamento belicoso, sintió bullir con más fuerza en las venas su sangre valerosa, y sacando denodadamente un revolver, disparó, unos dicen que al aire, y otros que á un alcornoque. ¡El fratricida!

¡Aquel ósculo de paz que dió á España, debió repercutir con eco sangriento en el corazón de las madres españolas!

Después de la homérica hazaña, volvióse

. . . . . como vuelve el conde
á Toledo vencedor,

al cuartel real de Mad. Villanova, ahito de gloria y

cargado de laureles. Esperó unos días á ver si llegaban las llaves, que no llegaron, ó por lo menos 300 ó 400.000 soldados españoles á rogarle que se dignara conducirlos á la victoria, los que tampoco parecieron, y regresó á París llevando por trofeos, no la espada del rey enemigo muerto en franca y noble lid, sino unas cuantas piedrecitas recogidas en territorio español.

UN CALAINOS CARCA

Aquella heroicidad, que eclipsó cuantas en historias se relatan, corrió por toda España. Un poeta de la causa, no pudiendo resistir los torrentes de inspiración que inundaban su cerebro, enristró la *péñola* y perpetró un romance, que sirvió durante algún tiempo de pasto á la insaciable voracidad de los retretes:

«Aún no ha despuntado el día,
aún está el mundo en tinieblas.»

El romancista describe luego á dos jinetes que atraviesan las cumbres del Pirineo, y prosigue:

«Uno de ellos es mancebo,
pero parece un atleta;
mejor mandoble que espada
debe manejar su diestra.

. . . . . .

Después de andar largo trecho,
se detiene el de la izquierda:
—Aquí termina la Francia,
dice, y aquí España empieza.
—¡Noble patria de mis padres,
bendita, bendita seas!
Así exclama el caballero
con emoción; salta en tierra,
dobla al punto la rodilla,

se inclina, y el suelo besa.
Obra es todo de un momento,
y, recogiendo las riendas,
vuelve á montar á caballo,
y exclama altivo: «A Figueras.»

Más adelante dice el poeta, que el mancebo del mandoble, prevenido por un leal confidente, se vió precisado á volver grupas, dando á España lo que desde aquel memorable día dió siempre al peligro: la espalda.

Pero sus admiradores, no contentos ni con la hazaña del tiro al alcornoque, ni con el romance del bardo carca, hicieron correr la fábula de que había llegado valerosamente hasta las puertas de Figueras, conversando y hasta fumando un cigarro con individuos de la guarnición, á quienes reveló por fin de fiesta su nombre, dejándoles la noticia en el estado que San Pablo quedó después de oír la voz del Señor en el camino de Damasco, razón por la cual no pudieron hacer uso de sus armas, y él pudo en cambio tranquila y majestuosamente retirarse.

Ya en vena de heroicidades superiores á las de Viriato, el Cid y Hernán Cortés, el *Terso* salió de París el día 16 del mismo Julio para la frontera de Navarra, se escondió resueltamente en Azcain, acompañado de Ceballos, y allí, venciendo sus poderosos ímpetus que á pelear solo contra un ejército le incitaban, aguardó heróicamente á que le llevasen las llaves (las llaves eran su manía) de la fortaleza de Pamplona.

Pero los días ¡siglos para su corajuda impaciencia! pasaban sin que las dichosas llaves pareciesen, y entonces, ¡oh! entonces por un rasgo de esos que caracterizan á los grandes capitanes... se volvió por donde había ido.

DEL DICHO AL HECHO...

Cuando en Julio de 1872 entró verdaderamente en España por primera vez, llevó su cinismo ó su imbecilidad hasta publicar una alocución en que decía:

«¡Soldados! vuestro rey legítimo os llama para volveros vuestras glorias, vuestra disciplina, vuestra honra, vuestra antigua grandeza.

La bandera que levanta mi brazo *y que no rendirá mientras quede un girón para ostentarla*, es la bandera de nuestros abuelos, la enseña de nuestra independencia y nuestras conquistas.»

Pues bien; á los dos días de decir esto huyó como una liebre en Oroquieta, sin un rasguño, (continua con la piel íntegra, salvo los costurones que los cirujanos hayan hecho en ella por causas que el pudor impide nombrar), sin tener un arranque de valor, ni de talento, ni de dignidad, dejando en poder de las tropas liberales 700 y pico de prisioneros, y entrando en Francia de la manera más ignominiosa. De todas las fugas, ésta ha quedado como típica. El nombre de Oroquieta va desde entonces unido de tal modo á la idea de correr, que, al pronunciarlo, la imaginación ve en el acto á un tío con boina huyendo como alma que lleva el diablo. Sin duda presintiendo á don Carlos, escribió Espronceda en *El diablo mundo:*

¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Campo abierto,
y déjame frenético correr!

Para que no se nos acuse de parcialidad, vamos á tomar la descripción que hizo de la fuga de Oroquieta un ilustrado carlista, profundo conocedor del temple del héroe:

«Al sentir barruntos de gloria, don Carlos salió disparado como diciendo: *¡para mí!*

Supo que había ya una ciudad como Vera donde poder dar un besamanos, y esta sola idea le sacó de quicio en términos, que cuando el general Rada salía de España por un camino para decirle; «no hemos hecho nada», él entraba por otro y daba el besamanos; y trayendo por jefe de Estado Mayor á un capitán del ejército isabelino, trasformado no se sabe si en brigadier ó general, se ponía al frente de las huestes armadas de palos y escopetas; que para esto habían servido *las repetidas compras de fusiles.*

Se marcha luego á la Ulzama, y á lo mejor de una comida en casa del párroco de Oroquieta, llegan noticias alarmantes. El jefe de Estado Mayor amenaza de muerte á los alarmistas, pero en esto se oyen tiros, la multitud se arremolina y grita, y llora, y clama por su general, y buscándole, sólo ve que hacia el Norte van escapados tres ginetes.

El primero era un guía, *el segundo don Carlos,* el tercero el jefe de Estado Mayor don Emilio de Arjona, el mismo que escribía poco después: «*me dirá usted el nombre de los valientes oficiales que huyeron.*»

¡Lástima de un consejo de guerra competente para juzgar la conducta nunca vista ni oída de un general en jefe y un jefe de Estado Mayor que á los primeros disparos del enemigo desaparecen sin dar órdenes, y corren, y corren.... el grave peligro de estrellarse!»

Otro carlista, que por cierto ocupó más tarde un puesto de confianza cerca de don Carlos, comentó de esta manera en 11 de Septiembre de 1872 su célebre fuga:

«Don Carlos no puede ser ya el jefe del partido legitimista. Si hasta ahora pudo tener ese carácter como representante del derecho y la doctrina, lo perdió en el momento en que mostró que su espada no era ni la de San Fernando ni la de Felipe V.

El partido legitimista necesita hoy á su cabeza, no al hombre que vuelve la espalda al enemigo, sino al

que se abre paso á cuchilladas... Don Carlos tiene el deber de abdicar en su hijo.»

Esto hubiera sido el colmo de la imbecilidad, porque en esa familia, el último ha sido siempre el peor. Así lo comprendió Cabrera, que había tratado á todos sus individuos, y por esto, al proponerle más tarde don Joaquín Izcue, vicario de Estella, que don Carlos, *que no servía*, abdicase en su hijo y él se encargase de allanar á don Jaime el camino del trono como regente, contestóle:

«No haré yo tal; primero, porque sería un acto de rebelión; y luego, porque si Carlos V tenía *algún mérito*, Carlos VI *valía poco*, don Juan *menos*, y Carlos VII *mucho menos todavía*, ¿á dónde iríamos á parar?»

¿Que á dónde? Diremos nosotros lo que sin duda pensó Cabrera, aun cuando no lo dijo: «A la mismísima... Donde al fin se fueron.»

AUTÓCRATA DE GUARDARROPIA

¿Se quiere otra prueba de lo en serio que había tomado el *Chapa* su papel de rey para andar por casa? En carta que escribió desde Ginebra al conde del Pinar en 1871, le decía.

«Que el rey *es siempre la razón suprema*; que estaba decidido á hacerse obedecer *á los dos lados del Pirineo*; que *él lo sabía todo*; que desde el momento que él pasara el Pirineo hasta *saludar triunfante* las viejas banderas de Atocha, no debían transcurrir *arriba de treinta días*.

Insistía luego en la falta de medios suficientes, «según había visto ¡el necio! en largas noches *de detenido exámen, meditación é insomnio*,» y concluía diciendo:

«¿Sabes lo que importa? Oyelo y díselo á todos,

porque deseo la publicidad de esta carta entre los nuestros: trabajar con fe; acatar las órdenes del rey, *sin discutirlas*; tener *ciega* confianza en la grandeza de su misión y *en lo certero de sus resoluciones*; unirse todos á él para el día de la gran lucha que será *el de la gran victoria*.»

Aquí lo estúpido corre parejas con lo cómico, y se adivina ya en esas frases al héroe que hubiera dejado atrás al galgo más corredor el día de la *gran fuga de Oroquieta*, si el animal se digna correr con él.

¡La razón suprema soy yo! Parece imposible que hubiera entonces, ni menos que haya ahora en la raza española, hombres que se resignen á servir de comparsas á majadero de tal calibre.

Memeces de esta clase las ha largado siempre á montones.

El 10 de Febrero de 1872 hacía escribir á su secretario, dirigiéndose de oficio á un conocido jefe militar:

«El rey no desea variar Juntas; *lo que quiere y ha de ser*, es que todas y todos cumplan su deber, y *obedezcan* sin prejuzgar cuestiones ni *comentar órdenes*. Sólo así hay derecho para llamarse carlistas; lo demás es liberalismo, y del peor, porque no es franco.»

El 14 de Febrero:

«...tengan todos los carlistas la seguridad de que *S. M. ve solo tan claro como todos juntos*.»

El 3 de Marzo:

«La manera de hacer un gran servicio al rey, la manera de servir á S. M. y á la causa, es *obedecer sin discusión* sus órdenes soberanas, *suceda lo que suceda*. Usted, y todos los demás jefes superiores, se guardarán muy bien de separarse un ápice de las órdenes recibidas.»

Para dar una prueba más de la manera falsa que tenía de ver las cosas, efecto de su miopía intelectual, véase en qué forma preparó el alzamiento de

Abril de 1872. En su nombre se dijo á la Junta directiva de Madrid:

«Dentro de pocos días recibirá V. E, la orden *terminante* de alzamiento, emanada directamente de *S. M.*; bien entendido que el jefe, cualquiera que sea su graduación, que deje de darle inmediato cumplimiento, *por muy poderosas que sean las razones que alegue*, será considerado reo de lesa majestad, y por consiguiente *pasado por las armas* tan pronto como sea posible... Mandará V. E. que el alzamiento se verifique el mismo día en toda la península *bajo pena de la vida.*

En el mismo documento iban luego las instrucciones comunicadas al comandante general de la frontera, cuya parte esencial era esta:

2.° El grito de, *viva Carlos VII* se dará en primer lugar por las guarniciones militares de Gerona, Figueras, Seo de Urgel y Pamplona, haciéndose dueños de dichas plazas.

3.° A la misma hora del mismo día se dará el golpe de Bilbao.

4.° El mismo día inmediatamente después de consumadas estas empresas, se hará el levantamiento general de las ocho provincias, con arreglo á las órdenes que habrá V. E. dictado.»

Se necesita carecer por completo de sentido común para expedir orden semejante. Un gobierno constituído, fuerte y bien organizado, no se habría atrevido á hacerlo. Aquí del portugués del cuento: «*Castesao*; si me sacas del pozo, te perdono la vida.»

«*Será fusilado el que no obedezca por muy poderosas que sean las razones que alegue.*» Así, así. Cuando no se dan armas, ni dinero, ni hay organización, es preciso fusilar al que no se eche al campo, aunque sea por haber acabado de recibir la extremaunción. De este modo se revelan el carácter, la voluntad, el don de mando, la energía... ¡Mamarracho, más que mamarracho!

EL IDEAL DEL *CHAPA*

En otra ocasión dijo:

«Los pueblos no tienen derechos, sino deberes; el deber de obedecer, el deber de pagar, el deber de morir, y el deber de callar y resignarse. Quien tiene derechos es el rey, que es omnipotente soberano de todo. El derecho del país es la negación del derecho verdadero, porque niega al rey lo que le pertenece por orden divina, y concede al vasallo lo que no es suyo, ni puede serlo.

Entre el rey y el vasallo hay la misma diferencia que entre el blanco y el negro en los paises esclavistas. El blanco es el rey, y el negro el vasallo. El rey, armado del látigo de su soberanía, manda absolutamente; y el vasallo, lleno de la conciencia de su deber, obedece con las espaldas desnudas, para que, al menor olvido, el rey se digne avisarle zurrándole de firme. Lo que se llama justicia no es en el fondo otra cosa que el símbolo, ó la síntesis, como ahora dicen, de estos principios.

Puede decirse que la esclavitud está fundada en los mismos principios que mi soberania. Así como Dios reveló á la sociedad que los blancos se dividian en familias semidivinas, que son los reyes, y en familias humanas, que es el resto, y que en virtud de esta desigualdad las primeras estaban destinadas á mandar á las segundas, y éstas sólo eran aptas para obedecer ciegamente á aquéllas, así después los reyes descubrimos que la masa de los blancos era superior á la de los negros, y que ésta debía por ley natural ser esclava de aquélla. De ahí que los blancos tengan sobre los negros los mismos derechos que un rey absoluto. En efecto, ¿para quién trabajan los negros? Para los blancos. ¿Quién dispone de ellos? Los blan-

cos. ¿Quién es dueño de castigar, premiar, vender y alquilar á un negro? Los blancos y sólo los blancos. Por esto te digo que, aunque yo tenga derechos sobre España, los españoles no tienen más que deberes para conmigo.»

¿Y se habla del autócrata de todas las Rusias? El chulo más rufián no se impone con más despotismo á la prostituta enamorada de él. Y sin embargo ¡había españoles que lo sufrían! Raza de los hombres altivos ¡cuánto has degenerado!

Diciendo estas barbaridades y á la vez expidiendo por dinero cruces, condecoraciones y títulos, como anteriormente hemos dicho, pasaba el tiempo el ser estúpido y degradado que aspiraba á ser rey de España, y que, para dar idea de su soberanía onnimoda, hacía un coronel de un paisano como Pérula, un general de un teniente como Valdespina, de un barbero un coronel destinándolo á Palencia de segundo comandante general donde estaba de comandante carlista el que, cuando aquél fué soldado, le afeitaba; haciendo á un guardia civil que estaba en San Juan de Luz capitán, y al sargento que lo mandaba alférez, etc., etc.

LO CÓMICO EN LO INFAME

Vamos á tocar un punto de lo más increible que puede imaginarse, bajo la fe del general don Carlos Boet, persona de la íntima confianza del *Chapa* después de la emigración, poseedor de muchos secretos del carlismo que no descubrió ni aun al verse acusado por su rey de haberle robado el Toisón que le había mandado vender; hombre de talento y de cultura, á quien se le encargó, con aplauso de todos, la reorganización del ejército carlista.

Cuando, durante el proceso que se le siguió por lo

del Toisón, y del cual salió absuelto libremente, hizo algunas revelaciones respecto á don Carlos, los partidarios de éste lo difamaron horrorosamente por hechos realizados en la campaña de Cuba siendo jefe del ejército liberal. Muchos de esos hechos eran ciertos; pero ¿no había ido á los carlistas después de cometerlos, y los carlistas lo acogieron entusiasmados, le dieron cargos de confianza, le nombraron brigadier y se alabaron de tener á su lado un hombre de sus relevantes condiciones militares? Y luego el *Chapa* ¿no se entregó á él por completo? Aun admitiendo que fuese un tunante ¿iba por esto á ser mentira lo que de su monarca dijera, comprobándolo, como casi todo lo que dijo, con documentos ó testigos? Además, si ningnna persona decente podía intimar con don Carlos, ¿no tenían por fuerza que ser los pillos, que estaban á su lado, los que supiesen lo que hacía?

Y dicho esto, dejemos la palabra á Boet:

«El Pretendiente seguía en el Norte las mismas costumbres licenciosas que en París y en otras partes del extranjero, valiéndose de la solicitud de algunos cortesanos, ó tomando él mismo la iniciativa. No entraré en el detalle de lo primero, por tiznar demasiado; pero me ocuparé un poco de lo segundo, en atención á las consecuencias que producía.

Cada vez que el Pretendiente escribía á su esposa, le contaba muy circunstanciadamente sus propias aventuras, haciéndole un retrato minucioso de sus favoritas, y comparándolas con ella punto por punto ó de un modo aproximado. Si se hubiese reducido á esto, habría de dejarse encerrado en los misterios del hogar; pero estaba tan celoso y ufano de las cartas donde engarzaba estos brillantes, que llamaba á un redactor del *Cuartel Real* para leérselas y hacérselas admirar; sabiendo que éste tenía fama de escribir bien, quería persuadirle de que él también redactaba divinamente.

Llegaba el redactor á la presencia de don Carlos, quien, después de hablarle de otras cosas, le decía poco más ó menos:

—Ya que estás aquí voy á leerte una cosa de gusto. Como tú tienes tan buena pluma, lo juzgarás mejor que otro. Estáme atento, y escucha.

Dicho esto, le leía una de aquellas abominables cartas, y para que las saborease mejor, á cada paso se interrumpía, y tirándole de la solapa, le preguntaba todo satisfecho:

—¿Verdad que está bien dicho? ¿Verdad que no se podría escribir mejor? Vamos, sé franco, aunque seas literato. ¿Serías capaz de hacer una cosa de este mérito?

El redactor, que era un joven de buen entendimiento y de excelentes costumbres, quedaba escandalizado y cortado, y salía de tan repugnante consulta por medio de alguna escapatoria.

—No, verdaderamente, decía con segunda intención; jamás seré yo capaz de poner una carta como esa.

Don Carlos, tomándolo en otro sentido, se ufanaba, y pinchándole en el pecho con los dedos, exclamaba:

—¡Ah, ah! ¿con que confiesas mi superioridad?... Así me gusta que seais los escritores; juzgando con modestia y justicia á los que, sin ser literatos, escribimos mejor que vosotros. Y vamos á ver, ¿qué efecto te parece que hará á Margarita?

—Deplorable, Señor, contestaba el otro.

—Esto prueba que la pintura es elocuente, replicaba don Carlos. Se conoce que no me has engañado.

—¿Elocuente dice V. M.? Diga elocuentísima. Lo que no comprendo es qué se propone sacar V. M. de esto.

—Hacer rabiar á mi mujer, demostrándole que aquí no me falta nada de lo que necesito y quiero.

El escritor salía de la cámara indignado y mareado,

y alguna vez, no pudiendo contener su despecho, corría á contar lo que le había pasado á un amigo de su confianza.

—El rey no es de carne y hueso exclamaba, sino del cieno más corrompido; no es mentecato, sino imbécil, como los seres privados de sentido. ¡Qué bajeza en toda su persona! Ni los rufianes están tan degradados como él. ¡Qué calamidad nos ha caído encima! ¡qué vergüenza y horror haber encendido una guerra por ese mónstruo en figura de hombre! ¡qué remordimiento que tanta gente honrada se mate por él! ¡Ah, si uno pudiera volverse atrás!

Tales eran las exclamaciones de aquel escritor y no eran menos dolorosas las de la persona á quien se confiaba.»

Y continúa Boet:

«Considerando aquellos y otros hechos, no sé como doña Margarita no se ha divorciado ya de don Carlos, y qué motivos tiene para haber continuado en su compañía tolerando tantos insultos; al por que ignoro en qué se han fundado algunos diarios para anunciar en diferentes tiempos que ese divorcio estaba cercano; pues aunque estuve en tanta intimidad con la familia, siempre evité estas cuestiones.

Algunos han supuesto que la señora se había hecho tan insensible á los ultrajes, que los recibía con la mayor indiferencia, y alguna vez don Carlos me indicó alguna cosa idéntica. Pero yo, siguiendo mi sistema de esquivar estos puntos, formaba mi concepto, y lo guardaba para mí; ahora seguiré en la misma reserva. Lo que puedo decir tan solo, y lo hago con la mayor satisfacción, es que aunque doña Margarita no se quejase mucho de las primeras cartas de aquel género, al fin perdió la paciencia, y un día contestó muy resentida á su esposo, que viviese como quisiera, pero que se abstuviese de insultarla haciendo comparaciones tan ultrajantes. «Ya sé, exclamaba, que eres un libertino incorregible, pero hazme el favor

de no contarme tus deslices, y sobre todo de no escribirme paralelos entre yo y esas desventuradas.» Don Carlos tuvo la frescura de leer esta carta al redactor de *El Cuartel Real.*

Por imposible que parezca tanta montruosidad de sentido moral y de sentido común, es rigurosamente exacto; la misma doña Margarita me lo confirmó después.»

VOTO DE CALIDAD

Y ahora que nombramos á doña Margarita, diremos la opinión que tenía de su esposo, y que se la dió á Boet cuando éste era el hombre de más predicamento en la emigración:

—Tú has tratado poco á mi marido, y por consiguiente no has podido aun conocer su verdadero fondo. Carlos no tiene talento, moralidad, ni medida en su conducta. ¡Si supieses cómo vivimos ambos!... Yo no lo considero ya como mi marido, sino como un enfermo, como un niño caprichoso y doliente, de quien he de sobrellevar las extravagancias y genialidades por inevitables é incorregibles. Si viaja, lo hace como una maleta; si frecuenta un salón, parece un doctrino, y no sabe conversar, ni producirse, ni saludar, ni llevar debidamente los brazos ni colocar las piernas; si habla de política, no dice más que disparates, que dan una deplorable idea de su cacumen; si galantea, prefiere siempre las mujeres peor reputadas. Así es que no creo posible que nuestro partido triunfe, teniendo á Carlos por jefe.

—Señora, le dijo Boet; las palabras que V. M. acaba de decirme me desanimarían completamente, obligándome á dejar el servicio del rey, si no las tomase por una exageración inspirada por algún disgusto conyugal.

—Te engañas, repuso doña Margarita; son tantos los disgustos que Carlos me ha dado ya de este género, que no hago caso de sus desórdenes, antes bien procuro ocultarlos á fin de que sus enemigos políticos no saquen partido de ellos. Mi marido pasa á veces dos y tres días ausente sin que yo ni nadie de la casa sepamos qué es de él, dónde pára, ni cómo está; y yo me quedo tranquila é indiferente, porque, segun ya te he dicho, en vez de tenerle por marido, le tengo por un hijo defectuoso á quien no es posible corregir. Así es que cuando vuelve le recibo como si nos acabáramos de ver, y sólo me incomodo cuando él, no contento con mi silencio, me provoca diciendo: «¿á qué no adivinarías dónde he estado estos días, con quién he pasado las noches, y qué tal eran las damiselas?» Y si no le contesto, empieza una descripción detallada de todos sus desórdenes, y si me enojo me abofetea y me da de puñetazos y puntapiés, que he de guardar cama para curarme.

Carlos es irreflexivo, insensible, despótico y brutal hasta el extremo... Yo lo he probado todo: ruegos, lágrimas, quejas, amenazas de separarme, y todo ha sido inútil. Cuando no me pegaba, me decía los insultos más groseros y humillantes que se pueden decir á una mujer. Así es que al fin tomé el partido de hacerme la indiferente, dejarle estar, y divertirme cuanto pudiese.

Al decirle Boet que la sociedad no aprobaba su conducta, doña Margarita se enterneció y le contestó llorando:

—¿Pues qué quería la sociedad que hiciese? ¿que me separase? ¿no ve que esto mataba á mi marido que es el representante de la legitimidad, de la religión y de la moral? ¿cómo podría ser entonces Carlos jefe del carlismo? ¿cómo podría yo tener la esperanza de ser reina? Mi separación sería mi suicidio de princesa, y la muerte de mi familia. ¡Pobres de nosotros si yo me hubiese separado de Carlos! Toda nuestra

importancia política, toda la figura que ahora hacemos estaba acabada para siempre, y nos hubiera sido imposible hacer esta guerra de cuatro años que nos ha dado tanto nombre de Europa, que á toda la familia ha cubierto de gloria, y que ha demostrado al mundo de cuánto somos aun capaces y cuánto poder tenemos.

Boet le replicó que podía haberse separado sin escándalo yéndose con sus hijos á casa del conde de Chambord, negándose sólo á recibir á su esposo y volver á su compañía. Entonces el rey habiera reflexionado, las cabezas del partido hubieran intervenido, y tanto por el recelo de aquél, como por las recriminaciones de éstos, se hubiera logrado un arreglo que refrenase un poco á don Carlos.

—¡Ah, Boet! le respondió doña Margarita. ¡Qué poco conoces á mi marido! Lo hubiera prometido todo, y al verme de nuevo en su casa me hubiera dado otra gran paliza, y el mismo día hubiera pasado la noche fuera.»

PASILLO-REGIO-BURLESCO-FOTOGRAFICO

—

El mismo general, al volver al Norte de regreso del Centro y Cataluña, encontróse con que había grandes desengaños políticos y militares, una gran fatiga, un deseo no menor de reposo, y sobre todo la persuación de que la guerra estaba perdida sin la menor esperanza de remedio.

«A pesar de esto, dice, don Cárlos seguía impertérritamente su antiguo género de vida, demostrando que continuaba aquella guerra como una calaverada de buen tono de cuyo resultado no debía preocuparse, cualquiera que fuese. No sólo en venganza de los justos desaires de una desgraciada monja había hecho prender á Dorregaray con el objeto de deshonrarle y

fusilarlo, sino que perdía el tiempo en intrigas de vecindad, como antes; continuaba en sus crapulosas costumbres, y se entretenía en diversiones ridículas y odiosas, que acababan de empequeñecerle, enlodarle y desdorarlo.

Había en Durango un fotógrafo de la legua, que trabajaba tan mal, que ni los vascongados más rudos querían que los retratase. El infeliz se ganó la voluntad de don Carlos adulándole é incensándole del modo más rastrero, y así logró ser su retratista y tener alguna clientela.

Cada vez que el Pretendiente llegaba á Durango iba al taller del fotógrafo.

Llegaba don Carlos arrogantemente (todo esto lo referían los que iban con él, pues siempre llevaba alguien,) resbalando los pies por la derecha y la izquierda y levantándolos en el aire; el retratista corría á su encuentro con la sonrisa en los labios, se arrodillaba humildemente á sus pies y le besaba la mano con frases entrecortadas que expresaban la vehemencia de su agradecimiento.

—¡Señor! exclamaba ¡qué honra para mí! ¡V. M. es tan bueno! ¡perdóneme S. M. si no soy digno de las mercedes que me hace visitando esta humilde casa!

El Pretendiente se erguía, estirábase los puños de la camisa, y cogiéndole por la solapa, le decía magnánimamente:

—Levántate de mis pies, que yo no puedo permitir que esté más tiempo á ellos un artista de tu mérito. Después del homenaje de respetuoso y fiel vasallo que, como debías, me has prestado, te corresponde estar ante mí como un grande de España; porque así como mi ilustre antecesor Felipe IV era amigo de los artistas de su tiempo en la persona de Velázquez, yo soy amigo de los del mío en tu persona.

El pobre diablo quedaba deslumbrado, abrumado, y no hacía sino inclinarse y sonreirse, sin tener palabra que contestar ni serenidad para buscarla.

Don Carlos, entusiasmado por su propia elocuencia, volvía á estirarse los puños de la camisa, y continuaba ensartando barbaridades; cuando se cansaba, decía al fotógrafo:

—Veamos cómo me retratas hoy.

El pelele se inclinaba y decía:

—Señor, V. M. mande, y será inmediatamente obedecido.

Don Carlos le volvía á coger de la solapa, y dándole un tirón:

—Mira, exclamaba; tú ya sabes que te quiero mucho, porque veo que correspondes á las mercedes con que te honro teniéndote por mi fotógrafo oficial y preparándote un porvenir halagüeño. Ahora bien, yo quisiera que hoy te lucieses en servicio mío, haciendo un retrato que se me ha ocurrido, que sea mi verdadera fotografía moral y física. Ya sabes que para España y Europa yo soy un héroe legendario, una especie de caballero á la antigua usanza, uno de esos paladines que ellos solos desafiaban con el esfuerzo de su brazo á ejércitos enteros, y que además tengo la categoría de defensor del legitimismo español, de Carlomagno del catolicismo contemporáneo, y aparezco á los ojos del mundo como un ser sobrenatural que, metido en las breñas de estas montañas, lucho con el universo entero amotinado contra mí por la masonería y la revolución. ¿No es verdad todo esto? añadía tirándole del brazo.

—Señor, sí; todo lo que V. M. dice lo es, contestaba el pobre fotógrafo.

Don Carlos se ponía á pasear diciendo:

—Bien; el retrato que yo quiero ha de representar todo esto: al hombre que desafía al cielo y á la tierra sublevados contra él; para esto me pondrás con un pie apoyado en una roca que indique las montañas de estas provincias; yo me erguiré y echaré atrás la cabeza desnuda, sacando cuanto pueda los ojos y mirando al cielo, lo cual significará que no tengo

miedo de nadie, que provoco á todos mis enemigos, que soy un héroe, una especie de Cid Campeador, pero de más alta alcurnia. Tendré el sable apoyado en tierra, con una mano en la empuñadura, en actitud de militar esforzado, y la otra la colocaré en la cadera, como diciendo: «¿y á mí qué se me da de la masonería? ¿y á mí qué me importa la revolución?»

—Señor, perfectamente, contestaba el fotógrafo.

—¿No te parece, añadía, que será una obra admirable?

—Señor, sí; como imaginada por V. M.

—Pues adelante, exclamaba don Carlos. Toma los chirimbolos de la fotografía, y no pierdas tiempo. Verás qué retrato vamos á hacer. Yo mismo me colocaré, porque tengo ya estudiada la posición.

Dicho esto se ponía en facha del modo que había dicho, quedando lo más exagerado y grotesco que cabe imaginar; y el fotógrafo, que aunque tonto, conocía al tipo, en vez de corregirle lo dejaba como estaba, ponderando su acierto; le miraba de frente, y hacía una inclinación satisfactoria con la cabeza; se ponía á mirarlo desde los ángulos y decía:

—¡Admirable! no puede estar mejor; la figura es de lo más arrogante que he visto; el retrato será un prodigio. No se menee V. M .. ¡Uno, dos, tres, cuatro! .. Va bien .. ¡Cinco, seis!... ¡Perfectamente! Ya estamos al cabo de la calle. ¡V. M. me ha inmortalizado!

Y cogiendo el cristal, corría al laboratorio, dejando ufano y pomposo al Pretendiente, que se marchaba completamente persuadido de haber hecho una gran cosa.

Cuando la fotografía estaba lista, se veía el esperpento más atroz en tintas y posición; y como de estos y otros retratos idénticos andan por el mundo muchos ejemplares, apelo al recuerdo de quien los conozca.

Don Carlos parecía una caricatura, pero él opinaba

diversamente; y contemplando aquella fotografía como un prodigio de arte, exclamaba:

—No puede estar mejor. Aquí aparezco tal como soy, con todas mis cualidades y circunstancias; bien puedo decir que soy otro yo, ni más ni menos. Mirando este retrato, se ve al gran rey, al gran general y al gran político. La cabeza despide heroismo, los ojos echan llamas, la boca revela desden. Pero lo que sobre todo está bien, es la pierna apoyada en la roca, la mano descansando en el sable, y la otra en la cadera. ¡Cómo se ve que éste no puede ser sino yo!

Y no se contentaba con admirar por sí solo aquellos retratos, sino que los regalaba á sus cortesanos, haciendo participar á estos de su admiración, y aun enviaba ejemplares á su esposa.

Los cortesanos, como era natural ponderaban él mérito de la fotografía, salvo reirse de ella á escondidas; pero doña Margarita, que no era tan atenta, en lugar de agradecer aquella fineza á su heróico consorte, le escribía:

—No sé cuándo dejarás de ser tonto, ó al menos chiquillo. La primera cosa que he hecho con aquel abominable retrato ha sido romperlo y tirarlo al fuego de la chimenea; fotografía más infernal y grotesca no la he visto jamás. Ya sería hora de que no te prestases á las bromas de los que se mofan de ti haciéndote representar tantos papeles ridículos.

Don Carlos no se desconcertó, y rompió la carta.

MOFARSE DE LO MÁS SANTO

Estando en Bulgaria llegó á don Carlos la noticia de que había muerto el general carlista Carassa, hombre de gran influencia en Navarra, y sólo se le ocurrió esta charranada egoista:

«Voy á escribir una carta á la viuda dándole el pé-

same y diciéndole que he hecho decir una misa en Bulgaria por el alma de su marido, y que han asistido á ella muchos personajes rusos. La imbécil lo creerá y enseñará la carta; ésta correrá de mano en mano por Navarra, y como los navarros son tan brutos, se entusiasmarán, lo cual contribuirá á levantar allí mi crédito.»

Opúsose enérgicamente Boet, sosteniendo que era burlarse del dolor de una viuda, insultar un cadáver y reirse de los sentimientos religiosos de Navarra; pero no le pudo convencer. La carta fué por conducto del marqués de Valdespina; llegó á manos de la pobre señora que, creyendo que lo del funeral era cierto, la enseñó á gran número de personas, y quedó consolada.

Al saberlo don Carlos soltó una gran carcajada, exclamando:

—¿No lo dije yo? ¡Si en Navarra no hay más que brutos!

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 19

*Observación preliminar.—El Toisón.—Cómo lo adquirió don Carlos.—El robo de esta joya.—Confusión de la justicia.—Sospechas contra Boet.—Confírmase aparentemente el delito.—Obscuridad.—Boet se oculta.—Su repentina aparición.—*FIAT LUX.*—Habla Boet.—Su Manifiesto.—Resonancia en Europa.—Don Carlos antes del robo.—Entre bastidores.—Trátase de echar tierra al asunto.—El proceso.—Concluso para vista.*

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

O los obispos y los curas no creen en la sinceridad del Papa cuando les manda acatar la dinastía reinante, ó les tiene sin cuidado todo cuanto dice.

Unicamente así se explica que, unos directa y otros indirectamente, varios á las claras y muchos en la sombra, todos ellos trabajen por encender la guerra civil.

El vulgo no se fija más que en los que descaradamente predican la insurrección, sin advertir que, así como en una orquesta hay instrumentos que apenas se oyen y otros que sólo dan notas aisladas y con grandes intervalos, pero que contribuyen poderosamente á la belleza artística del conjunto, así en la charanga carlista cada individuo aporta al levantamiento que se prepara la parte que corresponde al puesto que ocupa, los medios de que dispone y el campo en que se agita.

El obispo que combate el liberalismo en sus pastorales, el clérigo que vocifera contra él en el púlpito, el jesuíta que abre colegios para pervertir los hijos de los liberales, el fraile que cierra las puertas del cielo á todo el que tiene sentido común y lo usa, el mestizo que crea sociedades de polizontes con el pretexto de velar por la moral, los que fundan Asilos

benéficos ó forman cofradías, todos aquellos, en fin, que combaten la obra revolucionaria, no son más que músicos de la gran charanga carlista que ensayan esa partitura terrible titulada *Guerra civil,* que arrancará á la nación ayes de agonía, y le hará verter ríos de sangre y mares de lágrimas.

No hay que fijarse en si éste se pone en contradicción con aquél, en si lo que uno dice desmiente lo que dice otro. Si cada instrumento de una orquesta lanzase aisladamente sus notas, resultaría una barahunda infernal; bajo la batuta del director, las más discordantes, al parecer, suelen ser las que más contribuyen al efecto armónico.

Desde el periódico liberal que calla ante el crimen si es clérigo quien lo comete, hasta el jesuíta disfrazado de republicano que, aparentando descreimiento, dice que es de mal gusto hoy hablar contra el clero; lo mismo el que fingiendo respeto á la opinión ajena permite á su familia practicar actos religiosos de que él se burla, que quien permanece indiferente ante las procacidades y manejos de los enemigos de la libertad, todos son músicos de la charanga carlista, y contra todos debemos proceder el día que se dispare el primer tiro, pues todos habrán contribuído á que el carlismo, fabricante de cadáveres al por mayor, vuelva á empedrar las montañas con huesos de liberales y á encharcar los valles con su sangre.

OBSERVACIÓN PRELIMINAR

Pocos procesos, acaso ninguno en estos últimos tiempos, hayan interesado tan profundamente la opinión pública, como el *Robo del Toisón de Oro*.

Un Pretendiente al trono de España, cuya ambición injustificada ha hecho verter ríos de sangre y oro y enconado antiguas llagas, acude á los tribunales de Italia, guiado, sin duda, por la fatalidad, para exhibir ante ellos su vida y su persona y que acaben de conocerle los que, ciegos á toda luz y sordos á toda voz, no querían ver al hombre, y sí sólo al representante de sus ideas y de sus aspiraciones; como si en causas semejantes pudiera separarse la condición personal del representante de la causa que representa.

Don Carlos y su corte aventurera aparecen en las actas de este proceso como eran y son aún, y esas actas de la verdad son las que publicamos.

Al leerlas, y más en estos momentos en que el Pretendiente se prepara á encender de nuevo la guerra civil, unos españoles se afirmarán en sus juicios sobre ese inepto personaje, otros apartarán de sí el error en que han vivido y desecharán de su ánimo toda idea de reanudar pasadas contiendas en provecho de quien no merece, á los ojos del hombre de corazón, sacrificio de ningún género.

Han pasado ya algunos años desde aquél célebre proceso, y los que siguieron su curso con la atención que inspira la oportunidad, lo han olvidado. Para refrescar la memoria de éstos y para que la jóven generación sepa quién es don Carlos, reproducimos con-

cisamente los innumerables incidentes de aquel suceso escandaloso, del que tan mal parado salió don Carlos, demostrándose claramente á la faz de Europa de lo que es capaz ese hombre corrompido y estúpido que aspira á ser rey de España contra la voluntad de la nación.

Lea el público honrado, y podrá apreciar una vez más cuán repugnante resulta el ídolo de los carlistas.

Nosotros nada decimos por nuestra cuenta. Hablan los carlistas y habla la ley. Nadie, pues, podrá tacharnos de parciales.

ger entre todas las suyas como recuerdo de familia.

Don Carlos había solicitado un magnífico Toisón, valuado en un millón de pesetas; y como este presente resultaba desproporcionado con la suma del dinero heredado, se le había ofrecido en cambio otra joya de unas treinta mil pesetas, que había rehusado con mucha cólera.

Entonces pidió otro Toisón que valía unas 85.000 pesetas; y aunque el archiduque Carlos de Austria, padre y tutor del heredero universal del difunto, no queria dárselo, se entablaron negociaciones que aun no habían producido resultado cuando don Carlos llegó á Viena con toda su comitiva.

Su presencia dió más actividad á los negociadores, redobláronse las súplicas é instancias; al fin el archiduque Carlos cedió, y á principios de Noviembre del mismo año remitió el Toisón, que fué en seguida presentado y entregado á don Carlos.

Partió entónces éste con todo su acompañamiento para Gratz, donde vivían su madre y su hermano don Alfonso con doña Blanca; se hizo retratar con el Toisón puesto, y pocos dias después entró en Italia de vuelta á Francia. Detúvose en Venecia unos días y pasó á Milán, donde llegó á primeros de Diciembre de 1877 alojándose en una de las principales fondas llamada *Hotel de la Ville*.

*
* *

El día 13 de aquel mismo mes y año, al terminar su almuerzo con el conde Galvani en Milán, despidió don Carlos á Boet y Suelves, que habían comido con ellos, y para pasar un rato mandó traer á su criado Lorenzo unos uniformes suyos y el Toisón del duque de Módena, que queria enseñar á Galvani.

Arbulu volvió con el semblante descompuesto y la voz temblorosa, diciendo que faltaba el Toisón, y que, según todos los indicios, había sido robado.

Don Carlos se mostró estupefacto, y Galvani asombrado.

Preguntado Lorenzo sobre el modo cómo guardaba el Toisón, dijo que lo tenía cerrado en el estuche, y éste dentro de una cartera de viaje cerrada con llave, y la cartera guardada en un mueble del hotel cuando llegaban á una ciudad, y pasada por el cuerpo con unas correas cuando viajaba.

En la ciudad cerraba el mueble y la puerta del cuarto, y siempre tenía las llaves metidas en el bolsillo, junto con las del estuche y la cartera, que no dejaba un momento.

Examinóse el estuche, la cartera y el mueble, sin encontrarse el menor indicio de haber sido forzados. Lo particular era que en la cartera había una buena cantidad de dinero en oro, la cual el criado había hallado intacta; pareciendo muy extraño que los ladrones que habían cogido el Toisón no se hubiesen también apoderado de aquella cantidad.

Lorenzo no daba ninguna explicación de tan extraños sucesos; reconocía no haberse olvidado un momento en ninguna parte de las llaves del estuche, de la cartera y del mueble; no haber visto nunca en torno del aposento donde tenía dichos objetos, que era su cuarto de dormir, ninguna persona sospechosa; y finalmente, tampoco podía señalar ni indicar dónde le habían robado.

Don Carlos fué en seguida á denunciar el robo á la policía, que lo puso inmediatamente en conocimiento de la Audiencia. El juez correspondiente empezó á instruir las primeras diligencias, tomando declaraciones á don Carlos, Lorenzo, Arbulu y José Suelves, el ayudante de órdenes.

En todo esto sobresalían dos particularidades notables: don Carlos no dió parte del robo á los representantes ni á los empleados del *Hotel de la Ville*, á pesar de ser lo primero que en semejantes casos hacen todas las personas robadas.

También es extraño que, á pesar de la gran representación que el señor González Boet tenía al lado

de don Carlos, á éste no le llamaba ante la policía ó ante el juez, como había hecho con Lorenzo Arbulu y José Suelves, que ocupaban cargos muy inferiores. Don Carlos, no sólo dejó á su secretario completamente tranquilo, sino que procuró que la justicia no lo mezclase en la causa, lo que logró fácilmente.

Hízose pública la noticia del robo, y el periodismo la propagó por Italia y el resto de Europa.

En el *Hotel de la Ville* causó maravilla y extrañeza, y habiendo el director señor Baer hablado del caso á José Suelves, éste le declaró de parte de don Carlos que no se sospechaba de su establecimiento.

El periodismo, juzgando el caso á la ligera y con pocos datos, creyó de buena fe en el robo, y lo contó detalladamente con más ó menos inexactitudes. El público italiano lo creyó también. Voló rápidamente la noticia por Europa y en todas partes obtuvo la misma fe.

Todo el mundo quedó tan convencido de que habían robado el Toisón á don Carlos, que los liberales se alegraban y los carlistas y sus correligionarios del extranjero lo sentían vivamente.

El juez encargado de las diligencias entrevía en el fondo del suceso un misterio que le llamaba mucho la atención; pero fascinado por la posición del Pretendiente, no tuvo nunca la más ligera idea de que se le engañase; creyó que el robo era cierto, y que debía ser doméstico, atendidas las explicaciones de Lorenzo á quién juzgó el ladrón, habiendo pedido noticias de éste á don Carlos; mas se las dió tan buenas, que no supo á qué atenerse, y quedó persuadido de que aquel robo era de lo más raro que jamás hubiese visto, y que no había medio de traslucir quién lo hubiese hecho, cómo ni dónde.

Sin embargo, pronto había de averiguarse toda la verdad.

Sospechas sobre Boet.—Confírmase aparentemente su delito.—Obscuridad del asunto.—Boet se oculta.—Su repentina aparición.—FIAT LUX.

Dos ó tres horas después de descubierto en Milán el robo del Tolsón, don Carlos con sus acompañantes se dirigió á Turín, donde se detuvo un poco, y de allí á París, siempre acompañado de Boet, Suelvos y Arbulu.

Llegaron á Paris á últimos de Diciembre, y Boet, que hacía mucho tiempo estaba separado de su familia, se dirigió á Bayona, donde vivía, para pasar con ella las fiestas de Navidad.

Pocos días después, ó sea á primeros de Enero de 1878, la señora de Boet comenzó á vender diamantes á los joyeros de Bayona, hasta la suma de 5.750 francos.

Estas ventas tan repetidas acabaron por llamar la atención de los joyeros, quienes sospecharon que los diamantes podían haber formado parte del Toisón tan misteriosamente robado en Milán.

Este cálculo pareció un rayo de luz, y la gente dió en murmurar que quizá el ladrón no era tan desconocido como se creía, y que podría muy bien suceder que fuese acusado de un momento á otro,

La prensa de la localidad se apoderó de la noticia de la venta y de las murmuraciones aquellas, renovando de un modo inesperado ante Europa el amortiguado interés del robo misterioso; y todo el mundo creyó que verdaderamente se había descubierto al ladrón, y que este era el general Boet.

Como desde el principio se había tomado aquel por un robo doméstico, la opinión pública lo dió por confirmado, al considerar que Boet acompañaba á don Carlos como su secretario político y consejero de confianza.

En los partidos liberales se recogió el indicio con alegría, por ofrecer un arma contra los hombres del absolutismo. La idea de que don Carlos hubiese sido robado por el mismo jefe de su partido, era una de las cosas más divertidas y ejemplares que jamás se habían visto.

Europa estaba tan acostumbrada á ver á los carlistas robando, saqueando, asesinando, fusilando y violando, que se creyó muy natural el suceso, y lo único que hizo gracia fué que esta vez la víctima era cabalmente el representante político de Dios en la tierra de España, ó sea don Carlos en persona.

Pero los hombres honrados que conocían al señor Boet, de cualquier partido que fuesen, oyeron esto con asombro, y dudaron de la exactitud de la acusación. Aunque sabían que era pobre y estaba apurado, no podían creer que hubiese robado el Toisón.

Sin embargo, las noticias de la venta eran ciertas; la procedencia de los diamantes también lo parecía; todo lo cual redundaba en desprestigio de Boet, y por consiguiente producía gran suspensión en el ánimo de sus amigos y antiguos compañeros de armas en Cuba, entre los cuales figuraban los generales Martínez Campos, Polavieja y Salcedo.

Boet había sido desterrado de Bayona por las autoridades francesas, que creían que conspiraba, y vivía en la granja de un marqués legitimista,

Supo por los diarios las voces que circulaban en Bayona sobre la venta de los diamantes, y pidió permiso á las autoridades para volver á su casa, lo cual no alcanzó.

Mientras tanto en casa de don Carlos se avisaba al juez de Milán denunciando al presunto ladrón, y el juez expedía requisitorias á Francia para que se buscara y arrestara á Boet.

De repente Boet envió el 10 de Marzo á don Carlos un gran paquete de diamantes por medio de un tal Retamero, ayudante suyo en la guerra carlista,

reconociendo què aquellas piedras preciosas y algunos trozos de metal que las acompañaban, pertenecían al Toisón del duque de Módena; y en casa de don Carlos se recibió el envío en el mismo concepto, exigiéndose la devolución de otras piedras que faltaban, y que no se sabía que hnbiesen sido vendidas.

Poco después las autoridades francesas arrestaban á la señora de Boet y á la madre de ésta por la venta de los diamantes. Interrogadas, declararon que se les había dado la orden de venderlos, previniéndolas de que si les preguntaban por la procedencia, contestasen que eran de América.

Los indicios no podían ser más claros contra el general carlista, y todo el mundo se confirmaba en la idea de que don Carlos había sido robado por su partidario de más confianza y posición política.

A pesar de esto, en la sombra se observaban cosas extrañas desde que empezaron á crecer aquellas voces. Aunque don Carlos y doña Margarita, con los que formaban su corte, hablasen de Boet como del verdadero autor del robo, se notaban en ellos unas idas y venidas, unos cuchicheos, unos misterios y enredos que complicaban y obscurecían el suceso.

A cada instante se enviaban y recibían cartas y telegramas, partía y regresaba gente, y había conferencias y consejos secretos. ¿Qué pasaba? ¿por qué tanta sombra en una cosa que parecía tan clara? Nadie podía obtener respuesta satisfactoria.

En esto una pareja de gendarmes franceses llegó á la posesión donde vivía Boet, y preguntando por él, le contestaron que había marchado á Rusia. Los gendarmes registraron aquella finca y otra cercana, sin hallarle, y levantaron acta de las diligencias.

Todo, pues, parecía indicar que Boet era el autor del robo de la joya; pero había en este suceso, como hemos dicho, algo extraño é inexplicable que le daba aspecto sombrío é imponente.

—

Transcurrió el mes de Abril sin conocerse el paradero de Boet ni saberse sino que su esposa y suegra continuaban arrestadas. De repente, cuando menos se esperaba, con asombro y estupor generales, el desaparecido aparece en Roma á primeros de Mayo, como llovido del cielo. Se presenta en el consulado y la embajada española, declara su personalidad, y dice que va á ponerse en manos de la justicia italiana, como acusado del robo del Toisón de don Carlos.

La noticia produjo general asombro; se preguntaban cómo un hombre que había logrado burlar la persecución de la gerdamería francesa, se entregaba después á las autoridades italianas tan tranquilamente; cómo un acusado que podía haber huído á América sin impedimento alguno, había preferido atravesar Francia é Italia para ir á Roma; cómo teniendo en su mano salvarse, se ponía en manos de sus perseguidores. No era remordimiento, porque el viaje y la llegada habían sido demasiado misteriosos. ¿Qué era, pues?

Boet sacó pronto á todo el mundo de dudas, publicando un Manifiesto que levantó en toda Europa un grito de asombro.

El que había robado el Toisón de don Carlos... ¡era don Carlos mismo!

Necesitaba dinero para sus vicios, para mantener á las rameras dueñas de su corazón; y para vender la joya sin que lo supieran su mujer y su familia, había fingido en Milán el robo, no vacilando en hacer caer luego la responsabilidad sobre Boet.

Don Carlos no tenía entrañas. Repetía continuamente, como resabio de su fatal educación, que así como los naipes se inventaron únicamente para distraer á Carlos VII de Francia, que estaba demente. Dios había enviado á los hombres para divertir á los reyes.

Habla Boet.—Su Manifiesto.—Resonancia en Europa.—Don Carlos antes del robo.—Entre bastidores.—Trátase de echar tierra al asunto —El proceso.—Concluso para vista.

Lo que Boet dijo produjo gran escándalo en Europa. Casi toda la prensa lo reprodujo y lo comentó estensamente. Acusaba con toda claridad á don Carlos de haberse robado á sí mismo el Toisón de Oro, y hacía una terrible pintura del partido carlista.

«Cuando volví á España, escribía, para unirme al partido carlista y afiliarme á su bandera, creía de buena fe que aquel partido poseia aún las virtudes de la Edad Media; y como estaba convencido que mi patria necesitaba un gobierno fuerte, moral y severo, me sentía feliz de poder consagrar á aquella causa mi espada y mi vida, por poco que valiesen.

Pero grande fué mi dolor cuando, al entrar en Estella, pude observar el desórden y la inmoralidad que reinaba en aquella gente. ¡Entonces me fué dado comprender cuán exageradas habían sido mis ilusiones! Tenía ante mis ojos todos los vicios de la Edad Media y ninguna de las virtudes de aquella época.

Desde aquel momento no fuí ya carlista de corazón; el entusiasmo me había abandonado: sin embargo, obligado por los deberes que me imponía la conciencia, y ya que había abrazado aquel partido, formé el próposito de sufrir las consecuencias todas de mi determinación y de mostrarme en cualquier circunstancia lógico conmigo mismo, leal é incorruptible.

Los españoles todos son testigos de la tenacidad con que permanecí fiel á la causa carlista, y de que la defendí con las armas en la mano.

En el ejército era tan grande el desórden, que mis esfuerzos eran impotentes para corregirlo. La causa principal de ese mal era don Carlos que, sin talento,

sin educación militar, de malas costumbres y lleno de orgullo, hacía estériles los esfuerzos de todos. Así sucedía que los sacrificios que el partido hacía y los socorros que el extranjero enviaba, eran absolutamente inútiles.

Sin las operaciones que verificamos en nuestra retirada, la campaña del Norte hubiera terminado de la manera más ignominiosa para la causa en general y para don Carlos en particular; porque en aquella ocasión se mostró tan pusilámine, que admiró á todos por su cobardía.

Pero era nuestro jefe; era jefe del partido carlista, y era preciso salvarlo á todo trance, salvarlo del descrédito y de la vergüenza, ó el partido hubiera desaparecido. Moral y materialmente, fuí yo quien cubrió la retirada.

Don Carlos, influído por mi popularidad entre nuestros partidarios, me colmó de atenciones y me propuso la dirección de su cuarto militar.

Aquí empieza la segunda parte de mis sacrificios. Para aceptar aquel cargo me era preciso resignarme á pasar toda la vida en el destierro. No se me ocultaban, por otra parte, los inconvenientes que para mí tendría vivir con un hombre de costumbres tan corrompidas y de un cinismo tan grande. Pero me decidí por fin á aceptar, para seguir la tarea que me habia impuesto en la campaña, es decir, para contenerle, prevenirlo, dirigirlo y aconsejarle; en una palabra, para neutralizar, en cuanto de mi parte estuviera, los malos efectos de sus extravíos, y para ocultar en lo posible aquellos que no hubiera podido evitar. Preveía que entregado á sí mismo y á merced de sus pasiones, lo escandaloso de sus costumbres llenaría la Europa y sería bastante para matar al partido. Me sacrifiqué, pues, para salvar á nuestro jefe de aquel naufragio.

Mi primer cuidado fué disminuir los gastos de don Carlos, y es dificil formarse una idea exacta de su

manía de tirar dinero. Aparte de los gastos de su casa, gasta él sólo sumas fabulosas. ¡Y qué manera de gastar! No hay mujer de costumbres ligeras en París ni en Viena que no lo conozca íntimamente.

Estos hechos son tanto más graves y condenables, cuanto que el partido carlista es pobre en extremo. No puede tenerse ni la más remota idea de la miseria de los carlistas...»

Boet narra después el viaje que hizo con don Carlos por Europa, y termina así:

«No me detendré á relatar la innumerable série de mortificaciones y de ultrajes que se vió obligado á sufrir en su viaje, á causa de su falta de delicadeza y de tacto.

Recibió severas lecciones de reyes y de príncipes, y fué objeto de mofa y de desprecio por parte de gente inferior á él.

Mis esfuerzos no fueron bastantes á evitar su descrédito como soldado, como caballero y como hombre.»

En Mayo de 1878 lanzó desde Turin un Manifiesto, anunciando á todo el mundo la verdad de lo ocurrido.

El documento no podía ser de evidencia más abrumadora.

Después de la lectura, don Carlos resultaba cubierto de inmundicia. Basta fijarse en la claridad con que habló Boet para convencerse de que decía verdad.

He aquí el documento, digno de ser leído y releído cada vez que don Carlos intente mezclarse en los asuntos de nuestra patria.

A MI PARTIDO Y A MI PAIS

«He cubierto dos veces la retirada de don Carlos de Borbón: la primera cuando abandonó el Norte de España y se refugió en Francia; la segunda á orillas del Danubio, en Turnie-Magurele, cuando después de haber prometido al coronel rumano Petrovano

que se batiría con él, no tuvo resolución para ello, ni aún á instancias de una dama, que le recordaba su palabra de honor empeñada.

Que cubrí la retirada á don Carlos de Borbón la primera vez en el Norte, lo dirán los testigos de nuestras luchas civiles: que le cubrí la segunda salvando la apariencia de su honor en el Danubio, puede atestiguarlo el acta que, firmada por cuatro caballeros, posee el coronel Petrovano y que tuve que arreglar con el Sr. Floresco.

Don Carlos ha querido últimamente que le cubriese una tercera vez la retirada, pero dejando en ella mi honra. Esta vez y cuando he agotado todos los miramientos que debía al príncipe á quien he servido, todos los sacrificios como hombre de partido, todas las consideraciones que me merece su respetable familia, cuyas vanas gestiones no han podido evitar el escándalo; cuando he consumido todos mis recursos para salvar mi honor en el terreno privado, relevado de todo respeto humano, presa por culpa suya la persona más querida de mi familia y vilipendiado mi nombre ante la opinión pública, tengo el derecho de ser inexorable. No cubriré más tiempo las retiradas de don Carlos: esta vez soy yo quien corte la suya al fugitivo del Norte y del Danubio.

Al escapar don Carlos de sus orillas se encontraba, como hace tiempo, en deplorable estado de recursos, ya por su agitación y conspiración constante, ya por otros gastos menos justificables á los ojos de su partido y de su familia, habiendo contraído urgentísimas y sagradas deudas—no hablo de las que tenía conmigo—cuya existencia probarán bien pronto los tribunales de justicia.

En esta situación y no surtiendo efecto cuantas peticiones de dinero hacía constantemente, amonestado por los miembros de su familia por sus gastos, muy en desproporción con sus recursos, concibió el proyecto de alcanzar una de las joyas más ricas de

la herencia del duque de Módena, ó para enajenarla después, ó para levantar fondos sobre su garantía.

Un archiduque de Austria era el heredero universal del duque de Módena; pero los herederos secundarios, don Carlos, don Alfonso y demás, tenían derecho á recibir un objeto como recuerdo de aquel príncipe. Don Carlos, poniendo siempre por delante á su administrador, se fija primeramente en un magnífico Toisón de oro, valor de un millón de francos, y cuando pierde la esperanza de lograrlo, en otro segundo de menor precio, pero que vale ochenta mil.

Para facilitar su plan se vale de pretextos con los cuales pudo esforzar más las gestiones á fin de alcanzar el que deseaba, y al cual llamaba el *As de oros* de su tío, aludiendo á ciertos recuerdos de la orden fundada por los príncipes de Borgoña. Obtúvolo á costa de toda clase de exigencias y humillaciones, pero no sin que algunas de las personas más respetables de su familia, sabiendo bien sus despilfarros, no concibiesen sospechas sobre el futuro y verdadero destino del rico Toisón, que en vano se intentó enviar á París á doña Margarita.

Dueño ya de esta joya, concibe en Viena y fomenta en el mismo Gratz, al lado de su madre y de su hermano D. Alfonso, el plan que desarrolla en Venecia y en Milán.

Le acompañaba en sus viajes, juntamente conmigo, su oficial de órdenes y su criado Lorenzo, una dama húngara, artista en Pesth, baronesa en Italia. Como públicamente no era posible ni vender ni empeñar las piedras preciosas del Toisón, porque esto habría hecho completo el rompimiento que ya amenazaba con el conde de Chambord, con su esposa, con su madre y con sus hermanos, inventa la desaparición por medio de un robo simulado de esa alhaja, insistiendo en este proyecto á pesar de cuantas consideraciones le expuse sobre la gravedad de sus posibles consecuen-

cias, proponiéndole otros medios para reunir aquellos fondos que realmente reclamaba su desesperada situación financiera.

Inútiles mis consejos. Decidido don Carlos á obrar aun sin mi concurso, estrechándose las distancias financieras, y teniendo yo mismo sumas por cobrar de don Carlos que imperiosamente necesitaba mi familia en Bayona, tuve la debilidad de acceder á sus deseos aunque sin mezclarme para nada en la farsa del robo del Toisón, y exigiendo no se me llamase á declarar judicialmente si tales declaraciones tenían lugar.

La titulada baronesa, á quien sólo he citado por ser absolutamente necesario para explicar lo sucedido, se encarga del Toisón en Milán. Don Carlos, merced á deferencias de todo género, dispone á su merced de su criado Lorenzo, y á los pocos días de nuestra estancia en el *Hotel de la Ville* de Milán, convida don Carlos á almorzar una persona respetable que había sido mayordomo de su madre, y cuyo testimonio debía pesar mucho en Gratz, Frohosdorff y Viena,

Al enseñarle después del almuerzo uniformes, armas y condecoraciones, se advierte la pérdida del Toisón, no obstante estar encerrado en un estuche especial y bajo dos llaves más.

Dada cuenta á la policía, el juez, que desde el primer momento se ha mostrado receloso, toma diferentes declaraciones sin que nadie le advierta debe hacerlo á la baronesa y registrar el estuche de sus joyas, donde se habría hallado el Toisón.

Pasan algunos días, y don Carlos, que no ha mostrado gran preocupación por el robo de joya tan preciosa, parte con su séquito y reunido ya á la baronesa, para Turín y París.

El 23 de Diciembre, y en el café Richer, recibo de don Carlos la misión de preparar una persona para ir á Madrid á vender allí los brillantes del Toisón así que recibiere un aviso, diciendo don Carlos que en España no hay policía y que el concurso de gran

número de extranjeros ricos con motivo del regio enlace, facilitaría su colocación.

De nuevo insistí en los peligros de empresa tan aventurada, aconsejándole que en caso de no poder adquirir por otros medios recursos que en realidad eran urgentísimos, se vendiesen los brillantes en Inglaterra.

A estas reflexiones, como á las que envié desde Bayona y Tolosa, don Carlos contestó con autógrafo terminante, siendo lo más inícuo que, habiendo yo exigido como condición indispensable para encargarme *de la venta que todo proceso hubiese cesado*, me avisó en los términos más absolutos que la causa de Milán había terminado completamente por su intercesión. La falsedad de esta noticia, que supe meses después, hizo que yo comprometiese á una persona de mi familia y que haya continuado en esa inteligencia hasta el último momento.

Don Carlos cree quemados sus autógrafos, según orden suya, pero las cenizas pudieran enrojecerse y hablar ante el imperio de la verdad y el fuego de la indignación que suscita tan incalificable perfidia.

Explicaré también ante los tribunales sus agasajos á su ayuda de cámara, su separación preparatoria de la dama que le acompañó antes y después en Gratz, en Turín, en Venecia y en París; mientras yo, al presentarme por primera vez à los magistrados de Milan, explicaré toda mi conducta, diré mi pobreza de hoy, que mal se aviene con el hecho de tener en mi poder ó en el de mi familia los brillantes cuya desaparición quiere hacer recaer sobre mí, cuando desde Tolosa y por personas que declararán también ante la justicia, se los devolví todos, sin lograr que confesase la verdad, excepto aquellos pocos que por su orden, y para cubrir atenciones urgentísimas, enajenó en Bayona una persona de mi familia, víctima de mi confianza en don Carlos.

Demostraré con pruebas que he podido proporcio-

narme recursos sin responsabilidad alguna, desprendiéndome de elementos que estaba en mis facultades utilizar, no habiéndolo realizado por no faltar al interés de la causa que he servido, y que no es culpable del triste jefe que la representaba.

Ultimamente, el hecho de presentarme ante los jueces de una nación extranjera sin recursos ni protección, cuando pudiera disfrutar en Europa ó en América el fruto de los hechos de que don Carlos me acusa, habla con elocuencia irrebatible. Los tribunales, anté los cuales los príncipes tienen que presentarse también á responder de sus actos, quedan eu el uso de la palabra, y yo sólo suplico á las personas imparciales que esperen el fallo de la justicia.

Conozco hace tiempo á don Carlos, pero creía se trataba sólo de ciertos defectos de la juventud, de una especie de enfermo que necesitaba cuidados; *pero me he encontrado con un mentecato en la forma y con un malvado en el fondo.* Ha llegado á tal estado de degradación, que esto mismo lo hace inviolable.

Al ir á Oriente, le dice en Viena el archiduque Alberto que los curiosos estorban á veces en los ejércitos, y que debe pedir permiso para ir al campamento ruso. Escribe al gran duque Nicolás y al príncipe Carlos de Rumania, y no le responden; me hace poner telegramas, y no son contestados. Marcha sin embargo á Ploesti, donde el emperador de Rusia lo invita á comer, como á todo viajero de su clase, pero haciéndose el desentendido cuantas veces le ofrece don Carlos acompañarle, hasta que después de comer tiene que decirle categóricamente el príncipe de Gorschakoff, en términos poco amables, que debía marcharse y que habría sido mejor no hubiese ido.

Don Carlos, sin embargo, se queda, no para ganar una condecoración honrosa que la Rusia no le ha dado, sino para desaparecer en el momeuto más crítico y por libertarse de un lance en el que salvó todo menos el honor.

Muchas veces le he oído decir que había matado de un disgusto al ilustre hombre político Aparici y Guijarro, que tanto hizo por él. A don Carlos no se le puede matar de un disgusto, porque ha perdido el sentido moral, y no se le puede matar de otra manera, porque huye cuando se le busca.

Turín 8 de Mayo de 1878.

CARLOS G. BOET.

La publicación de este Manifiesto causó en Europa una inmensa sensación; centenares de periódicos se apresuraron á reproducirlo y comentarlo, estimándolo como un suceso político de gran trascendencia.

En el campo carlista y en el legitimista hubo un momento de estupor y miedo. ¿Sería cierto lo que decía Boet? El conocimiento que tenían de las costumbres y carácter de don Carlos les hacía titubear y temerlo. Mas pensando en que el descrédito de don Carlos era el de las ideas monárquicas, y aun conociendo de lo que el sujeto era capaz, salieron al fin en su defensa.

Así, pues, levantáronse como un sólo hombre, y arrojándose sus periódicos sobre el Manifiesto, atacaron al autor con la mayor virulencia.

Boet se defendió irónicamente, reservando sus argumentos para los tribunales.

Los diarios españoles hicieron observar á los carlistas que la fama de don Carlos había siempre sido muy turbia, y que si Boet era un malvado, tal como ellos declaraban, al salir de las filas del ejército regular no debieron haberlo admitido en las suyas, ya que se creían el partido más honrado de España.

La polémica cesó por haber dicho Boet en su réplica que, teniendo ya la palabra los tribunales, él no la tomaría más. Sin embargo, la prensa carlista y legitimista continuó hostilizándole de firme.

Avisada la Audiencia de Roma de la presencia de Boet en dicha ciudad y de sus deseos de hacer declaraciones, nombró un juez que se las tomara. Boet compareció ante él y declaró:

Que don Carlos no había sido robado, sino que había fingido el robo; que el motivo era la necesidad de dinero para atender á sus calaveradas, sin exasperar á su familia, la cual estaba indignada ya de sus excesivos gastos; que una de las circunstancias que más le movieron á hacer aquella comedia era haber contraído relaciones en Viena con una cantante de café, húngara, á la cual hizo baronesa de Samoggy, y prometió llevarla á París é instalarla con 24.000 francos al año, sin los regalos, y que desde Viena á París había viajado siempre con ella.

Que don Carlos le había consultado la idea del robo fingido, que él reprobó terminante y enérgicamente; que había hecho la comedia de dicho robo con la cooperación de la baronesa y Lorenzo Arbulu, y que la combinación que había urdido era la siguiente: En Venecia hacer adelantar al suyo el viaje de la baronesa á Milán, con objeto de que llegase como una persona extraña á la comitiva, tomase un aposento diferente del que él tomaría para sí, que permaneciese allí sin darse por entendida de nada, y una vez declarado el robo, partiese para Turín también sola. De este modo, mientras don Carlos denunciaría la falta de la alhaja, la Samoggy podría guardarla sin infundir sospechas; y aunque se registrasen los equipajes, no se hallaría nada.

Que la baronesa cumplió las órdenes de don Carlos, y en Venecia se separó de él para ir sola á Milán; pero que cuando el Pretendiente quiso hacer la comedia y le encomendó la custodia del Toisón, se resistió enérgicamente y hubo entre ambos una escena violenta en el aposento de ella; y que si al fin la obligó á ayudarle, fué amenazándola con echarla en seguida á la calle.

A fin de que el robo fingido fuese más difícil de descubrirse, don Carlos mandó á Lorenzo que dijese siempre que desde Gratz hasta Milán no había abierto nunca la cartera de viaje donde llevaba la joya, y que, imaginando que contenía el Toisón por el peso del bulto, nada había sospechado antes. Así calculaba que la justicia, ante la declaración de un robo tan obscuro y difícil de localizar, se adormecería y olvidaría hacer activas diligencias que le comprometiesen.

Continuando Boet sus declaraciones, añadió que no queriendo mezclarse en tan feo asunto, había advertido al Pretendiente que no declararía en la causa que resultase de todo aquello, pues si le llamaban, daría unas contestaciones que no le gustarían nada, y que por esto don Carlos procuró que ni la policía ni el juez de Milán le citasen é hiciesen comparecer. Pero que después se vió envuelto en la cosa, porque como el Pretendiente no quiso que la baronesa fuese á Turín con el Toisón en su poder, ni se atrevió á guardarlo en sus habitaciones por continuarse las diligencias judiciales, se lo entregó á él, y después le encomendó que lo desmontara y lo vendiera, lo cual se vió obligado á aceptar, á pesar suyo, porque don Carlos le debía unos 18.000 francos de honorarios que nunca le pagaba y se convino en que se los cobrase de la suma que sacaría del Toisón.

Para proceder á la venta, añadió Boet, el Pretendiente debía ante todo hacer sobreseer la causa de Milán y enviarle unos billetitos escritos de su puño, con estas contraseñas: «*ten as sin capucha*; pues don Carlos llamaba *As de oros* al Toisón. Si le escribía *no tengas as*, debía suspender la venta.

Estas contraseñas habían sido necesarias, porque al regresar á París, Boet se fué á Bayona, y por orden de don Carlos se llevó el Toisón desmontado, con el objeto de preparar lo necesario para enviar á Madrid una persona de confianza que lo vendiera.

Prosiguió Boet, que como su familia debía mucho dinero en Bayona y al partir él para esta ciudad don Carlos no pudo darle dinero, se acordó que si no le enviaba pronto una cantidad para entretener á los acreedores y hacer el viaje á Madrid, vendiese algunos diamantes y los emplease en estas cosas.

No habiendo recibido dinero ni cartas de don Carlos, vendió algunos diamantes por medio de su esposa, y al fin, hallándose desterrado en los contornos de Tolosa, recibió de don Carlos las contraseñas para que procediese á la venta del Toisón. Pero como él contestase al Pretendiente que le parecía más natural que la venta se hiciese en Londres, éste le envió otras contraseñas, insistiendo en que lo hiciese en Madrid.

Sucedió entonces que los diarios de Bayona empezaron á dar publicidad á la venta de los diamantes con maliciosas suposiciones contra él; y tanto por esto como por otros motivos, pidió instrucciones á don Carlos sobre lo que debía de hacer, rogándole que observase que los rumores de aquellos diarios le comprometían en extremo. El Pretendiente no le contestó.

Algunos días después, doña Margarita, por el intermedio de su secretario Esparza, le envió á un antiguo ayudante suyo del Centro, Francisco Retamero, que hacía de farmacéutico en Tours, con objeto de saber si tenía los diamantes del Toisón; y Boet dijo al juez que, teniendo ciega confianza en este Retamero, le contó cuanto había ocurrido, y le pidió que se encargase de llevar dos cartas á don Carlos, una larga, donde le hablaba de cosas generales, y otra corta que se refería al Toisón; que las copiase antes de entregarlas y luego le enviase las copias junto con una detallada relación de lo que hubiese hecho y dicho don Carlos al leerlas. Esto paso el 4 de Marzo.

Según Boet, Retamero cumplió el encargo, y don Carlos leyó con mucha atención la carta breve, y con-

testó que estaba bien. Pero habiéndole exigido poco después don Carlos que devolviese los diamantes, le envió el 10 de Marzo los de menos valor por conducto del mismo Retamero.

La conducta de don Carlos parecía sospechosa á Boet, quien empezaba á temer de éste una mala partida con el objeto de que no se descubriese que había sido simulado un robo para vender la alhaja á escondidas.

Entonces formó el pensamiento de denunciar el hecho á las autoridades judiciales francesas; pero habiendo sabido que habían sido arrestadas su esposa y suegra, se contuvo; aplazó para más delante justificarse y vengarse, y al fin se presentó en Roma, poniéndose á disposición de la justicia.

El señor Boet entregó al juez las contraseñas que había recibido de don Carlos para que vendiese el Toisón y las indicaciones escritas de que lo hiciese en Madrid, así como algunos borradores de cartas suyas; presentó además una memoria de acusación contra don Carlos, pero no entregó documentos ni pruebas directas.

El juez, que según parece, era un hombre de una facha muy innoble, le escuchó siempre con hostilidad: se mostró incrédulo y sólo tomaba interés en preguntarle constantemente cómo pensaba probar tal cosa y tal cosa.

Sospechó de esta conducta el interesado y púsose en guardia; se reservó ciertos datos, y contestó enérgicamente al juez, que si le importaba conocer su plan, á él le importaba más callárselo, y que cumpliese mejor con su deber sin entrometerse en cosas que no le correspondían.

Pero como un día el juez se negase á consignar en las declaraciones un hecho muy desfavorable á don Carlos, Boet y él tuvieron un violentísimo altercado, en el cual estuvieron á punto de llegar á las manos.

Estos fueron los primeros indicios de parcialidad

carlista y quizá de corrupción que se observaron en la magistratura italiana sobre esta causa. Boet comprendió en seguida la gravedad de aquellos síntomas, y desde el primer momento vigiló á los curiales que intervenían en la causa y no se fió de nadie ni salió de una estricta reserva.

La publicación del *Manifiesto* y la altiva conducta de Boet en Roma causaron honda pena en los altos círculos clericales de Francia é Italia, y conociéndose la imprudencia de entablar una lucha de tal naturaleza con un hombre que poseía todos los secretos del partido reaccionario de Europa, se imaginó una transacción.

Encargáronse las negociaciones al prior de un convento de Roma, quien un día fué á la posada de Boet, y habiéndole pedido una entrevista, el visitado le contestó que estaba dispuesto á escucharle en seguida.

Entonces el fraile le manifestó con voz dulce y apesarada, invocando la religión y los intereses del partido legitimista europeo, cuánto habían sentido las personas juiciosas el rompimiento que había ocurrido; cuánto dañaba á la causa del órden y de la moralidad el escándalo que se estaba dando en presencia de los liberales; cuánto se regocijaban éstos de ver al que poco antes dirigía el partido carlista difamando y vilipendiando á don Carlos, y acabó proponiéndole que aceptase una cantidad y se retirase á América, dejando suspenso todo lo referente á la causa del Toisón.

El señor Boet contestó que era tarde para entrar en negociaciones, porque ya no podían resolver la contienda sino los tribunales.

Enviadas rogatorias á Francia para interrogar á don Carlos en París, donde vivía, éste declaró ser escandalosamente falso cuanto Boet decía para justificarse, pues el robo era cierto en absoluto; sostuvo que Boet había cometido este crimen, y lo apoyó n varios datos absurdos.

Añadió que Boet, al verse descubierto, se ocultó en casa del marqués de Alex, de modo que nadie sabía su paradero; que desde su escondite empezó á enviarle personas que pidieran perdón á don Carlos y le devolvieran los diamantes; que se los devolvió en dos partidas, por haber empeñado los más valiosos en algunos miles de francos; y que no quería ocuparse en lo que Boet decía de la baronesa, por ser chismes indecentes.

Negó que jamás hubiese llamado *As de oros* al Toisón; rechazó lo de las contraseñas; sostuvo que tenía cuanto dinero necesitaba; declaró que nada debía á Boet, por cuanto éste no disfrutaba de sueldo; excusóse de no haberle hecho declarar al denunciar el robo á la policía; dijo que podía probar cuanto declaraba por medio de numerosos testigos, y presentó algunas cartas, telegramas y otros documentos, aunque en brevísimo número.

Las declaraciones de éste habían sido enviadas á Milán, cuya Audiencia nombró juez instructor al clerical y absolutista señor Prampolini. Boet se había instalado en esta ciudad, nombrando abogados suyos á los señores Guastala y Campi.

Después de tomarle el señor Prampolini nueva declaración, manifestóle que, no hallando motivo para arrestarle, le dejaba en libertad de volverse á Bayona ó de ir á donde quisiera. Pero el señor Boet le contestó que consideraba indispensable su permanencia en Milán, y que no saldría de esta ciudad hasta terminada la causa, aunque durara cincuenta años. Avisóle de que para no llamar la atención tomaría el nombre de Fuentes, y le dió las señas de su domicilio.

La llegada de Boet á Milán puso en movimiento á toda la prensa milanesa. El *Osservatore Católico*, clerical, y el *Corriere della Sera*, moderado, estuvieron en seguida de parte de don Carlos; la masa de la prensa moderada fué neutral y esperó, y los diarios

liberales parecieron inclinarse hacia Boet, aunque sin comprometerse en nada.

Durante algunos días hubo un gran alboroto periodístico, narrándose los sucesos con grandes inexactitudes de una y otra parte, cometidas con malicia evidente las de los diarios carlistas, y más por ignorancia que por mala fe las de los liberales. Mediaron algunas rectificaciones de parte de los abogados de Boet, y luego el clamoreo bajó y cesó.

Estaba, pues, planteado el problema judicial: problema difícil, problema importante y de suma trascendencia. ¿Era don Carlos un infame tan vil como decía Boet? ¿Era Boet un hombre tan degradado como decía don Carlos? ¿Había el uno fingido un robo y acusado de éste á un inocente, ó había el otro robado é inventado una calumnia para lavarse de aquél crimen?

Se esperaban con gran curiosidad los debates públicos sobre este proceso.

De ellos resultó probada, como veremos en el próximo *Folleto*, dedicado al proceso, defensa y absolución de Boet, la culpabilidad de don Carlos.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 20

LOS CLERICALES POR DON CARLOS.—PRISIÓN DE BOET.—JUICIO POR JURADOS.—ACUSACIÓN FISCAL.—LOS JURADOS Y EL PÚBLICO VACILAN.—DEFENSA DE BOET.—REVELACIONES ESTUPENDAS.—IMFAMIA SOBRE INFAMIA.—LA CORISTA SAMOGGY.—TESTIGOS FALSOS.—EL LADRÓN DE SÍ MISMO.—DON CARLOS POR LOS SUELOS.—CORRUPTORES CORROMPIDOS.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

La publicación de los *Crímenes del Carlismo* me ha enseñado una cosa; que hacemos muy mal en entregarnos á pesimismos desoladores.

Divididos, maltrechos, llenos de envidias y rencores, decaidos los ánimos, desesperanzados, indiferentes, hay algo no obstante que aviva las energías, que hace olvidar lo que nos separa, que nos recuerda lo que fuimos, y ese algo es, ¡el odio al carlismo!

Ya me escribe uno de nuestros más eminentes periodistas felicitándome por la publicación; ya un jefe del ejército me anima á proseguir en mi tarea; hijos y nietos de héroes de la libertad sacrificados por las hordas carlistas me refieren indignados y noblemente rencorosos lo que hicieron con los suyos; hasta un pobre anciano, que perdió dos hijos en la pasada guerra, me dice que vendría á abrazarme desde Reus, si sus años no se lo impidieran.

Esto me hace estar cada día más satisfecho de mi obra, y exclamar á menudo:

«No se ha perdido todo, no; aún queda algo; hay un lazo de unión, un punto donde apoyar la palanca de la libertad para lanzar al

abismo el pasado, y ese punto es el odio al carlista.»

Alimentemos ese odio recordando los crímenes que ha cometido; así nos haremos más dignos cada día de descansar á la sombra del arbol de la libertad que nuestros padres regaron tantas veces con su sangre y nuestras madres con sus lágrimas; y asi nos prepararemos para liquidar de una vez y para siempre, las cuentas con el pasado.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRERICALES POR DON CARLOS.—PRISIÓN DE BOET.—JUICIO POR JURADOS.—ACUSACIÓN FISCAL.—LOS JURADOS Y EL PÚBLICO VACILAN.—DEFENSA DE BOET.—REVELACIONES ESTUPENDAS.—INFAMIA SOBRE INFAMIA.—LA CORISTA SAMOGGY.—TESTIGOS FALSOS.—EL LADRÓN DE SÍ MISMO.—DON CARLOS POR LOS SUELOS.—CORRUPTORES CORROMPIDOS.

Como digimos en el *Folleto* anterior, el juez Prampolini, después de tomar declaración á Boet, lo había dejado en libertad por no hallar motivo para arrestarle; mas Boet no quiso dejar á Milán mientras durase el proceso.

La conducta del juez indica claramente que no había ni indicios de culpabilidad para el acusado. Siendo él legitimista, y estando tan influído por el clericalismo, se habría aprovechado de la más pequeña circunstancia para encarcelar á Boet.

Este comprendió desde luego con quién se las había, y no dijo nada por donde pudiera deducirse el sistema de defensa propia y acusación contra don Carlos que pensaba emplear. No obstante, en una ocasión, cansado de las añagazas é insidias del juez, le habló tan duramente, que por poco no vienen á las manos.

Durante el curso del proceso murió Guastala, el mejor abogado de Boet, y éste no lo sustituyó; mas habiendo llegado á mediados de 1879 las rogatorias que se esperaban de Francia, nombró al abogado Ronchetti, joven, de gran reputación y diputado.

Los magistrados no querían cerrar aún el suma-

rio, pero interpelados por el ministro de Justicia, no pudieron escusarse de hacerlo, si bien declarando en un auto de arresto motivado, haber suficientes méritos para enviar á Boet ante el Jurado como autor de un delito triplemente calificado. Los absolutistas, como se vé, no se dormian.

Por consecuencia de este auto, ordenóse que se prendiese á Boet y se pasasen los autos al tribunal de Apelación, y el 25 de Agosto, á eso de la una de la tarde, fué conducido Boet á la cárcel.

Influencias poderosísimas de la reacción clerical, corrupciones de testigos, amenazas, exámen clandestino de los autos del sumario, parcialidad manifiesta del juez en favor de don Carlos, todo esto se puso en juego para que Boet saliera condenado.

Y en esta atmósfera de intrigas, en este caos de pasiones políticas y religiosas, con magistrados que tenían verdadero empeño en salvar á los legitimistas europeos del estigma infamante que iba á caer sobre ellos, comenzaron los debates del famoso proceso.

—

Boet se presentó el 22 de Junio de 1879 ante el Jurado, después de once meses de incomunicación en la cárcel, sin recursos, abandonado, habiendo sufrido grandes torturas morales y físicas, y teniendo en frente al partido absolutista de toda Europa, que había conseguido recayese el cargo de presidente del Jurado en el aristócrata y devoto magistrado señor Paribelli, á don Carlos en libertad con grandes medios de defensa y coreado y apoyado por los que le seguían, sabiendo todo lo que aparecía en el proceso, porque alguien se encargó de ponerlo al día en conocimiento de algunos de sus parciales enviados á Milán con tal objeto. Únase á esto que el Jurado elegido resultó muy tibio, por tener derecho á recusar á sus miembros las dos partes y el presidente, y dígasenos si jamás se presentó reo en peores condiciones ante el tribunal que había de juzgarle.

Leída el acta de la acusación del segundo fiscal, señor Sighele, absolutista también, el presidente, el primer fiscal y los abogados de don Carlos no podían disimular su regocijo. Estaba redactada con tan infernal artificio, que los Jurados y el público se inclinaron por un instante á creer que Boet era efectivamente un ladrón. Por lo tanto, esperábanse con curiosidad las declaraciones definitivas y éstas no pudieron ser más claras y terminantes.

—Don Carlos--dijo Boet al tribunal--ha sido siempre un hombre muy vicioso, y por esto tenía contraídas gran número de deudas que le agobiaban mucho algunos meses antes del robo del Toisón. Estas deudas ascendían á unos 260.000 francos, parte contraídas antes de morir el duque de Módena, y otra parte más inferior después.

Han de saber los señores Jurados, que antes de recibir la herencia don Carlos no poseía un cuarto, era pobre, y como llevaba mala vida, había de vivir de préstamos. Entonces se llenó de deudas, las cuales después no ha querido pagar, ó tan sólo ha satisfecho en una mínima parte, porque habrían mermado mucho su capital.

Un día, hallándonos en Viena, hube de volver por centésima vez á la cuestión de las deudas, pues los acreedores me apremiaban de mil modos; pero me tapó la boca diciéndome que estaba á punto de arreglarse lo del Toisón y que esperase. Verdaderamente negociaba en aquel entonces con la familia de Austria para obtener la alhaja. Pero el archiduque no se la quería dar, creyéndola de un valor excesivo.

Entonces don Carlos pidió otro Toisón de oro de inferior calidad, pero de mucho valor, y aunque también se lo rehusaban, había más esperanzas de lograrlo, apretando mucho al tutor y padre del heredero. Sobre esto hubo varios dimes y diretes, y por fin el archiduque, para acabar de una vez, concedió

dicho Toisón, que es el que figura en este proceso.

Yo me hallaba hablando con don Carlos cuando fueron á darle la noticia, y apenas estuvo sólo conmigo, se puso á bailar de alegría, á cantar, á palmotear, exclamando:—*¡Ya tengo el as! ¡viva el as de oros del duque de Módena!*

Presidente.—¿Qué es el as de oros?

Boet.—Una carta de la baraja con cuyo nombre don Carlos designaba siempre al Toisón. Para inteligencia de los señores Jurados, diré que en España la gente del pueblo de algunas provincias llama el *as de oros* á ciertas partes de la mujer que el pudor me impide designar. Así es que á una buena moza suelen llamarla *un hermoso as de oros.*

El Pretendiente daba este nombre al Toisón, por creer que el duque de Borgoña, que instituyó esta orden caballeresca, lo hizo en obsequio... No sé en verdad cómo decir esto sin faltar á la consideración que debo á las señoras que están aquí. En fin, aseguraba don Carlos que el Toisón fué instituído en homenaje al *as de oros* de una querida del duque de Borgoña, y para hacer la irrisión más virulenta, llamaba al Toisón el *as de oros de su tío el duque de Módena.*

(*Estas palabras causaron grande escándalo; las señoras se hicieron las desentendidas, mientras en la tribuna de periodistas y en la del público se reía sordamente).*

Boet.—Ignoro si verdaderamente la orden del Toisón tiene el origen que don Carlos le señalaba; pero éste lo defendía alegando que la insignia tenía la misma forma de lo que pretendía designar.

La noche del día que el Pretendiente recibió el Toisón, le ví salir de frac y corbata blanca, y habiéndole preguntado á dónde iba, me contestó que á casa de una tal señora Hannover, la primera alcahueta de Viena.

Al día siguiente el ayuda de cámara Lorenzo entró

muy preocupado en mi cuarto, y me dijo que el señor se comprometía en extremo; que frecuentaba una casa de mala reputación de una tal Hannover; que allí había conocido á una joven húngara, de la cual estaba enamorado; que el día antes había estado de paseo y á cenar con ellas y con otras jóvenes de vida airada, y que quería llevarse á la húngara á París y establecerla allí como su amante.

Yo no quería creer los desatinos que Lorenzo me acababa de contar, pero le ví muy afligido y conocí que en lo que decía había algo de verdad. Pero habiéndolo luego preguntado al mismo don Carlos, éste me sacó del error. En efecto, manifestóme que se había enamorado de la húngara, que la había hecho baronesa de Samoggy, le había señalado una renta de 24.000 francos anuales, y que pensaba llevársela consigo á París é instalarla allí, en la misma ciudad en que vivían su esposa é hijos.

Yo le pregunté á don Carlos cómo se las compondría para cubrir todos estos gastos sin tocar su capital, y me contestó que perdiese cuidado, porque todo se pagaría con el *as de oros del tio*. Le hice varias observaciones sobre esto, demostrándole la imposibilidad, y á todas me contestaba que el *as de oros* lo cubriría todo. Es de advertir que á mí la cosa me interesaba de un modo muy particular, porque don Carlos me debía de honorarios más de 18.000 francos; y como yo no tengo fortuna, mi familia, no recibiendo de mí lo necesario para vivir, había contraído muchas deudas que la agobiaban.

Una mañana observé que el ayuda de cámara del Pretendiente, el ya citado Lorenzo, llevaba puesta una sortija de diamantes, y sorprendido de una cosa tan rara en él, le pregunté por la procedencia. «Es de ella, me contestó con misterio.»—«¿De quién?»—«De la amante del señor, de la nueva baronesa de Samoggy.»—«¡Cómo! ¿Decididamente se queda de amante oficial?» —«Si, mi general, y vamos á partir

de Viena con ella para volver á París. Ella misma me regaló ayer esta sortija.»

Asustado de esta locura, volví á hacer observaciones á don Carlos, pintándole la gravedad de dar este nuevo escándalo y de contraer tal y tan costosa obligación, y me contestó que ni el escándalo ni la obligación le daban cuidado, porque del escándalo se reía y la obligación la cumpliría. «¿Cómo, si V. M. no tiene bastantes rentas? exclamé».—«¿Y el *as de oros del tio*? repuso él».—«Pero ¿qué hará V. M. con el Toisón, si no puede venderlo sin dar un gran disgusto á su familia é indignar al conde de Chambord? —«¡Oh! me contestó; tengo un proyecto, y ya verás cómo salvo la dificultad y hago dinero del *as* sin escandalizar á nadie. Entonces te pagaré lo que te debo y hasta te daré dinero para los trabajos políticos. Como no le comprendía, lo dejé estar.

Antes de marcharnos de Viena, algunos parientes aconsejaron á don Carlos que enviase el Toisón á su esposa en lugar de llevarlo consigo, y para allanarlo añadían que podía hacerlo fácilmente por medio de la casa Rotschild de la misma ciudad. Pero como él no quería desprenderse de la joya para poder fingir el robo, se negó á hacerlo.

Aquellos parientes le dirigieron estas instancias por temor de que, atendido su carácter, hiciese algún disparate con la joya; sabían que era un hombre sin dignidad, y que más de una vez no había reparado en cometer bajezas vergonzosísimas. Por ejemplo; antes de la guerra poseía un reloj de oro de su abuelo Carlos *V*, que había heredado su familia como un recuerdo histórico, y que se guardaba y conservaba con gran cuidado. Los carlistas tenían este reloj en suma veneración. Un día don Carlos necesitaba dinero para una de sus calaveradas, y sin vacilar vendió el reloj por una miseria, lo cual indignó tanto á su familia, que hay muchos que creen que el duque de Módena no le dejó su fortuna por esta causa.

Después de la guerra hizo un viaje á América, donde dió también tristes muestras de su cultura y moralidad, dando que decir á toda la prensa norteamericana, que trajo noticias muy turbias de algunas de sus aventuras. Entre otras cosas se supo que, habiendo un día pasado la noche con una mujer de vida libertina, no sabiendo cómo pagarle por andar escaso de fondos, se quitó del dedo el anillo nupcial donde estaba escrito su nombre, el de su esposa y la fecha del matrimonio, y lo entregó á aquella meretriz.

Esto, señores jurados, no lo digo yo por primera vez, ni ha sucedido después del robo fingido, sino que lo dijeron los diarios norteamericanos y los de Madrid algunos años antes que ocurriera lo del Toisón. A su debido tiempo mis abogados os presentarán la prueba.

De Viena fuímos á Gratz, y venía con nosotros la nueva baronesa de Samoggy. En Gratz don Carlos se hizo retratar con el Toisón puesto, y aunque lo sospechaban en casa de su hermano, no escondía sus relaciones con la baronesa, á la cual visitaba sin ningún rebozo.

De Gratz nos marchamos á Venecia, hospedándonos en el hotel Dainieli todos juntos, incluso la baronesa, que vivía y dormía en los mismos aposentos de don Carlos. Me había olvidado de consignar que esta baronesa era una pobre cantante de Pesth, una especie de corista que desapareció ó huyó del teatro á fin de reunirse con don Carlos y seguirlo á Paris para hacer más carrera.

El Pretendiente vivió tan públicamente con ella en Venecia, que la llevaba á paseo por los canales y por la plaza de San Marcos, entrando ambos de bracero en los cafés más concurridos y principales, y sentándose á tomar licores, á pesar de que don Carlos era muy conocido de las principales familias, por haber vivido de pequeño en dicha ciudad. Así fué que pronto

se le reconoció, y los periódicos hablaron de sus paseos con aquella joven.

Otra cosa análoga nos había pasado ya en Viena, donde no faltaron diarios que se ocuparon de la visita del mismo á cierto café que no pueden frecuentar los hombres de honor. Yo le reprendí mucho sobre el escándalo que daba en Venecia, y le rogué que se reprimiese, porque podía llegar á noticia de su madre y de su esposa y darles un gran disgusto. Pero me contestó que su madre ya no se cuidaba del mundo, y que de su esposa no se preocupaba nada, por tenerla acostumbraba á estas cosas.

(*Gran sensación en el tribunal y en el público.*)

Estando en Venecia, un día volví á hablar á don Carlos de la cuestión del dinero, y sobre todo de las necesidades de mi familia... Me contestó que todos nos acercábamos al término de nuestras penas pecuniarias, y que dentro de poco nos hallaríamos en estado de hacer mucho dinero. Entonces me indicó su pensamiento de fingir el robo, lo que le quise quitar de la cabeza.

He aquí las indicaciones que me hizo. Se serviría de Lorenzo y de la baronesa, y lo haría en Milán. Lorenzo fingiría no haber abierto la cartera desde Gratz; la baronesa marcharía antes que nosotros á Milán, se hospedaría en el mismo hotel que nosotros, y aparentaría no conocernos; entonces guardaría la joya en su poder, y Lorenzo fingiría descubrir que nos habían robado el Toisón, sin precisar dónde, por no haber abierto la cartera desde Gratz.

D. Carlos tenía gran confianza en su plan, á causa de los instrumentos de que pensaba servirse y de la idea que se formaba de los italianos. Diré algo sobre estas cosas, empezando por Lorenzo, que era su instrumento principal. Como sargento que fué de la partida del cura Santa Cruz, podría hacer de él un retrato monstruoso; pero faltaría á la verdad, porque Lorenzo es un pobre diablo, una víctima, un

mártir de don Carlos, que lo trata de animal á todas horas y lo pone en ridículo haciéndole creer las cosas mas bufas, como que la Rumanía está en América y Constantinopla es el puerto de Veracruz.

El Pretendiente contaba también con la baronesa, porque habiéndola hecho pasar de un estado humilde á una posición brillante, creía que por agradecimiento y por temor á perder su estado y fortuna, se doblegaría fácilmente.

Fué en vano que yo significara á don Carlos el desatino que quería cometer y la gravedad que tendría si se descubriera, porque me cerró la boca diciendo que le era indispensable vender el Toisón, y que sin el robo fingido no le sería posible hacerlo.

Antes de salir de Venecia, un día llamó á Lorenzo Arbulu, su ayuda de cámara, y le dijo: «Animal, ven acá. ¿Qué haces?»—«Andaba por ahí, señor.»—«Y el Toisón?»—«Está bien guardado, señor.»—«¿Dónde lo tienes?»—«Señor, en la cartera de viaje, y cerrado en un mueble de mi cuarto.»—«Mal hecho, repuse yo, porque no me parece sitio conveniente, habiendo en las fondas llaves dobles de todos los muebles.»—«Calla, hombre, dijo don Carlos. Ya te explicaré por qué está allí. Anda, vete, animal; vete, añadió á Lorenzo.» En seguida añadió que se había depositado allí á fin de poder engañar mejor á la justicia cuando se declarase el robo.

El día antes de partir de Venecia, don Carlos dió orden á la baronesa de adelantarse y tomar habitación en el *Hotel de la Ville* de Milán, sin declarar que formase parte de la comitiva, ni darse por conocida nuestra cuando llegásemos. La baronesa obedeció, y se alojó en un cuarto del piso segundo del hotel ya citado. Nosotros llegamos el día siguiente, y don Carlos tomó habitaciones en el principal.

Cuando lo tuvo todo preparado, una mañana se presentó en mi propio cuarto, y me dijo:—«Boet; ya *está todo dispuesto*, y hoy se da el golpe.»—«¿Qué

golpe?»—«El del Toisón, me contestó: ¿te has olvidado ya de lo que hemos hablado estos días?»—«No, señor, repuse; pero imaginaba que S. M. se convencería de que no podía llevarse adelante.»—«Es que tú no lo entiendes. Se puede, y hoy lo haré. He convidado á Galvani á almorzar, y como es medio tonto, se tragará toda la comedia.»

He aquí lo que don Carlos se había propuesto. Había persuadido á la corista que se encargara del Toisón; había dado instrucciones á Lorenzo y convidado á Galvani solo, porque éste había sido empleado de su familia, y esperaba que doña Margarita y el conde de Chambord, que le conocían, creerían cuanto les refiriese sobre el robo. La corista se había resistido mucho á encargarse de la joya, y sólo aceptó cuando don Carlos la amenazó con abandonarla en seguida. En cuanto al pobre Lorenzo, como es un ciego instrumento del príncipe, no hizo observaciones, y aunque con repugnancia, prometió cumplir.

Terminado el almuerzo, don Carlos le había de mandar que trajese el Toisón para enseñarlo á Galvani, y Lorenzo había de presentarse con el estuche vacío, diciendo que se lo habían robado, pues no parecía.

Yo había suplicado á don Carlos que renunciara á una cosa tan insensata; le había indicado todos los inconvenientes que podía tener, y nada alcancé.—«¿Pero no vé V. M., le dije, que al fingir este robo comete un crimen previsto y castigado severamente por el Código penal?»—«Los Códigos penales no rezan conmigo, me contestó. Tú eres bueno para reprobar mis deudas y no me das consejos para pagarlas; y cuando ves que he descubierto un medio sencillo y seguro de hacer cuartos, te opones. También el cojo de Frohsdorf (así llama, señores Jurados, don Carlos á su tío el conde de Chambord), también el cojo se quejaba de mis prodigalidades, cuando hubiera sido mejor que me ayudara á sostenerlas, porque las pro-

digalidades me dan lustre. Yo haré dinero con el Toisón y de este modo no tendré que tocar mi capital.»

Entonces le declaré que no contara conmigo para semejante cosa, y que tuviese bien presente que si la justicia me llamaba á declarar, yo rehusaría ir. El se encolerizó mucho y salió furioso de mi aposento; pero lo tuvo presente, y por esto, cuando denunció el robo, evitó que el juez ó la policía me llamasen, á fin de evitarse un disgusto. He aquí la causa, señores Jurados, de que yo no hubiese sido llamado á declarar, á pesar de ser la persona más indicada después del príncipe.

Llegada la hora, empezó el almuerzo, asistiendo el conde de Galvani. Todos estábamos encogidos y preocupados, y había una frialdad y un silencio embarazoso. Yo estaba de mal humor y don Carlos meditabundo; Galvani callaba por cortesía. Apenas se habló durante la comida, y lo que se dijo fué sin interés y y por cumplir.

Terminado el almuerzo don Carlos me miró, y viendo que no me movía, me dijo sonriendo:—«¿Te vas? Yo pasaré la tarde con Galvani, enseñándole algunas cosas curiosas.» Comprendiendo que había llegado el momento de la comedia, me levanté y retiré. Por la noche averigüé lo que había pasado.

Al salir yo del comedor, don Carlos mandó á Lorenzo que le trajese unos uniformes suyos para enseñárselos á Galvani. Obedeció, y el Pretendiente entretuvo con esto á su convidado. Después le preguntó si quería ver el Toisón que había heredado del duque de Módena, y como accediera, lo mandó traer.

Lorenzo, según ya estaba convenido, tardó mucho en volver, y al fin se presentó con el estuche en la mano.—«¡Animal!—exclamó don Carlos; ¿así me sirves? Temía no volver á verte. Dame acá ese estuche.»—«Señor, exclamó Lorenzo todo turbado, el Toisón no parece... el estuche está vacío... nos han robado.» Don Carlos empezó á quejarse, diciendo:—«¡Qué des-

gracia! ¡Qué pérdida! ¡Una alhaja que yo estimaba tanto!»

Al día siguiente, hablándome él mismo de esto, se vanagloriaba de haber hecho la comedia muy bien: y como me repetía sus gestos y expresiones y todo era exagerado y caricaturesco, le repliqué que esto probaba que lo había hecho muy mal.—«Fortuna, dije, que lo ha representado V. M. ante un hombre como Galvani, pues otro testigo hubiera en seguida adivinado el enredo, y con esto podía quedar V. M. expuesto á la causa criminal más ruidosa que se hubiese visto en el siglo.»—«¡Oh! exclamó él; jamás se atreverán los italianos á procesarme.»

Si lo que estoy contando, señores Jurados, os parece inverosímil, no depende de mí, sino del tipo de don Carlos, que es muy estrafalario.

A lo que parece, Galvani quería que don Carlos informase en seguida al dueño del hotel del robo que se acababa de descubrir; pero asustado el príncipe de las consecuencias que esto podía tener, se opuso, y después, comentándolo, me decía:—«¡Qué bestia ese Galvani! ¿Pues no quería que avisase á los del hotel, como si éstos no fuesen bastante listos para registrar en seguida las habitaciones y coger el Toisón en poder de la baronesa?» He aquí por qué no se hizo lo que en todos los casos semejantes, y por qué don Carlos, en lugar de dar parte al hotel, prefirió darlo directamente á la policía.

Contándome Lorenzo las declaraciones que en esta ocasión hizo el Pretendiente, me decía que las había dado tan mal, que hablaba con los ojos bajos, como si temiera que en la cara se le conociese que estaba diciendo una mentira. Confieso, señores Jurados, una cosa, que á primera vista os maravillará. Tuve remordimientos de haber abandonado al príncipe en aquél lance. Me preguntaréis por qué. Voy á explicarlo. D. Carlos es un tonto malicioso; yo estaba á su lado como una especie de tutor suyo, y no sólo tenía el

encargo de dirigir al partido, sino que el partido quería que yo contuviese á su jefe y le impidiese hacer trastadas. Entonces, ya que yo no podía evitar aquel desatino, me pareció que debía ordenarlo un poco á fin de que no se descubriese y el partido no pudiera acusarme de no haber salvado á un hombre que era nuestro rey. Pero la aversión que me inspiraba aquél hecho, pudo más que todos los cálculos políticos.

Estaba yo hablando con Lorenzo del escándalo del día, cuando don Carlos regresó con unos señores, que no sé quienes eran, y ordenó que se pusiera la mesa. Llamáronme, y me presenté en el comedor; nos sentamos, y empezamos á comer con gran silencio.

Yo esperaba con curiosidad que, siquiera para salvar las apariencias delante de aquellos forasteros, diría don Carlos alguna cosa del robo; fué inútil, porque no me habló ni se atrevía á mirarme de frente.

Terminada la comida se marchó con aquellos señores, y á altas horas de la noche regresó en un estado... El infeliz se había embriagado, hablaba balbuceando y andaba á tropezones.

D. Carlos mandó entonces llamar á la baronesa y traer licores. Bajó la baronesa, trajeron los camareros el licor, y el Pretendiente empezó á beber de un modo desenfrenado. Quizá en el hotel existan todavía los criados que intervinieron en esta escena. Averígüese, pregúnteseles, y veréis cómo corroboran que estaba completamente borracho.

(*El publico prorrumpe en gran hilaridad.*)

Yo bajé también, prosigue Boet, porque deseaba hablarle, saber al pormenor lo que había ocurrido y darle algún consejo; pero al verle en aquel estado, conocí que no se le podía hablar.

Don Carlos no se daba cuenta de su situación; estaba ufano del ruido que el robo había hecho, de los periódicos que habían ido á preguntar lo sucedido y de la credulidad de la gente. «Mañana» exclamaba,

todos los periódicos hablarán de mí, incluso *El Figaro* de París, lo cual me da importancia.» No es posible pintar aquella escena.

Don Carlos, cuando está ébrio, tiene un timbre de voz entre afeminado y llorón, que le da un carácter grotesco. Además, como estaba allí la baronesa, se descomponía de tal modo con ella, que me marché para no ver el final de lo que preparaba.

Esperé hallarle más sereno al día siguiente, y en efecto, le pude hablar, y lo hice seriamente. La escena que entre ambos ocurrió, más que de hombre á hombre, fué de padre é hijo. Yo le hablé con el cariño y la reflexión de un hombre afectuoso y de experiencia que desea salvar á un chico mal criado y atolondrado por cuyo porvenir se interesa.

Lo que voy á contar es tan grave, que quisiera que don Carlos estuviera aquí para que los señores Jurados vieran el efecto que le causaba; pues aunque sea un hombre sin moralidad, es imposible que no se turbase y conmoviese. Ruego, pues, á la presidencia que lo introduzca.

El Presidente.—Don Carlos no está en Milán y no sabemos si querrá presentarse.

Voces en el público.—No vendrá; tiene miedo á verse en presencia de Boet.

Fiscal.—Don Carlos está citado para el día 25. Esperemos hasta ese día para ver si se presenta ó no. Después decidiremos.

Boet.—Yo he hablado del modo que lo he hecho, en la convicción de que don Carlos estaría presente. El podría decir si le calumnio. Pero en fin, ya que no ha venido, continúo.

En aquel mismo día díjome don Carlos que debía haberme presentado á la policía. Me repugnaba este paso, pero él me alentaba, jactándose además de que, no sólo había sabido engañar al pobre Galvani, sino también á la justicia.

Le hice ver la iniquidad de su conducta y lo que

tenía de grave para su familia y su partido; le recordé á los héroes que por él se habían batido y *muerto en sangrientas batallas; á sus hijos*, á su esposa, á sus tíos los condes de Chambord, y creí que se había conmovido, al oirle: «Lo hecho no tiene remedio; cambiaré de vida, si salgo bien de este trance; ayúdame con tus consejos.»

Refirió Boet á continuación, que si la policía hubiera sido lista y procede á un registro en el hotel, coge el Toisón en la cómoda de la corista húngara; que don Carlos se cuidó de que él no declarase, por que le dijo que sus respuestas no le gustarían mucho si le obligaban á ir, añadiendo: ¡Si hubiéreis visto, señores Jurados, cómo se reía el Pretendiente de la credulidad del juez! Recuerdo este incidente de sus declaraciones, del que hacía gran chacota. Preguntóle el juez con misterio: «¿No sería posible que este fuese un robo político?»; á lo que don Carlos contestó con gran sorna. «¡Oh, muy político; al menos ha sido hecho con mucha política.»

«Desde luego se vió que había empeño en favorecer á don Carlos. No entendiendo el juez el español, hacía que don Carlos le tradujese las respuestas de Arbulú; así quedaban enmendadas las faltas que éste cometía y que eran muy gordas, lo cual daba lugar á que su amo y rey le dijese á cada paso: «¡bestia!, ¡animal!, ¡estúpido!, ¡mentecato!»

Un incidente vino á complicar la situación. La baronesa, espantada del bullicio que armó aquella farsa, declaró á don Carlos que no quería guardar más tiempo la joya. Don Carlos, después de una escena borrascosa con ella, propuso á Boet que la guardase, rogándole, llorando, invocando la memoria de su padre, de sus hijos, los compromisos de partido, el honor de su familia... Y lo abrazaba y le decía: «¡Tú, sólo tú puedes salvarme!... ¡No me abandones!... ¡Sálvame por Dios!...»

«Al fin me rendí... por lástima. ¡Ah! ¡Nunca lo hi-

ciera! Con todo, me rendí condicionalmente, pues le pedí que hiciera cesar los procedimientos y pesquisas de la justicia á fin de que no se comprometiera á nadie. El me prometió que así lo haría.

Partió la baronesa para Turín y nosotros nos quedamos en Milán para evacuar algunas diligencias. Una noche don Carlos llevó á Lorenzo á una casa de prostitución, donde lo hizo degradarse y emborracharse; la escena fué tan repugnante, que el mismo Lorenzo me dijo que le daba vergüenza el papel que el señor había hecho delante de él.

Por fin nos marchamos á Turín, donde nos esperaba la baronesa, y allí vivió en común con ella, sin recatarse de nadie, ni en el hotel ni en la ciudad. De allí partimos para París y ella se hospedó en el hotel Freinland.

Séame permitido, señores, llamaros la atención sobre algunas coincidencias que son de interés capital. Don Carlos vivió públicamente con la corista en Gratz, donde vivían su madre, su hermano y cuñados; en Venecia, á pesar de ser muy conocido por haberse criado allí y tener también familia; en Turín y en París. ¿Porqué no hizo lo mismo en Milán, donde no tenía ni madre, ni hermanos, ni deudos, ni mujer, ni hijos? Porque allí representó la farsa del robo y no le convenía descubrir que tenía relaciones con la baronesa corista.

Ya en París, doña Margarita encontró muy extraño que nada se le hubiera escrito sobre el robo. Don Carlos contestó que tenía ya indicaciones sobre el paradero de la alhaja y un dictámen de un célebre abogado mejicano, que ella traduciría al italiano.

Entretanto, proseguian las averiguaciones para encontrar á los supuestos ladrones del Toisón. Cansado yo del papel que se me obligaba á hacer, fuí á Passy para celebrar con don Carlos una séria conferencia.

El príncipe estaba dado á los demonios. «Por tu

causa, me dijo, no puedo visitar á la baronesa, que se encuentra en un hotel sola, y como no entiende el francés, se aburre mucho. Esta noche no puedo ir á verla; es Noche-Buena. ¡Sería un escándalo para *todas las viejas legitimistas!*» A pesar de esto, visitó aquella noche á la baronesa.

Y aquella misma noche, en el café Riche, me negué á tener más tiempo en mi poder el Toisón. A mis observaciones contestó que yo, y ninguno otro más *que yo, podía ocuparse de la venta del Toisón*, y que ésta debía de hacerse en Madrid, donde no había policía. Insistí que antes de vender la alhaja era indispensable procurar el sobreseimiento del proceso de Milán, desistiendo de la denuncia y convino en ello. —«Estoy sin dinero—me dijo y creo que debemos empezar por vender algunos brillantes.»—«¡Es una imprudencia!—le contesté.—Bayona, donde se encuentra mi familia, es una ciudad llena de carlistas, y si se aperciben de que llevo algún brillante, se descubre al instante el negocio. Es preferible venderlos en París.»—«No—replicó don Carlos—aquí se encuentra doña Margarita y sería fácil se enterase. Vete á Bayona; si no te envío dinero, vende la alhaja.»

Escribimos en dos tarjetas las palabras convencionales *tenas* (vende); *no tengasas* (no vendas); *sin capuchas* (sin reserva). A estas palabras debía yo contestar en francés *reçu é brulé*.

Despues de esto salimos juntos de paseo. Don Carlos tuvo la extravagancia de decirme: «¿Quedaría contenta la baronesa, si le regalara uno de los brillantes del Toisón para hacerse una joya?» Le hice notar la inconveniencia de hacerlo, y entónces él me dijo: «No, no, mejor será venderlo y pagarle una buena cena.»

Al dia siguiente debía salir yo para Bayona, y no teniendo dinero, doña Margarita me dió una pequeña suma.

Presidente—¿Cuando salísteis para Bayona, el Toisón estaba entero ó deshecho?

Boet—Estaba deshecho. En el café Riche determinamos deshacerlo para no inspirar sospechas.

Presidente—¿Qué hicisteis del oro que ligaba los brillantes, y del anillo en que el Toisón concluye?

Boet.—Esta es una de las cosas más extravagantes de este asunto. Don Carlos quiso tener, por capricho, este anillo de oro como recuerdo de la condecoración. El resto de ella, y algunos brillantes, lo envié á Tolosa á la disposición de Retamero.

En el acta de acusación se dice que un agente de la policía secreta me seguía por encargo de don Carlos, que sospechaba de mí. Debo manifestar que en este proceso veo siempre comparecer testigos cada vez que se necesita alguno, *testigos que cambian de opinión* á cada momento. Siempre que yo expongo un argumento grave contra don Carlos, al punto sale un testigo, á quien no he visto nunca, para defenderle. Quisiera que se fijaran en esto los Jurados.

Llegué á Bayona con el Toisón de Oro. El acta de acusación pregunta cómo tenía yo en mi poder esa joya sin una autorización de don Carlos. ¿Podía haber desconfianza entre don Carlos y yo? Yo no podía pedirle garantía alguna á él, que era el dueño del Toisón, y además mi jefe y amigo. Más bien debía preguntarse cómo tenía yo la alhaja en mi poder sin haberle dado á él un recibo.

Pocos días despues de mi llegada á Bayona, don Carlos fué echado de París, aunque el acta de acusación dice que *partió* para Londres.

A su partida, nuevo escándalo. Llevóse públicamente consigo á la baronesa, y todas las señoras y familias legitimistas que fueron á la estación para hacer una demostración de partido, se avergonzaron de verle en tal compañía.

Cuando supe que llevaba consigo á la baronesa á un país donde todo es muy costoso, pensé al punto que la necesidad de dinero debía venir pronto, y esperé los billetitos consabidos.

Presidente.—¿Escribistéis á don Carlos á Lóndres para que os mandase instrucciones sobre el Toisón?

Boet.—Sí, le escribí dos cartas. El me había dicho en el café Riche de París, que si no me mandaba dinero, podía servirme de las alhajas para cobrarme de los estipendios convenidos hasta 18.000 francos. Así, pues, como mi esposa se hallaba en grande necesidad, escribí á don Carlos que, puesto que estaba en Londres podía vender allí los diamantes por haber facilidad para hacerlo. Recibí esta respuesta: *en Madrid todos*, lo cual equivalía á decir: en Madrid véndelos todos. Estas palabras se hallaban escritas en dos pedacitos de papel; detrás iban las iniciales de Carlos.

Por entonces se comenzó á hablar de la venta que se estaba haciendo en Bayona de los diamantes y alguno preguntó si eran los del Toisón.

Yo mandé á don Carlos un recorte de un periódico francés en el que se hablaba de ello, y le dije que no creía ya conveniente ir á Madrid para vender el resto, porque todo se descubriría. A esto no respondió. Repetí mi carta y no recibí una línea de contestación. Entonces lo mandé otro periódico y otra carta por medio del conde de Coettegon, corresponsal de la *France*. El conde me respondió que don Carlos había leído el periódico y la carta y que había dicho: «está bien.» Pero después don Carlos escribía su falsa denuncia contra mí. Y aquí entran dos circunstancias dignas de apuntarse.

Cierto día se me presentó Retamero diciendo que iba de parte de don Carlos, y me hizo tan grandes ofertas, que me extrañaron, tanto más cuanto que don Carlos no conocía á Retamero. Este había sido ayudante mío en la guerra, y ahora se hallaba empleado en la farmacia de un legitimísta en Tours.

Después de hacerme aquellas promesas, me dijo que llevaba además un encargo secreto para mí. Tengo encargo de don Carlos de recogeros, no el Toisón, sino los diamantes del Toisón.

Me alegré mucho de desembarazarme de toda responsabilidad y entregárselo todo, y le pregunté si traía carta de don Carlos. Dijo que no. Esto me sorprendió mucho y no se lo oculté. Entonces Retamero me refirió una escena muy grave ocurrida en aquellos días entre don Carlos y doña Margarita. «Venid conmigo, le dije, á la *villa* de la Tourette, donde estoy alojado.» Allí quedó todo descubierto. Entonces le advertí que estaba en Toulouse para entregar los *diamantes al fiscal de la República* y *contarle el caso.*

Retamero me miró, y dijo:—La verdad es que yo no vengo de París, sino de Tours.—En tal caso, ¿por qué me dijísteis que veníais de París?—Ramón Esparza, el secretario de doña Margarita, ha llegado á Tours, y me ha encargado que viniese á representar el papel que he hecho.

Se había convenido entre Retamero y Esparza, que aquél enviaría á éste un despacho puesto en palabras convencionales, para decirle si el Toisón había parecido: ese despacho figura en el proceso. Como se ve, no hay por qué maravillarse de que don Carlos y yo nos escribiéramos en términos convencionales.

Yo, que sabía que Esparza era secretario de doña Margarita, sospeché naturalmente que todo aquello era una estratagema de la esposa de don Carlos para saber la verdad de lo que había sobre el Toisón. Entónces dije á Retamero: «Os entregaré dos cartas que copiareís, guardando las minutas, si me dais palabra de no revelar á nadie lo que digan». Así me lo prometió. Entretanto, expidió un despacho en estos términos: «*Encontrado el amigo,*» esto es, encontrado el Toisón, porque para doña Margarita éste no se llamaba el *As*, sino el *amigo*.

Las dos cartas que entregué á Retamero se referían, la una á asuntos políticos y la otra al Toisón. Y aquí debo declarar una cosa grave.

En la carta que me ocupaba de asuntos políticos trataba de la cuestión contra doña Margarita, y me pare-

ce extraño que la justicia no me haya hablado aún de este asunto. La referente al Toisón era ménos grave, pues en ella sólo hacía mención de cuestiones de intereses, mientras en la otra se trataba del honor de una señora. (*Atención.*) En aquella carta, que figura en el proceso, me lamentaba de la calumnia de que era objeto doña Margarita.

Cuando don Carlos recibió mis cartas, dijo á Retamero: «Boet es muy orgulloso. Quiere luchar conmigo, pero yo lo aplastaré.»

Retamero ha presentado ante el juez, no sólo la minuta referente al asunto del Toisón, sino tambien la que hablaba de la calumnia contra doña Margarita.

Presidente.—¿Por qué quisísteis que Retamero tuviera copia de esas cartas?

Boet.—Yo dudaba ya por aquel entonces de don Carlos, pero desde la llegada de Retamero comencé á sospechar y comprender que me estaba reservado el sostener una titánica lucha, como la que sostengo, para la cual debía proporcionarme testimonios que pusieran á salvo mi honor.

En las primeras declaraciones Retamero dijo toda la verdad sobre la comisión que Esparza le confiara, y sobre lo que entre nosotros pasó, presentando, como he dicho, los documentos. Pocos meses despues escribió á los jueces que quería declarar lo contrario, y que los documentos aquellos eran falsos.

Cuando Retamero se fué, escribí una carta desdeñosa á don Carlos. Le decía que podía sacrificarle la vida, pero que el honor no lo sacrificaba por nadie, y hasta le llamaba canalla. Le hacía también presente que podía aducir como excusa ante su familia que la venta del Toisón de Oro era una consecuencia de la unión con Francisco II, donde se trató sobre la expedición á Nápoles; pero que no comprometiera mi honor en una farsa.

Trascurridos algunos días, supe que en Bayona se indagaba quién había comprado los diamantes; al

mismo tiempo recibí noticias bastante graves de la calumnia contra doña Margarita.

Entónces envié un telegrama á Retamero, en el cual le rogaba que hablara al corazón á don Carlos, que le recordase mis servicios, y que no me hiciera víctima de aquella traicion. Entretanto yo vivia tranquilo en el destierro. ¿Si hubiera sido culpable, hubiese procedido así? Precisamente en aquella época telegrafiaba yo á don Cárlos pasando de la súplica ó la amenaza.

Retamero fué á París y se presentó en casa de don Cárlos, pero no pudo verle; aquel á quien ya enviara para hablar al alma á don Cárlos tuvo que contentarse con ver apenas á doña Margarita, quien le dijo: «Es inútil ver á don Cárlos sobre este asunto; tiene una cabeza especial».

Ruego ahora á los Jurados que se fijen en esto:

Primera observación: don Cárlos no me escribe nunca, ni aún para llamarme ladrón; segunda observación: doña Margarita envia á su secretario para tratar de arreglar el asunto, y despues de eso no permite á Retamero que vea á don Cárlos, cuando iba precisamente á hablarle del robo. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el robo no existe y que no se quiere que yo me vea frente á frente con don Carlos.

Entonces, para dar á doña Margarita una prueba de deferencia, entregué á Retamero la mayor parte de los brillantes, y recibí por conducto de éste un telegrama de aquélla y de Esparza, fechado en Passy, que decía: *Todo descubierto; aconsejad á vuestra familia que niegue á todo trance.* (*Sensación*).

Comprendí de lo que se trataba. Si yo aconsejaba á mi familia que negase, entonces me prenderían por ladrón. Mi esposa y su madre fueron conducidas á la cárcel.

Me puse en comunicación con el marqués de Alex y con el sacerdote Erdavide para ver el modo de restituir el resto de los brillantes y que mi familia salie-

se de la prisión. La fatalidad, que está en contra mía en todo este asunto, ha hecho que sean carlistas ó legitimistas cuantos en él intervienen, y que éstos, por evitar el gran escándalo de hoy, que es un golpe mortal para el partido, se declararan contra mí.

Acudí además de los ya citados al abogado Bessayre, que debía llevar en persona á don Carlos los diamantes y hacer que éste firmara el recibo sobre los paquetes que los contenían, y si don Carlos se negaba, acudir al presidente de la República para contarle lo ocurrido. Sobre los paquetes estaban escritas las siguientes palabras, para mí salvadoras:

»Este paquete envuelve un brillante grande, rodeado de 14 más pequeños, y otro grande, rodeado también de 11 más pequeños. Estos objetos pertenecen al Toisón de oro, que S. M. el rey Carlos VII me confió en Milán para venderlo. Lo firmo y sello en presencia de don Carlos Benítez de Avila, marqués de Alex. y de don José Erdavide, sacerdote».

Como don Carlos se encontraba rodeado de sus partidarios, ante los cuales podía hacer cuanto quisiera, tomó los paquetes y los abrió. Todo su empeño consistía en no escribir, y en manifestar, no sólo que yo era un ladrón, sino que yo mismo lo había confesado. Era una tontería. Bien conocía él mi amor al partido y sabía que por éste haría toda clase de sacrificios, pero que mi honor no lo daría por ningún rey del mundo.

Yo estaba al corriente de cuanto sucedía, y escribí á don Carlos una violenta carta, en la cual pedía que á toda costa se pusiera en libertad á mi familia.

Don Carlos hizo que el marqués de Alex me telegrafiara que desistiría de todo si yo me dejaba exhonerar de mis cargos y honores. Comprendí que se trataba de continuar la comedia, y consentí. Don Carlos quería que restituyese también las cartas y documentos que en mi poder tenía referentes á los asuntos del partido legitimista europeo.

Al regresar de París el marqués de Alex y Erdavide, me contaron cuanto había acontecido. Si yo hubiera sido un ladrón, me habrían preso, poniendo en libertad á mi mujer.

Fuí á París; allí encontré al venerable anciano Mr. Girard, el cual se lamentó amargamente de lo que acontecía, pues redundaba en grave perjuicio y ruina de la causa legitimista, añadiendo: «Debéis comenzar por defenderos y decir toda la verdad.»

Escribí á don Carlos, por más que creía superfluo el hacerlo, que se pusiera en libertad á mi mujer, pero que no entregaría las cartas. La razón era evidente: sabía que comenzaba la lucha contra un enemigo poderoso, y debía prepararme para ella. Escribí también á doña Margarita, rogándole intercediese por mi mujer y por mis hijos; nada le pedía para mí.

Don Carlos estaba furioso con mi conducta. Al ver que nada reclamaba para mí, creyó que me disponía á emprender una guerra á muerte contra él.

Salí de París con dirección á Roma. A la consideración de los señores Jurados dejo la situación en que abandoné á Francia, con mi mujer en la cárcel y mis hijos en desamparo. Me presenté á un juez de instrucción en Roma, y preferí esta ciudad porque en ella existen muchos institutos, en los cuales, por mi cualidad de español, podía encontrar hospitalidad y asistencia. En los primeros días recibí muchos anónimos: en unos se me prometía amistad, en otros se me amenazaba. De ninguno hice caso.

Se me presentó un elevado personaje, el cual me dijo que si deseaba marcharme á América, me proporcionaría dinero y cuanto deseara; al mismo tiempo hizo grandes esfuerzos para que saliera de Europa con el objeto de concluir de este modo el escándalo contra don Carlos. Le contesté que era tarde.

Llegué á Milán y procuré que la instrucción del proceso y las declaraciones de los testigos se hicieran con rapidez, pues como éstos pertenecen á un par-

tido político, podía encontrárseles en contradición si se *les interrogaba prontamente.*

Retamero me escribió entretanto, que como yo había publicado un Manifiesto contra don Carlos no podía estar conmigo, porque el partido se lo prohibía. Entregué la carta al juez instructor.

Haré constar otra circunstancia.

Entre las personas con quienes conferencié antes de salir de París, se contaba, como es natural, Retamero. Hablé dos veces con él, ya para adquirir noticias, ya para rogarle que cuidase de mi familia. De estas conferencias se pretende sacar partido para afirmar que traté de seducir á Retamero.

Los legitimistas de Tours están escandalizados con la conducta de don Carlos, y han escrito en contra de él al conde de Chambord. ¿Cómo podía seducir yo á Retamero, si ya en su conciencia estaba en mi favor? ¿Como podia seducirlo, cuando los legitimistas de Tours eran ya enemigos de don Carlos? ¿Qué culpa tengo yo de que éstos hayan cometido el delito de lesa majestad de escribír al conde de Chambord?

Una cosa más grave podia decir sobre este asunto, más no me atrevo; espero las novelas que contra mí escriben ahora mis enemigos. Me reservo, por tanto, decirla á su tiempo.

He concluido; réstame tan solo pronunciar algunas palabras.

Mis enemigos son poderosos; mis enemigos no son ni un hombre, ni un partido, sino los partidos legitimistas de Europa, ricos en medios, en relaciones, en influencias, en todo, y yo soy un hombre solo y pobre. Pero no les temo; y no sólo no les temo, sino que les provoco y los ataco desde este banco, que se llama el banco de los acusados; porque ellos son la mentira, señores, y yo soy la verdad; y la verdad son unas Termópilas.»

(*Resuenan en la sala prolongados aplausos; el público se muestra visiblemente conmovido.*)

Hasta aquí la defensa de Boet.

En las declaraciones de los testigos se vieron el amaño, la falsedad, el espíritu de partido, todo menos la verdad, la imparcialidad y la justicia: dieron motivos la mayor parte para haberlos echado á presidio. Unicamente dos, el marqués de Alex y el cura Erdavide, que realmente habían intervenido en varios incidentes del robo simulado, se portaron como honrados y caballeros, á pesar de ser carlistas acérrimos.

El juez y los fiscales dieron repetidas y manifiestas pruebas de inclinarse al lado de don Carlos, teniendo, sobre todo el presidente, que rectificarse y disculparse por algunas de sus malévolas reticencias y apasionadas censuras al acusado.

A pesar de esto, el público y los Jurados, después de oir á Boet y los testigos, quedaron completamente convencidos de que el autor del robo había sido el propio don Carlos.

Las defensas de Emilio Campi y Escipión Ronchetti fueron notabilísimas y terribles para el ladrón de sí mismo. Publicaremos lo más saliente de ellas en el próximo *Folleto*, último que tratará del *Robo del Toisón*, y á continuación una carta de Boet hablando de unos papeles secretos donde se prueba que el encargado por don Carlos de intervenir en la causa del Toisón en Milán, era, además de cínico y falsario, ferviente cofrade del vicio que hizo llover fuego del cielo, según la Biblia, sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra; pues, para que nada le faltase al partido carlista, había entre los íntimos de don Carlos... hasta hombres de *esos*.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 21

DON CARLOS DESENMASCARADO ANTE EUROPA.—ACUSACIONES TERRIBLES É IRREBATIBLES —ABSOLUCIÓN DE BOET.—LAS CARTAS SECRETAS.—CORRUPCIONES DE DON CARLOS.—PAPELES CANTAN.—LO INFAME Y LO INMUNDO AL SERVICIO DEL LEGITIMISMO.-REY DE LUPANAR

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

DON CARLOS DESENMASCARADO

ANTE EUROPA

Cada vez que oímos decir que don Carlos puede ser rey de esta nación, pensamos en que la historia calumnia á los españoles al pintarnos orgullosos, altivos y celosos de nuestra dignidad, ó en que hemos degenerado tanto, que no somos ya ni sombra de aquellos que merecieron por sus hechos que la historia los pintara de aquel modo.

En el curso de estos folletos han podido ver nuestros lectores quién es ese hombre ignorante, estúpido, sin idea de lo que es la moralidad ni la decencia. Si esto lo supiéramos nosotros solamente, aun podría convenir ocultarlo, para que nadie sospechara que, á sabiendas de que es todo eso, había ni un español siquiera tan falto de aquellas buenas condiciones que se nos atribuyen, que pudiese tener nada de común con él.

¡Pero si es el caso que lo conoce toda Europa! ¡Que todo el mundo se ha enterado de lo que es! ¡Que hasta en los tribunales extranjeros ha sido su nombre objeto de ludibrio, de asco, de indignación!... ¡Si sus hazañas constan en papel sellado, y en los archivos de Milán se guarda la causa en que se inscribieron y comprobaron!

Léanse las defensas que van á continuación de los abogados de Boet, y dígasenos si es posible que aspire á ser rey de España un hombre de quien dijeron Campi y Ronchetti lo que dijeron; y si se concibe

que, después de ocurrir, ese imbécil se haya atrevido á exhibirse de nuevo, en vez de relegarse á un sitio donde nadie le conociera, para pedir allí al olvido misericordia para su descrédito, perdón para sus infamias.

Y dicho esto, que hablen los abogados.

ACUSACIONES TERRIBLES É IRREBATIBLES

Campi comenzó de esta manera:

«Boet está delante de vosotros, señores Jurados, acusado de un crimen tan imaginario y extravagante, que la sola acusación fiscal basta para demostrarlo de sobra; y lo acusa un hombre como don Carlos, un hombre de una vida tan disoluta, de una reputación tan perdida, de un carácter tan vil, que estos debates, tomando de repente un giro inesperado, más que sobre una cuestión judicial versan sobre una cuestión moral.

Ya no se trata verdaderamente de saber si Boet es un ladrón, sino si don Carlos ha llegado á un grado de envilecimiento tan bajo, que se haya atrevido á pagar los grandes servicios de uno de sus más distinguidos partidarios, calumniándole al acusarlo de un crimen que no ha existido.

Observad, señores Jurados, cómo la denuncia y el proceso contra nuestro defendido están llenos de las mayores infamias y vilezas que jamás se hayan visto; y cómo aquí, por el hecho de este espionaje, vienen ya revestidos de tales falsedades y falsificaciones, que revelan por parte de la incalificable corte de Passy el propósito, no de averiguar y hacer castigar un crimen, sino de perder á un hombre que estorba, y á quien se teme.»

Analiza en seguida á los testigos carlistas, y dice que pertenecen á un partido especial que, en razón á

sus mismas condiciones políticas, no vacila nunca en supeditar la verdad y la moral, si comprometen el prestigio de la causa.

«Toda Europa, añade, sabe quién es don Carlos; por fuera el representante, la cabeza de este partido, el hombre del altar y el trono, el rey puro, el rey inviolable é inmaculado; pero por dentro el vicio, la necedad, la cobardía, la corrupción, la vileza. Surge el rompimiento con Boet, y el partido se ve amenazado de que quede descubierta y patente toda aquella corrupción, toda aquella vileza, toda aquella infamia. ¿Qué harán los carlistas? Ponerse de parte de don Carlos y mentir contra Boet, por más que conozcan la inocencia de éste. Siguiendo una máxima jesuítica, todos dicen á la vez: «Perezca el inocente y triunfe el culpable, con tal que se salve la cabeza del carlismo.» Todos habéis visto cómo se ha desarrollado aquí esta máxima; todos habéis visto cómo han llegado á mentir en lo más evidente, en lo más probado, en lo más indudable de todo, en los amores de don Carlos con la corista de Pesth. ¿Qué confianza merecen, pues, estos testigos? Ninguna. Es positivo que han mentido en todo aquello que debía perjudicar á su ídolo, y en todo aquello que debía favorecer al enemigo de éste.

«Pero entre estos hay dos que no quieren seguir esta infame conducta; dos que aman al partido, pero que aman todavía más la verdad: Alex y Erdavide. Estos han sido carlistas; el último declara en alta voz serlo aún, y estar todavía dispuesto á empuñar la espada en defensa de su rey; pero uno y otro declaran que ni por su partido ni por su rey quieren mentir, ni mienten, ni mentirán. ¿A quiénes, pues, creeremos, señores Jurados? ¿A los que mienten por ser carlistas, ó á los que no quieren ponerse de parte de don Carlos, á pesar de ser carlistas? El sentido común y el jurídico nos dicen que á estos últimos.»

Examina después las declaraciones de Alex y Erda-

vide, y demuestra cuán pérfido y vil fué entonces don Carlos; lo pinta prometiendo hoy retirar la denuncia de Milán, negándolo después, y concediéndolo en seguida; ordenando escribir el proyecto, y luego que era aceptado, presentando otro inaceptable; todo, ya con el objeto de recoger los diamantes que le faltaban, ya de apoderarse de los papeles que Boet tenía, ya de sorprender á éste y perderlo, ya de dejarlo bien humillado, bien deshonrado y envilecido, á fin de que después no pudiera vengarse.

¡Cuánta bastardía, señores! ¡cuánto cieno! ¡cuánta bellaquería! Don Carlos se presenta en estas negociaciones tal como nos lo pintara Boet; como el alma más baja, más corrompida y hedionda qne jamás haya existido.»

Se ocupa de las declaraciones de Retamero, y exclama:

«Todos hemos oído con la misma repugnancia á este testigo, y seguramente que nos costará olvidarnos de la viva repulsión que nos ha inspirado. Es un testigo antipático, embustero, descarado, cínico, perdido y perdulario; es el Judas de la Comedia del Toisón. Pero todos vosotros habéis visto en su fisonomía pintado el estigma del fanatismo político. Es el tipo carlista que por su partido está dispuesto á todo; á renegar, á mentir, á vender y venderse, á morir, á todo, señores, á todo absolutamente; porque, piénsese lo que se quiera de él, nunca se podrá negar que mintió, y que mintió de un modo tan colosal, que hay pocos ejemplos de una embustería semejante.

Boet es pobre, señores, y tan pobre, que casi es indigente. Sí, ese hombre á quien se pinta como un ladrón de Toisones, como un deudor incansable, ha tenido mil medios de enriquecerse, y siempre ha sido pobre; don Carlos, ese pretendido millonario, ese vicioso, ese inmoral, ha dejado también en la indigencia á su más importante partidario, y hasta se ha

negado á darle el pan que le habia prometido para alimentar á su familia; y no contento con esto, niega hoy que se lo hubiese prometido, y le acusa de ladrón; conducta digna del hombre sin capacidad ni moralidad, sin dignidad ni valor; del príncipe bajo y asqueroso que ha entablado la causa del Toisón, esa causa que será su ignominia más grande...»

El público aplaude frenéticamente: ¡*bravo*, *bravo*! gritan hombres y señoras.

Paribelli, el presidente, fuera de sí, grita:

—¡Que se eche en seguida á todo el mundo á la calle, menos á los periodistas y á los abogados de las tribunas!

Los gendarmes invaden la sala; óyense voces, protestas, y después de alguna resistencia pasiva, el público se retira.

Campi invoca entonces la imparcialidad del Jurado, y acaba pidiendo la declaración de la inocencia de Boet.

«Así seréis justos, exclama; así seréis dignos de Italia.»

Se levanta la sesión.

Al salir Campi á la calle, óyese un grito atronador; la gente aplaude frenéticamente al abogado, y no se ven más que manos que palmotean, ni se oyen más que voces de ¡*bravo*, *bravo*! Parabelli y el fiscal huyen por otra puerta llenos de rabia y vergüenza.

Al dia siguiente, 21 de Julio, se levanta el fiscal á rectificar el discurso de Campi; sale del paso como puede, y habla después Ronchetti, el segundo defensor de Boet.

El joven diputado, elocuentisimo, enérgico, lanzó tremendos apóstrofes y tuvo arranques de sublime indignación que conmovieron profundamente al público.

Fué una acusación en regla de toda la vida de don Carlos. En pocas palabras le describió magistral-

mente, demostrando el estado de dorada indigencia á que había llegado el Pretendiente con su vida de crápula.

Copiemos algo de lo que dijo:

«Extraño proceso este, señores Jurados, donde el acusado habla como un acusador, y el acusador es tratado como un acusado. Cuando no otra cosa, esto debiera bastar para examinar los hechos con la mayor atención y el más exquisito cuidado. Yo hablaré poco, porque después de la elocuente y sólida defensa hecha ayer por mi compañero, no veo la necesidad de cansaros más.

Don Carlos ha fingido ese robo, y al verse comprometido ha echado la responsabilidad sobre Boet. Tenemos, pues, el deber de mirar de pies á cabeza á don Carlos.

«Vosotros no podéis ocuparos del príncipe,» nos decía el señor fiscal. ¿Por qué no? ¿En virtud de qué? ¿No es don Carlos un hombre público? ¿no pertenece desde hace mucho tiempo á la historia? ¿no ha hecho una guerra dinástica á su patria? ¿No podremos ocuparnos de él cuando debatimos una causa en la cual es acusador y acusado?

Presidente.—Señor abogado: no permitiré que insulte usted al señor duque de Madrid. Téngalo usted entendido.

Ronchetti.—Yo no os hablaré, señores Jurados, de la guerra cruel y asoladora que ese hombre ha hecho á su país por su ambición política, no os hablaré de los horrorosos asesinatos que en su nombre cometieron Rosa Samaniego, el cura Santa Cruz, Savalls y tantos otros; no os hablaré de su ignorancia, cobardía y corrupción ya proverbiales; no os hablaré de sus galanteos con mujeres casadas, de las doncellas que ha violado en el Norte de España, de las casadas que ha deshonrado; de su vida en París, en Viena y Rumanía; de la aventura en una ciudad del Da-

nubio, donde una meretriz, para hacerse pagar, le robó los dientes postizos...»

(*El público prorrumpe en grandes carcajadas. Las señoras no pueden contener la risa*).

Presidente.—¡Esto es intolerable! Señor abogado, no puedo consentir que su señoría continúe en este terreno.

Ronchetti.—Una sola cosa os diré, señores Jurados; una sola, y tenedla bien presente. Era en Filadelfia, pocos meses después de terminada la guerra. Don Carlos había pasado á América para lucir en los Estados Unidos las glorias adquiridas en España, y allí había frecuentado la casa de una mujer á quien por decoro trataremos de señora. Una noche, no pudiéndole pagar, se quita del dedo una sortija y la pone en el de aquella mujer perdida en pago de su trabajo. En aquella sortija se leían las palabras *Carlos-Margarita*, y una fecha. Era, señores Jurados, la sortija nupcial de don Carlos; la sortija sagrada del hombre que contrae matrimonio.

(*Gran sensación; la multitud se agita; las señoras apenas pueden contener un grito de indignación.*)

Ronchetti.—Y para que el escarnio, señores Jurados, fuese mayor; para que la altísima institución del matrimonio quedase más pervertida, don Carlos, el defensor del altar y el trono, el representante de la religión, dijo á aquella mujer: «Un día me sentaré en el trono de San Fernando; un día seré rey de España. Presentáos entonces en Madrid con esta sortija; llamad á mis reales palacios, y os concederé lo que me pidáis, sea lo que fuere.» ¿Quién, pues, ¡oh señores Jurados! se atreverá á negar que el infame que ha hecho esto ha podido también fingir el robo del Toisón?...

(*Sensación general en todos los bancos y galerías: movimientos de indignación.*)

Presidente.—Señor relator; escriba usted en el acta que el señor abogado ha pronunciado estos ata-

ques contra mi voluntad repetidamente manifestada. Esa conducta es intolerable.

Ronchetti.—«¿Qué causa tenían Boet y don Carlos, el uno para robar y el otro para fingir el robo?» Así ha dicho el señor fiscal, y se ha contestado: «Boet necesitaba dinero, y don Carlos era millonario; luego el robo de Boet es posible y la simulación de don Carlos absurda.» ¿De cuándo acá, señores Jurados, el ser pobre es indicio de ser ladrón? ¿En virtud de qué ley los pobres son sospechosos de ladrones? ¿Es esto justo ni moral? ¿Es así como debe hablar el representante de la ley?

Boet, sí, es pobre; es casi indigente; pero honrado. Boet podría ser rico; ha tenido mil medios de serlo en Cuba y durante la guerra carlista, y siempre ha vivido modestísimamente de su paga, y cuando ésta le ha faltado, no ha vivido del robo ni de la estafa, sino del crédito más limpio y franco. Y ahora ha de venirse á ennegrecer á nuestro cliente, diciéndonos que por lo mismo que es pobre, y lo ha sido, es probable que haya robado el Toisón. ¿No es más bien esta digna pobreza una prueba indestructible de que no lo ha robado?...

¿Pero dónde se ha visto tampoco que la riqueza sea una prueba de la imposibilidad de ciertas malas acciones? ¿No se ve cada día todo lo contrario cuando esos ricos, como don Carlos, no lo son bastante para pagar sus devaneos, sus vicios, sus caprichos, sus galanteos, sus desórdenes, sus viajes, y tantos y tan grandes desatinos como la ociosidad les inspira?

Que don Carlos tiene un patrimonio. Es cierto; no lo hemos negado nunca. Pero ese don Carlos á quien se nos pinta como un hombre que puede tirar el dinero, recibe, cuando la guerra de España, un caballo árabe en don, y al volver á Francia lo hace vender por necesidad; los legitimistas franceses lo rescatan y se lo devuelven, y él lo revende en seguida en otra ciudad.

Ese millonario, á principios del 77 viaja por Rusia, y de repente no puede continuar viajando por falta de dinero. Y por no saber de dónde sacarlo, ese millonario llega á París, y habiéndole Boet pedido 60 francos para ir á Bayona, doña Margarita nos dice que no se los pudo dar, y que ella se los entregó. ¡Curioso millonario es ese, señores Jurados; millonario que, según Suelves, puede girar medio millón con sólo firmar un *cheque,* y que no tiene 60 francos para entregar á su secretario general!

Luego lejos de probar la pobreza de Boet que éste fué un ladrón, lejos de indicarlo, lo desmiente; y lejos de probar é indicar la riqueza de don Carlos que éste fué robado, indica que pudo muy bien fingir el robo. Pero nada nos lo revelará mejor que su actitud y las primeras sospechas que concibe su esposa contra Boet. ¿Cuál debía ser su actitud ante estas sospechas? Si había robo, resuelta; si había fingimiento, vacilante y vergonzosa; y, sabedlo, señores Jurados; fué vergonzosisima.

¿No era él quien debía en seguida vigilar á Boet? ¿no era él quien debía perseguirlo? ¿no era él quien debía acorralarlo? Sí, si no había fingido el robo. Pues no es él, sino doña Margarita. Los autos y los testigos lo están diciendo á voces. ¿Quién encarga la vigilancia á la policía? Doña Margarita; ella misma nos lo ha dicho. El notario Goupil lo confirma, y el conde de la Ferté no lo niega. ¿Quién hace avisar al juez de Milán? Doña Margarita. ¿Quién pide consejos sobre esto al comisario de policía Clement? Doña Margarita. ¿Quién entabla negociaciones con Boet para la restitución de los diamantes? Doña Margárita. ¿Qué empleado de la casa figura en estas negociaciones, como representante de la misma? No un secretario, no un representante de don Carlos, sino Esparza, el secretario de doña Margarita. ¡Oh! ¿qué quiere decir esto, sino que don Carlos titubeaba, que tenía miedo, que á pesar de su cinismo no se atre-

vía á atacar de frente á Boet? ¿qué quiere decir esto sino que no había robo, ni ladrón, sino una farsa, una indigna farsa, de la cual don Carlos era el protagonista?»

Habla del batallón de testigos falsos que han desfilado con libertad para decirlo todo. mientras se ha cohibido á los verídicos y honrados, y exclama, volviendo sobre el tema de la no presentación de don Carlos:

«Pero no quiero fijarme en estos ni en otros testigos, sino en dos, que son los más importantes. Desde el momento que Boet nos dice que don Carlos le entregó el Toisón de mano á mano y á solas, los testigos son ellos dos, el uno para afirmar y el otro para negar, el uno para iluminar á la justicia sobre el robo fingido y el otro para ilustrarla sobre el robo verdadero. Boet se ha presentado; ¿se ha presentado también don Carlos? No.

¿Por qué no se ha presentado? Porque tenía miedo, porque era culpable, porque no se veía capaz de arrostrar ante nosotros la voz tonante del hombre á quien había calumniado. Este lo llamaba desde la barra, lo citaba, lo desafiaba, y don Carlos, despavorido, tembloroso, amedrentado, no aceptaba el reto. ¿No hubiera venido, si fuese inocente? ¿quién duda de que no hubiera sido necesario llamarle? Él mismo compareciera con la mayor expontaneidad. Pero este careo, no sé por qué razones, tampoco tuvo lugar durante la instrucción. ¿Fué á instancias del mismo don Carlos? No lo sé; pero os haré observar que es inaudito en casos análogos no poner frente á frente á los dos adversarios. ¿Quién sabe lo que hubiera resultado de este careo? ¿Quién sabe si en seguida no se hubiera sobreseído en la causa? El hecho es que Boet pidió durante la instrucción este careo, y no una vez, sino dos, tres, ciento, mil, y jamás lo obtuvo. El, pues, desafió á su adversario, y su adversario no osó presentarse.

Señores Jurados, el señor Fiscal ha acabado hoy su rectificación, pidiéndoos que declaréis culpable á Boet, porque de lo contrario dirán que lo habéis absuelto en odio á don Carlos. Yo os digo que juzguéis según vuestra conciencia, prescindiendo de toda consideración política. Y vosotros sois demasiado justos para hacer ahora lo contrario de otras veces, para dejar de sujetaros á la prescripción que está inscrita en aquella pared, donde se dice que aquí se juzga, no por la influencia, sino por la convicción y la rectitud.»

ABSOLUCIÓN DE BOET

Boet fué absuelto con aplauso de toda Europa, y quedó probado que don Carlos había sido el autor del robo, y que carecía hasta de los más leves rudimentos de moral y de dignidad.

Ese hombre, que para atender á sus queridas no vacila en hacerse ladrón de sí mismo arrojando la responsabilidad sobre sus servidores; ese bohemio de la realeza, borracho, cínico, ignorante, cobarde y malvado, es el ser que unos cuantos miles de imbéciles ó aventureros nos quieren imponer como amo y señor, aunque para ello tengan que apelar á una guerra de crímenes y bestialidades digna de bandidos.

A gentes que así piensan hay derecho para perseguirlas y exterminarlas, considerándolas el mayor peligro nacional.

LAS CARTAS SECRETAS

Por si alguien, á pesar del veredicto de los tribunales de Milán, creyera aún que el *Chapa* no fingió

el robo, insertamos á continuación la carta documentada que Boet publicó después de absuelto, presentando las pruebas más concluyentes de que su inocencia estaba reconocida de antemano por los mismos que rodeaban á don Carlos. Léase con detención, para acabar de convencerse del cieno que hubo en este asunto, desde el principio hasta el fin.

CARTA DE BOET

CORRUPCIONES DE DON CARLOS EN LA CAUSA DEL TOISÓN

Milan 26 de Julio.

Dirijo las primeras líneas de esta carta á la prensa liberal de Europa, sin distinción de partidos, ante todo á la de España, mi querida patria; luego á la de Italia, y particularmente á la de Milán, donde ha ocurrido el proceso, y á la de Francia y demás países de Europa. Por la imparcialidad con que dichos diarios me han tratado desde mi *Manifiesto* de 1.° de Mayo de 1878, y por la severa exactitud con que han resumido dia por dia los debates, el público que no podía asistir al Tribunal se ha hecho cargo de los sucesos del Toisón, y ha añadido al fallo del Jurado de Milan un veredicto tan justo como el de éste.

Séame dado también manifestar mi profundo agradecimiento á los señores Jurados, por la rectitud con que me han tratado; pues no porque en principio no deba agradecerse á nadie la justicia, estoy menos reconocido á la que me han hecho. Y permítaseme además saludar afectuosamente al público milanés, que con tanta nobleza me ha tratado, y abrazar á mis dignos y elocuentísimos abogados, don Escipión Ronchetti y don Emilio Campi, que con tanto inge-

nio y brillantez han sabido demostrar mi inocencia, ya en las pruebas testimoniales, ya en las defensas orales.

Quizá no diría más si la prensa legitimista de Europa y la carlista recalcitrante de España no hubiesen tenido la imperturbabilidad, por no decir cinismo, de atacar el veredicto del Jurado, asegurando que los abogados de don Carlos habían debido retirarse de los debates por la gran presión que los liberales hacían sobre el Jurado, y que mi triunfo era debido á esta presión. Toda Europa sabe que si en el Tribunal ha habido presión, ésta se ha ejercido desde el primer día contra mí, por unas personas que ni siquiera tenían cuidado de ocultarlo; pues así como los testigos cuyas declaraciones me favorecían recibían el trato más duro, más riguroso y amenazador, los que favorecían á don Carlos obtenían la benevolencia más dulce, aunque pretendiesen no haber conocido en Italia á la Samoggy, por más que ésta misma declarase lo contrario, ó asegurasen llevar en un saco de noche un reloj de bolsillo y en el bolsillo del chaleco un reloj despertador de sobremesa.

Hay más. Los mismos diarios legitimistas y carlistas han publicado una carta de don Carlos, fechada en París el 23 del pasado Junio, donde manifiesta tener la más completa confianza en la magistratura y los Jurados milaneses. Debo, pues, contestar á todas estas alegaciones, demostrando que ni don Carlos ha confiado nunca en la justicia de la magistratura y de los Jurados de Milán, ni la prensa reaccionaria puede remotamente creer que los partidos liberales hayan hecho la menor presión en los Jurados. Por una grande y bien inesperada fortuna puedo alegar en esto las pruebas más concluyentes.

Antes de mi arresto manifesté á mis ilustres abogados los señores Ronchetti y Campi, que se hallaban en poder del señor diputado á Cortes Taiani, mi-

nistro que fué de Justicia en 1878, unos documentos que revelaban bastante bien algunas tentativas de corrupción hechas en Milán en 1878 por el conde de Bourgade, representante de don Carlos en la causa del Toisón, al objeto de echarme á perder, y que creía que serían suficientes para aplastar á mi enemigo y calumniador. A consecuencia de esto, los abogados incluyeron al señor Taiani entre los testigos.

Pero yo ignoraba que existiesen otros papeles mucho más importantes en poder de una persona que no conozco, ni puedo imaginar quién sea, y estos papeles llegaron por el correo de Milán á manos de mi abogado el señor Ronchetti el día que Retamero terminó su declaración. Formaban un paquete de unos 40 centímetros de largo por 15 de ancho, y llevaban en el sobre el título de *Documentos importantísimos sobre la causa del Toisón*. Por esto fueron recogidos y abiertos por el señor Ronchetti con todas las precauciones y formalidades que una cosa tan grave requería, á fin de que constase el hecho de un modo solemne y fuertemente autorizado. Al mismo tiempo el señor abogado Campi y el corresponsal de *El Diluvio*, don Luis Carreras, recibieron unas cartas particulares avisándoles dicho envío.

El pliego contenía 28 manuscritos; una comunicación de Francisco Retamero, 25 borradores del conde de Bourgade, y dos ó tres trozos de personas que no están nombradas. Todas se referían á la causa del Toisón, y algunos probaban del modo más elocuente las corrupciones que hacía don Carlos para enviar á un inocente á presidio. Si los abogados los hubiesen presentado, quizá se hiciera luz sobre el origen de ellos. Pero los señores Ronchetti y Campi no juzgaron necesario servirse de ellos, en vista de la mucha luz que arrojaban los debates, y yo me adherí á su opinión, feliz de que, para triunfar, no fueran á presidio dos hombres, aunque fuesen tan indignos de lástima como Retamero y el conde de Bourgade.

Pero si sustraje estos hombres al castigo de la justicia, nunca entendí sustraerles al de la opinión pública, mucho menos ahora que son los primeros en pregonar que he triunfado por la influencia del liberalismo, y que los diarios legitimistas de Europa han propagado tanto las mismas voces. Doy, pues, á luz una parte de estos papeles, y entrego sus autores al tribunal de los hombres honrados de Europa, seguro de que los juzgarán como merecen.

Contestación de Retamero á los agentes de don Carlos.

(Retamero había recibido varias cartas mías desde Tolosa ó los contornos, para enviarlas á las personas á quienes iban dirigidas, y las que cita al principiar esta carta eran del número de ellas.)

«25 de Enero: carta para el duque de Madrid; 26 ídem: otra para el mismo; 29 de íd.: dos para el mismo; 4 de Febrero: otra para el mismo; 5 íd.: dos cartas para el mismo duque; 6 íd.: una para el conde de Coetlogon; 12 íd.: dos cartas para el duque de Madrid; 20 íd.: una para don José Altamirano de Méjico.»

«A pesar de todo pueden hacer lo que crean más conveniente sobre las cartas. Si se deciden á negarlas, avísenme lo antes posible, para que yo pueda preparar el terreno. Creo que esto puede tener gran interés. La fecha de la carta la dejo en claro para que ustedes la pongan á su gusto.—*Retamero*.

«P. D. Yo no conozco á nadie que pueda *sobreponerse á la voluntad* del señor Erdavide; pero, sin embargo, me voy á ocupar de esto activamente; y si ustedes conocen á algún legitimista en Tolosa, no importa quién, pueden escribirle haciéndole la proposición, y de esta manera podrá hacerse alguna cosa.»

Tal es el papel que bastaba para echar á presidio á Retamero, porque no sólo demuestra que lo habían

comprado para que declarase lo que quisiese don Carlos, sino que se dedicaba también á trabajos de corrupción, y que uno de éstos iba dirigido contra el presbítero Erdavide. No sé si es este el documento que los defensores de don Carlos pretendían que yo había interceptado fingiéndome el conde de Bourgade en aquél enredo contra la Gigola. Pero el mismo documento los refuta completamente. En primer lugar esto no es una carta, como ellos aseguraban, puesto que no lleva fecha, sitio de residencia, ni despedida; y en segundo lugar se ve que no va dirigido á una sola persona, sino á varias, pues dice, *no usted*, sino *ustedes*.

Este documento debió enviarse á la mano, como muchas veces hacían, y parece que era contestación á una consulta, y que iba acompañado de una carta cuya fecha dejaba en blanco Retamero, por algún motivo, sin duda, *honroso*. Sospecho que el papel transcrito data del tiempo en que Retamero, ya comprado, empezaba á prepararse para declarar al juez su retractación. Los agentes de don Carlos debieron perderlo mucho después, porque el enredo que me armaron con lo de la señora Gigola, fué mucho más tarde de lo que indica el argumento del autógrafo.

Carta del conde Guillermo de Bourgade al conde B... presidente del comité legitimista, que desde París dirigía la causa del Toisón.

(Así lo dice el anónimo que envió los papeles. Todas las cartas que siguen están en francés.)

Milán 1873.

«Ilustrísimo señor conde: ACABO DE CONSULTAR ATENTAMENTE LOS AUTOS, y no he encontrado en ellos más que las *Contraseñas*, de las cuales ya os hablé. No comprenden los autos cartas firmadas; pero bueno es tener presente que dichos autos distan mucho

contener todos los documentos que el adversario drá presentar durante el curso de la causa. Ahora contienen sino lo que se refiere directamente á la *struccion* del proceso, es decir, á la sustracción de joya en sí misma.

En cuanto á los documentos que más ó menos pocán dar medios de defensa á los abogados, es natuil que no estén allí. Es evidentísimo que los abogaos tienen interés en guardarlos secretos, hasta el ía de sus discursos. Me consta que existen cosas de sta naturaleza en poder de la *Persona* que sosperáis, y que ésta las ha enseñado aquí á diversos inividuos del Tribunal; pero no puedo deciros qué arácter tienen. Tales son mis noticias, y espero que s serán útiles.»

Con esta carta había bastante para enviar á presio al conde de Bourgade; porque, según se ha visto, l texto es más grave que el de Retamero. En efecto, Bourgade dice que ha examinado detenidamente los utos durante la época de la instrucción, lo cual es no de los excesos judiciales más viles que se pueen cometer en una causa criminal.

Durante la instrucción, ó sumario, como decimos n España, las partes no pueden ver los autos sin haer corrompido á la justicia, pues la ley prohibe terninantemente á ésta, bajo terribles penas, comunicaros á nadie. Guardaba los autos del Toisón, durante l sumario, el señor juez Prampolini, hombre que iempre he tenido por honrado, quien no podía conunicarlos y estregarlos temporalmente, sino al fisal, señor Sighele. ¿De quién se sirvió el conde de ourgade para verlos, y para verlos tan campechanaente? Lo ignoro. ¿De qué medios se valió para obener un servicio tan importante? Tampoco sé nada.

Pero vea, vea el público con cuanta infamia y corupción he tenido que luchar, y de cuántos peligos e escapado. Los defensores de don Carlos sabían día or día, durante el sumario ó instrucción, todo lo

que yo hacía y declaraba; examinaban mis documen toa, tomaban nota de mis palabras, conocían todc las secretos de mi defensa, y por ende preparaba las contestaciones, instruían á sus testigos, compra ban á los que les hacían falta, y de este modo opo nían á un acusado pobre y débil, una masa de prue bas falsas, tan bien urdidas, que no sé cómo no m han abrumado.

Yo no acusaré de esta infamia á la magistratur milanesa, porque nunca media docena de traidore han deshonrado á una corporación, sobre todo siend tan alta y estando tan bien reputada como la au diencia de Milán. Pero diré, sí, que esta carta d Bourgade revela hechos de tal naturaleza, que segu ramente indignarán al pueblo italiano, y sobre tod á esos honrados milaneses que tan generosa y afec tuosamente se han portado conmigo.

Nota del conde de Bourgade

25 de Julio de 1878.

«Los abogados Brasca y Dugnani, después de di versas entrevistas con el señor fiscal (*Sighele*), s han reunido en casa del conde de Bourgade á fin d examinar los siguientes puntos y señalar los medio que les parezcan más á propósito para conducir a puerto el asunto que se les ha confiado:

1.° Estado actual de la instrucción ante el Tri bunal de Milán.

2.° Noticias y testigos urgentes que deben pre sentarse al juez y á la Cámara de instrucción.

3.° Extradición de las señoras Boet.

4.° *Actitud conveniente ante la Prensa.*

La instrucción de la causa está muy atrasada consecuencia de los pocos datos y documentos pre sentados hasta ahora al juez de instrucción, quie no ha recibido mas que las declaraciones de Su Ma jestad, hechas en París, y las de Boet en Roma. E

ıplemento de instrucción que producen los autos en-
iados de Bayona con la retractación de Retamero...»
No hay más.)

artas de Bourgade al conde B... del Comité de París

Milan, 1878.

«He recibido las dos notas que me han sido suce-
ivamente enviadas por D. M. B... (*Manuel Barrena, apellán de doña Margarita.*) Las he leído con gran
tención, y me hallo demasiado conforme con el emi-
ente autor de ellas sobre un gran número de pun-
os, para que en adelante no tenga muy y muy en
uenta las juiciosas observaciones que comprenden.
Sin entrar en el examen de los puntos de detalle,
uya resolución debe completamente subordinarse á
o que S. A. en persona resolverá sobre el fondo
nismo de las cuestiones de interés capital, me re-
luciré...» (Falta también el resto del borrador.)

«Milán 1878.

»Mi querido conde: He pasado la velada de ayer
on la persona de quien os he hablado... (*Aquí hay
na nota del anónimo que dice: es el fiscal Sighele*)
me ha sido muy facil ver la mala impresión que le
ausara la actitud de nuestro amigo (*don Carlos*).
'or una parte éste ha encargado su defensa á un
bogado, muy digno sin duda del aprecio público,
ero incapaz de nada bueno, por su falta de talento
habilidad... (*Una nota del anonimo dice: este abo-
ado es Brasca*). Diríase que con tal elección se ha
enido la idea de salir al encuentro de un desastre.
Además, los diarios extranjeros favorables á la
ausa de nuestro amigo (*don Carlos*), han publicado
nas notas ofensivas para la justicia, lo cual parece
ndicar, que *sabiendo aquél de antemano que es cul-
able y será condenado*, ha tomado desde ahora el
partido de maldecir de sus jueces.

No hago, mi querido conde, otra cosa que trans cribiros las impresiones de mi interlocutor. Es in útil deciros que las he combatido. ¿Pero cómo e posible refutar los hechos? Es un hecho la publica ción de aquellos sueltos; es un hecho haber nombrad á un abogado inferior y casi mentecato; es un hech que el nombre de los diarios que han publicad aquellas notas indica que son el eco de la corte d vuestro amigo; es un hecho, en fin, que nada en est *miserable proceso inspira confianza.*

He procurado, según vuestras recomendaciones establecer la distinción de personas entre los individuos de la familia; pero ya sabéis que en este géner de casos *la familia en peso lleva la pena de lo que h pasado.* Además el abogado del acusado no dejará d publicar las *disensiones que existen entre marido y mujer.* Estas cosas se prestan demasiado al ridículo y el público es demasiado aficionado al ridículo para que el defensor del adversario deje entre sombras lo que tanto le convendrá llenar de luz...

Yo sé que no os toca á vos remediar la situación pero una vez habiendo advertido á los interesados vuestra conciencia estará tranquila; y si no os escucharen, *creed que esa gente quieren perderse, y que merecen la ruina.* ¡Animo! y ponedlo todo en manos de la *divina providencia.*»

Milán 1878.

«Ilustrísimo señor conde: He visto otra vez á l persona que sabéis (*el anónimo dice en una nota: fiscal Sighele*); y con *toda libertad y reserva* me ha dicho y renovado los deseos ya manifestados ante vos *Sería un grande error creer que puede darnos un consejo que no sea bueno.* Su opinión y la de *sus colega* es que, para perderse, el Príncipe no podia escoge un abogado más idóneo *(Brasca).* Es cierto que ha derrotas que valen tanto como una victoria, y si duda Su Alteza no teme sufrir una de este género.

Sin embargo, permitidme deciros que no se trata a, como en Pavía, de perderlo todo menos el honor; ino que lo que sobre todo está en juego en esta cau-a, es el honor; y por mucho que Su Alteza tenga, uizá sería imprudente esponerse á perder siquiera n átomo de él.

A pesar de vuestras denegaciones, permitidme eciros que si vos no podéis haceros escuchar del ismo Príncipe, podéis haceros escuchar de sus con-ejeros; pues un hombre tan conocido y eminente omo vos, puede dar un consejo y ser escuchado *en nomentos tan graves.*»

Milan 1878.

«Señor conde: Después de mi conversación de sta mañana, he sabido nuevos detalles. *Es evidente ue la persona de la dama que sabéis (doña Margari-a), no se escapará de la borrasca. ¿Ni como podría scapar?* Harto se sabe que hay un interés en desqui-iar á toda la familia, y que la idea antidinástica tan-o debe proponerse disminuir el prestigio de la madre la esposa, como el del marido.

«No os alegréis tanto de *esa falta de documentos ue hay en los autos*, porque no significa nada. To-nad vuestras precauciones para el porvenir, *que es oco tranquilizador, y temed sobre todo los lazos y em-oscadas de última hora.*

En vano decís que el buen sentido del público se-parará la causa del señor de la de la señora: creed que no será dable lograrlo. La mujer y el marido son olidarios, y si cae el uno, arrastrará consigo á la tra. Mucho sentiría que lo imagináseis de otro modo, nues puedo aseguraros que la opinión pública no ha-á sutiles distinciones entre las personas. Esto lo arían los filósofos, y hay pocos filósofos en el mun-lo.»

Como habrá podido ver el público, en estas cartas

está altamente reconocida mi inocencia, no sólo e ciertas expresiones que se les escapan al conde d Bourgade, sino en el tono general de la correspon dencia. ¡Qué espanto, qué prevenciones, qué intri gas, qué desconfianza del éxito no demuestra e agente de don Carlos! A pesar de que yo no teni ninguna prueba evidente contra éste, el conde d Bourgade, que conocía mi inocencia, temblaba d continuo por el éxito, y hasta vaticinaba siniestra- mente la derrota de don Carlos.

Cartas de Bourgade á don Ramón Esparza, secretari de doña Margarita.

Milán 1878.

«Mi querido y respetado don Ramón: Por don Ma nuel (*Barrena, capellán de doña Margarita*) acabo d saber que llegó usted á París sin novedad, y tuvo qu salir al día siguiente *para Lión-Sur-Mer*, (*donde to- maban baños don Carlos y Doña Margarita*) de dond espero escriba de vez en cuando.

Navarra salud necesita usted para resistir á tar repetidas idas y vueltas, sin contar otras revueltas que no faltarán. Verdad es que para servir á la seño- ra no hay cosa que no parezca gustosa, ni cuesta arriba que no se haga cuesta abajo. Y adelante, com suele decirse. En Milán no disminuyó el calor, qu sigue siendo de lo más bárbaro que se pueda aguan- tar...»

(Esta carta y la siguiente están en español.)

Milán 1878.

«Muy señor mío y apreciabilísimo amigo: ya sabrá qué terreno estamos pisando en ésta, y *cómo bastaría con unos pocos pasos acertados, para adelantarnos mu- cho, y dar un nuevo giro al asunto de transcendenta- les consecuencias, que nos está llamando la atención.* Inutil sería reproducir en ésta pormenores que ha

ya en otras, y le habrán sido comunicados...»—
alta el resto.)

LO INFAME Y LO INMUNDO AL SERVICIO DEL LEGITIMISMO

Hasta aquí los amaños, las falsedades, las corrup-
nes, la demostración completa de que Boet era
ocente y don Carlos culpable: desde aquí la degra-
ción humana en su matíz más asqueroso; la prue-
palpable de que el representante de don Carlos
la causa del Toisón de Oro en Milán, unía á un
olicismo acendrado, el más monstruoso y repug-
nte de los vicios. Pero que siga hablando Boet:

«Creo haber demostrado suficientemente, no sólo
e los mismos agentes de don Carlos conocían mi
culpabilidad, sino que para echar á perder á un
ocente que no tenía ninguna prueba directa de su
ocencia, apelaban á las intrigas más pérfidas y á
s más colosales corrupciones. Parecerá inaudito
e don Carlos hubiese encontrado un instrumento
ra esto. Pero no es sino natural, tratándose de un
mbre tan perdido como el jefe de aquellos agentes,
conde de Bourgade, que, como se verá en las si-
ientes cartas, había llegado al extremo más hedion-
del vicio humano.

Yo no publico estas cartas para producir un escán-
lo, sino para que la gente honrada pueda estigma-
ar con su más calurosa indignación á los restos del
rtido carlista y legitimista; para que pueda herir
n su más profundo desprecio al hombre vil que
s representaba en Milán; para que escarmiente del
odo más ejemplar á la gente sin convicciones ni
crúpulos, que titulándose y queriendo ser los re-
esentantes de la religión y de la moral, están en-

cenagados en tan grande hediondez. Lea el públic
y desate todas sus iras más violentas contra esc
hombres viles, hipócritas é inmundos.

El conde Guillermo de Bourgade á su amigo Alejandro Fracassi

Milán 1878.

«Idolatrado Alejandro mío: Tus cartas de anteaye
me han llenado á la vez de dolor y alegría; de dolor
porque veo que sufres como puede sufrir un leal
noble corazón ante las tristezas que te rodean y e
desamparo en que se hallan aquellos seres á quiene
más amas en este mundo; por otra parte creo en lo qu
me dices, y me dejo mecer ciegamente por esta dulc
idea, que verdaderamente tú y yo nos amamos, y qu
tú, tú á quien yo amo más que mi vida, tú no ter
drías la crueldad de engañarme y asegurarme, com
lo haces y dices, según veo con mis propios ojos es
crito de tu mano, que tienes necesidad de mí y d
mi cariño.

Yo tengo tanta necesidad del tuyo; tanta, tant
necesidad de abandonarme completamente á un
amistad apasionada y vehemente, que no vivo y tra
bajo verdaderamente sino para apresurar el día d
estrecharte en mis brazos y retenerte en ellos con lo
celos del español y del bandido. Espero que dentr
de pocos días habré terminado estos trabajos, y en
tonces correré á Roma para abrazarte, aunque n
sea sino por un día...

Y, sin embargo, amigo querido, ayer has dejado d
escribirme. Ha pasado el día, pasa también el de hoy
y no me ha llegado ninguna carta. ¿Por qué me so
metes á esta prueba? ¿Por qué, *cattivo regazzo*, n
cumples tu palabra, y no me envías cada día, com
me lo habías prometido, noticias de tu querida per
sona?

Comprendo demasiado que no tengo derecho

pedir tanto. Tú has sufrido una desgracia, tú pasas por dolores y cuidados, y no soy yo, amigo tuyo de última hora, quien puede reclamar lo que tu hermana y tu madre tienen el derecho de absorber. Sin embargo, acuérdate de que yo también sufro lejos de ti, y que tú serías muy cruel haciéndome todavía más amarga mi residencia forzosa en Milán.

Quizá el correo de esta noche me traerá algunas líneas tuyas. No te pido cartas largas; me contentaré con media docena de palabras. ¡Por Dios! no me las rehuses. Escaparé á Roma tan pronto como pueda.» (Está en francés, como las demás.)

Milán 1878.

«Idolatrado Alejandro mío: Pronto me hallaré en Roma junto á ti. Cada hora me acerca el momento feliz en que podré estrecharte en mis brazos y conservarte en ellos, como al ser que más se ama después de Dios, y de quien quisiera uno no estar nunca separado... Yo quiero conservar, como el bandido su tesoro, la pasión celosa que...» (Falta el resto.)

Milán 1878.

«Mi querido: De veras tú eres malo y no te compadeces de este pobre Guillermo que desde dos días está sin ver letra tuya. (*Todo esto en español.*)

Otro día pasado sin recibir carta tuya; sin recibir la menor noticia de mi querido Alejandro; sin siquiera saber á qué viene ese silencio que te obstinas en guardar, y que tanto dolor me causa. ¿Sería posible que creyeses que retardo la partida por mi gusto, yo que sufro tanto de estar lejos de ti?

Tú estás abandonado, nadie se cuida de ti, me dices en una de tus últimas. ¡Oh, serafín mío ¿cómo me hablas así?...» (Falta el resto.)

Milán 1878.

«*Adorato*: ¿*Perché mi fá soffrire cosi*? Hoy no he recibido carta tuya. Es cierto que antes había recibido dos. ¿Pero qué quieres? ¡Tengo tanta necesidad yo también de recibir noticias de tu preciosa persona!... ¡Tengo tan pocos placeres en mi laboriosa vida, fuera del cuarto de hora de alegría que diariamente me causa tu querida cartita! ¡Estoy tan solitario en Milan en medio de mis papelotes, de mis inquietudes y cuidados de todo género! ¡Me he acostumbrado tan pronto á darte el primer sitio de mi corazón, que cada vez que te olvidas de escribirme, quedo lleno de dolor.

Por otra parte, Alejandro adorado, harto comprendo tu tristeza y pesares. Gracias, pues, desde el fondo de mi corazón por tus cartas de ayer; gracias por la apasionada expresión de tu cariño. Es más de lo que merezco, y te lo reconoceré eternamente.»

Estos son los hombres que en Milán dirigían contra mí la causa del Toisón, en representación del partido carlista y del legitimista europeo, acompañados y ayudados de los abogados Brasca, Dugnani, y últimamente de Pierantoni.

Yo agradezco profundamente al *Anónimo* su generosidad enviando estos papeles; pero si los recogió antes de terminarse la instrucción de la causa, siento en el alma que no los enviara en seguida, porque entonces yo los hubiera presentado á la justicia, y así me evitara once meses de estrecha prisión, la causa se hubiera sobreseído desde luego, y Bourgade, Retamero y sus cómplices hubieran expiado en los presidios los crímenes de sus corrupciones. ¡Lástima, lástima grande que existiendo documentos tan preciosos, yo haya debido sufrir once meses de carcel en la más completa y cruel incomunicación! Es verdad que ahora podría vengarme terriblemente persi-

guiendo á aquellos infames con estos manuscritos en la mano.

Pero me basta la justicia de la opinión pública. Sépase, pues, que acuso á Retamero y Bourgade de testigos corrompidos y agentes de corrupción en la causa del Toisón, y que les puedo probar ante los tribunales que aquellos papeles son suyos.

C. G. Boet.

REY DE LUPANAR

En su trato íntimo con mujeres, prefiriendo las prostitutas como la Samoggy, aquella otra á quien le entregó la sortija nupcial en Filadelfia, y las matriculadas en París, Venecia, San Petersburgo y todos los puntos donde ha estado...

En su trato íntimo con hombres, prefiriendo los más perdidos, los más corrompidos, los más degradados y aun los más criminales, como Rosa Samaniego, hasta ir á parar á que lo representase en la causa del Toisón un pederasta...

De aquí que un periodista distinguido le llamase *vividor vulgar*, y que Daudet, el gran novelista, después de retratarlo en su célebre obra *Los reyes en el destierro*, dijese de él «que le eran indiferentes la patria y la familia, y que únicamente le gustaba la guerra porque le proporcionaba mujeres y dinero.»

¿Y un sér de esas condiciones pretende ser rey de esta España honrada y altiva? No; ese hombre sólo puede aspirar á rey de lupanar.

Y aun esto...

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 22

ZUMALACARREGUI ASESINO.—UN DIGNO ÉMULO SUYO.—DEGUELLO DE PRISIONEROS EN CAMARASA.—UN JEFE CARLISTA HORRORIZADO.—28 LIBERALES ASESINADOS EN ZURITA.—ROBOS ENTRE ELLOS.—DOS CURAS Á CUAL PEOR.—HORRIBLES MARTIRIOS DE LOS PRISIONEROS DE LA ACCIÓN DE HERRERA.—LO CÓMICO EN LO CRUEL.—ARISTOCRACIA CARLISTA. — GENTES DE LEVA.

ADMINISTRACION: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

Desvanezcamos una especie con que se procura acallar la justa indignación de la España liberal ante la idea del triunfo, siquiera fuese efímero, pues no podía ser de ningún modo duradero, de la causa carlista.

Los partidarios del aborrecido absolutismo conocen de sobra lo difícil de su empresa, y lo imposible de una victoria que les consintiese asentar su dominación de un modo estable en esta tierra fecundada por sangre de liberales, y encaminan sus esfuerzos á extraviar la opinión de la parte sana del país, protestando de que el triunfo de su causa no significaría la vuelta á un pasado de horrible recordación, sino la depuración de la inmoralidad por varias medidas de gobierno en armonía con la civilización.

Este es uno de tantos ardides de que se han valido siempre los defensores del altar y del trono, una abominable hipocresía más en el número infinito de las que componen la historia de ese bandolerismo amparado á la sombra de una idea política.

No; el carlismo de ahora, el que amenaza nuevamente la tranquilidad de los hogares españoles, el que nos amaga con una nueva se-

rie de crímenes y de horrores, el que se dispone á ensangrentar de nuevo el territorio, el que prepara nuevos días de luto y desolación para España, no es otro ni es distinto de aquél partido que trajo la reacción de 1814, anulando la obra inmortal de las Cortes de Cádiz, y apoyando á Fernando VII para premiar con negra ingratitud el sacrificio de los que más habían contribuído á devolverle la corona, haciéndoles blanco de las iras reaccionarias y objeto de persecuciones y castigos; el mismo que engendró la Regencia de Urgel, á la que se debió la vergüenza de la intervención extranjera, el famoso decreto de 1.º de Octubre de 1823 por el que Fernando VII derogaba el compromiso contraído por otro decreto firmado en Cadiz el día anterior y pretendía borrar del tiempo los tres años transcurridos desde 1820; el que apoyado en esa misma Regencia organizó la horrible persecución, sin ejemplo en nuestra historia, que hizo emigrar á millares de españoles y llenó las cárceles y calabozos de infelices víctimas sacrificadas al furor de un estúpido fanatismo, de cuyas iras no se libraron ni las mujeres, ni los niños, ni siquiera los animales y los bienes de los vencidos; aquella reacción de la cual dice un historiador nada sospechoso por sus ideas, que «forma el período más horrible de España, y que no la hubo, ni se concibe más estúpida»; el mismo que ejecutó toda aquella serie de horribles crueldades, baldón de nuestra historia, al vergonzoso grito de *muera la nación y vivan las cadenas*»; el

que predicaba—no lo olviden los liberales—el exterminio de éstos HASTA LA QUINTA GENERACIÓN; el que ha envenenado con su mortífero aliento nuestra atmósfera política, y por dos veces y durante largo período ha ensangrentado á España y la ha conducido á la ruina.

Sí, es natural que ese partido, llamémosle así, enemigo natural de las libertades, intente consumar su nefanda obra, pretendiendo, al ver á España al borde del abismo, dar el último impulso para precipitarla en la sima sin fondo del aniquilamiento, para borrar su nombre del mapa, ya que no le sea dable borrarlo de la historia, como intentó en 1823 borrar los tres años de sistema constitucional.

No habrá español de sentido común que se deje sorprender por una artimaña semejante; pero todo el que se precie de patriota tiene la obligación de dar la voz de alerta para que nadie se deje seducir por esos cantos de sirena del carlismo, que hoy, lo mismo que ayer, no es más que el enemigo de la libertad, el más grave y peligroso enemigo del decoro de la nación española.

Digan lo que quieran los partidarios de ese anacronismo que se llama causa carlista, personificada en un hombre que ha sido el ludibrío de la Europa civilizada y la vergüenza de su propia familia, y aún de muchos de sus partidarios, no convencerán á nadie de que el triunfo de esa causa puede traer para España más que el duelo, el desprestigio y la ruina.

Llámanse á sí mismos representantes de la

tradición, como queriendo ocultar con la vaguedad del calificativo las tristes realidades de esa representación, como si no hubiera historia, ni memoria, ni sentido moral en este país, cuando no representan siquiera la tradición histórica; porque aquellos monarcas, genuínos representantes de la monarquía absoluta, que ordenaban el asalto de Roma y mandaban prender al cursor del Papa donde fuere habido, sabían mantener la independencia y los fueros del poder civil, es decir, la integridad de la nación, mientras estos absolutistas son y fundan sus mejores títulos en ser esclavos de la Roma papal, dócilès auxiliares é instrumentos del clericalismo. No significan lo que en las tradiciones del absolutismo, atendidas las épocas, puede haber de levantado y digno, sino la intriga ruín, la mezquina ambición, las conspiraciones de las camarillas que se agitan ó se arrastran entre la *turba multa* cortesana; en una palabra, todo lo pequeño, lo bajo, lo miserable, lo hediondo, lo corrompido que puede haber y producirse en las esferas del gobierno.

Representan ese sistema condenado por la civilización y por la historia, que erige en resortes de gobierno la astuta hipocresía y la crueldad; en una palabra, representan la reacción fanática que desde los comienzos del siglo viene siendo la rémora para el progreso y la salvación de España, que acabaría, si ellos dominasen, por ser excluída, y con razón, del concierto de los pueblos civilizados.

El carlismo es la reacción que no repre-

senta siquiera el pasado, sino la muerte de toda libertad y de todo derecho. Con él, por consiguiente, no caben componendas, ni pactos, ni acomodamientos ni transaciones por parte de los que no se le sometan incondicionalmente.

El carlismo tiene declarada guerra sin cuartel á la libertad; la libertad, que es el progreso, que es la civilización, no puede transigir con lo que es la negación de todo progreso.

Los carlistas han predicado el exterminio de los liberales hasta la quinta generación; los liberales no serán dignos de España si no trabajan sin descanso hasta extirpar de raiz ese árbol podrido del carlismo, que á la vez que nos arruina nos envilece y deshonra.

ZUMALACÁRREGUI ASESINO

Uno de los jefes carlistas que ha llegado hasta la generación presente con cierta aureola, ha sido Zumalacárregui. Los historiadores, ante sus méritos como militar, han hecho resaltar poco sus malas condiciones como hombre. Sin embargo, fué tan allá como el que más en sus crueldades, sació más que ninguno su sed de sangre. Hora es ya de presentarlo tal cual fué. Acaso obró de aquel modo porque lo da de sí la causa, porque carlista y asesino son sinónimos; pero esto no lo absuelve ante el juicio imparcial de la historia.

Y dicho esto, relatemos algunos de sus muchos crímenes.

—

El día 23 de Abril de 1834, Zumalacárregui, comandante en jefe de las fuerzas carlistas en Navarra y Guipúzcoa, dió una orden general á sus soldados advirtiéndoles que «para ser héroes, era preciso despreciarlo todo y atender únicamente al *exterminio del enemigo.*»

Este consejo fué motivado por haber sabido que algunos soldados se rezagaban para atender y recoger á sus compañeros heridos. Esa es la humanidad de los carlistas: exterminar al enemigo y dejar en el abandono al soldado leal que cae por defender su causa.

Dando nuevo testimonio de estos sentimientos que las hienas rechazarían si fuesen capaces de senti-

mientos, Zumalacárregui fusiló despiadadamente aquel mismo día á veinte prisioneros del ejército liberal, entre los que había jefes, oficiales y soldados.

A un alférez, don Rafael Clavijo, gravemente herido, no le permitieron morir tranquilo en su lecho de dolor: «quisieron—dice un historiador—que saboreara su agonía, y casi cadáver fué fusilado.»

Don Carlos, á quien se quiere presentar como hombre de sentimientos nobles y humanitarios, respondía á estos y otros hechos semejantes con una carta á Zumalacárregui, que comenzaba así:

«Mi real ánimo y corazón se hallan dulcemente afectados ha ya muchos días, al contemplar los heróicos esfuerzos que hacéis en favor de la religión y de la legitimidad de mis derechos. Vuestros hechos obscurecen ya el heroísmo de los pueblos.»

El mismo Zumalacárregui recibe un día en los Arcos á los parientes de los prisioneros carlistas que estaban en poder de las tropas de Quesada, expuestos á morir en represalias de los liberales sacrificados, pidiéndole que salvase la vida de aquéllos conservando la de los oficiales del ejército liberal que tenía en su poder, ofreciéndole en cambio hacer cuantos sacrificios se les exigiesen, hasta el de su propia existencia.

La contestación de Zumalacárregui á tan legitima petición, fué esta:

«Eso sería mil veces más deshonroso que deponer las armas. No cabe en mí tamaño despropósito.»

Los prisioneros fueron fusilados.

¿Qué tiene de estraño que no diese cuartel á los enemigos, cuando así sacrificaba la vida de sus propios parciales?

El 15 de Marzo una de las columnas de Zumalacárregui hace prisioneros en Gamarra á ciento veinte tiradores de Alava, y al día siguiente el feroz cabecilla los manda fusilar, desoyendo las exhortaciones del jefe carlista Villarreal, quien le expuso las tristes

consecuencias que ocasionaría á la causa carlista la ejecución de la terrible orden.

En eso hacía consistir el heroísmo uno de los jefes carlistas más elogiados por los suyos.

En Septiembre de aquel mismo año entra Zumalacárregui en Cenicero, población abierta, y los urbanos, antes que entregar las armas, se encerraron en la torre de la iglesia, dispuestos á morir antes que rendirse. Zumalacárregui manda incendiar las casas de los defensores de la torre, y viendo que ni así conseguía rendirlos, manda aplicar combustibles para sofocar á aquellos héroes con el humo ó abrados.

Los denodados patriotas no perdieron la vida, porque aquel *valiente* general carlista, que se atrevía con unos cuantos hombres cuando él tenía á su lado una columna, se apresuró á huir en cuanto tuvo sospechas de que podían acudir fuerzas liberales á la defensa de Cenicero.

Este era el celebrado caudillo que en cierta ocasión mandó dar doscientos palos á uno de sus agentes secretos, por haber éste sufrido un descuido en el desempeño de cierta comisión.

El mismo que el 1.° de Noviembre de 1834 publicaba un bando desde Lecumberri, en el que se leen estas disposiciones:

«Todos los prisioneros que se hagan al enemigo, sean de la clase y graduación que fueren, serán pasados por las armas como traidores á su legítimo soberano».

...«Los alcaldes, regidores y demás miembros de justicia que circulen las órdenes del gobierno revolucionario, serán pasados por las armas.»

«Los conductores de las indicadas órdenes serán en el acto pasados por las armas».

Después del triunfo alcanzado en Alegría se ensañaron los carlistas con tal encono en los liberales, que Zumalacárregui mismo tuvo que gritarles: «*mu-*

chachos, basta, basta; dad cuartel á los rendidos.»

Esto no quitó para que después de la victoria fusilase al general O'Doyle, á su hermano, ayudante suyo, y á gran número de jefes y oficiales, como también á dos clérigos que formaban parte del ejército liberal.

Después de haber prometido respetar la vida á muchos de los prisioneros, ordenó deshacerse de ellos á bayonetazos, faena que realizaron con verdadera fruición los carlistas.

Zumalacárregui cometió aquellos asesinatos, *porque los prisioneros constituían una impedimenta que hacía difíciles las marchas.*

En aquel mismo mes Zumalacárregui preséntase ante Peralta, importante villa de Navarra, defendida por Iracheta, comandante de un pequeño cuerpo de urbanos. Toma las primeras casas, y en medio del incendio y del exterminio se acerca al fuerte en que Iracheta se defendía una anciana, que había sido aya suya, con un pliego en que el carlista amenazaba á los voluntarios con ser abrasados dentro del débil reducto en que se defendían, si no se entregaban en el término de un cuarto de hora.

Iracheta contestó: «*miraría la existencia como un oprobio si sólo se me ocurriese la idea de rendirme;*» y Zumalacárregui, conociendo su temple de alma, llamó á su presencia á la esposa del comandante, encargándole fuese á reducir á su marido para librarle de una muerte segura.

Los ruegos y las lágrimas de aquella señora fueron inútiles. Zumalacárregui dió airado la voz de fuego, siendo terrible el tiroteo.

Iracheta, para hacer imposible el asalto, destruyó la escalera que daba subida al fuerte, y entonces el jefe carlista, convencido de que sólo ganaría á costa de mucha sangre unas ruinas y algunos cadáveres, dió orden á los suyos de incendiar y saquear á su sabor la villa y se retiró, saciando su encono con el incendio de una porción de casas, destrozando cuanto

había en otras y derramando todas las cubas del vino existente en las bodegas del pueblo.

Rasgo á que no se hubiera atrevido ningún satélite del famoso José María; bien es verdad que cualquier salteador de Sierra Morena que resucitase ahora, se consideraría con justa razón ofendido al verse comparado con cualquiera de esos héroes del carlismo que tanta vergüenza han derramado sobre la historia patria.

Pero sigamos con Zumalacárregui.

Este defensor de la religión mostró su celo piadoso incendiando la iglesia de Villafranca de Navarra, donde se refugió la guarnición de urbanos al entrar en la villa las fuerzas de don Carlos, quién dió su asentimiento á aquella nueva demostración de barbarie.

Las mujeres, al ver arder la iglesia donde se habían refugiado con sus hijos y sus esposos, demandaron piedad, y el galante Zumalacárregui consintió que al amanecer bajaran de la torre por unas escalas de cuerda las mujeres y los niños, para proporcionarse el bárbaro y estúpido placer de darles de latigazos según iban descendiendo, ensañándose con Claudia, esposa del jefe, mujer hermosísima. ¡Hazaña digna de un valiente y sobre todo de un caballero!

«Semejante cobardía, dice un historiador, arrojó sobre Zumalacárregui un borrón imborrable; tan negro por lo menos, como la bajeza de haber fusilado acto seguido á los treinta voluntarios á quienes las balas respetaron la vida, y que imposibilitados de sostenerse en medio de muros calcinados, se entregaron á discreción.»

Porque, efectivamente, aquello no fué más que el preludio de la horrible hecatombe que el infame meditaba.

Los urbanos, ante cuyos ojos se diera aquel vergonzoso espectáculo, pidieron cuartel y Zumalacárregui se lo negó. Emprendieron de nuevo la defensa,

que duró todo el día, pero al siguiente, viendo que en aquella torre calcinada sólo podían esperar una muerte lenta y horrible, se entregaron á discreción, y acto contínuo fueron todos fusilados.

¡Qué padrón de gloria para la causa carlista y para su héroe Zumalacárregui!

Pero hay en este hecho vergonzoso algo más vergonzoso y brutal que el hecho mismo. Y es que su autor quiso luego excusar su salvagismo diciendo que se vió obligado á hacer lo que hizo por exigencias de las mujeres carlistas de la población, cuyo encono no quería excitar.

Hasta en esto se mostró digno de sí mismo el héroe de Villafranca. Aun siendo cierto ¿qué carácter es el de un soldado que así viola las leyes de la humanidad y del decoro por exigencias femeniles? Aun siendo verdad, debió callarlo por honra del sexo débil de su partido. Pero ¿qué entienden de todas estas cosas los carlistas?

¿Y aquellas *santas* mujeres, pidiendo que azotasen á las infelices madres y esposas de los defensores del pueblo? ¿Habrá todavía gente de entendimiento tan menguado que pueda ver simbolizada la defensa de la religión en una causa que tiene la virtud de despojar á la mujer de las condiciones de su propia naturaleza, y que ante el incendio de un templo, la casa de su Dios, sólo tiene palabras para exigir el castigo de inermes mujeres?

Preciso es confesar que al carlismo no hay por donde cogerlo, y que todos los carlistas son dignos unos de otros: los hombres y las mujeres.

Ante estos hechos que indignan, horrorizan y avergüenzan, no se sabe á qué diccionario acudir para calificar debidamente á sus autores, porque no hay pueblo en el mundo, por depravado ó por salvaje que sea, que haya creído posible la comisión de actos tan bestiales por ningún nacido.

Si, los carlistas deben ser conducidos á cualquier

isla ignorada en medio del Oceano, para que allí vivan á su gusto con su rey bufo y no deshonren á la humanidad.

A lo vergonzoso de esta conducta, debía unirse la bajeza de otros procederes.

Aquel heróico Zumalacárregui que azotaba por su mano á las mujeres y apelaba al salvaje recurso de incendiar los pueblos y los fuertes que no podía rendir por las armas, aquel hombre feroz que no conocía la piedad, no vaciló en invocar los sentimientos humanitarios de un general español, Mina, para que se le devolviese una hija suya de corta edad, Micaela, de la que el conde Armildez de Toledo, virrey de Navarra, cometió la villanía de apoderarse, encerrándola con su nodriza en la inclusa de Pamplona.

Si hubiera sido al revés, ya puede presumirse la contestación del jefe carlista: fusilar en el acto á la inocente criatura. El general liberal á quien se dirigió el carlista se apresuró á entregar la hija de Zumalacárregui al hermano de éste, comisionado para recogerla.

Por cierto que es digna de leerse la respuesta que Mina, á quien tanto execran los carlistas porque los combatió con habilidad y energía, dió al asesino Zumalacárregui. Le dijo:

«La primera noticia que he tenido de la existencia de su niña de usted en esta ciudad, es la que me da su carta, que me ha entregado el portador.

Ignoro, y *no quiero saber*, los motivos que hubiesen podido influir en su traslación desde Villalba; y como yo no hago la guerra á inocentes criaturas, ni la de usted puede ser garantía ninguna, escusada habría sido la petición de usted para dejar libres tanto á la niña como á su nodriza, á la más leve indicación que se me hubiese hecho por ésta ó por los encargados de su custodia, á los cuales no dejaré de hacer un cargo, por haberme faltado este aviso.

Por el adjunto papel se enterará usted de la salud

de la uiña y de la nodriza; y cuando quiera puede enviar á quien guste por ella, que la dejaré marchar sin la menor dificultad.»

Permítasenos un lijero comentario á este hecho, y conste que no es nuestra intención censurar al cabecilla de don Carlos porque cumpliera su deber de padre, apelando á todos los recursos, hasta el de humillarse ante un enemigo irreconciliable para salvar la vida de una hija, que por otra parte no estaba amenazada.

Pero nos parece que Zumalacárregui, como buen representante de la tradición, debió en aquel caso acordarse de aquel guerrero que en el reinado de Sancho IV prefirió el sacrificio de un hijo ante los muros de Tarifa á la deshonra de capitular con el enemigo, eternizando así su nombre en la historia.

Verdad es que entre la idea del honor en aquellos tiempos y la que de esa virtud tienen los carlistas, hay la misma distancia que entre un guerrero y un capitán de bandidos, entre Guzmán el *Bueno* y cualquier Zumalacárregui.

Dejemos á Zumalacárregui, que en la ingratitud de su Rey y Señor encontró más tarde, aunque no toda, parte del premio que sus hazañas merecían, muriendo aborrecido por sus propios correligionarios, y anotemos al lado de las ferocidades con que se distinguió, las de otro cabecilla que merece competir con la bestia más feroz en instintos sanguinarios.

UN DIGNO ÉMULO SUYO

Llamábase este Grau, un mal estudiante que cambió los libros por la espada en 1834, dándose á merodear con su partida por las faldas de Monseny, en Cataluña.

Los dueños de las casas de todo aquel terreno le trataban con cariño y consideración tan grandes, que en otro hubieran despertado la gratitud, pues sobre proveer á él y á su cuadrilla de todo lo necesario, le salvaron muchas veces de caer en manos de las tropas liberales.

Un día llamó á todos los propietarios de estas casas y les impuso una multa, al que menos de cien duros. Un pobre anciano de setenta años, á quien exigía 700 duros, se arrodilló á sus pies, jurándole que no tenía en su casa más que veinte duros, y lejos de acceder, ordenó se le diesen *setecientos* palos.

Otra vez impuso al pueblo de Tena una multa de 1.500 duros, que le debían entregar en el término de tres días. Como no se la hubiesen satisfecho al cuarto día, llamó á Viladrau al Ayuntamiento, y en medio de la plaza dió al alcalde y regidores tantos palos como duros les había pedido, reteniéndoles presos, con la amenaza de repetir el castigo si á los tres días no entregaban los 1.500 duros. ¿Hicieron otro tanto los de la *Mano negra*?

DEGÜELLO DE PRISIONEROS EN CAMARASA

El carácter de ferocidad que los carlistas imprimían siempre á sus actos, se revelaba en todo. Una partida sorprende al pueblo de Camarasa y obliga á rendirse á los urbanos, incendiando la iglesia de que hicieron su refugio; asesinan inhumanameute al capitán de la fuerza, al teniente y al alcalde, atan á los demás de dos en dos por la espalda, los degüellan y los arrojan desde el puente al rio Segre con piedras enormes, por si no estaban bien muertos.

UN JEFE CARLISTA HORRORIZADO

Para que no se crea exageración meditada cuanto á la ligera vamos exponiendo, presentaremos un testimonio de mayor excepción: el parte que con fecha 4 de Diciembre de 1836 firmaba el jefe carlista Miralles, en el que, refiriéndose al cabecilla Trempat, decía:

«Son tantos LOS ROBOS Y TROPELÍAS que causa en el país, que si V. S. lo supiese por menudo, quedaría HORRORIZADO de tantos excesos.»

Por si este no basta, allá vá otra declaración de testigo calificado.

El comandante de las fuerzas carlistas de una división del campo de Tarragona, decía al jefe supremo de Cataluña en 14 de Noviembre lo que sigue:

«Que si no se nombra otro comandante general en lugar de don José Masgoret, todos vendrán á retirarse por las casas, y otros se pasarán al enemigo, á los liberales, como lo han verificado algunos ya, por la mala opinión y fama que tiene el indicado señor, que hace más de ocho meses está en una casa de campo llamada *Aygunvivi*; desde allí va atropellando todos los pueblos con nuevos pagos y contribuciones... y sería muy largo explicar el ESCÁNDALO que ha dado á dicho país el susodicho comandante.»

El autor de esta representación ofrece como prueba de sus acusaciones el testimonio de los labradores *más realistas* de todo el país, el de los párrocos, el de varios jefes carlistas, entre ellos Tristany.

¿Qué tal sería el mozo?

Entre las cosas que llevó á cabo este Masgoret, puede citarse un bando en el que intimaba con pena de la vida, no sólo á las autoridades que diesen noticia del paso de las fuerzas carlistas por los pueblos;

ó á los portadores de partes, sino «al paisano que hallándose trabajando en el campo, y al viajero que teniendo conocimiento del paso de alguna columna liberal, no fuese *corriendo* á dar aviso al jefe de la partida carlista que se encontrase más próxima.»

Bandos por el estilo se encuentran á cada paso en las crónicas é historias de las guerras carlistas; pero no es lo peor que se dictaran, si, como se hace en todas las guerras, lo hubieran sido sólo ó principalmente para amedrentar á los pueblos y dificultar de esta manera la acción del enemigo, sino que se cumplían á sangre y fuego señaladamente con los infelices defensores de los pueblos en donde entraban.

28 LIBERALES ASESINADOS EN ZURITA

Cabrera, Forcadell y otros,—ya podrían—acometen á Zurita, guarnecido por ocho nacionales y veinte movilizados de Valencia, obligándolos á capitular con la condición de entregar las armas y marchar libremente á sus casas.

Aquellos *caballeros* cumplieron su palabra fusilando á los pobres voluntarios de Zurita, entre los cuales había dos ancianos que apenas podían andar y dos hermanos jóvenes de 16 y 18 años. A las súplicas que se hicieron á Cabrera en favor de éstos jóvenes, contestó que sólo su padre podría librarles, presentándose á ser fusilado. Al oir esto la madre cayó desmayada, y á su lado, como muerto por un rayo, el tercer hijo que llevaba á sus pechos.

ROBOS ENTRE ELLOS

Así eran y así tenían que ser los jefes carlistas para ser dignos de las gentes que acaudillaban y que no

les habrían consentido cualquier rasgo de generosidad: no se ha dado todavía el caso de que los bandoleros busquen para capitán á una persona decente.

Por esta razón se explica que, cuando algún hombre honrado, dejándose llevar de irreflexivo movimiento, ó engañado acerca de aquellos *guerreros*, llegaba á ponerse á su frente, experimentaba mil sinsabores si quería poner coto á sus desmanes.

Tal sucedió al comandante carlista don Eudaldo Carné, quien después de la acción de Siete Aguas, en Julio de 1836, decía en su orden general: «que habiéndose extraviado casi todos sus equipajes, y siendo tan escandaloso el robo que se ejecutó, prevenía bajo la más severa responsabilidad que todos, sin distinción de clases, presentaran cuantos efectos hubiesen recogido, sin que valiera la escusa de haberlo cogido al enemigo, pues *yo mismo*, añadía—*fui testigo de lo que particularmente* y *en general se practicó.*»

¡Qué clase de gentes serían aquellos titulados defensores de Dios y del trono, que así se robaban unos á otros cuando no podían robar á los liberales?

Pues por haber dictado esa orden y haber además prohibido el séquito de mujeres que acompañaba á la columna, fué Carné objeto de una larga série de postergaciones.

DOS CURAS Á CUAL PEOR

—

Para ser bien quisto entre la gentuza de boina, es preciso exceder á las fieras en crueldad. Por eso los cabecillas más prestigiosos y obedecidos eran los que se cebaban como chacales en sus enemigos indefensos.

Téngase en cuenta, por si algún desgraciado—no merecería otro nombre—quisiera cohonestar semejante proceder con artificiosos sofismas, que no se

trataba de una escepción monstruosa, sino de un sistema, llevado precisamente á la exageración por los que vestían ropas talares y se llamaban ministros de un Dios de paz y de amor.

Entre los muchos curas cuyas hazañas hemos referido ya, se cuenta el canónigo de Tortosa, que casi simultáneamente con su compañero el cura Lorente, realizaba proezas como la de incendiar la iglesia de Utiel, para rendir á sus defensores, retirándose, visto que no lo conseguía, después de saquear á su gusto las casas de los liberales.

Otro buen eclesiástico, el arcipreste de Moya, rivalizaba por entonces en crueldades y latrocinios con los antes mencionados, adquiriendo triste celebridad en la historia, porque siempre eran compañeros de sus vandálicas irrupciones en pueblos casi indefensos, el incendio, el saqueo y el asesinato.

La historia suele omitir muchos de estos hechos, por que es triste narrarlos todos; ya llegará día en que se completen con los necesarios justificantes.

HORRIBLES MARTIRIOS DE LOS PRISIONEROS DE LA ACCIÓN DE HERRERA

En el *Folleto 3.º* digimos algo sobre los horrorosos tormentos sufridos en Cantavieja por los prisioneros liberales hechos en la acción de Herrera.

Hemos recibido tres cartas dudando de que tales horrores fueran ciertos, y por esta razón los ampliamos en éste, insertando un documento casi oficial, la carta que publicó uno de ellos, el brigadier Solano, á los pocos días de salvarse de la muerte por casualidad. Dice así:

«Era tal el extremo de miseria, desnudez y hambre á que se hallaba reducido el ejército de prisioneros, que habían perecido ya sobre 14 oficiales y 84

sargentos y soldados, de necesidad; y á pesar de las contínuas reclamaciones oficiales dirigidas por mí, sólo se había podido conseguir una pequeña porción de patatas, tan menudas y tan malas, que casi era imposible el comerlas.

Los soldados estaban divididos por escuadras, y éstas al mando de algunos cabos, los cuales, con el objeto de aumentar la miserable ración (cuando se daba), reducida al número de cuatro ó seis patatas cuando más, no daban parte de la defunción de sus compañeros.

El horror llegó á su colmo cuando dejó de recibirse esta mezquina ración, pues la de pan hacía más de cuatro meses que no se distribuía; y en esta penosa situación, algunos de los que gemían en aquella espantosa miseria, acudieron para satisfacer su hambre al repugnante y bárbaro alimento de la carne de sus difuntos compañeros.

En la noche del 5 al 6 de Enero supo el comandante del depósito, don Juan Francisco Pellicer, que algunos soldados estaban sentados al mezquino fuego que habían logrado formar con pedazos de viga de la destechada casa, en el que se hallaban calentando algunos pucheros de agua y trozos de carne humana, y mandó á su segundo, don Manuel Gil, hombre cruel y sanguinario, á que los reconociese, á la una de la madrugada del 6 de Enero. En efecto, encontró en ellos pedazos de piel y manos que se estaban cociendo, correspondientes á los soldados que en la tarde de aquel día habían fallecido, y en dos pucheros otros pedazos que la decencia se resiste á nombrar.

Después de apaleados completamente, y formada su cruenta junta, á la que asistió como teólogo el capellán del cuarto batallón de Aragón, sin oir los descargos de los nueve acusados ni mis enérgicas protestas, fueron sentenciados á ser pasados por las armas, cuya pena sufrieron á las once de la mañana del 6, del modo más horroroso que se puede concebir.

Cadáveres ya, y sin poder tenerse en pie, fueron conducidos á un pequeño campo que se hallaba á la mitad de distancia entre la casa que ocupaban los oficiales y la que contenía los soldados.

No pudiendo resistir en pie el castigo impuesto por su desfallecimiento anterior y el horror de su posición, fueron sentados en el suelo, y como si se jugase con sus cabezas, principiaron á disparar tiros, resultando de este juego cruel que á las dos de la tarde aun no habían concluído de espirar.

Entonces un cabo llamado Cayetano, cuyo apellido ignoro, pero que sirvió en el regimiento de infantería del Rey, que se había unido á la facción en la toma de Cantavieja, acompañado de un tal Valero, subteniente de granaderos del mismo batallón, marcharon sobre aquellas víctimas, y los acabaron á golpes de bayoneta y sable, dejándolos en medio del campo durante toda la tarde, á la vista de sus compañeros y de sus oficiales. La consternación se veía pintada en todos los semblantes, y nadie se atrevía á pronunciar una sentida queja, ahogando en sus acongojados pechos los ayes y lamentos que habieran podido consolar sus oprimidos corazones.

De estas resultas pasé comunicaciones á Cabrera, quien los hizo marchar el 16 de Enero, á las dos de la madrugada, al pueblo de Cretar, para tener una conferencia y tratar del canje de prisioneros, convencido Cabrera de lo imposible que le era conseguir que los prisioneros constitucionales, á pesar de las repetidas instancias, súplicas y pomposas ofertas, tomasen partido en sus filas, pues ni uno solo accedía, prefiriendo morir á ser traidores á las banderas que juraran. Muchas y duras fueron las proposiciones que presentó, á pesar de que en aquella ocasión no se manifestó tan cruel como su secretario de campaña el coronel Caide, abogado hijo de Tortosa. Al fin accedió á él, disponiendo marchasen los soldados, quedando en rehenes.

De las promesas hechas por mí sobre la entrega de los prisioneros facciosos en Arcos de la Cantera, yo mismo me constituí como tal para salvar aquel resto de hombres, que al parecer no eran más que esqueletos, los cuales habian llegado á tal extremo de demacración, que cangeados en la ciudad de Segorbe y trasladados al hospital militar, no pudieron sus estómagos admitir ni aun el caldo, y fallecieron la mayor parte antes de seis horas de su entrada en aquel establecimiento.

La historia no cuenta hechos más horrorosos. Podrá ser, y aun estoy casi seguro, de que nuestros descendientes tendrán por fabulosa esta narración; sin embargo, por desgracia no hay cosa más cierta. Todos los jefes y oficiales que se salvaron de aquella calamidad, podrán responder bajo su firma de la verdad de cuanto llevo dicho.

Quisiera nombrar á todos mis compañeros de infortunio, mas no siéndome posible, me contentaré con los nombres de algunos.

El coronel don Juan Pusiol, y sus hijos don Luis y don Alejandro, del regimiento del Príncipe; los capitanes del segundo regimiento de la Guardia Real de infantería, don José María Rajoy, don Simón Villela, don Bernardo Magenis, don Antonio Molina; los alféceres del mismo cuerpo, don Manuel Michelena y don Victoriano de Ametller; dos capitanes del provincial de Avila, don Lorenzo Contreras y don Eusebio de Arrabal, teniente don N. Mugártegui, y los subtenientes Gómez y Rodriguez, con el sargento mayor del mismo cuerpo, don Hermenegildo Alcaráz; el teniente coronel del regimiento de Córdoba, don José Can y Argüelles; el capitán del 6.° de ligeros, don Ramón Valdepares; el subteniente López y Clarón; el capitán del de Córdoba, don N. Cebrián y el teniente don Dimas Martínez; los capitanes del Príncipe, don Vicente Cruzado y don José Ramón Boetelo; los tenientes Ureda y Castro; el capitán de caba-

llería del Infante, don Pedro Navas, y otros, que si fuese preciso, todos certificarían bajo su honor y su conciencia.

Los soldados que presenciaron aquel horroroso fusilamiento se aterraron en tales términos, que valiendose de sus manos, á falta de instrumentos, lograron abrir un agujero en la parte de la pared que miraba al campo, camino de Valderrobles, y aunque casi seguros de morir en el tránsito, exánimes y sin fuerza para alcanzar la pequeña fortificación de Alcañiz, que sólo distaba cinco leguas, se precipitaron por él sin prudencia ni precaución ninguna, cayendo al campo que estaba bastante profundo, por no haber tenido la previsión de haberlo abierto en el piso bajo, y sí en el principal.

Muy pocos fueron los que llegaron sin fracturarse las piernas ó brazos, y al ruido de sus cuerpos que caían sobre las piedras y ladrillos que habían desprendido de la pared, así como al de los gemidos que daban los que, fracturados sus brazos ó piernas, recibían sobre sus macerados cuerpos los de los compañeros que creían encontrar su salvación, llegaron los soldados de la guardia; y suponiendo que una acción bárbara y horrorosa sería meritoria á los ojos de Cabrera, que remuneraría su vigilancia, asesinaron aquella madrugada (del 6 al 7 de Enero) cuantos encontraron tendidos en el campo y los que aún estaban próximos al agujero por donde creían recobrar su libertad; el número de estos desgraciados ascendió en aquella madrugada al de 32, encerrando el resto en una habitación tan reducida, que no siendo suficiente á contener su número, se vieron precisados á ocupar, á pesar del frío de la estación, un corredor descubierto, largo y estrecho, con un balcón de madera que amenazaba ruina, la cual se verificó, puesto que á las nueve de la mañana del 7 se desplomó completamente, perecieron en la caida 23 soldados, quedando otros muchos heridos.

Para ocultar esta desgracia y pretextando que era para la mayor comodidad de los prisioneros, fueron trasladados aquel mismo día 162 soldados al convento de Benifasat, donde haciéndolos trabajar incesantemente en la obra de fortificación, sin más alimento que las raices que encontraban, sucumbieron la mayor parte de ellos antes de ocho días.

Ni aun esta penosa y cruel posición pudo aumentar las filas de Cabrera con un solo hombre: ¡tal fué la lealtad de los soldados de la 3.ª división del Norte!

Mientras los jefes y oficiales lograron conservar algunos recursos, suministraban por cuerpos á los soldados prisioneros algunos ranchos, teniendo que presenciarlo los mismos oficiales que se hallaban encargados de su condimento y distribución, distinguiéndose muy particularmente en este penosísimo servicio el capitán graduado teniente del regimiento del Príncipe, señor Castro, por su paciencia y prudencia, pues llegó el caso de arrojar las cucharas que se les habían dado, y la palma de sus descarnadas manos hacía el oficio de tal porque en ellas se contenía mayor cantidad de alimento.

A los oficiales se les colocó en dos pisos tan pequeños y reducidos, que, no cabiendo, se situaron hasta en los escalones que conducían á ellos, martirizándolos del modo más cruel que puede imaginarse.

A las nueve de la noche se les obligaba á acostarse sin que pudiesen tener conversación alguna: cansados y fastidiados de este silencio sepulcral, así como de una orden tan tirana y cruel, llegaban á dormirse: á las diez se efectuaba la primera requisa, y entraba una parte de la fuerza y descansaba sobre las armas, dejándolas caer con tanta violencia, que el más dormido se extremecía, creyendo que el edificio se habia desplomado.

Después se les obligaba á levantar á todos para reconocer si los ladrillos sobre que estaban acostados

se habían levantado para fugarse, puesto que caían sobre un horno de pan cocer, el cual, aunque inútil para el efecto por no haber harina ni masa alguna que cocer, lo tenían encendido por si alguno lograba escaparse, que cayese en él y quedase abrasado. Esta requisa se repetía de hora en hora; de manera que no se descansaba en toda la noche.

El objeto que se propuso el segundo jefe del cuarto batallón de Aragón, don Manuel Gil, en este prolongado martirio, no fué otro que el de extenuar completamente las fuerzas de los oficiales, para que no sólo no las tuviesen para intentar una fuga desesperada, sino también para que no pudiesen de día fortificar el valor de los soldados, que jamás escucharon con más fervor los consejos de sus oficiales.

El tifus vino á completar el cuadro de desolación y miseria, pues no había medicamento que aplicar á los que lo contraían; y aunque era incansable la vigilancia y esmero del cirujano del provincial de Alava, señor Parejo, nada podía lograr para su salvación.»

LO CÓMICO EN LO CRUEL

Como la naturaleza gusta del contraste, á veces coloca lo ridículo al lado de lo horrible, para dar tregua al espíritu. Véase la proclama (en su propia ortografía) que dió José Miralles (el *Serrador*), comandante general del reino de Valencia:

«Comandancia general don José Miralles comandante General de este ejército y Reynos por su M. Sere D. Ge el Sor Dn. Carlos V de Borbón; á las Justicias del citado. Reyno dice que el gobierno hosurpador ha ynpuesto pena de la vida á todos los de hedad posible para tomar las harmas y de no verificarlo sufrirán la pena citadas prometo en nombre del Rey que el que las tomare desde hoy día de la fecha ha

delante sea prisionero ó no lo sea sufrirá la pena de muerte y el que tuviere y se presentare con las armas: será perdonado sin maltratar su persona ni bienes y de no verificarlo dentro del término de ocho días sufrirá la pena.

Pues el Rey como ha tan piadoso y Justo no quiere la perdida de su Reyno ni la dictractura de sus vasallos sino que vivamos como ha ermanos con la tranquilidad y quietud posible y dejarno de querer cosas ynjustas como el Gobierno que estais aclamando ha infelis españa como te degas Gobernarnar por una muger estrangera que pronto se vera tu fin.

Ea valeroso españoles Coronar á buestro piadoso y legítimo Rey que el hos hará felices á Vosotros y á nosotros sin caberla menor duda en vuestros corazones de lo arriba dicho todo lo cual se pone en Vuestro conocimiento para vuestro gobierno y inteligencia.

Esta circular E indulto las justicias le darán curse y de no verificarlo serán castigados con pena de muerte Campo de honor 28 de Noviembre de 1834. —El omendante General José Miralles.»

Era el *Serrador* una especialidad para esto de escribir documentos. He aquí el que pasó á Lucena:

«Me *dirigo* á ese *puebro* con 3.000 valientes de infantería y Ciento *quarenta* caballos, con el objie to tan solo *en que* si de ponen las armas á esta *inbitacion* de pas que les *ago* en nombre del rey N. S. *tratarlis* con toda consideracion dejando quietos y *tran quilos* á esos *á vitantes* conforme lo *é hecho* con los demas *puebros* que *an ove decido* pero si desgraciadamente no *ha tienden* á esa voz de pas, *en el momento hoygan* un tiro daré orden para abrasar desde la primer masada del termino *asta* lo más sagrado de la Poblacion. No creo á Vs. tan *pertinases* que *cieran de clararse* tan abiertamente enemigos *deun* Rey tan *venigno* y que por ley tan divina y *umana* le corresponde la corona como *hes constante quela mano* del Todo Poderoso *gie* sus pasos, etc».

El ayuntamiento de Lucena contestóle que estaban dispuestos á morir «*antes que transigir con ladrones, incendiarios y asesinos*»; terminando con esta fórmula: «*Dios guarde á usted tan pocos años su vida, como lo desean el comandante y nacionales de esta villa*»; añadiendo después de la firma; «*Señor cabecilla de ladrones y facinerosos*».

Huyeron los carlistas sin atacar á Lucena, porque llegó una columna liberal, pero incendiaron en su huída todas las masías inmediatas.

ARISTOCRACIA CARLISTA

Ladrones de profesión y perseguidos por la justicia que *cabecilleaban* por ambas Castillas y Extremadura al año 36. *Orejita*, *Palillos*, *Zamarra*, *Chaleco*, el *Apañado*, el *Rubio*, se llamaban aquellos bándoleros; «narrar sus fechorías equivaldría á exponer un largo catálogo de saqueos, incendios y latrocinios.»

Hablando de los carlistas en Galicia y Asturias, dice un historiador: «había sobra de bandidos y facinerosos, que se acogían á cualquier bandera, con tal de vivir á sus anchas.» Allí, también como en Castilla, más que una guerra resultaba una caza, abundando el fusilamiento de cabecillas, los saqueos y los atropellos por éstos cometidos, y en suma, los males consiguientes á encontrarse el país entregado á bandas de gente de baja ralea.»

GENTES DE LEVA

No somos nosotros, en quienes se pudiera suponer parcialidad ó apasionamiento, es un historiador imparcial quien lo asegura, porque en esta campaña procuramos la mayor autoridad hablando únicamente de los hechos incontestables y comprobados.

El carlismo surtía sus filas con desertores, prófugos y criminales. El perdido, el desesperado, el perseguido por la justicia, el que deseaba satisfacer una venganza, todos estos eran los que corrían á engrosar las columnas que llevaban la desolación y el estrago por donde pasaban; partidas de ladrones y asesinos amparadas por el pendón de don Carlos.

Uno de los individuos de la comitiva de éste, dice hablando de las tropas que les acompañaban en su expedición hacia Madrid:

«Los voluntarios robaban; la desunión, la envidia, la intriga y la chismografía aumentaban por momentos. Dios sólo sabe lo que pasó en aquél campamento, donde la reunión de una masa de hombres disgustados y sin distracción, la ociosidad les hacía olvidar sus más sagrados deberes.»

Si así eran los que, por formar parte de la expedición donde iba su fantástico rey, debían ser los elegidos, los mejores, ¿qué tal serían los otros?

Teniendo esto presente, no se sabe si ceder á la ira, á la compasión ó á la risa, cuando se vé al obispo de Solsona recibiendo á don Carlos bajo palio y dirigiéndole una felicitación, comparándole con David y llamándole «la admiración de Europa», concluyendo por proclamarle el «representante de la causa de Dios.»

¿No es eso también lo que dicen ahora los curas facciosos? ¿No es eso también lo que creen ahora los carlistas? ¿No parece el relato de los excesos, los crímenes, los asesinatos, y los horrores de la última guerra civil copia de la historia de la primera?

Quien pretenda hacer creer otra cosa, no es más que un miserable impostor, digno de formar en esas gabillas de foragidos que han sido la vergüenza de España.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 23

LA TRADICIÓN CARLISTA.—TÁCTICA DEL ABSOLUTISMO.—EL PIADOSO DON CARLOS.—BANDIDOS PIADOSOS.—VILLANÍA CARLISTA.—NOBLEZA LIBERAL.—VARIOS CRÍMENES.—UN VÁNDALO DEL SIGLO XIX—INCENDIARIOS.—ENTRE ELLOS —COBARDES Y TRAIDORES.—OPINIÓN AUTORIZADA.—AUPTOSIA DEL CARLISMO POR LOS MISMOS CARLISTAS.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Si al gobierno le dijera la prensa que los anarquistas Fulano y Zutano se reunían en determinado sitio para preparar uno de esos atentados bárbaros en los que cifran el triunfo de sus ideales, es indudable que sin pérdida de tiempo metería en la cárcel á los aludidos y los castigaría con arreglo á las leyes que ha fabricado la sociedad para su tranquilidad y defensa.

Pero todos los días sabe por los periódicos que los carlistas se agitan y se reunen preparando una nueva guerra civil, y hasta la hora presente no hay noticia de que algún siervo de don Carlos esté en la cárcel ni de que se hayan tomado precauciones para evitar ese peligro que amenaza la tranquilidad nacional.

¿Pero es que los carlistas son iguales á los anarquistas?—dirán muchos al leer esto.

No; no son iguales. Aunque los anarquistas resulten regugnantes por sus crímenes, no por esto hay que faltarles ni exagerar su maldad injustamente hasta el punto de nivelarlos con los carlistas, que están un escalón más abajo. Hay entre unos y otros diferencias dignas de ser tenidas en cuenta.

Los anarquistas terroristas son unas cuantas

docenas de malvados, y los carlistas ascienden á muchos miles; de lo que resulta que más temibles son éstos que aquéllos, porque á mayor número mayores crímenes.

Los anarquistas enemigos de la propiedad y proclamando la extravagante teoría de que el robo es una restitución, no han despojado aún á ninguna de sus víctimas, como lo hicieron los carlistas robando en Cuenca, en Sagunto y en otros pueblos infortunados que cayeron en su poder.

El terrorismo ha causado muchas víctimas; pero su número, con ser aterrador, resulta insignificante comparado con los centenares de infelices que cayeron asesinados por Rosa Samaniego, Cucala, Savalls y otros bandidos puestos al servicio de la *santa causa*.

Las bombas de dinamita han destrozado y muerto de un solo golpe, lanzando instantáneamente á los infelices predestinados de la alegría de la vida al anonadamiento de la tumba; y los carlistas, cuando han visto entre sus manos un liberal, lo han martirizado, cortándole las orejas, sajándole el vientre, achicharrándolo vivo junto á la sima de Igúzquiza; ó atentando al sagrado respeto que inspira el moribundo, han hecho que la caballería pasase varias veces en Bechí sobre los fusilados, aplastando consus herraduras los palpitantes cuerpos, mientras el *requeté* se divertía revolviendo con sus bayonetas el montón de víctimas como la paja en la era.

No; el anarquismo, con ser tan horrible, con inspirargeneral execración, resulta menos ma-

lo que ese carlismo cuyos manejos mira el gobierno con vergonzosa tranquilidad.

Terroristas y carlistas son los representantes de los dos polos de la barbarie: los unos preparan hecatombes para aterrar la sociedad acelerando la llegada á un porvenir utópico; los otros asesinan en nombre de la tradición, deseando que el mundo retroceda hacia un pasado que no conocen, pues ignoran la historia, pero que se imaginan como Arcadia feliz, influídos por las predicaciones de fanáticos sacerdotes y de aventureros sin conciencia.

Unos y otros son igualmente peligrosos; pero hasta en ese peligro surje también diferencia, pues la bomba de dinamita ó el atentado contra un político aterra á la nación durante algunos días, pero no deja en suspenso la vida pública, mientras que la guerra carlista, durante meses y años pone yermos los campos, mata la industria, dificulta el comercio y deja como herencia al país la ruina y el hambre.

Aparte de estas diferencias, es igual en su modo de ser el anarquismo y el carlismo. Existen entre ambos mútuas y misteriosas afinidades de barbarie y pasión sanguinaria, de las que no se dan cuenta los mismos sectarios. Por algo resulta que muchos anarquistas fueron educados en su juventud en la fanática escuela de jesuítas y frailes; y el monstruoso Salvador que arrojó cobardemente las bombas en el Liceo de Barcelona había sido carlista en sus mocedades, militando en una horda del Pretendiente.

Es la tendencia á la barbarie, el irresistible impulso á la destrucción sin objeto, que reside en sus cerebros como una fatalidad y les empuja á uno ú otro campo. Si son obreros en las ciudades, el instinto del mal les lleva á ser terroristas en nombre de un falso progreso; si viven en el campo, la barbarie nativa les empuja al carlismo, que justifica y encubre en nombre de sagrados intereses toda clase de crímenes y brutalidades. Total, el mismo resultado: tan asesinos son unos como otros. No hay más diferencia que la que existe entre la bomba y el trabuco y entre el hecho de que el terrorista casi nunca huye, paga con su piel y va al cadalso, mientras que el carlista tiene todo su corazón en la alpargata y escapa al columbrar á lo lejos el pantalón rojo del soldado que simboliza la persecución del crímen, la ley, la justicia y el castigo.

El anarquista es ateo, pero el católico carlista no cree en el Dios que agonizaba sobre la cumbre del Gólgota sellando con su martirio la fraternidad de los hombres y pidiendo el perdón de sus enemigos, sino en otro, invención suya, implacable, feroz y sanguinario; el Dios en cuyo honor fué empalado Campanella, atropellado Galileo, carbonizados Huss, Savanarola, Bruno y Dolet, y pasadas á cuchillo las ciudades de la Provenza; divinidad pavorosa como el Baal de los fenicios, que sonríe á la vista de la sangre y no conoce perfume más grato que el hollín humano, el chirriar de la carne en las hogueras de la Inquisición. Y algo va del ateísmo que se contenta con negar ter-

camente, á la sombría devoción que anhela el asesinato.

Inútil es seguir comparando el fanatismo terrorista con la ferocidad del carlismo. Saldría éste perdiendo en toda comparación.

Odiamos al anarquismo porque éste representa la destrucción sin objeto y sin finalidad y también por el daño que nos ha causado. Si los monárquicos se lamentan por la pérdida de Cánovas, nosotros aun lloramos el asesinato de Carnot, el republicano puro y virtuoso.

Pero puestos á comparar imparcialmente, no encontramos entre los asesinos terroristas, con ser muchos de ellos seres repugnantes, uno solo que esté á tan bajo nivel como los *héroes* del carlismo.

¿Quién puede ser comparado, sin que se revuelva en la tumba, con la feroz doña Blanca, aquella sanguinaria mujerzuela que en el saqueo de Cuenca, olvidando el pudor y la dulzura de su sexo, celebraba con risas las *bromitas* de sus zuavos, los cuales se expansionaban violando las esposas en presencia de sus familias y arrancando enfermos de sus camas para fusilarlos?

La sangre derramada en el Liceo y en la calle de Cambios Nuevos, con ser de seres inocentes, ¿no resulta insignificante gota comparada con los torrentes que ha hecho derramar el carlismo antes de ser vencido y con los asesinatos de ancianas mujeres y hasta niños que han realizado en todas partes los esbirros del Pretendiente?

No comprendemos la indiferencia del gobierno ante los manejos de los carlistas,

El que se prepara para salir al campo en nombre de D. Carlos es tan digno de represión como el que proyecta arrojar una bomba. Tan asesino es uno como otro; y si el dinamitero está fuera de todo derecho, de todo respeto y merece ser perseguido como alimaña venenosa, el carlista que sueña en resucitar los horrores de otras guerras que, relatados ahora, causan el efecto de una pesadilla sangrienta, y anhela ocultar bajo una bandera su afán de destrucción y de medro, debe ser tratado como el lobo hambriento que de repente salta en medio del camino.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

LA TRADICION CARLISTA

Prosigamos nuestra tarea, que si tiene su lado satisfactorio por lo que puede contribuir á herir de muerte al carlismo, tiene también su parte penosa por la indignación y el horror y la tristeza que produce el recuerdo de los crímenes cometidos á la sombra de esa bandera.

Para que los carlistas dejasen de ser con justicia odiados y aborrecidos, sería necesario que abandonasen su tradición, y entonces ya no serían carlistas.

A fin de que se enteren los españoles de lo que es la tradición carlista, vamos á presentar unas cuantas muestras desde que comenzaron á ser tales, si bien encubriéndose todavía con el nombre de realistas.

Saperes, jefe de las fuerzas realistas sublevadas en Cataluña el año 1827, publicó en Agosto del mismo año un bando en que ordenaba lo siguiente:

«1.° Toda persona que desde este día se entretenga en esparcir directa ó indirectamente noticias *melancólicas*, ó con sus escritos ó conversaciones contra la opinión de los buenos realistas, será reputado como traidor y enemigo de los defensores de la justa causa.

2.° El sujeto á quien se le justifique estar en correspondencia con alguno de los sectarios (los sectarios eran los liberales) será tratado como espía, aun cuando *no tenga roce con él.*»

Y en otro bando mandaba:

1.° Todo vecino que tenga armas y municiones de cualquiera clase los presentará dentro del término de una hora, sopena de la vida.»

2.° Toda persona que haga resistencia á las armas realistas, *será fusilada en el término de tres horas*, y por cada realista que muera, *se fusilarán seis individuos de la población.*»

Esto era para empezar; como quien dice, para hacer boca.

Entretanto, el jefe de los voluntarios realistas, daba en otra alocución el grito de «¡Viva el rey, viva la religión, viva la Inquisición y viva la constancia para el exterminio de las sectas masónicas!»

Con lo cual revelaban ya los piadosos y suaves medios de gobierno que aspiraban á poner en práctica para asegurar la prosperidad de los españoles.

Pero á todos dió ciento y raya en esto de los buenos propósitos el jefe realista Busons, el cual escribió también su correspondiente proclama, excitando á los catalanes para que *acabasen con todos los liberales* del suelo español.

De modo que ya pueden ir echando sus cuentas los liberales; si quedaron algunos en España, no fué ciertamente por culpa de los carlistas, que ellos buenos deseos tenían, sino porque Dios no quiso ayudarles en sus designios, á pesar de tener á su lado varones tan virtuosos y preclaros en el orden de la clerecía como el prior de los dominicos de Manresa, el padre guardian de los franciscanos y todo el clero de Vich donde se predicaba una cruzada de exterminio contra los liberales, y sobre todo al obispo de aquella diócesis, que asistía á aquellos actos religiosos, y con pretexto de visitas y pastorales, iba sembrando el germen de la insurrección, que se ostentó después más vigorosa precisamente en los pueblos visitados por Su Ilustrísima.

TACTICA DEL ABSOLUTISMO

Conviene que los liberales y el país entero fijen su atención en un fenómeno curioso y deduzcan de él las consecuencias.

Los carlistas, creyendo halagar á las gentes sencillas, se llaman defensores de la religión, á la que suponen perseguida, y en este sentido han contado y cuentan aun con una gran parte del clero.

Podía decirse que con todo, pues si bien es verdad que no todo el clero ha demostrado su adhesión á esa causa con actos ostentibles, también es evidente que los que no han hecho vida militante en sus filas, han permanecido indiferentes, cuando su deber era oponerse á que se extraviase la opinión de los católicos, conducta con la cual han prestado una ayuda indirecta, pero efectiva, á la causa carlista. Ha habido excepciones, pero esas excepciones confirman la regla y justifican lo que acabamos de decir. Un cura liberal no ha tenido nunca la estimación de sus compañeros de clase.

Las gentes sencillas, los espíritus poco cultivados, la gran masa que puebla los campos y las aldeas, ha podido creer, respondiendo á los propósitos de los carlistas, que en efecto la religión sufría persecuciones de las cuales sólo podía libertarlas el triunfo de don Carlos, al ver á la mayoría del clero combatiendo por él en el púlpito y en el campo.

Así, á primera vista, el hecho parece concluyente; pero fíjense bien todos en esto: los carlistas han contado con el apoyo del clero, pero no han tenido nunca la ayuda de Dios, porque no han levantado una vez la cabeza que no hayan sido aplastados, á pesar de los grandes y poderosos elementos con que han contado, así para la intriga palaciega como para la rebelión armada.

Deduzca el lector las consecuencias que se desprenden de este hecho histórico, más elocuente que todos los razonamientos habidos y por haber.

Y juzgue también la conducta de ese clero obstinado en apoyar una causa tan dejada de la mano de Dios como han revelado los hechos.

Pero ¿cómo puede contar con la ayuda del cielo una causa en cuyo nombre se cometen crímenes tan horribles y repugnantes como los que vamos á referir?

EL PIADOSO DON CARLOS

Los carlistas acordaron desde el principio de la guerra fusilar á todo prisionero que no jurase fidelidad á don Carlos. Cayó en su poder el 19 de Agosto de 1833 en las Peñas de San Fausto el coronel conde de Vía Manuel, grande de España.

Zumalacárregui vacilaba, atendida la condición y juventud del prisionero; pero una orden terminante de don Carlos decidió el sacrificio, que se llevó á efecto sin tardanza.

Este era el ejemplo que daba el *piadoso* don Carlos á los que le seguían, y que, en honor de la verdad, no lo necesitaban para ser unos perfectísimos criminales.

BANDIDOS PIADOSOS

Entre las peripecias del sitio de Beteta, que se hallaba en poder de los carlistas y fué asediado por Aspiroz, figura una digna por todos conceptos de sus autores.

Habiendo pedido parlamento los sitiados, el gene-

ral Aspiróz envió al capitán Santa Pau, y al llegar éste á la puerta del pueblo, le hicieron una descarga, de la que se libró milagrosamente. Luego se supo que aquella cobardía fué perpetrada por veinte hombres, los cuales componían una partida destinada á recorrer el país haciendo escursiones hasta cerca de Madrid, con la única misión de saquear los pueblos, apoderarse de los carreteros y de cuanto podían, llevándolo todo á Beteta, que era su guarida. Cuando cogían á algún oficial del ejército ó nacional, le cortaban la cabeza en la plaza del pueblo.

Casi todos dejaron mucho dinero á los curas que los auxiliaron al ser ejecutados, desmintiendo así el dicho popular de que lo mal ganado se lo lleva el diablo.

VILLANÍA CARLISTA

Una de las mayores infamias cometidas por los carlistas es la siguiente:

A Zurbano, á pesar de que se distinguió siempre por su proceder humanitario, le odiaban ferozmente: se comprende, era valiente y honrado.

Sentenciaron un día á un tal Matías á morir fusilado por ladrón y asesino (justicia rara en un partido en que estaban en mayoría los asesinos y los ladrones), y le perdonaron, á condición de que asesinara á Zurbano.

Aceptó el miserable, menos miserable, sin embargo, que los que se lo propusieron, y se presentó á Zurbano con armas y caballo, pidiéndole un puesto en sus filas: Zurbano se lo concedió.

Procuró distinguirse por su valor para inspirar confianza, y aprovechando un momento propicio, disparó un trabucazo sobre Zurbano, matándole el caballo, pero sin tocarle á él.

Montó Zurbano en otro caballo, y mientras se averiguaba de dónde había partido la agresión, otro nuevo trabucazo le dejó á pie, ileso, aunque matándole también el segundo caballo.

Aprovechándose de la confusión, el asesino pudo escapar.

NOBLEZA LIBERAL

Frente á ese hecho infame, este otro noble.

Hallándose Espartero en Muniesa, recibió un anónimo en el que se brindaba quien le escribía á entregar vivo ó muerto á Cabrera, con tal que se le reconociese el empleo de coronel de caballería que tenía en las filas de don Carlos y se le hiciesen algunas concesiones más.

Para persuadir á Espartero de la posibilidad de esta traición, hacía constar que poseía la confianza del cabecilla y era jefe de una de las fuerzas que más frecuentemente lo custodiaban.

La lealtad de Espartero rechazó desde luego semejante traición; esto no obstante, uno de sus ayudantes se brindó á acudir á la cita para explorar el ánimo del traidor, que acudió con puntualidad al sitio designado y repitió su proposición con más pormenores.

El valiente é hidalgo militar que desempeñaba la comisión rechazó indignado la propuesta de quien tan indignadamente se proponía abusar de la confianza y amistad que le dispensaba su jefe, y se expresó en términos tan enérgicos y con tanta cólera, que el traidor, aterrado, huyó, temiendo tal vez por su vida.

A tal causa, tales soldados.

Cabrera merecía el calificativo de tigre con que fué designado por la voz pública; merecida y justa será la execración de la historia por sus actos de ferocidad sanguinaria; pero esto podía escusarlo todo contra él

menos la traición de sus parciales, que al seguirle aceptaban su conducta como la mejor.

La traición, siempre odiosa, despreciable, entre gentes que ponen todo su conato en aparecer como los únicos defensores de la religión, debe ser más vituperable aún.

Por lo mismo abundaron siempre los traidores entre los carlistas, para que este partido no se librase de ninguna de las manchas deshonrosas que más pueden avergonzar á los humanos.

VARIOS CRÍMENES

El 5 de Enero de 1835 son pasados bárbaramente á cuchillo en la venta de Rivero un número considerable de soldados del provincial de Granada, haciendo correr la voz de que habían estado en Madrid en la matanza de los frailes.

En Marzo de aquel mismo año Eraso fusiló en el paseo de Miraflores (San Sebastián), un oficial, dos sargentos y 38 soldados prisioneros.

En su escursión á la Mancha, Extremadura y Andalucía el 37, el cabecilla Gómez cometió varios crímenes y atropellos y muchos robos.

Llegaron los carlistas en su afán de reunir riquezas á apoderarse ¡los religiosos! de las alhajas de los conventos. En Almadén recogieron riquísimo botín. Robaron además tal número de caballos, que no sólo cambiaron los suyos casi todos, sino que formaron dos nuevos escuadrones.

Sus pasos dejaban también huella sanguienta en el camino, por el fusilamiento de los prisioneros que hacían en las pequeñas columnas que encontraban.

Un batallón carlista se subleva en Pont de Armen-

tera por no consentirle su comandante Sr. Feliu saquear, asesinar, incendiar y violar, según su costumbre.

El brigadier Balmaseda, devoto de los apostólicos, apoderose en los pinares de Soria de un cura acusado del delito de infidencia, y lo castigó *herrándole á fuego*, cual si fuese una caballería.

Horrorizado Urbiztondo de los crímenes de Pau Mañé (referidos en el *Folleto 3.°*) le prohibió continuarlos, dando parte de ellos á don Carlos, pero aguardó en vano su condenación y castigo.

¿Cómo habían de condenarle, si los cabecillas catalanes partían el producto de sus robos con individuos de la Junta carlista, y la Junta daba á su vez una parte á los camarilleros apostólicos?

«No había medio humano, dice un historiador, de impedir que los facciosos se apoderaran de cuanto les agradaba. El insulto, el saqueo, la violación, aparecía siempre cortejo obligado; y ¡desdichado el pueblo de antecedentes liberales, porque entonces veíase sugeto á un azote más duro que si por él pasaran las hordas de Atila! Quién de los facciosos, penetrando en las casas cual campo abierto, destrozaba los muebles, rompía las cubas de vino y ponía fuego á los graneros, no teniendo nombre los excesos que contra las personas cometían. A manera de inundación que todo lo arrasa, los pueblos una vez visitados por los carlistas quedaban reducidos á la última miseria.»

UN VANDALO DEL SIGLO XIX

El bárbaro Balmaseda quería anular á su generalísimo el tigre del Maestrazgo, realizando actos de ferocidad que le dieran renombre.

El no conocía otro sistema de guerra que el incendio y la devastación; nuevo Atila, no quería que la yerba volviese á brotar donde pusiera los pies su caballo; pero á todas sus ferocidades superó lo que hizo en Roa, adonde se dirigía con 1.500 infantes y 300 caballos, precedidos de un enjambre de paisanos con hachas y otros iustrumentos para derribar las puertas.

Rechazados cuantas veces intentaron el ataque contra los nacionales parapetados en la iglesia, incendiaron ésta, y como ni aun así lograran su intento, porque en medio de las llamas los liberales resistían heroicamente, abandonaron el pueblo incendiando todas las casas.

Este Balmaseda es el mismo que acababa de circular un bando, prescribiendo que se le uniesen en el término máximo de quince días todos los vecinos de los pueblos de Burgos que, habiendo pertenecido á las filas carlistas, se hubiesen acogido á indulto ó al Convenio de Vergara, sopena de decapitarlos donde quiera se les cogiese; con la advertencia de que fusilaría á los padres ó en su defecto á los hermanos, á los parientes más inmediatos, á los protectores que les aconsejasen ó diesen auxilio; y á los alcaldes, á los ayuntamientos desafectos y á las personas más influyentes de los respectivos domicilios se les confiscarían los bienes, quemando sus casas y *arruinando todos sus haberes.*

Esta órden de comenta por sí sola.

Tampoco necesita comentários esta otra del mismo malhechor Balmaseda á los alcaldes:

«En el término de 24 horas pondrán ustedes en Carazo los artículos que á cada uno se les marca al margen. Por cualquier omisión ó falta que se experimente, serán pasados por las armas las justicias, ayuntamientos, perturbadores, hasta indirectos, de la ejecución, y seis personas más ricas é influyentes y además el pueblo con el duplicado del pedido.»

INCENDIARIOS

Cuando las tropas liberales se acercaban á Castellote para ponerle sitio, el jefe de la guarnición carlista que lo tenía en su poder no vió mejor medio de defender la plaza que salir á incendiar todos los caseríos comprendidos dentro del radio de una legua, para que no pudieran encontrar en ellos ayuda las fuerzas del ejército.

Un oficial carlista, testigo presencial del sitio de Castellote, refiere en los siguientes términos aquél acto de vandalismo:

«Todavía se nos cubre el corazón de luto al recordar las escenas que presenciamos en este día funesto. Al acercarnos á las masiadas salían las familias, sabedoras de la orden terrible, á suplicar con el mayor encarecimiento y con los ademanes más tiernos y expresivos al jefe de la fuerza que no incendiase aquellos asilos de la decrepitud, aquellas moradas de la frugalidad y la inocencia.—No eran oídas.—El soldado aplicaba su hacha incendiaria, y los apriscos, los muebles, las casas, hasta el trigo que guardaban para dar un pedazo de pan á sus hijos, todo era presa de las llamas.»

Consecuente con el sistema copiado de los bandoleros de la peor especie, cuando vieron imposible la resistencia contra las tropas de Espartero, incendiaron las casas.

ENTRE ELLOS

El brigadier carlista Cabañas, relegado al caserío de Saracois, era odiado por la camarilla de don Car-

los, no sólo por lo mucho que le querían los soldados, sino por los chistes acerados que contra ella hacía y las censuras que la prodigaba.

Concertó la camarilla asesinarle, valiéndose del comandante del quinto batallón de Navarra, y salieron de Cirauqui cinco individuos con tal encargo.

Llegaron á Saracois á primera hora de la noche, preguntaron por Cabañas, y sus patrones les contestaron que estaba en casa del cura, pero que pronto volvería á cenar.

Llegó á poco, efectivamente; se avalanzaron á él, le ataron los brazos con cuerdas, le robaron los papeles que guardaba y lo asesinaron á bayonetazos, mientras sus patrones, que le habían cobrado afecto, lloraban á gritos llenos de dolor y espanto. Lo remataron de un tiro en la cabeza.

Después arrojaron el cadáver por una ventana que daba á una acequia, cogieron las ropas que le habían quitado, se fueron, y colocáronlas al pie de un árbol á media legua de distancia, con un papel encima que decía: «*he muerto por traidor* á manos de los voluntarios.»

COBARDES Y TRAIDORES

Medios de que los carlistas emigrados en Francia propusieron valerse para hacer triunfar su causa derrotada en los campos de Vergara, según la revelación de uno de los comprometidos en el complot.

1.° Matar por medio del veneno, ó de cualquier otro modo, á las dos hijas de la reina de regente.

2.° Envenenar ó dar de puñaladas al general Maroto.

3.° Volver á excitar la insurrección en las provincias del Norte de España haciendo entrar en ellas á los refugiados en Francia.

4.° Deshacerse por cualquier medio de todas las personas afectas al gobierno de la reina.

5.° Colocar en el trono de España al primogénito de don Carlos.

Para llevar á la práctica este plan, acordó la Junta suprema del carlismo lo siguiente:

1.° Que era preciso adherirse aparentemente al orden de cosas establecido en España y prestar juramento á la Constitución.

2.° Que los jurados tratasen de inspirar la mayor confianza al gobierno observando una conducta habilmente sostenida.

3.° Emplear toda la influencia para obtener algunas plazas importantes.

4.° Establecer una conspiración extensiva á todas las provincias de España y de tal modo organizada, que en caso de traición ó otro evento no se pudiese descubrir más que á un corto número de conjurados subalternos.

5.° Encaminar todos los esfuerzos á obtener una amnistía á fin de poder disponer en el interior de España de una masa de hombres completamente adictos.

6.° Que cuando se hallase todo habilmente preparado y pareciesen propicias las circunstancias, se diera el golpe decisivo (el asesinato de las hijas de la Regente) y esta sería la señal de la insurrección.

Como los carlistas son siempre los mismos, según se ha tenido ocasión de ver en la segunda guerra y en la sorda conspiración de los últimos años del reinado de doña Isabel, conspiración que se ajustaba á las bases que hemos transcrito, bueno será que no olviden los españoles los medios á que los cobardes partidarios de esa causa perdida, hoy personificada en un imbécil, recurren cuando se ven derrotados por la fuerza.

Hay que aplastar en todos sentidos y de todas maneras al asqueroso reptil carlista, escóndase donde

se esconda, cueva ó sacristía, palacio ó convento, cargo político ó empresa periodística: si se hubiera hecho á tiempo en las guerras pasadas, no se habría derramado tanta sangre de españoles.

Hubo en muchas ocasiones el deseo de hacerlo, pero en muy pocas llegó á realizarse, ya por éstas, ya por aquéllas causas. El no aprovechar esas ocasiones hizo que la primera guerra durase tanto. Podríamos citar muchos ejemplos; citaremos sólo este.

Fué verdaderamente una lástima que por haber sido relevado el 26 de Septiembre de 1839, no hubiera podido realizar Narvaez esto que pensó:

Sabiendo los nombres de los canónigos toledanos que favorecían á los facciosos, habíase propuesto llegar á aquella capital, reunir el cabildo en la iglesia metropolitana á puerta cerrada, y desde el púlpito dirigir la palabra á los canónigos, señalando con sus nombres á los criminales y entregándolos al consejo de guerra, para fusilarlos como á los reos de la Calzada.

Apunto este dato por si, iniciada la próxima guerra, alguno de nuestros generales quiere castigar á sus causantes sin pegar palos de ciego: sabiendo donde el mal radica, fácil es extirparle.

OPINION AUTORIZADA

Como habrán advertido nuestros lectores, preferimos los datos que los carlistas mismos nos suministran á los que pudiéramos hallar en autores de ideas liberales; hasta este punto llega nuestra imparcialidad.

En un «*Diario de operaciones y apuntes durante la guerra*» por un oficial carlista, encontramos algunos episodios que para edificación del lector copiamos:

«Entre los prisioneros había uno herido, con la ro-

dilla rota, cuyos agudos dolores le imposibilitaban para seguir el viaje; mas yo, movido de compasión, me esmeré en protegerle....» «Aquel infeliz desventurado á quien yo protegía, le hice llevar en una camilla por doce de los más robustos prisioneros, no hallando medio más á propósito para ponerle en salvo.

Al haber ya pasado la villa de Fresneda, recibí una orden superior de Aguilera, que absolutamente mandaba que se le pasara por las armas, *alegando la imposibilidad de conducirle*. A pesar mío y sin poder atender las voces de humanidad y clemencia, tuve qne dar cumplimiento á lo mandado. ¡Ah! ¡qué súplicas, qué lamentos al intimarle la muerte! Pálido, levanta los ojos al cielo, invoca á la virgen, implora el perdón y auxilio de los circunstantes, mas nadie puode favorecerle»....

«Día 4 (Octubre de 1838). Este día nos presenta uno de los cuadros más tristes y deplorables que puedan ver los mortales. A las nueve de la mañana, después de haber comido los prisioneros un poco de sopa, emprendimos la marcha, con una lluvia tan copiosa que puso intransitables los caminos. Al llegar á la subida de la Pobleta de Morella, comenzaron á desfallecer los más débiles de los prisioneros... ¡Qué hacer!... El encargado da la orden de fusilar al que no siguiera la marcha... ¡Oh espinoso cargo! La orden se cumplió, por más resistencia que por sí misma opusiera».... «Aquellos infelices ya no se podían llamar hombres, eran espectros: cae uno por aqui, otro cae por allá, por aquí anda uno á gatas, por allá se sienta otro; mientras quiere otro levantarse queda como arrodillado ó en otra diferente y extraña postura, terminando todos así sus días; otros cayendo en un arroyo ó barranco y revolcándose entre el barro, hallan también su sepultura. ¡Qué lástima, qué dolor! El corazón se me parte de sentimiento.»

¡Qué hermoso espectáculo para aquellas fieras!

jas lamentables contra algún jefe de división, de brigada ó de cuerpo, de *que hizo morir á palos á una mujer sin darla tiempo ni aun para confesar*; que arrebató á otra de los brazos de su marido para sellar UN CRIMEN del que fué incentivo la indefensión y el clamar al cielo; *que dió tormento á un hombre para sacarle tantas onzas*; que ultrajó á los habitantes de un pueblo amigo al tiempo de hacerle pedidos escandalosos, cometiendo CRUELDADES ESPANTOSAS; que después de una capitulación de cumplimiento religioso, *pasó por las armas los sesenta y cuatro rendidos*; que á un sacerdote lo tiene encerrado á pan y agua en un subterráneo DÁNDOLE DE PALOS por mañana y tarde *para sacarle una gran cantidad*; á este tenor, señor, no tengo tiempo para oir tan amargos clamores... He dispuesto la formación de causa, faltándome fiscales que actuen en tan extraordinario número de procesos.»

«El que ha padecido tanto por V. M. y tantas veces ha tropezado con la escalera del patíbulo por la misma causa, no puede ofenderse de una reprensión simple y *arbitraria*; lo uno porque sé que *me la ha hado* V. M., y lo otro porque estoy bien seguro de no haberla merecido...

Los que espusieron al ejército á perecer indefenso en Huesca; los que lo llevaron al combate en los campos de Barbastro, jugando toda su existencia para ganar una ventaja tan pequeña como milagrosa; los mismos que lo pusieron al frente del enemigo cerca de Guisona, donde éste la noche antes había colocado su artillería á media legua de nosotros; los que dieron lugar á que los enemigos reuniesen sus fuerzas por hacer descansos escandalosos en los pueblos; y últimamente, los que fueron la causa de que se relajase la disciplina, se perdiese la subordinación y se actuase el soldado para *cometer los mayores delitos*, ellos saben, señor, en dónde está la escandalosa y lamentable baja, y no en 400 hombres rezagados, que

son los qne aquí tengo. ¿Porqué no van á buscarla *á los depósitos de prisioneros, en los cementerios y en las guarniciones y filas enemigas*?

«Aún, señor, atormenta mi conciencia la idea espantosa de las víctimas de Gironella... La mañana del 11 de Julio, queriendo intimidar al enemigo, di la orden de romper su primera línea exterior; ¡cuál no sería mi espanto, cuando al entrar en la casa de Gironella tropecé con el cadáver de un anciano religioso, á cuyo lado y sobre uno de sus brazos tendidos estaba un niño de cuatro años, aún con las entrañas palpitantes; más allá una monja que apretaba entre sus manos la imagen del que nos redimió; no lejos una mujer desnuda y ennegrecida con su propia sangre, y á poca distancia un infeliz salpicado de heridas, que luego supe era un orate!... La sangre de nueve cadáveres mezclada con la de algunos animales me impidió el paso, que retiré sobrecogido sin saber á qué parte»...

Estos, señor, si bien son los resultados de la guerra, debe el que manda evitarlos á costa de otros menores sacrificios; es decir, que como militar no pude dar el asalto á Berga, y como hombre lo hubiera resistido á no ver en peligro inminente las armas reales.

Con *nada es comparable la fiereza y sevicia de los llamados catalanes*.... Estoy averiguando si es cierto que uno de estos caudillos *ha quemado viva á una mujer, para hacerle morir también quemado*; y resuelto á castigar crímenes espantosos, tanto desórden público, *y aun la agresión sobre opiniones en los hechos particulares*, ó venderé mi vida á la justicia, ó daré los descargos á mi rey.

¿Quién, señor, puede persuadir á V. M. *que el sistema de castigo impuesto al extravío de las opiniones políticas le ha de conducir al soberano trono*? Sólo pueden hacerlo los enemigos de V. M.

Una parte muy respetable de la nación está com-

prometida, y si se ha de buscar la causa, será preciso ir por las huellas de los *desaciertos, las ingratitudes y las injusticias* á encontrar el verdadero orígen.»

¿Se quiere nada más autorizado, más concluyente que ese cuadro de crímenes pintado por uno de los mejores generales del campo carlista? Que se atrevan sus correligionarios á negarle autoridad á Urbiztondo.

Mas por si el cuadro les parece poco entonado aún, allá ván otras pinceladas de la propia mano.

Justificando su conducta en Berga, población que los cortesanos querían que hubiese reducido á escombros y pasado á cuchillo sus moradores, decía el mismo general:

«¿Que querían los *enemigos* de V. M? (se refería á los consejeros de don Carlos), ¿qué querían que hubiese hecho en semejante caso? ¿Había de pedir á los sitiados dejar sus vidas y propiedades á la voluntad del sitiador? ¿Podía yo vencerlos si ellos hubiesen resistido? ¿Carecían de resolución y de todos los medios de defensa? ¿Así se rinden los hombres que saben que al no ser perdonados ampliamente por sus opiniones políticas con seguridades que no dejen ilusorio el religioso cumplimiento, han de morir á bayonetazos antes de ir al sacrificio?.. ¿Y así se introduce en los momentos de efervescencia y arrojo de unos vencedores *que no conocen el derecho de gentes*, cualquiera novedad estrepitosa en uu pueblo, la mayor parte de inocentes, para *dar ocasión al saqueo, motivo á las violencias y lugar al asesinato*?..»

¿Encuentran débiles todavía esas pinceladas? Pues allá va otra:

«No puedo ocultar—decía Urbiztondo á don Carlos poco después—que me entristece y abate cuanto veo á mi alrededor y cuanto presumo que me cerca; yo *no estaba acostumbrado á vivir entre el* CRIMEN *ni á quitar á los criminales mi sombrero llevando el bastón en mis manos*. «V. M., señor, ME OBLIGA á sucumbir á tan ominoso sacrificio.»

¿Se quiere más? Pues siga hablando Urbiztondo:

«Los carlistas catalanes no conocen otro arte de la guerra que la *rapiña* y *vandalismo*; ni otros jefes que aquellos que más se han distinguido por acciones indignas; ni más derecho que obrar desenfrenadamente, atropellando las leyes y los fueros; ni más subordinación que su propia y libre voluntad cuando no están satisfechas sus pasiones.

«Se ha aumentado el número de los criminales al paso que disminuye el fervor carlista; sus victorias han sido figuradas en los teatros del engaño. Los decantados caudillos no han *hecho otra cosa en general que enriquecerse*.. Los hechos brillantes que se han recomendado al rey para la pretendida recompensa, han sido imaginarios ó abultados *con la pluma de oro del soborno*; la mayor parte de los triunfos han sido *el incendio, los asesinatos y el pillaje*; *sus violencias y rapiñas* llegan á mí en queja á cada momento del día, sin que pueda reprimirlas.»

¿Hace falta reforzar esa opinión con alguna nueva? Dejemos la palabra al general carlista don Basilio Gómez, que le decía al mismo don Carlos:

«Las tropas de Aragón (las carlistas) *cobardes é insubordinadas*, huyen á la vista del enemigo; *atropellan y roban cuanto encuentran*. Las fuerzas de la Mancha son aun peores; sus jefes y soldados no son más que unos *facinerosos*. Prefiero la muerte á tener á mis órdenes semejantes *foragidos*, que no conocen ni religión ni ley; *son ladrones y nada más*.»

¿Se desea saber ahora la opinión que entre los suyos alcanzaba ese don Basilio? Oído á la caja:

«En marchas forzadas, (en su expedición á Andalucía), sin cálculo ni prudencia, perdió la mitad de sus fuerzas antes de llegar á la Mancha; enemistó á cuantos jefes encontró en aquellas provincias; promovió la desunión; maltrató á los que le acompañaban; prendió y persiguió á sus principales caudillos, y á otros muchos cuyos nombres formaban el presti-

gio entre los levantados y los alistados; incendió pueblos; impuso cuantiosas multas á particulares y vecinos; apresó y arrastró tras sí á señoras del más alto respeto; insultó á virtuosos sacerdotes, y fusiló, por su mera voluntad, á cuantos caían en sus manos, sin formación de causa ni sumario».

Y sin embargo, entonces fué cuando don Basilio manifestó de oficio á don Carlos, según anteriormente hemos dicho, que los carlistas de Aragón eran cobardes, insubordinados y ladrones, y los de la Mancha facinerosos y foragidos.

¿Se ansía alguna opinión más de carlistas, acerca de los crímenes que cometían los defensores del lema *Dios, patria y rey*? Allá va:

En una alocución que el general Cabañero dirigió á los aragoneses que militaban con Cabrera, después de manifestar que había representado verbalmente al Pretendiente para libertarles de aquél *hombre inmoral*, se lee:

«Todo fué ilusorio, hijos míos. Don Carlos y Cabrera no tienen otro objeto que el aniqnilamiento de los pueblos y su destrucción; la única ley, su propio interés. ¡Vosotros, hijos míos, sois los solos á quienes se quiere continuar siendo (textual) el ciego instrumento *del más cruel é inhumano de los hombres*!»

¿Se busca otra opinión? Véase la de Quílez en uua proclama á los aragoneses fechada en Junio de 1837:

«Comparad el ruinoso estado del país con el floreciente que tenía antes de sujetarse al capricho de *ese hombre feroz*, de ese *bárbaro*, *deshonor de los carlistas*, de ese Cabrera, *asesino tan cruel* como *militar cobarde*, que juega con vosotros como esclavo.»

«No ignoro el desprecio con que os trata ese *perverso*, subyugándoos á *jefes catalanes* y despojándoos de vuestros *beneméritos compatricios*, Arévalo, etc...»

«¿A qué puede conducir tan injusta preferencia? No á otra cosa que á hacerse *con un capital* para abandonaros.»

«*Acobardados vuestros extraños jefes con los considerables* descalabros en el Alto Aragón y en este Principado, en donde últimamente *las masas catalanas carlistas* han causado con sus *cobardías* nuestras derrotas, puedo aseguraros que preparan vuestra destrucción, pues Cabrera, Forcadell, Llagostera y otros están conchavados para refugiarse al extranjero, para vivir allí relegados con el peculio que han sabido proporcionarse con las contribuciones y productos de los ricos frutos y rebaños que nuestros pueblos han llevado á Cantavieja, en donde, como sabéis, se comerciaban por una compañía de catalanes á ínfimos precios, con escandaloso soborno de ese Cabrera...»

No seguimos copiando opiniones de esta índole, porque sería tarea interminable; sólo recordaremos una frase del cruel é inhumano conde de España, que, por ser suya, da perfecta idea de lo mucho que se robaba en el campo carlista.

Dirigiéndose á los soldados del cabecilla Llarch de Copons, les dijo:

«*Vosotros servís á Carlos V., y no á Carlos con los cinco dedos.*»

Y á raiz de pronunciar esta frase sangrienta fusiló á muchos oficiales y soldados, autores de robos y violaciones.

Y después de leer esto, búsquense las historias de los bandidos de todos los tiempos y naciones, léanse, y se verá que son unos niños de teta comparados con los partidarios de ese *tío* que se desvive por hacer desde el trono la felicidad de los españoles.

Y después de consignar esto, puede la chusma carlista albergada en las redacciones de periódicos inmundos, continuar embaucando á sus lectores con la especiota de que calumniamos á la santa agrupación católica al hacer patentes los crímenes del carlismo; aparte no importarnos maldita la cosa, antes bien agradándonos mucho, sus aullidos furiosos

nos incitan á seguir volcando sobre esa *partida* (no partido), todas las infamias que encontremos escritas, no para avergonzar y confundir á sus adeptos, que esto es imposible, sino para ver si conseguimos levantar el espíritu liberal un tanto decaído, á fin de que aplaste en los primeros momentos de lanzarse al campo á los carlistas y á cuantos con ellos simpaticen ó los ayuden hasta con su actitud pasiva; que ha llegado el caso de que repitamos constantemente:

El que no está con nosotros, contra nosotros está.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 24

El bandido Cuevillas.—Ataque á Puigcerdá, robos é incendios.—Ataque á Igualada, incendios y asesinatos.—Incendio de la iglesia de Elgoibar.—Bando sanguinario.—Destrucción de Tortellá, fusilamientos y violaciones.—Procacidades de los papeles carlistas.—Restablecimiento de la inquisición.—Robos, asesinatos é incendios al menudeo.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Los carlistas hacen correr la voz de que cuentan con gran parte del ejercito. Mienten en esa como en otras cosas; en esa más que en ninguna.

Podrá haber, hay seguramente en el ejército jefes y oficiales carlistas, tal vez algún general; éstos podrán, al estallar la guerra, irse con don Carlos; pero ¿arrastrar al ejército? No.

El ejército, como dijo Tiers, es de quien lo crea, lo sostiene y lo recompensa; y como el de España lo creó la libertad para combatir al carlismo en la primera guerra, y lo ha sostenido la nación mandada por liberales, y lo han recompensado todos los gobiernos, incluso el de la República, que aumentó en 25 pesetas el sueldo de los subalternos, el ejército no puede ser carlista.

Pruebas mil ha dado de ello; la más grande fué cuando los monárquicos disolvieron el cuerpo de artillería, que los republicanos reorganizaron después. Era un cuerpo privilegiado, pasaba por reaccionario, se vieron desposeídos de sus empleos los jefes y oficiales; y á pesar de esto ¿cuántos se marcharon con don Carlos? Muy pocos. Prefirieron quedarse sin carrera á unirse con los asesinos de sus hermanos de armas.

No, el ejército no es, no puede ser carlista; se lo impide su tradición, el mar de sangre que tendría que vadear para unirse á los asesinos de sus compañeros, la ilustración que hoy tiene; y cuando eso no fuera, se lo prohibiría el instinto de conservación.

Los carlistas tienen generales, jefes y oficiales, unos creados en la última guerra y otros nombrados después; han ido ascendiendo en la paz y se presentarán en campaña ostentando sus empleos. Con pocas excepciones, los individuos de ese Estado Mayor son gentes sin instrucción, ni idea de lo que es el honor militar; hicieron del guerrear un oficio lucrativo y, por lo tanto, robaron y saquearon siempre que pudieron; no pelearon con nobleza, cazaron con astucia ó asesinaron con crueldad; el incendio les facilitó en ocasiones el triunfo que á su valor le estaba vedado. ¿Y con gentes así iba á confundirse el ejercito español? Con pensarlo se le ofende.

Pero vamos á suponer lo absurdo, á hacer probable lo imposible; que el ejército se fuese con el carlismo, y que éste, ayudado por él, venciese. ¡Pobre ejército al día siguiente del triunfo! Se vería sustituído por la patulea carlista, que presentaría como mérito para ser preferida su antigüedad en la defensa de la causa, su consecuencia, sus sacrificios, y hasta los hechos realizados en contra del mismo ejército, y hasta los infames fusilamientos y asesinatos de Ripoll, Berga, Cirauqui, Olot, Endarlaza y cien puntos más.

Ellos serían los preferidos, los halagados,

los que inspirasen confianza; y si no de una vez, poco á poco, la brillante oficialidad española se vería desposeida; y menos mal si, como ocurrió á raíz del 23, no se empleaba el puñal y el revolver para acabar con sus individuos en detall.

Y aunque esto no fuera; ¿qué individuo del ejército llevaría con orgullo una condecoración que ostentase un émulo de Santa Cruz, un grado que obtuviese un imitador de Savalls? ¿Qué oficial se resignaría á tener por jefe á un asesino ni por compañero á un ladrón? ¿Dónde irían á parar entonces las altas ideas que hoy tiene el ejército sobre el honor y el deber? ¿Cómo podría repetir, con el orgullo que lo hace ahora, aquello de que

la milicia sólo es una
religión de hombres honrados?

No; los carlistas, si lo imposible pudiera realizarse alguna vez, única manera de que obtuvieran el triunfo, no necesitarían echar á los jefes y oficiales del Ejército; éstos se irían solos por dignidad personal, por honor colectivo.

Nunca han sabido los carlistas disimular el odio que tienen al Ejército. En la última guerra, como en la primera, los jefes y oficiales que se pasaron á sus filas fueron siempre mirados con prevención, cuando no perseguidos, cuando no deshonrados. Se utilizaban sus servicios, porque eran los únicos que valían, pero se les odiaba en el fondo: cualquier cabecilla feroz y sanguinario alcanzaba más predicamento arriba y abajo: sirva de ejemplo Zumalacárregui en la primera guerra; Dorrega-

ray en la segunda. Cabrera, don Basilio, cualquier otro malvado significaba más que el primero para Carlos V; Santa Cruz, Savalls, Rosa Samaniego, eran más apreciados que el segundo por Carlos VII.

Y esto es lógico. En un partido que tiene por bandera el robo, el incendio y el asesinato, son los mejores los que más asesinen, más incendien, más roben... Por esta razón nunca podrán imponerse en el carlismo los jefes y oficiales del Ejército que, ni aun en los momentos en que se baten como fieras, se olvidan de que son hombres, y honrados, y caballeros.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

El bandido Cuevillas.—Ataque á Puigcerdá, robos é incendios.—Ataque á Igualada, incendios y asesinatos.—Incendio de la iglesia de Elgoibar.—Bando sanguinario.—Destrucción de Tortellá, fusilamientos y violaciones.—Procacidades de los papeles carlistas.—Restablecimiento de la inquisición.—Robos, asesinatos é incendios al menudeo.

El no guardar en estos folletos el orden cronológico, nos permite poner aquí varios hechos criminales de los carlistas, que hemos encontrado después de dedicar el *Folleto 4.º* á narrar los que cometieron el año 72.

La cuestión es que figuren cuántos perpetraron, no el que vayan aquí ó allá.

AÑO DE 1872

MAYO

Tan furiosos se pusieron los carlistas con aquellos de sus correligionarios que firmaron el convenio de Amorevieta y con cuantos se acogieron á él, que el cabecilla Velasco se apoderó del de su clase y rango la Calle y de su hijo, los sometió á una parodia de consejo de guerra, y sin atender á que aquél era un anciano, ni á que había prestado grandes servicios á la causa carlista en la primera guerra, lo fusiló á la vez que á su hijo.

Estos asesinatos asombraron al pais y dieron una

idea de lo que los secuaces de don Carlos se proponían hacer.

JUNIO

Escarnecidos, ultrajados, martirizados, así murieron en Junio dos guardias civiles que cayeron heridos y prisioneros en la acción sostenida en Vallcebre por los carlistas de la facción Castells.

Siempre los bandoleros odiaron á la guardia civil.

Entró Castells con sus hordas en Berga sin la menor resistencia, pues su corta guarnición se encerró en el cuartel de San Francisco; apoderóse del ayuntamiento y del centro monárquico de la calle Mayor, al que mandó hacer una descarga, hiriendo á cuatro de los socios indefensos; otro pelotón procedió con igual salvajismo en el café del Negre, disparando sobre los inermes concurrentes.

Cogieron algunos prisioneros; pidieron su rescate el párroco y el rector castrense, señores Ribera y Roca, y los señores Blanxard, Pujol y otros vecinos de los más carlistas; accedieron Castells y Garcerán á cambio de 3.000 duros; exigieron con severas amenazas el pago de la contribución impuesta, y marcháronse después con los presos y con cuanto habían podido reunir, por acercarse una columna liberal. La población se suscribió por 2.500 duros para rescatar á los prisioneros.

Estas invasiones y robos eran frecuentes. 15.000 duros exigieron á los fabricantes de Manresa, á cambio del agua que daba vida á sus fábricas; 5.000 á Sabadell y 80.000 á Masnou, si no quería verse destruída.

La tradicional frase de ¡la bolsa ó la vida! era todo el programa de aquellos bandoleros. Por algo se llamaban tradicionalistas.

JULIO

El bandido Cuevillas prendió al cirujano del pueblo de Sojo, por sospechas de si ejercía ó no el expionaje.

Conducido á presencia del cabecilla, éste ordenó que le diesen 200 palos, lo cual se hizo con la mayor inhumanidad, á pesar de haber demostrado el preso que las sospechas eran infundadas.

Estropeado y sangriento, obligáronle á marchar con la partida una vez hecha la primera cura, y pocos días después lo apalearon nuevamente, dejándole casi moribundo, sin que por esto lo eximieran de seguir con ellos.

En el pueblo de Zuazo quiso el mismo cabecilla recoger algunos mozos que se habían escapado de sus casas porque no les obligaran á formar en la facción.

De una de ellas mandó salir á dos muchachos; una hermana suya trató de oponerse á que le arrebataran á su padre aquél su único sostén, y la infeliz fué conducida ante el Cuevillas, quien ordenó que le dieran 40 palos. Al cuarto golpe cayó sin sentido, y sin embargo, continuaron golpeándola hasta cumplir la feroz sentencia. Acto continúo castigaron bárbaramente á sus dos hermanos, llevándoselos después; uno de ellos murió al día siguiente en Sarachu.

En Orduña realizó este defensor de la religión un acto de barbarie igual: un tal Ascorra fué condenado, *por una simple delación, á recibir 40 palos; lo* llevaron al campo de San Juan, y allí, sobre una silla á falta de tambor, ejecutaron la horrible sentencia, dejando al infeliz en el estado que puede colegirse.

Como se ve, el Cuevillas tenía privilegiadas condiciones para defender la causa que contaba con los Savalls, los Santa Cruz y los Rosa Samaniego, ami-

gos, compinches y consortes del bufo sangriento llamado rey por los carlistas.

Escenas salvajes como la de las descargas hechas al tren número 6 á pocos kilómetros de la estación de Rajadell, se repetían á diario.

Cuando los carlistas no tenían liberales á mano á quienes asesinar, se entretenían en asesinarse mútuamente, sin duda para perfeccionarse en su oficio.

Una partida de trece individuos, al anochecer del día 18 de Agosto y en el punto denominado Font de Llinás, dió muerte á su jefe, que se titulaba capitán, y á su asistente. El primero se llamaba Jaime Just y Jané.

Al verse herido, y á pesar de estarlo de gravedad, conteniéndose con las manos los intestinos que le colgaban fuera del vientre, se dirigió hacia la casa rectoral de Fontrubí, distante media hora próximamente del lugar del suceso, otorgó su última voluntad y recibió los últimos Sacramentos, falleciendo á la una de la madrugada.

El asistente se llamaba Roig, labrador de oficio, y vecino de Castelldefels, aunque, como su desgraciado jefe, era natural de Castellví de la Marca.

Hay que reconocer que la nostalgia del asesinato es endémica en el carlismo.

NOVIEMBRE

Castells entra en Tárrega, quema el aparato eléctrico y roba 6.000 duros.

Una partida detiene el tren correo en Calaf, y roba los fondos de la compañía y 40.000 pesetas en calderilla que iban en un vagón.

AÑO DE 1873

FEBRERO

El 25 de Febrero de 1873 entró en España una mujer por cuya causa había de derramarse mucha sangre de españoles, y cuya ferocidad y malos instintos corrían parejas con los del cura Santa Cruz: esta mujer fué doña María de las Nieves, esposa del titulado don Alfonso, conocida vulgarmente por doña Blanca, y á quien no retratamos, porque de ello se encargaron Lizarraga, Savalls y otros jefes carlistas, según puede verse en el *Folleto 9*.

Por cierto que ese mismo Savalls anunció su entrada en España en una ridícula orden general, en que decía:

«Que la gran figura de doña María de las Nieves se levantaba frente á frente de su único modelo doña Isabel la Católica; que si una santa mujer redimió la humanidad entera, y cayó el islamismo bajo *el calcañar* de otra mujer magnánima, otra mujer no menos varonil era la precursora de la felicidad de España y de la muerte del liberalismo; que al presentar, lleno de júbilo, á tan ilustre heroína al lado de su esposo, que como capitán general, el primer soldado y el más noble de los caballeros les guiaría al combate y á la victoria, debían darse todos por exageradamente remunerados de los sacrificios que habían hecho y de los que les esperaban.»

No transcurrió mucho tiempo sin que muchos infelices asesinados y muchas mujeres deshonradas depusieran en contra del juicio que al bandido Savalls mereció aquella mujer, deshonra de su sexo como él lo era del suyo.

ABRIL

Comprendiendo Puigcerdá, después de lo ocurrido en Ripoll y en Berga, que iba á ser atacada, pidió al gobierno cien hombres, cien armas y dos cañones, que no recibió, y entonces se preparó por su cuenta haciendo los mayores sacrificios.

Toda su fuerza consistía en 63 soldados, 14 carabineros, 30 movilizados y 170 paisanos con armas.

Para celebrar dignamente á su usanza y manera los días de jueves y viernes santo (10 y 11 de Abril de 1873) los carlistas atacaron á Puigcerdá.

La defensa de esta villa, á pesar de las escasas fuerzas con que contaba, fué heróica sobre toda ponderación, resistiendo denodadamente lo mismo al fusil á la bayoneta, al cañón que al incendio que, como ya hemos dicho en otro folleto, atizaba con esta frase la mujerzuela de don Alfonso, la tristemente célebre doña Blanca: ¡*Petróleo, voluntarios, petróleo*!

Rivalizaron en valor y abnegación autoridades, militares, movilizados, paisanos, en aquella lucha terrible de uno contra cinco durante 26 horas.

A las mujeres corresponde gran parte de la gloria de la defensa. Mientras unas trabajaban sin descanso en la fabricación de cartuchos, otras, valientes, estusiastas, desafiando el peligro, recorrían las murallas cuidando del sosten de los defensores, cuyo espíritu alentaban.

Muchas veces las fervorosas exhortaciones que les inspiraban su fe cívica y su fe religiosa llegaban hasta los oídos del enemigo, que en su furioso despecho les dirigía entonces los insultos más groseros.

Todas las puertas estaban abiertas para estas heroínas de la caridad y del amor patrio, considerándose dichosos cuantos podían poner en sus manos un donativo para los combatientes.

Casi solas acarrearon las mujeres todo el material de las barricadas que en varios puntos de la población se levantaron, y, sin distinción de clases, porfiaban á cuál podría prestar más servicios para salvar á la villa objeto de su amor de la desolación que la amenazaba.

Un testigo presencial dice:

«Al contemplar á la luz de la luna, enrojecida por el humo de los incendios, las largas hileras de hombres y mujeres que bajaban por la cuesta cargados con piedras, con tierra y con maderos, para procurar salvar sus vidas del furor de quien debiera ser su cariñoso hermano, se recordaba sin querer que en aquél mismo día y en todos los lugares de la tierra hasta donde ha penetrado la suave doctrina del Redentor Mártir, se había orado con fervor para que reinase la paz entre los hombres, para que olvidase su lengua la palabra *enemigo*, para que sólo latiesen los corazones á los dulces impulsos del amor y de la caridad.

¡Qué contraste, oh dolor! ¡Y cómo se oprimía el alma al considerar que quien tantos sufrimientos nos causaba, se atrevía á decir que lo hacía en nombre de aquel Justo, y que había elegido entre todos tan augusto día para ofrecerle nuestras vidas en sangriento holocausto, como víctimas propiciatorias de expiación!

¡Escarnio horrible! ¡profanación sin ejemplar!»

Al retirarse los carlistas, convencidos de que no habrían de vencer tan indomable resistencia, la población en masa se lanzó á los sitios que habían ocupado. Las huellas de desolación que dejaron arrancaban á cada paso exclamaciones de dolor, apoderándose del ánimo el horror y la indignación.

«Es imposible concebir que el genio de la destrucción pueda inspirar un más allá de lo que se veía practicado en la casa de Puigbó y en las miserables viviendas del arrabal de las Monjas. Saqueadas por

completo, no quedó libre de las señales de su furor ninguno de los objetos, inútiles para ellos, que abandonaban. En muchas otras casas se llevaron comestibles, en la de Clausolles robaron la lencería, y en la de Fabra infinidad de objetos.

A las siete de la mañana eran ya sólo humeantes ruinas las casas de Sansa, de Genicó, de Cisteller y de Artigas, los porches de Puigbó, y el tinte de Isidro Vidal. El petróleo, el arma terrible que nos presentaban en las Cortes los defensores *del orden* como el emblema de la disolución social, había terminado en breves horas su obra de destrucción. En muchos huertos se encontraron pellejos y latas llenos de este terrorífico combustible, que ha venido á ser el elemento principal con que cuentan los *redentores* de la sociedad para llevar á buen término sus valerosas hazañas. Sin embargo, debían contar también para ayudar su acción con las colosales hachas y las descomunales navajas que se han recogido junto á algunos cadáveres.»

MAYO

Al entrar Pérula en el Pueblo de Castil de Carrias lo encontró sin habitantes. Ordenó el saqueo, y entonces se presentó el cura, quien, al ser increpado duramente, dijo que habían huído los vecinos de miedo. Se le mandó llamarlos, y mientras tanto dispuso el cabecilla que ocuparan los suyos la casa del cura, á quien maltrataron después ferozmente.

Los concejales y vecinos que acudieron fueron brutalmente apaleados, sin duda para que se fueran acostumbrando al paternal trato que les aguardaba si los *chapistas* llegaban á triunfar.

Es fusilado el voluntario Araluce.

Con motivo de este fusilamiento y el de los her-

manos Arrutis, se verifica una imponente manifestación en San Sebastián pidiendo al gobierno la adopción de enérgicas medidas contra los carlistas.

El cabecilla Iturbe rocía con petróleo y quema vivo en Campazar á un anciano de 60 años, y un joven casado y con familia recibe varios balazos en el cráneo y bayonetazos en el vientre, siendo después carbonizado su cadáver.

Los retratos de estos dos infelices circularon con profusión por Victoria, produciendo el hecho la indignación y la ira consiguientes.

Roban los carlistas en Obanos 12.000 reales y 3.542 en Onceir.

JUNIO

Atenta una partida al séptimo mandamiento alzándose en Castro Verde (Lugo) con 53.271 reales, y en Fonsagrada con 5.680, además de 240 de fondos municipales y de cuanto encuentra en la administración de Estancadas.

JULIO

Preséntanse los carlistas ante Igualada, villa guarnecida por un corto batallón de Navarra y unos 250 voluntarios.

Así que los vigías del campanario los ven tocan á rebato, y cada defensor ocupa decidido su puesto en la muralla.

Rómpese el fuego á las ocho y media de la mañana del 17, el que duró doce horas, siendo rechazados vigorosamente los carlistas en dos asaltos.

Logran por la noche penetrar en la calle de la Soledad, y, perforando casas, llegan hasta la de la Amnistía.

Los defensores levantan barricadas, truena el cañón, los carlistas reciben refuerzos, las fuerzas del Xich de las Barraquetas á pesar de su arrojo no pueden entrar en la población; van ya 36 horas de fuego y empieza á cundir el desaliento.

Unos tiran las armas y se ocultan; otros se entregan, replegándose algunos en la iglesia, llena de gente indefensa.

Para rendir á éstos, tratan los carlistas de emplear el petróleo en las puertas, y no dándoles resultado, abren brecha con algunos disparos de cañón.

Por la brecha arrojan al interior de la iglesia gran cantidad de petróleo y azufre para producir la asfixia, y por este medio consiguen que les abran las puertas.

Cesa la campana de tocar á rebato, bajan los defensores del campanario, y son desarmados y acuchillados en la misma iglesia.

Una vez posesionados de este edificio son ya los carlistas dueños de la villa, faltando sólo que depongan las armas 14 hombres que defienden el fuerte Pí; las deponen al fin, y varios son fusilados.

Penetra don Alfonso en la población con doña María de las Nieves que había estado alentando á los zuavos, Savalls y su estado mayor; se derriban las obras de fortificación, de lo que se encarga Miret; exigen un grueso tributo, y con los miles de duros que cobran, algunos rehenes y buen número de prisioneros, se retiran á Odena.

Tristes recuerdos quedaron en Igualada de aquellos días, en los que ocurrieron vandálicas escenas y crueles asesinatos. Solamente las fábricas incendiadas representaban un valor enorme.

AGOSTO

Lizarraga, el beato, el que tenía siempre en boca á la virgen de los Dolores, ataca á una escasa compañía de Luchana que se había encerrado en la iglesia de Elgoibar.

A las cuatro intimaciones de rendición que les hacen, los sitiados contestan negativamente; refugiados en la torre cortan la escalera, y siendo ineficaz el fuego del cañón, el católico general obliga á los vecinos á arrimar leña y paja á la iglesia, rociándolas luego de petróleo y prendiéndole fuego, importándole nada que se quemaran santos, custodia, Cristo y la virgen de su devoción.

Se arma tan terrible hoguera, que los soldados tienen que asomarse á las ventanas para poder respirar, exponiéndose á los disparos de aquellos miserables. No sopla la más ligera brisa, así es que por las cuatro ventanas sale el humo con igual intensidad.

La situación es insostenible; muchos soldados se ahogan sin poder respirar; hay que soplarles dentro de la boca para que se restablezca la respiración.

No por eso desmayan los demás, que no dejan un momento de defenderse, contestando á un vivo fuego é impidiendo llevar combustible á la hoguera. Debajo de sus pies una formidable llama pone el aire que respiran á una temperatura elevadísima. No pueden humanamente tenerse ya en pie, y sin embargo, siguen defendiéndose.

A las nueve y media, después de seis horas de aquel martirio insufrible, con cuatro compañeros muertos por asfixia y la tercera parte de la fuerza medio ahogada, les proponen de nuevo la rendición. Responden que la aceptan si les dejan salir con ar-

mas y municiones, con los honores de guerra y en libertad. Se niega á ello Lizarraga, diciéndoles: «Para rendiros, ó ahora ó nunca». «¡Pues nunca! contestan. ¡Corneta, rompan el fuego!» é inmediatamente lo rompen los pocos soldados disponibles.

Un diluvio de proyectiles se les va encima. La hoguera es horrenda; á la media hora la vida es imposible en aquel sitio.

Bien pronto negras masas de humo y potentes llamas rodean por todos lados á aquellos héroes, que cesan de tirar porque no se distingue á tres metros. Los que más apurados están suben á la balaustrada que rodea la media naranja, creyendo respirar mejor. Se equivocan; el humo es allí más intenso.

Todos esperan su última hora... Nadie se queja... Un silencio sepulcral reina entre ellos...

El teniente don Ricardo Martín de Alcántara sube á la balaustrada por no dejar su gente; la restante, con el capitán y el alférez don Mateo Romanos, sigue en las campanas. Ya nadie se defiende; todos se preparan á morir...

A las once menos cuarto suena un punto de atención y luego otro; el fuego cesa. El capitán llega y dice: «nos acabamos de rendir en este momento con la condición de quedar en libertad».

Inmediatamente se dedican á apagar el fuego de la escalera, que los mata, y entonces toda la facción, con bombas y herradas, puede en media hora quitar aquel foco devorador.

Empieza la tropa á descolgarse por los tejados incendiados, andando por el caballete, tropezando con las brechas que las granadas han abierto. Unos se ayudaban á otros.

Después de bajar tres tejados, los recibe un ayudante de Lizarraga y una comisión de oficiales; entregan sus armas con lágrimas en los ojos.

Lizarraga los felicita por su heroismo. Como había sido jefe del ejército, conservaba á ratos un resto

de pundonor militar y de nobleza de sentimientos, sin perjuicio de no reparar en medios, aun los condenados por las leyes de la guerra, para lograr sus fines, incluso el de quemar los templos de la religión de que se decía defensor y verter en sus losas la sangre de sus hermanos en patria y creencias.

Y es que en el carlismo todo es mentira, menos el salvajismo y el crimen.

La facción Rico roba 2.500 reales en Ibi; Cucala 11.000 reales en Alcora y una cantidad mayor en Burriana.

El cabecilla Andéchega destierra de Valmaseda á 27 familias, sin otro motivo que ser liberales ó haber tenido relaciones de amistad con las tropas que guarnecieron la villa.

La facción Santa Clara entra en Belmonte (Oviedo) y se lleva en rehenes á varios individuos del ayuntamiento con algunos contribuyentes, exigiéndoles por su rescate 37.256 reales, que recibe.

Fusila Cucala en Benicarló al secretario de Alcalá, con quien tenía antiguos resentimientos.

Hacen los carlistas fuego cerca de Oyarzun sobre los carruajes que conducían varios heridos custodiados por la Cruz Roja.

Roba Cucala 80.500 duros en los pueblos de Onda, Villareal, Burriana, Nules, Villavieja y otros; quema siete estaciones del ferrocarril, echa abajo el puente de Benicasin y fusila á una mujer y á dos soldados del regimiento de Castrejana cogidos en San Mateo mientras dormían en sus alojamientos.

Disparan los carlistas sobre los buques de la ría de Bilbao y matan á un marinero francés.

Hieren á mansalva á tres marineros del vapor correo *Luchana*, apostados y escondidos en la fábrica del Desierto.

Disparan contra seres indefensos en la ribera de Deusto, hiriendo á un niño y una niña.

Impone Lizarraga 5.500 duros de contribución á Vergara, exigiendo además 10.000 reales á cada una de las familias de los voluntarios.

Las facciones Cucala, Cisco, Vallés y Ferrer prenden fuego á los edificios de la Compañía catalana de las obras del puerto de Vinaroz y á la estación del ferrocarril.

Sorprenden los carlistas á cuatro voluntarios y varios soldados en Balsareny, y asesinan á un sargento que dormía.

A los dos días fueron encontrados cerca del pueblo los cadáveres de los cuatro voluntarios y de dos soldados, maniatados y cosidos á bayonetazos.

Porque un hijo suyo no queria presentarse en la facción, los carlistas apalean en Berástegui á un anciano de 74 años, hiriéndole en la frente y dejándole sin esperanzas de vida.

Los carlistas, al mando de Ibuena y Rico, entran en el castillo de Yecla y roban 8.000 duros; otros entran en los pueblos de Ampuero y Limpias, queman el registro civil, roban lo que pueden, y secuestran á varios individuos de ambos ayuntamientos para exigirles rescate; el cabecilla Ferrer roba en Fajana 100 duros; al día siguiente llega Segarra, roba 1.800 y apalea á los únicos cuatro liberales que había en la población; Santés en Llosa roba lo que halla á mano, destroza la lápida de la Constitución y quema el registro civil.

Roba 6.490 reales en Proaza (Asturias) la facción Santa Clara; Cherta, Pauls, Aldover y otros pueblos comarcanos á Tortosa son víctimas de los latrocinios carlistas; una partida roba en Castro 55.000 reales; Lizarraga se lleva 4.000 duros de Motrico; la fac-

ción Capdevila secuestra á seis vecinos de Llado, exigiéndoles rescate; Villalain roba 10.000 reales y algunos caballos en Maranchón; una partida en Castro Urdiales, un trimestre de contribución y los fondos de Estancadas, quemando el registro civil; otra, exige 5.000 duros á Bermeo, imponiéndole además al ayuntamiento una fuerte multa; otra, roba en Chantada todos los fondos públicos.

En Rabós del Terri asesinan los carlistas á un individuo sólo por ser liberal; en Echauri á una infeliz mujer que hacía el servicio de partes, y en Salt á un vecino por haber acompañado á un sobrino suyo que se acogió á indulto.

Incendian algunas casas en Galíndo.

Por el enorme delito de haber ido á Bañolas á vender un cesto de frutas para poder vivir, infringiendo la orden del bloqueo, es asesinada por los carlistas una pobre mujer del pueblo de Camós.

Descuelgan los carlistas cuatro campanas de la iglesia de Ispasier para hacer un cañón.

Disparan desde lugar seguro sobre el remolcador *Aspirante,* surto en la ría de Bilbao, causándole cinco bajas, el comandante, el maquinista y tres marineros.

Varios de los titulàdos comandantes generales de los carlistas publican este bando, que tiene ejecución al punto.

«1.° Toda la población que al aproximarse las fuerzas de S. M. hiciera resistencia, será incendiada y sujeta á las condiciones del asalto.

2.° Toda autoridad que diere parte al enemigo ó á otra parte de mi proximidad ó permanencia en la población, será pasada por las armas.

3.° Todo individuo que lleve partes y sea cogido

ó probado de llevarlos, será incontinenti fusilado, *sin distinción de sexos.*

4.° Todo padre que impida á sus hijos incorporarse á las filas de S. M., siempre que éstos lo deseen, será multado en 6.000 reales.

Todos los jefes de fuerzas y autoridades dependientes de mi autoridad, velarán por el exacto cumplimiento de esta orden; en la inteligencia que serán sujetos á un consejo de guerra los que no dieren exacto cumplimiento á cuanto en el anterior bando ordeno.

Campo del honor 28 Agosto de 1873.»

Aun después de leer esto y de saber que se *ponía* en ejecución, había liberales y republicanos tan filántropos ó tan bonachones, que llevaban su abnegación y su paciencia hasta consentir la guerra de exterminio y devastación que hacían los carlistas y sus auxiliares y cómplices, sin reprimir con el mismo implacable rigor sus infames atentados.

No se comprendía tan inefable y seráfica resignación, ni que tuviesen tanto valor para sufrir tanta mengua sabiendo que el pais pagaba las consecuencias de su imprevisión.

Cuando corría la sangre de hermanos indefensos, víctimas de la saña ó el fanatismo salvaje de los cabecillas, era incomprensible que no les hirviese la suya en las venas á los liberales, ó que no les saliera involuntariamente al grito de ¡justicia y venganza!

Los carlistas se imponían por el terror, y á esto se debía la prolongación de la guerra y el incremento del carlismo; porque entre un jefe faccioso que amenazaba con la muerte, el incendio y el saqueo á los individuos y á los pueblos que no obedecían ciegamente sus órdenes, y un general del ejército que no podía aplicar en el acto las leyes de la guerra á los traidores á la patria y á los grandes criminales, lo mismo los pueblos que los individuos obedecían y servían, aun contra su voluntad, á los primeros.

Tengámoslo ahora en cuenta para obrar de distinto modo.

Don Alfonso y doña Blanca, al frente de 1.000 infantes, 100 caballos y tres piezas de artillería, sitian y atacan á Tortellá.

Apercibido á la defensa el pueblo en su totalidad, de todas las casas salían proyectiles; donde no había armas de fuego arrojaban piedras y toda clase de objetos ofensivos.

Tortellá era odiado por los carlistas desde la guerra anterior por lo mucho que se significó como liberal.

Savalls, que dirigía el ataque, contrariado al ver tan tenaz resistencia, puso mayor empeño en apoderarse de la población, recurriendo para ello á los medios bárbaros é inhumanos que los carlistas miran como naturales. Dispuso, en primer lugar, el incendio de manzanas enteras allí donde era mayor la resistencia, valiéndose para ello del petróleo, y entró luego á saco con las que no devoraron las llamas.

Al encontrarse en grave riesgo de caer prisioneros, los voluntarios, que se defendían en la iglesia, presumiendo sin duda el trágico fin que les aguardaba, practicaron un boquete, por donde pudieron escapar algunos. Los que quedaron en su interior fueron fusilados, corriendo la sangre por las losas del templo, en cuyas bóvedas resonaba el eco de rabiosas maldiciones, de articuladas oraciones, de gritos desgarradores, formando un murmullo confuso é indefinible.

Quedó el pueblo completamente destruído, fueron asesinados muchos de sus habitantes, se robó todo lo robable y se destruyó lo que no podía transportarse; el estupro y la violación se llevaron al último límite.

Para juzgar de los horrores cometidos por los salvajes defensores de la religión en Tortellá, baste decir que hubo niña de quince años que tuvo forzosamente que sufrir la feroz brutalidad de once carlis-

tas, que hubo joven que la sufrió en el doble, que hasta una anciana fué bárbaramente violada, y que una mujer que tenazmente se resistió fué muerta á bayonetazos.

Entregados estaban aún á tan religiosos (?) actos, cuando llegó á su noticia la tarde siguiente que se aproximaban fuerzas liberales, y los incendiarios, ladrones, asesinos y violadores se retiraron cobardemente á Castellfollit, quemando de paso elpueblo de Montagut.

Tan admirable fué la defensa de Tortellá, que el presidente de la República dirigió á la viuda de un cabo de voluntarios la siguiente carta:

«A la señora viuda del cabo de voluntarios Jaime Puigblanquer, muerto en la heroica defensa de Tortellá.

El profundísimo dolor que atenacea el corazón de usted, puede encontrar, si no consuelo, algún lenitivo en el sentimiento que inspira á todos los buenos corazones.

El dolor se sobrepone á todo en estos supremos trances, pero el pensamiento debe sobreponerse al dolor. Y el pensamiento consolará á usted si le recuerda que es usted la mujer de un mártir.

Tortellá ha sido desarraigado de la tierra por la guadaña del absolutismo, que quiere desarraigar hasta del espíritu humano la conciencia. Sus habitantes, que al verse sin hogar han exclamado: «todos los bienes del mundo hemos perdido, pero nos quedan dos que amamos sobre todos, la patria y la libertad,» sabrán rodear durante toda la vida de consideración y de respeto la persona de usted y el nombre de su esposo. Y la consideración pública es un bien que puede contrastar muchos males. Tampoco olvidará su sacrificio el gobierno de la República.

En esta seguridad puede usted descansar, aceptando las muestras de la profunda simpatía de este s. s. q. b. s. m.—*Emilio Castelar.*

El cabecilla Navarrete comete varios atropellos en Laredo, roba tres mil duros é impone 1.000 de contribución diarios á la empresa del ferrocarril; los cabecillas Crespo y Solana roban 6.000 duros en pocos días en el partido judicial de Reinosa.

Asesinan los carlistas de un trabucazo, cerca del pueblo de Valldora, al teniente coronel del batallón de Navarra, señor García Muñoz, que cayó prisionero en Alpens.

Tres de los prisioneros de Igualada son fusilados en el camino de Suria á Montpeller, ultrajando y maltratando villanamente á los demás.

Un pobre anciano, llamado Pujol, es asesinado en la huída de los carlistas á Hors.

Los voluntarios que por su ancianidad no pueden salir de Elizondo con la columna Tejada, son después cogidos por la facción y fusilados.

Al tomar posesión del gobierno el señor Castelar el día 25 de Agosto de 1873, dijo que urgía restablecer la disciplina en el ejército, añadiendo:

«Y urge, porque nos rodean peligros muy grandes; y urge, porque aquella reacción que tantas veces hemos vencido y han vencido nuestros padres, no se cree todavía desarmada y no está aún desarmada de sus esperanzas; y urge, porque las cuatro provincias más antiguas, más históricas, de carácter más independiente, de libertad más tradicional, puestas en las cumbres y en los desfiladeros de los Pirineos para ser un dique á las invasiones extranjeras y un baluarte de nuestra nacionalidad, se hallan entregadas, por supersticiones increibles, á todos los horrores y á todas las depredaciones del absolutismo; y urge, porque las cuatro provincias quizá más laboriosas, quizá más industriales de toda nuestra hermosa Península, las provincias catalanas, ven interrumpidas sus vías férreas, quemadas sus fábricas, hambrientos sus

obreros; porque de todos lados, merced en parte á impaciencias criminales y á errores increibles, de todos lados se levantan, como si fueran nubes de langosta, esas hordas que talan, que incendian, que asesinan, y sobre todo deshonran; y urge, porque aún está reciente la catástrofe de Berga, porque aún está fresca la sangre de Igualada, porque casi se ven sus sombras en Segorbe, porque aún padece Estella, porque aún yace bajo la amenaza de un suicidio la heróiea, la inmortal Bilbao; porque hay quien piensa estúpidamente en una restauración como la de 1815 y en una intervención como la de 1823; y el demagogo de la reacción, el más abominable de todos los demagogos, aguza su puñal para clavarlo en nuestros corazones, y apercibe sus maldiciones para lanzar nuestras almas libres al implacable infierno de su monarquía y de su teocracia. (*Grandes aplausos.*)

Este discurso da una idea de lo que hacían los bandidos que se echaban al campo en nombre de la religión que escarnecían de la patria que asolaban, del rey que hubieran rechazado hasta en un presidio.

SEPTIEMBRE

—

Los guías de la diputación y voluntarios de Vilaseca acudieron al oir el fuego que sostenía en Albiol un batallón de los de Reus acompañado de 40 soldados y 60 caballos del ejército.

Mal mandados y peor subordinados, se desbandaron á los primeros disparos, y fueron acuchillados por unos cuantos jinetes carlistas. El grupo mayor, de unos 150, se encerró en el fuerte de la Selva, salvándole el Fijo de Ceuta que salió de Tarragona en su auxilio, sin lo cual hubiera sucumbido. Muchos perecieron, incluso el señor Sanahuja, delegado de la diputación.

Lo que debió haber sido un triunfo para los liberales fué un desastre, por la falta de sigilo y la indolencia en cumplir lo acordado. De sentir eran los muertos; pero llenó de indignación á Reus y á toda el saber España que los carlistas acribillaron á bayonetazos á los heridos y prisioneros.

El asqueroso papel carlista *La Verdad* se escede á sí mismo en su lenguaje soez y tabernario.

Llama al gobierno «Junta revolucionaria, y pandilla miserable».

De Castelar dice «que es un vil dictador, un hipócrita, un miserable embaucador, farsante y embustero, un despreciable charlatán, un herejuelo de baja estofa que había tratado de deshonrar á ilustres españoles y tenía vendida su conciencia á la sociedad bíblica de Londres.»

Trascribe lo que él llama impío é infame documento que había dirigido al obispo de Jaen el ministro de Gracia y Justicia, y le pone este comentario:

«¡Ay del que no coja el fusil ó ayude de alguna manera á arrojar á balazos á esta situación infame!

«¿Qué dudamos ni qué tememos? ¡Arriba, católicos! ¡A las armas, españoles! ¡A pelear, carlistas! ¡Sonó la hora!

«El que tenga hijos, que los deje; el que tenga mujer, que la olvide; el que tenga negocios, que los abandone. Al campo todos á luchar como buenos contra nuestros tiranos y contra el liberalismo todo.»

De la prensa dice:

«La prensa conservadora y moderada puede ya impunemente morder y manchar con su asquerosa baba las reputaciones más altas y la acrisolada honra de la gran comunión católico-monárquica; de hoy en adelante ya tiene libertad amplia el periodismo liberal para escupir contra nuestro valiente ejército la inmunda saliva de la calumnia.»

¡Y todo esto se les permitía decir en aquella épo-

ca á los facinerosos de la pluma, heraldos de los del trabuco!

En cuanto ahora se lancen al campo, hay que suprimir todo periódico que huela á carlista á quinientas leguas, y dejar que el pueblo se tome la justicia por su mano contra el escritor que se desmande.

El que quiera hacer la guerra á la libertad, que arriesgue la purulenta piel.

En una junta celebrada en Madrid por los muñidores del partido carlista, se acuerda por seis votos de mayoría el restablecimiento del *santo tribunal de la Inquisición,* con el plausible objeto de renovar el piadoso y humanitario espectáculo de los tormentos y tostar en autos de fe á los liberales.

Sentimos no saber los nombres de tan seráficos varones, para aplicarles, si algunos viviesen, sus hermosas teorías el día que la guerra estalle. Ya que la Inquisición es tan buena, que disfrutaran de sus reconocidas ventajas.

Y precisamente por los días que en Madrid acordaban lo que hemos dicho, en algunos pueblos de Vizcaya, es decir, donde estaba el *Chapa*, se restableció la Inquisición con todas las ceremonias, requisitos, prerrogativas y dignidades de sus mejores tiempos.

Al rayar la aurora recorría la población una comunidad de padres inquisidores, cantando salmodias, y obligando á todos los vecinos á seguir hasta la iglesia, donde se rezaba el rosario después de celebrada la misa matinal.

Desde las primeras horas de la noche recorrían las calles diferentes patrullas, mandando cerrar los establecimientos públicos y retirar á sus casas á los vecinos.

Los bailes eran condenados por heréticos y las funciones teatrales por inmorales, tolerando tan sólo los juegos de pelota.

El tribunal de la Inquisición tenía ya en su poder

85 presos, acusados unos de herejes, otros de irreverentes, otros de liberales y otros de lectores de libros impíos, y aunque no se había celebrado aún ningún auto de fe, se esperaba presenciarlos en breve.

Tengamos esto muy en cuenta, no olvidando que el procedimiento que empleaban los cabecillas para exterminar liberales, difería únicamente del de la Inquisición en que era más franco, menos hipócrita: atormentaban y quemaban sin proceso, pero el resultado era el mismo.

Y no olvidemos tampoco que la causa de que los carlistas se echaran al campo en 1827, fué el que Fernando VII, aquel infame que no dió día de descanso á la horca durante su ominoso reinado, no restablecía francamente el Santo Tribunal de la Inquisición, que ya lo estaba hipócritamente en las llamadas Juntas de la Fe; ni que desde aquella época la Inquisición forma parte del programa carlista.

Como puede verse en el documento firmado por Lizarraga, que insertamos en la introducción al *Folleto 17*, ya en Septiembre de 1873 estaban nombrados los Inquisidores por don Carlos...

De nada sirve que los carlistas lo nieguen, para que los cándidos caigan en el lazo; los hechos están siempre sobre las palabras.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 25

FUSILAMIENTOS, ROBOS É INCENDIOS AL DETAL.—ASESINATO HORRIBLE DE DOS CONDUCTORES DEL FERROCARRIL EN SAN GUIM.—ATAQUE DE MORA DE EBRO, ESCENAS DE PILLAJE Y DEVASTACIÓN.—BÁRBARO FUSILAMIENTO DE UN INSPECTOR DE ORDEN PÚBLICO.—VIOLACIONES EN PONT DE REVENTI.—ROBOS, ASESINATOS Y FUSILAMIENTOS EN CARDEDEU.—MULTITUD DE ACTOS VANDÁLICOS EN DIFERENTES PUNTOS.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

Los carlistas que odian y niegan todas las libertades, y que trabajan por suprimirlas, no tienen derecho á disfrutarlas. A cada cual hay que tratarlo como quien es. A nadie se le ha ocurrido en la ley de caza establecer veda para los lobos.

¿Quieren reunirse los carlistas? Pues al monte, y en son de rebeldía. Lo demás, ni es propio del mentido valor de que alardean, ni se aviene con las doctrinas que predican: los enemigos de los derechos individuales no tienen derecho á utilizarlos para preparar la guerra que acabaría con ellos.

¿Que esto es lanzarlos á ella? Sí, eso es. Y puesto que ha de ser, cuanto antes mejor; mientras más tarden, mejor preparados estarán. ¿O es que vamos á aguardar pacientemente á que elijan el momento? No; hay que elegirlo nosotros, obligándoles á luchar cuando no quieran.

Y no crean los monárquicos que los republicanos les creemos dificultades en su lucha contra el carlismo. No, no haremos lo que ellos hicieron con nosotros cuando los combatíamos durante la República. Desde el mismo día que los carlistas se levanten, seremos ministeriales de todo gobierno que los cace.

Sí, el gobierno debería prepararse, y provocar después á los carlistas, ya que no hay medio de impedir que se organicen; dejar que el pueblo entre en los conventos al sonar el primer tiro; tener en la frontera francesa un cuerpo de ejército ó dos con más teas que fusiles, para que vengan destruyéndolo todo hacia acá; prender á todo carlista con antifaz ó sin él, declarando en estado de sitio toda la Península para juzgarlos militarmente; no olvidándose de que la guerra hay que hacerla en las poblaciones con más rigor que en los campos; que hay que reventar antes que á los que llevan las armas, á los que se las ponen en la mano.

Esto es lo que apresuraría la terminación de la guerra, lo que acaso les impediría comenzarla, si se convenciesen de que había el propósito firme de cumplirlo.

Porque creer que pueden triunfar, ni los mismos carlistas lo creen.

Si el 73, sin ejército apenas, é indisciplinado gran parte del que había; el cuerpo de artillería disuelto; teniendo que atender á la guerra de Cuba y á la cantonal; con las pasiones soliviantadas; sin gobiernos fuertes y estables; sin hombres á la altura de las circunstancias; con ministros que dejaban el poder por no aplicar la ordenanza ¡y en tiempo de guerra!; con unas Cortes que se entretenían en discutir asuntos sin importancia en vez de haberse dedicado exclusivamente á volcar toda España sobre el Norte y parte de Cataluña; sin dinero, sin crédito, sin nada en

tin, supimos tenerlos á raya é impedimos que pasaran el Ebro ¿qué habían de triunfar ahora?

En cambio ellos, contaron entonces con la mayor suma de elementos que pueden contar nunca; con un clero á quien los obispos impulsaban y el Papa no detenía; con el apoyo indirecto de las clases conservadoras que preparaban la venida de D. Alfonso; con los cuantiosos recursos que les enviaban los frailes de Filipinas; con la frontera francesa abierta; con lo que les producían los robos contínuos que impunemente hacían en los pueblos, abandonados por no haber ejército; con el cansancio de un pais trabajado por cinco años de convulsiones revolucionarias; y á pesar de contar con todo eso, nos dieron tiempo para restablecer la disciplina, reorganizar el ejército, y hacerles al fin repasar la frontera.

La única ventaja que tienen hoy sobre entonces, es que España está llena de convento, cuyos moradores les ayudarán cuanto puedan; pero esta ventaja es más aparente que real, porque los frailes, una vez iniciada la guerra, serán barridos expontáneamente por el pueblo.

Tardan, pues, en echarse al campo esas cuadrillas de bandoleros.

FUSILAMIENTOS, ROBOS É INCENDIOS AL DETAL.—ASESINATO HORRIBLE DE DOS CONDUCTORES DEL FERROCARRIL EN SAN GUIM.—ATAQUE DE MORA DE EBRO, ESCENAS DE PILLAJE Y DEVASTACIÓN.—BÁRBARO FUSILAMIENTO DE UN INSPECTOR DE ORDEN PÚBLICO.—VIOLACIONES EN PONT DE REVENTI.—ROBOS, ASESINATOS Y FUSILAMIENTOS EN CARDEDEU.—MULTITUD DE ACTOS VÁNDALICOS EN DIFERENTES PUNTOS.

AÑO DE 1873

SEPTIEMBRE

Un alférez escribe una carta á un amigo suyo de San Sebastian, encabezándola de este modo:

«Ejército del Norte: *Dios, patria y miseria.*

Más propio hubiera sido esto:

«*Robo, asesinato é incendio.*»

¿Pruebas? Allá van á montones.

Pide Cucala 388.000 reales á la ciudad de Castellón y un trimestre de contribución industrial, amenazando, en caso de no recibirlos, con cortar las aguas que surten la población y tomar contra ella otras bárbaras medidas.

Se llevan los carlistas los mozos de la reserva de todos los pueblos por donde pasan, y donde no los encuentran se llevan á sus padres, ó lo que es todavía más cruel, á sus pobres madres.

Hacen fuego sobre un tren por la parte de Perpiñán, matando un fogonero é hiriendo á un maquinista.

El bandido Cercós fusila al pasar por Aleixar al presidente del comité republicano.

En todos los pueblos que ocupan en la ribera del Ebro, los carlistas roban lo que encuentran y ultrajan vilmente á las mujeres.

Queman varios edificios en Viana, incluso la iglesia. Entre los escombros se hallaron pedazos de santo.

Se escapa de la ciudadela de Barcelona el cura de Corvera y se une á la facción.

Amenaza y maltrata una partida á los enfermos de la estación balnearia de Villavieja.

Reúnense en Azpeitia 18 jesuitas y más de 200 curas que hacen comulgar á unas 8.000 personas (con perdón sea dicho), todo á la salud del inmoral y cínico don Carlos.

Entran en Játiva los carlistas, hacen 180 soldados prisioneros, incendian la estación, piden 6.000 duros al vecindario y en la retirada queman la estación de Puebla Larga y asesinan á dos prisioneros.

En Carlet fusilan á uno de los suyos en un campo á espaldas del calvario, insultándole antes de un modo brutal: dos de los prisioneros pudieron escaparse entonces.

Varios vecinos de Marquina emigrados en Bilbao reciben un oficio del comandante de armas, previniéndoles que, á fin de socorrer á las familias de los marineros, que no pueden pescar, ha *dispuesto* embargarles todos los bienes; y para que no lo tomen á broma, comienza talando los montes de algunos de los interesados.

No hay gentes que cumplan más fielmente que los carlistas su palabra, cuando la dan como garantía de una infamia.

Un periódico carlista habla así de los liberales:

«Estos malvados no pueden tener perdón de Dios ni de los hombres. Son peores que los salvajes carnívoros. La blandura con ellos les alienta para cometer mayores iniquidades. La Europa entera no puede menos de contemplar con asombro á estos cafres incendiarios y á menos debe tener el rozarse con estos bribones.»

Repitamos lo dicho tantas veces á modo de estribillo: ahora no consentiremos que hablen así.

Imponen 14.000 duros de contribución al marqués de Valmediano por los bienes que posee en Villafranca, Ataun y otros puntos, y se los embargan por no haberla satisfecho.

Llevan á tal extremo los cabecillas sus latrocinios disfrazados de impuestos, que hay propietario que paga cinco veces el valor del producto anual de sus fincas.

La Junta carlista de Navarra exige 2.000 duros á los liberales de buena posición, señores Olaso, Zabalza, Crespo y otros.

Golpean los carlistas, hiriéndole gravemente, á un vecino de Ontoneda.

El jefe de las fuerzas carlistas que recorren la provincia de Santander, impone una contribución de 20.000 reales diarios á la compañía del ferrocarril; otros carlistas imponen 20.000 duros de contribución á Barbastro; otros saquean las casas que pueden en la villa de Yecla al tenerla que abandonar ante la heroica defensa de los voluntarios, robando á la vez los fondos de la administración de Rentas; el cabecilla Segarra roba 18 000 reales en Valderrobles; una cuadrilla de bandoleros con escapulario, 15.000 reales en Pinos; otra, 8.000 reales en San Carlos de la Rápita; el cabecilla Seco, 13.000 reales en Castellote; Pujol, 1.500 duros en Serós.

Al pasar la facción Merino por el pueblo de Jérica, se le unieron dos curas y el sacristán de la parroquia.

Saquean los carlistas la casa de don Ricardo Zabala, alcalde de Vergara, destrozando todo lo que no pueden llevarse, y no incendiándola porque las dos contiguas eran de carlistas; exigen otros 20.000 duros á la población de Santesteban, 30.000 á la de Elizondo, y 10.000 á la de Laredo. El cabecilla Segarra pide á Morella 8.000 duros con recargo de 100 por cada día que tarde en entregarlos.

Asesinan en Vilania á un teniente del ejército pasado á sus filas y ascendido por don Carlos, sin otro motivo que el de *inspirarles poca confianza*.

Secuestran seis propietarios liberales en Povoleda y exigen 3.212 duros por su rescate; otros carlistas roban 30.000 reales en Elche de la Sierra.

Para aumentar el fanatismo sangriento de los carlistas del Norte, un fraile español llega de Roma á Estella con una enorme cruz de bronce, diciendo que encierra restos de la Santa Cruz del Calvario.

La religión es para los carlistas el aguardiente con pólvora del espíritu.

Apalean brutalmente en Sarriá, dejándole en muy mal estado, á don Manuel Gorriz, telegrafista.

Roba una partida varias cantidades en Benijanza; otra, 20.000 reales en Santa Coloma de Queralt; Mergeliza, 3.000 reales en Caudete; una partida, 2.000 reales en Labores; otra, exige 5.000 duros al pueblo de Alforja.

Caen prisioneros en la acción de Portugalete los francos de Nouvilas, y los encierran los carlistas en el osario del cementerio en Dima, no dándoles más que pan y agua, sin permitirles ni mudarse de camisa.

Prenden en Chiva á la señora del administrador de Rentas, amenazándola por que no les decía donde tenía el dinero su marido.

Al saberlo éste, que estaba oculto, se presenta, y le roban cuanto tiene.

No pudiendo vencer la resistencia de los voluntarios de Ulldecona encerrados en el fuerte, y que se defendian bravamente, los carlistas cogieron sus familias y las colocaron delante para que cayesen á sus disparos.

De esta manera infame, y que tantas veces emplearon durante la última guerra, consiguieron lo que les hubiera sido imposible en otro caso.

Los oficiales de infantería pasados á los carlistas son objeto de la mayor desconfianza.

Uno encontró cerca de Vergara á dos soldados de su batallón que se habían quedado enfermos y marchaban á incorporarse á sus filas, los reconoció, y les propuso ingresar en las filas del Pretendiente; ellos se negaron, prefiriendo ser prisioneros, y entonces vieron que las lágrimas acudían á los ojos de su antiguo jefe. Tal vez aquella digna negativa le haría más abrumadora su falta.

Bien pagaron su falta ó su torpeza los jefes y oficiales que se pasaron del ejército á la facción: el que no perdió la vida, quedó sin honra.

Con bandidos no se puede ir ni á defender una causa justa; mucho menos una tan injusta y tan indigna como la que representa ese hombre á cuyo lado no puede vivir ninguna persona decente.

Es llevado á la carcel el sorchantre de las iglesias de Santa Lucía y San Julián, en Sevilla, por resultar complicado en la insurrección carlista.

Es maltratado y robado por una partida carlista el alcalde de Santa María de Tajadura.

Se entregan las facciones al robo y al pillaje en

Valls, hasta que el batallón del fijo de Ceuta y los voluntarios los rechazan, huyendo á la desbandada y arrojando 500 armas en su huída.

En los primeros momentos de la sorpresa asesinaron á un voluntario y á un jornalero desarmados.

Los incendios, los robos y los atropellos de todo género que cometieron en Valls los carlistas fueron tantos y tales, que hasta sus mismos correligionarios resolvieron coadyuvar por todos los medios posibles al exterminio de semejantes bandidos.

Varias jóvenes fueron ultrajadas por los inmundos sectarios del rey libidinoso, que no respetaron edad ni estado; en una casa saciaron muchos de ellos sus feroces instintos en una madre y cuatro hijas.

La superiora de las monjas de la caridad de Lequeitio, indignada al saber la derrota de los carlistas en las inmediaciones de Tolosa, mandó prender al que había dado la noticia.

Era una tía que en vez de hacer hilas y vendas ó curar heridos, se entretenía en bordar pañuelos para el garañón *Chapa*.

A los vecinos de Jérica sublevados en sentido carlista, se unieron dos curas y un sacristán.

Se entregan en Real de Montroy á criminales escenas, cazando á tiros como fieras al alcalde y al secretario, apaleando al hijo del juez municipal por que no les dijo dónde estaba su padre, quemando el registro civil, varios libros y la lápida de la Constitucional, la misma que se puso el año 20.

La facción Carbó roba en Villarluengo 1.100 reales, 2.000 en Tronchón y 1.285 en Bordón; una partida quema en Orihuela el registro civil y papeles del ayuntamiento y roba importantes sumas; otra roba en Avalos 20.000 reales.

Reunen todos los catecismos oficiales que hallan

en las escuelas de Liria y hacen con ellos un auto de fe en medio de la plaza.

Se comprende: en el catecismo hay dos renglones que dicen: *el quinto no matar*; *el séptimo no hurtar*; y si tuvieran que cumplirlos, se acabaría el carlismo.

El cabecilla Villamor hace sufrir cautiverio cruel y despiadado en una cueva de la cuesta de Arranz á 14 personas que había secuestrado para exigirles rescate.

El bandido Cucala lleva consigo, amarrado como una fiera y haciéndole sufrir toda clase de tormentos y humillaciones, al comandante militar de Castellón que secuestró en las afueras de la ciudad, mostrándole como objeto de curiosidad en los pueblos qne recorre.

Al votarse en las Cortes la proposición restableciendo la ordenanza militar para combatir al carlismo, el ilustre escritor y diputado señor Martínez Villergas dijo:

«Es imposible tener ejército sin disciplina, ni disciplina sin pena de muerte. No hay, pues, inconsecuencia en lo que voto como diputado y lo que he sostenido como periodista. Y voy á concluir diciendo que voto esa proposición (la de aplicar la pena de muerte en el ejército), por humanidad, porque creo que al hacerlo voto por el triunfo de la libertad, de la República y de la civilización, y que votando lo contrario hay la posibilidad de que venga el monstruo del despotismo con la horca hasta para crímenes como el de haber dado un voto en cierto sentido, que por eso se ahorcó á don Rafael del Riego; hasta para crímenes como haber permanecido fiel á la causa liberal en el ejército, que por eso se ahorcó al Empecinado; hasta para crímenes como hacer un bordado, que por bordar una bandera se ahorcó á Mariana Pineda; ¡y quién sabe si votaríamos también el Quemadero de la Cruz donde correríamos peligro los que nos hemos

atrevido á poner en duda la infalibilidad del Papa!»

No olvidemos, cuando esté implantada la República, que sin disciplina no hay ejército, y sea nuestra obligación preferente el mantenerla á toda costa.

Y al que se venga con teorías filosóficas condenando la pena de muerte ó le falte valor para aplicarla, retirémosle á su casa con la rechifla que por clasificación le corresponda. Por no haberlo hecho así desde luego, crecieron tanto las facciones el 73 y se atrevieron á cometer tantos crímenes.

Tan pronto como las villas de Marquina, Ondarroa, Bermeo y Durango quedan sin guarnición, los carlistas caen sobre ellas con la avidez propia de fiera ante su presa, y cometen toda suerte de brutalidades y atropellos, especialmente contra indefensas mujeres.

Es encontrado el cadáver de un hombre en el camino de Bañolas á Vilademunt; en un bolsillo llevaba un papel que decía:

Fusilado por haber infringido la ley del bloqueo.

Otro cadáver fué hallado en Bescanó con el mismo letrero.

Identificado después, se supo que habían ido á sacar al infeliz aquél del seno de su familia para acribillarle á balazos en la carretera.

Los jefes y oficiales prisioneros de los carlistas son tratados de la manera más cruel. Desnudos de pie y pierna, sin más vestido que la levita de uniforme, desprovistos de insignias y adornos, oblíganlos á marchar detras de las partidas y los maltratan á cada instante.

Al caer desfallecidos por el cansancio, ensangrentados los pies por las continuas marchas, no consiguen la más leve consideración, antes bien se burlan de ellos.

Les dan por único alimento un rancho repugnanto, les privan de fumar y les amenazan con fusilarlos en

cuanto aparezca á su vista cualquier fuerza liberal.

¡Y viva la religión!

OCTUBRE

Al detener Tristany un tren en la estación de San Guim, le enseñaron los conductores el permiso que tenían de Miret. Púsose furioso al verlo, tiró de revolver y disparó á quema ropa contra un empleado; la bala le entró á este infeliz por la boca partiéndole el labio superior, arrancándole tres dientes, atravesándole la lengua y quedándosele clavada en el paladar.

Pareciéndole escasa hazaña aquella al miserable cabecilla, ayudado de otros dos de su patulea ahorcable, le partieron la cara de un sablazo y de otros dos le destrozaron la cabeza, dejándole por muerto.

El compañero suyo, que presenciaba aterrado la manera que tienen de asesinar inocentes los que defienden la religión, sin darse apenas cuenta de lo que veía, salió de su ensimismamiento al oir al malvado Tristany preguntarle: ¿quién es usted?

Antes de que tuviera tiempo de contestar, «el jefe del tren,—dijo un bandido de aquellos,—le conozco yo.»—Pues fusiladle—exclamó el cabecilla; é inmediatamente prepararon alegres unos cuantos las carabinas.

El desventurado echó á correr y pudo ponerse al abrigo de sus balas parapetándose tras el caballo de aquel tigre, é implorando su clemencia; pero el defensor de Dios tiró de su espada y le asestó tan tremendo golpe en la cabeza, que le partió el cráneo hasta la ceja del ojo izquierdo.

Tres curas se hallaban cerca del grupo, y ni uno sólo intercedió en favor de aquellos sus hermanos en Cristo, asesinados de tan villana manera.

Con el santo fin de crear dificultades al gobierno, el gobernador eclesiástico del arzobispado de Toledo anuncia por medio de la prensa que va á dictar una circular, pidiendo á los fieles de la diócesis que faciliten recursos, porque, de lo contrario, muchas iglesias tendrán que cerrarse.

Esto, aun suponiendo que hubiera sido cierto, sólo demostraría una de estas dos cosas: ó que no había fe en España, ó que todo el dinero que producía iba á parar íntegro á manos de los carlistas. Como era la verdad.

El gobierno faltó á su deber no prendiendo al cabecilla disfrazado de gobernador eclesiástico.

Al recorrer los carlistas el sitio donde se verificó el combate de Santa Bárbara de Mañeru recogieron varios heridos del ejército é hicieron algunos prisioneros, asesinando á casi todos.

El cura de Mequinenza deja su parroquia sin decir siquiera «ahí queda eso, que me voy con los carlistas.»

Lo mismo hace el de Orcajo.

El cabecilla Cortés roba 1.400 reales en Escatrón y 2.820 en Sástago; Alcover, 8.000 en Gijona; Sierra (el Polaco), 3.000 en Montalbán, y Santés en Cuenca millón y medio. El bandido Macario Latorre roba 3.000 reales en Nonaspe y quema el registro civil; lo mismo hace Fuster en Callosa de Segura, llevándose además secuestrados á cuatro concejales y al registrador de la propiedad; quema de paso la lápida de la Constitución y maltrata á varios vecinos.

La facción Santés asesina en Pedralva á un criado del Enguerino, después de robarle siete mulas, y secuestra varios vecinos. El cabecilla Segarra apalea á varias mujeres de Vinaroz, únicamente por pertenecer á familias liberales.

El facineroso Tristany pasa un oficio al alcalde de Valls diciéndole que si en el término de 48 horas no satisface la contribución correspondiente á un año, él demostrará al mundo entero hasta dónde llega la potencia de los voluntarios realistas, y ese día no respetará vidas ni haciendas.

¿Con que ese día? ¡Cuánta modestia! ¿Acaso las respetaba nunca el bandolero?

Ingresa en la cárcel de Zaragoza el jesuita P. Suárez, detenido en Navarra de orden del gobernador de Pamplona, por trabajar en pro de don Carlos.

El cabecilla Calvo roba 5.000 reales en Más de las Matas; Ferrer, 4.000 en la Ginebrosa y 7.000 en Belmonte; las cuadrillas unidas de Miret, Tristany, Cercós y Baró 7.000 duros en Igualada, y el cura de Flix 18.000 reales en Tobara.

Es preso por los suyos el cabecilla Merino á causa de haber reservado para sí 60.000 reales de los robos que había hecho.

¡Oh los bandidos escrupulosos!

Roba una partida en Caravaca 5.000 duros; Cucala, 7.830 reales en Monserrat; el cabecilla León, 3.600 en Callosa de Segura; una partida, 17.825 reales en Codoñera y 8.800 en Torrecilla; el cabecilla Segarra, 40.000 reales en Hijar, 90.000 en Albalate del Arzobispo, 30.000 en Samper de Calanda, 14.000 en Urrea de Gaen y 20.000 en Andorra. Este se preparaba ya para comprar en el Vaticano el título de marqués que deshonró en sus últimos años.

Se presentan las facciones Vallés, Segarra, Mañero y Barquetas, en total 2.000 hombres y 100 caballos, ante Mora de Ebro.

El número de sus defensores era de 400; 100 de Mora, 100 de Gandesa, 100 de Flix, y 100 de Villalba.

Al divisar á los carlistas se hicieron fuertes en las casas del barrio de la Citela, inmediatas al castillo, cuya ocupación en vano intentaron los carlistas.

Dos días y tres noches duró el fuego sin que aquellos valientes voluntarios se rindieran, á pesar de haber apelado los carlistas á toda clase de recursos, desde la traidora mina al parapeto de colchones colocados en carros.

Cegado por la ira el facineroso Vallés, ordenó á los suyos entregarse al pillaje y al incendio en las casas de los liberales, siendo quemadas ocho, robando más de 4.000 duros solamente en la del señor Pujol, oficial de los voluntarios de Mora.

Otra de las casas incendiadas, ésta por equivocación, fué la del presbítero don Jacinto Amorós, carlista acérrimo y que más de una vez había fulminado desde el púlpito terribles anatemas contra los liberales y afirmado que no había salvación para España fuera del carlismo.

Los carlistas se retiraron de Mora despechados, jurando volver y no dejar piedra sobre piedra, y llevándose, á cambio de 14 muertos y 30 heridos, el fruto de sus latrocinios.

El presidente del Poder Ejecutivo dirigió un telema al pueblo de Mora de Ebro felicitándole; tan heroica fue la defensa, y tan poca importancia dieron al saqueo ante el deber de combatir á los ladrones en cuadrilla de Vallés y comparsas.

Asesinan á dos mujeres que se dirigían á Bilbao á vender fruta y causan una herida grave á un marinero inglés.

Queman la cárcel de Caspe poniendo en libertad á *los criminales, sus correligionarios, algunos de ellos* presos por delitos atroces. Los menos escrupulosos ingresan en las filas carlistas; los más se niegan, por no deshonrarse.

Es detenido en Zaragoza el cura Eduardo Peña, beneficiado de San Felipe Neri, por haberle reclamado el gobernador de Logroño como complicado en la rebelión carlista.

Quico roba en Maspujols un trimestre de contribución; una partida, 800 duros en Rafales; otra, 8.000 reales en Biota; el cabecilla Batet de Cabra, un trimestre de contribución en Brafin; Crespo y Restituto, 27.000 reales en Polientes; Segarra, dos trimestres de contribución en Alloza; y por robar, hasta roba Vallés en Caspe la bandera conmemorativa del célebre Compromiso que fué origen de la fusión de las coronas de Aragón y Castilla.

Un periódico carlista de Madrid, creyendo ver en cada cabecilla un *nuevo macabeo,* procura inspirarles coraje y entusiasmo para exterminar liberales, publi cando la historia biblica de los antiguos y verdaderos Macabeos. Y declara que la *guerra santa* que con tanto fervor y tan bizarramente sostienen saqueando, incendiando, fusilando y ejerciendo el vandalismo más feroz, es una guerra de razas entre absolutistas y liberales, y que, como guerra de razas, debe ser de exterminio, sin piedad ni consideración, sobre todo si los vencedores son los *caballeros*, esto es, los carlistas.»

¡Granuja como el que escribió eso!

Don Hilarión, cura de Iniesta, se une á la cuadrilla de bandidos que saquea la provincia de Cuenca á las órdenes de Santés, como si no fueran ya bastantes los trece capellanes que llevaba.

Buen golpe dieron en Torre Juan-Abad; sólo en una casa, la de don Juan Tomás Frías, robaron *cuatro millones y medio de reales* en metálico y bastantes alhajas, cargándolo todo en mulos de la misma casa.

Después hicieron correr los reaacionarios la voz de que no eran carlistas, sino ladrones, como si no

fueran todos unos, y como si no se hubieran presentado aquellos con el carácter de tales carlistas.

Acuerda la Diputación á guerra carlista de Vizcaya que los pueblos paguen á sus curas todos los diezmos atrasados, y que los padres de almas coadyuven en agradecimiento al triunfo de la santa causa, dando cada párroco 1.842 reales, los beneficiados 1.500 y los capellanes simples 500.

Bien podían soportar los clérigos esa contribución, con tal de cobrar tan cuantiosas sumas. El único que salía reventado era el pueblo vizcaino, contra quien en primer término y en último iba la financiera medida.

Los carlistas vizcainos cometen un nuevo asesinato con circunstancias horrorosas.

A las tres de la tarde del día 14 fusilan en Valmaseda á don Joaquín Hernaiz, antiguo inspector de orden público en algunas provincias y cuyo único delito era ser liberal.

Lo más irritante, lo más miserable en este caso, fué la fórmula legal que para cometer el crimen se adoptó, simulando un Consejo de guerra cuando ya estaba resuelto inmolar á aquel desventurado.

Para escarnecer la religión de que se dicen defensores esos canallas, el Consejo, después de condenar á muerte á Hernaiz, acordó que cada compañía del batallón del cabecilla Navarrete rezase un rosario por el alma del *negro* que iba á morir.

Para disculpar después la horrible barbarie, inventaron aquellos bandoleros que habían cogido á la víctima documentos graves y de mucha importancia; pero era tan burda la calumnia, que quedó desmentida con lo que hicieron con el defensor: condenarle á dos meses de arresto en el fuerte de Sodupe, por haber demostrado en el Consejo que, no sólo no existía prueba alguna de culpabilidad, pero ni aún indicios siquiera.

El Porvenir Alavés, de Vitoria, abrió una suscripción para socorrer á la viuda y tres hijos de la víctima del salvajismo carlista.

Campos, de oficio cabecilla, es decir, ladrón, roba 8.000 reales en Serrea, distrito municipal de Ginzo de Limia, además de los fondos que tenía el recaudador de Contribuciones; Muñoz, 2.664 reales en Náquera; una partida, 1.060 duros en Pinet; Aznar, 10.610 reales en Crevillente.

Varios jefes de cuadrilla vizcainos obligan á los vecinos de los pueblos á asistir á misa y al rosario, bajo pena de apaleamiento.

Los carlistas de Arechulegui privan en absoluto de la ración á una pobre mujer que conservan presa, hasta ver si manda á la facción tres hijos que tiene en Rentería.

El cabecilla Tristany, desesperado por la zurra que le dieron en Prades, jura que fusilará cuantos prisioneros caigan en sus manos del batallón fijo de Ceuta.

La partida Lizárraga fusila á dos franceses que iban de San Sebastián á Tolosa y que fueron detenidos en el camino sin armas de ninguna clase.

Los carlistas se entretienen en disparar sobre un paseo de Bilbao, donde se distraen multitud de niños y mujeres.

Marco de Bello comete varias tropelias en Molina de Aragón y roba 50.000 reales, después de lo cual oye misa con sus facinerosos en la plaza Mayor y reza por la tarde el rosario.

Intenta robar el cabecilla Sagües 6.000 duros en Egea, no lo consigue, y se lleva, después de apañar 800 pesetas, á los mayores contribuyentes en rehe-

nes. El pueblo se apresta á reunir dinero para rescatarlos.

Secuestran en las inmediaciones de Guetaria á la esposa del juez municipal, llevándola presa á Zarauz, sólo por haberse casado civilmente, saqueando de paso sus propiedades, que era lo que se trataba de demostrar.

Prenden por carlista al magistral de la catedral de Santander.

Al llegar á Tudela fué puesto en libertad por el comandante militar Sr. Picatoste, mediante fianza de los vecinos liberales don Balbil Jiménez, don Joaquin Capdevila y el señor Abadía, farmacéutico, y él pagó, fugándose, tanta hidalguía y generosidad.

Con tal motivo fueron sumariados el coronel y los tres fiadores y conducidos á las cárceles de Tudela, donde los tuvieron 14 días, llevándolos después á Tafalla.

En la estación los despidieron numerosos amigos, condenando todos el indigno proceder del canónigo y clamando por la libertad del coronel y los tres fiadores.

La cabra siempre tira al monte, y ser generosos y nobles con los carlistas es echar margaritas á *Chapas*.

En varios pueblos del bajo Aragón roban los cabecillas en pocos días 545.800 reales, queman y destruyen edificios por valor de un millon, y no puede calcularse el de los efectos estancados que se llevan ó inutilizan.

Cogen los carlistas muchos habitantes del valle de Soba en rehenes, pidiendo 8.000 duros por su rescate.

En vista de que no se los entregan, los dejan en libertad mediante 18.000 reales y la promesa de dar el resto en término breve.

Una partida facciosa secuestra al alcalde de Rodoban por no haberle entregado 2.000 reales.

Los carlistas se llevan presos 14 voluntarios de Tarazona, casi todo el ayuntamiento, á los abogados señores Lagranc, Acacio y Picazo, á un hijo del rico propietario Atienzar y otros varios, entre ellos una señora, algunos maniatados y todos marchando á pié delante de la columna.

Una partida carlista saquea los dos coches que hacían el servicio de Granollers á Vich, quitándole á un solo individuo 6.400 reales.

Hieren gravemente de un tiro, despues de dispararle varios, al teniente alcalde de Beniardá, don Juan Bautista Payá.

El cura de Flix roba dos trimestres de contribución en Maella y Fabara, y Segarra 26.000 reales en Puebla, 58.000 en Albalate y 15.620 en Urrea de Gaen.

Santés, bandido ingerto en cabecilla, ordena á todos los sastres y costureras de Utiel, bajo pena de la vida, que se presenten en Chelva á coser el vestuario de los desastrados carlistas.

Dan los carlistas un trato infame á 19 personas que tienen detenidas en Arechulegui.

El cabecilla Lizarraga dicta un bando feroz, amenazando con terribles represalias si los liberales seguían deportando carlistas á Cuba.

Su lenguaje era muy diferente de aquel espíritu de unción y mansedumbre que aparentaba cuando iba por las iglesias de Madrid, estando aquí de guarnición, con el devocionario en la mano y haciendo las delicias del público, que se reía al ver á un comandante rezando padrenuestros ante todos los altares, á guisa de beata en mal uso.

Desconfiemos de todos los militares que hacen

alardes ridículos de devoción. De ellos salen los Lizárragas sanguinarios.

NOVIEMBRE

Don Antonio Diez, cabecilla, asesino, ladrón, tres profesiones distintas en un solo cura verdadero, publica un bando imponiendo pena de la vida hasta por respirar.

El cabecilla Muxi sorprendió y aprisionó en Pont de Reventi á unos 50 vecinos de Berga, entre hombres y mujeres, que habían ido desarmados á proveerse de víveres y leña.

En el acto dispuso que los hombres fuesen apaleados, lo que se efectuó con la mayor escrupulosidad, medida que hizo después extensiva á las mujeres, jóvenes y solteras en su mayoría.

Para que la operación resultase con mayor solemnidad, el propio cabecilla levantaba las ropas á aquellas infelices, y los verdugos las zurraban cruelmente; y para que la escena fuese más edificante, un cura la presenciaba, alentado á los sayones al grito de ¡duro en ellas!

Después de este maltrato y estos vituperios, acordaron retenerlas día y medio en su poder, y lo que hicieron con ellas es imposible describirlo; baste decir que llegaron á Berga algunas en tal estado, que hacía temer por su vida. El cura contribuyó poderosamente á tan infame resultado.

Al presentarse el clero de Estella á don Carlos, le hizo presente su estado precario, y él le ofreció que le serían devueltos sus bienes el día que ocupase el trono.

Hubo quien le recordó que en la carta programa á su hermano don Alfonso prometió respetar los hechos

consumados, y el botarate contestó que «aquello se refería á otro órden de cosas.»

Con que ya lo saben los herederos de los que compraron bienes nacionales: la cuestión que creían terminada, sigue en pie.

Los carlistas del Maestrazgo destituyen á los maestros de escuela, so pretesto de que han jurado la Constitución, pero en realidad para preparar el reinado de su amo y señor.

Y en esto eran lógicos. Si la instrucción hace al hombre digno y honrado ¿qué porvenir le esperaba al *Chapa*?

Tal fama de ladrones alcanzaron los carlistas, que los bandidos hacían su agosto.

Presentábanse en un pueblo diez ó doce diciendo que eran carlistas, y como todo era uno, los vecinos del pueblo no se atrevían á resistir, por si iba una partida detrás.

Los bandidos se apoderaban del alcalde, y amenazándole con la muerte, le obligaban á que los llevase á las casas más ricas del pueblo; sus dueños franqueaban las puertas á la autoridad, y cuando advertían su error, se encontraban robados.

Los carlistas finjidos, ó los bandidos acarlistados se marchaban después tan tranquilos, y el pueblo se quedaba en la duda de si serían lo uno ó lo otro; duda inocente, porque sabido es que carlistas y bandidos son sinónimos.

El cabecilla Roche roba 5.000 duros en Caravaca; Sabariegos, 2.000 en Herrera del Duque; un sobrino de Santés, 2,000 reales en Olocan; el cabecilla Mora, *un trimestre de contribución en Torredembarra* y otro en Riera; y fusil en mano cuanto encuentran los secuaces del cabecilla Sierra Morena en el pueblo de Vall de Uxó.

Reunidas varias facciones á las órdenes de Savalls,

en número de 2.500 hombres, cayeron sobre Cardedeu á las cinco y media de la tarde del día 6 de Noviembre, rodearon al pueblo, se apoderaron del segundo alcalde, que estaba en la estación del ferrocarril, y de la madre del primero, señora octogenaria y que se hallaba en su casa, obligando á las dos á ir á la casa de la Villa y á la iglesia á decir á los voluntarios que se entregasen. Mientras tanto, un gran número de aquellos facinerosos iban sacando liberales de sus moradas y obligándoles á conducir leña y combustibles para quemar la iglesia y el ayuntamiento.

Toda la noche se defendieron heroicamente los voluntarios, á pesar de que los carlistas incendiaron los edificios en que estaban, y de tal manera, que las llamas llegaron hasta las campanas. Cada media hora dejaban los facciosos de hacer fuego para gritar á los defensores que se entregasen, ofreciendo no hacerles el menor daño.

Los voluntarios, á pesar de no quedarles más sitio para combatir que el terrado encima del campanario, despreciaron sus proposiciones y arreciaron en su defensa, esperanzados en que llegarían á tiempo los refuerzos que se les habían ofrecido.

A eso de las diez de la mañana vieron avanzar hacia Cardedeu por la parte de Granollers á unos 700 hombres entre soldados y voluntarios, y su valor y su esperanza se duplicaron, mas por corto tiempo, pues los carlistas, gracias á la superioridad del número, hicieron retroceder á las fuerzas aquellas.

Volvieron á ofrecerles la vida si se rendían, y ellos, que llevaban ya 18 horas de fuego, aceptaron parlamento, bajando su jefe, don Ignacio Assanía, á conferenciar con Miret, conviniendo en que se rendirían con las condiciones tantas veces propuestas.

Pronto pudieron advertir que habían sido villanamente engañados. Conforme se iban entregando los despojaban de sus relojes, de su dinero, de sus tapabocas y de cuantas prendas escitaban la codicia de

cualquiera de aquellos foragidos, arrojándolos después á empujones en medio de la plaza.

Atados y en dos filas, fueron sacados de la villa aquellos valientes, los pasaron por Llinas, y llegaron á San Antonio de Villamatjor; y allí, reunidos los cabecillas en una de las casas, resolvieron que 22 de aquellos infelices se confesasen en el acto, conduciéndolos en seguida junto á las tapias del cementerio. No quisieron ni aguardar á que amaneciese, tal prisa les corria verter sangre.

Como ofrecía dificultades para la puntería la oscuridad de la noche, pusieron cerillas encendidas en las manos de cada uno de los destinados á perecer, y así los fusilaron de tres en tres. Con uno de ellos ocurrió este episodio dramático:

Mientras sostenía la cerilla, viendo que se le acababa la vida por segundos, volvióse de repente contra sus verdugos y á puñetazos se abrió camino, no alcanzándole ninguno de los muchos disparos que le hicieron. Por el mismo procedimiento se salvaron otros dos, por lo cual sólo fueron inmolados 19.

Entre los fusilados había niños de 15 años.

Horrorizaron á toda España los actos vandálicos y de salvaje ferocidad cometidos en Cardedeu. Al entrar quemaron la casa del alcalde, la del jefe de voluntarios y la estación del ferrocarril; saquearon las casas de los liberales, que ya llevaban en lista, rompiendo y quemando lo que no pudieron llevarse; impusieron al pueblo una multa de 11.000 duros, exigieron un año de contribución con el recargo del 50 por ciento y se llevaron en rehenes al alcalde y á 16 personas más.

Para colmo de barbarie é inhumanidad, obligaron á las mujeres de los liberales á servirles de parapeto en tanto que hacían fuego á sus padres, esposos y deudos que se habían hecho fuertes en la casa ayuntamiento. No pudo llevarse á más la ferocidad, la cobardía y la infamia.

El día 9 fué de luto en Granollers, por que en su mañana enterraron los cadáveres de cinco individuos que, al correr en auxilio de los que se batían en Cardedeu, fueron víctimas de su heroismo.

En Bañolas, población de que se apoderaron por sorpresa y de la que huyeron al aproximarse una columna, se entregaron los carlistas de Savalls al incendio, el pillaje y el saqueo, por no perder la costumbre.

Mientras una partida rezaba el rosario en Molina de Aragón, unos cuantos individuos de ella robaban piadosamente cuanto encontraban por orden y mandato de sus místicos jefes.

Los carlistas que merodean alrededor de Manresa apalean á los hombres que detienen y cortan el pelo al rape á las mujeres, y si llevan comestibles se quedan con ellos para venderlos á altos precios en la ciudad.

El bandolerismo carcunda sigue haciendo de las suyas.

Secuestran una noche á varias personas acomodadas de la anteiglesia de Abando y exigen 34.000 reales por su rescate, encerrándolas hasta recibirlos en una caseria llamada Ugarta, entre San Roque y Ventabarri.

Son inhumanamente tratados los liberales que hay en Dima, á los que han dado el osario del cementerio por cárcel.

Los someten al trato más inicuo y á los tormentos más viles y atroces; no les dan otro alimento que pan duro, y para exasperarlos, hacen que los aldeanos pasen por las inmediaciones enseñándoles las viandas que más excitan el apetito. Algunos mueren *por faltarles resistencia para soportar tantas privaciones* y ver tales infamias.

Al entrar los carlistas en Colldejón, escóndese en un pajar de su casa el alcalde, cubriéndose completamente con la paja.

Llegan los carlistas á la casa; seguros de que no había salido de ella, la registran minuciosamente, y no encontrándole, tantean el pajar con las bayonetas.

No lo encuentran y salen del pajar; pero al advertir que dos bayonetas están teñidas de sangre fresca, vuelven, registran mejor, y por fin lo encuentran con dos graves heridas en el vientre y en el pecho.

Lo obligan á incorporarse, lo atan fuertemente á una prensa de vino, donde lo tienen más de ocho horas desangrándose, hasta que por fin espira tras larga, angustiosa y terrible agonía.

Una joven soltera, hija de un liberal de Ulldecona emigrado en Vinaroz, salió al campo á segar yerba para las caballerías; llegaron unos carlistas, la agarraron y la condujeron á viva fuerza sin consideración alguna y á campo traviesa hasta la ermita de Alcanar; allí la ultrajaron de la manera más indigna, maltratándola además, y haciéndole oir los epitetos más denigrantes contra su padre.

La desgraciada no pudo huir de las garras de aquellos infames hasta altas horas de la noche, que se presentó en Alcanar, desde donde fué conducida en grave estado á su casa.

Matar de hambre á los prisioneros... Asesinar á los hombres honrados... Secuestrar, para maltratarlas y violarlas, á jóvenes inocentes...

El carlismo respondía á sus instintos y á su tradición.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 26

El primer Pretendiente.—Jura la constitución.—Primera insurrección.—Insurrección segunda.—Destierro de don Carlos.—Parodia de reinado.—Explicación necesaria.—La honradez del carlismo.—Derroches en la corte.—Pureza administrativa.—Ladrones, cochinos, caribes.—Inmoralidades sobre inmoralidades.—Los carlistas y Roma.—Ladrones, pero mal avenidos.—Criminales supersticiosos.—Villano, pérfido y cura.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

Hay que acabar con el carlismo de esta vez. De nada serviría vencerlo como lo hemos vencido siempre, sino sabemos aprovechar la victoria para aniquilarle, reduciéndole á la nulidad y la impotencia para que no pueda promover ya más rebeliones, nuevas guerras y dar al mundo el triste espectáculo de sangre, horrores y desvastaciones que ofrece España cuando esos salvajes de la civilización se echan al campo.

Hace más de 50 años que el carlismo se declaró en abierta hostilidad contra la patria, y en ese largo período no ha dejado de ser una rémora de todo progreso, un obstáculo para el orden y la paz, un peligro para la civilización.

Vencido en todas partes, ese partido de aventureros, criminales y fanáticos ha vuelto á rebelarse una y cien veces explotando la ignorancia de las masas y los errores de los gobiernos, y, lo que es más infame todavía, aprovechando las desgracias de la patria y los momentos en que el ejército está en lucha, ya con Marruecos, ya con las colonias.

Porque ese partido ha sido siempre, y hoy lo es más que nunca, refractario á toda idea de patriotismo y lealtad, á todo sentimiento

digno y noble. Encastillado en las montañas vascas y en las de Cataluña, donde predomimina la influencia clerical, vive constantemente en hostilidad contra el poder público y dispuesto á empuñar las armas, no en defensa de una idea política, sino obedeciendo á sus hábitos y tendencias invasoras, criminales.

Por esto, la guerra carlista hay que considerarla en cierto modo como una guerra extranjera, no ya sólo porque el Pretendiente no ha nacido en España y se rodea de aventureros de todas las naciones, si no porque la mayoría de los que la sostienen, gentes rudas é ignorantes, hasta del lenguaje hacen motivo de separación y de odio.

Y como en las guerras extranjeras cada una de las partes beligerantes espera, si triunfa, que el enemigo la indemnice de los perjuicios y daños que la guerra le ha ocasionado, los carlistas deben ahora pagar todos los gastos de la guerra.

Por esto conviene que los liberales vayan desde luego poniendo en relación á todos los individuos reconocidamente carlistas. Esto facilitará mucho el reparto equitativo de la indemnización cuando llegue el caso.

EL PRIMER PRETENDIENTE

Don Carlos María Isidro de Borbón estuvo con Fernando VII, su hermano, en Valencey; aprobó y contribuyó á todos los rebajamientos de éste con Napoleón y á todas sus infamias contra los españoles; vino con él á España; se formó una camarilla con todos los llamados *apostólicos*, feroces partidarios de la Inquisición, que el *manolo indecente* de Fernando no restableció desde luego por que se lo impidieron las naciones extranjeras.

JURA LA CONSTITUCIÓN

Cuando vió que el pueblo había triunfado con Riego en las Cabezas de San Juan, se apresuró don Carlos á reconocer la Constitución, *como lo prueba el documento* siguiente:

«Soldados: El acto solemne con que á vista de vuestras *banderas habéis declarado la más firme* adhesión á la Constitución política de la monarquía, os ha impuesto grandes obligaciones al mismo tiempo que os ha abierto una brillante carrera donde alcancéis gloria inmortal.

»El valor y constancia que en todos tiempos fueron la noble divisa del guerrero español, me son garantes seguros de la inviolable fidelidad con que cumpliréis vuestras promesas; y yo, que me gozo en

la confianza que merecí al rey cuando me confirió el alto cargo de mandaros, *fiel* AL SOLEMNE JURAMENTO *que en sus reales manos he hecho* en este día, yo seré también quien *constantemente* os guíe por la senda que nos trazan á la par *el honor y el deber*.

»Amar y defender la patria, sostener el trono y la sagrada persona del monarca; respetar las leyes; mantener el orden público; uniros á los demás españoles y concurrir con ellos al *establecimiento del sistema constitucional*; he aquí *nuestras obligaciones* SACROSANTAS; he aquí lo que el rey espera de vosotros y de lo que promete *daros ejemplo* vuestro compañero.»

Y como si esto no fuera bastante, el mismísimo señor don Carlos, que así imitaba á su falaz y execrable hermano Fernando VII, quien pocos días antes había dicho aquellas famosas palabras: «Marchemos francamente y *yo el primero* por la senda constitucional», el mismísimo señor don Carlos se dirigía al rey en estos términos, como puede verse en la *Gaceta* ordinaria de 12 de Abril de 1820:

«Tengo la honra de elevar á las reales manos de V. M. la exposición adjunta, que á este fin me ha dirigido la brigada de carabineros, cuyo mando debí á las augustas mercedes de V. M. *Penetrado altamente de los mismos sentimientos* que en ella se expresan me apresuro también á *unir mis ardientes votos* con los de la brigada, felicitando á V. M. *con el más vivo entusiasmo*, por la magnánima resolución que ha tenido *al oir los clamores de la nación y darla* SU FELICIDAD Y SU GLORIA. Tal y tan grandiosa ha sido en efecto la resolución de V. M., decidiéndose al restablecimiento del *Santuario de las leyes fundamentales que forman* LA SABIA CONSTITUCIÓN *de la monarquía española promulgada en Cadiz á 19 de Marzo de 1812*. Los sinceros votos que la brigada transmite á V. M. serán constantemente sostenidos por ella. El honor y la disciplina de sus individuos son el mejor garante

de su eterna fidelidad *á las instituciones que han jurado* y del *ardor con que defenderán y observarán ciegamente los sagrados deberes* que les imponen la patria, LA CONSTITUCIÓN y su amado monarca.»

Así hablaba el que poco después se hizo genuino representante de la ignorancia, la superstición y el fanatismo.

PRIMERA INSURRECCIÓN

A pesar de estas declaraciones, é imitando á su miserable hermano, comenzó desde luego á conspirar contra lo que había aprobado; se puso al frente de la rabiosa frailería y de la sociedad del *Angel Exterminador*, creada para destruir hasta el menor vestigio de libertad, y promovió vergonzante y cobardemente el levantamiento de 1827 en Cataluña, que ahogó en sangre el conde de España, aquél infame que más tarde fué su general en jefe en Cataluña.

Desde 1827 hasta que Fernando VII se casó con María Cristina, los *apostólicos*, (carlistas, para que mejor se entienda) no cesaron de agitarse, si bien con cierto disimulo, divulgando entre la frailería grosera que Fernando, el que salía á liberal ahorcado por día, estaba vendido á los masones y á la revolución; pero desde que se casó y sospecharon que podía tener hijos, arreciaron en sus ataques, llegando al paroxismo de la ira al ver que, aun siendo hembra la que nació, el trono huía de las manos de don Carlos, por haber restablecido el rey la sucesión directa á la corona.

Desde aquel instante decidieron apoyar con las armas las pretensiones de don Carlos en cuanto muriese Fernando, mas no todos tuvieron calma para aguardar aquella hora tan deseada,

INSURRECCION SEGUNDA

El día 15 de Enero de 1833 sale de León la caballería realista sublevada; se le une el subinspector de la provincia, don Mariano Rodríguez, y esperan á los realistas de la Bañeza, Astorga, Bembibre, Villafranca y otros puntos, que componían hasta catorce batallones, y á quienes habían citado con pretesto de la jura del estandarte de los voluntarios, regalado por el obispo de la diócesis y con cuyo concurso se proponían proclamar á don Carlos.

Encerrados en Portugal por las fuerzas leales, y ante la noticia de que el capitán general de Valladolid marchaba sobre León, huyeron los comprometidos; y el obispo, reconociéndose el más culpable, ausentóse disfrazado con capa parda y sombrero calañés, y entró en Portugal, desde donde dió cuenta de su llegada á su cabildo, diciéndole en 20 de Enero: «una persecución personal me autoriza para ausentarme de mi diócesis». Desde Portugal alentó cuanto pudo á los suyos.

Recientes los suscesos de León, del mismo cuarto de don Carlos salió la orden para promover una insurrección en Madrid; descubierta á tiempo, el coronel de infantería don Mariano Novoa fué relegado á las Peñas de San Pedro; el general don Pedro Guimarest á San Sebastián; el brigadier don Ignacio Negri á Algeciras; el mariscal de campo don Rafael Maroto á Sevilla; el conde de Prado á Menorca, y el intendente de ejército don Juan José del Pont á Peñíscola.

DESTIERRO DE DON CARLOS

Esto hizo insostenible la continuación de don Car-

los en el Palacio Real; mas no queriendo Fernando romper de frente con los apostólicos, aprovechóse de la ida de la princesa de Beira á Portugal para disponer que la acompañasen por dos meses don Carlos y el infante don Sebastián, que partieron el 16 de Marzo.

Con motivo de la jura de la niña Isabel como princesa de Asturias, señalada para el 20 de Junio en el monasterio de San Jerónimo, cruzáronse varias cartas entre Fernando y Carlos, acabando éste por enviar esta protesta oficial:

«Señor.—Yo don Carlos María Isidro de Borbón y Borbón, Infante de España.—Habiéndome bien convencido de los legítimos derechos que me asisten á la corona de España, siempre que sobreviviendo á V. M. no deje un hijo varón, digo: que ni mi conciencia ni mi honor me permiten jurar ni reconocer otros derechos, y así lo declaro.—Palacio de Ramalhao 29 Abril de 1833.—Señor—A. L. R. P. de V. M.—Su más afecto hermano y fiel vasallo, el Infante Don Carlos.»

Repartieron profusamente esta protesta los carlistas en España y en el extranjero. El rey ordenó al infante que fijase su residencia en los Estados Pontificios; él contestó con evasivas y permaneció en Portugal.

Llegó el día de la jura de la princesa Isabel, que se verificó con gran concurrencia y solemnidad, comentándose alegremente entre los liberales el hecho de que la niña Isabel, asustada al ver llegar á ella los obispos para besar su mano, la escondía, y la cara también, ó prorrumpía en llanto. Si el buen instinto que en esto demostró lo hubiera conservado Isabel luego, otra sería la suerte de España y la suya acaso.

Grandes regocijos y fiestas hubo con motivo de la jura en casi todas las poblaciones de España, lo que exacerbó hasta lo indecible al carlismo, que se dió á conspirar con más empeño y fervor que nunca. Oigamos á un historiador:

«La casi totalidad de los conventos convirtiéronse en sede de conciliábulos y en parques de guerra, sirviendo de almacén de fusiles, que por las fronteras pasaban á miles, y de fábricas de cartuchos, que hacían los padres reverendos, sin duda para demostrar que la holganza no les dominaba. Estos conventos además servían como de comités revolucionarios, que en relaciones con los demás de su orden y con sus similares, sostenían vivo el fuego del carlismo.»

Es decir, que empezaron á acumular méritos sobre los que ya tenían, para que el pueblo tirase más tarde á unos cuantos (muy pocos), por las ventanas de los edificios que á tan caritativos usos destinaban.

PARODIA DE REINADO

Don Carlos inauguró lo que él llamaba su reinado, estableciendo un conato de corte en Portugal, y nombrando ministro universal á su favorito el obispo de León, Abarca, sin cuyo conocimiento y dictamen nada hacía.

Para conservar la privanza, el favorito hizo lo que sus semejantes han hecho siempre: rodear á don Carlos de hechuras suyas, lo cual determinó desde el principio la formación de dos partidos en aquella corte de mentirigillas: el partido del privado, de cuya parte estaba don Carlos, y el de oposición al inepto obispo, dirigido por la mujer del Pretendiente.

Aquel jugar á los reyes comenzó, pues, poniéndose uno en frente del otro el marido y la mujer, el *rey y la reina.* (?) Si en vez de reyes de oropel lo hubieran sido de veras, los españoles revientan de felicidad en manos de aquellas camarillas.

Envalentonóse tanto Abarca, que faltó á la que llamaba su reina á los respetos que como tal le debía y

á las consideraciones que merecía como mujer, apelando para indisponer al matrimonio á medios vedados al sacerdote y al caballero: cuáles fueron esos medios, se desprende de estas frases de un historiador. «No es noble denunciar debilidades, exactas ó falsas, de una señora.»

Pero el hecho fué que el obispo logró su objeto; pues cuando derrotada en Portugal la causa de don Miguel tuvieron que salir de aquel reino para Inglaterra, la desunión entre los esposos estaba consumada.

Así empezaban á demostrar que eran decididos defensores de la *familia*.

Por cierto que viene aquí como anillo al dedo lo que más tarde dijo Maroto, refiriéndose á la huida de Portugal:

«La irresolución, la timidez habitual hizo que el príncipe huyese satisfecho con salvar su persona y familia, acogiéndose á la protección de Inglaterra, y dejando en Portugal considerable número de infelices que fueron á lamentar su infortunada suerte en los pontones de Lisboa. Fuerza es decir que don Carlos se desprendió con la más fría indiferencia de cuantos le servíamos en el vecino reino, pensando sólo en su salvación y en la de muy pocos de sus allegados, lo cual forma un singular contraste con el tenaz empeño de no permitir la separación de su lado de ninguno de los frailes que le acompañaban.»

«En los alojamientos del buque se dió la preferencia con camarote á los frailes y bajos criados, y á los generales se nos dejó en el entrepuente sobre los cañones. El obispo Abarca fué elegido para sentarse á primera mesa con el príncipe, y los generales á segunda con los subalternos.»

Todos los miembros de esa dinastía de pretendientes han pospuesto siempre los militares que todo se lo han sacrificado, á cualquier frailuco asqueroso é ignorante. Ha ido contra sí propio todo militar que los ha servido. Les llevaban honor, valor y convic-

ciones, y recogían en cambio deshonra, humillaciones y desprecios; cuando no iban á la cárcel; cuando no los fusilaban.

Desterrado en Portugal estaba don Carlos cuando ocurrió la muerte de Fernando, y comenzó la guerra que tanta sangre, tantas lágrimas y tantas ruinas ha traido á España, retrasando su adelanto político, moral é intelectual en 50 años, que son los que vamos detrás de todas las naciones civilizadas.

EXPLICACION NECESARIA

Hemos dado estos ligeros antecedentes, para que se enteren los que no los sepan, y para que los recuerden los que, habiéndolos sabido, los han olvidado. Por que aquí se da el caso de haber muchos sabios y eruditos que repiten, como si las hubieran oído, las primeras palabras cariñosas que Adan le dijo á Eva; están enterados de cómo se llamaba el primer celta que vino á España; señalan el palmo de terreno donde puso el pie izquierdo al desembarcar el primer fenicio que se dignó visitarla; saben lo que pensó Viriato momentos antes que lo asesinaran; etc. etc.; y en cambio hay muy pocos que sepan lo que ha ocurrido en este siglo entre nosotros, los hechos heróicos que nuestros padres han sostenido, los mares de lágrimas que han vertido nuestras madres, los patriotas que han subido al cadalso, las millares de víctimas sacrificadas por el fanatismo, y las ruinas que ha traído sobre esta nación el implantar y defender la libertad; cosas todas que deberían enseñarse á los niños en las escuelas, no sólo para honrar la memoria de los mártires del progreso, más en número, y más verdaderos, y más grandes que los de religión alguna y á los cuales debemos lo que hoy somos y lo que valemos, si no también para que

aprendiesen á amar y conservar la libertad que á costa de tantos sacrificios nos dejaron en herencia.

Y dicho esto, que un historiador imparcial é ilustrado nos describa al hombre que dió lugar á tantas catástrofes, á tantos horrores.

«Don Carlos, dice Fernández de los Ríos, no tenia vicios ni virtudes: era un fanático insensato, que hacía consistir la religion en una serie de actos rutinarios. Ayunaba muy á menudo, leía la vida del santo, llenaba la mesa y las paredes de su cuarto de imágenes de todas clases, rezaba el rosario en familia, confesaba todos los meses escogiendo los curas más ignorantes, y descuidaba los negocios de más importancia para salir al encuentro de quien le traía una estampa bendita ó un hueso estimado como reliquia. Acompañábale siempre un gentilhombre cargado de santos y breviarios para presentárselos así que llegaba á su alojamiento; no hacia ningún caso de los actos de corrupción de los empleados, pero mandaba castigar rigurosamente al oficial que no oía misa el domingo. Don Carlos tan bien gustaba entonar las flores de Mayo, en cuyos goozos le acompañaban el obispo de León y varios de sus cortesanos.»

La descripción es perfecta: don Carlos era un ser incapaz de sentir grandes impulsos, ni para lo bueno ni para lo malo, y habría sido una mala caricatura de aquel otro, el *Hechizado*, si por desgracia de España y mengua de la civilización hubiera ocupado el trono. Indiferente á todo lo que no fuesen sus maquinales devociones, lo mismo le daba que sus tropas ganasen que perdiesen; cuando perdían, exclamaba: *¡estaba de Dios!*, y cuando ganaban decía de los combatientes: *¡han cumplido con su deber!*

¡Y que por un imbécil así se hayan matado á millares los españoles! Decididamente el fanatismo religioso convierte al hombre en bestia.

Prosigamos la tarea de relatar hechos comprobados y divulgados por los mismos carlistas.

LA HONRADEZ DEL CARLISMO

—

Uno de los lemas del trapo sucio á que llaman bandera los carlistas, es el de la *moralidad*.

Ya hemos expuesto algunas de las horribles mutilaciones que le hicieron á esa buena señora durante la última guerra el *Chapa* y consortes. Y las que expondremos.

Veamos ahora cómo la trataban aquellos otros bandidos, ya casi legendarios, que capitaneaba el estúpido Carlos V, para que nadie dude en adelante de lo que sería España en manos de los tales.

—

Hallándose don Carlos en Portugal, nombró, como ya hemos dicho, ministro universal suyo al obispo de León.

De la administración de este buen prelado se puede juzgar por el siguiente párrafo de un testigo presencial de lo que allí ocurría, quién, despues de lamentar que se vendiesen los destinos en la corte de don Carlos, dándolos á hombres por lo general inepos y siempre de muy dudosa moralidad, dice:

«Un batallón como de quinientas plazas y muchos oficiales sueltos que se habían refugiado en Portugal, sufrían las mayores privaciones por que nada se les daba, y llegaron hasta el extremo de verse en la necesidad de salir por las noches al campo á recoger de las huertas algunas patatas ó legumbres para aplacar el hambre. Este hurto, necesario, les costaba reñidos choques con los portugueses, que se ponían en alarma desde el momento que los españoles entraban en alguna población.»

«Ni á don Carlos—sigue diciendo el testigo—ni á

su ministro universal se les ocurria un medio para salir de tan penoso estado, y las más prudentes y leales reflexiones no servían sino para promover rivalidades y enconados resentimientos.»

¿Qué medios habían de ocurrírseles, si ellos eran los primeros fautores de aquel desórden? ¿Qué autoridad podían tener los que hacían lo mismo en otra forma? Entre los que saqueaban á sus parciales para vivir bien, y los que robaban unas patatas para no morirse de hambre en la emigración ¿acaso no eran éstos los más decentes?

DERROCHES EN LA CORTE

Lo mismo que en la emigración, este sistema de robar persistió en la corte durante la guerra; viviendo ella bien, le importaba poco que sus parciales se muriesen de hambre.

Las diputaciones forales, encargadas de la recaudación, no se descuidaban; pero los soldados carlistas llegaron en alguna ocasión, según la frase de uno de sus jefes, *á rabiar de hambre*.

En cambio, véase lo que dice nada menos que el secretario del jefe de E. M. general carlista, don Manuel Lassala:

«El real seguía invariable en su desacertada conducta; oraciones, novenas, y una rígida preparación para la cuaresma, eran sus asiduas ocupaciones; ningún recurso se procuraba al necesitado ejército, al mismo tiempo que el palacio de don Carlos y su servidumbre aumentaban más y más *en superfluos é irritantes gastos*.»

¿Qué tal? Si llega á triunfar el Carlos V. aun cuando no hubiera sido más que por un mes, hace lo que más tarde hubiera hecho el VII, si está en Madrid durante ocho días siquiera: comerse hasta las piedras del palacio de Oriente.

La de la segunda rama es una apreciable familia predestinada al robo y el asesinato. Si no nace en las alturas, el Carlos V. hubiera formado en la cuadrilla de cualquier devoto capitán de bandidos de su tiempo, como el VII le habría pedido una plaza á Melgares para honrarse con la compañía del *Bizco* y de Frasco Antonio. No lo pueden remediar; lo llevan en la masa de la sangre.

Pero dejemos hablar á los carlistas, que ellos van más allá que nosotros. Las apreciaciones, por justas y terribles que sean, nunca convencerán tanto como los hechos.

Un carlista, don Juan Manuel de Arizaga, dice confirmando las apreciaciones del concienzudo Lassala:

«Guergué se ocupaba con preferencia en las intrigas que él propio fomentaba en el Cuartel Real, y estimuló á Arias Teijeiro á aconsejar á don Carlos la reunión de sus ministros, cómplices en sus atentados, rodeándolo en Estella de una multitud de eclesiásticos y personas inútiles bajo todos conceptos, que hacían creer á don Carlos en el triunfo de su causa como revelación divina é independiente de todo esfuerzo humano: en una palabra, se completó esta situación en los sitios de Viana y de Peñacerrada, en donde tantos iufelices fueron sacrificados, en tanto que la audaz pandilla decretaba prisiones, exhoneraba á antiguos generales encanecidos en la carrera de las armas, *empleando á veces el puñal alevoso* para jefes inocentes, á quienes tenían desterrados, como sucedió con el joven brigadier don José Cabañas, militar de un buen mérito reconocido, que fué bárbaramente asesinado en Saracois.»

«Producto de las intrigas del Gobierno fué la relajación del ejército carlista, la sublevación de los batallones que desobedecieron su voz y la del infante don Sebastián, cometiendo muertes, robos, tropelías

y toda clase de excesos de que fué teatro Estella.»

«Estos son hechos que cubrirán de afrenta á los hombres que regían la causa carlista.»

«...Producto de la intriga de la corte fué el odio que alimentaron y cundieron contra todo el que era castellano»...

«...Producto de nuevas intrigas fué la expedición de don Basilio Antonio García, que en marchas forzadas sin cálculo ni prudencia, perdió la mitad de la gente antes de llegar á la Mancha, incendió pueblos, impuso cuantiosas multas, apresó y se llevó á señoras del más alto respeto, insultó á virtuosos sacerdotes y fusiló por su propia volumtad á cuantos caían en sus manos, sin formación de causa ni sumario»...

«Don Basilio no solo cobró mensualmente el sueldo asignado á un capitán general en ejercicio, sino que se señaló y cobró *mil* reales diarios para el pago de confidencias que siempre le produjeron sorpresas y derrotas, y un duro para gastos de secretaría, de la cual no salía nunca un sólo oficio. No era igual la suerte de los jefes, oficiales y soldados que tuvieron la desgracia de acompañarlo, que sólo recibieron *un tercio* de su paga en *cinco meses*»...

En este juego de ladrones carlistas, no puede nunca decirse lo que en el del monte: *¡y no va más!*. Aquí siempre *va más* y se va á más. Pruebas:

Urbiztondo, en la exposición citada en el *Folleto 23*, decía á don Carlos:

«...dieron principio á una guerra que por donde marchaba iba dejando los vestigios de la desolación y el espanto, viendo los pacíficos *una cuadrilla de agresores sedientos principalmente de dinero*, que disponían de sus vidas y haciendas con *el puñal del foragido*, teniendo la sacrílega osadía de proferir el nombre augusto de V. M. al tiempo de perpetrar *los delitos más enormes y horrorosos*.

...«para hacer presente á V. M. que los veintitrés

batallones que, según los partes, existían en Cataluña antes de mi llegada, fueron soñados en el delirio del engaño; que el famoso tren de artillería, sólo estuvo en los parques de la imaginación; que el espíritu público, animado por nobles y heróicos estímulos en favor de V. R. M., lo amortiguó ó extinguió la ambición desmedida ó el sistema ominoso del desorden; que los valientes caudillos de la restauración, *sólo lo han sido de crímenes*; que los soldados aguerridos y disciplinados son hombres acostumbrados á vivir sin Dios, sin rey y sin patria».

«No me hace renunciar á la esperanza el sentido en que están los batallones, la poca fuerza de los mismos ni el estado inmoral y relajado de la disciplina; *la falta de subsistencia* y *de dinero* es la que desconcierta mis planes, pasando por el dolor de ver sacrificados los pueblos, *sin que los resultados de esfuerzos tan costosos y violentos tengan entrada ni en los almacenes ni en tesorería...*»

«Me lamento, señor, del mal arreglo en los ramos administrativos, y *que el fraude, monopolio y agiotaje* se miren del mismo modo que si fuera especulaciones de lícito comercio.»

«La Junta superior pasa su tiempo en vanas é insignificantes discusiones; los recaudadores ó comisionados sólo se han propuesto *labrar su fortuna sobre las ruinas de los pueblos*, y las justicias y ayuntamientos el defender sus bienes de los ataques de la contribución, poniendo de parapeto los que pertenecen al vecino. *No hay una idea, señor, de desorden tan escandaloso*. En el mes de Julio último se han extraído CUARENTA Y OCHO MIL raciones de víveres y MÁS DE DOS MILLONES de reales, y en este mismo mes NO HAN PODIDO COMER seis mil hombres, ni ser asistidos con un tercio de paga.»

¡Pero este Urbiztondo, dirá el lector, era un hombre honrado, un militar serio y digno, una persona decente! Si; por eso no se le hizo caso; por eso pre-

cisamente perdió las simpatias de la corte y concitó los odios de sus correligionarios, que hasta intentaron asesinarle. Sin embargo, no hubo realista más convencido ni más leal entre todos.

Y es que, para ser bien quisto entre carlistas, hay que ponerse al diapasón normal en latrocinios y asesinatos.

PUREZA ADMINISTRATIVA

«Solamente en la quinta que ha corrido á cargo del coronel de lanceros de Tortosa, don Pedro Beltrán, ha producido el monopolio SUMAS INMENSAS, de las que no ha dado cuenta, ni esperanzas de que las dé.»

Así decía el presidente de la Junta gubernativa del Maestrazgo, conde de Cirat, en carta dirigida á su amigo don Pedro Alcántara Diaz de Labandero, refiriéndose á los actos de verdadero vandalismo, de que hay testimonios á centenares, según el historiador Pirala, en el campo carlista.

«Estoy persuadido, decía el mismo presidente en otra carta á don José Villavicencio, y refiriéndose á la incursión hecha á la ribera del Jucar, estoy persuadido no se invertirán bien estos caudales, que bien invertidos habría para pagar el ejército y comprar fusiles.»

«La Junta estaba sin un real, porque todos los jefes se creían autorizados á hacer pedidos y exacciones, y en cuanto sabia que cualquier administrador había recaudado algo, se lo exigía con cualquier pretexto, y si no entregaba la cantidad pedida, se le reducía á prisión.»

«Si con mano fuerte no se obliga á cada uno á que cumpla con su deber, nunca habrá órden» añadía el referido presidente, conde de Cirat.

Todos estos eran clamores en desierto, porque el vil

Cabrera, no sólo consentía estas dilapidaciones, sino que desterraba á los miembros de la Junta carlista que se permitían censurarlas; y don Carlos, á quien acudió la Junta presentando su dimisión, contestaba que siguieran en sus puestos sin parar mientes en lo que sucedía, porque «el estado de guerra *es el desorden*, y que eran menos graves los males que denunciaban, aun siendo insoportables, *que los bienes que producía al ejército.*»

Mejor idea de la guerra y de la administración no la hubiese tenido Jaime el Barbudo. Póngase á esos caballeros donde haya y se comen hasta los clavos. Posesionados del ministerio de Hacienda ó del de Fomento, pronto sería necesario poner en sus muros, albergadores de tantos y tan insignes ladrones:

Con estos no hay competencia.

«Si Llagostera, como es público, se apropia los ganados que coge en sus escursiones y los vende á las enemigos de Tortosa, ó á los amigos de Cataluña; si los granos destinados al sostenimiento del ejército llevan el mismo camino, ¿qué confianza ha de merecer á los pueblos?

Si éstos ven que las productivas incursiones á pais enemigo no los alivia del preciso suministro del ejército y que se oscurecen sin saber su inversión, ¿qué concepto formarán de los jefes?

Si Aragón ve que se le *saquea* sin necesidad, ¿no se entibiará su heroismo? Si ve á sus fuerzas desatendidas y como abandonadas, ¿cómo ha de engrosar el número?

«...El brigadier don José Lespinasse ha dejado nombre en Aragón por sus exacciones escandalosas...

«...Don Lorenzo Cala y Valcarcel, autoridad eclesiástica, desatendió del todo las obligaciones y deberes de su calidad. No habrá pueblo en Aragón donde no haya documentos y antecedentes bastantes para hacerle cargos graves.

...El imponía contribuciones, él las recaudaba con estudiada confusión que convenía á sus miras y que le han dejado algunos descubiertos y un DESCRÉDITO que no puede borrar.»

«Don Ramón Ocagallán goza por su conducta é impureza en los gobiernos de Cantavieja y Morella un concepto sumamente perjudicial á la causa. Se dice que están aun por devolver á los pueblos las alhajas, muebles y efectos que pidió para el alojamiento de S. M. en Cantavieja. En las obras, en el suministro, y en una contribución escandalosa de bagajes hay tales sospechas de su impureza, que le presentan MUY CRIMINAL.»

—

De una carta de Samsó, caracterizado carlista, á Mr. Julio Colinot, entresacamos lo siguiente:

«...No puedo prescindir al poner en conocimiento de usted el mal comportamiento de las tropas navarras en este Principado (la carta está fechada en un pueblo de Cataluña), que el desgraciado estado á que nos hallamos reducidos, es capaz por sí, y sin otras derrotas, de aniquilar á los defensores de la legitimidad en Cataluña. *Robos continuos*, *vejaciones crueles* y *tropelias inauditas*; esto y algo más, amigo, es lo que están causando en todo el suelo que pisan.»

Por aquí se puede formar idea de las suaves formas y procedimientos que emplearían los agentes de don Carlos para recaudar impuestos. Ni los que con el trabuco á la cara decían en otros tiempos: ¡la bolsa ó la vida!

—

Véase ahora una muestra de cómo se aplicaban los recursos del erario:

«La desnudez y miseria en que tiene el señor Guergué á los navarros, es otro motivo de descontento, siendo así que las muchas cantidades que ha percibido y las considerables exacciones de multas y contribuciones, deberían al parecer acallar los compasivos

clamores de tantos oficiales y tropa que no perciben un cuarto para su manutención, ni pueden lograr un vestido con que cubrir su miseria. Todo esto es público.»

—

Ya hemos hablado del famoso don Basilio. La desfachatez de este sujeto, ladrón de los más atrevidos y desvergonzados, llegó hasta entrar en los pueblos ostentando las alhajas de particulares y de los templos que tan devotamente había visitado en sus correrías.

Pues bien; don Carlos le levantó la prohibición de presentarse en su cuartel general, gracias al regalo de un excelente caballo tordo para que lo montase la princesa de Beira.

«Sobre esta gracia—dice textualmente Maroto,—nos abstenemos de comentarios, en atención á lo infinito que hemos repetido que sólo cierta clase de hombres, y no los militares probos y pundonorosos, eran considerados y atendidos por el príncipe, que esperaba de ellos la victoria sin reflexionar en las impuras y sacrílegas manos de que vendría.

El cuartel de don Carlos era el asilo impune de los delincuentes.»

Ya lo oís, jefes y oficiales del ejército, con quienes los carlistas de hoy pretenden contar:. os darán por compañeros á los criminales de la más baja ralea, si es que no os ponen bajo sus inmediatas órdenes.

LADRONES, COCHINOS, CARIBES

—

Párrafos de una comunicación de don Gaspar Diaz Labandero, intendente carlista, al general Urbiztondo:

«Berga, 31 de Julio de 1837. Armese usted de paciencia, querido general. Por el contenido de su muy

apreciable del 29 del actual, y la conducta observada posteriormente por LOS VANDALOS con quienes por precisión tiene usted que operar, me convenzo etc...»

«Nada sirve dictar providencias para que la recaudación se haga conforme á instrucciones vigentes y que los fondos todos entren en una tesorería para su distribución justa y arreglada, pues los *jefes principales* continuan en sus rancias é inalterables costumbres, AGARRANDO CUANTO se les pone por delante....»

«Le aseguro á usted, mi querido don Antonio, que cada dia *estoy más escandalizado y aturdido del modo* TAN COCHINO DE ROBAR QUE TIENEN ESTOS CARIBES.»

Así, clarito. Hay que convenir en que, para llamar las cosas por su nombre, no hay nadie como los hombres honrados que por equivocación se han visto entre los carlistas. Y es que nada hay tan sincero como la indignación que estalla en los pechos honrados.

INMORALIDADES SOBRE INMORALIDADES

—

El cabecilla Torres decía al ministro de la Guerra de don Carlos en Noviembre de 1835:

«No puedo dar una completa idea á V. E. del mal estado de los pueblos en el tiempo que alguno de estos jefes ocupaba alguno de ellos, porque el desorden y la confusión eran los puntos de mira de todos los que tenían las armas en la mano, y resultaban contínuas molestias, vejaciones é insultos, que seguidos del *robo y de la rapiña,* sembraban la miseria en el país.»

Hay que fijarse bien en la fecha en que esto se decía, para comprender que la guerra representó desde sus comienzos el saqueo y el latrocinio.

—

Encausado el cabecilla Sobrevias por los suyos, se llevó á la sumaria una carta del mismo dirigida al

comandante Grau, pidiéndole *quinientas* onzas de oro para librarle de las muchas acusaciones que sobre él pesaban, fundando la seguridad de conseguirlo en la escasez de dinero que experimentaba el comandante general del campo carlista.

De modo que, según Sobrevias, el estado mayor del ejército carlista en Cataluña era una cuadrilla de salteadores.

Visto y conformes.

—

En una alocución que Maroto dirigió á sus soldados el 3 de Marzo de 1839, después de vindicarse ante don Carlos de las acusaciones contra él formuladas por la camarilla teocrática, se lee:

«...funcionarios detestables que nos iban conduciendo al estado más calamitoso, *en cambio de arrancar de estos fieles habitantes hasta el alimento preciso á sus personas y familias*».....

...«conducidos por un partido de traición que sólo aspiraba á *formar y engrosar peculios* á costa de millares de personas que en toda Europa juegan su suerte en el triunfo de la legitimidad, en el entretanto que nuevos impuestos, mayores sacrificios y mas *oscura y desconocida distribución de ellos* redoblan nuestros trabajos y positiva escasez.»

—

Todo se volvían arbitrios entre los carlistas para mejorar su Hacienda, pero, naturalmente, todos resultaban ineficaces. Como cada cabecílla era recaudador y tesorero, no había modo de que el erario de don Carlos tuviese nunca una peseta. Y era inutil que alguien intentase el remedio, porque sobre no lograrlo, sólo conseguía malquistarse con los suyos y perder la gracia del amo.

Así sucedió á la Diputación de Durango, que habiendo acudido en queja al titulado ministro de Hacienda por exceso cometido en el armamento en corso de cuatro lanchas, talas de monte, presas, sumi-

nistros etc., se le contestó de órden de don Carlos *que evitara acriminar la conducta de los que servian con lealtad.*

De esa manera corregía el Pretendiente las depredaciones y rapiñas de sus afectos, y asi se explica que fracasara cien veces en sus proyectos de hacer empréstitos. ¿Quién habia de tener confianza en un tipo asi?

A todos los crímenes y tropelias enumeradas, llamaba Arias Teijeiro, consejero de don Carlos, *efecto inevitable del sistema de guerra que tantos bienes produce.*»

¡Canalla! ¿Y las víctimas inocentes de ese inícuo sistema de guerra?

LOS CARLISTAS Y ROMA

La Hacienda carlista tenía ingresos respetables; sólo la Aduana de Irún, según acusan datos oficiales, les proporcionaba muy cerca de ocho millones mensuales; júzguese por este solo capítulo á lo que ascenderían los ingresos por todos los demás conceptos y recursos más ó menos autorizados por el estado de guerra. No obstante, la penuria era grande, porque la corte y los administradores se lo comían todo.

Y Roma además. Los mismos carlistas se quejaron más de una vez de que la curia romana, á pesar de su amistad y de saber los apuros del carlismo, no expedía indulgencia ni bula que no se pagase. Casi todos los meses se enviaban religiosamente gruesas sumas en pago de las preces de S. S. y á costa de inmensas privaciones de los que llamaba sus predilectos hijos y únicos defensores de la religión.

¡Pobre España, saqueada por los bandidos de dentro y por los de fuera!

LADRONES, PERO MAL AVENIDOS

No hay medio de que los carlistas se hayan entendido nunca como no sea en los momentos de entregarse á sus habituales y santas ocupaciones de robar, incendiar y asesinar: en cuanto pasan tales momentos, vuelven á hacerse la guerra.

Hay ejemplos á millares.

En Marzo de 1838 se fraguó en Estella una conspiración contra el ministro universal de don Carlos, Arias Teijeiro. Sospechando éste algo, convidó un día á comer al obispo de León, el que, embriagado, se lo descubrió todo.

Frustrado el plan, Teijeiro procuró vengarse en sus enemigos. «El dador-escribía á un comandante desde Villafranca, hablándole de uno de ellos, es un castorico de mi país á su modo; es el comandante de partida llamado el Evangelista, porque está ordenado de evangelio; pero sabe hacer *coronas más que de misa* á la CANALLA.»

Lo cual equivalía á decir: «Suprímale usted la respiración cuanto antes.»

¡Y que no comprendían pronto tales indirectas aquellos facinerosos!

CRIMINALES SUPERSTICIOSOS

Eran ambas cosas: verdad es que casi siempre marchan unidas.

El zopenco Guergué sostuvo la conveniencia de abandonar á Peñacerrada, y el ministro Teijeiro ordenó lo contrario por consejo de algunos eclesiásticos, que opinaban debía esperarse á Espartero en la

seguridad de derrotarle, porque así se lo había asegurado por carta á don Carlos, *una monja que lo había sabido por revelación divina.*

Y efectivamente, Espartero los reventó á su sabor en Peñacerrada.

Parece mentira que gentes tan estultas encontrasen hombres que se jugasen la cabeza por defender lo que les decían. Cierto es que, tan miserables como hipócritas, solamente á título de fanáticos podían tener alguna influencia.

Llegaban en esto de la hipocresía al colmo de la estupidez.

Porque Urbiztondo acuarteló un batallón de catalanes en un convento, el obispo de Mondoñedo, vicario castrense del ejército carlista de Cataluña, le tachó de irreverente, recordándole que el mismo don Carlos se había negado á tomar el metal de la cañonería de los órganos de una iglesia para hacer balas en ocasión en que eran absolutamente indispensables.

—*Pues si yo hubiera sido don Carlos*,—contestó Urbiztondo con energía—*habría cogido el metal de todos los templos; y hasta hubiera descalzado á Su Santidad, aunque se opusiera, si sus sandalias fueran de plomo..*

Esto hizo que la tomaran con él los apostólicos, y que le hicieran una guerra infame; es decir, la que ellos hacían siempre, la única que sabían hacer.

No obstante, ellos eran los que dominaban; y mientras más facinerosos y perdidos, mucho más.

Otro dato en comprobación.

VILLANO, PÉRFIDO Y CURA

Escusamos decir que después del fusilamiento de aquellos ladrones y asesinos en Estella, los teocráticos no podían ver á Maroto, y que éste les correspon-

día. No obstante, á poco de ser nombrados don Basilio García primer jefe del ejército de Navarra y don Juan Echevarría segundo, recibió éste una carta afectuosa de Maroto (23 Agosto del 39) lamentándose de que él fuese el autor del golpe mortal dado al carlismo con la división en el ejército, instándole á que desistiese de su mal propósito, é invitándole á celebrar con él una conferencia.

El cura le contestó con esta mansedumbre:

«Sr. D. Rafael Maroto.

Quien da el golpe mortal á la causa del rey, á la religión y á las provincias es usted, el *traidor*, el *asesino*, el enemigo declarado del uno y de los otros. Hablen por nosotros los sucesos. ¿Quién obligó al rey con el puñal á la garganta á firmar el contra-decreto? ¿Quién ha vendido y entregado á Ramales, Guardamino, Valmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? (La evacuación de la mayor parte de estos puntos fué acordada en consejo de generales). ¿Quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del rey y de su causa?

Jamás me uniré con traidores y asesinos como usted. Con menos tropas y recursos hemos podido siempre contrarrestar al enemigo é impedirle que invada el pais: ahora ha atravesado en triunfo parajes en donde hasta el último debieron haber perecido. Pero ¿qué extraño es esto, siendo público y notorio hace ya largo tiempo, que está usted vendido á Espartero?

Pero no crea el traidor Maroto que los batallones 5.° y 12.° sean los últimos que levanten el grito de ¡viva el rey! ¡muera Maroto! No; este ejemplo será seguido por todos los verdaderos realistas, y en especial por todos los denodados navarros: sus obras lo demostrarán asi.

Me admiro que un impío se atreva á hablar de religión, cuando todos los actos de su conducta prueban que es su mayor enemigo.

Pero yo, mis mayores amigos, y todos los oficiales y soldados, estamos penetrados de la obligación que nos impone nuestra conciencia de defender hasta el último suspiro al rey y á la religión, y no consentir nunca una humillante transación con los principios que nos propusimos defender, y confiamos en que el pueblo apoyará nuestros votos y deseos.—Es de usted seguro servidor, *Juan Echevarría*.—Santesteban 26 de Agosto de 1839.»

Maroto, ni corto ni perezoso, imitó el lenguaje del eclesiástico, diciéndole:

«Azpeitia 27 á las doce y media de la noche: Tomaré la pluma por la última vez de mi vida para contestar á las infames calumnias de un *mal sacerdote*.

Los castigos que ordené en Estella, usted mismo, señor don Juan Echevarría, es uno de los responsables ante Dios, como que los provocó con sus consejos contra mí, de acuerdo con Teijeiro. Si hubiera detenídome dos días más, hubiera sido asesinado.»

«*El infame, villano y asesino podrá usted y todos sus colegas serlo,* como en efecto *lo son,* por los varios que han perecido *bajo el puñal que ustedes han comprado.*»

«La causa se pierde, y ustedes son los que la pierden por su *villanía y perfidia*; y, en cuanto á religión, *un cura constantemente amancebado, hasta con dos hermanas*; *un cura que, después de haber tenido hijos de una mujer, la hace casar con su hermano*; *un cura jugador, bebedor y mal hablado*, y que se presta al santo sacrificio de la misa, no entiendo *pueda tener más religión de la que conocerá mi perro.*»

»El pueblo, en general, le detesta á usted y á todos sus colegas; y si no hubiese sido por la voluntad general y convencimiento de las maldades de los castigados en Estella, todo el mundo conocerá que me habría sido imposible proceder como lo hice. La cau-

sa que se formó está impresa; pero quisiera sepultarla, *por no publicar los descubrimientos que se hacen*; y tengan ustedes entendido que día llegará en que presente las contestaciones que merecen los infames folletos de Lamas, Pardo y Serradilla, y se arrepentirán de haber hablado: aunque el *hombre villano y sin vergüenza*, jamás se avergüenza por nada.

Basta por ahora, señor don Juan, que *ya nos veremos algún día*.—Servidor, q. b. s. m., *Rafael Maroto*.»

Queda bien retratado el presbítero á quien don Carlos colmaba de honores y cargos: *villano*, *pérfido*, *jugador*, *bebedor*, *mal hablado*, pirrándose por las *hijas de Eva* en estado de disolución...

¡Excelente presbítero! Mucho lo protegió el Carlos V, pero si llega á vivir en los tiempos del VII, lo nombra Papa, después de parodiar con él al salir ambos borrachos de una de las casas que frecuentaba, esta redondilla:

—De dos sinvergüenzas sé,
por más que la envidia ladre.
El uno es usté, compadre.
—Compadre, el otro es usté.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 27

La corte de Carlos V.—El burro de don Carlos.—Devoción y bellaquería.—El reinado de los brutos.—Cupido y Belona.—De cada casa el peor.—Todos Caines.—Fieras que se destrozan.—El ejemplo de arriba.—Opinión respetable.—Etiqueteria palaciega.—Maroto y don Carlos.—Lo que decían unos de otros.—Retrato de don Carlos por Maroto

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

En esto de los carlistas ocurre una cosa singular: se les permite hacer propaganda, crecer, organizarse; y cuando, por consecuencia de esto, hacen una manifestación cualquiera, unos se admiran, otros se extrañan y todos se indignan.

Se transije con ellos, se les halaga, se les elogia; por no molestarles hay periódicos en Madrid que no se atreven ni á anunciar en la Sección Bibliográfica los folletos *Los Crímenes del Carlismo*; y cuando, por efecto de todo esto ellos se envalentonan, vienen los aspavientos y los gritos y las amenazas.

Los restauradores han sembrado jesuítas, frailes, asociaciones religiosas, ¿y se sorprenden ahora de recojer carlistas? ¿Pues qué pensaban recojer? La semilla que se arroja á la tierra, dará más ó menos, pero produce otra semilla exactamente igual.

Lo que me extraña también es que se admiren de que los curas reconocidamente carlistas se exhiban, y no se fijen en esto otro, también grave, y que es público y notorio.

En todos los pueblos de alguna importancia, y en particular en las capitales de provincia, hay ya, como en la pasada guerra, *Juntas*

carlistas que reclutan gentes y prestan toda clase de servicios á sus correligionarios.

Estas Juntas tienen tan bien organizado el personal, y tan minuciosamente previsto todo, que por medio de libros en que asientan los nombres de sus adeptos, saben su fortuna, edad, oficio y vecindad y hacen cumplir á cada uno la misión que tiene encomendada. El que es rico da su dinero para los enganches, comprar armas y demás efectos de guerra; el que puede llevar las armas, se apresta á ello; y los que no, se dedican á divulgar noticias falsas sobre las guerras de Cuba y Filipinas.

Contra esos enemigos ocultos, laícos ó eclesiásticos, peor mil veces que los que se echen al campo mañana, hay que luchar desde luego y tomar medidas de rigor; que hora es ya de que se vigile, se comprueben las complicidades y se castiguen.

Sería vergonzoso para todos consentir que al final del siglo XIX se entronizase en España el absolutismo teocrático, y más que vergonzoso denigrante para los liberales el que un aventurero, que para mayor ignominia no es español siquiera, pusiera su planta sobre las tumbas de nuestros padres.

Somos partidarios de la libertad, mas no para los lobos; éstos deben cazarse en todas partes y á toda hora; y como los carlistas son lobos, y más carniceros que los que, cuando ellos no los recorren, vagan por los montes, de aquí que debamos desde luego exterminarlos, y no aguardar á que se arrojen sobre el rebaño y lo destrocen.

Y no se nos hable de derechos de los partidos políticos: el carlismo no es un partido político, puesto que tiene por principio el robo, el asesinato y el incendio; es una cuadrilla de bandoleros. Podrá haber entre sus partidarios algunos que individualmente no merezcan ese calificativo; pero en conjunto á todos les cuadra, todos lo merecen. Los que en la guerra pasada callaron ante la crapulosa vida de su rey, los asesinatos cometidos por Savalls, Santa Cruz, Goiriena, Rosa Samaniego, Jergón y cien carlistas de esta estofa, merecieron por cobardes lo que éstos por criminales.

Podrá, repetimos, haber carlistas honrados; el carlismo no lo es.

LA CORTE DE CARLOS V

Carlos V, como más tarde Carlos VII, era de una estulticia maravillosa; así es que se creía predestinado por el cielo y que todos estaban obligados á servirle.

Distinguía con su predilección á los obispos y eclesiásticos y á los que le adulaban y exaltaban sus descarriados sentimientos religiosos. Estas gentes, que querían pronto vivir bien y descansadas, atribuían á torpeza de los jefes el no conseguir el triunfo definitivo, y procuraban ponerlos mal con don Carlos, á Zumalacárregui especialmente. Comenzaron por decirle al imbécil devoto que no debía sufrir los arranques y genialidades del que llamaban por burla *Tomás 1.°*

Cuando capituló con los sitiados de Villafranca, le hicieron entender al Carlos que había invadido las atribuciones del poder real, logrando que le dirigiera una orden lamentando el que *no los hubiese fusilado*. Zumalacárregui presentó la dimisión de su cargo y don Carlos tuvo que suplicarle mucho para que la retirase.

El general no transigía con la gentuza de la corte, y así se lo repitió á don Carlos en todos los tonos, anunciándole que si no la echaba lejos él lo haría, como efectivamente lo hizo, liándose á sablazos de plano con varios consultores de aquellos delante del mismo don Carlos, que, asombrado, le dijo: ¡*Jesús, Tomás*! ¡*Qué cosas tienes*!

Admiramos este arranque de Zumalacárregui, y lo

consignamos, porque él da la prueba plena del respeto y la consideración que merecía á los suyos aquel estúpido rey de mojiganga.

Por estas y otras genialidades, don Carlos y su corte odiaban á Zumalacárregui, transigiendo con él únicamente porque lo necesitaban. Cuando murió por resultado de la herida que recibió en el sitio de Bilbao, á pesar de que la pérdida para el carlismo fué inmensa, irreparable, don Carlos se contentó con decir: ¡*Son cosas que Dios hace*! descubriendo tras aquella conformidad religiosa cierta satisfacción, de la que participaron sus miserables cortesanos.

Por su parte Zumalacárregui murió convencido de que servía á una causa personificada en un animal incapaz de hacer el bien del pais, y menos rodeado de aquella gavilla de perdidos, zánganos de colmena, como alguien los llamó.

EL BURRO DE DON CARLOS

La seriedad de aquella corte bufa se revela en el hecho siguiente:

El Pretendiente hubiera caido en poder de Rodil en Alsasua, á no ser por Juan Bautista Esain, quien, conocedor del país y de los proyectos de los liberales, logró ponerle en salvo.

Dias después (24 de Septiembre), don Carlos tuvo que salir huyendo de Beruete y al día siguiente de Ezcurra. Acompañado de Eraso, el barón de los Valles, el cura Echevarría, Esain y hasta dieciocho de la servidumbre, buscaron asilo en los montes de Igoa y Saldias, apoyándose don Carlos en Esain, hasta que le fué imposible continuar. Mas como á poca distancia se distinguían las fogatas del campo cristino, Esain cargó á cuestas con don Carlos, quien exclamó marchando caballero sobre su forzudo súbdito:—¡*Ah*!

¡Dios mio, para mi habian de ser todos estos trabajos!

No entendió Esain estas palabras, pero comprendiendo que don Carlos se lamentaba, le dijo:—*Tú, rey, no tengas miedo, que yo te salvaré.* Y lo cumplió, llevándole á los altos de Larrainza, donde don Carlos pudo continuar á caballo, en un caballo verdadero.

Esta aventura le valió á Esain el apodo de *burro de don Carlos*; cuyo don Carlos no se acordó de recompensarle hasta dos años después, que le concedió nobleza para él y sus hijos y descendientes, 20 reales diarios para él y sus hijos, y el derecho á llevar al pecho pendiente de una cinta con los colores nacionales una medalla de oro con el busto de don Carlos en el anverso y en el reverso un geroglífico alusivo al hecho que motivaba la gracia y que debía constituir las armas acordadas á su nobleza.

«La causa de esta gracia demostraba fidelidad, dice un historiador, pero parece demasiado recompensar con una nobleza el haber servido de burro á don Carlos.»

Sí; el hecho demuestra fidelidad, pero más aún músculos y pulmones. Muchos fieles no hubieran podido demostrar que lo eran á esa moda, por falta de resistencia; no todos los animales sirven para burros.

Bien mirado, lo que más hay que admirar en ese hecho, no es el que un jayan como Esaín cargara á cuestas con don Carlos, ni que éste lo hiciera noble por haber cabalgado sobre él; lo que hay que admirar es la estupidez del abuelo del *Chapa,* al decir: *¡Dios mio, para mi habian de ser todos estos trabajos!* yendo sobre el otro, y exponiéndose á que su cabalgadura le dijera aquello de: *¿á caballo y gruñes?*

DEVOCION Y BELLAQUERIA

—

Para que todo resultase allí anómalo, perjudicial

y ridículo, acompañaba á aquella corte una numerosa guardia de infantería y caballería; un destacamento de guardias de Corps para custodiar el estandarte de la generalísima, la Virgen de los Dolores, y bandas numerosas de músicos, y libreas costosas con arreglo á diferentes figurines, y pompa y ostentación, *todo para prestar solemnidad á las funciones religiosas*, en una de las cuales dijo un predicador: «Que el ángel exterminador había bajado del cielo para cortar cabezas masónicas, y que la generalísima Virgen de los Dolores acabaría con los herejes liberales y llevaría á su rey al trono de España, para que, asistido del Dios de la justicia, acabase con los restos podridos de una sociedad perdida.»

Aun cuando la intención era excelente, la profecía no se cumplió; y esto nos permite suplicar hoy al pueblo español que acabe de esta vez con una causa que recluta sus masas entre los ignorantes y su estado mayor entre los pillos.

EL REINADO DE LOS BRUTOS

El general Guergué, que se conocía bien, decía á menudo á don Carlos: *Confíe V. M. en que los brutos le llevaremos á Madrid.*

Y el animal del obispo de León, Abarca, añadía: «Señor, la causa de V. M. es la de Dios: facciosamente quiere que se consiga la victoria. Es necesario que V. M. se desengañe: *ningún hombre que sepa leer y escribir, ni esos generales de carta y compás*, quieren el triunfo de V. M.»

El programa de esos dos tocayos de los de bellota, sigue siendo el del carlismo: ignorancia como medio y fanatismo como fin.

«Al lado de don Carlos, exclama un historiador, sólo alcanzaban favor los que más novenas y más oracio-

nes á los santos sabían hacer. Consejeros áulicos suyos eran, el cura Echevarría, vacío de estudios y muy mal intencionado; un simple empleado de la secretaría de la Guerra, llamado Sanz; el antiguo barbero Gelos, que se hizo á sí propio cirujano; el apodado el *Mantero*; Esaín, que se sentía orgulloso en oirse decir *burro de don Carlos*; y tal cual otro de parecida ralea.

Estos y algunos otros aun más insignificantes, constituían á principios del año 1837 la corte de don Carlos, numerosísima en cuanto á eclesiásticos y hombres civiles, algunos de ellos honrados con cargos tan ridículos como los de gobernador de Cadiz é intendente de la Casa de la Moneda de Sevilla.

Esta verdadera impedimenta, á la cual tan duramente tratara Zumalacarregui, disfrutaba de la confianza del Pretendiente á fuerza de halagar sus aficiones, puesto que daban realce á los besamanos y recepciones palatinas, que tanto menudeaban, y concurso á la práctica de las novenas, tan del gusto de don Carlos, que apenas si había santo en el almanaque á que no hiciera objeto de estas solemnidades.»

Novenas y latrocinios... Sermones y fusilamientos... Responsos é incendios... Esto es el carlismo.

Los vicios de que adolecía la corte de don Carlos están descritos de mano maestra por dos caracterizados carlistas, militar el uno y escritor el otro: don Miguel Gómez y don Manuel Lassala.

«Alrededor de don Carlos se agitaba una turba de partidarios que, lejos del peligro, se esforzaban por desacreditar á los que combatían con las armas en la mano; de jefes sin colocación que publicaban por todas partes la facilidad de levantar á toda España en favor del carlismo, y de cortesanos intrigantes y aduladores que sólo atendían á su medro.

«Don Carlos, que prestaba más crédito á éstos, importunaba de continuo á sus generales pidiéndoles

victorias imposibles, introduciendo entre ellos el descontento, la rivalidad y el odio de unos á otros.»

La mayoría del partido que gozaba las simpatías de don Carlos estaba formado, según Lassala, *por hombres violentos que miraban con odio á toda persona decente*. Esos hombres, tan descarnadamente retratados por su correligionario, eran los que pedían la *degollación de cinco millones de liberales*. Palabras del mismo escritor.

Esta ha sido siempre, y lo es aun, la tendencia de los que mangonean en el carlismo: combatir todo lo honrado y favorecer todo lo indigno.

CUPIDO Y BELONA

Habiéndose quedado viudo don Carlos, se sintió herido por las flechas del rapaz vendado, é hizo blanco de su pasión á doña Teresa, su cuñada.

Y mientras el cañón tronaba, y la bayoneta se enrojecía, y los fusiles exterminaban prisioneros, él se dedicaba á escribir cartas tiernas y apasionadas al dulce objeto de sus ansias, hasta que por fin se unió á ella en matrimonio.

A sus amados súbditos sentó mal el enlace; unos lo trataban de incestuoso; otros se lamentaban de que se empleara en festejos el dinero que tanta falta hacía para las atenciones de la guerra.

«Se formaron corrillos, escribe un historiador, y á voz en grito se decía:—*Esto faltaba á don Carlos para acabar de entontecerse*; y otros se preguntaban: *¿A qué viene este casamiento después de tantos rezos? ¿porqué no procura á su hijo más bien un enlace que nos proporcione auxilios?*»

Como se ve, los carlistas no guardaban á su rey más miramientos que se tenían entre sí. Es verdad que tampoco él lo merecía.

Únase á lo dicho que la corte se llenó de camaristas, que la Pretendiente gastaba grandes sumas en joyas y en adornos lujosos para sus habitaciones, que el bando intolerante cobró fuerza con su venida, y se comprenderá bien la mucha leña que llevó al fuego de la discordia el tal casamiento.

—

Ese mismo don Carlos, tan tolerante con los despilfarros de su corte de los Milagros, no tuvo reparo, cuando se puso al frente de la expedición con que quería llegar á la conquista de Madrid, en exponer á sus defensores á las privaciones y sufrimientos más crueles. Uno de los sitios en que acamparon cerca de Solsona, el barranco de la Hovera, fué bautizado con el nombre de *barranco del hambre*, á causa de la que en él sufrieron.

Esta conducta con sus defensores quizá obedeciera á que estaba de acuerdo con el redactor de la *Gaceta de Oñate*, que decía:

«*Mentir, jamás; pero ocultar la verdad es indispensable.*»

«*Es preciso mantener en ciertas ilusiones á los carlistas, si se ha de conservar su buen espíritu.*»

«*Los pueblos viven un siglo más retrasados que la corte, y es necesario no ilustrarlos en ciertos puntos, y más ahora que ha cundido un género de desaliento, que se debe desvanecer con noticias favorables de lueng as tierras, como lo hago con Cataluña y Valencia.*»

El carlismo, como repetidas veces hemos dicho, vive y ha vivido siempre de la farsa y de la mentira.

DE CADA CASA EL PEOR

—

La gente que rodeaba al Carlos V era, como la que después rodeó á su nieto el robador de Toisones, de lo peorcito que había entre sus partidarios.

Lassala hace el siguiente retrato de una de las personas que más apreciaba don Carlos: don José Mazarrasa:

«Tiene talento, pero talento venenoso; su carácter es solapado y malicioso, y su dura alma se encubre en una cara adusta é inclinada siempre al suelo y en unos ojos escondidos entre largas y pobladas cejas; insensible, y gozándose en el padecer de las personas y partidos de que era enemigo, sabía encubrir sus malos sentimientos con el velo de la justicia, ó con el celo de la religión y la fidelidad á su rey: era un contínuo tormento para los desgraciados acusados que gemían bajo su horrendo poder.»

Como puede colegirse, la mayoría de los que ahorcaban por criminales en aquellos benditos tiempos, era más honrada que el tal Mazarrasa.

¡Y si hubiera sido ese sólo! Pero no. La hipocresía y la crueldad eran las cualidades sobresalientes en los carlistas, y los que mejor las ejercitaban, los preferidos por su rey.

Dejemos la pluma á uno de los más valientes oficiales que tuvo el ejército de don Carlos:

«Hombre travieso—dice refiriéndose á don Cecilio Corpas—supo engañar y atraerse á una incauta persona que acompañaba á S. A... La palabra *transacción* fué arrojada á la ventura por Corpas, atrayendo persecuciones á los unos, venganzas á los otros.»

Si uno malo, otro peor. Esto hay que decir de los carlistas.

TODOS CAINES

¡Y cómo se odiaban los que pretendían someter á los españoles á un régimen fraternal!

Cuando comenzaron á hacerse ostensibles las divisiones en la Junta carlista de Cataluña, apareciendo

por un lado la facción llamada *universitaria* y por otro la *aristocrática* á que pertenecían los títulos, se enconó la lucha entre ellos en términos, que nada perdonaban unos á otros para destruirse, dando motivo á un historiador para decir, que «el triste espectáculo ofrecido por aquellos sectarios, demostraba que eran indignos de desempeñar cargo alguno.»

Con este cisma en la Junta casi vino á coincidir la explosión de otro cisma en lo eclesiástico, iniciado por varios presbíteros de Tortosa, afectos á Cabrera, en unión de algunos capitulares de aquella catedral y el obispo de Orihuela.

Reuniéronse todos en Morella, donde instalaron un cabildo, que obtuvo la aprobación de don Carlos y la del Papa Gregorio XVI.

Esto no obstante, el famoso cabildo fué excomulgado por el Vicario general de Segorbe, «dando por nulas, subrepticias é ilegítimas las bulas publicadas en los dominios carlistas, y llamando á sus eclesiásticos *impíos, enemigos de la pura y sacrosanta religión* y *profesores* de iniquidad y cismáticos,» á lo cual contestaba el arcediano carlista Sanz, «que las bulas publicadas por el gobierno cristino eran falsas, sin más objeto que hacer dinero y alucinar las almas sencillas.»

Y así siguieron disparándose unos á otros excomuniones y dicterios, sin saber los pobres creyentes en dónde estaba la verdadera religión; que hasta en esto no podían estar acordes los carlistas, y eso que constituyen su especialidad los asuntos eclesiásticos.

Lo más curioso del caso es que Cabrera, que quiso afirmar su dominio en el Maestrazgo con la creación de este poder teocrático, escribía poco después á Teijeiro: «Con claridad le digo que mientras existan el obispo de Orihuela y uno ó dos de su molde en la Junta, siempre iremos tropezando.»

Ni sombra de lealtad, ni de honor, ni de decencia se ve jamás entre los carlistas; al que hoy ensalzan,

mañana lo deprimen; al que ahora utilizan, luego lo arrinconan... ¡Casta de malvados!

FIERAS QUE SE DESTROZAN

Después de la expedición de don Carlos en 1837 y al establecer su cuartel general en Arciniega, reformó su ministerio en sentido absolutista, nombrando ministro de la Guerra al *exagerado* absolutista Arias Teijeiro, quien desterró á Guernica al general Villarreal, á Villaro á don Simón Latorre, prendió en Zúñiga á Zariategui y en Urquiola á don Joaquín Elío, encerró á Cabañas en el castillo de Guevara é hizo más dura la prisión á Eguía; es decir, persiguió á todos los que hubieran sido capaces de rehabilitar al carlismo con su valer y su conducta, si el carlismo hubiera sido susceptible de rehabilitación.

Y para que se conozca lo que era el corazón de los *absolutistas teocráticos* que dominaban al imbécil don Carlos, vaya un ejemplo:

Al ver aquellos asesinos con hábitos de cura ó con uniforme, que su plan inicuo de deshacerse de sus enemigos tropezaba con obstáculos, discurrieron simular una conspiración en el ejército con el pretexto de que se quería libertar á los prisioneros, á fin de amedrentar a don Carlos y conseguir que pasara por las armas á Elío y Zariategui. Valiéronse para la ejecución de este infernal amaño de un tal Urra, á quien ofrecieron protección y premios; pero habiendo abortado el plan, se apresuraron á prender y fusilar al Urra, sin formalidad ni pruebas, para que no descubriese el origen de la sublevación y la maldad de sus autores.

He aquí cómo se realizó la iniquidad:

Los derrotados en Peñacerrada se dividieron en

grupos, que se dedicaron á correr caminos y pueblos robando cuanto podían.

Algunos batallones navarros se sublevaron en la Solana, y entraron en Estella gritando: *¡Muera la Junta! ¡Mueran los ojalateros! ¡Abajo los castellanos*, y *vengan nuestras pagas!*; mataron á un escribano, tomándole por miembro de la Junta; apalearon á cuantos castellanos encontraron, sin respetar á los guardias custodios del estandarte de la Generalísima; dispararon numerosos balazos sobre las casas del obispo de León y de una prima de Zariategui, y entraron á saco en muchas otras, atropellando la misma de don Carlos, golpeando á su ayuda de cámara, José Sacanel, y faltando de palabra á don Sebastián.

Asustado don Carlos se retiró á Abarzuza, mas allí presentáronse los insurrectos gritando que Zariategui y Elío eran inocentes é injusta la sentencia contra ellos fulminada.

Don Carlos se asomó á un balcón; los tumultuarios callaron, y al ver entre ellos al teniente coronel don Felipe Urra, le dijo:

—*Tú que tienes más graduación que todos los que están gritando, para mejor entenderos, sube y explícame lo que quieren esos soldados.*

Subió Urra; confesóle á don Carlos, según había convenido con la camarilla, haber declarado contra Zariategui y Elío fundado en las apariencias; pero sabiendo ya la verdad y que cuanto en ello había era un cúmulo de infamias, no quería ser cómplice de semejantes maniobras.

Arias Teijeiro y los generales Guergué, García, Sanz y Carmona reconvinieron á Urra por considerar sus palabras un tejido de calumnias; él creyó que lo hacían por disimular delante de don Carlos, pero pronto se desengañó, porque mandaron atarle, y sin formación de causa y sólo concediéndole media hora para confesarse, fué fusilado.

Muchos carlistas comprendieron que Urra había

sido víctima de los miserables que le habían encomendado tal papel, y que el asesinato se llevó á cabo por el temor de que pudiera descubrir aquel tegido de trapacerías é infamias.

El odio que los privados de don Carlos profesaban á los generales que llamaban castellanos, arrastró al cura Echevarría á formar el horrendo plan de irse deshaciendo de ellos por medio de una partida de asesinos, que dieron principio por el brigadier don José Cabañas.

«Las víctimas de esta conspiración, dice un general carlista, se habrían multiplicado espantosamente, según las listas que al efecto habían formado, sin la proteccion de la Providencia.»

Esta protección de la Providencia sufría sus eclipses, y entonces caía alguno que otro, como le ocurrió á Cabañas.

EL EJEMPLO DE ARRIBA

¿Pero qué habían de ser los carlistas en punto á caballerosidad y nobleza, si don Carlos, su rey, se portaba como un rufian y un traidor?

Al hacerse públicas las desavenencias entre él y Maroto, acordaron los jefes de las facciones de Guipúzcoa no recibir á don Carlos ni á nadie de su comitiva en el territorio donde ellos dominaban. Entonces ideó un plan digno de cualquier foragido.

Véase cómo lo refiere el mismo Maroto:

«Cuando en Villarreal de Zumárraga me hallé con el príncipe, ya no pude dudar de que se maquinaba contra mí. Preguntóme don Carlos adonde iba, y respondiéndole que á la frontera á castigar á los culpados, me previno que suspendiese la marcha y le siguiese, pues tenía que hablarme. Manifestó el mayor interés por saber dónde estaban los batallones

que me acompañaban, dirigiéndose al saberlo con gran prisa á un pueblo distante del sitio que aquellos ocupaban.

«Don Carlos iba acompañado de toda su escolta, compuesta de hombres furibundos, cuyos semblantes no podían ocultar las siniestras intenciones que llevaban contra la víctima que poco á poco intentaban separar de sus adictos; pero guiándome por un impulso de mi corazón, dije de ropente al príncipe que inmediatamente volvería á su lado, pues tenía antes que dar órdenes á los batallones que permanecían formados para seguir la marcha: volví grupa á mi caballo y salí de entre los que tan cándidamente me creían engañado.

«Sorprendióse don Carlos y los de su escolta de tan repentina resolución, que me libró realmente de una catástrofe, cuyo pensamiento tenían y le vi confirmado cuando echaron mano de sus espadas é hicieron ademán de dirigirse á mi alcance. Iba yo sólo con mi ayudante y hubiera cometido el último desacierto de mi vida siguiendo á don Carlos, que se había propuesto alejarme de mi división, mandarme prender por su escolta y fusilarme infaliblemente en el acto.

«Lo sabía por uno de los mismos que acompañaban al príncipe y asistió al consejo que sobre dichos particulares se había celebrado.

«¡Oh, y cuántas veces se halla uno en la triste necesidad de tener que ahogar en su pecho las más caras afecciones, por el temor de verse vendido por quien júzgase como amigo! El mismo príncipe—y se exalta uno al decirlo—podía contarse en el número de estos seres desgraciados. Este señor que plenamente me autorizaba para castigar la rebelión de Echevarría, alimentaba al propio tiempo la causa de éste: corro á cumplir mi deber y me lo impide, contrariando sus propias órdenes; me manda seguirle... ¿y para qué?

«Horror causa el repetirlo, é indignación de que tanta sangre se vertiera por un hombre que abrigaba en su pecho pensamientos tan poco dignos... ¿Dónde podría yo hallar la dignidad real que debía respetarse en el campo carlista?... Don Carlos, descendiendo de su alta dignidad, me buscó asechanzas y se puso al nivel de mezquinas y miserables pasiones... ¿Qué podrá decirse del príncipe que, no sólo no admite la renuncia de su general, sino que le persuade, le ruega y aún le adula para que no se retire de su servicio, cuando abrigaba las más siniestras intenciones contra el mismo servidor?»

¡Don Carlos cómplice de asesinos y aspirante á una plaza en tan honrada cuadrilla para deshacerse de un general que había pasado desde el ejército á su campo! ¡Qué honra para sus partidarios!

Aunque; ¿por qué no habían de tomarlo á honra? ¿Acaso no son esas las únicas acciones meritorias entre los defensores de la bandera de *Dios, patria y rey*?

OPINION RESPETABLE

Lo es esta de un carlista, el escritor don Manuel Lassala, sobre don Carlos, sus cortesanos, y la manera que tenían de tratar á las personas decentes:

«Pocas situaciones habrá en la vida tan amargas como la de muchos desgraciados que habiendo abandonado voluntariamente sus bienes, sus comodidades, sus familias, sus empleos, sus acreditadas reputaciones, sus esperanzas, y su tranquilidad por servir á don Carlos, sufrían de él en pago prisiones, destierros y una persecución cruel, sin haberle faltado ni aun de intención.»

...«*Los carlistas de buena fe y de razón se horrorizaron al conocer al hombre á quien servían...*»

«...Inutilmente se pedía justicia, pues ninguna resolución se alcanzaba, ni tampoco había dónde reclamarla... y el que conseguía llegar hasta don Carlos *sólo recibía el amargo y fatal desengaño de la más completa indiferencia.*»

«...En el real le hicieron sufrir á don Sebastián las humillaciones más irritantes, y ni una sola vez atendió su tío á que por él había abandonado su rango (de infante de España) y sus riquezas.»

«...Desde Enero á Marzo se enviaron á nuevas expediciones á los sufridos catorce batallones castellanos, que á las órdenes de los ineptos García, don Basilio, Merino y el conde de Negrí fueron sacrificados, haciendo marchar con ellos, á pie unos y mal montados otros, á la mayor parte de los oficiales castellanos *que se quiso así inmolar*. Esta era la suerte de los defensores de don Carlos»...

Eso ha sido lo que el ejército ha podido esperar del carlismo. Buena prueba de que sólo lo ha considerado siempre como instrumento, es lo siguiente:

Al encargarse Arias Teijeiro en 1839 del ministerio de Gracia y Justicia carlista, ordenó á todos los curas sobre quienes ejercía autoridad que vigilaran la conducta de los oficiales y jefes del ejército, y que de ella dieran cuenta reservadamente cada quince días, debiendo sus informes ser extensivos á si oían misa, confesaban, comulgaban, ayunaban y cumplían sus deberes morales. La mayor parte hicieron poco caso de esas órdenes, más no por eso aquel espionaje dejó de producir hondos disturbios y acusaciones injustas y caprichosas.

Así honraban aquellos miserables á los militares que todo lo habían sacrificado por defender su causa; lo mismo exactamente que después hicieron los que rodeaban al nieto del Carlos María Isidro. ¡Desgraciado del hombre decente que por error se encuentre entre carlistas!

ETIQUETERÍA PALACIEGA

Eso sí; lo que tenía de debil y mamarracho el don Carlos, lo tenía de ridículo y etiquetero.

Cuando Maroto fué llamado por él después de su retirada de Cataluña, aunque no se fiaba mucho de los apostólicos, por lealtad, y burlando la vigilancia de la policía francesa, salió de Burdeos, y atravesando la frontera disfrazado y caminando á pie más de veinte leguas por terrenos escabrosos y accidentados, llegó á la Corte.

Sin más ropa que el destrozado disfraz con que se ocultara, presentóse al rey, quien al verle llegar de aquella manera, exclamó entre sorprendido y enojado:

—*Si no te esperara, no te hubiera conocido; ¡qué feo vienes!*

—*Estos miserables arreos*, contestó Maroto con orgullo, *son los adornos que sientan mejor á los servidores de V M.*

—*Nada, hombre*, continuó el Pretendiente, *vete á descansar, que por lo visto lo necesitas, y ven después á besarme la mano con traje más decoroso.*

Hay que repetirlo constantemente. ¡Cuánto no sufririan al conocer su error y el tipo á quien servían los militares de valer que se pasaron al carlismo! Los carlistas acusan á Maroto por haber hecho el convenio de Vergara; nosotros, por haber tardado tanto en hacerlo, convencido como estaba de que aquel estúpido que representaba la tradicción, no merecía que se derramase por él una sola gota de sangre.

MAROTO Y DON CARLOS

Para dar idea exacta del carácter del primer Pretendiente y de la situación de la corte, nada como las cuestiones entre Maroto y la camarilla teocrática.

Deseando el general desvanecer sus intrigas, se presentó con su ejército á don Carlos en Vergara, previo permiso, y le dijo:

—Señor, creo que V. M. no querrá fusilarme.

—¡Hombre, no!; ¿por qué dices eso?

—Porque V. M. me pone en el caso de tener que mandar fusilar una ó dos docenas de personas, y en la precisión de tener luego que venir para que mande hacer lo mismo conmigo.

—No, no; sosiégate y ten confianza en mí como yo debo tenerla en ti.

A pesar de estas seguridades, Maroto tomó sus precauciones y ordenó la prisión del general don Pablo Sanz y de los oficiales de la secretaría de Guerra Ibañez y don Florencio Sanz, dirigiéndose á Estella, donde fueron igualmente presos los generales García y Guergué, el brigadier Carmona y el intendente Uriz, y fusilados en unión de los anteriores, sin permitirles la defensa.

Al dar cuenta á don Carlos de estas ejecuciones, escribía:

«La indiferencia con que V. M. ha escuchado mís clamores por el bien de su causa... me ha puesto en el duro caso etc. etc.»

Don Carlos le declaró «traidor por haber *abusado del modo más pérfido é indigno* de su confianza», mandando que se leyese á todas las tropas su decreto; pero las de Maroto aclamaron á éste y don Carlos quedó verdaderamente vencido.

Entonces, al saber que Maroto se dirigía á la corte, envió delegados que negociasen con él.

Resultado final; que don Carlos se declaró pública y oficialmente «*altamente sorprendido*, cuando con nuevos antecedentes y leales informes había visto y conocido que Maroto obró en la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tenía tan acreditados», aprobó las providencias adoptadas por Maroto y quiso que continuase como antes á la cabeza de su leal ejército.»

¡Qué hombre, qué carácter, qué rey y qué bacín! Si no hubiera existido su hermanito Fernando, habría sido el primer canalla, el primer cobarde y el primer miserable de su época.

Conociendo los enemigos de Maroto el carácter debil y voluble de don Carlos—y si no lo hubieran conocido, el hecho que acabamos de referir se lo hubiera dado á conocer—continuaron atacándole solapadamente.

En ocasión de tener concentradas sus fuerzas en Estella, le escribió Teijeiro haciéndole cargos por ello; y Maroto, despues de consultar con los jefes principales, le contestó lo siguiente:

«Una vez que V. E. es tan inteligente en el arte de la guerra y tan grande general como hombre de Estado, sería más conveniente tomase el mando del ejército y pusiese por sí mismo en ejecución sus profundos planes. Por lo demás, debo manifestar á V. E que cuando se dan al rey falsos informes y se le propone lo que es imposible y contrario á sus intereses y á los de la patria, se llama esto hacer traición al uno y á la otra.»

Aquel rey vencido y humillado, seguía, no obstante, llamando víctimas á los que, por complacer y dar satisfacción á Maroto, había desterrado.

Este, que sabía también por su parte á qué atenerse, aspiraba ya á expatriar á don Carlos y continuar la guerra en nombre de su hijo primogénito.

Pero la intriga venció al fin, y desalentado y des-

confiado ya de todo, negoció el tratado de paz que se ratificó con el abrazo de Vergara.

A pocos hombres le debe España más gratitud que á ese á quienes los carlistas execran.

Entre su patria y un imbécil con sus puntas y ribetes de miserable, optó por su patria. Lo criminal hubiera sido, sabiendo lo que era don Carlos, consentir por más tiempo en el derramamiento de sangre española.

LO QUE DECIAN UNOS DE OTROS

De aquel Moreno que consumó la hazaña de engañar á Torrijos para fusilarle, y que en el sitio de Bilbao hizo todo lo posible para desacreditar á Maroto, decía éste en una comunicación dirigida á don Carlos:

«No puedo continuar sirviendo á las órdenes del general Moreno sin comprometer mi honor.»

Sin embargo, éste era el general preferido por aquellos intrigantes cobardes; él, el miserable asesino de Torrijos y sus compañeros, el llamado por todo el mundo verdugo de Málaga infiriéndole grave ofensa al ejecutor de justicia; sí; este era el general á quien sostenía don Carlos á pesar de haberle dicho también Maroto en 10 de Septiembre de 1835 desde Durango:

«Cuando últimamente el general Moreno se fugó de Sevilla, fué temeroso de la persecución indispensable á que había dado lugar su comportamiento en la época de su mando en Málaga, siendo detestado por todos en general. Españoles liberales y realistas le miran con horror, y la causa del rey N. S. ganará muy poco con el mando de dicho general; esta verdad la demostrará el tiempo, si al presente no se siente ya.»

¡Y tanto como la demostró! Los mismos carlistas

acabaron con él. Sorprendido en Vera al retirarse á Francia después del convenio, un pelotón de carlistas intransigentes le hizo una descarga. Recogido del suelo, ya herido, dividiéronle literalmente en pedazos á la vista de su familia.

Así murió el infame asesino de Torrijos y sus compañeros, á manos de los intransigentes de su partido, él, que siempre formó con ellos.

En la cuestión surgida entre los generales Maroto y Balmaseda, decía éste hablando de los consejeros del Pretendiente, «que jamás sucumbiría á la *infame canalla* y sus diabólicos planes.»

Maroto, en cambio, decía de su compañero:

«Balmaseda nunca será otra cosa *que un bandolero.*»

«Yo sé, decía en otra exposición á don Carlos, que el capellán don Ramón Allo, el señor obispo de León, el intendente Uriz y otra docena de personas que son bien conocidas, *han hablado en los términos más injuriosos* para mí; pero estoy seguro que si V. M. supiese la conducta de este sacerdote, así como la de los demás que obran en combinación para calumniarme ó infamarme, desde luego *les prohibiría hasta la entrada* en su real palacio.»

¡Qué inocente era al expresarse así! Precisamente por ser como eran, encontraban aquellos bandoleros abrigo y protección en don Carlos.

En el manifiesto que dió Maroto en 3 de Marzo de 1839 calificó á Teijeiro, García y otros, de malvados y miserables, y los acusó de todo género de torpezas y de delitos.»

La idea que de sus jefes y de los cortesanos tenían los carlistas, la da á conocer Arízaga en sus *Memorias.* Conviene con Maroto en esto, á pesar de ser enemigo suyo y combatirle ferozmente.

«Las cabezas principales de la dislocación que se

experimenta, existen en el Cuartel Real; allí está la fuente venenosa de la cual salen los raudales que se comunican á las demás poblaciones y al ejército, y allí es donde se debe curar el cancer... Lo natural y procedente es marchar de madrugada para llegar á Oñate al mismo tiempo que el Cuartel Real y hacer un escarmiento.»

RETRATO DE DON CARLOS, POR MAROTO

—

«Don Carlos era un autómata, un cómodo instrumento de sus favoritos y consejeros.

No contempló á sus defensores sino como á otros tantos seres á quienes hacía singular honra y favor con su venida, que le debían todo. Fugitivo de monte en monte, causando para guardar su persona más torrentes de sangre que para conquistar el nuevo mundo, Zumalacárregui pudo decirle mil veces:

«Señor, yo no tengo otro plan de campaña que el de guardar la persona de V. M.; cuantos brazos están á mis órdenes sólo en esto tengo que emplearlos; hemos dicho que S. M. se halla al frente de sus leales vascos y navarros; pero, señor, en el centro de estas montañas es donde V. M. reside, y nosotros... si, nosotros estamos al frente de V. M. para recibir á sus enemigos.»

«Muchas faltas hay en toda política; pero tantas y tan irremediables como las que constantemente siguió el príncipe que aspiraba al trono de Carlos III, es imposible que puedan hallarse en los fastos históricos ni en los diplomáticos del mundo....»

«En medio de un ejército perfectamente disciplinado, vencedor en cien combates, y que en él idolatraba, estableció todo el mal ejemplo de una corte holgazana y vagamunda, una serie de favoritos á cuál más ineptos y ridículos, que lo adormecieron con

molicie en los montes. Yo fuí el último recurso en su causa, y aun así jamás se entregó en mis brazos abiertamente; me fué ingrato, me persiguió y calumnió á la faz del mundo entero.»

Por si algo falta á este retrato, lo completaremos con algunos párrafos de una carta escrita por un legitimista de Bayona al mismo Maroto, fechada en 5 de Agosto de 1839:

«Vigile usted el cuartel real, vigile usted los pasos del rey mismo; él es el conspirador en jefe; busca ocasión para escaparse á Navarra, ponerse al frente de las tropas y vengarse de usted. En este sentido escriben de su parte desde el Cuartel Real al obispo de León y al cura Echevarría.....»

«He sabido ahora de positivo el verdadero objeto del viaje del capuchino Lárraga á Roma. Fué á consultar con los jesuitas el medio más pronto y seguro de envenenar á usted, sin que se aperciba el público de la causa. Los jesuitas, como poseedores del secreto del veneno más activo que se conoce y con el que matan á los papas que no se ajustan á su política peculiar, le han proporcionado la cantidad suficiente, que ha remitido á Bayona, y de aquí se ha expedido á Tolosa y Azpeitia para hacer uso de él.»

«Guárdese usted de comer en platos, ni tomar chocolate en jícara, ni aún beber en vaso. El veneno no se lo suministrarán á usted con los alimentos; con las pastillas que ha enviado el capuchino Lárraga, le untarán la vajilla de loza ó cristal, y á las pocas veces perecerá usted sin remedio.»

«El rey está rodeado de consejeros malvados, y la reina de mujeres aventureras é intrigantes.»

¿Envenenadores también, y los jesuitas en el ajo? Convengamos en que, á imitación de don Juan Tenorio en amor, los carlistas han recorrido toda la escala del crimen.

Ahora nos explicamos lo que dijo un docto historiador, hablando del campo carlista:

«Allí no había política; las personas ilustradas *se avergonzaban* de defender ciertas ideas; todo era anómalo, y rechazando unas cosas ú otras, queríanse unir gastadas antiguallas con modernas necesidades.»

Y esto que dijo otro:

«Si hubiera algún desocupado que quisiese hacer la historia de los carlistas, pintada por los carlistas, resultarían en verdad un agregado de tunantes de la más baja ralea.»

Amén.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 28

CURAS REBELDES.—CINISMO DEL DE FLIX.—CRÍMENES Á GRANEL.—INCENDIOS, ROBOS Y ASESINATOS EN VICH.—IDEM EN MANRESA.—IDEM EN SARRIÁ.—ABANDONO DE TOLOSA.—ARISTOCRACÍA DE PILLOS.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Hay en España hombres que, llamándose liberales, hablan de la posibilidad del triunfo de don Carlos y comentan las palabras de éste, que dice querer inaugurar en España un *régimen de justicia.*

Esos hombres que así se expresan son las almas muertas, las almas corrompidas, los corazones petrificados, que no supieron latir á otro sentimiento que el del egoismo, que jamás sintieron el entusiasmo de los ideales generosos, y que desahuciada su ambición por la monarquía imperante, sueñan en la posibilidad del carlismo, al que ofrecerían sus servicios.

Sí, España está necesitada de justicia y moralidad; pero si estas son un mito en la monarquía constitucional con sus garantías y responsabilidades, ¿cómo pueden encontrarse en el régimen absoluto, donde toda la nación depende del capricho de un hombre irresponsable, que reina, no por la voluntad nacional, sino apoyándose en la farsa del derecho divino? Insigne locura resulta hablar de justicia relacionándola con la monarquía absoluta, que es todo lo contrario, pues no tiene más ley que el capricho regio y los intereses egoistas de determinadas castas.

Se necesita desconocer la historia para

mentir tan descaradamente. ¿Dónde están los actos de justicia en el reinado, por ejemplo, de Felipe II, que fué el más notable de los reyes absolutos, el patrón al que han querido amoldarse todos los déspotas sin llegar jamás á la tétrica sublimidad de aquel malvado eminente, al que con justicia llamaban *el demonio del mediodía*? En su reinado sólo se ven asesinatos cometidos por regia conveniencia y disfrazados con la sutil *razón de Estado*; exterminio de pueblos enteros; empresas aventuradas, en las que se desangraba la nación y que ésta odiaba, teniendo que sufrirlas por faltarla medios para expresar su voluntad.

Esto en el reinado del más notable de los reyes absolutos; que si examináramos el gobierno de los decadentes Austrias y los primeros Borbones, mezquinos todos é impotentes hasta para ser tiranos con dignidad, habría que apartar la mirada con asco, viendo hasta dónde llegaron los privilegios, las injusticias y la impunidad de los ladrones, con tal que éstos fuesen afectos al rey.

Sólo en una nación desgraciada como España pueden existir aún seres que transijan con la posibilidad del restablecimiento del absolutismo y se expresen así, no por entusiasmo carlista, sino por odio contra lo existente. Esos mismos son los que dicen que los carlistas resultan por su patriotismo una solución para los conflictos porque actualmente pasa España. ¿Dónde está ese patriotismo? Hasta en esto el carlista resulta muy por bajo de todos los hombres; hasta de los anarquistas. El anar-

quista niega la patria, no la reconoce ni cree en ella; pero el carlista, que la tiene á todas horas en los labios, aprovecha sus mayores apuros para atentar contra ella, poniéndola en peligro.

Cuando en la guerra de Marruecos España entera estaba pendiente de la suerte de nuestras armas, no vacilaron los carlistas en intentar la sublevación del ejército en San Carlos de la Rápita; cuando en el período revolucionario teníamos guerra en Cuba, sublevándose ellos en la Península impidieron que nuestros gobiernos enviasen allá las tropas necesarias para acabar en pocos meses la insurrección, resultando de ello que la guerra separatista echó hondas raices, que son las que ahora han retoñado. Tal vez la principal responsabilidad de la presente guerra de Cuba corresponde al carlismo.

¡Oh el patriotismo de los carlistas! ¡El españolismo de los Borbones! Sólo riendo con amarga ironía puede decirse esto.

El carlismo no aspira á ser más que una continuación del reinado de Fernando VII, volviendo España al ser y estado que tenía á la muerte de aquel rey fatal, como si aquí no hubiesen existido revoluciones y la libertad no estuviera bautizada y ungida con la sangre de muchos mártires.

Hermoso patriotismo el de Fernando VII. Cuando toda la nación le aclamaba llamándolo el *Deseado*, cedía su trono á Napoleón y le adulaba con una vileza que causaba náuseas al gran conquistador; cuando el pueblo en ar-

mas moría en las calles y en los montes al grito de ¡viva España!, el infame Borbón felicitaba al emperador por las grandes derrotas que las tropas francesas nos hacían sufrir: al regresar á España demostró su gratitud al ejército que le había dado una corona, disolviéndolo en su mayor parte y dejando que los gloriosos veteranos de la Independencia murieran de hambre mientras él repartía el dinero de la nación entre monjas, frailes, inquisidores y toreros; dejó que se perdieran los inmensos virreinatos de América por haber privado á la nación de los aguerridos ejércitos que tenía al terminar la lucha con Francia; y si realmente fuese cierto, como dicen los reaccionarios, que la sublevación de Riego y la revolución del 20 impidieron á Fernando VII combatir el separatismo americano, ¿por qué tres años después, cuando se vió de nuevo monarca absoluto, no se ocupó para nada de la reconquista americana y únicamente se preocupó de restablecer el santo oficio y ahorcar liberales? Hace tiempo que España está en el secreto de lo que es el patriotismo de los Borbones.

La nación ha pasado en menos de un siglo por grandes revoluciones: en 1873 los manejos de la reacción nos habían dejado con tres guerras, sin un céntimo en el tesoro ni un soldado disciplinado, y, sin embargo, ninguna nación osó insultarnos como ahora los Estados Unidos, ni se perdió una sola pulgada del territorio nacional, tan amenazado en el presente.

En cambio, cuando nos gobernaban los reyes de derecho divino, los Borbones patriotas, los abuelos de esos que actualmente consideran á España como una finca que pueden dejarse en pleito armado con todos los millones de siervos que la pueblan, entonces perdimos la Florida; perdimos en Europa los últimos territorios que nos quedaban como recuerdo de los conquistadores tercios; perdimos una cuarta parte de la tierra desde Tejas al cabo de Hornos, y hasta perdimos la Joya, que todavía no hemos recobrado, dejando que por la cobardía de un Borbón se izara el pabellón inglés en el Estrecho de Gibraltar sobre tierra española. Sólo explotando la vergonzosa ignorancia de nuestro pueblo puede decirse que la monarquía, y más aún el absolutismo, representan en España el interés patriótico.

¡Miserables aventureros, faltos de conciencia; almas muertas incapaces de vibrar á ningún sentimiento generoso; podredumbre de esa política de rapiña y medro que hace tiempo nos domina! Sólo vosotros podéis ver una solución en el carlismo. La nación laboriosa é ilustrada que vive de su trabajo y desea gobernarse por sí misma, ya que por ella se cubren los gastos del Estado, esa jamás será carlista.

Donde ella se incline irá el triunfo, y esa parte de la nación que sólo considera lo existente como un momento de transición, como un punto de descanso, ve el porvenir en la República, que es la paz; la patria tranquila y próspera; la verdadera é inmutable personificación de la justicia.—BLASCO IBAÑEZ.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

CURAS REBELDES.—CINISMO DEL DE FLIX.—CRÍMENES Á GRANEL.—INCENDIOS, ROBOS Y ASESINATOS EN VICH. —IDEM EN MANRESA.—IDEM EN SARRIÁ.—ABANDONO DE TOLOSA.—ARISTOCRACIA DE PILLOS.

AÑO DE 1873

NOVIEMBRE

—

Reanudemos la relación de los crímenes cometidos por los carlistas en el mes de Noviembre, que quedó interrumpida en el *Folleto 25*.

Carta cogida á un confidente carlista.

«Bendito sea el santo nombre de Dios, nuestro padre celestial.

Sr. don Cornelio Arrillaga.

Asteasu 27 de Noviembre de 1873.

Muy señor mío y compañero en el ministerio sacerdotal: Celebraré continúe usted sin novedad; he creído conveniente y en cierto punto necesario, remitir una relación nominal de los capellanes que servimos en la división guipuzcoana al Excmo. señor obispo de Urgel, autorizado por S. S. Pío IX como prelado nuestro para atender al régimen espiritual del ejército carlista, con las facultades, licencias y gracias que sean menester.

Y para que esa relación lleve las noticias convenientes, sírvase usted remitirme la filiación de su

persona, esto es, su nombre, naturaleza y de sus padres, licencias sacerdotales que goza y para cuánto tiempo le concedieron en la última prórroga, cuándo espira, y dónde y cómo estaba usted empleado.

Cumpla de mi parte con esos señores y su coronel Aizpierna y disponga de su affmo. capellán, *Juan A. Macazaga.*»

Cada vez que el nombre de un sacerdote aparece mezclado en asuntos carlistas, se experimenta indignación profunda. ¿Cómo podían permanecer al lado de hombres que eran la contradicción viviente de lo que ellos representan?

¿Cómo saber, y presenciar, ó alentar, bien con su silencio, bien con su aprobación, los crímenes que los carlistas cometían?

Nos explicamos que algunos, engañados respecto de lo que eran y creyéndolos defensores de la religión, se uniesen á ellos; pero no que después de enterarse de lo que realmente pensaban y de la conducta que seguían, no escaparan de su lado.

Nunca podrán disculpar su permanencia al lado de criminales que cometen hechos como los que van á continuación, precisamente por los mismos días en que ese clérigo de la carta trataba de organizar el clero que estaba en el campo carlista á las órdenes del asesino Caixal, obispo de Urgel.

Lo repetimos; no se comprende que hubiese curas en la facción. Y, sin embargo, había tantos, que hasta los mismos carlistas se escandalizaron del número de escolapios y curas que entraron en Igualada con el titulado coronel León.

El cabecilla Quico fusila en Maspujols á un correligionario suyo acogido á indulto.

Los carlistas dejan casi muerto á palos á un infeliz casero de Lesarte, y maltratan cruelmente á una pobre mujer.

Entra en Robles la fracción Marco, y porque no le dan 1.000 pesetas, secuestra á cuatro propietarios.

Condena un cura faccioso á una mujer de Santurce á ser emplumada, por haberla visto en un baile.

Obligan los carlistas, fusil en mano, á todas las jóvenes de Amer á asistir al baile que celebran el día del santo del *Chapa*.

Así son en todo; una contradicción.

El cura de Tolodella impone pena de la vida al que introduzca comestibles en Morella.

Roba ese mismo cura un trimestre de contribución en Seno, dos en Berge y 30.000 reales en Alcorisa; Marco de Bello, dos trimestres en Valderrobles, amén de 16.000 reales; Gamundi, un trimestre de contribución en Marles; Santés, cuanto dinero encuentra en el pueblo de Venta del Moro; Infantes, un trimestre de contribución en Carrizosa; Panera, 5.000 reales en Caspe; las partidas de Mora y Quico roban los pueblos de Aleixar, Vilaplana Borjas y Botarell, llevándose presos al alcalde y secretario del primero é ignorándose la suerte que les cupo.

El cabecilla Tristany manda hacer fuego sobre un tren que pasa por la Granada, resultando heridos gravemente el fogonero y el guardafreno.

Cerca de una estación de la vía férrea de Tarragona es encontrado el cadáver de un hombre con un cartel sobre el pecho que decía:

«Fusilado por espía.»

DICIEMBRE

Un diario carlista tiene el cinismo de preguntar: «¿Qué dirán las madres á quienes Castelar arranca

sus hijos para entregarlos á la voracidad de la muerte?»

¿Qué han de decir, miserable? Dirán, si el dolor y la indignación contra los causantes de la guerra se lo permiten, que cuando una cuadrilla de bandoleros amenaza á pueblo, casa ó hacienda, deben todos sus moradores armarse para combatirlos y exterminarlos en justa defensa; y que, de igual modo y por idéntica razón, cuando las hordas del carlismo saquean los pueblos, incendian y asesinan, llenan de sangre algunas provincias y de duelo á la patria con los horrores y extragos de la guerra civil, es deber de todo buen español combatirlos.

Porque al defender la patria, defiende su familia, su hogar y lo que más ama, la libertad; y porque al combatir, hasta aniquilarlos y exterminarlos, á los enemigos eternos de la paz pública, á los bandidos que sacian su ambición á costa del pais y no dejan vivir tranquilas á las gentes honradas, cumple con un sagrado deber.

Esto dirán las madres cuyos hijos han ido y vayan en adelante á defender la honra de la patria en las guerras provocadas por el carlismo.

El cura de Flix roba 180 duros en Caspe, quema el registro civil, la correspondencia oficial y el exconvento de San Juan que formaba ocho casas de propiedad particular; en pocos días varias partidas roban en varios pueblos de la provincia de Alicante 166.018 reales; Gamundi, 6.000 reales á la familia de Mianos, que tenía hijos ó parientes en la reserva; Santés intenta robar 30.000 duros en Onteniente, y por que sólo puede robar 3.000, se lleva en rehenes á varias personas pudientes hasta cobrar el completo de la suma.

Se incorpora á la facción Panera el párroco que sustituyó al de Flix, tan célebre por sus crímenes.

*Sorprenden los carlistas en un reducto á doce de*fensores de Olot y los fusilan inmediatamente.

Furioso al saberlo el alcalde, señor Deu, proyecta vengarse y lo logra de una manera cumplida. Simula que la resistencia se debilita en una calle y los carlistas se precipitan en ella; estaban emboscados varios carabineros y una pieza que, vomitando metralla, los diezmó.

No pudiendo domar el valor de aquellos héroes, Savalls hizo acercar á los muros un cartel que decía: «*Rendíos, que no recibiréis auxilio*», á lo cual contestó Deu: «*No lo necesitamos.*»

Después continuó el fuego más vivo que antes, y Deu previno á Savalls, «que por cada republicano que fusilase, él fusilaría tres carlistas de la población que tenía en rehenes» y como era capaz de cumplir su amenaza, Savalls se contuvo.

Entra en Ayora la facción Santés, exige diez raciones á cada vecino, roba armas y caballos, pide dos trimestres de contribución, quema el registro civil y persigue ferozmente á varios liberales; se lleva presos en Casas de Vés al canónigo Ródenas, al presbítero Ibáñez, al administrador de Rentas señor Jara, á la señora del secretario del ayuntamiento y á varios individuos, no dejándoles ni beber agua; además apalea á cuantos hombres encuentra, y los hace cargar con los cajones donde lleva lo que ha robado.

Incendian los carlistas la iglesia de Calella, para que perezcan 35 voluntarios refugiados en la torre.

Llega el cura de Flix á las once y media de la noche de Navidad al pueblo de Torre del Español, se dirige al café y sorprende una partida de juego. Los jugadores se quedan como puede suponerse.

El buen *pater*, sin hablar palabra, se apodera de la baraja y se pone á tallar con la mayor sangre fría, invitando á que le apuntasen, decidido á ganar, le viniesen bien ó mal dadas.

Y efectivamente, el dinero que no se llevó jugando, hizo que se lo regalaran los concurrentes... con mucho gusto y fina voluntad.

Después, y para que nadie dudase de su moralidad, ordenó al dueño que cerrase las puertas del café, por que él no podía consentir que estuviese un establecimiento de aquella clase abierto después de las nueve de la noche.

Así hacen en todo los carlistas: velan por la moralidad después que la han violado.

El bandido Navarrete roba en Arredondo cuanto encuentra, secuestra al secretario del ayuntamiento, á la señora del juez municipal, á otra señora, á un escribano y á varios padres de mozos, por no encontrar á éstos.

Desde las alturas que dominan á Guetaria, los carlistas hacen blanco á porfia en unos pobres niños de 14 años, á quienes hieren al fin.

Pocos días antes propinan una paliza terrible á un anciano de 58 años, poniéndole á las puertas de la muerte.

Se llevan secuestrado al alcalde de Vendrell, exigiéndole un fuerte rescate.

Marco de Bello roba 10.000 reales en Maranchón; Gamundi, 40.000 en Sangüesa y unos 6.000 duros en la comarca comprendida entre Encastillo y Layana; Cortina, 1.465 reales en Piedra (Ciudad Real); una partida, 18.350 reales en Mena; Megino, un trimestre de contribución en Castelnuovo, de donde había sido cura; varias partidas, de 9 á 10 000 duros en el partido de Reinosa; Infantes, 10.000 reales en el pueblo de Helechosa; Vallés, 31.000 en Torrente y 40.000 en Turis: Villalain, 3.000 en Luzaga; Cucala, 6.000 en Catarroja; Arcelus, 30.000 en Astesau y 10.000 en Cizurquil.

El número 10 de *El Cuartel Real*, periódico oficial carlista, publica un decreto risible del *Chapa*, suprimiendo el registro civil.

El obispo de Avila dirige á sus diocesanos una carta-proclama en favor de la causa carlista, sin que el gobierno tome contra él determinación alguna.

Preferible es la conducta del de Urgel y clérigos á sus órdenes, que empuñan resueltamente las armas, á la de los que, como ese, impulsan hipócritamente la insurrección contrarrestando los esfuerzos de los liberales, que tienen que luchar en el campo con las partidas armadas y en las poblaciones con las intrigas del clero y sus cómplices.

Savalls impone en un bando pena de la vida al que conduzca un periódico liberal, y en cambio el gobierno sigue consintiendo que los carlistas, sobre todo en Madrid, lo insulten, lo mismo que á los liberales, y extravien la opinión mintiendo descaradamente al hablar de la guerra.

Lo extraño es que, habiendo declarado *santa la guerra*, continúe la canalla plumífera-carcunda redactando papeluchos en Madrid, en vez de representar en el Norte el papel de héroes ó de mártires que tanto admira y enaltece por escrito en los bandidos de sus ideas.

Pero hemos dicho mal; ¿cómo ha de ser extraño eso, cuando merced á la espada de Savalls y compañeros en brigandaje, que fusilan á los vendedores de periódicos liberales, aseguran los carlistas un bonito negocio despachando los suyos?

Secuestran los carlistas cinco liberales en Campo de Volantín, y siguen asesinando á cuantas personas salen de Bilbao, haciendo blanco preferentemente en mujeres y niños.

Al retirarse de Arechulegui los carlistas incendian

70 caseríos, para privar de recursos á las tropas liberales.

Roban cuanto tienen á los recaudadores de contribuciones de Alcudia de Carlet, Montroig y Catedán, maltratando ferozmente en este último punto á una infeliz anciana de más de 80 años.

Se encierran 33 voluntarios con cuatro mujeres en la torre de la iglesia de Calella como último refugio, y los carlistas incendian la iglesia y cometen terribles escesos.

Villalaín secuestra al juez municipal de Sisamón y pide 6.000 reales, que recibe, por su rescate.

La división Loma se apodera al tomar el reducto de Asteasu, de una bandera de seda ricamente bordada en oro y plata, regalada por unas monjitas al tercer batallón faccioso de Guipúzcoa.

Exigen en Almazora 3.000 duros, y porque no los reciben tan pronto como deseaban, se llevan secuestrados á varios curas y mujeres de liberales.

El cura de Benifayó se presenta en este pueblo con su partida, y comete varios atropellos.

El cabecilla Lizarraga impone pena de la vida á todos los vecinos que, al aproximarse las columnas, no se retiren á distancia de dos leguas cuando menos con sus familias, ganados y objetos de valor, á fin de privar de recursos al ejército liberal.

La facción Marco de Bello comete punibles excesos en Aliaga, entre ellos el de apresar al cura de Rillo, obligándole, bajo amenaza de darle tormento y hacerle beber un caldero de agua hirviendo, á declarar que se arrepentía de haber jurado la Constitución en obedecimiento á la ley.

Algunos jefes de las gavillas de Vizcaya, entre ellos Saraola, se retiran á sus casas renegando del

carlismo, indignados de la manera salvaje y sanguinaria con que se hace la guerra.

Los carlistas posesionados de Laguardia prenden en una aldea inmediata á Logroño 24 personas, exigiéndoles una crecida suma por su rescate; asaltan y saquean los pueblos indefensos, arrancando los pendientes de las orejas las mujeres, y vuelven á su madriguera cargados con el producto de sus rapiñas.

El vicario de Benifayó, con otro de su clase que iba en la partida de Santés, destroza el puente de Boquilla y dos máquinas y 22 vagones.

El sobrino del cabecilla Santés secuestra en Liria al canónigo señor Ramírez, anciano de 74 años.

Los carlistas de Vizcaya derriban gran número de campanas para hacer cañones, y el clero, que tantos anatemas lanzó sobre los liberales que el 34 y 35 derribaron algunas, no tiene para ellos una palabra de condenación.

Se ordena por el Tribunal Supremo de Justicia que se presente el obispo de Urgel, que está en la facción, á ampliar sus declaraciones en la causa formada sobre el asesinato de un clérigo en la cárcel de su palacio episcopal.

Cae en manos de los defensores de la religión un asistente del ejército en un caserío de las inmediaciones de Guetaria, y lo asesinan á bayonetazos, cortándole, vivo aun, la nariz y las orejas.

Marco de Bello fusila á los cabecillas conocidos por los Tuertos de Albalate, por negarse á dar cuenta de los miles de duros que habían robado.
Cosas de ellos.

Da la prensa noticia de las promociones y traslaciones de obispos hechos por el gobierno, y los periódicos carlistas se enfurecen.

nos, en total unos veinte. Después exigieron á la ciudad 50.000 duros de contribución.

Mientras esto acontecía en la ciudad, en sus afueras se derramaba la sangre de algunos infelices. He aquí la relación de estos fusilamientos, hecha por el sargento de voluntarios movilizados de Roda, Don José Prat y Viñolas, escapado milagrosamente.

«Perseguidos y cazados por los carlistas los voluntarios y soldados que pudieron salir de Vich, cayeron prisioneros quince ó dieciseis de éstos, á quienes se les prometió en los primeros momentos respetarles la vida.

Esta promesa no se cumplió. Hallábanse en San Andrés de la Castaña, cuando Vila de Viladrau dió la voz de alto y ordenó que los presos se confesasen para ser fusilados, sin que súplicas ni lágrimas pudiesen revocar la cruel órden.

Mandóse adelantar primero á los que fueron cafeteros de Vich, padre é hijo, conocidos por *Onclets*; se les hizo arrodillar y una descarga acabó con sus vidas. Siguió á esta otra pareja, y de la misma manera fué inmolada. Tocó el turno á la tercera, de la cual formaba parte el referido sargento José Prat. Solamente recuerda éste haber oido la voz de «fuego,» las detonaciones de los fusiles y que cayó ó le arrastró al suelo su compañero con quien estaba atado por el codo. Ignorante de si estaba ó no herido, mantúvose quieto mientras iban resonando las descargas que acababan con las vidas de sus infelices compañeros.

Terminado el fusilamiento, empezaron los carlistas á reconocer á los fusilados para asegurarse de si habian sido certeros los tiros. Algunos disparos sueltos indicaban á Prat que si respiraba aún, muy pronto iba á sucumbir: un suspiro del que le sirvió de pareja bastó para que se le rematase de un tiro de revolver en la cabeza que tenía pegada á la suya: sintió cómo los sesos de este desventurado le salpica-

ban. La sangre de que se hallaban cubiertos el rostro y la cabeza del Prat, hubo de hacer creer á los asesinos que estaba muerto; hasta recuerda haber oido una voz que dijo: «este sí que cayó redondo; le tiré yo; bien le he apuntado.»

Para cerciorarse de que ninguno de los fusilados sobrevivía, se procedió á tomarles el pulso. Séase por falta de ciencia del facultativo, séase porque no circulase en aquél momento la sangre en las venas del pobre Prat, es lo cierto que se le dió como á los demás, que lo eran realmente, por difunto.

Desataron los carlistas los cadáveres, y al Prat también, á quien por tal se tuvo, y les dejaron abandonados en el campo con la consigna (que oyó también) de que por la mañana se les enterraría.

Así que calculó que los carlistas se habían marchado, levantose tambaleando el pobre sargento, sin saber aún si estaba ó no herido, anduvo errante por los bosques todo el resto de la noche, y desfallecido llegó á San Celoni al caer de la tarde del día siguiente.

Entre los dichos fusilados había, además de los dos cafeteros antes citados, el capitán de voluntarios llamado Sila y tres soldados del regimiento de América, que habían quedado en Vich al salir de aquella ciudad su regimiento.»

Los carlistas faltan villanamente á las bases de la capitulación de Portugalete, especialmente á la base 6.ª que marcaba «que ningún vecino de la villa sería maltratado ni perseguido, ni se le exigiría responsabilidad alguna por los auxilios prestados á la guarnición y trabajos desempeñados, pues lo habían hecho obligados por orden del comandante militar.»

Como consecuencia de ello tienen que emigrar cuantas familias liberales habían quedado en la villa.

La facción Llorente, posesionada de Laguardia, comete toda clase de crímenes en los pueblos de la de-

recha del Ebro, que saquea á su antojo, repartiéndose el botín á la vista de sus jefes, quienes reciben también su parte. Esto obliga á la mayoría de los habitantes que tienen algo que perder á refugiarse en Logroño.

Maltratan á los *prisioneros de una manera bárbara*, dándoles escasa ración y de mala calidad; llegando su infamia hasta echar en el agua que han de beber jabón y otras materias nocivas, con el santo fin de que, ó se mueran de sed, ó se pongan enfermos.

El largo repertorio de los martirios y malos tratamientos que pueden aplicarse á la criatura humana fué ensayado íntegramente por los carlistas durante la guerra. Ni un sólo detalle siquiera suprimieron; antes bien inventaron algunos.

Entra Santa Cruz en Elósua, sábelo su correligionario en alzacuello y escapa como un galgo á Vergara, á la vez que salen de esta población Dorronsoro y el obispo de Urgel, por temor á caer en las garras de su amable compañero.

Realmente se hubiera perdido poco si Santa Cruz logra suprimir la respiración al Caixal y al Dorronsoro. Esto no obstante, admiremos la fraternidad qne se usaba en el campo carlista.

El ayuntamiento de Falset es conminado á entregar á los carlistas 104.601 reales 60 céntimos; Vallés se lleva secuestrados á 25 contribuyentes de Roquetas, que sólo pone en libertad cuando recibe 8.000 duros; una partida apalea brutalmente en Carrascal á un pobre vendedor de periódicos. Al pasar las facciones Cucala y Vallés cerca de Castellón, cortan las aguas que riegan la feraz campiña y asesinan á un inofensivo labrador que estaba trabajando en su huerto. El cura de Prades roba un trimestre de contribución en Almoster; Villalain, otro en Valdecuenca; una partida, dos en la villa de Rosas; varias, can-

tidades de importancia en Castellón de Ampurias y pueblos limítrofes; Cucala, 30.000 reales en Liria: el cura Megino y Villalain, fuertes sumas en Sigüenza. Vallés prende á los mayores contribuyentes de Caspe y se lleva en rehenes á un niño de pecho con su nodriza hasta que la familia Samper pagase 7.000 duros. Una partida saquea á Uldecona y rompe á hachazos la puerta del juez, don Salvador Vidal.

El bárbaro cura de Flix publica un bando en Alcober ordenando que inmediatamente se separen, bajo pena de la vida, los que se hayan casado civilmente.

Rompe una partida la cañería del agua potable en Cervera, y ordena á los jornaleros, bajo pena de la vida, que dejen de recolectar la aceituna, lo cual fué condenarlos á morir de hambre, porque hacía un mes que no trabajaban.

De amarga memoria es para los manresanos la fecha del 4 de Febrero de 1874.

En tal día los carlistas al mando del cabecilla Miret, *que ostentó después el uniforme de coronel de los ejércitos españoles*, aprovechándose de las sombras de la noche, pues los miserables no tuvieron valor para presentarse cara á cara ante la insignificante fuerza que guardaba aquella plaza, penetran en la ciudad cual hienas hambrientas, entregándose á toda clase de crímenes y robos, y no escapándose de sus malditas garras ni la inocente y pudorosa doncella, á quién á viva fuerza hacen sucumbir á sus depravados instintos.

Relatar los crímenes que en tan horrorosa noche se perpetraron causaría espanto, y gritos de dolor y de rabia se escaparían del pecho de todo buen español que en algo amara la dignidad de su patria, contra toda esa raza de malhechores que en su bandera lleva escrito el nombre de un *Dios* que escarnece, de

una *Patria* que deshonra y de un *Rey* vil y miserable.

Noche de terror y espanto aquella en que tan sólo e oían los gritos de los infelices voluntarios de la sibertad asesinados por aquellas turbas feroces, los lamentos de los padres que no podían volver por la lhonra de sus hijas, de los maridos por sus esposas; los gritos de los propietarios que veían saqueadas sus arcas, y de los infelices industriales que veían robados sus ahorros por los defensores de la religión y el trono.

Cuatro compañías de América y algunos voluntarios, que constituían toda la guarnición, se defendieron durante dieciseis horas con valor y coraje extraordinarios: barricada hubo que fué sucesivamente tomada y abandonada hasta cinco veces en otras tantas cargas á la bayoneta, quedando por fin en poder de las fuerzas leales. Un gastador mató él solo ocho carlistas y consintió morir junto á una barricada con tres compañeros más, antes que huir ó rendirse.

Los defensores del *Terso* tuvieron por fin que retirarse después de perpetrar las hazañas que hemos dicho y apoderarse de rehenes en garantía de 200.000 duros que impusieron á la población en concepto de contribuciones.

El cura de Tarabilla fué sacado por una partida carlista de su casa, donde vivía tranquilo, y en uno de los pueblos del tránsito le hicieron beber tres tazas de agua hirviendo, que sólo pudo tragar arrasándosele de lágrimas los ojos.

Su delito era haber jurado la Constitución como lo hicieron otros muchos, autorizados por el prelado de la diócesis.

La facción Basó sorprende en Montblanch á un centinela, al que degüella en unión de otros, y diseminándose por la población comete punibles excesos y horribles asesinatos.

El cura de Prades, que fué batido por los cazadores de Madrid, tenía en las márgenes del Francolí el teatro de sus operaciones, dedicándose á horribles escenas, haciendo fuego á trenes de mercancías como en Gélida hiriendo al maquinista y descaarilando el tren, violando y maltratando á las mujeres casadas civilmente, quemando los libros del registro civil, y robando cuanto encontraba, etc., etc.

¡Apreciable ministro del Señor!

Atacan los carlistas la torre construída á la entrada del fuerte de Sarriá, defendido por el capitán Moreno y 30 voluntarios. Niéganse éstos á rendirse y aquéllos le pegan fuego pereciendo 18 hombres entre las llamas. Fueron encontrados aquellos valientes abrazados de dos en dos.

Los cafres se estuvieron divirtiendo en ver cómo las llamas consumían aquellos cuerpos ya asfixiados por el humo, y en cebarse con bárbara crueldad en dos desgraciados fugitivos, pinchándoles, sajándolos, mutilándolos y arrojándolos vivos al río para gozarse en verlos espirar en medio de horribles tormentos; lujo de crueldad que aterra.

El cabecilla Villazán roba 3.000 reales en Prádanos; Santés 20.000 duros del Banco de Albacete, todo lo de la administración económica, y 9.000 duros que llevaban en el tren detenido en el puente de Tobarra, incendiando de paso y para distraerse el cuartel de San Francisco.

Saqueo de comercios y casas particulares, incendio de la casa ayuntamiento y secuestro de doce personas, una de las cuales falleció, amén de cuatro muertos y varios heridos; así señalaron los carlistas mandados por Rosas su paso por Sama de Langreo.

Marco roba 17.000 reales en Herrera; una partida exige 104.604 reales al ayuntamiento de Falset; otra, roba dos trimestres de contribucion en Rosas;

la facción de Feo Cariño y Telaraña 29.000 reales en Puertollano.

FEBRERO

Loma recibe la orden de abandonar á Tolosa, sitiada por los carlistas, volando antes todos los fuertes y cuerpos de guardia de la plaza y conduciendo á San Sebastián los pertrechos de guerra, municiones y artillería.

Bajo una lluvia torrencial, con una capa de lodo líquido de más de un palmo, sobre una superficie resbaladiza y fangosa, se veía el 28 de Febrero, á la luz crepuscular de la mañana, una inmensa línea negra, serpenteando lenta y acompasadamente por el trayecto de Tolosa á Villabona.

La cabeza de esta interminable procesión tocaba en este pueblo distante una legua de aquél, y su cola encarnada (los miqueletes y republicanos llevaban boinas de este color) ocupaba todavía las calles de la infortunada Tolosa.

El cuerpo de abigarrados é informes anillos lo constituían tres fajas longitudinales: la central, unos cuantos coches y multitud de carretas, enseres pobres de escaso valor monetario, pero capital que el pobre amontonó, colocados en confuso tropel, eran arrastrados en medio de dos filas de mujeres, ancianos y niños de todas las clases sociales, apoyados unos en otros, ayudándose el niño y el viejo.

La madre cargada de tiernos vástagos, la joven educada en el regalo y la comodidad, emprendieron la triste peregrinación; escasamente podían dar un paso; llegábales el lodo hasta las rodillas; mas todos caminaban sin volver la vista atrás para mirar su querida villa donde dejaban bienes, recuerdos, el nido de sus hijos, el sepulcro de sus padres...

Suena una terrible explosión. Es que el baluarte de la puerta de Castilla ha sido volado por los voluntarios, que se ponen á su vez en marcha.

Más de mil tolosanos habían partido con el tren de carros; 300 voluntarios, decididos á morir cubriendo la retaguardia, parten con mesurado paso en el momento que el pundonoroso gobernador militar, don José Campo, arroja al río las llaves de la plaza.

Tolosa está evacuada; una orden del ministro de la Guerra ha hecho lo que no pudieron 17.000 carlistas en un bloqueo de siete meses, un fuego incesante de fusilería que había herido á 82 infelices ancianos, niños y mujeres, matando á 14. Un pueblo que había sufrido la falta de trabajo y de pan, empleado 70.000 duros en adelantos á la tropa, asistencia de 700 y pico heridos y más de 2.000 enfermos, y todo su capital en obras de defensa, bien pudo salir, como salió, con la conciencia de haber cumplido como bueno. Y en el nebuloso porvenir á que sin titubear se lanzaba, no le afligía su falta de medios, su pobreza; las lágrimas que humedecían los ojos de aquellos patriotas, se las arrancaba el pesar de que no los hubiesen dejado morir bajo los muros que habían construído, capaces de resistir á 20.000 hombres, aún cuando los voluntarios no hubieran sido tan valientes como ellos y menos valerosa y sufrida la guarnición que los soldados de Luchana y Ontaria, sus hermanos de sufrimiento, y que habían compartido su pan y sus penalidades, enseñando además con el ejemplo cómo se permanece sereno en el combate y cómo se sacrifica la vida en aras de la patria.

Fué un espectáculo triste y conmovedor el de la retirada de los liberales de Tolosa.

Santés roba muchos miles de duros, ganado de todas clases y se lleva rehenes en la provincia de Valencia y limítrofes.

Hubo persona que pagó cuatro contribuciones en un mes, le requisaron el único caballo que tenía, le quitaron un par de mulas, y tuvo que salir ocho veces del pueblo con su familia, y en más de una ocasión marchando á pie por los campos.

Asesinan los carlistas á un mozo inofensivo en la estación de Caldetas.

Entra en Velmimbre una partida, se entrega al saqueo y al pillaje, roba 40.000 reales y rocía de espíritu de vino á los dueños de una de las seis casas robadas, les prenden fuego y los abandonan con graves quemaduras.

Los cabecillas Bulnes y Paulino penetran en San Roque de Romiera, hieren de una descarga á varios niños que salían de la escuela y se llevan á Valmaseda varios mozos, pidiendo 10.000 reales de redención por cada uno.

Incendian los carlistas la casa del alcalde de Andoaiu y disparan sobre unas mujeres que salían de la iglesia, hiriendo á una; exigen 9.000 duros de rescate á los propietarios de Montblanc que se llevaron en rehenes; y por último, se presenta en Segura Santa Cruz, apalea á dos mujeres y roba 3.000 duros.

Como vemos, comenzaron el año 74 como habian terminado el 73; cometiendo toda clase de crímenes. No lo pueden remediar: son así.

¿De dónde salía la chusma de los jefes carlistas? ¿Quiénes eran aquellos señores, ayer desconocidos y hoy célebres á lo José María?

Un periódico valenciano procuró averiguarlo, y aunque sus datos no eran completos, bastaron para retratar á algunos del Centro.

Francisco Vallés, de Tortosa, sirvió en la primera guerra á las órdenes del bandido Tallada. Después

del convenio de Vergara fué recaudador de contribuciones en Alcalá de Chisvert, y en las cuestiones electorales estuvo siempre frente á Cucala.

Ignacio Polo, de Cinctorres, fué cadete en la primera guerra; perdió la mayor parte de la fortuna que heredó de sus padres, y para rehacerla se casó con una labradora de buena posición. De instrucción limitada, de talento escaso y débil de carácter, se dejaba guiar por los que la acompañaban; así adquirió una reputación poco envidiable, y sin ser naturalmente sanguinario, fusiló á un infeliz pastor.

Sisco de Vallibona, carbonero, rudo y de perversos instintos, era el más temible entre los cabecillas de las provincias de Valencia y Castellón. El liberal que cogía, pocas veces escapaba con vida.

Tomás Segarra, de Salsadella, exguardia civil, listo y decidor, de tan malas entrañas como Sisco y más largo de uñas que todos, amigo de aventuras sensuales, robó lo bastante para comprar luego un título de marqués en el Vaticano.

Narciso Merino, exguardia civil también, de Segorbe. Le daba por la *elegancia* del hombre ordinario, y era comun verle con un traje compuesto de chaquetilla y chaleco de astracán, con hombreras de cordón de oro, pantalón grana con banda blanca y grandes botas de charol; llevaba siempre un gran sable, y cuando pasaba caracoleando á caballo por delante de las gentes, comprendíase que pocos hombres habían estado nunca tan satisfechos de sí mismos.

Estos cabecillas y otros de menor cuantía eran los hombres serios, dignos y honrados que peleaban por don Carlos y la religión en las dos provincias citadas; de aquí los asesinatos y los robos que á diario ocurrían. ¡Aristocracia de pillos!

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 29

TRES BANDIDOS.—SAVALLS.—SUS ANTECEDENTES.—SU ILUSTRACIÓN.—SU MORALIDAD.—ACUSACIÓN.—PROTECCIÓN DE DON CARLOS.—ROSA SAMANIEGO.—LADRÓN DE OFICIO.—SU ASCENSO Á CARLISTA.—LA SIMA DE IGÚZQUIZA.—COMENSAL DE DON CARLOS.—DESCRIPCIÓN DE LA SIMA.—LOS PROTECTORES DE ROSA.—MÁS VÍCTIMAS.—EL SECO DE LAS PARRAS.

ADMINISTRACION: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

Trabajemos todos porque despierte la opinión liberal, recordándole lo que fueron y lo que son los carlistas, para que calcule lo que serán. Y á ver si por este medio conseguimos que sea tal la explosión del sentimiento liberal, que quede en intento la tercera guerra. Porque creer ni por un solo instante en su triunfo, de eso no hay que hablar siquiera.

No; es imposible que tanto y tanto sacrificio hecho por la libertad, que tanta sangre derramada, que tantas riquezas consumidas fuesen estériles, vinieran á ser inútiles.

No; es imposible que en veinte años esta enérgica y vigorosa raza española haya degenerado tanto, que no pueda reproducir, llegado el caso, los actos de heroismo prodigados en cuatro años de encarnizada lucha, como antes los había prodigado durante siete.

Aun cuando por una perversión funesta de todo buen sentido nos hubiéramos acostumbrado á no creer posible un hecho hasta que acaece; aun cuando no comprendiéramos todo lo que el carlismo es y representa, no hay resorte alguno en nuestra alma, desde el instinto de conservación hasta el honor y la dignidad, que no nos impulse á combatir por todos

los medios al carlismo. El triunfo de éste sería la deshonra más grande que pudiera caer sobre nuestra patria; la vergüenza más terrible para todos los liberales.

El carlismo vendría á dividir á los españoles en conquistadores y conquistados; vendría á arrancar de nuestro suelo todo lo que á él ha traído la civilización moderna, á fomentar la ignorancia y el fanatismo, á amortizar nuevamente la propiedad, á resucitar odiosos privilegios, á oprimir con mano de hierro la conciencia, á envilecernos, á degradarnos.

Todos los liberales saben esto y también que no cabe dejarse dominar por el indiferentismo, ni decir con egoismo criminal: «¿á mi que me importa?» Porque si el imbécil y degradado Pretendiente que sirve de instrumento á la reacción llegara á sentarse en el trono, apoderándose de todos los recursos del Estado para ponerlos al servicio de los deseos y las pasiones de su gente, ninguna de cuantas personas han militado en el partido liberal dejaría de ser blanco de sus iras, tanto más cuanto menos avanzada hubiera sido; pues sabido es que los carlistas odian más á los monárquicos conservadores que á los mismos republicanos.

Sí, pues, amor á las ideas, deber, decoro, egoismo, todo nos impulsa contra ellos; si somos los más fuertes por el número, el pensamiento y la cultura, ¿por qué no tomamos desde luego medidas que les impidan levantarse, ó que los exterminen si se levantan?

TRES BANDIDOS

Hablaremos en este folleto de los cabecillas Savalls, Rosa Samaniego y el *Seco de las Parras*.

Si hay algún militar que se estime en tan poco que quiera tener por camaradas á tales bandidos, nos guardaremos bien de suponer siquiera que tuvo alguna vez idea de que

la milicia sólo es una religión
de hombres honrados.

SAVALLS

En varios folletos hemos hablado de las ferocidades de Savalls, de sus robos, de sus infamias de todo género, comprobadas por documentos de sus propios correligionarios. Sin embargo, como repartía (él lo dijo varias veces) el producto de sus robos en la corte de Estella, no sólo tenía carta blanca para hacer cuanto le diese la gana, sino que don Carlos lo hizo teniente general, todo, en fin, menos lo que ninguno de ambos era: caballero, persona decente.

SUS ANTECEDENTES

Eran estos: carlista de profesión.

El 7 de Junio de 1850 se publicó la sentencia

del juez de primera instancia del partido de Ribas, condenando á Francisco Savalls, en ausencia y rebeldía, á la pena de cadena perpetua y á la restitución de cantidades robadas en Ripoll, á saber:

A Pedro Angelats 15 duros por una parte y 1.424 reales por otra del valor de los 228 paquetes de cigarros que se llevó de su casa; á don Manuel Mirapeix la cantidad de 400 reales, y á don Mariano de Oriola Cortada la de 925 onzas de oro que le fueron exigidas por su rescate.

El 24 de Diciembre del mismo año se publicó la de la Sala primera de la Audiencia en consulta de la proferida por el juez de primera instancia del partido de Ribas, revocándola y condenando en ausencia y rebeldía á Francisco Savalls y Massot á diez años de presidio con retención, á la restitución de lo robado y al pago de costas, mandando además al juez de Ribas que desde luego solicitase la extradición del procesado por conducto de la Sala primera.

Además de esa causa, Savalls tenía otra pendiente en el juzgado de Vich por asesinato de dos infelices soldados heridos que se hallaban en un mesón de las cercanías de aquella ciudad, siendo condenado por sentencia ejecutoria á quince años de presidio.

Como ven nuestros lectores, el marqués de Alpens, que llevaba el pecho lleno de cruces y medallas, había sido procesado y condenado á penas graves por los tribunales civiles como ladrón en cuadrilla, secuestrador y asesino. Esto le dió la aptitud necesaria para figurar entre los defensores de Dios, la propiedad y la familia, que estaban orgullosos de contar con su ayuda y de que don Carlos le otorgase su amistad y confianza.

Ni por su valor, ni por sus sentimientos, ni por su inteligencia merecía Savalls haber llegado hasta donde llegó. El antiguo soldado del Papa, pues lo fué, no tenía condiciones ni para ser un mediano subalterno; pero como en el carlismo la crueldad y el cri-

men son las mejores recomendaciones, y él era cruel y criminal sobre toda ponderación, de ahí su rápida carrera y su popularidad entre los facinerosos que le seguían.

Con tales antecedentes, nadie extrañará que dictase bandos como este:

«Don Francisco Savalls, marqués de Alpens, mariscal de campo de los reales ejércitos, comandante general de las provincias de Barcelona y Gerona, caballero gran cruz de la orden americana de Isabel la Católica etc., etc.

Ordeno y mando:

Artículo 1.° Quedan terminantemente prohibidas la circulación y venta de los periódicos liberales de todos colores.

Art. 2.° La infracción del anterior artículo se castigará con multa de 2.000 á 4.000 duros á los impresores; de 500 á 1.000 á los administradores de Correos; y á los particulares á quienes se encuentren periódicos liberales se les exigirá una multa de 100 á 1.000 duros.

Los corresponsales y redactores prisioneros ó detenidos serán castigados con multa de 100 á 4.000 duros, y en caso de reincidencia serán sometidos á severo consejo de guerra *(Oficial)*.»

Se comprende que Savalls sintiera hacia los periodistas odio tan grande: habían publicado la sentencia en que los tribunales de Justicia le condenaban por *ladrón en cuadrilla y secuestrador*.

SU ILUSTRACIÓN

De su ilustración no hay para qué hablar; da una idea de ella la alocución que en 1872 dirigió á los sargentos, cabos y soldados del ejército liberal, llamándolos á defender á don Carlos y ofreciendo 80

reales al que se le presentase con armas. Decía textualmente:

«Algunos *lustros más*, y el apático ó el seducido morderán el polvo de su apático remordimiento, por no haber secundado el noble y generoso movimiento de los verdaderos españoles.»

El futuro general calificaba de días á los lustros; es decir, que para él cada día se componía de *cinco* años. ¡Ni el propio don Carlos!

SU MORALIDAD

Su moralidad en cierto sentido corría parejas con la de su rey y con la de doña Blanca, aquella que calificaba de *expansión* de sus voluntarios el acto de violar y estuprar. Savalls decía á sus cafres cuando entraban en las poblaciones: «Muchachos; *divertiros* haciendo carlistas.»

Por esto, y por dejarles robar y asesinar, llegó á ser el ídolo de los suyos, hasta el punto de que cuando á su vuelta de Francia se presentó en San Quirce hallándose allí los hermanos de don Carlos, á quienes no se había victoreado, recibió una ovación que para él la hubiera querido su rey.

Era tan canalla, que después de los horribles fusilamientos de 189 prisioneros de la columna Nouvilas, mandó emborrachar á los restantes, darles dinero y ofrecerles un porvenir en las filas carlistas, á condición de que habían de asesinar á sus oficiales; proponiéndose con esto robustecer sus filas con un gran número de hombres imposibilitados en absoluto de presentarse al gobierno constituído, fuese el que fuese.

El plan no pudo llevarse á cabo por haberse presentado Miret diciendo á los prisioneros que estaba concertado su canje, lo que no era verdad. Aquellos

infelices continuaron prisioneros hasta 1875, sufrien do trabajos y penalidades increibles, sin querer confundirse con tales bandidos.

«Bajo su mando (conste que habla un carlista) Cataluña fué un presidio suelto. Las personas más distinguidas auguraban desastres... Se presentaba al ejército desorganizado por su indisciplina y desmoralización, negándose capacidad á su jefe; la política convertida en una terrorífica dictadura ejercida cínica y escandalosamente; la administración económica convertida en organizado latrocinio, y bajo el punto de vista moral, la blasfemia, el robo, el asesinato, la violación, el adulterio y la impiedad, bajo todos sus aspectos llevada al cinismo y paseada en triunfal escándalo desde las villas y los pueblos hasta las más solitarias cabañas.»

Don Juan Vidal de Llabotera é Iglesias, carlista también, escribía:

«Desde el último alférez que manda una ronda, hasta el capitán general, todos están autorizados para cobrar contribuciones cuyos fondos nadie sabe cómo se invierten, entre quiénes, ni para qué sirven: cinco arrobas de oro parece que recogió cierta expedición al Ampurdan, y á los dos días siguientes se debian á las fuerzas reales de 25 á 30 socorros á cada soldado.»

Otro carlista de gran autoridad, decía de Savalls:

«Ha llevado á cabo heróicas empresas con la astucia de hacerse propios algunas veces lauros ajenos y echar á otros la culpa en los pocos descalabros que ha tenido. Eso, el miedo que ha infundido con algunos actos bárbaros; el afectar una protección que ni de mucho ha respondido en realidad á las apariencias; el nombrar sus subalternos entre los voluntarios matones de baja ralea ó de poca conducta; el alternar rastreramente con todo el mundo, y sobre todo el hacer públicas ciertas debilidades y pequeñeces del cuartel general, le han dado un prestigio difícil

de combatir, por más que sea necesario, y una preponderancia en el país con grave detrimento del principio de autoridad... Este es Savalls, á quien prematuramente se quiere separar de la escena, no previendo, ó mejor no calculando por falta de datos, que hoy puede ser ruina lo que mañana sea timbre glorioso de recta justicia.»

Todas estas opiniones vienen á corroborar la tan dura como justa que emitió sobre Savalls desde Barcelona el respetable carlista don Francisco Segarra, y que copiamos en el *Folleto 13* dedicado á narrar algunas de las muchas inmoralidades y robos del campo carlista.

Aunque para juzgar á Savalls, nada tan elocuente como el documento de que hablamos á continuación y que no podrá rebatir ningún carlista, por ser oficial, y nada menos que de don Alfonso, hermano de don Carlos.

En el *Folleto 9* puede verse cómo hablaba Savalls de don Alfonso y de su emplumable consorte. Véase ahora cómo hablaba de él don Alfonso en la exposición que dirigió al *Chapa*.

ACUSACIÓN

Le hace don Alfonso en ella 25 cargos, muchos de insubordinación, de cobardía, de desprecio á su persona, de insultos y ataques á los jefes militares que estaban á su lado, de haber impedido movimientos de tropas por malas artes, de haber contribuído á que se perdieran varias acciones de guerra, de haberle obligado á permanecer oculto en las montañas con grave riesgo de su vida, de haberse expresado en términos de cólera contra él groseros y amenazadores, públicamente; de que por miedo á Cabrinetty huyó de Puigcerdá; que se fingió varias veces enfer-

mo por no combatir; que trabada la lucha con las fuerzas liberales se marchaba con sus fuerzas cuando bien le parecía, dejando comprometidas las demás; que lo calumnió en muchas ocasiones atribuyéndole los fracasos y formulando protestas contra él, que hacía firmar á todos los jefes y oficiales; que fomentaba la indisciplina; que en todas ocasiones, pero particularmente en Alpens é Igualada, hubo que llevarlo á la fuerza por resistirse á atacar; que había sacado de los pueblos las contribuciones sin dar cuenta á nadie de nada, y en varias ocasiones, especialmente cuando se coparon 10.000 duros á la columna Cabrinetty, de los cuales el intendente Solá, encargado de recogerlos, sólo encontró 1.200; con otros cargos tremendos, el menor de los cuales bastaba para hacerle fusilar.

El cargo 7.° dice textualmente:

7.° Después de la toma de Berga, el 27 de Marzo del 73, en que yo hice gracia de la vida á los prisioneros rendidos bajo esta garantía, al día siguiente, comprometiendo mi palabra de honor, Savalls hizo fusilar sobre el mismo camino de Baga durante la noche, y sin confesión, á 60 voluntarios republicanos, habiendo llegado esto á mi conocimiento extrajudicialmente al siguiente día. De esto pueden informar casi todos los que asistieron á la toma de Berga.»

Esta acusación la firmó don Alfonso en Estella el 8 de Noviembre de 1873 con el carácter de general en jefe.

PROTECCIÓN DE DON CARLOS

¿Qué hizo don Carlos después de leer esa acusación terrible? Llamar á Savalls, que se presentó en la corte acompañado de unos cuantos miles de du-

ros, é imponerle unos días de arresto para satisfacer á su hermano; que así andaba la justicia en la corte del quê ahora ofrece ponerla en España.

¿Y para qué se lo impuso? Para que después de cumplir el arresto, sus facinerosos le aclamaran y enaltecieran más.

En cambio los carlistas de mejor sentido y de relativa moralidad, le acusaron del asesinato de los señores Fajedas, padre é hijo, y del señor Oliveras, los primeros ricos propietarios de la provincia de Gerona, y el último librero con tres hijos en las filas carlistas, á cuyo partido pertenecían aquéllos también. He aquí cómo ocurrieron esos hechos horribles.

Por evitar persecuciones ó por conveniencia, marchábanse los tres citados señores á Francia donde tenían su familia, siguiendo el camino que le habían designado sus correligionarios como más seguro.

En Camprodón participaron el objeto de su viaje, rogando al jefe que allí estaba que los custodiase hasta la frontera, si juzgaba que podía existir algún peligro. Acostáronse tranquilos, y á hora avanzada de la noche se les llamó pretextando que el enemigo se acercaba; los sacaron de la población, y á poca distancia los fusilaron, sin darles siquiera tiempo ni de confesarse, como pedían.

Grande y dolorosa impresión causó este hecho infame entre los mismos carlistas, y los hijos de las víctimas, que servían en Navarra, acudieron á don Cartos, quien ordenó se procediera á instruir sumaria, que no se instruyó. ¿Qué había de instruirse, si se trataba de un hombre que había robado tanto, repartido tanto y que podía repartir más aún?

En el carlismo ya se sabía: el que más robaba mayor influencia alcanzaba; Santés, Cucala, Savalls... En cambio eran procesados y deshonrados y preteridos los que, por proceder del ejército liberal, conservaban todavía alguna idea del honor: Díaz de Rada, Lizarraga, Dorregaray...

Y se explica bien; entre bandidos, los más bandidos deben predominar, como los más honrados entre los honrados, y los más sabios entre los sabios. Lo contrario sería postergar el mérito, y ya sabemos que el mérito en el carlismo se aquilata robando más que ninguno, asesinando más que ninguno, é incendiando más que todos.

En lo demás, era Savalls como todos los cabecillas. Cuando fuerzas del ejército le buscaban, no lo encontraban nunca; oculto entre las escabrosidades de un terreno que tanto le favorecía, y protegido por el fanatismo de sus habitantes, únicamente se presentaba ante la tropa cuando creía que las ventajas de la lucha estaban de su parte, cuando se proponía tender una emboscada, ó descargar algunos tiros para hacer bajas á mansalva; no era un guerrillero, era un bandido de espera.

Tan envanecido estaba Savalls con la amistad de su rey y la adhesión de sus hordas, que después del arresto continuó haciendo de las suyas contra don Alfonso, viéndose éste obligado, al volver á entrar en España, á dirigirle la orden siguiente:

«Habiendo llegado á mi noticia las bajas é indignas intenciones de ciertos individuos de tu división con respecto á mi persona y á cualquiera que me acompañe, llegando hasta á decir que yo y los demás que vayan conmigo dejaríamos la piel si quisiésemos pisar el suelo catalán antes de tu vuelta á Cataluña, me veo en la precisión de pasarte la presente comunicación.

«Nada me detuvo jamás, y nada me detendrá delante de mi deber; por lo tanto, después de haber tenido la entrevista contigo en esta ciudad, y cumpliendo las órdenes de S. M., estoy resuelto á entrar en Cataluña ahora mismo.

»Sé cuanto se me quiere hacer, y nada me asusta.

»Si después de estar yo en Cataluña veo que todos

se conducen como deben, y no se me hace la menor imposición, te prometo que á los pocos días te enviaré el nombramiento de jefe de división y te llamaré á Cataluña, como te lo había ya prometido.

»Si, al contrario, veo que se me quiere amenazar contra todo principio de autoridad, en este caso te prometo que, en lugar de asustarme, sostendré mi autoridad y me comportaré de otro modo menos agradable para ti.

»Entro en Cataluña, pues sé que Dios está conmigo, y que cumplo mi deber; pero te prevengo que toda responsabilidad de lo que me pueda suceder, ó á los que me acompañan, la hago recaer exclusivamente sobre ti.

»Que Dios te guarde muchos años.—Perpiñán 24 de Abril de 1874.

Como se vé, hasta el hermano de su rey tenía que tomar precauciones para no ser víctima de Savalls.

Pues bien; á ese asesino, á ese cobarde, á ese ladrón le escribió de su propia mano el *Chapa* una carta que empezaba así:

«Querido Savalls: ¡Eres un héroe! Propios y extraños, *amigos* y *enemigos* te admiran.

Pero eres más que héroe; eres la personificación del heroismo de muchos que se baten con indomable bravura, con entusiasmo sublime por su Dios, por su patria y por su rey.

Defendiendo mis derechos á la corona de España, defiendes la honra y la independencia de la patria, defiendes la libertad santa de la iglesia de Dios.

Adelante, pues, mi querido Savalls. Repite esa palabra *adelante*. Comunica tu valor y tu aliento, difunde tu fe, tu esperanza y tu entusiasmo, arranca de tu corazón y derrama sobre los demás una parte del fuego santo que atesora tu pecho, etc.»

¿Cuál resulta más miserable y más canalla, el rey ó el súbdito? Indudablemente el primero. Quien

aplaude y glorifica el crimen, es más infame que el que lo realiza; éste puede alguna vez obedecer al instinto de la bestia al cometerlo; aquél aplaude siempre con plena conciencia. Por esto entre Savalls y don Carlos, resulta menos repugnante Savalls.

Las crueldades de Savalls encharcaron de sangre á Cataluña; pero, siendo él naturalmente sanguinario, sabiendo que así alcanzaba fama entre los suyos, y viendo que de este modo se veía aclamado y protegido por su rey, ¿podía ser otra cosa?

Y él, que ya era un bandido de profesión y sabía que para medrar y ascender en el campo carlista no hay méritos mayores que el robo y el asesinato, lanzóse inmediatamente á contraer más de los que tenía, con la fundada esperanza de alcanzar títulos, grados, condecoraciones, amen de un capital decente para cuando tuviera que emigrar.

Por esto sus crímenes, como los de todos los carlistas, deben caer sobre la frente del miserable don Carlos, que los autorizaba, los consentía ó se aprovechaba de ellos.

Y por esto Savalls, como Cucala, como Santa Cruz, como Rosa Samaniego, como todos los bandidos del carlismo, no eran más que genuinos representantes de aquél á quien los curas llaman rey, los libertinos maestro, los asesinos tocayo y la justicia criminal.

Y vamos con otro que alcanzó en el carlismo el empleo de teniente coronel.

ROSA SAMANIEGO

Este mónstruo (menos mónstruo, sin embargo, que el rey de corona de talco tinta en sangre que aprobaba sus crímenes, cuando no se los ordenaba, y que creía honrarse, y se honraba tal vez, sentándole

á su mesa), este mónstruo, repetimos, nació el 30 de Abril de 1847 en Estella, bautizándosele con los nombres de Felix Domingo Rosa Samaniego y Sainz.

Sus padres, Miguel y Concepción, eran muy honrados. El primero falleció teniendo el futuro comensal de don Carlos muy corta edad. Contaba trece años cuando murió su madre, á quien no respetó nunca. Ya por entonces era un pillete en toda regla.

LADRÓN DE OFICIO

En 1865 fué preso y condenado por lesiones, al año siguiente por hurto, y en 1867 por ladrón (ascendía por rigurosa escala) siendo condenado á cuatro años y cuatro meses de presidio menor por un robo, y á veinte meses de correccional por otro. También fué procesado por robo en la iglesia de Rocamador, extramuros de Estella. El defensor de la religión comenzó á cumplir su misión providencial limpiando las alhajas de una iglesia.

«De esta crisálida asquerosa, dice un escritor, de este embrión de toda clase de vicios, de esta funesta amalgama de instintos depravados y de pasiones infames, debía salir más tarde una celebridad, horror de sus contemporáneos y vergüenza del pais que le vió nacer.»

«Rosa Samaniego será por mucho tiempo el héroe del crimen; la sima de Igúzquiza su altar y el patíbulo de su impía y maldita memoria. Si la historia de su juventud acusa un corazón de cieno, la de sus campañas en pro de una causa digna de él denota hasta qué punto el odio y la maldad hacen á un hombre más cruel y vengativo que los más feroces animales.»

SU ASCENSO A CARLISTA

En Abril del 72, al estallar la insurrección carlista, se dijo ¡ahí están los míos! y se lanzó al campo. Si no hubiese estallado la insurrección, se habría lanzado en clase de bandido; total igual.

Merodeó, robó, y después del convenio de Amorevieta se retiró con algunos de su partida á las Amézcoas, donde vivió de su oficio: apoderarse de lo ageno.

Al reanudarse la rebelión en Noviembre de aquél mismo año, apareció en las cercanías de Estella al frente de una partida reclutada principalmente entre los fugados de la cárcel de Vitoria. Su aparición inició la série de violaciones y crímenes y le dió títulos para ponerse al habla con los principales cabecillas.

Unióse á su partida otro hombre que llegó á tener pronto la confianza completa de Rosa: Ezequiel Llorente (a) *Jergón*.

Los verdugos estaban preparados; sólo se necesitaban víctimas.

Rosa fué comisionado desde el primer instante por sus jefes para cobrar contribuciones y portazgos, es decir, se le concedió la patente de ladrón; santa y noble tarea que desempeñó con cristiano celo, maltratando y apaleando alcaldes y cometiendo toda suerte de infamias.

Comenzó á correr por el país el rumor terrible de que el defensor del carlismo arrojaba vivas á sus víctimas á la sima de Igúzquiza, y esto acabó de darle entre los suyos celebridad é importancia. El mismo don Carlos anhelaba conocerle, deseo que satisfizo cuanto entró en España, por que Rosa Samaniego, instrumento futuro de sus venganzas, entró á la vez que él en Estella. La ciudad debió creerse sucursal de Ceuta; tales huéspedes albergó.

LA SIMA DE IGÚZQUIZA

Desde aquél día Rosa fué un personaje en la corte de don Carlos. Hasta entonces sólo había operado en una zona reducidísima; en adelante ensanchó su esfera de acción, recabó para su partida existencia propia é independiente, y se atrevió á todo; tan decidido protector tenía en su rey.

«La relación de los crímenes de Rosa Samaniego, dice un historiador, helaría la sangre en las venas de un bandido americano. Es una intemperancia de sangre y de horror que causa espanto.

Él, ha ensangrentado el lecho de los ríos, las piedros de la calle, los árboles del bosque, el fondo insondable de la tremenda y criminalmente célebre sima de Igúzquiza; él, ha asesinado por la mañana, por la tarde, por la noche, en pleno sol y en plena sombra; él, ha deshonrado é infamado antes de matar; él, ha escupido el veneno, la baba asquerosa de sus cínicas pasiones sobre el pudor de las mujeres, que pasaban desde su lecho al fondo de la sima. Los crímenes nocturnos de la Torre de Nesle son juegos inocentes en parangón con sus hechos.»

En un manuscrito dice una persona del país:

«.....facultado para castigar el espionaje, á pesar de que tal facultad ya se la había abrogado desde un principio, veía espías hasta en las montañas más retiradas, en los caminos públicos, en las casas particulares, y en cuantos sitios había habitantes; apaleaba, mataba y arrojaba á la sima á cuantos le parecía, sin respetar sexos, clases ni edades, haciendo desaparecer del contorno hasta los mendigos.»

»Comienza á oirse el triste susurro de la sima Igúzquiza y de los nefandos crímenes que en su seno oculta, y aunque eriza los cabellos la impresión que

causa, nadie se atreve á lanzar un grito de reprobación... En ella sepulta hombres y mujeres, jóvenes violadas casi en la boca de la sima y en sus postrimerías, y niños inconscientes: rodéase de ejecutores como el tristemente célebre *Jergón*, y aumenta de día en día su fatídica fama.»

»Sea ciego ejecutor de órdenes superiores, ó bien que á ello le impulsen sus sanguinarios instintos, sentencia sin apelación y ejecuta sin duelo allí donde ve un ser viviente que cree enemigo de la santa causa que hipócritamente defiende. No puede precisarse ni aun calcularse el número de sus víctimas, porque el terreno que ocupa ha sido un desierto para los demás...»

COMENSAL DE DON CARLOS

¿Qué merecía un hombre que obraba así? El patíbulo mil veces. Pues en el carlismo esto le facilitaba el ser recibido familiarmente á la mesa por don Carlos.

En una carta que corrió por la prensa en Noviembre del 73, hallamos los datos siguientes sobre los dos:

«En la corrida de novillos que tuvieron en Estella el 4 de Noviembre para celebrar los días de su rey, fué cogido por uno de los bichos el cabecilla Rosa, el hombre más abominable que ha producido el género humano y á quien don Carlos utiliza para sus venganzas, al par que le distingue y obsequia.

Cuéntanse hechos atroces de este miserable que ha dejado en mantillas al cura Santa Cruz y á su guardia negra.

Cuantas personas han estado en Estella desde que la ocupaban los carlistas, saben que Rosa Samaniego es el encargado de quitar de enmedio á los infelices que tienen la desgracia de caer en el desagrado del

Pretendiente ó de los fanáticos partidarios del absolutismo, pero de la manera más trágica que se ha visto jamás.

Por la cosa mas insignificante, por el más leve indicio de que pueda entenderse con los enemigos, la persona que es delatada cae bajo la jurisdicción de ese malvado, que al punto se encarga de ella, y atándola de pies y manos la asesina á puñaladas, gozando muchas veces en martirizarla bárbaramente.

Creyendo que este medio no daba todavía buen resultado, adoptó otro, el que sigue á vista y paciencia y aquiescencia de todos los carlistas habidos y por haber.

Hay cerca de Estella una sima llamada de Igúzquiza, y allí conduce Rosa con su gente á los infelices que son delatados, ó que se le señalan por cualquier personaje que quiere satisfacer una venganza; y poniéndolos al borde de aquél precipicio, los entretiene con chanzonetas terribles, y cuando están descuidados les dá un empujón y caen en el abismo.

Entre las infinitas personas que han sido asesinadas de esta manera infame, figura una joven de 18 años, acusada de haber llevado tiempo hacia un parte á las tropas liberales.

Teniendo yo mis dudas de que estos actos tan horribles fueran ciertos, por más que los había oido á personas respetables dignas de crédito, pregunté á un joven de Bernedo (Alava) que se habían llevado por fuerza los carlistas agregándole al tercer batallón alavés que manda un tal Montoya y que al fin pudo fugarse, cuyo joven me dijo: «Puedo asegurar á usted que todo es cierto, y que yo mismo he visto tirar á un pobre hombre que iba vendiendo tabaco, por que le acumulaban que era un espía, al que le preguntó Rosa: «¿Tú sabes jugar al mus?», y al contestar temblando «sí señor, algo», replicóle empujándole á la sima: «Pues ahí abajo encontrarás quien juegue contigo.»

Los que conocen los antecedentes de este bandido, digno partidario de tan aborrecida causa, no extrañan sus crímenes, porque toda su vida ha sido lo mismo. Habiendo estado en presidio, iba á ser sentenciado de nuevo, pero pudo escapar y hacerse jefe de una partida, siendo muy considerado en la actualidad entre los carlistas.

Puedo asegurarle á usted que en la corte del Pretendiente pasan cosas tan criminalmente originales como en la Corte de los Milagros que nos describe Víctor Hugo.»

Pirala, que en su historia de la segunda guerra no juzga á los hombres del carlismo con la merecida dureza que á los de la primera, dice hablando de Rosa.

«Mandaba de 40 á 50 hombres, y *se le comisionaba* siempre que había que hacer una atrocidad.

Falto Rosa de instrucción y talento, y sin haber tenido aún ocasiones de acreditar su valor, había prestado al principio buenos servicios á la causa carlista deteniendo á los confidentes enemigos, para lo que tenía rara habilidad, tratándolos con rigor implacable, y cometiendo con ellos actos de horrible crueldad que él consideraba como de justicia.

No podemos detenernos en este triste personaje, y aunque no consignamos cuanto en su contra se ha dicho, con evidente exageración (¡y plegue al cielo pudiéramos probar, en obsequio á la humanidad, que eran falsos cuantos crímenes se le han atribuído y exagerado el número de sus víctimas!) no debemos omitir, por ser documento oficial, el extracto de las diligencias instruídas para averiguar los crímenes por Rosa cometidos. Podrán adolecer de defectos, pero nada conocemos hasta ahora más aproximado á la verdad, ó que merezca mayor crédito por su carácter oficial y la naturaleza de muchos de sus declarantes. (Se refiere al extracto del proceso á que en otro lugar aludimos.) Después añade:

«Nos dice un amigo nuestro, distinguido coronel carlista lo siguiente:

«Cuentan que tenía una sima en la que arrojaba vivos á sus prisioneros, y hacen subir á un número fabuloso el de los arrojados; creo que hay exageración en esto; pero la existencia de la sima y que ha lanzado algunos en ella, es una verdad que yo averigüé interrogando al cura de Murillo (valle de Yerri), que hoy es capellán de artillería y antes lo fué de su partida, y me dijo que era cierto: que se habían arrojado muchos á la sima, *pero que todos lo merecían*: que él los había confesado antes y sabía lo que habían hecho. Es necesario tener en cuenta *que el capellán y el partidario* son dos tipos que se parecen mucho.»

DESCRIPCIÓN DE LA SIMA

Pirala le consagra estos renglones:

«Hemos visitado la sima de Igúzquiza, á unos cinco kilómetros de Estella, y aun prescindiendo de la prevención con que se la mira, ella en sí es repulsiva.

Habiendo unos 240 metros desde la embocadura hasta llegar al agua, el que á la sima se arroja no puede caer perpendicular por la multitud de peñascos salientes de las paredes, verdosos, húmedos, escurridizos, en los que la víctima no puede encontrar un asidero, sino un tormento á su agonía, porque sin el tiempo suficiente para concebir una esperanza de salvación, no bien empieza á vislumbrarla, cuando se escurre rápidamente á otro peñasco á vislumbrar otra esperanza y ver una triste realidad, experimentando una agonía horrible, una muerte feroz, inhumana.»

Completaremos el cuadro con otra descripción más detallada de aquella tumba de tantos mártires.

«La célebre sima se halla como á unos diez minutos de marcha del pueblo de Iguzquiza, de unos cuarenta vecinos, cerca del cruce de las carreteras que desde Logroño y Vitoria conducen á Estella. La boca de la sima mira á las Amescoas y está en terreno elevado al pie de una altura que tiene al Norte en medio de un desprendimiento de tierras. La entrada por el Este es suave y se llega facilmente al borde, lo mismo á pie que á caballo, por dos pequeñas rampas.

La boca tiene una abertura de cinco metros de longitud por tres de latitud. En uno de los bordes existe un roble, no grueso, inclinado sobre el abismo, y á cuyas ramas, así como á la maleza que crece al pie, se asían algunos desgraciados para no caer en las profundidades de la sima, adonde eran al fin precipitados por los sicarios del bandido Rosa, lanzando sobre ellos gruesas piedras.

Cuando se arroja un cuerpo pesado por la boca, obsérvase que á unos cien metros de profundidad choca en una meseta resbalizada, donde salta, y luego se oye un segundo ruído lúgubre producido por agua, y varios ecos, que parecen decir: «hermanos, dejadnos tranquilos, pero rogad por nosotros.»

Aunque se creyó que terminada la guerra el gobierno mandaría explorar aquella catacumba donde están sepultados más de 400 víctimas del sicario defensor de la religión, no se ha hecho.

La sima apenas era conocida más que por los habitantes de los pueblos próximos, hasta que el bandido-cabecilla le dió la triste celebridad que hoy tiene.»

Horroriza leer esto.

Rosa Samaniego, como todos los criminales de su laya, era un cobarde; apenas sostuvo encuentros con las tropas; no se le vió nunca en el puesto del peligro; dejaba á sus gentes en él y se quedaba á reta-

guardia, cuando no se colocaba á gran distancia. Su miedo aumentaba prodigiosamente ante el solo nombre del *Cojo de Cirauqui*.

LOS PROTECTORES DE ROSA

En Septiembre de 1875 Rosa se vió obligado á abandonar su partida; su cobardía en la acción de Biurrum había indignado á los suyos; además varios carlistas importantes pidieron su destitución á don Carlos, y éste no pudo sostener por más tiempo á su querido amigo.

Huyó el criminal á Francia, y doña Margarita, esposa del que lo había utilizado para satisfacer pasiones miserables y rencores de rufián, le socorrió y lo recomendó eficazmente á los legitimistas de Bélgica. Y estos *dilettantis* del bandolerismo, estos gomosos del crimen lo acogieron y atendieron durante algún tiempo, distinguiéndose las señoras católicas en tan hermosa y sublime obra de caridad.

Para el partido católico aquél infame asesino era un héroe, siendo así que, comparados con él José María, Diego Corrientes, Jaime el Barbudo y los siete niños de Écija, tenían derecho á que les erigiéramos una estatua por valientes, por nobles, por honrados...

Y es que en el carlismo (con raras excepciones) todos son iguales. Todos, sí. De no serlo ¿cómo habrían consentido que el asesino comensal de don Carlos obstentase el grado y llevase el uniforme de teniente coronel de caballería? ¿Cómo nadie se atrevió á arrancarle aquellas insignias que deshonraba, ó se arrancó las suyas por no figurar como compañero de aquel hombre, espuma asquerosa del mar del crimen? ¿Cómo no hubo siquiera un carlista que rehusara sentarse á la mesa de su rey, sabiendo que

el bandido aquel se había sentado? Fuese por servilismo ó por falta de valor, todos los que transigieron en Estella con el favorito de don Carlos, quedaron igualmente deshonrados.

MÁS VÍCTIMAS

Y ahora vamos á terminar.

En el *Folleto 4.°* insertamos parte del extracto del proceso formado contra Rosa Samaniego y consortes. A continuación van los hechos criminales que también figuran en el proceso, y que dejamos de publicar allí por falta de espacio:

«Javiera Lastra, Jerónimo Gómez, don Cándido García, Genaro Berraondo, doña María Munariz y don Angel Echarte, á los fólios 40, 44, 45, 49, 59 y 65 respectivamente confirman lo dicho por los anteriores y manifiestan haber oido referir otros crímenes: siendo muchos más los testigos que declaran también saber por referencia, que Rosa y su partida son el terror de las gentes del pais por los horrorosos hechos que cometen, sirviéndose de la ya citada *sima* para arrojar á ellas sus víctimas.

Don Gonzalo Pereira y Carasa dice, al fólio 8, que detenido por los carlistas como supuesto agente del Gobierno, fué conducido á la cárcel de Estella, donde se encontraban otros presos.

A las tres de la mañana del día de San Lorenzo le sacaron de la cárcel, en compañía de un muchacho de Tafalla de unos quince años de edad, de una joven de Barbarin y de dos hombres, uno de la provincia de Burgos y otro de la de Alava.

Conducidos por algunos individuos de la partida de Rosa á la sima de Igúzquiza, les hicieron sentar á la inmediación, trajeron un sacerdote, y después que éste confesó á las cinco, hicieron poner al muchacho

de rodillas al borde de la sima y de espalda á ella.

Uno que hacía de jefe, y se titulaba teniente, le preguntó quién fué el hombre que le dió el parte; á lo cual contestó el muchacho que no le conoció porque era de noche, y que le había llevado al general porque le amenazaron; entonces *Jergón* le dió un bayonetazo diciéndole: «ahí tienes el pago», cayendo el muchacho al precipicio», seguidamente colocaron á la joven en igual posición y sin dirigirle pregunta alguna, se acercó al cabo Raton y asestándole un bayonetazo al pecho, la arrojó á la sima. Al declarante y á los otros dos hombres, después de amenazarles con la misma muerte si no hacían las confesiones que les exigían, les volvieron á la carcel de Estella, de la cual salió el Vicente algún tiempo después en libertad.

El testigo José María Amado, fólio vuelto, abona en parte esta declaración, pues afirma haberse encontrado en la carcel de Estella con el abogado don Gonzalo Pereira.

Por último, manifiestan algunos testigos que Rosa llevó á cabo varios de los hechos referidos por orden de los jefes carlistas, y hacen constar la entrega á este partidario y á los individuos que mandaba, de los presos de la cárcel de Estella, que eran conducidos al sacrificio; prueba que, ó se hacía por orden de aquellos ó al menos con su conocimiento.»

Y ahora preguntamos de nuevo:

¿Quién era más miserable, más canalla, don Carlos que utilizaba para sus venganzas á Rosa Samaniego, ó éste que le servía? Indudablemente don Carlos. Entre un juez inicuo y un verdugo cruel, todas las ventajas están de parte de éste.

Y vamos con otro que, si no alcanzó tanta celebridrd como los anteriores, tenía excelentes condiciones para ello.

EL SECO DE LAS PARRAS

Los nombres de Savalls, Santa Cruz, Rosa Samaniego, Cucala, figuran en primer término como criminales en los fastos de la segunda guerra. Bien merecida tienen su fama, mas no vamos por esto á amenguar la que corresponda á otros bandidos de segunda fila, digámoslo así, que florecieron para gloria del carlismo y deshonra de la humanidad.

Uno de estos criminales de segunda fila (para capitanes los quisieran las cuadrillas de facinerosos de primera) es indudablemente Nicolás Carceller (*Seco de las Parras*.

Segun uno de sus biografos, antes de la guerra era *dulero*, esto es, encargado de cuidar á los animales del ganado caballar ó mular, que sin servir aun para el trabajo, salían de sus cuadras al son del cuerno y la trompeta á vagar y pacer por valles, montes, hondanadas y barrancos. ¡Cuán fácil no es pasar de la custodia en despoblado de ciertos animales á la dirección y cuidado de los carlistas! Pues esto hizo el bueno de Carceller: dejó de ser *dulero* y se metió cabecilla; abandonó á los animales de carga y fuese en busca de la gente de boina.

Complicado en un robo, tenía una causa abierta en Castellote cuando acertó á pasar por allí el 7 de Mayo una partida carlista al mando del cabecilla Ejarque, apreciable defensor de la religión recien salido de presidio, y ¡qué mejor ocasión y mejor compañía para el *Seco*! Se presentó á él después de desvalijar varias casas á pretexto de buscar armas, y merodearon juntos durante algun tiempo por los pueblos vecinos. Disuelta al poco tiempo la partida por efecto de una monumental paliza de las tropas liberales al mando del teniente coronel de Carabineros

don Juan Arjona, la mayor parte de sus héroes se presentaron á indulto. El *Seco* lo hubiera hecho también de buena gana, pero se lo impidió aquella cuentecilla pendiente con el juzgado de Castellote.

Anduvo errante por aquellos pueblos robando lo que buenamente podía, hasta que, presentándose á Gamundi, fué nombrado sargento segundo de su partida.

Al poco tiempo formó por su cuenta una partida de 30 á 40 facinerosos, se eligió á sí propio oficial y pidió permiso para quedarse en aquel distrito con su ronda de Alcañiz, que tal título dió á su cuadrilla, y desde el primer instante comenzó á perpetrar atropellos, exacciones, asesinatos y fusilamientos en las personas indefensas que caían en su poder.

Relataremos á la ligera alguna de las hazañas que le acreditaron de perfecto carlista.

Al trasladarse un teniente de infantería de Alcañiz á Zaragoza, en un sitio denominado la Estanca, y en presencia de su señora y un niño de cinco años, le dió muerte el *Seco*, aun después de haberle pedido el niño de rodillas que no fusilara á su papá.

Tuvo á una mujer de Castellote por espacio de una hora presa en la casa de la Villa para emplumarla. Al saberlo las personas más caracterizadas del pueblo, se presentaron á él, y desoyó á sus súplicas. No contento con esto, sacó al padre de aquella infeliz á unas eras en unión del secretario para fusilarlos; mas por intercesión de todo el pueblo, desistió al fin de su empeño.

A un mercader que pasó por Castellote á comprar ganado, le quitó un mulo que valía dos mil reales y todo el dinero que llevaba, y á media noche hizo que lo fusilaran arrojando su cuerpo á las llamas.

En Ejulve, á donde fué destinado con su ronda para que las tropas del gobierno no pasaran ningún pliego á las columnas, dejó completamente aniquilados á los vecinos.

En Agosto del 73 se llevó los quintos pertenecientes á aquel sorteo y los de las reservas posteriores, ó sean los de 73 á 74 y los de 74 á 75 de todos los pueblos circunvecinos, prendiendo en su defecto y llevándose en rehenes á los padres, hermanos ó parientes más próximos.

A un paisano masovero del término de Morella le encontró nn pliego, y lo fusiló en el acto, quemándolo después con la balija.

Al hermano de un hojalatero, llamado Onofre, de Alcañiz, lo pasó por las armas sin darle ni aun tiempo para confesarse.

Hechos de esta clase los tiene á montones el *Seco* en su grandiosa historia carlista, que terminó presentándose cobardemente en Ginebrosa al gobernador militar de Teruel, quien, por razones que ignoramos, no hizo á la humanidad el favor de eliminarle en el acto.

Este y otros criminales por el estilo, eran considerados en el carlismo como de segunda fila. ¡Lo que hacen la abundancia y la calidad!

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 30

COMIENZOS DE LA GUERRA EN 1833.—LOS CONVENTOS.—FORAGIDOS Y ASESINOS.—FRANCISCANOS HACIENDO CARTUCHOS.—ROBOS EN BILBAO, VITORIA Y OTROS PUNTOS.—OBISPOS FACCIOSOS.—CURAS ENERGÚMENOS.—FRAILES DE ARMAS TOMAR. MONJAS QUE ALBERGAN PARTIDAS.—CARLISTAS EN PALACIO.—TALLERES DE SASTRERÍA EN LOS DOMINICOS.—PROCACIDADES Y EXCITACIONES EN LOS PÚLPITOS.—CURAS Y FRAILES POR DOQUIER.—ROBOS Y ASESINATOS POR TODAS PARTES

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCIÓN

Los carlistas se desatan á diario contra el iberalismo, al que culpan de los males que la nación padece.

Los únicos que no tienen derecho á quejar-se son ellos; primero, porque sin las guerras que han promovido, el sistema liberal hubie-ra podido desarrollarse en condiciones bien distintas; y segundo, porque los carlistas han contribuído como los que más á los males que todos lamentamos.

En los tiempos anteriores á la revolución de Septiembre en que el palacio de la plaza de Oriente estuvo pervertido y el Parlamen-to fué venal, los carlistas participaban muy tranquilamente de las prostituciones de aquel Palacio, tomaban asiento en aquel Parlamen-to, disfrutaban los más pingües destinos é iban á besar la mano á la hija de aquel cana-lla coronado que se llamó Fernando VII.

De los carlistas que alcanzaron después más autoridad con Carlos VII, citaremos úni-camente algunos de los que con doña Isabel fueron ministros, altos funcionarios y diputa-dos ferozmente ministeriales, los Nocedal, Te-rada, Canga Argüelles, Villoslada, Tamayo y Saus, Lirio y otros; así como muchos genera-les, convenidos y *no convenidos* que, renun-

ciando á su antigua bandera, entraron al ser vicio de la dinastía borbónica y ayudaron á todos los gobiernos reaccionarios á esterminar liberales, como Urbiztondo, Fulgosio, Latorre, Martínez Tenaquero, Zaratiegui, Villarreal, La Jara, Cuevillas, Vargas, Pozo, Cevallos, Cabañero, Rada, y hasta los brigadieres Polo y Arnau, cuñados de Cabrera; con otros muchos.

Precisamente una de las causas que más contribuyeron al descrédito de aquel reinado, y á provocar y sostener la reacción moderada y unionista contra los liberales, fué el elemento carlista y neo católico que lo invadió todo, desde el prostituído Palacio hasta los últimos empleos de la administración.

El famoso padre Claret, confesor *obligado* de la reina, había sido *trabucaire;* el P. Cirilo arzobispo de Toledo, ministro del Pretendiente Carlos V; La Fuente, el auditor de la Rota director de la *Gaceta de Oñate*; Sor Patrocinio era instrumento de los neo-católicos, hasta el rey consorte era carlista, llegándose á asegurar que fué cómplice en lo de San Carlos de la Rápita.

De modo que de la prostitución de aquel Palacio, de la venalidad de aquellos Parlamentos y de la corrupción de aquellos gobiernos, fueron cómplices y copartícipes los hombres más influyentes del carlismo.

LA PRIMERA GUERRA

OCTUBRE DE 1833

El 29 de Septiembre de 1833 murió Fernando VII, y el 3 de Octubre estalló la insurrección. No quisieron los carlistas aguardar siquiera á que se enfriase el cadáver de aquél gran infame.

Para dar una idea de lo minado que tenían el terreno (como ahora); el apoyo que le prestaba el clero (como ahora); la rabia y ferocidad de que estaban poseídos (como ahora), no hemos ido solamente á buscar datos en los historiadores que de la guerra tratan, y que suelen desdeñar por insignificantes los más preciosos; hemos ido á buscarlos con preferencia en la prensa, sobre todo en la *Gaceta Oficial* donde al pormenor se relatan los hechos; trabajo que no creemos qne nadie se haya tomado hasta el día, y que creemos de gran utilidad para que, no sólo se disculpe, que eso es poco, se justifique el que más tarde, cansado el pueblo de ser explotado, vendido y asesinado, se permitiese el pequeño desahogo de eliminar unos cuantos de aquéllos que de tan descarada y vil manera lo escarnecían y asesinaban.

Y dicho esto, prosigamos:

Día 2 de Octubre.—El superintendente general de policía de Madrid tuvo noticia, y así lo comunicó al gobierno, que «*varios conventos de monjas*, á pesar de su pobreza, contribuyen con su contingente á sostener la rebelión facciosa.»

En vista de esto, convengamos en que la quema de algunos (muy pocos) conventos, fué injustificada.

El canónigo de Burgos, don Juan Miguel de Echevarría, se pone al frente de los batallones realistas de Trías.

Véase, por la narración que hizo la Diputación general de Vizcaya, cómo inauguraron los carlistas la guerra:

«Se abstiene la Diputación de bosquejar el horroroso cuadro que ofrecían unos foragidos que ansiaban por asesinar á sus magistrados y funcionarios superiores... Toda la clase propietaria y mercantil de la villa de Bilbao se ha visto ultrajada por una parte del populacho, que por los medios más violentos ha exigido cerca de TRES MILLONES de reales, *después de haberse apoderado de cuantos* fondos existían en las cajas públicas.»

«Es bien sensible tener que manifestar que *el clero secular y regular* se ha valido de todo el influjo que le presta su sagrado ministerio, abusando de la manera más escandalosa del campo y de los artesanos... Los vizcainos armados obran solo por el impulso *de los eclesiásticos*; de sencillos los han convertido en fanáticos...

«Parece increible que *los religiosos del orden de San Francisco* se hubiesen diseminado por toda la población rústica, incitándola á la rebelión con las más groseras imputaciones, y que después de haber convertido *en arsenal su convento y fabricado con sus propias manos más de dos millones de cartuchos,* se hallen muchos de estos mendicantes entre los rebeldes con las armas en la mano.»

Me confirmo en la idea de que no debieron quemarse los conventos que á tan santos é industriosos varones albergaban.

Día 4.—Los voluntarios realistas entran en la ad-

ministración de Rentas de Orduña, arrancan por la fuerza al administrador, que se hallaba enfermo, las llaves de las cajas, y se llevan cuanto había en ellas, consistente en unos 7.000 duros.

Día 6.—Aparecen en Calatayud unos pasquines carlistas que decían:

«*Aviso al público.*—Fieles realistas, con todos hablo: defenderéis á nuestro rey el infante don Carlos, que lo ha de ser bien pronto, y diréis que muera la reina, que quiere la República, que es una traidora para los españoles.»

Aviso á la religión cristiana.—Amados y queridos realistas: favorecer á nuestro infante don Carlos, que ese es el que nos ha de valer: la reina no piensa más que en p... y perder á los voluntarios realistas; matarla cuanto antes se pueda.»

«Muy señor gobernador: esta se dirige para decirle á usted que no hay que tener tanto orgullo, porque se le cortará la cabeza, por ser un traidor para sus voluntarios realistas; y también advierto que dejará usted la ciudad cuanto antes, porque si no se va á emprender un fuego, que no va á quedar casta de ustedes, traidores á la religión y al rey.»

Los carlistas, como se ve, presentáronse desde luego como son: asesinos y ladrones, pero muy religiosos.

Día 7.—Se pronuncia en Logroño en favor de don Carlos el comandante del batallón de realistas (en todas partes los voluntarios realistas, lo cual prueba que el carlismo no es más que el absolutismo), se apoderan de doscientos cuarenta fusiles depositados en el ayuntamiento, cometen desórdenes graves y conminan con la muerte al que no los siga ó les niegue los exorbitantes pedidos de metálico y y efectos que hacen.

El mismo día se sublevan los carlistas en Vitoria; asesinan al hermano político del primer diputado

general, difunden el terror por todas partes y convierten aquella ciudad en una «caverna de facinerosos, en una horda de tigres, que desacreditarían la causa más legítima». En su conducta no había más que furor, depravación, rencor, venganza y toda la furia de las pasiones.» (Esposición de la Diputación general alavesa.)

Día 16.— *El capitán cajero (carlista por supuesto)* de uno de los cuerpos de Extremadura, se fuga con los caudales que guardaba, y va á dar con ellos en el campo faccioso.

Dia 17.—Roban los facciosos todos los caballos de posta y los particulares desde Aranda á Burgos.

Día 18.—Una partida carlista roba armas, caballos y dinero en Ausejo (Soria).

Día 19.—El *prior* del cabildo eclesiástico de Roncesvalles entrega al cabecilla Eraso dos mil duros de la corporación para el servicio de don Carlos.

Día 20.—Entra la facción del *cura* Merino en el Burgo de Osma y roba cerca de un millón de reales, pólvora y caballos.

Día 21.—Imponen los jefes carlistas en Bilbao multas á los comerciantes é industriales desafectos, reuniendo algunos millones.

—En Victoria roban los fondos de los establecimientos de beneficencia, de los depósitos, de las administraciones y de la ordenación militar.

Idem.—Dijo al gobierno el superintendente general de policía:

«Los realistas, seducidos por sus jefes y comprados con *el oro que prodigaban los conventos*, trataban de salir de Madrid; que se nota la falta de *muchos religiosos* de los conventos de esta corte, y que según noticias los frailes de Bilbao eran los empleados en hacer cartuchos para las facciones, siendo *todos*

s individuos del clero secular y regular de aquella rovincia los más frenéticos para conmover el país. Estos actos piadosos debieron haber retraído al ueblo de efectuar la matanza y quema susodichas.

—*El clero* de Burgos era el que sostenía el espíitu de rebelión en la provincia. *Los canónigos* fugaos de la ciudad eran los jefes de las Juntas facciosas e Belorado, Encanollas, San Millán de la Cogulla y anto Domingo de Silos. *El clero* era el intermediaio para todas las comunicaciones de las partidas.

Día 22.—En la acción sostenida contra la facción e Lardizabal, iban con éste *cuarenta y cinco curas árrocos*, y en el botín que abandonaron en la huída e recogieron casullas, sotanas y otros objetos de ulto y vestuario.

Día 23.—*El cura* Merino y demás cabecillas paaron una circular para que se *robasen* todos los caallos é imponiendo pena de muerte á los que dieen cuenta de ello.

—En la *Memoria* presentada por el Ayuntamiento e Santander sobre los sucesos carlistas de dicha caital, se lee:

«Algunos eclesiásticos cambiaron la estola por el able, y con el Cristo en una mano y el puñal en la tra, provocaban á *nombre de Dios* la sedición y el desrden, sin que por desgracia hubiere quien castiga-a estos excesos de un modo ejemplar»...

En la *Memoria* que en el mismo mes presentó la iputación de Vitoria, se lee:

«...ha llegado la audacia y furor de esta gente soez desvergonzada hasta tal punto, que tuvo que salir el iismo comandante general á reprimirla. ...El día de an Carlos agravaron su conducta con la repetición e los desórdenes de la noche anterior, el allanaiento de honrados padres de familia...»

—Los *curas* de Santo Domingo de la Calzada faci-

litaron cuarenta caballos á la facción de Cuevilla que se llevó de fondos municipales veinte mil duro

—Extracto de los datos adquiridos por el comar dante general de Cuenca sobre los trabajos de Junta carlista de aquella provincia.

«El *obispo*, por segunda oferta, *cincuenta* mil rea les y la pastoral comunicada á los curas, que tiene *dos mil seiscientos ochenta armados* en la provincia

«Los concurrentes á estas juntas en que se rec lectaban hombres y dinero para la causa de don Ca los, eran los *canónigos* Batanero, Salazar, Gambo Cortés, Perdiguero, Peral, Trúpita, Vela, el *mae tre escuela* Galíndez, *Doctoral*, *Provisor*, *Magistra Dean*, *Arcediano*, *Penitenciario*, el *padre* Felipe Ca tro, el *cura* que fué de Sisante y el *Abad* de San tiago. (Comunicación del capitán general de Castil la Nueva al gobierno en 26 de Octubre de 1833.)

Día 28.—El jefe de policía de Madrid al gobiern

«Todos los partes hacen mención de un suceso, más criminal y escandaloso que puede imaginarse, es que en la tarde del 27 se vieron salir tiros de l ventanas del *convento de Santo Tomás*. Alguno as gura haber sucedido lo mismo en el de *San Felipe*, es común la opinión de que en *San Francisco* h muchos realistas refugiados, que hasta de frailes l visten para hacerlos salir de Madrid; y que tanto este convento como en los dos que quedan menci nados y *en el de la Merced*, además de los realist que tienen escondidos, se encuentran depósitos armas.»

«Ayer hubo una gran reunión de carlistas en *Noviciado de los Jesuitas*. Se trató en ellos de leva tar los barrios sobornando la guarnición y *asesina* las personas que están á la cabeza del gobierno al trar ó salir de sus casas, y escribir á los prelados d *cesanos para que hiciesen valer sus prestigios con* pueblo para que el levantamiento fuese simultáne

Váyanse tomando datos para condenar como se merece la matanza de frailes, realizada más tarde, aunque en proporciones harto modestas, por el paciente y sufrido pueblo español.

De un documento oficial publicado en Octubre de 1833:

«Varios oficiales sin crédito, sin carrera, sin conveniencias y sin honor, seducen á los incautos y se presentan en los pueblos indefensos á pillar el dinero del erario y de las bulas y mantenerse á costa de los vecinos, al modo mísero que las cuadrillas de ladrones.»

NOVIEMBRE

Día 4.—La policía vió cartas en las que se decía que *el clero* de Valladolid estaba en muy mal sentido contra la regente Cristina.

Idem.—En el parte de la policía de Madrid al gobierno se encuentra una noticia curiosa; esta:

«En las tabernas de los barrios bajos no se habla de otra cosa que de la *aparición* de Fernando VII en el Escorial, con cuyo motivo se profieren expresiones indecorosas á la majestad, y parece no cabe duda que esta voz habrá nacido de la mala fe de algunos de los habitantes del Escorial.» (Los frailes.)

Idem.—El comisionado especial de policía de la Mancha, pide el relevo del corregidor en Ciudad Real, pues «el actual no parece en estas circunstancias ni sirve para el caso; así como los del intendente y el auxiliar de correos. Todos estos sujetos y *los frailes* y *clérigos*, propagan las noticias más desbaratadas y falsas, abultan el número de los facciosos de las Vascongadas, suponen gruesas partidas donde ninguna existe, y aun hacen creer á la gente que van á desembarcar rusos. En fin, es un escándalo lo que pasa.»

«En Infantes es de necesidad *sacar el vicario* por de pronto, pues es *un verdadero energúmeno, centro* de toda la conspiración de la Mancha Alta.»

Idem.—Para celebrar el santo de su *rey* los carlistas de Vitoria se condujeron segun expresan las siguientes líneas de una memoria de la Diputación alavesa:

«Fueron terribles los ataques que dieron á la Tesorería de la provincia, como á las demás arcas de fondos públicos; se reclamaron sumas cuantiosas, se propusieron empréstitos forzosos, se promovieron toda clase de exacciones.

Cien hombres atacaron la casa del tesorero, con ánimo de llevarlo todo á sangre y fuego. Después de muchas negociaciones y discusiones con la Junta legítima, los carlistas se contentaron con cinco mil duros.»

Idem.—En la glorieta de las Delicias, (Madrid), tres paisanos obligaron á un trabajador que regresaba del canal á que diese vivas al infante don Carlos, *pegándole un navajazo* porque los dió con frialdad.»

—El capitán general de Castilla la Vieja pone en conocimiento del gobierno, que ninguno de los muchos curas que había en León quiso encargarse de predicar la oración fúnebre en las exequias de Fernando VII.

Día 6.—El capitán general de Castilla la Nueva al gobierno:

«Las autoridades de muchísimos pueblos no merecen, ni deben ni pueden merecer la confianza del gobierno. Estas autoridades eluden, entorpecen, enervan el curso de las operaciones, y de este modo ratero y mezquino, desobedecen en realidad lo que afectan adoptar ostensiblemente. En principio general, hay vehementísimos indicios de que estas autoridades conceden licencia de caza á personas que no deben tenerla, puesto que el objeto es mantenerlas

armadas con uno y otro pretexto, para que puedan seguir sus planes de insurrección.»

Idem.—En la acción de Mieres cayeron heridos *seis curas.*

—La mayor parte de los oficiales de la facción Villalobos *eran curas.*

Día 7.—Noticias de la policía de Madrid:

«En el ministerio de Gracia y Justicia son muchos los afectos al infante don Carlos, razón por la cual se hacen públicas intempestivamente las providencias del señor ministro.»

«Se ha oído en un corro de cuatro personas que se trataba de apoderarse de la reina nuestra señora, en un dia que saliese á paseo sin acompañamiento.»

«Entre los soldados de la tropa de guarnición de esta corte, se habla mucho del cura Merino, ponderando sus fuerzas.»

«Se ha presentado en Alcolea una facción, sacando siete caballos, un reo de la cárcel y una escopeta.»

«Seis carlistas á caballo sorprenden al correo de Burgos, y le roban la correspondencia y los caballos.»

Día 8.—Recibe Cristina una denuncia sobre la conducta sediciosa del *cura párroco* de Narros, provincia de Segovia, incitando á la rebelión á sus feligreses. A la mesonera del pueblo se la acusa de haber instigado á su hijo para que fuese á reunirse con la facción que está formando el tal párroco.

Idem.—Entra por la noche en la villa de Amusco un escuadrón de caballería carlista, se apodera de las armas de los voluntarios realistas acogidos á indulto, se llevan algunos mozos, 1.700 reales del fondo de arbitrios, 18 caballos con monturas, un par de mulas y en rehenes las mujeres é hijos de los voluntarios que no quisieron presentarse.

Idem.—En Alcañices entraron también unos 200 carlistas, llevándose cuanto encontraron.

Idem.—Fué preso don Félix Gómez, *capellán* del obispo de Calahorra, por haberse interceptado en el correo varias cartas dirigidas á él, conteniendo proclamas y folletos carlistas.

Día 9.—El capitán general de Cataluña comunica al gobierno:

«Que el arzobispo de Tarragona anuncia á sus diocesanos que, *aunque la autoridad pública desarme sus brazos, no desarmará sus corazones*, y Á IRA y RENCOR *quedarán todavía demasiados medios de venganza.*»

«No sé que me haya admirado más; si la incorregible desafección de dicho prelado, ó el haber visto en la *Gaceta* de esta capital, bien que no en artículo de oficio, citada con elogio *una pastoral que abre nuevos medios de venganza* cuando se arranquen las armas á los desleales.»

«Son repetidas las exposiciones que he elevado acerca del mencionado *arzobispo y del obispo de Tortosa*; en el ministerio de Gracia y Justicia quedan sin resultado alguno.»

Día 15.—El general Pastors comunica desde Segovia que aquella ciudad está en muy mal sentido *por causa de los eclesiásticos*, y particularmente *del dean.*

Idem.—Talavera encierra en su seno algunos individuos que con el mayor descaro manifiestan su odio y mala voluntad... Entre ellos sobresale el *magistral* de aquella colegiata y *un monje* de San Jerónimo. (Carta de don Luis Bassecourt, publicada en los *Fastos Españoles.*)

Idem.—Se fugó de Villarreal el alcalde primero con ciento cuarenta voluntarios realistas pronunciados en favor de don Carlos, llevándose todos los fondos públicos que había en el pueblo.

Día 16.—Una facción mandada por los que fueron

comandantes de voluntarios realistas en Peñíscola y Torreblanca, sorprendió al capitán don José Paniagua, que venía de Vinaroz con 12 hombres de hacer efectivas unas cartas de pago, y después de robarle unos 50.000 reales, le asesinaron, así como á los de la escolta.

—De la junta carlista de Alcañíz formaban parte el *guardián del convento* de San Francisco y *varios eclesiásticos*, entre ellos *el prior* de San Agustín. Esta junta se apoderó de todo el trigo de los particulares, encerrándolo en la plaza.

—En la acción de Hernani entre la facción Castañón y las fuerzas del general Jaúrregui, quedaron muertos *varios presbíteros*, según el parte oficial.

—Los confidentes que el capitán general de Extremadura tenía en el campo carlista, dieron noticia de haber don Carlos recibido á un francés, emisario suyo que fué á Valladolid para tratar con varios *prelados*, *religiosos* y con el general don José O'Donnell, que se excusó por sus achaques. Que tenía la mayor confianza en el *obispo de Zamora* y *el cabildo eclesiástico* con sus dependientes, que eran casi la mayoría de los habitantes, y en *lo restante del clero y comunidades* de toda la diócesis.»

Dia 17.—En la acción de Santa Bárbara, en que fueron derrotados los carlistas por Jáuregui, murieron *algunos clérigos* que iban con la facción Larrañaga.

Día 19.—Levantan una partida carlista en Calatayud el *cura de Bribiesca*, *Mosen* Esteban Martínez y *el cura* Jerónimo Perales (a) *Ramplin*.

Idem.—Una gavilla de estos salteadores formada en Valencia de Alcántara sorprendió el pueblo de Pino, «causando á sus habitantes,—dice el parte oficial—infinitos vejámenes de robos y heridos.» Estos mismos robaron todas las armas que había en Maja-

das del Sesmo. La Junta carlista allí formada la componían *un canónigo, dos presbíteros y tres frailes*, en unión de otras contadas personas.

Idem.—El capitán general de Castilla la Nueva dirige al gobierno varias observaciones acerca del «mal espíritu de casi todos los corregidores y alcaldes de la provincia de Madrid.»—«*El clero*, dice, se ha declarado abiertamente contra los derechos de doña Isabel, valiéndose de cuantos medios están á su alcance para amortiguar el espíritu público, ya con su inercia, ya con su predicación, y la deserción de los soldados es probablemente *obra de algunos curas y frailes*.

Idem.—Prenden en Madrid á tres lanceros que, seducidos por los agentes carlistas, estaban escondidos para marcharse con la facción, *en el convento de Rivas*. Al dar este parte el superintendente de policía al gobierno, dice que le constaba por diferentes conductos que el prior de aquel convento *era muy malo*. También fué preso.

Quisiera encontrar palabras nuevas para condenar la matanza de los pobrecitos frailes.

Día 20.—Pormenor del parte de la policía de Madrid.

«Cuatro alabarderos y tres coraceros entran en una taberna, y detrás de ellos uno de los vigilantes de policía. Los primeros se esfuerzan en aconsejar la deserción á los segundos, que se escusan con el peligro de ser cogidos; insisten los alabarderos, haciéndoles presente que no lo habían sido los seis que estaban en compañía de Merino, y añaden para animarlos que en el cuerpo de alabarderos *solo diez ó doce* eran afectos á la reina y que los demás eran carlistas.»

Como se ve, los carlistas lo tenían minado todo: autoridades, clero, empleados eran suyos, y á la sombra de esta influencia habían formado una organiza-

ción que hubiera sido invencible á no tratarse de una causa tan aborrecida y odiada.

Es decir, que en 1833 estaban como están hoy. Tengámoslo muy en cuenta.

—Las facciones formadas en la mayor parte de los pueblos de Valencia, se dedicaban á robar y asesinar en los caminos, llevando la consternación á los pueblos, que quedaban sin gente ante el temor que inspiraban.

En Alcala fué asesinado por los carlistas un capitán que conducía dieciocho mil reales para pagar á los militares retirados, de que era habilitado.

Las partidas de facciosos, según los partes oficiales, entraban con el mayor descaro en los pueblos y robaban los caudales de las contribuciones y cuantas armas había, insultando á los vecinos pacíficos y asesinando ó apaleando á los liberales.

En un escrito se atribuían todos estos hechos y el envalentonamiento de los carlistas á la tolerancia del capitán general de Valencia, que mientras sucedían estas cosas daba cuenta de no ocurrir novedad, y se oponía á la formación de milicias urbanas.

Idem.—Entra en Liria una facción de quinientos hombres y roba todos los caudales de las contribuciones, robo que repitieron en casi todos los pueblos de la provincia.

Idem.—Parte del jefe superior de policía de Madrid al gobierno.

«En las caballerizas se profieren con frecuencia espresiones alarmantes y amenazadoras así como igualmente dicterios contra la reina, y á veces en presencia de los jefes subalternos, que afectan no escucharlo.»

«Se sigue declamando altamente en muchas reuniones familiares y aun públicas contra la conducta política del señor ministro de Estado, á quien amenazan con la venganza popular.»

Idem.—Una banda facciosa libertó á cinco compadres suyos, presos en Cazorla por graves delitos. Los reos fugados, se unieron, como era natural, á sus salvadores y compañeros de oficio.

Estado en que se hallaban las tropas de la guarnictón de Cádiz, según una carta escrita al ministro de Fomento por una persona de su confianza:

«Provincial de la Guardia: decidido á favor de la reina.

Provincial de Badajoz: todo él carlista.

Id. de Bujalance: peor que el anterior y su coronel es el jefe destinado por los carlistas para la insurrección que intentan.

Id. Toledo: tiene de todo.

Carabineros de costas y fronteras; no están en buen sentido: los oficiales son carlistas.

El gobernador es lo peor que hay en la península: egoista refinado y sólo amigo del dinero, y permite las reuniones de carlistas expulsados de la corte. El pueblo no tiene tranquilidad, ni la tendrá, mientras subsista ese gobernador tan condescendiente con los carlistas.»

Así termina la relación de su viaje á España y regreso á Portugal el agente de don Carlos, Augusto de Saint Sylvain:

«El día 22 á las diez de la mañana, me hallaba cerca de Castro, pueblo situado á la orilla del Tormes. Mi guía era de parecer que esperásemos á la noche para pasar el río y me propuso que me detuviese todo el día *en un monasterio de Bernardos*. Después supe que *el obispo de León* estaba allí hacía días disfrazado de monje y esperando ocasión favorable para pasar á Portugal á unirse con don Carlos. Insté á mi guía á que fuésemos adelante, y en efecto, media hora después atravesamos el río: no tuve que arrepentirme de haber tomado esta resolución, porque cuatro horas más tarde cada una de las barcas

estaba ocupada por cincuenta hombres del ejército de Quesada. El monasterio que he dicho estaba á un tiro de fusil del río y el comandante de la fuerza se alojó en él. *Los monjes* le convidaron á comer, y *el obispo de León* le preguntó á qué fin se tomaban tantas precauciones. A fin de apoderarnos, contestó el comandante, de un coronel francés agente de don Carlos, que ha entrado muchas veces en España, en donde se halla ahora precisamente; pero esta vez si que no se escapará.»

En efecto, se les escapó á pesar de tenerlo en su presencia, *protegido por los frailes*.

Nunca se condenará bastante aquella horrible, aunque corta matanza, ocurrida después.

Es también notable por lo que dice y por lo que significa este párrafo de un parte del capitán general de Guipúzcoa:

«Ahora que son las nueve de la mañana, recibo con satisfacción por los fugados de Vitoria la noticia de que la aproximación del ejército ha causado un desorden horroroso en la población: que *los euras, agentes y frailes auxiliares* andan desordenados, *robando sus propios monasterios*.»

Insisto en que debió respetarse la vida á tan humildes y pacíficos frailes.

En una exposición que los vecinos de Orihuela dirigieron en Noviembre de 1833 á Cristina, se lee lo siguiente:

«La ciudad de Orihuela cuenta sobre seis mil partidarios de don Carlos, y como por desgracia tiene por gobernador militar y político á don Epifanio Convay, decidido por los carlistas, lejos de aterrarse éstos, crece cada día su orgullo. Tres noches se ha visto el pueblo en el mayor conflicto desde el día 27 de Octubre. Las calles llenas de gente jornalera, convocada por los carlistas, que unida á éstos, cargados todos de armas, hicieron extremecer á los vecinos

que huyeron á los montes para salvar sus vidas, y Convay á nadie prendió.»

«*La numerosa frailería* de Orihuela, *el clero, el cabildo catedral, el obispo y provisor son todos carlinos*, y, sin embargo, se toleran.»

Esto era algo más que tolerancia: era complicidad. Creía sin duda Cristina sostener mejor los derechos de su hijo con los absolutistas que con el esfuerzo generoso y la sangre de los confiados liberales.

Así pagaba aquella buena señora los inapreciables servicios de la lealtad liberal: conservando en todas partes el carlismo en el poder, para que, mientras los liberales derramaban su sangre en el campo, sus familias fueron víctimas en los pueblos del odio feroz de los absolutistas.

De otra exposición dirigida por los vecinos de Orihuela á Cristina:

«El *provisor* de Orihuela, canónigo y arcediano don Juan Castañeda, ha criado á una sobrina que ahora se encuentra en Portugal sirviendo á la esposa de don Carlos, y es carlista de primer orden.»

«*Las dignidades y canónigos* de Orihuela, excepto tres ó cuatro, tienen probada su afección decidida por don Carlos.»

Día 23.—El capitán general de Castilla la Nueva al gobierno:

«También se servirá V. E. llamar la atención de S. M. sobre la necesidad de adoptar lo que fuese de su real agrado para cortar de raíz los males que tanto en Molina como en las demás poblaciones, están por desgracia *causando varios individuos del clero regular y secular*, inclinando á la rebelión con sus consejos y haciendo propagar la guerra civil y la desolación de los pueblos y las familias, de que hay ya pruebas en las facciones.»

Decididamente los inofensivos frailes no dieron pretexto para aquello de la matanza.

En otro oficio pasado por el capitán general de Galicia al arzobispo y obispos de aquel reino, se lee:

«Por desgracia se ha visto que *los eclesiásticos, así seculares como regulares*, de las provincias de Vizcaya y Burgos, con parte de la Rioja, *son* los que han promovido la más escandalosa é inaudita rebelión.»

«Las virtudes que resplandecen en V. I. y en el clero de toda Galicia, me presentan la halagüeña idea de que no participan los individuos del espíritu de aquellos.

El mismo capitán general de Galicia, al dar cuenta al gobierno de dicho oficio, dice:

«Como según todas las noticias y la marcha del pretendiente indicaban algún apoyo en dirigirse á la parte de la frontera de Galicia, *cuyo rico y numeroso clero* le es partidario..., he creído conveniente etc.»

Idem.—El superintendente de policía manifestaba al gobierno: «que en Palacio hay una multitud de empleados desafectos á la reina, tan osados, que hasta en la misma cámara real tienen conversaciones subversivas»; y «que los alabarderos están casi todos dedicados á seducir á los coraceros y cazadores de la Guardia, á quienes *echan en cara que después de recibir 40 reales que* se les dieron (por los frailes) como señal de lo que habían de recibir, nada hacían ahora.»

No quiero que pase más tiempo sin condenar á los que mataron á algunos de aquellos frailes tan buenos.

Día 24.—El asesor de justicia de Vinaroz participa que se toleraba la titulada Junta suprema de aquella localidad, compuesta de *eclesiásticos, frailes* y particulares, establecida y declarada contra la reina.

Idem.—A las doce de la mañana se sublevan de improviso los carlistas de Orihuela, y al tiempo de entrar la tropa en misa hacen una descarga á traición, matando é hiriendo á varios soldados.

Día 27.--Una partida de seiscientos hombres, mandada por el barón de Hervés, recorre los pueblos de Aragón, Iglesuela y otros varios, robando caballos, dinero, pólvora y todo lo que encontraban. En ella iban *dos curas*.

—La que mandaba el cabecilla Montañés y en que iban *cuatro curas*, sorprendió al ayuntamiento de Cretas y pidió, bajo pena de la vida, todos los fondos reales, armamentos, municiones, caballos y dos mil duros en metálico. Robaron la caja del corredor público y se llevaron rehenes.

Día 28.—Registrados en la frontera francesa cincuenta fugitivos carlistas, entre ellos *tres frailes* que huían de Vitoria, se les encontró más de *millon y medio* de reales. Fueron presos y conducidos á Bayona.

Día 29.—En el pueblo de Torre de Mar, prenden las tropas al *cura* de este pueblo y *al de* Quintanilla, que formaban parte de la facción del *cura* Merino.

Curiosas noticias adquiridas y comunicadas al gobierno por don Pío Rodríguez de Vera, sobre el estado de las provincias Vascongadas:

1.ª ¿Cuál es el número de facciosos armados en las tres provincias? *Todos* los batallones de voluntarios realistas en la misma fuerza y pie de organización que tenían antes de estallar la insurrección. Además tienen en Bilbao unos cuarenta caballos *robados* á los particulares y á las paradas de posta; en Guipúzcoa algunas partidas mandadas por *curas* y *clérigos*.

2.ª ¿Qué parte ha tomado el pueblo? El pueblo en Bilbao se mantuvo pasivo y á la espectativa, fuera sólo de los *realistas*, los *frailes* y *muchos clérigos*... La revolución ha sido hecha solamente por algunos realistas, por unos pocos particulares y *el cuerpo en general de eclesiásticos*, seculares y regulares.

5.ª ¿Qué armamento y vestuario tienen? Todo el que tenían los cuerpos realistas, los fusiles que robaron en Vitoria... Treinta vestuarios completos y seguían fabricando los restantes en el taller que han establecido en el *convento de Santo Domingo*.

6.ª ¿Tienen pólvora y municiones? ...*En el convento de San Francisco* tienen fábrica de cartuchos, de donde han salido diferentes carretadas.

7.ª ¿Tienen dinero? En Bilbao tenían en las cajas de la Diputación sobre un millón de reales, y además todos los fondos de correos, bulas y crédito público, que recogieron con premura. Se asegura también que *los conventos habían suministrado fuertes cantidades*.

9.ª Las personas que se han puesto á la cabeza de la facción en unión con *la mayor parte de los frailes*, *curas* y *clérigos*, son el cuerpo de la revolución.

DICIEMBRE

Día 1.º—El capitán general de Guipúzcoa manifiesta al gobierno: «que la educación en las provincias vascas y los *manejos de todos los ministros de paz*, han hecho rebeldes y contumaces á todas las masas del común, á las cuales tienen muy fanatizadas.»

Día 2.—El subdelegado de policía de Avila da cuenta que en Cebreros se celebró el 29 de Noviembre una junta magna de carlistas, á la que concurrieron *los curas* de Navarredondilla, San Juan de la Nava, el *capellán arcipreste* de Hoyos de Pinares y el *prior* de Guisando, para acordar la sublevación en favor de don Carlos.

Día 4.—Entre los fusilados en Burgos por consecuencia de los crímenes y acción de Torrelomar, li-

guraba el *cura* beneficiado de dicha villa, don Nicolás Moral.

Idem.—El vigilante de policía de la calle del Barquillo, participa á su superior que por la tarde vió salir del cuartel á un alabardero, y en compañía de otros tres individuos que le aguardaban, dirigirse al *convento* próximo, donde estuvieron cerca de una hora.

Pocos ¡ay! fueron los frailes que después eliminaron. Sin embargo, condeno el acto como si hubieran sido muchos

Día 5.—D. M. M., prior de la Colegial de Roa, diócesis de Osma, manifiesta al gobierno que don F. L. *racionero* de la misma, se reunió á la facción Merino, y que después de la derrota de éste en Villafranca, volvió á Roa, presentándose al Corregidor y al día siguiente á coro, y celebrando desde entonces como antes, la misa. «Desde luego—dice—no le hubiera dejado entrar, pero aquella población es la más enemiga de S. M. y peligraría la vida del que expone si tal hiciese, motivo por el cual suplica la reserva, y asegura que no comunica esta noticia al gobierno de aquel obispado, porque el *canónigo* don P. D. ha hecho lo mismo que el *racionero*, como también los *presbíteros* don T. R. y don F. C., excitando á la rebelión. Concluye diciendo que *del convento de religiosas* de Domus Dei, de San Pedro Regalado de la Aguilera, á dos leguas de Roa, han salido para la facción *cuatro profesos* y *dos donados.*»

No quiero proseguir sin condenar nuevamente la matanza aquella.

Idem.—En el Consejo de ministros, el de Gracia y Justicia leyó una representación de la Diputación de Vizcaya, señalando en ella como agentes principales del levantamiento de aquella provincia á los *individuos del clero*, y en particular á *la comunidad del convento de San Francisco* de Bilbao.

Si no temiera aburrir á mis lectores ¡con qué vehemencia condenaría la matanza otra vez!

Día 6.—Escriben desde Ciempozuelos, y se hace público oficialmente, que habían llegado á aquella villa los *padres misioneros*, y que una de sus principales ocupaciones era extender noticias alarmantes en favor de la causa carlista.

El capitán general de Cataluña al gobierno:

«Siete cartas interceptadas escritas desde Cervera por un *lector de capuchinos* á los guardianes y otros religiosos de la misma orden de Granollers, Balsareñ, Tortosa, Vich, Sabadell y Gerona, prueban *la ayuda que prestan los conventos y monasterios* á la insurrección carlista.»

A pesar de eso, y no obstante las medidas de aparente rigor que el gobierno aconsejaba al capitán general de Vizcaya y al de Cataluña, todavía no se hacían públicos en la *Gaceta* documentos como la exposición de la Diputación de Vitoria «por el inconveniente de algunas de sus expresiones, que pudieran excitar el odio público *contra corporaciones é institutos respetables*, (las órdenes religiosas y conventos) cuya reputación quiere S. M. se conserve ilesa.»

Aquí sí, aun cuando aburra á mis lectores, quiero desahogarme exclamando: ¡abominación eterna contra los que mataron el 34 y 35 á aquel puñado de humildes y humanitarios frailes!

Día 7.—En el parte oficial de la policía se hace referencia á una carta de Vitoria, en la que se dice que la facción de aquel punto sólo está deshecha en la apariencia, pues mientras exista allí la *Comunidad de San Francisco y casi todos los demás eclesiásticos* de la población, el espíritu público, afecto al carlismo, no cambiará de ningún modo, y se manifestará en cuanto haya ocasión.»

Tampoco paso de aquí sin gritar: ¡Mueran los que mataron aquellos frailes virtuosos!

Día 10.— Recibe el gobernador de Málaga una denuncia, en que se asegura que el día 15 debía estallar una sublevación carlista en Ronda siendo los encargados de dar el grito *los curas*.

Idem.—De una carta confidencial del coronel don Laureano Sanz al ministro de la Guerra:

«En el corregimiento de Cervera también salieron dos canónigos á la arena... Generalmente *los curas de los pueblos son los primeros á salir; si no se les contiene con medidas vigorosas, la contradanza se arma.*»

Día 11.—El barón de Hervés, Carnicer, Enrique, Montanés, Quilez, con otros oficiales facciosos de Aragón, reunidos en número de cien infantes y veinte caballos, dirigiéndose á la sierra, pernoctan en el *convento de religiosas de Monte Santo*, por no creerse seguros en Villarluengo.»

La indignación que siento por la matanza de aquellos benditos frailes, me impide comentar esta noticia en el sentido amoroso y procreativo.

Idem.—Llega á Mirambell una partida de los facineros dispersados en Morella, y después de haber exigido al estanquero el dinero que tenía, pide al Ayuntamiento los caudales de contribución, propios, bulas, etc, y habiéndosele dicho que no había existencias, se lleva presos al alcalde y secretario. Atacada esta partida por fuerzas del ejército, les cogió ocho prisioneros, entre ellos el *fraile cocinero* del convento de Agustinos de Morella.

Día 12.—El coronel de húsares, don Valentín Maza, persigue y derrota una partida carlista dando muerte al jefe. Al reconocer el cadaver de éste y correr por los pueblos la noticia, se produjo un júbilo indecible. El jefe era sencillamente el ladrón más temido en el país, célebre por sus crímenes y su gran devoción religiosa.

Día 13.—La autoridad militar de Navarra dice al

gobierno, que por los concejos de Somorrostro, Sopuerta, Galdamés y Balmaseda vagaba una partida capitaneada por un tal Castor, que aunque de poca fuerza, «sostiene la rebelión, gracias al apoyo de las poblaciones y *muy particularmente del clero.*»

Día 14.—Según comunicación del capitán general de Cataluña, se le presentó el prior de Agustinos Calzados de Barcelona á darle parte de que *cuatro jóvenes religiosos* habían desaparecido del convento disfrazados de paisanos, á uno de los cuales se le hizo ir desde Sanahuja por haberle hallado un fusil y mantener relaciones con el cabecilla conocido por el *Sereno*. A la vez da cuenta de haber preso á *un fraile capuchino* y á *otro dominico* de los conventos de Cervera, por repartir proclamas sediciosas, habiéndose fugado *otros dos capuchinos* al hacer las prisiones, y resultando de las diligencias practicadas que *otro fraile* de Tortosa era el encargado de comunicar las noticias á Valencia.

Cuando pienso en que alguno de estos caritativos frailes pudo caer más tarde á los golpes del feroz populacho, mi mano busca ansiosa el puñal vengador.

Día 16.—El superintendente general de policía pone en conocimiento del gobierno que *la mayor parte de los curas y frailes* de Madrid omiten en la misa mayor la oración *pro regina*, es decir, por la reina.

Idem.—En el pueblo de Llanera, partido de Solsona, se presenta una gavilla de facciosos mandada por un *fraile capuchino*, por *el vicario* de La Llanera y un hermano de un canónigo de Gerona.»

El coronel don Laureano Sanz recibe una carta de Cabas, escrita por don A. Antonio Figuerola, diciéndole:

«Esta canalla tiene la retirada bien segura, porque *todo el clero del obispado de Solsona*, como pri-

meros autores de la facción, cada uno ocultará á una porción, y así es que siempre nos volverán locos; y para probarlo sólo diré á usted que en la rectoría de Llanera no se ha hallado nada.»

Día 17.—De un parte de la policía al gobierno:

«Según observación de varias personas, *los religiosos de San Francisco* están haciendo mucho daño desde el púlpito, pues desenvuelven las máximas evangélicas de tal modo, que siempre vienen á parar en manifestar con palabras ambiguas que los amantes del gobierno son los más encarnizados enemigos de la religión. En las deprecaciones que hacen pidiendo la paz, ruegan al mismo tiempo por el exterminio de los malvados con una aplicación tan clara, que todo el mundo conoce á quién se dirigen sus palabras; se extienden sobre la persecución que dicen que sufren los ministros de Jesucristo, y al llegar á este punto, es cuando piden con mayor fervor misericordia á Dios y el castigo de sus perseguidores. Encargan oraciones con la advertencia de «*ser por una urgencia grave que no podemos descubrir.*»

¡Y pensar que después mataron á unos cuantos de estos mansos corderos! Se enciende la sangre de ira al recordarlo.

Idem.—En una acción dada en Poveda, cerca de Peñaranda de Bracamonte, quedaron mortalmente heridos *dos frailes* del convento de San Agustín de Burgos.

Día 18.—El ministro de España en Londres, comunica que el *abad de San Rosendo* es uno de los agentes más activos del infante don Carlos, y el encargado de enviar armas y municiones á los puertos de la desembocadura del Miño.

Día 19.—Del capitán general de Guipúzcoa al gobierno:

«La facción no cede ni retrograda, ni el *fuego le-*

vítico monacal deja de soplar la constancia en la rebelión... pues aún los que parecen buenos, son lo mismo que los otros.»

Día 20.—Sabe el capitán general de Castilla la Vieja que el 20 de Noviembre había llegado *al convento* de Matallana, cerca de Burgos, un sujeto vestido de religioso en un carro; que entró sin que los criados viesen al personaje y que permaneció en el convento bajo la denominación de cantor mayor. De día salía á paseo con el abad ó su hermano, de noche recibía la visita *del cura de Guada*; y como las señas del denominado coincidiesen con las *del obispo de León*, el capitán general mandó cercar sigilosamente el convento por la tropa. Cuando ésta llegó el pájaro había volado; pero estrechados por el jefe de la fuerza, el abad y los frailes declararon que el obispo de León permaneció oculto en el convento hasta que supo que se había registrado la casa del cura de Guada.

—El lego del convento de Benedictinos de San Pedro de Arlanza, fray Isidro Alonso, denuncia á la fuerza del alférez Gallo el sitio donde Merino tenía escondidas las armas, y declara que se le quiso ocultar en el convento, pero que él los disuadió por el compromiso inútil en que iba á poner á los frailes. La confianza que tendría en éstos la reveló al pedir con gran instancia que le llevasen á otro convento, porque si volvía Merino le quitaría la vida. El abad quiso escusarse luego diciendo que si Merino escondió las armas de acuerdo con el lego, fué debido á la símplicidad de éste.

—Es detenido en Bayona el pagador del ejército de Sarsfield, que se fugó con el dinero, y se le encuentran *diecisiete mil* duros de *los treinta mil* de las cajas del ejército que robó al fugarse, habiéndose invertido los 13 mil duros que faltaban en auxilios á

los carlistas. Declaró que había sido catequizado por un fraile.

—Entran las tropas de Oraá en Tudela, donde no sabían el color de los uniformes del ejército; tan carlista era la población. A las pocas horas dos paisanos acometen á traición á un soldado que había salido de su alojamiento á tomar la orden y le hieren gravemente. Otros hacen lo mismo con otro infeliz soldado, acometiéndole por la espalda mientras—dice el parte—«hacía sus necesidades.» Los asesinos habían sido instigados por *los frailes*.

Después de leer esto, ¿quién no protesta contra la terrible infamia de matar unos cuantos de aquellos padres benditos?

Sí; hay que anatematizar una y mil veces aquella matanza realizada por las turbas sin causa ni justificación, como se ha comprobado cumplidamente en este folleto.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 31

MÁS CARLISTAS CONTRA DON CARLOS.—ACUSACIONES TERRIBLES.—JUICIOS SEVEROS DE LA PRENSA EXTRANJERA.—DON CARLOS TACHADO DE DEMENTE.—HECHOS QUE HACÍAN SUPONERLO.—LA FARSA LLEVADA AL COLMO.—SU INCAPACIDAD RECONOCIDA.—OPROBIO EN SU RETIRADA.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

«El nieto de aquel imbécil pretendiente que estimaba en más el consejo de cualquier clérigo de misa y olla que el de Zumalacárregui; el sobrino del pretendiente que se presentaba en tartana á tomar posesión de *sus* reinos; el hijo de don Juan el que tenia por auxiliar y confidente á Lazeu, no tiene una tradición que le abone, sino hechos modernos que le acusan de lo peor que se puede acusar á un hombre en esta tierra en que el valor es la virtud más estimada del pueblo.

Por otra parte, el hombre que tolera, aplaude y sanciona durante un año entero los crímenes más repugnantes cometidos por un clérigo como el cura Santa Cruz, y actos vandálicos como los cometidos en Cirauqui, Igualada y tantos otros puntos, ese hombre, levante la bandera que quiera, representa el incendio, el saqueo y el asesinato; es decir, la demagogia, más odiosa, más indigna, cuando abusando del sentimiento religioso se cubre con un bonete, que cuando, proclamando abiertameute lo que es y lo que quiere, se cubre con el gorro frigio...

Hombres de ideas y principios, acostumbrados por la experiencia á medir el influjo que el mundo moral ejerce sobre el mundo

material, sabemos que las violencias llevadas á cabo al grito de viva la libertad tienen que ser muy pasajeras, muy transitorias, porque no pueden extenderse esas violencias á todos los medios de manifestación que tiene la libertad, y con uno solo de ellos que continue más ó menos expedito, basta para auxiliar el empleo de la fuerza y concluir en pocas horas, en pocos días con la demagogia roja que no se recata, que procede al descubierto.

Pero la demagogia blanca, esa demagogia que explotando el sentimiento religioso ha procurado acostumbrar á las gentes timoratas á la idea de que es lícito y hasta santo quemar hombres vivos; de que es lícito y hasta santo lanzar hermanos contra hermanos blandiendo el crucifijo y haciendo presidir á un Dios de paz y caridad sangrientas escenas de barbarie; que es lícito y hasta santo que la esposa delate al esposo, la hija al padre y la madre al hijo, busca su asiento en lo más sagrado de la humanidad, en la conciencia; y cuando todos podemos combatir las doctrinas perversas ó exageradas vertidas públicamente en un club, no hay medio fácil de contrarrestar las sugestiones de la misma índole, aunque en sentido inverso, que pueden infundirse á través de la regilla de un confesionario. . . . . .

«Don Carlos ó el petróleo», ha dicho un célebre canónigo malversador de los fondos de Cruzada, y esa disyuntiva debe convertirse en copulativa.»

(*El Imparcial* del 24 de Julio de 1873.)

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

MÁS CARLISTAS CONTRA DON CARLOS.—ACUSACIONES TERRIBLES.—JUICIOS SEVEROS DE LA PRENSA EXTRANJERA.—DON CARLOS TACHADO DE DEMENTE.—HECHOS QUE HACÍAN SUPONERLO.—LA FARSA LLEVADA AL COLMO.—SU INCAPACIDAD RECONOCIDA.—OPROBIO EN SU RETIRADA.

Cuando comenzamos á publicar estos folletos sentimos indignación, después horror y hemos concluído por sentir vergüenza de que sean españoles los carlistas; colección de infames como los que han figurado en ese partido no se encuentra en ninguna página de la historia, ni de éste, ni de ningún país.

Júzguese por lo tanto de la satisfacción que experimentaremos cada vez que tropezamos con un carlista honrado que puso ó pone la verdad y la justicia sobre los mezquinos intereses de bandería.

Uno de ellos fué don José Indalecio de Caso. Abogado distinguido, carlista probado y persona decente sobre todo, no pudo contener su indignación ante las infamias de don Carlos y de su corrompida camarilla, y lanzó en 1875, en plena guerra, un libro terrible, *La cuestión Cabrera*, con el que trituró al bufo sangriento y á la gentuza que le hacía coro. En él probó con datos irrebatibles y con documentos fehacientes, que muchos de los que adulaban á aquel animal libidinoso habían dicho pestes contra él y propuesto á Cabrera que prescindiese de tal tío, por *inútil y por cobarde*; añadiendo «que el carlismo, que empezó por un ideal soñado en días de revolución,

era entonces *una deforme impostura escrita con arroyos de sangre.*»

Y á fe que no dijo mentira. Una impostura, sí; sólo una impostura fué y es el carlismo, inventada para justificar medros sucios, apetitos torpes, crímenes *criminales*. Discúlpese este pleonasmo; la palabra crímenes no expresa bien por sí sola lo que hicieron los partidarios del procesado en Milan.

Pero ¿cómo habían de confesar que era una impostura los que, merced á ella, adquirían posición ó renombre? Los que luchaban, no lo hacían ni por amor á la idea ni por cariño ni respeto hacia don Carlos, á pesar de que él se creía su ídolo; luchaban por su propio interés, por su ambición; y no hablo de la masa, por que ésta casi nunca sabe en realidad porqué derrama su sangre; luchaban porque la guerra les permitía ostentar títulos honoríficos y empleos que halagaban su vanidad y contar con dinero para satisfacer sus gastos. ¿Qué era Elío antes de la guerra? Un desterrado pobre. ¿Y con la guerra? Ministro de un rey. ¿Qué era Dorregaray antes? Un coronel desertor. ¿Y después? Generalísimo de los ejércitos. Y en el mismo caso se encontraba Lizárraga, y se había encontrado Ollo. Radica había sido albañil en Estella; Pérula, escribano en Corella; Rosa Samaniego, hijo de una lavandera y procesado por delitos comunes; Savalls, un aventurero, procesado también; Cucala, era sólo un labriego ignorante; y á este tenor tantos otros que, no habiendo tenido antes de la guerra ni un pedazo de pan ganado honradamente, ostentaban en ella las insignias de coroneles, brigadieres y generales, y triunfaban y gastaban y reunían dinero merced á su ningún escrúpulo para apoderarse de lo ageno. ¿Cómo no habían de querer todos que la guerra continuara, aunque España se hundiera, y qué les importaba de don Carlos sino en cuanto les servía de pretexto para seguir haciendo aquella vida de bandidos galoneados?

Todos cuantos habían tratado ó trataban al *Chapa* sabían lo que era, conviniendo, aun cuando se combatieran entre sí, en la opinión que les merecía. Y se comprende: es un ser muy inferior y se da pronto á conocer. Por esto, el que no iba á su corte á pavonearse ó á medrar, como el que conservaba algún resto de persona decente, como el que había ido engañado, se separaban pronto de él, convencidos de que no es más que un bruto cínico y repugnante. Nacido en esfera más modesta habría explotado su figura yendo todas las noches á arrancar á la infeliz ramera de turno el importe líquido de lo agenciado en su labor vergonzosa; en la que está sostiene sus vicios, ya explotando á sus partidarios, ya vendiendo toisones, ora bebiéndose con prostitutas el dinero que le entregan para fusiles, ora buscando en el casamiento con mujer rica los recursos para vivir.

La cuestión de legitimidad en esa familia de aventereros que comenzó en Carlos V, es el pretexto para desangrar y arruinar á España. ¡Vaya una cuestión clara y concreta, cuando el mismo Aparisi y Guijarro, autoridad indiscutible como abogado, como legislador y como carlista, tuvo dos años antes de morir la honrada franqueza de declarar que *la estaba estudiando!*

La frase *mis derechos*, que el *Chapa* repite á cada paso, podrá, como dijo un escritor carlista que llegó á conocerla bien, ser objeto de litigio; «pero ¡matar, arrasar el país para que el ilustre litigante gane el pleito! Que los señores teólogos carlistas repasen lo que Santo Tomás considera indispensable para que la guerra sea justa, y á ver porqué raro privilegio tiene don Carlos el derecho de litigar á cañonazos.» Al escribir eso le faltó añadir, que no es don Carlos quien litiga, sino los imbéciles españoles que se preocupan por lo que no entienden ni nada les importa, engañados por falsos razonamientos ó instigados por los que buscan medros á la sombra de la bandera del

absolutismo. Es verdad que el hombre de cortos alcances casi siempre arriesga su vida, como ha dicho no recordamos quién, por todo aquello que no comprende; raras veces por una verdad demostrada.

Y de que le conocían todos los que le rodeaban, como anteriormente decimos, no cabe la menor duda.

Uno de *ellos, el antiguo cabecilla don Juan Bautista* Aguirre, decía en 1875 en una proclama á los navarros y vascongados:

«Todos vosotros, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, habéis contribuído con vuestra fe, vuestro dinero y vuestra vida. ¿Para qué han servido tantos sacrificios? El país está arruinado y no habéis adelantado un sólo paso. *Un rey sin más ley que su voluntad, sin creencias religiosas, sin amor á la patria*, juzgando que es suya vuestra sangre, y que puede derramarla sin dar cuenta á Dios de ella, *haciendo del cuartel real una corte licenciosa y corrompida; unos ministros imbéciles ó miserables*; una influencia que ha sido siempre fatal para el partido, que enterró á Carlos V y Carlos VI, y que enterrará hasta vuestra honra con su refinada hipocresía y su taimada inercia: he aquí las causas de la esterilidad de vuestros esfuerzos.

«Os engañan, os fascinan y os retienen, porque mientras dura la guerra viven y gozan, y se enriquecen. Contad los compañeros que yacen sepultados, los inútiles, los arruinados, las jóvenes perdidas, los caseríos incendiados; buscad á vuestros antiguos jefes, y los veréis pospuestos, olvidados, escarnecidos. En dos años no se ha hecho más que agotar las fuerzas del país y poner de relieve la ineptitud y las iniquidades de un rey que ante Dios, ante el mundo y ante su partido, ha perdido su derecho y su corona. Peleando por él, váis contra Dios y contra la patria.

«Basta de guerra: Dios lo manda, la patria lo exige. Uníos á mí y á los que conmigo empuñan las armas, para buscar y desenmascarar á los infames que han

abusado de vuestra abnegación. Hagamos la paz, seamos hermanos, pero que sufran el castigo que merecen los que han derrochado los tesoros de fe, de sangre y de dinero que les hemos dado á manos llenas.»

¿Se quiere otra opinión irrebatible? Véase la de don Simeón Ferro, carlista de gran autoridad, publicada en *El Imparcial* del 24 de Julio de 1874:

«—... pensaba que al ser carlista contribuía á disminuir y cicatrizar las heridas de nuestra desgraciada España; como vosotros aprendí que carlista era ser católico, era seguir las santas doctrinas de Jesucristo; ser enemigo del derramamiento de sangre; predicar la paz; practicar la caridad y amar á los demás como nuestros hermanos que son. Los periódicos de la comunión esto decían; los artículos y folletos del honrado Aparisi y Guijarro así lo enseñaban; y hasta los manifiestos de don Carlos esto mismo querían. Por eso vosotros y yo fuimos carlistas...

«Ha llegado, empero, el día en que los hechos hablan más alto y elocuentemente que las promesas vanas y los mentidos engaños. ¡Cirauqui! ¡Estella! ¡Cuenca! ¡Olot!... Esos cuatro nombres, vergüenza del carlismo, deben bastar para que no quede en las banderas de don Carlos ni uno solo de los hombres que sientan latir dentro de su pecho un corazón español...

«Pues qué, ¿ha de ser lícito predicar el bien de la patria y fusilar á centenares de sus hijos más amados? Pues qué, ¿ha de ser posible mirar con indiferencia que se llamen defensores de la religión, amparadores de sus ministros, hijos obedientes de la Iglesia, y después de esto llegue un día en que por el *enorme* delito de amparar, socorrer é interceder por sus semejantes, se le diga á uno de los más respetables, sabios y dignos príncipes de la Iglesia española:

«Y tú da gracias de que no se haga contigo lo que con ellos?» ¡Y esto dicho por la mujer que se llama infanta de España!

«Como partidarios de un sistema determinado de gobierno, no se puede estar unidos á los que destrozan, saquean, incendian y fusilan. Como católicos, no se puede seguir á los que, como medio para conseguir su fin, emplean la guerra, aun cuando ésta fuese noble y caballerosa. Como españoles, no se puede estar con los que aniquilan la española tierra »

¿Hace falta alguna otra opinión autorizada? Léase la de Patero. Aquel marino que se pasó á don Carlos y fué su ayudante, dijo en un manifiesto al separarse de él:

«¿Qué podrán decir don Hermenegildo Cevallos y el brigadier Caracuel, á quienes don Carlos mató de una plumada, haciendo publicar en *El Cuartel Real* un telegrama infamante?

«La Europa había observado lo disparatado del sitio de Irún, y la vanidad del príncipe estaba herida; necesitaba víctimas; escogió esas dos como pudo escoger otras cualesquiera; y al averiguar la verdad, se encontró que Caracuel no había estado en las operaciones, y que Cevallos salió absuelto del terrible cargo de cobardía con que le había deshonrado.

«¿Qué juzgar, por último, de un príncipe que llevando ya un año en campaña y debiendo por lo tanto saber algo de la Ordenanza, sentencia por sí mismo á recibir doscientos palos á un oficial, que sólo se libra de ellos por la energía del coronel Calderón que mandaba la fuerza?

«¿Acaso por haber sido yo nombrado su ayudante quedé convertido en un ser irracional, que, atado á su carro, no podía ya discurrir ni disponer de mi voluntad?»

Cuando un hombre que dejó su empleo de comandante de la marina española para irse con don Car-

los habló así ¿cómo no estaría? ¿cuánto no habría visto? ¿qué infame no le parecería todo aquello? Porque en el caso suyo se resiste mucho tiempo á la tentación de hablar, por no confesar la equivocación padecida.

¿Parece poco aún esa opinión? Allá va otra.

El guerrillero Estartús, que se hizo famoso por sus combates en favor de don Carlos en la primera guerra, y que sirvió también en los comienzos de la segunda, dirigió en Septiembre del 75 una proclama «*Á los carlistas de buena fe*», en la que se leían estos párrafos:

«*Yo no quiero una guerra larga, ni quiero ser rey de un partido*, había dicho don Carlos á la faz del mundo; de lo que debía deducirse que al dar la orden del levantamiento, la daba en virtud de las promesas de las juntas, que le decían, como á todos vosotros, que el pueblo se levantaría en masa, que tenia las armas necesarias, que no faltarían recursos y que contaba además con una gran parte del ejército.

«El tiempo ha demostrado que no podía hacerse otra cosa que lo que desgraciadamente se ha hecho: *una guerra larga*, que había de tener por resultado *arruinar el país*.

«Despertad, voluntarios; no escuchéis, no, á esos laborantes, que por no sacrificar una *lámina* del empréstito carlista, que tomaron como usura, sacrificarían al mundo entero.

«Abandonad á esos *cafres*, *á esos perjuros*, que pisan á cada paso la bandera tres veces santa que en mal hora levantaron.»

—

Son en todo unos caballeros los partidarios del *Chapa*. Las disidencias, las calumnias, impidieron que en Aragón se desarrollase el carlismo. El cabecilla Madrazo publicó un Manifiesto en el que decía:

«Todavía se levantan entre nosotros algunos traido-

res; sí; todavía existen esos infames y cobardes calumniadores que, ya que no tienen valor suficiente para salir al campo y batirse», etc., etc.

—

Hablando el cabecilla Marco de la prisión que sufría y del mal trato que se le daba, dijo irónicamente, que consideraba muy natural *estar preso á las ordenes de Villalain, un hombre que blasona de católico como yo, que á pesar de mis grandes faltas no debo tener por carcelero sino un hombre que se c... en Dios.*

Refiere Marco hechos horribles y crímenes espantosos perpetrados por sus perseguidores, los atropellos que causaron al canónigo Abril, al capellán Jiménez y á los señores Lacambra, Galindo y otros, haciéndoles pasar por humillaciones propias de los presidiarios.

De tal manera se pusieron las cosas en el Centro, haciendo servir al *Volante de la Guerra* de instrumento de pasiones bastardas, de miserables ambiciones y de ruines venganzas, que concluye así Marco su escrito:

«En fin, la altivez española se avergüenza al recordar lo que Aragón ha sufrido... y tantas infamias que han sucedido en poco tiempo; y no quiero seguir hablando más... si no se me exige.»

Y estos son los que dicen ahora que van á salvar á España. ¡Miserables!

Y como los citados hablaban los más caracterizados carlistas, de su rey, de su corte, de sus generales y de sus soldados. La corrupción y el robo eran las características del carlismo.

Por supuesto, que para juzgar al don Carlos, no fué preciso que llegase la guerra. Antes, mucho antes *lo habían* conocido bien algunos de sus partidarios.

A los tres meses de haberle nombrado rey cuatro caballeros particulares en un hotel de Londres, uno

de los que le nombraron, el P. Maldonado, le escribía en 30 de Octubre:

«Pido á Dios con todas las veras de mi corazón que S. M. *sepa ser digno caballero*».

¡Si estaría ya el hombre en autos de lo que el mozo era!

El penitenciario de Burgos, señor Rodríguez, en carta de 29 de Abril de 1869, fechada en Bayona, decía á un general carlista, que Chaveau Lagarde, 14 (la casa de don Carlos en París) era el *infierno*, añadiendo:

«Y si ahora que este príncipe mal aconsejado, aspirante al trono, *marcha tan torcido*, ¿qué será cuando esté sentado en el trono? ¿Nos estaremos fabricando cadenas nosotros mismos, acaso más pesadas que en el reinado de Fernando VII?»

En 8 de Agosto siguiente, escribía el mismo:

«Los reyes mueren: *ojalá que alguno ni hubiese nacido.*»

En qué se emplearía y cómo el dinero que el *Chapa* recibió, harto lo indica la célebre frase de ese mismo don Tiburcio Rodríguez, de «que el dinero que iba á París *caia en un pozo sin fondo.*»

¿Que por qué esos señores y otros muchos seguían *á su lado conociéndole? Por lo que ya hemos dicho también; por que encontraban en el carlismo lo que* fuera de él no hubiesen alcanzado.

El único que en esto se mostró digno (hay que reconocerlo, sin borrar por esto ni una línea de lo que contra él hemos escrito) fué Cabrera. Sea que los años ó el haber vivido en un país libre como Inglaterra le hubiesen hecho modificar en poco ó en mucho sus ideas, sea que estuviese cansado de lidiar con aquella familia de perdidos é incapaces, ó bien que le asustase la idea de contribuir á la ruina y la deshonra de España ayudando á sentar en el trono á un hombre de las infames condiciones de don Car-

los, ello fué que prestó un gran servicio á su patria no ayudándole y quebrantando su prestigio.

Ya hemos referido en otro *Folleto* que el don Carlos, sentado en un columpio en Baden-Baden, habló de fusilar á Cabrera en cuanto le cogiese dentro de España. A los veinte años ya se permitía el muy... rey de baraja gracias de esta clase. Y todo porque Cabrera no quiso aceptar la dirección del partido ni el mando del ejercito que él le concedía para convertirle en el cartucho de perdigones con que pensaba timar 600.000 francos á Mr. Riker, timo que fracasó por la actitud del emigrado en Londres.

Cuando después varias personas importantes del carlismo le suplicaron que se pusiera al frente del partido, fingió dejarse querer, pero impuso la condición de que se le escribiría una carta al *Chapa* diciéndole que «para ponerse Cabrera en su día al frente de un movimiento, verificado en buenas condiciones, necesitaba ir resguardado por promesa de don Carlos hecha en la forma debida y bajo su real palabra, *dada por escrito*, de que no había de tomar más participación en el movimiento que la que á él le pareciese conveniente, condicion que imponía temeroso de que una vez dentro de España lo echase todo á perder, y para que á la vez le sirviera de garantía personal». Es decir, que Cabrera consideraba como su primer enemigo á don Carlos y se precavía nada menos que contra un asesinato. ¡Si lo conocería bien!

Aludiendo á la cuestión de ochavos, decía Cabrera:

«Las personas que rodean á don Carlos, casi todas desacreditadas en el manejo de sus intereses privados, no me merecen confianza ni la merecen á los que deben ayudarnos en la empresa; los fondos recaudados se invierten de modo que nadie sabe para qué sirven, y á mí me consta que sirven para todo menos para la causa».

De don Carlos decía: «que no tenía el *patriotismo* necesario para encerrar en lo más hondo de su alma

sus mezquinas pasiones y sus cortejos de miserias, ni siquiera por egoismo, por estar *más interesado* que él en el triunfo; *que no era el monarca que necesitaba España, antes al contrario, que probablemente sería un nuevo origen de no interrumpidas y nuevas desgracias para la nación.*

Cuando en 1870 Cabrera dimitió el cargo de director del carlismo por las deslealtades de don Carlos y la guerra que le hacía su camarilla nea, ésta, con la aquiescencia de don Carlos, lo trató de inepto, dió á entender que era partidario de la libertad de cultos, se burló de su esposa, y le ultrajó de mil modos.

Y no paró aquí la cosa.

En 22 de Febrero de 1869 aquel rey de mojiganga manifestó en Londres á Cabrera, que él mandaría en jefe el ejército carlista; á lo que le contestó el de Tortosa, «que ya se guardaría él muy bien de ponerse á sus órdenes, pues siendo muy joven don Carlos y no sabiendo mandar ni una compañía, no quería exponerse á ser fusilado por su inexperiencia.»

Además dijo un día, delante de cinco testigos señalando á don Carlos, allí presente: «el mayor obstáculo que tengo para el triunfo, es el señor.» «No me han matado las balas, y él es capaz de matarme á disgustos», repetía con frecuencia.

Esta opinión que de él tenía, el convencimiento de que todos los sacrificios serían inútiles con un tipo así, acaso el deseo de rescatar con una acción buena sus pasados crímenes, le llevaron á reconocer á don Alfonso en Marzo del 75, dando un Manifiesto en que decía, entre lastimado, generoso y prudente:

«No escribiré aquí el capítulo de las faltas cometidas; no opondré á los insultos, á las calumnias, á las indignidades de que he sido objeto, amargas críticas ó acusaciones razonadas. En todo lo que pasa veo una gran desgracia, y mi corazón es demasiado noble para no respetar el infortunio de mi partido.

«Las mismas causas que en 1839 y 1848 quebraron nuestros esfuerzos, han reaparecido en 1875. ¿Debemos sostener siempre esa lucha sorda, mantener ese gérmen de discordia que condena á nuestra patria á un eterno martirio? ¿Debemos predicar la caridad sobre cadáveres? ¿Debemos fundar el orden sobre el desórden? ¿Debemos edificar nuestros principios sobre las ruinas de un pueblo?

«Nuestra causa ha contado siempre heróicos soldados, sublimes mártires, admirables sacrificios. ¿Por qué no hemos triunfado?

«Permitidme guardar un respetuoso silencio. Bajo mi palabra de caballero y de soldado, creedme; conozco las causas de ese fracaso, y porque las conozco y amo á mi patria, doy este paso.»

¿Qué contestó don Carlos á eso?

Hecho un energúmeno ante golpe tan terrible, espidió este real... estúpido decreto:

«Teniendo en consideración los delitos de rebeldía y alta traición en que ha incurrido el capitán general de mis reales ejércitos don Ramón Cabrera y Griñó, conde de Morella y marqués del Ter.

Vengo en exhonorarle y privarle, de ahora para siempre, de todos los grados, honores títulos y condecoraciones que le fueron concedidas por mí y mis augustos predecesores los señores don Carlos V y don Carlos VI (q. e. g. e.), sin perjuicio de que si en algún tiempo fuese habido sea entregado al tribunal competente para ser juzgado y sentenciado con arreglo á ordenanza.—*Carlos.*»

Cabrera le escribió una carta breve y mesurada, en que había este párrafo:

«Lleve V. A. las cruces y los títulos que he ganado con mi sangre; yo conservo las cicatrices que los representan, y que Dios y la historia juzguen la conducta de V. A. y la mía. Por la paz doy gustoso cuanto he podido ganar en la guerra.»

La conducta de don Carlos con Cabrera fué siempre ingrata y desleal, tanto antes como después de la lucha. No le consultó sino cuando quería sacarle dinero; no admitió las propuestas que le hizo en bien de su partido; prescindió de él para todo. ¿Con qué derecho, pues, lo calificaba de rebelde y traidor? Con el mismo que luego lo hizo con otros que, más débiles ó más cobardes, lo sufrieron en silencio ó se contentaron con formular protestas con carácter de murmuración, en lugar de tener un arranque levantado que los acreditara de altivos y decentes. Y hablamos ahora de los militares, de los que se batían, no de los cortesanos que, como dice un historiador, tenían *virgen la espada y sangrienta la lengua*; de aquellos *lipendis* que se pusieron á su lado desde que vino á España y contribuyeron á todas las farsas con que amenizó su reinado (?), y que comenzaron el día que entró y terminaron aquel en que salió.

Era tan bufo como canalla y cínico.

Los carlistas del Norte comenzaron la guerra cometiendo crímenes. Las familias de los liberales hasta la cuarta generación eran perseguidas y maltratadas de tal manera, que tenían que refugiarse en sitios seguros para evitar sus iras. Mujeres, ancianos y niños llegaban á San Sebastián en lastimoso tropel, procedentes de Mondragón, Oñate, Vergara, Plasencia, Villareal, Azcoitia y Tolosa. La rabia carlista había llegado al paroxismo, y cuantas medidas se les ocurrían las ponían sin misericordia ninguna en ejecución. Las terribles proscripciones de Syla quedaban eclipsadas ante los atropellos de los sectarios de don Carlos.

Agotada la paciencia de los liberales al ver que su proceder noble y generoso se achacaba á cobardía y alentaba á los carlistas para seguir atropellando, vejando y asesinando, dictaron algunas disposiciones enérgicas encaminadas á contenerlos.

Al principio creyeron que, como tantas otras veces, quedarían sin adoptarse las medidas acordadas; pero al ver que comenzaron á ponerse en práctica algunas, se irritaron, amenazaron y cedieron á los deseos del populacho que exigía la total espulsión de los liberales; y practicaron esto con tal rigor, que además de llevar á cabo el embargo de sus bienes y obligarles á salir de sus casas de la manera más brutal en el término de dos horas y sin consentir que sacaran absolutamente nada, los persiguieron en su emigración haciendo descargas sobre las largas caravanas de proscritos, como les aconteció á los que salieron de Urnieta.

A pesar de vengar de manera inusitada sus bastardos odios, todavía se quejaban de la actitud del gobierno que, para anular los trabajos de los carlistas llamados *ojalateros*, había dispuesto la extradición de las plazas fortificadas.

No podía faltar en esta ocasión una cartita del imbecil sangriento (le había dado por el género epistolar), y se la dirigió á don Alfonso fechada en Tolosa el 21 de Julio de 1875, llevando su cinismo y su desvergüenza hasta decir en ella:

«Los que te aman sinceramente se aterrarán al ver que se hace de tu nombre bandera de desolación, y tú mismo, cuando te encuentres á solas con tu conciencia, te espantarás al considerar que, siendo de la raza de Luis XVI, has podido involuntariamente recordar con tus decretos la raza execrable de sus verdugos.

«Como rey y como jefe de nuestra familia en España, debo advertirte que por ese camino tu nombre se mancilla y España se deshonra.

«Millares de famillas arrojadas brutalmente de sus hogares; madres que al ver á sus pequeñuelos arrastrarse penosamente por los campos. con los pies desgarrados, les enseñan quizás á maldecir tu nombre; ancianos, enfermos, gentes inermes é inofensivas

vienen á aquí á implorar un abrigo y á pedir el pan que los tuyos les han arrebatado.

«Si el ser rey de partido impone esos terribles sacrificios, te compadezco sinceramente. Yo, que he venido á ser rey de todos los españoles, dejo á tus partidarios vivir tranquilamente en mis dominios bajo la égida de la ley común. ¿Por qué te empeñas en obligarme á entrar en el fácil camino de las represalias? Recuerda al menos que eres español, y piensa, si puedes, que con tu nombre se ha decretado el robo, el incendio y el saqueo de la patria, de esa patria querida, cuyo carácter distintivo es su indomable resistencia á toda tiranía.»

No es posible llevar más lejos la desvergüenza. Ensangrentar y arruinar á España y culpar á los otros de lo que él hacía, sólo se atreve á hacerlo un hombre como don Carlos.

Los diarios extranjeros de gran circulación no eran más blandos que los españoles al juzgar al *Chapa* y á sus cuadrillas de bandidos,

Le Journal de Gand, ocupándose de los fusilamientos é incendios perpetrados por los carlistas, y después de relatar varios hechos horribles, hacía estos comentarios:

«Faltaba como complemento de la semejanza entre los *héroes* de la *Commune* de París y los ultramontanos españoles un simple detalle: el empleo del petróleo. En cuanto á lo demás nada dejan que desear. Pero con el petróleo queda el parecido completo. Los principios y los medios de los unos valen tanto como los de los otros. La infalibilidad *teocrática* corre parejas con la infalibilidad de los hombres de la *Commune*. Tienen éstos algo más de experiencia en el empleo del petróleo, pero ¡tienen tanto celo los carlistas! Ya aprenderán á trabajar en gran escala, y en vez de quemar estaciones de ferrocarril, quemarán aldeas y ciudades. Esto será más breve, y es cla-

ro que la causa de la legitimidad ganará con ello, porque los españoles no pueden menos de darse por muy satisfechos con ser saqueados, quemados y fusilados en honor de los «verdaderos principios.»

«Adelante, pues, joven héroe, digno nieto del don Carlos (el de Oñate); noble sostén de Dios, de la iglesia y del trono, ¡continúa el curso de tus hazañas! He aquí la verdadera cruzada: *In hoc signo vinces, Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.* Marchad, hijos del cielo á la conquista de vuestro reino; marchad á la luz de las llamas encendidas por vuestras órdenes y por los sacerdotes que combaten, saquean y fusilan por vosotros.

«Lo que menos se ve en todos estos sucesos, es la persona del pretendiente. El telégrafo nos comunica las hazañas de sus bandas, pero no señala su presencia en parte alguna.

«Hace proclamas, pero no se bate. Acaso juzgue que las balas tienen poco respeto á los pretendientes *legitimistas.* Mucho han degenerado los pretendientes. En cuanto al clero español, continua siendo el mismo, dispuesto á quemar como en los buenos tiempos de la Inquisición y á empuñar el trabuco.

«Pero decididamente los españoles no son los mismos que en aquellos tiempos, lo cual es muy desconsolador para los pretendientes.

«No sólo no se apresuran á tomar las armas en favor de *su* príncipe *legítimo,* sino que empiezan á cansarse de ser saqueados, fusilados y quemados, y esta interminable guerra civil, hecha en nombre del trono y del altar les fatiga, de modo que empiezan á armarse en compañías francas para batir á los carlistas.

«Si es así, no tardaremos en ver serias represalias, y al pretendiente sólo le quedará el honor de haber introducido en su país el petróleo en la política. Es su manera de ilustrar la nación.»

¡Y el miserable rey de las hordas carlistas, que de

tal manera obraba, calificaba á los liberales de vanguardia del petróleo y de la disolución social! ¡Y había españoles que lo siguieran!

Aunque no lo extrañamos: eran unos españoles que toleraban que un danzante, un trasto como el don Alfonso, llamase cobarde en un documento público á Marco de Bello y mal caballero al conde de Abiñó.

Un periódico de Viena decía que «ni el sacerdote, ni el médico, ni el corresponsal periodista merecían respeto de esos miserables á *cuyo lado los bandidos italianos parecerían perfectos caballeros;*» y hablando de la actitud de Francia, añadía:

«Es cuestión de honra para todos los Estados europeos, ya reconozcan ó no al gobierno de Madrid, impedir que un poder vecino ayude directa ó indirectamente á un partido de ladrones que visten lujosos uniformes, y que un Rinaldo Rinaldi (célebre bandido) por la gracia de Dios, viole los principios que hasta ahora observaron siempre las partes beligerantes por lo que respecta á los prisioneros.

«En la guerra cada adversario arriesga alguna cosa, y caso de ser vencido, sufre las consecuencias en lo que es y en lo que tiene. Aun en la guerra irregular, es decir, la insurrección contra el gobierno, el insurrecto juega su vida, sus derechos civiles y sus bienes. El pirata que excluído por el derecho de gentes de todos los puertos vaga por los mares, lleva su suerte unida á la suerte del buque. Sólo un pretendiente, don Carlos, se encuentra en situación altamente excepcional. Procede como insurrecto, bandido y pirata, audaz despreciador de las leyes internacionales, pero goza comunicación no interrumpida con el extranjero y alcanza el más benévolo amparo de una potencia vecina, que cuando menos tendría el deber de encerrarse en la más estricta neutralidad. Por consiguiente juega sin riesgo y si pierde desapa-

rece. Pasa una parte de tiempo en la agradable *villegiattura* de Ginebra, hasta que la propaganda de sus agentes ha logrado sublevar á una población fanática. Entonces manda que le preparen un cuartel general, y bien escondido y al abrigo de los balazos, entra majestuosamente en España y establece su corte.

«Si las cosas van mal, se retira en tiempo oportuno, sano y salvo, por la frontera francesa, siempre abierta, y vuelve á esperar nueva ocasión de hacer la caza de hombres.

«La sangre que se derrama, la miseria que se causa, las perturbaciones y desconfianzas que durarán después de esa guerra infame y fratricida no son, no significan nada para él, sino un justo castigo de Dios á un pais que no le quiere.»

Retrato de don Carlos hecho por la *Gaceta Internacional* de Bruselas en Mayo de 1874:

«Don Carlos, joven de 28 años, de gallarda presencia y príncipe de sangre real, fué una esperanza para todos los que previsoramente adivinaron el cantonalismo en las discordias y divisiones de los partidos. Pero don Carlos, intelectual y moralmente, carece de todas las dotes que pueden constituir á un rey, siquiera sea mediano. Más de cuatro años hace venimos escribiendo esto, no por odio político, todo lo contrario; tenemos personales simpatías por don Carlos, le hemos tratado y lo compadecemos.

«Jamás persiste veinticuatro horas en una opinión, falta á su palabra con la mayor facilidad, no es gran partidario de la verdad, y su constancia es única, firme, en la monomanía de reinar. Sabemos de un modo positivo de tres gobiernos europeos que en 1870 le hicieron estudiar por personas que en Francia y Suiza le pusieron en la piedra de toque del trato: el resultado fué volverle la espalda.

«Este lenguaje es duro; pero respecto á la persona que nos ocupa, nunca hemos empleado otro que el de

la verdad, pues no queremos ser cómplices de los que con sus planes de conveniencia individual ensangrientan su patria habiendo encontrado el instrumento en ese *maniquí de monarca.*»

Tantas barbaridades hizo y tan extraña conducta siguió, que dió llegar á esto:

A principios de Diciembre de 1875 corrió el rumor de que padecía enagenación mental, y no fueron pocas las personas que aseguraban en su mismo campo que se había vuelto loco. El rumor obedecía á lo siguiente.

Por aquellos días llegó á Durango un personaje que se expresaba con dificultad en el idioma español. Tendría como unos treinta y seis años, de estatura regular, más bien alto que bajo, de barba poco poblada y rubia, de mirada penetrante é investigadora y de aspecto simpático. En su semblante y en sus maneras notábase á primera vista cierto aire diplomático. Preguntó por el palacio del rey, y un voluntario lo acompañó. Estaba el pretendiente ocupado conferenciando con una comisión que había ido á manifestarle los deseos de paz que animaban á los guipuzcoanos, persuadidos de que, de continuar la lucha, perderían sus haciendas y sus fueros, y terminando la guerra merced á un honroso convenio, podían salvar parte de aquellas y el privilegio de que gozaban sobre las demás provincias de la península.

Así que tuvo noticia por un oficial de órdenes de la llegada de dicho personaje, indicó á la comisión que se retirara á la antesala algunos instantes, mientras recibía una visita que le interesaba mucho, y de la cual dependían en parte los excelentes resultados que esperaba obtener en breve plazo sobre las huestes de don Alfonso.

Entró el desconocido en el modesto salón donde recibía don Carlos y le dijo con respeto:—«Señor; encargado por Mr. X... para ultimar el empréstito de 10

millones que necesita V. M. si las garantías que se dan á la casa que tengo el honor de representar me satisfacen, deseo saber de los augustos labios de V. M. qué clase de formalidades piensa llenar para que los intereses de aquélla queden á cubierto de cualquiera inesperada eventualidad.—La firma de mi real persona.—Siento manifestar á V. M. que si un capitalista puede y debe tal vez fiar en las promesas de un acreedor, si éste ocupa el puesto de vos, no puede ni debe un agente confiar intereses que no son suyos sin tener seguridades que pongan á cubierto su responsabilidad.»

Ignórase si por efecto de presumir que se le escapaba una cantidad que había imaginado obtener y que en realidad le era altamente necesaria, ó porque creyó ofensiva la desconfianza del agente en cuestión, lo cierto fué que don Carlos perdió, como suele decirse, los estribos, y apostrofó de una manera dura al extranjero, amenazándole con que sería fusilado si no salía antes de seis horas del territorio dominado por sus tropas. Inútil es decir que salió escapado de Durango aquel personaje temiendo le sucediese algún percance. Cuando se vió libre de carlistas, decía en todas partes, ya porque así lo creía ó por vengar el ultraje que recibió, que había visto á don Carlos en el periodo álgido de enagenación, furioso.»

El Sr. Bermejo, en su *Historia de la interinidad y de la guerra civil*, dice hablando de esto:

«Las conveniencias que por sí propias se imponen al historiador, han motivado que se acojan con estudiada reserva ciertas declaraciones escritas sobre el estado patológico del personaje que daba su nombre á la parcialidad que luchaba con las armas en el Norte. Tales cosas pasaban, sin embargo, que intencionadamente conviene detenerse en el estudio de un hecho cuyo análisis puede ser útil para la apreciación justa de sucesos producidos en la cuestión vas-

congada que se estaba ventilando. Eran ya conocidas ciertas particularidades del pretendiente, como las preguntas fútiles é impertinentes con que interrumpía á cada paso las conversaciones más serias y los inconsiderados movimientos y exabruptos con que rebajaba la solemnidad de los actos que presidía. Del dominio universal fueron también los arranques de furor que le hacían declarar por despachos telegráficos las supuestas traiciones de sus mejores amigos, ó amenazar con fusilamientos á las generaciones presentes y á las venideras. Más tarde, el conjunto de escentricidades con que sorprendía á sus entusiastas admiradores, de ingratitudes con que correspondía al cándido afecto de sus vasallos, de caprichosos absurdos militares con que comprometía la reputación de sus más expertos y entendidos capitanes, todo eso podía explicarse por excitaciones y exaltaciones de carácter pasajero que no constituyen rigurosamente un estado morboso.

Lo que hacía sospechar de la cabal salud del individuo á que me refiero, era la persistencia con que anunciaba su próxima venida á Madrid. La manía desarrollada, por lo que se veía, con intensidad creciente en el ánimo de don Carlos, llegó á reproducir en la imaginación de todos las más extravagantes figuras de aquellos desventurados guerreros que, armados de capacetes de cartón y lanza de caña, están prontos á partir cada vez que sale el sol para la conquista de Jerusalem ó Constantinopla desde los tristes y solitarios aposentos de Leganés ó de Zaragoza.

Escribiendo cartas á sus parientes, entreteniéndose por escrito con sus amigos del extranjero, si con sus soldados hablaba, si se dirigía á Mendiry, Savalls ó Dorregaray, en estos y otros casos, siempre se le vió dando cita á todos para la plaza de Oriente en época cercana y en días determinados.

Y hablando en puridad, después que se oía á los carlistas, cuatro años hacía, discurrir gravemente so-

bre la conquista de España, se paraba mientes en que el Cid de la hueste conquistadora entretuviera con halagüeñas fantasías los ocios de sus campañas hiperbólicas. Pero después de recientes y notabilísimos sucesos que tan elocuentemente ilustraban la razón; á vista de las circunstancias que como fatídica bruma envolvían y helaban la penosa existencia de la agrupación carlista, la reaparición en la cabeza del *Asno* del fenómeno psicológico que tan crudamente lo martirizaba día y noche, no se podía considerarla sino como síntoma declarado de una gran perturbación mental, cuyas causas y sus resultados fatales, según la ciencia, eran hartos conocidos.

Y en efecto, don Carlos acababa de perder su ejército en el Centro, teniendo que poner en tela de juicio *la conducta de un hombre leal* para salvar la responsabilidad que personalmente le atañía, según era fama entre los suyos. Acababa de disolverse su ejército en Cataluña, y procuraba mantener pendiente sobre el cuello del general á quien más distinguió con sus favores la cuchilla del verdugo, que habría, si le hubiera venido en antojo al Señor, descargado para borrar con sangre ajena el recuerdo de sus errores, El ejército que él mismo afectaba mandar perdía sus primeras bases de operaciones y cesaba en sus deseos de invadir á Castilla, Aragón y Asturias, y Vitoria y Pamplona estaban desembarazadas, Estella en jaque, las Amezcoas amenazadas, y Subijana, Movillas, Gárate y Villarreal en poder de sus contrarios, que se establecían allí sólidamente para continuar avanzando según y cuando les conviniese.

La vida, en fin, de las poblaciones sobre las que pesaba la calamidad de la guerra carlista, era aflictiva, azarosa y violenta. El casero á quien se le pedían nuevos sacrificios, fruncía el ceño y mostraba su desnudez y la desolación de la familia; y el sacerdote que en nombre de Dios alentaba los espíritus, hablaba ya de las conveniencias de la paz para ga-

rantir con ella los intereses cuestionados y el bienestar perdido. Pero nada de esto bastaba. Don Carlos no veía, no oía, ni entendía.

Los representantes, la verdadera autoridad del país dentro de la organización que allá tenía, acudian á exponer de mil maneras la escasez, el agotamiento, la miseria á que se veian condenados si no presidía mejor acierto á la dirección de los asuntos generales. Pues bien; en momentos tan solemnes, en circunstancias tan críticas, don Carlos se sonreía, volvía la espalda y mandaba decir á Iparraguirre, su secretario de campaña, y divulgar por el *Diario oficial* de Tolosa; «que en el día de los Santos Reyes del año próximo, recibiría en el palacio de Madrid las felicitaciones de la festividad.»

El historiador, al juzgar el estado del *Chapa*, no tuvo en cuenta lo de que ningun burro se vuelve loco.

Llevaba tan lejos la farsa en todo, que cuando ya estaba para entrar en Francia por el Norte, y Quesada avanzaba en Guipúzcoa, hacía que *El Cuartel Real* repitiese el manoseado *no importa*, gritase ¡adelante! y añadiese: «Ellos avanzan, como si la fatalidad los empujase á buscar su tumba; tanto mejor; nos ahorran el camino que deberíamos recorrer para buscarlos».

Y al poco tiempo de decir eso, escapaba al paso de Oroquieta, sin cuidarse para nada de los que había comprometido y arruinado.

Sí; el imbécil salió de España implorando la hospitalidad de la república francesa, no dejando detrás de sí más que el recuerdo maldito de los crímenes cometidos en su nombre y la devastación y la ruina de la nación española. Si el rey de los carlistas hubiera tenido conciencia, si hubiera sido capaz de algún sentimiento honrado, noble y generoso, habría dejado la vida en esta misma tierra regada por la

sangre de tantas víctimas inmoladas por su culpa, antes de pasar por la vergüenza de presentarse en el extranjero, donde había muchos, muchos que podían pedirle cuenta de los estériles sacrificios que por él se habían impuesto, y á los que sólo podía contestar en descargo suyo: «he sido un imbécil, porque á cambio de los poderosos elementos que me habéis proporcionado, no os he podido ofrecer ni un hecho que revelara el buen uso de ellos; pero en cambio he sido lo bastante feroz para utilizarlos en arruinar á la que queria llamar mi patria, al pueblo donde aspiraba á reinar.»

Era preciso que se unieran la imbecilidad del jefe y el odio que su causa inspira á todo español honrado, para concebir la derrota de una causa cuyos fanáticos partidarios habían llevado su sacrificio hasta el punto de reunir recursos para mantener durante el tiempo de la guerra un ejército tan numeroso, que al rendirse dejó en poder de los liberales material de guerra de primera clase que representaba un valor real de más cien millones; cañones magníficos de todos calibres y sistemas, dotados de ricas cureñas de acero y grandes dotaciones de granadas y municiones, miles de fusiles, muchos de ellos sin estrenar, cartuchería, máquinas para fabricar cartuchos, rollos de alambres para líneas telegráficas, armas blancas, en fin, un inmenso material de guerra, con el que, otra causa cualquiera, ya que no triunfase definitivamente, habría por lo menos sabido *mantener su bandera con decoro* y perecer con gloria.

Pero á tipos como don Carlos sólo les está reservada la vergüenza de ser el azote de los pueblos, y la de vivir y morir con oprobio. No pudo morir con gloria, porque esto está vedado á los cobardes, y se dejó vencer hasta el punto de incapacitarse para pedir y obtener algunas ventajas en obsequio de sus parciales y de las provincias por él aniquiladas.

En los instantes en que atravesaba la frontera, contento quizá por verse libre de los peligros de la guerra, á que él nunca se expuso, dicho sea en honor de la verdad, quiso dar una prueba de su bajeza de carácter, amenazando con encender una nueva guerra; fanfarronería muy propia de él y que, justificando las medidas de precaución contra probables agitaciones ulteriores, vino á quitar á sus parciales toda esperanza de obtener la más pequeña concesión, única cosa que podía compensar sus sacrificios por un ingrato.

«Yo me voy y ahí queda eso». En estas palabras puede resumirse lo que pensó don Carlos al abandonar á España vencido y humillado.

Hay que fijarse bien en esto para comprender lo que es y lo que vale el seductor... de las ya seducidas.

La guerra carlista tuvo por cooperadores á los reaccionarios de todos los países y al ultramontanismo europeo, y aquellos esfuerzos, los enormes sacrificios realizados en favor de los carlistas, sólo sirvieron para demostrar dos cosas: el espíritu liberal de este pueblo, y la indignidad de don Carlos como soldado, como rey y como hombre.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 32

IDEAS CANALLESCAS DE DON CARLOS SOBRE LA MORAL. —EL ROBO, UN IDEAL DEL CARLISMO.—LA DESTRUCCIÓN, OTRO IDEAL.—EL ASESINATO, OTRO IDEM. —EMPLUMAMIENTOS.—DAMAS CONVERTIDAS EN FIERAS.—EL HERMANO DEL *Chapa* RECLAMADO POR LOS TRIBUNALES

ADMINISTRACION: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Sí, hay que hacer al carlismo, como dijo *El Imparcial* en 19 de Marzo de 1874, una guerra de exterminio. La nación abriga en su seno una víbora y hay que aplastarle la cabeza.

Francia aplastó la cabeza del reptil que desenroscaba sus anillos por la Vendée y la Bretaña y amenazaba morder el corazón mismo del país. Y donde entonces la Vendée y la Bretaña, guarida un tiempo del legitimismo, como aquí lo son del carlismo las provincias vasco-navarras, quedaron completamente pacificadas.

Es preciso acabar de una vez, y que nuestros hijos, después de oir en sus primeros años la narración de la guerra civil que de nuevo va á encender el fanatismo, no tengan más adelante que verse empeñados en otra lucha.

Como en España hubo un convenio de Vergara, hubo en Francia los tratados de la Jaunaye y de la Mabilaye con los vendeanos. La víbora legitimista había enroscado sus anillos y ocultado su repugnante cabeza, pero, lo mismo que en España, quedándose en acecho para expíar el momento de hincar de nuevo su venenoso diente. El silbido del reptil se dejó oir cuando una flota inglesa se presentó á la vista de Quiberón. Hoche aplastó la cabeza de la víbora, y todas las tentativas han sido despues inútiles para darle una vida ficticia.

Como en la Vendée y en sus pueblos dominados por el clericalismo corrió en Marzo de 1793 la insurrección como un reguero de pólvora, precedido de algunos chispazos, así sucedió en España en 1833, pero con una diferencia en la situación del país.

En Agosto de 1792, 8000 paisanos armados mandados por Delouche atacan á Chatillón, entran en la ciudad y queman todos los papeles y documentos de la Administración, como las bandas carlistas quemaron el 72 los libros del registro civil. Este fué el primer chispazo, como en Enero de 1833 lo fué en España el motín de los voluntarios realistas en León.

En Marzo de 1793 una insurrección general se enciende en la Vendée. Se apoderan de Machecoul 1.500 hombres y fusilan al juez de paz, á los jefes de la guardia nacional y á todos los que se resistían á ingresar en sus filas; que en esto de fusilar á personas indefensas se dan la mano los antiguos vendeanos y los carlistas. El 13 de Marzo Cathelineau se apodera del castillo de Fallais; el 14, de Chemillé; el 15, de Cholet, donde recoge algunos cañones; los insurrectos son rechazados de Sables d'Olonne, pero se rehacen, se apoderan de Viherts, Challans, Legé, Palluan, Chantonay, Saint Fungent, les Herbier, la Roche sur Fon, amenazan á Nantes, y todo el Anjou se ve próximo á ser invadido. El 5 de Mayo ganan, mandados por La Rochejaquelein, la acción de Thouars, cogiendo 6.000 fusiles, 12 cañones y haciendo á los republicanos más de 1.000 bajas entre muertos y heridos. Pierden el 16 de Ma-

yo la acción de Fontenay, dejando en poder de los republicanos 24 cañones; pero el día 25 treinta y cinco mil vendeanos presentan de nuevo la batalla, derrotan á los republicanos, se apoderan de Fontenay, cogen 42 piezas de artillería y la caja del ejército con 25 millones.

Con la misma rapidez se extendió la insurrección en las provincias Vascongadas. En Octubre de 1833 se sublevan en Bilbao los voluntarios realistas y empiezan por imponer una contribución al vecindario; la insurrección se extiende inmediatamente á todos los pueblos cercanos, Abando, Begoña, Portugalete, Somorrostro, Valmaseda, á los valles de la Nestosa y Carranza, á Orduña, y avivando el incendio el clero regular y secular, se corre á toda Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra. El hecho se producía del mismo modo que en la Vendée.

Francia se encontraba en 1793 en situación harto más crítica que España en 1833, porque 100.000 hombres al mando del duque de Brunsvich y 20.000 emigrados franceses, 6.000 de ellos de caballería, con el conde de Provence, después Luis XVIII, el conde de Artois, después Carlos X, el príncipe de Condé y los mariscales de Broglie y des Castries, atacaban las fronteras del Este, y el ejército francés tenía que acudir á una guerra de invasión, desde Dunkerque hasta Suiza, y á una guerra civil en el Oeste. Pero la víbora legitimista no tenía en la Vendée ni en las landas de Bretaña nido de tan difícil acceso como en las enriscadas montañas de Vizcaya, de Guipúzcoa y de Navarra.

La primera guerra civil terminó en España con un convenio el 31 de Agosto de 1839, aunque la víbora siguió mordiendo hasta el 6 de Julio de 1840, en que Cabrera entró en Francia. La cabeza no quedó aplastada, y se la vió aparecer en 1848 en otra lucha sangrienta, y después en San Carlos de la Rápita mientras el ejército de la nación peleaba en las costas de Africa, y luego del 72 al 76, cometiendo todo género de depredaciones y de salvajes hazañas. La acción de Oroquieta y otro do cuerpo en las montañas de Vizcaya y de nuevo convenio, pareció como que ponían término á la guerra civil. Clemencia generosa con la que se les trataba como á hermanos extraviados, convidándoles á gozar todos unidos de las dulzuras de la paz. El tiempo desvaneció aquellas nobles esperanzas. El país se sintió de nuevo mordido por el reptil del absolutismo, que se recogió más tarde vencido á su guarida para acechar eternamente una nueva ocasión, mientras su cabeza no quede deshecha y su tronco cortado en menudos pedazos.

Tambien los vendeanos, violando los tratados de Jaunaye y la Mabilaye, abrieron el segundo periodo de la guerra civil, que corrió por toda la Vendée, la Bretaña y parte del Anjou.

Charette había recibido de Inglaterra armas, municiones y dinero; 40.000 hombres fogueados, 20.000 organizados por Cadoudal, Lemercier, Bonfils y otros jefes, presentaban un poderoso núcleo de resistencia.

Coquereau organizaba las fuerzas de los insurrectos en el Anjou, y un convoy de buques

de transportes con 80.000 fusiles, 60.000 uniformes, víveres y municiones, ocho millones en metálico, gran cantidad de asignados falsificados en Londres y un cuerpo de 12.000 hombres formado de emigrados, se presenta en las aguas de Quiberón custodiado por una escuada inglesa. Efectúase el desembarco en Carnac el 27 de Junio de 1795 y se les reune Cadoudal con 4.000 hombres.

El general republicano Hoche los ataca en Quiberón, y á pesar del fuego de la escuadra inglesa los desaloja de sus posiciones, los derrota, los dispersa y hace un número considerable de prisioneros.

Hoche emplea el rigor: 1.200 prisioneros fueron pasados por las armas. Hoche persigue sin descanso á los sublevados; el jefe vendeano Stoflet es cogido prisionero y fusilado; más de cien jefes vendeanos son pasados por la armas; Charette es preso y fusilado en Nantes. A los 33 días la Vendée estaba pacificada.

Hoche pasa el Loire, y á pesar de la tenaz resistencia de los insurrectos, lleva la guerra á sangre y fuego, y en dos meses toda la Bretaña, la Sarthe, el Maine, habían sido sometidos sin piedad. La guerra civil estaba terminada.

Cuando en Mayo de 1832, reinando Luis Felipe, intentó la duquesa de Berry sublevar la Vendée y la Bretaña, apenas un puñado de hombres respondió al llamamiento, siendo destrozado y disperso en Maislón y Caraterie; y aquella tentativa terminó ridículamente, escondiéndose la duquesa de Berry en el hueco de una chimenea de una casa de Nantes, don-

de fué descubierta y presa. La insurreción era imposible: Hoche había, treinta y siete años antes, aplastado la cabeza de la víbora. La Vendée y la Bretaña recuerdan hoy todavía el horrible escarmiento que sucedió á la tentativa de Quiberón.

España ha dejado repetidas veces con vida al reptil absolutista, permitiéndole abrigarse en su seno y que al calor de su pecho acechase siempre la ocasión de morderle en el corazón.

Hay que terminar de una vez. Todos los esfuerzos, todos los recursos, todos los sacrificios que el país se imponga, estarán bien empleados para ello. Guerra sin tregua, guerra de exterminio al carlismo.

Que sea esta la última vez que el estruendo del combate y los ayes de los heridos se oigan en aquel nido del carlismo, en aquellas provincias que son una constante, amenaza para el resto de la nación, porque ellas son el nervio de la guerra. Y si el país quiere que desaparezca para siempre de nuestro suelo ese cancer de la guerra civil; si no quiere que después de la próxima nos veamos empeñados en otra, vuelva la vista á lo pasado, vea lo que ha sucedido en nuestra España, vea lo que sucedió en la Vendée y la Bretaña, compare, y grite con resolución: ¡guerra de exterminio al carlismo, para poder entregarse después con tranquilidad y confianza á los trabajos de la paz y á la reconstitución del país!»

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

IDEAS CANALLESCAS DE DON CARLOS SOBRE LA MORAL.—EL ROBO, UN IDEAL DEL CARLISMO.-LA DESTRUCCIÓN, OTRO IDEAL.--EL ASESINATO, OTRO IDEM.--EMPLUMAMIENTOS.--DAMAS CONVERTIDAS EN FIERAS.--EL HERMANO DEL *Chapa* RECLAMADO POR LOS TRIBUNALES.

Después de conocer á don Carlos, ¿qué persona digna podrá seguir alimentando esperanzas en su causa ni será capaz de envilecerse defendiéndole?

Combatir al carlismo es ahora, más que nunca, no ya cuestión de principios, de decoro. Por lo tanto, á un lado la libertad con todas las personas honradas y decentes, y á otro lado la causa de la reacción con toda la escoria social.

Y esta no es opinión nuestra; es de los mismos carlistas que no han perdido toda noción de dignidad.

Sigamos, por lo tanto, retratando al Pretendiente, aunque para desacreditarle y hundirle, nada como dejarle hablar.

Un día que Boet, cuando podía atreverse á todo por que todo estaba en sus manos, indicó á su rey que debía cambiar de vida para evitar que los enemigos lo acusasen de que faltaba á la moral y á las buenas costumbres, don Carlos le contestó:

«¡La moral»! Hé aquí una de las cosas que á mí me han preocupado menos, ó mejor una de las que no me han preocupado nunca. No sé lo que eran los hombres de siglos atrás; pero como los del nuestro no se cuidan de la moralidad de nadie, supongo que

los de entonces harían otro tanto. ¡La moral! Ni existe, ni en el fondo ha existido, ni cabe que exista, Boet. Observa cómo va el mundo, y te convencerás de que tengo razón. ¿Quién es moral hoy en día? Si yo fuese rey de veras y mandase á mis vasallos que, bajo pena de la vida, el que pudiese probar qué es moral levantase el dedo, cree que todo el mundo se metería las manos en los bolsillos. La sociedad no se preocupa más que del dinero y del tren de cada uno. Nunca pregunta á los ricos cómo han ganado su fortuna, sino que se apresura á reconocerla y adorarla; y aunque sepa que la han acopiado robando, hace como si lo ignorase. Para la gente, el éxito lo abona todo. ¿Has vencido? Eres un grande hombre, y, por consiguiente, subes á la cumbre. ¿Has perdido? Pues á presidio por tonto, y allá te las hayas.

«¿Qué importa que un hombre sea calavera, mal marido, tronera, y padre negligente; que derroche lo suyo, contraiga deudas ó haya malbaratado su patrimonio? La sociedad no se cuida sino de inquirir si es elegante, entendido en mujeres ó caballos, y si frecuenta los clubs, los lupanares y las ruletas; y como le digan que sí, le aplaude y encomia. ¿Has encontrado alguna vez en los salones á algún hombre de bien pobre? Ni por pienso. En cambio te habrás codeado mucho con petardistas afortunados, con banqueros embaucadores, con industriales contrabandistas y otros tipos del mismo jaez. Créeme; en este siglo todo es papa, todo comedia y aparato.

«Por esto yo, que conozco á la sociedad, vivo como ella quiere, y gasto, derrocho, tiro el dinero en lo primero que se me antoja; en un traje, en un placer, en un capricho, en un banquete; soy calavera, soy tronera y disipado; no me cuido de Margarita ni de la familia; como casi siempre fuera de casa; frecuento los salones de las mujeres galantes; paso noches enteras aquí y allí, y río y bromeo, y me divierto, sin perder la reputación ni disminuirla, sino

al contrario, cobrando fama de galante, de rumboso, de príncipe ilustre, de caballero á la moda, y de hombre inteligente. En todas partes me reciben bien; las mas aristocráticas señoras se enorgullecen de mis visitas; los reyes y príncipes me tratan de igual á igual, menos los que están vendidos á la revolución; y, en fin, soy uno de los personajes mas célebres de París, y, por consiguiente, del orbe entero.

—Señor, le dijo Boet; acuérdese V. M. de que representa á la religión; medite bien este concepto y después dígnese contestarme.

—Mira, Boet; en materias de religión no creo nada; sólo que de resultas del miedo que desde la infancia me han hecho con aquello de la otra vida, en ciertos momentos de peligro, por sí ó por no, llamo á los curas. ¿Qué quieres? En el fondo cada cual tiene sus debilidades. El nacimiento y la política me han hecho representante del catolicismo, y si triunfase impondría el esclusivismo católico á mis vasallos, con tal que los curas me dejasen en libertad de decir y hacer lo que se me antojase; porque si llegasen á meterse conmigo, entonces ¡vive Dios! que los habia de estrujar á todos... La única religión que hallo de mi gusto es la turca; porque, la verdad, aquello de los harems y del paraiso de las huries me parece una gran idea. Se conoce que Mahoma era un hombre muy largo; éste sí que de veras lo entendía. Nada de culto que haga sufrir, sino un culto que haga gozar; mucha sultana, mucha odalisca, mucha concubina, mucha blanca y mucha negra; hoy ésta y mañana aquélla, y el día siguiente otra; y rueda la bola y suene el pandero, y á reir y divertirse hasta que venga la muerte y vayamos á buscar á las divinas huries...

«¡Si yo fuese turco, qué buena vida me daría! Bien que si no lo soy, procuro parecerlo; porque lo mismo da tener un harem concentrado en casa, que disperso por la ciudad; y todavía creo que es mejor aún

de este último modo, pues da más golpe, encierra más novedad y produce más sorpresa. Donde quiera que me halle, todas las mujeres hermosas me pertenecen. En viendo una, ya la marco por mía con la intención. ¿Qué quieres? Para mí no hay virtudes. La que no cae por fas, cae por nefas. Soy rico, soy buen mozo, soy elegante, soy príncipe, soy célebre, soy don Carlos; como mucho, bebo indefinidamente, hablo sin descanso, galanteo con destreza; soy entusiasta por las rubias, transijo con las morenas, admiro á las altas, me muero, en fin, por las pequeñas.»

—Señor, le dijo Boet; si V. M. quiere conservar su prestigio y mejorarlo, es necesario que cambie de ideas y siga diferente conducta, aunque sea cierto que en la sociedad pasa algo de lo que ha dicho. Nadie pretende decir que el siglo sea moral; pero es una aberración creer que la inmoralidad sea hoy el mejor pasaporte para la sociedad; y si V. M. entra en los salones y en ellos es considerado y atendido, débelo á su nacimiento y posición política, no á su conducta.

—Sea por lo que quiera, el caso es que me consideran y me atienden. Para vivir en paz con la sociedad, la cuestión es hacer lo que quiere, decir lo que aparenta, seguir sus costumbres y cubrirse con sus opiniones. ¿Qué soy para ella, á pesar de mi desprecio por la moral, por la instrucción, por la gloria tradicional y por la religión? Un tipo acabado de elegancia; un modelo de pretendientes; un príncipe á la moda; un gallardo y arrogante mozo; una figura célebre. ¿Y porqué? Porque además de ser un disoluto de la alta escuela, digo amén á todo lo que la sociedad aprueba, censuro todo lo que reprueba, y soy indiferente á todo aquello que no la interesa. Ya se comprende que si discrepase de sus opiniones me hundiría. En esto sigo la corriente general; y si en un salón me hablan del catolicismo, digo en seguida:

«es la religión más sublime;» si del Papa, «es un santo hombre;» si de Cervantes, «¡oh! es un genio sin rival;» y en mis adentros me río, y me chanceo, y pienso: «todo esto que ahora alabo lo daría de buena gana por la mirada de una muchacha bonita.»

Al objetarle Boet que muchos carlistas habían murmurado de su conducta durante la guerra, don Carlos le dijo:

—Serían personas de poco más ó menos, porque en España llevé la misma vida que en París, sin perder ningún partidario. ¡Qué de travesuras no hice en mis alojamientos! En Puente la Reina hubo la mar de cosas. ¡Y cómo me divertía á costa de los padres y de los maridos! A pesar de esto, *tutti contenti*, como decimos en Italia. ¿Y en Estella, y en Durango y Tolosa? ¡Qué de emboscadas, qué de sorpresas, qué de victorias! Sin embargo, no sé que nadie murmurase.

—Yo sí, señor; y con gran severidad.

—Serían cabreristas.

—Eran personas muy leales á V. M., y que habían derramado su sangre y perdido su fortuna por la causa.

—Pero esas gentes ¿qué quieren? ¿qué piden? exclamó don Carlos exasperado. ¿Se figuran imponérseme? ¿imaginan quizá arredrarme? En mi partido no hay hombres necesarios, fuera de mí, que soy indispensable; y así como mi abuelo, á pesar de ser un estúpido, se deshizo de Zumalacárregui enviándolo por fuerza á Bilbao para que se desacreditase ó pereciese, yo que soy listo y muy hombre, me desharé del más pintado de mis defensores; que así lo demostré ya, humillando y matando de un disgusto á Aparisi y Guijarro, á pesar de ser mi primera cabeza política.

—Las gentes honradas del partido no quieren eso ni desean que V. M. viva como un ermitaño, como un viejo inútil, ó como el señor conde de Chambord,

sino que se divierta con moderación y decencia, que encubra sus placeres ilícitos, que no se ufane públicamente de sus deslices, que se abstenga de compañías infames, que haga, en fin, como esos príncipes jóvenes que saben unir lo alegre con lo decoroso.

Don Carlos, al oir á Boet, se exasperó primero, y después prometió enmendarse, mas aquella misma noche faltó á su promesa.

¡Y si fuese inmoral únicamente para lo que significara vicio derroche! Pero no; lo es para todo.

Entre las instrucciones firmadas en Londres después de la guerra para reorganizar el partido, figura ésta, acordada en una reunión de legitimistas franceses, irlandeses, ultramontanos y algunos españoles:

«5.ª...no sólo estará en sus facultades (las de la Junta), sino que tiene el deber de fomentar conflictos bajo mano, *como promover movimientos republicanos avanzados*, á fin de acelerar los acontecimientos y abreviar los males que afligen á mi querida España.»

Al advertirle un carlista la infamia de ese artículo, redactado por extranjeros para arruinar á España, el miserable de don Carlos le contestó:

—Bien, bien; pero conviene también sacar partido de los republicanos de España, y excitándolos con astucia, llevarlos á un extremo de violencia. Me he informado bien del estado social del país, y estoy convencido de que se puede hacer mucho. En Andalucia la propiedad se halla concentrada en muy pocas manos, y casi todos los labradores andaluces son colonos de grandes propietarios que los enjugan secándolos como esparto. De esto resulta por allí mucho descontento, y que la mayor parte de la población tiene envidia á los ricos. Pues conviene fomentarlo, escitar las rivalidades, formar sociedades secretas que defiendan á los pobres y les prometan el reparto de las propiedades.

«Allí también, prosiguió, hay mucha gente de trabuco y puñal, dispuesta siempre para emboscarse y dar un disgusto á los que tienen algo. Se arma la gorda; se espanta á los propietarios; se les obliga á fugarse y pedir un verdadero gobierno fuerte, un gobierno de orden y moralidad. Con esto ocupamos al gobierno de Madrid y lo desautorizamos; emprendemos otra guerra, y nos hacemos fuertes de nuevo. Algo de ello mandé ya hacer en la última; pero ahora debe organizarse en gran escala, tanto para triunfar, como para poder trabar la lucha.

«Como en Galicia y Valencia sucede también algo análogo, se hace lo mismo que en Andalucía. Sobre todo urge fundar sociedades secretas, porque la sociedad secreta espanta mucho. En Cataluña hay la cuestión obrera, que, según me han dicho, también promete muchísimo. En estos últimos tiempos los catalanes no han hecho mas que huelgas; pero esto no vale nada, y es menester que vayan mas allá. De la huelga al motín no hay mas que un paso; nuestros afiliados, siguiendo la consigna, se lo hacen dar á los trabajadores; y del motín á otras cosas todavía hay un paso más corto. Los fabricantes son todos enemigos nuestros; así, pues, duro en ellos y en sus haciendas. Al mismo tiempo yo salgo diciendo que soy el único que puede vencer á la revolución, y convido á todos los hombres honrados para que entren en mis filas; el clero carlista se anima y hace gran propaganda en favor de mi causa, promete en mi nombre orden, moralidad, paz, y así me robustezco, y al fin entro en Madrid.»

Como se ve, no hay medio, por infame que sea, á que don Carlos no apele para conseguir sus fines. El carlismo, tanto por lo que significa como por lo que pretende, no es ni puede ser honrado. Pero aunque pudiera serlo no podría, teniendo al frente un hombre que tan estupenda idea guarda de la moral.

—

¡Robar! Este es uno de los ideales del carlismo: robar á los liberales, á los templos, á sus propios correligionarios.

Los cabecillas que entraban en las poblaciones, robaban; robaban los que recorrían los campos; robaban los de la corte del *Chapa*; robaba éste, aplicando á sus vicios el dinero que le enviaban para fusiles. El carlismo era, en suma, el latrocinio elevado á institución; el principio y el fin de la causa. Para justificar esta apreciación, no hay más que fijarse en las ideas que el imbécil Pretendiente tenía acerca de la moral. Y si en el Norte, al lado del corrompido mentecato se distraían los fondos por Dorronsoro y otros caballeros, ¿qué no ocurriría en Valencia, Aragón y Cataluña, donde eran más perdidos los cabecillas y las partidas árbitras, y se entregaban al saqueo y al pillaje sin que nadie les fuese á la mano ni les tomara cuenta de sus actos?

Para formarse una idea aproximada de lo ladrones que eran los carlistas, baste decir que al hacerse cargo el cabecilla Palacios de la intendencia del ejército del Centro en 1874, manifestó que, según datos recogidos por el señor Roca, Santés debía rendir cuenta de seis millones por exacciones hechas en sus expediciones y primera entrada en Cuenca.

De lo que hicieron en la segunda ya hemos hablado en el *Folleto 1.º* Por esto nos limitamos hoy á apuntar este dato: al llegar á Chelva los carlistas capitaneados por el Alfonso y la Blanca, simples individuos llevaban en sus cintos 10.000 y 14.000 reales en monedas de oro y plata.

Por todas partes donde iban obraban lo mismo.

Hay en nuestro teatro clásico un drama titulado *Del rey abajo, ninguno*. Parodiando ese título, podríamos bien decir en este caso: *Incluso el rey, todos...* LADRONES.

Ponderando un periódico de Valencia lo lucrativo del oficio de comandante de armas carlista, decía que el de Fansara, un tal Izquierdo, que era pastor en Ribesalves, tenía en aquella fecha un capital bastante para vivir cómodamente lejos de las contingencias de la guerra, gracias al merodeo, ocupación habitual de tales caudillos.

Y lo que de éste, puede bien decirse de casi todos los carlistas, en el Centro, en Cataluña, en el Norte y en todas partes. Carlismo es sinónimo de bandolerismo. Prohíbaseles á los carlistas robar, y el *Chapa* se quedará pronto sólo... con unos cuantos imbéciles de buena fe. Los que dan tono á su causa se retirarán... á robar más modestamente donde Dios les dé á entender.

Y el caso es que nadie puede llamarse á engaño en este punto; los mismos carlistas se encargan de propalar y demostrar que son unos ladrones. Referiremos algo de lo mucho que los residentes en Bayona solían decir en sus reuniones del café Farnier en Junio del 74.

Quién aseguraba que la guerra le había arruinado; otro decía que si él no compra municiones de su bolsillo particular, sus tropas hubieran carecido de ellas; uno aseguraba que Ollo y Radica tenían ya buenos cuartos en el Banco de Londres, y que Dorregaray y Mendiry se peleaban siempre por cuál había de entrar primero en tal ó cual pueblo para apropiarse la contribución que se sacara.

También convenían en la ineptitud de don Carlos, que no hacía más que jugar al rey sin exponerse y con su camarilla explotar á los legitimistas franceses, á la clerigalla estúpida de todas las naciones, y trasladar á su bolsillo el dinero de casi todos los cepillos de las iglesias de España destinados al culto ó á otra cosa por el estilo. Estos fondos se repartían entre los paniaguados, que habían hecho su agosto.»

Así hablaba aquella turba de perdidos y ladrones envidiosos ó fracasados.

A tal punto llegó la inmoralidad en los comienzos del año 74, que antes de entrar en Estella habían gritado en el camino las fuerzas que salieron: *¡Mueran los ladrones!* (ya en Somorrostro se hablaba de abusos de las autoridades). Andaban aquella noche medio asustados algunos, buscando la oscuridad para comunicarse sus tristes impresiones.

¿Pero qué más pruebas? El mismo Dorregaray dirigió desde Benasal una alocución á sus compañeros, al encargarse del ejército del Centro diciéndoles «que hasta entonces el carlismo no había sido en aquellas provincias más que el *bandolerismo armado*».

Parco anduvo, porque no era en el Centro sólo.

Ante los desmanes, atropellos y latrocinios de los carlistas, uno de los más caracterizados, don José Antonio de Ros, escribía desde Prades el 8 de Julio:

«Conozco en Cataluña algunos de esos hombres que al ver que sus intereses, sus propiedades y su misma personalidad no se ve libre de los ataques y desmanes de los defensores de la buena causa, están aburridísimos, y dicen á voz en grito que van á retirarse, que no quieren seguir por más tiempo siendo cómplices y víctimas á la vez de tales actos». Pedía que hubiese administración y orden en las cuentas, y «que no se llegase al extremo de que cuando los pueblos no podían ó no querían pagar, se llevasen en rehenes á los mismos carlistas.»

Don F. Romero, que de guardia civil licenciado había ascendido á teniente coronel, se agenció en poco tiempo una porción de miles de duros, así como su segundo, don F. Fernández; siendo notorio que ambos antes de la guerra estaban en la mayor miseria; pero como Romero era hermano del canónigo

que tenía de secretario Elío, con el apoyo de éste había podido sostenerse en su destino, no obstante las prevenciones que contra él existían.»

Tan decididamente se les protegía, que cuando Mendiry confinó á Romero y Fernández al Batzan, se formó contra él una verdadera cruzada. Refiriéndose Mendiry á esto, dice:

«Pero en el mismo día que salieron confinados recibí una Real órden promoviendo á Romero al empleo de coronel *por sus eminentes y distinguidos servicios*, que me hizo comprender que el general Elío, por encima de todas las consideraciones, y hasta de la opinión pública, se empeñaba en sostener al hermano de su secretario. Y reflexionando sobre las consecuencias que los procedimientos podían ocasionar, desistí de la instrucción del sumario que había mandado formar.» Y añade:

«Se habían situado en Estella algunas personas necesitadas y de dudosos antecedentes, comprometidas por la causa y completamente inútiles para la guerra; y como muchas de ellas comían de suministro por el despilfarro y prodigalidad de Romero y Fernandez, con la separación de éstos dejaron de chupar semejantes sanguijuelas, y atribuyéndome á mí todas sns desgracias, se me declararon enemigos irreconciliables, haciéndome una guerra sorda, de mala ley, puesto que propagaban contra mí toda clase de chismes y calumnias.»

En Marzo de 1875 aseguró la prensa que, valiéndose de un banquero de Barcelona, había girado Savalls al extranjero 300.000 francos, es decir, millón y medio de reales próximamente, producto del sistema calificado por Dorregaray de bandolerismo armado.

Hasta los extranjeros que habían venido á combatir por don Carlos unos por memos, otros por perdidos, se escandalizaron de lo que pasaba en el campo carlista.

Al saber el jefe de la maestranza de los facciosos, marqués de Gualingey, que el hierro que se sacaba de la línea férrea era robado, dijo con energía á Lizárraga que él, como otros extranjeros, habían venido á sostener una idea, no á ser ladrones; lo cual le valió ser preso, destino de toda persona decente entre los partidarios de don Carlos.

Gracias á que el hombre pudo escapar y presentarse á las autoridades de Valencia, no lo escabecharon los suyos, por haber tenido aquel arranque digno.

Y no se contentaban con robar: destruían lo que no podían llevarse. Los anarquistas son niños de teta comparados con los carlistas cuando se trata de destruir.

Era en ellos tan poderoso é irresistible el instinto de destrucción, que no se tomaban siquiera la molestia de ocultarlo.

El órgano oficial de don Carlos excitaba en Julio del 75 á sus correligionarios á que destacasen partidas sueltas para destruir é incendiar las posesiones de los liberales, recordándoles que dentro de las líneas carlistas tenían hermosas y magníficas posesiones.

Los petroleros de la Conmune han sido calumniados. No fueron mas que tímidos y modestos heraldos de los carlistas.

Su fama de ladrones traspuso todas las fronteras.

El corresponsal que *The Times* de Londres tenía en el Este de España, refiriéndose á la conducta del carlismo en aquella comarca, dijo en una de sus correspondencias de Octubre del 74:

«Las partidas del Pretendiente son bandas de ladrones y asesinos, cuyo principal objeto es el saqueo, puesto que tan pronto como entran en cualquiera población sólo se ocupan en robarla.» Y añadía que los trajes y el lenguaje de los carlistas estaban en

relación con sus fechorías; haciendo constar, con referencia á datos positivos, «que ascendían á 25 millones las pérdidas causadas al ferrocarril de Valencia, además de haber tenido 77 empleados heridos y un muerto.»

Y cuando no robaban, timaban con el cartucho de perdigones del legitimismo, no sólo en España, sino en toda Europa. Sacaban dinero á cuantos lo tenían, y con tal descaro, que se enteraba todo el mundo.

Con motivo del regalo de 300.000 florines hecho por la princesa Windischgratz á la esposa del Pretendiente para ayudar á la guerra, el periódico satírico de Viena, *Der Floh*, publicó una caricatura, en la cual se veía á doña Margarita recibiendo de manos de la otra el talego con el dinero. A la derecha se veían los carlistas incendiando las propiedades exhortados por un cura, y á la izquierda una multitud de infelices de Viena muertos de hambre y de frío, dirigiéndose en busca de un asilo benéfico para no perecer en medio de la calle, mientras la princesa se llevaba el dinero para fomentar la guerra en país extranjero.

Se rebajaban tanto por reunir cuartos, que se daba el caso de que el esposo de doña Blanca, vulgo don Alfonso, obligaba á los ayuntamientos de los pueblos por donde pasaba á suscribirse *voluntariamente* al *Cuartel Real*, periódico oficial del carlismo.

Siempre barriendo para adentro.

—

Hemos descrito á los carlistas como ladrones: describámoslos ahora como asesinos, confesando humildemente que no sabemos si en esto último se distinguían más que en lo primero.

Cuando no tenían liberales á mano á quien insultar, apalear ó fusilar, arremetían con los suyos ó sus familias. De tal modo trataron en Puente la Rei-

na á la madre del carlista don Cruz Ochoa, segundo de Santa Cruz, y su defensor además, que la infeliz señora tuvo que pedir protección á don Carlos, ¡á buena parte fué á parar!; y su hijo, que se hallaba en Hendaya, que presentarse en Estella, rogando que decidieran de su suerte y dejaran en paz á su madre. Fué encerrado inmediatamente en la cárcel.

Aun cuando en punto á crueldades con los suyos, nada como los detalles del fusilamiento del señor Calle y su hijo, según el relato de un testigo presencial.

Como en otro folleto hemos dicho, se acogieron al convenio de Amorevieta, y el cabecilla Velasco los apresó, condenándolos á muerte.

Una vez en el lugar destinado á la ejecución, se representó esta terrible escena:

—Matadme mil veces, gritaba el hijo, y respetad la vida de mi padre, que tiene 75 años de edad.

—Asesinadme á mí, contestaba el atribulado anciano; asesinadme á mí, que sería en todo caso el verdadero responsable, y conservad la vida de mi inocente hijo, casado y con tres criaturas de menor edad.

A estas dolorosas súplicas contestaron los cafres con una descarga que dió en tierra con el anciano. Pero no quedó tan mortalmente herido que no pudiera levantarse de nuevo para reiterar su súplica, obteniendo por toda contestación una nueva descarga que concluyó con su vida.

Esto era horroroso, y, sin embargo, había algo peor y más horroroso todavía: el fanatismo de las mujeres carlistas, que fueron las primeras en aplaudir aquel acto de ferocidad.

Los hijos de los tigres y las hienas, si fuera posible que procreasen, resultarían carlistas.

Los salvajes, como vemos, no perdonaban ni á sus correligionarios. Llegó el caso de no poder vivir en

ningún pueblo de Vizcaya los afectos á don Carlos que no predicasen la guerra de exterminio. Carlistas consecuentes fueron horriblemente maltratados por censurar la barbarie de los cabecillas.

Ningún respeto tenían á nadie cuando de saciar su sed de sangre se trataba.

Llega á Algorta en Abril del 74 el corresponsal del *The Times* de Londres, sábenlo los carlistas, se apoderande él y disponen su ejecución. Y gracias á que el vice-consul de Francia pudo intervenir á tiempo, salvó la vida cuando estaba ya delante del pelotón que había de fusilarle.

Narremos uno de los hechos más horribles de los carlistas.

No el de aquel niño que mataron á trabucazos en el Puig porque al darle el alto entre palabras mal sonantes, dejó correr el caballo que montaba...

Ni el de aquel infeliz vecino de San Celoni á quien se entretuvieron en arrancarle los ojos antes de fusilarlo...

Ni el de aquellos tres jóvenes, casi tres niños de Taradell, á quienes asesinaron delante de sus familias porque se negaban á seguirlos...

Ni el de aquel guarnicionero asesinado, á la par que un hijo suyo, en Igualada...

Ni el de aquellos dos niños de unos cuatro años, de Igualada también, que estaban acurrucados en un portal llorando porque su padre había empuñado el fusil dejándolos solos, y á los que estrellaron contra un balcón de la casa de enfrente...

Ni el de aquellas mujeres de los voluntarios asesinadas en la misma población, y aquellos niños de teta pasados á cuchillo en los pechos mismos de sus madres...

Ni el de aquel peón caminero que conducía una de las facciones vizcainas dentro de un jergón, pa-

rándose de trecho en trecho para abofetearle y pincharle...

Ni el de aquel infelíz á quien en Figaró agasajaron y le dieron de comer en abundancia para tener el gusto de gozarse en su sorpresa al decirle que iba á ser fusilado, como lo fué...

Ni el de aquel jefe de la estación de Malgrat, á quien delante de su esposa y de sus hijos, que de rodillas imploraban por él, fué asesinado, llevando después el escarnio hasta conducir su cadáver á la cárcel y encerrarlo allí...

Ni el de tantos y tantos crímenes como se registraron en las páginas sangrientas de la historia del carlismo...

No, ninguno de estos es.

El hecho que vamos á narrar es más cruel, es más horrible, es más inhumano, porque no es la muerte, es algo peor; es la vergüenza, es la deshonra, es la angustia, es la agonía prolongada...

El hecho es este, referido por *El Diario de San Sebastián* en 1.° de Agosto de 1874:

«Tres desgraciadas mujeres, esposas dos de ellas de migueletes de la provincia de Guipúzcoa, y madre la otra de tres individuos del mismo instituto, sufrieron un martirio horrendo por las calles de Tolosa.

Habían sido presas por el *único delito* de ser madre y esposas, y se iba á hacer con ellas un escarmiento, paseándolas por la población; la noticia, circulando de boca en boca, atraía un gentío inmenso hacia el sitio de donde había de salir la procesión inquisitorial.

Salió por fin. Unos cuarenta carlistas sin armas, pobre y suciamente uniformados, rompían la marcha, precedidos de una turba de niños. Tras de ellos marchaban las tres infelices, en un estado que daba horror y congoja verlas. Desnudas desde la cintura para arriba, cortado el cabello y afeitada la cabeza, las habían untado de miel, cubriéndolas por com-

pleto de plumas. Tres monstruos parecían, no tres séres humanos.

Montadas en burros, y con una pandereta en la mano que para mayor escarnio las obligaban á tocar, marchaban entre bayonetas en medio de aquella procesion, recibiendo los insultos de una muchedumbre estúpida y fanatizada, que se agolpaba por las calles á su paso, engrosando después la comitiva.

A su lado marchaba el pregonero encargado de leer de trecho en trecho la condena infamatoria, y detrás el tamboril entonando un aire provocativo é insultante.

Aquella muchedumbre reía al presenciar el espectáculo, y no contentos todavía los más audaces ó los más depravados, dirigían á su paso á las víctimas chanzas sangrientas que aumentaban la mofa y el escarnio.

Así recorrieron las calles principales de la población.

Por fin llegaron á la plaza pública, en donde las víctimas expiatorias creían terminado aquel martirio mil veces más cruel que la muerte; y aquellas masas enfurecidas, al comprender que se les escapaban con vida y deseosas de alargar su diversión, prorrumpían en bárbaros gritos:

—¡*Paluac oraiñ, paluac*! (¡Apalearlas, apalearlas ahora!)

—¡*Paluac oraiñ ta guero lao tiro*! (¡Apalearlas ahora y después fusilarlas!)»

No caben aquí comentarios. Lo único que cabe es ceder al deseo que se siente de coger un fusil, salir á la calle, preguntar á todo el que se encuentre ¿es usted carlista?, descerrajarle un tiro, y volverse á casa con la satisfacción que debe sentir el cazador que mata una fiera.

Y si hay algún liberal que le parezca mal lo que digo, que piense en que una mujer de aquellas pudo ser su esposa, pudo ser su hija, pudo ser su madre,

Esto de los emplumamientos se había ya hecho costumbre, casi ley entre los cafres del *Chapa*. Llegaron hasta sustituir el partido de pelota y las fiestas con que se celebraba los sábados el mercado-feria de Tolosa, por el espectáculo de un emplumamiento ó un apaleamiento, de los que era siempre víctima algún liberal ó persona de su familia.

La entrada de doña Blanca en Vinaroz se señaló por un acto de esos.

Al saberse que los carlistas se aproximaban, parece que una mujer fué con gran regocijo á anunciárselo á otra, y que ésta le contestó:—«Pues en vez de alegrarme, quisiera que esa doña Blanca fuera crucificada en el camino, en pago de todo el mal que ha hecho.»

Denunciada al llegar la facción, dió la doña Blanca orden de que la emplumaran y la paseasen por las calles más céntricas de la villa, llevando detrás á su marido dándole palos con toda su fuerza, sopena de fusilarlos á ambos. El marido debía recibir después cincuenta.

Produjo esta noticia tal impresión de horror, que muchas personas influyentes pidieron clemencia, mas sólo la alcanzaron para la hija de este matrimonio, también condenada á igual pena.

Rapada, aíeitada y colocada sobre un burro, sufrió la infeliz los rudos golpes que le daba su marido, á quien se le amenazó en todo el tránsito con las bayonetas, y que al final recibió los 50 palos decretados.

¡Qué infames, pero qué infames fueron todos los que consintieron sin protesta aquel acto de inaudita crueldad, y cuán poco tenían de españoles los que apoyaban á una familia de gitanos reales como aquella, que venía á resucitar costumbres de tiempos bárbaros, haciendo víctimas de ellas á infelices mujeres, más honradas y decentes cada una que toda aquella familia junta!

No tienen disculpa los carlistas que permanecieron al lado de una tía como doña Blanca después de ocurrir esto en Vinaroz.

También en Peñacerrada (Alava), emplumaron en Junio del 74 los carlistas á tres muchachas, por el enorme delito de haber pretendido marcharse á Vitoria á servir.

Y el 20 de igual mes hicieron lo propio á una joven en Orozco, por orden del titulado comandante de armas carlista de aquel punto (maestro de escuela) *con la aprobación* del clero de la villa.

Granujas todos, los curas y el maestro.

El asesinato formaba parte de todos sus programas.

Para dar mayor solemnidad y esplendidez á las rogativas que hicieron en Noviembre de 1874 en Estella á la Virgen del Puíg, fusilaron á tres infelices acusados de desertores.

¡Y á eso le llamaban *fuegos artificiales*!

El escarnio sobre el crimen.

Tanto extremaron los horrores, que hasta los comités legitimistas franceses y los demás que tenía el carlismo en las principales ciudades de Europa, dirigieron una comunicación á la junta del Norte en Octubre del 74, manifestando su disgusto por el caracter vandálico que daban los facciosos á la guerra.

No les hicieron caso alguno, y fueron lógicos... Si el carlismo significa robo y asesinato, prohibirle robar y asesinar, sería atentar á su existencia.

Prosigamos relatando hechos.

Al saberse en Madrid los horribles fusilamientos de Olot, exclamó *El Imparcial*:

«...no ya 160 oficiales que van á la guerra porque les llama su vocación al servicio de las armas, sino 160 soldados que abandonan sus hogares respondiendo á la voz de la patria. ¿Habrá entre los extra-

ños quien no se cubra el rostro con las manos, transido de horror, al leer el anterior despacho? ¿Habrá entre nosotros quien después de leer no diga: liberales, á ellos?...

Si, es preciso buscar á lo fiera en su madriguera, acosarla, lanzarla á la plaza pública y exterminarla.»

Llegó á un pueblo del Centro don Alfonso con la indispensable doña Blanca, ó doña Nieves, la que usaba dos nombres como es práctica entre cierta clase de mujeres, y solicitaron audiencia varias señoras de la localidad para implorar el perdón de un enfermo á quien se iban á llevar los carlistas prisionero.

Cuando don Alfonso se inclinaba á acceder á las súplicas de las señoras, aquella fiera con enaguas, que ya había faltado al respeto al obispo de Cuenca, se opuso enérgicamente, y dirigiéndose á su consorte en tono descompuesto y ante un gentio inmenso, le dijo:

«Me opongo á ese perdon, porque con estos bribones no hay que tener consideración, y harta tienes con no fusilarlo.»

¡Qué sentimientos más hermosos despierta en los pechos femeninos la bandera de la llamada legitimidad!

Un periódico ilustrado, católico y conservador, llamó la atención sobre una circunstancia especialísima: la de haber presenciado y consentido tantos actos de salvajismo el hermano del Pretendiente y su esposa.

«La presencia de doña Margarita en Estella, añadía, se ha señalado por el fusilamiento de los prisioneros; la de doña María de las Nieves en Cuenca, se ha dado á conocer por asesinatos, violaciones, incendios y saqueos... ¿Qué causa es esa, que convierte en fieras hasta á las damas?»

Y ahora que hablamos de señoras:

Una de las más conocidas en la alta sociedad ma-

drileña por su belleza y honradez, pero que era carlista, hizo el viaje á Francia en Julio del 74 por las diligencias de Navarra, para tener el gusto de ver á *los muchachos*, como ella decía.

Caro le costó el capricho, pues al encontrarse el coche con la primera partida, fué insultada carlistamente, es decir, groseramente, y se vió amenazada de violación, sin que le valieran los pasaportes y recomendaciones carcas que llevaba, ni la digna actitud de su esposo, cuya vida se vió muy comprometida.

Otra señora de ideas carlistas, que llegó á Madrid procedente de Estella, aseguraba que los partidarios del Pretendiente habían perdido toda noción de civilización y de humanidad, cometiendo en cuantos puntos ocupaban actos de verdadero salvajismo, atropellándolo todo y no respetando ni aun las famimilias é intereses de sus mismos parciales.

De la indignación que causaban en Europa los actos de los carlistas, júzguese por lo siguiente.

En cuanto las autoridades de Bruselas supieron en Octubre del 74 que había llegado el famoso cura Santa Cruz, se apresuraron á ordenarle que abandonase la ciudad en el término de 24 horas.

Meses más tarde y para eterno baldón de esa familia de bandidos con corona de talco, el ministerio del Interior de Alemania publicó el siguiente documento:

«*Ministerio del Interior.*

Berlín 23 Marzo 1875.

El gobierno español, al comunicar el mandamiento de prisión del tribunal militar del distrito de Castilla la Nueva contra el infante don Alfonso de Borbón y de Este, acusado de incendio, violación y asesinato, se ha dirigido al canciller del imperio, pidiéndole que haga prender á dicho infante, que se ha dirigido á Alemania, así que se encuentre en el te-

rritorio prusiano, y extraerlo para España en virtud del artículo 2.° números 1, 2 y 3 del tratado firmado entre España y Prusia el 5 de Enero de 1869.

Los documentos que apoyan esta pretensión se fundan en las estipulaciones del artículo 5.° del tratado mencionado; por tanto invitamos á las autoridades provinciales y comunales á que prendan al dicho infante don Alfonso quien, según los diarios, se halla actualmente en Viena, y á que nos den conocimiento del hecho. En este caso, tendrán especial cuidado de tener en buena custodia al infante hasta que el gobierno haya decidido la manera en que debe ser extraído del territorio prusiano.

No es necesario dar las señas del delincuente, en atención á que todas las autoridades de la frontera pueden, por precaución, proporcionarse informes de la llegada eventual del infante y de su esposa que lo acompaña.

El ministro del Interior, *Conde Eulemburg*.—El ministro de Justicia, firmado, *Leonhrdt*.

Al gobernador provincial de...

(Confidencial.)»

Fué una verdadera lástima que no lo prendiesen en Alemania, con su digna esposa, y metidos ambos en una jaula, nos los hubiesen enviado facturados como fieras, para haber encargado nosotros á alguna de sus innumerables víctimas de exhibirlos por todos los pueblos de España.

¿Parece esto cruel? Pues ni aun así hubieran pagado la milésima parte de los crímenes que cometieron.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 33

ENTRADA DEL REY BUFO EN ESTELLA.—EL REY RIDÍCULO.—EL REY CÓMICO.—EL REY ZASCANDIL.—EL REY LIEBRE.—EL REY ALEGRE.—EL REY SACAMUELAS.—EL REY INGRATO.—EL REY SIN DIENTES.—EL REY MEDROSO.—EL REY MORMÓN.—EL REY ESTÚPIDO.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA REL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

«Cuando pasados algunos lustros nuestros hijos ó nuestros nietos se dediquen al estudio de las causas que han encendido y mantienen viva la devastadora llama de la guerra civil en esta infortunada patria, no podrán de seguro explicarse en el progreso de las venideras generaciones, cómo el pillaje, la barbarie y la traición han podido presentarse con el ostentoso atavío de una causa política y sostenerse durante años enteros, contrarrestando el natural poderío de todas las fuerzas sociales.

Apadrinando tal vez el error más ó menos voluntario de algún partido enemigo de la revolución de Septiembre, es posible que atribuyan á los extravíos de ésta la reproducción del incendio que parecía definitivamente apagado en Vergara, y acaso invocarán en apoyo de su creencia la doctrina de que, obligados los pueblos á elegir entre la anarquía y el despotismo, entre la disolución social y la pérdida de la libertad, optan siempre por este último extremo.

Pero si los que á este examen se consagren en lo porvenir profundizan en los detalles de esta desastrosa guerra; si recogen con

cuidado los informes que evidencian con toda claridad de dónde recibe el carlismo los auxilios que le permiten vivir como una lepra maldita sobre Navarra y Cataluña; si desentrañan bien el sentido que la generación actual da á la institución monárquica, es probable que, lejos de arrojar sobre la revolución de Septiembre responsabilidades en que realmente no ha incurrido, á pesar de sus desgracias, encuentren vehementes indicios para creer que en esta guerra predominan intereses, influencias y elementos extranjeros, y que don Carlos, además de ser un pretendiente de alquiler, un individuo asalariado para hacer un papel que sería ridículo si no fuera infame, es un verdadero traidor, no á su patria, porque en realidad no la tiene, pero sí á la monarquía que quiere simbolizar.

No, no es de extrañar que don Carlos vea impasible y hasta con fruición destruir nuestras mejores obras públicas, porque ninguna clase de vínculos le unen con la nación en que no ha nacido, y de la cual sólo conoce las provincias que han sido testigos de su ineptitud y de sus flaquezas morales; no es tampoco de extrañar que vea impasible y hasta con fruición paralizado el comercio, agonizante la industria y arruinada la agricultura, por que nadie está mas convencido que él de que no ha de ocupar el trono desde el cual hubiera de reparar sus estragos; no es de extrañar, en fin, que vea impasible y hasta con fruición cómo se derrama á torrentes sangre *española*, porque ni corre por sus venas una gota de

esa sangre generosa, ni puede considerar como sangre de hermanos, de compatriotas suyos, la que enrojece los campos y las montañas de Navarra y Cataluña.

¿Qué tiene que ver don Carlos con los hijos, con las madres, con los esposas, con las prometidas de esos infelices que perecen, los unos en cumplimiento del más alto de los deberes del ciudadano, y los otros arrastrados por un ciego fanatismo ó por la violencia?

Cuando los extranjeros que ahora le pagan cómo se paga al malhechor para que lleve la consternación á una honrada familia, no necesiten de servicios puramente nominales ó se convenzan de la inutilidad de sus esfuerzos para llevar á la sociedad española por caminos que rechazan la civilización moderna y el progreso humano, ó la bizarría de nuestros soldados dé un golpe decisivo á sus huestes escondidas en las entrañas de la tierra, don Carlos atravesará, si puede, la frontera, volverá al país en que nació ó en el que ha disipado su juventud, á vivir del fruto de las rapiñas de sus parciales ó de la interesada munificencia del legitimismo europeo como un desdichado parásito.

¿Qué significado puede, pues, tener para él la palabra patria, si ignora por completo las dulces emociones, los nobles sentimientos que ese sacrosanto nombre despierta en el corazón humano?

Pero don Carlos es además traidor á la monarquía que aspira á representar, por que la gloria más pura de esa institución entre nos-

otros, lo que hace de ella lo más respetable entre los vaivenes de las ideas modernas, consiste en que su tendencia constante ha sido realizar la unidad nacional.

Pues bien; el arma de los fueros, que es la que esgrime preferentemente el carlismo, atenta contra la política secular de la monarquía y la traiciona.

Mediten, pues, los españoles y los monárquicos que se hayan podido dejar alucinar por el irrisorio lema de la bandera de un pretendiente alquilado y á sueldo de partidos extranjeros, en la exactitud de las brevísimas indicaciones que dejamos apuntadas, y oyendo resonar en su concienaia los ayes desgarradores de la desdichada España, abandonen para siempre al que, más que un aspirante á la corona, es un enemigo de la dignidad y de laindependencia de la patria y un traidor á la monarquía.»

(*El Imparcial* del 17 de Diciembre de 1874.)

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

ENTRADA DEL REY BUFO EN ESTELLA.--EL REY RIDÍCULO.--EL REY CÓMICO.--EL REY ZASCANDIL.--EL REY LIEBRE.--EL REY ALEGRE.--EL REY SACAMUELAS.--EL REY INGRATO.--EL REY SIN DIENTES.--EL REY MEDROSO.--EL REY MORMÓN.--EL REY ESTÚPIDO.

No se concibe que ninguna persona decente, aun siendo partidaria decidida del absolutismo, pueda ser carlista.

Para seguir á don Carlos se necesita ser imbécil, buscavidas ó criminal. Imbécil, el que crea que puede ser la salvación de España; buscavidas, el que se una á él para medrar; y criminal, el que busque en su triunfo lo que dignamente no hallaría en otra parte.

Es imposible que ninguna persona honrada, por fanática que sea, pueda estar al lado de ese hombre conociéndole, y menos aun ninguna persona seria.

Tan aparatoso es, tan teatral, tan sacamuelas, que si no resultaran manchados de sangre, producirían sus actos gran alegría.

Véase cómo describe un escritor imparcial su entrada en Estella:

«Avanzó por el camino que le habían allanado sus partidarios, haciendo voltear todas las campanas de las iglesias del tránsito, y enronquecer todas las voces de sus satélites que le victoreaban; hubo palomas, y versos, y *doncellas* vestidas de blanco; y

aquel iluso pretendiente á una corona que el país le negaba negándole su derecho; aquel hombre que hacía sus solicitudes á tiros, que alumbraba su camino con el incendio de las poblaciones liberales, que felicitaba á sus partidarios y premiaba con grados militares la destrucción de una vía férrea, el rompimiento de un puente que muchas veces era un monumento histórico, el saqueo y la matanza de una ciudad, aquel hombre, en fin, no advirtió que carecía de los principales dotes que requiere el oficio de rey, y que es un sendero torcido para llegar hasta una corona el empezar por destruir allí donde se debe edificar, el blandir el puñal del odio y la tea del incendiario en vez de empuñar la espada de la justicia y dejar que ondee en el viento la bandera de la paz.

«Todo esto lo desconoció don Carlos, así es que soñó con un triunfo imposible, parodiando una corte bufa, que no la hubieran querido para sí durante la dominación árabe nuestros reyes de Taifas. Quiso parodiar á Sardanápalo, y á última hora le faltó el valor para envolverse en su manto y morir en la pelea.»

Bien dicho está eso; ¿pero qué le importaba á don Carlos lo que de él se dijera, pudiendo hacer lo que le acomodaba? ¿Qué el honor y la fama, si satisfacía su deseo de pasar por rey entre ríos de sangre y mares de lágrimas al siniestro resplandor de pueblos incendiados? ¿Qué el ridículo, si tenía un escenario, grande ó chico, donde representar sainetes bufos, mientras sus partidarios eran protagonistas de trajedias tan sangrientas como criminales?

Ni siquiera dentro de su cuerda sabe hacer las cosas en grande. Hasta el crimen admira, cuando se aparta de lo vulgar; hasta la arbitrariedad seduce; hasta la tiranía se disculpa. Don Carlos es pequeño en todo, insignificante, cursi; sus vicios apestan;

cedente de Deva, un joven y robusto marinero; se le acercó un caballero pidiéndole noticias de lo que pasaba por la costa, y le contestó de este modo:

«Señor, con toda franqueza diré á usted que yo soy carlista, que lo han sido mi abuelo y mi padre; pero después de lo que he visto estos días en mi pueblo, lejos de coger el fusil á favor de don Carlos, más bien lo cogeré para combatir su causa. Nos han engañado: nos decían que el gobierno quería quitar los fueros, sacar quintas é imponer contribuciones, y ellos no se contentan con sacar una quinta en la cual corresponderían á mi pueblo cuatro hombres lo más, sino que se llevan á todos á la fuerza. Si el gobierno sacase contribución, á todos nos tocaría un poco; pero los carlistas se llevan todo lo que tenemos. Pero no es esto sólo; nos dicen que este gobierno quiere destruir la religión, y yo he visto á un cura en la plaza de mi pueblo hace tres días, que con un crucifijo en la mano izquierda y un revolver en la derecha, daba gritos desesperados *jurando como un carretero.*»

El buen marinero terminó diciendo, que al oir á aquél cura sentía perder la fe y no podía respetar á un sacerdote que practicaba la religión de semejante modo.

Pues si llega á ver á muchos
trepar por aquellas sierras
con hisopos naranjeros,
con estola de correa,
con óleos de plomo y pólvora
de los del mejor sistema,
despachando al otro barrio
con latines de plazuela
al liberal que caía
en sus manos evangélicas
y soltando bendiciones
con un sable de seis tercias,
probablemente diría

el marinero de Deva:
«¡Si esto es religión, ca...nario,
que venga Dios y lo vea!»

Hay que insistir mucho en lo farsante que es don Carlos.

Mientras sus partidarios se batían y sufrían grandes privaciones, él, cómodamente albergado y con un caballo siempre dispuesto para huir en caso de apuro, se entretenía en vestirse de gran uniforme é ir con mucho aparato y solemnidad á la iglesia, donde todos los días se celebraban procesiones.

En la perpetrada en Noviembre de 1873 para nombrar á la Virgen general en jefe de aquellas hordas, lo ridículo llegó al colmo. Don Carlos ataviado con manto imperial, que llevaba con la misma prosopopeya que un cómico de la legua, subió al altar mayor, le quitó á la Virgen la corona de estrellas y le puso en su lugar una boina carlista, colocando en los brazos del niño la credencial que acreditaba el nombramiento.

Toda la corte de sinvergüenzas presenció la escena, que recordaba las ceremonias de los salvajes que describen algunos viajeros. Y nada en verdad tan lógico; ¿quien más salvaje que el carlista?

Hasta el extranjero llegaron las mamarrachadas de don Carlos.

L' République Francaise, en una correspondencia que le remitieron desde Bayona, hizo esta pintura del cuartel real carlista:

«Don Carlos juega al monarca. Tiene una corte con toda su larga serie de funcionarios; así Valdespina, bien conocido por su completa sordera, usa oficialmente el título de *mariscal de Palacio*.

Cuéntanse sobre 150 jóvenes, muchos de entre ellos *nobles* franceses, y 18 *grandes de España* que pululan constantemente al rededor del *rey*; están

destinados á formar un cuerpo escogido de alabarderos, que no ha podido organizarse todavia porque todos desean ser oficiales y nadie consiente en ser simple guardia, habiendo á menudo serias discusiones por cuestiones de etiqueta y prioridad.

El bello sexo está representado por doña Blanca de las Nieves, que decididamente es la legítima cuñada de don Carlos. Los 150 valientes que he citado se manifiestan muy constantes y atentos cerca de esta señora, que es muy linda y un poquito coqueta.

Todo este diluvio de gentes toman por lo serio sus papeles y usan de pomposos títulos correspondientes á otros tantos fantásticos empleos.

Una nube de curas de todos géneros y tipos sobresale por todas partes; así es que todo el mundo asiste diariamente á misa y al rezo de todas las oraciones imaginables.

Para completar el cuadro, sobre una docena de corresponsales de periódicos son admitidos en el campo, aunque su suerte no es en concepto alguno envidiable. Para ser admitido, uno de ellos ha tenido que prometer bajo palabra de honor no facilitar dato alguno á los liberales; más todavía: para ser purificado de todo contacto profano, le han obligado á entregar públicamente á las llamas el pase que llevaba, firmado por un general republicano.

Todos los corresponsales reciben abiertos hasta los periódicos en que escriben, porque hay en el cuartel general una verdadera *comisión de censura* que funciona á ciencia y paciencia de todos. Uno de ellos ha adquirido la convicción de que sus cartas son abiertas antes de remitirlas á su destino, por que ha visto una de ellas reproducida al pie de la letra en uno de los periódicos franceses que se publican en la frontera.»

El cuadro no puede ser más acabado; más que el de un ejército en guerra, parece el relato jococo de una opereta bufa... Pero á ese cuadro le faltan mu-

chos detalles. En aquella corte todo era confusión, desbarajuste, zascandilada...

El obispo de Urgel creando un colegio general militar en condiciones ridículas y haciéndose director del periodicucho inmundo y difamador *El Cuartel Real*; doña Margarita encargándose más tarde de ese papel; Manterola anunciando en un telegrama aparatoso que el Papa había concedido las bulas de la Santa Cruzada para que se expendiesen en aquellas provincias; ese mismo obispo de Urgel pidiendo reiteradamente sueldo para él de 3.000 reales mensuales como *teniente general*, de 2.500 para Manterola como *mariscal de campo*, y así sucesivamente para todos los curas que estaban á su alrededor...

Los artilleros en pugna con la administración de Vizcaya y Guipúzcoa; el batallón aragonés en completa insubordinación; los batallones castellanos encueros, descalzos y sin municiones; una comisión catalana diciéndole al *Chapa* que si castigaba á Savalls por los chismes que habían inventado contra él don Alfonso y doña Blanca, se sublevaría en masa el ejército de Cataluña...

«Deslealtad, traición», tales eran las palabras de uso más frecuente en el campo carlista. Lizárraga diciendo á don Carlos: «Es indudable, Señor, que entre los muchos que defienden la sagrada causa de V. M. hay algunos de malos antecedentes y otros que guardan en su pecho resentimientos y rencores, y otros son materia dispuesta siempre para la traición.» Y hasta le escribía que se guardase mucho de una persona que no nombraba. Elío y Dorregaray á la greña; empeño y afan de crear ministerios para mangonear, influir, robar y proteger á los paniaguados...

Hubo que emplear al turbión de ojalateros que se arrimaba al árbol que empezaba á florecer, haciendo corregidores, creando tribunales, no sirviendo la mayor parte más que de figuras decorativas,

que ni el mérito tenían de la consecuencia política.

No satisfizo esto á todos; prosiguieron las intrigas; llevóse por algunos la pasión hasta desear que se perdiera un combate para desacreditar al que lo dirigía; se creó tal atmósfera en contra de algunos palaciegos, que llegó á levantarse una partida capitaneada por un oficial del batallón de Durango al grito de ¡Viva la religión y los fueros y mueran los ojalateros!»

En fin, baraunda, desconcierto, inmoralidades, malas pasiones.... Esto era el carlismo el año 74 después de sus triunfos parciales. ¿Qué no hubiera sido si llega á triunfar?

Una carta escrita en Logroño por una persona imparcial, ilustradísima y que estaba al corriente como ninguna otra de cuanto ocurría entre los carlistas, decía entre otras cosas, hablando de la acción de Puente la Reina:

«El pretendiente no salió de Estella el día de la batalla, siendo una pura fábula lo que dice *El Cuartel Real*, y de lo que se han hecho eco algunos periódicos de Madrid, de que asistió al combate y cayó una granada á sus piés. Lo único cierto es que le tenían preparados y ensillados tres magníficos caballos para emprender la fuga si las cosas tomaban mal cariz.»

Brava manera de justificar las frases valerosas que lanzó el 24 de Abril del 72 en una proclama:

«La obligación del rey *es morir* por su pueblo ó salvarle.»

«Juro que salvaré al pueblo español ó *moriré con él*.»

Su cobardía llegó á tal punto que, como hemos dicho, no se atrevió á volver á España hasta que ya llevaban sus partidarios catorce meses en el campo.

No pudiendo explicarse algunos la causa de aquel eclipse de su rey, mientras ellos hacían supremos es-

fuerzos en pro de su causa y su propia cuñada estaba al frente de fuerzas armadas, inventaron la siguiente anécdota, para embaucará los tontos.

«Don Carlos no existe, decían; el pobre dió con sus huesos en tierra cuando lo de Oroquieta y no volvió á levantarse. El secreto de su muerte ha sido guardado por las pocas personas que lo sabían, y la presencia de don Alfonso ha hecho resaltar más la ausencia de don Carlos. No tienen, pues, razón los que le han dirigido las recriminaciones y hasta los insultos más ofensivos.»

Muchos carlistas creían esto, porque no se explicaban cómo, si don Carlos no murió del susto en Oroquieta, no había entrado ya en España á recibir otro nuevo.

Más tarde, en Abril de 1874, y obedeciendo á esta misma idea, corrió el rumor entre los batallones carlistas, guipuzcoanos y navarros de que el don Carlos de Somorrostro no era el don Carlos de Oroquieta.

En cuanto llegó el momento de correr, pudieron convencerse de que era el mismo.

El valor de don Carlos se hizo en la última guerra proverbial entre sus soldados. Un prisionero carlista á quien preguntaron un día en el campamento liberal que en dónde se metía su *rey* cuando había algún combate, contestó:

«¿Quién? ¿el *zapatero*? Ese señor siempre anda huído. Ni él ha visto las balas, ni nosotros á él.»

¿El *zapatero*? No estaría mal puesto el mote, si los zapateros no tuvieran perfecto derecho á ofender se por la comparación.

A lo mejor su miedo adquiría las proporciones de la epopeya.

Al llegar á Estella después de las jornadas de los días 25 de Junio y siguientes, sólo se le ocurrió, pa-

ra justificar su ausencia del peligro, publicar una alocución en la cual se leía:

«Vosotros os estáis matando por mí, y no dejáis que me bata por vosotros.»

Esta sola frase bastaría para inmortalizarle como cobarde, si no hubiese lanzado tantas del mismo calibre y no tuviera en su hoja de servicios tantos hechos en consonancia con esa frase.

Los carlistas, á quienes no puede llamárseles cobardes, lo parecían, batiéndose pocas veces cara á cara. De otro modo habrían obrado si tienen un rey valeroso.

«Los mejores ejércitos del mundo, cuando se baten encuentran delante hombres con quienes luchar; nosotros tenemos que ir á buscar al enemigo dentro de la tierra, donde se oculta como los topos,» decía ante Somorrostro el bravo duque de la Torre.

¡Qué amarga verdad!

La Liberté de París del 23 de Noviembre del 74 publicó una correspondencia de Hendaya, en la que se hacía también alusión al miedo de don Carlos:

«Diez y nueve insurrectos, y entre ellos un teniente llamado Arizmendi, se han presentado en casa de un comisionista de Irún, diciendo á varias personas que les pedían informes sobre la facción: «No podemos más; no tenemos ya confianza en la causa ni en don Carlos. Los jefes nos venden y hacen traición. Los generales nos abandonan con el rey á la cabeza. Cuando lo de Oyarzun, donde me hallé, añadió el oficial, el rey huyó como una liebre. El viejo Elío estaba rojo de vergüenza y Valdespina rugía de cólera.»

Hay que hacerle una justicia. Si huía de los sitios donde se disparaba con bala, de cualquier clase ó calibre, en cambio disparaba á menudo cañonazos terribles contra el sentido comun.

Le daba por las alocuciones; verdad que es vicio de familia; su abuelo, el Carlos V., creía también suplir con ellas sus deficiencias; así disparó tantas. Este, el VII, no se quedó atrás; antes, durante y después de la guerra firmó cuantas le pusieran sobre la mesa. Y decimos firmó, por que escribirlas le era tan imposible como batirse. Su inteligencia estuvo siempre al nivel de su valor.

El estilo de sus cartas, manifiestos, proclamas, alocuciones, era siempre el mismo: la Providencia había tenido el honor de crearle para hacer la felicidad de los españoles.

Ya en Enero de 1867 dijo á Cabrera desde París:

«El estado de nuestra patria es horrible. *Dios me pediría estrecha cuenta*, si en estos momentos pensara en otra cosa que en esa amada y desdichadísima España.»

¡Siempre la misión providencial! La lástima fué que no se acercara ni una vez siquiera á tiro de fusil, fiado en lo de la misión. ¡Qué beneficio más grande habría prestado á la humanidad la bala que lo hubiera quitado de en medio!

Pero sigamos con lo de las alocuciones. La publicación de algunos párrafos de cualquiera de ellas basta para calificarle de cobarde, farsante y embustero.

Cuando el ejército liberal obligó á los suyos á levantar el sitio de Bilbao, don Carlos tuvo la poca aprensión de dar una alocución á su ejército, atribuyéndolo todo á una traición. No consiguió convencer á sus soldados, que demasiado sabían á qué atenerse, pero justificó la fama de *embustero* que tenía en toda Europa. Y no bastándole esto, hizo que *El Cuartel Real* escribiese:

«Ha perdido cientos de millones, arrancados violentamente á los centros productivos de la nación:

todo esto y mucho más ha perdido el enemigo por ganar *un montón de ruinas.*»

Sus escritos, lo mismo los ya indicados, que cuantos firmaba, fuesen órdenes generales ó decretos, si unas veces pecaban de ridículos, otras se distinguían por lo injustos ó sanguinarios.

Allá va uno perteneciente al grupo primero:

En Julio de 1875 mandó desterrar de la enseñanza en todos los seminarios, institutos y escuelas el idioma castellano.

Medida propia de un pretendiente sin patria y sin hogar, que no necesitaba seguramente para entenderse con sus fieras saber ningún idioma. Con ladrar ó dar rugidos le bastaba.

Este otro pertenece al grupo segundo:

Para contener la deserción de su gente, que andaba mal vestida y sin comer, no se le ocurrió otro medio que publicar una orden general, mandando fusilar al padre, á la madre ó á la mujer de todo carlista que desertase.

Unicamente le faltó añadir que autorizaba á sus parientes para comerse después los cadáveres.

Rogamos á nuestros lectores que nos dispensen si insistimos demasiado en estos detalles. Como hay empeño en pintarnos ahora un don Carlos que nunca existió, deber nuestro es exhibirlo tal cual siempre fué. Y advertido esto, sigamos copiando lo que de él dijeron los suyos, ó la prensa extranjera.

En Marzo de 1875 escribió á *L' Soir*, periódico de París, su corresponsal en Navarra:

«Don Carlos se levanta á las doce. Después almuerza, habla, recibe, y sobre todo se asoma al balcón con frecuencia hasta la hora de paseo.

Su placer favorito es fatigar á sus ayudantes, obligándoles á galopar cinco ó seis horas y reventar caballos en estas vertiginosas expediciones.

Sólo desde que tiene á Mogrovejo á su lado habla algo de la guerra y lee las comunicaciones que le envía de Madrid, desde hace poco, un grupo de disgustados, asociados á unos cuantos ultramontanos recalcitrantes.

Apenas despacha con sus ministros sino lo más urgente, preocupado como está siempre con escribirse los reclamos que le dedica *El Cuartel Real.*

Al volver de paseo se sienta á comer con sus ayudantes, y la comida es animada y alegre. Allí se habla, se murmura, se cuentan cuentos de todos colores, se hacen equívocos y se come y se bebe bien.

La sobremesa dura mucho; se pasa después al salón, y á las doce, la una y á veces á las dos de la madrugada, van desfilando los palaciegos. Entonces es cuando el rey y su ministro del Interior se quedan solos con los servidores más próximos á la real persona y acaban la noche más alegres aún.

S. M. se acuesta á las tres ó las cuatro, y al otro día vuelta á empezar.»

Por aquella época y cuando estaba ya todo perdido para el carlismo, he aquí la vida que hacía aquel mamarracho, según otro periódico extranjero. Se levantaba tarde, almorzaba, bebía más de lo regular y salía á pasear á caballo seguido de un negrito, al que martirizaba continuamente para divertirse. De vuelta, y hechas las visitas de ordenanza á diferentes tiendas, se sentaba de nuevo á la mesa, bebía más aún, promovía conversaciones groseras cuando no obscenas, y acabada la comida, que pagaba aquél pobre país además de los 12.000 duros mensuales que le había asignado, comenzaban las distracciones.

Por esto, por saber que hacía esta vida y no verle nunca en los puestos de peligro, por sus estupideces, su falta de seriedad y su ignorancia en todo, los carlistas que se batían, no los perdidos que le hacían la corte, llegaron á cantarle la copla siguiente:

Un burro y una gallina
durmieron una vez juntos,
y al cabo de nueve meses
vino don Carlos al mundo.

¡Y que nos quieran presentar ahora como al salvador de España á un tipo á quien los suyos juzgaban de esa manera, y con harta razón!

Sería cosa de reírse, si lo que preparan no hubiera de costar sangre.

Lo que tuvo que ver fué la alegría del *Chapa* al saber que el duque de Módena había muerto y que le dejaba unos millones en herencia. La corte en Durango no cabía en sí de gozo. Si el de Módena hubiese resucitado y visto el duelo que le guardaba su sobrino, de seguro revoca el testamento y le deja únicamente un cordel de á cinco céntimos.

Aunque bastante vengado quedó con dejarle el Toisón que más adelante ahorcó su fama ante los hombres honrados.

No vaya á creerse por lo que decimos que el hombre se dedicaba sólo á cometer mamarrachadas. De vez en cuando intercalaba alguna infamia.

Envidioso sin duda de las proezas de sus sicarios que se hacían célebres por sus robos, depredaciones y saqueos, ofreció en Mayo de 1874 en garantía de un empréstito que quería negociar en el extranjero, las minas de hierro de Vizcaya, propiedad de particulalares.

Claro es que no hubo nadie que quisiera hacerse cómplice de semejante robo, pero la intención del *Chapa* bien conocida estaba.

La prueba de que algunos de sus partidarios estaban ya avergonzados de ver que el nombre de su rey únicamente sonaba en cosas necias, ridículas ó sanguinarias, la tenemos en lo siguiente:

Allá por Junio de 1874 propalaron el rumor de que se intentaba asesinarlo, llegando hasta sorprender la buena fe de algunos periódicos franceses, que recogieron la calumniosa especie.

Hubo entonces quien aseguró que se había hecho de acuerdo con él; mas no habiendo podido nosotros comprobarlo, nos abstenemos de acoger este último rumor. La imparcialidad que guía nuestra pluma nos veda hacer afirmaciones gratuitas. Apreciamos los hechos como nos acomoda, pero no consignamos ninguno dudoso.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de relatar las mentecateces de don Carlos.

A fines del año 1875, cuando el carlismo tocaba las postrimerías, propuso con arrogancia cómica á don Alfonso XII un armisticio mientras durase la guerra, para combatir á los Estados Unidos. En el documento había párrafos de éstos:

«Pero te advierto que sólo te ofrezco la tregua ante una guerra extranjera, y que no renunciaré jamás á los derechos de una corona que estoy seguro de ceñir.

Yo guardaré las costas cantábricas, armaré en corso á los indómitos habitantes de estas provincias, patria de El Cano y de Churruca, y llegaré tal vez hasta los mismos puertos del enemigo.

¿Aceptas la tregua? Combatiremos con el enemigo común. ¿No la aceptas? Pues pasarás por la ignominia y tendrás que humillarte, reconociendo tarde que te has humillado inútilmente.»

Con razón dijo un periódico soltando la carcajada, al comentar esto:

«Cuando ya no queda al carlismo ni un soldado en el Centro ni una partida seria en Cataluña, y sobre setenta mil hombres se preparan á reforzar los cincuenta mil que, con recientes ventajas, los están combatiendo, el rey montaraz y andantesco de Oro-

quieta se ha compadecido de nosotros y nos ofrece una tregua, sin renunciar á su derecho divino, por supuesto, ni á todos sus dominios.

Nos extraña que no pida en garantía un par de plazas fuertes siquiera. Con este propósito, tan prodigiosamente grotesco, ha mandado una carta que la escribiera tan bien, aunque no mejor, Sancho Panza, si como le dió por ser gobernador, se le hubiera antojado ser rey.

Su majestad bufa ó bufona ha inventado una guerra entre España y los Estados Unidos, y con toda la *san façon* de la diplomacia mas exigente lo dice así á la pata la llana á la faz del mundo, prometiendo, si lo sacamos del pozo, perdonarnos la vida, armar en corso su marina, y hasta quizá, quizá embarcarse en alguno de sus terribles navíos.

No creíamos que lo grotesco y lo ridículo llegaran nunca al *delirium tremens*, ni que una tragedia tuviera un desenlace de sainete.

Esperamos que sean de este parecer los periódicas órganos del Vaticano que publican este famoso documento, porque ya nos tienen dicho repetidas veces que la curia romana condena á ese célebre tipo nacido para regocijo de caricaturistas é inspiración inagotable de gacetilleros y de poetas bufos.»

Y que todo en el carlismo y su jefe fué farsa y mentira, menos las infamias, la sangre y la ruina que trajeron á España, lo dice elocuentemente esto:

Para engañar y seducir á los vascongados, escribieron en su bandera; «¡Vivan los fueros!»

Pues bien: barrenando esos fueros y los usos y costumbres del país, los carlistas fueron los primeros que impusieron allí la contribución industrial, trataron de saltar del todo por cima de los fueros, y procuraron crear organismos que anulasen ó burlasen los acuerdos de las diputaciones forales, habiendo ofrecido en más de una ocasión don Carlos suprimirlos.

lle aquí las declaraciones de un general carlista:

«¡Y cómo ha tratado tambien á esos pobres vascongados y navarros! ¡con qué desprecio, más aún, con qué desagradecimiento ha pagado el sacrificio de sus bienes y vidas! Los odia tanto como á los curas, y se la tiene jurada, como á éstos. No podrían escribirse las frases de que se vale para calificar á los hombres y á las mujeres de aquellas provincias. Si no les llamase mas que fanáticos y supersticiosos, pase, por que al fin esto no deshonra á nadie; pero sus sarcasmos los envilecen. Pinta á aquellos pueblos como una sentina de vicios, como un gran lupanar, distribuído en familias; y no respeta á la doncella ni á la casada, á la anciana ni á la religiosa, al joven ni al viejo. No puede oir hablar de sus fueros y privilegios, y ya decia antes de acabarse la guerra, que cuando fuese rey, no sólo se los quitaría, sino que esclavizaría á las provincias del Norte mas que á las otras, á fin de que espiasen la ventaja de haberlos poseído más siglos que éstas los suyos.

Cuando entró en Francia, al despedir á los vasconavarros que le acompañaban, exclamó con rabia concentrada: «Idos á casa; idos. Afortunadamente en Madrid hay quien hará con vosotros lo que no he podido hacer, quitándoos esos fueros que os tienen tan orgullosos. Me alegro, añadió, de que al menos recibáis lo que merecéis.» Aquellos vasco-navarros contaron en seguida á sus paisanos lo que les habia pasado, y se formó un sentimiento tan fuerte contra don Carlos, que muchos de los que más lo habian defendido, lo maldecían después.

Cuando las Cortes abolieron ó modificaron los fueros de las provincias, aproveché la oportunidad de corregir este mal, proponiéndole que diera un manifiesto consolando á los vascos, y prometiéndoles el restablecimiento de las libertades. Pero don Carlos se puso furioso.« ¿Yo consolarlos? exclamaba. Jamás. ¿Yo devolverles los fueros? Antes me cortaría la ma-

no. ¡Si me alegro con todo mi corazón de que hayan hecho eso á aquellos bárbaros! ¡Si uno de los días más felices de mi vida ha sido aquél en que leí el telegrama de que las Cortes habían votado la abolición! ¡Que rabien! añadía: ¡que lloren! Les está bien. Aun no tienen lo merecido. ¡Canallas! ¡estúpidos! Ellos y los curas han echado á rodar mi causa; los curas con sus exigencias religiosas, y los vascos con los obstáculos que me oponían por medio de sus malditos y odiosos fueros.»

Era tal la cólera y el furor con que me hablaba, que pocas veces le he visto más bilioso; parecía un tigre cebándose en su presa. Con todo, le hice observar que cualesquiera que fuesen sus sentimientos, tuviese presente que en sus manifiestos había prometido siempre extender los fueros vascos á otras provincias, y que ahora le tocaba de buena ó de mala gana salir á la defensa de las que quedaban privadas de ellos. «¡Como! exclamó él. ¿Y tú imaginas que yo daría al resto de España lo que quería quitar á los vascos?... Yo en el trono quiero ser absoluto. España es mi propiedad, y cuando la gobierne, haré de ella lo que me dé la gana. Los españoles son mis vasallos, y como tales, me lo deben todo, desde la hacienda hasta la vida.»

Sobre esto tuvimos un fuerte altercado, porque yo no pasaba por tales ideas, y le puse en la alternativa de hacer el manifiesto, ó de quedar privado de mí. «Las ideas de V. M., exclamé, no sólo son impolíticas, sino hasta absurdas, y no deben prevalecer ni prevalecerán mientras yo dirija esto.» Entonces cedió, y de mala gana firmó el manifiesto á los vascos, que yo mismo escribí. Así, pues, lo que ahora he explicado de los fueros demuestran que ese hombre carece positivamente, no sólo de talento político, sino hasta del menor sentido común en materia de gobierno.»

—

En la emigración, envanecido de sus campañas... de Venus y Baco, acentuó la parte bufa. Por donde quiera que iba provocaba la hilaridad ó el desprecio, aun en aquellos que simpatizaban con la causa legitimista.

El incidente de la dentadura postiza es tan grotesco, que merece la pena de que lo reproduzcamos íntegro.

Don Carlos va á Bucarest, capital de Rumanía, huyendo del coronel Petrovano, y allí conoce á una señorita á quien hace magníficas promesas, pero que luego se enfría, porque en vez de rubia, era morena.

La señorita le propone hacerse rubia de la noche á la mañana, y don Carlos halla la propuesta tan graciosa, que la acepta, ofreciendo cumplir sus promesas y pagar el gasto, en total 4.000 francos.

Un gran peluquero de la ciudad pinta de rubio á la joven por 800 francos, según ella dijo; pero don Carlos sólo le dió 1.000, alegando que tenía que cobrar unas letras, pero con el caballeroso propósito de no cumplir el contrato.

Las mujeres de Bucarest son muy listas, y la *morena-rubia* no era chica para dejarse burlar de un hombre como don Carlos. Conociendo su intención tomó precauciones é informes; supo el día que iba á partir para Viena, que recibiría á algunos curiosos de Bucarest, é iría á despedirse de la princesa soberana de Rumanía, que ya le había señalado hora. Y va y qué hace. Se levanta muy de mañana, á la hora en que don Carlos dormía como un tronco; toma la régia dentadura postiza que el pretendiente al acostarse dejaba siempre encima de la cómoda, y sale del hotel, que era nada menos que el *gran hotel del Boulevard*.

Don Carlos se levanta y empieza á lavarse y vestirse para recibir á los curiosos y hacerse conducir al palacio de la soberana. Llega el momento de ponerse la dentadura; manda al criado que la traiga creyendo

que la habia sacado á limpiar, según costumbre; pero el criado contesta que, no habiéndola hallado, creyó que S. M. no se la había quitado.

La sorpresa y el estupor de don Carlos son grandes. Ordena en seguida que se busque, y al ver que no se encuentra, cae en la cuenta de lo que verdaderamente había ocurrido. Asustado y furioso hace llamar á la camarera para que vayan corriendo á casa de la fugitiva; pero la camarera, que le ve con la mala figura que hacía sin dentadura, apenas puede reprimir la risa; y así que le oye contar con la voz gangosa y tartamuda del que no tiene dientes la jugarreta de la aventurera, se echa á reir como una loca, y no pudiendo contenerse, huye de la estancia, corre á referirlo á los demás camareros, prorrumpen éstos en la misma risa, circula la noticia entre los huéspedes del hotel, causa en todos el mismo efecto, y algunos minutos después, rusos, ingleses, franceses y rumanos, todos reían como unos locos, ponderando el ingenio de la taimada y los apuros del famoso pretendiente.

Entretanto llegan las visitas de despedida y preguntan por don Carlos; la servidumbre no sabe qué contestar; él patalea gritando con su voz tartamuda que busquen á la fugitiva, porque se acerca la hora de ir á palacio y le es imposible presentarse sin dientes. Todos corren y ríen, y nadie sabe cómo salir de aquella escena.

Al fin se despide á las visitas pretextando que el señor está indispuesto, envíase la misma excusa á la soberana de Rumanía, y se busca á la señorita para que devuelva la dentadura; pero ella no quiere hacerlo sin recibir antes los 3.000 francos, y el pretendiente, mal que le pese, tiene que entregárselos sin faltar un *céntimo*.

El mismo día toda la ciudad sabe este sainete, y no es posible describir las risas con que se cuenta en hoteles, en cafés y en palacios. Los oficiales rusos

y rumanos lo escriben á sus amigos del ejército de operaciones como unas de las cosas más divertidas; circulan estas cartas por los vivacs, y causan gran explosión de risa. Cuando llega el hecho á oidos del príncipe soberano de Rumanía, exclama gravemente: «Se comprende que el conde de Chambord, que es un gran caballero, tenga partidarios; pero que los tenga don Carlos, es completamente inexplicable.»

Otro incidente sainetesco indecente.

Es tan cobarde, que tiene miedo de dormir á obscuras. Si despierta y no ve luz da grandes voces espantado, llamando para que corran á encenderla. Esta circunstancia dió lugar en Viena á una escena chistosa.

A los comienzos de sus relaciones con la Samoggy, le daba cenas en un hotel, convidando á la celestina Hannover y otras señoras de igual categoría. Se presentaba allí vestido de frac y corbata blanca, con la gran cruz de Carlos III y las medallas militares de Montejurra y Bilbao.

La primera vez uno de los comensales le preguntó qué medallas eran aquellas, y él contestó:

—Las medallas de dos grandes victorias que alcancé sobre los liberales.

—¿Luego V. A. mandaba sus ejércitos?

Don Carlos se pavoneó y dijo:

—Yo, yo en persona; y si me hubiéseis visto en medio de los combates, atribuiríais á milagro que no me hayan matado. Los peligros que corrí, sobre todo en la batalla de Bilbao, son increibles. Montado en un caballo blanco, dirigía tieso, sereno é imperturbable todos los movimientos del ejército. Las balas de cañón y fusil llovían sobre mí; las granadas estallaban á mis pies; á cada instante caían mis ayudantes; seis ú ocho veces me mataron el caballo; y á pesar de los ruegos de mis soldados, que pedían llorando que me apartase del peligro, yo continuaba allí

impávido, gritando: *¡por la derecha el 1.° de Alava! ¡alto y firme el 3.° de Vizcaya! ¡á la bayoneta el 2.° y 4.° de Navarra!*; hasta que, habiéndome puesto al frente del regimiento de caballería del Rey, en una espantosa carga puse en fuga al enemigo.

La baronesa postiza, que por ser una pobre muchacha escuchaba esto con la boca abierta, dijo entonces con la mayor ingenuidad:

—Es extraño que siendo V. A. tan valiente haya de dormir con la luz encendida, y si despierta y está apagada se acurruque como un ovillo tapándose la cabeza con las sábanas, y llame gritando que vayan á encenderla.

Don Carlos quedó suspenso y corrido, y los comensales iban á soltar una risotada, cuando madama Hannover, mujer experimentada é imperturbable, conteniéndolos con la mirada, dijo:

—Esto, baronesa, no tiene nada de particular, porque no es más que una afección nerviosa. Así como hay gente que ha de llevar anteojos verdes ó azules por no poder sufrir la luz, así S. A. necesita luz de noche, porque su temperamento no puede sufrir las tinieblas.»

¡Y á un hombre así le llaman rey los carlistas y se disponen á dejarse matar por él! Esto se llama suicidarse... en burro.

Todos le conocían, pero doña Margarita, como era natural, más que nadie.

Cuando don Carlos fué desde Nueva York á Méjico sin avisarle, dijo que no le chocaba la falta de atención con ella, si no el que no *se hubiera hecho mormon*.

Corrió la oportuna y sangrienta frase entre los legitimistas, y en todos los salones del barrio de Saint-Germaín se divirtieron á costa del *Chapa* durante una semana.

No tiene idea de nada que no sea divertirse entre rufianes y prostitutas.

Hablando de sus proyectos para cuando ocupase el trono, dijo en cierta ocasión á uno de sus generales estando ya en la emigración:

«Formo inmediatamente un gran ejército, entro en Portugal y uno este reino al mío, restableciendo la unidad ibérica. Luego organizo una gran expedición ultramarina, y reconquisto Méjico, Perú, Buenos-Aires y todos los demás territorios que por allí teníamos. Como sabes, ya he hecho un viaje á Méjico, donde he dejado muy buenos recuerdos y simpatías; porque como soy tan ladino y previsor, tengo una gran táctica política, que es ganarme el afecto del bello sexo, lo cual alcanzo fácilmente, pues soy buen mozo, guapo y galante, y además célebre por la guerra que he hecho. Más adelante visitaré á Venezuela, Perú, Buenos-Aires y demás repúblicas vecinas, me mostraré también amable con las mujeres, y no me iré sin dejar también el terreno bastante preparado. Ahora bien, como en estos paises cálidos la mujer tiene tanta influencia, mi prestigio personal trascenderá inevitablemente á la política, facilitando el éxito de la expedición militar.»

¡Y que hubiese quien sacrificara su vida por un tío así, y llenase á España de ruinas por quien, más que para rey, había nacido para payaso en circo de capital de cuarto orden!

¡Y qué haya todavía quien esté dispuesto á derramar sangre por entronizar á un estúpido que no tiene ni idea de lo que es el gobierno de los pueblos y que todo lo que se le ocurre cuando piensa en que puede reinar, es emprender nuevas y desastrosas guerras! Indudablemente el hombre, cuando está dominado por la superstición, es un animal que no piensa.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 34

DIFAMACIÓN SISTEMÁTICA CONTRA EL EJÉRCITO.—CRUELDADES INAUDITAS.—FOSAS ABIERTAS ANTES DE DICTARSE SENTENCIA.—CARLISTAS INDIGNADOS.—ESPAÑA Y EUROPA ESCANDALIZADAS.—DON CARLOS Y DORREGARAY ÚNICOS RESPONSABLES.—CABALLEROS Á CAMBIO DE BANDIDOS.—DON CARLOS Y SAMANIEGO, TAL PARA CUAL.

ADMINISTRACIÓN: PLAZADEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

La tarea de desenmascarar esa vergüenza de nuestra patria y de nuestra época, el carlismo, no sólo en beneficio de la libertad, sino en defensa del nacional decoro, nos ha obligado á un análisis prolijo y minucioso de su política y sus hombres.

El resultado ha excedido con mucho á nuestras esperanzas, y nos ha proporcionado algunas sorpresas que han venido á comprobar lo que antes era en nosotros, como en la generalidad, una intuición.

Sí; cuando más se estudia y se reflexiona, más crece el convencimiento de que el carlismo es una escoria que debe barrerse á toda prisa por vergüenza, y de que el odio instintivo del pueblo hacia él es un odio justificado.

Y ¿quién contribuye en primer término á esa prueba incontestable y decisiva que surge sin esfuerzo del examen histórico del carlismo? Sus mismos hombres, es decir, la parte sana de ellos; esa masa, no muy crecida, de ilusos, de personal valía y de no escasos prestigios, que arrastrados por la pasión política ó impulsados por amargas decepciones, pusieron su espada ó su pluma al servicio del absolutismo creyendo de buena fe en la bondad del sistema.

Todas las personas dignas que fueron equivocadamente al carlismo, tuvieron al cabo que confesar su error; y ya con actos públicos, ya con silencioso pero significativo apartamiento, demostraron y demuestran la incompatibilidad entre ellos y la causa á que sirvieron.

Lo mismo en la primera que en la segunda guerra civil, se encuentran iguales hechos é idénticos resultados. De un lado el representante de la llamada legitimidad entregado completamente á camarillas de hombres feroces, cubriendo con el manto de la religión todos los vicios y disculpando hipócritamente los innumerables y horrendos crímenes de gavillas de facinerosos que campaban al amparo de la protección real y clerical; de otro las personas de cultura que no podían transigir con la maldad; los militares acostumbrados á hacer la guerra de hombres, no de salvajes, y que al poner su espada al servicio de la causa carlista vieron con espanto que se les confundía cuando no se les posponía en las altas esferas de la fingida corte, con los cobardes asesinos, autores de tantas villanías, de tantos robos, de tantos crímenes.

Y estos elementos estuvieron siempre en lucha, lo mismo cuando la llamada legitimidad estaba personificada en el hermano de Fernando VII, que ahora que quiere representarla el protagonista del proceso del Toisón.

Amamantada nuestra generación en el odio al carlismo y á sus jefes, eran estos indistintamente á los ojos de la generalidad responsables de las sangrientas *hazañas* de aquellas

guerras. Justo es reconocer que no todos las aprobaron, ni las toleraron todos; esta justicia avalora los testimonios que deponen en el proceso que hemos iniciado contra el carlismo.

Maroto, Urbiztondo, Cabañas, Eguía, Lassala, el mismo Zumalacarregui, en la primera guerra civil; Dorregaray, Lizarraga y otros en la segunda, á la que alcanzó también el mismo desengañado Cabrera para deponer ante la historia contra su propia causa, proporcionan los argumentos más irrefutables contra ella.

Unos y otros han demostrado que la causa carlista es incompatible con el decoro, con la dignidad, con el acierto, con el orden, con la moralidad, con la honradez, con la tranquilidad pública; y sí, por mal entendidos respetos no volvieron sus armas contra ella, ofrecen con sus escritos ó con sus actos testimonio irrecusable de la maldad encarnada en ese asqueroso consorcio de todos los vicios con todas las iniquidades.

No vale rechazar testimonios de tanta valía, por que unos y otros llevaron su abnegación hasta el punto de pasar, sin serlo, por cómplices en lo que su conciencia rechazaba con horror; ni de parcial, porque Maroto y Urbiztondo, Zumalacarregui y Eguía luchaban entre si, pero convenían todos en el desprecio á la persona de Carlos V. y en el odio á los crímenes cometidos en su nombre y con su bandera; ni de error en el juicio, por que quien lee las lamentaciones de los jefes de la primera guerra, parece estar leyendo los cla-

mores y las censuras de los que recibieron por premio á sus servicios la ingratitud del nieto de don Carlos en la segunda.

Cuando se fija el pensamiento en lo que éste es, se recuerda la descripción que de aquél hicieron sus mismos parciales, hasta el punto de que la una y la otra guerra, la una y la otra corte, la una y la otra persona en quien se quiso encarnar la legitimidad monárquica, son y aparecen idénticas, salvo las naturales diferencias de tiempo y costumbres.

Los hombres sensatos que aun creen en ciertas antiguallas ¿se expondrán ahora, como entonces, á someterse á los brutos? Los amantes de los prestigios de la realeza, ¿contribuirán á colocarlos en quien los desacredita? Los hombres de bien, ¿querrán alternar con criminales? Los militares ¿se resignarán á degradar su espada convirtiéndola en amparadora de viles asesinos, y todo para que al conducirse como hombres de honor los persigan ylos fusilen por traidores?

El día que la historia del carlismo llegue á todas partes, no habrá un español honrado que no se apreste á aplastar la víbora en cuento asome la cabeza. Por esto hemos emprendido la labor de publicarla en condiciones de que llegue á todas partes y pueda estar en todas las manos.

DIFAMACION SISTEMATICA
CONTRA EL EJÉRCITO

—

Los carlistas, que hoy halagan al ejército, no contentos con exterminarlo en las dos guerras que han sostenido, han tratado siempre de deshonrarle, atribuyéndole actos que nunca realizó, para justificar de este modo los asesinatos que en jefes, oficiales y soldados han cometido.

No es esto en ellos un incidente que puede surgir en el calor de la lucha; es un plan, llevado á cabo con perseverancia.

Prescindiendo de los horrores que dijeron contra el ejército á raíz de la revolución de Septiembre, he aquí el indigno ataque que le dirigió *La Reconquista* en 1873:

«¡Basta ya por el cielo santo de enseñar las espaldas! Nuestros amigos del Norte arden en deseos de saber de qué color tienen el rostro los soldados de la República.

Nosotros pedimos que se dé el mando del ejército á un general que dé ese gusto á nuestros amigos, sea conservador ó federal, benévolo ó intransigente.

He aquí la única condición que le exigimos: que no vistan faldas.»

¿Faldas? En el Norte no había más faldas que las de las prostitutas que honraban á don Carlos, y las de los curas como aquel Santa Cruz, asesino y ladrón, y aquel Manterola distrayendo, ó más bien escapán-

dose con los fondos confiados á su custodia, en unión de la señora con quien públicamente vivía.

Los militares deben leer esas líneas, para enterarse del concepto en que siempre los ha tenido el carlismo. Es para ellos deber de honra, tanto como cuestión de dignidad.

Otra de las calumnias propaladas para desacreditarle, fué la que hicieron correr á principios del 74, asegurando que en las tropas mandadas por el general Echagüe formaban los presidiarios de Santoña vestidos de guardias civiles, sin advertir que caía por su base la impostura al no haberse pasado á las filas carlistas esas fuerzas, como hubiera sucedido de ser cierto.

Su odio al ejército es tan grande, que no lo han podido esconder ni aun tratándose de los pocos generales, jefes y oficiales que con ellos se han ido, y que, unos antes, otros después, han ido cayendo, ya asesinados, ya deshonrados, mientras en una y otra alcanzaban gran predicamento cabecillas sanguinarios y frailes y curas fanáticos. Los que hayan leído los folletos anteriores, habrán visto millares de hechos que confirman esta aseveración.

Hoy vamos á relatar ligeramente una de las mayores iniquidades, una de las infamias más grandes que los carlistas han cometido con el ejército: los fusilamientos de Abarzuza en 1874. Si sus convicciones no se lo vedaran, eso impediría siempre al ejército español pensar siquiera en confundirse con tales bandidos.

Y no se olvide el ejército de lo que digimos en el *Folleto 13*: don Carlos mandó á los suyos que matasen cuantos individuos del ejército pudieran, no dándoles cuartel, porque eran *unos facinerosos*.

Cuando Concha iba á atacar á Estella, Dorregaray, el miserable asesino de los voluntarios de Cirauqui publicó en 16 de Junio una proclama anunciando la guerra sin cuartel, mintiendo de este modo:

«Bien saben nuestros enemigos, como sabe todo el mundo, que hemos hecho hasta ahora todo lo posible, y acaso un poco más de lo razonable, por humanizar y suavizar la guerra: bien saben que han respondido casi siempre á nuestra generosidad é hidalguía con mezquinas traiciones y con crueles atropellos: deben saber igualmente, y si no que lo sepan ahora, que al primer acto de barbarie que cometan contra nosotros ó contra el país, en odio á nuestra causa, comenzaremos á hacerles la guerra sin cuartel: y saben, por último, perfectamente, que este paso, en verdad doloroso, influiría de una manera tan favorable en la suerte de nuestras armas como desfavorable en la de las suyas.»

A tal procacidad, inspirada por el miedo, contestó el general Concha con esta mesura:

«Soldados: El jefe del ejército enemigo acaba de publicar una proclama anunciando para más adelante la guerra sin cuartel. Las postrimerías de una causa perdida se distinguen generalmente por las crueldades.

«No sigamos nosotros tan horrible ejemplo. Nuestra misión es vencer y no asesinar.

«Espero, pues, que al entrar en Estella, que está destinada á sufrir los estragos de nuestra formidable artillería, no se desmentirá un instante la proverbial hidalguía del soldado castellano ante un enemigo vencido y ante una población que al fin es una ciudad de España.

«Así responderéis dignamente á ese grito de rabia que anuncia la impotencia del enemigo, mereciendo la estimacion de los hombres honrados y la de vuestro general en jefe.—*Manuel de la Concha.*»

Se traba el combate, triunfando en todo la línea el ejército. Pero muere Concha y lo conquistado se pierde. Caen prisioneros varios jefes, oficiales y soldados; el canalla que había decretado la guerra sin cuartel, toma pretexto del incendio casual de unas ca-

sas en Abarzuza para satisfacer su sed de sangre, y ordena el fusilamiento de los prisioneros.

«La aglomeración de fuerzas en Abarzuza, (dice el escritor semi-carlista, señor Bermejo), y el descuido natural del soldado, dieron ocasión al incendio *casual* de algunas de sus casas (de Abarzuza), completamente abandonadas. Las fuerzas de ingenieros acudieron en el momento y quedó prontamente extinguido; pero á la una del día, al salir las tropas para el combate, por haber quedado los fuegos sin apagar, ó por otra causa intencional, *aunque no fué de creer*, el incendio tomó nuevas y mayores proporciones.»

Pues bien; esto, repetimos, dió pretexto á Dorregaray para lanzar una especie de manifiesto, mintiendo con más descaro aun al tratar luego, aunque en vano, de disculpar los asesinatos cometidos.

CRUELDADES INAUDITAS

La sangrienta farsa se llevó á cabo con arreglo á uu programa redactado de antemano.

Al entrar los carlistas en Abarzuza después de haber abandonado la población las tropas leales, hicieron prisioneros á bastantes soldados y á alguna gente de las ambulancias que se habían quedado atrás; y armados de navajas, hachas y bayonetas, quisieron asaltar la casa en que estaban encerrados é inmolarlos allí, lo que no lograron merced á la energía de un coronel carlista. He aquí el cuadro que éste trazó después, del trato que dieron á los prisioneros:

«Lleguéme á la iglesia, donde estaban gran número de heridos liberales, y era cosa tristísima ver este espectáculo.

»Tendidos en el suelo desnudo, unos encima de sus mantas y otros sobre las frías piedras, yacían mise-

rablemente aquellos infelices con la cabeza reclinada en el morral, ó en el suelo; cuál agonizaba, cuál llamaba con voz apagada á su madre, cuál se quejaba dolorosamente, cuál estaba inmóvil como un muerto. Había heridas horrendas que desfiguraban toda la cara, los uniformes estaban manchados de sangre y barro y el suelo lleno de charcos sanguinolentos. Algunos soldados se habían reclinado en la pared, y se lamentaban maquinalmente, como sin darse cuenta del sitio donde se hallaban ni la gente que les rodeaba.

»Los médicos, enfermeros y soldados, con algunas mujeres y paisanos caritativos, andaban por entre ellos, socorriéndoles del mejor modo posible y trasladándolos cuidadosamente á las ambulancias, para enviarlos al hospital. Yo me acerqué á un herido que estaba mudo, inmóvil y pálido como un muerto, y le dije: «Muchacho, ¿cómo va la herida?»—«La herida bien, señor, me contestó; si no fuera por el hambre que tengo... No sé cuánto hace que no he comido, y el hambre me atormenta.»—«¡Cómo! exclamé. ¿No comiste ayer?»—«No señor, me contestó, por que no había raciones.»

»Esto me sorprendió mucho; mandé en seguida darle algo, y después de entretenerme un poco con otros heridos, me fuí á la sacristía, que estaba llena de cadáveres liberales. La gente los contemplaba en silencio, ó hablando en voz queda.

»Veíanse por el suelo todas las clases confundidas, soldados, oficiales y jefes, y sobresalían las figuras y actitudes más extrañas. Todos estaban pálidos como la cera vieja; unos presentaban la imágen de la tranquilidad, otros tenían los brazos abiertos por encima de la cabeza y el rostro lleno de angustia; muchos parecían acurrucados, y entre todos descollaba un cazador de cara morena, larga, flaca y enérgica, que estaba todavía en ademán de atacar á la bayoneta: sus ojos vidriosos lucían siniestramente, su rostro re.

velaba una decisión irresistible, su boca parecía entreabrirse para dar un viva á su bandera, sus piernas estaban encogidas en estado de subir una cuesta, y tenía aún los brazos terciados y los puños cerrados, como si enristrase el fusil. La muerte le sorprendió de aquel modo sin darle tiempo á cambiar. Jamás podré olvidar tan heróica figura.

»Volví á mi alojamiento bastante afectado por las últimas escenas que había visto, y considerando quién era don Carlos, y lo que á los españoles nos costaba, no pude menos de entristecerme.

»¿Por qué extraña fatalidad, pensaba, nos hemos de matar y arruinar en nombre de un ser tan antipático é inmoral? ¿por qué hemos de figurar tantos hombres decentes en las filas de un partido cuyo jefe es un infame? ¿no es sensible que se haya derramado por él sangre inocente en esta y otras batallas? ¡Ah! Los que conociendo á don Carlos han engañado á los españoles persuadiéndonos que era un hombre digno, merecen el desprecio más abrumador de la gente honrada y las censuras más acerbas y vehementes de la historia.»

FOSAS ABIERTAS

ANTES DE DICTARSE SENTENCIA

Pirala, al ocuparse de los fusilamientos de Abarzuza, dijo:

«Que ordenóse á Montoya se encargara de los prisioneros, juzgándolos en Consejo de guerra y fusilándolos, lo cual no le fué grato, porque más deseaba habérselas con sus enemigos en el campo que en el tribunal; tuvo que obedecer, y bajo su presidencia se constituyó el consejo en Abarzuza con dos capitanes del primero de Navarra, dos del tercero y dos del cuarto.

«Ciento cincuenta y cinco hombres llenos de vida y juventud, abatidos por la desgracia y esperando una muerte próxima, eran objeto de la curiosidad ó de la burla de un populacho sin entrañas, que había acudido á Abarzuza á presenciar el fusilamiento de aquellos prisioneros, *entre cuyo público había algunos sacerdotes*, que fueron llamados para prodigarles los consuelos de nuestra religión. Sin que el Consejo reunido para juzgarles hubiera pronunciado la sentencia, estaba prejuzgada la suerte que les esperaba.»

Estas palabras indican claramente que se trataba de un asesinato infame, no de un acto de justicia.

El coronel Segura, que llegó en aquél momento con el capitán García, se horrorizó al ver un grupo de paisanos que abría una fosa, y marchó á la casa donde estaba reunido el Consejo de guerra, y en cuyas inmediaciones halló á mucha gente esperando el resultado para presenciar la ejecución de aquellos infelices. «Aquel juicio, continua Pirala, era fórmula para cubrir las apariencias; *era un sarcasmo.*»

El Sr. Sobrino, comandante, se atrevió á defender á los prisioneros, sosteniendo que no se les podía condenar como incendiarios (era el delito de que aquellos miserables los acusaban), porque no se les podía probar que lo fueran; y porque la ordenanza, con arreglo á la cual había que juzgarlos, no los condenaba.

Sus palabras no hallaron eco en el Consejo, compuesto de gentes que, en su mayoría, «hacía un año que estaban cavando ó estudiando teología en un seminario, y en el tiempo que llevaban en las filas habían olvidado lo que sabían de su antigua profesión sin aprender nada de la nueva.»

El auditor fingió una enfermedad (había en él un resto de honradez) y le reemplazó un joven inhábil, cobarde y mediano de salud. La defensa se encomendó á dos alféreces, que en cuanto entraron en la sala no supieron qué decir, acabando por confesar

que no entendían de aquello, y que al ver que de los 155 prisioneros juzgados eran condenados á muerte 135, no acertaron á pronunciar una sola palabra en su defensa.

Los acusados se presentaron al juicio en grupos de 50. Se anotaban sus nombres y se les preguntaba si su general les habia dado orden de incendiar y robar. Todos decían que no. Entre ellos estaban el alemán Schmitd, prisionero en Villatuerta al empezar el combate. Contestó en mal español que era militar, que no quería mal á España, y que había venido á la guerra como curioso. Condenado á muerte, pidió permiso, que le fué concedido, para escribir á su familia.

El fiscal era á la vez auditor, y después del interrogatorio condenó á muerte á todos, excepto á veinte á propuesta de Montoya, por haber pertenecido á las ambulancias unos y por haber sido presos otros antes de su llegada á Villatuerta.

La sentencia se firmó por unanimidad, habiendo vocal que, según dijo más tarde, *al firmar le temblaba la mano.*

CARLISTAS INDIGNADOS

Antes de firmarse la sentencia se presentó Sobrino, volvió á influir en favor de los acusados, y al ver la inutilidad de sus nobles esfuerzos, dijo que si se les condenaba á muerte, *la vergüenza* le haría pedir su licencia absoluta. Amigos de darle á cada uno lo suyo, diremos que hubo dos personas más que se interesaron por los prisioneros y se unieron á Segura y Sobrino para concertar el modo de hacer algo en su favor: Calderón, coronel de guías, á quien, como valiente, le repugnaba aquel sacrificio, y un cura italiano que en lo más recio del combate se aparecía muchas veces animando á los soldados haciéndoles ado-

rar una gran cruz de hierro que siempre llevaba.

Al ir á ejecutarse la sentencia, suplicó Segura á Montoya que retrasase dos ó tres horas su cumplimiento; se lo prometió, y voló con García en busca de don Carlos, que se hallaba en Muez. Recibióle el párroco de Irujo, que, lejos de ayudarle, le manifestó que era inútil lo que se hiciera, pues don Carlos estaba muy incomodado, y no quería hablar de perdón, añadiendo otras frases que atendían á hacerle desistir del propósito. A pesar de ver Segura tan desfavorable disposición en aquel eclesiástico, le dejó para insistir en su idea. Le dijeron que estaba comiendo don Carlos acompañado de doña Margarita, y allá fué, consiguiendo, después de mil súplicas y mil negativas, que en vez de fusilar á los 135 hombres, se les diezmase.

Volaron de nuevo Segura y García á Abarzuza, reventando caballos; y como pasó más tiempo que el convenido, estaban confesados ya todos los condenados á muerte, marchando para ser fusilados 20 en Villatuerta, 12 en Zurucuain, y disponiéndose la ejecución del resto de Abarzuza; estos estaban salvados, pero había que llevar la orden á los que se hallaban en marcha. Sólo se prestaba á llevar la noticia el cura italiano, mas su caballo andaba menos que un hombre. En esto se presentó el comandante Sobrino, y tuvo la fortuna de llegar á tiempo de salvar aquellos desgraciados.

Honrémonos reteniendo en la memoria los nombres de Segura, Sobrino, García y el cura italiano.

En cambio, execremos el de Dorregaray, que ansioso por sacrificar á todos, envió á su ayudante Villanueva para que, prescindiéndose de la orden de indulto, en el acto fusilase Montoya á todos los que habían sido condenados á muerte, increpando á Segura y á Montoya porque á las seis de la mañana no habían estado ya fusilados los prisioneros. No pudiendo saciar en aquella ocasión sus instintos sanguina-

rios procedióse al sorteo, sacando cada infeliz prisionero su papeleta.

Llegó Dorregaray á Abarzuza en el momento en que iba á comenzar la ejecución; recibiéronle los prisioneros, ¡tan dulce es la vida! con aclamaciones á su persona, al rey y á la religión, y el miserable les contestó en términos tan inconvenientes como poco delicados, reprendió agriamente á Montoya por no haberlos fusilados inmediatamente de sentenciados y procuró que la ejecución se acelerase.

Los fusilados fueron un capitán, un teniente y diez soldados en Abarzuza, en Zurucuain un soldado, y en Villatuerta otro, y el alemán Schmitd.

El noble proceder de Segura y Sobrino fué castigado por Dorregaray con un mes de arresto en Monjardín.

ESPAÑA Y EUROPA ESCANDALIZADAS

Aquellos fusilamientos arrancaron un poderoso grito de indignación en toda España y en toda Europa, y Dorregaray, el infame autor de los asesinatos de Cirauqui, y á quien se trató después de crear una leyenda por las canalladas que don Carlos cometió con él, no contento con disculparlos, tuvo la audacia criminal de escribir en el degradado periódico *El Cuartel Real*:

«Hoy hemos fusilado no más que la décima parte de los criminales: de hoy para arriba sufrirán esa suerte todos: de hoy para arriba haremos guerra sin cuartel á ese ejército de fieras.»

Y dice Pirala:

«¿Se probó que eran incendiarios los fusilados? Expuestos quedan los hechos, y no resulta de ellos un acto de severa justicia, sino de mezquina venganza y de bárbaro atropello, propio de toda guerra ci-

vil, que apaga en el corazón humano los más generosos sentimientos, y, familiarizado el hombre con la sangre, la derrama impasible, desnaturalizándose é insultando á la humanidad.

La historia no puede disculpar ni referir impasible estas hecatombes, procedan de donde procedan, y tiene que condenarlas, y la guerra que las produce.»

Don Carlos, el infame que ni ahorcándole un millón de veces pagaría lo que debe, lanzó un manifiesto que no era más que un tejido de falsedades y de calumnias dirigidas al ejército. En él decía:

«Mis enemigos patentizan su impotencia con el robo, el asesinato y el incendio, que decretan descaradamente, y al cual se entregan con sangre fría. Después de haber arruinado al pais con sus funestas ambiciones, lo deshonran con sus crímenes y lo matan con su bárbara ineptitud.

«La España sabe muy bien cómo me he conducido yo para con ellos. Apelo á la honradez de aquellos que han sido mis prisioneros antes de la batalla de Abarzuza.

«Pero llegó un día en que las tropas rebeldes asolaron nuestros campos, incendiaron nuestras poblaciones, asesinaron á nuestros heridos y se entregaron á todo género de horrores. No podía tolerarlo, y sometí á los criminales á los rigores de la justicia.»

Dan ganas al leer esto de dedicarse á acumular saliva durante veinte años, buscar en una casa de prostitución, que son las que frecuenta, á ese *golfo* sanguinario, y depositársela en la cara. Pero no; sería aun demasiada honra para un miserable de su laya.

Uno de los fusilados, como hemos dicho, fué el capitán de artillería alemán, Schmitd. Como llevaba traje de paisano y hablaba con dificultad el español, fué tenido por espía. Se le juzgó de un modo sumario y á pesar de todas sus protestas fué condenado á muerte. Lo fusilaron el 30, haciéndole creer antes

que le salvarían la vida si abrazaba el catolicismo. Lo hizo, y lo fusilaron á las pocas horas. En vano exhibió pruebas de que era corresponsal militar de varios periódicos alemanes; en vano protestó de que no había hecho armas contra los carlistas; fué sacrificado con 22 oficiales y soldados del ejército.

Cuanto se dijo después de que don Carlos trató de salvarle y que Dorregaray no le obedeció, fué falso. Don Carlos y doña Margarita estaban ya en Estella cuando se verificó la ejecución.

Al ver la indignación que el acto había causado en toda Europa, el rufian austriaco, en el manifiesto á que hemos aludido, insultó villanamente la memoria de Schmitd, pintándole revólver en mano á la cabeza de un grupo de incendiarios y afirmó que había sido sentenciado y ejecutado por espía.

El manifiesto, conjunto vil de falsedades y calumnias, alcanzó como único premio el desprecio de todos los pueblos civilizados. Varios periódicos franceses copiaron indignados algunos de sus párrafos, calificándolos de la manera más dura.

La Gaceta de la Cruz, periódico absolutista y que tenía un corresponsal en el campo carlista, dijo:

«Que registrado el capitán Schmitd, fusilado por los carlistas como espía, se le encontraron dos documentos, á saber: 1.° una carta de recomendación escrita en francés y en la cual se le designaba como corresponsal del *Periódico Ilustrado de Leipzig*. 2.° un pase del general Concha para que se permitiese transitar libremente al *capitán prusiano Schmitd* por las posiciones del ejército español:

«Que habiendo comparecido ante el Consejo de guerra, Schmitd presentó la carta de recomendación para acreditar su carácter de periodista corresponsal; pero como los individuos que formaban el Consejo no entendían el francés, tomaron la carta y la hicieron pedazos.

«Que en seguida alegaron como prueba de convicción el pase del general Concha, y sobre esa prueba le declararon convicto de *espía* y lo sentenciaron á la pena de muerte;

«Que estando ya sentenciado se le presentaron unos curas y le prometieron la vida si se convertía al catolicismo, y Schmitd, mediante sus promesas, accedió á su conversión.

«Que después de haberle confesado y administrado, le llevaron al suplicio, diciéndole que ya al menos estaba asegurada su salvación eterna.»

El corresponsal del *The Times,* se expresó así:

«Si es verdad que Dorregaray ha hecho fusilar á la décima parte de los soldados y á todos los oficiales prisioneros, alegando los incendios de Abarzuza, se habrá cubierto de infamia y confirmado atrozmente su reputación de cruel y sanguinario.»

«Ese terrorismo, añadía, podrá ser buena política para combatir al enemigo; pero enagenará á los carlistas las pocas simpatías que con los extranjeros pudieron tener antes de ahora.

«En cuanto al mal tratamiento que se dice recibido por viejos, mujeres y niños, *puedo asegurar positivamente que no hay ni un átomo de verdad en las aseveraciones de Dorregaray.* En primer lugar, pasado Oteiza, encontramos todos los lugares desiertos; y en Murillo, que fué tomado por asalto, la primera casa donde entramos era la única habitada. Allí encontramos una mujer acurrucada y llena de miedo, con un niño en las rodillas. No sólo fué bien tratada, sino que en pocos minutos cobró ánimos para pegarle una bofetada á un soldado que ofrecía al chico un poco de aguardiente.»

La Independencia Belga escribió:

«Dorregaray, el jefe carlista, pretende no haber fusilado más de 15 prisioneros, cuando el número de las víctimas llega á 200, y según el relato de la *Nue-*

va Gaceta de Prusia, testigo ocular é interesado en favor á sus correligionarios políticos los carlistas, 22 fueron ajusticiados con el capitán Schmitd. Sea cualquiera el número de las ejecuciones, sin contar los heridos asesinados en el campo de batalla cuando no podían defenderse, *los carlistas quedan colocados á nivel de los petroleros de París.*»

Otro periódico extranjero, cuyo título no cita Botella Carbonell en su historia *La Guerra Civil en España*, dijo:

«Es natural preguntar si no hay remedio para un estado de cosas tan lamentable y repugnante; si las naciones civilizadas del mundo se ven obligadas, por respeto al principio de no intervención, á permanecer impasibles; si mientras se cometen crímenes tan abominables, la prudencia aconseja imperiosamente una absoluta no intervención en la lucha, así en su aspecto militar como político. Pero la influencia de los gobiernos vecinos puede ser empleada para poner término á los peores horrores de la campaña. Hay un precedente para una mediación semejante en el procedimiento seguido por lord Palmerston en la anterior guerra, habiendo sido enviado lord Elliot para advertir al don Carlos de entonces y procurar el abandono de las prácticas que á la sazón se empleaban. La influencia moral de Europa, ejercida en favor de la humanidad, no quede ser hoy menor que hace cuarenta años.»

Refiriendose á los fusilamientos de Abarzuza, dijo después Mendiry:

«La marcha de nuestra política fué siempre al acaso, sin derrotero fijo, inclinándose más bien á lo limitado y pequeño que á lo grande y magnífico; sólo así pudo cometerse la imprudencia de fusilar en aquellos momentos en que á la guerra se le pudo dar una dirección más humanitaria, algunos de los prisioneros hechos.

¿La forma de someterlos á un consejo de guerra por el delito de incendiarios no justifica la razón de esa fatal resolución, porque al hacerlo quedaba prejuzgada la sentencia, y ya que se les puso en el terrible trance, debió haber sido para que las personas que rodeaban al rey, inspirándose en sentimientos cristianos y humanitarios, le hubiesen inclinado á usar de la régia prerrogativa para perdonar la vida á aquellos desgraciados.

»Es lo cierto que ese derramamiento de sangre oscureció la gloria de tan gran batalla, y en lugar de obtener resultados favorables, positivos, no sirvió sino para irritar los ánimos en la nación y concitar á la Prusia contra nosotros, por ser uno de los fusilados un capitán de aquella nación, que estaba al servicio del ejército contrario.»

DON CARLOS Y DORREGARAY

ÚNICOS RESPONSABLES

Don Simón Montoya, sin atreverse á arrojar la responsabilidad de los inícuos fusilamientos de Abarzuza sobre quienes debían recaer, se descartó en 1879 de la que se le imputaba, diciendo: «que él abrazó la carrera militar para vivir esclavo de la ordenanza, prestar siempre la obediencia debida á sus superiores y dar pruebas en caso preciso de ese valor inmensamente superior al del combate.

«El encargo que se me daba, añade textualmente, de presidir el Consejo y ejecutar un fallo en plazo brevísimo, era demasiado espinoso y terrible para que no procurase llevar á esos actos todas las órdenes é instrucciones necesarias y aún convenientes para cubrir por entero mi responsabilidad ante Dios y los hombres.

«Así es que, previsto el caso de que los procesados

negasen el cargo de incendiarios, pregunté á mi superior qué haría entonces el Consejo; y vive aún el que me llevó la respuesta, previniéndome de parte de aquél, que la *alocución del general en jefe* comprendía á todo el ejército de Concha, y que, de consiguiente, *todos los prisioneros debian considerarse como incendiarios y ser pasados por las armas.*

«Esta fué la ley, buena ó mala, justa ó injusta, necesaria ó innecesaria, que eso no es del caso dilucidar ahora, que se nos mandó aplicar, y que tuvimos presente y aplicamos al discutir y votar el fallo.»

Explica luego lo que ocurrió después del Consejo para que él no pudiese hacer más de lo que hizo por los procesados, asegurando que el Consejo aplicó la ordenanza como ley penal y la *alocución del general en jefe como ley*, alocución que los vocales del Consejo habían tenido presente, *de orden superior*, para fundar sus votos. Y diciendo:

«A mi pobre juicio, los señores Segura y Sobrino pudieron trabajar más eficazmente por los procesados, aceptando Segura la presidencia del Consejo, para la que fué designado antes que mi humilde persona, y tomando Sobrino á su cargo la defensa de los presuntos reos, medio creo más adecuado para que sus palabras pudiesen vencer la ignorancia de los vocales y *hallar eco y ser atendidas en el Consejo.*»

«Pero he dicho que esos señores podrían haber tomado parte oficialmente en los sucesos de aquel día, acaso con ventaja para los prisioneros, y me arrepiento. Porque esclavos entonces de su deber, como yo procuré serlo, y perfectos conocedores de la legislación que se les mandaba aplicar, ni habría alegado por ineficaces el señor Sobrino los argumentos que se le atribuyen, ni el señor Segura habría podido gestionar, como gestionó, con gran honra suya, por el indulto de los sentenciados.»

Pinta después la lucha tremenda que tuvo que sostener entre el cumplimiento de las instrucciones que

se le habían dado y el naturalísimo deseo de no imposibilitar ni aun entorpecer los trabajos laudables de Segura y otros para obtener el indulto, y dice que: «mientras él estaba desempeñando su cargo en el Consejo, habían procedido, no sabe por mandato de quién y con absoluta ignorancia suya, no *sólo á confesar á los prisioneros*, sino también *á abrir las zanjas donde debian ser enterrados*, y que á pesar de esto, él, faltando á lo que se había ordenado, dió facilidades para que se pidiera el indulto, prestando su propio caballo para tales diligencias. Y que con esto, y con haber resuelto terminantemente no llevar á cabo las ejecuciones sucesivas, si no simultáneamente en los tres pueblos que se le designaron *en orden anterior á la formación del Consejo*, le cupo la inefable satisfación de ver indultados las nueve décimas partes de los prisioneros.»

Estas explicaciones del presidente del Consejo de guerra patentizan la iniquidad que se cometió al perpetrar aquellos fusilamientos, y son la condenación más terrible que contra don Carlos y Dorregaray se ha formulado.

CABALLEROS A CAMBIO DE BANDIDOS

Otro hecho que prueba la estimación en que don Carlos y su cuadrilla han tenido siempre al ejército español que intentan hoy atraerse.

A principios de Abril de 1875 don Tirso Lacalle, conocido por el *Cojo de Cirauqui*, comandante de la contraguerrilla de Tafalla, encontró en San Martín de Unx la partida del facineroso Rosa Samaniego, y la batió denodadamente causando á los facciosos nueve bajas.

Irritado el cabecilla Mendiry pidió al general Quesada nada menos que la entrega del *Cojo de Cirauqui*

para juzgarle como *asesino*, amenazando con tomar represalias en los prisioneros del ejército.

El general Quesada se negó á acceder á semejante pretensión, estúpida y propia sólo de la barbarie carlista, y entonces Mendiry hizo fusilar en Estella, por sorteo entre los prisioneros, á ocho individuos del Ejército entre soldados y oficiales.

Este inícuo asesinato fué llevado á cabo con caracteres de horrible crueldad, martirizando horrorosamente á dos capitanes, y entreteniéndose con uno de ellos, por ser muy obeso, en abrirle el vientre.

Además se perpetró sin atender la comunicación del general O'Ryan, en la que, contestando á la en que se le comunicaba que iba á realizar aquel bárbaro sacrificio, ofrecía abrir una información sobre los sucesos de San Martín, que se alegaban como pretexto, información que podría hacerse por ambas partes, con la promesa de castigar sin vacilaciones al culpable, si se probaba lo que decían los carlistas.

No resistimos á la tentación de copiar la comunicación, porque ella dice por sí sola más que cuanto pudiéramos decir nosotros.

«EJÉRCITO DEL NORTE.—*Estado mayor general.—Sección 3.ª*—Al titulado general en jefe del ejército carlista.—Larraga 7 de Abril de 1875.—Contesto al oficio fecha de ayer, en el que se me participa que en el día de hoy serían pasados por las armas ocho prisioneros, en represalias de igual número de voluntarios que se pretende haber sido asesinados en San Martín de Unx, el día 29 de Marzo último, por el jefe de la contraguerrilla don Tirso Lacalle, después de rendidos bajo palabra de darles cuartel.

Al prevenírseme por primera vez de semejante determinación, ofrecí que, si bien mis noticias eran contrarias á los hechos alegados, haría practicar una información sobre ellos, y que, en caso de probarse, no vacilaría un momento en castigar al culpable; información que pudiera hacerse por ambas partes.

Sin atender á tal proposición, razonable y justa, se exigió que entregara desde luego al jefe citado de la contraguerrilla, á lo cual no podía ménos de negarme. La consecuencia, sin duda, ha sido resolver el asesinato de ocho soldados infelices, inocentes de todo hecho, á quienes sólo se ha concedido tres horas de capilla para prepararse á morir cristianamente, como si el tiempo apremiase para cometer tan inícuo atentado contra la civilización.

Podría con este motivo hacer un extenso relato de los asesinatos de gentes inermes que cometen diariamente las fuerzas y los partidarios carlistas, citando entre ellos los de Cándido Rosas, arrojando personas vivas en la sima de Albeirar, en la que se calcula que habrá ya cuatrocientos cadáveres; no olvidando tampoco el ensañamiento de ese ejército el día 4 de Febrero último, llegando á la proporción de tres muertos por cada prisionero, segun referencia de los propios oficiales.

No hace muchos días que tres oficiales de este ejército, fiados en la palabra de honor que les diera otro de ese carlista, bajaron del monte Esquinza á entretenerse un rato, y no obstante, sufrieron descargas é insultos soeces, impropios de tropas que pretenden ser civilizadas y muy cristianas, teniendo dos de aquellos la suerte de librarse de una muerte segura y alevosa, quedando prisionero el tercero. Aún podría hacer más larga la relación, pero quiero limitarme á recordar que tengo en mi poder un número de prisioneros mucho mayor que el de los que hay en el suyo.

A pesar de todo, cumpliendo las órdenes del gobierno de S. M. el rey don Alfonso XII (Q. D. G.), de fecha 5 del corriente, de acuerdo con sus sentimientos, dejaré caer íntegro el baldon de semejante proceder, fundado en una mera sospecha, sobre la causa carlista y sus jefes, á fin de que la Europa civilizada pueda decidir de qué parte se halla la razón

acorde con los derechos de la humanidad y con las leyes de la justicia.—Es copia.—El general, jefe de Estado Mayor general, *Tomás O'Ryan y Vazquez.*»

Fué tan infame lo que los carlistas hicieron, que, comprendiéndolo, trataron de justificarlo después, presentando los hechos al revés de cómo fueron, mas no lo lograron. El miserable don Carlos, que firmó la sentencia, merece por este solo hecho la execración del ejército español.

Porque aun suponiendo que la contraguerrilla de Lacalle hubiese fusilado realmente á la patulea de Rosa Samaniego, ¿merecían tales bandidos que se inmolasen oficiales ni soldados del ejército español en represalias? ¿Dar caballeros por criminales? ¿Oro por escoria? Vengar la muerte de unos bandidos con la de igual número de honrados, únicamente pueden hacerlo en España los carlistas.

Y la prueba de que lo son los soldados liberales, está en que, á pesar de tener gran número de prisioneros carlistas, no sacrificaron á ninguno; en lo que hicieron mal, porque la caridad no reza con las fieras, ni hay con ellas nobleza que valga.

DON CARLOS Y SAMANIEGO, TAL PARA CUAL

Y ahora que hemos nombrado á Rosa Samaniego.

Una de las cosas inconcebibles de la pasada guerra, es que un hombre que aspiraba á ocupar el trono de España recibiese, hablara, tratase y distinguiera á un criminal como ese, y que lo utilizara además para sus crueldades y sus venganzas.

Aun cuando no; lo más inconcebible no es eso, si no que hubiese españoles que, sabiéndolo, viéndolo, no se apartasen del protector de tal bandido; bandido que más tarde, en la emigración, quedó á mayor altura que don Carlos, pues fué víctima de éste, según puede verse en el *Folleto 8.°*

Para probar la intimidad de don Carlos y de Rosa vamos á invocar una autoridad respetable, la de don José Indalecio de Caso. En su imparcial y documentado libro *La cuestión Cabrera*, dice textualmente:

«Un excarlista á quien no tengo el gusto de conocer acaba de publicar un buen folleto, en el que dice:

»Yo conozco un defensor de la *causa tres veces santa de Dios, Patria y Rey*, que tiene arrojados á una sima que existe en los alrededores de Estella centenares de hombres, mujeres y adultos, sólo por delitos imaginarios, sin formación de proceso, sin ninguno de los auxilios espirituales, y estos hechos son conocidos de todos, incluso el mismo don Carlos.»

Y es verdad, añade Caso; yo también conozco al mónstruo. Halléle una tarde en Puente; él salía de la casa del rey cuando yo entraba. Un teniente coronel me dijo:—¿Sabe usted quién es ese?—No señor. —Va usted á oirle.

¡Era Rosa! Venía por una especie de patente para *cobrar* contribuciones en Huesca; así lo dió á entender con monosílabos, porque apenas habla. Cabizbajo y de un color cetrino amarillento, mirada errante y actitud de miedo, se le veía como receloso de encontrar á cada paso la venganza.

—¿Y este hombre, pregunté á un oficial, entra en la casa del rey?—¿Que si entra? me dijo; ayer comió con S. M.—¿Pero es cierto lo que dicen de él?—Sí señor.—¿Cuántas víctimas habrá hecho?—Sobre doscientas, y él es siempre *el fiscal, el juez, el verdugo y el enterrador*.

El capellán de guías me dió luego detalles de una ejecución hecha por Rosa, en la que él como sacerdote había tenido que auxiliar á la víctima, y sus informes me horrorizaron.

Con esta impresión hablé á don Carlos aquella misma noche, y por ver el efecto que le hacía, nombré al mónstruo. No olvidaré jamás el *divertido* lance que S. M. me refirió, apurando una copa de *chartreuse*.

calde desde el púlpito de la iglesia de San Vicente en Sebastián, que los jefes y oficiales de nuestro ejército que peleaban en Cuba y Filipinas, solo *procuraban ganar cruces y ascensos.*

¡Hasta en el púlpito se atrincheran los carlistas para disparar contra la honra del ejército español, que no saben apreciar, ni ver, ni concebir siquiera! Los topos no tienen idea de lo que es la luz.

Aun cuando para que los militares se enteren de la clase de gente con quien tendrían que alternar, (no, no es esto) á quien deberían estar supeditados, (tampoco esto expresa bien la idea), á quien se verían obligados á obedecer ciegamente bajo pena de persecución, deshonra y de la vida acaso, basta reproducir la descripción que un ilustrado jefe del ejército, que llegó á general carlista, hace del *cabecilla*, tipo que él estudió bien en el Centro, tipo protegido por don Carlos en las personas de Savalls, Cucala, Santa Cruz, Rosa Samaniego, etc.

Esta descripción, con las cartas cariñosas que se escribían don Carlos y doña Isabel II mientras los imbéciles españoles se arruinaban y perdían la vida por dilucidar si habían de ser mandados por don Alfonso ó por don Carlos, como los pavos que disputaban sobre si debían ser comidos asados ó en salsa, darán materia para el folleto próximo.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 35

LOS CABECILLAS SOBRE LOS JEFES CARLISTAS PROCEDENTES DEL EJÉRCITO.—EL PUEBLO ESPAÑOL SACRIFICÁNDOSE Y DOÑA ISABEL Y DON CARLOS ENTENDIÉNDOSE. —CORRESPONDENCIA EPISTOLAR EDIFICANTE.—CONSIDERACIONES TRISTES.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

INTRODUCCION

Ya hemos hablado en otra ocasión de lo que dicen los carlistas para ver si se atraen al ejército, dando á entender de paso que tienen ya bastantes partidarios dentro de él.

Aseguran de igual modo que están á su favor los hombres de negocios, la alta Banca, los capitalistas en todos sus múltiples y variados matices; y mienten del mismo modo que cuando afirman que cuentan con el ejército.

Se necesitaría que fuesen todos unos estúpidos (y no lo son cuando de sus intereses se trata) para no comprender que el triunfo del carlismo traería aparejado el reconocimiento de la deuda carlista, como mil veces han dicho; y si con la nacional es imposible ya vivir, ¿qué iba á ser de España el día que cargase con la de la guerra pasada y la de la anterior?

Y como ya en ese camino no habían de detenerse, ni aún queriéndolo podrían, inmediatamente después del reconocimiento de la deuda carlista vendría la anulación de las ventas de bienes nacionales, para que el clero entrase en posesión de los bienes que con perfecto derecho se le vendieron.

Los hombres de negocios saben todos bien, que una de las primeras cosas que harían los carlistas, según dijo en Marzo de 1873 el corresponsal que *El Times* tenía en Estella, por habérselo oido al propio don Carlos, sería no reconocer ninguna clase de deuda de las contraídas por los gobiernos españoles desde que se inició el movimiento carlista del 69. Y como esto sería la ruina de los hombres de negocios, excusado es decir que no han de ayudar al carlismo.

Si, después de saber esto, los señores de la Banca creen que deben ayudar á los carlistas, que lo hagan. Así acabaremos de una vez con unos y con otros. ¿Los tenedores de papel ayudan al carlismo? Pues al par que los exterminemos quemaremos el papel.

Otro de los medios de que se valen los carlistas para reclutar gente en los distritos rurales, es decir que devolverán sus bienes á los pueblos; ellos, á quienes los vascongados tuvieron que poner á raya para que no se comiesen hasta las piedras; ellos, que hacen del robo una profesión y del saqueo una religión.

Piensen los pueblos en que esto no puede hacerlo un rey que tiene por fuerza que apoyarse en las clases conservadoras, y que, de ser posible hacerlo, hay que buscarlo por otros caminos.

No digo eso; ni siquiera la devolución de los bienes del clero podría decretarse, dado que los descendientes de los primitivos compradores son hoy los principales auxiliadores del carlismo.

Desprecien, pues, esos ofrecimientos, que únicamente van encaminados á embaucar al pueblo para que él mismo se ponga la cadena al pie y se la remache.

Convendría que la prensa liberal no contagiada del virus carlista tocase con detención estos puntos, para evitar que algunos cándidos cayeran en la red.

LOS CABECILLAS SOBRE LOS MILITARES

Describamos el *tipo* á quien en el carlismo tienen que obececer y supeditarse los militares.

Habla un general carlista exjefe del ejército:

«Hay entre los carlistas dos fisonomías muy características: el *cabecilla por naturaleza* y el *voluntario magnetizado.*

El cabecilla es carlista, no por ideas y sentimientos, ni por antecedentes y compromisos, sino porque se cree nacido para cabecilla; y á trueque de serlo, defendería á cualquiera, aunque fuese el moro Muza.

El *voluntario magnetizado* tampoco sirve á don Carlos por ideas, sentimientos ni compromisos, sino porque admira al cabecilla, lo conoce personalmente desde la infancia, y tiene por él un fanatismo vehemente; así es que le sigue á la primera indicación; y si como se levantó por el carlismo se levantara por la federal, también le siguiera. Las ideas le son indiferentes á aquel voluntario, que lo cifra todo en la persona del cabecilla.

No todos los cabecillas son de este género; alguno hay de convicciones políticas; pero hay más voluntarios *magnetizados.* Los que conocen y quieren al cabecilla, á más de seguirlo, seducen á sus amigos para que se alisten, pregonan lo bien que estarán, la buena vida que se darán, lo mucho que se divertirán, y de este modo forman y aumentan la partida, llenándola de gente que, no sólo no tiene ideas polí-

ticas de ningún género, sino que más buen adolece de temperamento revolucionario.

Estos hombres formaban parte del ejército carlista, porque nadie se había tomado la molestia de hacerlos liberales. Si los partidos democráticos hubiesen hecho una buena propaganda por aquellas campiñas en los primeros años de la revolución de Septiembre, y, sobre todo, si los gobiernos de doña Isabel II no hubiesen dificultado la propaganda de los principios constitucionales por las zonas campestres, el carlismo hubiera hallado en el Centro pocos voluntarios, aunque contase en él muchas familias adictas. La falta de sentimientos políticos, la juventud, el halago de la guerra local, la influencia del caudillaje y la de la amistad, he aquí lo que engrosó nuestras filas.

Así, con gran admiración mía, hallaba lugares que en la guerra del 35 fueron carlistas acérrimos, y que ahora eran democráticos; y lugares que en aquella época fueron liberales vehementes, y en la actualidad nos daban un gran número de jóvenes. Era que en las primeras poblaciones una hábil propaganda había cambiado las ideas, y que en las segundas el silencio y el despotismo local habían borrado los sentimientos liberales, y, produciendo una gran indiferencia y excepticismo, daban ocasión á que el caudillaje, la vida aventurera y otras causas nos trajeran contin, gente.

No hay pasión superior á la del *cabecillaje carlista*: si como se ha descrito la del oro en los mineros de la California, se describiera la del sable en los caudillos carlistas, ésta sería tan célebre como aquélla. Es imposible formarse de oidas una idea exacta de la monomanía y el calor con que ciertos hombres completamente refractarios á las condiciones militares, se empeñan en adquirir ó sostener un mando, para ser *cabecillas*. La idea de vestir un uniforme raro, arrastrar un sable descomunal, contemplarse al frente de

una partida y leer en los diarios que el *cabecilla tal ha hecho esto, ó lo otro; que aquí lo han roto, y allí lo han dejado huyendo*, le tiene loco de alegría. Poco le importa que los periódicos den cuenta de sus desventuras y palizas; si no se olvidan de llamarle *cabecilla*, nuestro héroe se pone radiente. Lo que él desea, lo que quiere, lo que anhela, es que conste bien que es *cabecilla*.

Yo encontré en el Centro á muchos de esos tipos; podría decirse que habiendo ellos empezado allí la guerra, la inundaron de gente idéntica. Los había seglares y eclesiásticos, de coturno, que mandaban muchos centenares de hombres; de alpargatas que mandaban algunas docenas; tipos de hombres ignorantes y valientes, de cobardes y estúpidos, de merodeadores que vivían de huir y robar; mas todos eran cabecillas, todos tenían la pasión del sable. ¡Ay del que les tocase á ella!: se hacía un enemigo encarnizado y vil, capaz de vengarse del ofensor calumniándole, testimoniando en falso, preparándole toda suerte de asechanzas. Don Alfonso, que ofendió á alguno, estuvo expuesto á que ciertas fuerzas le hicieran fuego á traición; y Dorregaray, que más adelante enderezó á muchos, no habrá seguramente olvidado todo el daño que de ellos recibió.

No hay curación más difícil y peligrosa que la de la *mononamia cabecillesca*. El cabecilla se convierte en perro rabioso así que conoce que le quieren curar para que sea un hombre razonable en vez de una especie de orangután con boina.

En la cuestion militar no soy exclusivo, ni pretendo que sólo son capaces de mandar fuerzas los militares de profesión; lejos de esto, creo que hay muchos militares vestidos de paisano en la tierra, y muchos paisanos vestidos de militar, y que las artes de la guerra y las de la paz ganarían mucho si cada cual pudiese estar en su lugar apropiado. Muchos militares he visto durante mi carrera, no de una sola y

pequeña graduación, sino de todas, desde las más altas hasta las más bajas, que nacieron para ser paisanos, y que equivocaron completamente el camino siguiendo la carrera militar; y durante la guerra de Santo Domingo, la de Cuba y la civil de España, he hallado en cambio muchos paisanos que tenían, sin sospecharlo, tales condiciones para la milicia, que con algún estudio y práctica hubieran salido en breve excelentes y brillantes oficiales.

Pero la mayor parte de los cabecillas carece de estas condiciones, y no tiene otra disposición natural que la terrible vanidad del *cabecillaje*. Llámelos usted ladrones, cobardes, tontos, y se sonreirán, con tal que al mismo tiempo los llame cabecillas; pídales usted el dinero, la hacienda, el honor, y hasta la mujer, y todo lo darán y sacrificarán resignados; pero no les pida usted el chaforate, porque esto sí que no lo dan por nada del mundo. No pueden concederlo, no pueden renunciar á él; su naturaleza, su modo de ser están tan identificados con aquella pasión, que quitarles el chafarote equivale á quitarles la vida.

La desgracia del partido carlista es que dichos cabecillas son el mayor obstáculo para la organización de un ejército regular, y para la prosecución de una guerra razonable. Ya sean valientes, ya cobardes; ya se caigan de tontos, ya se distingan por inteligentes; ya procedan de un establo, ya salgan de alguna sacristía, los cabecillas trastornan y revuelven siempre las fuerzas del país donde operan. En la guerra del 35 fué necesario el genio de Zumalacárregui y el carácter avasallador de Cabrera para dominar y extirpar el *cabecillaje* del Norte y del Centro; pero en Cataluña ya entonces fué imposible meterle mano. En la última guerra, Cataluña ha continuado como en la primera; el Centro ha sufrido siempre más ó menos esta plaga; sólo el Norte, gracias á la administración provincial, á las dotes de Dorregaray, y al

auxilio de la oficialidad pasada, ha estado casi exento de la peste cabecillesca.

¿Se quiere medir la importancia de los carlistas sublevados? Examinénse sus fuerzas militares, y si se vé que están en manos de cabecillas, hay que reirse; pues aunque se hallasen á la vista de Madrid no entrarían, porque no sabrían hallar las puertas.

Para matar el carlismo militar bastan los cabecillas; esterilizan siempre los esfuerzos que en pro de la causa hagan el elemento civil y el eclesiástico. Como la pasión *cabecillesca* es tan vehemente, excluye toda subordinación; el cabecilla en su conciencia no se reconoce inferior á nadie; obra como le da la gana, campa como mejor le parece, maldice en alta voz de sus compañeros, y procura desacreditarlos para quedar sin competencia. No hablo ahora del cabecilla valiente ó cobarde, tonto ó despavilado, eclesiástico ó seglar, sino del tipo en general. Un cabecilla es un bandolero absoluto.

Y vaya usted á organizar tropas con jefes de este género ni á emprender operaciones regulares sin ejército ni jefes subordinados; la guerra es imposible; no cabe sino el merodeo, con golpes de mano ó sin ellos; y por medio del merodeo, no se gana una guerra civil.

El *cabecillaje* es tan anejo al carlismo como el rabo y las patas al cuadrúpedo, y sólo un hombre de energía y talento sería capaz de extirparlo, bien secundado por don Carlos; mas como ahora es imposible que un hombre de mérito se adhiera á éste, ni en el caso de adherirse él sabría ayudarlo, el *cabecillaje* morirá con el partido.

Generalmente el cabecilla carece de estudios militares, aunque tenga valor, conocimiento del terreno, práctica y alguna perspicacia; y no pudiendo urdir ningún plan de operaciones, vaga de zeca en meca, dejándose perseguir y batir, dando algún golpe de mano, que le sale bien ó mal, y llevando una vida

penosa y arrastrada. Si el enemigo no le deja respirar, el cabecilla queda pronto desacreditado; y aunque á veces por causas políticas obtenga algún respíro, tampoco esto le salva; sólo alarga su agonía.

Cuando el cabecilla es tonto y miedoso, su suerte es todavía peor, pues pasa la vida corriendo como una liebre, y recibiendo más palizas que un borrico holgazán. Hoy le rompen aquí las costillas y mañana le abren allí la cabeza, hasta que el pobre diablo, viendose extenuado y rendido, exclama: *¡no puedo más!*, y se deja prender, ó pide indulto, consolándose con el recuerdo de que al menos durante cierto tiempo ha probado y hecho constar que era todo un cabecilla.

Tanto si el cabecilla es del primer género, como del segundo, los efectos son desastrosos, porque la partida se le desmoraliza y la gente deserta, volviéndose á casa ó marchándose con otro jefe. Entonces el cabecilla, para no quedarse solo, relaja todos los lazos de la obediencia, se deja tratar de igual á igual por sus oficiales, permite á los individuos toda clase de tropelías, consiente que se ausenten algunos dias sin licencia de nadie, y en las divergencias de superiores é inferiores, se pone de parte de éstos, por considerar que, siendo más numerosos, son más necesarios. Al mismo tiempo establece corredores de deserción y reenganche contra sus demás colegas y procura quitarle voluntarios á fuerza de seducciones y promesas.

De este modo los individuos pasan de una á otra partida, van y vienen sin castigos ni reprensiones, tratan al país como les da la gana, están más tiempo donde les permiten más licencias y bellaquerías, no tienen ningun respeto á los superiores, y miden al jefe por la tolerancia con que sobrelleva sus desórdenes. Si roban, el cabecilla cierra los ojos; si deshonran mujeres ó asesinan, aparenta ignorarlo; si replican y amenazan á los oficiales, los excusa; si venden el fusil y las municiones, procura darles otras; si amena-

zan marcharse, los acaricia; lo único que siente es que se vayan, porque le privan de unos comparsas más. Ya en este caso el cabecilla no es dueño de la partida, sino la partida de él; pasa también por esto, porque al menos puede satisfacer su pasión del sable; y aunque no sea verdaderamente nada, tiene la grata satisfacción de que los diarios liberales, tomándole en sério, le llamen á menudo el *cabecilla fulano*.

El *cabecillaje* produce en el carlismo militar dos efectos mortales: impide toda operación combinada, y acobarda á sus tropas. Aunque haya en el país una gerarquía carlista militar, el general en jefe, ó el que manda en un distrito no es dueño de mover un pie sin el consentimiento y permiso de los cabecillas que están al frente de las partidas. Siempre se encuentra con la dificultad de que estos no gustan de entrar en combinaciones con otros; luego ha de vencer otra dificultad; la de que aprueben la operación ó no se disgusten de ella. El cabecilla quiere ir solo, no por gloria ni prudencia, no por envidia del lauro que ayude á ganar á su superior, ni por recelo de la impericia de éste, sino porque cree que, hallándose solo, parece más cabecilla; y si es codicioso, porque de este modo puede robar más.

Así, pues, el general ha de empezar proponiendo al cabecilla la operación que intenta hacer, y pidiéndole su vénia y concurso. Cuando el cabecilla no aprueba el movimiento por creerlo dudoso, ó malo, contesta que no le da la gana. Si no tiene más remedio que obedecer, se queja en alta voz, desacredita la operación, hace cundir la noticia de que se la han mandado, procura sembrar el descontento entre sus voluntarios, y opera con tanta flojedad ó se retira en un momento tan crítico, que deja á quien le mandó en los apuros más angustiosos. A veces hace que se subleve su gente para alegar que no quiso seguirle; á veces se niega descaradamente á moverse, y consiente que á una hora de distancia estén destrozando

á un colega suyo, á quien podría salvar sólo con dejarse ver en el pico de una montaña próxima. Si ha concurrido por fuerza á una concentración de partidas, busca á los cabecillas más afines, y armando un lío, desaparece con ellos en lo mejor de una marcha, dejando al general en mitad del camino sin fuerzas y con un palmo de narices. Y guárdese bien el jefe de quejarse, porque los cabecillas se ponen de acuerdo, y distribuyendo algún dinerillo en la corte de don Carlos, logran fácilmente obtener la razón, haciéndole pasar por traidor. Con esto no hay operaciones posibles, sino guerra de malos cabecillas mandando malas partidas.

Vamos ahora á la cobardía. Es cosa sabida que hay gran diferencia entre el valor individual y el valor de la masa, entre el valor de la paz y el de la guerra; una masa puede ser valiente componiéndose de individuos medianamente denodados, y puede constar de hombres valentísimos, y ser muy cobarde. El hombre que voluntariamente sale de su casa, se subleva contra el gobierno y empuña el fusil para sostener sus ideas, de ningún modo es cobarde; y así los carlistas habían por fuerza de ser por lo menos medianamente valientes. A pesar de esto casi todas las partidas adolecían de cobardía, dejándose muchas veces vencer cuando á muy poca costa podían haber sido vencedores.

La causa era el *cabecillaje* que las minaba, el hombre que estaba á su frente. Como no sabía ó no podía mandar bien; como no sabía ó no podía hacer una operación atinada; como no sabía, ó no podía defenderse ú ofender; como toda la estrategia que usaba era huir y dispersarse, ó correr por sitios sin defensa, acostumbraba á su gente á tener miedo al enemigo, á considerarlo como superior en todos conceptos, á tratarlo de invencible, y á sobresaltarse y palidecer apenas aparecía. Si á veces el cabecilla obtenía alguna ventaja, ó llegaba á hacer una floja re-

sistencia, se debía siempre á circunstancias fortuitas, como la concentración de muchas fuerzas carlistas contra un pequeño número de las contrarias; al concurso de algún cabecilla de trueno, que aunque ignorante, peleaba como un brutazo; ó bien la cobardía, muerte, ó impericia del jefe liberal; pero como estos casos eran casuales, la partida no se reaccionaba, y constando de héroes, vivía siempre como cobarde.

En España se ha confundido mucho á los cabecillas con los guerrilleros, lo mismo entre paisanos que entre militares, cometiéndose uno de los yerros mas crasos. El *guerrillerismo* es un arte, y el *cabecillaje* no es mas que una fatuidad. No he conocido en el Centro á ningún cabecilla que mereciese llamarse guerrillero; pues no basta conocer el pais á palmos, hablar el dialecto de él, y tener prestigio entre las familias que lo habitan; así cualquiera podría ser guerrillero; no basta tampoco levantar una partida, y andar con ella por montes y valles, entre las fuerzas enemigas; son necesarias otras condiciones intelectuales, que la naturaleza distribuye con mucha parquedad.

Un guerrillero debe ser activo, astuto, prudente, hábil, organizador, imaginativo y experimentado; ha de tener conocimientos militares, ó aprenderlos pronto; ha de concebir operaciones tácticas de su género; ha de saber bien dar un ataque, y hacer bien una retirada; preparar bien una emboscada, y aparentar bien un aumento ó disminución de fuerzas; suscitar un pánico al enemigo, ó fingirlo él mismo; comprender bien una gran operación, y participarla á tiempo al general que la pueda hacer.

Tengo la seguridad de que ningún guerrillero verdadero querrá que lo llamen cabecilla, ni estará ufano de serlo, ni mandará como éste; porque así como el cabecilla es un tipo ridículo, que todo lo más será un bruto valiente, el guerrillero es un verdade-

ro militar especialista de un género tan difícil, que durante mi mando en Aragón, á pesar de mi vigilancia, apenas descubrí á nadie que mereciese el título de *medio guerrillero*. Así, pues, no cabe confundir al *cabecilla* con nadie. El *cabecilla* no es otra cosa que la personificación del *delirium tremens* del chafarote en el partido carlista.»

DOÑA ISABEL Y DON CARLOS

Á PARTIR UN PIÑON

¡Pobre pueblo español!

Mientras tú te destrozabas por si había de reinar la rama de Fernando VII ó la del titulado Carlos V; y no transcurría para ti minuto sin angustia, hora sin lágrimas, día sin sangre; y no tenías pan que llevar á la boca ni piedra donde posar la cabeza; y en el corazón de las madres repercutía el balazo que arrancaba la vida al hijo que había visto crecer con terror angustioso pensando en la guerra; y los ancianos no tenían otro fuego para calentarse en invierno que el del incendio de su casa, fuego que hiela; y por todas partes sólo se escuchaban ayes de angustia, gritos de desesperación...

Ellos, los causantes del mal, los responsables de la guerra, los representantes de las dos ramas, los que se disputaban el derecho de chuparte la sangre que te quedara después de la lucha, se escribían cartas cariñosas, tiernas, delicadas...

Léelas con detenimiento, pueblo español, inocente eterno, y decídete á pensar ya en ti al defender la libertad; léelas, y á ver si despierta en tu pecho la ira, última de las pasiones que exigen corazón.

CORRESPONDENCIA EPISTOLAR
ENTRE AMBOS

Don Carlos á doña Isabel II

Mi querida Isabel: Sé que deseas volver á ver el cielo de la patria, y como conozco tu corazón de española, comprendo lo que sufrirás al verte privada de ir al lado de tu hijo. Yo reino en las hermosas provincias del Norte, que conoces, y mi mayor placer es ofrecértelas para que vengas á vivir aquí, en el punto y de la manera que mejor te parezca.

Si quieres ir á Lequeitio ó á Zarauz, donde estuviste en otras épocas, podrás ocupar los mismos palacios que entonces habitaste, pues no creo posible que en tal caso los marinos de tu hijo continuasen bombardeando aquellos puertos, y si lo intentaran tengo cañones de bastante alcance para que te dejen tranquila. Si prefieres Tolosa, Vergara, Estella, Durango ú otro punto cualquiera de este territorio, todos están igualmente á tu disposición, y yo me consideraré muy feliz en defenderte y ampararte.

De todos modos, quiero que sepas que los puertos de España no están cerrados para ti, que tanto la has amado.

Te quiere de corazón tu afectísimo primo, *Carlos*.

Tolosa 25 de Mayo de 1875.

Doña Isabel á don Carlos

Mi querido Carlos: Gracias infinitas por tu carta, que tan bien revela tus sentimientos. Tus ofertas me han conmovido, y bien sabe Dios cuánto te las agradezco; pero ¿qué te puedo decir en las actuales circunstancias? Que hoy no puedo más sino pedir á Dios

y á la Vírgen que tú y mi hijo os abracéis, y que todos juntos vivamos en nuestra amada patria, á la cual deseo pronto paz y tranquilidad.

Las lágrimas se me caen al pensar que tu noble corazón es el primero que me ofrece asilo en el país donde nací y reiné. Que Dios te pague el consuelo que me das. Tú conoces mi corazón y sabes que mi gratitud para ti será eterna. ¿Quién sabe si tendré que tomar baños de mar, y pronto juntos disfrutaremos del sol de nuestra patria?

Muy feliz será para mí el día en que te vuelva á ver y te pueda dar un abrazo.

Tu afectísima prima que sabes cuánto y cuánto de corazón te quiere, *Isabel.*

El dador de ésta lo será don Enrique Romrée, que tan bien ha cumplido tu misión, dándome el placer grandísimo de recibir tu carta. Con la misma persona podremos seguir enviándonos las cartas, pues yo te ruego me escribas; yo te ofrezco hacerlo también. De nuevo todo mi cariño y gratitud.

París 12 de Junio de 1875.

Don Carlos á doña Isabel

Mi querida Isabel: Acaba de llegar Romrée y ha sido para mí un gran consuelo ver que traía una contestación tuya escrita, pues te lo confieso, *temía á tus consejeros.*

Mira, Isabel, déjate guiar únicamente por tu corazón, y los dos, que sentimos lo mismo, lograremos salvar á España.

No consultes con nadie este asunto; obra como quien eres, con decisión, y sobre todo como buena española.

Yo, que con las armas en la mano combato á tu hijo, porque la conciencia me obliga á ello, le amo con todo el corazón y haré por él cuanto pueda, aunque siga combatiéndolo con la misma tenacidad, pues

creo vinculado en mi triunfo su bien y el de la patria.

Ven, mi querida Isabel: te recibiré con los brazos abiertos, y estoy seguro de que no tendrás que arrepentirte de ello. Si lo deseas, como de tu parte me lo ha manifestado Romrée, pónlo en ejecución cuanto antes.

Así tendré el inmenso amor en abrazarte en tierra de España después de tantos años de amargura.

Ya sabes que te quiere de todo corazón tu afectísimo primo, *Carlos*.

Zornoza 24 de Junio de 1875.

DOÑA ISABEL Á DON CARLOS

Mi querido Carlos: Tú que sabes cómo siento, comprenderás también el consuelo que yo también he tenido al recibir tu cariñosa carta del 24 de Junio que Romrée me ha entregado fielmente.

¿Por qué temías á mis consejeros? Tú sabes que obro por mí *sola*, y que te quiero muy de corazón, y que siento como tú.

Sabes que lo que te he escrito no lo consulto con nadie, con sólo mi conciencia y mi corazón, y que soy una verdadera española en mi manera de sentir, y en desear el bien y paz de mi patria.

Sé que á mi hijo lo quieres, él te quiere á ti también á pesar de que la suerte y la desdicha hagan que combatáis el uno enfrente del otro; pero Dios puede más que los hombres, y encaminará los sucesos, para que los dos os abraceis, y los dos unidos podréis dar paz á España.

Con cuánto placer iría desde luego á donde tú estás, mi querido Carlos, y que me dieras el abrazo que deseas darme y yo deseo muchísimo recibir, y aceptar tu noble y generosa oferta; pero he escrito á Madrid diciendo que tengo las puertas de mi patria abiertas, sin decir por quién, y que deseo saber si

mi hijo de mi alma me llama; según me contesten obraré; si me llama mi hijo, iré á cumplir allí con el deber de contribuir á la paz como los dos anhelamos; allí tendrás siempre á tu agradecida prima Isabel, que tan de corazón te quiere; si mi hijo no me llama, habré cumplido lealmente y me iré y aceptaré la cariñosa oferta de mi noble y querido primo Carlos.

Pide á Dios y á la Vírgen nos proteja á todos, como yo se lo pido, y les pido que te den á tí, á Margarita y á tus hijos todo género de venturas.

Cuánto deseo verte y abrazarte y que sea en tierra de España.

Cree y ten por seguro que te quiere con todo su corazón tu afectísima prima, *Isabel.*

París 3 de Julio de 1875.

DON CARLOS Á DOÑA ISABEL

Mi querida Isabel: Aunque esperaba verte llegar en vez de tu carta, no por eso dejó ésta de satisfacerme, pues cada vez veo con más claridad los hermosos sentimientos que siempre supuse en tu corazón.

Aparte de toda consideración política, yo deseo verte aquí, porque basta que seas una prima á quien quiero y una desterrada de la patria que los dos amamos tanto y cuyas puertas yo deseo abrirte, como te decía en mis anteriores.

Comprendo que necesitas antes contar con Madrid; pero posible es que allí no seas tratada con la consideración que te es debida, y quizá obliguen á tu hijo á que te dé un desaire.

Muy propio es de ti y mucho me alegraría yo de que pudieses servir de mediadora para la paz de España, á que aspiro como tú, y que sólo se conseguiría en realidad con el triunfo de mi derecho, que es para mí un deber.

Yo quisiera que te penetrases bien de esto, y no lo

dudo, siendo *tú sola*, como dices, la que se ocupa de nuestras relaciones de familia.

En nombre de ésta principalmente te hablo para recordarte otra vez que vengas, y que vengas pronto.

Mucho me alegraré si te decides á traer tus hijas, á las cuales quiero también lo mismo que á Alfonso, de lo cual no debes dudar nunca.

Yo sé bien todo lo mucho que vales, y quisiera estuvieras tú tan persuadida del buen lugar que ocupas en mi corazón.

Te escribo en el momento de subir al tren, para ir á recorrer las líneas de Alava, como general en jefe, pues ya sabrás que he tomado el mando directo de este valiente ejército.

Tu retrato me ha gustado y te lo agradezco; lo miro con frecuencia como uno de mis mejores recuerdos, y cuando yo tenga uno mío te lo ofreceré.

Adios, mi querida Isabel; espero que esta será la última vez que te escriba por ahora, y que sea ya de palabra nuestra primera conversación.

Te abraza de todo corazón tu afectísimo primo, *Carlos*.

Tolosa 15 de Julio de 1875.

Doña Isabel á don Carlos

París 15 de Agosto de 1875.

Mi muy querido Carlos: No te he escrito en todo este tiempo, esperando una ocasión para poder hacer lo que tú y yo deseamos.

Enrique está aquí detenido por mí para poderme comunicar contigo y arreglar con él el asunto que ya sabes.

La empresa es difícil, pero espero arreglar todo.

La reserva ante todo es lo que te ruega tu prima, que con el corazón te abraza y que espera verte pronto, *Isabel*.

El 21 de Julio había escrito don Carlos al rey don

Alfonso una carta quejándose y protestando del secuestro de los bienes de los carlistas y del destierro de éstos.

Con copia de esta carta, escribió á doña Isabel otra muy estensa, en la que la estimulaba á «tomar acertadas precauciones para burlar la vigilancia de la policía de Molins y la del gobierno francés, empresa no difícil para una mujer de ingénio, cuyo más vehemente deseo es volver á ver el cielo de su patria.»

Refiere la desesperación de los desterrados carlistas que, aunque arruinados, no pedían limosna, sino un fusil; todo lo cual avivaba más el entusiasmo de sus tropas y su resolución de regenerar la España que tanto amaba.

«Tú puedes ayudarme á realizar tan noble empresa: rompiendo preocupaciones y salvando obstáculos, puedes ser partícipe de tanta gloria. Viniendo á mi lado puedes todavía economizar mucha sangre y muchas lágrimas; abreviar, acaso, el término de la guerra, haciendo reconocer en mí, con el ejemplo, el derecho y la justicia.

¡Qué hermoso papel te reserva la Providencia! Tu buen corazón no puede menos de llorar las víctimas que se han hecho en tu nombre; las que hoy se hacen en nombre de tu hijo. Reyes de hecho los dos, el sistema funesto que te impidió *hacer* el bien que tu deseabas y el que más tarde te arrojó del trono, arrojará también á Alfonso, impotente ya para realizar nada que sea fecundo en beneficio de la patria.

Cuando tuve el gusto de verte en Ginebra, recuerdo que me dijiste *que te tenían en una jaula dorada para sacrificarte después*. Desterrada ahora, ultrajada villanamente por los que todo te lo deben, atribulado el corazón, puedes, sin embargo, hacer en provecho de nuestra querida España, mucho más de lo que hiciste en los años de tu reinado... Puedes ser el iris de bonanza en la deshecha tempestad que corremos...

Cuando te escribí mi primera carta desde Tolosa, lo hice porque el verte tan injustamente abandonada indignaba mi alma: yo sabía que tus penas tendrían consuelo abriéndote las puertas de esta España que tanto has amado, y con el corazón rebosando alegría te ofrecí hospitalidad digna y cariñosa, hospitalidad española.

Pero entonces no veía lo que ahora veo claramente. Entonces me impulsaba el sentimiento del deber. Hoy me impulsa el seguro presentimiento de que Dios así lo quiere. Dios lo hace, Isabel: veo su santa mano en los prodigios de esta guerra, en los azares de mis adversarios, en tu mismo corazón predispuesto á intervenir en obsequio de la humanidad y de la justicia...

El triunfo de mi derecho y de mi dinastía en toda su integridad, ó nada. Salvar á España ó morir por ella. Esto dije en París cuando sólo tenia en mi apoyo la fuerza del derecho. Esto repito hoy al frente de 80.000 valientes.

A la anterior carta, fechada en Guernica el 23 de Agosto, contestó doña Isabel el 29 de Septiembre, diciendo:

Que no había aprobado los destierros y confiscaciones, ni aprobaría nada que fuese cruel; que admiraba como él el entusiasmo de sus tropas; que deseaba ir á su lado, pero que debía cumplir como madre, apurando los medios para llegar á una conciliación honrosa para todos, y terminaba así:

«Yo voy á escribir á mi hijo, le anunciaré mi ida á donde tú estás, y si aprueba esto ¡con qué alegría no iré en seguida á tu lado, querido Carlos! y si no lo aprueba iré á Madrid para que no se diga que no hago por mis hijos todo lo que debo; y allí habiendo cumplido también con mi deber, diré lo que pienso y siento, y noblemente podré volver á tomar el camino para ir á tu lado y procurar que Alfonso y tú os deis

un estrecho abrazo; ese día será el más feliz de mi vida...

Ten tú también fe en mí, que te quiero mucho y muy de veras, y veremos, si yo *puedo hacer triunfar la diplomacia del corazón: tú y yo la pondremos en moda.*»

Don Carlos esperó un mes los resultados de los proyectos de doña Isabel, y el 30 de Octubre, desde Llodio, le escribió que no le extrañaba no la dejasen ir á Madrid; que no se apurase en buscar una conciliación honrosa para todos, pues ni la había ni la podía haber; añadiendo:

«Soy el rey legítimo de España, y como tal abro mis brazos para estrechar sobre mi corazón á tu amado hijo y mi querido primo el infante don Alfonso.»

El 12 del mismo mes contestó doña Isabel, confiando en la unión de toda la familia, aun cuando en Madrid habían querido engañarla; quizá la temían; veía que su hijo no marchaba como ella quería; insistia en su deseo de ir á abrazarle, y terminaba diciendo que Enrique seguía allí cumpliendo las órdenes de don Carlos.

Este respondió el 18 sintiendo que se empeñase en una paz imposible, «entre el rey legítimo de España al frente de sus voluntarios, y el instrumento de la revolución rodeado en Madrid por los que te perdieron y no deshechan ocasion de herirte y ofenderte». Se lamentaba del camino destructor que tomaba la guerra, y que haría frente á los 200.000 hombres que en su contra se reunían.

Mediaron dos cartas más; y quedó rota la correspondencia.

CONSIDERACIONES TRISTES

De memoria deberíamos los españoles aprendernos las anteriores cartas, para recordar á cada instante que mientras nos destrozábamos por si había de reinar don Carlos ó don Alfonso, la mujer por quien tanta sangre se ha derramado en España, doña Isabel, declaraba al representante del absolutismo que pensaba exactamente como él. Bien es verdad que esto no es nuevo, pues también doña María Cristina, su madre, anduvo en tratos con el titulado Carlos V para vadear el océano de sangre y lágrimas que mediaba entre ambos, y si no lo hizo se debió á causas completamente agenas á su voluntad.

Y doña Isabel se entendía con don Carlos cuando Europa entera estaba escandalizada de los crímenes de los carlistas, y tal horror inspiraban en todas partes, que al presentarse los directores de los horribles crímenes ejecutados en Cuenca, don Alfonso y doña Blanca, en Abril de 1875 en Gratz (Austria), provocaron la indignación de las gentes honradas.

Desde el primer día en que llegaron á aquella tierra, empezaron las manifestaciones contra sus personas; pero no fueron verdaderamente graves hasta el día 27 de Abril en que don Alfonso fué á la catedral para oir misa. Mientras estaba dentro reuniéronse muchos estudiantes delante del pórtico y sus alrededores, y cuando los titulados infantes aparecieron en la puerta, acercáronse los muchachos y comenzó una silba y una gritería indescriptibles. Rodearon á don Alfonso gritándole en sus barbas: «¡Ladrón, asesino, verdugo! ¡*Abasso il brigante*!» y otras cosas por el estilo.

Tampoco faltaron epítetos para su mujer doña Blanca, quien, tan feroz en Cuenca, temblaba como

azogada y agarrábase pálida á su marido que, saludando á la muchedumbre, (cortesía del miedo) procuraba abrirse paso hasta su coche que estaba á veinte pasos de distancia; lo que no pudo conseguir, porque ocupaba todo el espacio la multitud de estudiantes y curiosos atraídos por el tumulto.

Tres cuartos de hora pasaron de este modo, hasta que una fuerte columna de policía despejó la plaza y la pareja pudo trasladarse á su domicilio, pero no evitar que por la noche los estudiantes, seguidos de muchos curiosos, les dieran una tremenda silba; y á no calmarlos el rector de la Universidad, tal vez hubieran vengado los crímenes de que en España fué instigadora la repugnante pareja.

¡Y á una familia así, execrada en todas partes, era á la que doña Isabel halagaba, deseando que pudiese vivir pronto tranquila y feliz en la España por ella despoblada y empobrecida!

¡Qué lección para este pobre pueblo, tan valiente como leal y generoso!

Porque doña Isabel no podía ignorar lo que los carlistas habían hecho y hacían: la prensa española, como la extranjera, lo divulgaba.

La española traía casi á diario desde los comienzos de la guerra noticias como esta de *El Irurac-bat* de Bilbao, con motivo de los asesinatos perpetrados por los cabecillas Velasco y Cecilio del Campo:

«Con motivo del horroroso tormento infligido al infeliz Francisco Zabala, ¿cuál ha sido la conducta del Ayuntamiento, del cura párroco y del médico de Villaro? Vivos deseos é interés grandísimo tenemos de saberlo, pues, según las relaciones circunstanciadas que á nuestros oídos han llegado, aquella población, para vergüenza del país vizcaino y para baldón y vilipendio del sexo más dulce y débil, ofreció durante el suplicio de Zabala un espectáculo propio tan sólo de las tribus salvajes.

El vecindario entero y multitud de forasteros, no

sólo impasibles, sino interesados y gozosos asistieron á la ejecución de ese pobre diablo, y las mujeres, ese dechado de la bondad divina, gritaban frenéticas, poseidas de furor energúmeno, cuando los sayones con saña ferocísima cumplían su oficio de verdugos: «*¡gogor! ¡ill-ill! ¡Más fuerte*, MÁS; *matadle, matadle!*»

Si el hecho es verídico y exacto, como á nosotros nos lo afirma persona formal, nos avergonzamos como vizcainos de haber dado un ejemplo que ya no lo dan los mismos cafres. ¡Ay del porvenir de esta tierra si las generaciones crecen con sentimientos y odios de salvajes, y las mujeres se nutren en ese espantoso fanatismo!»

Y la prensa extranjera se expresaba, también á diario, en términos parecidos á éstos que empleaba *La Nueva Prensa Libre*, de Viena, (de Viena, donde doña Isabel educaba á don Alfonso).

«Inglaterra y Alemania debían envíar de concierto una declaración á don Carlos, por la cual los gabinetes de Londres y Berlín le obligarían á hacer la guerra con humanidad y conforme á los principios del derecho de gentes; advirtiéndole que á la primera infracción cometida por sus partidas, á la primera violación del derecho de la guerra de los pueblos civilizados, los buques de guerra ingleses y alemanes bloquearían las costas de Cantabría y entrarían en el Nervión para proteger la defensa de Bilbao.» «Al mismo tiempo sería necesario—continuaba dicho periódico—entablar negociaciones con Francipara decidir al gobierno de Versalles á cubrir comapletamente la frontera del Pirineo. Si las potencias adoptaran este procedimiento, no tardaría en acabarse la guerra carlista. España volvería á rehacerse y no tardaría en ser un miembro útil de la gran familia europea.»

Y que estos crímenes no eran inventados por la prensa, harto lo demuestran estos párrafos de la circular que el ministro de Estado señor Ulloa pasó en

29 de Julio de 1874 á nuestros representantes en el extranjero:

«Aunque la rebelión carlista no fuese tan injustificada en sus causas y tan contraria á la libertad y al progreso en sus propósitos, bastarían los medios inícuos de que se vale para enagenarle las simpatías de cuantas personas abrigan sentimientos honrados, cualesquiera que sean sus opiniones políticas.

Para demostrarlo no hay que acudir á la pasión de partido ni al rumor público, ni á noticias y correspondencias particulares. Ordenes draconianas emanadas de jefes caracterizados; manifiestos lanzados á Europa con inconcebible desenfado para notificarle inhumanos procedimientos; sucesos horribles que han presenciado poblaciones consternadas; todo concurre á probar de una manera auténtica é incontestable el carácter verdaderamente salvaje de la contienda por parte de los que se apellidan únicos defensores de la religión cristiana.

Disparan nuestras fuerzas navales algunos cañonazos para rechazar las agresiones de la costa é impedir el alijo de armamentos, y el titulado comandante general de Vizcaya pone presos á niños y mujeres, declarando que por cada proyectil que dirija á las poblaciones fusilará uno de sus inocentes rehenes. Contesta el hidalgo general Concha con una proclama noble y humanitaria á la comunicación calumniosa del jefe carlista, y éste diezma á los prisioneros de guerra, sacrifica bárbaramente á un extranjero inerme, que alega en vano su nacionalidad y su profesión literaria, y anuncia luego (¡cruel sarcasmo!) *á las naciones civilizadas,* que en adelante no dará cuartel á nadie.

Los horrores de Cuenca no son para referidos. Incendios y robos de casas y edificios públicos, enfermos arrojados por las ventanas, asesinatos en las calles, tales son las escenas de aquel espantoso drama que duró dos días consecutivos. ¡Todo fué allí escar-

necido, incluso la dignidad de un prelado virtuoso! Y esto pasaba en presencia de una señora, de una princesa jóven, á quien acompañan como cortejo ordinario la desolación y la muerte.

Despues de estos crímenes inauditos, todavía llega á nuestros oidos, por varios y fidedignos conductos, la noticia de otro que los sobrepuja y del que quisiéramos ahorrar la infamia hasta á nuestros más encarnizados enemigos. Dícese en cartas y periódicos, con minuciosos detalles, y algo de esto se ha comunicado oficialmente, que gran número de prisioneros nuestros han sido inmolados sin piedad en Olot, donde se hallaban en depósito antes de la entrada de nuestras tropas.

La pluma se resiste á continuar la narración de tamaños horrores, y no hay corazón español que no se oprima por la amargura y la vergüenza, al considerar que se llaman españoles sus perpetradores.»

Estas, como tantas otras cosas que se publicaban contra esa familia de perdidos de la realeza, debía saberlas doña Isabel. ¿Cómo se atrevía á andar en tratos con ella? ¿Cómo no se fijaba en que el cobarde histrión de corona de talco que le disputaba el trono á su hijo, prolongaba la guerra sin esperanza ninguna en el triunfo, y sólo por el placer de causar ruinas y extragos?

Porque el crimen de ese miserable y de todos los carlistas contra la patria, fué grandísimo.

«No podían, como dice bien un sabio historiador, vencer á España, toda vez que los rechazaba; no podían salir á campo abierto para medir sus armas con los liberales en ninguna parte, y estaban tan convencidos de su impotencia, que en aquellas provincias donde estaban el corazón y la cabeza del carlismo no se intentó seriamente jamás enviar una expedición al interior, porque estaban harto persuadidos de que sería aniquilida en cuanto se alejase de sus trincheras. Y sin embargo de no tener esperanza ninguna

de triunfo ni de intentar nada para conseguirlo, limitándose solo á baladronadas sin constancia, allí en las montañas del Norte se sostenía la guerra, aprovechando lo accidentado del pais, la ignorancia de los habitantes, los auxilios y recursos de la frontera y los medios que daba para la defensa el arte moderno. «No os venceremos, decían, pero tampoco vosotros concluiréis aquí la guerra.»

Esto sintetiza el ideal del carlismo: destruir á España y degollarla, ya que no puede dominarla para envilecerla.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 36

CRÍMENES AL POR MENOR.—ASESINATOS EN VENDRELL.—ROBOS EN CUADRILLA.—FUSILAMIENTOS DE PRISIONEROS EN ALFORJA.—INCENDIOS.—DESTRUCCIÓN DE TRENES.—VOLUNTARIOS INMOLADOS EN BELLMUNT.—TRAPACERÍAS PARA DISCULPAR CRUELDADES.—BANDO SANGUINARIO.—INFAMIAS Y COBARDÍAS ANTE TERUEL.

ADMINISTRACION: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

«Los bárbaros fusilamientos de Olot y las noticias que se reciben de Cuenca refiriendo los atentados contra el pudor, las escenas de pillaje, de devastación y de sangre que ha presenciado horrorizada aquella capital, han producido en todos los hombres honrados un sentimiento de indignación, del cual participamos en alto grado, y que no podemos, ni debemos, ni queremos contener.

España entera, el mundo todo sabe con qué prudencia, con qué mesura, con qué resignación hemos procurado no sobrescitar en lo más mínimo á los partidos liberales, esperando que esas hordas salvajes, que para mengua de nuestro nombre y de nuestra civilización han nacido en este siglo y en esta generosa tierra, retrocederían en su camino de barbarie; pero los violentos latidos de nuestro corazón, el zumbido de la sangre que se agolpa á torrentes en nuestro cerebro, el calor, en fin, que sentimos en el rostro, dicen á gritos á nuestra conciencia que no puede haber ley, ni divina ni humana, que nos obligue á extremar la mesura hasta el temor, la prudencia hasta la cobardía y la resignación hasta el vilipendio aceptado y consentido.

Nosotros deploramos, pero comprendemos

que en lo rudo de la pelea, en el fragor del combate, cuando nos envuelve la nube de humo que lleva en sus entrañas el plomo y el hierro que ha de segar en flor millares de existencias, se oscurezca la conciencia humana, y el instinto de conservación, sobreponiéndose á todo, se cebe con delirio en la destrucción y en la muerte, porque entonces destruir y matar es vivir, es alimentar la esperanza de volver á ver al hijo idolatrado, á la madre adorada, á la esposa querida que lloran lejos de nosotros.

Pero cuando han pasado esos instantes de embriaguez, de locura y de frenesí; cuando merced á la traición, á la astucia ó á la superioridad de la fuerza, el enemigo cae á nuestros piés rendido y desarmado, ostentando con dignidad sobre su frente el peso de su desgracia ó de su derrota, recordándonos con su noble mirada que es hermano nuestro, que ha luchado por lealtad y por deber, arrastrado tal vez por la fuerza del destino, es una infame bajeza, una villana cobardía, una hazaña propia de bandidos el llevar más de un centenar de hombres amarrados al suplicio y exterminarlos en montón como se exterminan los insectos dañinos, como se extermina la langosta cuando aparece sobre los campos.

Cuando esto acontece, la humanidad y la civilización, el sentido moral, todo lo que distingue á los seres racionales de las fieras, proclama el exterminio, no sólo de los que han ejecutado tamaña vileza, sino también de los que, más viles y más indignos todavía si cabe'

saborean con criminal deleite desde sus madrigueras aquella horrible pirámide de restos humanos, esperando que la repugnante ferocidad de la matanza haga intervenir al mundo para librarse de tal espectáculo con algún provecho material para los asesinos.

Porque ya no es posible dudarlo; después de la tolerante magnanimidad de que han sido objeto los carlistas que luchan en los campos y los que les auxilian en su hipócrita y artera propaganda ó con recursos pecuniarios, desde las ciudades; después de que no hay ni un solo carlista que no haya podido volver tranquilamente al seno de su familia, si es que esas gentes la tienen; después de haber contestado tantas veces con la clemencia á sus inauditas crueldades, al extremar estas hasta el punto á que se han llevado en Olot y en Cuenca, es que existe en ellos el deliberado propósito de obtener por ese medio la intervención directa del mundo culto en esa guerra de chacales, ya para conseguir la reproducción de un tratado como el de lord Elliot en la pasada lucha de los siete años, ya para adquirir, con la fama de sus indignas atrocidades, el carácter de beligerantes que no puede darles ninguna nación que en algo estime su buen nombre y hasta su propio decoro.

No; por más que el carlismo quiere escudarse detrás de un principio desacreditado en el mundo moderno, pero principio al fin, como es el absolutismo; por más que los carlistas quieran presentarse como los ardientes

defensores de una religión que explotan sacrílegamente escarneciéndola con sus palabras y sus actos, no son, no tienen, no pueden y representan más que el bandolerismo organizado en un país á quien algunos siglos de despotismo y algunos años de extravíos revolucionarios han puesto en la desdichada situación en que el nuestro se encuentra, y no puede haber en el último tercio del siglo XIX un gobierno regular que dé la consideración de beligerantes á partidas más ó menos numerosas de malhechores que no codician la entrada en poblaciones de mediana importancia para establecer en ellas una sombra de gobierno, sino para entregarse á inmundos excesos, á rapiñas y asesinatos.

Pero á la altura á que han llegado las cosas, si la Europa y el mundo están imposibilitados por razones de moralidad y de decoro para satisfacer esas esperanzas del carlismo, no podrá menos de mirar con asombro que una nacion de 16 millones de almas, de proverbial bravura y heroismo, se deje aniquilar por unos cuantos miles de malvados que no tienen la posesión del gobierno y del poder más que en el espacio que manchan con sus plantas, y es preciso que todos los que hemos tenido la fortuna ó la desgracia de nacer sn este siglo y la dicha singular de que hayan compenetrado nuestro espíritu los rayos de la libertad, demostremos que aún somos el pueblo que salva sus más terribles crisis por medio de un valeroso arranque de iracunda virilidad.

Basta, pues, de mesura, de prudencia y de resignación, liberales españoles; sacudid el letargo en que os han sumido tantas y tan justificadas causas; los carlistas han jurado exterminarnos y practican el exterminio con nuestros infelices soldados prisioneros, con los que han idó á defender nuestros derechos, nuestro sosiego, nuestra honra y nuestra fortuna; los carlistas han jurado exterminarnos y practican el exterminio en nuestras ciudades indefensas ó rendidas, y puesto que así lo quieren, puesto que son incapaces de clemencia y de todo sentimiento generoso, no haya para ellos generosidad ni clemencia, contestemos al fuego con el fuego, al hierro con el hierro, á la sangre con la sangre, á la astucia con la astucia, al exterminio con el exterminio.

Si los bandidos que saquean las poblaciones rurales; si los malvados que se esconden para matar á mansalva en sus huroneras del Norte; si los asesinos que fusilan en montón en Olot á 160 soldados; si los malhechores que cometen todo género de atentados y de fechorías en Cuenca pueden dominar á la España que enterró al carlismo en los campos de Vergara; á la España que no se dejó dominar por los aguerridos y victoriosos ejércitos del gran capitán del siglo; á la España honrada, valerosa y digna de la cultura y de la libertad, sucumbamos peleando en donde quiera que franca ó hipócritamente se presente uno de esos caínes sin conciencia, y no quede sobre la haz de esta tierra, tantas veces regada con la sangre de los mártires de la civilización y

del progreso, sino aquellos á quienes les sea soportable la vida acompañada de la vergüenza y de la deshonra del absolutismo.

Pero si así no fuese, si los españoles civilizados estamos en mayoría, si corre por nuestras venas algo que comunique calor á la inteligencia, resolución al ánimo y fuerza al brazo, que no quede uno sólo de ellos para referir á nuestros hijos los crímenes que les hemos tolerado y que nos hacen pasar á los ojos del mundo todo, como un país que ha perdido su derecho al respeto y á la consideración de los demás.»

(*El Imparcial* del 23 de Julio de 1874).

AÑO DE 1874

FEBRERO

Reanudamos la reseña de los hechos vandálicos perpetrados por los carlistas en este año, y que interrumpimos en el *Folleto 28*.

Las pequeñas partidas que merodeaban por la provincia de Cuenca entraban de noche en los pueblos á robar, y cuando topaban con algún infeliz que nada tenía, le pinchaban con navajas y puñales y empezaban á desollarle por las extremidades; en los caminos apaleaban á cuantos veían. Penetran en la Alberca, encierran á todos, roban á la viuda de la Torre 20.000 duros y á otros vecinos varias cantidades; mientras roban, un corneta toca en la orilla del pueblo, haciendo creer que había más fuerza.

La partida de Baró roba 424 duros en Santa Coloma á un carretero; la de Rosas, 15.000 reales en Cangas de Onís, llevándose rehenes; la de Aznar, 36.000 reales en Saelices; la de Telaraña, 16.000 en Talarrubias; una partida, 5.000 en Almodovar del Pinar, y la de Marco de Bello, 20.000 en Aguaron. Por las orillas del Noya merodeaban varias partidas que asaltaban los trenes, con preferencia los de mercancías, asesinando á infelices inocentes.

Llegan unos carlistas á la estación de Caldetas, hieren al portero y después lo asesinan, dejando en

la miseria á su viuda y cinco hijos pequeños. Varios carlistas fugitivos de Gandesa asesinan en Calaceite á un joven por haber sido voluntario movilizado.

MARZO

Entran los carlistas á media noche en Vendrell, guarnecido por 500 milicianos. Sorprendida la guardia de la torre del Tambó, compuesta de seis hombres, pueden escapar cuatro arrojándose desde lo alto; los otros dos son asesinados rociando después con petróleo el cadáver de uno y carbonizándole.

Reunidos unos 200 de los que tienen fusiles, levantan barricadas, retirándose á la iglesia después de defenderse bravamente en ellas durante tres horas. Algunos se hacen fuertes en el edificio llamado el Micalot y en el arco de Pardo.

Dueños entonces los carlistas de gran parte de la población, se entregan á un espantoso saqueo y otros hechos vandálicos. A las cuatro de la mañana dan el primer ataque á la iglesia, donde se han refugiado gran número de mujeres y niños, y sus 50 defensores los rechazan, no contestando á las cuatro señales de parlamento que les hacen.

Ante tal resistencia, arriman dos barriles de petróleo á la pared trasera de la iglesia y les prenden fuego, incendiando á la vez una puerta. Los defensores construyen con baldosas una pared frente á la puerta aquella y no permiten que ni un carlista asome la cabeza por el boquete que han abierto, y por el cual arrojan azufre y petardos incendiarios.

¡Cuadro horroroso! Los niños y las mujeres llorando y suplicando, y el puñado de hombres al mando del comandante militar decidido á perecer entre los escombros.

Una comisión de fuera de la iglesia logra que Tris

tany acceda á la capitulación y respete á aquellos valientes. Pero se cobra con usura de su inusitada generosidad con los que se han hecho fuertes en el Micalot y en la casa de Pardo. De estos últimos sólo quedan tres, que al salir son bárbaramente inmolados, á pesar de que se rindieron bajo palabra de respetarles la vida.

Después de esta *hazaña* perpetrada por 4.000 hombres contra 90, se retiran los carlistas, no sin dejar varias casas incendiadas, saqueadas completamente y muchas tiendas y habitaciones, incluso la del cura, y exigiendo después *cien mil duros* de contribución, llevándose en rehenes á varios vecinos, entre ellos el juez y el fiscal.

La noticia de estos actos de crueldad y rapiña dejó despobladas una porción de villas y aldeas de Cataluña, cuyos vecinos las abandonaron huyendo de aquellos caribes.

Varios *caballeros sin tacha,* como llamaba *El Cuartel Real* á los bandidos carlistas, cojen á una mujer que se encaminaba á Francia en las cercanías de Villaba, la violan, la apalean, le rocían después los vestidos con petróleo, le prenden fuego y se regocijan cantando y gritando mientras se quema hasta quedar reducida á una masa informe.

El día 15 entran por sorpresa en Olot 3.200 carlistas al mando de Savalls y otros cabecillas, entre ellos el cura Galcerán, encargado de la *brigada del petróleo.*

Los seiscientos hombres que guarnecen la plaza hacen una defensa heroica desde los fuertes, hospicio é iglesia, mientras los carlistas se dividen en dos grupos: uno que levanta barricadas y otro que se entrega al robo, saqueo é incendio.

Al tercer día los defensores, exasperados por las tropelías de los facciosos en la población, se arrojan fuera y echan del pueblo á los carlistas. Vuelven és-

tos reforzados con la partida de Miret y tienen que retirarse de nuevo en vergonzosa huída, provocando la desesperación de Savalls, que rompió su espada al presenciar tal cobardía.

Pero algo se tranquilizó al saber que sus *valientes*, al huir despavoridos y arrojando las armas, se habían llevado algunas honradas y hermosas doncellas á los montes, donde fueron soltadas después de hacerlas víctimas del más feroz desenfreno.

Dueño después Savalls de Olot, celebra un solemne *Te Deum* por los triunfos que acaba de conseguir, hace derribar las murallas, y se dirige á Besalú, donde hace lo mismo, fusilando además á 28 voluntarios de la república, prisioneros en la derrota de Nouvilas.

¡Con cuánto regocijo reciben á la facción Corredor los carlistas de Gandía! Músicas, colgaduras, repique de campanas, vivas... ¡Y qué de obsequios les hacen! ¡Y qué bien los tratan!

Mas ¡ay!, llegada la noche la alegría se convierte en tristeza, las risas en lamentos. Piden 10.000 duros, y como las autoridades y los liberales se habían ausentado, se los exigen á los suyos. Niéganse á dárselos y prenden á nueve, que se llevan consigo hasta que paguen el rescate.

En Lugar Nuevo pueden escaparse y seis llegan á Gandía en deplorable estado; los otros tres, señores Cortell, Ferrer y Rumaguera son detenidos y apaleados por sus amigos.

El cura Gomar se brinda á rescatarlos, llega donde están los carlistas, les ofrece dos mil duros, los rechazan, y por fin convienen en ponerlos en libertad por seis mil.

De esta manera ajustaban y cobraban las vidas de los liberales y de los suyos.

Secuestran los carlistas á varias personas en Montanch, Rocafort de Queralt y Poboleda y á los al-

caldes de Vendrell y Villalba, hsciéndoles pagar grandes sumas por su rescate.

Esto obliga al general Salamanca á prender á varios carlistas de Mora la Nueva y Ascó, cuya libertad reclama Vallés amenazando con terribles represalias.

Contesta el general que por cada liberal pacífico que prendiera, prendería él diez carlistas, haciendo la guerra ojo por ojo y diente por diente.

Y añadía. «Diré á usted con claridad que es muy cómodo el sistema de ustedes de aparecer muy caballerosos los jefes principales de las facciones, y tener á sus órdenes gavillas como las del cura de Flix, la del de Prades, Mora y otros, que se encarguen de sembrar el terror con los rehenes, incendios, fusilamientos y asesinatos que ustedes dicen que no aprueban, pero que no les impide utilizarse de sus efectos y reunirse á las facciones que tal hacen todos los días y á todas las horas.

«Coteje usted mi ataque, por ejemplo, de Gandesa con el de ustedes de Vendrell: yo á nadie molesté, ni siquiera se entró en una casa; no se ofendió á un defensor. Ustedes en Vendrell asesinaron 18, incendiaron, robaron; en Valls lo mismo, é igual en todos los pueblos que no les abren las puertas.

«P. D. Créame usted; en la lucha de rehenes pierden ustedes, porque como no han tenido la tolerancia que nosotros, no están entre ustedes los liberales, ni fuera de pueblos fortificados como está la gente de ustedes; y por ello le aseguro que en lo sucesivo, por cada peatón pobre infeliz que ustedes me fusilen, les he de fusilar yo diez pájaros gordos, que yo sé dónde los he de buscar, sin equivocarme como ustedes se han equivocado en los tres que me han fusilado en Masroig, Aleixar y La Selva; y se lo probará á usted el acierto con que cacé los rehenes. Además, esto hará que despierten los que hoy duermen y que para nada me sirven, mientras á ustedes todos le sirven y están bien despiertos.»

Bien dicho estaba todo eso; lo malo era que no s practicaba por nuestra parte, mientras ellos, los carlistas, cumplían lo que en este sentido anunciaban, Y aun iban más allá siempre.

Sírvanos de escarmiento y lección para la próxima guerra.

El intendente carlista Solá publica en San Boy de Llusanés un bando fechado el 19 de Marzo, amenazando con juzgar como autores de hurto ó robo á los recaudadores de contribuciones del gobierno y considerando como á enemigos á los contribuyentes que pagasen.

Hay que confesar que la pillería aquella tenía ratos de buen humor... fusilable.

Dígalo, á la vez que lo apuntado, el ladrón en cuadrilla Savalls, que llevó su desvergüenza hasta dirigir á los catalanes una alocución en la que, después de llenar de improperios á los liberales, los estimulaba á salir de la apatía en que estaban, y á que despertarau, «para que de una vez acabemos con tanto despotismo y *latrocinio*, con tanta farsa y con tanta *impiedad*»... Gnerra á esos infames fratricidas hasta arrojarlos de nuestro patrio suelo».

En un bandido como Savalls este cinismo resulta encantador. Ni el propio *Chapa*, maestro en cinismo y desvergüenza, le hubiera superado.

En connivencia con algunos vecinos de Alforja, cuyo pueblo tenia 52 individuos en las filas carlistas, entraban éstos allí con frecuencia; y observando que los soldados de la guarnición del fuerte acostumbraban todos los días á las dos de la tarde ir, unos á comer y otros al café, penetraron de noche en la población unos cien facinerosos de las cuadrillas de los curas de Flix y Prades.

Habiendo visto salir del fuerte al día siguiente á todos los defensores, excepto á seis, hicieron una descarga al centinela, de la que cayó muerto , y se

arrojaron sobre el fuerte. Los cinco hombres que quedaban cerraron la puerta y los rechazaron con pérdida de dos muertos. A los demás individuos que había en la población fueron cogiéndolos al ir al fuerte, excepto al teniente de francos que con seis ú ocho más se abrió paso y llegó hasta él, pero, encontrando la puerta cerrada, fué muerto allí al par que herido un sargento de Reus y un soldado.

Entonces los carlistas llevaron á todos los que habían capturado, entre ellos el jefe de los móviles, alcalde y secretario frente al fuerte para ponerlos en primera línea, y empeñando palabra de honor de perdonar la vida á todos, pidieron que se rindieran los tres defensores que estaban ilesos, y que si no, fusilarían á sus compañeros. Y se entregaron.

Apenas tomado el fuerte, que fué á la media hora de la sorpresa, dispuso el cabecilla Moore que se fusilase á todos los prisioneros excepto los soldados, y lo hizo con ocho móviles, 18 francos del sexto, el alcalde y el secretario, escapándose los demás por conocer bien el terreno.

Indignado el general Salamanca por la conducta del pueblo y los fusilamientos, efectuados sin causa ni motivo y faltando á la palabra de honor enpeñada por Moore, impuso al vecindario como contribución extraordinaria de guerra el importe de la de un año por todos conceptos, en beneficio de las familias de los que habían muerto en la defensa ó sido fusilados, pagando el cuádruplo los que tuviesen hijos ó padres en las filas carlistas; y el capitán general, no menos irritado, ordenó el fusilamiento de todo carlista natural de Alforja que fuese aprehendido, la expulsión del pueblo y secuestro de las casas de los que tuviesen hijos, padres ó hermanos con los carlistas, ó hubiesen contribuído á facilitar á éstos la entrada.

Pero, como siempre, aquellas medidas justas no se cumplieron y los carlistas continuaron tranquilamente su obra de devastación y exterminio.

Sale Santés de Almansa con sus fuerzas en cinco trenes. Al llegar á Mogente bajan las fuerzas, y para dar una nueva prueba de que la guerra de los carlistas es contra todo lo que significa civilización y progreso, hace retroceder un buen trecho los trenes ya vacíos y los lanza luego á todo vapor sobre una locomotora deshecha en la vía.

Las consecuencias de esta hazaña, propia del Africa, fueron seis locomotoras destrozadas con todos los carruajes que formaban los cinco trenes: unos millones perdidos para la riqueza pública.

En Onteniente cometieron grandes atropellos, pues no sólo se llevaron los fusiles y municiones de los voluntarios y robaron de 25 á 30.000 duros, sino que además apalearon á los alguaciles y al enterrador y robaron varias casas.

La partida Savalls roba 3.000 duros en la Junquera. Pide una partida una fuerte suma por el rescate de 12 vecinos de Reus que había secuestrado. Fusila otra cerca de Lérida á un conductor de correos. El cabecilla Pedroso entra en Ramales y exige 2.500 pesetas á cada mozo que no quiera ingresar en sus filas. Santés apalea al juez municipal de Fuente de la Higuera. La facción Corredor roba 32.000 reales en Cuatrehonda y 40.000 en Benigamin. Imponen una contribución de 25.000 duros á Tolosa, á más de la de 7.000 que ya habían satisfecho.

ABRIL

Las avanzadas carlistas de Somorrostro, guarecidas tras sus trincheras, se entretienen en insultar á los soldados con palabras soeces que contrastan con el rosario que todas las noches rezan.

Nuestros soldados contestan con intencionada gra-

cia, invitándoles á salir al camino para *charlar* un rato, y resumiendo sus impresiones en esta copla:

Dos cosas se necesitan
para no ser liberal:
no conocer la vergüenza
y ser un gran animal.

Llega á Roma un capellan de don Carlos para recoger 150.000 pesetas producto de la suscripción privada de los miembros más influyentes del Vaticano con destino á la guerra carlista.

Dijo *La Gaceta Internacional* de Bruselas, refiriéndose á las mentiras que los carlistas propalaban acerca de la próxima rendición de Bilbao para realizar un empréstito:

«El carlista es el tipo acabado del embustero. Ahora solivianta la opinión de Europa acostumbrándola con trampantojos á la idea de que la ciudad heróica dejara de ser invicta...

Los carlistas *mienten cuando hablan* y cuando cierran los labios *siguen mintiendo.*»

Vuela un polvorín en San Pedro Abanto ocasionando la muerte á tres soldados, y al enterarse los carlistas que acampan cerca, salen á contemplar el siniestro gritando: «¡bravo! ¡bravo!, y riéndose á carcajadas dicen: «Andad, guiris; ¿cuántos son los muertos?»

¡Beduinos!

Gran ovación reciben en Vich el Alfonso y la Blanca: el comandante de armas había impuesto 200 reales de multa á todo vecino que no se entusiasmase. A los únicos que no tuvo que entusiasmar fué á los individuos del clero, quienes se excedieron á sí mismos: cada cura parecía un Santa Cruz.

Y para que se viese que la fiesta era carlista de verdad, fusilan á dos infelices en Breda, por el único delito de *ser liberales*, y hacen que en Vich y Cam

prodon el verdugo rape el pelo á dos mujeres, porque sus familias estaban acusadas del mismo horrible delito.

Iban á fusilar á un vecino de Benicarló por haber cometido un asesinato. Mosen José, consejero de Cucala, se conmovió ante la desgracia de aquel digno camarada, y consiguió que se le pusiera en libertad.

Cuando se trataba de asesinos tenían muy buen corazón los carlistas tonsurados.

Se presentan en Cañedo dos aduaneros carlistas para robar por segunda vez á un vecino; éste cierra su puerta; un carlista dispara el fusil y la bala la atraviesa matando á la esposa del mencionado, que queda viudo con seis hijos pequeños.

El carlista que tal hazaña realizó había oido misa aquella mañana y confesado y comulgado.

Las Diputaciones carlistas de Vizcaya y Guipúzcoa imponen nna contribución gradual de 500 á 12.000 reales á todos los mozos de 18 á 45 años que no se hayan presentado á servir en la facción, aunque se hallen en el extranjero ó en Ultramar, duplicando la cuota si los ausentes están en libertad.

De esta manera despertaban el entusiasmo por su causa aquellos facinerosos; reclutando á la fuerza los partidarios que no podían enviarles los mansos ministros del Señor.

Se hace muy célebre en la comarca de Conca de Tremp un exagente de contribuciones llamado Gómez, que al frente de unos veinte carlistas publica bandos en que, entre otras penas, impone la *de muerte, palos, extrañamiento y cortar el pelo á las mujeres.* Esta última la ejecuta en una vecina de Abella, por *no vivir con su marido.*

En Tremp encarcela á cinco vecinos que tienen sus hijos en el ejército, por no pagarle la multa de 4.000 reales.

En Sola encierra en un calabozo al juez municipal por haber alojado en su casa al general Delatre, é impone una contribución á los dueños del ganado que van á la feria.

Perfecto y ahorcable carlista.

Se refugian en Madrid muchas familias de la Mancha huyendo de los atropellos de Santés, defensor de la religión de nuestros mayores.

Entran los carlistas en el pequeño pueblo de Venia (Oviedo), rompen á culatazos las puertas de las casas, maltratan á las mujeres y á los niños, y amenazan matar hasta á las criaturas, si no les entregan 5.000 duros; prenden fuego al ayuntamiento, queman los libros del registro civil y se llevan en rehenes á los mayores contribuyentes y á los tachados de liberales.

Gracias al cura, *que conocía mucho al jefe*, pudieron aquéllos salvar la vida, mediante, por supuesto, la entrega de los cuartos.

Hallándose todo el vecindario en la iglesia de Puebla de Broyón en un funeral, entra una partida facciosa y roba y maltrata á varias personas, al cura entre ellas. ¡Y viva la religión!

Un gincte carlista acuchilla cerca del Bruch á uu pobre hombre, que no oyó la voz de *alto* dada por los facciosos, quienes se cebaron después en la víctima sacrificada por su jefe, con el ensañamiento de que tan relevantes pruebas venían dando.

Cuatro carlistas se dirigían á Francia con una gruesa suma. Temerosos de ser robados en el camino, tuvieron la debilidad de confiarse á sus correligionarios, quienes se ofrecieron á acompañarlos.

Algunos días después los cuatro infelices aparecieron asesinados y completamente despojados de cuanto llevaban, lo que á nadie extrañó.

La sed de oro de los carlistas no tiene hartura.

En la provincia de Teruel muchos carlistas pacíficos, pero de posición é influencia, se vieron obligados á abandonar sus casas y trasladarse á Madrid por no poder ya con sus correligionarios.

Uno de ellos, presidente de la junta carlista mucho tiempo, amigo particular y aun pariente de Marco de Bello, tuvo que aprontar, y no voluntariamente, grandes cantidades de dinero, sus caballos, soportar el contínuo hospedaje en casa de muchos cabecillas, de los asistentes de éstos, etc. etc. y resignarse hasta á que le escamotearan los cubiertos. ¡Valientes correligionarios!

Los secuestradores carlistas de la provincia de Santander reciben cien reales por cada mozo que llevan á sus filas, y otros ciento por cada res que presentan.

Como todos iban al matadero, no hacían distinciones entre un ser humano y una res.

Entran en Villanueva del Rebollar, inmediato á Carrión; después de robar al labrador don Esteban Aparicio, le maltratan á sablazos, lo mismo que á su esposa, la cual muere de sus resultas, haciendo poco más ó menos en las demás casas. En Añosa, adonde van después, hacen lo mismo, asesinando además al cura párroco.

Método inventado por un cabecilla para recaudar importantes sumas en el distrito de Chelva.

El pregonero, á son de clarín, se asomaba á dos ó tres esquinas y publicaba una orden cualquiera. Antes de pasarse un cuarto de hora salía el cabecilla con su escolta de trabucaires, y á buenas ó á malas hacía pagar á todo el que los tenía cuatro ó cinco duros de multa, por no haber cumplido una orden de que no se habían enterado.

Cuando los carlistas de la ribera del Ebro se hallaban apurados de dinero, apostaban grupos de 1

ó 20 hombres por los vados y puentes y no dejaban pasar á nadie sin el pago previo de un tributo crecido. La cuestión era robar; el cómo, lo de menos.

En la acción de Murrieta un carlista, al ver caer herido al capitán Gutiérrez Zuvieta, se cebó en él, y aun después de verle cadáver se entretenía en dispararle tiros.

Un hijo del capitán que acudió á evitar tamaña profanación, y lo consiguió matando á aquél salvaje, fué herido y quedó prisionero.

Se dijo que lo habían fusilado, pero como no hemos podido comprobarlo, no lo afirmamos.

Una pobre mujer que iba á San Sebastián á vender corderos, fué apaleada por los carlistas en el camino, dejándola con pocas esperanzas de vida.

Exigen en Tolosa por dos voluntarios hermanos emigrados en San Sebastián 48.000 reales, confiscando á sus familias fincas, muebles y cuanto aquellos dejaron en sus casas.

Un cabecilla dirije una comunicación á un liberal del pueblo de Viant exigiéndole un potro, dos mulas, cuatro mil reales, tres carros y ropas, «en la inteligencia, decía, que de no entregármelo en el término de veinticuatro horas, *pasará la partida por todas sus heredades y se le pega fuego á todo lo que se reconozca que es suyo, y se degüella á su familia.*»

¡Ah, bárbaro! Te reconocemos. Aun cuando hubieses ocultado tu filiación política, al saber el hecho hubiéramos exclamado: «¡ese es carlista!»

La facción Faes, después de destrozar los postes y todo el material y aparatos telegráficos en Rivadesella, roba los fondos municipales y mil duros á varios particulares.

Secuestran en Cuenca al marqués de Valdeguerrero, exigiendo 15.000 duros por su rescate; se avie-

nen después de varias gestiones de la familia á darle la libertad por 4.000, los reciben y retienen al secuestrado.

Fusilan á un pobre hombre que se atreve á salir de Olot y dejan su cadáver insepulto en el camino durante cuatro días.

Lo harían para recrearse en contemplarlo mientras no se presentaba otro á quien asesinar.

Gañet es recibido en triunfo en las Borjas; tal es el entusiasmo de aquellos carlistas, que por salir á recibirle abandonan la procesión del Rosario que se está celebrando.

El caudillo (?) corresponde á aquellas distinciones exigiendo 2.000 duros por vía de contribución, latrocinio que no nos atrevemos en esta ocasión á condenar.

El cabecilla Santés roba en pocos días 3.000 duros en Chelva, 1.000 de Tuejar, otros 1.000 de Tataguas y cantidades más ó menos crecidas en otros pueblos. Entra en Onis (Oviedo) la facción Faes y roba cuanto puede, llevándose en rehenes ocho contribuyentes.

MAYO

Para vengarse de la derrota de Borriol, los carlistas dan orden de destruir los ganados y las propiedades de Castellón, reproduciendo la ferocidad de la primera guerra.

Una partida carlista se presenta en Turis emprendiéndola á tiros con los que huían y matando á algunos infelices; exige 5.000 duros en el término de una hora, y como era imposible pagarlos, se llevan secuestrados á varios contribuyentes. Otra exige al

pueblo de Casinos una crecidísima cantidad, y para garantizar su cobro se lleva en rehenes á nueve contribuyentes y al secretario del Ayuntamiento. Vuelve Marco de Bello á Molina de Aragón y deja en unos cuantos días devastados los pueblos de la comarca.

Un periódico de San Sebastián escribe que los batallones guipuzcoanos hacen exacciones exhorbitantes, exigiendo derechos á los géneros existentes en los almacenes, imponiendo después contribuciones por los mismos géneros, y embargándolos y llevándoselos más tarde; á la vez que, á título de multas por no responder al llamamiento á sus filas, se apoderan de lo poco que aun queda á los liberales. A este efecto diseminan fuerzas por los pueblos, en los que se entregan á su placer al latrocinio.

Tales bandidos son los que se presentan ahora como defensores de la propiedad.

Los carlistas que ocupan las cercanías de Irún asesinan á un pobre carpintero, padre de cinco hijos, que tuvo el mal acuerdo de salir de Fuenterrabía; y lo mataron, por el gusto de matar. Los de Segorbe asesinan á un veterinario llamado Aparicio en las afueras de la población. La partida mandada por Faez entra en La Vecilla (León), roba los fondos públicos, impone una crecida contribución de guerra, y se entretiene mientras cobra en apalear y maltratar á ciudadanos indefensos.

Una partida pone en libertad á todos los presos de la carcel de Alcaraz. Así rellenaban sus filas, unas veces con criminales en libertad y otras con bandidos presos.

Son fusilados en Inrreta (barrio de Durango) dos individuos de la partida fuerista sublevada contra la Diputación á guerra de Vizcaya, hecho que causa indignación entre los mismos carlistas por la precipitación y la informalidad con que se lleva á cabo. El

cabecilla Corredor fusila en los alrededores de Segorbe á un liberal que no quiso unirse á su partida.

Al verse obligados los carlistas á abandonar el pueblo de Dima, se vengan poniendo fuego al edificio en donde tenían á los prisioneros liberales, que estuvieron á punto de morir todos abrasados. Detienen un tren en Castellón y fusilan al conductor, remitiendo las ropas del desgraciado á Castellón, para hacer cínico alarde de su brutal crímen.

A fin de que no quedase duda de lo que significa la palabra *carlista* en el diccionario del decoro, de la honradez y de la caridad, los partidarios de don Carlos hacen víctima de su vejaciones á la Cruz Roja, institución respetada en todas partes.

Entre otros muchos casos que se pudieran referir y que hizo públicos la prensa de aquel tiempo, se encuentra el atropello de una ambulancia en Orduña, donde los caníbales carlistas querían asesinar á todos los empleados y pegar fuego á los carros.

Así pagaban los servicios que la benéfica institución prestaba á sus heridos en los campos de batalla.

Se presentan los carlistas en Arcos y Baides, hacen encender en el primero de estos pueblos tres máquinas, á las que enganchan los vagones que hay en la estación con todo el material de la vía, y en el segundo hacen otro tanto con cuatro máquinas, material y vagoues. Lanzados ambos trenes en dirección convergente, chocan junto al pueblo de Huerta, resultando hechos astillas muchos coches y vagones é inutilizadas las máquinas, cuyo fuego incendia aquéllos.

Un batallón carlista se opuso en Durango á que un soldado de los suyos sufriera la pena de 50 palos á que había sido condenado, manifestando que no permitirían ya más castigos de aquella clase. Y el segundo jefe del batallón carlista de Marquina fué

arrestado, por decir públicamente que la Diputación á guerra y el Corregidor de Vizcaya eran unos *granujas* á quienes era necesario apalear.

JUNIO

El cabecilla Camarero entra en Sedano, y como no se presentan los vecinos á hacer efectiva la cantidad que les pide con la premura que exige, se lleva en rehenes á dos señoras ancianas, al registrador de la propiedad, al cura párroco, á dos procuradores y á varios concejales.

Cogen en Prats de Llusanés á una infeliz mujer, la rapan en mitad de la plaza, le cortan las orejas, la apedrean y después de ensañarse maltratándola de todas maneras, la fusilan.

Fusila Tristany al salir de Prats á seis soldados prisioneros, á pretexto de que se habían separado del camino que seguía la partida. Días antes había fusilado en Vich á cuatro soldados y un cabo.

En Los Valles exigen los carlistas 4.000 duros, y por no habérselos entregado, se llevan rehenes, lo mismo que en Estivella. En Lodosilla (Orense) roban todo el tabaco que había en el estanco, se llevan 2.500 reales y á un rico labrador en rehenes. En Naquera las partidas de Corredor y Sierra Morena piden 30.000 reales y se llevan al alcalde, á un concejal y á tres contribuyentes. En Utiel, no contentos con robar 7.000 duros, piden que se envíen á Chelva todos los sastres del pueblo para coser uniformes.

Entra Cucala con su partida en Villarreal, y todas las mujeres perdidas salen á recibirlos, faltando á todo pudor y produciendo escenas escandalosas. Entre aquellos sátiros iban dos curas. Al entrar asesi-

nan á un voluntario y piden 5.000 duros de contribución. En Almazora se llevan á todas las mujeres de los vecinos que habían huído.

La facción de Marco de Bello roba en Monreal 5.000 duros y se lleva nueve contribuyentes por no creer suficiente esta cantidad. La de Saturnino Salvador, 15.440 reales en Pisuerga. Una levantada en Lalín, 15.000 al recaudador de contribuciones de Golada. La de Mochón, 16.000 reales en Berlanga. Otra apalea en Ancho á dos mujeres, y mutila á otra bárbaramente.

Al ser puestos en libertad en Andoaín algunos paisanos hechos prisioneros por *Ochavo,* las *benditas* mujeres los insultaron apostrofándolos desde las ventanas de la manera más soez y dando gritos á los suyos para que los matasen.

Las facciones de los curas de Prades y Flix y cabecilla Mora, penetran por sorpresa en el pueblo de Bellmunt. Retirados los voluntarios al fuerte, los cabecillas ordenan el saqueo y el incendio de la población, que se lleva á cabo en medio de espantosa gritería y de una confusión infernal. Para evitar mayores males, los voluntarios del fuerte capitulan, y desde aquél momento el pillaje, el incendio y el asesinato son el único objetivo de aqnellos miserables. Cinco voluntarios quedan acuchillados en medio de la calle, diez ó doce casas devoradas por el incendio, saqueadas las restantes y violadas cuantas mujeres encuentran en ellas. Después exigen 6.000 duros por vía de contribución, llevándose en rehenes gran número de personas por no haberse podido reunir mas que la mitad de la suma.

JULIO

El día 14 se le ocurre á un artillero en Puigcer-

dá, población sitiada por Savalls, la broma de vestir á un monigote con el uniforme de un carlista muerto en la sorpresa de la Puebla de Llitet, y colgarlo á la parte exterior de las tapias del recinto.

Savalls y los de su cuadrilla, que desde Ajá lo contemplaban con los anteojos, veían bien que era un monigote; mas para excitar á sus hordas, que lo contemplaban á simple vista, les hablaron del *terrible expectáculo* y pidieron venganza por la bárbara muerte de *aquél infeliz martir*... de trapo.

Los canallejas que redactaban papeles absolutistas contribuyeron á sabiendas á la farsa, agarrándose á este pretexto para disculpar sus asesinatos, y el mismo *Cuartel Real*, en su número 104, decía que *Savalls, en 14 de Julio vió en Puigcerdá un prisionero hecho á los carlistas, el cual, después de sufrir mil horrores, fué colgado por el pelo delante de las murallas.*»

Esto prueba la conducta de las tropas liberales: si los carlistas hubieran podido citar hechos reales de crueldad, no habrían tenido que agarrarse á lo de aquel monigote.

Llegan los carlistas á una venta cercana á Abarzuza creyendo que está allí herido Concha; entran, ven el lecho sobre el cual murió el general y la vela de cera que le sirvió al sacerdote para administrarle la extremaunción, y hacen furiosamente trizas la sábana ensangrentada, y llevan la vela poco menos qne en procesión á una ermita próxima.

Entran el día 26 un sargento y un oficial carlista en un molino más allá de Laguardia, intentan ultrajar á la molinera que se halla sola, y la valerosa mujer da muerte á los dos católicos apostólicos romanos carcundas.

Acuden varios carlistas y se llevan á la heroina y á una hermana suya que acude en aquel instante.

¿Qué hicieron con ellas? No podemos decirlo, por

no haber encontrado datos en parte alguna; pero fácil es de suponer, sabiendo lo salvajes que eran.

El comandante de armas carlista de Artana se puso á maltratar á un niño; el padre, Pascual Agramunt, y la madre le suplicaron que no lo hiciera, y él, cumpliendo como buen súbdito del *Chapa*, mató de tres tiros de revolver al padre, é hirió de un sablazo á la madre.

Articulado de la vandálica orden dictada por el titulado comandante general carlista de Vizcaya á los comandantes de armas de la costa, en Julio de 1874:

1.° En el momento que reciba usted esta orden, procederá á poner presos á todos los liberales de la costa de su distrito, reclamando para ello la fuerza que creyera necesaria del décimo batallón de casados.

2.° Una vez presos les hará usted entender que lo son en vista de los actos vandálicos que viene cometiendo el gobierno de la república, dándoles lectura del presente oficio.

3.° Les advertirá usted que por cada cañonazo que los vapores enemigos disparen contra las poblaciones indefensas, será pasado por las armas uno de los presos, siendo sorteados.

4.° Todos los daños que ocasionen los proyectiles enemigos serán indemnizados á prorrateo entre los liberales presos, así como quedarán obligados á sostener todas las familias de los pescadores, y á cada una de ellas se les señalará la dieta que yo tenga á bien disponer para el sostenimiento de ellas.

5.° y último. Para el debido cumplimiento del artículo 3.° me dará usted parte de los cañonazos que se disparen en cualquiera de los pueblos de su distrito, para que yo resuelva la forma, día y hora de la ejecución.»

Secuestran, para sacarles dinero, como siempre, á

varios individuos de los pueblos de Obargo, Avellanedo, Pesaguero y Vendejo. Hacen lo propio con vecinos de las afueras de Vitoria. Hieren de un lanzazo á un pobre labrador junto á Castellón y golpean á otro. Fusila el cabecilla Alemany á un vecino liberal en las inmediaciones de Ampolla. Carranzo roba en Melgar 15.000 reales. Asesinan en una finca de su propiedad á un vecino de Cornudella: con su padre habían hecho tiempos atrás lo mismo; secuestran además al mayordomo del propietario, señor Rodes, exigiendo una fuerte suma por su rescate. Hacen lo mismo con el yerno del alcalde de Bétera, exigiéndole 100.000 reales.

El carlismo sirvió admirablemente á todos los licenciados de presidio para agitarse en una atmósfera respirable para ellos. Al ser aprehendido en Soria un carlista, presunto asesino de Ildefonso Garrido, sobreguarda de montes en el pueblo de Burriol, resultó ser un licenciado de presidio, de donde había salido días antes.

El beato Lizarraga llega á la Espluga de Francolí, y sin darle más tiempo que para confesar su nombre y que había pertenecido á la partida del cura de Flix, fusila frente á la iglesia á un individuo que se había acogido á indulto, diciendo «que lo fusilaba por delito de deserción ante el enemigo.»

Exigen con grandes amenazas 50.000 duros á los pueblos de Pina y Gelso. El cabecilla Santos Fernández entra en Sama, pide dinero, quema el registro y se lleva en rehenes á tres concejales, el secretario y el escribiente del juzgado municipal. Una partida secuestra al alcalde de Rafal. Lizarraga pide 15.000 reales en Viver, y porque no se los dan, se lleva en rehenes 35 personas, muchas de ellas mujeres. Otra partida roba en Arzua 51.200 reales.

Sin más motivo que el de haber pertenecido al co-

menzar la guerra á una compañía de movilizados, fusilan los carlistas tres individuos en Gornal. Otros secuestran al alguacil y al sepulturero del Arrabal de Jesús en Tortosa, y los fusilan al día siguiente junto á las tapias del cementerio.

La defensa de Teruel fué muy heróica.

Entre los actos de heroismo, merece citarse el de una mujer cuyo valor causó la admiración general, que, armada con su carabina y la canana provista de cartuchos, formó al lado de los valientes voluntarios, é hizo fuego mientras duró la lucha. Un vecino, que no podía andar sin muletas, se dirigió al sitio de la pelea, y apoyado sobre una pared, hizo sus disparos. Un oficial de voluntarios, don Santiago Mazat, se portó como un héroe, así como los individuos de la Cruz Roja.

Si los carlistas llegan á posesionarse de Teruel, hubieran eclipsadó sus crímenes en Cuenca; tal odio tenían á la ciudad. Para formarse una idea de esto, baste decir que en el corto tiempo que ocuparon alguna parte de las afueras, entraron en la iglesia de la Merced, situada en el arrabal, rompieron la custodia y se llevaron todas las piezas de plata y oro; además cogieron el copon, tiraron las hostias, y se lo llevaron. Y pareciéndoles poco aún, penetraron en la capilla del cementerio, cogieron el crucifijo y le hicieron pedazos á palos y pedradas.

Al abandonar el arrabal hicieron de las suyas más aún. No contentos con prender fuego á las casas en que se guarecieron, le sacaron los ojos á un infeliz y acuchillaron á otro, partiéndole además una mano en dos mitades.

¡Bandidos como siempre!

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 37

SAQUEOS, INCENDIOS Y ASESINATOS.—HORRORES EN LA SEO DE URGEL.—CRÍMENES DEL CABECILLA LOZANO.—MÉDICO MILITAR SACRIFICADO.—INFAMIAS EN GRANOLLERS.—IDEM EN MATARÓ.—ASESINATO DEL CORONEL DIAZ PARREÑO Y VARIOS OFICIALES Y SARGENTOS EN CORNELLÓ.—INCENDIOS, ROBOS, ASESINATOS Y VIOLACIONES EN MOLINA DEL REY.—OTRO MÉDICO MILITAR ASESINADO.—CONCLUYEN LA GUERRA COMO LA EMPEZARON.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

AÑO DE 1874

AGOSTO

Una partida hace fuego sobre el tren correo de Alicante al pasar el día 5 por Venta la Encina, hiriendo de gravedad al maquinista. Otra se encuentra en Brihuega á un tío y un primo del exdiputado señor Hernández, y pide por su rescate 14.000 duros. Otra hace lo propio en Masalfasar, después de robar 700 duros, y pone en libertad á los presos en la carcel de Albuixech. Otra, después de cometer feroces atropellos, se lleva en rehenes á varias mujeres de Ripollet.

El comandante de armas carlistas de Vall de Uxó sentencia á un vecino á recibir 50 palos, y se los da él mismo para ahorrarle trabajo al verdugo. Una partida fusila cerca de Villanueva y Geltrú á un joven que iba á esta población comisionado por una casa de comercio de Vendrell para comprar vino. El cabecilla Mora fusila en Llorens á dos infelices que habían sido voluntarios en Valls.

Incendian varios carlistas los pinares de Poblet, calculándose las pérdidas producidas por esta *hazaña* en unos 40.000 duros. Otros salen al encuentro del comisionado de quintos cerca de Logrosán, le insultan, le maltratan, y después de llevarse á la fuerza á los quintos, le roban todo el dinero. Otros detienen y

roban el coche correo de Miranda, obligando á los viajeros á retroceder á Nanclares, después de limpiarles los bolsillos.

La facción Villalaín inutiliza 35 kilómetros de la vía férrea de Zarragoza, destruye tres puentes, destroza la línea telegráfica y todo el material de la estación de Arcos, donde había depósito de máquinas, y para coronar dignamente su salvajismo, lanza al río un tren entero de mercancías con cuatro locomotoras; comete además vandálicos excesos en Alcocer (Guadalajara); saquea las casas más importantes, destroza una farmacia recién establecida, apalea inhumanamente á algunas personas y se lleva á otras muchas en rehenes, exigiendo un crecido rescate.

Entran los carlistas en Brihuega (Guadalajara), se apoderan de los fondos del Ayuntamiento, apalean á algunos vecinos y saquean una fábrica de paños, descerrajan las puertas de las casas de algunos liberales que se hallaban ausentes, cogen lo que podía serles útil y arrojan á la calle lo demás.

Los caribes de la partida de Pachá y Martín, que merodean por las cercanías de Ilernani, se entretienen en hacer fuego sobre las lavanderas; los disparos de los vigías de la Torre les hacen huir, pero vuelven á continuar su entretenimiento cuanto tienen ocasión. Así hieren á varias infelices.

Queman los carlistas el registro civil y el expediente de quintas en Quinto (Zaragoza), destruyen la estación telegráfica y se llevan secuestrados á cuatro contribuyentes por no haberles entregado 80.000 reales que exigían. Otros piden 2.000 reales á la mujer de un voluntario en Oñate, y porque no puede dárselos, la llevan presa á Azpeitia. Otros capturan á un pasapliegos que había salido de Mora de Ebro, lo llevan á Flix y lo fusilan.

Es fusilado por los carlistas un joven de Puigcerdá que estaba midiendo centeno en la casa de Bassedas, junto á la misma línea francesa.

Ingresa en el hospital de San Sebastián un desgraciado joven á quien los carlistas habían apaleado bárbaramente por negarse á acudir á las filas carlistas, donde tenía ya dos hermanos.

Al apoderarse por traición de la Seo de Urgel, se superaron á sí mismos en cometer toda clase de excesos, infamias y crímenes, uno de ellos el fusilamiento del joven teniente de voluntarios, don José Sala, natural de Orgañá, entusiasta liberal que cursando la carrera de medicina abandonó los estudios guiado por su ardiente amor á la libertad. Sala, viendo la ciudadela de la Seo en poder de los carlistas, trató de resistir, y le alcanzó una bala enemiga, luchando como un héroe. Herido gravemente, fué hecho prisionero de los carlistas que, llenándole de groseros insultos, le arrastraron hasta la plaza de Palacio. Una vez allí le dijeron que se preparase á morir. «¡Ya estoy dispuesto!» contestó Sala á sus verdugos; y lejos de acabar con él de una descarga, le martirizaron terriblemente durante largo rato, sucumbiendo al fin el infeliz víctima de atroces sufrimientos.

Para pintar, aunque pálidamente todavía, los horrores de la entrada de Tristany en la Seo, reproducimos estos párrafos de una carta escrita por un testigo presencial:

«Llega por último Tristany con los suyos, que unidos á los demás formaban un conjunto de 1.500 hombres, y entonces empiezan á pasar revista á la población.

Entran las hordas de salvajes en la ciudad y se dirigen con himnos de regocijo al cuartel, donde hacen prisionera la guarnición que no había queirdo salir, intentando resistir ó morir antes que entregarse; pero vió que era sola, que todos se habían entre-

gado, se creyó vendida, y prefirió quedar prisionera, no tanto por amor á la vida como para librar á la población de un horroroso y seguro incendio que, á no dudar, hubieran perpetrado aquellos... No encuentro epíteto que los califique como merecen.

Dueños ya de todo, recorren la población fijando sus miradas en diferentes puntos, como la fiera que, impasible, contempla primero la víctima, para arrojarse luego sobre ella y despedazarla con sus garras; y ¡horror causa el decirlo! se apoderan de varias personas, al frente de las que ponen una que había sido alcalde, llamado Martí del Silvestre, sujeto dignísimo por todos conceptos; y por haber favorecido la causa liberal y haber alguna vez contrariado los planes ó designios de quienes los conducen, en medio de la consternación general los hacen salir fuera del portal, donde cuatro descargas van á arrebatar del mundo á quienes tanto el país debía. Consideren ustedes lo que hubieran hecho si hubiesen entrado á viva fuerza. A buen seguro que no escapaba un liberal de sus satánicas garras.»

SEPTIEMBRE

El cabecilla Lozano roba 10.000 reales en Casa Ibáñez, destroza las fortificaciones de Alcalá del Jucar, quema el registro civil de Alator, sorprende un tren de mercancías y manda dar todo el vapor á la máquina soltándola en dirección á Almansa, ordenando al jefe de esta estación, desde Alpera, que comunicase lo siguiente á los empleados de las vías de Alicante y Murcia:

«En lo sucesivo todo empleado de la línea férrea, tanto de la estación como del movimiento, que se encuentre á una hora de dicha vía, después de recibir los auxilios espirituales, será pasado por las ar-

mas. Las estaciones, materiales y demás efectos serán completamente destrozados si circulan trenes.»

El día 16 Lozano detiene un tren de mercancías en la estación de Villar; hace que el maquinista eche gran cantidad de carbón en la máquina y abre el regulador, dejando marchar el tren arrastrando los alumbres y postes telegráficos que habían sido enlazados á los topes de los últimos vagones. Al salir incendia una casilla de guarda, donde sólo había dos ó tres criaturas de corta edad.

Se lleva de Hellín 16.000 duros; exige en Bonete 20 000 reales; desde aquel pueblo á Tobarra saquea todos los caseríos, robando armas y caballos. En Tobarra pide 38.000 reales; de Aspe se lleva 5.000 duros y de Novelda 2.000.

Asesina al médico de la Puebla, don Antonio Egea, dejando en la orfandad una viuda y tres hijos pequeños; maltrata á sablazos al alcalde y á otras muchas personas indefensas; saquea varias casas; roba todas las caballerías que encuentra; exíge veinte mil duros ó la vida de los vecinos, obteniendo, gracias á esta amenaza de bandido, hasta once mil duros y un pagaré de seis mil arrancado á una persona pudiente; y no satisfecho aun, se lleva en rehenes veintitantos individuos, entre ellos tres sacerdotes, amenazándoles continuamente con fusilarlos.

En los pueblos de Vélez Blanco y Vélez Rubio saquea é inutiliza los muebles de las casas del alcalde, de dos concejales y del secretario del Ayuntamiento de este último pueblo, quemando el registro civil y llevándose cuatro mil duros de los contribuyentes. En Lorca se entrega á toda clase de excesos, saquea las casas principales y asesina al secretario del Ayuntamiento, don Luis Sastre, y al criado de una casa que se resistió á entregar unos caballos. Tales fueron los atropellos cometidos, que al tener noticia de que se dirigía allí nuevamente, hasta los mismos carlistas se prepararon para rechazarlo.

Llega en ferrocarril hasta Agramont, destrozando los elementos que había utilizado y destruyendo el puente de hierro bajo la cañada de la Rambla, incendiando á la vez la estación y todos los carruajes. Fusila en Alcantarillas al bagajero de Isso, y sigue su escursión entrando á saqueo en las poblaciones, visitando iglesias y dando dinero á los conventos de monjas.

Se lleva en rehenes cuatro empleados que estaban recomponiendo la vía en la estación de Pozo Cañada, los que poco después fusila. Este crimen conmovió á toda España y fué causa más tarde del fusilamiento de Lozano.

Preso en Linares unos días después con varios de sus cómplices después de haber sido derrotado en Bogarra, y sujeto á un consejo de guerra, fué condenado á muerte con tres de sus oficiales como reos de delitos comunes, y todos fusilados en Albacete el 3 de Diciembre. Los demás oficiales fueron condenados, unos á reclusión perpétua y otros á presidio.

En el mes que duró la expedición, Lozano robó (recaudar le llamaban á esto los carlistas) un millón de reales, y destrozó más de 60 coches y vagones de todas clases y cinco máquinas en la línea férrea de Chinchilla á Cartagena.

Se ha querido rehabilitar su memoria, diciendo que, como él declaró, fusilaron á los empleados de Pozo Cañada sin su conocimiento, y «que por estar enfermo y lloviendo, y traer una marcha penosa, no tomó en el acto una medida severa contra los ejecutores de aquel acto, y que sin la sorpresa de Bogarra hubiera satisfecho la vindicta pública y su conciencia.»

No cabe suponer que los fusilamientos se efectuaron sin su orden ó sin su aprobación; más aun que así hubiera sido, los que los llevaron á efecto se limitaron á cumplir la bárbara orden que firmó Lozano en Alpera.

Entra en Ordenes una partida y roba 27.000 reales; otra en Alhama de Aragón, y roba, y se lleva rehenes, cortando la vía férrea, el telégrafo y destruyendo el puente del ferrocarril. El cabecilla Gorro roba en Venta del Moro 8 000 reales.

Cogen á un joven de San Sebastián que se dirigía á Irún, y le convidan á cenar; después le acompañan hasta las inmediaciones de Irún y á poco rato lo fusilan por la espalda. Asesinan á un joven, llamado Corp, por el sólo delito de ser de Puigcerdá. Idem á un vecino de Rosa de Llanes, viudo y con cinco hijos. Idem en Audrain á un infeliz, sólo por ser padre de un voluntario de Hernani. La facción Ortiz hace fuego en Gibaja sobre los mozos de la reserva, matando á uno. Morete, comandante de armas carlista de Vall de Uxó, fusila á un jornalero por el delito de no contestar como á él le acomodaba en un interrogatorio á que le sometió. Es fusilada en las cercanías de Ripoll una pobre mujer de 22 años de edad, madre de tres hijos y en estado interesante, por estar casada con un liberal que había sido voluntario. El cabecilla Monet asesina á dos liberales en Chelva, cada uno de los cuales deja cinco huérfanos. Es emplumada una pobre mujer que se dirigía á San Sebastián. Asesinan al propietario de Villamarchante, don Bautista Ros. Es fusilado un joven del Masnou, hijo del alguacil del Ayuntamiento. Asesinan á Francisco Forda, hecho prisionero en una casa de campo de Pradell. Acuchillan á dos hermanos y un mozo de labranza en una casa del llano de Mondrás: una de las víctimas dejaba á su esposa recién parida y sin esperanzas de vida, y otra á su madre viuda, de la cual era único sostén.

La facción Maño roba en Benejanza 8.500 reales, y en Almoradi los fondos municipales y los de la sucursal del Banco de España. Una partida roba 298 duros en Monserrat. Cobran los carlistas en Guerni-

ca 100.000 reales á título de contribución y exigen 100.000 duros para el día 15 del mes. D. Alfonso y dsña Blanca roban en Segorbe 9.000 duros á los contribuyentes que pagaran al Tesoro más de 40 reales. El cabecilla Caballuco roba 60 duros en Santurce y se lleva en rehenes al alcalde y á un concejal. Villalaín, 3.000 duros en Pastrana.

Intentan los carlistas asesinar á los embajadores de Austria y Alemania; no lo consiguen por haber equivocado el tren en que suponían que iban, y hacen fuego sobre otro que pasa antes por el sitio en donde se hallaban emboscados, entre las estaciones de Mave y y Aguilar, línea de Santander, resultando muerto el fogonero y mal herido un mozo de la máquina.

Un pobre licenciado del ejército en Igualada solía usar alguna prenda del uniforme de soldado debajo de la ropa de paisano; lo notaron algunos carlistas, y á las voces de «¡es un cipayo; matadlo, que es un cipayo!» se lanzaron enfurecidos sobre él. Confundido ante tan brusca agresión, apeló á la fuga. Siguiéronle dos ginetes, y como tuviera la desgracia de caer, pudieron cogerle; le ataron á la cola de un caballo y le arrastraron largo rato. Luego fué encerrado en un calabozo, en el que permaneció tres días sin comer; pasados éstos, le sacaron y lo fusilaron, rociando el cadáver con petróleo y prendiéndole fuego.

Un vecino de Barcelona tuvo que trasladarse con su esposa á Igualada, y buscó un salvo conducto.

De nada le sirvió, pues en Igualada fué escarnecido y abofeteado por los carlistas, recibiendo por último un fuerte culatazo en las espaldas que le hizo arrojar gran cantidad de sangre por la boca, dejándole con pocas esperanzas de vida.

La esposa llevaba un niño en brazos, y como intercediera en favor de su esposo, recibió otro culatazo en la cara que alcanzó también al niño en la cabeza.

En Caro (Asturias) los facciosos atan al alcalde á la cola de un caballo, que lo arrastra así gran trecho. Incencian la casa fábrica de Balmes en Vich, muriendo en ella el administrador, varias personas inermes y unas niñas.

Aprisionan los carlistas á un voluntario de Castellón, pobre jornalero, y llevándole á Villarreal le atan á un arbol, le desnudan, le rodean de paja, que queman, y lo asesinan después.

OCTUBRE

Entran los facciosos en Monovar y dejan mal herido de un disparo á un vecino llamado Lorenzo Ruiz, haciendo que le pasara por encima la caballería. Agonizante asióse á las piernas delanteras de un caballo, pero el ginete le hizo saltar sobre él para que acabase de matarlo. Así y todo fué aun recogido con vida, hasta que uno de aquellos sicarios lo remató, hundiéndole un puñal hasta el pomo.

Además de esto cometieron horrores de todas clases. Las indefensas mujeres eran llevadas entre bayonetas y á pinchazos y bofetadas ante el tribunal de los defensores de la fe, donde las trataban como bestias hasta que entregaban el dinero que les exigían. Los hombres eran acuchillados. Vecino hubo á quien no dejaron ni camisa para mudarse.

Se apoderan de la esposa del juez municipal de Torres (Guadalajara) y llevándola á las eras, la asesinan arrastrando después su cadáver. El cabecilla Alcate da una muerte horrorosa á un pobre pescador en los Caños, cerca de Bilbao. Una ronda carlista sorprende y fusila cerca de Montblanch á seis soldados que habían tomado la licencia absoluta y se dirigían á sus pueblos. Se presenta una partida en

Belmonte (Asturias) saquea algunas casas y mata de un tiro á José Blanco, hiriendo también á otro vecino. El cabecilla Neu de Prades asesina en los alrededores de Alcocer á un pobre hombre, acusándole de espionaje. Es asesinado un mozo de estación en Ventabarrí, por haber sido voluntario. Son presos dos vecinos del pueblo de Murillo, y á los pocos días aparecen sus cadáveres en el río, cerca de Rosa, maniatados y con una piedra colgada al cuello. Sorprende el cabecilla Clavijo á unos exploradores del ejército y los asesina á bayonetazos.

Veintitrés fabricantes de Enguera se ven obligados á cerrar sus fábricas de tejidos y abandonar la población huyendo del vandalismo carlista. Por consecuencia de esto quedan sin trabajo unos 1.200 jornaleros.

Secuestran en Constantí al juez municipal, al segundo teniente alcalde, á seis propietarios, á un guarda rural y á seis señoras, salvándose otra por haber entregado 200 duros después de saquearle la casa. Por dichos rehenes exigieron los facciosos 140.000 duros.

Por conservar en su poder un periódico liberal, apalean brutalmente los carlistas al vecino de Eibar don Ignacio Mendiente. Otros talan las propiedades y cortan más de 800 árboles frutales de un propietario en las inmediaciones de Amposta. Una partida asalta un tren en la estación de la Cañada, roba las cajas de la Compañía, el dinero que iba facturado para particulares y desvalija á los viajeros. Detienen varios carlistas en un castañar de la frontera á Mr. Camont y le roban 2.300 francos. Una partida roba 6.000 reales á un arriero de Pravia. Otra, 8.000 reales en una casa de campo del término de Horta. Son saqueados los pueblos de Lloret y Blanes.

Destrozan los carlistas en Novelda los muebles y papeles del Ayuntamiento, incendian la estación, se

apoderan de 40.000 reales, y roban caballos y armas. Detienen en Ancho el coche que iba á Rentería, apalean al cochero, dejándole moribundo y secuestran á una mujer con una criatura de pocos meses.

El cabecilla Berriz manda incendiar la gran fábrica de lienzos y harinas del Pontón, almacenes y viviendas contiguas, sin permitir á los vecinos de éstas salvar ningún efecto. Las pérdidas ascendieron á un millón de reales. Una partida incendia la estación de Lena, y no fusila á los empleados porque pudieron fugarse. El cabecilla Nava destruye en la vía férrea de Valencia á Tarragona once puentes.

NOVIEMBRE

Publica la *Gaceta* una estadística, de la que resulta que los carlistas habían asesinado inhumanamente en menos de un año *trescientos* soldados ó voluntarios declarados prisioneros.

Para asegurar el bloqueo de Pamplona, donde la falta de aguas potables y la escasez de víveres originaron horrible carestía y una epidemia, los carlistas cortaban el pelo y daban de palos á las aldeanas que se acercaban á la plaza y asesinaban á los que intentaban penetrar en ella. Así murió el juez de paz, á quien robaron 40.000 reales que llevaba consigo.

Roban varias partidas carlistas de Galicia 1.000 reales al recaudador de Parada del Sil y 3.000 al de Toen; prenden al depositario de Concieiro; intentan robar y asesinar á los recaudadores de Castrelo y Ríos, y secuestran al depositario de Gorresende. Otra partida roba tres mil y pico de duros en la casa del juez municipal de Miera. El cabecilla Charro 6.000 reales al alcalde y estanquero de Mauriños. Una par-

tida entra en Hospitalet, encierra en la iglesia á los vecinos pudientes y roba sus casas. Afana otra 1.500 duros de Alguaira, 2.400 de Almenar, y ocho trimestres de contribución de Algerri. Otra roba 1.600 reales á unos pobres labradores que habitaban en una casa de campo del término de Olivella. Otra saquea treinta casas en Burriana, y roba además 5.000 duros al pueblo.

Asesinan los carlistas al joven médico de cazadores de Reus, señor Guerra, mientras estaba curando á un soldado herido en la acción de Mandesvergne, soldado que sufrió igual suerte. Idem á dos miguelete y un soldado que cayeron heridos y prisioneros en Choritoquieta; á uno de los miqueletes le sacaron los ojos y le mutilaron ferozmente. Idem en Cornudella á un anciano de 70 años, sordo y casi privado de juicio, como igualmente á un traginante.

DICIEMBRE

Entran los carlistas en Albalate del Arzobispo, y como no les dieran lo que reclamaban, saquean las casas, llevándose 16 rehenes y algunas señoras. Una partida, al mando del cabecilla Ralero, roba en Fumillar (Orense) 5.000 reales al alcalde y 4.000 al recaudador de contribuciones. Otra hace lo mismo con el tren descendente de Barcelona en la estación de Olesa, llevándose unos 30.000 duros, despojando á los viajeros de dinero, relojes y alhajas.

Es asesinado por los carlistas en el Puente de la Panueba, próximo á Tafalla, un hombre conocido por sus ideas liberales.

Por tener una hija casada con un guardia civil, fusilan los carlistas al maestro de Espadilla, anciano

de 70 años, alejado de toda lucha política y completamente inofensivo.

En cumplimiento de un bando de Gamundi, los carlistas se llevan presos á todos los padres y madres de los mozos de Foz y Calanda que estaban sirviendo en el ejército, á los de los voluntarios y á los de los presentados á indulto.

Preséntanse los facciosos en un caserío cerca de Ayete, y porque los dueños no les dan 4.000 reales, administran 50 palos á uno de los mozos, dejándole casi inerte. Otros carlistas de la partida de *Ochavo* dan 25 palos á una mujer porque iba á vender horalizas á San Sebastián.

AÑO DE 1875

ENERO

Tres mil hombres al mando de Tristany, Miret y otros cabecillas asaltan por tres puntos distintos las tapias de Granollers, derramándose por la población y entregándose á la violación, al saqueo, el incendio y el asesinato, estimulados por sus jefes, que dieron una muestra insigne de cobardía prevaleciéndose, para ordenar actos de vandalismo que sonrojan, de la circunstancia de haberse replegado les fuerzas liberales á la iglesia y el cuartel, que constituían un solo fuerte, después de una lucha desventajosísima de uno contra cincuenta.

Para incendiar el fuerte de la iglesia, rociaron éste con petróleo. En la estación del ferrocarril incendiaron las salas de espera.

Excitada con la borrachera la ferocidad de los car-

listas, los pacíficos moradores se ven robados á un tiempo en sus intereses, en su vida y en su honra.

Una de las víctimas de aquella manada de lobos rabiosos fué un pobre relojero, carlista platónico, á quien robaron cuanto tenía. Corrió á quejarse á Castells, creyendo que en él encontraría protección, pero el miserable, no sólo no le atendió, sino que ordenó á los asesinos que capitaneaba que le matasen inmediatamente, y el infeliz fué muerto á bayonetazos en medio de la carretera.

Otra de las víctimas fué la estanquera del pueblo: tras de ser robada, tuvo que sufrir el cruel martirio, que sólo una madre puede apreciar, de ver cómo aquella turba de sátiros violaba brutalmente á una hija suya de dieciseis años de edad, la cual en vano pedía compasión.

Granollers fué teatro de las más asquerosas y horribles escenas, tan asquerosas y horribles, que algunas de ellas se resiste la pluma á describirlas. Nada respetaron, ni al viejo ni á la mujer. Hartos de sangre y cargados con el producto de su pillaje, abandonaron aquel desgraciado pueblo para continuar en otro sus criminales fechorías, realizadas en nombre de Dios y de la religión.

Al marchar se llevaron preso al Ayuntamiento y á algunas señoras, ya que la proximidad de las fuerzas del ejército no les permitió consumar hasta lo último su bárbara obra de destrucción y despojo.

Atacan á Mataró á principios del año 75 Morera y Aymamyr por orden de Savalls, y al cabo de cuatro horas se retiran, no sin dejar rastros y memoria de su crueldad.

Habiéndose resistido los voluntarios que custodiaban la torre de Sagimont á entregarse por no fiar en la promesa de respetarles la vida, y habiéndose abierto paso aquellos valientes á la bayoneta, los facciosos se vengaron degollando á dos voluntarios que se re

trasaron en salir. No hicieron más porque no los dejaron.

En inteligencia con algunos carlistas de Santiago de Irún, se introducen los facciosos en una casa próxima á la iglesia y se llevan á un cabo de la guarnición, el cual apareció al día siguiente asesinado en la estación del ferrocarril.

En Lodosa asesinaron por la espalda á un individuo de la junta gubernativa de Navarra y á un infeliz que andaba componiendo paraguas, por suponerlos espías y afectos á la causa liberal.

Una numerosa facción saquea completamente el pueblo de Alcublas, fusilando á ocho jóvenes de 18 á 20 años por haberse resistido á ingresar en las filas carlistas. El cabecilla *Cabrereta* asesina á sablazos en los Collados del Villar á otro vecino de Alcublas. Varios carlistas fusilan á un infeliz vecino de Llavería que se dirigía á Falset en busca de un documento para acreditar sus derechos civiles. El cabecilla Neu de Prades se apodera en el pueblo de la Selva de un liberal que estaba enfermo, lo saca á las afueras y lo fusila. El ídem Alcate asesina en la Peña á dos infelices que se habían pasado á sus filas.

Fusilan los carlistas al telegrafista de la estación de Morés, que fué conducido al suplicio acompañado de sus tiernos hijos, sin que las lágrimas y súplicas de éstos y de su esposa pudieran conmover el duro corazón de sus asesinos. Durante la ejecución, cuatro de aquellas fieras penetraron en la estancia de la esposa de la víctima, y poniendo debajo de la cama una cantidad de petróleo, la incendiaron.

Asesinan á bayonetazos en el término de Onda á tres soldados que se habían extraviado, vengándose así de haber sido arrojados de Bechí por las tropas.

Entran los carlistas en Chelva, prenden á varios

contribuyentes y roban 20.000 reales. El cabecilla Berrueco comete toda clase de excesos en Cifuentes, roba cuanto puede y se lleva á 18 vecinos, sin respetar ni á los que formaban la junta carlista del pueblo. Recorren los facciosos varias aldeas y casas de campo del término de Utiel y de los de Caudete y Sinarcas, robando ganados por valor de 24.000 duros.

Los de la provincia de Castellón devastan las propiedades de los liberales con el pretexto de cortar leña para calentarse. El comandante de armas carlista de Alcora vende en pública subasta las cosechas de los liberales emigrados, saqueando é incendiando á la vez sus casas; uno de ellos se libró del incendio, no del saqueo, por hallarse contigua á su casa la de un cura muy fiel á la causa carlista. En varios pueblos de Guipúzcoa aprisionan á mujeres y ancianos parientes de liberales por no poder satisfacer las onerosas contribuciones que les han impuesto, y llenan así las cárceles de víctimas inocentes. Detienen en Andoaín á una joven hija del boticario de Villabona, emigrado en San Sebastián; después de tenerla presa nueve días, supieron que guardaba 10.000 reales y se los robaron.

El cabecilla Ochavo arranca de su casa á la mujer y dos hijas del único liberal que quedaba en Astigarraga, apaleándolas y amenazándolas de muerte si el marido, refugiado en el fuerte, no se presentaba á tomar las armas.

Los carlistas de Chelva adoptan el sistema de robar los ganados en unos pueblos, haciéndoselos comprar después á los vecinos de otros á viva fuerza, pago adelantado.

FEBRERO

Hallándose en Tuejar el cabecilla Villalain, no en-

contró un día de su gusto la comida que le servían sus dos asistentes, y levantándose de la mesa les dió una paliza brutal que les obligó á huir de su lado.

Cogidos después en Huélamo fueron fusilados, llegando Villalain hasta amenazar de muerte al Consejo de guerra si no los sentenciaba á la última pena.

Es arrancado de su casa y asesinado un vecino de Masotén (Lérida), por suponerle espía. Son fusilados muchos de los soldados prisioneros en la acción de Lodosa al ser conducidos á Estella.

Porque una infeliz anciana de Maella se permitió poner en duda las noticias sobre triunfos de los carlistas, fué detenida, ultrajada, emplumada y paseada así por las calles, llevándose preso á su marido, que, como ella, pasaba de los 60 años.

MARZO

Invitado por ellos, se acercó á hablar á los carlistas un cabo del regimiento de Castilla durante una tregua, desarmado y bajo promesa de que no le harían nada; y apenas lo tuvieron entre ellos lo asesinaron.

De igual modo fueron hechos prisioneros otros dos, que probablemente correrían la misma suerte.

Entran en Viver y en Jérica, exigen tres trimestres de contribución, saquean las casas de algunos liberales emigrados, roban ropas, bueyes, cerdos y cuantas caballerías hallan, maltratan á los vecinos y se llevan á muchos hombres y mujeres para exigir grandes sumas por su rescate.

Son asesinados por la espalda y cosidos á puñaladas dos infelices jornaleros, padre é hijo, vecinos de Poboleda, que se habían acurrucado en un ribazo para evitar las balas de los carlistas.

De tres rehenes qne los carlistas se llevaron de

Puebla de Moger, fusilaron á uno y apalearon brutalmente á los otros dos.

Benicarló había pagado á los carlistas desde el principio de la guerra hasta Marzo de 1875 cerca de millón y medio de reales, aparte del contínuo suministro de raciones.

ABRIL

En Monte Esquinza un grupo faccioso pide á tres oficiales del ejército un periódico para leerlo, dándoles palabra de honor de no disparar; fiados en ella los oficiales se acercan para complacerles, recibiendo en el acto una descarga que mata á uno de ellos.

Sorprenden dos carlistas á caballo cerca de Tafalla á un soldado del provincial de Avila que salió acompañando á su vieja patrona á recoger leña, y lo acaban á tiros y sablazos.

Apalean á una pobre anciana de Usurbil, la cual fallece á consecuencia de aquella brutalidad. De otra semejante es víctima un vecino del mismo pueblo, por el horrendo crimen de no haber abandonado la población al entrar en ella las fuerzas del ejército.

Entran los carlistas en Gestalgar, saquean las casas y se apoderan hasta de las alhajas que llevaban puestas las mujeres.

El coronel Díaz Parreño y los oficiales y sargentos hecho prisioneros en la acción de Bañolas, fueron, según informe del capitán general de Cataluña, vilmente asesinados por los carlistas al salir de las casas en que se hallaban en los pueblos de Cornelló y Palot de Rebadit. Dos capitanes fueron horriblemente martirizados.

MAYO

Entran en la noche del 4 en Cariñena las facciones reunidas de Gamundi, Boet, Pallés y Madrazo, hacen prisionero al comandante militar, matan á un alférez de caballería y á su asistente que se hallaban acostados, á un movilizado, á un dependiente del ayuntamiento y al administrador de correos, mutilándolo horriblemente.

Para intimidar á los prisioneros qne en calidad de rehenes habían sacado de Arbós, los carlistas fusilan á presencia de ellos á un pobre labriego llamado Calaf.

JUNIO

En Molins de Rey se excedieron á sí mismos los carlistas. Hubo allí escenas de las que hacen encender de vergüenza el rostro considerando que los autores se llaman españoles. El saqueo y el incendio estuvieron en su pleno dominio, y á la rojiza luz de algunas casas que ardían, aquellos canallas, sedientos de botín, se entregaron al más espantoso pillaje, pasando por todo y atropellándolo todo.

«El vecindario (habla un testigo presencial) estaba aparentemente tranquilo, pues los cabecillas habían dicho en alta voz que no abrigaban animosidad alguna contra los habitantes, y que sólo querían rendir el destacamento.

Menguada palabra la de tales bandidos. No bien á las siete de la mañana fueron dueños de toda la población, se desparramaron por las calles, abrieron á hachazos las puertas de las casas que permanecían cerradas y empezó un verdadero saqueo y el incendio de algunos edificios. Allí donde no encontraban ob-

jetos de valor de fácil traslación, lo rompían todo, cebándose de una manera salvaje en la destrucción de muebles. Puñal en mano amenazaban con hundirlo en el pecho de indefensos ancianos si no les entregaban el dinero que tuviesen, y estos infelices, viendo el brazo asesino pronto á descargar sobre ellos, corrían á buscar quién una onza, quién seis, quién cuatro duros, fruto tal vez de una época de ahorros, y los entregaban á los carlistas que, empujándose y porfiando por ser los primeros, volaban á despojar á otras familias.

Aquí sorprenden á una joven que les abre las puertas sin recelo, y vése brutalmente atropellada por una turba después de saquear la casa; la infeliz los vé desaparecer al mismo tiempo que otro grupo asalta la casa por detrás; y no queriendo sufrir nuevos atropellos, fuera de sí, se arroja á un pozo y queda cadáver; allí encuentran una casa que han abandonado sus dueños huyendo de la furia de aquellos caribes, y después de destrozarlo todo, desparraman por el suelo el vino y el aceite que encuentran en la bodega; más allá pegan fuego al café del Centro liberal, y pronto una inmensa hoguera consume la casa; penetran en otro café, en el de las Columnas, y no dejan un vaso ni un mueble intacto. Les parece que el Palau, casa de hermosa apariencia, ha de proporcionarles botín, y derriban la puerta, hacen astillas las cómodas, rompen hermosas consolas que adornan las salas, rasgan los cortinajes, hacen añicos toda la vajilla y pegan fuego al piso bajo, consumiéndose todo el edificio. La morada del cura párroco, persona muy apreciada de todo el mundo por sus virtudes, excita su codicia; le roban cuanto les viene á mano, no perdonan muebles, libros ni vestidos, y llevados de verdadero furor, le arrebatan los vasos sagrados, cálices, copón, incensarios, que el buen sacerdote había trasladado á su casa; van á apoderarse de la custodia, y un terremoto que en aquel momento se deja perci-

bir les parece que va á abrir la tierra, y desisten de su empeño. Pobres y ricos, desde el modesto artesano al acaudalado propietario, pagan tributo á la sed de pillaje que les devora.»

«¡Que recuerdos no dejaron! escribió en el aniversario 22 un periódico de la localidad.

¿Quién puede olvidar aquella inícua hoguera encendida en mitad del templo sagrado de Dios, hecha con costales untados de petróleo que los facciosos alimentaban con los bancos, sillas y cuantos ornamentos caían en sus manos, sólo por asfixiar á los que en el interior, indefensos, se ocultaban á la barbarie de aquella infame canalla?

Uno de los bravos defensores de Puigcerdá que estaba aquí de guarnición, al ver á aquellas hordas apoderadas de la parroquia, temiendo ser asesinado por la canalla, se tiró del campanario prefiriendo aquella muerte á la que sin duda le esperaba.»

La entrada de los carlistas en Cariñena se señaló por un terrible saqueo, rompiendo cuanto no podían llevarse. Nada se escapó de su rapacidad; ni el dinero, ni las alhajas, ni la ropa, ni los colchones; lo que no podían llevarse lo quemaban ó inutilizaban.

Algunas horas duró esta angustiosa situación, hasta que, cansados ya los defensores del absolutismo de causar tanto estrago, salieron de allí llevándose en rehenes algunas de las personas más influyentes.

Lo que robarían puede calcularse sabiendo que, de lo que dejaron por no poder llevar tanto ya, se enviaron cinco vagones llenos á Barcelona.

El cabecilla Soriano comete grandes exacciones en los pueblos del llano de Sahagun. Una partida entra en Ribarroja, pide 60.000 reales, y porque no se los entregan en total, se lleva rehenes, entre ellos una niña de doce años.

JULIO

Once batallones carlistas al mando de Alvarez, Adelantado y Navarrete, sucios, asquerosos y sin dinero, entran en Moyá (Barcelona) y cometen toda clase de desmanes, robando en las casas donde se alojan, insultando á todo el mundo, y asesinando á un patrón porque no tenía el dinero que le pidieron. Con estas facciones iban muchos curas. Se llevaron 2.000 duros del Ayuntamiento.

El médico don Leoncio Roces quedó, después de la retirada de las fuerzas del ejército en la acción de Camporrobles, prestando sus servicios á los heridos. Al ver llegar á una fuerza carlista de las que tomaron parte en la acción, agitó en la mano un pañuelo blanco pidiendo respeto para los que curaba.

La respuesta fué una descarga que dejó mortalmente herido al heroico médico, quien pudo ver entre las augustias de su agonía el horrible cuadro que presentaba el rematamiento de aquellos desgraciados.

Estaba en el pueblo de Maldá con su esposa el jefe de los voluntarios.

El cabecilla Baró, después de dar orden de que «despacharan al negro», se avista con su mujer y le pide 6.000 reales para librar á su esposo de la muerte. La infeliz puede reunirlos y se los entrega. Al día siguiente lo fusiló en Verdú.

Detienen en un coche cerca de Alcañiz en que iba enfermo un teniente del ejército acompañado de sus hijas, y delante de ellas lo fusilan. Asesinan á un pobre viejo en Hospitalet. Idem á un carabinero en Santa Bárbara.

Varios carlistas se presentan en un caserío del distrito de Loyola, y por no entregarles el dueño lo

que le piden, 3.000 reales, la emprenden á bayonetazos con él, dejándole en muy mal estado. Su mujer, que empezó á gritar al ver aquella barbarie, sufre también bastantes culatazos, la fractura de un hueso y un balazo en una mano.

Un sargento prisionero en la acción de la Junquera fué despojado de 200 duros que llevaba para la compañía, le desnudaron haciéndole objeto de chacota y escarnio, y lo remataron de una descarga.

Las facciones al mando de Dorregaray incendian la estación de Sariñena con todo el mobiliario, el telégrafo y el muelle de mercancías; destrozan 20 vagones, hacen descarrilar dos máquinas y lanzan tres al río Alcanadre, rompiendo el puente de hierro tendido sobre aquél. Y se llevan rehenes, entre ellos el juez y cinco señoras, rescatados luego por 2.000 duros.

Es expuesta á la vergüenza, después de cortarle el pelo, una pobre mujer de Baracaldo, por haber consentido que uno de sus hijos llevara una carta familiar á un individuo de las avanzadas de Bilbao. Al marido de aquella infeliz le dieron 100 palos.

Es asesinado en el término de Chert el asistente de uno de los ayudantes del general Montenegro. También un cochero en el camino de las Arenas.

Un grupo de carlistas roba en los baños de la Albotea 8.000 duros á los bañistas. El cabecilla Baró saquea las poblaciones del llano de Urgel. Roban varios carlistas 700 cabezas de ganado á un liberal vecino de Caparrós. Una partida roba todos los fondos del ayuntamiento de Cañamero.

Ordenan y llevan á cabo la total expulsión de las familias de los liberales de todos los pueblos que ocupan, sin darles apenas tiempo para recoger lo preciso. Al salir de las poblaciones los desterrados, sufren las descargas de aquellos bárbaros.

AGOSTO

Cogen en el camino de Lárraga á la esposa de un sargento que con un niño de seis años iba á ver á su marido, y á una joven de 18 años que llevaba comestibles para las tropas, y las conducen á Estella, obligándolas á caminar á pie y castigando al niño.

Un grupo de 300 carlistas cayó sobre el pueblo de Murillo (Logroño) y lo saqueó, sin que quedara una sola mujer que no ultrajaran.

El señor Navarro Villoslada, antiguo secretario de don Carlos, que vivía en aquel pueblo, quiso contener á los bandidos, pero tuvo que ocultarse para no ser víctima de sus feroces correligionarios.

Se calcula en 60.000 duros lo que se llevaron, además de cien caballerías. Muchas familias de buena posición quedaron en la más espantosa miseria.

Al retirarse los carlistas de Montevideo y Aramburu, incendian 23 caseríos correspondientes á las jurisdicciones de Alza, San Sebastián y Hernani, y otros en la de Aguirre.

Un grupo carlista detiene en Olesa el tren procedente de Lérida y roba unos cinco mil duros de fondos de la Compañía y otros dos mil de particulares.

Las avanzadas facciosas de Castrejana dan horrorosa muerte á dos contraguerrilleros que se los habían pasado, por si abrigaban propósitos de volver á las filas del ejército. En un caserío titulado Bostedo, jurisdicción de Valmaseda, asesinan á un anciano porque no les entrega el dinero que le piden.

SEPTIEMBRE

El alcalde de Monistrol de Calders, persona muy

honrada y querida en toda la comarca, fué preso por el cabecilla Gamundi, así como el pregonero y un vecino, llevándoselos á Moyá.

Toda la población en masa intercedió cerca del cabecilla; los carlistas más influyentes le pidieron clemencia para el desgraciado alcalde; todo fué inútil; fué asesinado á bayonetazos, y el pregonero y el vecino fusilados un poco más allá.

Apalean en Astigarraga á una muchacha, sobrina de un sacerdote liberal, por haber ido á visitar á éste á uno de los pueblos ocupados por el ejército.

Entra una gavilla de facciosos en Tosas, y saquean la casa del alcalde; después recorren las principales del pueblo, y descerrajando puertas y muebles se llevan cuanto hallan á mano; al cura le roban 20.000 reales, un caliz y otros efectos; á la esposa del segundo alcalde le arrancan los pendientes, y á un labrador que llegaba del mercado de Gerona de hacer una venta, le dejan sin un céntimo.

Maltratan hasta dejarlo por muerto á un joven labrador de un caserío cercano á Aspe, y después á tres jóvenes campesinas, cortándoles el pelo y cometiendo otros excesos, por haberlas visto hablar con los soldados del ejército liberal.

En Selva (Tarragona) una partida roba 2.500 duros y se lleva en rehenes 40 personas. Asesinan á cuatro mujeres que iban con víveres á Bilbao.

OCTUBRE

La Diputación facciosa de Vizcaya impone á los propietarios de la provincia una nueva contribución, importante el 60 por 100 del valor de las fincas que poseen. Como los propietarios no pueden pagar, toman de ello pretexto para embargar las fincas, que venden luego á cualquier precio.

En un pueblo del valle de Cuartango se presenta una partida, y al querer robarle dinero al cura, el ama los trata de pillos y ladrones. Y, resultado: que apalean al párroco y lo conducen preso á Aramayona, para que enseñase á su ama á tener más respeto á los defensores de la religión y del trono.

Un grupo destacado de las facciones del valle de Echauri entra en Obanos, roba tres comercios y después los incendia; recorre las casas de todos los mozos que habían ingresado en el ejército, maltrata á las familias y se lleva á los padres.

NOVIEMBRE

En Domeño (Aragón) estaban abandonadas todas las casas; en todo el pueblo no habían quedado más que dos mujeres, y los vecinos vivían encerrados, pues apenas divisaban á uno los carlistas, disparaban.

DICIEMBRE

Los carlistas de Murguía embargan los ajuares, librerías, cuadros de gran mérito y otros efectos al presbítero don José Vicenti de Ventades y á su hermano político, por valor de unos 10.000 duros, á causa de no haber pagado la contribución carlista.

Como no se presentaron postores á la subasta, cargaron con los efectos en varios carros y se los llevaron á Guernica.

Detienen en la línea de Orcoyen á un aldeano que llevaba una buena partida de cerdos y una carga de huevos; le quitan todo, y lo asesinan á palos.

Y así acaban el año 75 y se preparan á entrar en el 76, huyendo ante el ejército y robando y asesinando heróicamente.

AÑO DE 1876

ENERO

A un pobre mendigo, ciego y baldado, que iba conducido en una tabla con ruedas por un nietecillo suyo, y que fué al campamento carlista de Choroquieta á buscar á su hijo que le había abandonado cediendo á sugestiones inícuas, le deshicieron el cráneo con las culatas de los fusiles, arrojaron el cadáver monte abajo y dejaron abandonada á la criatura en uno de aquellos desfiladeros.

Obligan á seis mujeres de Arteaga á coger el fusil y prestar servicio en sus filas, por haber huido sus maridos. Un cochero llamado *Zumaya*, es detenido por los carlistas en el camino de San Sebastián. Le asesinan á culatazos destrozándole el cráneo, le arrancan los ojos con las puntas de las bayonetas y le mutilan horriblemente.

FEBRERO

En los últimos días de la guerra, el feroz Rosa Samaniego arroja á un pozo en el pueblo de Aoiz á un anciano de 60 años que no simpatizaba con el cabecilla y afeaba sus crímenes.

Dejó mujer y tres hijos.

El cabecilla Alcate fusila en un pueblo del valle de Arratia á dos infelices mujeres de Bilbao. Tambien fusila en las inmediaciones de Arracundiaga á un pobre campesino que sirvió de guía á la pequeña fuerza que recorría el valle de Arratia.

Menos mal que se les ocurrió después á los suyos fusilarle, ahorrando ese trabajo á las tropas liberales.

Al retirarse los carlistas de Estella se entregaron al robo y al pillaje, excepto algunos de mejor condición que querían impedir los excesos y no podían: mataron á un artillero sin más delito que oponerse á los desmanes de unos cuantos; se robaba y saqueaba en cuadrilla, cuando felizmente llegó el carlista Pablo Portillo, con unos cuantos de su partida de la Solana, y recorrió á caballo todo la población repartiendo mandobles y latigazos, devolviendo á cada cual lo que recogía y custodiando la población hasta la llegada de las tropas; cuando éstas entraron por una puerta, él salió por otra.

Honremos la memoria de aquel valiente partidario de una idea muerta y deshonrada.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 38

LA GUERRA PREPARADA ANTES DE LA REVOLUCIÓN.—EL CLERO PRINCIPAL INSTIGADOR.—ALDEANOS FANATIZADOS.—IRRELIGIOSIDAD DE LOS CARLISTAS.—CALUMNIAS, INFAMIAS Y CRÍMENES.—EMBAUCADORES Y ASESINOS.

ADMINISTRACION: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

«¡Los curas! He aquí otro elemento que viene desde antiguo perturbando en Vizcaya el sosiego público. Ruda de carácter por su propia naturaleza la época feudal y rudas tambien y atléticas las costumbres de los vascongados en la Edad media, no debe extrañar que el fuero de Vizcaya haya tenido necesidad de hablar en algunas de sus leyes de las mancebas de los clérigos, no dejando por cierto en esta parte muy bien parada la moralidad de éstos, ni que en otras haya de haber prohibido á los clérigos concurrir á las bacanales que, sin embargo, hoy mismo acostumbran tener por cuenta del infeliz labrador en el dia que éste tiene la desgracia de perder á algún miembro querido de la familia; ni en fin, tampoco que el dicho fuero haya de haber estampado, encaminadas á contener en sus justos límites la siempre absorvente jurisdicción eclesiástica, diferentes leyes, de las cuales alguna, como la tercera del título 32, textualmente dice, que los jueces eclesiásticos enviados por el obispo de Calahorra, *so color que dicen que entienden sobre delitos eclesiásticos é concernientes á pecado, é por evitar de pecado á los vizcainos, hacen muchas extorsiones y los cohechan (y lo que peor es) porque tengan mucho*

más aparejo para así robar y cohechar; los tales jueces tienen y facen sus audiencias por las anteiglesias ó en lugares yermos despoblados, porque los legos que van citados no fallen ende copia de letrado, ni de abogado, ni de procurador que los defienda. . . . . . .

. . . . . .

«No es una profunda vocación hacia Dios, el apartamiento de las cosas terrenales, ni el celo por recoger almas para el cielo lo que mueve á tan gran número de jóvenes vascongados á abrazar el estado sacerdotal; es, sí, cierta especie de simonía muy poco en armonía con el espíritu de la Iglesia. Nuestros lectores no ignoran que, no ya en los tiempos medios, sí que también bastante más tarde, era la carrera ordinaria de todos los segundones de un mayorazgo conseguir una prebenda más ó menos pingüe, y que no había familia labradora ó menestral que mejorase un poco en bienes de fortuna y no preparase á alguno ó algunos de sus hijos á recibir el orden sagrado. Pues bien, algo semejante sucede todavía con grandes proporciones en el país vasco, donde es raro el segundón de caserío ó hijo de menestral enriquecido, que no siga la carrera eclesiástica sin más objeto ni más mira que la de hallar un cómodo *modus vivendi*, y al propio tiempo crearse cierta gradación ó mayor categoría en la esfera social que le permita remontarse sobre sus iguales. . . .

. . . . . .

«El obispo de Victoria tiene á todo el clero de las provincias vascongadas amovible or-

ganizado á medida de su deseo y sin la independencia natural y de carácter que las leyes de la Iglesia exigen en los curas y párrocos propios; bien es verdad que en cambio de esta subordinación omnímoda tolera en los curas toda clase de excesos, y por dar gusto á ellos y no desagradarles, difiere uno y otro día, no menos que porque á él le conviene, el siempre anhelado arreglo de parroquias. . . . . .

. . . . . .

«Los curas de las provincias vascongadas son por punto general conspiradores, merced á la anarquía y á la indisciplina en que se les permite vivir...

....villas como Durango, que no pasando de dos mil y pico de habitantes, cuentan de cuarenta á cincuenta curas, y las más insignificantes anteiglesias tienen generalmente más de cinco curas. Toda esta muchedumbre de clérigos faltos de instrucción y nada faltos de recursos pecuniarios, amigos de toda la suma posible de placeres y comodidades, y refractarios á todo lo que sea leer, excepción hecha de algún cofrade neo de la prensa de Madrid, no se ocupa sino muy secundariamente de la predicación de la moral y de las buenas costumbres; su principal objetivo es hacer propaganda absolutista y en mantener al sencillo y crédulo aldeano en un contínuo estado de fanática efervescencia contra los liberales.

Como en todas y cada una de las casas vive un cura, y no hay familia que no los cuente dentro de su seno, viene á suceder que los intereses del cura, el anhelado momento de

volver á la amortización eclesiástica y la conveniencia de sostener y fomentar el espíritu supersticioso de las gentes, son los intereses, el deseo y la conveniencia de casi todas las familias de las provincias vascongadas. . . . .

. . . . . .

«Aquí se verá un clérigo que vive en la abundancia, y que sin embargo pleitea y litiga con sus feligreses por un simple celemín de maíz; allí curas que hacen la corte á más de una viuda opulenta que, aunque muy relacionada con las principales familias liberales, tratan no obstante de catequizar para que por sí y por medio de sus colonos les sirva á sus fines particulares, é item más sea origen fecundo de funciones de Iglesia y de limosnas; más allá curas que anatematizan á sus parroquianos por que se atreven á leer un periódico no carlista ó porque no retiran á sus hijos de centros de instrucción en que, según ellos, sólo reinan la corrupción, el error y la heregía; en otra parte curas que en público y en privado anatematizan todas las ideas del siglo y que á la faz del pueblo ignorante declaran excomulgados á todos los que las siguen, y que si alguna rara vez y en virtud de mandatos del gobierno reciben alguna tibia pastoral del diocesano recomendando la paz de las almas y de los cuerpos, ó no la leen durante la misa, ó la leen tan corriendo y sin sentido, que nadie la entiende, menos aun las gentes del campo, para las que se hace al vascuence una versión mentira; curas que saben tomar por asalto un colegio electoral, cohibir á los

individuos de la representación foral, y ocultar sacrílegamente las armas homicidas debajo del mismo altar mayor, y que en las sombras de la noche, sobre veloz caballo, llevan consigo á puntos muy lejanos la conspiración, el gérmen de la guerra, que luego se encargan de capitanear ellos mismos.»

(*El Imparcial*, Mayo del 72).

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LA GUERRA PREPARADA ANTES DE LA REVOLUCIÓN.—EL CLERO PRINCIPAL INSTIGADOR.—ALDEANOS FANATIZADOS.—IRRELIGIOSIDAD DE LOS CARLISTAS.—CALUMNIAS, INFAMIAS Y CRÍMENES.—EMBAUCADORES Y ASESINOS.

Los que sostienen que la segunda guerra carlista se debió á la revolución de Septiembre, ó no saben lo que se dicen, ó mienten á sabiendas. Desde la muerte de Montemolín y la abdicación de don Juan se venía trabajando para iniciarla.

A la revolución no hay que acusarla de eso, sino de algo peor: de haber considerado al carlismo como un partido político, dejándole en libertad para que se organizase y acudiera al terreno legal á discutir sus ideas, siendo así que es solamente una bandería infame que quiere á toda costa dominar en las conciencias y disponer de la vida, la hacienda y la honra de los ciudadanos.

Los que acusan á la revolución de haber provocado la guerra, alegan como argumento aquiles que en tiempos de Isabel II no hubo levantamiento absolutista formidable. ¡Valiente argumento! No lo hubo, porque después de lo del 48 y lo de San Carlos de la Rápita, los carlistas consideraron más cómodo y seguro conspirar en la corte que pelear en el campo, tanto más cuanto que las ideas predominantes en los últimos años del reinado de aquella señora, en muy poco se diferenciaban de las que hubiera podido plantear

don Carlos. La plana mayor del carlismo dominaba en absoluto; obispos trabucaires, monjas aventureras formaban la camarilla íntima de la reina, que les entregaba el poder á cambio de indulgencias y absoluciones. Y á pesar de esto, y de que gobernaban realmente más que los mismos moderados, los conventos y los palacios episcopales eran centros de conspiración carlista, y desde 1865 se venía anunciando y preparando la guerra.

Al ir la reina Isabel en el verano de aquel año á las provincias Vascongadas, pudo advertir el frío recibimiento que le hicieron tomando por pretexto lo del reconocimiento del reino de Italia, aunque en realidad obedecía á la influencia y manejos del clero carlista. Tan adelantado estaba el movimiento, que ya en Noviembre de 1864 estuvo don Carlos en Londres para prepararlo con Cabrera.

Tampoco se había hecho la revolución cuando don Carlos envió á varios de sus parciales (31 Mayo de 1868) una circular, diciéndoles que iba á celebrar el 20 de Julio en Londres un Consejo de notabilidades ilustradas, *porque su deseo y su deber eran salvar á nuestro pais de un 93 español.*

Cuando en 18 de Julio llegó á Londres, á donde concurrieron varios carlistas, fué con Algarra á casa de Cabrera para suplicarle que asistiese al anunciado Consejo; mas Cabrera, que ya sabía lo imbécil y mentecato que era su rey, escusó su asistencia y hasta se negó á que se reunieran en su casa, como el *Terso* le propuso, calificando además el acto *de farsa ó de sainete.*

A una impertinencia de don Carlos, contestó el tortosino: «que con él no se contaba nunca nada más que para derramar su sangre en el campo de batalla ó para recurrir á su fortuna, siendo grandes los sacrificios que de ambos modos había hecho ya, y que aun cuando se restableciera de la enfermedad que padecía, no se contase con él»; apostrofando duramente á

Algarra y conminándole á no volver á molestarle por nada. Después rogó que le dejasen tranquilo, es decir, les enseñó á ambos la puerta de salida.

Esta enérgica actitud de Cabrera obedecía á que estaba al corriente de lo que pasaba con aquella familia de gitanos reales. Pruébalo el que ya en Febrero de 1866 dijo en carta á la princesa de la Beira:

«Que no aprobaba la marcha política seguida por el partido, porque era rutinaria, nula y fatal; que no leía mas que escritos débiles, intolerantes y mal calculados, que alejaban en vez de atraer; que le constaba que se habían mandado adhesiones en que figuraban como súbditos fieles, jóvenes imberbes y hasta *niños de seis años*, lo cual no era serio, pero sí ridículo; que se celebraban reuniones en París y en varios puntos de España de hombres desconocidos, sin posición social, prestigio ni inteligencia, y que todo era perder el tiempo sin resultado favorable.»

Añadía más adelante: «que se educaba á los príncipes sin esmero ni tacto y sin inculcarles los conocimientos que reclamaban su nacimiento y la época en que vivimos; que en el partido no había hombres de valía, si no aduladores é intrigantes; y que no quería sancionar con su nombre aquellos errores ni aquellos miserables proyectos, pues ya que no podía hacer bien, tampoco quería hacer mal; que él nunca aprobaría planes que no pudieran dar otro resultado que nuevas desgracias; que antes que carlista era español, y que mientras no se cambiase de marcha política, deseaba vivir tranquilo y retirado.»

A pesar de la opinión de Cabrera, la más respetable en el carlismo, el danzante del Pretendiente corrió á París el 7 de Septiembre de 1868, (también antes de la revolución), y desde allí envió varios comisionados á España ordenando á sus partidarios que se sublevasen; mas éstos le manifestaron que no podían, por carecer de armas y de organización.

No; por más que vociferen los reaccionarios, la

guerra carlista no tuvo por causa la revolución de Septiembre; venía de tiempo atrás preparada; y habiera estallado antes, acaso, de continuar en el trono doña Isabel.

Pero ¿á qué cansarnos en demostrar una cosa que está en la conciencia de todos? Hay una razón, sobre las expresadas, y que no admite réplica; ésta:

Si el 72 se lanzaron al campo, según dicen, porque la revolución no protegía al clero como él demandaba, ¿por qué están preparados para lanzarse ahora que la restauración ha llegado en este punto mucho más allá de donde ellos mismos llegarían?

Más, sí; muchísimo más; el clero no hubiese alcanzado con ellos el predominio que actualmente tiene, ni los frailes, al inundar de nuevo á España, hubiesen resucitado la milagrería, la explotación grosera y descarada, la inmoralidad en sus más asquerosas manifestaciones; porque España está hoy, no ya dominada, pisoteada por el clericalismo.

Y si el mentido abatimiento de éste fué el pretexto que los carlistas tomaron para ensangrentarla desde el 72 al 76 ¿en qué se fundan para levantarse hoy *que el clero alcanza una influencia* y *un predominio* que no tuvo ni en los tiempos más menguados de la casa de Austria?

Digan que sienten la nostalgia del robo, del asesinato, del incendio y la violación; que ansían crearse una posición económica, social ó política por medios reprobables, y entonces los creeremos; no cuando digan que tratan de dar á España moralidad y justicia.

Hay que repetirlo mucho, hasta ver si lo aprenden de memoria los liberales inocentes que creen todavía que no se debe confundir á los curas con los carlistas: la guerra se preparó en pleno reinado de Isabel II y el clero fué su principal instigador.

En el verídico é imparcial folleto que publicó Ma-

riano de Echevarría en 1874, titulado *Bilbao ante el bloqueo y bombardeo de 1873-74*, hablando del conjunto de causas, medios y elementos que más resaltaron en la organización, disciplina y procedimientos de los carlistas vascongados, dice:

Que el clero es allí la cabeza del carlismo y dirige el pensamiento y la acción del vecindario de las poblaciones rurales.

Que en las sacristías de las iglesias de Bilbao se exhibió una protesta contra el reconocimiento del reino de Italia en 1865, protesta que inmediatamente presentaban á los sacerdotes y feligreses atraídos á aquel lugar para cumplir con su misión ó atender á cualquiera necesidad religiosa; que se acudió al vergonzoso recurso de llevarla á domicilio para recoger el mayor número de firmas posible, y aun se estamparon en ella nombres de personas que no la pusieron; y que esto sucedía durante el reinado de aquella señora que había sido colocada en el trono por los esfuerzos, los sacrificios, la sangre y los recursos del partido liberal.

Que el campesino vascongado, cegado por el fanatismo, ha estado siempre sujeto á las predicaciones y teorías de un clero que jamás ha pecado por exceso de instrucción; y que la atmósfera reaccionaria y teocrática que ha pesado constantemente sobre Vizcaya, fué la causa de la guerra.

Que el aldeano de Vizcaya, que es un lince para los negocios, cuando se habla de política enmudece, ó dice simplemente que es carlista; y esto porque ha oído al cura de su pueblo que los herejes, los liberales, los *negros* son unos bandoleros dejados de la mano de Dios y destinados al infierno.

Que para contrapesar los efectos de la revolución se celebraron multitud de rosarios, novenas, vísperas, completas, desagravios, sermones y todo lo que generalmente constituye la guerra pasiva y sorda de los defensores de *Dios, patria y rey*.

Que así se fueron envalentonando y comenzaron á usar la boína blanca, á regresar de las romerías ó fiestas armados de garrotes é insultando á los que no eran socios del Casino que habían creado en Bilbao y donde adquirió grandes proporciones la propaganda carlista.

Y que es imposible que exista un partido luchando en las urnas y conspirando á la vez en las sacristías sin lanzarse más tarde ó más temprano al campo.»

Todo esto es tan evidente, que no se concibe el empeño que ponen los liberales arrepentidos y aun los republicanos con boina en hacer tragar al país la la píldora de que el clero no ha sido el principal causante y el sostenedor casi exclusivo de la guerra.

Vamos á desmentirlos con hechos y textos irrebatibles.

El obispado de Vitoria, instalado pocos años antes de la segunda guerra, y las ideas retrógradas de su obispo, contribuyeron poderosamente á la propaganda carlista, inculcando los curas en los campesinos la idea de que los liberales atacaban la religión para atraer todavía más su odio hacia ellos.

El dominio absoluto del obispado convirtió á aquél clero en ciego instrumento de sus planes y aspiraciones, y en agente eficaz, tan obediente como unido para la ejecución; pues sabido es que individuos de la catedral de Vitoria se convirtieron en directores del movimiento.

Y tan activa propaganda hicieron, y de tal manera embaucaron, «que hubo pueblos y valles, dice Montoya, escritor navarro, en que no quedó un hombre capaz de sustentar el peso de las armas que no corriera á empuñarlas; muchos clérigos dieron el ejemplo marchando á la cabeza de sus feligreses; las mujeres animaban á los tímidos, encendían á los tibios é insultaban á los indiferentes ó contrarios; ellas mismas colocaban en el pecho de sus maridos y de

sus hijos, cual si diamantino escudo fuera, el corazón simbólico robustecido con el famoso mote *¡detente, bala!*, y los impelían á morir y matar en defensa de una religión invulnerable y de un mancebo desconocido. Aquello era un vértigo, sólo comparable, aunque no por su objeto, al que produjo la publicación de las primeras Cruzadas; era el fruto de las semillas que el púlpito y el confesonario venían derramando desde largos años en el terreno de la ignorancia y que germinaron al abrigo de la más completa impunidad.»

«Los gobiernos del 68 al 73, sigue diciendo Montoya, no se cuidaron de mirar hacia las Vascongadas y Navarra, donde se agrupaban negras nubes que se desataron con furia en horrible tempestad de lágrimas y sangre. Nadie se curó de que la prensa cometía delitos de leso código, de lesa nacionalidad y de lesa humanidad, ni que aquellos turbulentos clérigos, aquellos tribunos tonsurados levantaban con sus predicaciones los vapores de la guerra que cubrieron el horizonte de toda la Península con fúnebre crespón. Cerraron los ojos á los hechos más claros, é imprevisores hasta lo inverosímil, no se les ocurrió siquiera, ya que no ahogaron la lucha al nacer, prepararse para circunscribirla y dominarla en tiempo y sazón.

Tan bien preparado estaba el terreno, que al estallar la insurrección en la noche del 21 al 22 de Abril de 1872, no transcurrieron 48 horas sin que el cabecilla Carasa tuviese á sus órdenes 4.000 hombres de todas edades y condiciones, mal armados, pero imponentes por su número.»

Hablando de esto mismo, dice Pirala, autor nada sospechoso para los clericales:

«Era el clero uno de los instrumentos de más valer para los carlistas,los párrocos los primeros agentes de la conspiración y ningunos más discretos é influyentes.

Distinguióse el clero de Astorga, cuyos párrocos debían presentar el día del levantamiento el número de hombres armados que cada uno había ofrecido, para lo que unos recibieron dinero y otros lo daban.

Preparado todo (hasta tenían un estandarte bordado por las señoritas de Astorga) y esperando que la campana María de la catedral diera la señal, contestada por un repique general de todas las campanas, para apoderarse en son de guerra de la ciudad tratando como implacables enemigos á los liberales y llenándolo todo de luto y desolación, según declaración de varios presos, se presentó una comisión al alcalde popular para que resignase el mando, á fin de evitar mayores males; se negó; reforzó la guardia del ayuntamiente con vecinos armados; recogió las llaves del atrio de la catedral y de las parroquias cuando ya estaban preparados los campaneros; se amedrentaron los conspiradores; los reunidos en el inmediato pueblo de Valdeviejas cumplieron echando á vuelo las campanas, sin que secundara Astorga; consideraron fracasado el golpe, y Bartolo, los curas de Cameros, de San Justo, de Nestal y Celada, el del mismo Valdeviejas y Murias, el de San Roman y otros tuvieron que renunciar á su empresa, denostando á los párrocos y beneficiados de la catedral, y especialmente el canónigo Juan José, por el abandono en que se vieron. Merodearon algunas partidas; se volvieron otras á sus casas, y el seminario, convertido en cárcel se llenó de prisioneros, muchos de ellos eclesiásticos.

Los que siguieron al frente de sus partidas tuvieron que retirarse en breve, no sin cometer algunos punibles excesos, como la mandada por el presbítero y catedrático del seminario de Astorga don José María Cosgaya, con el alcalde del barrio de San Lorenzo (León) que murió cumpliendo con sus deberes á manos de aquella gente.

Diferentes partidas carlistas se levantaron en varios puntos y principalmente en Rioseco de Tapia, San

Martín de la Falamosa y Santamaría de Ordax en León, mandadas algunas también por eclesiásticos, contando más de 200 hombres la que capitaneaba el beneficiado de aquella catedral don Antonio Milla: la menor del canónigo don Juan José Fernández, se disolvió al ver lo perseguida que era.

El cura de Alcabón se presentó el 2 de Agosto con una pequeña partida en Higueras de las Dueñas, provincia de Avila.»

Después de reseñar la fuga de Oroquieta añade:

«Una gran parte de los curas era la que parecía tener la misión de sostener el espíritu carlista ó insurrecto de los pueblos, ya predisponiéndolos contra las tropas, á las que achacaban desde el púlpito el robo y destrucción de los templos, que atropellaban á las mujeres, inmolaban á los ancianos y á los niños, y presentándolas como legiones de condenados, despertaban en aquellas gentes sencillas el terror, la aversión y el odio.»

El capitán general de las provincias Vascongadas, señor Allende Salazar, que tanto trabajó por impedir el desarrollo de la guerra, decía:

«Desgraciadamente, la *maléfica influencia del clero* y de algunos pocos propietarios de posición acomodada, arrastraron nuevamente al país, que en la primavera de 1872 se lanzó en armas al campo al grito de ¡viva Carlos VII!

El fanatismo religioso, fomentado y escitado por el clero, no sólo servía admirablemente á la causa carlista, si no que era la causa carlista misma. Así se veía á las mujeres en Vera repartirse la levita que se había dejado el cura Santa Cruz, cortándola en pedazos que guardaban como reliquias, y en los pueblos de la provincia de Castellón acudir á tocar escapularios en la ropa del sanguinario Cucala, como si con esto adquiriese la imagen de la Virgen virtudes que antes no tuviera.

Con esto el clero ni siquiera tenía que preparar milagros; los fieles sobre quienes operaban eran materia muy manejable y con unas cuantas exhortaciones le hacían aceptar á un cabecilla carlista como una especie de enviado de Dios, cuyo contacto bastaba para convertir un escapulario en preciosa reliquia.

Cuando entraba en algún pueblo, villa ó aldea donde abundaban los carlistas, las mujeres acudían ansiosas y solícitas á vitorear á *don Pascual*, llevaban escapularios que ponían en contacto con su persona ó sus ropas, de igual suerte que hace la pública veneración con las imágenes de los santos. Los hombres se apresuraban á proveerle de cuanto él y sus secuaces habían menester, procurábanle el mejor alojamiento, reunían fondos, armas y caballos para entregárselos, y, lo que era más importante, se alistaban mozos que sus padres veían partir sin pena, pues marchaban *con los defensores de la ley de Dios*.

Los escapularios de Cucala son la prueba material de la necesidad que la reacción tiene de mantener al pueblo en la ignorancia. ¿Cómo, si no, había de asegurar su predominio y atreverse á convertir la religión en instrumento de fines políticos y agente de rebelión?

Los pedazos de levita de Santa Cruz guardados como reliquias, prueban la exaltación del fanatismo religioso; los escapularios de Cucala, que cuando se hace servir á la religión de instrumento para fines políticos, se llega hasta el sacrilegio.

¿Pero qué importa de esto á los carlistas? Aseguren ellos el imperio de la teocracia, y sean cualesquiera los medios.

Porque no había uno á que no apelaran para conseguir sus fines: desde la calumnia infame, hasta el milagro estúpido, hasta la oración grosera. De esto último dará idea el impreso que en el mes de Mayo de 1872 circuló por los pueblos del Maestrazgo:

«Oración al príncipe de los ángeles San Miguel Arcangel, por la persona del rey nuestro señor, su familia y ejércitos. Supremo príncipe de los principados del cielo y vigilante patrón de la tierra, capitán de la milicia angélica y defensor de los ejércitos cristianos: Suplícote defiendas á nuestro católico rey Carlos VII como defendiste al rey Ezequías contra el poder de los asirios cuando no tuvo otro remedio sino el de tu poderosa protección, por la cual en una noche mataste á ciento ochenta y cinco mil enemigos. Suplícote sean por ti aceptas sus piadosas oraciones, como lo fueron las del rey David, por las cuales envainaste la espada de la justicia divina que castigaba al reino judáico.

Alcanza para nuestro rey Carlos VII el celo del rey Josías, la prudencia de Salomón, la confianza de Josafat, el valor de David y la piedad de Ezequías. Mira por su familia, sucesión y casa, que tanto ha defendido la Iglesia cnyo patrón y defensor eres tú. Ampara sus reinos y los ejércitos reales para la tranquilidad pública y paz de la Iglesia. Envía en su socorro tus celestiales escuadrones como los enviaste en favor de Eliseo y Jacob. Esto te pido humildemente por el bien de la Iglesia católica, que tanto tú celas, y por el amor que tienes á Jesucristo para que El sea servido y glorificado de todos, con paz universal de la Iglesia para que triunfe de todos sus enemigos. Amen. Se recomienda un Padre nuestro y Ave María.»

Para milagros estúpidos, sirva de muestra este que publicaron en 1873 los periódicos clericales:

«En un lugar de la provincia de Valladolid habían sido halladas más de 60 imágenes de Cristo en pedazos, y uniéndolos, formaban una efigie grande y completa; tantos pedazos había que los recogían á sombreradas, hasta llenar una canasta de piés, manos, cabezas y cuerpos. Se hallaban á unos tres de-

dos de la superficie de la tierra y procedían de un sacrilegio que habían cometido los liberales, á quienes había que exterminar por todos los medios para desagraviar á la majestad divina,» etc., etc.

Y para ejemplo de calumnia infame, esta que los periódicos carlistas publicaron en Agosto de 1872:

«Con toda seguridad podemos hoy entregar á la execración de España el horrible asesinato de la desventurada madre del jefe carlista Goiriena. Sorprendida en Arrazua, cerca de Guernica, por los *peseteros*, apaleada y llevada casi arrastra y medio desnuda por el camino que aquellos asesinos seguían, después de ensañarse con ella destrozándola el cuerpo á culatazos, la abandonaron casi expirante. Dos días pasó en esta agonía y al cabo de ellos murió. La infeliz madre pagó con la vida su amor á su hijo y su heróico tesón en no delatarle infamemente. Los hombres que tal crimen han cometido, los que se atrevieron á pedir á una madre la vida de un hijo á cambio de la suya, no son hombres, sino tigres.»

Esta noticia, publicada por los carlistas á conciencia de que era falsa, se desmintió oficialmente á los pocos días. El periódico de Bilbao *Irurac-Bac* dijo:

«La estúpida y estupenda *filfa* calumniosa que publican los diarios carlistas, esos diarios que no pronunciaron una palabra de indignación para condenar las vandálicas frases: «dispóngase usted á recibir cuatro tiros si en el término de una hora no entrega usted 2.000 duros», con que Goiriena saludó en la tarde del 17 de Junio á nuestro amigo señor Goiri, apenas merece contestación.

La madre de Goiriena, que ni ha sido sorprendida jamás por los *peseteros*, ni asesinada por nadie, que no pasó los días de agonía de que nos hablan los periódicos carlistas, y que, por consiguiente, no pagó con la vida el amor á su hijo, goza de *buena salud* si de cuatro días acá no ha fallecido de alguna enfermedad.»

Porque eso sí; los clericales no perdonaban medio para fanatizar á sus partidarios.

En uno de los manifiestos que publicó Savalls el 73, reprodujo la carta de un obispo cuyo nombre no descubrió, pero que era un modelo de mansedumbre y de unción cristiana. Júzguese por el encabezamiento y la conclusión:

«Señor don Francisco Savalls: Muy señor mío y amado hijo en Cristo: siento que sus ocupaciones no le hayan permitido llegarse por acá, donde mano á mano nos hubiéramos explicado mejor; pero paso por ello sin violencia, pues se ocupa en servicio de Dios, de la patria y del rey, nuestro señor, y esto antes que todo es.»

La carta terminaba con la evangélica y piadosa frase: «Sus, á pelear.»

Muchas fueron las cartas que recibió Savalls excitándole á levantar *contra los impíos* el lábaro santo de Dios, Patria y Rey (ó sea el asesinato, el robo en cuadrilla y el incendio) pero como todas eran parecidas, «se decidía por publicar la del obispo, considerándola más autorizada y elocuente.»

¡Y tanto como lo era! La lástima fué que no publicara el nombre del prelado que atizaba de esa manera villana el fuego de la discordia entre hermanos.

El sistema de fanatizar daba resultados monstruosos; este entre varios.

En los bolsillos de un oficial carlista muerto en el ataque de Caldas de Montbuy, se encontró una carta de su madre, en que había estos párrafos:

«Dios y la Virgen del Pilar y la de Monserrat sacarán con bien á los que defienden la santa causa, y aunque algunos mueran, como no puede menos, mueren mártires de la fe, y Dios los premiará. Está siempre bien dispuesto y tranquilo de conciencia por lo que pueda suceder; por lo demás no hay que temer y tú ya tienes valor y serenidad.»

«Hoy te he asentado en la cofradía de San José para que te proteja, y las monjas me han ofrecido pedir por ti á Dios en sus oraciones.»

No se puede llegar á más. ¡Conseguir que las madres exciten á sus hijos á morir por don Carlos!

A la prensa carlista alcanza también la responsabilidad de las guerras pasadas, como alcanzará la de la próxima. Su procacidad, sus excitaciones, sus calumnias contra los liberales, auxilian poderosamente al clero.

El Pensamiento Español tenía el descaro de escribir en Enero del 73:

«Conviene no dormirse, prepararse á todo y combatir á la revolución *por todos los medios que no sean pecado.*»

Sí; fusilando alcaldes y voluntarios; porque esto, lejos de necesitar absolución, era una obra meritoria; excitando á la rebelión, porque con esto se ganaban días de indulgencia y se hacían méritos mayores, aun para entrar en el cielo; y *regando con sangre el arbol de la Iglesia*, porque esto merecía la aprobación pública del obispo de Urgel y la secreta de los demás obispos, que no tuvieron una palabra de censura para aquellos crímenes.

La frase de que había *que regar con sangre el arbol de la Iglesia* produjo gran efecto. En las listas de suscripciones que los republicanos permitían abrir á favor de los carlistas, se decía:

«D. Manuel R. Arcediano, *para pólvora*, 20 reales.
D. Ricardo S., *para peladillas cónicas*, 20 reales.»

Las mujeres eran las más exaltadas.

En Agosto del 75 acostumbraban á reunirse en la casa convento de la plaza de San Agustín de Vinaroz sesenta ó setenta mujeres capitaneadas por una devota conocida por la *beata de Canastá*, que alborotaban al vecindario dirigiendo á la Virgen oraciones

como esta: «Haz que Pío IX salga triunfante de esta vil revolución.» En seguida rezaban dos *padrenuestros* por «los pobres carlistas que van por las montañas», y acto contínuo otros dos «por el hombre que todos sabemos.»

Los curas carlistas llegaban al colmo:

Llamados para auxiliar á un infeliz carlista sentenciado á muerte en Villarreal (Alava) por deserción, en vez de disponerle para el supremo trance, emplearon todos sus esfuerzos á fin de que al ser ejecutado recomendase á los presentes «que no dejasen las armas hasta triunfar ó morir.»

El día 10 de Septiembre del 75 llegó á San Sebastián un cura de Vizcaya huyendo de sus compañeros de aquella villa, que excitaron contra él al populacho para que lo asesinase, porque en una misa parroquial no cantó la oración por don Carlos.

En Noviembre del 75, cuando ya todos los suyos sabían que don Carlos era un libertino, cobarde é inepto, y su causa había recibido golpes mortales, un señor L. P., capellán de la Cruz, tuvo el cinismo de publicar un folleto en su alabanza. Se titulaba *Carlos VII*, estaba impreso en la imprenta real de Tolosa y dedicado *al Sagrado Corazón de Jesús*. En la dedicatoria había este párrafo:

«*Siempre en Vuestra Iglesia ha existido el don de profecía; siempre Vuestra Providencia ha querido anunciar los grandes acontecimientos, á fin de que estén avisados y á salvo Vuestros hijos fieles;* DEDISTI METUENTIBUS TE SIGNIFICATIONEN, UT FUGIANT Á FACIE ARCUS, UT LIBERENTUR ELECTI TUI (Psal. 59.)

En el folleto pintó á don Carlos exactamente al revés de como era. Véase la muestra:

«VI. Su alma es noble: pasmosa la grandeza de su corazón. Es fuerte y generoso como un león. Sus cualidades predilectas son la magnanimidad y la esplen-

didez. En el campo de batalla y en el peligro no conoce temor: siempre se le ve imperturbable y sereno.

VII. Embellece su corazón y le da aliento una fe ardiente, mamada con la leche de su madre, y un sentimiento verdaderamente católico. Cree que la Iglesia tiene sus derechos divinos, y por consiguiente el derecho de ponerlos en práctica, sin que los Príncipes puedan temer nada de ella, ni ponerle obstáculos.

VIII. Practica todos los actos de Religión y piedad como lo hicieron los Príncipes verdadera y sinceramente buenos de sus antiguas familias de Francia, España y Alemania. Es un Príncipe de corazón puro y recto; y delicado en el pensar, en el hablar y en el obrar; y es muy difícil que el ojo más observador y sagaz pueda descubrir en él ninguna falta de Religión, en moral y en conducta civil.»

Después de mentir con este valor, el cura entra á demostrar, con textos traidos por los cabellos, que la Sibila Tiburtina profetizó á don Carlos, lo mismo que San Vicente Ferrer, Santa Brígida, Santa Catalina de Sena, San Francisco de Paula, San Isidoro, San Leonardo, la venerable Magdalena de la Cruz, el venerable Holhzanser, Santa Catalina de Roccanigi, la venerable Taigi, una monja de Blois, y la Peregrina, profetisa española; siendo lo más característico, que ese cúmulo de disparates lleva al pie la aprobación siguiente:

VICARIATO GENERAL CASTRENSE

—

VERGARA 1.° DE SEPTIEMBRE DE 1875.

Vista la favorable Censura que ha recaído sobre el opúsculo CARLOS VII ÉN SÍ MISMO, EN SUS ACTOS, EN LA EXPECTACIÓN DEL MUNDO, por lo que á Nos toca damos nuestra licencia para que se imprima y circule.

El Vicario general interino,
MANUEL GONZÁLEZ Y FRANCÉS.

¡Y si todo esto lo hubieran hecho los carlistas por exceso de fe! ¡Si fueran realmente religiosos! ¡Si efectivamente los moviera el fanatismo! Pero ni eso siquiera. Podrá haber imbéciles á quienes se mueva en nombre de la religión, sin darse cuenta de lo que hacen: no hay verdadero espíritu religioso en quien las mueve.

En *Folletos* anteriores hemos probado que don Carlos se burló del clero y de la religión, y que la mayoría de los jefes del carlismo le imitaban en esto, habiendo habido algunos, cual Savalls, Gamundi, Huguet (este era ateo) que consideraban como la mayor calamidad para España el triunfo de los carlistas, si había de dar al clero el predominio. Ahora demostraremos que no solamente los jefes, sino las masas hacían bien poco caso del catolicismo, de que se decían ardientes defensores.

Después de presentarse á indulto en 1874 el cura carlista don Bernardo Lopez García, dirigió un *Manifiesto al engañado clero español,* en el que decía:

«¿Qué hemos de esperar nosotros, ministros del Señor, de esa *chusma* (salvo honrosas escepciones) que profana continuamente el primer lema de su bandera con blasfemias que, como bien sabéis, lastiman sin cesar nuestros oídos? ¡Ignoráis por ventura el inícuo proceder de Pérula con el magistral de Córdoba en Estella en Febrero del 74, y lo que es más triste, verlo patrocinado más tarde con el ascenso á brigadier por Carlos y camarilla! ¿Habéis leído las hazañas de Marco de Bello propinando tres veces agua hirviendo, para que vomitase no sé qué, al párroco de Taravilla, después de conducirle tres horas entre bayonetas? ¡Ah!.. ¿qué de cosas no he visto en tanto como he andado!»

Un carlista nada sospechoso, el señor Carulla, corrobora lo dicho por ese cura al escribir acerca de la guerra en Cataluña:

«Lo que me asusta sobre todo es que la lucha no se distinga por su carácter sinceramente religioso. Cuando recuerdo lo que hacían algunos jefes de los zuavos pontificios y lo comparo con lo que hacen algunos de los nuestros, mi sangre hierve, sobre todo considerando las magníficas disposiciones de nuestros voluntarios en general.»

«Yo hice lo posible para que las cosas marchasen bien, sin olvidar que un soldado no es un penitente, y que durante la guerra no se puede hacer lo que durante la paz. Logré al principio algo; al fin, nada. Hasta sentían algunos que cumpliera yo mis deberes religiosos de la mejor manera posible.»

Pruebas que abonan la veracidad de ese carlista y de ese cura.

Cuando fueron á buscar á Santés el jueves santo del 74, por no haberle visto en los oficios, se lo encontraron en una casa de campo comiendo tranquilamente en compañía de su mujer *salchicha y pescado frito.*

Esto sirvió de motivo para uno de los cargos formulados contra él en la causa que se le siguió más tarde por sus correligionarios.

Declaraciones de una carta escrita por persona veraz á un periódico de Madrid:

«Entre los grandes males que ha causado en las provincias vasco-navarras la insurrección carlista, cuéntase en primer término la relajación de costumbres, hasta un extremo que hace sonrojar á toda persona medianamente educada el contemplar el triste estado en que se hallan muchas jóvenes de los pueblos ocupados por los facciosos.»

Para comprobar más aún la circunspección y pie-

dad de los carlistas, nada como decir que Lizárraga se vió obligado á publicar una orden general en Mayo del 74, en que conminaba á los blasfemos de sus tropas con el castigo de mordaza y la horadación de la lengua á los reincidentes. ¿Si serían bien hablados los leales del *Chapa?*

La diputación carlista de Alava dirigió en Marzo del 74 una circular á los curas de la provincia conminatoria para que cobrasen y entregaran en su caja el producto de las bulas de Cruzada é indulto cuadragesimal, con el piadoso objeto de atender á los gastos de la *santa guerra.*

A esto destinan los absolutistas el dinero que sacan con pretextos religiosos. ¡Cuántas madres habrán quedado y quedarán sin hijos á impulso de las balas que los carlistas compran con el dinero que ellas dan al cura para que pida á Dios por la vida de seres tan queridos!

Se presentan cuatro defensores de la religión en el santuario de Sancho Abarca en Julio del 74 y se llevan todo el dinero que encuentran y varios objetos sagrados, pero vendibles.

La entrada por sorpresa de los carlistas en Calahorra en Agosto del 74, se señaló por actos vandálicos.

Los movilizados que defendían la estación fueron pasados á cuchillo; á uno de ellos le introdujeron cinco cartuchos en la boca, á los que después prendieron fuego, destrozándole completamente la cabeza; quemaron y saquearon la estación, varios almacenes, las casas de las autoridades y las de algunos particulares, reuniendo un riquísimo botín.

Al presentarse Pérula al cabildo de la catedral, á quien le había pedido fondos también, el cabildo le echó en cara aquellos crímenes, manifestándole de paso que era una iniquidad privar al templo del Señor de los excasos recursos que le quedaban y al que

los carlistas habían escarnecido y profanado, destruyendo además las obras de arte los de Rosas.

Pero no le valió la arenga, pues Pérula se llevó además de 12.000 duros de los contribuyentes, 17.000 del obispado y 3 000 del culto de la catedral, reuniendo en total unos 40.000 duros.

Tratándose de dinero lo robaban donde lo había, fuese del Estado, de particulares ó del clero. Dorronsoro impuso en Septiembre del 74 una nueva contribución de 10.000 duros al clero de Guipúzcoa.

Y cuando el vizcaino, prevaliéndose de la guerra, restableció el diezmo abolido por la revolución y se disponía á gozar en paz sus productos, el mismo Dorronsoro publicó una circular disponiendo que los productos obtenidos del diezmo y las primicias ingresaran en las arcas provinciales.

En esto de robar se daba el caso entre los carlistas, de que el que madrugaba mucho, se encontraba con otro que no se había acostado.

Otro dato sobre la religiosidad de los carlistas consignado en el *Irurac-bat*, de Marzo del 75.

«Se ha hecho la curiosa observación de que entre todos los presos carlistas de la cárcel de Bilbao, hombres y mujeres, sólo uno ha cumplido con el precepto pascual, á pesar de las exhortaciones del capellán de la cárcel y de otros sacerdotes.

Los demás presos ordinarios confesaron y comulgaron en su mayor parte, á pesar de no ser de los «defensores de la religión.»

Otro rasgo:

En el ataque del monte Olivete murieron cuatro soldados, y el general Cirlot invitó al entierro á varias personas.

Iban camino del cementerio con la mayor compostura, cuando los carlistas que sitiaban á Olot hicieron una descarga, dispersando la comitiva.

A uno de los curas le atravesó una bala la sotana

y la sobrepelliz; varias personas salieron heridas, y hasta la cruz que precedía al féretro sacó en sus brazos impresas las huellas de los proyectiles.

Son muy católicos, muy apostólicos y muy romanos los carlistas, mas no respetan ni la cruz. José María, el de Sierra Morena, habría doblado la rodilla en un acto semejante. Verdad es que José María no era más que bandido, y los carlistas... son carlistas.

De hechos aislados la lista sería interminable. Relataremos solamente algunos:

Una de las primeras operaciones de los carlistas al llegar á los pueblos, era visitar la iglesia y limpiar los cepillos.

El carlista laico, como el clerical, tiene gran predilección por el óbolo del justo.

Acababa de salir de la iglesia de Zornoza (Amorovieta) la procesión del Santo Entierro, en Abril del 73, cuando los carlistas rompieron el fuego desde un monte vecino, teniendo que huir los fieles para no ser fusilados.

No es, pues, una simple figura retórica aquello de que los carlistas son capaces de fusilar á Cristo.

En Noviembre del 73 saquean la casa del cura de Prado, al que cortan una oreja. En el mismo mes roban cuanto encuentran en la del cura de San Martín de Domés, apaleándole antes ferozmente.

En Julio del 75 profanan la iglesia de Munguía, llevándose un manto de la Virgen y otros objetos. Hay que advertir que de Munguía habían sido expulsados todos los liberales y sólo habían quedado los carlistas.

En la noche del 4 de Agosto de 1875 violenta las puertas de la iglesia de Baracaldo el cabecilla Carlos, sacristán que había sido de la misma, llevándose los vasos sagrados y todos los objetos de valor. Interpe-

lado por el cura, le contestó con denuestos é imprecaciones que los periódicos de aquel tiempo no se atrevieron á estampar en sus columnas; tan gordas y groseras fueron.

Cuando empezaron las operaciones que ocasionaron la muerte del general Concha, se quisieron celebrar misiones, y Dorregaray dijo á los curas:

«Dejad en paz á los muchachos, que harto tienen que trabajar.»

No les hubiera dado otra respuesta el impío más acreditado.

Pues bien; estos hombres que nada respetan, ni clero, ni imágenes, ni ceremonias religiosas, estos son los que embaucan en el nombre de Dios á los imbéciles para lanzarlos á una guerra de exterminio. Y se atreven á esto, y pueden darle hasta cierta apariencia de verdad, únicamente porque curas y frailes los ayudan.

Mírese por donde se mire, siempre hay que ir á parar á esta conclusión: el clero, á quien el carlista no ama ni respeta, es el que pone en sus manos el arma y en su corazón el odio. Sin el carlismo, existiría el clero; pero sin el clero, no existiría el carlismo. Ya que el clero no quiere pensar en esto, pensemos los liberales.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 39

PRUEBAS IRREBATIBLES DE QUE AL CLERO SE DEBIÓ LA GUERRA.—AUXILIOS QUE LE PRESTABA EL VATICANO.—RECURSOS QUE LE ENVIABA EL ULTRAMONTANISMO EUROPEO.—EL CLERO DESPUÉS DE LA CAMPAÑA.—LO QUE TRABAJA AHORA PARA REANUDARLA.—EL CURA ESPAÑOL AUTÉNTICO.—LOS JESUÍTAS POR DON CARLOS.—OPINIONES RESPETABLES.—TAN HIPÓCRITAS COMO BANDIDOS.—TAN LADRONES COMO INMORALES.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

León XIII, con frases equívocas que no le comprometen ni con los unos ni con los otros, aparenta confiar en que *la disciplina del clero católico y cristiano*, evitará la guerra civil en España.

A los liberales no pueden satisfacer ni servirles de tranquilidad las palabras del Papa; hay que atenerse á los hechos, y los hechos dicen que la milicia negra ha tendido sus redes por todas partes para ayudar á la acción guerrera del carlismo clerical.

El Papa además dirá lo que quiera sobre los carlistas; algunos obispos lo imitarán; pero curas y frailes harán lo que les dé la gana.

A los comienzos de la primera guerra dieron pastorales excitando á la paz y prestaron sumisión á Isabel II, Dionisio, obispo de Gerona; Juan, de Solsona; Basilio Antonio, de Ibiza; Pablo de Jesús, de Vich; Fray Antonio, obispo abad de Alcalá la Real; el obispo de Tortosa, el de Sigüenza, el de Pamplona, el de Segovia, y el arzobispo de Burgos.

¿Y de qué sirvieron esas pastorales? De nada. Curas y frailes siguieron trabajando por don Carlos.

Si no fuera un hecho evidente y palpable, nadie creería posible que al expirar el siglo

XIX España fuese, por sus manifestaciones ostensibles, la nación teocrática por excelencia. No se sueña mas que en peregrinaciones, milagros y devociones nuevas. Se multiplican los conventos, el jesuitismo construye edificios cual si pretendiese con ellos hacernos ver su opulencia y poderío, formando triste contraste con la miseria general y llevando el ultraje hasta poner esos edificios bajo la protección extranjera, como haría cualquier capitalista que fuera á emplear su dinero en tierra de ladrones. Pero no paremos mientes en lo que se ve, sino en lo que está dentro, en lo que vive latente en esa obra laboriosa de los expulsados por Carlos III, en lo que se esconde porque no podría vivir á la luz ni resistir al empuje de la opinión liberal.

No hay hogar de que el clericalismo no se haya apoderado, á pesar de que muchos se creen emancipados de la tutela teocrática por que no ven al cura sentado á su mesa ni invadiendo la casa. ¡Incautos! El cura no necesita ir á la casa para apoderarse de los que en ella viven; y hoy, sin darse cuenta de ello, los que más blasonan de independientes creyendo de buena fe poder hacerlo, están cogidos por el clérigo, y cogidos por donde más pueden obligarle: por la esposa, por la hija, por la madre y aun muchas veces por el hijo, para que sea más triste y vergonzoso el servilismo.

¿Que no? Fíjense en esto. El adorno predilecto para la mujer no es ahora el lazo que realza con su color la garganta, ni el collar

de piedras preciosas que deslumbra; hoy cuelgan de su cuello las mujeres un verdadero bazar de medallas; y en el alfiler, y en la sortija y en las pulseras ostentan como dijes preferidos, emblemas y signos del culto: la medalla con la imagen de un santo, la cruz...

Esto no es sólo una imposición de la moda; es la señal, el distintivo para reconocerse y contarse. El estampido del cañón, el olor de la sangre, el horror de nuevos desastres vendrán á decirnos en día no lejano que esa moda no era más que el preludio de una nueva edición, corregida y aumentada, de las horribles tradiciones de la teocracia en España, que está hoy en pleno dominio.

No ejerce aparentemente el gobierno, pero domina, porque se ha apoderado de nuestro espíritu al apoderarse de todo lo que más puede influir en nosotros, ora para arrastrarnos en dirección determinada, ora para contenernos, ya para dificultarnos la acción en la hora en que pretendamos sacudir su yugo.

Sabe demasiado el jesuitismo que hoy no puede hacer cara á cara la guerra á la sociedad moderna: además que nunca ha sido ese su sistema. Pero esas procesiones, esas romerías, esas asociaciones devotas, la generalización del escapulario y de los dijes emblemáticos, son manifestaciones de su labor subterránea.

¿Quién será tan necio que crea que don Carlos se mueve confiando en sus fuerzas, ni que, si fuera así, habría quien por él empuñase la espada? No; don Carlos vuelve á sus

andadas y los corifeos del carlismo se agitan, porque han recibido ya la palabra de orden, porque creen que el terreno está preparado y que el estallido de la guerra nos va á sorprender desprevenidos é inermes, porque durante los últimos años se ha trabajado con ahinco para reducirnos á la impotencia.

Es preciso que toda la prensa liberal dé la voz de alerta; que España abra los ojos y se aperciba á la lucha y se defienda. Porque, tengámoslo entendido, que así lo da también á enteuder el enemigo en el cuidado que pone en asegurar el triunfo: la teocracia juega la última carta; la lucha que se aproxima será para ella la decisiva.

España es el campo elegido para que riñan la última batalla la civilización y la barbarie, la libertad y la tiranía, la democracia y el absolutismo; y ningún hombre que quiera vivir libre y honrado debe dejar de acudir á su puesto ni consentir que el enemigo le desarme á traición y le imposibilite arteramente antes del combate.

PRUEBAS IRREBATIBLES DE QUE AL CLERO SE DEBIÓ LA GUERRA.—AUXILIOS QUE LE PRESTABA EL VATICANO. —RECURSOS QUE LE ENVIABA EL ULTRAMONTANISMO EUROPEO.—EL CLERO DESPUÉS DE LA CAMPAÑA.—LO QUE TRABAJA AHORA PARA REANUDARLA.—EL CURA ESPAÑOL AUTÉNTICO. -LOS JESUÍTAS POR DON CARLOS. — OPINIONES RESPETABLES.— TAN HIPÓCRITAS COMO BANDIDOS.—TAN LADRONES COMO INMORALES.

Hay quien dice que el abandono en que al clero se tenía, fué causa de la segunda guerra. Que responda Pirala á èsos.

«Aprovechándose de las ventajas naturales, y explotando la sencilla credulidad de sus habitantes y sus cualidades para la guerra, la inaugurada en 1833 hizo su principal teatro del país vasco, que en 7.200 kilómetros cuadrados abriga una población de cerca de 500.000 almas.

«Ahora ha sido también ese país el principal teatro de la guerra que se ha sostenido, y se ha explotado igualmente el sentimiento religioso y la credulidad de sus habitantes. Si á la sazón no había conventos en que se fabricaran cartuchos y se reunieran armas, no ha sido indiferente á algunas tramas el monasterio de Loyola, aunque no todos sus ilustrados pobladores tomaran en ellas parte, é iglesias parroquiales tuvieron depósitos de fusiles, que repartieron algunos curas.

«No estaba seguramente desatendido el clero vascongado, que en muchos pueblos hasta el oneroso diezmo seguía cobrando; pero allí era carlista, y se valió de la religión para soliviantar los ánimos de sus

sencillos feligreses. En el púlpito se predicaba contra los liberales, á quienes se llamaba herejes; en el confesonario se absolvían todos los pecados comprometiéndose el pecador á ir á la guerra, y haciendo que las mujeres estimularan á los hombres á tomar las armas; y á esa guerra fatricida se la llamaba santa, ¡é iria al cielo el que en ella muriese!»

En la exposición que en Abril del 72 dirigió á don Amadeo la Diputación de Guipúzcoa, figuran párrafos de este calibre:

«No es en modo alguno una insurrección política la que ocurrió aquí: es pura y simplemente una rebelión clerical.

Un clero que desde hace tres años viene conspirando pública y abiertamente contra las instituciones que la nación se dió; una docena de ambiciosos que desde el otro lado de la frontera acechaban la ocasión de lanzarse sobre el país, y algunos cientos de campesinos sobrescitados por la incesante y durísima presión que se venía ejerciendo sobre sus conciencias: tales son los elementos que han producido el atentado lastimoso que ha venido á turbar momentáneamente la paz en el tranquilo suelo de Guipúzcoa.

Bandera de religión es la que ha congregado las escasas huestes de los revoltosos, y el carácter genuino de este alzamiento está bien acentuado con el género de propaganda á que se ha entregado desde años atrás con lastimoso estravío el clero de estas provincias.

La agitación clerical de este país data de la revolución de Septiembre; entonces se inició la *cruzada religiosa* que con tan infatigable perseverancia se ha seguido después, escudada por las libertades mismas, contra las cuales se alzaba en son de protesta el bando clerical; y esta cruzada religiosa ha afectado en nuestro país proporciones, carácter y tendencias, con

las cuales es incompatible la existencia de toda sociedad civil medianamente organizada.

De no ponerse coto de una vez á las demasías de quienes hacen tan lamentable uso de su ascendiente sobre las conciencias, la perturbación que hoy sufre el suelo vascongado se reproducirá periódicamente, y este pueblo, tan obligado por su excepcional organización á la lealtad y buena correspondencia con los poderes constituídos en España, será manantial inagotable de disturbios y víctima al fin de sus propios extravíos. Ningun recurso ha omitido; ante ninguna consideración se ha detenido cierta parte sobrado numerosa por desgracia, del clero, para soliviantar las conciencias y empujarlas á la rebelión.

Ha separado por un abismo á liberales y carlistas, presentando en los templos y fuera de los templos al liberal como hereje y al carlista como predestinado.

Ha organizado una cruda persecución contra los así calificados de herejes, negándoles la absolución en la época pascual, retirándoles públicamente la comunión en los templos, acusándoles públicamente ante sus feligreses cuando, obligados por esa persecución, se dirigían á otras localidades á cumplir sus deberes religiosos; concitando contra ellos, en fin, el odio y la aversión de sus convecinos.

Ha inundado de asociaciones políticas, con el carácter de religiosas, el país, asociaciones que se han constituído en verdaderas milicias de la fe; ha fomentado y hecho circular exposiciones contra los actos del Gobierno y las Córtes, que se han convertido en arma poderosa de agitación política; ha facilitado la entrada y custodia de armas de fuego y pertrechos de guerra hasta en las iglesias mismas; y llevando, en fin, la *cruzada religiosa* á las familias, á las elecciones y al combate, los mismos clérigos se han lanzado á la cabeza de feligreses suyos, así para llevarlos á los comicios como para acaudillarlos en los campos.

Y esta acción abiertamente belicosa y turbulenta de esa parte del clero, se ha venido ejerciendo al amparo de una completa é inconcebible impunidad por parte de sus superiores gerárquicos.

Clérigos de cuyas iglesias se extrajeron armas para el alzamiento de 1870, han continuado en quieta posesión de sus prebendas; sacerdotes que se sublevaron en 1870, y emigraron y volvieron amnistiados, han vuelto á ocupar sus plazas; y ni una voz sacerdotal se elevó entonces contra los que se alzaron á promover los horrores de una guerra civil, las luchas entre hermanos, la desolación y la ruina; y ni una palabra de reprobación ó protesta se ha pronunciado ahora contra los que en mayor escala se han lanzado á reproducir mayores desastres.

La provincia, al dirigir su voz á V. M., no puede menos de denunciar altamente un estado de cosas tan anormal, un desprecio tan vituperable de sagrados deberes, un reto tan audaz á las instituciones y á los poderes legítimos de la nación.

La Sede vascongada, á la que ya Guipúzcoa negó legítimamente desde 1869 su tributo, el *obispado de Vitoria*, es el origen y causa primordial de estas turbulencias y de la febril agitación á que se ha traído al país.

Desde el obispado se han dirigido los alzamientos de 1870 y 1872. Desde allí ha organizado y sostenido su propaganda agitadora un canónigo procesado y emigrado hoy por conspirador: el obispo de la diocesis le conserva sin embargo á este canónigo su plaza.

Allí se conocen todos los actos de propaganda, todos los actos de rebelión de los clérigos que han abandonado sus feligresías: el obispo de la diócesis no ha pronunciado, sin embargo, una palabra de reprobación contra esos clérigos, y les conserva sus plazas tambien.

Allí se sabe hoy mismo que no baja de 40 el número de sacerdotes que han salido con las partidas

rebeldes: el obispo de la diócesis no ha dirigido, sin embargo, ninguna pastoral ni palabra alguna de paz y mansedumbre á sus subordinados.

Con tales elementos conjurados en daño de la paz pública en esta provincia; con un desenfreno tal en hacinar conbustible para su conflagración, y tal impunidad en los fautores principales de la rebelión, no es mucho que al cabo de dos años de conspiración incesante hayan podido arrancar de sus hogares tantos colaboradores del alzamiento.»

Pues lo mismo que en la segunda, ocurrió en la primera y ocurrirá en la tercera: el clero será el que prepare, aliente y sostenga la guerra, excite el entusiasmo y mantenga la fe.

Era tal la persuasión en todos de que el clero era el sostenedor de la guerra, que el general Concha, al ser recibido en Junio del 74 en Lerín por el Ayuntamiento y el clero, pronunció estas palabras, dirigiéndose al último:

«Tendréis que marchar á las montañas á defender á ese rey que manda fusilar al que habla de paz. Esa palabra santa que no sabéis apreciar y que olvidáis en vuestras predicaciones, esa paz con que os hemos brindado, habéis de pedírmela antes de poco con lágrimas en los ojos.»

Y á los curas de Lodosa les dijo en la estación del ferrocarril:

«Ese clero, cuya misión es predicar la paz, pues así se lo preceptua y ordena el Evangelio; ese clero debe saber, para decírselo á sus crédulos oyentes, que el pretendiente á rey que se llama Carlos no ha podide aun ir á Roma á besar los piés al Papa, que le rechaza.»

Y como quiera que los que le escuchaban no querían cubrirse, á pesar de su invitación, les dijo:

«Señores, menos humildad y más lealtad.»

Cual era la conducta de los curas en la facción,

nos lo dijo el general carlista Elio al presentar su dimisión «si no se separaba á Santa Cruz y á los curas que mandaban partidas en la provincia. «Al pie del altar, elevando oraciones por el triunfo de la Iglesia, auxiliando á los heridos y animando al combate en el campo de batalla, es su misión; no se salgan de ella, y cumpliendo con su deber, Dios les bendecirá.»

Los agentes que el carlismo tenía en Roma, entre los cuales descollaba el maestre escuela de la catedral de Sigüenza, don Fidel Rueda y Crespo (*Silvio*), trabajaban furiosamente por allegar recursos que enviaban inmediatamente, y mantenían la inteligencia entre el Vaticano y el campo carlista.

Por la influencia del canónigo citado, ora oponía el Vaticano obstáculos para que doña Isabel fuese á confirmar sus hijas en Roma; ora calmaba la ansiedad de la corte pontificia por saber la rendición de Bilbao; ya conseguía que el Papa concediera verbalmente á los carlistas el uso de la Bula de la Santa Cruzada; ya que el día de las Candelas bendijera dos para don Carlos y doña Margarita en calidad de príncipes; y en poco estuvo que, á propuesta del arzobispo de Malines, no se obtuviese una autorización de Roma para disponer en favor de los carlistas del dinero de San Pedro recaudado en las cinco diócesis de Bélgica.

Cuando Manterola fué á Roma para protestar en nombre de don Carlos del nombramiento de obispos hechos por Castelar, escribía:

«Su Emma. el cardenal Antonelli, cuantas veces ha hablado de S. M. en el largo curso de nuestra conferencia, le ha designado constantemente con el nombre de «El Rey» y al despedirme me ha dicho: «Debemos esperar que todo esto terminará pronto para la felicidad del Rey y de España.

«Hoy mismo (28) recibo la invitación de la Antecámara Pontificia para la audiencia privada que Su

Santidad se digna concederme mañana á las seis de la tarde.»

No descansaba el clero en sus trabajos en favor de don Carlos.

«En la anterior guerra de los siete años, dice Pirala al hacer consideraciones sobre la conclusión de la última, hubo un partido apostólico en antagonismo con el elemento jóven y distinguido del carlismo; una parte del partido clerical en esta última lucha no pudo hacer del nieto el instrumento que consiguió hacer de su augusto abuelo, y no fué tan preponderante en la política, aunque ejercía influencia en algunas corporaciones y en las masas; y ya predicando guerra y repartiendo armas, ya efectuando misiones, rogativas y funciones religiosas pidiendo la protección en favor de las armas, sostenía la fe y alentaba el entusiasmo.»

Mientras el clero era el auxilio más poderoso del carlismo, y se daban ejemplos como el del obispo de Urgel sin que ninguno de sus compañeros de ministerio protestase contra su indigna é inhumana conducta; mientras se contaban por miles los curas que empuñaban la armas y por centenares los conventos convertidos en arsenales de la facción, y se hacía en el púlpito propaganda carlista y alarde público de adhesión á don Carlos en actos religiosos, los conservadores, apenas llegados al poder por obra y gracia de la restauración, proclamaban una política de concordia y reparación para con el clero.

Las consecuencias de esta política y de este modo de acabar una guerra como la carlista, ya la estamos viendo. Los partidarios del absolutismo la han aprovechado para prepararse y amenazar con una nueva serie de horrores al país.

Tan convencido está el carlismo de que sin el cle-

ro nada es ni nada puede, que el 14 de Noviembre de 1875, á raíz de su derrota, autorizó el Pretendiendiente á don Victoriano Aguado, beneficiado de la catedral de Toledo y catedrático del Seminario de Vergara, para nombrar juntas y reunir recursos á fin de renovar la guerra en las provincias de Toledo y Ciudad Real.

¡Pobre España, luchando heróicamente por la libertad, mientras el clero, desde el Papa hasta el último cura de aldea, realizaban los esfuerzos imaginables para arrebatársela, haciendo del robo un punto de partida, del incendio un medio y del asesinato un fin! ¡Infelices madres, criando hijos para que muriesen por las predicaciones del que se los bautizaba! ¡Desventurados padres, afanándose para dejarles un bienestar, que desaparecía á voluntad del primer bandido que tomaba á su cargo el vengar supuestas ofensas inferidas á Dios!

Y no nos engañemos creyendo que el espíritu carlista que domina al clero ha desaparecido. Está hoy más vivo qne nunca.

Años después de terminada la lucha estuvo en Villafranca (Guipúzcoa) el jesuíta Echevarría y confesó á uno que había sido voluntario liberal. Al saber estó se negó á absolverle si no le daba palabra de hacerse carlista; el penitente protestó y el jesuíta le dió una bofetada.

Sujetó el exvoluntario á aquel miserable en vez de estrellarle contra las tablas del confesonario; contó después al párroco lo ocurrido y éste trató de calmarle rogándole que no lo refiriera.

Un periódico de San Sebastián llamó la atención del país vasco, del gobierno y de toda España sobre la propaganda carlista que el jesuitísmo hacía, aprovechándose de la tolerancia criminal que se tiene con él y de las condiciones geográficas, económicas y sociales de aquella región, artículo que terminaba de

ro nada es ni nada puede, que el 14 de Noviembre de 1875, á raíz de su derrota, autorizó el Pretendiendiente á don Victoriano Aguado, beneficiado de la catedral de Toledo y catedrático del Seminario de Vergara, para nombrar juntas y reunir recursos á fin de renovar la guerra en las provincias de Toledo y Ciudad Real.

¡Pobre España, luchando heróicamente por la libertad, mientras el clero, desde el Papa hasta el último cura de aldea, realizaban los esfuerzos imaginables para arrebatársela, haciendo del robo un punto de partida, del incendio un medio y del asesinato un fin! ¡Infelices madres, criando hijos para que muriesen por las predicaciones del que se los bautizaba! ¡Desventurados padres, afanándose para dejarles un bienestar, que desaparecía á voluntad del primer bandido que tomaba á su cargo el vengar supuestas ofensas inferidas á Dios!

Y no nos engañemos creyendo que el espíritu carlista que domina al clero ha desaparecido. Está hoy más vivo que nunca.

Años después de terminada la lucha estuvo en Villafranca (Guipúzcoa) el jesuíta Echevarría y confesó á uno que había sido voluntario liberal. Al saber esto se negó á absolverle si no le daba palabra de hacerse carlista; el penitente protestó y el jesuíta le dió una bofetada.

Sujetó el exvoluntario á aquel miserable en vez de estrellarle contra las tablas del confesonario; contó después al párroco lo ocurrido y éste trató de calmarle rogándole que no lo refiriera.

Un periódico de San Sebastián llamó la atención del país vasco, del gobierno y de toda España sobre la propaganda carlista que el jesuitismo hacía, aprovechándose de la tolerancia criminal que se tiene con él y de las condiciones geográficas, económicas y sociales de aquella región, artículo que terminaba de

este modo: *El clero vascongado y el jesuitismo son las fuerzas y agentes del carlismo.*

Y este no es un hecho aislado. Oigase lo que dijo poco después el P. Mateos Gago, en un periódico de Sevilla, dirigiéndose á un carlista picado de liberalismo:

«A la revolución no le dan miedo los curas, me dice usted, sino los que pueden tomar un fusil...» Es preciso leer estas cosas con la firma al pie, para creer que usted es capaz de escribir tamañas atrocidades. Porque dígame, por Dios; ¿ha concebido alguien la idea de un ejército católico sin ese elemento que ha de formarlo, y que usted llama, como cualquier liberal, *los curas?* No; la revolución no teme mas que á *los curas*, y se reirá siempre de esos que pueden coger el fusil, si no hay *curas* que se lo preparen.»

Esta franqueza brutal ahorra toda clase de demostraciones, mucho más habiéndola usado uno de los sacerdotes más ilustrados y sinceros que ha tenido España.

No hemos de prescindir, porque completa nuestro pensamiento, de llamar la atención sobre otra forma de propaganda, igual en el fondo á la del jesuita y el cura citados, y más nociva aun, porque hiere sin darle á la víctima pretexto para lanzar un grito. Esta:

Revisado por sacerdotes competentes y aprobado por el obispo de Madrid, se publicó el 96 un *Catecismo católico de la doctrina cristiana,* en que se lee:

«P.—¿De que árbol es fruto lo que llaman civilización moderna ó Liberalismo?

R.—Del árbol sectario.

—¿En qué, pues, consiste esa civilización ó Liberalismo?

—En los errores que á fines del siglo XVIII proclamó la gran revolución, conocidos con el nombre de principios de 1789.

—¿En qué se resumen?

—En desentenderse de Dios y de su Iglesia, en todo ó en parte, para al gobierno de los pueblos.

—¿Puede la Iglesia admitir esa política?

—Jamás, porque Jesucristo dijo que nunca los poderes del infierno prevalecerían contra la Iglesia.

—¿Cuáles son los principios liberales?

—Los de 1789, que brotan de no hacer caso de lo que mandan Dios y su Iglesia en el gobierno de los pueblos.

—Decidme algunos.

—Los que llaman soberanía nacional, libertad de cultos, imprenta y enseñanza, moral universal y otros así.

—¿Qué consecuencias salen de ahí?

—Escuelas laicas, periódicos impíos y deshonestos, matrimonio civil, templos heréticos en países católicos, abolición de inmunidades eclesiásticas, usura sin tasa, infracción impune de las fiestas etc.

—¿Qué dice la Iglesia de todo esto?

—Que son cosas funestísimas y anticristianas.

—¿Es hostil á la Iglesia todo gobierno liberal?

—Evidentemente; pues quien no está con Cristo está contra Cristo.

—Entonces, ¿peca quien es liberal en política?

—Ciertamente, porque en la política liberal consiste el Liberalismo que la Iglesia condena.

—¿Y si entiende por liberal una cosa que el Papa no condena?

—Peca en llamarse liberal sabiendo que el Papa condena el Liberalismo.

—Explicádmelo con un simil.

—Sería como si yo me llamase mahometano, porque me gustaba el turbante, ó evangélico, porque creo en el santo Evangelio.

—¿De modo, que el católico ha de ser antiliberal?

—No hay duda, como ha de ser antiprotestante.»

Con estas doctrinas, con la tolerancia de los libe-

rales y con la protección decidida que alcanzan en altas esferas ¿cómo extrañar que se atrevan á todo ya los carlistas?

Un hecho bien reciente, el de los párrocos de Madrid que asistieron al banquete celebrado por los carlistas para festejar el cumpleaños del que llaman su rey, firmando después el telegrama de felicitación que le dirigieron, confirma lo que antes decimos, esto es, que se atreven ya á todo. Y si se atreven en Madrid ¿qué no harán en las aldeas vascas y en los pueblos del Maestrazgo y Cataluña?

Cuando nos hablan del cura ideal, del cura que ama, que consuela, que se sacrifica, nos sonreimos tristemente y exclamamos para nuestros adentros: *¡lástima grande que no sea verdad tanta belleza!* El verdadero cura en España, el auténtico, el de marca de fábrica no es ese; es el que predica constantemente el exterminio de los liberales; el que les niega la sal del bautismo al nacer y el hisopazo de agua bendecida al morir; el que abomina de sus ideas, y le maldice y lo excomulga.

El que al saber que en cualquier punto ha enarbolado alguien la bandera del absolutismo, tira la estola y cíñese la canana, echa la llave al sagrario, abre el cajón de la sacristía donde guarda los cartuchos, y, abandonándolo todo, corre valerosamente al lugar donde se pelea en nombre de Dios.

No hay que hablar de otro cura que de éste, que celebra el sacrificio de la misa después de haber cooperado al de unas cuantas criaturas humanas, y que pudiera muy bien ahorrarse la consagración del cáliz, porque la sangre que sus manos chorrean, manchando la hostia al alzarla, semejaría mejor y más propiamente que el vino la derramada en la cruz por el hijo del carpintero.

De este cura, para quien es hermosa la llama del incendio porque purifica, salvadora la bala del fusil

porque abre portillo en el cuerpo del liberal, para que así su alma escape por él al infierno; santo el despojo, porque á nada tienen derecho en la tierra los que no miran al cielo.

De este cura que lanzó sin piedad á los españoles unos contra otros en dos largas y sangrientas guerras que segaron en flor dos generaciones, y que vió que el incendio seguía á la matanza, la violación al incendio, el asesinato á la violación, sin que jamás saliera de sus labios una frase condenatoria de tales crímenes; que tampoco tuvo compasión después de esas ancianas flacas y trémulas, que recuerdan todos los días, entre los bostezos del hambre y los estremecimientos del frío, al hijo mutilado por las hordas carlistas; ni de los pobres huérfanos que han contado los días por los mendrugos de pan que dejaron de comer; ni de las desgraciadas viudas que han muerto honradas en sus tristes buhardillas; ni de las jóvenes que han buscado en la prostitución el pan que alimenta aun cuando amargue...

Ese es el cura típico; el que se dice amamantado en la moral de Cristo, y odia; abrasado en el fuego de la caridad, y asesina; torturado en su propia carne por el dolor que macera la del prójimo, y deja á las madres sin hijos; el que se alaba de ostentar en sus sienes como prueba de su estirpe celestial la corona de espinas del que entre su gotear sangriento perdonaba á sus enemigos, y sólo sabe lanzar gritos de maldición; ese es el cura español que promueve la guerra civil alimentando un fanatismo político que no sabe sentir, ni perdonar, ni llorar...

Un libro que ha alcanzado gran celebridad, por haber sido puesto en el *Indice*, el del jesuíta Mir, titulado *Los jesuitas de puertas adentro, ó un barrido hacia afuera en la Compañía de Jesús*, nos acaba de decir que los jesuitas continúan al lado de don Carlos. Copiemos textualmente:

«Todavía se celebra entre ellos (los loyolas) un famoso *Te Deum* que se cantó en una casa que tenian en Francia cerca de T. Eran los días del sitio de Bilbao por los carlístas, que fué muy largo, como todos saben, y que tuvo muchos incidentes y peripecias. Aguardaban los jesuitas ansiosamente los resultados, y á cada rumor que les venía se ponían con el alma en un hilo. De pronto les llega á sus oidos que Bilbao había sido tomado por los carlistas. La noticia era falsa, pero exaltó terriblemente los ánimos; así fué que dejando todos sus ocupaciones, empiezan á alborotar la casa, coge cada cual lo primero que halla á la mano, un palo, quién una escoba, quién un almirez ú otro instrumento ruidoso y arman con ellos un ruido infernal; y no contentos con esto van á la capilla y se ponen á cantar un *Te Deum*, saliendo á entonarlo tres sacerdotes, cada uno con su eapa pluvial; desatino litúrgico, síntoma de los innumerables que bullian en sus cabezas.

«Otro *Te Deum* se cantó en P. al saberse la muerte de don Manuel de la Concha, en acción de gracias á Dios por el desastre que causó este acontecimiento en el ejército liberal. Por cierto que este *Te Deum* no obstó años adelante para que los mismos que tomaron parte en él viviesen en la mayor harmonía con los parientes inmediatos de aquel general y aún los contasen entren sus más asiduos devotos.

«Por supuesto era cosa obligada en aquellos días el rezar en las letanías la oración *pro rege nostro Carolo VII*. A propósito de lo cual pasó un caso que no deja de tener gracia. Habia ido en cierta ocasión á Poyanne, con no sé qué motivo, un personaje liberal, y como les convenía á los jesuitas tenerle propicio, le tuvieron alli unos días entreteniéndole y regalándole y metiéndole por todos los rincones. Una de las confianzas que hicieron con él fué permitir que asistiese al rezo de las susodichas letanías. El que rezaba, no teniendo noticia de la presencia del personaje, al lle-

gar al punto de la oración en favor de nuestro Rey y Señor Don Carlos VII, la empezó á decir en alta voz como los otros días; advirtió esto el Provincial que se hallaba presente y de pronto empieza á estornudar y á meter ruido con los pies á fin de apagar la voz del que rezaba, á fin que no llegase á los oidos del personaje el fatídico nombre de Carlos VII. Los presentes, al oír aquel ruido y cayendo en la cuenta de su significación, no pudieron menos de sonreírse á pesar de lo sagrado del lugar y de la solemnidad del acto.

«Mas todas estas simplezas y necedades eran en alguna manera disculpables en el estado de alarma general en que todos los españoles vivían aquellos días; eran resultado de un entusiasmo inocente, pero sincero en algunos y por lo tanto disculpable. No así otras cosas que pasaron después. Porque acabada la guerra civil y vueltos los jesuítas á sus casas, é instalados en ellas gracias á la generosidad de los libelos, acatando por lo menos pasivamente el nuevo orden de cosas, sobre todo si atendían al ejemplo que les daba en esto el Supremo Jerarca de la Iglesia; más no sólo no fué así si no todo lo contrario, habiendo tomado en ellos tal incremento la pasión política, que aun superó al que tuvo en los días militantes del carlismo.»

«Mas apagáronse, idealmente se entiende, las llamas de la Inquisición, y vino en pos de ellas el carlismo en su parte concreta y personal; y al tenor que les daban también los periódicos, fué necesario que todo el mundo se pusiese la boina; y entonces sucedió que muchos jesuítas, que aún en tiempo de la guerra civil habían tenido sus escrúpulos en hacerse carlistas, no los tuvieron en declararse tales y cometer actos que gravemente los comprometían. Uno de ellos fué el siguiente:

«Con ocasión de hacer don Carlos un viaje á las provincias del centro de Italia, como se supiese en

Roma que era su intención acercarse á la Ciudad Eterna, el Sumo Pontífice actual, con la prudencia que le distingue, le hizo saber (así por lo menos lo dijeron los periódicos de entonces) que creía conveniente que no se llegase á Roma, sin duda por los compromisos quo pudiera traerle su presencia en el Vaticano. Los jesuitas, quiero decir, el M. R. P. General y su curia no pensaron así, antes dejando á un lado este noble ejemplo de prudencia y de razón de Estado, al ir don Carlos á Fiésole le recibieron con pendón y cruz alzada, saliendo á despedirle á la escalera el M. R. P. General con toda su curia, y tratándole como á verdadero monarca, según lo dijeron los periódicos de aquellos días.»

La pertinacia y la impenitencia del clero predicando y fomentando la rebeldía, llegó en la segunda guerra á un extremo nunca visto.

Los mismos conservadores, partidarios de una política de tolerancia con el ultramontanismo, se expresaban así en 1875 por medio de uno de sus más autorizados periódicos:

«En nombre de esa religión de paz y mansedumbre cuyos más santos misterios se celebran hoy (era por Semana Santa) *sucerdotes indignos*, dejando el crucifijo para empuñar el fusil, predican y practican el exterminio de sus habitantes, y en vez del sacrificio de la misa disponen otros sacrificios cruentos en que caen bajo el plomo y el hierro millares de víctimas humanas.

«Explotando los instintos belicosos de los habitantes de algunas provincias y valiéndose de su ignorancia, los apartan de las faenas agrícolas donde ganan el pan de sus hijos, para lanzarlos contra los que debieran ser sus hermanos...

«España carece de brazos para el taller, para la fábrica, para la tierra, porque la juventud toda se ve arrastrada al Norte para defender la libertad contra

esta nueva irrupción de bárbaros del absolutismo...

«¿Quién nos desacredita y nos humilla y nos deshonra fuera de España, como nos arruina y nos desangra dentro de ella? Los carlistas, siempre los carlistas, que violaron el convenio de Vergara, que han faltado al de Amorevieta, que al acecho de una revuelta, de una perturbación en los partidos liberales, tienen siempre aguzado y dispuesto el puñal para clavárselo á la nación por la espalda.

«Por eso, á pesar de ser Viernes Santo, la amargura rebosa á borbotones de nuestro corazón y la pluma se resiste á trazar palabras de misericordia, porque la piedad para con los verdugos es una burla sargrienta para las víctimas.

«El perdón para el culpable reincidente, incorregible y contumaz, podrá ser muy cristiano, pero no es, ni ha sido nunca, ni puede ser jamás conveniente ni político.»

La confirmación más palmaria de la influencia clerical en la guerra carlista, es la recogida por Mariano Araus en Mayo del 74 estando como corresponsal de *El Imparcial* en el ejército del Norte, y que él resume en estas elocuentes frases:

«Las pobres mujeres, engañadas como siempre respeto de los procederes del ejército liberal, querían sin duda comprar á fuerza de atenciones el respeto á las vidas, á las haciendas, á las personas carlistas...

«Medio asombrada por tanta magnanimidad, esta gente se volvía más comunicativa, y á poco que se profundizara en su ánimo, como traté de hacerlo para investigar las causas de la obstinación carlista, quedaba uno plenamente convencido de que el resorte principal, casi único que mueve hoy, como ha movido otras veces á estas provincias, sobre todo á la de Vizcaya, es el clero, y no precisamente el parroquial, sino esa multitud de sacerdotes que de una

manera anómala y no sé si decir anticanónica, pululan por estas aldeas consagrando sus ocios á la propaganda política so capa de religión, abominando, como es natural, de todo lo que pueda abrir á la luz estas pobres inteligencias. Así se explica el prodigioso número de curas que acompañan al ejército carlista. No hay apenas un pueblo que no haya enviado su sacerdote á las filas del pretendiente...

«Qué quiere usted que hagamos, si los curas nos *mandan* ir á defender la religión?» Esta es la contestación que dan hombres y mujeres cuando se trata de hacerles comprender lo torpe de su conducta.»

En la circular pasada á nuestros representantes en el extranjero en 29 de Julio de 1874, decía el ministro de Estado:

«La defensa de la religión, que el pueblo español en masa profesa y venera, ha servido á veces de pretexto hipócrita para la rebeldía, y hoy se invoca también por el fanatismo con más fervor aparente que nunca. ¡Pobre recurso, por cierto, que así se emplea bajo un régimen de tolerancia religiosa, como se empleaba ántes cuando el culto católico era el único permitido, y el ejercicio de cualquiera otro tenía en el Código penal una sanción severa! Además, hablar de la religión y de sus sublimes preceptos, y ver á muchos ministros del altar colocarse al frente de bandas que saquean y asesinan; hablar de la religión y profanar sacrílegamente sus ritos entre la depredación y la matanza; hablar de la religión y tomarla como instrumento para satisfacer instintos vengativos y sanguinarios, es un contrasentido más repugnante que el cínico alarde de descreimiento que suprime audazmente toda moral y toda conciencia.»

En la primera guerra ocurrió lo que después en la segunda: el clero la preparó y la sostuvo. Que hablen autoridades irrecusables:

«El odio y el horror á la Constitución se predicó en

los púlpitos, en el confesonario y en el seno de las familias cual texto evangélico. Mezclado el veneno torcida y groseramente con la santa doctrina, creyó la parte ignorante del clero que sólo esto bastaría para restaurar su influjo sobre los conmovidos cimientos de la vieja política y para combatir la nueva á sangre y fuego. El plan no era desacertado si llegaba por acaso á producir todo el daño de la intención, pues á pesar de no existir todavía en la conciencia de los pueblos un sentimiento de aversión tan arraigado como el clero suponía contra el ensayo liberal de 1820 á 1823, muchas simpatías se habían enagenado el desconcierto y exageración de aquellos tres años de verdadera fiebre política, capaz de destruir para el porvenir con todos los ánimos hasta el deseo de las reformas, siempre anheladas por las naciones infelices. *Guerra civil de 1833 á 1840 en Aragón y Valencia.* El general San Román.

Espoz y Mina dirigió en Febrero de 1836 una circular á los diocesanos de Cataluña, en la que se hacía eco del sentimiento general acerca de la participación del clero en la guerra. En ella decía:

«Bien conocida es de todos la influencia que no pocos individuos del clero han ejercido en el desarrollo de tantas calamidades, en vez de emplear, como debieran, todos los medios que les presta su sagrado ministerio para la conservación del orden público. Por tanto, creo oportuno dirigirme á usted, al efecto d que en estos momentos preciosos, en que se va c^e nsolidando la tranquilidad, emplee con eficacia las m^oedidas que caben en el círculo de su jurisdicción, prescribiendo desde luego la más exacta observancia á los reales decretos, etc.»

«Me consta que en algunos pueblos se hallan desempeñando curatos y otras prebendas eclesiásticas individuos que, durante los pasados trastornos, han puesto en resorte los cábalas y artificios de la más

pérfida sujestión para aumentar las filas de los rebeldes.

«El prestigio de tales eclesiásticos en sus feligresías no puede menos de ser un obstáculo muy poderoso al sólido restablecimiento de la tranquilidad, pues sus amonestaciones en favor del orden y del gobierno legítimo se mirarán como un engaño ó solapado artificio por los que lo han defendido con las armas en la mano, al paso que las familias que han sido víctimas de la sugestión de depravados consejos del eclesiástico infidente, contemplarán en éste al autor de sus infortunios, y la sana moralidad de los pueblos desaparecerá por causa de tan imprescindible irritación de los ánimos.

«Se hace imprescindible la renovación de los curas párrocos y demás eclesiásticos que en sus respetivas feligresías han extraviado la opinión por cualquier medio que sea, reemplazándolos con otros que á su aptitud reunan el concepto de adhesión al legítimo gobierno, sobre cuyo punto no habrá motivo que pueda eximir á usted de la más severa responsabilidad.»

Conclusión del fiscal en la causa de infidencia seguida en Cádiz contra don Antonio Sanchez del Villar, dean de la catedral de Córdoba, y don Simón Tadeo Pastrana, canónigo de la misma, leída ante el Consejo de Guerra el 25 de Enero de 1837:

«La voz de la humanidad, resonando en mi corazón, más de una vez me ha hecho verter lágrimas á la vista de esos infortunados; pero el grito de la patria, asesinada por su traición, el llanto de sangre de los parientes de tantas víctimas sacrificadas por la espantosa guerra intestina que devasta el país, la vindicta pública ultrajada, la voz, en fin, de 11 millones de españoles que claman por la venganza de las leyes, sofocan toda mi sensibilidad, y hacen que mis labíos á cada paso se entreaban para pronunciar un

fallo terrible. Tiemblo antes de proferir esas palabras fatales, palabras que no vertería jamás sin haberme convencido del crimen de los acusados.

«Alto y ejemplar castigo reclaman los tres vocales de la junta rebelde de Córdoba, no sólo porque sirvieron al cabecilla Gómez en la invasión á las Andalucías, sino porque, monstruos de ingratitud, volvieron la espalda á la reina á la que juraron obediencia y amor, y por la que conservaban sus no merecidas dignidades.

«Dos de ellos, ministros del Altísimo, fueron perjuros al juramento que prestaron ante el altar santo, y no contentos con perpetuar este delito, se ofrecieron en escándalo á los pueblos, recorriéndolos con la facción y haciéndose cómplices en las violencias, en los robos, en los incendios, en las muertes que cometieron esos nuevos vándalos...»

De los siete vocales que constituían el tribunal, tres, entre ellos el Presidente, votaron la pena de muerte en garrote, y cuatro por 10 años con retención á un castillo y confiscación de bienes.

El Consejo Supremo confirmó la sentencia de la mayoría. Como habia curas de por medio no quisieron atreverse ¡Y querían concluir así la guerra!

Don Modesto Lafuente, en su famoso *Fr. Gerundio*—10 de Agosto de 1838—escribió lo siguiente, con motivo de la carta excomunión del faccioso obispo de Orihuela contra el gobernador eclesiástico de su diócesis, carta que el cabildo acordó obedecer.

«Hace tiempo que los partidarios del pretendiente y principalmente los malos sacerdotes que han abrazado su causa, arrastrados del vil interés, trabajan por dar á la guerra civil, puramente civil y política, el caracter de guerra de religión, pensamiento el más dañado é intención la más depravada que pudiera abrigarse en el corazón del hombre, porque la guerra religiosa es de todas las calamidades la mayor que

puede sobrevenir á un pueblo, y más que á ningún pueblo, al pueblo español.

Al efecto emplean, entre otras armas vedadas y que hieren á traición, esas excomuniones con que aterran á los tímidos, seducen á los sencillos, arrastran á los fanáticos y pretenden cristianizar el horrendo crimen de rebelión con que se han ennegrecido; excomuniones que yo no puedo creer emanen de la autoridad del romano Pontífice, á quien hago la justicia de suponer más instrucción, más religiosidad, más apostolicismo. Y si el respetable jefe de la Iglesia, á quien venero, hubiera tenido la desgracia de autorizarlas, más por error de entendimiento y de falta de conocimiento de causa (que es posible) que de voluntad, sé hasta qué punto debía respetarse su anatema, porque sé el sentido en que debe tomarse el decantado *sententia pastoris* que se me objetaría.

«Así, pues, *Fr. Gerundio* no tiene rebozo en levantar su voz y decir con la confianza de quien no tiene por qué ser censurado y aparecer sospechoso en la materia: «Pueblos, esta no es una guerra de religión, como os intentan persuadir algunos falsos apóstoles para que auxilieis sus intereses y sus crímenes, para que seáis los instrumentos de sus pretensiones y su ambición, no; la cuestión es puramente política y civil, y esta será siempre su linea. No temáis esos anatemas de terror; *Fr. Gerundio* cargaría sin temor con la responsabilidad de todos ellos, porque la creencia, la religión, las virtudes, no se pueden arrancar á quien no quiere soltarlas. Los hombres religiosos jamás fueron rebeldes; la religión de esos es el interés; sus anatemas, ardides para alucinaros y aterraros.»

A los que afirmen que la guerra carlista ha sido ó podrá ser una guerra de moralidad y de religión contestéseles con esas elocuentes palabras del católico, sabio y respetable historiador don Modesto Lafuente.

Repitámoslo una vez más.

De todas las infamias que cometen los carlistas, ninguna mayor que la de aparentar la religiosidad que no sienten para embaucar á los infelices que destinan á carne de cañón y para que el clero los siga ayudando de la manera eficaz que lo ha hecho siempre.

Entre los criminales de todas clases que formaban la Corte carlista y que no reparaban en medios para amparar ladrones y asesinar honrados; entre aquellos bandidos eclesiásticos y seglares que formaban el bando apostólico odiados por cuantos se batían, porque no se dedicaban á otra cosa que á denostarlos y á excitar á pueblos y batallones á sublevarse contra ellos, pidiéndoles que dieran batallas imposibles y alcanzasen triunfos más imposibles aún; entre aquella chusma á quien Cabrera llamaba la *parte de sacristía* y que deseaba eliminar, era donde aquel imbécil Carlos V. buscaba sus consejeros, sus hombres de confianza, entregándose á ellos tan completamente, que podía exclamar con mucha razón su confesor el Padre Larraga; «dentro de este santo hábito (el suyo) está todo el gobierno de Carlos V.»

Por esto en la Corte abundaban las funciones de Iglesia y se pasaba el tiempo celebrando rogativas públicas y secretas. Entre éstas fué célebre la decretada el 25 de Julio de 1835, en que se mandó que se «invocase la poderosísima intercersión de la Virgen santísima Nuestra Madre, bajo cuya tutela y especial amparo juro y pongo de nuevo mis armas y la suerte de la monarquía.»

Al cumplimentar este decreto el vicario general castrense, don Juan Echevarría, encargado por delegación de Roma de la jurisdicción eclesiástica en el reino de Navarra, exhortó á todo el clero y habitantes de la provincia á llevarla á efecto con el mayor fervor, y á decir á Dios con la mayor confianza:

«Dios de misericordia, no os escondáis, no os hagáis el sordo á nuestras súplicas; este triunfo nos lo

habéis de conceder absolutamente; tenemos en nuestro favor á nuestra misma Madre Dolorosa, y no os dejaremos nunca hasta haberlo conseguido.»

Lo malo para ellos fué que Dios siguió haciéndose el sordo, y... hasta ahora. Aunque bien mirado, ¿qué caso había de hacer de una gente entre quien, segun ese mismo Echevarría, abundaban los más grandes vicios?

Dígalo si no el infante don Sebastián, que, según Pirala, en medio de todo era hombre ilustrado y serio, y que tuvo desde el principio que luchar con la prevención del bando apostólico, que le hizo una guerra innoble.

Don Sebastián procedía con prudencia, pero no desperdiciaba coyuntura para poner en evidencia á aquellos hipócritas.

En cierta ocasión un oficial ganó un reloj al juego, y al ver que en un secreto del guarda-polvo tenía un esmalte obsceno representando un fraile y una monja, se acusó en confesión de tenerlo. Se lo pidió el cura y lo llevó á don Sebastián, el cual le dijo:

«Le agradezco su celo por la moralidad del ejército; pero le encargo una cosa, y es que estos asuntos se lleven al comandante del batallón, no al general, que no halla para esto otro castigo que este»....

Y cogiendo un cortaplumas, *raspó un pequeñísimo trozo* del esmalte y devolvió al cura el reloj para que lo devolviera á su dueño.»

¡Brava manera de unir lo moral y lo religioso llevando hasta en el esmalte de los relojes escenas místico-pornográficas! ¡Qué hipócritas y qué canallas!

Para que se vea el estado á que trajo á España la mal llamada guerra religiosa, vamos á terminar este *Folleto* copiando un párrafo de la circular de los gobernadores eclesiásticos de Tortosa dirigida á los párrocos, publicada en la *Gaceta* del 23 de Septiembre de 1836.

«Van á contarse cinco años desde que la discordia sacudió sobre nosotros su abominable cabeza, fulminando contra España la sentencia de muerte y desolación. ¡Las llamas que levantan hasta el cielo las poblaciones y los caseríos incendiados; ese lago de sangre de nuestros hermanos, bárbaramente sacrificados en las aras de esta nueva furia del abismo; la orfandad, el hambre, las enfermedades, la desesperación, la rabia, en fin, formando un confuso alarido.»

Creemos que ningún verdadero católico se atreverá á recusar á esos gobernadores eclesiásticos, que pintaron tan bien á sus correligionarios en tonsura.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 40

ORGANIZACIÓN CARLO-CLERICAL EN LA PRIMERA GUERRA.—FRAILES SUBLEVADOS.—CANÓNIGOS Y CURAS EN ARMAS.—DESTIERRO DE CLÉRIGOS.—ORIGEN DE LA *partida de la muerte*.—ESCÁNDALOS EN EL CONVENTO DE BERUELA.—CURAS TRABUCAIRES EN LA SEGUNDA GUERRA.—ASESINATO DEL GOBERNADOR DE BURGOS EN LA CATEDRAL.—SERMONES SANGUINARIOS.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Cuando se leen los documentos oficiales del carlismo, y sobre todo los manifiestos de los Pretendientes, lo mismo del primero que del segundo, produce verdadera indignación la hipocresía con que invocaban á Dios y lo tomaban por bandera de su causa. Ningún verdadero y sincero creyente se hubiera atrevido á hacerlo para sostener una guerra de exterminio, de la que eran víctimas indistintamente todos los españoles.

El hecho, sin embargo, tiene una explicación sencillísima: los carlistas creían en Dios como cualquier ateo; los frailes sabían demasiado á qué atenerse también sobre esta verdad metafísica; pero á un pueblo subyugado y envilecido por el absolutismo de muchos siglos, sumido en una ignorancia semejante á la barbarie, convenía hablarle en nombre de Dios, de la otra vida, y moverlo, como Mahoma supo mover á los árabes ofreciéndoles el paraíso de las huries, con la esperanza de goces sobrehumanos en una eterna vida de dulzuras celestiales.

Por eso los carlistas, sin creer en Dios, decían combatir en su nombre y por su gloria; y los frailes y los curas, riéndose en su interior de la credulidad de las gentes, atizaban

la discordia á pretexto del mayor brillo y triunfo de la religión, y lanzaban á la cruel pelea á millares de infelices, mientras ellos se ponían á cubierto de todo peligro.

También esto tiene una explicación sencilla.

Trasladémonos con la imaginación á ciento, doscientos ó mil años atrás. ¿Qué veremos? Un rey que no tiene voluntad propia, sino que vive sometido á las más leves indicaciones del clero; una sociedad que no se mueve de un extremo á otro de la península sino al empuje del mismo poder; un edificio que de la cúspide á la base lleva escrita la palabra teocracia.

La propiedad territorial pertenece casi por entero al mismo dueño. Los párrocos, canónigos, beneficiados, obispos, frailes y curas, poseen la mayor parte de los predios y fincas, así rústicas como urbanas, lo cual les permite vivir con un desahogo y comodidad vedados á las demás clases como no sea la aristocrática, que comparte con el clero los frutos de la naturaleza y del trabajo del pueblo. Queda, además en favor suyo la consideración social, que vale tanto como la riqueza, y el poder que la sigue ordinariamente.

El clérigo es inmune é invulnerable; no paga contribuciones, aunque las recibe muy pingües en forma de diezmos y primicias, alcabalas, derechos de altar, donaciones semivoluntarias y otras maneras inagotables, todas igualmente ingeniosas; pero todavía es más digna de estima su inviolabilidad. Los

robos y malos tratamientos de que son con frecuencia víctimas los demás ciudadanos no alegan jamás al eclesiástico, defendido por la doble muralla de la religión y de la ley.

Júzguese ahora, si después de perdidas gran parte, sino todas, de aquellas ventajas, es natural que las echen de menos y sientan la nostalgia del pasado, verdadero paraíso de donde los ha arrojado el ángel exterminador de la revolución. Júzguese si es posible que se resignen á esos crueles cambios de los tiempos y no intenten un supremo esfuerzo para volver á recobrar tantas grandezas, tantos tesoros, tanta felicidad. Pues esto es, ni más ni menos, lo que significa la guerra carlista.

Lo que no se comprende tan fácilmente, es que haya quien se preste á sacar las castañas del fuego para que otro se las coma, que es lo que les sucede á los héroes de las insurrecciones carlistas. Ninguno de ellos, como no sean contados cabecillas, lograría ventaja alguna con la victoria de sus armas; al contrario, las gangas y beneficios serían exclusivamente para la clase que pugna por reivindicar sus perdidas comodidades; ellos tornarían á la condición de *parias* de donde los ha sacado la libertad moderna, volverían á ser el miserable pedestal sobre el cual se levantase otra vez la estatua del absolutismo que ha pesado sobre sus padres durante siglos.

Racionalmente hablando, no deberían levantarse en armas sino aquellos que trabajan *pro domo sua*, los obispos, curas, frailes y explotadores adyacentes.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

ORGANIZACIÓN CARLO-CLERICAL EN LA PRIMERA GUERRA.—FRAILES SUBLEVADOS.—CANÓNIGOS Y CURAS EN ARMAS.—DESTIERRO DE CLÉRIGOS.—ORIGEN DE LA *partida de la muerte*.—ESCÁNDALOS EN EL CONVENTO DE BERUELA.—CURAS TRABUCAIRES EN LA SEGUNDA GUERRA.—ASESINATO DEL GOBERNADOR DE BURGOS EN LA CATEDRAL.—SERMONES SANGUINARIOS.

Reanudamos en este *Folleto* la relación interrumpida en el 30, de las hazañas perpetradas por curas y frailes en la primera guerra.

El decidido y eficaz apoyo que prestaban á las facciones lo demuestra la organización establecida para comunicarse entre sí.

El arzobispo de Tarragona y el obispo de Tortosa eran los jefes de la organización en Cataluña. Transmitían las órdenes al monasterio de frailes Benedictinos de San Feliú de Guixols, en donde estaba la caja principal; de aquí pasaban á los curas de los pueblos, y de éstos á otros eclesiásticos subalternos.

Los curas se reunían para sus deliberaciones cada vez en un sitio, y con este sistema no había manera de interceptar documento alguno, tropezando por todas partes las autoridades con la red de la conspiración.

Y tan bien se entendían y tan perfectamente organizados estaban, que al primer aviso se echaron al campo en número tan considerable, que en una de las primeras acciones sostenida cerca de Tolosa por las fuerzas de Castañón y los carlistas, los liberales recogieron un botín abundante, no de prendas de soldado, sino de cura; iban tantos y corrieron con tal

entusiasmo, que abandonaron ricos ornamentos, casullas, manteos,etc. etc.

El Subdelegado de Fomento de Salamanca dijo al gobierno en 12 de Febrero de 1834:

«Cuando en el parte que escribí ayer á V. E. dije que se notaba movimiento entre los agentes carlistas, no podía figurarme que estuviese tan cerca de abortar el plan más ridículo que han concebido los hombres. El hecho es el siguiente. Unos 20 ó 30 frailes franciscanos, la mayor parte procedentes de dos conventos de la misma religión existentes aquí, se reunieron en un sitio llamado la Percanta, entre dos y tres de la tarde. Allí se entregaron á excesos, gritos sediciosos é insultos, y por último, principiaron á disparar piedras y á perseguir á algunos vecinos que se acercaron á reprenderles. Sería el anochecer cuando se formalizó algo la reyerta con los paisanos, mas la aproximación de la fuerza disolvió aquella reunión. No satisfechos los religiosos con este primer escándalo, se dirigieron á la ciudad, y se presentaron de repente entre ocho y nueve de la noche, formando grupos de ocho ó diez, el uno de ellos en la plaza Mayor, continuando sus hazañas del día con haber acometido á un artillero indefenso, á quien hirieron con un estoque en el brazo. La autoridad, que vigilaba, llegó inmediatamente, presentándose el primero el alcalde ordinario del cuartel de San Martín, mas fué acometido y atropellado por los frailes. El pueblo entonces, indignado de que estuviesen tan á deshora fuera de su convento, tomó parte, y hubiera dado fin de los perturbadores, si la intervención de las autoridades superiores y la presentación de los urbanos no les hubiera salvado de la muerte inevitable. Los frailes se resistieron á la justicia, mas en el acto fueron hechos cinco prisioneros, fugándose los demás por otros puntos. A las diez de la noche se hallaban todos presos en la cárcel públi-

ca y registrados los conventos sospechosos. Mientras esto sucedía, otro grupo de ocho ó diez frailes, como á las nueve de la noche, validos del corto número de gentes que transitaban por la calle del Prado, dieron gritos de *¡Viva Carlos V!*, y se ocultaron en su convento, que estaba próximo. En la fuga arrojaron los frailes varias armas y todavía se les encontraron después algunas navajas de uso prohibido.»

En la partida sorprendida y copada el mes de Febrero en una casa de campo del condado de Centellas, (Barcelona) iba el fraile de agonizantes fray Pablo Tusquellas.

El coronel Echaza derrota en Arlaban una partida, aprehendiendo á su jefe, el canónigo don José Arbulo, que fué fusilado en Vitoria vestido de uniforme.

En cumplimiento del decreto de 26 de Marzo sobre ocupación de temporalidades del clero faccioso, fueron expulsados de España por otro de 10 de Abril, 23 eclesiásticos, entre curas, canónigos y presbíteros, todos de la diócesis de Calahorra y Vitoria. Poco después sufrieron la misma suerte 11 por haberse unido á la facción, entre ellos dos canónigos de Burgos. Lo mismo les ocurrió, y por la misma causa, á 28 frailes, entre ellos el padre guardián del convento de San Francisco de Orduña, librándose sólo tres de esta comunidad.

En el botin que las tropas recogieron después de la derrota de la facción Locho en Ruidera, se hallaron dos capas de frailes del Carmen, tres capillas, algunos pares de sandalias y un libro de oficio divino.

Se refugia en Francia y es internado por las autoridades de Perpiñan el cabecilla cura de Centellas, con dos clérigos más. Es encontrado en una cueva cerca de Montblanch, herido de gravedad, un fraile franciscano que capitaneaba una partida derrotada por las tropas.

El día 2 de Junio son extrañados de España por conspiración carlista un canónigo, un arcediano y dos beneficiados de la archidiócesis de Burgos y de la diócesis de Tortosa. Son expulsados de España 20 eclesiásticos más, entre vicarios, curas y presbíteros, de la diócesis de Vitoria.

El coronel San Cristóbal sorprende un carro en el momento de descargar en la iglesia Colegiata de San Quirce una partida de armas, municiones y vestuario para los carlistas.

Entre los muertos de la acción de Orozco (Vizcaya) se encontró el presidente de la llamada junta de Castilla, canónigo de Burgos, don Francisco José de Ezeiza.

El día 14 es fusilado en Alcañiz el monje trapense fray Pablo Gardes, cabecilla carlista.

Tres facciosos hacen fuego escondidos bajo una peña á la tropa liberal; muertos en el acto, resultó ser uno de ellos el presbítero patrimonial de Cervera, don Francisco Vila, célebre por sus crímenes.

Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 19 de Julio de 1834 se suprimió el convento de San Francisco de Abando de Bilbao, por haberse probado en el expediente que se formó, que sus frailes promovieron eficaz y decisivamente la sublevación de aquella villa; que dentro del convento y con publicidad desde sus ventanas, proclamaron al Pretendiente; que durante la dominación de los rebeldes en la expresada villa les suministraron auxilios directos, y coadyuvaron á sus planes hasta el punto de fabricar y custodiarse en dicho convento municiones de guerra y armas; y que á la entrada del ejército, casi la totalidad de los religiosos lo abandonó, uniéndose muchos á la facción rebelde.

Por real orden de 6 de Julio se manda cerrar, vis-

to el comportamiento de los jesuítas, el colegio de Pasages, ordenando que los bienes, efectos y alhajas se inventariasen, poniéndose en administración; y que á los jesuítas que no fueran españoles se les expidiesen los pasaportes para su país ó aquel que eligiesen, intimándoles á marchar cuanto antes.

Por la fragata *Perla* fueron cogidas en Agosto cinco lanchas tripuladas por carlistas y en las cuales iba el capellán don Martín de Audigonagoitia, con otros más que quedaron prisioneros.

El general en jefe marqués de Rodil dió cuenta de haber mandado cerrar el convento de Nuestra Señora de Aranzazu, distante dos leguas y media de Oñate, por ser carlistas sus frailes.

Por decreto del ministerio de Gracia y Justicia se mandó ocupar las temporalidades, extrañándolos del reino, á don Andrés Ignacio Egurrola, vicario de la parroquia de San Pedro de Pasajes; don José María Vigas, beneficiado de San Sebastián, y don Antonio María Iturralde, ídem ídem. Por otro decreto se suprimió el convento de capuchinos, extramuros de Pamplona, por haberse marchado la comunidad entera á la facción.

En Septiembre fué pasado por las armas el rector del pueblo de Selma, don Ramón Güel, que ocultaba y protegía á Romagosa, ayudándole en la misión que llevó á Cataluña de organizar la guerra civil.

El general Espartero comunica desde Munguía haber hecho prisionero al cura José Isidoro Garay, titulado comandante y jefe de la partida destinada á bloquear á Bilbao, el cual vestía casaca militar y sombrero calañés, montaba un buen caballo é iba armado con sable, trabuco, un par de pistolas en la silla, otra en el bolsillo y un puñal en el cinto.

Por diferentes reales órdenes se señalan sobre las

temporalidades ocupadas á los eclesiásticos del reino de Navarra y del arzobispado de Burgos, fugados á la facción, varias pensiones á las viudas é hijos de algunas de las víctimas de las ferocidades carlistas.

En el mes de Octubre son expulsados el canónigo de Cuenca don Vicente Batanero, y don José Tarín, cura de Villarejo de Fuentes.

Muere en la acción de Lerín el fraile Gregorio Francés, perteneciente á los facciosos llamados lanceros de Navarra. Idem en la de Ariño el carmelita de Calatayud, fray Antonio Herrero, famoso por su fervor absolutista.

La guerrilla mandada por el célebre Zurbano se denominaba *la partida de la muerte*, á causa de la banderola negra que llevaban las lanzas de los soldados. El origen de esta partida merece referirse.

Al empezar la guerra civil fraguaron los carlistas en Logroño una bárbara conspiración para dar fuego por una mina al almacén de pólvora que había en el convento de San Francisco y en el cual existían 150.200 cartuchos 42 quintales de pólvora, 164 granadas cargadas y otros pertrechos de guerra. A cinco varas del almacén estaba en el mismo convento el hospital militar con 538 enfermos y heridos, y á una vara el civil con 17.

El día señalado era el 5 de Febrero, y ya iba á ejecutarse tan inhumano atentado, cuando llega á noticia de Zurbano; corre á ver al jefe político, se lo cuenta, marcha éste en el acto y halla al sacristán y á un fraile en el subterráneo con la mecha ya dispuesta.

Al querer premiar este servicio, al que debió Logroño su existencia, Zurbano pidió que se le autorizase para formar la partida que tantos laureles alcanzó luchando por la libertad en la Rioja alavesa.

En 3 de Enero se suprime el convento de San Francisco de Viana por haberse marchado 17 de sus

frailes á la facción de Navarra. Es expulsado de España por la misma causa el beneficiado de Flix, don Ramón Ojeda.

Tal era el escándalo que daban los frailes del monasterio de Beruela, en Moncayo, que el alcalde de Vera tuvo que dictar un bando con fecha 10 de Marzo, en que decía:

«Hago saber: que habiéndome dado cuenta por algunos vecinos de esta villa, de *los escándalos que suceden en el camino del monasterio de Beruela con algunas mujeres de esta villa y varios monjes* del citado monasterio, prohibo á todas las mujeres de esta villa se paren á hablar con ningún monje en el mencionado camino, en la inteligencia de que á la que lo verifique, se la emplumará. «Juan Martínez Ballesta.»

Pero si en este sentido se extraviaban de la línea de sus deberes los frailes, no lo hacían menos en la del orden público y social; así pudo decir de ellos con mucha justicia un historiador lo siguiente:

«Los mismos que habían encendido la antorcha de la civilización, trataban con empeño de apagarla con auxilio del llamado Santo Oficio, sustituyéndola con la de las hogueras; porque no era el amor al prójimo lo que hacía abrazar por lo general el claustro, sino la perspectiva de una vida tranquila y cómoda la que inducía á llamar á sus puertas á los que ni se sentían llamados al trabajo, ni con disposición de sobresalir en el mundo, librándose así de la miseria y de las armas.

«Ya se habían ensañado con sus mismos compañeros, no perdonando ni aun al eminente Mariana, que, como fray Luis de León y otros ilustrados religiosos, se vió perseguido por combatir abusos en observancia de su instituto.

«Habían también degenerado de sus principios democráticos, porque á fin de que les conservasen los

privilegios, se ponían al lado de los reyes que mas tiranizaban á los pueblos, y les querían para dominarlos, tan esclavos como ignorantes.

«Ni ya se cuidaban de llenar el objeto de su creación las órdenas consagradas especialmente á la caridad, aunque no habían dejado de existir los bandidos en Palestina, ni los cautivos en Africa.

«Y por último, se habian relajado de tal manera las costumbres, que algunos conventos eran el foco de los mayores escándalos...

«Así fué que el pueblo había ido retirándoles su respeto y su amor, y cuando les vió franca y descubiertamente atizando el fuego de una guerra fratricida, aumentando impiamente los infortunios de la patria, y en rebelión abierta con el poder temporal, disolviólos, atento á su conservación, consiguiendo su propósito.

«El gobierno, que por deber y convicción habría hecho lo propio, gozóse de que se le hubiese ahorrado una medida tan grave y fuerte; con la sanción anticipada de la supresión de las comunidades religiosas, legalizó la obra de la revolución en esta parte.» (Pirala, *Historia de la guerra civil*, tomo II, página 334.)

El día 13 de Mayo cayó en poder de las tropas, con otros de su partida, el cabecilla Gorostidi, canónigo de Santiago que se titulaba comandante general de Galicia por Carlos V. Se le encontraron documentos de gran interés, y en la correspondencia que sostenía con los demás cabecillas, se vió que le daban el tratamiento de *coronel cardenal.*

A consecuencia de haber abortado una conspiración carlista en la provincia de Sevilla, se presentan á indulto dos curas comprometidos en ella.

El capitán general de Galicia de cuenta de la prisión de varios eclesiásticos complicados en un pro-

yecto de conspiración carlista, según resultaba de varios papeles cogidos al cura de Paradella.

El comandante militar de Lugo derrota en Junio la facción del cabecilla Sarmiento, quedando entre los muertos fray Antonio de Besa. Es preso por los voluntarios de Cilleros al frente de una partida, el fraile portugués Lorenzo Piris.

Es suprimido el convento de Santo Domingo en Santiago, por conspirar sus frailes en sentido carlista.

Muere batiéndose el vicario de Olot, que iba en una facción derrotada cerca de aquella villa. También muere en la acción de Plencia el cura de Verdulín, jefe de una partida.

Con fecha 30 de Octubre es extrañado del país el arzobispo de Zaragoza por haberse marchado á Francia á protejer los planes carlistas. También lo es en Noviembre el obispo de Urgel por desobediencia á las órdenes del Gobierno.

Entre los muertos de la facción del *Organista*, derrotada en Arcos en Noviembre, se encontraron un clérigo y un fraile. En la derrota sufrida por las facciones al mando de Cabrera en las acciones de Tejeras, quedaron muertos varios frailes, según el parte oficial, publicado en Gaceta extraordinaria el día 18. Entre los muertos de la acción de Golada, se encontraba un cura, y un fraile en la dada junto á Tortosa. Muere un fraile de Lugo en la acción sostenida en Rodeyro (Pontevedra.)

En una conspiración descubierta en Cardona el año 1836, la mayor parte de los presos eran canónigos y capellanes. Se trataba de entregar el castillo á los facciosos.

Recorre el fraile servita Luis los pueblos de las Garrigas, robando y cometiendo atrocidades hasta que muere en una acción cerca de Mataró. El canó-

nigo Mombiela lo imita en la misma provincia de Lérida, incendiando además la villa de Almenara.

En la sorpresa de Chusella, término de Marfá, mueren infinidad de curas y frailes. D. Juan Escardo, cura de la Puebla, que iba en la facción del Serrador, muere en el ataque á San Mateo. En la acción de Rius de Cols muere mosen Miguel, cura de Boltas.

El cura de Folgueras es hecho prisionero en la acción de Ezcarro en unión del presbítero don Cayetano González Palacios, y del llamado Marchito, al que encontraron 5.000 reales.

Pone sitio á Utiel la facción del canónigo Tortosa, prendiendo fuego á la iglesia para rendir, sin conseguirlo, á 17 nacionales. En la provincia de Lugo merodeaba por Septiembre una partida mandada por fray Saturnino, cometiendo las mayores atrocidades.

Es derrotada en Torre Adrada la facción del cura de Don Jimeno. En la provincia de Valencia robaba que era un gusto la facción del arcipreste de Moya. El capuchino Antonio Afona fué detenido en la frontera francesa procedente de Cataluña.

Batidas en Mixallos (Lugo) la partida de Monteiro, entre los objetos que le fueron tomados había un caliz con su patena, una casulla, un misal y varios enseres de iglesia.

El juez de primera instancia de Villalba (Lugo) prendió á 10 carlistas de la parroquia de Trobo, entre los que se hallaba el cura, por haber asesinado á un celador. Una partida de voluntarios de Vitoria captura 10 facciosos entre los cuales estaban el abad y el alcalde de Aybar.

Son condenados á muerte en 1837 el cura párroco de San Miguel de Almazán y otros. La audiencia territorial de Burgos conmuta esta pena por las de diez, ocho y seis años de presidio, no obstante que

el fiscal pedía la confirmación del fallo del juzgado de Medinaceli, con arreglo al mérito del proceso.

En la acción de Pobla de Subiols resultó muerto el cabecilla don Juan Luis, conocido por el monje de las Borjas; y en la dada por la columna Nubió, el canónigo vicario de Tremp, en cuya maleta se hallaron 500 onzas.

Es hecho prisionero el titulado capitán de granaderos de la facción de Villaverde, presbítero don Juan Jiel. En Cornudella es batida la partida del canónigo Mombiola, haciéndole varios prisioneros, uno de ellos fraile.

En un parte del capitán general de Cataluña, en Abril, figuran entre los prisioneros hechos á la partida de Borges: fray José Más del Santísimo Sacramento, de la religión descalza, natural de Riudoms; fray Andrés Soler de San Juan Bautista y fray Francisco Delbarca, de la religión franciscana, el célebre P. Pigné y el capellán de la partida.

En un encuentro en el cantón de Mellid fué muerto el cabecilla don Basilio, fraile conventual de Santo Domingo de Santiago: y en otro junto al Miño, el secretario del arcediano de Mellid (a) *el cura de Freijo.*

Es capturado en casa del cura de Villamea (Lugo) el cabecilla fray Benito Rodríguez.

El 16 de Enero de 1838 es hecho prisionero en Alacón el padre Boné y su asistente; y en el río de Porcos (Lugo), el exfraile Benito Alvarez Taboada, que, procedente de la facción navarra, era portador de varios pliegos.

Por intentar á traición la entrega á los carlistas la villa de Amposta, es preso el cura de la misma. Son conducidos prisioneros de guerra á la Ciudadela de Barcelona 17 carlistas, entre los cuales iban un fraile y un cura.

Muere en San Feliu de Pallarols, con otros de su partida, el cabecilla José Soler, exfraile servita, célebre por sus maldades, que le habían hecho acreedor *á que su rey le nombrara caballero de la* orden de San Fernando.

Se presentan á indulto en Lérida dos curas carlistas que habían emigrado á Francia, y queda prisionero en la acción de Cobaleda un cura de la facción Balmaseda.

Es batida en Paradelas de Cástulo la facción mandada por el fraile Fariñas, que resultó muerto; y la guarnición de Tremp derrota en Pont de Suert la facción del cura de Viú, que muere también.

En la toma de Solsona quedan prisioneros 18 capellanes y frailes que habían hecho feroz resistencia parapetados en el palacio del obispo.

La columna de Narvaez hace prisionero, entre otros, en la acción de Calzada de la Calatrava, á un capellán que militaba en la partida de Orejita.

Y ahora que hablamos de Narvaez, queremos consignar aquí lo que suprimimos al tratar en el *Folleto 3.°* del prior don Valeriano López.

Cuando después de los horribles asesinatos cometidos en dicho punto por los carlistas preparados por aquel prior, se presentó Narvaez con su columna, y el muy bandido salió á recibirle, *pidiéndole armas* para defender á la reina constitucional, Narvaez le replicó:

«Señor prior: perdone V. S. que no me baje del caballo ni bese la mano de V. S., ni reciba su bendición, porque si son ciertas las culpas que le imputan á V. S., va á caer sobre su cabeza todo el rigor de la ley; pero si no lo son, yo le pediré humildemente perdón por haberle ofendido; por el pronto está V. S. preso y se le formará causa al instante para saber la verdad».

Y como la verdad resultó tan palmaria, aquel ase-

sino fué condenado á morir, como murió al pie de las ruinas que causó. Con él murieron también algunos de los coautores del terrible auto de fe.

Y cuéntase que al ser puesto en capilla, las viudas de los nacionales asesinados acudieron á Narvaez pidiendo que le perdonase; y que, ya fusilado, volvieron á darle gracias por aquel acto de justicia, manifestándole que la pretensión contraria se inspiró sólo en el miedo á la venganza que el prior habría tomado, si, perdonándole, llegaba á su noticia que no se habían interesado por él.

«En la *Gaceta de Madrid* de 1.° de Agosto, se lee la siguiente noticia, comunicada desde Vinaroz:

«En Morella apenas quedan frailes ni clérigos, pues como saben que fueron los principales instigadores del bárbaro asesinato de los de Truquet, no esperan cuartel y tratan de ponerse á cubierto. El famoso padre Manero se pone á predicar como un energúmeno, pero siempre respirando sangre y muerte.»

Son muertos en Oropesa dos curas que formaban parte de la facción del cabecilla Felipe. El cura de Viacamp, al frente de su partida, saquea el pueblo de Alcampel, en donde penetró por sorpresa.

El Correo Nacional, periódico absolutista, dice en su número del 14 de Noviembre, que el Papa ha concedido á don Carlos «licencias para restricciones mentales, mediante ciertos réditos que deberá abonar á la corte romana.» «De modo, dice, que don Carlos está tan bien pertrechado, que podrá sin escrúpulo de conciencia prometer sin obligarse á nada, y jurar sin quedar sujeto á cumplir su juramento.» Este artículo lleva por epígrafe: «Pertrechos de conciencia enviados á don Carlos por el Papa.»

Huye de Murviedro, para unirse á Cabrera, el beneficiado de la parroquia de San Salvador.

Perseguido por las tropas liberales, el cabecilla Vizcarro se refugió en el convento de Ayodar (Castellón) donde encontraban asilo y protección los carlistas. Los frailes habían fortificado el edificio.

El capitán Tizón bate en el pueblo de Orbán (Coruña), á dos partidas, mandadas respectivamente por el cura de Freijo y fray Saturnino. Las tropas rescataron 12 cargas de paños que habían robado.

Los carlistas de Palillos cometen mil desmanes en Montalbanejo (Cuenca), donde hicieron víctima de los más horribles tratamientos al vecino don Juan Francisco Briones, que casi moribundo fué rescatado por sus parientes mediante 1.000 duros. Al ser batidos estos malvados por el ejército, cayó herido y prisionero un cura que ejercía cargo importante en las filas facciosas.

Por sentencia del Consejo de guerra reunido en Santiago, fecha 7 de Enero de 1839, son condenados por delito de rebelión carlista: á la pena de muerte por traidores, siendo fusilados por la espalda, el cura de Villadabad, el de Entrecruces, el de Traba, y el presbítero don Domingo Gregorio Otero; el cura de Oca á confinamiento; al extrañamiento de su parroquia y multa, el cura de Angeriz. Los primeros fueron indultados.

Los provinciales de Monterrey dan muerte en Cerdal (Orense) á un cabecilla temible por sus atentados en el país, y que resultó ser el fraile Juan Manuel Meiriño, de infausta memoria en aquella provincia. Muere á consecuencia de heridas recibidas en una acción el cura de Malagón, segundo de la partida del feroz Palillos.

Carta curiosa del padre de este cabecilla:

«Hoy 14 de Marzo de 1839. Mi más estimada Paquita y Dolores en este día de la fecha á la una del

ha venido el aviso de estar cierta la desgracia de mi jamás olbidado hijo y vuestro amado hermano por lo que lo encomendareis á Dios y sos conformareis por que cuando él lo ha determinado está vien hecho, haciendose lo presente á su amada esposa y en el momento mandareis á decir una misa mayor por su alma en el Santísimo Cristo de la misericordia advirtiéndole que su muerte ha sido la causa pasarle una bala el cuerpo, que por las cuchilladas no hubiera muerto y también os digo que á Dios en figura de ombre le hableis porque desde hoy no quedará persona en este mundo que caya en mis manos que no degüelle por lo que hará muy mal ninguna persona hacer algún fabor; pues aunque sea Dios en figura de ombre, la sangre de mis hijos, la de vuestra madre, la de vuestros Tios, la de vuestros hermanos primos y criados y compañeros la bengare mientras haya Sombra de este mundo y los balientes que me acompañan, para que haya eterna memoria mientras el mundo sea mundo. Palillo. P. D. Hos encargo que ahora ni nunca ofrezcais buestra protesión por ningún informe, aunque los hayan hecho y os agan mas favores que S. José izo á María Santísima cuando fué á Egito. S.ª D.ª Francisca Rugeros.»

«Marzo 14 de 1839. Mi más estimada Fermina. el día antes de la fecha recibí la Desa gradable noticia de la muerte de su amado esposo y de mi jamás olbidado ijo... pero te aseguro con la Grimas de Mi corazón que bestiran de Luto todos los Pueblos de esta Provincia, y para mi será una Corona... pero la espada que tengo en mi mano ará que se derrame Sangre hasta cubrir la tierra. Palillo á doña Fermina López.» (*Gaceta de Madrid* 21 Marzo 1839.)

El fraile Lucas Murguía se presenta en Cervera excitando al pueblo á levantarse en armas por don Carlos. Huye al llegar las tropas.

En Sodupe (Vizcaya) es hecho prisionero con otros

carlistas en una acción, un cura. Es muerto por la columna del teniente provincial de Lugo el cabecilla carlista y fraile Manuel Mayo. Es derrotado en la villa de Lanciego (Navarra) el cabecilla cura de Allo, que logra fugarse. Idem en Santa María de Labrada (Lugo), la partida mandada por el fraile conocido por el padre Saturnino. Es apresado en Galicia el fraile Lorenzo Feijóo, jefe de una cuadrilla facciosa.

En el convento de San Francisco de Estella se dividieron las opiniones de los frailes á consecuencia de la propaganda del general García contra Maroto, llegándose á formar entre aquéllos un partido llamado *antimarotista*; y un día fué tan fuerte la disputa entre los frailes, que hallándose de paseo vinieron á las manos, golpeándose con furia unos á otros, con escándalo de las gentes que lo presenciaban, teniendo el guardián que prohibir la entrada en el convento á García y expulsar al cabeza de motín, el padre Leal, para cortar en parte aquellos escándalos.» (Pirala, *Guerra civil*, tomo 5.° pág. 619.)

En Matet, pueblo cercano á Segorbe, sorprendió en el mes de Mayo la tropa en la casa del vicario eclesiástico un cajón lleno de zapatos de mujer que había dejado el cabecilla Vizcarro, producto del robo, para que fuesen vendidos.

Prende la tropa al vicario de la Pobleta, que iba en la facción de Gátova. Es preso un capellán de Manzanera, que iba con la facción de Tonet de Manises.

Muere en Junio el cabecilla cura de Alvarez en el encuentro de su partida con las tropas en Aspay (Lugo). En la misma acción huye el jefe principal de todas las partidas reunidas, cura de Freijó.

Es preso en el pueblo de Revosa el fraile cabecilla Murguía, que era por sus atrocidades el terror de la comarca de Palencia. *La Gaceta* encomió en Julio este servicio como uno de los más importantes.

En el mes de Agosto es reducido á prisión el abad de Castillo Nuevo por su influencia en los consejos del carlismo contra la terminación de la guerra.

Para vengar el daño que el clero había producido al país con sus predicaciones, los vecinos de Oyarzun fusilan en el mes de Septiembre á tres curas que se habían distinguido por sus ferocidades.

Del parte del cónsul de España en Bayona, dando cuenta de la internación de don Carlos:

«El conde Negri, el feroz Merino, Guibelalde y otros *muchos* jefes, *curas*, *frailes*, etc. están llegando á ésta.»

Llenaríamos diez folletos más si pretendiéramos indicar siquiera los nombres de los curas y frailes que desde este año 1836, hasta el 1839 tomaron parte en la guerra carlista, cometiendo toda clase de excesos y de crímenes. Por tal razón suspendemos aquí la tarea, no sin estampar dos datos que demuestran la manera que tenían de juzgarlos hasta los carlistas más importantes.

La noche que pasó Zumalacárregui herido en Durango, en el corto y agitado sueño que pudo conciliar, le oyeron los que le velaban las siguientes significativas frases:

«¡Los frailecitos! ¡Ya verá vuestra magestad lo que han de hacer los frailecitos!»

Un cura robaba con tal afan y tal descaro, que Cabrera le formó causa y lo fusiló, á pesar del empeño que pusieron en que lo perdonase los eclesiásticos que componían la mayor parte de su junta de gobierno. Reconvenido por don Carlos, le contestó de este modo: «Señor, yo no he mandado fusilar á un cura, sino á un mal ladrón. En otro tiempo se le habría crucificado, como era uso entonces. Yo los hago pasar por las armas. Con los tiempos cambian las costumbres.»

¡Cómo no serían los curas y frailes que defendían al carlismo en la primera guerra! Tan ladrones y asesinos como los de la segunda, según vamos á ver.

Imposible sería enumerar los curas que se fueron á la facción ó que las autoridades prendieron ó desterraron por conspirar descaradamente en la segunda guerra. Fueron tantos, que ya en Agosto de 1872, al comenzar la insurrección, el ministro de Gracia y Justicia pasó á nueve obispos una nota de los que se habían ido, para que formasen los oportunos expedientes canónicos por abandono de oficio.

En el *Folleto* 4.° hablamos de los de Beriain, Portugalete, Arrutia, Santurce, Elcano, Onrubia, Estella, Orio, Gabasa, Alcabón, Quintanilla del Valle, Calders, y de los presbíteros Abarrategui, Sierra, Llanos, Ferragut, Goiriena; y en los folletos sucesivos de otros varios, entre ellos el obispo Caixal, el cura Santa Cruz, los canónigos Abril, Undaix, Manterola, Lorenzana, Quilez, Mecolalde; el jesuíta Mon; los curas de Flix, Losa, Lanchares, Ibarra, Izu, Alcabón, Prades, Portueche, Belmun, Bess; el penitenciario Rodríguez; los carmelitas Domingo y Elcarte; el dominico Sagasti; los presbíteros Altolaguirre, Alhambra, Yepes, Bustamante, Botija, *Dondon*, Bellacun, Cadenas, Camps de Cubells, Catalán, Ceballos, Choporena, Camon, Conde, Cortina, Ezpeleta, Guilarte, Diaz Espolet, Guezuerola, Ibarreta, Izcue, Lasarte, Larcos, Martín, Maranchón, Maldonado, Milla, Muñoz, Megino, Mendizábal, Piñero, Cascales, Rebollar, Rey, Lino, Pancho, Urra, Ituarte y tantos y tantos

centenares de tonsurados como encharcaron de sangre á España.

Estamparemos en este *Folleto* los nombres de otros y algunas de las hazañas de éstos y aquéllos, comenzando por los primeros días de la revolución.

En Enero de 1869 mandóse que el Estado, y en su nombre el ministro de Fomento, se incautara de todos los archivos, bibliotecas, gabinetes y demás colecciones de objetos de ciencia, arte ó literatura que con cualquier nombre estuviesen á cargo de las catedrales, cabildos, monasterios ú órdenes militares, considerándose como riqueza nacional, «sacándola—decía el preámbulo del decreto—de aquellos puntos donde permanecía estérilmente oculta, en manos de ignorantes y expuesta á todos los peligros y contingencias del aislamiento, del fuego del cielo y el robo á mano armada, á las inundaciones y á la estafa, á la destructora mano del tiempo y al abandono, al descuido y á la venalidad de sus guardadores.»

Al cumplir en 25 de Enero este decreto el gobernador civil de Burgos, Sr. Gutiérrez de Castro, el populacho, incitado por el clero, y á los gritos de ¡muera el gobierno! ¡viva la religión! ¡Viva Carlos VII! penetró en la catedral y lo asesinó, arrastrando después su cadáver hasta la plaza y profanándole con la mayor ferocidad.

¿Que fué el pueblo católico quien tal hizo? Mentira. Como ha dicho un escritor muy ilustrado, «no hace falta discurrir mucho para comprender que al pueblo honrado y trabajador no debía importarle gran cosa que el Estado tuviese á bien disponer de los códices, documentos y objetos de las catedrales y cabildos, y aun cuando le importase, no iría á cometer un crimen tan horrendo por semejante causa.» Y es exacto.

¿Quiénes cometieron aquel crimen? Ellos, los ene-

migos de la libertad, los que nunca han reparado en pagar puñales de asesinos creyendo matar con ellos las ideas; aquellos para quienes la fe y la religión son asuntos de miserables ochavos...

«En el número 8, año XII, de *El Museo Universal*, sigue diciendo el escritor aludido, hay una asombrosa lámina, firmada nada menos que por Daniel Urrabieta Vierge, es decir, por uno de los primeros dibujantes de Europa, en la cual se representa á lo vivo y con verdad gráfica verdaderamente espantosa, el sangriento episodio de la catedral de Burgos.

Por la magnífica puerta ojival, en cuyo parteluz una Virgen de piedra que inclina el rostro hacia el suelo parece contemplar con horror la escena, sale vociferando, pateando, presa de la rabia de las multitudes, un pelotón de chusma sacristanesca, de populacho vil y degradado, esgrimiendo palos y cuchillos, enarbolando, como banderas de rebelión, jirones de la ropa de un desdichadísimo ciudadano, del magistrado íntegro y recto que perece por cumplir honradamente su deber, en suma, del infortunado gobernador civil de la provincia, don Isidoro Gutiérrez de Castro, á quien ya medio muerto arrastran por las escaleras, tirando de una faja con que le han atado los piés dos feroces rufianes de marsellés y gorra y una harpía desgreñada con moño de picaporte, la cual le arranca la camisa, mientras un bárbaro le hunde en el pecho desnudo su faca y otros criminales desarrapados y fieros le apalean, le dan de puntapiés é intentan despedazarle, como después hicieron; en el grupo se ven sacristanes de innoble traza con gorros de puuto en la cabeza, beatas parecidas á las brujas de Macbeth, que chillan y amenazan con los dedos nudosos engarabitados, y dos horribles clerizontes, curas bandoleros, con disformes tejas, y que arengan á la bestial muchedumbre incitándola al crímen, furiosos, con los puños cerrados y expresión del odio en los semblantes.

Todos los tipos son caricaturas trágicas del ser humano, estampas de la herejía, heces y escorias de un pasado fenecido y brutal, y, muchos de ellos villana espuma del presidio, pagada para cometer el crimen cuyos autores *no han sido habidos* todavía.»

Y ocurrió lo de siempre. Fueron complicados en la causa el deán y varios canónigos de aquel cabildo, todos declaradamente carlistas, pero ninguno subió al palo, como merecían, y de lo que con seguridad no se hubieran librado, si el hecho ocurre en el reinado de un rey absoluto. Pero los liberales somos así; muy respetuosos con nuestros naturales, constantes é irreconciliables enemigos.

Soliviantados por el clero que acusaba de judíos á los liberales, los carlistas de Brihuega acometen al inspector y cinco agentes de seguridad, quitándole al primero el revólver, tirándole al suelo, dislocándole un brazo, é hiriendo gravemente á otras tres personas.

El cura de Viso del Marqués acusó en un sermón al Gobierno provisional y los republicanos de profanar las iglesias y de ahorcar, fusilar y destrozar las imágenes de la Virgen y los santos. El párroco de Anzuola dijo en otro que al que no votara con él á los carlistas, ni le bautizaría los hijos, ni le administraría los sacramentos, ni le enterraría en sagrado.

Los periódicos carlistas, entre tanto, escribian cosas como esta de *El Pensamiento Español*:

«La revolución española, no sólo ha declarado guerra á muerte á las personas y cosas eclesiásticas, sino también á la religión y al mismo Dios.»

Los grupos que en Valencia quisieron oponerse tumultuariamente al inventario de los efectos de la catedral, iban capitaneados por dos curas y dando vivas á Carlos VII; y los seminaristas de Victoria insultaron el miércoles de ceniza al gobernador, pro-

rrumpiendo en ¡mueras! á dicha autoridad y ¡vivas! á Carlos VII.

Fué tan subversivo el sermón predicado en la iglesia de San Martín, de Madrid, que los fieles prorrumpieron en vivas y mueras, convirtiendo el templo en plazuela.

La autoridad redujo á prisión al predicador, y en la sesión de las Córtes del 11 de Mayo, contestando á una pregunta del diputado carlista Ochoa, dijo el Sr. Moreno Benítez, gobernador de Madrid:

«En esas funciones (las de desagravios) se reciben juramentos, se dan vivas, se protesta y se hacen mil cosas en las que toman parte muchos de los concurrentes. Se predican sermones que pasan al terreno más propio de la tribuna que del púlpito. En San Martín se dieron vivas y mueras, á los que siguieron otros fuera de la iglesia contrarrestando á aquellos.»

Realmente no debieron prender al cura de San Martín sin hacer lo mismo con los de las demás iglesias, pues en todas juraban los fieles á gritos defender la religión hasta derramar la última gota de sangre.

El 26 de Mayo se descubre una conspiración carlista en el seminario de Sigüenza, donde tenían ocultos 9.000 cartuchos y 42.300 cápsulas, siete boinas, y un fusil de aguja. Fueron procesados un estudiante y cuatro curas.

El cura de Navia predica sermones facciosos; y el de Siles (Jaén) hace lo mismo, pintando con los más negros y repugnantes colores á los liberales, dirigiéndoles las más groseras diatribas, y diciendo que habían pisoteado á Dios y á su Santísima madre, que eran judíos y herejes, y, por consiguiente, se hacía necesario perseguirlos como á la más vil canalla.

El presidente del comité republicano rogóle que

nombrara á los que habían hecho aquello, para perseguirlos en unión de sus correligionarios, y entonces el cura dijo al auditorio: «¡Ahí lo tenéis!... ¡Vedlo!... ¡Matadle!»

El republicano fué acometido por la muchedumbre y hubiera muerto á sus manos sin la intervención del juez de primera instancia y la guardia civil.

Muchos carlistas, instigados por los curas, predican el más exagerado socialismo para justificar sus planes de levantamiento y atraerse á los timoratos.

Se descubre en San Sebastián en el mes de Julio del 69 una conspiración carlista de que era jefe principal un sacerdote, y otra en Murcia en la que estaba complicado un canónigo de Orihuela. Un sujeto que se titulaba jefe recorre, acompañado de algunos párrocos, los pueblos de la Cabrera Baja (León), destituyendo Ayuntamientos y nombrando otros carlistas.

Continuaremos en el *Folleto* siguiente el relato de las hazañas realizadas por el clero.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 41

MÁS CURAS EN ARMAS, Y MÁS DESTIERROS, Y MÁS CRÍMENES.—INTRANSIGENCIA RELIGIOSA EN FAVOR DEL CARLISMO.—DOBLEZ POLÍTICA DEL VATICANO.—EL CLERO SÓLO PUEDE SER CARLISTA.—DESLEALTAD DE LOS CURAS CON LA DINASTÍA.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4

INTRODUCCION

¿Quién ganaría en España con el triunfo del carlismo? Nadie, más que la familia proscripta y el centenar de fanáticos que se pusiera á su devoción.

El clero perdería, porque, sobre no poderle conceder más que con la restauración tiene, avivaría el odio del pueblo hacia él, y á la corta ó á la larga traería esto una revolución en que no quedase cabeza de cura sobre los hombros ni piedra sobre piedra en los templos.

El ejército perdería, porque aparte los bandidos que aumentarían sus filas, se le sometería al sistema de purificaciones que arrojaría de él á los honrados, á todos los que lo forman hoy.

La aristocracia perdería, porque el régimen absoluto la considera únicamente en relación á las abdicaciones de dignidad que sus individuos llevan á cabo.

La clase media perdería, porque, falta de libertad para moverse y desarrollarse con arreglo al progreso de los tiempos, acabaría aniquilada por la competencia que en la esfera de la industria y el comercio le hiciesen las órdenes religiosas.

Y el pueblo perdería, porque sujeto á un diapasón normal de miseria, tendría que vol-

ver en masa á la degradante sopa ó á buscar en la emigración el pedazo de pan que tiene aún á ratos aquí.

¿Qué más? Las mismas personas ilustradas que por romanticismo tradicional están afiliadas al carlismo, serían las primeras en arrepentirse de haber contribuído á su implantación, las víctimas preferidas por sus partidarios. Recuerden lo que hizo Fernando VII con los que contribuyeron á que recuperase el trono, con los que más ciegamente le sirvieron. Las cárceles y los presidios se llenarían con ellos el día que el miserable á quien llaman rey lo ocupase á su vez. Cuando viera que le era imposible en estos tiempos sostener la transitoria reacción en que hoy se apoya, transigiría para seguir reinando con los liberales que no hubiera fusilado, y esterminaría á los carlistas que no coreasen su evolución.

Hombre sin otro ideal que el trono, todos los medios le parecerían buenos para conservarlo.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

MAS CURAS EN ARMAS, Y MAS DESTIERROS, Y MAS CRÍMENES.—INTRANSIGENCIA RELIGIOSA EN FAVOR DEL CARLISMO.—DOBLEZ POLÍTICA DEL VATICANO.—EL CLERO SÓLO PUEDE SER CARLISTA.—DESLEALTAD DE LOS CURAS CON LA DINASTÍA.

Al ser despedido en Julio del 69 el capellán D. Diego Navarro del convento de la Latina por la autoridad eclesiástica, manifestó al delegado de Orden público, que antes de marcharse quería que se levantase acta de que existía una comunicación secreta entre los claustros del convento y la despensa de la casa del capellán recién nombrado. El Delegado reconoció la escalera, sumamente estrecha, que efectivamente se comunicaba con el convento, y levantó acta.

El capellán dirigió un comunicado á *La Igualdad*, ampliando la noticia, y diciendo:

«He considerado como una torpe arbitrariedad la orden que me comunicó la abadesa de la Latina para lanzarme de mi habitación, para que quedara en ella el nuevo capellán; pero á pesar de esto, me habría resignado á sufrir la ley del capricho de mis superiores, si razones poderosas no me hubieran obligado á resistirlo hasta que hiciera presente á la autoridad civil ciertos hechos que me importaba poner en su conocimiento, á fin de poner á salvo mi honra contra todo género de interpretaciones...

»Muchos días antes de habérseme comunicado la orden de abandonar mi habitación observé, con grandísimo asombro y no menor sorpresa, que el nuevo capellán se introducia en las habitaciones de las

monjas por una puertecita secreta de que no tenía yo conocimiento alguno, por estar perfectamente disimulada y oculta; y como observare también que las visitas del precitado capellán á las monjas tenían lugar á las altas horas de la noche, hube de creer que aquella comunicación secreta, que por sí sola revelaba nn hecho altamente reprensible, servia ó podía servir para otros abusos no menos censurables, que yo en conciencia no podía dejar de hacer presentes á la autoridad.

»Venía observando hacía tiempo que en la habitación del capellán entraban y salían gentes desconocidas á todas horas, lo cual me hacía temer que pudiera tramarse algún complot que comprometiera la reputación y el sosiego de aquella comunidad.»

Con fecha 5 de Agosto se exhortó por decreto á los arzobispos y obispos para que dieran noticias de los curas de las respectivas diócesis que habían marchado á las facciones, de las medidas que habían adoptado contra éstos, y que circularan un edicto pastoral en el término de ocho días, exhortando á sus diocesanos á obedecer á las autoridades constituídas, recogiendo las licencias de confesar y predicar á los sacerdotes notoriamente desafectos.

Los obispos no cumplieron la orden del gobierno.

Preguntas y respuestas de *El Universal* en Julio:

«¿En qué provincias, en qué localidades, en qué poblaciones tiene siempre sus focos la reacción más desenfrenada? En las provincias, en las poblaciones y en las localidades donde hay mucho clero.

«¿En dónde se traman las conspiraciones y se reunen, arman y se conspira día y noche? En las catedrales, en las iglesias, en las sacristías, en los conventos de monjas, en las casas de los curas.

¿Qué periódicos están llenos todos los días de imprecaciones y blasfemias contra el progreso y la civilización? Los periódicos de los curas.

¿Quiénes proporcionan siempre dinero, recursos y apoyo material y moral á los que se levantan en armas contra la voluntad de la nación? Los curas y los secuaces de los curas.

¿Dónde ha sido asesinado el gobernador de Burgos? En una catedral.

¿Dónde se ha descubierto hace poco un nido de conspiradores? En el convento de la Latina.

¿Quién atentó contra la vida del coronel Lagunero? El partido clerical.

¿Quién ha dado muerte al alcalde de Durano? El partido clerical.

Y después de esto ¿habrá todavía hombres ridículamente cándidos ó vergonzosamente hipócritas qne duden de que los curas son el gran enemigo, el principal enemigo, el único enemigo temible de la revolución de Septiembre?»

Son hechos prisioneros varios curas de los once que formaban parte de la partida carlista de Balanzátegui, en la provincia de Palencia; y es preso el de Alcabón, cuya partida cometió tantos desmanes en la Mancha. También son sorprendidos y presos el 5 de Agosto por conspiración carlista en el puente de Vallecas diez curas, y se marchan á la facción dos capellanes del regimiento de Saboya.

El cabildo catedral de Barcelona se suscribe al empréstito carlista por *once mil duros*, precisamente cuando pasaban de doscientos los curas que habían sido presos con las armas en la mano en favor de don Carlos ó habían abandonado sus iglesias. Uno de los domingos del mes de Agosto no se dijo misa en la mayor parte de los pueblos de la provincia de León, por andar los curas carlisteando.

Son presos doce sacerdotes de Burgos por conspiración carlista; se levanta en Soria una partida dirigida por nueve curas; se descubre en Valladolid una

conspiración en la que aparecen complicados el magistral de Zamora y tres clérigos, y un depósito de armas en la iglesia de San Ignacio (calle del Príncipe, Madrid) siendo presos por causa de esto cuatro curas.

Entre los prisioneros carlistas conducidos á Valencia, había uno que declaró que su confesor le dijo que si iba á la facción y moría por tan santa causa, sería reconocido como martir é iría al cielo. Unos jóvenes del pueblo de Ovejuela declararon también que en los más de los pueblos los hombres eran por lo general liberales, pero que las mujeres estaban tan fanatizadas, que no les dejaban hablar, y por conservar la paz doméstica callaban y se daban por vencidos.

Muere en una acción un presbítero que iba con una partida de Morella.

Medios de que las señoras católico-carlistas se valían para hacer propaganda antiliberal en Madrid, allá por Marzo del 70.

Sentada delante de una mesa en el portal de la iglesia de las Calatravas, una señora vestida con elegancia escribe firmas y más firmas.

Se acerca otra, y al recibir la pluma de la primera, recibe también el siguiente consejo:

«No se olvide usted de firmar por sus padres, esposo, hijos y demás parientes; pues de seguro que de estar aquí, firmarían.»

—¡Ay de mí!—replicó la otra: soy viuda y perdí á los dos hijos que tuve.

—Pues firme usted por ellos, que desde el cielo se lo agradecerán.

Así se llenaban los pliegos de firmas contra la libertad de cultos.

Desaparecen de Vitoria nada menos que siete canónigos carlistas, presos días antes de aparecer las primeras partidas en el mes de Julio del 70. Son

presos en Cartagena dos curas, en cuyo poder se encontraron documentos de conspiración carlista, cuyo plan consistía en soltar los presidiarios, permitirles el saqueo en las casas de los liberales, apoderarse por soborno de los castillos que dominan la plaza y convertir ésta en Corte de don Carlos.

De una correspondencia de Bilbao, de persona importante, fechada en 31 de Agosto:

«Dos años hace que el clero vascongado estaba preparándose á la lucha, á ciencia y paciencia de las autoridades, sin ponerse correctivo á los que desde el púlpito predicaban la rebelión, ofreciendo recompensas en esta y en la otra vida á los que se alistasen en las huestes del llamado Carlos VII...

«He dicho que los curas eran los principales instigadores, y tanto es así, que todas las partidas de sublevados han sido conducidas por ellos. Ellos les han distribuído las armas, bendiciéndolas antes y rociándolas con agua bendita; ellos las han tenido escondidas en los templos, y ellos, en fin, han predicado la guerra santa.

«Los principales promovedores de la insurrección carlista de Vizcaya han sido el canónigo Manterola y un exclaustrado conocido por el fraile de Istarper»... Ahora va apareciendo el producto de las alhajas robadas en los templos, pues se sabe que al entregar las armas á los sublevados, lo hacían también de cantidades respetables.»

El último párrafo explica la contínua desaparición de las alhajas de los templos.

El gobierno publica un decreto declarando extinguidos los colegios de misioneros que á favor de una real cédula de 1852 y con pretexto de mantener viva la tradición monacal y educar misioneros que fueran á instruir á los esclavos de los ingenios privados en Cuba, se habían ido creando en algunos pueblos de las provincias del Norte.

En los 18 años transcurridos, ni un solo misionero cruzó el Atlántico para ir á llenar su cometido; en cambio los municipios de las localidades donde se habían establecido, reclamaron frecuentemente contra ellos, porque eran sus colegios verdaderos focos de propaganda política, en los que se incubó el alzamiento carlista de 1870.

Uno de aquellos misioneros llegó á proponer en las juntas de Guernica, celebradas en dicho año, que en el caso de no contarse con fuerzas para entronizar á Carlos VII, se constituyeran las tres provincias hermanas en estado independiente con el título de Vasconia, impetrando el protectorado de Francia.

Tales eran los trabajos predilectos de los misioneros franciscanos de Bermeo y Zarauz.

Es preso en Córdoba el presbítero Laguna por haber intentado sobornar en favor de don Carlos á varios soldados de la guarnición.

El gobernador eclesiástico de Pamplona hace publicar en el *Boletín Eclesiástico* del mes de Agosto de 1871 la contestación violentísima que dió al ministro de Gracia y Justicia, con motivo del arreglo del clero de aquella provincia.

Los párrocos abandonaron los pueblos con el fin de promover alborotos entre los feligreses, provocando la insurrección.

Es detenido un cura de un pueblo de Vizcaya en cuyo poder se encontraron nueve cajones llenos de cartuchos con destino á los carlistas.

Se marchan á la facción en Abril del 72 nada menos que 150 curas de la provincia de Vizcaya y 21 de la de Guipúzcoa. Sólo en la partida de Dorronsoro iban 12, entre ellos los de Zaldivia, Lezcano, Ataun, Mutiloa, y cuatro más de otros pueblos.

Un rasgo del cura de Alcabón, en Junio del 72.

Andrajoso y casi descalzo, como era en él costumbre, entra en una taberna de Urda llena de su gente y de la gente del pueblo, y subido en un taburete, jarro en mano, larga el siguiente brindis: «Brindo, señores, por nuestro adorado Carlos VII, que reinará... ó no reinará.»

Los curas carlistas de Vizcaya apelaban á todos los medios para hacer la causa de don Carlos, sin reparar siquiera en que llegaban á plagiar á Mahoma prometiendo los goces del cielo, «adonde irían derechitos cuántos muriesen en el campo de batalla.»

El gobernador eclesiástico de Jaén transmitió á los capitulares de la diócesis una violenta nota en 29 de Agosto de 1872, en que calificaba de *miserables*, declarándolos desde luego suspensos de *confesar* y *predicar*, á todos y cada uno de los que juraron la Constitución; «acto, decía, que deshonraba á todo el clero, por lo que juzgaba indignos de enseñar y dirigir conciencias á quienes daban muestra de despreciar los juicios doctrinales y prácticos del episcopado y del clero en general.»

De este modo prestaba ayuda el clero al carlismo para tener á España bajo sus garras, presa del saqueo en las ciudades y en los campos, lo mismo en el orden de la conciencia que en la vida pública.

El 1.° de Octubre de 1872 se encontró en la cama de una de las monjas del convento de Puigcerdá el cadáver del prior del inmediato convento de los Escolapios. Intervino el juzgado.

De nueve presbíteros que contaba el pueblo de Centellas (Cataluña) se fueron ocho con la facción, incluso el párroco, en Febrero del 73.

La intransigencia del clero se demostraba en todo. En *La Discusión* correspondiente al 13 de Febrero se lee:

«El obispo auxiliar de Madrid ha dispuesto que se

rocíen con agua bendita las campanas con que se solemnizó la proclamación de la República.»

El 20 de Agosto entra en Urdax el famoso obispo de Urgel, acompañado de varios sacerdotes, y se hospeda en casa del vicario de dicha villa. Al día siguiente, acompañado también de varios presbíteros, «se dirige al cuartel real á saludar á don Carlos, *augusto representante de la monarquía cristiana.*» Así lo dijo *El Cuartel Real* del 23, añadiendo:

«La visita habrá de influir en las decisiones de muchos hombres *tibios.*» El insigne prelado, convencido de que la guerra actual *es una guerra religiosa*, no ha dudado en cobijarse bajo el estandarte de *la fe.*»

Aparte sus opiniones, también le impulsaba el vivo deseo de escurrir el bulto á los tribunales, que se lo buscaban para que respondiese en la causa criminal que se le seguía por el asesinato del sacerdote de que ya hemos hablado, cuya causa desapareció cuando los carlistas ocuparon la plaza de la Seo, y la que hubo que rehacer, impidiendo esto que el obispo fuese comprendido en la capitulación.

El Cuartel Real, órgano oficial del carlismo, anunciaba en su número del día 21 de Noviembre del 73 la llegada de las Letras apostólicas, confiriendo al obispo de Urgel la jurisdicción castrense «en los reales ejércitos de España», (palabras textuales.)

El odio tradicional de la Corte pontificia á la libertad, se revelaba ostensiblemente en este acto, sin precedente en la historia moderna.

¿Cómo se atrevió el Pontífice más enemigo del progreso que ha ejercido el pontificado católico, á dar este bofetón al decoro y á la dignidad de España? Pues sencillamente; porque creyó que, como hasta entonces, la religión era el coco con que acallaba aquella altivez tradicional que hizo en los siglos medios temblar al pontificado; porque creía á la España revolucionaria tan debil y tan medrosa como á la

España de Isabel II y pensó abatir para siempre con ese golpe á la libertad en este suelo, haciéndolo tributario suyo por medio de don Carlos.

Verdad es que cuando vió su causa perdida y que su infabilidad había fallado por ese punto, abandonó á don Carlos para reconocer á don Alfonso, pero sin renunciar á introducir el espíritu de discordia, ya por medio de circulares del clero contra la tolerancia religiosa, ya reclamando el conocimiento de la causa por asesinato contra el obispo de Urgel, cuyo conocimiento competía exclusivamente á los tribunales españoles. Esto sin perjuicio de bendecir lo que había abominado y de volver después la espalda á lo que antes había ayudado.

Tal ha sido y será eternamente la Roma pontificia, enemigo irreconciliable de la libertad.

Corrió muy válida la noticia, allá por Abril del 74, sin ser desmentida, de que Pío IX había enviado 14 millones de reales á los carlistas del Norte.

Todo pudo ser. De algún modo había de corresponder el Papa al agasajo del casco de la granada.

Aparte qne estaba reciente el hecho de haber dirigido á doña Margarita una afectuosa carta dándole el título de *Magestad*, y felicitándola por el nacimiento de una nueva *princesa*.

A fines de Marzo de 1874 se escapan del colegio de Escolapios de Balaguer ocho alumnos, el mayor de catorce años, para unirse á la facción Tristany.

En Abril son reducidos á prisión en Burgo de Osma dos clérigos, por complicidad con los carlistas. El juzgado de Zamora decreta el mismo mes la prisión de un cura por recaudar fondos con destino á la facción. Otro, Puga, de Lugo, sufre igual suerte. Otro es apresado en la estación de Negresse, en la línea de Biarritz, al conducir en una carretela, en unión de una mujer, 11.700 cartuchos.

Abandonan en Abril sus respectivas iglesias para alistarse en las filas carlistas, los párrocos de Masroig, Botarell, Lloa, Mora la Nueva y otros puntos de la comarca de Reus, dejando la cura de almas para poner enfermos los cuerpos, mientras los curas vizcainos formaban listas de mozos valiéndose de los libros parroquiales, que sacaban de noche del Archivo para entregarse á la tarea con todo sigilo.

Los Carmelitas descalzos establecidos en Marquina, que bendecían las municiones que fabricaban, trataron, con el auxilio de algunos curas, de negociar una partida de cartuchos cargados con dinamita. Un sujeto de Bayona, que debía ser el *testaferro* del negocio, rechazó, aunque judio, la proposición como contraria á todo sentimiento de humanidad.

Son reducidos á prisión en Granada, por hallarse complicados en una conspiración carlista, el teniente de la Colegiata, el del Sagrario y el cura de Beas; y en Valencia dos presbíteros por causa idéntica.

El tribunal militar de Ciudad Real cita por tercer edicto al cura de Santa Cruz del Valle, llamado Quintanilla (á) *Javalina*, por rebelión carlista y robo.

Es conducido á San Sebastián en el vapor *Remolcador* número 3 el vicario de Guetaria, por haberse desatado carlistamente en el sermón que perpetró sobre este tema: la muerte del general Concha.

Dos curas españoles son desterrados de Portugal, donde se habían refugiado, por sus descarados trabajos en favor de la causa carlista. Por orden de las autoridades civil y militar de Badajoz es encerrado en las prisiones militares el presbítero don León Cuesta, acusado de lo mismo.

Al embarcar en Barcelona para Mahón varios curas carlistas, uno de ellos salió corriendo y logró librarse.

La Gaceta de Italia del 29 de Julio del 74 anunció que en el tren de aquella noche salia con dirección á París un agente jesuita, con objeto de vender títulos de la renta italiana por valor de *cinco millones* destinados al pago del material de guerra remitido últimamente al ejército de don Carlos.

Los ultramontanos ingleses introdujeron por entonces en sus rezos oraciones por el triunfo del *Chapa*, y la *Gaceta* de *Westminter* abrió una suscripción en sus columnas para ofrecerle una espada de honor.

L'Echo du Parlement de Bruselas, escribía lo siguiente en Agosto:

«El padre jesuita Kalinka, ex-secretario del príncipe Czatoryski, ha llegado á Bracovia con objeto de organizar en *vasta escala* un movimiento religioso en favor de los carlistas.

Los periódicos liberales añaden que la ex-reina de Nápoles se ha encargado de todos los gastos de organización, y que el célebre obispo Kosmian desempeñará también un papel muy importante en esto.

«En Austria se intenta el mismo movimiento.» Noticias de diferentes conductos anuncian que los emisarios extranjeros y el clero, han abierto una campaña *en favor del rey legítimo*. Se distribuyen millares de impresos á fin de encarecer los méritos del pretendiente español y de proporcionar soldados y dinero á su causa.»

Son presos el magistral y el secretario del gobierno eclesiástico del obispado de Orense, por estarse entendiendo con los carlistas y prestándoles toda la ayuda que podían; otro canónigo es buscado activamente, y los demás huyen, á excepción del lectoral, canónigo Sr. Bugallal, y el tenor de capilla, únicos reconocidamente desafectos al carlismo. En Madrid son detenidos dos jesuítas y el párroco de Santa Cruz, ocupándoseles varios documentos carlistas.

Préndese en Lugo, en Agosto del 74, como complicados en la causa carlista, al doctoral de la catedral señor García Abad y al párroco de San Pedro. Es desterrado el maestro de ceremonias de la catedral de Avila, don Mateo García, por proteger la insurrección carlista.

Botijo, cura de Maranchón, comete sinnúmero de fechorías en los trenes que detiene entre Arcos y Medinaceli, robando de una vez 36.000 reales.

Mandados por un cura riojano, se entretenían varios carlistas apostados en la vía férrea de Logroño á Miranda, en hacer fuego contra los trenes, hiriendo á un carabinero, varias señoras y algunos niños.

El ayuntamiento de Villarreal de Alava reunió al vecindario la víspera de entrar las tropas, y se acordó por unanimidad tener prontas raciones, no ausentarse nadie y castigar al que lo hiciese con una fuerte multa; pero lo supieron los tres curas, y á unos con ruegos, y á otros con amenazas, obligaron á todos á salirse con cuanto tenían, para que los soldados no encontraran que comer.

Al aproximarse en Septiembre del 74 el general Moriones con sus tropas al pueblo de Arcos, lo abandonaron diecisiete curas que en él había.

El cura de Requijo (Lugo) instiga á los mozos para que se subleven contra la tropa. Después de lograrlo y de resultar tres muertos, desapareció más que de prisa y no fué posible dar con él.

En un reconocimiento practicado por la columna Tomaseti en la ribera del Segre, fué muerto el cura Camps de Cubells, que guiaba un convoy destinado á la Seo. Un cura muerto y otro mal herido encontró el general López Pinto en las cercanías de Mora, procedentes de la acción de Horta.

La ronda de Tárrega (Lérida) sorprende y reduce á prisión en una casa de los alrededores á seis curas que se ocupaban en conspirar con algunos paisanos en favor de los carlistas. Al entrar la columna de Aguilar en Cordovilla (Palencia) sorprendió al cura párroco con una mesa perfectamente preparada con 20 cubiertos destinada á una partida carlista que debía llegar de un momento á otro; á la vez le ocupó una documentación curiosa, que probaba ser dicho cura el jefe encargado de reclutar quintos en la provincia, dirigiéndolos á la facción de curato en curato por medio de una contraseña hábilmente combinada.

Queda abandonado el culto en la parroquia de San Adrián por haberse marchado el cura á la facción. Abandona su feligresía el cura de Santo Tomé de Insua (Pontevedra) complicado en la insurrección.

Son embarcados por las autoridades portuguesas los carlistas don Justo Mateo Labrador, don Manuel Sánchez, don Francisco Hernández y don Prudencio Hernández, todos presbíteros, por no cesar en sus trabajos de conspiración.

Son destituídos en Octubre del 74 los curas de Ibarreta y de Cadenas de los cargos que ejercían entre los facciosos por los «escándalos de toda clase que dieron en Vergara y por su poca pureza en el desempeño de sus funciones.» ¿Cómo serían, cuando ni los carlistas los querían á su lado?

Los voluntarios prenden en Calasanz á un carlista que capitaneaba una partida de ladrones, al que dieron muerte por pretender escaparse. Al practicar un reconocimiento en la casa próxima á la de aquel bandolero, encontraron un sitio lleno de paja que levantaron con las bayonetas, hiriendo en un hombro al cura del pueblo, que disfrazado de mendigo se ocultaba entre la paja.

El juzgado de Oviedo instruye causa por falsificación y estafa contra el cura párroco de Villafeliz, que se marcha al asilo natural de los bribones perseguidos por la justicia: á la facción.

Se presenía á indulto al capitán general de Castilla la Nueva un cura perteneciente á la partida que destrozó el ferrocarril en Arcos. Es condenado á presidio por conspirador el padre Coll.

Los curas de Valmaseda celebran una novena por el triunfo de don Carlos. Al aproximarse fuerzas del ejército, el 2 de Noviembre, ponen piés en polvorosa, algunos sin acabar las tres misas.

Al empezar el bombardeo de Irún por los carlistas abandonan la población los dos únicos curas que quedaban en ella, cuando más falta podían hacer para el desempeño de su ministerio.

Es preso el cura de Castillo por dedicarse á seducir á los soldados para que abandonaran sus filas.

Celebran los carlistas de Vizcaya con inusitado lujo rogativas por el triunfo de la Inquisición y el exterminio de los liberales. En algunos pueblos se cierran durante tres días las tiendas y establecimientos públicos.

Los curas de Llodio dirijen al Ayuntamiento una comunicación en Diciembre del 74, previniéndole que si no les pagaba sus atrasos, acudirían á la Diputación á guerra carlista para su cobro. Reunió el Ayuntamiento junta general de vecinos, hubo indignación general contra los curas, acordando no pagarles, toda vez que ellos habían promovido la guerra y se estaban en sus casas sin satisfacer contribución, mientras los paisanos daban sus hijos y su dinero.

En Enero del 75 entra en Herrera una partida mandada por dos curas y se lleva 11 rehenes por no haber podido robar lo que pensaban.

De orden del Obispo de Urgel abandonan sus iglesias todos los curas del Valle de Andorra, porque los pueblos se negaron á pagarle las exorbitantes cantidades que exigía á título de diezmos atrasados.

Choporena, vicario de Astigarraga, encuentra medio de resarcirse de las pagas que no cobró estando emigrado, recorriendo en Abril del 75 los caseríos del distrito, y sacando por el sistema del terror de aquí una onza, de allá un doblón, según los recursos con que juzgaba á cada vecino.

Deserta de las filas carlistas el cura Rebollar en compañía de 10.000 duros procedentes de las redenciones de mozos, contribuciones y derechos de Aduana recaudados en las Encartaciones.

Los periódicos clericales se escandalizan porque el gobierno exige á los obispos la prueba de la residencia de los párrocos y prebendados para satisfacerles sus asignaciones y sostiene que no deben cobrar los clérigos que están en la facción.

En Julio del 75 son desterrados de Ulldecona tres curas que desde el confesonario y el púlpito enviaban mucha gente á la facción. Entre los desterrados por carlistas á Cádiz en Julio, había un canónigo y cinco presbíteros. Se presenta á indulto en Valencia el capellán de la facción, don Bernardo López García. Son presos en Tolosa por sus mismos correligionarios varios curas que predicaban la guerra á todo trance contra la opinión general de los carlistas en armas de aquella población.

Se celebran en Guernica las juntas carlistas, de las que decía un periódico de Bilbao que serían famosas por el crecido número de curas que hubo en ellas.

Al entrar el cura de Flix en Maella al frente de su partida, varias brujas del pueblo salieron á besarle la mano y victorearle. El cabecilla presbítero entre

tanto daba de latigazos á los vecinos que no le eran simpáticos.

Al llegar en Agosto á Vich acompañados de fuerzas del ejército 90 prisioneros carlistas que iban á ser cangeados, salen á su encuentro los curas, y dando muestras de gran alegría, los acompañan regalándoles escapularios, ayudados en esta tarea por innumerables beatas de oficio.

Consecuentes con sus tradiciones sanguinarias, los curas organizan manifestaciones en Estella pidiendo la continuación de la guerra. Estella presencia además el día 9 una procesión original.

Formados los batallones carlistas, después de rogar inútilmente que se les diese algún socorro, marchan por las calles pidiendo limosna, que con ardientes súplicas y escaso éxito suplicaba al vecindario un fanático sacerdote.

Este mismo, dejando por un momento la espada y las espuelas, explica á sus huestes el Evangelio; pero no el de paz y mansedumbre, el carlista.

Un periódico conservador, *Las Provincias* de Valencia, dice en Agosto del 75:

«Es necesario ante todo suprimir el obispado de Tortosa, y á no ser esto posible, privar en él la enseñanza teológica, donde más bien que á ser curas de almas, se enseña á los jóvenes á ser carlistas de los más furiosos y recalcitrantes».

Son desterrados por conspiración carlista en Septiembre del 75, el magistral de la Colegiala de Alicante, el cura de Hondón de los Frailes y el presbítero Bernabé. Es preso y conducido al Ferrol el cura de la parroquia de San Juan de Esmelle, por haberse encontrado en su casa un depósito de armas para los carlistas. Sorprende la guardia civil en la sacristía de la iglesia de Cervera pólvora y armas escondidas en el sitio destinado á guardar las formas consagradas.

El cabecilla Fortin va á tomar baños á la playa de Saturrarán, llevando en su séquito diez curas, los cuales se pasan el día y gran parte de la noche jugando al tresillo y echando piropos á las jóvenes de las cercanías.

El Cuartel Real publica en Octubre una carta de adhesión al obispo de Urgel, firmada por una verdadera nube de curas que sirven en las filas del Pretendiente.

En una de las trincheras tomadas á los carlistas se encontraron los soldados una carta firmada por un cura muy conocido en Pamplona, alentando á seguir la campaña á un carlista llamado Tomás. Tal vez á este infeliz le costara la vida la carta de aquel cura bandolero.

Alday, cura de Llerena, es desterrado por conspirador carlista y expulsado por sus feligreses en medio de los improperios más cordiales; otro tanto le sucedió en varias partes donde estuvo. Después fué preso por orden de las autoridades de Badajoz.

Pues bien, el ministro Cárdenas le propuso para el obispado-priorato de las Ordenes militares. Como este se dieron muchos casos.

La derrota definitiva de los carlistas en Estella, motivó una gran emigración de curas á Francia. Más de cien presbíteros fueron por aquellos días internados en la frontera, y como en todas partes son los mismos, promovieron en San Juan de Luz un escándalo mayúsculo.

Hicieron correr la voz de que habia sido derrotado el ejército liberal; pero al verse convictos de mentira por la llegada de 300 presentados carlistas, increparon á éstos como energúmenos, exhortando á los fugitivos á que volvieran á las filas carlistas y no prestaran sumisión á las autoridades españolas, pues iban á ser conducidos á Cuba, donde perecerían misera-

blemente: Un oficial carlista apostrofó al predicador con estas frases:

«Oye tú, mal cura; pues bien te estabas tú en Francia, mientras nosotros exponíamos nuestros pechos á las balas.»

Durante la guerra, no perdonó el clericalismo medios de crearle dificultades á los gobiernos para favorecer á don Carlos. Una de ellas, esta:

Como entre las penas señaladas por el Código para castigar los delitos de rebelión y sedición no figura la de privar al delincuente de lo poseído con justo título, los curas carcas encontraron el medio de dejar sus curatos á cargo de otro, á quien retribuían miserablemente, cobrando el resto de sus asignaciones; y como cobraban también, y con preferencia, por los cargos que desempeñaban en las filas carlistas, se encontraban con dos sueldos á la vez.

Esto dió márgen á una orden de la Dirección del Tesoro, exigiendo, para abonar las pagas á los curas ausentes de sus parroquias, una certificación del obispo en que constara la residencia ó la ausencia autorizada, á fin de legalizar el pago; y tuvo que ver y oir la polvareda que levantó la prensa carlista con este motivo, defendiendo la prebenda de los curas facciosos.

Derrotado en el campo de batalla, el clericalismo comenzó á trabajar por el carlismo de otro modo. Ya en 1875, cuando vió que iba de capa caída, trató de darle fuerza predicando la intransigencia religiosa en pastorales hipócritas á pretexto de que el gobierno restaurador pensaba establecer la tolerancia de cultos.

Solamente el obispo de Orihuela publicó el 16 de Enero de 1876 un documento en que aconsejaba á los curas de su diócesis que se apartasen de la candente arena política y se concretaran á cumplir con su misión evangélica. Los demás atizaban la discordia por cuantos medios podían.

Entre las cosas que el clericalismo inventó cuando empeoró su causa en Cataluña después de concluir la guerra en el Centro, figuraba la creación de los *Cruzados Marianos*, cuyo «objeto principal sería defender los derechos del catolicismo, y el secundario auxiliar la legítima causa de don Carlos VII y por este medio reconquistar para la nación española la *unidad religiosa.*» Se imponía á estos cruzados abundantes rezos para excitar su fanatismo y su odio á la libertad.

La duración de la guerra carlista se debió al esfuerzo del absolutismo en toda Europa que fundaba en ella sus esperanzas. Por esto coincidió con la agitación ultramontana del 74 y 75.

Tan seguro creían el triunfo, que el Papa daba ya tratamiento de majestad á doña Margarita, mujer del Pretendiente; el clero francés procuraba por todos los medíos hacerse árbitro de la situación intrigando en la Asamblea y levantando una cruzada neo-católica; en Alemania el gobierno prusiano tuvo que prender á diez obispos y 400 curas; en Austria el clero conspiraba abiertamente contra las leyes constitucionales, extendiéndose esta especie de conjuración hasta América, dando motivo á que el Tribunal Supremo del Brasil condenase á prisión á dos obispos.

Del clero de Francia, Austria, Alemania é Italia, donde tenía el ultramontanismo su cuartel general, salían la mayor parte de los recursos con que se alimentaba la guerra civil en Esqaña, que bien puede decir que al vencer á don Carlos, venció al ultramontanismo de todo el mundo.

Hubo un momento en que el clericalismo creyó ganar la batalla, y no ocultaba ni su alegría ni sus manejos.

D. Carlos obsequió á Pío IX con uno de los cascos de granada de la acción de Somorrostro; y el Papa, para demostrar lo mucho en que tenía el recuerdo, lo

puso en su mesa destinándolo á pisa papeles, contestando autográficamente á don Carlos, «que hacía votos porque Dios concediese á España la paz y un gobierno que protegiese la *religión católica*.

Esta protección se manifestó desde luego.

El 17 de Agosto del 72 decía ya el periódico carca *La Reconquista*.

«Hemos recibido una carta de Roma fechada el 11 de los corrientes en la cual se nos comunican interesantes noticias sobre las crecientes simpatías de que goza la santa causa de don Carlos en la capital del mundo católico.

Todos los periódicos religiosos de aquella ciudad dedican elogios entusiastas á los bravos carlistas que con sin igual heroismo derraman actualmente su sangre por la santa causa simbolizada en el lema de *Dios, patria y rey*.

Recientemente, en una de las solemnes audiencias que el Papa concede á los fieles de Roma, las aclamaciones á Pío IX se oyeron mezcladas con las de Carlos VII, *Re legittimo di Spagna*.

La persona que nos favorece con estas noticias, hablando de la causa de don Alfonso, nos dice que está completamente desahuciada en las más elevadas esferas de Roma y que *sólo don Carlos es allí mirado como el legítimo representante de la monarquía católica en España*.»

Cuando la guerra civil ensangrentaba ya nuestros campos y amenazaba con prolongar la serie de horrores y desdichas de que era causa, el Papa Pío IX procuraba excitar los ánimos pronunciando estas palabras:

«No menos profundos son los padecimientos de la Iglesia en la católica España, causados por los golpes del poder civil, pues sabemos que recientemente ha sido propuesta y aprobada por la Asamblea legislativa una ley para la dotación del clero, ley con la

cual no sólo quedan rotos los tratados ajustados, sino que se pisotean las reglas del derecho y la justicia. Proponiéndose esta ley aumentar la pobreza y la servidumbre del clero y acrecentar los males que hace algún tiempo afligen á aquella ilustre nación, males producidos por una lamentable serie de actos del gobierno perjudiciales á la fe, á la disciplina eclesiástica, de la misma manera que ha excitado las justísimas quejas de nuestros venerables hermanos los obispos de España, dignos por su firmeza, así también reclama hoy de Nos las más solemnes reclamaciones.»

Así correspondía Pío IX á las benevolencias de los gobiernos de aquella época.

Todo lo dicho nos lleva lógicamente á esta conclusión:

Hay que atacar sin tregua á los obispos, curas y frailes que, en vez de recordar y poner en práctica las máximas de paz, caridad, amor al prójimo, perdón de las ofensas, predican la guerra, el odio, la venganza, la ceguera intelectual, el restablecimiento á sangre y fuego de una feroz reacción, de una intolerancia religiosa que mata en vez de convencer, la elevación al trono de un hombre estúpido, cruel y sanguinario, depósito de todos los vicios inmundos.

Los que para defender la religión prostituyen el sacerdocio, para enseñar mansedumbre disparan el fusil, para respetar la propiedad empuñan la tea, esos no son seres humanos dignos de respeto hasta en sus extravíos; son alimañas feroces á quienes hay que exterminar por amor al prójimo.

El clero carlista no prepara hoy la guerra por adquirir respeto, consideración é influencia; harto sabe que don Carlos no había de concederle más de lo que encuentra dentro de la restauración; quizás le mermara algo lo que tiene; la prepara en odio á la libertad y porque siente la nostalgia de la persecución y la matanza como la sintió en las anteriores, porque es absolutista por instinto, por condición. Y es más; tiene que serlo forzosamente: creer que el poder emana directamente de Dios y aceptar la soberanía del pueblo, sería un verdadero contrasentido.

El Vaticano, dígase lo que se quiera, trabajará siempre contra la libertad; únicamente se cuidará de ocultar las uñas cuando no crea que puede hacer buena presa. En ocasiones hasta aparentará defender aquello mismo que odia.

Sometida á Pío IX en 1871 la cuestión de mejor derecho á la corona entre Carlos y Alfonso, dijo:

1.° Que los textos bíblicos que presentaban los carlistas no probaban lo que se quería que probasen.

2.° Que aunque la Sagrada Escritura no resuelve ni aborda siquiera esta cuestión, lo que por incidente dice, lejos de favorecer á los carlistas, les perjudica, porque habla de mujeres que han ocupado el trono, como la reina de Saba, ó han desempeñado la suprema judicatura en Israel, cual *Dévora*.

3.° Que los teólogos, tanto dogmáticos como moralistas, rechazan como contraria á la ley y á la razón la errónea máxima que sirve de fundamento al carlismo.

4.° Que la historia y la tradición de la Iglesia es contraria al carlismo que aleja del trono á la hija del rey, porque en todo tiempo ha dado su bendición á las reinas que han llevado coronas sobre sus sienes.

5.° Que la historia antigua, media y moderna de España, es enteramente opuesta á lo que dicen y contra verdad quieren hacer creer los abogados del bando carlista.

6.° y último. Que las leyes que figuran, las únicas que pueden figurar, la ley de Partida, el auto Acordado, la ley Constitucional de 1789 y la pragmática Sanción de 1830, una por no haber podido ser anulada, otra por ser viciosa en su forma y haber sido derogada después, y la última por hallarse en vigor, todas sin escepción perjudican á los carlistas y demuestran que el mejor derecho asiste á don Alfonso de Borbón.»

Así habló Pío IX en Septiembre de 1871, por no creer que el zascandil de don Carlos pudiera encender la guerra. Pero en 1873 y 74, al ver que tomaba vuelos y en la previsión de que pudiera triunfar, halagó y auxilió á los carlistas cuanto pudo, cambió regalos con don Carlos, expidió Bulas para él, y lo trató de Majestad, así como á doña Margarita.

Ocupa don Alfonso el trono, la causa del carlismo decae, y entonces vuelve Pío IX la espalda á don Carlos otra vez, y eso que ya era él dogmáticamente infalible.

Por todas estas razones, desconfiemos de lo que digan en Roma contra el carlismo, y creamos todo cuanto se nos hable sobre sus trabajos en favor suyo y en contra de la libertad.

Pero aun suponiendo que existiera un Papa, el actual por ejemplo, que sin reservas mentales condenara el carlismo, ¿de qué serviría? De nada.

Porque no hay que tratar de engañarnos. Como en los años anteriores al 33 y al 72, el clero conspira hoy contra la monarquía que le paga y le mima, y sirve á don Carlos.

Ha dicho León XIII á los católicos que respeten y acaten los poderes de hecho, y los curas y muchos obispos defienden ostensiblemente á don Carlos que está preparando y anunciando una nueva guerra.

No nos extraña nada de eso... El clero aparenta hipócritamente someterse, pero en el fondo sigue

siendo enemigo acérrimo de la dinastía reinante, y, sobre todo, de la libertad.

Y no es lo más temible la oposición franca, y por franca noble, de algunos curas; lo más perjudicial es la solapada que hacen los jesuítas y el alto clero.

Aparentan sumisión á las instituciones y respeto á la reina, dicen que huyen de la política, se muestran tolerantes con los partidos en cuanto no atacan á la religión y alardean de sumisos al Papa, pero por todos los medios quebrantan las conquistas democráticas y persiguen á los liberales, sino es ya que algunos se atreven á hacerlo descaradamente, como los prelados de Valladolid y Plasencia.

Los curas que felicitan á Carlos VII y rezan en pùblico por él, no son tan dañinos como los prelados que, dentro del campo liberal, preparan el camino para el triunfo de los carlistas.

Esos enemigos no declaran su lealtad á don Carlos; se limitan á ser traidores á la libertad. Conquistan influencia, poder, bienes materiales, halagando á la reina y á sus ministros: persiguen la prensa liberal; se apoderan de la enseñanza; hacen callar á sus enemigos; abren, en fin, brecha en la fortaleza para que por ella entre fácilmente don Carlos.

El peligro lo hemos señalado mil veces, y hasta nuestros amigos nos han tachado de intransigentes.

No es la culpa únicamente de los gobiernos de la restauración; lo es de los mismos liberales y hasta de muchos republicanos, que por mal entendida tolerancia, por seguir la corriente, por moda, han mimado al clero, no han ayudado á los que seguían viendo en él el enemigo, y han negado el peligro de una nueva guerra civil.

¡Cuánta sangre va á costar la ceguera de los que han creído que mimando al clero se lo atraían! ¡Qué se lo han de atraer! Mimándole, lo que se hace es darle medios para que conspire más á sus anchas n favor de los carlistas.

A los liberales que creen á curas y frailes identificados con la monarquía constitucional, y que, por lo tanto, no ayudarán á don Carlos, hemos de recordarles dos hechos, entre mil que pudiéramos citar, uno perteneciente á la primera guerra y á la segunda el otro.

El célebre cura Merino se ofreció en Enero del 33 espontáneamente á Cristina y al ser admitido á besarle la mano, le presentó por escrito una felicitación por la mejoría de Fernando VII, en la que demostraba las angustias de su ánimo durante la enfermedad de *su soberano*. Aquella exposición concluía así:

«El Señor conserve en la mayor prosperidad á nuestro soberano, á V. M., *á nuestra excelsa sucesora* y *primogénita*, á vuestra real descendencia y toda la real familia; estos son mis sinceros votos, asegurando á V. M. que, así como en dos distintas y gloriosas épocas he empuñado las armas en defensa de los soberanos derechos del rey nuestro señor, y de la independencia de la monarquía, *volveré á hacerlo de nuevo*, si las circunstancias lo exigiesen, *contra cualqaiera que osase atacar tan preciosos objetos, ú oponerse á la sagradá voluntad de mis amados soberanos, y los derechos de su legitima y augusta descendencia.*»

Pues bien; el 23 de Octubre de aquel mismo año se puso el cura Merino al frente de los sublevados por don Carlos en Castilla la Vieja, publicando una proclama, en la que decía:

«Hagamos el generoso esfuerzo que reclama de nosotros la patria hasta colocar en el trono á un príncipe español, perseguido y expatriado, reuniendo á sus virtudes *el legítimo é indisputable derecho á la corona de España.*»

Tal era la lealtad de los más autorizados y prestigiosos carlistas. Y como el cura Merino eran y son todos, comenzando por el Carlos V que había jurado defender la Constitución.

Allá va el hecho de la segunda guerra:

El canónigo Manterola declaró en las Cortes Constituyentes, que *toda su vida había sido carlista.*

Y *El Imparcial* del 21 de Abril de 1870 copió esta carta, que había aparecido el 7 de Septiembre de 1866 en el *Semanario Vasco Navarro*:

«A S. M. la reina, doña Isabel II.—Señora: la redacción del *Semanario católico Vasco Navarro* no podría aspirar á la altísima honra de interpretar los sentimientos del país *que intenta representar en la prensa*, sino se acercara respetuosamente á las gradas de vuestro trono augusto, á presentar á V. M. la expresión *ardiente y sincera de lealtad acrisolada y amor incontrastable* que el hidalgo pueblo vasco-navarro profesó siempre á sus reyes. Dígnese V. M. acoger benévola la *tierna protesta de amor respetuoso y adhesion fidelisima que en nombre de la redacción y de todo el pais vasco-navarro*, tiene el honor *inefable* de presentar á V. M. vuestro humilde súbdito y último capellán.—Señora. A l. r. p. de V. M.—VICENTE MANTEROLA.»

Esto nos dice que no deben los liberales fiarse de los curas y frailes que están hoy al lado de la restauración, y menos aún de sus humildes protestas de adhesión. El clero español es carlista y nada más que carlista; y, como ya hemos dicho, tiene por fuerza que serlo; y el cura que no lo es, por excepción, sin excepción sufre las consecuencias viéndose arrinconado y perseguido.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 42

PRIMER SITIO DE BILBAO.—*Quince días de bombardeo.*—SEGUNDO SITIO.—*Cinco mil balas rasas y 1.700 proyectiles huecos en cinco días.—Carlos V. decretando prisiones, fusilamientos y despojos.—La batería de la Muerte.—Heroicidades á granel.—La noche de Luchana.—Alocución de Espartero.—Entrada en la Villa.*—TERCER SITIO.—*Destruir por destruir.—Disparos contra los hospitales y la Cruz Roja.—Asesinatos de mujeres y niños.—Mujeres heróicas.—Insultos canallescos.—El hambre en Bilbao.—La liberación.—Proyectiles arrojados.—La guerra próxima.—Los conventos fortalezas carlistas.*

ADMINISTRACION: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

¿Qué debemos hacer para contrarrestar á los criminales que un jesuíta laico se atrevió á calificar de honradas masas en pleno Congreso, sin que cayera en el acto y á la vez sobre su rostro la saliva de todos los liberales allí presentes? Predicar desde ahora la guerra de exterminio, y prepararnos para aplicarla en cuanto ellos la inicien.

Doloroso es predicar dentro de una nación el exterminio; ¿pero no lo es más vivir perpetuamente bajo la amenaza de una guerra que lo predica y lo practica diezmando nuestra juventud, talando nuestros campos, incendiando nuestras ciudades, agotando nuestras riquezas, fruto del trabajo de tantas generaciones?

Filántropos de todos los partidos; tomad una balanza, poned en un platillo cuantas ventajas atribuís al pasado, á la tradición, y en el otro los huesos de nuestros padres y hermanos muertos en este siglo por los enemigos de toda libertad y todo progreso, y veréis cómo pesan más esos huesos sagrados.

Basta ya de contemplaciones que se atribuyen al miedo, de respetos que se califican de impotencia. La clemencia con ellos, el perdón, las repetidas amnistías, los convenios, han sido considerados por los carlistas como

muestras de debilidad; la generosidad de la nación y de sus gobiernos, como signos de temor.

Preguntad á las madres, á las hijas, á las esposas de los que perecieron en la última guerra, si es posible tener piedad; y á las de los que tienen hijos, padres ó esposos amenazados por el carlismo, si no es preferible acabar de una vez con esos criminales, por todos los medios, cueste lo que cueste, y matar en estado de canuto la langosta de la tercera guerra civil, ya que por torpezas, cobardías ó transigencias punibles se han dejado siempre vivos sus gérmenes y por eso se ha reproducido.

Y veréis cómo os contestan que hay que acabar de una vez, para no estar perpetuamente expuestos á esos horrores que desangran y arruinan á la patria.

Poco ó nada me preocuparía del carlismo, si los liberales cumpliésemos con nuestro deber. Pero al ver que ni estimamos la libertad que tantos sacrificios costó á nuestros padres legarnos, ni sentimos hacia la reacción el odio santo que inspirarnos debiera la memoria de sus innumerables víctimas, confieso que es mi preocupación constante.

¡El odio! ¡Qué hermosa cualidad cuando se despierta frente al crimen y la injusticia! En estos casos, supera al mismo amor en abnegaciones y ternuras.

Pero, nada; los liberales no sentimos odio; ni siquiera cólera. Una falsa idea de lo que significa la palabra tolerancia nos tiene ener-

vados de entendimiento, desmalazados de voluntad y atrofiados de memoria. Por esto son posibles hechos como el siguiente:

Hace pocos años murió Antonio Díez y Oriol, *cura de Flix*, en el mismo pueblo que hizo célebre su vandálica conducta.

Recordó un periódico algunas de sus infames hazañas y sus horrendos crímenes, entre ellos el asesinato del bravo teniente coronel Maturana, á cuyo cadáver dió de puntapiés después de escupirle al rostro, y, no obstante, hubo periódicos liberales que se atrevieron á estampar que había muerto *como un santo*, y á asegurar casi que Dios lo acogería *piadosamente en su seno;* el que menos le deseó la bienaventuranza eterna.

Esto dijeron, en vez de haber protestado contra el hecho de que el robo y el asesinato den derecho en España á morir tranquilamente, mientras sucumben de hambre las familias de los infelices que lucharon con las hordas de asesinos que comandaba aquel cura.

Hay momentos en que creo que no podemos ya ir á ninguna parte. ¿A dónde ha de ir un pueblo en que los criminales no reciben moralmente al morir el salivazo que ese cura arrojó materialmente sobre el cadáver de aquel bravo teniente coronel?

La reacción clerical acabará por convertir á este pueblo en un pueblo de canallas, sin idea maldita de lo que es la dignidad, si es que ya no lo ha conseguido.

PRIMER SITIO DE BILBAO

Tomar á Bilbao ha sido siempre el sueño del carlismo. Y se comprende: dueños de la villa podrían tener dinero en abundancia, aparte las ventajas estratégicas y políticas que les proporcionaría. Por esto la han atacado con saña, prescindiendo, más que en otros puntos aún, de las leyes de la guerra en todo país civilizado.

Bosquejaremos á la ligera los tres sitios que le han puesto, para dar una idea de la ferocidad con que han tirado á destruirla, creyendo que por este medio podrían llegar á tomarla.

El 14 de Junio de 1835 rompió Zumalacárregui el fuego sobre Bilbao, dirigiendo su artillería contra las obras de fortificación, no contra la ciudad como querían los *ojalateros*. Sólo cuando cayó herido y el mando recayó en Eraso, se apuntó contra la plaza, la cual sufrió durante quince días terrible bombardeo.

El día 27 intimó Eraso la rendición. El conde de Mirasol reunió á los concejales en su casa para preguntarles qué debía hacer, y contestóle el alcalde, don Juan Ramón de Arana: «*Perecer en las ruinas de la villa antes que capitular.*» Y un concejal añadió: «*Hoy me han arruinado tres casas; mañana me destruirán las que me restan; pero mientras circule sangre por mis venas, yo no capitulo. Sabré, si sobrevivo á este sitio, mantenerme entre las ruinas de mi propiedad, pero no vivir con los que destrozan mi patria.*»

Cuando en la tarde del 28 de Junio, después de un día de suspensión de hostilidades, sonó el primer cañonazo, en una casa de distinción se rompió un baile que tenían varias señoras preparado para cuanto ocurriera, baile que continuó con gran animación y alegría. Pueblo que así se portaba ¿qué habia de tomarlo don Carlos?

Convencido sin duda de esto, el estulto Pretendiente hizo levantar el sitio el 2 de Julio, y los bilbainos pudieron con razón envanecerse de su constancia, su heroísmo y su amor á la libertad.

SEGUNDO SITIO

Sin notificación de ninguna clase, el 25 de Octubre del mismo año instaló el general carlista Villarreal sus primeras baterías á uno y otro lado del Nervión, comenzando á vomitar sobre los fuertes y la población bombas y granadas.

Abierta brecha al dia siguiente en la línea que se extendía desde el fuerte del Circo al de Mallona, prepararon el asalto para la mañana próxima, pero lo intentaron durante la noche. Rechazados con brabura, dejaron los carlistas muchos muertos y heridos en los fosos.

Renunciando á toda idea de asalto por el convencimiento de que serían rechazados en todos, ordenó Villarreal que no cesara el cañoneo ni de día ni de noche. En los primeros cinco dias cayeron sobre Bilbao 5.000 balas rasas y 1.750 proyectiles huecos, causando grandes extragos.

Interrumpido el bombardeo desde el 30 de Octubre al 8 de Noviembre, comenzó con más empeño y con más medios bajo el mando de Eguía, apoderándose los carlistas del fuerte de Banderas y del con-

vento de Capuchinos, como más tarde del de San Mamés, y de los fuertes de Burceña y Luchana.

Por efecto del bombardeo murieron 79 de los sitiados y resultaron 307 heridos, entre los primeros el ayudante de nacionales don Eustaquio Allende Salazar, diez mujeres, siete niños y tres ancianos.

Creyéndose, en vista de la toma de los fuertes, dueños ya de Bilbao, comenzaron á dictar las disposiciones que habían de regir al entrar.

He aquí la *Instrucción* acordada en Durango, y de la que reproduzco algunos artículos para que los bilbaínos los tengan muy presentes:

«MINISTERIO UNIVERSAL.—*Reservadísimo. Secretaría de Estado y despacho de la Guerra.*

Instrucción acordada por el rey nuestro señor, que deberán observar exactamente, de acuerdo y con recíproco auxilio, el comandante general del sitio de Bilbao y el Comisario regio de la provincia de Vizcaya, tomada que sea la expresada plaza.

Art. 2.° Se adoptarán con tiempo las disposiciones más convenientes para que de la plaza de Bilbao no salga persona alguna que precisamente no esté comprendida en la capitulación, si por este medio se rinde, y de no, solamente los prisioneros, que sin pérdida de tiempo deberán conducirse á sus respectivos depósitos. Pero en uno y en otro caso, si entre los prisioneros ó capitulados se hallasen comprendidas personas acaudaladas de la plaza, permanecerán detenidas en ella á disposición del Comisario regio, hasta que se realice la entrega de la contribución que les puede caber.

Art. 6.° Que se hagan presos para recibir el condigno castigo, el oficial y soldados que cubrían el puesto que hizo fuego al oficial y parlamentario Sanz, é igualmente se pongan en prisión á todos los hombres criminales.

Art. 7.° Se juzgarán y castigarán, según haya

lugar, al autor del folleto titulado: «Sitio y ataque de Bilbao», al redactor ó redactores de los papeles públicos y á los autores de la infame procesión del retrato del rey nuestro señor.

Art. 8.° Hallándose en Bilbao con las armas en la mano, habiéndose comprometido á no tomarlas, los capitulados de Eibar, y quizás de algunos otros pueblos, serán presos y juzgados brevemente.

Art. 11. Todos los vecinos y moradores de Bilbao conocidos por desafectos á la causa de S. M. satisfarán de consuno en el breve término que se les señale la contribución de doce millones de reales en metálico, sin admitirles pretexto ni excusa alguna hasta que la realicen.

Art. 12. El Comisario regio queda encargado de esta operación, de cuya distribución, hecha por los que tengan el debido conocimiento y apreciándose las fortunas del país, tomará razón el contador general y entrarán los cupos respectivos en la tesorería, con la intervención de aquel.

Art. 13. Asimismo contribuirán además todos los vecinos y moradores de Bilbao en general, sin distinción, con diez mil capotes de paño, igual número de pantalones, é igual de pares de zapatos para la tropa, así como el correspondiente lienzo para camisas para la misma y para ropa de los hospitales.

Art. 14. Obtenidos que sean en toda su extensión los resultados de las anteriores medidas, procederá el Comisario regio á purificar el pueblo, lanzando de España á todos aquellos que sean notoriamente conocidos por su exaltación, aversión á la santa causa de la religión y del rey nuestro señor, y adhesión á la de sus enemigos, diseminando á los menos peligrosos á los pueblos, con prohibición de pasar á Bilbao y bajo la más estrecha vigilancia. Igualmente hará recoger en conventos y lugares de corrección todas aquellas mujeres decentes que por su corrup-

ción y desenfreno de costumbres hayan escandalizado al pueblo.

Art. 15. Se observarán desde la entrada en Bilbao las órdenes que sobre embargos rigen en estas provincias, debiendo formarse inventarios intervenidos de todos los bienes muebles é inmuebles que sean ó deban ser secuestrados; así como de los de los depósitos y almacenes de géneros y efectos, cuyos dueños no sean conocidos, ó se hallen prófugos ó ausentes, y pasar copia de ellos al gobierno.

Art. 16. Es la soberana voluntad de S. M. que desde luego se restablezcan todas las comunidades religiosas que hayan sido suprimidas por los revolucionarios, poniéndolas en posesión de sus edificios, bienes y alhajas, donde quiera que existan, admitiéndoles las purificaciones que quisiesen intentar para acreditar los desperfectos que hayan experimentado las fincas, para reclamarlos á su debido tiempo de aquellos que los hubiesen causado.—Real de Durango, 17 de Noviembre de 1836.—Erro.»

«Admira, en verdad, dice un historiador, que al considerarse dueño de una gran población, sólo se le ocurriera al Pretendiente pensar en llenar sus arcas, en castigar á los liberales, y en medidas sólo dignas de tertulias de sacristía. ¡Qué mejor prueba de la suerte que habría cabido á España, si don Carlos hubiese triunfado!»

El 15 de Noviembre comenzaron los carlistas á batir el convento de San Agustín con nuevas baterías, siendo rechazados en tres asaltos por los milicianos y los provinciales de Trujillo, que enarbolaron una bandera negra con esta inscripción: *Tránsito á la muerte*; y otra en la próxima batería de Cujas, con ésta: *Batería de la muerte.*

El comandante general don Santos San Miguel fué herido en el ataque del convento de San Agustín. Cuando lo retiraban en una camilla, exclamó:

«*Señor comandante; nacionales: confío en vosotros y espero que no permitiréis que el enemigo viole este baluarte de la libertad.*» Los que le oyeron no pudieron contener el llanto, y juraron sacrificar sus vidas en defensa de la villa.

Nombrado el brigadier Arechavala jefe de las fuerzas, por haber caído herido también Araoz, el segundo cabo corre á la Cendeja, examina (habían ya los carlistas tomado el convento), y dice: «*Amigos: la salvación de este heroico pueblo consiste en incendiar esos edificios que han ganado los carlistas. ¿Quién se ofrece para tan atrevida empresa? ¡Todos, todos!*» responden los presentes: «*¡sálvese Bilbao y perezcamos nosotros!*»

Salvaguardias y nacionales arrimaron combustible al convento de San Agustín y casas adyacentes. El breve espacio entre estos edificios y las barricadas era un infierno, pues allí se cruzaban los fuegos de las principales baterías enemigas y las ventanas de las casas vomitaban muerte y destrucción.

Con todo, el comandante de salvaguardias, don Marcos Aras, y su ayudante, don Venancio de Valdivieso, llegan al pie del convento y le aplican fuego por varias partes. El teniente de nacionales don Luciano Celaya se aproxima al propio tiempo cargado con un jergón y con una tea encendida, á la puerta de la casa de la *Menchaca*. Abrése la puerta, y aparecen varios carlistas. Sin inmutarse, Celaya grita: *¡á ellos, granaderos, que aquí están!*, y los carlistas, atemorizados, aunque no había tales granaderos, vuelven á cerrar la puerta.

Al caer la tarde se levantaron las llamas, envolviendo en pocos instantes todas las casas, que miraban arder los bilbainos con tanto gusto como si no fuesen suyas. Habían opuesto una barrera de fuego al avance de sus enemigos.

¡Cuántas pérdidas en pocas horas! Solamente en la defensa del convento de San Agustín tuvo el regi-

miento de Trujillo 334 bajas; perecieron además muchísimos salvaguardias y nacionales y el jefe de la plana mayor, don Miguel Socies. Pero ¡qué sublimes arranques, qué actos de valor tan dignos de la epopeya! Un nacional apagó una granada que acababa de caer orinando sobre ella, un soldado cortó á otra de un tajo la espoleta; el comandante de la milicia, Aras, al oir que el enemigo había entrado en San Agustín y juzgando que todo estaba perdido, pidió un vaso de vino y exclamó: *¡Bebamos! ¡Esta es la copa de la agonia!*

Días más tarde, ante un fuerte ataque, y después de batirse como leones, quemaron los liberales el convento de San Agustín, levantaron otra defensa abriendo fosas y cortaduras, colocando sacos de tierra y trasportando á ellos los cañones del edificio que ardía.

Rechazado Espartero el 28 de Noviembre del puento de Castrajena cuando con 15 batallones y dos escuadrones iba en socorro de Bilbao, condujo su ejército á la derecha de la ría frente á Portugalete.

El 29 de Noviembre intimaron los carlistas de nuevo la rendición y los bilbainos la rechazaron, á la vez que á los que habían asaltado el convento de la Concepción.

Las dificultades de la defensa aumentaban al par que la energía de los bilbainos, y eso que las fortificaciones se hallaban destruídas y muchas casas en ruinas; que las municiones escaseaban, y una gallina costaba 60 reales, una docena de huevos 48 y un gato 20; que los pobres sólo comían tronchos de berza, y que los hospitales estaban atestados á causa de las dolencias producidas por el hambre.

Espartero reunió en Consejo el 28 deNoviembre á los jefes de su ejército, Oráa, Carandolet, Meer, Ceballos Escalera, Rendon, Ponte, Méndez Vigo, Ulivarri, Bausá, Velasco, Minuisir y Otero, y acordaron socorrer á cualquier costa á Bilbao.

Tras varias escaramuzas, llegó el 24 de Diciembre, y á eso de las dos de la tarde rompieron el fuego por una y otra parte. Sería interminable relatar los prodigios de valor; se luchaba á cañonazos, á balazos, á la bayoneta, al sable; se tomaban las casas junto al puente de Luchana tres y cuatro veces, porque se volvían á perder; Armero, capitán de fragata que llegó á general, se apoderó, á pesar de estar herido, de un cañón de una batería carlista; se hacían disparos á quemarropa entre el agua que empapaba las ropas, el granizo que azotaba el rostro, el trueno que aturdía; teniendo por fin que refugiarse en las peñas inmediatas hasta que lo consintiera la tempestad.

Espartero yacía doliente en el Desierto. Llega Oráa, le explica lo que ocurre, salta del lecho, pide sus armas y su caballo, monta, y al frente de la brigada Minuisir sale á galope y llega al puente de Luchana á las doce y media.

Los soldados le saludan con frenética alegría, la batalla suspendida se restablece, y mientras cada cual corre á ocupar su puesto, Espartero los arenga, diciéndoles entre otras cosas:

«Los soldados valientes como vosotros, no necesitan más que un solo cartucho: ese sólo se disparará en caso necesario, y con las puntas de vuestras bayonetas, tan acostumbradas á vencer, daremos fin á tan grandiosa empresa; batiremos á los enemigos de nuestra idolatrada reina, los arrollaremos, y tanto vosotros como yo, que soy el primer soldado, el primero delante de vosotros, los veremos, ó morir, ó abandonar el campo llenos de oprobio y de ignominia, corriendo precipitadamente á ocultarse en sus encumbradas guaridas.» Dicho esto, parte por la derecha, en tanto que Oráa se dirige á la izquierda, y ambos á las voces de *¡viva Isabel II! ¡viva la libertad!* y acompañados del estrépito de tambores y cornetas y de los ecos marciales de las armoniosas bandas, sin disparar un tiro, y haciendo sólo uso de la

bayoneta, arma de los valientes, marchan hacia Bilbao; y aunque la resistencia de los carlistas es desesperada y terrible, el fuerte de Banderas queda muy pronto en poder de Espartero, desde cuyo momento resultaron los carlistas arrollados en todas partes, vencedores los liberales y salvada la invicta villa.

En las primeras horas del 25 de Diciembre y mientras las campanas de Bilbao echadas á vuelo celebraban tanto heroísmo, Espartero penetraba á pie por *la batería de la Muerte*. En el paseo del Arenal revistó á los milicianos nacionales, á los cuales, recordando sus hechos durante el sitio, abrazaba con efusión derramando lágrimas, él que acababa de jugarse su vida por la patria, y cuando su dolorosa enfermedad habría disculpado su falta de asistencia á la batalla de aquella Noche Buena.

Tal entusiasmo produjo en toda España el levantamiento del sitio de Bilbao, que el ministro de la Gobernación, don Joaquín María López, se hizo intérprete de él en el Congreso, diciendo:

«Con tales jefes y soldados nada es imposible, nada difícil; se hace cuanto se quiere, se manda el destino y se escala hasta el cielo, realizando la fábula de los Titanes.

«Nuestro ejército no ha peleado sólo con otro enemigo tenazmente empeñado en la operación y posesionado de posiciones formidables en que el valor y la desesperación habían reunido todos sus recursos, no: ha peleado con la naturaleza, con el furor desencadenado de los elementos, y hasta de los elementos ha sabido triunfar. Agobiado por la tempestad, abrumado por la lluvia, por la nieve y por el granizo, en medio de la noche más espantosa, se ha hecho superior á todos los obstáculos, y no ha necesitado decir como aquel célebre capitán de la antigüedad en el sitio de una ciudad acaso no más famosa que Bilbao: *¡Gran Dios, vuélvenos la luz y pelea contra nosotros!*;

no, nuestros soldados saben vencer así en la luz como en medio de las tinieblas, y no necesitaban entonces la claridad para que iluminara su triunfo, y dejase ver el pendón radiante de la libertad, que se elevaba ondeando en los campos de Bilbao, y sirviéndole de trono los cadáveres de los enemigos.

«Este hecho de armas, señores, excede á toda exageración: su mérito excede también á toda recompensa. El gobierno las concederá con munificencia; pero el mayor premio para estos guerreros será siempre la dulce satisfacción de haber salvado á sus hermanos, de haber fijado la suerte de su patria: esa aureola de gloria inmarcesible que orlará su frente y les acompañará hasta el sepulcro, sobre cuya lápida reposará para siempre la inmortalidad. Los españoles tributarán el homenaje de su gratitud y de su admiración á los soldados de ese ejército y á los heróicos bilbainos, y donde quiera que los vean los señalarán con respeto y con entusiasmo diciendo: «*aquí va un valiente.*»

Y don Francisco Pacheco, interpretando los sentimientos de la mayoría, agregó:

«La tierra sea ligera á todos los militares que han perecido en aquellos lugares: día llegará en que la patria los premie: día llegará en que sus descendientes bendigan esta sangre que les dió la libertad y el bienestar, y en que todos podamos decir, que si gemimos trescientos años en el despotismo, hemos tenido coraje y valor para romper las cadenas y exclamar: «ya somos libres.»

A pesar de lo decaídos que estamos, ¡qué hermosamente resuenan en nuestros oidos esas palabras!

Recordando lo que ayer fuímos ¡qué sonrojo no deberíamos sentir al ver lo que hoy somos!

TERCER SITIO

Los liberales y los republicanos de Bilbao influyeron *poderosamente cerca del gobierno para que perdonase* á los comprometidos en la breve insurrección carlista de 1870. Esto les honra, pero hicieron mal. Con el enemigo hidalgo, toda generosidad es poca después del combate: con el villano, que ni agradece ni perdona, es candidez insigne emplearla nunca.

Y que los carlistas son lo último, dícelo el que el día 9 de Mayo de 1872, en el levantamiento que acabó en la fuga de Oroquieta, un grupo disparó ya sus fusiles desde el alto de Miravilla sobre la multitud indefensa de la Plaza Vieja; tal odio sentían hacia Bilbao.

El convenio de Amorevieta, que sirvió sólo para aplazar el movimiento del carlismo, no fué bien acogido por el elemento liberal de la villa, y desgraciadamente los hechos vinieron á darle la razón.

Velasco, sombrerero de Burgos, á quien dió celebridad entre los suyos el fusilamiento de Calle y su hijo, tomó á principios del 72 el mando de los carlistas de Vizcaya, é inmediatamente exigió por circular una contribución de guerra de 100.000 duros, que todos los pueblos de la provincia se apresuraron á pagar, exceptuando Bilbao, Bermeo, Durango, Deusto y Marquina; y eso que entre todas las partidas no reunían aún 500 hombres. ¿Cómo se explica? Porque en Vizcaya eran casi todos carlistas; sin esto ¿cómo se hubieran atrevido un par de docenas de facciosos, entre ellos el cura Martínez, á acercarse á tiro de pistola de Bilbao en el mes de Abril?

Desde esta fecha hasta el mes de Agosto en que comenzó la villa á estar semibloqueada, ocurrieron va-

rios encuentros en la provincia, y trataron ya los carlistas de cerrar la ría. Bilbao realizó obras de defensa para resistirlos, y se abasteció de los principales artículos de consumo.

A todo esto los carlistas estrechaban cada vez más á la villa; todo vapor que cruzaba por la ría era blanco de las balas de sus fusiles, y ya no podía nadie aproximarse á las vecinas anteiglesias de Begoña y Deusto sin grave riesgo de ser sorprendido por una avanzada facciosa.

Un vapor desembarcó en el mes de Octubre en Ondarroa 4.500 armas, 32 carros de municiones y gran cantidad de petróleo, gasolina y alquitrán. Las armas y municiones fueron inmediatamente conducidas á Durango. Los frailes de Marquina y los curas de Lequeitio salieron procesionalmente á recibir la remesa, y en Durango se cantó un solenne *Te Deum*.

A tal punto llegaba ya la osadía de los carlistas, que en la noche del 21 al 22 del citado Octubre se acercaron algunos al barrio de Iturburu y prendieron en su misma casa al alférez de voluntarios, Sr. Usieto, llevándoselo á las prisiones de Dima. Por este tiempo montaron una fábrica de fundición de piezas de artillería en Arteaga, haciéndose á la vez dueños de las de Castrejana para construir proyectiles, desmontando las campanas de iglesias y ermitas, y robando cuantos útiles de bronce habían á mano.

La situación de la plaza era cada día peor; disminuía el número de vapores encargados de proveerla por el fuego que los carlistas les hacían desde las dos orillas de la ría, y, como era consiguiente, ciertos artículos alcanzaban ya precios altísimos.

Cuando consiguieron incomunicar á Bilbao por la parte de la ría merced á la aglomeración en Vizcaya del grueso de sus fuerzas, sitiaron á Portugalete, arreciando el ataque después que el día 13 de Enero de 1874 tomaron á Luchana, punto que mantenía libre la navegación, y logrando apoderarse de

aquella plaza el día 23, quedando prisionera la guarnición. Se había defendido bizarramente durante un mes. A los pocos días capitularon unos 200 soldados que había en el destacamento del Desierto.

Ya no quedaba en Vizcaya un pueblo siquiera en que no dominasen los carlistas; únicamente Bilbao, que había jurado salvarse ó sucumbir.

En los primeros días de Febrero de 1874 acordaron los cabecillas reunidos en Durango bajo la presidencia de don Carlos, el bombardeo de Bilbao. La primer noticia la tuvieron sus habitantes por el gobernador militar señor Castillo, al decirles el 20 de Febrero que las mujeres, los ancianos y los niños que desearan salir de la población, podían hacerlo en el término de veinticuatro horas por el camino de Zornoza. A la vez dirigió una alocución al vecindario, que apareció en los parajes de costumbre al lado de otra del Ayuntamiento.

Los bilbaínos recibieron la noticia con entereza y se prepararon á la lucha contra los eternos enemigos de la libertad, que no iban, como en la pasada guerra, á atacar los muros y sus defensores á pecho descubierto, sino que, ocultándose con sus morteros detrás de los montes que rodeaban la heróica villa, iban á hacer cuanto daño pudieran esquivando el riesgo; á destruir la población más hermosa de España, por el bárbaro placer de destruirla, pues harto sabían que no entrarían en ella.

Al amanecer del 21 comenzaron á salir de Bilbao por la carretera de Achuri multitud de niños, mujeres y ancianos, presenciándose escenas desgarradoras, despedidas que se consideraban eternas...

Después, los bilbaínos empuñaron el fusil, ocuparon el puesto que á cada cual se señaló, y aguardaron impacientes que sonaran las doce, hora señalada para el bombardeo...

Sonó por fin, y conforme las campanadas se sucedían, redoblaba la ansiedad. El puente del Arenal y

muchos edificios estaban cuajados de gente que deseaba contemplar de cerca los comienzos...

Cada minuto que transcurría semejaba un siglo... Algunos optimistas llegaron á creer que los carlistas habrían retrocedido ante aquel acto de barbarie... No los conocían.

A las doce y veinte minutos apareció el primer fogonazo, prendió los aires el primer proyectil...

¡La iniquidad estaba consumada!

Cedamos la palabra á Mariano Echevarría, miliciano nacional de la heroica villa:

«El bombardeo de Bilbao, dijo el escritor patriota en un folleto publicado el mismo año 74, es uno de esos he hos que no tiene igual en la historia de ningún país civilizado, porque jamás hemos leido ni hemos oido que la crueldad y la perversión lleguen hasta el grado de bombardear una población fortificada sin haber conseguido de antemano la rendición de los baluartes que, situados en los puntos avanzados, constituyen la defensa del recinto que proyecta la resistencia. De este modo son víctimas de una ferocidad salvaje los ancianos, niños y mujeres del vecindario, al paso que los armados de todos los cuerpos apenas tienen bajas, dada su misión de resistir en los fuertes. Los facciosos se han hecho con su conducta pérfida y rastrera indignos de que se les pueda mirar sin horror.»

¿Incidentes del bombardeo? Sería menester un libro para reseñar á la ligera el valor de las tropas y de los bilbainos, su estóica indiferencia ante las privaciones, su buen humor y su despreocupación ante el peligro; por esto bastará con decir que en estas buenas cualidades estuvieron á más altura que los carlistas en las malas.

Estos miserables apuntaban con preferencia á los hospitales; tanto, que se pensó en quitar de ellos la bandera de la *Cruz Roja* para que no les sirviera de

señal para sus disparos. Y esta infamia la cometían despreciando los constantes ejemplos en contrario que los sitiados les daban. El 6 de Marzo cayeron heridos dos carlistas en Bolueta; inmediatamente los soldados que habían disparado sobre el grupo en que iban desplegaron la bandera de la *Cruz Roja* para recogerlos, como así se verificó.

Como pudiera creerse exagerado lo que decimos, tan infame es, copiaremos textualmente lo que el *general Castillo, defensor de Bilbao,* dijo al gobierno acerca de ello:

«Al ver la insistencia con que los hospitales fueron molestados (por el bombardeo) no crei aventurado el juicio de que los que dirigían el fuego obraban intencionalmente, olvidando las prácticas de la guerra y demostrando una falta completa de sentimientos humanitarios. En el hospital militar han *caído, desde el primer día del bombardeo,* 35 bombas, y en su huerta é inmediaciones del edificio más de 100. El civil, casi en el límite del alcance del mortero enemigo, recibió 21 y 60 en sus inmediaciones. Consigno este hecho, porque es uno de los que caracterizan el bombardeo que ha sufrido Bilbao.»

«El fuego era más dañoso á mujeres, niños y hombres indefensos que á las tropas de la guarnición. Yo creí que el conocimiento que el enemigo debió adquirir de las víctimas que hacía con un fuego inútil, militarmente considerado, modificaría su proceder; pero no sucedió así, y su conducta de entonces, como la posterior, demuestra palpablemente que, ó sus jefes carecen de influencia con los subordinados, en los que debo suponer menos conocimiento ó práctica de la guerra, ó es que ellos también prefieren conseguir por medio de intimación en las personas de carácter débil, ó de sentimientos muy humanitarios, lo que deberían obtener por los que, más propios de la noble carrera de las armas, aconsejan atacar y destruir al enemigo que se defiende,

y prescindir de los inofensivos ó débiles aunque no sean amigos.»

Los carlistas, hay que repetirlo, ponían empeño en cazar desde las avanzadas con sus fusiles á las mujeres y niños que inadvertidamente se colocaban á tiro, en vez de demostrar su valor atacando uno siquiera de los fuertes de Bilbao. Pero, ¿qué habían de hacerlo, si temían á los bilbainos hasta un punto inconcebible? Todo el que va á Bilbao y ve su situación, y se entera hasta donde llegaron los carlistas, no concibe cómo no entraron. Verdad es que los bilbainos estaban resueltos á todo, y nadie sabe la fuerza que representa el hombre decidido á morir.

Y si la decisión de los hombres era grande, mayor, si cabe, era la de las mujeres. Se portaron todas como las más celebradas heroínas de la antigüedad. El día 28 de Febrero fué enterrada una joven herida en Belosticalle por un proyectil, y que murió con la sonrisa en los labios diciendo: «don Carlos ni ha reinado, ni reina ni reinará.»

Sí, hay que repetirlo también; todos cumplieron en Bilbao con su deber, pero las que merecieron más elogios, más coronas, fueron las mujeres. Su entereza no se abatió un punto ante el peligro. El esposo, el hijo, el padre y el hermano, que las adoraban en el hogar, las admiraron en la lucha.

La liebre de Oroquieta presenció el día 25 de Febrero el bombardeo desde el monte de Archanda, segura de que no había de alcanzarle un proyectil.

Los domingos indignaba lo que los bilbainos veían. De diversos pueblos, algunos muy lejanos llegaban curas, hombres y mujeres para gozarse en la destrucción de la villa. Desde la cumbre de los montes que la rodean asistían al terrible espectáculo, aplaudiendo ¡los cafres! cual si se tratara de una fiesta de toros ó de circo. Acudían en tan gran número católicos de esos que dicen que el domingo es día consagrado por Dios al descanso, que se estableció gran

competencia entre los dueños de los carruajes que corrían entre Durango y Galdácano, por lo que algunos salvajes de aquellos hasta viajaron gratis.

Y como era natural, se disparaban los domingos mayor cantidad de proyectiles para que quedara complacida, como apuntó Echevarría, la gente civil y eclesiástica del partido, esto es, el aldeano que daba el buey, el cerdo y la gallina para proveer á las necesidades de boca, y el cura que ayudaba con su poderosa voz á levantar más defensores de la religión. Iban, ya que les costaba su dinero ó su trabajo, á cobrarse en carne y sangre de liberales.

Y pareciendo poco aún estos insultos, *El Cuartel Real*, periódico oficial carlista escrito por vividores sin conciencia, dedicó un artículo *A los defensores de Bilbao,* en que se leía:

«Como furias encadenadas en un círculo de hierro, como fieras cogidas en el lazo, los defensores de Bilbao, llegando á los límites de la desesperación, no sólo vomitan contra nosotros toda clase de insultos y amenazas, sino que escupen al cielo con satánico furor.

»Los defensores en Bilbao, tanto los que tras sus murallas reciben los fuegos de nuestros cañones, como aquellos que, lejos del peligro, procuran por cuantos medios les sugiere su egoismo prolongar la agonía de la víctima, se levantan como energúmenos en contra nuestra, ya que no con las armas de un enemigo valeroso y noble, con la imprudente ira de un corazón esclavo de las más bajas pasiones.»

«Os atacamos, defensores de Bilbao, Á PECHO DESCUBIERTO, con el fusil y la espada, con el cañón y el mortero». . . . . .

Y lanzaban estas groseras injurias, estas mentiras viles, estas calumnias infames, los miserables que apuntaban á niños y mujeres, los que disparaban sus cañones escondidos tras las montañas, los que dirigían la puntería á los edificios donde ondeaba la

bandera de la *Cruz Roja*. Aunque esto se explica perfectamente, siendo lo que son.

Lo que no se explica, es cómo se consentía que los carlistas que estaban dentro de la plaza manifestaran públicamente su gozo al ver destruídos por las bombas los mejores edificios, ni que, cuando los víveres escaseaban, apelasen á fraudes y artimañas para sacar más raciones de las que les correspondían, con el santo propósito de que se hallasen pronto sin comer los defensores de Bilbao, que llegaron á verse sin vino, á ración de pan, sin más carne que la de caballo, y ésta muy cara. Los tales carlistas se inscribían en diferentes calles y por mayor número de raciones que las que necesitaban para su familia, no sólo con el objeto de pasarlo mejor, sino principalmente con el de que se consumiesen cuanto antes las existencias de harinas.

Demasiado generosos (tan generosos como torpes) anduvieron los bilbainos no echando á todos aquellos *ojalaleros* miserables de la villa, para que hubiesen ido á buscar entre los suyos lo que debían haber encontrado entre los liberales: su castigo.

El espíritu de los bilbainos, á pesar de sus privaciones, ó precisamente por ellas, estaba más levantado cada día; contestaban con cantares jocosos, que adquirían gran popularidad, á las amenazas y fanfarronadas de los carlistas de las avanzadas, sin cuidarse de que se aproximaba el día en que no tendrían absolutamente que comer.

Todos rivalizaron en Bilbao en cumplir con su deber: «Unicamente el clero parroquial, dice un testigo presencial, *se ha opuesto á la administración del viático á los enfermos que lo necesitaban.*

Y mientras Bilbao se portaba con este heroismo y los carlistas con tanta villanía, el farsante y cobarde que titulaban rey tenía el cinismo de anunciar el mes de Marzo de 1874 en *The Times*, creyéndose ya dueño de Bilbao, «que no trataría á esta villa como

á una población tomada por asalto y que no impondría rescate á su habitantes. Por el contrario, inmediatamente después de su entrada, se haría coronar rey de España en tu catedral y constituiría un gobierno bajo la presidencia del general Elío.» Y esto lo decía cuando las hordas á sus órdenes no se habían atrevido á dar ni un asalto ni á avanzar una línea hacia la plaza.

Mientras mayores eran las dificultades, más firme era la energía de los bilbainos, y eso que habían casi perdido las esperanzas de que el ejército pudiera levantar el cerco.

Por fin, y cuando ya se había acabado hasta la harina de maíz, y no se vendía más que la haba por libras, el 1.° de Mayo, en su mañana, presenciaron los bilbainos la retirada de fuerzas carlistas muy numerosas por encima de Olaveaga; y al anochecer oyeron los disparos de cañón que el ejército liberal hacía, tanto para ahuyentar las guerrillas carlistas, cuanto para dar á entender á la heróica villa, que se había apoderado del monte de Santa Agueda, del que la separaba una legua.

En la mañana del 2, los que habían sufrido 124 días de un asedio terrible, escucharon con júbilo indecible los 21 cañonazos con que el ejército celebraba la inmortal fecha de la independencia española, y á las cinco de aquella tarde las tropas, con Concha á la cabeza, entraron en Bilbao entre frenéticas aclamaciones de alegría delirante y pruebas de entusiasmo. Y á los ojos de aquellos valientes asomaron las lágrimas, sin saber si salían á impulsos de la emoción, ó del dolor que les producía el ver á gran número de niños escuálidos pedirles ansiosos un pedazo de pan.

Al entrar las tropas, la tres veces invicta villa presentaba un aspecto á la vez risueño y desolador. «Apenas, dice un historiador, habría un edificio que no hubiera sufrido con el bombardeo; pero aquellos

muros medio destruídos se veían engalanados con banderas y colgaduras, y de sus ruinas se destacaban millares de personas que llevaban nueve días sin comer pan y que salían llenas de alegría á saludar á sus libertadores.

«La conducta de Bilbao durante este largo sitio puede presentarse como un modelo digno de los pueblos heróicos. El espíritu público no se abatió un sólo instante, ni por las esperanzas de socorro frustradas, ni por la destrucción de los edificios y las fortunas, ni por el hambre, en fin, que empezó á presentarse sombría y aterradora sobre aquel pueblo de valientes. Las mujeres mismas habían contribuído á exaltar el valor de los defensores con el más completo desprecio del peligro, saliendo á pasear durante los más fuertes periodos del bombardeo, y entregándose á sus habituales ocupaciones, como pudieran haberlo hecho en una situación normal.

«La palabra capitulación no se oyó una sola vez; nadie pensaba más que en defenderse; y esta entereza de ánimo de que participaba lo mismo la guarnición, facilitó grandemente la acción de la autoridad, que no necesitó jamás combatir ninguna de esas debilidades que surgen en los pueblos cuando han sufrido los efectos de un largo asedio.»

«Y esta defensa y este heroísmo son tanto más admirables cuanto que, como dijo después en la comunicación que pasó al gobierno el gobernador militar de la plaza, general Castillo, *si se buscara una localidad que careciese de todas las condiciones para plaza de guerra, se encontraría en Bilbao.*»

Los criminales que, á sabiendas de que no lo tomarían, bombardearon á Bilbao, habían arrojado sobre él 5.369 bombas, 1.307 balas de cañón, dos disparos de metralla, 107 granadas; en total: 6.785 proyectiles. Para lanzarlos se necesitaron próximamente 280 toneladas de hierro y unas 40 de pólvora.

El número de bombas reventadas en el casco de la población y la ría se puede calcular en un 65 por ciento de las arrojadas y en un ocho las que estallaron en el aire; las demás no hicieron explosión.

Murieron desde el 13 de Agosto de 1873, hasta que empezó el asedio, siete militares, tres movilizados, dos milicianos, siete paisanos y dos mujeres; por consecuencia del bloqueo y bombardeo, 17 militares, ocho movilizados, cinco milicianos, 19 paisanos y 25 mujeres, y el número de heridos, muchos de gravedad, se aproxima al triple del que figura en las defunciones. Las pérdidas que la población sufrió en sus edificios se evaluó en 30 millones. Las que sufrió en su industria y su comercio, ¿quién sería capaz de evaluarlas sino partiendo de la base de centenares de centenares de millones?

Indudablemente, Bilbao será en la guerra ya preparada el objetivo principal de los carlistas; y en tal sentido, no deben los bilbaínos olvidarse ni por un instante de lo que significan los edificios religiosos que rodean la villa, ya que los gobiernos de la restauración han consentido que se construyan en puntos estratégicos.

El de Carmelitas, cuya base tiene *un metro cincuenta centímetros de espesor*, es el Montjuich de Bilbao, y domina la arteria principal: la Gran Vía.

El de los jesuítas (Universidad de Deusto) situado al pie de donde estuvo la batería de Casamonte durante el sitio, *cierra la ría*, tiene detrás cuarteles para dos regimientos y desde sus ventanas se puede tirar con cañones y hasta con fusiles sobre Bilbao.

El de los Adoratrices cierra la subida á Begoña por Zabalbide.

Y basta decir esto para comprender que, entregados esos edificios á los carlistas, harian muy difícil la defensa de la heróica villa.

No olviden tampoco esto otro los bilbaínos:

Los ingleses han sido, son y serán siempre amigos y aliados de los que puedan explotar, sean carlistas, sean anarquistas; por esto, y en la previsión de que los primeros puedan mañana sitiar á Bilbao, han consentido que los edificios religiosos que lo rodean se pongan bnjo su pabellón, como lo están los de Valencia y otros varios puntos, á fin de que el cónsul inglés reclame en el momento que el gobierno quiera ocuparlos ó registrarlos; hasta hay quien dice que el precio de todo está ya convenido: la entrega de las Baleares á los ingleses en cuanto don Carlos ocupe el trono.

No se duerman, pues; apodérense de la Universidad de Deusto y de todos los conventos en cuanto suene el primer tiro en cualquier punto de España; y si les pusieren reparos ó resistencia, hagan comprender en el acto á sus moradores que las ventanas altas sirven para algo más que para asomarse á ellas en las tardes apacibles á soñar con la toma de una villa que se ha visto ya tres veces sitiada inútilmente por los carlistas.

Porque no se formen ilusiones los liberales: la heróica villa no podría resistir *otros veinticuatro dias de sitio* estando artillados y guarnecidos por fuerzas enemigas el convento de los Carmelitas y la Universidad de Deusto.

Con esas fortalezas y otras semejantes que han sido edificadas, *ad majorem Dei gloriam*, con habilidad suma, en puntos estratégicos, la rendición de Bilbao es indudable. No hay defensa posible.

La Compañía de Jesús, ó Estado mayor general carlista, tiene admirablemente tiradas sus líneas. El plan de campaña, bien discutido y madurado, *se aprobó en definitiva en Roma, por la más alta representación del ultramontanismo, después del Consistorio secreto de 1883*, y se ha realizado sin tropiezo en lo tocante á fortificación permanente, con los millones de las buenas y piadosas almas... liberales.

Visite y estudie nuestro Estado Mayor del palacio de Buenavista la situación y la calidad de los conventos, edificados y guarnecidos desde 1883 á la fecha en las Vascongadas, Navarra y Burgos, cerca de Miranda; pida los datos que necesite á las oficinas del Instituto Geográfico y Estadístico de San Sebastián, Bilbao, Vitoria y Pamplona, y que su razón, su experiencia y su patriotismo saquen las consecuencias de lo que podría beneficiar el enemigo de tales fortalezas y campos atrincherados en otra guerra civil.

Y una vez estudiado esto, forme el plan que acabe en quince días con la guerra, y que en mi opinión debería consistir en ocupar militarmente con dos ó tres cuerpos de ejército la zona insurrecta y encubridora, para impedir con energía terrible la movilización viviendo á costa del país. Y nada del sistema funesto de las calumnitas detrás de las partiditas; para cada mil facciosos, diez mil soldados, y la conducta de Hoche en la *Vendée*, ó de Prim en la primer intentona carlista después de la revolución del 68. Los tremendos castigos en los comienzos de estas luchas infames evitan la total ruina de las naciones.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 43

LOS LIBERALES DE ANTAÑO.—LOS CARLISTAS GOBERNANDO.—INMORALES Y FARSANTES.—DESLEALTADES Y TRAICIONES.—TERMINAN COMO EMPEZARON. EN LA EMIGRACIÓN.—LOS TRABUCAIRES.—EL CARLISMO TRIUNFANTE EN MADRID.—ESCENAS VERGONZOSAS EN PALACIO.—MÁS CRÍMENES.

ADMINISTRACION: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS LIBERALES DE ANTAÑO.—LOS CARLISTAS GOBERNANDO.—INMORALES Y FARSANTES.—DESLEALTADES Y TRAICIONES.—TERMINAN COMO EMPEZARON.—EN LA EMIGRACIÓN. — LOS TRABUCAIRES. — EL CARLISMO TRIUNFANTE EN MADRID.—ESCENAS VERGONZOSAS EN PALACIO.—MÁS CRÍMENES.

Plácenos recordar la energía de los gobernantes de otros tiempos frente al carlismo, tanto como nos indigna la tolerancia que con él guardan los de hoy. Vieron desde luego el peligro, y respondieron á lo que su amor á la libertad les inspiraba, lo mismo para combatirlo con las armas que para aniquilarlo con la ley.

Las Cortes generales del Reino presentaron á la reina Gobernadora el siguiente proyecto:

«Artículo primero. Se declara quedar excluído el infante don Carlos María Isidro de Borbón y toda su línea del derecho á suceder en la Corona de España.

Artículo 2.° Se declara asimismo que el infante don Carlos María Isidro de Borbón y toda su línea quedan privados de la facultad de volver á los dominios de España.»

Sanciono y ejecútese.—Yo la Reina Gobernadora. —Está rubricado de la Real mano.—En el Pardo, á 27 de Octubre de 1834.

«Por lo tanto, mando y ordeno que se guarde, cumpla y ejecute la presente ley como ley del Reino, promulgándose con la acostumbrada solemnidad, para que ninguno pueda alegar ignorancia, y antes bien, sea de todos acatada y obedecida.»

«Tendreislo entendido y dispondreis lo necesario á su cumplimiento.—Yo la Reina Gobernadora.—En El Pardo á 27 de Octubre de 1834.—A don Nicolás María Garelly.»

Y dice un ilustrado escritor:

«Esta es, seca, rígida, imperativa, la fórmula legal de la exclusión, tal como se publicó en la *Gaceta*. No contiene acusaciones ni cargos; cae, como el cuchillo de la guillotina sobre una cabeza, sin rechinar ni producir ruido alguno. La lectura de ese documento sirve para confirmarse en la idea de que nada hay más hermoso que la ley, cuando la ley es justa.

No se debe comparar el Real decreto copiado con una amputación, sino con una extirpación. Don Carlos María Isidro y sus descendientes no han sido para el país miembros corrompidos ó inficionados del cuerpo, sino cánceres ó úlceras gangrenosas.

Entonces, en 1834, apenas se habían borrado en los caminos, atajos, veredas y trechas de España las huellas de los zapatos de Angulema, plantadas en fresco sobre las huellas de los zapatos de Napoleón; aún se veía en los dilatados *escampios* de Castilla grandes círculos negros que manchaban la tierra parda, restos de los vivaques de la tropa extranjera... Por culpa de un cretino como don Carlos María Isidro y de una camarilla de malvados como la que le rodeaba, españoles á millares volvieron á ahondar las huellas del invasor y á ennegrecer más todavía el sagrado suelo de la patria con los manchones de las hogueras, que malcubrían las manchas rojas de la sangre de hermanos.

Ahora, después de sesenta y seis años, borradas las huellas, desaparecidas las manchas por la obra benhechora, sacratísima del arado, hay quien tiene en el alma (si *eso* es alma) la suficiente perversidad para querer refrescar aquellas heridas de la tierra madre, aprovechándose cobardemente de las copiosas sangrías que ésta ha recibido. Olvidan que esa tierra

se tragó los zapatos y los hombres que marchaban sobre ellos: se tragó las hogueras y los hombres que en derredor de ellas se calentaban.»

Y la tierra madre se tragará ahora, y *para siempre*, á los miserables que preparan y anuncian ya la tercera guerra; pero ¿á costa de qué? A costa de las vidas de muchos de aquellos de sus hijos que las luchas coloniales y extranjeras hayan respetado; á costa del pan de dos generaciones; á costa de la tranquilidad de las madres españolas.

Y si los infames que tal preparan representasen algo en el orden moral, intelectual, ó material; si hubiesen dado alguna vez muestras de algo grande y elevado, todavía pudieran tener disculpa. ¡Pero si son en todo peores que los liberales á quienes combaten! ¡Si en sus parodias de gobierno han sido más perturbadores y ladrones! ¡Si el chisme, la intriga y la traición han sido sus únicos medios de gobernar!

¿Queremos saber hasta donde llegaban en moralidad? Añadamos unos cuantos hechos á los ya indicados; oigamos á Urbiztondo decirle á don Carlos:

«El fraude, monopolio y agiotaje se miran del mismo modo que si fuesen especulaciones de admitido y lícito comercio; los recaudadores ó comisionados labran sus fortunas sobre las ruinas de los pueblos; la justicia y ayuntamientos defienden sus bienes de los ataques de la contribución, poniendo de parapeto los que pertenecen al vecino. No hay una idea de desorden tan escandaloso; en el mes de Julio último se han extraviado 48.000 raciones de víveres y más de dos millones de reales, y en ese mes no han podido comer 6.000 hombres ni ser asistidos con un tercio de paga.»

...Del principado de Cataluña salieron de sus casas hombres rústicos y miserables, de opinión desconocida y de probidad muy dudosa, los cuales, reunidos en partidas, dieron principio á una clase de

guerra irregular y tumultuaria, qne por donde marchaba iba dejando los vestigios todos de la desolación y del espanto, viendo los pacíficos habitantes una cuadrilla de agresores sedientos principalmente de dinero, que disponían de sus vidas y haciendas con el puñal del foragido.»

En el carlismo no se castigaba el robo si no cuande el ladrón no partía con la corte.

El cabecilla Gómez, por su arrojo y la fortuna que le acompañó en su expedición debió ser premiado por don Carlos; mas como los convoyes que conducia se habían aligerado mucho en el camino, su rey le sometió á un proceso por desobediente, en cuanto que no se había concretado á correr Asturias y Galicia, y por prevaricador del mucho dinero que había recogido en su correría, de la cual sólo quedó como recuerdo mucha sangre derramada, cuantiosas riquezas malgastadas y desolación y ruinas.

Pero no le procesó por haber robado; cayó en desgracia por negarse á repartir el producto del robo.

Todos los ramos de la moralidad andaban lo mismo entre los carlistas.

En Oñate, donde residía el cuartel de don Carlos, se jugaba escandalosamente cuando mayor era la penuria del ejército. Un general escribía á Maroto sobre esto y le decía:

«Lleva la banca un tal Landeras, secretario de Gómez durante la expedición, y le acompaña S... J..., el majo de Estella, etc., etc.»

Porque, eso sí; los carlistas disponían de dinero para todo menos para atender á los soldados, á quienes tenían meses sin percibir un céntimo.

En cambio se sabía que se habían contratado por Eraso mil capotes, de los que no se habían visto más que la mitad; que obligaban á tomar algunas prendas, descontando su importe del medio tercio que se pagaba á los oficiales; llegando á decir algún jefe

que se partía la utilidad de este beneficio entre algunos de los que manejaban aquel negocio.

Para las boinas descontaban de su paga 16 reales al soldado, cuando se vendían en Guernica mucho mejores á 10 y 11 reales.

¡Qué contraste! Mientras los carlistas robaban de *este modo, los jefes liberales se gastaban con el soldado lo que les pertenecia.* Espartero, que trajo á España más de un millón de reales ganado en América, lo adelantó una y otra vez para comprar zapatos á sus soldados y darles de comer.

Verdad es que en esto de robar todos eran iguales en el campo carlista, exceptuando tres ó cuatro personas decentes que por equivocación se encontraron metidas en aquella ladronera.

De todo se cansaron los carlistas, batirse inclusive, menos de robar. En sus postrimerías, fueron como en sus comienzos. Tantos horrores cometieron al acabarse la guerra, que el cuñado de Cabrera fusiló á buen número de sus correligionarios, para castigar sus correrías por la provincia de Cuenca cometiendo excesos y causando gravámenes á aquellos pacíficos habitantes. Arnau llamaba en una alocución canalla á sus partidarios.

Todo esto ocurrió en la primera guerra. En la segunda, los robos é inmoratidades fueron en mayor número. Y se comprende. Al lado de miserables como el llamado Carlos VII no pueden permanecer mucho tiempo los hombres honrados y pundonorosos. Dígalo el conde de Fuentes, que al verse engañado por el que llamaba su rey, se atrevió á lamentarse, y vióse insultado y maltratado en términos, que enfermó y murió á los ocho días, repitiendo muchas veces en su delirio: «don Carlos es un canalla.»

Necesitan hombres que por servilismo ó por espíritu de partido se callen á todo, como hicieron los que el año 1869 le entregaron 60.000 duros de las pro-

vincias Vascongadas para el levantamiento, y nadie supo en qué los empleó; aduladores como aquellos que en Vevey, al saber que Cabrera estaba en desgracia, hicieron una manifestación contra él representándole en un maniquí vestido de general, al que fueron despojando de todas las insignias militares, pegándole después un puntapié un joven estrechamente relacionado con el director del periódico carlista *La Esperanza*. Al saberlo Cabrera dijo: «Don Carlos V fusilaba á sus generales más esforzados, acosado y extraviado por aquel clero intransigente que fué la perdición de nuestra causa. Don Carlos VII baja un poco más la puntería y se convierte en *titiritero* para divertir á cuatro charlatanes. El director de *La Esperanza* se pondrá mi uniforme y colocará á ese infeliz príncipe en el trono de alguna insula Barataria.»

Agreguemos algunos datos á los ya apuntados sobre moralidad en la segunda guerra.

La Diputación *faccioso* de Navarra publicó el 75 una circular en el periódico oficial carlista, creando un Asilo de enfermos y una Casa de Maternidad en Estella, á fin de atender «al remedio de los pobres niños que nacen de esos deplorables escándalos que hay entre las gentes que se precian de defender la religión de Jesucristo.»

El conde de P. (lo encuentro así escrito, y así lo dejo), fué sumariado el 74 por los carlistas por haberse comido 25.000 duros, el cabecilla Chouysas idem per idem.

El recaudador que tenían en Chelva los carlistas, se fugó en Diciembre del 74 con todo el dinero que tenía en su poder; unos miles de duros. Lo mismo hicieron con 9.000 duros el administrador y vista de la Aduana carlista de Cherta.

Nuevo procedimiento para levantar fondos, inventado por el *religioso* comandante carlista de Igualada:

exigir una multa de 100 reales á cada vecino que no asistía á las procesiones.

No fué esta ocurrencia suya, pues ya un periódico carlista la había iniciado para practicarla cuando estuviesen en el poder.

Las sesiones de la junta de Merindades celebradas en Durango el 74 fueron muy borrascosas. Muchos apoderados, capitaneados por Balarroa, declararon que no votarían la continuación de la guerra ni ningún impuesto, si antes no se nombraba una comisión encargada de examinar la administración de la Diputación á guerra, pues á pesar de haber facilitado la provincia todas las raciones que se habían pedido, de haber dado cuatro contribuciones en metálico, y de que el fondo de redenciones debía elevarse á algunos millones, «*resulta que los soldados están sin capotes ni calzado: que se han recibido muy pocos fusiles desde el año pasado, que no se ha comprado ningún cañón, ni invertido un céntimo en cosa de provecho, lo cual significa que existen ladrones, y que es preciso á toda costa descubrirlos y castigarlos severamente.*»

¿Pero cómo no había de pasar en el carlismo todo eso, *siendo su rey el inmoral mayor que se ha conocido*, antes de echarse al campo, en él, y más tarde en la emigración?

Para comprobar lo último, reproduzcamos lo que dijo *La Época* el 11 de Febrero de 1877:

«He aquí los vivos colores con que una carta de Constantin pla, fecha 25 de Enero, dibuja la llegada del rey Carlos á aquella capital:

«El rey en cierne. Carlos VII, llegó á ésta el viernes último procedente de Atencas, y acompañado del general carlista Bot y de un marqués cuyo nombre no he podido averiguar ni creo importa tampeco maldita la cosa el saberlo. Se hospedaron en el hotel Inglaterra, donde tiene su residencia el ministro de España, pero, como es natural que una fonda

esté á disposición de todo el muudo, no es extraño que se cobijaran bajo un mismo terrado sino techo, el representante de don Alfonso XII y don Carlos.

Tan pronto se supo su llegada, púsose en movimiento toda la raza frailuna. Obispo de aquí, vicario de allá, fraile de esta iglesia, cura de aquella otra, monjas de la Caridad, de Sión, etc., presentaron sus homenajes y respetos al protector *sui géneris* del catolicismo, *sui géneris* y plaga real de los españoles.

El domingo por la mañana hubo misa en la capilla de Tierra Santa, celebrada por monseñor Grazielli, obispo católico de ésta, á la cual asistió *S. M. in partibus* con sus ayudantes los antedichos señores, demostrando durante la misa una humildad y compungimiento que rayó en ridículo. Terminado el santo sacrificio tomó el clásico chocolate.

Al salir de la iglesia y como para darse á conocer, ó mejor por aquello de «paso señores, que allá voy yo», arrojaba Boet en nombre suyo á los pobres la moneda á puñados.

Cuéntanse de diversas historias ocurridas en Atenas, entretenidas y que honran muy poco al rey de las selvas. De lo ocurrido aquí sólo sé decir que para distraerse quizá de los pesares y los remordimientos que deben roerle el corazón, por las noches iba á los *cafés chanteur*, no faltando quien le vió en el llamado de la Concordia. En estos cafés, únicos centros de la *débauche* y de las *cocottes*, y en los cuales las representaciones que se dan se componen tan sólo de canciones francesas de argumento obsceno, música ramplona y movimientos rítmicos voluptuosos, ejecutados por mujeres descocadas, el fanático Carlos VII iba á exhibir su arrogante individualidad.

Hoy parte para Rusia; buen viento y largo viaje.»

Y con el título de *Don Carlos en Oriente*, publicó esto otro:

«Permitan nuestros constantes favorecedores que,

celebrando á nuestra manera la festividad del día, demos tregua á la política seria y consagremos algunas líneas al representante de la monarquía absoluta, coronado en Durango y fugitivo en todas partes, que, después de haber hecho batir moneda con su efigie y correr ríos de sangre, viaja hoy por Oriente, tirando monedas de cobre á los chiquillos y embriagándose en los cafés cantantes mientras aplaude los lúbricos ademanes de alguna cantante ó cancanista célebre.

Su corta residencia en Constantinopla ha sido señalada por la febril actividad con que los sacerdotes católicos han acudido á tributar su respetuosa adhesión al que, en el sagrado nombre de Dios y con la enseña de la Patria tanto ha perjudicado á la religión y tan dolorosas huellas de su paso ha dejado en el territorio español. Allí, como aquí, el fanatismo religioso se ha mostrado en toda su desnudez; allí, como aquí, el fugitivo de Oroquieta se ha hecho titular «majestad» y ha concurrido á los oficios de la Iglesia con el recogimiento de la más refinada hipocresía, pues no otra cosa se debe suponer en quien parecía complacerse no ha mucho tiempo con los crímenes que algunos de sus sectarios cometían á su sombra.»

Mas no debemos extrañarnos de esto, sabiendo que la farsa y la mentira han inspirado todos los actos de ese mamarracho.

Como los periódicos liberales le tachaban de extranjero, (y lo es), varios carlistas indujeron al párroco de Elorrio para que desvaneciera los escrúpulos de algunos, expidiendo, como lo hizo, una partida de bautismo, en la que se certificaba que don Carlos había nacido y sido bautizado en aquella población. *La Epoca* del 3 de Julio de 1875 trae muchos datos sobre esta risible suplantación.

Para hacer verosímil la especie, se inventó el

cuento de que, cuando la esposa de don Juan se hallaba embarazada del Pretendiente, vino de incógnito á España y lo dió á luz en Elorrio.

Todo se ha querido falsificar para que don Carlos pase por lo que no es: hombre de talento, valiente, morigerado y hasta español. Pero no se ha conseguido que nadie lo crea.

¿Se quieren también más datos sobre los crímenes del carlismo? Allá van.

Puso Cabrera sitio á Montalbán. Sus defensores sostenianse firmes, y habéndoseles concluido las medicinas en el hospital de sangre, don Jaime Vicente, comandante de nacionales, se acercó á la muralla y pidió á Cabrera les permitiera llevar los necesarios medicamentos de los pueblos más próximos. No accedió Cabrera, pero dijo que colocaran una bandera en el hospital para no dirijir contra él sus disparos. Hizose así y desde aquel momento todos los cañones se apuntaron contra el hospital hasta quedar asolado el edificio y muertos entre sus ruinas los heridos, trece de los cuales eran cabreristas.

La *Gaceta de Madrid* de 8 de Mayo del 37 publicó este escrito dirigido desde Bilbao:

«No quisiéramos predicar los odios y las venganzas, pero nuestra voz tiene que elevarse hoy apasionada, fuerte; tenemos que desahogar la amargura que sofoca nuestros corazones.

Presenciamos ayer el canje de 250 soldados y oficiales nuestros por otros tantos facciosos que teníamos en esta villa. Estos fueron con el vestuario que trajeron, y la mayor parte lo llevaron mejorado por la caridad de algunos y el afecto de otros; fueron sanos y robustos, porque les hemos dado bien de comer. ¿Y cómo nos entregaron nuestros soldados? Exánimes, desnudos, completamente desnudos; de un modo tal, que la decencia se resiste á bosquejar-

lo. Les han obligado á sufrir extraordinarios tormentos; les han tratado peor que á las bestias más despreciables, y han hecho morir de hambre á nuestros valientes, dándoles sólo siete ú ocho raciones al mes, cuando aquí suministrábanos 30 á los compañeros de tan execrables caribes; hasta les han privado de la leña necesaria para hacer su reducido rancho.»

Por centenares de hechos parecidos á éste, estampó estas líneas en sus columnas el *Morning Chronicle*, importante periódico de Londres:

«Las horribles crueldades cometidas por los soldados de don Carlos deben de acabar de arruinar su causa. El bárbaro decreto de Durango era muy humano en comparación de los nuevos actos de estos caníbales. Ya no les basta inmolar prisioneros á sangre fría; parece que se gozan en atormentarlos, haciéndolos morir lentamente. Los carlistas residentes en ésta no han podido menos de llenarse de horror y de indignación al saber las crueldades cometidas contra los prisioneros ingleses que fueron desnudados y arrimados á las murallas, donde les fusilaron con un refinamiento de barbarie, hiriéndoles primeramente en la parte inferior de los piernas, después en los muslos, y por último, en el pecho. Aunque se quiera al parecer negar tales atrocidades, es evidente que dan un color muy odioso á la causa carlista. Cuando se haya adquirido la certidumbre de que los acontecimientos han pasado de esta manera, es probable que nuestro gobierno adopte alguna medida decisiva para poner término á estas horribles atrocidades y á la guerra civil.»

Y que con los prisioneros cometían crueldades horribles, confírmanlo estos párrafos de una comunicación dirigida por el general Oraá á Cabrera:

«He sabido que más de tres cuartas partes de los prisioneros que tenía en su poder, han sido víctimas

del cruel, bárbaro é inhumano trato que han recibido, llegándoles á faltar el total alimento cerca de tres días metiéndoles indistintamente en calabozos; obligando á marchar á los enfermos y heridos que no podían caminar, matándoles á bayonetazos y dándoles con cantos fuertes golpes en la cabeza, sin más causa que la de no poder andar, fusilando á unos y poniendo á otros en la horrorosa precisión de alimentarse con carne humana, dejando morir á otros sin confesión, llevando á unos vivos á un muladar y á otros al sepulcro pidiendo pan; sin facultativos que los hayan asistido en su enfermedad y curación de heridos, cuando yo he hecho llevar en parihuelas por nuestros soldados á los que ustedes han abandonado en el campo de batalla conduciéndolos con esmero á los hospitales del ejército, donde aun existen varios, asistidos con el mismo esmero que los demás. Examine usted en su conciencia, reflexione y compare imparcialmente el comportamiento de unos y otros, y deducirá fácilmente la impresión que habrá hecho en mi alma un relato tan lastimoso, pero que desgraciadamente es demasiado verdadero para mengua y oprobio de sus autores.»

Verdad es que en cambio nombraban generalísima á la Virgen de los Dolores, demostración piadosa que se daba de cachetes con esas crueldades.

Y después que los campos de batalla quedaban rojos de sangre de hermanos y cubiertos de cadáveres para satisfacer la ambición de un hombre; después que millares de heridos gemían en los hospitales y el corazón de todas las madres que tenían hijos en la guerra se anegaba en llanto, se hacía cantar un *Te Deum*. Sarcasmo é iniquidad que espantan.

La opinión que en el extranjero tenían de semejantes bandidos, dícelo la siguiente carta del jefe del Gobierno inglés, contestando á la que le había dirigido el obispo de León.

«Foreig-Office. 20 Octubre. Señor: Tengo que acusaros el recibo de la carta en que solicitáis la intervención del gobierno inglés para obtener la libertad de los 27 españoles apresados el 2 de Febrero de 1835 en el bergantín *Ana Isabel* y presos ahora en la Coruña; y no puedo menos de manifestaros la extraordinaria sorpresa que semejante comunicación me ha causado.

No esperaba yo que un agente del príncipe que ha firmado y reconocido personalmente la proclama del 20 de Junio último, anunciando que las tropas carlistas no darían cuartel á los súbditos ingleses, viniese ahora á pedir al gobierno británico que intercediese en favor de los partidarios de don Carlos, y mucho menos que pudiese invocar los principios de la humanidad y los preceptos de la religión el representante y consejero de un príncipe que ha mandado á sus oficiales y soldados que asesinen á los prisioneros, y cuyos generales son culpables del asesinato de muchos súbditos ingleses cometidos á sangre fría. ¿Podía yo figurarme que reclamase la confianza en la palabra de honor de un carlista español, el mandatario de un hombre que no se ha avergonzado de anunciar formalmente su intención de violar convenios escritos y *estipulados con su anuencia y sin* reserva alguna?

Como escribo á un prelado harto conocido como uno de los consejeros influyentes de don Carlos, me tomaré la libertad de deciros que V. E. tendrá algún derecho á apelar á la humanidad y á los sentimientos religiosos del Gobierno británico, cuando haya obtenido de don Carlos la retractación pública, y si es posible, la derogación completa de un decreto tan afrentoso para un príncipe cristiano y para un hombre civilizado.

Tengo el honor etc.—Firmado.—Palmerston.

(*Gaceta* del 10 de Febrero, 36.)

Todos los ejércitos del mundo tratan con respeto al contrario que se bate heróicamente, menos los carlistas. Verdad es que los carlistas no merecen el nombre de ejército, sino el de miserable patulea.

Una de las defensas más heróicas, y eso que hubo tantas en la primera guerra, fué la de Gandesa frente á Cabrera, teniendo de guarnición únicamente 400 nacionales, un cabo y dos artilleros, y un soldado de cada uno de los regimientos de Burgos y del Rey.

Trescientos cuarenta tiros de cañón les dispararon, cien de ellos de granada; incendiaron todas las casas de campo y cuantos edificios habia extramuros y talaron los olivares y almendros, única riqueza del pueblo aquel.

Al dar extensamente el parte del suceso el comandante de armas decia: «Allí no defienden sus riquezas, porque son pobres, y no les queda más que sus campos talados y abrasados por la vil canalla; defienden la causa de la patria y del trono, aislados, sin auxilios, sin una protección directa. Ancianos, jóvenes y niños, de ambos sexos perecian antes de sucumbir. Cuando el nacional abrumado con el peso de la fatiga descansa un rato, su mujer, su madre ó hermano ocupan su lugar en la aspillera, y la defienden con igual heroismo. Las brechas que hacía el cañón enemigo eran al momento reparadas y defendidas con el filo de la bayoneta de los nacionales. ¡Aquí tienen los españoles ejemplos que imitar y hechos innumerables que admirar!»

Las mujeres, en efecto, no desmayaron en tan crítica situación; antes bien de dia y de noche trabajaban, ya llenando sacos para formar parapetos, ya arrancando ladrillos con el mismo objeto, ya asistiendo á los heridos, ya en fin algunas haciendo fuego y sufriendo con tanta resignación como los hombres la escasez de agua, tan grande, que en el espacio de doce días sólo se repartió un porrón por persona.

Y en vez de haber concedido á aquel pueblo de

héroes todos los honores de la guerra, los carlistas se portaron en él... como carlistas.

Asesinaban por el placer de asesinar.

Después del convenio de Vergara, reunió Cabrera en su alojamiento buen número de jefes y oficiales distinguidos; preguntóles lo que pensaban respecto á la guerra; los más declaráronse resueltos partidarios de continuarla á toda costa; algunos, sin embargo, creyeron que la prudencia aconsejaba pensar en una paz honrosa. Cabrera oyó á unos y á otros con admirable impasibilidad, y terminado el consejo, exclamó dirigiéndose á los que se pronunciaron contra la guerra: *Estos señores parece que tienen ganas de descansar; démoslés, pues, gusto.* Y los mandó fusilar.

El que menos de los cabecillas tenía á su cargo sin número de crímenes. Uno de ellos, no muy renombrado, Teli de Mondeden, había fusilado á la guarnición rendida en Prades después de haberle dado palabra de honor de respetarle la vida, así como á los paisanos que encontró en los pajares alrededor de la villa; había exigido á Juan Bautista Anglés 210 onzas de oro por salvar su vida; se las envió con un cuñado suyo, y después de recibirlas fusiló á los dos.

Al ir á pasar Cabrera el Ebro por las inmediaciones de Tortosa después de haberse perdido para la causa carlista el reino de Aragon, fusiló á los nacionales que llevaba presos desde Morella y los arrojó al río á presencia de otros que guardó para fusilarlos en Berga y de otros que entregó después á las autoridades francesas.

Entre los echados al río estaban don Carlos Llop, médico de Calanda, y don Manuel Velilla, álias *España*. Así reanudaba el tigre del Maestrazgo su serie de crueldades, interrumpidas por su enfermedad, y cuya última etapa consistió en haber fusilado durante

el último mes de Octubre 295 personas, á que siguieron muchas otras en los dos meses siguientes y algunas durante su convalecencia.

¿Había por lo menos en el campo carlista lealtad, idea del honor, respeto á lo ageno? Hablen por nosotros los hechos.

Cuando la camarilla apostólica consiguió que Maroto cayera en desgracia con su rey, por algún tiempo circularon órdenes secretas para que lo vigilasen y viesen si tenía relaciones con la hija de B.; é hicieron de tal modo las averiguaciones, dieron tales escándalos, que Maroto escribió después:

«El temor de ofender en lo más sagrado el honor de las personas complicadas en este suceso y que aun existen, me impide hablar con la claridad que desearа; pero no ocultaré que don Carlos será siempre responsable ante Dios y los hombres de haber ocasionado la muerte de un honrado militar, que falleció al verse infamado y calumniado en lo más delicado de su honor, con una orden dada por el mismo príncipe á quien había consagrado afectos y prestado constantes y repetidos servicios.»

Donde quiera que se reunian los carlistas, la inmoralidad y el crimen se instalaban.

«Berga, dice un historiador, era el foco de todas las intrigas, de las disensiones interminables, del desorden y la anarquía que reinaba en el campo carlista. Allí, entre el confuso tumulto de gentes de todas clases y categorías, quiénes como militares y empleados civiles, quienes como refugiados y pretendientes, dominando entre ellos los celos y la ambición, de que nacían desavenencias y acusaciones recíprocas; aspirando, en fin, los unos á ocupar el puesto de los otros y disputarse el reparto de los empleos en el país que se creían conquistar en breve. Entre un gran número de forasteros se veían frailes y monjes de diferentes

órdenes religiosas, muchos de ellos con sus propios hábitos y algunos vestidos de seglar. Semejantes á las reliquias lastimosas de los regimientos derrotados en una gran batalla, parecían estar allí formando cuadros con la esperanza de volver á organizar sus respectivas comunidades y ocupar los conventos que habían ya pasado á ser propiedad particular ó del Estado. Algunos de estos tenían alta influencia y prestigio en las deliberaciones de la Junta, y todos ellos en general, cuál más cuál menos, predicaban los sermones más sacrílegos respirando en ellos atroz venganza, sangre y esterminio contra toda persona ó familia adicta á Isabel y la Constitución sin distinción de edad ni sexo.»

El primer desleal y traidor del carlismo era el imbécil y fanático que ejercia de rey.

En 25 de Agosto de 1839 pasóle Maroto á don Carlos una nota con las proposiciones que le había hecho Espartero para celebrar un convenio. Don Carlos lanzó al día siguiente una alocución mandando á sus voluntarios morir antes que sucumbir. Vió, sin embargo, Maroto á Espartero, y dió cuenta á su rey de lo que habían hablado manifestándole que en su opinión hacíase indispensable resolver pronto, pues ni el ejército ni el pueblo querían más guerra.

Don Carlos se sonrió fríamente y dijo que aguardase en la antecámara. Maroto obedeció, no sin comunicar órdenes reservadas á la compañía de Guías y á los oficiales que le acompañaban. La actitud de su rey le inspiraba profunda intranquilidad.

Reunió el pretendiente en el acto un Consejo de ministros y de generales; fué llamado Maroto, y después de examinar las proposiciones de Espartero, convínose en que Don Carlos montase á caballo y se presentara ante el ejército, á fin de conocer el sentido en que se hallaba. El general Silvestre y otros agentes del Cuartel Real, trabajaron á jefes, oficiales y

soldados para que se pronunciasen en favor de don Cerlos y en contra de Maroto.

Dos batallones castellanos vitorearon á don Carlos; los guipuzcoanos y navarros y el resto de los de Castilla prorrumpieron en unánimes gritos de:—*¡Viva el general Maroto! ¡Viva la paz! ¡Viva nuestro general en jefe!*—Irritado don Carlos, exclamó:—*¡Aquí no hay más general en jefe que yo!*; pero esto sirvió sólo para que crecieran los vivas á Maroto. Al llegar ante los batallones guipuzcoanos, don Carlos les recordó su fidelidad, sus juramentos; y como permanecieran impasibles gritó:—*¿Nadie me oye?*—*Señor*, díjole el general Lardizabal; *son todos vizcainos y no entienden á V. M.*—*Pues tradúceles mis palabras.* Y Lardizabal díjoles en vascuence:—*¡Muchachos, este hombre pregunta si queréis la paz ó la guerra: contestadle!*—*¡La paz! ¡la paz! ¡la paz!* gritaron miles de voces. Y don Carlos, no queriendo oir más, escapó cobardemente hacia Villafranca.

De vuelta á su residencia, su esposa le increpó para que de nuevo se presentara al ejército; mas no se atrevió, circunscribiendo toda su energía á admitir la dimisión que Maroto le tenía presentada.

¡Y un mamarracho así, tan cobarde como traidor, quería ser rey de España! Asco da hasta pensarlo.

Todo estaba en armonía en aquella corte, sentina de todas las infamias y de los vicios todos. Y no había un carlista con sentido común que no conociese á su rey y á sus asquerosos favoritos.

Cuando Zumalacárregui recibió la visita de don Carlos en Durango, exclamó al verle entrar sin los de su camarilla:

«Milagro que venga el cazador sin sus lebreles».

Y cuando se despidió don Carlos, después de decir unas cuantas vulgaridades, exclamó Zumalacárregui:

«¿Valía la pena de haber esperado tanto para oir sandeces?»

Cuadro del carlismo poco antes de lo de Vergara:

«El padre Cirilo y Ramirez de la Piscina, querían emigrar; el padre Gil aseguró que conocía muy bien á don Carlos y que en vano podían esperarse resultados favorables mientras Dios no hiciese un milagro; y hasta don Manuel de Toledo, que acababa de llegar del extranjero, manifestó lo inútil de sus esfuerzos para adquirir recursos, por el descrédito de los ministros y de la marcha política que seguían. Allí hubo quién por entonces gritó:—¿Cuando viene Maroto con un par de batallones para cortar la cabeza á los pícaros que aquí tenemos? Estos pícaros eran, con efecto, no pocos, pues una de las quejas de Maroto consistía en los contratos escandalosos por entonces aprobados.»

Y con lo dicho basta por hoy para demostrar que, si como asesinos eran los carlistas de la primera guerra un prodigio, cual después lo fueron los de la segunda, como ladrones nada hubo que pedirles ni á los unos ni á los otros: todos lo fueron á cual más.

Al entrar en Francia, perdida la subordinación, pidiendo cuenta á sus jefes de las penalidades sufridas durante la guerra, de la miseria que en la emigración les esperaba, del abandono de su familia, los carlistas se desataban en injurias y blasfemias; los unos recordando que eran simples soldados, llenos de hambre, mientras sus jefes habían crecido prodigiosamente en categoría y en riquezas; los otros comparando su suerte con los que se habían ido por el convenio de Vergara á disfrutar al lado del vencedor el fruto de sus sacrificios personales; algunos se resistían y perjuraban que no entrarían en Francia á ser víctimas de la necesidad, y también los había que se preparaban á la emigración robando á sus camaradas y vendiendo á cualquiera lo robado; éstos, después de haber saqueado de un modo horrible los pueblecillos y caseríos del tránsito sin respetar voz

ni pena de ningún genero, asesinaron á uno de sus jefes que trató de evitar tamaños atropellos.

En cambio los de buena fe, los seducidos, se entregaron á escenas lastimosas. Aquí jóvenes briosos dan sollozando á sus padres y hermanos el adios postrero sobre aquel confín que imaginan ser el de la vida y la muerte; allá otros, arrodillados, piden á Dios que no les permita abandonar el suelo de su patria; algunos, en la fiebre de la desesperación, atan en silencio y con siniestra calma un cordel al gatillo de su fusil, ponen con una mano la boca de éste bajo la mandíbula y con la otra tiran despedazándose el cráneo; el frenesí de los aragoneses llega hasta suplicarse la muerte como el mayor y último favor de amistad, y calando la bayoneta, se suicidan con su propio empuje en el arma del camarada... ¡Horribles desvarios del fanatismo político!

Después de terminada la guerra siguieron tan bandidos como antes.

Tan acostumbrados estaban al pillaje, que Tristany, el terrible canónigo, se internó en Cataluña con algunos bandidos de su índole desalmada que esperaban continuar á su amparo la vida de rapiña y violación que siempre habian hecho; y desde allí, audaces como el tigre, pasándose las semanas sin trato humano, los meses sin ver el sol, viviendo como las fieras en cuevas ó entre malezas, se arrojaban sobre los caseríos y los transeuntes, robando y matando, y se volvían á sus guaridas, ó pasaban la frontera para volver en un día convenido á lanzarse sobre otra presa.

La corte carlista continuó siendo en Francia un campo de Agramante. Constituíanla unas veinte personas, siendo las más notables Tamarit, secretario particular de don Carlos; Ratón, su confesor; Villavicencio, gentil hombre, y el clérigo Unanue.

Si no éstos, los demás parciales del pretendiente

siguieron formando dos banderías tan distintas como irreconciliables entre sí, que se denominaron *obisperos* por hallarse á su frente el obispo de León, y *marotistas*. Villarreal, Zariategui, Gómez y algunos más, hombres de juicio y de prudencia, vivieron apartados de unos y de otros.

El empeño de don Carlos consistió en halagar de igual modo á marotistas y obisperos, con lo cual ni podía contar con unos ni con otros. De aquí que la misma familia real se llevara tan mal, que desde Bayona á Bourges, don Carlos y don Sebastián ni siquiera hallaron medios de comer juntos, y que habiendo don Sebastián pedido permiso para trasladarse á Nápoles produjéronse disgustos tan escandalosos, que tuvo que marcharse sin despedirse.

Digamos algo de pasada sobre los *trabucaires*, el movimiento carlista del 47, y el apoyo que encontraba el carlismo en la corte de Madrid.

Se les llamó trabucaires por usar el trabuco y en recuerdo del nombre que llevaban algunas compañías carlistas em la primera guerra civil. Resto de ellas eran los trabucaires que en 1845 campaban por sus respetos en la provincia de Gerona al abrigo de las escarpadas sierras, partidas compuestas de holgazanes aventureros ó de bandidos que esquivaban el entendérselas con la justicia.

Vivían de la rapiña, de las depredaciones y del crimen, haciendo campo de sus correrías los llanos de Vich y del Ampurdan, retirándose á sus madrigueras con el botín de sus robos ó en cuanto notaban la aproximación de sus perseguidores, que rara vez lograban darles alcance. Detenían correos, robaban á los viajeros, secuestraban á los propietarios, asesinaban al que no se doblegaba á sus exigencias, en fin, mantenían dignamente la tradición de los carlistas, cuya representación habían asumido.

A su sombra y con su apoyo empezaron á formar-

se algunas partidas carlistas en Marzo de 1845, que imitaban á los trabucaires cometiendo actos de feroz vandalismo, como el asesinato de dos inocentes criaturas cuyos padres no pudieron pagar el rescate de *mil* onzas de oro que les exigían los carlistas.

Así se quería mantener vivo en España el espíritu del carlismo, mientras en el extranjero se conspiraba en este sentido, y en Madrid los absolutistas hacían guerra embozada á la libertad, amparados por altas posiciones oficiales, desde las cuales trabajaban por casar con doña Isabel II al hijo de don Carlos, llamado Montemolín, en quien había abdicado todos sus derechos.

Nada tenía esto de extraño, si se piensa que en la corte se respiraba una atmósfera esencialmente carlista merced á las injustas debilidades de los gobiernos liberales, y que el absolutismo se había apoderado del ánimo del infante don Francisco de Asís, futuro esposo de doña Isabel, el cual, cediendo á las sugestiones del obispo de Pamplona, Andriani, escribió á su primo Montemolín una carta en que había los siguientes párrafos.

«No ignoras que en tu persona se reasumen infinitas esperanzas: que los que han derramado su sangre para defender tus derechos, esperan de ti que contribuyas á extinguir tan funestos recuerdos... Háseme dicho que uno de los pensamientos de la Corte de las Tullerías es tu matrimonio con mi prima (doña Isabel). Creo que poniendo los ojos en ti, se ha dado uu gran paso para la conciliación. Conozco también que para llegar á tan feliz resultado, se exigirán de tu persona «costosos sacrificios,» y *jamás ni como hombre ni como príncipe, te aconsejaré que consientas en cosas que pudieran mancillar tu nombre*; pero no puedo menos de hacerte observar que de ninguna manera debes dejar *que pasen ocasiones*, que una vez perdidas, no vuelven jamás.

Las circunstancias te favorecen hoy... Mientras mi

querido primo, en *quién reconozco derechos superiores á los míos*, esté delante de mí, me mantendré tranquilo como hasta ahora.»

Todo esto contribuyó á que, estimulados por don Carlos, se lanzaran los carlistas á las armas, formando al principio partidas poco numerosas, que castigaban cruelmente á los pueblos por donde pasaban al grito de ¡viva Carlos VI!, crueldades que aumentaron al reaparecer en escena el tristemente célebre Tristany, que fué fusilado el 17 de Mayo de 1847, con gran satisfacción de los que habían sido víctimas y testigos de sus horrendos crímenes

Por lo demás siguieron el sistema que en la primera guerra, como en la segunda, y como el que seguirán en la tercera.

Quince soldados prisioneros en la Llacuna el 31 de Julio de 1847, tuvieron una muerte horrible. Negándose á las excitaciones de los facciosos para tomar parte en sus fechorías, fueron asesinados y mutilados en la carretera de Manresa, cerca ya de las puertas de esta ciudad.

Igual saña mostraron con los defensores del fuerte de Isabel II de Manresa, que por negarse á seguir al traidor sargento que los mandaba, fueron asesinados, quemando después sus cadáveres en un horno de carbón. Con otros crímenes que sería prolijo enumerar.

Mientras el país veía aterrado inaugurarse una nueva era de horrores con el renacimiento de la guerra carlista á favor del llamado Carlos V, en Palacio ocurrían escenas que eran, según la frase de un historiador (1) causa de conflicto para el Gobierno y *grande escándalo para la nación*.

El desacuerdo entre doña Isabel y su esposo se había hecho público. Ya no salían juntos á paseo; se presentaba como un golpe de efecto que el marido,

(1) Pirala. *Historia Contemporánea*. Tomo I.

con su padre, fuese en un carruaje detrás del de su esposa, y al ir doña Isabel á Aranjuez, él se marchaba al Pardo.

Mediaron sobre esto comunicaciones entre don Francisco y el gobierno, entrevistas del marido de doña Isabel, resuelto á no volver á Palacio, y el ministro señor Benavides, á quien el primero arguía de este modo:

—«Se ha querido ultrajar mi dignidad de marido, y precisamente cuando mis exigencias no son exageradas. Yo sé que Isabelita no me ama, yo la disculpo, porque nuestro enlace ha sido hijo de la razón de Estado, no de la inclinación; yo soy tanto y más tolerante en este sentido, cuanto que yo tampoco he podido tenerle cariño. Yo me casé por que debía casarme, porque el oficio lisongea; yo entraba ganando en la partida y no debí tirar por la ventana la fortuna con que la ocasión me brindaba, y entré con el propósito de ser tolerante, para que lo fueran igualmente conmigo; *para mí no habría sido nunca enojosa la presencia de un privado.*

—Permítame V. M. que observe una cosa, dijo Benavides interrumpiéndole:—lo que acaba de afirmar relativamente á la tolerancia de un valido, está en contradicción manifiesta con vuestra conducta de hoy, porque según veo, la privanza del general Serrano es lo que más le retrae para entrar en el buen concierto que solicitamos.

—No lo niego, respondió don Francisco; ese es el obstáculo principal que nos ataja para llegar á la avenencia con Isabelita.—Yo habría tolerado á Serrano; nada exigiría si no hubiese agraviado mi persona; pero me ha maltratado con calificativos indignos, me ha faltado al respeto, no ha tenido para mi las debidas consideraciones, y por lo tanto, le aborrezco. Es un pequeño Godoy que no ha sabido conducirse, porque aquél, al menos, para obtener la privanza de mi abuela, enamoró primero á Carlos IV... El bien de 15 mi-

llones de habitantes exige este y otros sacrificios.»

Con una corte así, mogigata, fanática y gobernada por frailes y monjas procedentes del carlismo, ¿cómo extrañar que éste se creyera omnipotente y se echase al campo con el objeto de ver si podía ocupar el trono la persona que representaba genuinamente las ideas predominantes en la gobernación del Estado?

Terminaremos este folleto indicando algunos crímenes de los que no se han colocado en el lugar correspondiente, tanto de la primera como de la segunda guerra.

1835.—Fusila en Marzo el cabecilla Carnicer á dos infelices que se le presentaron, creyendo que iban enviados para asesinarle.

—En Julio tres soldados de la dotación del vapor *La Reina Gobernadora* salen de Bilbao con intención de dar un paseo, son engañados por unas mujeres y hechos prisioneros por los facciosos, que los pasan por las armas fría é inhumanamente, dándoles después muchas lanzadas.

—Al verse estrechados los carlistas en Flort por las fuerzas liberales, fusilan en Diciembre á 33 prisioneros, asesinando á los comandantes de nacionales arrojándolos por las ventanas.

1836.—Al marchar sobre Córdoba el cabecilla Gómez, fué robando en los pueblos del tránsito los caudales públicos y efectos estancados, y quemando las diligencias que encontraba. Ya dentro de Córdoba incendiaron una posada y el palacio episcopal y el seminario en que se habían hecho fuertes los liberales; se apoderaron de la plata de las iglesias, los muebles y efectos de las tiendas de los liberales, de 750 reses, de los fondos públicos y muchos de particulares. La parte carlista de la población se entregó al pillaje, y Gómez, después de lo robado, impuso una fuerte contribución de guerra á los liberales de posición desahogada.

—Una partida carlista pide en Junio á la autoridad millitar de Berga fuerza que la acompañe para presentarse á indulto. Envíasele una compañia de voluntarios de Cataluña, y cuando llega al sitio designado se ve rodeada de fuerzas superiores, que acuchillan á los voluntarios.

1837.—Después de intentar varias veces en vano apoderarse de Solsona, el 21 de Abril, y por una traición, las fuerzas del cura Tristany entraron en el palacio episcopal, asesinando y cometiendo toda clase de crímenes, sin respetar ni viejos, ni mujeres, ni niños. Sorprendieron al obispo, que estaba acostado, se arrojaron sobre él y le arrancaron el anillo, y con palabras de bandidos le exigieron que les entregara el dinero que tuviese; después robaron cuanto de valor habia en el palacio.

—Sorprendido el miliciano nacional Recasens en Torredembarra el 22 de Mayo, es compelido á pasarse á los carlistas; y no habiendo accedido, lo queman vivo colgado de un árbol, después de haberle sacado los ojos con la punta de los puñales, y avisando á su mujer para que fuera á recoger el cadáver.

1838.—En Agosto se presentan en Castellón 50 prisioneros del ejército que habian logrado burlar la vigilancia de los carlistas. Algunos de ellos llevaban aún las cadenas con que los tenian sujetos en el depósito de El Ballester. El trato que sufrian era el más cruel. Su semblante—dijo el gobernador militar,—extenuado y cadavérico, lo manifiesta. Algunos, no pudiendo sufrir los malos alimentos que les han dado, han caido desmayados, lastimando el corazón de todo hombre que tiene sentimientos de humanidad.»

—Rechazados los carlistas de la facción Palillos por los voluntarios de Torrenueva (Ciudad Real), saciaron su rabia asesinando á 10 infelices que trabajaban en las huertas de las inmediaciones, hirieron

mortalmente á otro y pegaron fuego á todas las mieses hacinadas en las eras.

—En el mismo mes de Agosto asesinan en Lahorra al capitan de la milicia nacional y á un hermano suyo y secuestran, después de atropellarlas infamemente, á 40 mujeres de Benimanet.

—Fusilan en Septiembre á un paisano que se llevaron en rehenes de Agar (Pontevedra).

—Una partida sorprende la ciudad de Arnedo, roba y saquea las casas principales vejando y maltratando cruelmente á sus moradores, y llevándose rehenes, por el rescate de cada uno de los cuales exigían 12 mil duros.

1840.—Al anochecer del 22 de Enero entró la partida del cabecilla Caces en Sacedón á los gritos de ¡viva la religión! ¡viva Carlos V! ¡Mueran los liberales! El ayuntamiento, que estaba reunido, lo saludó sumisamente y la contestación fué esta: «En el término de una hora evacuan ustedes la iglesia, pues voy á quemarla esta noche.»

Intentó hablar el párroco que allí iba, y el carlista gritó: ¡á callar, bajo pena de la vida!

Inmediatamente se desalojó de santos el templo y la iglesia fué quemada, así como la casa del alcalde, salvándose éste por haber huído de ser fusilado, como lo fueron los licenciados en medicina y farmacia don Dámaso Barrin y don Jenaro Ibáñez, el regidor primero don Benigno Pérez, Rufino Brihuega y otro individuo.

1872.—Una partida carlista prende á un pobre hombre del lugar de Añorbe, por ser conductor de un parte del Ejército.

Pusieron en cueros al infeliz, le bañaron con aceite y agua caliente todo el cuerpo, pasándole después por encima palas y planchas calientes, sin que acabase su martirio hasta que le rompieron las piernas y los brazos á palos.

Pero ¿qué habían de ser los súbditos siendo su rey lo que decía el francés Huguet, á quien don Carlos hizo barón de los Valles? Llegó hasta decir después de las ocurrencias de Estella y ante muchos jefes y oficiales en casa del secretario de La Enerra en Tolosa, que *don Carlos era un pícaro, un canalla, un infame y un malvado, sin vergüenza, honor, ni palabra.*

1873.—Abril.—La partida del cabecilla Manolín del Praon se entrega al saqueo en Sama de Langreo, viola una joven, quema el ayuntamiento, da muerte á la señora del boticario Mendoza, y se lleva en rehenes á un infeliz republicano llamado don Román hasta el concejo de Aller, donde murió de resultas de los malos tratamientos que le dieron.

Dejamos muchísimos crímenes sin apuntar, por no hacer interminable la tarea. Puede afirmarse que no hemos indicado en toda la série de folletos ni siquiera la *décima parte* de los que el carlismo cometió.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 44

CALUMNIAS DEL CLERICALISMO PARA EXCITAR EL FANATISMO.—OPINIONES DE CATÓLICOS PROBADOS CONTRA EL CLERICALISMO CARLISTA.—LOS FRAILES CONTRA LA LIBERTAD.—RETRATO COMPLETO DE CARLOS V.—EL VATICANO DEFENDIENDO EL ABSOLUTISMO.—CURAS LIBERALES.—EL CARLISMO APODERADO HOY DE ESPAÑA.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

INTRODUCCION

Ante la inminencia de una gran batalla (la última) entre la España liberal y la absolutista, esto es, entre la civilización y la barbarie, indigna el ver á ciertos periódicos que de liberales blasonan, con la libertad nacieron y merced á ella medran, ayudar al carlismo propalando todas las noticias que pueden favorecerle, callando en cambio las que pudieran perjudicarle.

¡Ay de ellos el día que los carlistas se echen al campo, porque aquel día hay que dividir á España en estas dos tendencias: la liberal y la absolutista; en la primera se sumarán desde el socialista más avanzado al conservador más tibio, exceptuando esos periódicos que hoy ayudan á los carlistas; y en la otra éstos, los integristas, los mestizos, los jesuítas, los frailes. Y después de hecha la división, hay que lanzar la primera tendencia como una formidable avalancha sobre la segunda, hasta batirla, abatirla y exterminarla, sin perdonar medio. Sí; hay que fusilar ó prender á los carlistas de las poblaciones amenazadas, recordando lo que hicieron en Teruel y Cuenca los *platónicos*; sin ellos no hubieran podido los armados apoderarse de algunas casas de la primera ciudad y de toda la segunda, con

sólo taladrar los tabiques en que veían marcado un círculo hecho con carbón.

Y hay que imitar, ahora que he recordado á Teruel, á la mujer aquella que, al ser ocupada esta población por las facciones de Marco, Madrazo y Villalain al mando de don Alfonso y de su sanguinaria esposa, se armó de carabina, se ciñó la canana llena de cartuchos, formó al lado de los voluntarios é hizo fuego mientras duró la lucha. Y á aquel otro vecino que no podía andar sin muletas, y se hizo llevar al sitio de la pelea, y apoyado sobre una pared, disparó hasta que los carlistas se retiraron. Si, hay que imitar estas hazañas, y en último extremo repetir la consigna hermosa que el general Córdoba dió á las divisiones al comenzar la batalla de Arquijas.

«*Punto de reunión, el campo del carlista; el de retirada, la eternidad.*»

Se engañan, pues, los que ayudan indirectamente á los carlistas; cualquiera que sean las vicisitudes de la guerra, (del triunfo no hay que hablar, pues sólo puede ser nuestro), el absolutismo ha muerto en Europa, y no han de volverle á la vida las hordas vandálicas de un Pretendiente imbécil é inmoral, ni el fanatismo de conveniencia de unos cuantos curas y frailes montaraces, ni la ayuda indirecta de unos periódicos que no lo atacan por temor á que sus ataques repercutan en la caja de la administración.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

CALUMNIAS DEL CLERICALISMO PARA EXCITAR EL FANATISMO.—OPINIONES DE CATÓLICOS PROBADOS CONTRA EL CLERICALISMO CARLISTA.—LOS FRAILES CONTRA LA LIBERTAD.—RETRATO COMPLETO DE CARLOS V.—EL VATICANO DEFENDIENDO EL ABSOLUTISMO.—CURAS LIBERALES.—EL CARLISMO APODERADO HOY DE ESPAÑA.

Se impone la terminación de estos folletos, y por lo tanto, este será el penúltimo. Si fuéramos á publicar todos los crímenes é infamias de los carlistas, ni con ciento habría bastante.

Porque no se supusiera que tratábamos de hacer propaganda en favor de nuestras ideas, nos hemos ocupado únicamente en tres ó cuatro folletos de la parte principal, directa y en determinadas localidades exclusiva que ha tomado el clero en los preparativos, comienzos y desarrollo de las dos guerras civiles. Sin él, hubieran sido imposible.

Hoy ocurre lo mismo, y deseosos de contribuir á evitarlo, vamos á terminar nuestra labor exhibiendo documentos y opiniones de personas autorizadas, católicos todos, para demostrar una vez más lo que venimos sosteniendo: que si el clero, y más aún que el clero los frailes, no lo ayudasen, el carlismo sería impotente en absoluto.

Y vamos á comenzar copiando el primer párrafo de la infame proclama que circuló en Aranjuez en los primeros días de la primera guerra para excitar con invenciones criminales el fanatismo religioso:

REAL PROCLAMA

¡Viva la fe de Jesucristo! ¡Viva Carlos V!

«Mis más amados oyentes—decia Fray Félix Alvaro, predicando en la iglesia de San Juan de la Rivera, en Torrente, provincia de Valencia;—yo he visto apedrear un santísimo Cristo; y he oído decir *¡muera Dios!* y *¡viva Luzbel!*; la religión se acaba, hijos míos; estamos peor ahora que en tiempo de los albijenses, es decir, de los herejes.»

¿Fué este un hecho aislado? No; sería interminable indicarlos siquiera todos: parecía ser la consigna. Se apelaba á este medio para levantar partidas, para excitarlas á batirse, para disculpar asesinatos. Cabrera, al pretender disculpar los de Alcotas, dijo que los liberales habían arrastrado las imágenes. Copiamos á continuación la carta que sobre este hecho dirigió el mismo párroco de Alcotas á una persona en 7 de Junio de 1845:

«Muy señor mío: En atención á las preguntas que usted me hace de los ciento cuarenta y cinco fusilados en 17 de Abril 1836, debo decir á usted que por la noche fué cierto que estuvieron en la iglesia; *pero no pudieron arrastrar de ningun modo* la imagen de ningún santo, porque cerré yo en la sacristia todas las imágenes portátiles que había en la iglesia, y en su caso, no pudieron hacer sino alguna burla del Santo Cristo que está en el altar; *pero nadie pudo verlo.*

Acerca del entierro, sólo cantaron algunas copias por la calle, y no en la iglesia.

Los soldados hicieron luego hasta tanto les duraron los cartuchos, bajaron de la umbría á la llanura donde fueron rendidos por la caballería. *Fueron fusilados después de rendidos,* y exhortados por el padre Escorigüela, habiéndose confesado los oficiales. Los vecinos que presenciaron el acto no vieron otra cosa que el fusilamiento.

Es cuanto puedo decir á usted sobre el particular, todo cuanto ocurrió á la letra; ni otro podrá decir ás.

Soy de usted etc., Juan Gascón, cura párroco.»

Y ahora que hablamos de Cabrera, queremos pu-icar un documento importantísimo que trae la His-ria del Sr. Pirala, para que se vea que el tigre aquél bía fusilado madres de otros antes de que fusila-n á la suya.

Partida de óbito.

Don José Baranda y García, presbítero, cura de la rroquial de Valderrobles, certifico: que en los cin-libros de la misma, en el tomo IX, folio 171, se allan las dos partidas siguientes: «En 27 de Febre-. 1836, murió fusilada en esta villa en el huerto l Martinete, por una partida de don Ramón Cabre-por mandato del mismo, Jacinta Foz, de Beceite, 49 años de edad, mujer de Miguel Urquizu: reci-ó el santo sacramento de la Penitencia y otros au-lios espirituales que la administró el padre José aliés, párroco; hizo testamento del modo que pudo, ie recibió el mismo. En él dispone un huerto á un ijo menor, Tomás Urquizu, y doscientas libras ja-uesas á su hija Antonia; deja también tres treinte-arios de misas por su alma y la de su hija; dos misas or una vez al altar de la Virgen del Rosario y otras os al de la Purísima en sufragio de ambas; y de to-o nombra en ejecutor y exhonerador de su ciencia á Iossen José Gil, beneficiado de Beceite. Al poco rato ué enterrada en el cementerio de esta villa. Mossen Ramón Escarpi, regente.

«En 27 de Febrero de 1836 murió también fusila-a en esta villa, en el fuerte Martinete, por una par-ida de don Ramón Cabrera, por mandato del mis-mo, Francisca Urquizu, soltera de dieciocho años de dad, natural de Beceite, hija de Miguel y Jacinta Foz, ya difunta; recibió el sacramento de la Peniten-

cia y otros auxilios espirituales que le suministró el infrascripto. Al poco rato fué sepultada en el cementerio de esta villa. Mossen Ramón Escarpi, regente.

Y para que conste, doy el presente que firmo y sello con el de mi oficio, en Valderrobles á 27 de Febrero de 1837.—José Baranda y García, cura.

Está legalizada por los escribanos don Ramón Ruiz de Peñarroya y don Pedro Juan Altés, residente en Valderrobles.

Este documento, si no justifica la atroz medida tomada con la madre de Cabrera, arroja sobre la memoria de éste la responsabilidad toda.

La opinión estuvo unánime desde el principio en juzgar la conducta del clero.

El general Quesada, moderado, dijo al gobierno desde Pamplona al encargarse el 22 de Febrero de 1834 del Ejército del Norte:

«Si fuera posible separar de este país todos los malos curas y frailes, sería un medio seguro que mejoraría el espíritu público, y por consiguiente se disminuiría la facción; pero conozco que es imposible, pues serían muy pocas las excepciones que se pudieran hacer, empezando por el alto clero de la capital.»

No puede darse testimonio de más autoridad, por haber sido siempre Quesada hombre de ideas tan retrógadas, que sólo le separaba del carlismo la persona de don Carlos.

Tan procazmente conspiraban los clérigos y reclutaban gentes para don Carlos, que el gobernador civil de Zaragoza se vió obligado á escribir: «que si la conducta de los clérigos no cambiaba de fisonomía política y se hacían amar de sus conciudadanos en razón del influjo que ejercían, serían castigados con fieros rigores.»

Se ha hablado tanto sobre la matanza de los frailes, que no está demás repetir aquí lo que la reac-

ción ha procurado y procura ocultar: que tanto en Madrid como en provincias se llevó á cabo porque ellas sostenian y alentaban la guerra civil.

Sin perjuicio de tratar despacio este asunto en la *serie de folletos* que algún día dedicaremos á narrar los crímenes de la reacción absolutista, mayores si cabe que los del carlismo, diremos algo sobre lo ocurrido en Cataluña.

La noticia de haber sido sorprendido por los carlistas en Julio del 35 un destacamento y asesinados bárbaramente el oficial que lo mandaba y seis soldados, á uno de los cuales, padre de ocho hijos, le crucificaron y le sacaron los ojos por mandato de uno de los frailes que iban con la facción, produjo tal indignación en Reus, que el pueblo atacó los conventos, vengando con la sangre de algunos frailes el crimen de que por excitaciones de sus compañeros habían sido víctimas los soldados y jefe del destacamento.

Inútil fué la intervención de las autoridades: la excitación de los ánimos era tan grande, tan general la indignación contra la hipocresía clerical, que sólo el hecho de instruir diligencias sobre lo ocurrido, hacía temer á las autoridades que se renovasen las sangrientas escenas provocadas por la ferocidad de los frailes carlistas.

La noticia cundió y á los pocos días Barcelona imitaba el ejemplo de Reus, y á la noticia de haber sido hallado un depósito de armas en un convento de la primera de dichas ciudades, siguió el asalto y el incendio de los dos de carmelitas y otros cuatro. El pueblo respetó los conventos de monjas y los de los frailes que no se hallaban aislados, para evitar que el fuego se comunicara á las casas de los particulares; elocuente testimonio de que los pueblos, ni aun en los instantes de más legítimo y supremo furor, olvidan la justicia y la equidad.

La indignación acumulada por tanto tiempo en todas partes estalló al fin, y aquella justicia que es-

peraba en vana ejecutores, y que necesitó para cumplirse las ferocidades que soliviantaron la conciencia nacional, se cumplió al fin, y á Reus y á Barcelona siguieron Sabadell, Mataró, Riudoms, San Cucufate del Vallés, Murtra, Arenys, Igualada, Montcalegre y otros cuya enumeración sería prolija, donde el carlismo tenía en los conventos su centro y su más segura guarida.

Los siguientes parráfos de la proclama dirigida en aquellos días á los catalanes, al ejército y á la milicia, revelan elocuentemente la verdadera situación.

«La espulsión de los frailes la consintieron y aprobaron todos los amantes de la libertad: el voto de Barcelona está pronunciado; que no vuelvan los frailes, pero que no haya desórdenes; que siga la tranquilidad y el sosiego.»

Acerca de la supresión de las comunidades religiosas, es de mucha autoridad la opinión de un historiador de opiniones tan poco radicales como Pirala, el cual juzga de este modo aquel acontecimiento:

«El haber servido al principio de la guerra algunos conventos para la fabricación de municiones y de asilo á los carlistas; el haber promovido tan directa y eficazmente, como el de Capuchinos de Bilbao y otros, la lucha civil, y los auxilios que muchos prestaban á los rebeldes, previnieron en contra de todos al partido liberal, al que eran evidentemente desafectos. Veía el país que multitud de frailes habían abandonado aquellos asilos de paz por el campamento, y trocado el sayal del religioso por el uniforme, la cruz por el fusil y esparciendo por doquier en nombre de un Dios de paz y amor, á quien ofendían, la desolación y el espanto.

«Considerósele justamente por esto como enemigos, y enemigos temibles, porque eran ricos y por consiguiente poderosos. Sin estos motivos, la oposición que mostraban las comunidades á un orden de

cosas que limitaba su poderío, tan pernicioso en la relajación de los institutos monásticos, como ageno á su índole, y su ojeriza á las innovaciones, les hicieron incompatibles con la época, de que eran á la verdad un anacronismo... Impotentes ya para el bien que en los primitivos tiempos habían producido, de suyo desacreditados, ellos mismos pronunciaron su sentencia. No podían subsistir y no subsistieron.»

Otra prueba más de que sólo por su intervención en la guerra se vieron despojados de sus conventos.

La Junta provisional instalada en Zaragoza dirigió á María Cristina una exposición en 11 de Agosto de 1835; á ella pertenecen estos párrafos:

«Para que un pueblo religioso hasta la superstición —decía la Junta—llegue á clavar el puñal en el seno de los cenobitas que veinte años ha eran objeto casi de su culto, causa poderosísima ha de haber sobrevenido. Esta causa es indudablemente la conducta del clero, sobre todo el regular, en la sangrienta reacción de 1823. Entonces fué cuando esta porción de la sociedad que debiera mirarse como escogida, en atención á su augusto ministerio, atrajo sobre su desafortunada patria la mas inícua de las invasiones extranjeras, concitó la ferocidad de los proletarios contra las clases acomodadas, trató de sofocar las luces, y erigiendo en principio el retroceso del pueblo español á la barbarie de la edad media, creó un gobierno que redujo á sistema la persecución más feroz hacia todos los hombres de alguna valía. Las destituciones, las cárceles, el destierro, las ignominiosas cadenas y el patíbulo, en fin, fueron durante nueve años el amargo patrimonio de los buenos españoles.»

«El bando liberticida, lejos de apreciar la noble conducta de los que poco antes habían sido sus víctimas, alzó la enseña de la traición en las provincias del Norte.»

«Ahora bien, señora: ¿los zaragozanos, los honrados y valientes zaragozanos, cuyo denodado arrojo y sin par constancia hicieron temblar á las huestes del capitán del siglo, ¿serán hoy, por ventura, cobardes asesinos, viles incendiarios? No; son los mismos que hace 27 años conquistaron el tributo de la admiración del mundo; pero fuerza es decirlo, el despecho contra los institutos monacales y contra todos los fautores del carlismo, es la verdadera causa de su indiferencia hacia crímenes que realmente detestan en el fondo de su corazón y de su antipatía cuando se les exige una oposición eficaz á ellos.»

Otra prueba aún.

El secretario de Gracia y Justicia, en la sesión de 18 de Abril de 1835 dijo:

«El gobierno siente tener que decir que en las secretarías del Despacho existen muchas instancias de religiosas pidiendo, ya por un motivo, ya por otro (y me abstengo de enunciarlos porque acaso lastimaría los oídos de los individuos del Estamento), que se les abriesen las puertas de los conventos. Y el gobierno no sólo recibía estas súplicas, sino que al mismo tiempo nuevas acusaciones análogas á las de los conventos de religiosos, en que se manifestaba que abusándose no pocas veces de la candidez de aquéllas, los enemigos del Estado se valían de sus casas para fraguar conspiraciones ó para proporcionar asilo á los criminales, de lo que desgraciadamente podrían citarse algunos casos bien conocidos.»

Y como las anteriores, pudiéramos acumular millares de pruebas.

Y en último caso, ¿de qué se quejan los frailes y los miserables que los defienden?

Ojo por ojo, diente por diente. La historia enseña muchas cosas. Los amigos de los frailes, para presentar como dignos de compasión á los que habían perecido víctimas de las justas iras populares, achacaron

la causa de la matanza á la invención popular de que habían envenenado las aguas.

Aun siendo así, que no fué, se cumplió en ellos la sentencia del Evangelio. Con ese mismo pretexto, y propalado por la clerecía, mataron y quemaron los católicos de Francia á los judíos en 1349.

Los frailes, pues, ejercieron de judíos en la peste de 1835.

Como hemos dicho, los curas y los frailes fueron los impulsores y auxiliares del carlismo; pero como no hay mal que por bien no venga, ellos mismos impidieron con sus feroces intransigencias que triunfase. Sí; los que rodeaban á don Carlos fueron la causa principal de las perturbaciones del campo carlista y de que se impusiera el convenio de Vergara.

Ya hemos indicado en folletos anteriores la manera de ser del imbécil Carlos María Isidro, por quien tanta sangre se ha derramado en España. Completaremos su retrato aquí, para que se expliquen nuestros lectores la influencia que alcanzaron en su Corte curas y frailes.

Basta haber visto un retrato de don Carlos María Isidro para comprender qué si Fernando VII era tan cruel y tan pérfido como Calígula, su hermano era tan tonto, tan rematadamente idiota como Vitelio. Apenas tenía frente; el pelo de la cabeza se le juntaba casi con el de las cejas cerdosas y emborrascadas, tras las que se veía emboscados unos ojos sin expresión alguna, sin el menor destello de inteligencia; la mandíbula inferior la tenía como descolgada y de ahí resultaba el *prognatismo* salvaje de la barbilla y del belfo, largo como *el de* un hipopótamo. No es fácil comprender viendo su retrato, ni leyendo sus cartas, ni conociendo su historia, cómo aquel remedo de persona pudo tener afición á las Bellas Artes, y sólo por una baja é innoble adulación se comprende que la Academia de San Fernando le nombrase director y

que otras Academias similares de España le contasen entre sus individuos honorarios.

Un historiador, y no liberal por cierto, lo pinta de este modo:

«Escaso entendimiento, instrucción mezquina, sin dotes de hombre de gobierno, irresoluto, débil y envuelto constantemente entre los pliegues de una devoción exagerada y de un ridículo fanatismo religioso.

Protegía á los que le ayudaban y desdeñaba friamente á los que valían, viéndosele huir del arzobispo de Cuba, del P. Gil y de otros sacerdotes instruídos, para entregarse á los hipócritas, malvados é ignorante cura Echevarría, P. Lárraga y Fray Domingo.

Su religiosidad consistía en una porción de actos rutinarios. Oía misa diariamente, sin reparar en obstáculos para conseguirlo, habiendo á veces sostenido un choque con desventajas conocidas y sacrificado la vida de muchos hombres, para dar tiempo á que oyera su misa; una vez terminada y puesto él en seguridad, se tocaba á retirada, dando por bien empleada la gente perdida porque él no quebrantase su piadosa costumbre.

Era muy dado á hacer novenas á todos los santos; ayunaba con mucha frecuencia; leía la vida del santo del día; creía en las vulgaridades del común de las gentes rudas y supersticiosas; llenaba la mesa y las paredes de su aposento de estampas y de imágenes santas; rezaba el rosario en familia; se confesaba todos los meses y la víspera de celebrar Consejo con sus ministros, elijiendo para directores de su conciencia los sacerdotes menos ilustrados.

Abandonaba los negocios más importantes para acudir al llamamiento de alguna persona que le traía una estampa bendecida por algun prelado, ó indulgencias, siendo por demás extremoso en guardar con singular cuidado y esmero algunos huesos de santos ú otro linaje de reliquias que le traían sus cor-

tesanos. Uno de sus gentiles-hombres iba siempre en las marchas cargado con gran porción de imágenes crucifijos y reliquias, que con dos columnas de breviarios los colocaba en una mesa destinada para su uso en las casas donde se alojaba.

Indiferente á los fraudes ó torpezas de algún funcionario, se enfurecía y mandaba castigar á cualquier mancebo oficial que no había oido misa el domingo, ó se había deslizado en el camino del amor. Siendo ministro de la Guerra el marqués de Valdespina, le dió cuenta de un expediente que demostraba la poca pureza de cierto intendente que en una expedición había lastimado el tesoro carlista con una gran cantidad, y se contentó con decir friamente: «De ese hombre todo es de esperar.» Y quedó con esto el asunto terminado. Pero un oficial de pocos años tuvo el atrevimiento de dar á traición un beso á una señorita navarra en la escalera donde habitaba el Rey, y en sabiéndolo éste, condenó al atrevido mancebo á cuatro meses de calabozo.

Los sacrificios que por su causa se hacían, los presuponía don Carlos un tributo obligatorio y merecido, una deuda sagrada debida á su real persona; un deber de conciencia perecer sin más mira que ponerle en el trono. Indiferente á la gratitud, pocas veces se conocían en él rasgos espontáneos para premiar á los que más se distinguían en su defensa, pues hasta las gracias concedidas á la viuda de Zumalacárregui brotaron á impulsos y á las activas gestiones de la familia del malogrado caudillo.

Este rey tan religioso tenía un corazón glacial que jamás se conmovía ante el infortunio del desgraciado. El anciano general Cabañas, digno de las mayores consideraciones, que idolatraba á sus hijos, lleno del más amargo dolor por la suerte de uno de ellos, cuyo horroroso asesinato ignoraba, y por la rigurosa prisión del otro, se presentó á don Carlos querellándose porque no se cumplían las órdenes que disponían la

traslación á otro punto del hijo asesinado, con lo que tal vez se hubiera evitado el crímen. Viendo el venerable anciano la indiferencia de su señor, se arrojó á sus piés casi llorando, y don Carlos le respondió: «Levántate; no seas majadero, que todo se remediará.»

Al retirarse á Francia después del convenio de Vergara, le refirieron con todos sus horribles pormenores el asesinato del general Moreno, á quien particularmente nabía distinguido. Acabó el narrador su terrible descripción, y dijo don Carlos: «No lo extraño; tenía muchos enemigos.» Y se puso á jugar al tresillo.

La generala Fulgosio, cuyos cinco hijos habían pertenecido al ejército carlista desde los primeros tiempos, y de los cuales dos habían muerto valerosamente, no consiguió de don Carlos ningún socorro en su apurada pobreza, al paso que daba diez mil reales al pariente de un gentil-hombre para casarse. Vestía con lujo á la servidumbre baja, y cuando su ejército gemía en la necesidad más extrema, pensionaba con miles de reales á las monjas de Balmaseda, Azpeitia, Azcoitia y otros conventos, y gastaba mensualmente de treinta á cuarenta mil reales para mantener colegiales en los jesuitas y niñas en el convento de Vergara.

Vínole un día en antojo de oir misa y escribir después una carta á la princesa de la Beira, y mandó detener la marcha de las tropas delante de una llanura que tenía una extensión de tres leguas, cuya detención costó la vida á centenares de soldados y preparó el terrible golpe que experimentaron las tropas carlistas en Aranzueque. Cayeron heridos dos brigadieres de caballería, de cuyas resultas murió el uno de ellos, y al darle cuenta á don Cárlos, respondió: «No han hecho más que su deber.»

En lo más recio de las desavenencias entre su corte y el cuartel general, y cuando más críticas habían llegado á ser las circunstancias, recibió el correo, de-

jó la correspondencia oficial por haber conocido la letra estampada en el sobre de una carta, la abrió, leyóla, y alborozado entró en el cuarto de la princesa exclamando: «¡María Teresa; tengo muy buenas noticias; la monjita me escribe que dentro de dos meses estaremos en Madrid!»

¡Y que un tío de esas hechuras encontrarse millares de españoles dispuestos á perecer por colocarle en el trono! En verdad que es admirable el grado que alcanza la imbecilidad humana.

Dado quién era don Carlos, compréndese que alcanzaran gran predicamento con él tipos como el cura Echevarría, del que dice un historiador:

«Naturalmente cruel y sanguinario, con un exterior más propio de bandolero que de un ministro de la Iglesia, este eclesiástico por la relajación deseaba también (después del convenio de Vergara) atravesar los Pirineos y buscar un refugio en el extranjero, pero provisto de dinero para vivir con holgura. Capitán de bandidos en el boquete de Vera, fué su ocupación privilegiada robar y satisfacer su sensualidad impura en las infelices familias que, asustadas, se trasladaban al limítrofe reino por aquel punto. Por orden de este caníbal fueron despojados todos los fugitivos, violó y mandó á sus secuaces armados violar á jóvenes y vírgenes, y algunas de ellas se encontraron en peligro de muerte en San Juan de Luz por haber sido víctimas indefensas de los más brutales atropellos.»

De lo convencidos que estaban los carlistas que se batían de que curas y frailes impedían el triunfo de su causa, da idea lo siguiente:

Cuando Arias Tejeiro fué á ver á Cabrera después de los fusilamientos de Estella, le dijo el tortosino: «Usted, por haber sido un mal ministro, tiene la culpa de todo. Usted ha sido el jefe de ese ridículo apostolado de viejas sotanas, que habrían hecho me-

jor servicio á la causa del rey diciendo misa y enterrando muertos, que metiéndose á generales y diplomáticos. ¿A quién presume usted que hubiera yo fusilado en la posición de Maroto? Al obispo de León, al cura Echevarría y al padre Lárraga, á pesar de tenerle S. M. en opinión de santo.»

Y tan escarmentado quedó de los curas, que andando los tiempos, en 1873, hablando Cabrera con tres oficiales de artillería delante de don Ignacio Escobar, director de *La Epoca*, dijo que sólo haría el sacrificio de desenvainar la espada en favor de don Carlos si le diesen autorización para fusilar á muchos curas y al partido neo-católico en masa.

¡El clericalismo! El ha sido, dígase lo que se quiera en contrario, la causa de todas nuestras desdichas en este siglo. No nos ha perdonado ni nos perdona la protección escandalosa que le hemos dispensado siempre. Todos sus individuos, desde el Papa hasta el último monago, han trabajado contra nosotros.

En demostración del espíritu de la Corte Romana y de su interés por la paz de España, merece citarse la alocución pronunciada por Gregorio XVI en el Consistorio secreto de 1.° de Marzo de 1841.

Cuando España empezaba á gozar alguna tranquidad, el Vaticano encendía de nuevo los ánimos y provocaba nuevas agitaciones pronunciando estas palabras:

«Por aquí conocéis, venerables hermanos, cuál será la condición de la Iglesia en España, si ni á mí por letras dirigidas al gobierno es lícito reclamar contra aquellas cosas que se ejecutan por la potestad seglar... ¡Mas ay de nosotros, si enmedio de tanta conmoción como hay allí de las cosas sagradas y opresión de la libertad eclesiástica, no oponemos un muro en favor de la casa de Israel!...»

Quejarse de la falta de libertad eclesiástica en un país donde la generalidad del clero había atizado la

discordia civil y tomado las armas facciosas, es el colmo de la frescura, y no se sabe cómo calificar la conducta del jefe de una *religión* que se dice fundada en el amor y en la caridad, promoviendo nuevamente la perturbación en los ánimos.

Más ó menos solapadamente, esa ha sido siempre la conducta del ultramontanismo con España.

De la segunda guerra pudiéramos abstenernos de hablar, porque todos hemos visto la parte activa, directa unas veces, indirecta otras, que el clero tomó en ella. Por este, á lo dicho en folletos anteriores añadiremos solamente estos dos párrafos de la alocución de Allende Salazar, capitán general de las provincias Vascongadas y Navarra en 1872:

«Siendo evidente que parte del clero, con olvido de su santa misión de paz en la tierra, ha sido aquí agente activo para excitar los ánimos á la rebelión y empapar este suelo en sangre, estoy resuelto á usar del más severo rigor contra los que tan criminal uso han hecho de la influencia que les da sobre las gentes sencillas su carácter sacerdotal, de que tan indignamente han abusado, distinguiéndose entre todos el canónigo don Vicente Manterola. Al proceder así no hago más que recojer el guante que tan imprudentemente se arroja al gobierno de la nación, fiando en la impunidad.

Nada tan cobarde y villano y digno de desprecio y execración, como el proceder de esos hombres que, exaltando las pasiones y exasperando los ánimos, atizan la tea de la discordia, y no se presentan luego á compartir la suerte de las armas con los que han seducido. Si es infame esta conducta en los directores y colaboradores de los periódicos carlistas que de tal manera proceden, ¿qué epíteto será bastante expresivo para aplicarlo á los ministros del altar, que de tal manera ultrajan á Dios?»

Pues bien, á pesar de las opiniones de tantos mi-

.itares honrados y católicos, y hasta de los carlistas, hay quien sostiene, generales inclusive, que la religión es poderoso auxiliar de la disciplina del soldado. Para que variasen de opinión, bastaría encomendarles un ejército en que hubiese tantos soldados como curas, suprimiendo en absoluto la aplicación del Código militar.

En España, sobre todo, un ejército católico, es decir, enemigo de la libertad, sería carlista; obispos, curas y frailes le harían entender que Dios es antes que los hombres y le harían tirar el ros y calarse la boina.

En una guerra entre don Carlos y Alfonso XIII, éste invocaría á la libertad, aquél á Dios. ¿Y podía un ejército católico vacilar siquiera en irse al lado del que invocaba lo que para él existe de más respetable y santo? La lógica y el sentido común dicen que llevando al ejército por el camino religioso iría á parar al carlismo.

No nos mueve pasión mezquina al asegurar que el clero es carlista; lo decimos porque es cierto, sin negar que ha habido curas liberales, y de verdad, que se han opuesto con todas sus fuerzas al carlismo y á la reacción sin temor á las iras y persecuciones de los suyos; ¡pero han sido tan pocos!

Para honrar en uno á todos, vamos á reproducir un hecho:

En la sesión de Cortes de 21 de Enero de 1837 se presentó la exposición siguiente:

«D. Antonio N... presbítero, párroco del pueblo de Monzón, en Palencia, expone: que perseguido en todas épocas por su constante adhesión á la causa de la libertad, al pasar la última vez por su pueblo la facción de Gómez, quiso hacerle pagar con su vida su patriotismo; pero que, contentándose al fin con llevarle prisionero, experimentó toda suerte de ultrajes y duros tratamientos, hasta que en Utiel pudo

salvarse mediante la entrega de 10.000 reales, y so-
re todo por las lágrimas y súplicas de su hermana;
ide á las Cortes le concedan la indemnización debi-
a ó que le empleen en un destino análogo y propio
e su carrera.»

Al apoyar esta pretensión, que por acuerdo de las
Cortes pasó recomendada al Gobierno, los diputados
Iompanera y Cabrera de Nevares confirmaron y am-
pliaron las afirmaciones del sacerdote, que sufrió
horribles tratamientos en las 200 leguas que anduvo
prisionero de la facción.

¡Admirable cura! Mas para ese que amaba la li-
bertad, ¡cuántos millares de su clase contribuyeron
á que se derramase sangre española!

¿Se quieren más pruebas de que el clero español
es carlista por amor al absolutismo, no por espíritu
religioso? Allá van á montones.

Hoy la Iglesia tiene un predominio tan absoluto
cual no lo tuvo en sus mejores tiempos. No hay vida
fuera de ella; todo, más ó menos directamente, se ha-
lla en sus manos; de aquí que se atreva ya á descu-
brir claramente su propósito de ir matando de ham-
bre al que no puede quemar como en tiempos de la
Inquisición ó ahorcar como en los de Fernando VII.
Ser hoy liberal al estilo antiguo, es decir, con ver-
güenza, es condenarse voluntariamente á la miseria.
Por esto los gamapanes de azada, título académico, ó
pluma, como las fregonas de camisa burda ó falda de
seda, se acojen á los conventos y asilos; instinto de
conservación, no fe religiosa: como en ellos encuen-
tran alimento, protección ó impunidad, acuden á ban-
dadas.

Todo se arruina lentamente en España; sólo la
Iglesia se alza poderosa. Todos lloran; sólo la Iglesia
canta. Por todas partes quejas, reclamaciones, súpli-
cas.. La miseria invade, no ya el hogar del obrero,
del que jamás se aparta, sino el de la clase media.

Los que tienen mucho dan algo, pero es á las gentes de Iglesia; los que mueren les dejan sus bienes...

Se cierran fábricas y talleres; á los labradores pobres les venden las fincas para satisfacer los impuestos, y el clero no tributa por las suyas; emigran por millares los jornaleros á Africa y á la América del Sur, y se subvencionan cofradías y fiestas religiosas; se regalan mantos de fabuloso valor á las vírgenes de madera, y las de carne tienen que dejar de serlo para vivir; los curas están al corriente hasta de las pagas que la revolución dejó de abonarles porque no fueran íntegras á manos de los carlistas, y los militares que se baten en Cuba las reciben con retraso.

Los catedráticos son perseguidos por los obispos y ¡oh cobardía! ni una voz poderosa levántase en defensa suya, ni una protesta colectiva formulan sus compañeros, entre los cuales figuran republicanos y liberales de influencia y prestigio. Todos callan, sea por indiferencia, sea por temor á que la persecución les alcance

Al que no se confiesa á la hora de morir se le niega sepultura; al que no se descubre al paso de una procesión se le lleva á la cárcel; al que discute un punto del dogma católico se le envía á presidio; escarnécese á los protestantes é insúltase á los masones...

Al ejército lo preparan para don Carlos. Ya los soldados llevan escapularios como las *honradas musas* de asesinos de Cuenca, Olot é Igúzquiza; entre sus jefes, los hay que tocan sus condecoraciones en la momia de San Isidro, y entre sus generales, quienes cargan con pendones en las fiestas religiosas. Los soldados van á Cuba y Filipinas blindados de medallas; cuando se baten y triunfan, no es de ellos la gloria, sino de la Providencia, del santo del día. Se les regatea hasta la honra de saber morir dignamente por la patria, al par que se les empuja hacia la reacción por el camino religioso.

Como la ley se aplica hoy á capricho del partido que manda, los jueces condenan á presidio al que combate un punto del dogma ó discute un milagro; en cambio se detienen ante los conventos y los palacios episcopales.

Los ministerios, los altos cuerpos del Estado, las Academias, las Universidades dan contingente crecido á las fiestas religiosas, que se celebran, ora para que llueva, ora para que no; ya para dar gracias al cielo por cualquier cosa, ya para pedirle que acabe la guerra.

Abogados, industriales, comerciantes, ¡hasta los cómicos! ¡hasta los médicos! tienen santos titulares, se reunen en cofradías, celebran fiestas y se cuelgan cintajos con imágenes y letreros; ¡hermanos de tal!... ¡hermanos de cual! que hacen recordar á Caín.

Aquí se celebra una rifa para comprar un riquísimo manto á una imagen; allá se levanta un soberbio edificio religioso con el dinero de los fieles; esta asociación prepara grandes fiestas para festejar el día de su patrono; aquella hermandad dispone una romería en honor del suyo; una comisión pide para el dote de una joven que aspira á convertirse en esposa de Cristo; otra recauda para edificar un templo; un aristócrata muere y deja por herederos á los jesuitas; una señora se encierra en un convento y enriquece á la comunidad; las hermanas de la Caridad no pueden colocar en sus coches los donativos en especie, amén de las cuantiosas mandas que reciben en dinero; los pórticos de las iglesias son bazares donde todo se subasta; una papeleta de diez céntimos abre las puertas del Paraiso.

Y por si esto no bastare, en cuantas ciudades, villas y aldeas tiene España, lo mismo en el púlpito que en el confesonario, en la prensa que en el Ateneo, en el taller que en el almacén, á la puerta del comercio como á la de la iglesia, se pronuncia ó se escribe esta frase: *¡Limosna para el Papa!* Y la mu-

jer honrada al par que la prostituta, y el hombre serio á la vez que el libertino, la repiten, esforzándose por figurar los primeros en las listas de suscripción.

Se levantan conventos por todas partes, y no hay caldo en los hospitales; los hogares están perturbados por la ingerencia clerical; los padres de hijas con dote tienen que tomar precauciones para que no se las secuestren; las madres con hijas hermosas las buscan desoladas por los asilos religiosos; los seminaristas y aprendices de fraile se hallan exentos del servicio militar.

Los duendes han resucitado, las almas en pena piden sufragios, las vírgenes se aparecen, los santos curan enfermos, los endemoniados gritan en las iglesias, los misioneros preparan la guerra civil, los fieles alborotan en los rosarios de la Aurora, los curas ahuyentan la langosta y otras plagas á hisopazos y latines... Y salen todos los días apóstoles curanderos; y los ciegos cantan milagros por las calles entremezclados con hazañas de bandidos; y se pide á Dios que retire las aguas en las inundaciones; y se bendice todo, hasta lo podrido. Los bandidos que mata la Guardia civil llevan al cuello tres ó cuatro escapularios; calcúlese por este dato cuántos llevarán los que no se ponen al habla con ella. Pero ¿qué más? muchos concejales republicanos asisten á las fiestas religiosas pagadas con fondos del municipio.

Los jóvenes son hijos, ó de San Luis ó de San Ignacio ó de cualquier otro santo; las jóvenes, hijas de María en sus múltiples advocaciones, ó del Corazón de Jesús; las hay reparadoras, no sé de qué, siervas, esclavas; el asunto es tener un pretexto para echarse á la calle con el devocionario en la mano, y... Detengámonos en el dintel del escándalo.

No se da un paso sin tropezar con un cura, un fraile ó una hermana de la caridad; no se recorren veinte metros sin divisar un convento, una capilla, una iglesia, ó un asilo benéfico; no transcurre un día

sin recibir una circular católica en demanda de limosna. Las campanillas de las casas, movidas por manos de fregatrices con tocas, no dejan de sonar. Celébranse fiestas á diario; cuándo el rosario, cuándo la novena, cuándo la procesión. Y mucho cirio, y mucho perfume; y en los ricos vestidos de las imágenes muchas joyas; y mucho oro y mucha pedrería en los de los ministros del altar.

Hoy no se respira en esta nación más que por los pulmones de la frailería, la clerigalla y el monjío; hoy no se leen más que oraciones, relatos de milagros ó insultos á la libertad. Las mujeres no piensan en otra cosa que en acudir á los templos á oir sandeces ó inmoralidades, cuando no en practicarlas al salir. Los hombres, unos por hipócritas, otros por malvados y muchos por débiles, permiten que en sus familias se introduzca la serpiente negra, aun cuando se enrosque á su fortuna ó á su honor; de ahí esas donaciones escandalosas, esas jóvenes deshonradas, esos encierros á viva fuerza en los conventos, esos crímenes contra natura que escandalizan á esta que fué siempre patria de hombres viriles.

Y mientras tanto, las alhajas de los templos desapareciendo con todo lo que tiene algún valor histórico ó artístico; ideas de odio y exterminio vertiéndose en el púlpito; coro de maldiciones resonando en los templos... Y como consecuencia lógica, un pueblo embrutecido, fanalizado, hambriento, sin conciencia de su deber ni idea de su dignidad, que contribuye á todas esas farsas con su quietismo y se deja morir cobarde y resignadamente por esas aldeas, esos talleres y esos campos.

Y al compás de esta orgía de devoción, de esta danza macabra de virtudes abominables, se pierde y se hunde cuanto constituyó siempre el orgullo de este pueblo, porque falta aquí de moralidad lo que sobra de cobardía. La misma ganzúa que sirve para forzar la caja de valores, se emplea en abrir la del

cielo; la prostitución dorada comienza en la alcoba la frase *¡yo te amo!...* dirigida al amante, y la termina en el templo añadiéndole un *¡Dios mio!* Se va de Sodoma á Jerusalém en quince minutos... El diablo acompaña sonriente á pecadores y pecadoras hasta la puerta de la iglesia y aguarda tranquilo á que salgan para cogerse á su brazo de nuevo.

Y á todo esto, los hospitales tienen que rechazar los enfermos por falta de sitio; en los asilos religiosos se roba, se baila y algo más, y en las inclusas los niños se mueren de hambre; hay ama que se encarga de tres ó cuatro, y no cobra después. Y allá, en el fondo de esos tristes tugurios habitados por las clases productoras, tragedias terribles en que el hambre ejerce de protagonista.

Y los redimidos por Mendizabal, los hijos de los que derramaron su sangre por matar el predominio clerical, apenas si paran mientes en lo que nos rodea; y ven alzarse conventos á porrillo; estafar el dinero á los fanáticos por todos los medios imaginables; secuestrar jóvenes de ambos sexos para llenar los conventos; apoderarse bajo pretextos caritativos de escuelas, asilos y hospitales; fundar asociaciones con aparente carácter religioso, pero en realidad para preparar la nueva guerra civil, corriendo impunemente de un lado á otro frailes y monjas con órdenes de organización y propaganda; y callan, como si sobre ellos no hubiera de desplomarse la avalancha.

Aunque para dar una idea de cómo estamos, nada tan elocuente como publicar la estadística de los conventos, asilos, iglesias é instituciones religiosas fundados, en Madrid solamente, desde 1875 bajo los auspicios y dirección de las Ordenes monásticas expulsadas de España en los católicos y reaccionarios tiempos de Isabel II.

Asilos.	Para Institutrices.	Diego de León, 3.
»	Adoratrices.....	Duque de Osuna, 5.
»	Divina Pastora...	Sagunto, 7.
»	De la gratitud....	General Pardiñas, 20.
»	Cigarreras.....	Laurel, 7.
»	Hermanitas de los pobres.....	Almagro, 1
»	Huérfanas pobres..	Méndez Alvaro, 24.
»	Huérfanas de Jesús..	Alburquerque, 12.
»	Otro id. id.....	Luchana, 25.
»	Jóvenes desamparadas.....	Canarias, 3.
»	De sirvientas.....	Fuencarral, 113.
»	De lavanderas.....	Glorieta San Vicente, 1.
»	De la Asunción....	Arango, 1.
»	De la Trinidad....	Marqués de Urquijo, 16.
»	Del Corazón de Jesús.....	Claudio Coello, 83.
»	Santa Infancia....	Segovia, 4.
»	San Martín.....	Paseo Habana.
»	Santa Susana.....	Ventas.
Colegios.	Beatas Franciscanas.....	D. Pedro, 12.
»	Corazón de Jesús..	Caballero de Gracia, 40.
»	San Francisco Javier.....	Libertad, 15.
»	San Antonio de los Portugueses.....	Puebla, 32.
»	Beatas de la posada de Santa Cecilia.	Gasómetro
Conventos.	Adoratrices.....	Leganitos.
»	Oblatas.....	Delicias.
»	Santo Domingo....	Claudio Coello.
»	Doctrina cristiana..	Bravo Murillo.

»	Id. sucursal.....	Peñuelas.
»	Id. otra.....	Raimundo Lulio.
»	Id. otra.....	Atocha.
»	Franciscanos San Fermín.....	Paseo del Cisne.
»	Ministras de los enfermos-beatas francesas.....	San Bernardo.
»	Id. íd. españolas...	Plaza de Chamberí.
»	Beatas inglesas....	Santa Isabel.
»	Jesús, Capuchinos..	Plaza de Jesús.
»	Maravillas.	Obelisco.
»	Esclavas.....	Idem.
»	Vallecas.....	Isabel la Católica.
»	Beato Orozco, Agustinas.....	Beato Orozco.
»	Redentoristas.....	Garcilaso.
»	Los mismos.....	San Justo, 4.
»	María Reparadora..	Torija, 7.
»	Salesas nuevas....	Santa Engracia.
»	Concepcionistas ...	Vallehermoso.
»	Jesuítas.....	Chamartín.
»	Otro.....	Isabel la Católica.
»	Otro en construcción	Zorrilla.
»	Agustinos recoletos.	Castellana.
»	Carmelitas.....	Argüelles.
»	Agustinos, iglesia..	Valverde, 19.
»	Paules.....	Obelisco.
»	San Juan de Dios..	Ciempozuelos.
»	Id. Aguadero.....	Santa Isabel.
»	Id. en construcción.	Carabanchel Pequeño
»	Id. Molino del Rey.	San Martín de la Vega.
»	Corazón de María..	Colegiata.
»	Procura franciscana	Misericordia.
»	Trapenses.....	Getafe.
»	Id. apeadero y lechería.....	Jacometrezo.

»	Constantinopla....	Camino de Carabanchel.
»	Reforma de Santa Rita.....	Idem.
»	Calatravas.....	Villaverde.
»	Concepción Jerónima.....	Lista.
»	Iglesia Jesuita de la doctrina.....	Camino de los Cementerios.
»	Hospital y casa de salud-beatas	O'Donnell.
Asociación de padres de familia.--Sanz, Comillas y Compañía..		Murió.
Conventos.	Gonzagas.....	Espoz y Mina.
»	Luises.....	Espoz y Mina.
»	Kos Kas.....	Idem.
»	Adoración nocturna	Id.
»	Comunión reparadora, Apostolado de la oración, id. de la prensa-oración nacional...	Id.

El pan de San Antonio, Círculos de obreros católicos, Escuela de María, Retiro mensual para señoras, Asociación de matrimonios pobres, Escuelas de la Asociación de católicos, Cuna de Jesús, etc., etc.

Y conste que no incluímos los conventos antiguos, las iglesias, los asilos y fundaciones, que no son pocas, anteriores á la restauración borbónica.

Esta es la situación actual de España; hasta este punto ejerce predominio la Iglesia; de manera tan amplia domina el clero... Y, sin embargo, conspira constantemente en sentido carlista.

¿Qué más prueba de que es carlista porque lleva el

absolutismo en la sangre, en la médula de los huesos, y de que aquí no habrá paz, ni dignidad, ni progreso mientras no se le encierre en los templos, se le sujete á la ley común en todo y para todo, y se le prive de los medios de combatir la libertad? Y cuanto á las órdenes religiosas ¿quién duda siquiera de que hay que destruirlas y dispersarlas con viento de revolución, ya que es inútil clamar por el cumplimiento de las leyes vigentes que prohiben su existencia en España?

Resumiendo: hay que atacar al carlismo en su origen, y su origen es la Iglesia, mejor dicho, los que de ella viven ó á su sombra medran. Mientras esto no se haga, que se resignen las madres españolas á criar hijos para que se los asesine periódicamente el absolutismo.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

FOLLETO 45

ENSAYOS DE GOBIERNO CARLISTA.—RECAPITULACIÓN.—LA RESTAURACIÓN RESUCITANDO EL CARLISMO.—UNIÓN DE LOS LIBERALES.—PATRIOTAS DE ANTAÑO.—¡ENERGÍA Y ENERGÍA!.—MEDIDAS QUE DEBEN TOMARSE AL ESTALLAR LA GUERRA.—LA MENTECATEZ, LA INMORALIDAD Y LA IGNORANCIA ENDÉMICAS EN DON CARLOS.—EL PATRIOTISMO DE LOS CARLISTAS.—RECUERDO AL EJÉRCITO.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4, SEGUNDO

ES PROPIEDAD

Imprenta: Plaza del Dos de Mayo, 4.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

ENSAYOS DE GOBIERNO CARLISTA.—RECAPITULACIÓN.—LA RESTAURACIÓN RESUCITANDO EL CARLISMO.—UNIÓN DE LOS LIBERALES.—PATRIOTAS DE ANTAÑO.—¡ENERGÍA Y ENERGÍA!—MEDIDAS QUE DEBEN TOMARSE AL ESTALLAR LA GUERRA.—LA MENTECATEZ, LA INMORALIDAD Y LA IGNORANCIA ENDÉMICAS EN DON CARLOS.—EL PATRIOTISMO DE LOS CARLISTAS.—RECUERDO AL EJÉRCITO.

Este es el último folleto de *Los Crímenes del carlismo*. Terminé mi tarea.

Durante ella me he indignado muchas veces, más contra los que han transigido con la idea impulsora del carlismo, que con los bandidos que han empapado en sangre la patria desde el 33 acá, mejor dicho, desde el 14, pues el espíritu del carlismo es el que inspiró á aquel gran canalla de la historia, Fernando VII, los horrores de su reinado.

Los que suponen que el carlismo no ha gobernado, y que, por lo tanto, debe ensayarse, olvidan que reinó desde el 14 al 32 en España, desde el 33 al 39 en el Norte, donde volvió á reinar desde el 73 al 76; y que en la primera época, pareciéndole aún liberal á sus partidarios, se sublevó en 1827 contra el manolo indecente que entonces reinaba; que del 34 al 39 predominó la teocracia intransigente sobre el elemento político y militar; y que del 73 al 76 los bandidos como Santa Cruz, Saballs y Cucala anularon á los militares que trataron de despojar al carlismo de su feroz intransigencia; y eso que España en aquella época, al revés de lo que hoy sucede, no estaba llena de conventos fortalezas ni de millares de

frailes que darán al carlismo en la guerra que prepara gran contingente y poderosos recursos.

Creo haber hecho obra beneficiosa para la libertad, entresacando de libros, periódicos y documentos oficiales que pocos tienen á mano, la historia sangrienta y criminal del carlismo. Me creeria regiamente recompensado si supiera que con ella había impedido que siquiera media docena de carlistas se echase al campo, ó que un sólo liberal había recobrado al leerlos su amortiguada energía.

En la prensa, y publicando folletos, se trató á raiz de la revolución de Septiembre de popularizar á don Carlos. ¡Muera por la prensa y por los folletos ese por quien tanta sangre de españoles se ha vertido!

«Difundir estos folletos, es imposibilitar la tercera guerra civil,» ha dicho un periódico hablando de ellos. Otro había dicho antes:

«Cada ejemplar de esos folletos cuesta 15 céntimos, aunque vale como argumento democrático é histórico un dineral. Hay que comprarlos, regalarlos a los amigos y tirarlos en plazas y calles para que lleguen á manos de todo el mundo.

«Los folletos que recomendamos matan moralmente por sí solos más partidarios del rey de los carlistas, que todos los maussers de nuestros bravos soldados podrían matar en el campo de batalla.»

No diré tanto yo, por haberlos escrito; pero confesaré que estoy satisfecho de mi labor.

Recapitulemos:

La teocracia se apoderó completamente de España desde que las bayonetas francesas vinieron á quitar en 1823 el sistema constitucional: la menor sospecha de liberalismo llevaba los hombres á la horca.

«Las comunidades religiosas todas, dice un historiador, se agitaban dentro de los conventos, tomando parte activa en la política, y usaban de medios bajos para desacreditar al desventurado liberal que, no sólo

tenía en continuo peligro su tranquilidad, sino hasta la honra y la vida.

No es posible pintar el cuadro pavoroso que ofrecía España, entregada á la embriaguez desenfrenada de un absolutismo bárbaro. Desde la tenebrosa sociedad del *Angel Exterminador*, cuya cabeza estaba en Roma y cuyo brazo se hallaba en todas las provincias, hasta el mas retirado convento, en todas partes se esgrimían armas contra los constitucionales y sus familias, para aniquilarlos hasta la cuarta generación. A tal extremo de locura había llegado este odio y encarnizamiento contra los liberales, que todas las naciones europeas, desde la culta Francia hasta la despótica Rusia, se creyeron en la necesidad de pedir al monarca que suavizara su gobierno. A pesar de esto, Fernando VII se propuso premiar todo acto de *fidelidad y de apoyo al trono y al altar*, y así expidió mercedes numerosísimas y empleos y honores á los realistas de más subido color de los que le rodeaban, autorizando á los capitanes generales para que pudieran hacer lo mismo con los que creyeran más dignos de los merecimientos en sus respectivos departamentos.

Esta orden, dada en 14 de Diciembre de 1823, trajo consigo un abuso excesivo por parte de aquellos, hasta el extremo de «que había quien de paisano se había hecho coronel, ó de fraile general, ó de subteniente había ascendido á mariscal de campo.» En vista de esto, se dió orden para que se mandara á Madrid la lista de los agraciados, con los méritos y servicios de cada uno, lo que hizo que se alarmasen «los más medrados y aprovechados realistas, sospechando que no iban á ser aprobados muchos de aquellos arbitrarios é improvisados ascensos.»

Esta fué la primera voz de alarma esparcida en el campo absolutista que, ya de antiguo, venía dividido en dos bandos diversos, uno templado, á cuyo frente se hallaba la casi totalidad del ministerio, los altos

militares y diplomáticos, y otro apostólico intransigente, apoyado por todo el clero alto y bajo y los jefes de los voluntarios realistas.

Dióse este segundo partido por ofendido con la resolución tomada por Fernando, y encontró en el fanático hermano suyo, don Carlos, un jefe que erigió en ídolo. Hé aquí al origen de la causa carlista.

Gran parte de los jefes del disuelto ejército de la fe, excitados por los obispos y canónigos y frailes, formaron en Cataluña una federación de *realistas puros*, y lanzaron sobre las abyectas y embrutecidas masas (las que más tarde habia de llamar *honradas* un politiquillo de su cuerda) un documento que se titulaba: «Manifiesto que dirige al pueblo español una federación de realistas puros sobre el estado de la nación y sobre la necesidad de elevar al trono al serenísimo señor infante don Carlos.»

En Marzo de 1827 apareció en las cercanías de Tortosa una partida de realistas puros, mandada por el capitán Llobet, y en Abril habia ya cundido la sedición hasta Manresa, Vich y el Ampurdan; y aunque en los primeros momentos pareció sofocada por las tropas del rey, volvió á estallar de nuevo con mayores proporciones á primeros de Agosto.

Se había establecido en Manresa una Junta superior, formada en su mayoría de eclesiásticos, que avivaba la discordia y dirigía á todos los que con las armas secundaban el movimiento de los *Agraviados*; (así se llamaban.) Esta junta publicó en 31 de Agosto un manifiesto á los catalanes, excitándoles á la lucha y asegurándoles que todas las provincias de España estaban dispuestas á secundarla.

Que el carácter de esta insurrección era esencialmente teocrático, lo prueba los lemas que ostentaba: «¡viva la religión! ¡viva la inquisición!»

La proclama que lanzó Jep dels Estany decía: «Concurrid, manresanos, españoles todos, á sostener este patrimonio de gloria, y veréis disipar la impiedad,

abatir los negros y reponer á los oficiales y demás empleados realistas que fueron separados de sus destinos con la más descarada arbitrariedad, para colocar á los exaltados constitucionales que atentaron contra la real persona de S. M., y aun á los mismos milicianos voluntarios, en contravención á los repetidos sabios decretos de S. R. M., y *acabar con todos los liberales del suelo español*. Después de esta *virtuosa ocupación*, retiráos al seno de vuestras familias, ciertos de que vuestras casas y hogares serán respetados, vuestros derechos sostenidos y defendidas vuestras propiedades.»

Rafi Vidal encabezaba sus proclamas de este modo: «¡Viva la Santa Religión! ¡Viva el Rey nuestro Señor y el Tribunal Santo de la Inquisición!»

Los conciliábulos se celebraban en todos los conventos, iglesias y en las casas de los prelados. El monasterio de Ripoll y el convento de capuchinos de Vich eran los focos de donde salían las armas.

Vencida la rebelión, fué á visitar al conde de España en su alojamiento el obispo de Vich, y le dijo que no había podido su paternal autoridad evitar los desastres de aquella insurrección. Contestóle aquél: —«No lo habréis procurado mucho, por cuanto en vuestra misma casa se han celebrado juntas, y un clérigo de vuestra diócesis se ha nombrado vicepresidente de la misma.» Y como se agriara la cuestión, replicóle de nuevo:—«¿Recuerda V. S. I. lo que sucedió en el siglo XVI con el obispo de Zamora? Pues aquella escena puede repetirse ahora si el rey católico lo manda.»

Cuando se consiguió sofocar aquel movimiento de los *Agraviados*, unos pasaron la frontera y otros se acogieron al indulto que les ofreció desde Cataluña Fernando VII. Rafi Vidal, Oliveres, Bericart, Pixola, Laguardia y otros de los jefes cogidos, murieron en la horca. Bussons y tres de sus compañeros fueron arcabuceados al empezar el año 1828.

Al ver vencido el movimiento, trató la teocracia de hacer creer que sólo había tenido por objeto protestar contra la tolerancia de Fernando VII con liberales. ¿Tolerancia aquel miserable que no dejaba descansar la horca? Lo que el bando teocrático se proponía era entronizar á don Carlos para hacer una política propia, para resucitar la Inquisición que el *manolo* restableció sólo vergonzantemente por impedírselo la Santa Alianza.

No les había bastado el que, para tenerlos contentos, el rey concediese honores y preeminencias al clero, tuviera á su lado á un absolutista como Calomarde y se ensañara cruelmente en los liberales. Querían más; lo querían todo.

El casamiento de Fernando VII con María Cristina, la promulgación de la Pragmática Sanción restableciendo la antigua legislación española sobre la sucesión de las hembras, el nacimiento de Isabel, y más tarde los detalles de la enfermedad del rey, ora daban esperanzas, ora se las quitaban al bando apostólico, que no cesaba de intrigar y conspirar, razón por la cual fué desterrado á Portugal el Carlos María Isidro.

Una vez muerto el rey, los carlistas se echaron al campo, y de lo que hicieron damos ligera idea en esta série de folletos.

Vino después la tentativa del 47, más tarde la de San Carlos de la Rápita, y el 72 la segunda guerra, que duró hasta el 76, cubriendo á España de sangre y ruinas. Hoy se avecina la tercera, que debe ser la última, ó no tendrá derecho España á que se la tenga en adelante por nación civilizada.

¿Quién tiene la culpa de que esa guerra esté en puerta? Oigamos á un escritor distinguido:

«El mayor pecado de la restauración, y, sobre todo, de la regencia, es haber prestado aliento á los sectarios del absolutismo en odio á los republicanos, co-

mo se lo prestó á los apostólicos Fernando VII en odio á los liberales, y Doña Isabel II en odio á los progresistas.

Inicióse la obra nefasta con un acto que yace olvidado de la generalidad, siquier no sea remota su fecha: la parodia del abrazo de Vergara, representada el 11 de Marzo de 1875 en París, *rue de la Paix, núm. 8*, en el cuarto número 38 del Hotel Mirabeau. El Gobierno español tomó la iniciativa cerca del *excelentísimo señor capitan general don Ramón Cabrera* para llegar á una fusión generosa y patriótica proyectada *por dicho Gobierno y el mencionado general*, en beneficio de la nación y DEL PARTIDO CARLISTA. El documento lo suscribieron el duque de Santoña, *don Ramón Cabrera*, don Rafael Homedes, don Rafael Merry del Val, don Francisco Pareja de Alarcón, don Julio Nombela, don Juan de Dios Tovar y don José Indalecio Caso.

A partir de ahí, por no desagradar á elementos de *aparente* adhesión á las actuales instituciones, se ha ido otorgando al tradicionalismo cuanto ha querido, en la enseñanza, en la justicia, en la administración.

Que tal camino es equivocado, ¿quién lo duda? Mimó Fernando VII á los apostólicos, y sin hablar de otros sucesos, se le sublevaron en Cataluña en 1827, y á los tres días de su muerte iniciaron en Talavera, contra el trono de su hija, la primera tremenda guerra de los siete años. Doña Isabel II y los gobiernos *moderados extremaron tambien* sus obsequios al tradicionalismo, y en armas se alzaron los sectarios del Pretendiente, al verse éste desairado en sus aspiraciones á la mano de la reina en 1846, y tramaron la rebelión, de ramificaciones extensísimas, que debió estallar en 1860 en San Carlos de la Rápita y de que fué víctima el instrumento don Jaime Ortega. Y ¿no es verdad que las bravatas de los carlistas de hoy responden á las mismas para ellos alentadoras causas de las rebeliones de ayer?

Despierten los liberales de todos matices frente a carlismo, cuyo momentáneo triunfo representaria e el interior la barbarie y en el exterior la complet eliminación de España del concierto de los pueblo civilizados; unámonos todos. «¡He ahí el enemigo!

Sí, hay que unirnos, con más voluntad que nunca por lo mismo que estamos tan divididos.

En 1833, dice un historiador, se lanzaron al cam po los dos únicos partidos que existían, por instint de conservación. Los liberales veían en el triunfo d los absolutistas su ruina completa, y los martirio sufridos los decidió á prestar su apoyo á la hija de ingrato Fernando. Los partidarios de don Carlos, qu desde la venida de Cristina veían se les escapaba d las manos el poder, de que venían posesionados tan to tiempo hacía, tenían que renunciar eternamente él si triunfaban los liberales. He aquí por qué desd *su principio la guerra se hizo con arrojo y decisión* por ambas partes. Ninguno de los dos partidos hu biera cedido un ápice en sus pretensiones. En 1872 los mismos adeptos á don Carlos estaban persuadi- dos de las pocas simpatías con que contaba su causa en España; pero los deberes en unos, el despecho en otros, y el interés en los más, hizo que se agrupara una cohorte numerosa. Sería curioso ver reducido á guarismos el siguiente problema: «¿Cuántos carlis- tas contaba el ejército de don Carlos?»

¿Por qué, teniendo en su apoyo á los Borbones des tronados de Italia, al partido legitimista francés, á los ultramontanos alemanes, la corte pontificia, los tras tornos interiores, los desmanes de los federales, un ejército indisciplinado, una nación huérfana de go bierno, sus filas engrosadas con los despechados ro- jos, con los emigrados de la *Commune*, con los des- contentos moderados y tantos otros elementos, hetero- géneos sí, pero fuerzas vivas, por qué no pudo triun- far?

Porque el carlismo es una idea muerta; porque la nación entera rechaza la reacción absolutista; porque á despecho de los que se oponen, se viene cumpliendo la ley del progreso. Los carlistas intentarán otra lucha, podrán reunir elementos aunque no tantos como en la última campaña, pero no alcanzarán el triunfo de su bandera, la del absolutismo, que ha dejado en pos de sí tantas lágrimas, tanta sangre, desolación tanta.

Todo esto es muy cierto. Sí, triunfaremos. ¡Pero cuánto hemos retrocedido, qué poco valemos comparados con los hombres que figuraban cuando estalló la primera guerra! Había entonces más fe en los destinos de la patria, más amor á la libertad. Aunque esto se explica bien. ¡Costó tanto adquirirla y estaba tan reciente la época en que por ella se luchó, sacrificando reposo, fortuna, vida!...

Lo mismo combatían al carlismo los progresistas que los moderados; á esta distancia todos aparecen unidos en la aspiración común de oponerse á la reacción teocrática. Se tiene á orgullo descender políticamente de aquellos hombres, como nuestros hijos tendrán á vergüenza descender de nosotros.

¡Benditos tiempos los primeros en que España empezó á luchar contra el absolutismo cubierto con la careta carlista!

Con razón los echo de menos. Sólo con practicar las enseñanzas que nos dejaron, bastaría para que el carlismo no se atreviese á levantar cabeza hoy. ¿Pero qué ha de hacer viéndonos tan cobardes, tan degradados y tan egoistas?

Al buscar materiales para los folletos *Los Crimenes del carlismo*, he tropezado con abnegaciones, sacrificios y entusiasmos que han dulcificado en parte las amarguras que traían á mi ánimo los detalles de la orgía de sangre, lágrimas y desolación á que se en-

tregaron durante años y años los secuaces del imbécil Carlos V y del canalla Carlos VII. Y esos entusiasmos, esos sacrificios y esas abnegaciones no eran privilegio de ésta ó aquélla clase; los sentían y los realizaban todas. Citaré algunos ejemplos, comenzando por el de un aristócrata, que era al par poeta egregio.

El Duque de Rivas:

«Excmo. Sr.: deseando contribuír en cuanto esté á mi alcance, al sólido establecimiento de la libertad nacional y persuadido de que es llegado el momento de hacer los mayores sacrificios para concluir de una vez con la guerra civil que devora al Estado, ruego á V. E. que me haga la honra de presentar á l. r. p. de S. M. la Reina gobernadora la renuncia que hago hasta la total destrucción de los facciosos, de los 24.000 reales anuales que disfruto como líquido de los 36.000 de sueldo que en recompensa de las once peligrosas heridas que tuve la gloria de recibir en la guerra de la independencia me concedió el rey en el año 1814, y que como sueldo y pensión vitalicia tuvo la bondad de revalidarme S. M. la reina cuando regresé á mi patria después de diez años de emigración; y pido á V. E. que al ofrecer este cortísimo donativo me dispense el favor de hacer presente que, aunque tengo numerosa familia y poseo hace tiempo una casa muy pobre y atrasadísima de resultas de las guerras pasadas y por el injusto secuestro que ha padecido desde el año 1823 hasta el de 1832, cuanto produce estará siempre, como mi persona misma, pronto para ayudar á sostener el trono y la libertad de mi patria.

Dios etc. Madrid, 10 Octubre 1835. El duque de Rivas.—Excmo. Sr. D. Juan Alvarez y Mendizabal.»

(*Gaceta* 13 Octubre 35).

Otro aristócrata:

«El señor marqués de Cerralbo, conde de la Alcu-

dia, manifestando *sus ardientes deseos de la mayor prosperidad y libertad de la patria*, ha hecho á S. M. el ofrecimiento del sueldo íntegro de 80.000 reales que goza como caballerizo mayor de la reina durante las actuales circunstancias para las urgencias del Estado.»

Gaceta del 19 de Octubre de 1835.

El ministro Mendizabal:

«Señora: acabo de saber que por la calidad de superintendente general de la Real Hacienda de España é Indias, me corresponde de derecho la cuarta parte de los comisos que ocurren en los dominios de Ultramar.

Parco yo en mis necesidades, al tiempo mismo que son tan crecidas las del Tesoro público, ruego á V. M. se digne permitir que se aplique á las atenciones de la guerra cuanto puede pertenecerme por el indicado concepto—Madrid 28 de Noviembre de 1835. Juan Alvarez de Mendizabal.»

(*Gaceta 4 de Diciembre de 1835.*)

Un empleado:

«Señora: Carlos Pabón, celador de Policía del barrio de la Comadre, y sus dos hijas Manuela y María Juana, á l. r. p. de V. M., con la más alta consideración exponen: que guiado por sus sentimientos, ofreció á la patria su persona el año 1820, alistándose de los primeros en la milicia nacional de caballería; posteriormente perteneció á la milicia urbana y hoy sirve en la guardia nacional. Ha llegado un día, señora, en que no ha podido menos el exponente de ceder durante la guerra actual el 3 por 100 del corto sueldo que disfruta. Muy cortos son, señora, los bienes que posee el exponente y sus dos hijas; de la necesidad de sostener una guerra contra las asechanzas de un príncipe ambicioso, no puede menos de ceder, con expreso conocimiento de sus dos hijas,

todos sus bienes, que constan en la nota adjunta, para que, enagenándolos, pueda su pequeño producto contribuir á sostener esos valientes españoles que con tanta gloria prodigan su sangre por la libertad.»

Acompaña una relación de 23 fincas entre tierras de labor, viñas y olivares en el término de Dos Barrios, de una cabida total de 22557 estadales, más una casa en dicho pueblo con bodegas para vino y aceite, y cuyo valor es de 45.000 reales.

Gaceta del 5 de Noviembre.

Un exclaustrado.

«Señora; si los dos ochavos que ofreció la pobre viuda de Sarepta fueron tan agradables al Señor, no será menos acepta á los ojos de V. M. la pequeña oferta que *para exterminar á los enemigos de todo lo bueno* hace este pobre sacerdote secularizado de la orden de San Francisco, refugiado en esta ciudad de Vitoria. Para conseguir este triunfo ofrece una peseta diaria. No tengo más, señora, y esta es mi mayor pena y sentimiento... Pero me engaño, que todavía me quedan un manteo y una capa... *Ahí están;* véndanse si hacen falta, por que más quiero vivir desnudo bajo el gobierno constitucional, que vestido en el cruel, arbitrario y despótico que nos amenaza.— Santiago Segura.»

Gaceta 1.° Diciembre 1835.

¡Qué noble emulación, qué verdadero patriotismo, qué amor á la libertad en todos!

Por haber, hasta había entonces frailes liberales; eran pocos, pero entusiastas y valientes.

Léanse los siguientes párrafos de un sermón predicado en la catedral de Sevilla por el fraile franciscano José María Lavin el día 7 de Diciembre de 1834:

«Harto tiempo por nuestra desgracia ha durado en el mundo la infausta preocupación que mira como enemigos la religión y la libertad; preocupación que,

sacando al cristianismo de su propio terreno, que es el dominio de las conciencias, y lanzándolo en la arena de las pasiones políticas, lo ha ligado exclusivamente á una determinada forma de gobierno, exponiendo una institución, de suyo inmutable, á los vaivenes y *vicisitudes de las opiniones humanas. Hoy* que ya hemos experimentado sobradamente los funestosefectos de esta imprudente liga, que tan ignominiosa ha sido en los siglos de barbarie á los sacerdotes y á los reyes, y tan perniciosa á las naciones, es tiempo de proclamar la absoluta independencia de la religiónde todas las convenciones humanas, de destruir este fatal divorcio entre la piedad y las luces, y posar el principio religioso á la cabeza de la civilización,haciendo ver que, no sólo no está reñido con la política ilustrada, sino que es el más firme apoyo de lalibertad.....

«Si,dirá la turba de los apóstoles del oscurantismo; elEstatuto real ha llenado los deseos de los novadores políticos asegurándoles el goce de una libertad moderada, pero progresiva; mas esta libertad abre la puerta á los excesos de la anarquía y compromete los intereses de la religión. ¡La Religión!... ¿Y os ais tomar en vuestros impuros labios este nombre augusto, vosotros que lo habéis hecho enseña de un partido, que lo estáis desacreditando con vuestra conducta sanguinaria é impía, y que lo invocais para autorizar con su respetable sanción el robo, el pillaje y el asesinato?»

(*Gaceta 14 Febrero.*)

Pero más que todo eso admira la siguiente carta de una madre:

«Excmo. Sr. General en Jefe.

Muy señor mío de todo mi respeto: Postrada en cama y rendido mi corazón al más acerbo dolor que puede experimentar una madre, si mis ojos se rehusan á las lágrimas, mi alma por lo menos se dilata

en sentimientos de gratitud por las expresiones de ternura y sentidas muestras de pesar con que V. E. se ha dignado honrar los últimos momentos de mi idolatrado hijo. Ayer sufrí la atroz amargura de saber su muerte y las circunstancias todavía más atroces con que la recibió después de pelear y vencer por su patria. A ella pertenecía su vida y pertenecen también las de sus seis hermanos. ¡Dichosos ellos, si con el sacrificio de su existencia, pudiesen terminar las discordias civiles y asegurar la paz y la ventura á los que sobrevivan! Permítame, etc.—Isabel Jiménez Navarro de Elío, marquesa viuda de Versolla.»

Lo repetiré: hay que echar de menos los tiempos en que nuestros padres comenzaron á luchar por la libertad, y mantener vivo su recuerdo para no morirnos de vergüenza en los presentes.

Aun cuando yo creo ¡y pobre de España si me equivocara! que en el momento de estallar la tercera guerra, el movimiento de opinión contra el carlismo será potente, formidable, decisivo...

Sí; contra el carlismo en armas desaparecerán las diferencias en la familia liberal, no en provecho de gentes y banderías que después de la victoria prohijan las ideas de los vencidos en perjuicio de los que se sacrifican para asegurarles el fruto de la victoria, sino en servicio exclusivo de la libertad y de la patria, que á causa de tales sofistificaciones se hallan hoy en peligro de muerte; sí, ante esta bandera nos agruparemos todos. Y en el gran finiquito nacional, que á más andar se acerca, no quedará saldo ni cuenta ninguna, y enterraremos tan hondo al carlismo, tan hondo, que nunca más resucite. El ha sido nuestro mayor enemigo; el que produjo nuestra ruina inicial y el que, al retoñar en las antecámaras después de cercenado en los montes, ha producido, ante la comunidad universal, nuestro descrédito.

No olvidemos que la fuerza del carlismo estriba

en nuestra tolerancia; tengamos en el primer momento un arranque á la la altura de la infamia que él comete lanzándonos á una guerra en estos instantes terriblemente angustiosos, y *el carlismo no será*. Y que ese arranque vaya dirigido contra todos, *absolutamente contra todos* sus auxiliares, ó cómplices, estén donde estuvieren, disfrácense como se disfracen, estén batiéndose en el campo ó haciendo propaganda en los conventos ó sacristías. Tengamos muy presentes estas palabras del general San Román en su imparcial obra *Guerra civil de 1833 á 1840 en Aragón y Valencia:*

«Cuando no ahoga un gobierno con brío y á tiempo la primera sedición militar y el primer motín político al comenzar una guerra civil, un escándalo engendra otro mayor con la lógica del desorden y del crimen, hasta llegar los audaces á la locura y todas las fuerzas sociales á misera postración y esclavitud. La dirección del Estado en tales tristísimos momentos, se cae de las manos débiles para ser presa y juguete de los malvados y los necios, que concluyen por dejar que se consuma con presurosa fiebre la salud y la vergüenza de la patria, cual si á su seno destrozado no hubieran de refugiarse al fin vencedores y vencidos.»

Tampoco hay que poner en olvido estas otras del mismo general:

«Una vez juntos los aventureros dieron el grito, y empezando como todas las insurrecciones á que no precede un vasto y meditado concierto y decididas simpatías, después de atravesar oprimidos y acosados las primeras é inciertas oleadas de la vida errante, llegaron con su osadía y ardimiento y con nuestra apatía, ignorancia y flaqueza á ser grandes y formar ejército. Tocaron casi á la sima y la causa liberal casi en el abismo, como no podía menos de suceder empleando sistemas tan opuestos; los aventureros el sanguinario, el de la energía y el del terror; nues-

tros gobiernos y autoridades el de la debilidad y la contemplación.»

«Inmediatamente después de recibir los golpes, al principio muy frecuentes, el Gobierno, por medio de las autoridades, voceando política de tolerancia y de indulgencia, concedía el más amplio indulto para que los fugitivos de la última derrota permaneciesen libres y sin ser molestados en sus casas. Seguros y plenamente autorizados esperaban otra mejor ocasión de alzarse, y cuando la encontraban, no por el nuevo peligro eran menos sanguinarios y brutales aquellos desalmados. Tornaban las bandas á presentarse, repetíanse los desastres, y volvían los pregones de olvido del Gobierno una, dos y tres veces á salvar á un mismo individuo. Túvose, como era consiguiente, en el campo carlista por flaqueza esta clemencia; con la impunidad creció la osadía; con la confianza se multiplicaron los prosélitos y enfureciéronse los tímidos, que son siempre los más crueles; flotó al viento el estandarte negro de muerte y exterminio, y la guerra civil tomó el aspecto propio, repugnante y sangriento que jamás llegó á perder del todo en Aragón y Valencia.»

Lo anteriormente copiado nos dice que debemos desde los primeros momentos desplegar una energía que ahuyente del cerebro de los carlistas hasta la idea de que la flaqueza puede caber en nuestro ánimo, porque esto contribuirá poderosamente á su derrota. Viéndonos decididos á todo para salvar la libertad, no encontrarán en parte alguna el auxilio que necesitan para sostener la campaña.

¡Oh, sí! Ahora mataremos, porque hay que matarlo alguna vez, el espíritu carlista, cúbrase con el ropaje que quiera, político, social, religioso. Hay que dejarles á nuestros hijos, ya que no colonias ni dinero, la seguridad de que no se verán perturbados en su marcha hacia el progreso, como nosotros lo hemos sido, por los constantes enemigos de la libertad.

Y para esto, repitámoslo: lo primero que se nos impone es caer rápidamente, con energía, con resolución inquebrantable de exterminarlas, sobre las primeras partidas que se echen al campo; y con mayor rabia aún sobre sus cómplices en las poblaciones, vistan frac ó chaqueta, púrpura ó pana, lleven capa ó manteo, anguarina ó sayal. Y tomar determinaciones enérgicas, por ejemplo, éstas ó parecidas:

En la *Gaceta* próxima al día que se reciba la noticia de haberse levantado los carlistas en armas, debe publicarse el siguiente decreto: «Quedan suprimidos todos los conventos y asilos religiosos. El pueblo es el encargado de hacer cumplir este decreto.»

En el mismo día, y por órdenes reservadas, se dispondrá que se incauten los ayuntamientos de todas las alhajas de los templos, para que no sean vendidas y empleado su producto en balas y pólvora.

A todo carlista que desaparezca de la población en que viva, se le impondrá una multa diaria, y si no tuviese bienes, la pagarán sus correligionarios.

Se retirará toda clase de asignación al clero para impedir que vaya á parar á manos de los carlistas y con nuestro dinero se nos combata.

Se enviarán instantáneamente fuerzas á la frontera, con más teas que municiones, para que vengan incendiando los pueblos y caseríos carlistas.

Se impondrá una fuerte contribución de guerra á todas las personas reconocidamente afectas al carlismo, para que no carezcan de nada nuestros soldados.

Serán embargados y vendidos en pública subasta, al mes lo más tarde, todos los bienes de los carlistas y personas afectas á su causa, reservando sus tierras para darlas en lotes á los inválidos de la guerra. El importe de lo vendido se aplicará á pensiones que deberán concederse á los padres ó hijos de los que mueran en campaña.

Otro medio eficaz para cortar la guerra en sus comienzos, sería reunir en Madrid á los arzobispos y

obispos, y rogarles que nombrasen una representación de su seno que pasara á convencer á los carlistas de la conveniencia de deponer las armas, quedando los demás en rehenes para responder subsidiariamente de la conducta de sus delegados.

A los espíritus meticulosos que pudieran juzgar esto un poquillo fuerte, debo decirles:

La guerra es lo anormal, lo violento, lo ilegal, y es hermosamente ridículo, pero ridículo al fin, pretender regularla como las demás acciones humanas. Si al comenzar la pasada se hubieran tomado las precauciones que indico para la venidera, no hubiese alcanzado las proporciones que alcanzó.

Y no hay que olvidar que la guerra que se elabora hoy en los antros del clericalismo, ha de ser, si no impedimos su desarrollo, más terrible que las dos anteriores, porque es la última esperanza de todos los elementos que odian la libertad en Europa.

Conque á no dormirnos; y ya que los carlistas se preparan para las eventualidades del porvenir, no pequemos nosotros de descuidados, pues esta apatía se paga luego con rios de sangre, mares de lágrimas y montes de oro.

Alguien juzgará peligrosos los medios que propongo, por creer que la violencia puede arrastrar á muchos al campo contrario. Está en un error. Lo único que alienta á los que luchan en nombre de ideas caducas, es la debilidad de los que deben combatirlos. Y ahí está la historia que lo demuestra. En cambio, todos sabemos que en Francia no ha vuelto á promover guerras el clericalismo, desde que el general Hoche apeló á medidas enérgicas en la Vendée.

Y mientras tanto, no olvidemos lo siguiente:

Los carlistas tienen una policía mejor organizada y servida que gobierno alguno: el clero y las órdenes religiosas. Ella busca por todos los rincones de la Península á cuantos por sus antecedentes y por su conducta ofrecen motivos de sospecha á la reacción;

los vigila constantemente, los persigue en las sombras, los sitia por hambre; se apodera por medio del confesonario hasta de los más recónditos secretos del hogar; lleva y trae órdenes de organización y propaganda; esconde armas y municiones en los conventos é iglesias, ayuda, en fin, al carlismo con toda clase de recursos y por todos los medios.

Vigilemos, pues, á la policía del *Chapa*, convirtiéndonos cada uno de nosotros en agente secreto de la libertad.

Hay quien, en vista de las catástrofes que ha sufrido España, las últimas principalmente, sospecha que el carlismo pudiera ser una solución.

¡Solución el carlismo! Se necesita ser necio ó malvado para decirlo. Ese espectro del pasado es conjunto siniestro de una política de odios, rencores ó intransigencias y de unos procedimientos cuyo solo recuerdo espanta.

Ese partido que cuenta como victorias sus horrendos crímenes de Cuenca, Llayers, Igualada y Tortellá, no puede ser una solución á los conflictos presentes: hoy se requiere en primer término el triunfo de la moralidad que los carlistas enterraron en crueles y salvajes guerras civiles.

No puede ser en modo alguno una esperanza para el país, anhelante de economías en los gastos, gastos que el carlismo aumentaría considerablemente con su *Deuda*, según en otros folletos hemos dicho.

Pesa sobre el presupuesto de la Guerra un recargo extraordinario en los cuadros de oficiales por efecto de la lucha empeñada con el extranjero y rebeldes de las colonias, y el carlismo tiene formados los cuadros de sus batallones y reservas que pelearon en la última contienda, á los que reconocería y fundiría con los cuadros del ejército actual, una vez triunfante.

Ni económica ni políticamente puede ser solución el carlismo para España. No es solución económica-

mente, por exigir los tiempos presentes un nuevo plan financiero que á un buen sistema tributario acompañe grandes economías que no puede ofrecer el carlismo, que ha de pagar su Casa Real y trae consigo la lúgubre herencia de una *Deuda* de miles de millones, que aumentará extraordinariamente los impuestos con sus intereses y sus amortizaciones, y un *Ejército* nuevo para que lo sostenga la nación, el ejército de los Rosas Samaniego y Tristany, de los Saballs y Cucala, ejército al que no puede reconocer como igual el pundonoroso ejército español.

No es solución políticamente, por ser imposible que la España de Riego y de Espartero, de Prim y de Cabrinety, la España de la libertad defendida con legendario heroismo durante el curso de un siglo en los campos de batalla y en la prensa periódica, en el folleto y en el libro, arrastrando toda suerte de penalidades, consienta borrar de un negro brochazo las conquistas de sus venerandas libertades, regadas con la sangre preciosa de tantos mártires y cimentadas con los huesos sagrados de tantos héroes.

No, de modo alguno se sometería el país al odioso yugo de un sistema político como el carlista, que tiene por fundamentos capitales la intransigencia por sistema y la violencia por procedimiento.

Ahora se dice, para ver si don Carlos pasa, que se ha liberalizado. ¡Mentira! Ni quiere, ni puede, ni debe hacerlo. Dejaría de representar lo que representa. Valentín Gómez, uno de los jóvenes más ilustrados del carlismo, le hizo firmar en Morentín un manifiesto en que decía:

«Que así como un rey de Aragón rasgó con el puñal el privilegio de la Unión, él rasgaría con la espada de la justicia los privilegios de licencia y otorgaría á los pueblos sus cartas de libertad; que satisfaría los sentimientos religiosos de la católica España y su amor á la monarquía, pero sin espionaje religioso ni

despotismo; que no molestaría á los compradores de los bienes de la Iglesia, como lo había demostrado; que quería una legítima representación del país en Cortes; que fijaría su atención con el más exquisito esmero en la instrucción pública; que salvaría la Hacienda y cumpliría como cumple un deudor honrado. Y añadía: «Fuera impropio de mi dignidad rebajarme á desmentir las calumnias que algunos propalan entre el sencillo vulgo suponiendo que estoy dispuesto á restaurar tribunales é instituciones que no concuerdan con el carácter de las sociedades modernas. Los que no conocen más ley que la arbitrariedad, ni tienen energía más que para encarnizarse con los vencidos y atropellar á los indefensos no deben intimidar á nadie con el augurio de imaginarios rigores y monárquicas arbitrariedades.»

Como había firmado aquello inconscientemente, se quedó hecho una pieza cuando los suyos le dijeron que el manifiesto era liberal y que debía desdecirse. Y efectivamente, todos sus actos se encaminaron desde entonces á desvirtuar aquellas afirmaciones.

No, don Carlos no se ha liberalizado; pero si lo hubiera hecho, esta sería una razón más para combatirle. Sostener una guerra para que triunfase un nuevo partido liberal, aquí donde los hay de todos matices, nos daría patente de idiotas.

¡Y qué partido liberal el que triunfaría! Uno que tendría al frente al tipo más imbecilmente canallesco que ha existido; tipo que, no sólo desprecia el saber ajeno, sino que abusa de su propia é inagotable necedad. Ningún hombre que se estime en algo puede permanecer á su lado mucho tiempo; únicamente de lejos puede tener partidarios de talento. Los ladrones con relicario como Cucala, ó los asesinos tonsurados como Santa Cruz, sólo éstos reunen las condiciones necesarias para ser vasallos suyos; ó curas como aquel de Ucero que llevaba una cruz roja en el capote y el trabuco en la mano; ó aquel otro de Alforja que,

al ser interrogado por una mujer cuyo marido había mandado á la facción, por qué no iba él, contestó que necesitaba quedarse en el pueblo para cubrir las bajas.

Don Carlos es el que siempre fué, y no puede ser otra cosa, dado lo que representa; y lo que representa es el absolutismo en su matiz más feroz, el absolutismo que calificó de liberal á Fernando VII, á pesar de que no dejaba un día de colgar liberales.

Cuando Manterola, el célebre canónigo de Vitoria, que tanto contribuyó á iniciar y sostener la guerra, publicó aquel folleto titulado *Don Carlos ó el petróleo*, padeció una equivocación en el título, pues debió decir: *Don Carlos y el petróleo.*

Pretendía presentar ese líquido como arma destructora de la demagogia desenfrenada, siendo así que quienes lo empleaban á cada paso, lo mismo para quemar fuertes, que casas, que iglesias, eran los seráficos defensores de la religión.

Los años no pasan sobre ese mentecato sangriento. Citaremos tres hechos que lo demuestran.

Entró en España por Vera en 1872 y se le unieron 60 mozos sin armas que le había preparado Manterola para que le diesen escolta. Al reunírsele el titulado brigadier Aguirre con 800 ó 900 hombres regularmente armados, hizo salir inmediatamente para Francia al canónigo con la *importantísima* misión de enviar unos cuantos telegramas á su esposa, á su hermano y á otros individuos de la familia, telegramas que decían: «*Soy todo un hombre: dije que entraría en España el día 2 de Mayo, y así lo he hecho, de la manera más heróica del mundo. Me encuentro á la cabeza de mi ejército. Expresiones. ¡Viva España! ¡Viva Carlos VII! Vuestro,* CARLOS.

¿Puede darse mayor fatuidad, mentira más grande, en el hombre que á los pocos días escapaba en Oroquieta llegando á la frontera francesa antes que ninguno de sus vasallos?

A raíz del golpe de Sagunto, dió esta proclama:

«*Españoles:* La revolución, que vive de la mentira, al proclamar rey de España á un príncipe de mi familia, pretende absurdas reconciliaciones con la monarquía y la legitimidad. La legitimidad soy yo; yo soy el representante de la monarquía en España.»

...«Ni mi dignidad, ni la dignidad de mi ejército permiten otro género de protestas que las formuladas con elocuencia irresistible por la boca de nuestros cañones.»

»La proclamación del príncipe Alfonso, lejos de cerrarme las puertas de Madrid, ábreme, por el contrario, el camino á la restauración de nuestra patria querida.»

«Llamado á matar la revolución en nuestra patria, la mataré, bien ostente la ferocidad salvaje de la impiedad más descarada, bien se oculte y se envuelva en el manto hipócrita de simulada piedad.»

En lo que vino á parar esta bravata lo sabemos todos: en escapar al poco tiempo hacia la frontera, llegando también de los primeros.

A los 24 años, en un escrito fechado en Venecia el 2 de Abril de 1898 dijo, refiriéndose á la tardanza del gobierno en declarar la guerra á los Estados Unidos:

«Si, como todo induce á temer, sigue prevaleciendo la política de las humillaciones, arrancaremos las riendas del gobierno á los que no son dignos de empuñarlas, y ocuparemos su puesto.»

«En ejércitos que no son el heróico ejército español, cuando en una batalla comprometida hay regimientos desmoralizados ó cobardes, colócanse á retaguardia cañones cargados de metralla, que obligan á batirse á la desesperada á los que temen más la muerte que el deshonor. Apelo á ese recurso supremo para imponer el patriotismo á los degenerados partidos y consejeros de la regencia.»

«Si sólo por el miedo puede obligárseles al combate, no les permitamos la humillante salvación de la fuga, ya que en sus manos tremola, por desgracia, la bandera amarilla y roja. Que adelanten con ella contra los Estados Unidos, ó que sepan que si retroceden me hallarán á mí, guardián del honor español, dispuesto á arrancarles por la fuerza esa enseña gloriosa y á derrocar las instituciones usurpadoras que nos llevan á la ignominia.»

¡Guardian del honor español ese mamarracho que deshonra cuanto toca, encanalla á cuantos trata é inmoraliza cuanto mira! ¡Hablar de ignominia un hombre que la arroja sobre todo lo noble, lo digno y lo decente! Se siente asco leyéndolo.

Y ahora, cuando la guerra se ha declarado, ese farsante tiene la desvergüenza de presentarse *como salvador ó vengador* de España, escribiendo estupideces como estas:

«Mi actitud durará todo lo que duren las actuales circunstancias. Cuando suene la hora de la gran liquidación, *tomaré el desquite de mi silencio, no sólo con palabras, sino con actos*, cuando mi conciencia de español lo exija, estando firmemente resuelto á cumplir con mi deber hasta el fin y á no perdonar sacrificio alguno *para redimir y vengar á España*».

Y las circunstancias á que alude son las guerras que actualmente sostiene España con los Estados Unidos, con los insurrectos cubanos y con los filipinos auxiliados también por los yankis.

¡Miserable cien veces! ¿Quién tiene la culpa de que España se vea en este trance terrible, sino él y los suyos? Con razón alguien ha dicho:

«Esa hora de la liquidación, que efectivamente llega, sonará, en primer término, contra los restos supervivientes del carlismo. Porque ellos son el estorbo moral y material que nos ha incapacitado, durante tres cuartos de siglo, para proceder y vivir como

las naciones cuerdas y cultas; ellos, la causa princi*pal del descrédito en que hemos caído ante Europa.*

Tres veces hemos aniquilado su fuerza; ninguna hemos osado acabar con su espíritu.

Ese espíritu, respetado y adoptado por las instituciones triunfantes, es el que nos ha impedido entrar de lleno en la vida moderna; el que ha hecho vacilar á los Gobiernos en la concesión de las reformas, demandadas no sólo por la justicia, sino por el instinto de conservación; el que nos ha marcado con el signo de la bestia que llevan en la frente todas las sociedades adscritas á un régimen anacrónico de política y de conciencia; el que nos tiene todavía empeñados en un pleito de legitimidad dinástica.»

Sí; lo que aquí nos ha perdido, lo que hace posible otra guerra, es que el carlismo, vencido en el campo de batalla, ha triunfado siempre en espíritu en las altas esferas del Estado. Lo ocurrido últimamente en Filipinas lo pregona.

Inútil fué que el vapor abreviase las distancias y que la electricidad estrechase las comunicaciones. Inútil, que el comercio extranjero invadiese aquéllas comarcas, aportando con sus necesidades, con su movimiento y hasta con sus lógias, elementos nuevos de vida. Inútil que la proximidad de Hong Kong, lugar transformado en colonia inglesa, pusiese á los indígenas en contacto directo con los usos, los gustos y las libertades de Europa.

La férula piadosa de las comunidades prosiguió dictando leyes al país, desnaturalizando ó cohibiendo las que dictaba España, pesando con fuerza irresistiblesobre la voluntad de los gobernadores y manteniendo á una población de cuatro ó cinco millones de habitantes en rigurosísima tutela.

No pudieron entrar allí la Constitución del año 12 ni la del 37, ni la del 45, ni la del 69, y sobrenadó el régimen absolutista por encima de toda mudanza de costumbres, de dinastías y de instituciones.

En los siglos pasados se mandaban presos á Méjico á los capitanes generales, ó se les hacía asesinar en su propio domicilio por turbas fanatizadas, á cuya cabeza marchaban, con la cruz en alto, venerables religiosos; en el XIX se ha despachado con título de venales ó de locos para la Península á los que se mostraban poco dúctiles ó sobrado emprendedores en el ejercicio de su cargo. Así tuvo que volverse García Camba, acosado en el Archipiélago por la gente de Iglesia, que predicaba descaradamente á favor del llamado Carlos V. Así regresó en 1896 el marqués de Peña Plata.

De esa supervivencia ó superfectación del carlismo ha dimanado la rebeldía de los naturales, contenida mucho tiempo por medios violentos, y desarrollada al fin con un ímpetu ante el cual se han malogrado nuestros esfuerzos y y nuestras rectificaciones.

Hubo un momento, al someterse el cabecilla Aguinaldo, en que pudimos y quisimos acudir al mal con los cauterios y tratamientos oportunos. El espíritu del tradicionalismo, retoñando á la vez en la colonia y en España, utilizó los recursos de que aquí dispone, se apoyó en los escrupulos y supersticiones de entidades cuya influencia es decisiva, opuso un *veto* tácito y un muro infranqueable á la reforma.»

Lo que indigna más de todo esto, es que los carlistas hablen en nombre del patriotismo, ellos, los que en 1823 echaron sobre España la vergüenza de la intervención extranjera para matar la libertad; los que cuando la vieron empeñada en la guerra de Africa trataron de imponerse; los que no pueden negar este hecho:

Tres ó cuatro veces se intentó sin resultado insurreccionar á Cuba en favor de la causa del Pretendiente, durante la primera guerra civil. Era arzobispo de aquella Antilla por entonces el famoso fray Cirilo Alameda y Brea que, andando el tiempo, fué arzobispo primado de España. Este abandonó aquella dióce-

sis en Enero del año 37, y de su fuga dió cuenta el cabildo en una notable exposición, lamentando la manera con que dejó desamparada su iglesia, huérfana su diócesis y abandonado su rebaño, aunque su ausencia fué motivo de placer, por considerarle enemigo, pues *la casa del muy reverendo arzobispo ha sido el taller de las maquinaciones*; añadiendo que «la conducta del prelado, sus relaciones locales, etc., no conspiraban á otro fin que al de prepararla á ser el refugio de don Carlos.

Después de leer esto dan ganas de escupir á los carlistas que hablan de patriotismo.

Cierro este último folleto.

Mas no quiero terminar sin rendir tributo de admiración y cariño á los generales, jefes, oficiales, soldados y voluntarios que en ambas guerras lucharon por la libertad. A esta distancia no se recuerda, ni debe recordarse, lo que los primeros pensaban, si no lo que hicieron. Espartero, Narvaez, Zurbano, Oraá, Fernandez de Córdoba, Mina, Prim, León, Concha, O Donnell, Pardiñas, Quesada, Martínez Campos, Moriones, Serrano, Pezuela, Loma, Blanco, Cabrinetty, Zabala, Echagüe, Contreras, todos, en fin, moderados ó progresistas, que impidieron el triunfo del carlismo, todos merecen que nos honremos recordándolos; todos, siguieran antes ó después en política éste ó aquél camino, tienen derecho á nuestra gratitud sin límites. Gracias á ellos, y aun cuando por culpa de todos nosotros se halle hoy España tan abatida, quedamos en condiciones de trabajar por su regeneración y su grandeza, lo que nos sería imposible si el absolutismo se hubiese entronizado.

He reunido muchos datos para pintar la reacción comenzada en el año 1814, interrumpida del 20 al 23, continuada con circunstancias agravantes hasta el 33, y mante-

nida con algunos intervalos hasta la fecha, reacción más horrorosa aún que el carlismo, del que fué al principio generadora, y más tarde hija; monstruoso é inmoral incesto.

Los iré publicando conforme pueda, en folletos también y con el título de los *Crímenes del absolutismo,* para ver si consigo que los españoles amemos la libertad con más pasión aún que hasta aquí, sabiendo cuánto ha costado alcanzarla; porque se da el anómalo y triste caso de que sepamos mejor lo que ocurrió en España en los tiempos fenicios, romanos y árabes, que lo que han hecho nuestros padres en este siglo para legarnos la libertad que no sabemos apreciar, sin duda por creer que ha caído del cielo.

En el primer folleto que publique indicaré las principales víctimas de esa reacción monstruosa.